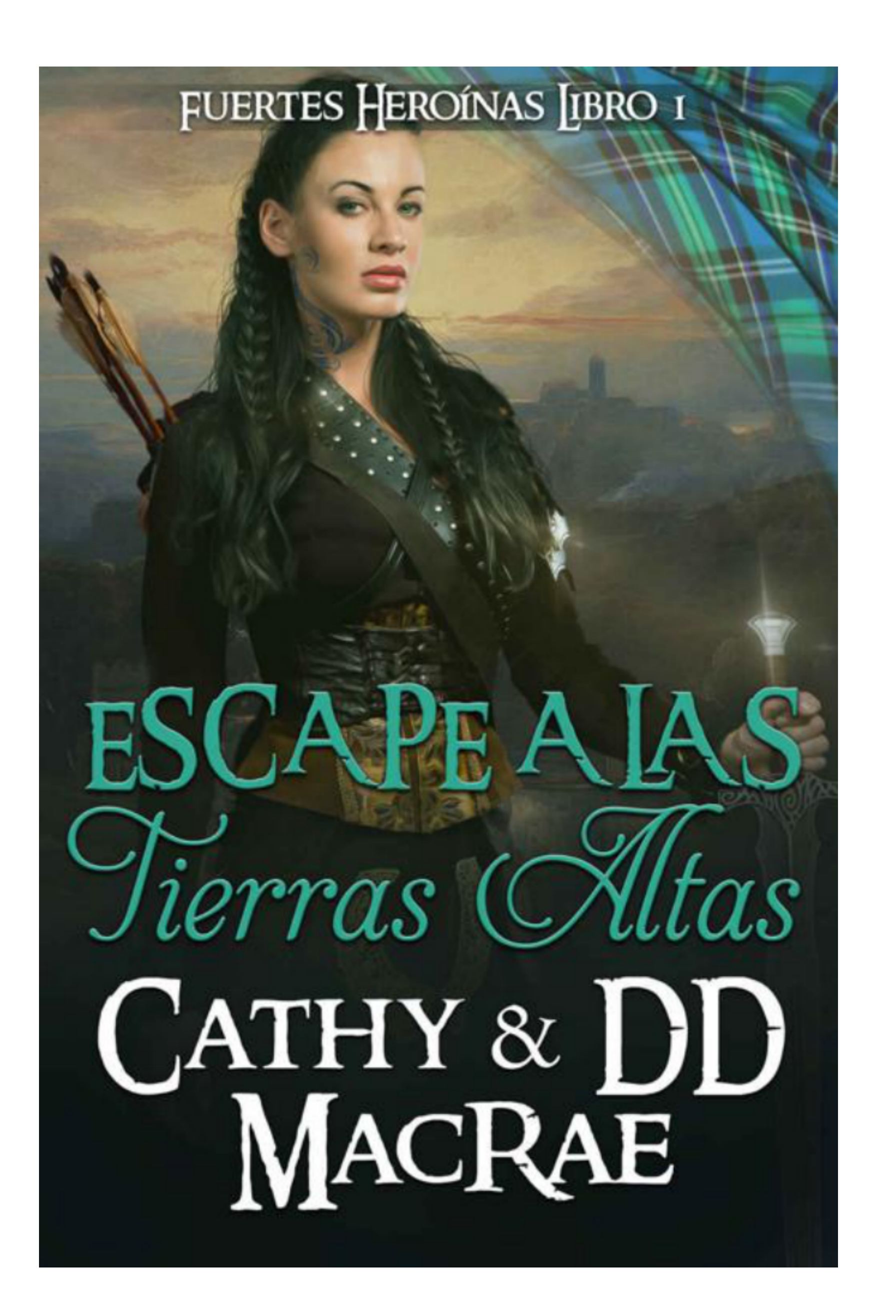


FUERTES HEROÍNAS LIBRO 1
ESCAPE A LAS
Tierras Altas
CATHY & DD
MACRAE

ESCAPE A LAS TIERRAS ALTAS

Fuertes Heroínas Libro 1

Por Cathy & DD MacRae
Traducción al español: Santiago Machain

CAPÍTULO 1

Siglo XIV
Colinas de Cheviot, frontera escocesa-inglesa

Anna miraba por encima del hombro. Los dos robustos ciervos que ella y su hermano habían cazado yacían sobre el lomo del caballo de carga. Sonrió, esperando a que las excusas de Edrick comenzaran de nuevo.

—Sabéis que el mío tenía más puntas de cornamenta antes de tropezar por el barranco y romperse una punta —declaró Edrick con un forzado tono de frustración.

—Puede ser, pero el hecho es que mi ciervo tiene doce frente a vuestras diez. —La despreocupada respuesta de Anna no se correspondía con la alegría que brotaba de sus ojos, ni con los temblores de una risa apenas contenida.

Edrick lanzó un suspiro de fastidio, tentando a Anna aún más hacia la risa. Llevaban discutiendo así desde la desafortunada caída de su presa ganadora.

—La mía aún supera a la vuestra. —Su resentimiento era cómico. Anna puso los ojos en blanco.

—Sí, bueno, si esa fuera la apuesta, seríais el ganador. Pero no fue así. —Su brusca respuesta no dio el brazo a torcer—. Tenéis mis tareas del establo para la próxima noche, hermano mío. —Soltó una carcajada que ya no pudo contener.

Salieron del bosque al pie de una suave colina. Una columna de espeso humo negro ondeaba en el cielo. El penetrante olor a

quemado llegó hasta ellos, interrumpiendo el delicado aroma de la primavera. Una mirada apresurada a Edrick le dijo a Anna que compartían el mismo miedo repentino. Mientras ella se preparaba para ponerle un talón a su caballo, él enganchó las riendas en su montura y desenvainó una daga, sujetándola de las riendas para detenerla.

—Debéis jurar que no haréis otra cosa que disparar vuestro arco desde lejos. —La mirada feroz de su hermano le resultaba familiar. Antes de que ella pudiera responder, él soltó su presa y se volvió para hacer lo mismo con la de ella y dejar al caballo de carga, sin carga.

—Vuestra palabra, Anna. —Sonaba como un guerrero curtido, criado y entrenado para liderar.

—Este también es mi hogar. —Levantó la barbilla en señal de desafío.

—Sí, pero no puedo hacer lo que hay que hacer mientras me preocupe por vuestra seguridad. Podéis cubrir mi carga desde la distancia, pero nada más. Puede que ya sea demasiado tarde. Si la lucha está perdida, debéis huir a Escocia con el abuelo. Vuestra palabra. —Él la miró por un momento con una repentina suavidad que ella rara vez vislumbraba. La orden en su voz imitaba la de su padre con tanta fuerza, que la obligó a someterse.

Anna lo miró fijamente mientras el segundo ciervo se deslizaba del caballo de carga. La estatura de su hermano, 1,90 metros, le hacía sobresalir por encima de muchos. Ella, de sólo diez centímetros más baja que él, estaba a la altura de todos los hombres de su padre, excepto de los más altos. El cabello lacio y negro como el carbón, la nariz fuerte y el mentón de Edrick eran idénticos a los de ella, pero él heredó la ascendencia de ojos azules oscuros de la línea Braxton, mientras que Anna heredó el verde intenso del clan de su madre.

—Os doy mi palabra. —Concedió a regañadientes.

Edrick asintió una vez y puso su caballo al galope. Anna se detuvo el tiempo suficiente para descolgar su arco y engancharselo a la espalda. Luego, indicándole a su caballo que se acercara, corrió hacia el humo. Al llegar a la cima de la colina que dominaba su aldea y su hogar, Anna contempló la escena. La vista

le robó el aliento y el estómago se le revolvió de angustia. El tejado de su casa solariega ardía con un fuego tan intenso que ya no era extinguible. El crepitar de las hambrientas llamas llegó a sus oídos. Un pequeño grupo de hombres acorazados intentaba penetrar por las puertas. Reconoció inmediatamente su armadura y sus tácticas.

—Malditos ingleses —escupió. Aunque los soldados de su padre mantenían a raya al enemigo, el número de enemigos parecía demasiado grande. Siguió a Edrick mientras guiaba su caballo para flanquear una pequeña formación de arqueros que inmovilizaba a los hombres del barón Braxton, dejándolos incapaces de rechazar a los que intentaban atravesar la enorme puerta de madera y hierro. Se detuvo entre dos esbeltos árboles, divisando a los arqueros, dispuesta a proteger a su hermano. Edrick se acercó en silencio, cabalgando a través de su retaguardia antes de que pudieran reaccionar. Su espada se alzaba y caía, cortando a los arqueros de armadura ligera como una hoz al trigo maduro. Giró su montura para hacer otra pasada. Varios arqueros rompieron la formación para huir. Dos arqueros se prepararon para disparar cuando Edrick cargó. Preparada para semejante reacción, Anna respiró con calma y lanzó una flecha al pecho del primero. La siguiente flecha falló su objetivo, penetrando en la cadera del hombre en lugar de en su torso. Sabiendo que había disparado demasiado rápido, Anna se tomó más tiempo con su tercer disparo. Cuando el arquero herido se dio la vuelta, su flecha se clavó en su pecho, haciéndole caer de espaldas.

La segunda pasada de Edrick a través de sus filas mató o dispersó al resto, permitiendo a los hombres en lo alto de la muralla centrarse en el gran grupo que manejaba un ariete. Derribó a dos arqueros más mientras se dirigían hacia el grueso del ejército. Los hombres de su padre reconocieron a sus inesperados aliados.

Flechas, virotes de ballesta, grandes piedras y aceite llovieron con renovada furia sobre los atacantes. Iluminados con antorchas, los enemigos se convirtieron en chirriantes hogueras humanas, paralizando su asalto a la puerta. El hedor del aceite quemado y la carne carbonizada pronto se unió al amargo olor del hogar de

Anna en llamas.

Un rugido repugnante desvió la atención de Anna de la lucha. El tejado de su casa se derrumbó, las llamas y las chispas salieron disparadas hacia el cielo. Un muro de la torre principal se desplazó y se desmoronó al estallar la piedra bajo el calor del fuego.

La conflagración continuó hasta la torre donde se encontraba su cámara, un nivel por debajo de la preciada biblioteca de su padre. El terrible dolor de la pérdida amenazaba con abrumarla mientras el horror de la muerte y el humo la asaltaban. Anna los apartó violentamente y se concentró en proteger a su hermano. Impulsó a su caballo hacia delante, eligiendo su siguiente posición entre los arqueros muertos, y se agachó para recuperar las aljabas de flechas abandonadas. Un sentimiento de desesperanza sin precedentes se apoderó de ella al darse cuenta de las probabilidades a las que se enfrentaban. Convirtió su miedo en ira, usándola para derramar muerte sobre los más cercanos a Edrick. Su ataque de flanco a flanco en la retaguardia pilló desprevenido al enemigo, y muchos soldados de infantería cayeron antes de poder responder a la inesperada amenaza. Cada vez que uno se giraba para hacer frente a la carga de Edrick, el asta de Anna le atravesaba el pecho, poniendo fin abruptamente a su desafío. Otra pasada contra los hombres en el suelo, y Edrick empujó el número de muertos enemigos mucho más allá de una veintena.

Mientras el enemigo rodeaba a su hermano, el pánico se clavó en ella como si fueran garras. Disparó una flecha tras otra, abriendo una brecha en el nudo de carne y acero que lo rodeaba. La espada de Edrick cortó la muerte de dos más, aprovechando la brecha creada por Anna. Despejó el grupo que lo rodeaba y le dedicó una sonrisa que terminó abruptamente en una mirada de sorpresa. Edrick se desplomó en la silla de montar, con una saeta de ballesta sobresaliendo de su espalda.

—¡NO!

Paralizada, observó horrorizada cómo un grupo de hombres arrastraba a su hermano del caballo. La puerta principal se hizo añicos y el sonido del roble astillándose ahogó cualquier otro ruido. Los soldados invadieron el patio de armas en la fortaleza de la baronía.

—No. —Su voz se redujo a un susurro estrangulado.

El enemigo no tardó en acabar con los hombres que se encontraban dentro de las murallas. Inmovilizada por el dolor, incapaz de moverse, Anna vio cómo todo y todos sus seres queridos eran violentamente arrancados por la sangre, el fuego y el acero.

El sonido de los caballos que se acercaban la sacó de su terror paralizante. Al girar sobre la silla de montar, vio a unos hombres que se le echaban encima. Recordando su juramento a Edrick, hizo girar a Orión y le dio una patada, espoleándolo hacia el bosque. Inmediatamente se puso al galope, y los terrones de hierba salieron despedidos a su paso. Apoyada en las crines de su caballo, le animó mientras este alargaba el paso, con las orejas pegadas a la cabeza. Atreviéndose a mirar hacia atrás, observó que la distancia que los separaba de los atacantes se había ensanchado y que las pesadas armaduras de los hombres frenaban a sus monturas.

El conocimiento de Anna de estas tierras, unido a la velocidad de Orión, pronto dejó atrás a sus perseguidores. Guio al semental hacia el norte, cruzando el río Tweed, y luego hacia un bosquecillo de árboles antes de atravesar terreno abierto hacia el bosque de nuevo.

Buscó señales de persecución y redujo la velocidad de Orión al trote cuando se adentraron en el bosque. Con el enemigo fuera de la vista, su único objetivo era esconderse. Distanciándose de su hogar, se adentró en Escocia, la oscuridad y el denso bosque los ocultaban.

—Tranquilo, muchacho. —Acarició el cuello de Orión mientras él caminaba—. Los malditos bastardos no pueden seguirnos el ritmo. Se lo merecen por llevar armaduras pesadas y elegir corceles más aptos para el arado que para la guerra. —El caballo agitó una oreja en respuesta y se zambulló de buena gana en un arroyo que se movía rápidamente, crecido por el deshielo primaveral.

—Esta noche no habrá avena, muchacho. —Anna mantuvo la voz baja a pesar del ruido creado por el rápido movimiento del arroyo—. Buscaremos un buen matorral bajo las estrellas. Esperemos que la noche siga siendo clara y seca—. Su rostro se

llenó de lágrimas al recordar el motivo de una noche a solas, y acarició las crines de su caballo, sintiéndose reconfortada por el calor de su enorme cuerpo.

La corriente borraba las huellas de sus cascos con la misma rapidez con la que él las dejaba. Al cabo de un trecho, lo hizo subir por un terraplén de grava y se adentró en las profundas sombras. Deslizándose sobre su lomo, lo desensilló y dejó sus espadas desenvainadas en el suelo para poder acceder a ellas con rapidez. Se acomodó para descansar antes del amanecer, pero el sueño no le resultó fácil. La muerte de Edrick se repetía una y otra vez, atormentando sus sueños y dejándola más exhausta que recuperada. Finalmente se dio por vencida y se levantó, cuando el alba apenas se vislumbraba en el cielo. No perdió tiempo y levantó el campamento, buscando y escuchando cualquier señal de perseguidores. Tras comprobar que no había ninguno, montó en su caballo y se adentró en el bosque, insegura de su destino.

* * *

Anna se abría camino a través de bosques y campos, evitando la civilización, con preguntas que la atormentaban sin cesar.

«¿A quién servían? ¿Había atacado un señor vecino? Sin estandarte visible, sin heráldica, ¿cómo podía estar segura? ¿Quién es amigo? ¿Y quién es enemigo?»

Lo que la llevó a otra pregunta importante: ¿adónde iría? Volver a Inglaterra estaba descartado. Dondequiera que apareciera, podría ponerse involuntariamente en manos de enemigos desconocidos. Aunque se lo había prometido a Edrick, no podía ir al clan de su abuelo por miedo a atraer a los enemigos de su padre a su puerta.

Con su hermano y su padre muertos, ella era ahora la heredera de su padre. Si volvía, la declararían pupila del rey Edward y la obligarían a casarse, y no podía vivir con ese destino. Dirigió sus ojos al cielo, sopesando sus opciones. Su único camino era hacia el norte, hacia las Tierras Altas.

Un día se mezclaba con el siguiente, y luego otro. Como nunca se había adentrado tanto en Escocia, Anna sólo tenía una

ligera idea de dónde se encontraba. La terrible pérdida de su hogar y de su familia le desgarraba el corazón, pero no tenía tiempo para lamentarse. Por ahora, el sigilo y la supervivencia eran sus prioridades.

* * *

Gritos femeninos atravesaron sus pensamientos, haciéndola poner en fuga a Orión. Al borde de una gran cañada, seis hombres sujetaban a dos mujeres jóvenes. Una luchaba, pateando al hombre que la sujetaba hasta que éste la tiró al suelo, rasgándole el vestido. Los sonidos de una batalla cercana llegaron a sus oídos.

«¿Un grupo de asalto? Malditos bárbaros, robando mujeres».

Anna apretó la mandíbula. Después de días de venganza insatisfecha que la carcomía, aquí había una injusticia a la que podía entregarse.

Dejando a Orión entre los árboles, Anna tensó su arco y se acercó sigilosamente al grupo. La mujer del vestido roto yacía en el suelo. Los hombres que la rodeaban se reían y sujetaban bruscamente a la otra mujer hasta que dejó de forcejear. Anna se acercó para ver mejor. Las dos eran apenas unas niñas. Una fría rabia la invadió. Salió de entre los árboles, con el arco preparado. Tras apuntar con cuidado, su primera flecha penetró en la espalda del hombre que había tirado a la muchacha al suelo. Hace un momento el hombre se erguía amenazador sobre ella, pero ahora yacía inmóvil a su lado. La joven caída lanzó otro grito, transportando a Anna de vuelta a la batalla por su hogar. Con el sonido fantasmagórico del grito de guerra de Edrick resonando en sus oídos, volvió a tensar el arco. La siguiente flecha atravesó el cuello del hombre que sujetaba a la segunda muchacha, y el peso de su cuerpo sin vida rompió el delgado astil al caer al suelo.

La atención de los hombres se desvió de sus desventuradas cautivas, buscando a su atacante. La tercera flecha de Anna dio de lleno en el pecho del hombre más corpulento, quien cayó de rodillas. Con un grito, los tres hombres restantes, cargaron. Su cuarta flecha también dio en el blanco y mató a otro. Los dos últimos hombres estaban casi sobre ella.

Deshaciéndose de su arco, Anna sacó dos espadas cortas curvadas de la vaina que llevaba a la espalda. Un distanciamiento sin emociones descendió sobre ella, insensibilizándola al miedo. El primer hombre que la alcanzó blandió una ancha espada, la cual Anna esquivó fácilmente haciéndose a un lado. Golpeó el brazo del espadachín con la primera hoja y la segunda se deslizó por su garganta sin apenas esfuerzo.

Sólo quedaba un salvaje. Este aminoró la marcha, echando un vistazo a sus cinco compañeros caídos. La miró fijamente, con su sonrisa maligna que prometía dolor y muerte.

«¡Cerdo arrogante!»

Anna entrecerró los ojos. El golpe de la espada del salvaje se arqueó de forma lenta y predecible. Anna desvió el golpe con una espada y giró para esquivar a su oponente. Su otra espada se clavó profundamente en la parte posterior de su pierna, haciéndole caer de rodillas. Con el impulso de su ataque anterior, Anna continuó girando y volvió a golpear con ambas espadas, con lo que él cayó sobre la hierba manchada de sangre. Tras examinar la zona en busca de más enemigos, vio a dos grupos de hombres a caballo que corrían hacia ellas por el campo.

—¡Escondeos en el bosque, ahora! —Se volvió hacia las dos mujeres.

Con los ojos muy abiertos por la sorpresa, obedecieron sin rechistar. Complacida de que confiaran en ella, Anna retrocedió hasta que el bosque quedó justo detrás de ella, con los árboles y la maleza formando un muro protector contra un ataque organizado de los hombres a caballo. Levantó la cabeza y se enfrentó a la amenaza.

Al ver a sus parientes en el suelo, los bribones del primer grupo hicieron girar sus caballos para enfrentarse a los jinetes que venían detrás. Los derribaron sin piedad, con el sonido de acero contra acero resonando en el aire. Dos guerreros del segundo grupo se abalanzaron sobre los jinetes abatidos, despachándolos con brutal eficacia. En vista de la ferocidad de los hombres que ahora se abalanzaban sobre ella, Anna deseó que su arco igualara la contienda. El miedo le recorrió la espina dorsal, pero se negó a prestar atención. Su huida a Escocia parecía haber llegado a su fin.

A pocos metros de ella, el jinete que iba en cabeza levantó el brazo, llamando al grupo a detenerse.

—¡Padre! —La joven con el vestido roto corrió al encuentro de los hombres, y la otra muchacha la siguió.

El líder desmontó y abrazó a la primera con fiereza. Los hombres se reunieron alrededor, ahora demasiado cerca para la comodidad de Anna. Sola y expuesta, con las espadas en guardia, se enfrentó a dos hombres que la apuntaban con ballestas, listos para disparar a la orden de su líder.

—Esperad —ordenó el líder. Tiró de su hija hacia atrás y miró a Anna—. ¿Quién sois, muchacha?

Un arquero se acercó, con el arma preparada. Anna cambió de postura, poniendo al líder y al arquero en su campo de visión.

—Una viajera, mi señor —respondió en gaélico, mientras sus instintos le pedían a gritos que huyera.

—¿Cuál es vuestro nombre? —Frunció el ceño.

—Anna —respondió con voz llana y sin emoción. El agarre de sus espadas desmentía su actitud tranquila.

—¿Inglés? —Su voz bajó a un gruñido.

—No, mi señor, escocés. —Respiró hondo para recuperar la compostura.

—¿Qué clan? —Mirándola, se balanceó sobre sus talones.

—Siento haberme entrometido, mi señor. Partiré de inmediato. —Anna recorrió el grupo con la mirada, buscando cualquier movimiento amenazador. Retrocedió lentamente hacia su caballo. Sin previo aviso, el hombre que seguía apuntándola disparó su ballesta. Anna se apartó ligeramente, desviando el proyectil con sus espadas. Dejando caer una espada, sacó un cuchillo de su brazalete de cuero. Plano, sin empuñadura, con un diseño pensado para el vuelo, se ajustaba perfectamente a la palma de su mano. Giró y lanzó el cuchillo contra el hombre. La hoja penetró profundamente en su hombro, haciendo que su ballesta cayera al suelo.

—¡He dicho que esperéis! —rugió el líder, haciendo contacto visual con cada uno de los hombres que tenía detrás.

Anna recuperó su espada y continuó retrocediendo hacia Orión.

—¡El próximo hombre que desafíe al lord morirá por mi espada! —Un profundo gruñido de barítono resonó por toda la cañada, haciendo que todos dejaran de moverse, incluida Anna.

—Él es Kenneth MacGregor, lord del clan MacGregor. —Una versión más joven del líder acercó su corcel unos metros.

—¿Seré vuestra prisionera, lord MacGregor? —Inclinándose ligeramente, Anna respondió con incredulidad.

El hombre más joven, claramente el hijo del señor, desmontó. Los dos hombres intercambiaron una breve conversación, en voz tan baja que Anna no pudo oír ni una palabra. Por su parte, Anna observó al joven MacGregor. Parecía unos centímetros más alto que ella, con los brazos y los hombros musculosos. Sus piernas descubiertas parecían tan grandes como su cintura. El cabello de marta, atado a la nuca, le llegaba hasta los hombros, rizándose en las puntas. Sus ojos, del azul más claro que recordaba, la atravesaron cuando cambió la mirada de su padre a ella.

En ese instante, Anna tragó saliva con inquietud.

Tanto el joven como su padre llevaban la sangre de sus enemigos en la piel y en la ropa. Saber que la joven era su hermana explicaba la ferocidad con la que luchaba por recuperarla. No explicaba, sin embargo, por qué Anna estaba detenida.

—Sí. Vendréis con nosotros.

El señor montó en su caballo, cogió a su hija y la colocó en la parte delantera de su montura. Luego cabalgó de vuelta a través del campo. Otro hombre hizo lo mismo con la otra niña.

—Soy sir Duncan MacGregor, hijo del lord. Entregaréis vuestras armas y cabalgaréis con nosotros. Podéis hacerlo voluntariamente, o podéis luchar. La elección es vuestra. —El hombre más joven la miró.

Con una mirada firme, Anna desabrochó la vaina de su espada y sacó las dos dagas de su cinturón. A continuación, sacó cada daga de sus botas y se las entregó con un gruñido a los hombres que se acercaban.

—¿Me permite montar, señor? —Puso tanto veneno en su voz como se atrevió.

—Sí, el señor os puso a mi cargo. Cabalgaréis. —Duncan le indicó su caballo.

Tomando las riendas de Orión, le indicó que montara. Mientras se dirigían hacia el lugar de la batalla, vio a un hombre que hablaba con lord MacGregor, agitando los brazos, claramente enfadado.

—Él es mi hermano, señor. Estoy en mi derecho de exigir un desafío.

—Levantad el campamento. Atended a los heridos. —El señor miró a Anna y luego de nuevo al hombre humeante delante de él, de mala gana asintiendo con la cabeza.

«Así que el hermano del hombre al que acuchillé exige el derecho a vengar su herida. No puede creer que lo haya hecho una mujer», se burló ella.

La sangre de Anna hervía. No importa que él hubiera desobedecido las órdenes de su señor. De repente, su rabia la cansó. No era la primera vez que un hombre deseaba matarla. Se encogió de hombros.

«Se unirá a las filas de otros que lo han intentado. La única pregunta es: ¿muerto o herido?»

—Eso me pasa por ser de ayuda. —No se dio cuenta de que había hablado tan alto como para que la oyeran, pero el joven MacGregor esbozó una sonrisa ante su queja.

Los hombres montaron tiendas, encendieron hogueras y recogieron a los heridos.

—Señor, si me permite ofrecerle ayuda, estoy entrenada como curandera.

—¿Por qué ayudaríais a mis hombres si os crees nuestra prisionera? —Duncan ató su caballo a un árbol cercano. La miró con suspicacia.

«Buena pregunta. ¿Por qué?»

—¿Estoy en lo cierto al suponer que estos hombres fueron heridos al rescatar a dos mujeres jóvenes secuestradas por un grupo de asaltantes?

Duncan asintió brevemente con la cabeza.

—Entonces ayudar a los hombres que resultaron heridos poniendo fin a una práctica tan bárbara es razón suficiente. —La oportunidad de atender a los heridos ahogaba su ira… por ahora.

—Una respuesta justa. Tenemos una tienda y algunas

provisiones. ¿Necesitáis algo más? —Con la cabeza ligeramente inclinada, torció una comisura de los labios ante su respuesta.

—Agua hirviendo y *whisky*, si os sobra. —Al desmontar, Anna sacó su bolsa de la espalda de Orión.

—Traed agua de la hoguera y ponedla a hervir —ordenó Duncan a uno de los hombres que atendían el fuego. La miró fijamente, como si tratara de evaluar la veracidad de su respuesta. Anna se quedó inmóvil mientras su mirada la penetraba. Tras unos instantes de enervante escrutinio, Duncan se dirigió hacia la tienda.

Después de abrir la puerta, Duncan le hizo un gesto para que entrara. En cuanto lo hizo, sintió el hedor de la muerte inminente. Las provisiones estaban colocadas en el suelo, entre dos jergones con hombres heridos ya sobre ellos, que parecían ser los peores de los heridos. Uno de ellos tenía una profunda herida en el vientre, origen del penetrante olor. El otro tenía un largo tajo en una pierna.

—Señor, no es probable que este hombre sobreviva. Haré un emplasto para cerrar la herida y le daré té de amapola para el dolor. —Anna le dijo a Duncan en voz baja.

Este asintió mientras un hombre traía una olla de agua humeante y le susurraba mientras Anna seguía con su trabajo.

Después de curar la herida del estómago, se ocupó de tratar la de la pierna. Con hilo de seda encerado y una aguja redondeada, suturó el extenso corte. A continuación, aplicó un ungüento medicinal para prevenir la infección y la vendó. Uno tras otro, le traían hombres que la miraban sorprendidos cuando llegaban para ser atendidos. Mientras trabajaba, veía repetidamente a Duncan MacGregor por el rabillo del ojo. La observaba con semblante melancólico y enfadado. Aunque no era un hombre demasiado alto, poseía una presencia imponente. Se comportaba como un guerrero experimentado, las cicatrices visibles en sus brazos también daban testimonio de su experiencia. Era un hombre acostumbrado a obedecer órdenes. Cuando sus hombres lo miraban a los ojos, asentían con la cabeza. Los MacGregor parecían muy bien entrenados y disciplinados. El escaso número de heridos, comparado con el número de enemigos que yacían

muertos en el campo, así lo demostraba.

—¿Puedo preguntar por qué me tenéis cautiva, mi señor?

Duncan no respondió, así que miró en su dirección. No se había movido. Aún de pie, con las piernas separadas y los brazos cruzados sobre el pecho, llevaba una máscara sombría e inescrutable. El calor de la ira surgió en su interior y sus manos se cerraron en torno a sus herramientas. Retenida sin motivo perceptible, ahora soportaba que la ignoraran como si no tuviera importancia.

«Debería dejar que trataran a sus propios heridos».

Con esfuerzo, resistió la tentación de hacer las maletas y abandonar su duro trabajo. La curandera que había en ella no le permitiría dejar sufrir a esos hombres. Desde que MacGregor le permitió ocuparse de sus hombres, supo que no tenían ninguna curandera entre ellos. Los heridos no tenían nada que ver con la decisión de su señor de retener a la salvadora de su hija en contra de su voluntad. Por mucho que quisiera vengarse por su trato, su honor no se lo permitiría. Su padre siempre decía que un verdadero hombre o mujer de honor se comportaba así, se esperara o no, se observara o no. Sin embargo, el honor no le impedía provocar a su captor.

—¿Son todos los heridos, señor? —Esperó a terminar de hablar con el último hombre que le habían traído y reprimió el gruñido con el que quería puntuar su pregunta.

Duncan asintió una vez.

—Gracias por permitirme tratar a vuestros hombres. Aplaudo vuestros esfuerzos por impedir que *bárbaros* como esos se lleven a mujeres jóvenes contra su voluntad. —El sarcasmo en su voz aparentemente cayó en oídos sordos. Una vez más, no inspiró ninguna respuesta visible. El impulso de desafiarlo con una confrontación física aumentaba, pero luego se desvanecía. Incluso si conseguía esquivarle, un nutrido grupo de hombres fuera de la tienda no dudaría en detenerla.

Rodeada de guerreros experimentados, no veía ninguna posibilidad de escapar. Tendría que esperar su momento. Después de verla despachar a sus enemigos, Anna sabía que no la verían como una hembra indefensa y que, por tanto, estarían en guardia.

Ahora que había terminado de curar a los heridos, quería lavarse la sangre, la suciedad y saciar su sed. Tras una mañana tranquila, el día parecía cada vez más catastrófico. Mañana prometía más de lo mismo, si sobrevivía a la noche.

CAPÍTULO 2

Los ruidos del campamento se desvanecieron de los pensamientos de Duncan. Él y sus hombres habían matado al grueso de la hueste de MacNairn que había capturado a su amada hermana y a su sierva. Sólo le quedaba encontrar, matar al resto del grupo y rescatar a las jóvenes. Miró a su prisionero con escepticismo. Tan pronto como vio al grupo de asaltantes al otro lado de la cañada con las mujeres, la rabia invadió cada rincón de su ser. Cuando él y sus hombres cargaron hacia la tropa, un extraño salió de entre los árboles y abatió a tres de los enemigos con flechas antes de que los asaltantes pudieran reaccionar. Otro cayó antes de que el misterioso aliado desenvainara las espadas. En lugar de una espada larga, una *claymore* o un hacha, blandía dos bracamartes, y sus movimientos eran fluidos mientras esquivaba el primer ataque. Golpeó el brazo del atacante con la espada y asestó el golpe mortal. Al último MacNairn no le fue mejor. Al esquivar el ataque, el misterioso desconocido abatió rápidamente al bastardo.

A varios pasos de distancia, Duncan se dio cuenta de que el desconocido no era un hombre, sino una mujer. ¡Imposible! Si no lo hubiera visto todo delante de él, nunca lo habría creído. Sin embargo, era cierto. Esta extraña mujer detuvo a seis guerreros de las Tierras Altas con una eficacia mortal que él nunca había presenciado.

«¡Qué habilidad! ¡Qué valentía! Nunca había visto a una mujer superar a un hombre en combate, ¡y mucho menos a seis hombres!»

El calor se deslizó por sus venas.

«Y la más bonita que he visto nunca. Esta muchacha no era

un lirio mimado, sino vital, convincente, viva».

Los expresivos ojos de la mujer, del color verde que sólo se encuentra en la naturaleza, le recordaron las historias de hadas que su madre le contaba cuando era pequeño. Reflejaban fuerza y valentía, unos ojos irisados que desprendían ira. Su largo cabello negro le llegaba hasta la cintura, recogido en una trenza gruesa como su muñeca. Su tez suave resplandecía, bronceada por el sol. Los pómulos altos, la nariz, la barbilla se veían fuertes y los labios deseables constituían una belleza impactante. Había terminado de curar a sus heridos con una destreza que uno esperaría que le hubiera llevado media vida dominar. La curandera de su clan no era ni de lejos tan competente, y la vieja bruja había pasado muchos inviernos.

«Ella afirma ser escocesa, pero por su forma de vestir y sus modales parece inglesa. Sin embargo, habla bien el gaélico. Por alguna razón, la muchacha tenía un buen maestro».

Un misterio. Desafortunadamente, un misterio que probablemente no resolvería, ya que su padre le dio permiso a Shamus para vengar la herida en el hombro de su hermano.

«Tonto. Su hermano se enfrenta a un castigo por desobedecer a su señor disparando a la muchacha, sobre todo porque ella salvó a mi hermana».

La disciplina debe mantenerse. Había luchado en demasiadas batallas como para no saber bien la lección. Como capitán, le correspondía ver que todos obedecieran sin cuestionar. Incluido él mismo.

«Le debo una deuda de por vida».

El enigma le retorcía por dentro. Sabía que su padre no deseaba condenar a muerte a la mujer, pero no podía ignorar la ley del clan.

«¿Debo apoyar a mi pariente o a la muchacha que acabo de conocer?»

Sonriendo por dentro por un sentimiento que no acababa de comprender, esperaba sinceramente que Anna sobreviviera a la noche. Aunque la miraba de un lado a otro -sin duda buscando una forma de escapar de él-, hizo caso omiso de sus preguntas sobre el cautiverio, ya que no tenía ninguna respuesta que ofrecerle. Sus

únicas órdenes eran desarmarla y detenerla. Su cuerpo se puso rígido, los puños apretados, una visión de la ira. Se tragó la sonrisa cuando ella giró hacia él.

—Señor, ¿deseáis que atienda a las mujeres? Puedo curar las heridas que puedan haber sufrido. —Blandió su afilada lengua con la misma despiadada precisión que una espada. El juego de emociones en su rostro, tan cambiante como las nubes, le sedujo.

—No es necesario. No estaban lastimadas. —Aprovechó para mirarla antes de responder.

Anna respondió entrecerrando ligeramente los ojos y asintiendo con la cabeza. ¿No le creía? ¿O pensaba que no confiaba en ella?

—No tenemos refugio para vosotros. Acamparéis fuera de esta tienda. Estamos preparando comida. Comeréis con nosotros.

—Gracias por la amable oferta, pero no será necesario. Puedo encargarme de mi propia comida. —Su rostro y su tono eran tan férreos como la mejor hoja de acero.

Duncan le indicó que saliera de la tienda. Sus alforjas y su saco de dormir estaban depositados en el suelo y ella guardó las provisiones en su zurrón. Levantó la vista y se puso rígida. Siguió su mirada hasta su semental, al otro lado del campamento, sin la silla de montar y atado a los otros caballos: otra vía de escape que se le negaba.

Duncan observaba con curiosidad cómo la mujer montaba rápidamente su campamento. Ella recogió sus pertenencias y las colocó junto a una gran roca, lejos de la tienda. Sacó un pequeño cuchillo plegable y cortó dos arbolillos, los colocó junto a la tela del suelo y utilizó un tercer arbolillo para crear un delgado tridente. Se acercó a la hoguera, moviéndose en silencio a lo largo de la orilla, con su sombra alejándose del agua, Duncan observó con aprobación. Al detenerse junto a un pequeño remolino creado por un tronco sumergido, Anna respiró hondo. Con un rápido movimiento, empaló a una trucha desprevenida. En ese instante, Duncan se sobresaltó con un bufido de sorpresa.

Tras limpiar el pez con movimientos precisos y limpios, Anna regresó a su campamento. Cavó una pequeña hoguera, recogió ramas caídas y sacó un pedernal. En el momento en que la

piedra golpeaba el cuchillo, saltaban chispas en la yesca que había en el hoyo poco profundo. La madera se encendió y el fuego ardió.

Duncan dudaba que él hubiera podido hacerlo tan rápido. En pocos minutos, Anna tenía el fuego encendido y el pescado en el asador. Ella lo ignoró, ni siquiera le dirigió una mirada superficial.

«¿Cómo puede una muchacha tan joven poseer tales habilidades? Es inaudito, absurdo. Hacía cientos de años que no se entrenaba a las mujeres en el combate y la carpintería, y sólo para repeler a los bastardos romanos».

Duncan resistió la creciente tentación de acercarse a ella, con multitud de preguntas en la cabeza. Estaba claro que ella no quería saber nada de él. No podía culparla. La trataban como a una enemiga más que como a una aliada.

«¿De qué se trata, padre? Vio como había rescatado a Nessa».

Incluso vestida como un hombre, la encontró impresionante, aunque la iglesia llamaría a su elección de ropa un pecado. Por más que lo intentaba, Duncan no podía apartar sus ojos de ella. Sus curvas femeninas no estaban completamente ocultas bajo la armadura de cuero que llevaba. Una túnica negra a juego y unas correas cubrían el resto. Los brazaletes de cuero junto con la coraza estaban bien ajustados y hablaban de riqueza, al igual que su caballo.

«No tiene sentido. ¿Por qué alguien con recursos permitiría que una hija tan hermosa como ella se vistiera y comportara como un hombre y viajara sola?»

Sin duda, todo un misterio. Recordó el desafío y su humor cambió. Luchó con una fuerte necesidad de hacer algo para intervenir. Pasó una mano por su cara, frustrado. No podía. La ley del clan lo ataba tan fuertemente como a su padre. Ni siquiera podía ofrecerse a ocupar su lugar. ¿Qué le sucedía?

«¿Ponerse en su lugar? ¡Dios mío! ¿En qué estoy pensando? ¿Ir contra un miembro del clan por una joven extraña?»

¿Por qué sentía un poderoso impulso de protegerla cuando ella claramente no quería su protección?

«Debe ser gratitud por haber salvado a Nessa y a su criada. Una curiosidad. Un enigma por resolver, nada más».

Uno de sus hombres le entregó un tazón de estofado,

haciéndole alejar tales pensamientos con otra maldición.

* * *

Al terminar el pescado, Anna sacó una de las pocas manzanas que le quedaban en el zurrón. Con un mohín, aspiró su dulce fragancia antes de morder la suculenta carne. Era mejor saborear esto, ya que probablemente no habría tales lujos en el lugar al que se dirigían. Por el olor del estofado que les ofrecían, podía suponer que sus raciones como prisionera serían similares o peores. Las tripas se le apretaron cuando MacGregor se acercó, con la misma expresión oscura y melancólica en el rostro.

—Venid. ¿Escuchasteis la petición de desafío cuando llegamos al campamento?

Por supuesto que sí. ¿La creía tonta? Se levantó sin responder a la pregunta.

—Las reglas son simples. El retador elige el tipo de arma y podrá elegir entre varias. El ganador puede tener piedad si lo desea o no. Cualquier agravio se considera cumplido con el combate.

—¿No es eso conveniente para el clan MacGregor? No tienen ese derecho mis parientes si alguien deseara vengar mi muerte —replicó al tiempo que giraba su cabeza, sin tratar ya de contener la ira que había estado conteniendo durante toda la tarde. Cada músculo de su cuerpo se tensó mientras luchaba contra el impulso de darle una patada en el culo al hombre que tenía al lado.

—¿Y qué clan debo esperar que venga a llamaros si perdéis esta velada?

El tono de Duncan sonaba tranquilo y uniforme, lo que la enfureció aún más. Irritada, Anna miró a los hombres reunidos sin responder y se dirigió hacia el círculo de rostros expectantes. Podía jugar a ignorar las preguntas tan bien como él.

—Buena suerte —le deseó.

—Podéis iros al diablo, señor —replicó Anna con fuerza suficiente para herir.

—Shamus ha reclamado su derecho al desafío. Hay que decir que Alasdair fue herido desobedeciendo mi orden. Pero él es un pariente. Bajo las leyes de nuestro clan, es su derecho y se lo

concedo. Exijo que se ofrezca clemencia porque la desafiada es una mujer, y porque mató a la inmundicia MacNairn quién robó a mi Nessa. —En ese instante, lord MacGregor entró en el círculo y llamó la atención. Se volvió hacia Anna, asintió levemente y abandonó el círculo.

En el suelo, entre ellos, había un tartán con cuchillas esparcidas por su superficie. Los cuchillos eran de distintas longitudes, ninguno más largo que el antebrazo de Anna más el mango. Shamus se acercó a la tela, seleccionó una daga y le gruñó. Al mirar el montón, ella notó que había bastones de madera tan largos como los puñales más largos.

—¿Se me permiten dos? —Cogió una en cada mano y miró a Duncan.

—Sólo un *Sassenach* llevaría un palo a una pelea de cuchillos. —Se volvió hacia Shamus en busca de la respuesta. Su risa se unió a la del resto de los hombres.

Anna toleró el insulto y se sumergió rápidamente en el espacio mental que su mentor le había enseñado.

«No pienses en matar ni en que te maten. No pienses en tu enemigo. Despeja tu mente. Toma sólo lo que te den».

La lección de Zhang le había sido inculcada desde hacía más tiempo del que podía recordar y fluía a través de ella como el aire que respiraba.

—Puta inglesa. —Shamus escupió en el suelo a sus pies, con la cara contorsionada por el odio. No parecía necesitar ninguna provocación para ponerse en marcha y matar a una mujer. La sangre derramada caería sobre sus manos.

—Bárbaros. —Anna gruñó, levantó las porras y las movió en círculos. Moviendo los pies junto con los bastones, entró en un ritmo constante. Las varas se movieron rápidamente en un remolino de movimiento, cantando bajo mientras cortaban el aire. Shamus la observaba sorprendido y fascinado, sin saber qué pensar de aquellos movimientos desconocidos. Tenía que tener cuidado. Por la forma en que se movía, este hombre había sobrevivido a varias peleas. Se movió con cautela, tanteando el perímetro de sus movimientos. Cuando las porras entraron en contacto con su espada, resonó un claro clac. Con cuidado de no

golpear la daga en el filo, Anna sólo golpeó la parte plana del arma. Este patrón continuó durante un rato, él tanteando, ella defendiéndose. Shamus buscaba un punto débil. Anna se esforzaba por no mostrar ninguno.

Shamus se acercó para asestarle un golpe. Anna desvió la mayor parte de este, pero la punta le rozó el brazo izquierdo entre el codo y el hombro, provocándole escozor y calor familiares mientras la sangre fluía. Le lanzó una sonrisa malvada y una burla. No había tiempo para pensar, sólo para concentrarse en el *aquí*, en el *ahora*. Otro golpe y ella respondió con ambas porras. Cada uno de ellos hizo contacto con la muñeca que sostenía su espada, creando el característico sonido de la madera contra la carne. Shamus dejó caer la espada. Por la fuerza del contacto, ella esperaba que se hubiera roto un hueso.

Mientras las porras seguían girando tras el golpe, Anna las bajó para golpear la parte exterior de la rodilla de Shamus, girando al mismo tiempo para añadir más fuerza al golpe. Los dos impactos le doblaron la pierna, clavándole la rodilla en el blando césped. Tras continuar girando, Anna aprovechó el impulso de su último ataque para lanzar el siguiente, dirigido a la parte posterior del cráneo, donde se unía la columna vertebral. Los dos golpes, uno tras otro, en esta zona vulnerable lo dejaron inconsciente con un ruido nauseabundo, dejándolo caer como un árbol derribado. Luego cogió su espada, le sujetó por detrás del cabello y le clavó la daga en la garganta. La multitud, a la cual había ignorado durante la pelea, se sumió en el silencio. Buscó a MacGregor entre la multitud. Él entró en el círculo y ella la desafió.

—Señor, este hombre tiene una deuda conmigo. ¿De acuerdo?

—Sí, de acuerdo. —El señor la miró sorprendido un momento antes de responder.

Entonces, Anna dejó caer a su oponente inconsciente, se dio la vuelta y se dirigió hacia su campamento.

—La espada —pidió Duncan.

Volviéndose hacia él, sus nudillos se blanquearon mientras empuñaba la daga, tentada de luchar para volver a Orión. Tras un momento de vacilación, volteó el cuchillo, ahora con la hoja en la

palma de la mano, y lo lanzó hacia el hombre caído. La daga impactó entre sus piernas, unos centímetros por debajo de su virilidad, clavándole el tartán en el suelo.

Se dirigió furiosa a su campamento. gruesas gotas de lluvia caían, las cuales desviaron su atención de la pelea. Fijó la tela encerada sobre los dos postes que había cortado antes, ancló los extremos a una roca y a un par de estacas y dio un tirón para comprobar su resistencia. Después se acercó al arroyo y lo cruzó, sin dar la espalda al hombre que la seguía. Se lavó todo lo que pudo con MacGregor presente, luego llenó su odre de agua y una pequeña olla de su zurrón.

Momentos después de acercarse al fuego, inspeccionó su herida. Un tajo superficial de cinco centímetros de largo supuraba sangre por debajo del hombro. Pronunciando una maldición contra todo lo masculino, se limpió la sangre, agradecida de no haber sufrido una herida mayor. Después de hervir el agua de la olla, Anna empapó la aguja y el hilo. Limpió y cosió la herida, aplicando el mismo ungüento que había utilizado antes con los hombres heridos. A continuación, cogió una venda de su zurrón y vendó el corte. Añadió más leña al fuego y colocó unas ramitas alrededor del lugar para que le sirvieran de señal si alguien se acercaba. Todavía furiosa por el trato recibido hasta entonces, se sentó con las piernas cruzadas bajo su pequeño refugio. Con los ojos cerrados y el cuerpo relajado, Anna obligó a su mente a tranquilizarse. Al cabo de una hora de calma, abrió los ojos a la noche. La fiebre de la batalla, junto con la mayor parte de su ira, habían desaparecido.

Estirándose, Anna se envolvió en su tartán, tratando de dormir lo más posible entre un grupo de hombres que habían demostrado ser enemigos. Esperaba que su actuación contra Shamus disuadiera a cualquiera de ponerla a prueba de nuevo esta noche.

Somnolienta, Anna repasó mentalmente los acontecimientos del día y se preguntó qué le depararía el día siguiente. Aunque sus acciones habían acabado con su captura, sabía que volvería a rescatar a aquellas muchachas si tenía la oportunidad. Aunque los hombres no tuvieran honor, esos bárbaros no alterarían el suyo.

Agotada tanto emocional como físicamente, no opuso resistencia cuando el sueño la reclamó. Antes del amanecer se levantó y se dio cuenta de que tenía un nuevo vigilante. Así pues, pidió intimidad para satisfacer sus necesidades mañaneras y se dirigió al arroyo. Con un pequeño paño, se limpió los dientes y se lavó la cara. Después de levantar el campamento, no tenía otra cosa que hacer que esperar instrucciones. Mientras terminaba una rebanada de pan y una manzana, MacGregor el Joven se acercó con sus caballos ensillados. Por su expresión, parecía contento por algo. Al menos su humor más ligero marcaba un cambio respecto a la expresión tormentosa que solía llevar.

—Cabalgaréis conmigo otra vez. Estamos a tres días completos de casa.

Sin responder ni hacer contacto visual, Anna aseguró sus pertenencias y subió a su caballo. Ató las riendas de Orión a su montura, dejándola sólo a ella para el paseo. Durante todo el día Anna soportó las miradas especulativas de los hombres, algunas perplejas, otras divertidas. Aunque acostumbrada a tal escrutinio como mujer guerrera, se le erizaba la piel al no poder escapar de él. Se dio cuenta de lo mucho que confiaba en los nombres de su padre y su abuelo como manto de protección.

—Me preguntaba por vuestra armadura y vuestro caballo. Son de alta calidad, por lo que estaríais al cuidado de una persona con medios —dijo Duncan.

—Y, sin embargo, insistís en secuestrarme. Decidme, señor, ¿en qué se diferencian usted y vuestro padre de los bárbaros que maté ayer para rescatar a vuestra hermana y a su doncella? —Le lanzó una penetrante mirada.

La pregunta rompió la calma del hombre, quien volvió a mostrarse enfadado y pensativo. A juzgar por los músculos que ondulaban a lo largo de su mandíbula y el fuego en sus ojos, no le gustaba la comparación. Si conocía la diferencia, prefirió no explicarla.

Se detuvieron una vez hacia el mediodía para que los caballos pudieran pastar y beber. Resultó ser el único descanso del día. Después de hacer sus necesidades personales, Anna se puso en cuclillas con la espalda apoyada en un gran árbol para comer,

observando a los hombres. La mayoría la ignoraban. Aun así, se negó a arriesgarse bajando la guardia.

—Los hombres no os harán daño. Estáis bajo mi protección —afirmó Duncan, con las cejas fruncidas, las manos en las caderas y los pies muy separados, como si estuviera reprendiendo a un hombre bajo su mando.

—Si vuestra *protección* fue demostrada anoche, ciertamente dormiré más profundamente esta noche, señor. Gracias. —Inclinó la cabeza hacia él y dejó que su mirada se cruzara con la suya, con los rasgos esculpidos en la roca.

La ira en el rostro del joven brillaba tan clara como el agua del lago junto al que se habían detenido. Se alejó sin responder y caminó varios pasos para terminar su comida. Al cabo de unos minutos, volvió a pisar fuerte hasta donde ella estaba sentada. Sin mirar en su dirección, Anna se dirigió a su caballo y montó. Tras subir a su caballo, Duncan no habló más mientras continuaban su camino.

El resto del día transcurrió sin incidentes. Al anochecer, finalmente se detuvieron. Sin luz suficiente para cazar o pescar, Anna comió de las provisiones de su zurrón. Repitió su rutina de buscar leña, encender un fuego y acampar. Duncan le trajo un cuenco de algo que olía a pies sucios y repollo, y lo colocó en el suelo delante de ella.

La mujer asintió con la cabeza, pero no tocó el brebaje de olor rancio y se limitó a comer de sus cada vez más escasas provisiones. Había cazado o pescado todos los días desde que se marchó de casa para no quedarse sin alimentos y pronto tendría que reponerlos.

Al día siguiente pasó lo mismo que al primero, con la diferencia de que comenzaron a subir.

«Tranquilo, muchacho». Acarició a su caballo, murmurando ánimos por el camino. Orión, que no estaba acostumbrado a los terrenos escarpados y rocosos, tropezó varias veces hasta que se acostumbró al terreno más difícil. Su comportamiento asustadizo reflejaba la proximidad de hombres y caballos desconocidos. Sus músculos se estremecían de vez en cuando, reaccionando a su inquietud.

Una vez, un grupo de cinco hombres a caballo salió a su encuentro. Duncan y su sire cabalgaron a su encuentro, dejándola al cuidado de otro mientras hablaban. La conversación fue breve y civilizada por lo que pronto continuaron su camino. Tras otra hora de viaje, el frío húmedo de la elevación sustituyó al aire más cálido de las Tierras Bajas.

La lluvia caía lenta y constantemente, mientras un viento amargo se llevaba las gotas por delante. Envolviéndose la trenza alrededor del cuello para entrar en calor, Anna se ciñó bien la capa con la tela encerada encima. Aunque temblaba de frío y humedad, seguía seca. Se dio cuenta de que sus compañeros de viaje apenas parecían afectados por el cambio de temperatura o el viento.

«Los bárbaros de las Tierras Altas están en su elemento».

Dejó de pensar en el frío para centrarse en algo más práctico. Los hombres la rodeaban por todos lados cuando montaba, manteniéndola encerrada. Con las riendas atadas al caballo de Duncan, no tenía posibilidad de escapar. Sin armas, estaría indefensa ante un ataque, incluso si de algún modo lograba eludirlos. Por mucho que le doliera, tendría que seguir esperando a que surgiera una oportunidad para escabullirse de sus captores.

MacGregor no hizo más intentos de hablar. Para su alivio, las miradas de los hombres desaparecieron en su mayoría. En ese momento, la consideraban simplemente como equipaje: la notaban, pero no la tenían en cuenta.

Se detuvieron junto a otro arroyo una hora antes del anochecer. No vio ningún pez en él. Desenrolló una honda de su cinturón, cogió algunas piedras lisas del arroyo y se adentró en el bosque, con Duncan varios pasos por detrás. Después de acechar el perímetro de su campamento, vio una liebre. Hizo girar la honda y mató al animal en silencio, cubriéndolo antes de volver a su sitio, ignorando a MacGregor.

El frío en el aire empeoraba con la caída de la noche. Anna encendió el fuego un poco más cerca y más grande que la noche anterior para combatir el frío húmedo que amenazaba con calarle hasta los huesos. Cargada con el conejo y sentada cerca del fuego, el frío se mantuvo mayormente a raya. Se preguntaba por los hombres que la habían hecho prisionera, y por Duncan en

particular. Se había encontrado observándolo subrepticiamente a lo largo del día. Algo en él le llamaba la atención, aunque no tenía sentido.

«Debo de estar loca. Sentir algo que no sea ira hacia este hombre es una locura».

Raspar la piel de conejo después de comer le dio algo que hacer aparte de hacer y descartar planes para escapar. Si el aire se enfriaba mucho más, necesitaría matar varias liebres más para forrar su capa.

Anna permaneció vigilante, durmiendo poco, despertándose cada dos horas más o menos, aunque supuso que, si alguien planeaba atacar, ya lo habría hecho. Tal vez las palabras de protección de Duncan fueran ciertas. No estaba dispuesta a arriesgar su vida bajando la guardia simplemente por su promesa de seguridad. Confiar en este grupo de bárbaros podría ser un error mortal.

* * *

Después de tres días de estar cerca de esta mujer, esta Anna, Duncan se encontró perdido. Ni una queja, ni una petición. Se había ocupado tranquilamente de sus propias necesidades, sin depender de nada de los demás. ¿Qué muchacha, inglesa o escocesa, se comportaba así? ¿Cómo era posible?

¿Dónde aprendería una joven noble las habilidades que poseía? ¿Habilidades que deberían haberle llevado más tiempo que sus aparentes años dominar?

«Acepta nuestra comida, pero no se la come. Sus rápidas matanzas de peces y liebres son sorprendentes. Se desliza por el bosque como un espectro, más silenciosa que el guerrero más hábil…»

Duncan se había dado cuenta de que esta mujer era lo que parecía al principio, una luchadora y cazadora experimentada, aunque no podía entender cómo ni por qué. Las numerosas cicatrices visibles en ella, incluida una bastante larga en el cuello, lo confirmaban. El hecho de que se hubiera quedado mirando mientras ella añadía otra a su colección le remordía la conciencia.

«La muchacha está enfadada, y con razón. No nos dejaremos llevar por la complacencia con ella. Probablemente aprovecharía la primera oportunidad para degollarnos y escapar. Bella o no, no podemos bajar la guardia».

Debido a la posibilidad de problemas, Duncan informó a sus hombres que no dejaran de prestar atención. Ella requería vigilancia constante. Este conocimiento no aplacó sus instintos protectores. Por el contrario, se hicieron más fuertes con cada hora que pasaba. Nunca se escondió de sus sentimientos, simplemente no los entendía. Tampoco sabía qué hacer con su confusión.

«¡Qué descaro compararnos con los malditos MacNairn!» Reflexionando un poco más, comprendió lo que Anna pensaba. ¿En qué se diferenciaban?

«Por lo que ella sabe, va a ser llevada a nuestra casa y entregada a un hombre como esposa en contra de su voluntad».

Duncan sabía que su padre no tenía esa intención. Sin embargo, ella no lo hizo. Riéndose para sus adentros, imaginó la escena. Lástima de cualquier hombre que intentara algo tan tonto. Acabaría con una daga enterrada en el corazón, o algo peor.

La respuesta de la mujer a su promesa de que no le harían daño le marcó profundamente. Por alguna razón, ella le hizo recordar a su hermano Callum y aquel terrible día, muchos años atrás, en el que su joven vida se apagó. Algo en Anna lo llamaba a protegerla, a garantizar su seguridad. Estaba claro que ella no le creía y se llevó la herida para demostrar que tenía razón. *Bárbaros* era la palabra que había utilizado. Hasta ahora, se habían ganado el nombre.

A pesar de su comportamiento varonil, Duncan vio su feminidad, su belleza. Como una víbora, hermosa pero mortal. Mejor verla desde lejos, tratarla con respeto. Anna tenía mucho frío desde que salieron de las Tierras Bajas, no estaba acostumbrada a la altitud y al clima. Duncan pensó en ofrecerle una manta, pero se lo pensó mejor. Ella no querría de él más que libertad.

A Duncan le seguía resultando difícil aceptar una colección de habilidades en una forma tan improbable. Cuanto más tiempo pasaba cerca de Anna, más deseaba saberlo todo sobre ella. Sabía

que debía mantener las distancias, pero por alguna razón inexplicable se daba cuenta de que no podía. Sus ojos sólo se apartaban de ella cuando los cerraba para dormir. Su presencia no dejaba de perturbar la calma que él había creado cuidadosamente durante años. Nunca antes se había sentido tan perturbado por una mujer. Maldijo interiormente su propia debilidad mientras esperaba verla al día siguiente.

CAPÍTULO 3

A media tarde del día siguiente, Anna se dio cuenta de que habían dejado de escalar. Mientras el grupo se abría paso a través de un paso de montaña, no estaba preparada para la impresionante belleza de las Tierras Altas que se extendía ante ella. Las montañas se alzaban imponentemente altas y macizas, exuberantes de verdor y resplandecientes de agua. Los arroyos brotaban de las piedras y caían en cascada sobre los rocosos peñascos hacia los numerosos lagos que habían atravesado. La majestuosidad del escarpado terreno hacía palidecer su hogar de las Tierras Bajas.

Ese mismo día se habían encontrado con otro grupo de hombres de otro clan. Basándose en los saludos amistosos, estos hombres eran conocidos personalmente por el clan MacGregor. Una vez de nuevo en camino, se dirigió a uno de los hombres que cabalgaba siempre a su lado. Un hombre que había oído llamar Iain.

—¿Qué son estas montañas, señor?

La sorpresa cruzó cada rostro dentro de la distancia de los oyentes. Ella no había iniciado la comunicación con nadie más que Duncan o el lord desde su cautiverio.

—Los Montes Grampianos, *milady*.

El tono agradable de Duncan le dijo que esperaba que su pregunta fuera el inicio de una conversación. Sabía que se preguntaban por ella.

«Pueden permanecer curiosos. No agitaré más este asunto». Temía lo que pudieran hacer si descubrían que era hija de un barón

inglés y nieta del terrateniente de un clan de las Tierras Bajas.

«Aunque, tal vez, si les hablara del abuelo, cambiarían monedas por mi libertad. No, no involucraré al clan Elliot. No pude salvar a mi familia inglesa, pero puedo proteger a mis parientes escoceses».

Al menos estos hombres la escoltarían lejos de sus enemigos ingleses. Anna sólo necesitaba encontrar una manera de escapar. Intencionalmente, no volvió a hablar y, finalmente, los hombres volvieron a ignorarla.

Al llegar a la cima de una colina, un castillo se vislumbraba en la distancia. Al anochecer, entraron en las afueras de una pequeña ciudad. Una sensación de frío en la boca del estómago de Anna le dijo que habían llegado a su destino.

El pueblo se extendía ante el castillo. La muralla norte de la fortificación de piedra estaba justo al lado de un acantilado que hacía imposible un ataque por la retaguardia. No había visto un lugar mejor para una fortaleza. Su posición daba a los habitantes la ventaja de ver a gran distancia, y los enemigos sólo podían avanzar de frente. La piedra gris oscura del torreón hacía juego con la piedra de las montañas circundantes, por lo que resultaba a la vez hermosa y premonitoria. Un escalofrío involuntario recorrió la espalda de Anna.

—Bienvenida a Ciardun. —Duncan se inclinó hacia ella.

«La Fortaleza Gris».

El nombre era apropiado, aunque su aspecto era de todo menos acogedor. La calidez y el alivio en la voz de Duncan le hacían sonar como si oliera una comida bien cocinada después de un largo y duro día. Obviamente, él estaba contento de estar en casa. La sensación de terror aumentó en Anna cuando pensó en las escasas posibilidades de escapar una vez que atravesaran aquellas formidables puertas. Volvió a estremecerse cuando el frío de su estómago se multiplicó por diez.

Para distraerse de su nueva prisión, observó la escena que la rodeaba. Las miradas que recibía de los aldeanos -una mezcla de expresiones duras, curiosas y desconcertadas- le recordaban su difícil situación. No había ni una sola cara amable entre ellos. Se enderezó hasta alcanzar su estatura máxima, con la barbilla alta y

una expresión inexpresiva.

Sospechaba que la causa de su curiosidad era la forma en que seguía a MacGregor, con las riendas atadas a su montura. O tal vez una mujer extraña vestida como un hombre despertaba su curiosidad. Nadie se atrevía a atacar a alguien que obviamente estaba a su cargo. Al menos había mantenido su palabra sobre su seguridad hasta el momento.

Una vez que cabalgaron más allá de la aldea, la presencia del castillo exigió atención como llamas en la oscuridad. Le pareció una estructura realmente intimidante. No era el más grande que había visto, pero sí intimidante. Cuatro torres de piedra, una en cada esquina, se alzaban en lo alto, con una torre cuadrada mucho más grande centrada a lo largo de la muralla trasera. Un largo edificio de piedra y madera de dos niveles conectaba las torres de las esquinas traseras con la torre cuadrada.

«Me pregunto si ser mujer me mantendrá fuera de las mazmorras. Probablemente no».

Un fuerte alboroto marcó el regreso del lord y su amada hija cuando entraron en el torreón.

—No os preocupéis, muchacha, todo irá bien. Tenéis mi palabra. —Duncan se inclinó más cerca para que sus palabras llegaran sólo a sus oídos.

Desmontaron y entregaron sus caballos a los mozos de cuadra, y Duncan la condujo a través de la puerta de la fortaleza hasta el salón principal. Había varias mesas y bancos preparados. En ambos extremos de la sala había enormes chimeneas que proporcionaban calor a toda la estancia. Un estrado elevado con una mesa bien equipada y sillas marcaba el lugar donde cenaban el hacendado y su familia.

Continuaron hacia el fondo de la sala y caminaron por un largo pasillo que terminaba en una gruesa puerta cerrada. Duncan puso suavemente la mano en el brazo de Anna, guiándola hacia la pesada puerta. Ella se apartó como si le quemara. Algo en su tacto la afectó, aunque luchó por no reconocerlo. Él frunció el ceño, mirándola con el ceño fruncido. A juzgar por su reacción, lo que pasó entre ellos también lo experimentó él.

Al otro lado del portal había cuatro celdas con paredes de

piedra y puertas reforzadas con hierro. Pequeñas ventanas enrejadas en lo alto de la pared permitían la entrada de la luz del sol menguante en cada celda. Cada puerta tenía una ventana enrejada que daba al pasillo. Al parecer, éste sería su hogar en el futuro inmediato. Al entrar en una celda, Anna desafió a MacGregor con una mirada que él no correspondió. De hecho, juró que en sus ojos se dibujaba el arrepentimiento. No importaba. Era un hecho imperdonable: la tenían prisionera después de haber rescatado a la hija del lord. *Bárbaros.*

* * *

Duncan llamó antes de entrar en el solar de su padre.

—¿Está encarcelada? —Kenneth levantó la vista del pergamino en su escritorio.

—Sí. —La desaprobación teñía el tono de Duncan.

—Decidlo. —Kenneth negó con la cabeza, respirando hondo.

—No sabéis lo que pedís. —Duncan lanzó una mirada desafiante a su padre, con el cuerpo rígido.

—Sí, tengo una idea. Decidlo.

—Creo que es un error encarcelar a la muchacha. Se ha ganado nuestra confianza, no el encarcelamiento. —Duncan sostuvo la mirada de su padre mientras se dejaba caer en la silla frente a él, con las manos agarrando los brazos ornamentalmente tallados.

—No sabemos por qué está sola. Una muchacha, incluso tan capaz como ella, no viaja sola a menos que tenga problemas. No quiero que los traigan aquí. No puede causar daño si está encerrada. —Kenneth se frotó la boca y la barbilla con una mano antes de contestar.

—Entonces confinadla en una de las cámaras más pequeñas. Al menos se le deberían permitir las mismas cortesías que ofreceríamos a un invitado. —Duncan se levantó de un salto, paseándose por el suelo, con las manos marcando sus palabras.

—¿No habéis visto lo que yo vi? Atravesó a seis escoceses sin vacilar. Después, derrotó a Shamus con muy pocos problemas usando *dos palos*. Podríamos alegar que los MacNairn no son

buenos luchadores, pero ambos sabemos que Shamus es un guerrero capaz. ¿Cómo mantenéis a alguien así confinado en una habitación de invitados? —Kenneth negó con la cabeza.

—Poned uno o dos guardias, asegurad la puerta desde fuera. —Duncan dejó de caminar. Intentó controlar su temperamento bajando los ojos y la voz.

—¡No! —bramó Kenneth, con una mano atravesándole el cuerpo en un movimiento cortante, exigiendo que se pusiera fin al asunto.

—¡Salvó a mi hermana, *vuestra* hija, de ser violada o incluso asesinada! ¡Esto no es justo! —Duncan se agarró al respaldo de su silla, aprovechando la tensión de su agarre para lanzar su siguiente andanada. Perdido en su ira, se puso de puntillas, con las uñas mordiendo la madera de la silla.

—¡Basta ya! Mientras yo sea el señor, mi palabra es ley. Esta discusión ha terminado. —La voz de su padre se convirtió en un gruñido.

Duncan apretó los dientes, dio media vuelta y salió furioso de la habitación.

* * *

Anna desvió la mirada de la paja fresca y la manta de un rincón al orinal desgastado pero limpio de otro. La habitación medía aproximadamente diez por diez y tenía el suelo de piedra. Colocó su capa y su tartán en el suelo, junto a la manta, y se quitó la armadura. Reflexionó en silencio sobre su destino y se dio cuenta de que no se había permitido llorar la pérdida de su aldea, su hogar y su familia. Su corazón se llenó de lágrimas.

«Lo siento mucho, padre, Edrick».

La miseria la ahogaba como un par de manos fuertes, dejándola sin aliento. Después de algún tiempo, sus lágrimas siguieron su curso, dejando entumecimiento a su paso.

Más tarde, por la noche, alguien trajo un cuenco con más guiso maloliente, un pequeño trozo de pan y una jarra de agua.

—Virgen santa, ¿cómo aguantan este pienso fétido? —murmuró malhumorada. Abandonó el guiso, comió el pan y bebió

un poco de agua, reservando el resto para más tarde.

Se quitó la venda del brazo y comprobó la herida. Estaba cicatrizando, aunque el borde irregular interrumpía el diseño azul que los ancianos del clan le habían regalado el año pasado. Reflejaba un símbolo de estatus y de mayoría de edad como guerrera, y representaba las batallas que había librado. Las líneas de tinta se arremolinaban en torno a sus hombros, cruzaban la parte superior de su espalda, seguían las clavículas y llegaban a la nuca.

La leyenda decía que los intrincados remolinos y patrones entrelazados eran exclusivos de las antiguas guerreras pictas. Había tardado varias sesiones en completar el diseño y se sentía orgullosa de llevar la tinta azul, que indicaba que era una de sus guerreras. El diseño fluido la acompañaría mientras viviera, un recordatorio de quién era, una conexión visible con su clan y el pasado.

Al anochecer, el frío había vuelto. Se enrolló la trenza al cuello y se envolvió en la capa y el tartán. Se hundió todo lo que pudo en la paja y se quedó mirando el estampado azul y vino de la lana. Cerró los ojos, recordando la vida que había dejado atrás en la frontera, reviviendo el terrible día de muerte y fuego.

Al amanecer, se despertó con un escalofrío. El ejercicio era la única forma de entrar en calor, y necesitaba actividades en las que concentrarse, un horario en el que pasar los días. Realizó rutinas de acondicionamiento para calentar el cuerpo y luego pasó un rato meditando. Tras enfriarse de nuevo, practicó patrones de lucha, rutinas que el maestro Zhang les había inculcado a ella y a Edrick sin cesar. Finalmente, agotada, recitó las Sagradas Escrituras y poesía en inglés, gaélico, latín y francés mientras se dormía. Por la tarde, repitió la misma rutina y terminó el día meditando y reflexionando.

«No sabía que algún día utilizaría esto, pero se lo agradezco, maestro Zhang. No caeré presa de la enfermedad y la locura».

Aunque se había negado a compartir los detalles de sus cuatro años de cautiverio, Zhang declaró que su experiencia le había enseñado que todo guerrero debe estar preparado para tal posibilidad.

«Por todos los juegos de prisionero que Edrick y yo jugamos, no importa lo incómodo, no importa lo difícil, sé que voy a sobrevivir, y me fortaleceré con esto».

El dolor en su corazón por la pérdida de su mentor, hermano y padre le proporcionaría la motivación que necesitaba para seguir viva, para seguir siendo ella misma. No perdería el tiempo preguntándose qué planes tendrían los bárbaros para ella.

Para su disgusto, sus pensamientos volvían una y otra vez a su captor, y Anna maldijo su falta de autodisciplina. Había conseguido vivir una veintena de años sin pensar seriamente en ningún hombre, ¿por qué no podía desterrar los pensamientos sobre el bárbaro que la mantenía cautiva? Zhang habló una vez de forjar una especie de vínculo con uno de sus captores. Tal vez, ella experimentase algo similar.

«Desde luego, no me gusta», protestó, negando con la cabeza. «¡Santa Madre! Sería el colmo de la locura».

El día siguiente fue igual. El guiso era insoportable. Arrugó la nariz.

«¿Usan carne que empieza a pudrirse? Suspiró. Me conformaré con las gachas de avena de la mañana y el pan con agua de la noche. Comer estos despojos me podrían enfermar». Miró por la pequeña ventana enrejada de la puerta mientras dejaba el maloliente cuenco de estofado en el suelo. Siempre había un guardia fuera, vigilando las celdas. No sabía con qué propósito, ya que no había otros prisioneros.

«Lo que sí sé es que no me he acostumbrado a este maldito aire frío y húmedo». Se frotó los brazos enérgicamente. «Me despierto con frío, me acuesto con frío». Decidida, se apartó de la puerta y comenzó de nuevo sus ejercicios.

Una vez calentada y cansada, se fijó en el comportamiento de los hombres que custodiaban las celdas. Ninguno se acercaba ni intentaba hablar con ella. Por la noche vigilaba una bestia lasciva. La forma en que la miraba le producía una sensación inquietante. Normalmente se dormía a la hora de maitines, con la silla apoyada en la pared del fondo.

La segunda noche de su cautiverio, los ronquidos del guardia despertaron a Anna quien arrojó unos trocitos de piedra al pasillo.

El guardia no se movió. Golpeó suavemente la pesada puerta de madera, luego más fuerte. Los ronquidos continuaron. Sonrió. Tenía el sueño profundo.

La comida del mediodía fue otro tazón del grasiento estofado. Anna hurgó en los trozos de carne que flotaban en el caldo, observando cómo la grasa se solidificaba en la superficie al enfriarse. Tocó la suave grasa pensativa. Mojó los dedos en la grasa resbaladiza y la untó en las bisagras de la puerta de su celda.

Al tercer día se hizo de noche. Esperó a que el guardia se durmiera, cogió la manta y la sacó por la ventana enrejada de la puerta hasta que colgó más allá de la cerradura. Con cuidado, sacó los dos dardos arrojadizos de acero ocultos en sus brazaletes y los introdujo en la cerradura. Trabajó deprisa, con un ojo en el guardia y la lana de la manta amortiguando los ruidos.

En cuestión de minutos, abrió la puerta. Se arrastró por el pasillo y se quedó mirando al enorme guardia, cada ronquido era un estruendo. Como una gata, se acercó a la puerta que daba al siguiente pasillo. Sin vacilar, levantó lentamente la barra y echó un vistazo al pasillo. Al no encontrar señales de actividad, avanzó sigilosamente por el pasillo que conducía al gran salón. Una inspección cuidadosa de la gran sala no mostró ningún movimiento ni sonido. El gran salón, normalmente el centro de la actividad, estaba tan silencioso como el fondo de un lago. En la puerta del patio de armas, se detuvo en seco, escudriñando el patio.

«Las puertas están aseguradas por esta noche. No puedo recoger a Orión y marcharme hasta que amanezca y se abran las puertas». Miró a su alrededor buscando un lugar donde esconderse en la persistente oscuridad.

La luna se cernía sobre ella, casi llena, inundando de luz el patio vacío. Los hombres caminaban por el muro de cortinas, vigilando, con la atención puesta más en el exterior que en el patio. Pegada a las sombras del muro, se escabulló en los establos sin hacer ruido.

* * *

Incapaz de encontrar el sueño una vez más, Duncan se paseaba por el muro de cortinas como había hecho en otras noches de insomnio. Sólo faltaban un par de horas para el amanecer y aún no había conseguido quitarse a la muchacha de la cabeza. Era más que frustrante. Nunca una mujer le había afectado tan rápido, tan absolutamente. Cada vez que pensaba en ella, lo invadía la lujuria, la posesividad y un deseo irrefrenable de protegerla. Tenía el cuerpo de una *leannan sith* y el corazón de una guerrera, un misterio que constantemente aguijoneaba su paz. Recorría los mismos caminos mentales una y otra vez, preguntándose quién era ella y repitiendo las discusiones con su padre, sin dejar espacio para el sueño. Un ligero movimiento llamó su atención en el patio.

«No, no puede ser. ¿Podrían haberla invocado mis pensamientos?» Se puso en cuclillas a la sombra de una almena y volvió a observar el movimiento. Cerró los ojos y se restregó la cara antes de mirar una vez más para asegurarse de que no estaba viendo cosas.

La sombra volvió a moverse. Una figura oculta se dirigía hacia los establos, rodeando el perímetro del patio. Duncan sonrió mientras permanecía inmóvil, observando. Quería ver cuánto éxito obtendría el encapuchado. Seguro de la identidad de la descarada furtiva, no entendía cómo había podido salir de su celda, pasar junto a Alain y salir del vestíbulo sin llamar la atención. Mirando a los hombres de guardia, se dio cuenta de que sólo vigilaban el exterior de la torre del homenaje. Sería una experiencia muy instructiva. Su sonrisa se curvó aún más en anticipación.

Anna se deslizó hacia los establos tan silenciosamente como había salido de la torre del homenaje y rodeado el patio. Duncan abandonó la muralla y se dirigió a la portería para hablar con el portero. Se colocó en lo alto de la barbacana, desde donde podía ver el estrecho portal. Se acomodó para esperar a que se levantara el rastrillo al amanecer.

Tal y como sospechaba, al oír el primer chirrido del molinete, un encapuchado montado en un corcel que ya le resultaba familiar se dirigió lentamente hacia la puerta exterior fortificada. Duncan se rio ante la valentía de la ingeniosa mujer y sacudió la cabeza.

«¡Por Dios! ¿Hay algo que ella no pueda hacer?»

Por un momento pensó que debería enfadarse, pero en realidad le debía las gracias. Estaba claro que sus medidas de seguridad eran poco estrictas. Además, no recordaba haber disfrutado más de una noche en vela, completamente entretenido con el intento de fuga de Anna.

A la orden de Duncan, el guardián de la puerta abrió el portal exterior. Pateando a su semental, Anna echó a correr. El corazón de Duncan se apretó contra sus costillas y una sensación de náuseas se extendió por sus entrañas, temiendo que ella quedara aplastada bajo la puerta. En el último segundo posible, Anna detuvo el caballo de un tirón y lo hizo retroceder sobre sus ancas mientras el hierro golpeaba el suelo ante ella con un sonoro tintineo, como el de una campana de iglesia rota.

Los hombres estaban de pie a la entrada del patio, listos para desenvainar las espadas. Con órdenes estrictas de no hacerle daño, bloquearon la estrecha entrada. Desde una puerta interior de la barbacana, Duncan apareció a su lado. Sujetó a Orión por la brida y sonrió.

CAPÍTULO 4

—Es una buena mañana. O lo será cuando salga el sol. ¿Me acompañáis a dar un paseo? —La voz de Duncan sonaba divertida.

Anna respondió con un gruñido. Abandonó su montura más fácilmente de lo que él esperaba, pero rechazó su oferta de ayuda. Incluso este contacto momentáneo le hizo sentir una chispa en el brazo. Percibió un destello de ira en los ojos verdes de la muchacha, que giró sobre sus talones y se dirigió hacia el vestíbulo a paso rápido, sin duda para evitar el contacto con él.

Al entrar en el gran salón, Anna vaciló cuando el guardia, Alain, se dirigió hacia ella con agresividad, maldiciendo a la inglesa mientras se acercaba. Duncan lo interceptó de inmediato, empujándolo hacia atrás.

—No le hablaréis así a la dama. Le debéis una disculpa.

Alain fulminó a Anna con la mirada. Duncan cerró la brecha

entre ellos, con los puños cerrados, listo para atacar.

—Disculpaos o, de lo contrario, os pondré a limpiar retretes durante una semana, después de daros una lección sobre cómo hablarle a una dama. —La ira estalló cuando Alain pareció dispuesto a desobedecer su orden, y cada tendón del cuerpo de Duncan se tensó en previsión de la paliza que ansiaba propinar.

—Os pido disculpas, *milady* —balbuceó Alain, con los músculos del cuello tensos por el esfuerzo.

Duncan lo miró con odio, negándose a tolerar una sola palabra de insulto contra Anna. «Más tarde», prometió con una mirada dura. Encontraría a Alain y se aseguraría de que comprendiera que las hostilidades hacia ella tendrían graves consecuencias.

Anna asintió una vez hacia Alain, reconociendo sus disculpas. Duncan vaciló, dejando que la tensión se desvaneciera mientras Alain abandonaba el vestíbulo.

Anna temblaba de rabia inútil.

—Venid a romper el ayuno conmigo, *lady*. —La esperanza saturó las suaves palabras de invitación de Duncan.

Ignorando su petición, Anna se dirigió a su celda. En lugar de dejarla entrar en la que había ocupado antes, Duncan abrió la puerta de la contigua y se volvió hacia uno de los hombres que estaban cerca.

—Que un criado nos traiga el desayuno a la dama y a mí. —Duncan cerró la puerta de su nueva celda y dio un par de tirones a la barra para comprobar la resistencia de la cerradura antes de volver a abrirla para dejarla entrar. Una vez dentro, entró en la celda que Anna ocupaba antes. Le oyó moverse y supo que buscaba su vía de escape. Al cabo de unos instantes, oyó su risa.

El guardia regresó con una mujer que traía una bandeja con dos cuencos, una jarra y dos tazas. Otra trajo un par de taburetes. Al entrar en la nueva celda de Anna, Duncan le entregó uno de ellos y un cuenco. Se sentó en la puerta abierta y la miró con una sonrisa de complicidad. Con un movimiento de sus dedos, los dos guardias se alejaron por el pasillo unos pasos, fuera de su vista, dándoles la apariencia de privacidad.

—Debo decir que usar la grasa de la carne para engrasar las

bisagras fue muy inteligente.

Anna percibió orgullo en su voz, pero ¿por qué iba a estar orgulloso de que ella hubiera escapado de su prisión? Anna le ignoró, y en su lugar se zampó el tazón de gachas que le dio.

—Lo que no entiendo es cómo abristeis la puerta y cómo lo hiciste sin despertar a vuestro guardia. —Su voz se alargó, invitando a una respuesta.

—¿Seré golpeada por mi intento de fuga? —Si esperaba a que ella se la diera, pronto se echaría a temblar de decepción. Cerrando la expresión antes de levantar la vista, Anna preguntó con estudiada indiferencia.

—No. Esta vez no. De hecho, debería agradecéroslo. No tenemos costumbre de mantener prisioneros. Parece que vuestra aventura de esta mañana ha puesto de manifiesto ciertas lagunas en nuestra capacidad para retener cautivos. —Su sonrisa se suavizó antes de responder.

Anna se dio cuenta de que nunca lo había visto sonreír de verdad y se maravilló de la transformación. El hecho de que fuera un hombre tan apuesto la irritaba aún más. Se sirvió un trago de la jarra y bebió un trago antes de servirse el suyo, una demostración de que la sidra no había sido manipulada. Le tentó a bajar la guardia, pero no lo hizo.

Comieron en silencio, luego él volvió a colocar los objetos en la bandeja y la dejó en el pasillo.

—Lleváis tres días aislada. ¿Queréis hablar? Así yo podría conocer mejor a la noble que mantiene mi padre.

Su burbuja seductora quiso que lo viera como algo más que su carcelero, como un amigo… ¿o un protector? No. Hasta que las cerraduras y las puertas enrejadas no fueran sustituidas por la libertad, ella sólo lo vería como un carcelero.

—No, gracias, señor. Disfruto de la soledad que ofrecéis y he empleado mi tiempo de forma productiva. —Le devolvió la taza y respondió con voz inexpresiva.

—Confío en que no intentaréis escapar de nuevo. —Los ojos de Duncan bailoteaban.

—¿Por qué pensáis así? ¿Dejaríais de hacerlo si nuestros lugares estuvieran invertidos? —Anna le acercó el taburete con la

punta del pie y frunció el ceño.

—No, supongo que no. El deber de todo prisionero es escapar. —Le sostuvo la mirada un momento antes de responder, con una sonrisa pícara.

Por su parte, ella asintió con la cabeza.

—Si cambiáis de opinión sobre vuestro deseo de hablar, informadlo a vuestro guardia. Vendré cuando pueda. —Se levantó.

La cerradura de la puerta se cerró tras él, y un escalofrío la recorrió al oírlo. El peso de su intento fallido se abalanzó sobre ella, el aplastamiento de la impotencia sustituyendo a la frustración del fracaso. Al menos no recibiría consecuencias inmediatas por sus actos.

* * *

Duncan se alejó, conmocionado por el encuentro. Algo inexplicable le atrajo hacia ella. Luchó contra el impulso de besarla, bebiendo de sus labios carnosos hasta que ambos quedaron embriagados. Su brillante humor se ensombreció al recordar la necesidad de contarle a su padre la aventura de la mañana. No quería oírle decir que tenía razón.

Encontró a sus padres en el gran salón, desayunando en la mesa alta. Cuando lo vieron acercarse, su madre pidió que le trajeran otro cuenco.

—¿Qué os tiene tan malhumorado esta mañana, hijo mío? —preguntó con curiosidad en la voz.

—Buenos días, madre. Necesito hablar con padre cuando haya terminado. —Duncan se quedó mirando su segundo plato de gachas de la mañana. Con el apetito ya saciado, se limitó a remover la comida, necesitando algo que hacer con las manos.

—¿La joven inglesa? —le preguntó.

—¿Cómo lo supisteis? —Duncan lanzó un gran suspiro y asintió con cierta reticencia.

—Habéis estado enfadado desde que llegó. —Le dedicó una sonrisa vivaz y le puso una mano en el brazo.

—Por favor, sed civilizados, caballeros. —Terminaron la comida en silencio. Mairi se levantó, besó a su hijo y a su marido

en la mejilla y, con una mirada significativa, salió del salón, dejándolos solos mientras los criados se retiraban a la cocina.

—Muy bien, ¿de qué se trata esta vez? —Kenneth se recostó en su silla, con tono exasperado.

—Vuestra prisionera escapó anoche. —A la defensiva, Duncan lanzó a su padre una mirada mordaz.

La noticia dejó a su padre en silencio, con los ojos desorbitados y la boca abierta.

—No sé cómo abrió la cerradura. Utilizó la grasa del estofado para engrasar las bisagras y, de algún modo, se le escapó a Alain mientras dormía. Yo estaba caminando por la muralla y la vi arrastrándose. Llegó a los establos sin ser detectada. Ensilló su caballo y cabalgó entre un grupo que se dirigía a los campos. —Con cierta satisfacción al verlo así, Duncan continuó. No se molestó en ocultar su admiración.

—¿Ha escapado? —Kenneth detuvo toda pretensión de comer.

—No. Alerté al jefe de la puerta para que abriera el portón exterior y coloqué a una docena de hombres en el otro extremo con órdenes de no hacerle daño. Cuando entró por la puerta, hice que la bajaran. Corrió hacia ella, pero no lo consiguió. Sin embargo, estuvo cerca. —Duncan sacudió la cabeza, intentando no reírse ante la expresión de la cara de su padre.

—¿Dónde está ahora? —Kenneth le miró fijamente, al parecer le costaba entender la historia.

—La he puesto en otra celda. Comprobé que esta cerraba bien, aunque no encontré ningún fallo en la que la tenía antes.

—¿No estaba herida? —Kenneth se frotó la frente, con evidente perplejidad.

—No. Aunque preguntó si su intento le valdría una paliza.

—¿Qué le dijisteis? —El lord hizo una mueca.

—Le dije que esta vez no. —Los labios de Duncan se torcieron.

—Os dije que había que asegurarla. —Kenneth se sentó en silencio, mirando el contenido que se arremolinaba en su taza. Su tono sonaba petulante, con una pizca de fanfarronería, como si tratara de ocultar la culpa por haber encarcelado a una noble.

—Sí, y yo dije que ella no sentiría la necesidad de escapar si era tratada como una invitada, lo cual se ha ganado. —Tras unos tensos instantes de silencio, Duncan se levantó para marcharse antes de que su ira empeorara. Sabía que no iba a ganar esta disputa.

* * *

Cinco días. Cinco días que su padre obligó a Anna a sentarse en esa celda maldita. ¿Con qué propósito? Lo averiguaría esta noche, ya que esta tarde había llegado un jinete con noticias sobre ella. Duncan se sentó junto a la chimenea y esperó a que su padre abordara el tema. Después de haber discutido ya varias veces con él, Duncan pensó en intentar un acercamiento más pasivo, aunque no se iría sin escuchar las noticias.

—Sé que mi trato con la inglesa ha sido difícil para vosotros. —Kenneth llenó de vino su copa y la de Duncan.

—No me corresponde desafiar vuestras órdenes, padre. —Duncan evitó cuidadosamente mirar a su padre a los ojos.

—No podría haber pedido un hijo mejor, pero habéis hecho más que cuestionar mis órdenes en este asunto. —Con el ceño fruncido, Kenneth continuó. Su voz reflejaba la frustración de la discusión.

Duncan dejó pasar la merecida reprimenda sin protestar.

—Sabéis que mi prioridad debe ser proteger a nuestra gente. Una mujer que aparece de la nada, que tiene habilidades iguales a las de nuestros mejores guerreros, que es a la vez escocesa e inglesa… es un peligroso problema.

Duncan asintió con la cabeza.

—¿Por qué huye? —reflexionó Kenneth—. ¿De quién huye? Y lo más importante, ¿podría traer a estos enemigos a nuestra puerta? Corrí un riesgo al traerla aquí, pero siento una tremenda deuda con ella por lo que hizo por Nessa.

—Sí, lo sé. Es una situación difícil.

—¿En serio? Veo la forma en que la miráis. Percibo la emoción en vuestras palabras. Veo cómo deseáis protegerla. —Dejando su taza, Kenneth miró a Duncan de frente e hizo una

pausa—. Me temo que al traerla aquí arriesgamos a todo el clan. Quizás incluso a nuestros aliados.

—¿Entonces por qué tratarla como a una prisionera? ¿Sabéis que me ha preguntado qué nos diferencia de los hombres que mató defendiendo a Nessa?

Kenneth cerró los ojos, con el ceño fruncido, mientras se recostaba en la silla y se frotaba con los dedos una vieja herida de guerra en el hombro, un gesto que le resultaba familiar cuando estaba enfadado.

—Cuando le dije que la protegeríamos, me dio las gracias por la protección que le habíamos proporcionado hasta entonces, recordándome la herida que le hizo Shamus, que ella misma cosió. —El enfado de Duncan aumentó, se encrespó y finalmente se rindió—. Confío en vuestro juicio, padre. Sólo que no lo entiendo. —La resolución de Duncan de mantener la cordialidad empezó a flaquear.

—Envié a un jinete antes de que la trajerais al campamento aquel día. Necesitaba saber todo lo que pudiera sobre ella. He averiguado que es lady Anna Braxton, hija del barón Everard Braxton, un señor de la frontera. Su madre era lady Rossalyn, hija de lord Elliot. Su madre lleva muerta varios años. —Kenneth gruñó

Su padre cambió de postura en la silla y se pasó una mano por el cabello canoso.

—Su padre y su hermano murieron en un ataque de un noble vecino que ha estado intentando conseguir a Anna en matrimonio. Quería hacerse con sus tierras a la muerte de lord Braxton y su hijo. Al parecer, Anna le había rechazado repetidamente. Lord Braxton no la forzó, y parece que el hombre se cansó de esperar. Nadie dentro de la torre sobrevivió al ataque. —La voz sombría de Kenneth reflejaba la dura realidad de su historia.

Duncan se puso de pie, con la ira latiéndole en el cráneo, exigiéndole que la protegiera de las artimañas de ese *Sassenach* desconocido.

—Por lo que he averiguado, ella y su hermano salieron de caza y se encontraron con el ataque a su regreso. Su hermano debió obligarla a huir, porque encontró la muerte en defensa de su

hogar. —Su padre le hizo un gesto para que volviera a sentarse.

Duncan se acomodó en la silla, con la mente en vilo, asimilando los hechos. Esto explicaba muchas cosas. La sangre inglesa y escocesa, el entrenamiento y el porte regio, aunque no explicaba por qué era una luchadora en lugar de la esposa de un noble.

—¿Se refugió con el clan de su abuela, entonces? —Duncan seguía preguntándose por las circunstancias de haberla descubierto sola tan lejos de la frontera.

—No. Nunca se acercó a Elliot, nunca buscó ayuda ni estableció contacto. Probablemente temen que esté muerta o algo peor. Al parecer, no sabe quién atacó a su familia. No huyó a otra baronía, llevándose los problemas con ella, sino que se adentró en Escocia, en lo desconocido. Tiene el corazón de un león. —Kenneth se inclinó hacia delante en su silla. Su rostro se endureció.

Duncan oyó por fin la misma admiración que sentía reflejada en la voz de su padre.

—Para responder a vuestra pregunta, la he mantenido prisionera porque era posible que ella hubiera cometido algún tipo de crimen. Quería asegurarme de que no tuviera oportunidad de huir. Como sabéis, hay quienes la maltratarían y luego la degollarían por el mero hecho de ser inglesa. La capturé tanto por su propia seguridad como por cualquier otra cosa. —Kenneth relajó su postura.

Esta última afirmación resonó en la sala. Duncan no podía decir a cuál de ellos intentaba convencer. Duncan se cruzó los dedos sobre el pecho, hundiéndose más en los mullidos cojines del sillón, con las piernas estiradas delante de él, cruzadas por los tobillos. Sí, había visto su valentía representada varias veces. Esta historia encajaba con lo que sabía de su carácter.

Ambos hombres se sentaron en silencio, considerando la situación, considerando las opciones. La verdad de sus circunstancias sólo sirvió para intensificar los sentimientos de Duncan por ella.

—¿Qué haréis? —Cambió de posición y se frotó las piernas, esperando una respuesta.

—Los MacGregor nunca nos echamos atrás en una lucha, y nunca olvidamos una deuda contraída. La albergaremos aquí, la esconderemos si sus enemigos vienen a buscarla. Aunque no creo que este inglés se arriesgue a una guerra invadiendo tan adentro de Escocia por una muchacha. —Kenneth se acercó a la ventana que daba al pueblo. Permaneció largo rato en silencio, mirando a lo lejos mientras la noche absorbía la luz del día.

—Teniendo en cuenta su experiencia hasta ahora, ¿hay motivos para pensar que confiaría en nosotros y aceptaría una oferta así? —Duncan masticó cuidadosamente sus palabras antes de preguntar lo siguiente.

Una sonrisa genuina cruzó el rostro de Kenneth. Parecía divertido de que por fin pudieran mantener una conversación cordial sobre el asunto. Su expresión divertida se disolvió en algo más duro antes de responder.

—Tuve tres días para plantearme la vida sin Nessa. Cada día imaginaba tener que mirar a los ojos de vuestra madre si no conseguíamos encontrarla, o si había muerto durante el rescate. Lady Anna Braxton es la razón por la que no veré el dolor de la muerte de Nessa en el rostro de vuestra madre. Le ofreceré mis más sinceras disculpas y la trataré como a una hija si ella lo permite. Si no, la escoltaremos a donde quiera ir.

Duncan se inclinó hacia delante, acariciándose la barbilla con las manos, reflexionando sobre el plan de su padre. Estaba de acuerdo en que era lo correcto, sin embargo, la idea de que Anna se fuera, era desconcertante.

—He hablado con su guardia. Se sienta en silencio y se concentra a intervalos regulares. Recita la Biblia y poesía en varios idiomas y realiza a diario complejos ejercicios de lucha. Ha comido muy poco desde su llegada. No ha probado el estofado que le hemos dado, ni en los tres días de viaje hasta aquí. —El tono de Duncan era tan soso como si ofreciera un informe de cosecha.

—¿Se está muriendo de hambre? —Este último dato hizo fruncir el ceño al lord.

—No, no lo creo. Ella cazó y mató en el viaje de regreso. Añadió esto a algo de carne seca y fruta de su zurrón. No sé por qué ha elegido comer nada más que gachas y pan en cinco días. Sé

que cada uno de sus días es exactamente el mismo. Su patrón es predecible, no varía. Y aún queda el pequeño misterio de cómo escapó de su celda. —Duncan hizo una pausa, considerando la pregunta. El miedo por el bienestar de Anna se abrió paso en sus pensamientos. Le negó firmemente el acceso. Duncan no pudo evitar la estima que sentía por ella, ni la sonrisa que la acompañaba cuando volvió a pensar en su fuga.

—¿Ha sido entrenada para ser una cautiva? —El ceño de Kenneth permaneció fruncido.

—Sí, es una explicación lógica. —Duncan soltó una carcajada sin gracia, bajando la cabeza en señal de acuerdo.

—¿Por qué demonios se enseñaría a una joven de sangre noble a soportar el cautiverio?

Duncan compartía la exasperación de su padre, pero no tenía una respuesta preparada. Era una buena pregunta. Tal vez si aceptaba la oferta de su padre, si el trato que le daban no la había llevado ya demasiado lejos, lo descubrirían.

Parecía que por cada pregunta respondida surgía al menos una más. Esto sólo sirvió para profundizar el misterio de *lady* Anna, despertando aún más la curiosidad de Duncan. Todo en ella parecía una contradicción. Mitad inglesa, mitad escocesa. Una jinete, luchadora y cazadora consumada, y una mujer extraordinariamente bella. Criada para vivir entre los más privilegiados, pero entrenada para soportar el encarcelamiento. No podía pensar en otra cosa. Deseaba saber qué era lo que le hacía desearla tan intensamente. Con un suspiro de frustración, Duncan previó más noches sin dormir.

CAPÍTULO 5

Al anochecer del quinto día de su cautiverio, se abrió la puerta de la celda donde se encontraba Anna. En lugar de traerle comida, el odioso guardia la miró fijamente y le hizo un gesto para que abandonara la celda. Sus puños cerrados y su rostro contraído le indicaron que su ira contra ella no se había calmado.

Cada fibra de su cuerpo se tensó. De pie junto a la puerta, esperó a que se moviera, negándose a darle la espalda. Con un gruñido de disgusto, él cruzó la puerta de la prisión, abrió la siguiente y continuó sin esperar a ver si ella lo seguía. Entró en el gran vestíbulo y la condujo hacia una puerta situada en el otro extremo de la gran sala.

La enorme sala bullía de actividad. Todos, desde los hombres y mujeres sentados a las mesas hasta los que servían, detuvieron sus acciones y se quedaron mirando mientras el guardia la conducía hasta la siguiente puerta. La experiencia la estremeció y le erizó el vello de la nuca, como si la hubieran arrojado a una sala llena de depredadores y ella fuera la presa ensangrentada.

Cuando el guardia abrió la siguiente puerta, vio una cámara más pequeña y opulenta con una mesa rodeada de sillas de respaldo alto. Las paredes estaban tapizadas con gruesos tapices de colores. El candelabro de la mesa, de intrincada talla, contenía docenas de velas, con el inconfundible y dulce aroma de la cera de abejas llenando el aire. Todo en esta habitación denotaba riqueza.

Evidentemente, se trataba de un salón privado donde MacGregor recibía a sus invitados. La suntuosidad de su decoración pretendía impresionar, o tal vez intimidar. Su guardia movió la cabeza, indicándole que se acercara.

—*Lady* Anna, acompañadnos a comer. —Cuando ella entró, Duncan y su padre se levantaron de sus asientos. Levantando su copa, el lord tomó la palabra.

El tono transmitía calidez e invitación, lo que la confundió. El guardia apartó bruscamente la silla del extremo opuesto de la mesa, indicándole que se sentara. Ella lo hizo con cautela y luego ajustó la silla para mantenerlo a la vista.

—Por favor, servíos. Mi hijo me dice que has comido poco en cinco días.

La suave reprimenda le recordó a su padre. Mantuvo una fachada tranquila, ocultando la ansiedad que la invadía.

—Gracias, señor. —Anna colocó un trocito de queso, una rebanada de pan y una manzana en el plato que tenía delante.

—Probad el vino —instó MacGregor.

A juzgar por la ligereza de su voz y sus gestos, le gustaba el

papel de anfitrión. Atrás había quedado el severo guardián de la última noche y, en su lugar, un simpático caballero.

Anna ignoró su petición y, en su lugar, cogió una jarra de agua. Anna no tenía intención de perder el juicio con vino. Ella sabría si habían contaminado el agua. Era más fácil adulterar o envenenar el vino.

Después de reunir un pequeño plato de comida, el señor la animó a comer. Anna dio un mordisco a la manzana y esperó a que pronunciara su sentencia. Traerla a una habitación así, preguntarle si quería cenar con ellos, superaba sus expectativas. Mientras masticaba, escudriñó la habitación en busca de un escape, sin perder de vista al guardia. Sospechaba que sus movimientos la avisarían de cualquier peligro.

—*Lady* Anna, quiero disculparme por haberos tomado y retenido contra vuestra voluntad. Debéis entender que no sabía quiénes erais. No sabía qué crímenes podríais haber cometido, o de qué enemigos podríais estar huyendo.

«¡Crímenes!» La acusación anuló su tono conciliador. La ira le ardió en la sangre y necesitó todo el control que poseía para permanecer sentada. Dejó de masticar, sus dedos se aferraron a los reposabrazos de madera de la silla y su columna se tensó como una flecha.

—El día que nos ayudaste, envié a un jinete a seguir vuestro rastro, tratando de averiguar algo sobre vosotros. Como no estabais dispuesta a hablar, tenía que saber de qué problema huíais, y tal vez nos condujerais a nosotros.

—¿Y ahora me conocéis, lord? —Anna rechinó los dientes.

—Sí. Sois *lady* Anna Braxton, hija del Barón Everard Braxton y *lady* Rossalyn, del clan Elliot. Huisteis después de que vuestra casa fuera atacada por un noble rival, vuestra familia asesinada, vuestra casa quemada. Por eso lo siento mucho.

—¿Lo lamentáis? —Se levantó de un salto. Después de haber soportado ocho días de cautiverio, todo por rescatar a su hija, Anna ya había oído suficiente—. ¿Por qué? ¿Por la muerte de mi familia, la pérdida de mi hogar o por encarcelar injustamente a un aliado durante una noche?

Un golpe inesperado la hizo volar por los aires. El furioso

rechinar de sillas, las voces furiosas mientras Duncan y su padre gritaban al guardia que la había atacado, todo era un revoltijo de sinsentidos mientras las luces bailaban a su alrededor, con la cabeza palpitante. Probó el sabor metálico de la sangre y sintió su calor en la cara. Una neblina roja le nublaba la vista.

Poniéndose en pie a trompicones, Anna se lanzó contra su atacante. Utilizando toda la fuerza que pudo reunir, Anna le plantó una patada entre las piernas, gratificada al oír su gruñido de dolor. Cogiéndole del cabello con ambas manos, le golpeó la cara con la rodilla. El satisfactorio crujido roció su túnica con un chorro de sangre. Giró su cuerpo y se liberó, concentrando todo su peso en un codazo que le golpeó en la mandíbula, justo debajo de la oreja. Mientras el guardia caía al suelo, desenvainó su daga para rematar la faena.

—¡*Lady* Anna! —La voz de Duncan rompió la niebla de su furia—. No lo matéis. No quisiera verte colgada por asesinato.

Con la mirada fija en Duncan, Anna sujetó a su guardia caído por el cuero cabelludo y le hizo un corte de diez centímetros en la mejilla como recordatorio de su error. El dolor pareció despertarlo y gimió. Dejándolo caer al suelo, se dirigió hacia la entrada.

—*Lady* Anna, por favor quedaos. Nos ocuparemos de sus heridas. Sentaos con nosotros, terminad vuestra comida. Queremos hablar con vosotros. —El lord señaló hacia la mesa y su silla vacía.

—Gracias, mi señor, pero parece que he perdido el apetito. Si me disculpáis, me retiraré a los aposentos que tan amablemente me habéis proporcionado. —Aun furiosa, se las arregló para contestar. Dio dos pasos hacia la puerta cuando Duncan volvió a hablar.

—Anna, lo siento. No debería haberte golpeado. Será castigado.

Al darse cuenta de que aún tenía la daga en la mano, vio en la pared una diana para dardos. Lanzó la hoja, golpeando cerca del centro de la diana.

—Decidles a vuestros hombres que no vuelvan a tocarme. El próximo bárbaro que lo haga morirá, ¡que se atengan a las consecuencias!

Cerrando la puerta tras de sí, entró tambaleándose en la sala principal. Ignoró las miradas y el murmullo de las voces, y sólo avanzó unos metros antes de que sus pasos vacilantes la obligaran a detenerse. Se apoyó en la pared, luchando por despejarse y recuperar el equilibrio. Las palabras del hacendado sobre su familia, sobre su hogar, resonaban en su mente. Lágrimas de rabia se abrieron paso por sus mejillas. Quería arremeter contra alguien, gritar.

Una oleada de vértigo la inundó. Se abrazó a la pared. El murmullo de una conversación llenaba la sala, aunque no podía distinguir las palabras. Cuando el mareo disminuyó, evaluó sus heridas. Le dolía un nudo en la nuca, pero no se había roto ningún hueso. Se limpió la sangre de la nariz y la boca con la manga. Su ojo izquierdo empezó a hincharse y probablemente se cerrará antes del amanecer. La piel seguía caliente en el lugar donde había posado la mano, con el escozor aún palpitante. El martilleo que sentía en la nuca parecía el de un herrero. Controlando la respiración, Anna se concentró en dejar pasar el mareo. En lugar de eso, el mareo regresó, duplicando su intensidad. Respiró entrecortadamente y cayó al suelo.

* * *

Duncan estalló de rabia. El impulso de proteger a Anna rugía más fuerte que nunca. Sólo la intervención de su padre le impidió matar a Alain con sus propias manos. Sordo a la razón y débilmente consciente de los gritos de Kenneth, luchó contra el agarre de su padre mientras Alain entraba a trompicones por la puerta. Sin el guardia, Kenneth pidió a Duncan que siguiera a Anna para asegurarse de que no estuviera gravemente herida, y ordenó que la llevaran arriba para que Nessa e Isla la atendieran.

Duncan entró en el vestíbulo principal para encontrarla y vio a una multitud rodeando algo en el suelo. El pánico se apoderó de él y se acercó rápidamente a la muchedumbre, apartando a los que se interponían en su camino. Su mirada se posó en la mujer arrodillada junto a Anna.

—Os habéis desmayado, señor.

Duncan dio las gracias con la cabeza y apartó el cabello de Anna de su cara. La cogió en brazos, atrayéndola hacia su pecho, y la llevó hacia las escaleras que conducían a la habitación de Nessa. Los murmullos de especulación le siguieron, desvaneciéndose a medida que subía las escaleras. Vio la sangre en su rostro y ropas y luchó contra la fura que amenazaba su cordura. Su rabia asesina dio paso a una necesidad imperiosa de consolarla y protegerla. Aunque sabía que la mayor parte de la sangre de sus ropas pertenecía a Alain, ello no contribuyó a disipar su preocupación. Temblaba de la emoción de tenerla entre sus brazos. No tenía ni idea de lo que le estaba pasando, pero sabía que ella pertenecía a ese lugar. La levantó a un lado mientras abría la puerta. Pesaba más de lo que pensaba, y sus brazos y piernas eran sorprendentemente gruesos y musculosos. No era una muchacha delicada, sino una mujer robusta con cuerpo de guerrera.

La recostó suavemente en la cama supletoria de la habitación de Nessa. Sintiéndose impotente, Duncan se debatía entre su necesidad de venganza y la de volver a abrazarla. Ante el leve toque de su madre, salió de sus contradictorios pensamientos.

—Padre quiere que la cuidéis. —La aspereza de su voz le sorprendió. Nunca había empleado ese tono con su madre. Detectó la expresión de desconcierto en el rostro de su madre, sabiendo que había captado el remolino de emoción en sus ojos.

—Dejadla con nosotros. Nos ocuparemos de ella. —Tras un largo silencio, la mujer habló por fin, aunque apenas por encima de un susurro.

Inclinando la cabeza respetuosamente, Duncan dejó a Anna al cuidado de su madre y su hermana. Bordeando el salón principal, se dirigió al establo donde le puso las bridas a su semental y cabalgó hasta el lago. Desnudándose, se sumergió en las heladas profundidades, apretando los dientes ante el frío. Con los pulmones a punto de reventar, salió a la superficie y soltó un aullido, desahogando la frustración de un deseo de batalla insatisfecho. El agua helada disipó la rabia inmediata que lo invadía. La fría ira que le quedaba no se aplacaría hasta que matara al bastardo por haberla herido.

El poderoso recuerdo de Anna en sus brazos no disminuyó.

Pensó en la suavidad de su piel, en el torbellino humano que suponía tenerla entre sus brazos. Cerrando los ojos, Duncan juró hacer todo lo que estuviera en su mano para volver a tenerla allí.

Sus instintos de protegerla seguían desenterrando recuerdos y la culpa por su hermano Callum lo atormentaba aún más. Aunque nunca estaba lejos de sus pensamientos, por alguna razón la presencia de Anna trajo a Callum al primer plano de su mente. Tal vez una buena noche de sueño le ayudaría a tener una mejor visión de las cosas a la luz de un nuevo día. El hecho de saber que Anna yacía en una cama adecuada y recibía cuidados, le permitía cierta medida de paz.

* * *

Alain recogió sus pertenencias y las colocó sobre su caballo. Sólo se le ocurría un lugar al que ir: el clan de su madre, a las afueras de Edimburgo. Sabía que aún vivían un tío y algunos primos. Le esperaba un viaje de al menos tres días, si no cuatro. Le daría mucho tiempo para pensar en su situación. Tiempo para planear su venganza contra MacGregor y la perra inglesa que había traído para su hijo. Basado en lo que MacGregor dijo esta noche, habría gente interesada en su paradero. Lo suficientemente interesados, tal vez, para pagar generosamente.

El truco consistiría en averiguar quién ofrecería dinero por tal información, y luego cobrar sin que lo mataran en el proceso. Si el interesado necesitara aliados escoceses para secuestrar a la joven, aún mejor. Aunque más complicado, significaría una bolsa más grande, con la oportunidad de venganza personal. Sí, habría que planearlo bien. Alain juró que MacGregor y su nueva ramera pagarían con sangre.

CAPÍTULO 6

El dolor y la luz se filtraban por uno de los párpados de Anna. Al moverse, una oleada de náuseas la invadió. Se dio la vuelta y vomitó en un cubo convenientemente colocado. Por el estado del

recipiente, ya lo había hecho antes, pero no lo recordaba. Después de que su estómago se calmara, trató de evaluar sus heridas y su entorno.

Tentativamente, se llevó una mano a la cara y se tocó la carne hinchada y sensible. Los recuerdos volvieron a ella. Con la boca seca, se lamió los labios y sintió el escozor de un labio partido. Intentó levantarse, pero unas manos suaves la empujaron hacia abajo y le colocaron un paño frío y húmedo sobre el ojo dañado.

—No os mováis. Aquí estáis a salvo.

Una voz femenina, joven, que ya había oído antes. Al girar ligeramente la cabeza, Anna buscó la fuente y reconoció a la joven a la que había rescatado hacía una noche. La joven sonrió.

—Soy Nessa. Me salvasteis, ¿lo recordáis?

—Sí, claro que lo recuerdo. ¿Cómo he llegado hasta aquí? —Anna respiró hondo y sólo consiguió susurrar.

—Mi hermano os trajo aquí la noche pasada después de que os desmayarais. Mi criada y yo os desvestimos y pusimos un camisón. Espero que no os importe. Vuestras ropas estaban sucias y había que remendarlas. Mi padre nos dijo que os cuidáramos hasta que os recuperaseis. —Nessa le colocó la manta sobre los hombros y Anna sintió un calor inmediato.

—¿Cuánto tiempo he dormido? —Al notar el brillo del sol a través de la ventana, Anna cerró los ojos.

—Habéis dormido toda la noche y casi todo el día. Ya es por la tarde. Aparte de algunas veces que necesitasteis el cubo, no os habéis despertado, aunque vuestro sueño se vio perturbado por pesadillas. Nunca tuve la oportunidad de agradeceros por salvarme la vida. Padre no nos permitió acercarnos a vosotros después del rescate. Dijo que no era seguro.

—Estaba siendo protector. Casi os pierde. —Anna forzó una pequeña sonrisa.

—Pero nos salvasteis de aquellos hombres. Dijeron que nos matarían antes que dejarnos marchar. No entiendo cómo pudo pensar que erais un peligro, después de salvarme la vida.

—Nessa frunció el ceño, con las manos en las caderas en una pose de indignación.

—A veces la protección de un padre no tiene sentido. Así es

como nos dicen que nos quieren. —Su voz gruñó por lo bajo, áspera por el cansancio, a pesar de haber dormido.

—Sois bienvenida si deseáis descansar más. Cuando estéis lista, os ayudaremos a bañaros. Hay comida y bebida en la mesa. Cuando os sintáis bien, mi padre y mi hermano desean hablar con vos.

—La última vez que vuestro padre y hermano quisieron hablar conmigo, casi mato a un hombre. —Anna vio la bañera cerca de la chimenea y la comida en una mesita en un rincón. Le dirigió a Nessa una mirada franca.

—Deberíais saber que Alain ha sido desterrado. Mi hermano quería matarlo por lo que hizo. Cuando padre proclamó su sentencia, le dijo al clan que todos debían tratarte como si fueras su propia hija. Dijo que, si alguien levantaba una mano contra vosotros, él mismo lo mataría. —Nessa bajó inmediatamente la mirada. Las lágrimas brillaron en sus mejillas y se las secó.

Aturdida por el silencio, Anna volvió a cerrar los ojos, tratando de entender las palabras de Nessa.

«¿Su propia hija? ¿Qué quería decir? Después de tratarme como a una enemiga, ¿ahora quiere tratarme como de la familia?»

El estómago se le revolvió de nuevo, aunque esta vez no por el dolor de cabeza. Mientras se recostaba, unas manos suaves le desenredaron el cabello.

—¿Queréis dormir más, o estáis lista para un baño?

Anna trató de recordar cuántos días habían pasado desde que se había bañado adecuadamente. No lo recordaba. Más de quince días. Sus últimos baños habían sido en ríos y lagos. Aun así, no se atrevía a levantarse de la cama.

—Dormid por ahora. —Incapaz de abrir los ojos, suspiró.

Debieron de pasar pocas horas, porque cuando se despertó, el sol seguía en el cielo, aunque mucho más bajo. El dolor en su cabeza, un tirano despiadado, se había calmado un poco. Vio a Nessa sentada a su lado, leyendo un libro. La muchacha la miró y sonrió.

—¿Estáis lista para un baño?

—Un baño suena bien. —Levantándose lentamente, con el cuerpo rígido y dolorido, Anna asintió.

—Ella es Isla, mi sierva y mejor amiga. También la rescatasteis. —Nessa señaló a la otra joven que la acompañaba.

—Gracias —susurró, con lágrimas en los ojos. Isla cogió la mano de Anna, la giró con la palma hacia arriba y la besó.

Anna respondió con una media sonrisa y una media mueca mientras intentaba deslizarse por el borde de la cama. Las dos muchachas ayudaron a Anna a meterse en la bañera, e Isla añadió cubos de agua que había dejado calentándose junto al fuego. Anna gimió ante el tacto celestial del agua caliente sobre su piel, y sus doloridos músculos se relajaron uno a uno.

Nessa sacó una pastilla de jabón con olor a lavanda y miel y la ayudó a bañarse, mientras Isla le lavaba el cabello. Anna se tensó cuando los dedos de Nessa trazaron las líneas azules de sus hombros y espalda. Después de enjuagarla con un último cubo, la dejaron en remojo, el agua caliente ahuyentando el frío de su cuerpo. Nessa volvió a su libro mientras Anna se relajaba en la bañera de madera de respaldo alto y se revisaba el brazo. La herida que le había hecho Shamus seguía curándose bien.

«Maldito hombre».

Complacida por no encontrar hinchazón ni sensibilidad en el lugar, se deslizó un poco más bajo el agua humeante, notando distraídamente que, por primera vez desde su llegada, no estaba siendo vigilada por guardias. Sin embargo, no estaba en condiciones de escapar. Además, no quería salir del baño caliente. ¿Quién iba a pensar que una bañera caliente sería una prisión más rápida que los fríos barrotes de hierro?

Por fin el agua empezó a enfriarse. Las muchachas le prepararon un albornoz y la ayudaron a salir de la bañera. Anna se sentó junto al fuego y se peinó el cabello, separando los mechones para ayudar a que se secaran. Nessa le ofreció un camisón corto y una gruesa túnica azul y ella se los puso con movimientos lentos y deliberados, evitando cualquier movimiento rápido que hiciera que el dolor de su cabeza empeorara, desequilibrándola.

—Aquí tenéis los trajes de mi hermano. He visto que no lleváis vestidos.

—Puedo llevar un vestido hasta que mi ropa esté remendada. —Al ponérselos, Anna notó que le quedaban muy bien, aunque le

apretaban un poco en la cintura.

Nessa asintió y le dio a Anna un vestido túnica verde pálido de un gran baúl de madera. A diferencia del reducido número de vestidos de seda, satén y terciopelo que Anna había poseído, la robusta lana lo convertía en una prenda práctica para el uso diario. Anna se maravilló de la falta de juicio en la voz de Nessa cuando mencionó los vestidos. Acostumbrada a que la ridiculizaran por vestirse como un hombre, se sintió aliviada de no tener que defender sus elecciones.

—Supongo que no soy como otras mujeres que conocéis. —Levantó una ceja, invitando a una respuesta.

—¿Puedo preguntaros por vuestras marcas? —Nessa sonrió con dulzura.

—¿Vuestro clan no tiene algo parecido?

—Sí, lo tenemos, pero sólo para nuestros guerreros experimentados. —Nessa respondió, asintiendo enérgicamente.

Anna se sentó a la mesa e indicó a Nessa e Isla que se sentaran. Miró por la ventana e hizo una mueca de dolor cuando la luz le atravesó la cabeza. Volvió a la tranquilizadora penumbra de la habitación y tomó un trozo de pan, esperando que su estómago lo tolerara. Llevaba seis días comiendo muy poco.

—Hace cientos de años, nuestro pueblo luchó contra los romanos en su avance hacia el norte a través de Gran Bretaña. Durante ese tiempo algunas mujeres se entrenaron en la batalla junto con los hombres. Me han dicho que el patrón que llevo es el que llevaban esas mujeres. En mi clan, es el símbolo de una guerrera.

—Sois inglesa. —El desconcierto se reflejó en el rostro de Nessa y en su voz.

—Sí, soy mitad inglesa y mitad escocesa. Fui criada en el torreón de mi padre, en las tierras fronterizas. El clan de mi madre estaba a menos de medio día de camino. Pasé mucho tiempo con su gente. Me enseñaron su lengua y sus costumbres. Luché en dos batallas diferentes con el clan de mi madre y en una con los hombres de mi padre. —Anna soltó un fuerte suspiro.

Después de unos cuantos bocados, el estómago de Anna no aguantó más. Mejor comer ligero ahora, ya que no tenía ningún

deseo de volver a visitar el cubo. Necesitaría una semana o más antes de curarse lo suficiente como para intentar otra fuga. Con suerte, bajarían la guardia y ella podría escapar, si encontraba su caballo y sus pertenencias. Recordando su último esfuerzo, los pensamientos de escapar parecían improbables a corto plazo.

—Por favor, hacedle saber a vuestro padre que hablaré con él cuando lo desee.

Deseosa de ayudar, Nessa se apresuró a salir de la habitación con su recado.

Anna miró a su alrededor en busca de su zurrón y lo vio a los pies de la cama donde había dormido, junto con su armadura. Para su sorpresa, sus armas también estaban allí. Se levantó para coger agua caliente de una tetera que había sobre el fuego y sacó dos tipos de corteza de árbol de su zurrón. Bebió un sorbo de la mezcla de hierbas y, unos minutos más tarde, su dolor remitió ligeramente. Contemplando el pulido disco reflectante de Nessa, Anna se fijó en su aspecto, palpando su carne hinchada y magullada. Disfrutó de una sombría satisfacción al saber que tenía tan mal aspecto como se sentía. Todo el lado izquierdo de su cara mostraba varios tonos de marcas negras y azules. Apenas se reconocía a sí misma.

—A mi padre y a mi hermano les gustaría que nos uniéramos a ellos para la cena al atardecer. —Nessa regresó al tiempo que Anna sorbía el brebaje medicado.

Anna asintió y se llevó la taza a un cómodo sillón frente al fuego. Sacó un pequeño rollo de cuero de su zurrón y extrajo un juego de agujas. Colocó con cuidado las finas agujas de acero en el cuello y la cabeza, donde aliviarían el dolor y, con suerte, las náuseas. Anna oyó un fuerte suspiro. Nessa corrió por el suelo hacia ella.

—¿Qué estáis haciendo? —La joven se tapó la boca con la mano y abrió mucho los ojos, alarmada.

—Es un antiguo método de curación oriental llamado *bian shi*. Estoy entrenada en las artes curativas de Oriente, así como en las del clan de mi madre. —Anna respondió con calma.

Nessa observó con inquietud cómo Anna continuaba. Con un suspiro, Anna se reclinó cautelosamente en la silla y se quedó

totalmente inmóvil.

—¿No os duele? —preguntó Nessa, preocupada.

—No, siento algo entre un ligero dolor y un hormigueo.

Nessa seguía con el ceño fruncido, así que Anna le dio una sencilla explicación sobre la energía interna y sus vías en el cuerpo. Aunque seguía con cara de asco, Nessa parecía algo más tranquila, o al menos convencida de que no le causaba más dolor.

—Es hora de cenar. —Anna debió de quedarse dormida, porque lo siguiente que sintió fue un suave codazo que la despertó. Entonces, ante la mirada fascinada de Nessa, retiró las agujas y las volvió a colocar en su tela, atando el rollo de cuero.

—¿Os han ayudado? —Nessa hizo un gesto con la mano hacia las agujas.

—Sí, un poco. Tardarán unos días, pero ayudarán.

Anna siguió a Nessa hasta la puerta. No había comprendido las palabras de Nessa. ¿Tratada como la propia hija del lord? Aún le dolía la cabeza y no podía pensar con la claridad deseada a pesar del té y el tratamiento con *bian shi*. Intentó procesar las implicaciones de tal declaración, si es que realmente se había hecho.

—Siempre quise tener una hermana. Tener sólo un hermano mayor con quien hablar es aburrido. Quiero que aceptéis la oferta de padre. —Mientras recogía la lana, Nessa la tomó de la mano. Miró a Anna, con la esperanza brillando en sus ojos y esta última rodeó su cintura con un brazo, atrayéndola hacia sí.

—Yo también tuve un hermano mayor. Sé lo molestos que pueden llegar a ser. —Anna aspiró involuntariamente un suspiro mientras la tristeza le quemaba los ojos y amenazaba con desbordarse. Se detuvo momentáneamente y se agarró a la pared mientras la imagen de Edrick siendo arrastrado de su montura la perseguía. Cerró los ojos y contuvo las lágrimas.

—Por favor, perdonadme —suplicó Nessa—. Olvidé que acababais de perder a vuestro hermano. No pensé en ello.

—No, está bien. Estaría bien tener una hermana menor. Aunque dudo que compartamos ropa. —La mirada afligida de Nessa conmovió el corazón de Anna, que esbozó una débil sonrisa tranquilizadora.

Nessa la miró de reojo y soltó una risita. El vestido que le había prestado a Anna le quedaba corto por unos centímetros, aunque había cubierto el ajustado corpiño con un chal de lana. Siguieron el pasillo de piedra, pasando puertas por el camino hasta llegar a las escaleras. Anna se aferró con firmeza a la barandilla de cuerda de la pared mientras descendía, tambaleante como cualquier borracho.

Llegaron a la planta baja. Una puerta se abría al mismo comedor bien equipado en el que Anna había entrado la noche anterior. Inmediatamente alerta, escrutó la sala. Los únicos ocupantes eran el lord, su hijo y una mujer mayor que se levantó inmediatamente y caminó a paso ligero para saludarlos, con una sonrisa de bienvenida en el rostro. Compartía muchos rasgos con Nessa, incluido el largo cabello lino, aunque el suyo tenía algunos mechones plateados entre los dorados. No había señales de guardias.

—*Lady* Anna, soy la madre de Nessa, Mairi. Mi marido y mi hijo me han contado cómo rescatasteis a nuestra hija. No podemos agradeceros lo suficiente lo que habéis hecho por nosotros. —Abrazó suavemente a Anna y besó su mejilla intacta.

—De nada, *milady* —murmuró Anna, sin saber cómo responder a la muestra de afecto.

Nessa cogió una de las manos de Anna. Mairi cogió la otra y la condujo a la mesa. De pie frente a Duncan, lo miró por primera vez. Duncan se puso visiblemente rígido y su rostro se llenó de ira.

—Padre, madre, os pido que me disculpéis. —Apartó la mirada y se levantó bruscamente.

—Muy bien. —Su padre suspiró cansinamente.

Duncan salió furioso de la habitación sin mirar ni un segundo a Anna, cerrando la puerta tras de sí. Todos parecían avergonzados y el silencio persistente creaba un ambiente incómodo.

—Perdonadme, mi señor, si mi presencia le ha quitado el apetito a vuestro hijo. Tal vez debería volver a subir las escaleras. —Anna levantó la barbilla.

Ante esto, los tres rieron ligeramente, y el lord la invitó a sentarse entre su esposa y su hija.

—*Lady* Anna, os vuelvo a preguntar si me perdonáis. —El

rostro del señor se suavizó—. Debéis entenderlo. Es mi responsabilidad mantener a salvo a nuestro clan. Para que aparecierais de las sombras del bosque, vestida como estabais, poseyendo las habilidades que tenéis, una muchacha inglesa, tenía que saber que, ayudándoos, no traíamos vuestros problemas a nuestras tierras. Hicisteis lo mismo al no acudir a vuestra abuela. ¿Verdad?

Anna consideró sus palabras y luego asintió.

—Os mantuve prisioneros para que no pudierais escapar —explicó el lord—. Tanto para protegeros de otros que quisieran haceros daño, como por si alguien os reclamaba. Me dolió hacerlo, después de que rescatarais valientemente a mi hija, pero no vi otra opción. Las acciones de mis hombres desde entonces han sido imperdonables. Sois una invitada de honor. Os ofrezco mi protección. Perdisteis un padre y un hermano. Convertíos en nuestra hija, y ganad una nueva familia con nosotros. Entiendo si no confiáis en mí, o si no deseáis quedarte. Permitidnos unas semanas para probar que tenéis un lugar aquí. Si decidís iros, sólo os pregunto si esperáis a estar curados. Enviaré una escolta con vosotros a donde decidáis.

Anna permaneció en silencio. Nessa no exageraba.

—No sabéis a dónde queréis ir, ¿verdad?

Sorprendida por la pregunta, Anna pensó en una respuesta, pero sólo se le ocurrió una sincera.

—No, señor, no tenía ningún destino en mente. Mi hermano me hizo jurar que huiría para ponerme a salvo. No podía soportar ver al clan de mi madre correr la misma suerte que mi hogar, así que viajé hacia el norte y el oeste, adentrándome en la ocultación de los bosques. No tengo adónde ir. —No se lo había confesado a sí misma, y mucho menos había expresado ese pensamiento, y hacerlo le produjo una insoportable sensación de pérdida. Las lágrimas ardían de nuevo, buscando desahogo, pero el orgullo no le permitía dejar que las emociones la traicionaran delante de aquel hombre.

—Entonces os quedaréis con nosotros. —El lord asintió como si estuviera satisfecho con su respuesta.

«¿Cómo puedo aceptar quedarme con el hombre que me

encarceló esta noche? ¿Qué otra opción tengo? No aguantaría ni un día en mi estado actual. Incluso si estuviera dispuesta a cabalgar, ¿adónde iría? ¿Dónde podría encontrar refugio?»

—Es una oferta generosa, señor. ¿Me daríais tiempo para considerarla? —Anna respondió sin estar segura de lo que quería,

—Por supuesto, tomaos todo el tiempo que queráis. Mientras tanto, os quedareis con Nessa. —Hizo un gesto con la mano.

Nessa le apretó la mano por debajo de la mesa, mostrando su aprobación.

—¿Y vuestro hijo? No parece muy contento con vuestra oferta. —Recordó la cara de Duncan cuando la vio antes.

Ante esto, el lord soltó una breve carcajada y negó con la cabeza. Nessa soltó una risita. *Lady* MacGregor se limitó a sonreír con complicidad.

—Mi hijo ha estado muy enfadado conmigo. Enfadado por la forma en que os he tratado, enfadado porque permití que Shamus os desafiara, y enfadado porque no le dejé matar a Alain por atacaros. No puedo decir que lo culpo. No, mi hijo desea que os quedéis. Os admira mucho. Me temo que ver el daño que causó Alain fue más de lo que pudo soportar. —Los sagaces ojos de lord MacGregor se encontraron con los suyos.

Sin saber qué pensar, Anna mantuvo la boca cerrada.

—Por favor, comed. Duncan me ha dicho que apenas habéis comido esta semana. ¿Por qué no? —El lord miró su plato trinchero.

—El estofado no es algo que esté acostumbrada a comer. Temía que, si lo hacía, enfermaría, una condición que no podía permitirme con mis… circunstancias actuales. —Se pensó una respuesta para no ofender.

El ceño fruncido de MacGregor se alivió con una mirada de comprensión. Anna se dio cuenta de que quería preguntar algo más, pero guardó silencio. En la mesa había pan fresco, queso, una especie de ave asada en una espesa salsa con verduras y fruta. Delante de cada plato había un cuenco de sopa con olor a guisantes y puerros. También había jarras de vino, cerveza y agua. Anna cogió unas cuantas uvas, las exprimió en una taza y la llenó de agua. Arrancó un trocito de pan, cortó una pera en rodajas y

comió lentamente la sopa. No le costó mucho tomarla y sabía bastante bien. Echó un vistazo a la sala y se dio cuenta de que los demás comían con los platos llenos, por lo que, en comparación, el suyo parecía casi vacío.

—Debéis comer más si queréis recuperar fuerzas —comentó *lady* MacGregor.

—Gracias, mi señora, pero tengo náuseas por el golpe en la cabeza y no puedo comer mucho inmediatamente después de ayunar una semana.

Lady MacGregor apoyó la mano en el brazo de Anna, dándole unas palmaditas para mostrar su comprensión. La respuesta de Anna pareció despertar el interés del lord. Su rostro delataba las preguntas que quería hacer. Anna dejó de comer y le miró en señal de invitación.

CAPÍTULO 7

—Sois la hija de un barón, y sin embargo habéis sido entrenada para soportar el encarcelamiento. ¿Por qué?

Una comisura de la boca de Anna se crispó ante la pregunta del lord. No conocía a ningún otro noble, y menos a una mujer, que hubiera sido preparado así. Sin embargo, se había acostumbrado a ser una rareza.

—Mi hermano y yo teníamos un tutor que era muy minucioso en su instrucción.

—¿Qué clase de tutor enseña así? —Inclinó la cabeza.

—Zhang había sido prisionero, rescatado por mi padre cuando luchaba durante las Cruzadas, antes de mi nacimiento. Sirvió como guardaespaldas de un rico comerciante chino. Formaban parte de una caravana comercial emboscada por los mamelucos. Zhang se unió a lord Braxton como pago por su libertad.

—¿Tutor? Debe haber comenzado vuestra educación a una edad temprana. ¿Cuántos años tenéis, muchacha? —Una sonrisa cruzó los labios de MacGregor.

—Una veintena, señor. —Endureció su cuerpo y su expresión ante la irritante pregunta.

—¿Cuándo cumplisteis los veinte, entonces? —Su sonrisa se convirtió en perplejidad.

—Hace tres días.

Nessa jadeó en silencio, mientras apretaba la mano de Anna. *Lady* MacGregor se puso rígida a su lado. La sonrisa del lord se endureció, los labios desaparecieron al curvarse en su boca, con la mandíbula tensa. Se frotó la nuca. Anna mantuvo las facciones planas, tan ilegibles como le fue posible. La tensión parecía drenar el aire de la habitación. Cogió su taza y bebió el agua afrutada.

—Parece que tengo que enmendar más de lo que pensaba.

—Como señor, habéis hecho lo que creísteis mejor para vuestro clan. No hay necesidad de reflexionar más. Si me disculpáis, no me encuentro bien. Gracias por la comida. —Las palabras de MacGregor sonaban a lástima. Anna no lo permitiría y, entonces, se levantó—. Nessa, quedaos con vuestra familia. No necesito ayuda para volver a la habitación. —Una vez arriba, Anna preparó otra tisana para el dolor. Después de beberla, se metió en la cama, agotada.

Unas manos la sujetaron por los hombros, sacándola de un profundo sueño. Alguien la llamó por su nombre. Sobresaltada, agarró frenéticamente las muñecas de la desconocida y se incorporó, encontrándose con la expresión de pánico en el rostro de Nessa. Anna la soltó y se desplomó hacia delante, con la cabeza entre las manos.

—Habéis gritado mientras dormíais. ¿Otra pesadilla? —Nessa se tocó el cabello.

—Lo siento. ¿Os he hecho daño? —No recordaba nada, aunque su corazón latía con fuerza y su respiración era agitada. Sacudió la cabeza y vio cómo Nessa le frotaba las muñecas.

—No, sólo me asusté, eso es todo. —Nessa se sentó en el borde de la cama y secó el sudor de la frente de Anna.

—Siento haberos despertado. —Anna le cogió la mano y se la apretó suavemente.

—No os preocupéis. Esta vez tendrás dulces sueños. —Los labios de Nessa esbozaron una sonrisa comprensiva.

Con un suspiro, Anna se acurrucó bajo las sábanas y volvió a dormirse.

* * *

Al cabo de tres días, la hinchazón alrededor del ojo de Anna disminuyó y recuperó la visión. Afortunadamente, las náuseas también desaparecieron, y el dolor de cabeza y los mareos dejaron de ser compañeros constantes. El té y el *bian shi* hicieron su trabajo.

Las siestas de la tarde ayudaron a su recuperación. Nessa le leía a veces. A ella le costaba fijar la vista en las palabras, e intentarlo le provocaba un dolor de cabeza insoportable. Nessa poseía una pequeña colección de libros de la que estaba orgullosa. Anna pensó en todos los libros, mapas y pergaminos de la biblioteca de su padre destruidos por el fuego. Su pérdida hizo que le doliera el corazón tanto como la cabeza, enseñándole una dolorosa lección sobre dar las cosas por sentadas.

Lady MacGregor la visitaba a diario. Anna no veía ni rastro del lord ni de su hijo, excepto en la cena. Menos mal. Necesitaba separarse de ellos y tenía poco interés en escuchar más disculpas o responder a más preguntas. Cualquiera que fuese su motivación, la decisión del hacendado de encarcelar al salvador de su hija le dejó un amargo sabor de boca. Había pensado en lo que su padre habría hecho en su lugar, y en cómo habrían tratado sus hombres a una noble cautiva. No habría habido ningún desafío y, desde luego, ningún ataque por discusión. La habrían tratado y alimentado bien. Le habrían proporcionado una criada y un baño en una habitación de invitados. Nunca había necesitado una criada, pero un baño y comida decente habrían sido bienvenidos.

«Bárbaros».

Las mujeres MacGregor eran otra historia. Anna compartía más risas con las muchachas de lo que estaba acostumbrada. Se sintió extraña en compañía de mujeres, pero maravillosa al bañarse en el calor de la compañía femenina por primera vez en su vida. Se dio cuenta de que nunca antes había conocido a una mujer a la que pudiera llamar amiga de verdad. ¿Podría marcharse tan

fácilmente?

Las conversaciones a menudo llevaban a hablar de varias parejas, especular sobre quién se emparejaría para el matrimonio, los méritos de los varones elegibles y las familias que esperaban hijos. Estas conversaciones solían terminar con las risitas de Nessa e Isla, y Anna sintiéndose extrañamente excluida.

«Ningún hombre quiere a una mujer que le supere en velocidad, tiro o lucha. Y yo no tengo ningún interés en convertirme en propiedad de un hombre o en la cría de algún noble de mala fama».

La idea de no enamorarse nunca ni tener hijos le causaba una punzada de arrepentimiento, aunque se la quitaba de encima cada vez que aparecía en su mente. Era una tontería pensar en el amor cuando se era la hija machona de un barón, y aún más cuando se estaba atrapada en una tierra cuya gente estaba resentida por su propia existencia. Algo en su expresión debía haberla delatado.

—Anna, ¿os encontráis mal? —El ceño de *lady* MacGregor se frunció mientras la miraba fijamente.

—Estoy bien, *milady*. —Controlando sus emociones lo mejor que pudo, Anna respiró hondo antes de contestar. La sonrisa forzada que ofreció como prueba no pareció engañar a nadie en la sala.

Lady MacGregor asintió, pero Anna notó su mirada especulativa, como si hubiera leído sus propios pensamientos.

—Anna, demos un corto paseo al aire libre. Hace un día precioso. —A la tarde siguiente, *Lady* MacGregor llegó como de costumbre.

—Como deseéis, *milady*. —Una sensación de aprensión la recorrió, pero Anna no pudo pensar en una forma educada de decir que no. Siguió a *lady* MacGregor hasta la puerta. Se sentaron en un banco con vistas al jardín de hierbas y verduras fuera de la torre principal. Anna mantuvo la respiración tranquila, esperando con inquietud, recordándose a sí misma que esta mujer no había mostrado nada más que amabilidad hasta el momento.

—Deseaba hablar donde no nos interrumpieran. Tengo que volver a agradeceros que rescatarais a Nessa. Mi corazón se partió cuando descubrimos que la habían raptado. He perdido un hijo y

no podría soportar perder otro. Tenéis mi eterna gratitud, y también la de mi terco marido, que os retuvo en aquella celda infernal durante una noche.

—De nada. Cuando les oí gritar, no pude apartarme. Me alegro de que todo haya salido bien. —Anna contuvo una sonrisa, dándose cuenta de que el lord probablemente había pasado una semana casi tan difícil como ella a manos de aquella mujer de voz suave pero firme. Oír que los MacGregor habían perdido un hijo le provocó una persistente compasión. Sin saber qué responder, dejó pasar la información.

—Anna, sé que perdisteis a vuestra madre antes de convertirte en una mujer joven.

Anna bajó la cabeza, con las mejillas encendidas de vergüenza por lo que implicaban aquellas palabras.

—Imagino lo duro que debió de ser crecer sin una mujer mayor que os guiara. Sé que nunca podría reemplazar a vuestra madre, pero me haríais un gran honor si pudierais verme como una querida tía —declaró Mairi—. No juzgo vuestra forma de vestir o de comportaros, pero toda muchacha necesita mujeres mayores que la apoyen y la aconsejen. Quiero que me prometáis que me permitiréis desempeñar ese papel mientras estéis aquí. —Con un dedo inclinó suavemente la barbilla de Anna para que sus miradas se cruzaran.

El malestar de Anna aumentó. Aunque agradecía que *lady* MacGregor se preocupara lo suficiente como para ofrecer tal cosa, se sentía mortificada por su ignorancia de lo que significaba ser mujer.

—Veo el conflicto en vuestros ojos. —Mairi la miró con tristeza.

Inclinándose más cerca, colocó sus brazos alrededor de Anna. El simple gesto maternal fue su perdición, y las lágrimas de Anna cayeron. Lentamente al principio, luego un torrente. Se inclinó, llorando abiertamente en los brazos de *lady* MacGregor. Los sentimientos de pérdida, de soledad, de no encajar, la invadieron. Lloró por la pérdida de su familia y de su hogar. Cuando los sollozos cesaron, se acurrucó contra el hombro de Mairi, aspirando su aroma. Olía a lilas y brezo, le recordaba a su propia madre y le

provocaba otra oleada de dolor. Por fin se le habían acabado las lágrimas.

—Creo que vosotros y yo tendremos momentos regulares cada semana para hablar y conocernos. ¿Sí? Mairi apoyó la mejilla en la cabeza de Anna.

—Gracias por vuestra amabilidad, *lady* MacGregor. —Con la garganta demasiado apretada para responder, Anna asintió, separándose suavemente del abrazo de Mairi. Por fin encontró la voz.

—Qué bien. Y *lady* MacGregor es la señora de esta mansión. Cuando estemos solas, me llamareis Mairi. —Le hizo un gesto a Anna con la mano.

Anna se sintió desequilibrada por la amabilidad de Mairi. ¿Cómo podía seguir adelante si seguían minando su desconfianza?

* * *

Las heridas de Anna se curaron durante los quince días siguientes, tanto física como emocionalmente. Su rutina se convirtió en una agradable rutina de historias y sueños con Nessa e Isla, y de tardes con Mairi siempre que podía. Anna se encontró perfectamente aceptada en los grupos de mujeres y se maravilló de su transformación.

Un golpe en la puerta a media mañana interrumpió la animada discusión de las muchachas sobre los nobles ingleses. Al levantar la vista, Anna vio a Duncan en la puerta.

—¿Os encontráis bien, *lady* Anna?

Una sensación de inquietud se apoderó de ella cuando la aparición de Duncan alteró el único lugar en el que se había sentido segura desde que llegó a Ciardun.

—No creo que sea prudente usar ese nombre, señor. Preferiría Anna, del clan Elliot.

—Muy bien, Anna, del clan Elliot, ¿cómo os sentís hoy?

—Bastante bien. ¿A qué debemos el honor de vuestra visita, señor? —Se puso una máscara sin emociones.

—Hay alguien que está ansioso por veros.

—¿Quién podría desear verme? —La sorpresa traicionó su apariencia sin gestos.

—Venid a ver. —Duncan sonrió con suficiencia y le tendió la mano.

Recordando la última vez que lo había tocado, Anna ignoró su mano extendida. Caminó por el pasillo, deteniéndose para que él la guiara. La condujo a la puerta principal de la torre, donde la esperaba su mejor amigo en el mundo.

—Orión —susurró. El semental relinchó, se acercó a ella y le acarició el cuello con su nariz aterciopelada. Con los ojos cerrados, Anna aspiró su olor mientras su aliento le calentaba la piel, y una sensación de pura alegría inundó su alma. Acarició su larga cara y se detuvo en la estrella blanca de su frente, que había inspirado su nombre. Duncan se encogió de hombros.

—Ha estado muy poco sociable. Supuse que era porque añoraba a su ama.

—Gracias, señor. Orión es todo lo que me queda. —Tras unos minutos de su reconfortante intercambio, ella levantó la vista.

—Me preguntaba si os apetecía dar una vuelta por el pueblo. Debéis estar cansada de estar encerrada en la habitación de mi hermana. —Inclinó la cabeza, frunciendo el ceño como si quisiera discutir, pero se lo pensó mejor.

Caminaron hacia los establos, cerca de la puerta principal, con Orión a su lado.

—Dudo que pudiera soportar algo más que un paseo suave. Mi cabeza aun duele si me sacuden. —Anna frunció el ceño.

—Sí, un paseo suave entonces. Ya que os ha visto, dudo que nos permita encerrarle sin pasar al menos un rato con vosotros. No me extrañaría que os siguiera escaleras arriba.

Anna intentó inútilmente no reírse ante la imagen, pero sus palabras eran demasiado potentes. Para disimular su diversión, ensilló su caballo, cayendo fácilmente en la rutina familiar. Duncan ensillaba un hermoso caballo castrado alazán, silbando mientras trabajaba. Anna se dio cuenta de que, a pesar de ser encantadores, los caballos del establo del hacendado no cumplían los estándares de Orión. No era de extrañar, ya que le había costado a su padre una pequeña fortuna hacía unos años. Habían pasado mucho tiempo buscando la combinación adecuada de tamaño, temperamento y linaje. Duncan lanzó a Orión más de una

mirada de admiración.

—Una de mis responsabilidades es supervisar la adquisición, entrenamiento y cría de nuestros caballos. Estoy seguro de que nunca he visto un caballo tan bueno como el vuestro. ¿Os opondríais a permitirle engendrar algunas yeguas selectas?

—Usted presume mucho, señor. Estaré en condiciones de montar en unos días. A menos que tengáis una dama lista ahora, eso no deja mucho tiempo. Aunque dudo que a Orión le importe demasiado. —Se rio a carcajadas ante su petición.

—Llamadme Duncan, por favor. ¿No vais a aceptar la oferta de mi padre? —Duncan frunció el ceño.

Su humor desapareció con la pregunta. Seguía indecisa. Una parte de ella quería enfurecerse por el trato que había recibido antes. La otra parte se dio cuenta de que no tenía a dónde ir. Aunque seguía algo enfadada, estos últimos días había experimentado una verdadera satisfacción.

Nessa la veía como una heroína, la hermana mayor que siempre había deseado. Anna nunca había salvado la vida de alguien por sí sola. Compartían un vínculo que no se rompía fácilmente, y su conexión se fortalecía cada día. Sería doloroso no tener más a Nessa en su vida. Cansada de la pérdida, no quería volver a enfrentarse a ella tan pronto. No era propio de ella vacilar. Siempre había sido tan firme en su toma de decisiones. Un dolor de añoranza por la orientación de su padre y el maestro Zhang se apoderó de ella. Incluso se conformaba con los consejos de Edrick, aunque siempre a costa de bromas. Con gusto permitiría que se burlara de ella sin piedad si pudiera volver a verlo.

—Veo que aún estáis indecisa.

—Sigo enfadada. —La voz de Duncan la sacó de sus cavilaciones internas. Se encogió al oír el gruñido en su voz. No había tenido la intención de poner tanta emoción en su respuesta.

—Sabía que lo estaríais. Teníais razón sobre nosotros. Hemos actuado como bárbaros. Ya sabéis por qué me marché la última vez que os vi. —Duncan la miró mientras se apoyaba en la pared, con los brazos cruzados y el rostro sombrío.

—Vuestro padre dijo que estabais enfadado con él.

—El hombre que os golpeó atacó e hirió a un invitado a la

mesa de mi padre sin provocación. Debería haberlo matado. Ahora compartimos un enemigo, uno que sabe la verdad sobre vosotros. Temo que pueda difundir esa información, trayendo enemigos aquí. He fallado en ver la sabiduría en muchas de las decisiones de mi padre con respecto a vosotros. Esta fue el punto de inflexión. No se me ocurrió que pensaríais que vuestra apariencia me ofendía. Me disculpo por hacéroslo creer. —Duncan respiró hondo.

—¡Al diablo con las disculpas, vuestra piedad y la de vuestro padre, Duncan MacGregor! Ni las necesito ni las quiero. Preferiría respeto, y que los hombres de vuestro clan al menos actuaran como si tuvieran honor. —La furia se apoderó de Anna y se acercó a él con las manos a los lados, cerradas en puños.

—Creía que íbamos a dar un paseo. —Duncan dio un paso atrás, con las manos levantadas en señal de rendición. Luchando por recuperar la compostura, habló apretando los dientes—. Sí, así es. —Duncan se rio y subió a su caballo, aliviada la tensión.

—¿Traigo mis armas? —Montó a Orión y miró a MacGregor a los ojos.

—No, no será necesario. Sé que no confiáis en mí, pero estáis bajo mi protección.

—Tal vez no os hayáis dado cuenta, señor, pero no necesito vuestra protección. —Vestigios de ira coloreaban su voz.

Las mejillas de Duncan se oscurecieron y sus ojos brillaron, pero cerró la boca y salió por la puerta, guardándose entre los dientes lo que quisiera decir.

Ninguno de los dos habló durante varios minutos, permitiendo que la tensión disminuyera de nuevo. Mientras cabalgaban por el pueblo, Anna se dio cuenta de que era muy parecido al suyo. Al ver la comunidad desde el punto de vista de una prisionera durante el viaje, había tenido un aspecto diferente.

—Y una vez al año, hay un mercado en el que los aldeanos compran, venden e intercambian bienes y servicios. —Duncan señaló la herrería, la carnicería, los tejedores, los albañiles y el resto.

—Es muy parecido a como era mi hogar. —Anna asintió.

Al pasar junto a las pequeñas granjas de adobe y piedra, Anna advirtió que todas tenían un pequeño huerto vallado, gallineros y corrales con cerdos. En los prados, junto a los campos arados, había ganado vacuno y ovino. Por el camino pasaron junto a viñedos, huertos y varios graneros. En la parte trasera de uno de ellos vio un gran número de colmenas. Le impresionó la belleza del entorno. Todo parecía verde, exuberante y en crecimiento, con el aroma de las flores en el aire. Las colinas escarpadas y las rocas equilibraban la belleza agreste de la tierra.

Anna echó varias miradas de reojo a su guía. Observó el juego de su cuerpo musculoso moviéndose como uno con su caballo. *Admirarle es sin duda una locura*. Intentó invocar la rabia que había sentido en los establos como escudo contra pensamientos tan estúpidos, pero se dio cuenta de que se había desvanecido. Una parte de ella quería seguir enfadada, pero después de estar fuera en este día tranquilo, ya no sentía deseos de ello.

—Vuestra casa es hermosa. Es parecida a la mía, pero también muy diferente. —Pensar en su hogar le dio un vuelco al corazón.

—Sí, sabía que os gustaría. Ahora tengo que convenceros de que os quedéis. —Sus ojos celestes brillaron, y en ellos vio orgullo por su hogar, su clan.

Arrugando la frente, Anna se quedó sin palabras. No sabía cómo responderle, ni podía entender lo que le provocaba su sonrisa.

«Debería seguir enfadada, ¡maldito sea!»

Cabalgaron junto al pequeño río que serpenteaba por el pueblo y pasaba junto a la rueda de un molinero. Siguiendo el río río abajo, llegaron a una masa de agua tan grande que ella apenas podía ver la otra orilla.

—El lago Fadagorm. Lo compartimos con el clan MacFarlane, nuestros aliados. Sus tierras están al otro lado del lago, al oeste. Comerciamos con ellos y trabajamos juntos para proteger nuestros territorios. Al norte viven los Stewart, el clan de mi madre. También son aliados. Al norte de los Stewart está el clan MacNairn. Ellos son los que robaron a Nessa e Isla. Somos

acérrimos enemigos. Al sur están los Graham. Nunca hemos tenido problemas, pero no tenemos una alianza. Puede que padre intente formar una con el matrimonio de Nessa en el futuro. Son bastante amistosos, y comerciamos con ellos unas cuantas veces al año. Somos conocidos por nuestra mezcla de *whisky*, que les gusta. Siempre hay demanda.

—Así que nos recibieron los Graham el segundo día de nuestro viaje y los MacFarlane el tercero. —Escudriñando la zona, Anna se hizo una idea de los límites que él describía.

—Sí, tenéis razón. —Se movió en su silla de montar—. Nessa me ha dicho que habláis, leéis y escribís varios idiomas, y que os han enseñado un gran número de cosas.

—Vuestra hermana es maravillosa. He disfrutado mucho con ella. —Estaba claro que quería saber más. Anna eludió su curiosidad.

—Sí, es una buena muchacha, la alegría de mi padre. La habéis hecho muy feliz quedándoos. Espera que sigáis así.

Sus palabras le arrancaron una sonrisa antes de que pensara en detenerla. Odiaba el conflicto que se agitaba en su interior. La consideración de Duncan hoy sólo empeoraba su confusión. Verlo como su enemigo facilitaba mucho las cosas.

Llevó los caballos a los establos y desensilló a Orión. Cogió un cepillo de la pared y se dispuso a cepillarlo. Asear a un caballo siempre fue una de sus formas favoritas de pensar. Esa tarea sencilla y sin sentido la liberaba para pensar en soluciones a los problemas o reflexionar sobre las decisiones. Hoy no encontraba ese respiro, pues era muy consciente del hombre que se encontraba a unos metros de ella.

Hacía menos de un mes que lo conocía. La primera parte de ese tiempo, era su enemigo. Necesitaría más de unos días para pensar lo contrario.

Asearon a sus caballos en silencio. Duncan terminó primero y se apoyó en la puerta del establo. Una extraña incomodidad se apoderó de ella y deslizó una mirada en su dirección. Su sonrisa mientras la observaba ablandó su áspero rostro. Decidió ignorarlo y dedicarse a su caballo.

Cuando terminó, Duncan tomó las riendas y condujo a Orión

a un gran establo. No quería parecer grosera, pero le resultaba difícil expresar su gratitud. Las palabras parecían atascarse en su garganta, pero se las arregló.

—Gracias por el paseo de hoy. Ha sido agradable. Gracias también por cuidar de mi caballo mientras yo no podía. —Forzó una expresión agradable en su rostro, sintiendo que sobrepasaba los límites de lo plausible.

—Por supuesto, *milady*. Era lo menos que podía hacer. —Se inclinó ante ella.

Eso es. Aunque no quería sentirse culpable por haber perdido los estribos, al menos podía estar agradecida.

* * *

Con un suspiro de alivio, Duncan se balanceó sobre sus talones y observó a Anna subir las escaleras. La mañana había sido un éxito. Kenneth se alegraría de oírlo. Tal vez unas cuantas salidas más y ella confiaría lo suficiente como para considerar quedarse. Conseguir que Anna descargara una parte de la rabia que había guardado desde su llegada parecía haberle proporcionado cierto alivio. Al principio, temió tener que defenderse. Le debía a ella aguantar todo lo que le lanzara. Palabras, al menos.

Parecía realmente feliz de estar fuera, y ver a su caballo bien cuidado claramente la conmovió. Verla sonreír cuando se reunieron le llenó por completo. Saber que él podía ser el autor de su alegría le produjo un sentimiento que dudaba en explorar. Sólo sabía que quería ser él quien la hiciera sonreír.

Duncan se había preguntado si el hecho de no haberla visto en los últimos días habría hecho que sus sentimientos se desvanecieran. Para su sorpresa, su atracción hacia ella no había hecho más que intensificarse. El simple paseo de esta tarde aumentó su necesidad de estar cerca de ella. Se había impedido a la fuerza varias veces acercarse a ella durante el paseo, pero parecía tener poco poder sobre sus actos.

Como un semental ante el olor de una yegua en celo, se sintió atraído por ella. Era una locura pensar que Anna le permitiría

acercarse. No, mantendría la distancia y seguiría invitándola a aventurarse. De este modo demostraría al clan su intención hacia ella, y le daría la oportunidad de seguir descargando su ira de forma más controlada. Esto, junto con los constantes esfuerzos de las mujeres, seguramente erosionaría los muros que ella había erigido. Continuó mirando con nostalgia en su dirección, mucho después de que ella desapareciera de su vista. Parecía que se había llevado consigo gran parte de la belleza del día. Frotándose la cara con sus manos, Duncan trató de desechar la absurda idea.

«¿De dónde demonios ha salido eso? No eres un muchacho imberbe como para dejarte llevar por semejante tontería sentimental. Sería más sabio atender a los hechos de la situación. La maldita mujer insiste en que no necesita mi protección».

Sacudiendo la cabeza, sólo podía imaginar lo que su hermano y su padre debían haber sufrido. ¿Aceptaría la muchacha la dirección o el cuidado de un hombre? Por fin había encontrado una mujer que despertaba su interés más allá del mero deseo físico. Sin embargo, la testaruda muchacha parecía más interesada en pelearse con él que en otra cosa. Su rígida independencia acabó con su paciencia, dejando tras de sí el brillo de la frustración. De acuerdo. Si ella quería luchar, él encontraría la forma de que entrenaran juntos. Tal vez ese fuera el camino para ganarse su confianza. Se dirigió hacia la puerta, anticipando un agotador combate de espadas con los hombres, la forma perfecta de desahogar su enfado.

CAPÍTULO 8

Anna encontró a Nessa e Isla con una amplia sonrisa cuando llegó arriba después del paseo. Rehusando dejarse llevar por sus cotilleos, se sentó a la mesa y escanció una copa de sidra. De vez en cuando, las muchachas la miraban. Al cabo de unos minutos, no pudo seguir ignorándolas.

—Muy bien, señoras, ¿qué ocurre? ¿Tengo la cara sucia o huelo mal?

Las dos soltaron una risita.

—¡Hablad! ¿Qué sucede? —Desconcertada por su comportamiento, Anna giró su silla hacia ellas, con los brazos cruzados.

—¿Os ha gustado el paseo? —Ignorando la pregunta, Nessa se sentó a su lado.

—Sí, fue maravilloso ver a mi caballo. Vuestro hermano me llevó a cabalgar por el pueblo y los alrededores. Me enseñó el lago y me explicó los límites de vuestros territorios y de los clanes vecinos. Esto es muy bonito. —Arqueando una ceja, Anna decidió seguirle la corriente.

—Entonces, si os agrada este lugar, ¿os quedaréis? —El entusiasmo de Nessa brillaba en su rostro.

Anna sonrió. El continuo deseo de la muchacha de que se quedara, de formar parte de su familia, la tentaba. Tal vez se quedaría durante el invierno. Tendría unos meses para trazar un plan de futuro.

—Aún no he tomado una decisión, pero no podría desear un lugar más encantador para vivir. Aunque creo que me llevará algún tiempo acostumbrarme al frío.

—¿Cómo está vuestro caballo? —Nessa parecía contenta con su respuesta.

—Está bastante bien, y tan contento de verme como yo a él.

—Sí, mi hermano ha cuidado personalmente de él. Se negaba a dejar que nadie más se acercara. Duncan lo trataba como si fuera suyo.

—Fue muy amable de su parte. —Anna no sabía qué decir, pero una extraña sensación revoloteó en su estómago.

—Nessa, ¿qué me estoy perdiendo? —Nessa volvió a soltar una risita, y los ojos de Anna se entrecerraron con frustración.

—Realmente no lo sabéis, ¿verdad? —Nessa estudió a Anna un momento, con el ceño fruncido. Isla se puso al lado de Nessa. Intercambiaron miradas.

—Señoritas. —La paciencia de Anna disminuyó.

Esto provocó otro ataque de risa.

—Me rindo. —Terminando la sidra, Anna colocó flores secas de manzanilla en una taza y se dirigió al fuego, donde colgaba una

tetera. Vertió agua caliente sobre los pétalos y se sentó en la silla frente al fuego, ignorando a las dos muchachas.

—Siento molestaros. Creía que era obvio que lo sabíais. —Nessa puso una mano en el hombro de Anna.

—¿Saber qué, Nessa? —Anna la miró por encima del borde de la taza.

—Duncan os favorece. —Nessa sonrió.

—¿Qué? —espetó Anna.

—Todo el mundo lo ve. Pensé que vos también lo veríais. —Nessa asintió, con la alegría iluminándole los ojos.

Anna se quedó boquiabierta, sin palabras.

—Anna, ¿por qué os sorprendéis tanto? Creía que ya estabas acostumbrada a las atenciones de los hombres. —Nessa frunció el ceño.

Anna clavó los ojos en el fuego.

—¿Tan difícil es pensar que a mi hermano le parecéis bonita? —Cuando ella no respondió, Nessa volvió a empezar.

La extraña sensación en el estómago de Anna se encendió de nuevo, esta vez rozando el dolor. Los hombres siempre encajaban en una de las dos categorías de su vida: enemigos o aliados. A los enemigos había que vigilarlos, no confiar en ellos. Como esos idiotas que pretendían cortejarla. Tan obvio. Nunca realmente interesado en ella, pero en la cantidad de tierra y la moneda llegó con ella en el matrimonio. Los aliados eran parientes o compañeros de armas, gente en la que confiar para que no te traicionara. Ella no tenía espacio en su vida para una tercera categoría. Un hombre que, como un enemigo, podía herir o traicionar, aunque se hiciera pasar por el más fuerte de los aliados. La sola idea le helaba la sangre.

—Los hombres no me atraen.

—Anna, ¿qué queréis decir? —Nessa se dejó caer en el borde de la chimenea, mirándola con desconfianza.

—¿Qué hombre quiere una mujer que se vista o se comporte así? De donde yo vengo, los hombres sólo quieren mujeres como decoración, sirvientas o para criar. A mí no me interesa nada de eso. —Con un movimiento de la mano indicó su armadura de cuero colgada de un gancho en la pared. Se volvió para mirar las

llamas de la chimenea, y su voz se redujo a un susurro—. Cuando los hombres me miran, no ven una mujer, sino una aberración. Alguien a quien ridiculizar… o conquistar.

«No entienden las burlas crueles -de hombres prepotentes y del sexo débil- ni cómo finjo que no me importa».

El dolor de admitir esto ante otra persona la tomó por sorpresa. Durante muchos años se había dicho a sí misma que no era digna del amor que un hombre daba a una mujer, y se había escondido del dolor de saberlo. Era mucho más fácil recordar los aspectos negativos de las relaciones que veía que recordar el amor y la ternura que compartían sus padres u otras parejas que conocía y que se amaban. Negando internamente con la cabeza, repitió las palabras que tantas veces había pronunciado.

«No estoy hecha para el amor».

—Soy simplemente una curiosidad, una rareza. Sólo le intereso porque soy diferente, porque he derrotado a varios hombres en su presencia, nada más. —Anna levantó la barbilla y se enderezó en la silla.

—Anna, de verdad que no os reconocéis. Os he admirado tanto que no he pensado en el precio que habéis pagado para llegar a ser como eres. Aun así, eso no cambia el hecho de que sois hermosa. —Nessa la miró fijamente, y la sorpresa de su rostro se transformó en tristeza. Cogió la mano de Anna, la acercó y la abrazó con fuerza. Al cabo de un momento, se apartó. Apretó las manos de Anna, con los ojos llenos de preocupación.

—Gracias. Siempre sois tan amable conmigo —susurró Anna, besando la frente de Nessa.

* * *

Cenaron con la familia en el gran salón, entre el resto del clan, por primera vez desde su llegada. Anna se sentó en el lado de las damas de la mesa, más alejado del lord. Duncan se sentó junto a su padre en el otro lado. Anna era reservada, no hablaba a menos que se le pidiera, y sólo daba respuestas sencillas. El resto del clan parecía haberse acostumbrado a su presencia. Las miradas fijas de las mesas inferiores se volvieron sutiles. El peso de sus miradas la

desequilibró cuando se sentó en la mesa alta.

Anna se levantó de la mesa cuando lo hizo Mairi, marcando su primera oportunidad de marcharse. Duncan aprovechó para acercarse.

—¿Os interesaría dar otro paseo mañana?

El estómago de Anna se le revolvió cuando él se acercó. Se reprendió a sí misma por una reacción tan absurda y respondió preguntando primero.

—Si cabalgara sola en vuestro territorio, ¿estaría segura? —Por el rabillo del ojo, vio cómo la barriga del hacendado se estremecía con una risa silenciosa.

—Me atrevería a decir que estaríais más segura que cualquiera lo bastante insensato como para cruzarse en vuestro camino. El lord lo ha dejado claro. No se os puede hacer ningún daño. —Duncan se tomó en serio su pregunta.

—Sí, me gustaría volver a cabalgar mañana. ¿A qué hora? —En contra de su buen juicio, y porque estaba cansada de quedarse en casa, Anna accedió a su pregunta.

—¿Qué tal después de que hayamos desayunado? Padre y yo pensamos que sería prudente que os familiarizarais con nuestras tierras y que nuestra gente se acostumbrara a veros.
—Duncan esbozó una sonrisa pícara.

—Muy bien, después de la comida de la mañana, entonces. Gracias. —Su voz era rígida, pero forzó una fugaz sonrisa, esperando no traicionar su nerviosismo en su presencia. Se dio la vuelta y siguió a Nessa, quien rebosaba entusiasmo, escaleras arriba.

—Sólo es montar a caballo —protestó Anna.

—Lo sé. —La muchacha giró sobre sí misma, con la emoción intacta.

A la mañana siguiente, Anna se levantó antes que el sol. Se vistió sin hacer ruido para no despertar a Nessa, salió y se dirigió a los establos. Cogió una pala y un carro de madera cercano y empezó a limpiar el establo de Orión. Él la observaba, acariciando de vez en cuando su hombro. Levantó la cabeza y soltó un mohín. Anna se giró para ver quién se acercaba.

—¿Qué creéis que estás haciendo? —le espetó Duncan.

—Mi caballo, mi responsabilidad —replicó desafiante.

—Las mujeres nobles no limpian los establos. Tenemos mozos de cuadra para esas tareas. —Su voz estaba cargada de frustración.

—He sido responsable del cuidado de mi propio caballo desde que tuve edad para montar, lo que incluye limpiar su establo. Debéis creerme una cosa delicada si pensáis que no puedo hacer un poco de trabajo. —Se secó el sudor de la frente, se apoyó en la pala y se echó a reír.

—¿Delicada? No, nunca cometería un error tan tonto. —El humor se deslizaba en su voz.

Anna tuvo que admitir, una vez más, que realmente era un hombre guapo cuando sus ojos se arrugaban con diversión. Su sonrisa le provocaba cosas que prefería no pensar. Casi podía ver al niño que debió de ser. Ambas mejillas se fruncían ligeramente, suavizando su aspecto. Le entraron unas ganas extrañas de tocarlas, curiosa por saber si eran tan suaves como imaginaba, preguntándose cómo se sentiría la barba incipiente bajo sus dedos.

—¿Por qué estáis aquí tan temprano? —Hizo rodar el carro para volcarlo en un gran montón para los aldeanos mientras ella ponía heno fresco en el establo de Orión. Por su parte, Duncan se apoyó en el poste de la puerta.

—Me siento mejor, y disfruto del tiempo a solas cuidando de mi caballo. Es una de mis formas favoritas de pensar.

—Sí, la mía también.

—A veces prefiero estar rodeada de caballos que de gente. Los caballos no juzgan vuestra posición, apariencia o comportamiento si los tratas bien. —Anna frunció el ceño, reprendiéndose en silencio por revelar tanto. ¿Qué diablillo la había poseído para dejarle entrever su alma?

—Sé exactamente lo que queréis decir. —Duncan inclinó la cabeza, juntó las cejas y la miró fijamente. Permaneció en silencio mientras ella terminaba su trabajo—. Si lo deseáis, iré a buscar el desayuno para llevarlo con nosotros. Podríamos empezar temprano.

—Eso estaría bien.

Duncan salió de los establos y regresó con un pequeño saco.

Le entregó una manzana y una pequeña hogaza de pan dulce rellena de frutos secos, semillas y bayas, y colgó un odre en la silla de Orión.

—¿Algo en particular que os gustaría hacer hoy?

—Sí. Me gustaría cortar un cuarto de bastón, y estoy interesada en conseguir pieles para forrar mi capa. No estoy acostumbrada al frío y la humedad de aquí. Me imagino cómo será cuando llegue el invierno. —Anna asintió. Un escalofrío involuntario la recorrió al pensar en la nieve y el viento, que nunca dejaba de soplar.

—Tenemos un hombre que puede satisfacer esa necesidad. Es el herrero y tonelero del pueblo. Un cuarto de bastón no le supondría ningún problema. En cuanto a las pieles, podríamos simplemente comprarlas. Si no en la aldea, entonces de uno de nuestros vecinos. No tendríais que cazarlas tú misma.

—Duncan MacGregor, me confundís una vez más con una delicada noble necesitada de caridad. Soy totalmente capaz de cortar mi propio bastón y desollar mis propias pieles. Sólo necesito una rama o palanquilla satisfactoria y acceso a herramientas. En cuanto a la capa, no sé qué criaturas viven en vuestras tierras, así que me inclinaré ante vuestro superior conocimiento de dónde y qué debo buscar.

Duncan sonrió ante su respuesta, y Anna pensó que era el sonido más agradable que había oído nunca. Su profundo barítono resonó como un lejano trueno. Su rostro se iluminó con humor y, aunque su risa disminuyó, la alegría permaneció en sus ojos. El sonido y la vista le provocaron una sonrisa que no pudo contener.

«Debería reír más a menudo. Su mirada severa no le sienta bien. Me pregunto cuál es la causa de tan adusta apariencia».

—Sí, parece que he vuelto a cometer el mismo error. Suelo aprender rápido. Creo que podemos encontrar fácilmente un alojamiento. Tales herramientas están aquí, en los establos. En cuanto a qué animales deberían tener la suerte de adornar vuestra capa, sugeriría esperar hasta la Fiesta de San Martín, cuando su pelaje es más abundante. Los abrigos de verano no harán tan buen trabajo como desearíais. En cuanto al objetivo, sugiero liebre, zorro o castor. Me atrevería a decir que cualquiera de ellos os

resultará satisfactorio.

—Muy bien. Acepto vuestro consejo. Tendré que aguantar el frío hasta entonces. —Se le ocurrió que necesitaría ropa más gruesa para mantenerse caliente mientras tanto.

—No será necesario. Podemos mandar a hacer un juego de lana para vos. Un pastor del clan Graham posee una raza especial de ovejas. La lana de esta raza es muy fina y suave. No sería ningún problema obtener suficiente para haceros dos juegos de lana, si así lo deseáis.

Montaron en sus caballos y cabalgaron hacia el pueblo.

—Me parece una buena solución. Estaré encantada de pagar, por supuesto.

—Mi padre no permitirá que paguéis por nada. Os debemos la vida de Nessa. Se tomó muy en serio lo de aceptaros como su hija. No permitiría que pagarais por tal necesidad como no lo haría con Nessa. Estáis bajo nuestro cuidado. —Duncan inclinó la cabeza.

—Entonces tendré que dedicarme a alguna actividad para ganarme el sustento. No quiero depender de la generosidad del lord, sólo para que se resienta en el futuro. Especialmente cuando el recuerdo de su gratitud hacia mí se desvanezca. Si voy a considerar vivir aquí, debo tener un papel que desempeñar. No voy a estar simplemente bajo el cuidado de nadie. El valor de Nessa como hija y futura esposa de un clan vecino es obvio. Mi valor lo es menos. Me niego a ser una carga y no me casarán para formar una alianza. —El ceño de Anna se frunció profundamente. Sus palabras sonaban con determinación. Lo decía en serio.

CAPÍTULO 9

La idea de que Anna se casara con otro hizo que Duncan sintiera un escalofrío. No había considerado la idea de que su padre pudiera arreglar un matrimonio para ella o aceptar una oferta de otro clan. Estaba seguro de que ella no aceptaría, pero la sugerencia lo perturbó mucho más de lo que esperaba. La fuerza

bruta de su reacción lo sobresaltó y apretó las manos. Buscaría a su padre para preguntarle exactamente qué tenía pensado para Anna. Su caballo esquivó y sacudió la cabeza nerviosamente. Duncan, sintiéndose culpable, aflojó las riendas que empuñaba.

—Pensé que podría ser el caso. Podríamos considerar algunos papeles para vosotros. Aunque debo advertiros que mi padre posee una memoria bastante larga, no olvidará. Si existe la posibilidad, mi madre estará encantada de recordárselo. —Se dio cuenta de que no había respondido a su afirmación.

Anna lo miró con curiosidad. Duncan levantó un dedo.

—Fiona, nuestra curandera, es buena atendiendo a mujeres embarazadas y partos. Tiene un conocimiento suficiente de remedios herbales, pero no posee la gama de habilidades curativas que tenéis. Seríais un miembro muy apreciado de nuestro clan si la ayudarais. Gente que de otro modo moriría podría vivir gracias a vosotros. Es un don poderoso. —Asintió, la idea le agradaba—. Me imagino a nuestros aliados trayendo a sus enfermos y heridos más graves para que los atendáis o buscando vuestros conocimientos. Contar con una curandera así os haría muy valiosa para nuestros lazos con los clanes vecinos.

—Me gusta mucho esta idea. Curar es una habilidad que exige un uso regular para mantenerse en forma. —Anna frunció los labios, pensativa.

—También sois más culta que nadie en el clan. Vuestros servicios como administradora serían útiles, leyendo y escribiendo tratados y acuerdos comerciales con otros clanes. El lord me dio permiso para concertar un contrato de este estilo con un mercader de Stirling. Posee una taberna y una posada y ha mostrado interés en nuestra mezcla de *whisky*. Sería una bendición para nosotros tener tal acuerdo, dándonos una fuente constante de dinero. Aunque confío en mis habilidades de lectura y escritura, no estoy tan seguro del latín que se utiliza a menudo en este tipo de pactos. Puede ser complicado, con una o dos palabras que cambian todo el significado de un acuerdo. —Duncan levantó un segundo dedo.

—¿Cómo sabéis que soy más hábil que vosotros en latín?

—Debo confesar que os he oído una o dos veces enseñar a mi hermana. —Duncan agachó ligeramente la cabeza, sonriéndole.

—¿Oísteis a escondidas? ¿Escuchasteis nuestras conversaciones? —Anna alzó la voz.

—Sí, cuando os oí hablar en latín, despertó mi curiosidad. No acostumbro a escuchar en las puertas, pero escucharos me atrajo. No pretendía ofenderte.

—Por último, veo cómo estáis con vuestro caballo. Supongo que lo entrenasteis. —Anna lo miró especulativamente. Duncan cambió rápidamente de tema y levantó tres dedos.

—Sí, he pasado tiempo en los establos desde que tenía edad para caminar y he ayudado a muchos potros a venir al mundo. —Anna asintió, con una mueca de confianza en la boca.

—Podríais participar en el cuidado y adiestramiento de nuestros caballos si lo deseáis. Aunque más allá de los vuestros, no puedo permitir que limpiéis los establos. De lo contrario, nuestros mozos de cuadra se quedarían sin trabajo. —Ofreció una sonrisa torcida, con la esperanza de quitarle importancia a su anterior desacuerdo.

—Me agradan todas estas ideas. Acepto vuestra propuesta con una condición.

—Estoy impaciente por oírla. Sin duda me meterá en problemas. —Duncan se rió.

—Mi condición es que aceptéis entrenar combate conmigo. No puedo hacer mucho sola y mis habilidades se deteriorarán si no me cuidáis. —Los ojos de Anna se iluminaron.

—Sí, me encantaría entrenar con vosotros. Sin duda sería beneficioso para ambos. Probablemente sería prudente que lo hiciéramos lejos de miradas indiscretas hasta que el clan se acostumbre a vos.

—¿Puedo preguntar qué le han dicho exactamente al clan sobre mí?

—¿No os lo han dicho? Vosotros sois de un clan de las Tierras Bajas que tuvo algunos disturbios, dejándoos en busca de un nuevo hogar. Os encontramos, por supuesto, cuando rescatasteis a Nessa. Aunque la gente verá y oirá a los ingleses en vosotros, no es raro que escoceses e ingleses se casen cerca de la frontera. No hemos dicho de qué clan sois, y nadie nos lo ha preguntado. Sugerimos Armstrong, ya que son muchos y no están

muy lejos del vuestro en la frontera. Ninguno de por aquí tiene lazos con ellos. Depende de vosotros. Pensamos que querríais el anonimato, tanto para vosotros como para el resto de vuestros parientes.

—No me gustan las mentiras. Sin embargo, veo el mérito de un cuento así. He deliberado bastante sobre mi situación y he llegado a la conclusión de que, mientras no reaparezca, quienquiera que haya robado las tierras de mi padre no tendrá motivos para buscarme. Mi hermano era el heredero de mi padre, la verdadera amenaza. Como mujer, no tendría ningún derecho sobre la explotación, aparte de mis tierras de dote, una pequeña propiedad dejada a mi nombre. Lo único que conseguiría con mi aparición sería atraer una atención no deseada sobre la forma en que se obtuvieron las tierras, tal vez incluso de la corona. —Anna detuvo su caballo.

—¿Qué pasaría si decidierais llamar la atención sobre el hombre que mató a vuestra familia y robó las tierras de vuestro padre? —Duncan insistió un poco más.

Podía verlo en sus ojos. Aún no confiaba plenamente en él. El silencio se hizo más absoluto, la batalla en su interior era clara. Duncan contuvo la respiración.

—Anna, sé que aún no me he ganado vuestra confianza…

—No, me atrapó la ira de la situación. Ira por la injusticia, ira por mi incapacidad de vengar a mi familia. Si vuelvo, lo más probable es que me obliguen a casarme con quien lo hizo, o con su familia, para encubrir el acto y validar el resultado. A las mujeres nobles solteras no se les permite permanecer como tales por mucho tiempo. Mi elección sería entonces someterme a un marido o ser castigada. Sería aislada, no se confiaría en mí, y se esperaría que tuviera un heredero. Volver a Inglaterra bajo cualquier circunstancia es insostenible. —Le hizo un gesto con la mano.

—Sólo puedo imaginar la rabia que sentiría si estuviera en vuestro lugar. Si no tenéis otro recurso, la muerte parece un destino más deseable.

Anna se balanceó lentamente en la silla en señal de acuerdo.

—¿Qué hay de los amigos o aliados de vuestro padre? ¿No se podría contar con ellos para enmendar este acto de asesinato y

codicia?

—Si fueran a hacer algo, ya lo habrían hecho. Mi presencia no inspiraría tal respuesta. Además, ¿cómo puedo saber quién se indignó ante semejante acto y quién quizá colaboró en su ejecución? —Anna hizo una mueca, con los nudillos blancos y las manos apretando las riendas. Orión agitó una oreja y sacudió la cabeza.

—Al menos en las Tierras Altas un hombre sabe quiénes son sus amigos, así como sus enemigos. Sé que no queréis mis disculpas o mi compasión. Lamento vuestra situación. No os lo merecéis. No puedo decidir cuál es la mayor tragedia: que alguien se salga con la suya en esta injusticia o vuestra terrible pérdida. —Duncan se inquietó al oír sus palabras.

Anna se miró las manos, claramente incómoda.

«Idiota por volver a sacar el tema». Duncan se reprendió a sí mismo. Medio temeroso de haberla disgustado, esperó a que volviera a hablar.

—¿Dónde tenéis pensado que nos entrenemos? —Su voz era tensa pero clara, y Duncan se relajó.

—A una milla de aquí, más o menos, hay una franja protegida por el bosque por todos lados. Es bajo y está fuera del camino, así que alguien tendría que tropezar con nosotros para verlo. El claro no es muy grande, pero suficiente para nuestras necesidades. Venid. Os lo mostraré. —Condujo su caballo por un sendero cercano y Anna lo siguió.

—A mí también me gustaría conocer a Fiona —le dijo—. Necesito que me enseñe qué plantas crecen aquí, qué se puede cultivar y dónde se pueden conseguir otras. Quiero saber si se sentirá amenazada por otro que invada su posición.

Después de mostrarle el lugar donde pretendía entrenarse, Duncan la guio hacia el pueblo, a la casa de Fiona. El muro de piedra de la granja de una sola habitación se alzaba a la altura de la cabeza de Anna, y el tejado de paja se apoyaba en varios troncos que sobresalían de los muros. El barro rellenaba los huecos entre las piedras, haciendo que la pequeña vivienda resultara acogedora contra los fríos vientos invernales. Una mujer mayor apareció en la puerta, limpiándose las manos en un delantal bien usado.

Duncan la saludó e hizo las presentaciones.

—Encantado de conoceros, *lady* Anna. —La mujer, con forma de pera, llevaba un vestido túnica de lana verde oscuro. Su cabello, una generosa mezcla de gris y negro, estaba trenzado y recogido en un estricto nudo—. He visto vuestro trabajo. El lord me pidió que cuidara de los hombres que resultaron heridos al recapturar a nuestra Nessa. Tenéis un buen toque. Las puntadas fueron muy limpias, y ninguna herida empezó a supurar. Es un tributo a vuestras habilidades.

A Duncan le hizo gracia ver cómo las mejillas de Anna se teñían de rojo. ¿Era el frío, o estaba tan poco acostumbrada a los cumplidos?

—¿No os molesta que haya tratado a la gente de vuestro clan? —preguntó Anna.

—¿Importarme? Soy la comadrona del clan. La única razón por la que trato a los enfermos y heridos es porque no hay nadie más. Os cederé gustosamente la tarea si estáis dispuesta a aceptarla. —La mujer mayor resopló.

Acompañándolas a la cabaña, Fiona le mostró a Anna los sencillos remedios que había preparado, las hierbas que había recogido y dónde encontrarlas. Cuando Anna preguntaba por otras plantas, Fiona a menudo no lo sabía. Sí sabía que el clan Graham tenía acceso a hierbas que ella no conocía, y sugirió que acudieran al mercado. Ofreció generosamente a Anna cualquier suministro o ayuda que necesitara. Anna hizo lo mismo.

—¿Dónde vais a trabajar, *milady*?

Duncan captó la mirada interrogante de Anna.

—Fuera del torreón por ahora —respondió Duncan—. Veremos qué dice el lord, pero estoy seguro de que puede usar uno de los almacenes del gran salón hasta que los necesite para la cosecha.

Dándole los buenos días a Fiona, Anna y Duncan continuaron su camino y se detuvieron junto al tonelero. Consiguieron una palanquilla de ceniza, que ataron a su caballo. Ella insistió obstinadamente en pagar de su monedero con las pocas monedas que poseía. Siguieron cabalgando y se detuvieron en la tejeduría. Duncan preguntó por el encargo de lanas. Tomarían las medidas

de Anna y empezarían en cuanto él les proporcionara la lana. Montaron de nuevo y emprendieron el regreso hacia la torre.

—Vuestro caballo es muy bonito. ¿Cómo se llama? —Con un poco de temor, Anna invitó a la conversación.

—Se llama Lasair. Me lo regaló el lord Stewart, mi abuelo, cuando me convertí en caballero. Ha sido un compañero fiel.

—Su nombre encaja. Su pelaje es casi rojo como una llama.

«Y casi tan impresionante como su amo».

El calor subió a sus mejillas. Apartó la mirada, sin dar más rienda suelta al pensamiento. Miró a Duncan disimuladamente, sin poder evitar admirar la forma en que se movía al unísono con su montura.

—Duncan, ¿por qué Nessa? ¿Por qué se la llevaron los MacNairn, la hija del lord? —Mientras cepillaba a sus caballos en los establos, recordó la pregunta que la atormentaba desde hacía algún tiempo.

—Es una larga historia. ¿Queréis oírla entera? —Él la miró un momento antes de responder.

Mientras seguía cepillando a Orión, Anna asintió.

—Siempre ha habido rencores entre nuestros clanes, desde hace generaciones, aunque no sé por qué. Normalmente, no son más que simples incursiones de ganado u ovejas. Lo mismo ocurría entre los clanes MacNairn y Stewart. Durante muchos años, tanto nuestro clan como los MacNairn quisieron aliarse con los Stewart para formar una alianza. Los Stewart deseaban permanecer neutrales y no elegir bando. Así se benefician del comercio con ambos.

Anna resopló. Había visto este tipo de maniobras entre señores ingleses en el pasado.

—Cuando el lord MacGregor, mi abuelo, murió inesperadamente, Kenneth, mi padre, se convirtió en señor en su lugar. Poco después, una incursión de los MacNairn en tierras de los Stewart fracasó. Los hombres estaban borrachos y un muchacho fue brutalmente asesinado. El joven era sobrino y ahijado del lord Stewart. Padre aprovechó la situación y negoció con los Stewart la mano de mi madre, formando una fuerte alianza entre nuestros clanes.

—Desde entonces, el lord MacNairn ha buscado vengarse de nosotros. Creemos que robó a Nessa para casarla con su hijo. Hacerlo pondría a mi padre en desventaja en las negociaciones con ellos. Llevársela le impediría comprometerse con otro clan a través de su matrimonio. Si nos viéramos forzados a negociar con ellos, los MacNairn habrían fortalecido su posición mientras debilitaban la nuestra. Nessa habría sido maltratada. El MacNairn es un hombre cruel. —Una mirada dura cruzó su rostro—. Uno de los hombres que matasteis era Adiar MacNairn. Ojalá hubiera sido yo su verdugo. Detuvisteis cualquier posibilidad que tuvieran de forzar un pacto con nosotros. Adiar era el único hijo vivo del lord.

Aunque más brutal, no sonaba muy diferente de las maquinaciones de la nobleza inglesa. El pecho de Anna se apretó al recordar a los hombres que cayeron bajo su arco y espada aquel día. Cogió un cuchillo y levantó la pieza de madera, cortando un trozo en sus manos. Las virutas volaban mientras se preguntaba cuál de las alimañas que había abatido había sido Adiar. Al oír sus intenciones para con Nessa, le volvieron los deseos de matarlos.

—¿Sabe el MacNairn que maté a su hijo? —Su voz retumbó grave, gutural.

—Es una buena pregunta. No estoy seguro de cómo podría saberlo, ya que ninguno de sus atacantes sobrevivió. Padre envió un mensaje claro sobre las consecuencias de robarle a su hija matándolos a todos y dejando sus cuerpos insepultos en el campo para que las bestias y los cuervos carroñeros los devoraran. —Duncan frunció el ceño.

Anna levantó la vista lo suficiente para responder con un gruñido y volvió a trabajar en el tocho. Con cada rizo de madera que caía al suelo, su enfado disminuía. Reflexionó sobre la historia de Duncan y sobre cómo ella encajaba ahora en la historia de su clan, lo deseara o no.

—Me preocupaba cómo una mujer podría lidiar con tener tanta sangre en sus manos. Veo, por la forma en que atacasteis el bosque, que volveríais a hacerlo. En verdad, sois la defensora de Nessa—. Duncan continuó con un tono interrogante.

Anna no apartó la vista de su tarea ni reconoció su declaración.

—Si me disculpáis, tengo otros deberes que atender. Os veré en la cena. —Duncan hizo una leve reverencia y se marchó.

Anna levantó la cabeza y le respondió con el ceño ligeramente fruncido.

«Cómo un hombre pensaba que una mujer sólo podía manejar con eficacia una aguja e hilo o una olla para sopa, y se desmayaba ante la visión de la sangre».

Continuando con su tarea, Anna reflexionó sobre la mañana. Había notado las miradas extrañas de los aldeanos, pero nada que sugiriera hostilidad. Más bien curiosidad. No estaba segura de sí se debía a la declaración del lord o a su escolta. Sin embargo, sabía que todos, especialmente las damas que hilaban la lana, valoraban el interés de Duncan por ella. Como una potra en la cuadra, la habían calificado todo el día. Arrugó el ceño, no le gustaba nada la sensación.

Trabajó hasta conseguir un bastón liso y uniforme del diámetro adecuado. Cuando terminó, la oscuridad se había colado entre los faroles y los establos. Tener una tarea para sus manos dio a su mente la oportunidad de medir sus sentimientos y se sorprendió al descubrir que su ira hacia los MacGregor ya no existía.

«¿Cómo era posible?»

Mairi y Nessa siempre la habían tratado más que amablemente. Duncan, si había que ser justos, también había sido todo lo amable que se podía ser, incluso más esta semana. ¿El lord? Aunque ella discrepaba vehementemente de cómo la había tratado la primera semana, él había mantenido su palabra de acogerla en su familia, de aceptarla como suya.

«¿Podría realmente formar un hogar aquí?»

Anna se dirigió a la torre del homenaje con su nuevo bastón, pensando en ponerlo a prueba a primera hora del día siguiente. El tiempo de práctica a solas le daría más oportunidades para reflexionar sobre su estancia aquí, sobre trabajar como curandera y entrenadora de caballos. Negó con la cabeza. Sin duda necesitaba más tiempo para pensar en sus extraños sentimientos hacia Duncan.

CAPÍTULO 10

Duncan llegó a los establos con las primeras luces del día y se dio cuenta de que faltaba el caballo de Anna. Ensilló el caballo y se dirigió al bosque, consciente de que ella ya había llegado o llegaría pronto. Desmontó en el bosque, ató su caballo a un árbol a varios metros de distancia y se dirigió en silencio al borde del claro. Como sospechaba, ella ya había llegado. Eligió un árbol en las sombras para observar desde la distancia.

Por su parte, Anna desenrolló una cuerda larga y fina de su cintura. Un pequeño cuchillo, o tal vez una punta de lanza, parecía estar atado a la cuerda. Lo que parecía un pequeño trozo de tela roja estaba atado a la base del cuchillo. *Qué extraño*.

Empezó despacio, luego movió la hoja cada vez más rápido. Giró con ella, enrolló la cuerda alrededor de los brazos, la espalda, las piernas. Posteriormente, deshaciendo las envolturas, la lanzó hacia un árbol situado a unos cuatro metros. A Duncan le sorprendió la profundidad con la que la hoja atravesó la madera. No hacía falta mucha imaginación para imaginar lo que esta arma haría a un hombre, incluso contra una armadura.

Tras separar la hoja del árbol, Anna volvió a blandirla con un hábil movimiento, girando y danzando, y salió disparada de nuevo. La tela roja emitió un zumbido al cortar el aire, marcando el punto. Sin el color rojo, le habría sido difícil seguirla.

A veces la pateaba, lanzándola al aire, como a un blanco más bajo, cambiando la trayectoria. Parecía capaz de hacer volar esta arma, alta o baja, delante o detrás de ella, a voluntad y con una precisión asombrosa. Duncan quedó maravillado. Nunca había visto nada igual.

Al cabo de unos minutos, la joven enrolló la cuerda en torno a su cinturón, ocultando la hoja en la cintura de sus pantalones.

«¿Tenía esto en su poder durante todo el cautiverio? La insinuación le estremeció. ¿Qué otras armas tenía escondidas?»

A continuación, cogió el bastón que había tallado el día anterior. Comenzó despacio, como si quisiera familiarizarse con el peso del arma. Pronto empezó a girar y a mover el bastón en

círculos. Sus movimientos eran elegantes, pero para el ojo entrenado de Duncan, generaban un poco de poder. Suficiente para que una mujer derrotara a un hombre.

Saltando y agachándose, Anna golpeaba desde todos los ángulos. Nunca antes se había encontrado con maniobras semejantes en combate. Se había entrenado como guerrero desde que tuvo edad suficiente para sostener una espada de madera. El combate siempre se había desarrollado de forma directa. El combate nunca tuvo la gracia ni la fluidez que observó con Anna. Cambió de táctica, ahora trataba el bastón como una lanza. Tras un largo intervalo con el bastón, hizo una pausa y bebió un trago de su piel de agua.

Los movimientos de la joven hipnotizaron a Duncan. Pensó en sus palabras del día anterior, sobre no poder volver a Inglaterra, a su casa. No quería que se fuera a ninguna parte. Sus planes ciertamente no incluían que ella languideciera en el palacio de algún noble, criando a sus hijos. Una oleada de emociones fuertes lo invadió.

«¿Celos?»

Sí, nada más podía explicar la oleada de pasión que había experimentado estos últimos días. Juró encontrar la manera de ganarse su confianza, su amistad. Entonces tal vez tendría una oportunidad de seducción. Con el daño causado por la desconfianza inicial, tendría que moverse con cuidado. La lentitud le sentaba bien. Le habían enseñado a ser un cazador cuidadoso, dejando que su presa viniera a él. Aunque Anna era una presa más astuta que cualquiera de las que había cazado antes, no dejaba de ser caza.

Tras recuperar el aliento, Anna desenvainó sus dos espadas cortas curvadas y comenzó de nuevo el ejercicio mortal. Las complejidades de su juego de piernas, los ángulos desde los que trabajaba, demostraban un estilo de lucha que Duncan nunca había visto antes. Desde luego, ni inglés ni escocés.

Duncan recordó a los dos MacNairn que ella había derrotado con facilidad con la espada. Recordó sus movimientos oblicuos. Incapaz de contenerse por más tiempo, se levantó y caminó hacia el campo. En realidad, se sentía incapaz de resistirse. Tal vez la

sangre de una *leannan sith* corría realmente por sus venas. Nada de lo que había encontrado le atraía tanto. Y menos una muchacha.

—Me preguntaba cuánto tardaríais en armaros de valor para abandonar las sombras. —Un brillo malvado bailó en sus ojos.

Por supuesto que ella había sentido su presencia. Un guerrero siempre lo sabe.

—No quiero entorpecer vuestra práctica. —Sonrió en respuesta.

—Entonces, si no queréis molestar, ¿participareis?

—Sólo he traído una espada. No tengo ningún bastón conmigo. —No podía confundir su tono desafiante. Su sonrisa torcida se ensanchó.

—Pues entonces, espadas. —Anna se alejó, rodeándolo.

—¿Me dais vuestra palabra de que me perdonareis la vida si me rindo? —Duncan desenvainó lentamente su larga espada.

—Tal vez. —La mirada malvada volvió a sus ojos.

Entre risas, Duncan se puso en guardia. Por su parte, Anna lo rodeó, entrando y saliendo de su alcance, midiendo sus movimientos, tratando de provocar una reacción. Duncan no la complació. Con el tiempo, sus fintas se volvieron más audaces, tratando de atraer a Duncan a un ataque comprometido, sabiendo que había luchado muchas batallas y por lo tanto no sería fácil engañarlo para que bajara la guardia.

«Maldición».

No podía atraerlo para que atacara. Cada vez que Anna le ofrecía una oportunidad, Duncan la rechazaba, manteniendo la guardia alta y una sonrisa molesta en la cara. *Bien*. Empujó un poco más para ver si podía hacer algo más que mantener la espada en alto. Inesperadamente, él atacó cuando ella iniciaba otro avance.

Ligeramente desequilibrada, se recuperó a tiempo para parar el golpe. El tintineo de acero contra acero rompió el silencio del pequeño prado. Anna se giró hacia él, buscando un ángulo desde el cual atacar. No tuvo suerte. Él se anticipó a su movimiento y bloqueó su golpe.

«Así que hay algo más en su habilidad que la consistente guardia que ofrece».

Tras lanzar otro golpe, Anna desistió rápidamente y buscó el otro lado. Para su disgusto, Duncan se anticipó y la contrarrestó de nuevo. ¡Zas! ¿Había delatado su intención de alguna manera? Lo comprendió. La había observado practicar durante algún tiempo antes de unirse a ella. Sabía que no era partidaria de los ataques en línea recta, sino que prefería los ángulos, evitando así un golpe directo que difícilmente podría bloquear debido a su desventaja en fuerza.

Una sonrisa torcida se dibujó en sus labios. Era hora de emplear técnicas que aún no había demostrado. Tambaleándose hacia la izquierda y luego hacia la derecha con fintas, Anna cayó al suelo, rodando junto a Duncan por su izquierda, apareciendo ligeramente detrás de él. Antes de que pudiera ponerse en guardia para defenderse de su inesperada maniobra, le golpeó en la parte posterior de la pierna por encima de la rodilla con una espada y en la parte baja de la espalda con la segunda, girando las hojas en el último momento, golpeando con la parte plana en lugar de con el filo.

Duncan cayó de rodillas como si los golpes hubieran sido propinados correctamente, sorprendido de que le hubiera superado en este asalto. Se enfrentó a ella mientras se levantaba. La sonrisa de suficiencia de Anna reflejaba orgullo y satisfacción. Sus ojos verdes resplandecían de placer, el pecho le pesaba por la falta de aliento, la cara enrojecida por el esfuerzo. Dudaba que hubiera existido una criatura más hermosa en la tierra de Dios. Lo único que Duncan deseaba era estrecharla entre sus brazos y besarla hasta el olvido.

«¡Tiene que ser mía!» El pensamiento era tan poderoso que resonaba en sus huesos. El cazador que había en él sabía que éste era un pequeño paso hacia su objetivo. No debía dejar que su pasión estropeara la caza.

—¿Otra vez, milord? —Se burló de él con un movimiento de cabeza. Podía permitirse ser juguetona, ya que había acertado primero. Riéndose de su burla, él se reincorporó.

Continuaron hasta que ambos se agotaron. Ninguno de los dos recordaba quién había sido el mejor, aunque estuvo cerca. Duncan le tiró su pellejo de agua. Ella inclinó el recipiente hacia

arriba, mostrando la suave piel de su garganta. Una larga y fina cicatriz en su cuello bailaba mientras bebía profundamente. Verla hacer algo tan simple como beber despertó el deseo de Duncan. Luchó contra la visión de tenerla debajo de él, moviéndose mientras luchaban juntos por saciar una sed diferente.

—Gracias. —Le devolvió el pellejo de agua.

Duncan felicitó su propia sensatez al proponer que llevaran a cabo su entrenamiento lejos de los ojos de sus parientes. Difícilmente soportaría ser derrotado, aunque sólo fuera un asalto, por una mujer. Aunque no le importaría ser derrotado ocasionalmente por *su* mujer. Un sentimiento de orgullo se hinchó en su pecho al considerar la posibilidad. Tal vez, tras unas cuantas sesiones más, la llevaría a entrenar con sus hombres y les dejaría ver por sí mismos lo bien que luchaba la muchacha.

Los que cabalgaron con él a buscar a Nessa ya la habían visto en acción dos veces. Al pensarlo, la idea de compartirla en cualquier escenario le provocó un impulso feroz de esconderla de aquellos que pudieran llamar su atención.

—¿Al torreón, *milady*? —Le ofreció las riendas del caballo.

Anna esbozó una sonrisa que le dejó tan sin aliento como el *whisky* más fuerte.

—Como deseéis, señor caballero.

Ninguno de los dos habló durante el corto trayecto de regreso. Duncan pensaba en sus deberes del día, pero su atención volvía una y otra vez a la muchacha que tenía a su lado. Tener una mujer tan fuerte, hermosa y experta en curación sería todo un tesoro. Incluir habilidades de combate que rivalizaran con las suyas sería una bendición. Una pequeña duda en su mente le hizo detenerse y reflexionar.

«¿Me apreciaría ella como a un premio?» Dio rienda suelta a su pensamiento. «¿Qué buscaría Anna en un hombre?»

Fuerza, sin duda. ¿Protección? Ella creía claramente que podía protegerse a sí misma, negándose continuamente a aceptar la idea de que necesitaba eso de un hombre, de él. Su testaruda autosuficiencia seguía siendo una fuente de irritación. No parecía tener ni un ápice de sumisión. Si esperaba a que ella le pidiese protección, tendría que esperar a que toda Escocia se hundiese en

el mar. Las tácticas habituales empleadas para atraer la atención y el corazón de una muchacha resultarían lamentablemente inútiles con ella. No, necesitaba otro enfoque.

—Disfruté nuestro entrenamiento, Duncan.

—Si lo deseáis, podemos reservar tiempo la mayoría de las mañanas para hacerlo.

—Me complacería. —Volvió a mostrarle una sonrisa deslumbrante, y aunque él había experimentado una hacía unos momentos, no estaba más preparado para el efecto de ésta que para el de la primera.

Las mujeres hablaban a menudo de amor y pasión. Podía ver el comienzo de una y sentir ya las llamas de la otra. Para conquistarla, necesitaría más… ¿qué? ¿Qué dijo ella hace unos días en los establos? Quería respeto, que al menos actuaran como si tuvieran honor. Riéndose para sus adentros, pensó que ella no tenía ni idea del respeto que ya le inspiraba.

* * *

Anna reflexionaba sobre lo a gusto que se había sentido con Duncan. Le recordaba a los años que ella y Edrick habían pasado entrenando. Existía la misma intensidad, el mismo fuego competitivo, pero de algún modo parecía diferente. Pensó en las diferencias, perdida en las comparaciones. Tarde, se dio cuenta de que Nessa le hablaba. Le dirigió una sonrisa culpable.

—Lo siento. Estaba distraída.

—Me he dado cuenta de que siempre parecéis preocupada cuando volvéis de pasar tiempo con mi hermano. —Nessa la miró, con una mano en la cadera y una sonrisa burlona en los labios.

—Es porque fue mi enemigo durante muchos días. —Frunció el ceño. El calor se apoderó del rostro de Anna. Quería negarlo, pero sabía que era cierto. Buscó una explicación razonable a la observación de Nessa.

—¿Sigue siendo vuestro enemigo? —Nessa la miró pensativa.

«¿Lo es? No, claramente no. ¿Realmente lo fue alguna vez?»

Anna se dio cuenta de que era mucho más fácil categorizarlo

así cuando no entendía por qué la habían capturado. Ahora era confuso. No sabía cómo dar sentido a lo que él significaba para ella, a cómo se sentía cuando estaba cerca de Duncan. Él la protegía cuando podía y cuidaba de su caballo cuando ella no podía. Le dedicaba tiempo cada día para que conociera su casa, para que se sintiera bienvenida. Se había mostrado comprensivo con su situación. Había sido amable y no parecía importarle demasiado que ella lo superara en el entrenamiento. Anna sonrió. ¿Cuántos hombres podían decir lo mismo? Sabía por experiencia que el orgullo masculino tenía un límite. ¿Si tuviera que clasificarlo? Se dio cuenta de que necesitaba una nueva categoría. Él no encajaba en ninguna de las que ella conocía. Recordando la pregunta de Nessa trajo sus pensamientos de inmediato.

—No, no lo es.

* * *

La emoción creció en Anna cuando Duncan se dirigió a su padre.

—Padre, Anna y yo hemos hablado de cómo podría encontrar un papel en el clan, y queríamos vuestra opinión. —La declaración de Duncan atrajo la atención de todos, incluidos los que estaban al alcance del oído desde las mesas inferiores.

El lord asintió y miró a Anna para continuar.

—Duncan sugirió que podría ayudar en el entrenamiento y cuidado de los caballos en los establos.

—¿Eso es todo? Ese trabajo, aunque inusual para una mujer de noble cuna, no requiere mi permiso. —Las comisuras de los labios del lord se levantaron.

—Duncan también sugirió que me encargara de los casos de curación más graves, en particular los que requieren cirugía. Hemos hablado con Fiona. Ella está ansiosa por renunciar a tales deberes, ya que prefiere sus tareas de partera. —Miró a Duncan en busca de apoyo.

—Si se le permite, Anna necesitaría un lugar para trabajar. He pensado que podría utilizar uno de los almacenes del vestíbulo principal hasta que lo necesite para el otoño.

Al observar los rostros en la mesa, Anna vio que esta petición complacía a todos. Su aprobación la reconfortó.

—Qué excelente sugerencia. —Nessa intervino, mostrando su aprobación—. Me daría la oportunidad de seguir aprendiendo de ella, si me lo permitís, padre.

Anna sonrió, recordando las preguntas mientras Nessa la observaba curar sus propias heridas. Fascinada, había empezado a escribir un diario basado en sus conversaciones, en el que enumeraba varias hierbas, sus usos y dosis. Aprendía rápido y, al parecer, estaba enamorada del tema.

—Vuestra madre y yo hablaremos sobre qué ayuda sería apropiada para una joven doncella. —MacGregor frunció el ceño ante la declaración de Nessa.

Nessa sonrió y asintió obedientemente. Divertida por su intercambio, Anna sabía con certeza que no habría sido tan sumisa con su propio padre.

* * *

Después de que las damas se retiraran de la cena, Duncan se sentó ante el fuego con su padre a beber *whisky* y discutir asuntos del clan. Su padre no parecía estar de humor para hablar, lo que dio a Duncan tiempo para reflexionar sobre sus preguntas y tratar de entender por qué Anna lo tenía tan preocupado.

—Padre, ¿cuáles son vuestros planes para Anna? —Duncan miraba fijamente las llamas, sin estar aún preparado para enfrentarse a la aguda mirada de su padre.

—¿Por qué lo preguntáis? —Kenneth pareció considerar cuidadosamente su pregunta.

—Tomándola como vuestra propia hija, ¿pretendéis formar una alianza con su matrimonio? —Duncan mantuvo el rostro dirigido hacia la chimenea, pero desvió una mirada hacia su padre.

—No. Ella no es de mi sangre. No tengo autoridad para hacerlo a menos que lo pregunte. Aún tiene parientes vivos. Además, ¿la veis casándose contra su voluntad? No le desearía tal destino a ningún hombre. —El borde de la boca del lord se crispó.

—Sí, he pensado lo mismo. —Duncan se revolvió en su silla

y se frotó la nuca.

—¿Ha aceptado quedarse?

—Aún no, pero pienso convencerla. —Las palabras de Duncan sonaban más seguras de lo que él se sentía.

—¿Y cómo pensáis hacerlo? —Kenneth se giró ligeramente hacia él, con una sonrisa abriéndose paso en su boca.

—Pienso tomarla por esposa.

Kenneth echó la cabeza hacia atrás riendo. Inquieto por su reacción, Duncan esperó a que la risa de su padre se calmara.

—¿Creéis que sería una buena esposa? —Duncan miró a su padre, curioso por su respuesta.

—Creo que no hay mucho que la muchacha no pueda hacer. Podría ser vuestra mayor alegría y vuestra mayor frustración. No se someterá fácilmente a ningún hombre. Os sería más fácil luchar contra dragones. —Kenneth se mostró sereno.

—Quizá la clave esté en no buscar su sumisión como si fuera una mujer común. —Duncan frunció el ceño, mirando el contenido de su taza.

—¿Por qué Anna? —El lord estudió el rostro de su hijo durante un momento.

—Es una buena pregunta. La he meditado desde el día en que la vi. Cada día la lista se hace más larga a medida que descubro más de su carácter. Podría nombrar sus virtudes, la mayoría las habéis visto, el resto las habéis oído. Hay algo cuando la miro. Desafía la lógica, o cualquier cosa que haya encontrado antes. —Duncan exhaló profundamente—. No puedo sacarla de mi cabeza. Pienso en su olor, en su sonrisa, en estar cerca de ella todo el tiempo. Me conformo con mirar mientras prepara a su caballo. No sé cómo llamarlo, pero es como una sed intensa. No me canso de contemplarla. —Se recostó en su silla y miró al techo.

—¿La joven siente lo mismo por vos?

—No sé lo que ella siente. —Duncan suspiró y cerró los ojos mientras pensaba cómo abordar ese tema con ella.

—¿Así que ella ya no desea atravesarnos a los dos? —El tono de Kenneth, aunque burlón, tenía algo de sinceridad.

—No. Ya no creo que nos odie, pero tampoco confía en nosotros. —Sacudiendo la cabeza, Duncan abrió los ojos, con los

labios hacia abajo. Se movió en su silla, listo para cambiar de tema —. Hoy hemos entrenado juntos.

Kenneth enarcó la ceja.

—Encontré un lugar apartado para entrenar. Trabajamos con espadas durante muchas rondas. Me superó varias veces, aunque estuvo cerca.

—¿Os venció en combate? —La sonrisa del lord volvió a su sitio.

—Sí, lo hizo, varias veces. —Duncan descubrió que ya no le importaba. Se preguntó si habría algún hombre entre ellos al que ella no pudiera derrotar en una pelea justa. Tal vez Duff—. Me preguntaba qué pensáis de que la traiga a entrenar con los hombres.

—Puede que no os importe que os venza una mujer, pero a muchos hombres sí, tanto si está marcada como guerrera por su clan como si no. —Esto hizo que Kenneth volviera a fruncir el ceño.

—Lo sé, pero tiene mucho que enseñarnos. He aprendido más esta mañana que en mucho tiempo. Sus tácticas contrarrestan las ventajas de la fuerza. Esos métodos serían útiles para los jóvenes y los veteranos. También posee conocimientos sobre armas con las que nunca me había topado.

—¿Le habéis preguntado de dónde ha adquirido tales conocimientos? —El lord arqueó una ceja ante esta observación.

—No. Intento ir despacio. No quiero cuestionar vuestras decisiones, ni discutir de nuevo, pero sus primeros días con nosotros han hecho todo esto más difícil. —Exasperado, extendió las manos—. Estoy trabajando para ganarme su confianza y su amistad. Habló largo y tendido sobre por qué no puede volver a Inglaterra.

—Entonces, ¿queréis una esposa que pueda desafiaros en combate? —El lord gruñó.

—Sí, eso parece. Pero sólo si es Anna. No me importa que no tenga dote. Pero casarme con ella tampoco traería alianza.

—Sois un buen hijo y un buen hombre. A los veinticinco años sabéis bien lo que hacéis. Dentro de unos años yo ocuparé mi lugar en el consejo de ancianos y vosotros os convertiréis en lord.

Es vuestro deber casaros y tener un heredero. En todos estos años aún no he visto vuestra cabeza girar por una muchacha. Esta no sólo os ha hecho voltear la cabeza, sino que os la ha hecho girar sobre los hombros. —Su carcajada provocó que Duncan se retorciera como un niño—. Lo reconozcáis o no, estáis perdidamente enamorado de ella. Vuestra madre y yo estamos de acuerdo en esto y apoyaremos vuestra decisión de casaros con *lady* Anna, aunque no os envidio la tarea.

Duncan respondió con una sonrisa de satisfacción, ocultando su asombrada reacción.

«¿Se había enamorado de ella?»

Se sentaron en silencio, mirando el fuego mientras bebían *whisky*. Un peso oprimía el pecho de Duncan mientras pensaba en su siguiente pregunta.

—Quiero hablar de algo doloroso para ambos, si me lo permitís. —Duncan miró a su padre a los ojos, esperando a que éste asintiera levemente.

—La presencia de Anna me ha perturbado de más formas de las que puedo contar. Cada una parece ser más desafiante que la otra. No entiendo por qué me hace pensar en Callum. Es casi como si se hubiera levantado de la tumba para atormentar mis pensamientos.

Kenneth se puso rígido al escuchar el nombre de su hijo muerto.

—No hablaremos de ello si lo deseáis. —Duncan suspiró.

Un largo silencio se extendió entre ellos.

—La muerte de vuestro hermano nos afectó profundamente a todos, pero a nadie cambió más que a vosotros. Habéis cargado con la culpa, aunque no la tengáis. Después os convertisteis en un muchacho sobrio, con un gran sentido de la responsabilidad. Aunque es un rasgo admirable a una edad temprana, vuestra madre y yo creemos que la pérdida os ha robado la juventud. No puedo pretender saber lo que significa perder a un gemelo. Vosotros dos estabais más unidos que nadie que haya visto. Sólo sé lo que fue perder a un hijo y temía lo que su muerte le haría al que aún me quedaba. —El lord levantó una mano para detener la discusión que Duncan se disponía a montar—. Desarrollasteis una aguda

necesidad de proteger a todos los que os son queridos. Es una característica que os ayudará a convertiros en un lord fuerte. Creo que esta feroz conexión que sentís con Anna, junto con su difícil situación, os llama poderosamente. —Kenneth hizo una pausa y sacudió la cabeza—. Ella ha sufrido una gran pérdida y se encuentra sin rumbo —concluyó—. Esas cosas se combinan para inspirar en vosotros una protección tan fuerte que corréis el riesgo de ahuyentarla. Con ella habéis encontrado un alma gemela, no muy distinta de la que perdisteis. Tal vez *lady* Anna tenga tanto que ofreceros como vosotros a ella.

—Lo siento. —Duncan se levantó y abrazó a su padre.

—Nunca fue vuestra culpa. —Kenneth lo sujetó bruscamente por los hombros, mirándolo a los ojos con una intensidad mesurada.

Duncan se dio la vuelta. Claro que fue culpa suya.

CAPÍTULO 11

Anna sintió la mano de Duncan en el hombro, preguntándole si podía esperar mientras recogía sus armas para salir del campo de prácticas. El ya familiar cosquilleo cálido de su contacto la tentó a distraerse. Para contrarrestar el efecto, le cogió la mano y se colocó al otro lado de su cuerpo, presionando hacia abajo mientras se arrodillaba y se giraba. Tan rápida como un halcón lanzándose a por su presa, su acción pilló desprevenido a Duncan. Este dio una voltereta en el aire y aterrizó de espaldas con un golpe satisfactorio, luchando por recuperar el aliento mientras flotaba como un pez en el agua. Sin poder evitarlo, Anna estalló en carcajadas. Duncan se puso en pie, con los ojos desorbitados.

—¿Cómo lo habéis hecho? —Su respiración se entrecortaba.

—Es fácil. Quizá os lo enseñe algún día. —Contuvo su risa lo suficiente como para responder. Se burló de su acento y le dedicó una sonrisa pícara.

—Anna. Dime, ¿cómo lo habéis hecho? —Duncan la miró incrédulo.

—Os lo enseñaré otro día, si lo deseáis. No es difícil. Pensé que sólo queríais entrenar armas. —Se controló con un suspiro. Caminó hacia su caballo y, mirando por encima del hombro, vaciló ante la intensidad de su mirada.

Duncan acortó la distancia que los separaba y tomó una de sus manos entre las suyas. Le rozó la piel de la palma con el pulgar, provocándole un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. Anna le tomó de la mano con las suyas y se la retorció hacia fuera, haciendo su movimiento de muñeca favorito. Duncan cayó de rodillas inmediatamente, con la cara contorsionada por el dolor.

—¡Por Dios! ¿También estáis entrenada para el combate sin armas?

—Por supuesto. ¿Vosotros no? —Su sonrisa pícara se volvió cruel al escuchar su respuesta. Le soltó la muñeca y dio un paso atrás.

—Anna, soy más alto y peso más que vos. ¿Cómo sois capaz de ponerme de rodillas con tanta facilidad? —Frotándose el brazo mientras se ponía en pie, Duncan la miró con asombro.

—Si lo deseáis, combate sin armas mañana, sir Duncan —respondió ella, subiendo a su caballo. Su tono burlón era claro. Entrenar con Duncan era mucho más agradable que entrenar con su hermano Edrick. Por un lado, no quería matarlo todo el tiempo.

Aunque eran muy competitivos el uno con el otro, Anna se sentía tan protectora con él como Duncan parecía serlo con ella. Ciertamente tenía menos moratones y cicatrices que cuando entrenaba con Edrick, aunque su combate con Duncan era igual de feroz. Y había una sensación extraña cada vez que se acercaban, que se intensificaba con el contacto. No había conocido nada igual y no sabía qué hacer con aquella sensación. Parecía una tontería mencionar algo así a Nessa o a cualquier otra persona. Sin embargo, cada vez que se tocaban, ella deseaba más.

* * *

La primavera dio paso a regañadientes al verano. Anna se reunió con Duncan en los establos temprano, como hacían todas las mañanas. Este día su rostro reflejaba pesar.

—Anna, me disculpo por perderme nuestro combate, pero tengo que reunirme con el herrero.

—No es molestia. Planeaba pasar tiempo con Fiona después de nuestro entrenamiento. —Se encogió de hombros. Lo observó hasta que desapareció de su vista y buscó una forma de pasar el tiempo. Salió del establo, colocó sus armas en su sitio y dejó la armadura en el torreón.

Mientras contemplaba el hermoso día, Anna decidió caminar. Le sentaría bien. Dolorida por el entrenamiento de ayer, necesitaba estirar las piernas. Después de un comienzo doloroso, Duncan por fin había podido derribarla varias veces. Tardó en aprender las sutilezas del desequilibrio antes de un lanzamiento. Duncan le parecía como la mayoría de los hombres, que pensaban que la fuerza física era la respuesta a cualquier obstáculo.

Aunque la gruesa hierba amortiguaba sus aterrizajes, los músculos de Anna protestaban por los repetidos impactos. Recordó la expresión de satisfacción de Duncan cuando por fin la derribó, la de un niño pequeño que aprende un nuevo truco. Una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

Al pasar por delante de la tonelería, vio al hombre trabajando fuera en un nuevo barril. La saludó levantando la herramienta que tenía en la mano. Ella sonrió y le devolvió el saludo. El simple acto de reconocimiento amistoso la hizo sentirse como en casa. El repiqueteo del martillo del herrero en el yunque de fondo acentuaba esa sensación. Entonces, una voz que ya había oído antes le robó la paz.

—Mirad a la zorra inglesa. El lord os ha soltado, ¿verdad?

—Buenos días, Shamus. Veo que estar en casa todo este tiempo no ha cambiado la dulzura de vuestra voz. —Anna no tuvo que verle la cara para saber quién hablaba. Unas risas siguieron a su respuesta mientras seguía caminando.

—¡No os alejéis de mí, puta!

Anna exhaló un suspiro, y con él sus esperanzas de evitar la confrontación. Pensó en las muchas maneras en que podría demostrar su valía a este clan. La que tenía entre manos no estaba entre ellas. Recientemente se había enterado de que su hermano, Alasdair, había encontrado su fin en los colmillos de un jabalí

mientras cazaba.

«¿Acaso no me acusa de la muerte de su hermano como hizo con su anterior herida?» Sacudió la cabeza, recordando la forma en que la había desafiado por el error de su hermano la primera vez que se vieron. Es probable.

—Puede que estéis bajo la protección del lord, pero aun así podríais tener un desafortunado accidente si no tenéis cuidado —gruñó Shamus.

—¿Me estás amenazando, Shamus? Si no me falla la memoria, os dejé inconsciente la última vez que luchamos. Pensaba que habíais aprendido la lección sobre hablar con vuestros superiores. —Se giró hacia él y cerró los puños.

—¡Cómo os atrevéis! —bramó él, dando un paso furioso en su dirección. El rostro de Shamus enrojeció y se tiñó de púrpura.

—Me atrevo porque si me insultáis de nuevo, cobraré la deuda que tenéis conmigo. Esta vez, vuestro lord no podrá salvarte. —Lo miró desafiante, sin moverse un ápice, esperando su reacción.

Rugiendo de ira, Shamus desenvainó la *claymore* que llevaba a la espalda. Ella sabía que la larga espada a dos manos le daba la ventaja del alcance y que ella no sobreviviría ni al más mínimo golpe.

—Creo que añadiré algo a la cicatriz que os hice la última vez que peleamos y terminaré lo que Alain empezó. —Su rostro se distorsionó con malicia.

—Creo que os enviaré a saludar a vuestro hermano. —Desenvainó sus bracamartes gemelos y lo rodeó. Sus palabras sonaron con fuerza, incitándole, como era su intención. Dio un gran golpe, creando un arco de acero destinado a decapitar. Anna levantó la mano y le lanzó un beso.

Aún más enfurecido, Shamus cambió de dirección y bajó la espada en ángulo oblicuo. Anna predijo el arco y rechazó el golpe empujando su espada en la misma dirección que la suya. Su parada hizo que él se tambaleara, ya que su impulso, unido al de ella, llevó su golpe más lejos de lo que pretendía. El tintineo de acero contra acero resonó en la aldea como un trueno. Una multitud se apresuró a rodear a los combatientes, manteniéndose

cautelosamente fuera del alcance de la larga espada.

Shamus respiraba con dificultad mientras Anna esquivaba los golpes y se alejaba bailando ligeramente. Su rostro enrojeció por el esfuerzo o la humillación, ella no lo sabía y no le importaba. Había caído en su trampa tan previsiblemente como cualquier presa ingenua.

—¡Por vos, Alasdair! —rugió Shamus. Levantó la espada y la empujó hacia abajo con gran fuerza, un golpe diseñado para partirla en dos.

La espada de Anna se encontró con la suya, con la empuñadura hacia arriba y la punta hacia abajo. Su hoja rozó la de ella, haciendo saltar chispas. El golpe continuó unos centímetros más allá de ella, clavándose en el suelo con un ruido sordo. Anna golpeó el lado plano de la hoja con la bota. La espada se retorció en sus manos, girando la parte plana de la hoja hacia arriba.

Con la espada de Shamus como rampa, Anna dio un paso rápido sobre ella, acortando la distancia que los separaba. Con las espadas cruzadas frente de sí, una hoja junto a cada oreja, balanceó cada brazo violentamente sobre su cuerpo mientras su voz expresaba toda su rabia. Finalmente, ambas espadas se clavaron profundamente en el cuello de Shamus, y Anna se sentó a horcajadas sobre él mientras se desangraba. Una sacudida espasmódica y el cuerpo de Shamus se paralizó para siempre.

Anna giró la cabeza, buscando entre la multitud, con la sangre de su enemigo salpicada sobre ella.

—¡Soy Anna del clan Elliot! Mi abuelo es lord. Mi clan me ha marcado como guerrera. —Se rasgó la túnica, dejando al descubierto su hombro, cuello y brazo, sus marcas azules visibles para todos.

—Cualquiera que se oponga a mi presencia puede enfrentarse a mí. —Giró lentamente, con mirada desafiante. Vio varias expresiones de incredulidad y más de un asentimiento de aprobación. Su mirada se cruzó con la de Duncan quien llevaba un arco largo con una flecha apuntando al suelo. Le dirigió una mirada feroz y una rápida reverencia, aparentemente complacido por sus acciones. Anna respiró hondo y le devolvió el saludo. Limpió la sangre de sus espadas en el cuerpo sin vida de Shamus,

las envainó y se dirigió hacia la torre del homenaje, con pasos fuertes que hacían eco del golpe furioso de su corazón.

* * *

Duncan apartó su atención del herrero cuando el intercambio verbal de Anna y Shamus resonó en la aldea. Necesitó toda su fuerza de voluntad para apartarse y observar, con los dientes apretados y la sangre palpitándole en las venas, cómo Shamus insultaba y provocaba a Anna. A su favor, ella trató de alejarse. Al darse cuenta de que la pelea era inevitable, Duncan tomó el arco largo del herrero y preparó una flecha por si Shamus parecía tener ventaja.

Duncan había jurado protegerla, aunque ella no lo deseara. No había olvidado sus comentarios mordaces sobre su protección, ni las palabras de su padre en su última conversación. El impulso instintivo de luchar en su lugar resultó casi irresistible. Saber que Anna se enfadaría más con él que con Shamus era lo único que le impedía intervenir. En ese momento, observó a la muchacha que se había acercado a él. Aunque se enfadaba con facilidad, Shamus no era un novato. Anna, quien nunca corrió verdadero peligro, lo sometió a una danza como a una marioneta en el Festival de San Crispín. Ella se movía y paraba, permitiendo que Shamus se comprometiera demasiado y se lastimara. Todo el tiempo, Anna provocaba su ira, incitándole a ser más y más agresivo. Sus golpes le desequilibraban, su rabia le volvía temerario.

Su movimiento final no se parecía a nada que él hubiera visto antes. ¿Correr a lo largo de una espada para asestar el golpe mortal? Era lo que cantaban los bardos. Su grito de guerra y su proclamación le produjeron escalofríos. Su desafío a todo el clan resonaría durante años. Nadie la desafiaría ahora, con la protección del lord o sin ella. Sería tenida en la más alta estima, el hecho de que fuera mujer no importaba. Duncan no podía estar más orgulloso de ella, y se aseguró de que Anna lo notara en sus ojos cuando por fin lo miró.

Lo que comenzó como un temor por su vida terminó en un ardiente sentimiento de admiración y deseo por ella que no podía

comprender. La *conquistaría* o moriría en el intento. Ya no tenía elección. Juró hacer lo que fuera necesario, por mucho tiempo que hiciera falta.

* * *

Anna se encontraba de pie junto al abrevadero de los establos sin recordar con claridad cómo había llegado hasta allí. Miró su túnica, manchada de sangre. Se quitó las espadas envainadas y se inclinó hacia delante, sumergiéndose de la cabeza a la cintura en el agua fría. Se enderezó, sujetándose al borde de la bañera, repitiendo en su mente todo el encuentro con Shamus mientras el agua se escurría.

—Oh, los establos. —La voz de Duncan la sacó de su aturdimiento.

Anna se giró hacia él. Una sonrisa iluminaba su rostro. La alegría se apoderó de ella, consciente de que había provocado su expresión. Su aprobación significaba para ella más de lo que debería. El hecho de haber matado a un hombre hacía unos instantes, y que ahora se sintiera reconfortada por la aprobación de Duncan, provocaba otra batalla en su interior. No tenía derecho a sentir alegría por haberle quitado la vida a otro. Puede que Shamus mereciera morir, pero era un hijo, un hermano, quizás un marido y un padre. Con certeza, un MacGregor.

Duncan cogió un trapo y se lo lanzó. Limpiándose lo que quedaba de sangre y agua, se paseó por los establos, con la lujuria de la batalla corriendo aún por sus venas. Él se apartó de ella, apoyándose en la pared del establo, con los brazos cruzados y una sonrisa de oreja a oreja.

—Duncan —le advirtió—. No es momento de sonreír. He matado a un hombre, a un miembro de vuestro clan. Podría haberme marchado. Debería haberme ido. —La culpa la envolvió con sus pegajosos tentáculos. Seguramente podría haber hecho algo para evitarlo.

—Intentasteis marcharos, pero él no os lo permitió. —La sujetó por los hombros, deteniendo su paso.

—¿Lo habéis visto? —Anna lo miró sorprendida.

—Sí, estaba en casa del herrero. Medio pueblo vio y oyó a Shamus. No os iba a dejar marchar sin luchar. Los hombres que presenciaron su desafío el mes pasado no le han dado ni un momento de paz. Principalmente porque era un necio. Su orgullo herido es la causa de esto. No fue vuestra culpa, Anna. —Le hizo un gesto tranquilizador con la cabeza.

Anna se sintió aliviada. Finalmente, alguien estaba de su lado. Se aferró a Duncan, abrazándolo con todas sus fuerzas. Él correspondió a su ferocidad. Anna se perdió en su olor, en la fuerza de sus brazos, en el tacto de su duro cuerpo. Al cabo de unos instantes, redujeron la fuerza de su abrazo, pero continuaron abrazados, reacios a separarse.

—Estuvisteis magnífica hoy. Muy hermosa. Estoy orgulloso de ser vuestro amigo.

—¿Estuve hermosa? —La voz de Anna sonó con la vacilación de una niña a sus oídos.

—Sí, muchacha, sois lo más bonito que he visto nunca. —Duncan rompió su agarre, colocando sus manos en las mejillas de ella, levantando su rostro para que lo mirara—. No os equivoquéis, hoy os habéis ganado el respeto de todo el clan MacGregor. Llegarán a admiraros y respetaros tanto como yo.

—No lo entiendo. —Soltándolo, dio un paso atrás, sacudiendo la cabeza.

—¿Qué es lo que no entendéis? —Soltó una pequeña carcajada.

—Creéis que soy hermosa, me admiráis y respetáis, os enorgullecéis de ser mi amigo… —Se atrevió a mirarle.

—Sí, así es. Pero no sólo dije que fuerais hermosa. Dije que sois lo más bello que he visto en mi vida. Hay una diferencia. —Duncan se movió para estrechar el espacio entre ellos, pero ella se opuso a su paso. Se detuvo con el ceño fruncido.

Anna cogió sus arreos y su manta, huyendo de la intensidad de las palabras de Duncan. A grandes zancadas hacia el establo de Orión, al cual ensilló.

—¿A dónde vais? —La preocupación en la voz de Duncan sonaba clara.

—Necesito tiempo para pensar. Cabalgaré hasta el lago.

Dadme un par de horas.

—Tomaos todo el tiempo que necesitéis. Estaré esperando vuestro regreso. —Acariciando a Orión en la grupa, le cogió la mano.

Anna forzó una sonrisa mientras montaba y se alejaba.

* * *

—¡¿Que él ha hecho qué?! —La voz de Kenneth retumbó en la habitación. Se levantó de la silla, con las manos cerradas en puños y una expresión que Duncan temía que le provocara una apoplejía—. ¡Mis órdenes fueron *muy* claras! Está bajo mi protección. ¡Nadie debe hacerle daño!

—Deberíais haberla visto. No se parece a nada que haya visto antes. Era un gato jugando con un ratón. Shamus nunca estuvo cerca de asestarle un golpe. Cuando Anna terminó con él, desafió a todo el maldito clan. Preguntó a cualquiera que tuviera un problema con ella que diera un paso al frente. —Duncan observó a su padre pasear por el solar.

El lord se detuvo en seco y giró la cabeza para encontrarse con la mirada de Duncan.

—Por supuesto, ninguno lo hizo. Sin embargo, no estoy seguro de si fue por vuestra orden o por lo que habían presenciado. Todos saben que es la guerrera de Nessa. —Al ver la expresión de su padre, Duncan respondió a la pregunta no formulada.

—¿Dónde está ahora? —El lord respiró hondo y sirvió una jarra de cerveza para cada uno.

—Se sintió culpable por haberlo matado y fue a dar un paseo. Dijo que volvería en dos horas. Pensé que deberíais oírlo de mí primero. —Duncan aceptó la bebida.

—¿Le habéis explicado que no fue culpa suya, que ella no tiene la culpa? ¿Que no habrá repercusiones?

—Sí. Por supuesto que lo hice. —Duncan bebió un trago antes de responder.

—¿Creéis que volverá? —El lord dejó la jarra sobre la mesa, murmurando una sarta de maldiciones.

—En verdad, no lo sé, pero creo que sí. Dijo que lo haría. La

mayoría de sus pertenencias permanecen aquí. Le dije que me reuniría con ella en los establos cuando volviera. Estoy convencido de que no se iría sin despedirse de Nessa y madre. —Él y su padre intercambiaron miradas, con el mismo pensamiento claro en sus mentes.

«¿Cómo demonios se había convertido una noble en una guerrera tan letal?»

CAPÍTULO 12

Anna le dio rienda suelta a Orión mientras corrían hacia el lago. La ráfaga de aire sobre ella y la oleada de fuerza muscular bajo sus pies siempre ayudaban a despejar la confusión. Sin embargo, Anna se encontraba tan perpleja como antes. Ya no se sentía insegura acerca de matar a Shamus. Duncan tenía razón. El hombre no la dejaría escapar. Recordar lo que había dicho *sobre su accidente* la hizo reconocer la verdad de la situación.

«Necio».

Así las cosas, se encontró desquiciada por su conversación con Duncan en los establos. Recordando cada palabra que él había dicho, les dio vueltas en la cabeza, intentando discernir su significado. Para complicarlo aún más, recordó a Nessa e Isla burlándose de ella, diciendo que Duncan la favorecía… y todo el mundo lo sabía menos ella. ¿Cómo podía no saberlo?

«Los hombres no me persiguen. Sólo lo hacen los idiotas que juegan a dominarme, pero sólo por lo que puedan obtener de mí. Ahora no tengo nada».

Duncan sabía que ella no era una mujer sumisa, educada gentilmente. No traía riqueza ni conexiones. La había visto matar a varios hombres, y aun así decía esas cosas. Una pizca de perspicacia asomó. ¿Quizás se sentía así por sus acciones?

«No, no era posible. Los hombres quieren mujeres suaves, coquetas, agradables a la vista. No a mí». Sacudió la cabeza.

Duncan había dicho que ella era lo más hermoso que había visto en su vida. No tenía sentido. Debería volver a los establos y

exigir saber exactamente a qué se refería, exigir conocer sus intenciones. Hizo girar a Orión, enviándolo de vuelta por el sendero. Un escalofrío la recorrió. ¿Y si sus palabras sólo pretendían tranquilizarla? Sabía que estaba disgustada por haber matado a Shamus. Sus acciones eran probablemente las de un hermano mayor que buscaba consolar su agitación.

«¿Temo ser rechazada?»

No se había dado permiso para sentir algo por él. Sin embargo, recordaba haber visto su largo cabello castaño oscuro, sus ojos azul cielo y su cuerpo tosco el día que se conocieron. Nunca antes había sido tan consciente de un hombre. Su presencia, más que nada, la conmovía, algo que no tenía palabras para describir. Ahora lo entendía. De algún modo, había permitido que ese hombre penetrara en su corazón. Sólo ahora sabía cuánto.

«No importa. Es una locura, y no seguiré por este camino. Mantendré mis emociones bajo control». Aplastó la pequeña voz de su interior. «¡NO es demasiado tarde!»

En el establo vio a Duncan, esperando como había prometido. Desmontando a varios metros de distancia, hizo ademán de enfriar a Orión, aún no dispuesta a hablar. Ver al hombre la desconcertó. Las palabras que había formado en su mente ahora estaban enredadas en su lengua. Él le sonrió.

«¡Maldita sea! ¿Cómo puede reducirme a una tonta con cerebro de gallina?»

—¿Os ha sido útil el viaje?

—No mucho. Creo que Orión le sacó más provecho que yo. Llegué a la conclusión de que tenéis razón.

—¿En qué sentido? —Inclinó la cabeza.

—Estabais en lo cierto sobre Shamus. Habría seguido viniendo hasta que yo aceptara luchar. —Le sostuvo la mirada con firmeza, sentimientos antes desconocidos erosionando su control.

—Es la verdad. Siento que sea así, pero ya está hecho. Habéis demostrado vuestra valentía al clan. Ahora seréis completamente aceptada.

—¿Cómo puede ser eso? Era un miembro del clan. Yo soy de las Tierras Bajas, una forastera *inglesa*. —Dijo esto último con un disgusto que se dio cuenta que quería decir.

Su sonrisa favorita regresó, inclinando las comisuras de los expresivos labios de Duncan.

—Todos saben lo que habéis hecho por Nessa e Isla. Creen que es un buen augurio tener a una heroína entre nosotros. Sí, Shamus era un miembro del clan, pero uno que sólo era tolerado. Era un hombre con pocos amigos.

—¿Y su familia? —Esto le recordó la culpa de haberlo matado.

—No, no habrá ninguno que os desafíe. Shamus vivía con su hermano. Ninguno se casó, sobre todo porque ninguna mujer sensata aceptaría a ninguno de los dos. —Duncan sacudió la cabeza y se rio entre dientes.

La idea de que alguna mujer aguantara a Shamus también le hizo sonreír. Su dilema sobre Duncan regresó. Frunció el ceño.

—¿Qué os sigue molestando? —Su tono era suave y bajo.

Anna respiró hondo y se esforzó por responder. No era dueña de sí misma y sus sentimientos se descontrolaban. ¿Cómo podría explicarlo?

—Estoy confundida. —No decía mucho, pero al menos era la verdad.

—¿Puedo ayudaros con vuestra confusión?

—Lo dudo. —Anna lo miró con recelo.

—¿Por qué? —Su ceño se frunció con perplejidad.

—Porque estoy confundida con vos. —La incertidumbre la invadió, con el miedo al rechazo pisándole los talones. Volvió a respirar hondo y se armó de valor antes de responder.

—Ya veo. Entiendo. ¿Qué es lo que os confunde? ¿Abrazarme, mis palabras, o cómo os sentís al respecto? —La comprensión se dibujó en su rostro. Inclinó la cabeza hacia atrás.

—Todo. —Anna mantuvo su atención en el abrazo con Orión, pero su estómago se agitó y su corazón se aceleró, dejándola mareada.

—Bueno, empezad por el abrazo. ¿Cómo os ha hecho sentir?

Su tono seguía siendo tranquilo, como si le hablara a un caballo nervioso. Una buena analogía, dado su actual estado de ánimo y sus ganas de salir corriendo sin más comentarios. ¿Podría arriesgarse a contárselo? Aún no se había reído de ella, ni la había

rechazado. Luchó por decir la verdad.

—Bien. Me he sentido bien. —Con voz de susurro, Anna dejó de fingir que cepillaba a su caballo y miró más allá de él, incapaz de establecer contacto visual.

—¿Puedo intentarlo de nuevo? —Le giró suavemente la barbilla para que mirara hacia él.

Un nudo ardiente en la garganta le impidió responder. Anna asintió. Lentamente, le rodeó la cintura con los brazos y la abrazó. Anna se estremeció. Cuando su calor la envolvió, se ablandó y correspondió al abrazo. Duncan olía a cuero, a caballo y a algo único en él. Su aliento en la oreja le provocó una oleada de escalofríos mientras le acariciaba el cabello. Apoyó la mejilla en su hombro y se relajó en sus brazos, con los ojos cerrados.

—¿Cómo os sentís?

—Bien —susurró Anna y suspiró, considerando su pregunta. ¿Qué se siente? Bien parecía una respuesta inadecuada. Buscó una respuesta mejor—. Me siento segura, contenta.

Duncan movió una de sus manos y le acarició la nuca. Frotó sus músculos, aliviando su tensión. Trazó los surcos de sus hombros y brazos, expuestos por el desgarro de su túnica.

—¿Qué tal si os digo que me parecéis increíblemente hermosa y que estoy orgulloso de que seáis mi amiga?

—Aparte de mi padre, nadie me ha dicho nunca que soy hermosa. No creo que sea verdad. Todos los padres piensan que su hija es hermosa. El hecho de que estéis orgullosos de mí y me consideréis una amiga me provoca una fuerte emoción, una que no estoy segura de poder nombrar. Hace tiempo que me siento completamente sola. —Mordiendo su labio inferior, Anna consideró esto más arriesgado que el abrazo. Sin embargo, encontró valor en su abrazo. El nudo en su garganta creció y las lágrimas amenazaron con escaparse.

—Lo veáis o no, sois hermosa. Estaré encantado de recordároslo a diario. Ya no estáis sola, Anna. Ahora sois parte de nosotros. Tenéis un nuevo hogar, un nuevo clan.

La aprensión que le quedaba se evaporó con sus suaves palabras. Anna se derritió entre sus brazos y se acercó a él. Se deleitó con su calor mientras se apretaban de la rodilla al hombro.

Anna sintió los latidos del corazón de él tan claramente como los suyos propios. Ambos se aceleraron. La mano de Duncan subió y le acarició el cuero cabelludo, alisándole el cabello. Ahora comprendía cómo se sentía su vieja gata cuando acariciaba su pelaje. Si pudiera, ronronearía tan fuerte como el gato tuerto del establo.

Duncan la soltó lentamente. El frío sustituyó al calor de su cuerpo y surgió el impulso de volver a tocarlo. Colocó las manos a ambos lados de su rostro, atrayendo los ojos de ella hacia su mirada. Ella se tambaleó, aún confusa por las emociones que se arremolinaban en su interior.

—Duncan, ¿qué significa esto? ¿Por qué me siento así? —Se sentía tan estúpida, tan ignorante. ¿Cómo podía no saber más sobre esta parte de la vida?

—Significa, mi dulce Anna, que me he ofrecido a cortejaros, y habéis dicho que sí. —Sus ojos brillaban con algo que ella no reconocía.

—¿Eso significa? —Inclinó la cabeza.

—¿No os parece que es así? —Sonrió cálidamente.

Anna buscaba una respuesta. Pensó en cómo se había sentido las dos veces que la había abrazado, en lo mucho que había disfrutado a su lado. Pensó en las palabras que le había dicho antes. La consideraba hermosa, estaba orgulloso de ella.

—Sí, así es. ¿Qué pasará después?

—¿Cómo podéis saber tantas cosas y no saber nada de esto? —Sonrió suavemente.

El calor le subió por el cuello y le recorrió las mejillas. Cohibida, agachó la cabeza.

—Por favor, no os avergoncéis. No pretendía ofenderos. Quiero decir que sois muy inocente en este sentido. Me cuesta creer que por fin haya encontrado un tema en el que pueda enseñaros algo. —Levantó suavemente su barbilla—. El siguiente paso será que pasemos tiempo juntos, conociéndonos más, ganando confianza, haciéndonos mejores amigos.

—Pero Duncan, ya pasamos tiempo juntos cada día. —Sus cejas se fruncieron.

—Sí, seguiremos haciéndolo, pero ahora podemos añadir

cercanía a vuestro tiempo juntos, si lo deseáis.

Anna consideró su respuesta, decidiendo que le gustaba.

—Además, compartiremos besos.

El revoloteo en el estómago de Anna aumentó con algo parecido al miedo.

—¿Nunca habéis besado a un hombre? —Una ceja se arqueó.

La vergüenza regresó de improviso. Incapaz de hablar, Anna negó con la cabeza. La mirada de Duncan se posó en su boca. La lengua de Anna humedeció sus labios con anticipación.

Duncan bajó lentamente el rostro y rozó suavemente sus labios con los de ella. La sensación fue exquisita. El calor se extendió por su cuerpo, ahuyentando sus temores. Se levantó sobre las puntas de los pies para ir a su encuentro, cambiando el suave contacto por algo más firme, más excitante. Todo sentido de sí misma huyó ante esta nueva conciencia. Sintió hambre y supo que Duncan podía satisfacerla. Con desesperación, sus manos se aferraron firmemente a su nuca, atrayéndolo contra sí.

Duncan respondió a su atrevimiento. Su mano se deslizó hasta la parte baja de su espalda, apretándola contra él, curvando su cuerpo alrededor de su cuerpo. Anna se quedó sin aliento y separó los labios. El aliento y la lengua de Duncan la empujaron aún más y un gemido escapó de su garganta. Duncan jugueteó con sus labios, mordisqueándolos y tirando de ellos con suavidad, dibujando líneas con la lengua antes de introducirse en su boca para profundizar más el contacto.

Sabía maravilloso, salvaje, embriagador. Tentativamente, Anna imitó sus movimientos. Con cada movimiento de sus lenguas, el beso se hacía más profundo. Anna se separó, sin poder respirar. Se quedó en sus brazos, aturdida, jadeando.

Duncan puso distancia entre ellos. Sus ojos brillaban y ella notó que él estaba tan sin aliento como ella.

—Duncan, ¿qué *fue* eso?

Volvió a envolverla en sus brazos. Anna se deleitó con la sensación. Apretó los labios contra su cabello, por encima de la oreja.

—Eso, mi dulce Anna, fue pasión. Debería haber adivinado que os acercaríais a los besos con el mismo fervor con el que os

acercáis a todo lo demás.

—¿Eso es bueno o malo? —Inclinó la cabeza hacia atrás para ver su expresión.

El rumor de una leve carcajada en su pecho le acarició los pezones.

—Es muy bueno. Sin embargo, debemos tener cuidado.

«¿Tener cuidado? ¿Qué quería decir?» Se dio cuenta. Ella miró hacia abajo, viendo lo que había sentido de él.

—Si hubiéramos continuado, ¿nos habríamos apareado? —Habiendo crecido rodeada de caballos, sabía lo suficiente sobre la naturaleza como para entender lo básico de esta parte. Además, los hombres de su padre no habían censurado sus historias si pensaban que ella estaba fuera del alcance de sus oídos.

—No os permitiría llegar tan lejos. No soy quien para hacer caer a una muchacha en los establos. Sois una noble, y así os trataré. Deseo cortejaros, no aprovecharme de vuestra inocencia. Vuestra respuesta fue maravillosa, pero… inesperada. Casi creí que me golpearíais. —Su expresión cambió a una seria. Volvió a reírse—. Prometo tener más cuidado la próxima vez.

A Anna le gustó la idea de la próxima vez. Echó un vistazo al exterior y se fijó en la posición del sol en el cielo. La mañana había dado paso a la tarde. Después de unas horas difíciles, Anna se sentía emocionalmente agotada.

—Mi madre quería que os recordase que pasaréis la tarde con ella. —Duncan se aclaró la garganta.

Anna lo había olvidado.

—Ella sabe lo de esta mañana. Dijo que os esperaría en el gran salón, que no os preocuparais por llegar tarde.

* * *

Aún aturdida por los besos de Duncan, Anna se dirigió a la habitación de Nessa. Se lavó y se cambió la ropa desgarrada y manchada de sangre. Bajó las escaleras y buscó a *lady* MacGregor. Mairi se levantó de una silla frente a la chimenea principal, con una mirada de preocupación en los ojos, y se acercó a Anna para abrazarla.

—Anna, me he enterado de lo de hoy. ¿Estáis bien?

—Sospecho que estaré bien. —No lo estaba, pero no por lo que Mairi pensaba.

—Venid, caminemos. —Mairi tomó la mano de Anna.

Caminaron por el sendero hasta llegar al banco del jardín. Mairi palmeó el asiento, invitando a Anna a sentarse.

—No pretendo saber lo que es quitar una vida, pero os escucharé si queréis hablar de ello.

Anna sonrió, consciente de que intentaba ofrecer consuelo a su manera. Matar a Shamus no era lo que la perturbaba. Es cierto que quitar cualquier vida era terrible, pero ella ya no tenía un sentimiento de culpa por Shamus.

—No, no tengo necesidad de hablar de esta mañana.

Una expresión de alivio inundó el rostro de Mairi. La sonrisa de Anna se desvaneció. Si Mairi supiera de qué quería hablar, tal vez preferiría hablar de matar.

«¿Cómo puedo preguntarle a Mairi sobre esto? ¿A la propia madre de Duncan?» La sola idea paralizaba su lengua, pero su ignorancia la obligaba a buscar información.

Ya había decidido que Nessa era una fuente inapropiada. A los quince años, cualquier cosa que supiera, probablemente no debería. Además, no estaba preparada para enfrentarse a las miradas de «te lo dije» que tendría que soportar si Nessa se enteraba. Podía hablar con Mairi o continuar en la oscuridad. Para alguien que perseguía el conocimiento con ahínco, ser completamente tonta en este tema resultaba intolerable, sobre todo porque tenía un efecto tan poderoso sobre ella. Decidió tragarse su orgullo.

—Hay otro asunto. Algo que me da mucha vergüenza admitir que no entiendo. —Respirando hondo, y continuó.

—Por supuesto, querida. ¿En qué puedo ayudaros? —Una expresión suave reflejaba el tono curioso y comprensivo de Mairi.

—¿Recordáis haberme preguntado que no pensara en vosotros como *lady* MacGregor durante estos momentos, sino como mi querida tía? —Anna cerró los ojos y se serenó.

—Sí, por supuesto. Podéis preguntarme lo que queráis. —

Mairi apretó la mano de Anna.

—Temo que lo que deseo hablar pueda provocar convulsiones a mi tía favorita. —Anna la miró con aprensión.

—Probadme. —Mairi enarcó una ceja, esbozando una sonrisa socarrona ante su predicción.

—Habladme acerca de la pasión entre un hombre y una mujer. —Forzando la respiración, Anna lanzó su primera pregunta. Observó atentamente el rostro de Mairi en busca de signos de su reacción.

Las comisuras de los labios de Mairi se inclinaron aún más.

—La pasión es una de las fuerzas más poderosas de la naturaleza. Puede anular el buen juicio y ha sido la perdición de hombres y mujeres de bien. Sin embargo, también es uno de los mayores dones que un hombre y una mujer pueden compartir. ¿Habéis experimentado esto antes? —Parecía sorprendida.

—No —susurró Anna, con un calor que se extendía por su rostro.

Mairi le dirigió la misma mirada de incredulidad que su hija le había dirigido unos días antes.

—En mi vida, los hombres han sido enemigos o aliados. Enemigos como los nobles vecinos, a los que sólo les interesaba que diera a luz a sus hijos, o enemigos que han querido matarme. Los aliados han sido la familia, el clan o los compañeros de guerra. Nunca he tenido otro tipo de relación con un hombre. —Anna sintió la necesidad de explicarse una vez más. Por su parte, Mairi se retorció en el asiento y miró directamente a Anna—. Algunos hijos de nobles intentaron cortejarme en el pasado. Los rechacé. Todos ellos eran tontos egoístas y ávidos de poder. Sólo querían una esposa que se quedara en casa, que produjera sus herederos mientras ellos continuaban sus devaneos en la corte. Les importaba más la cantidad de mi dote que yo. Yo no aceptaría una vida así. Convertirme en nada más que una sirvienta bien cuidada y una yegua de cría, prohibida de hacer las cosas que disfruto, y de la que se espera que sea obediente a los caprichos del hombre que me posee. El resto me veía como un juguete para su entretenimiento. ¿Cómo puede alguien con una pizca de orgullo aceptar una propuesta tan onerosa?

—Ya lo creo. Seguro que no todos eran tan desagradables. —Los ojos de Mairi se abrieron con simpatía.

—A la mayoría los desanimó de inmediato mi aspecto, mi comportamiento y mi linaje. Soy demasiado alta, demasiado fuerte y tengo demasiadas cicatrices. Ayudé a administrar las propiedades de mi padre y sé más de agricultura y ganadería que de costura o cocina. Mi sangre escocesa pesó ciertamente en mi contra. Allí es tan popular ser escocés como aquí ser inglés. Las pocas veces que asistí a la corte o a eventos sociales, mi lengua afilada y mis opiniones hicieron el trabajo de alejar a la mayoría de los pretendientes potenciales. Me veían como una machona desenfrenada, que no merecía la pena, independientemente de mi dote. —Anna asintió enérgicamente con la cabeza y sonrió al recordarlo.

—¿Así que vuestro padre no os obligó a casaros?

Anna recordó a su padre, lo inusual hubiera sido que él no fuera así.

—No, creo que comprendió cuánto aborrecía yo la idea de un compromiso forzado, y qué clase de problemas causaría. Debido a mi reputación, me convertí en el blanco de las burlas entre mis compañeros. Por estas razones, dejé de asistir a actos sociales. Me pareció un alivio, ya que no tenía ningún deseo de participar en sus juegos. Tampoco me atraían sus estilos de vida excesivamente indulgentes. Poco después, todo interés por mí se desvaneció. Toda la nobleza inglesa me parece repugnante. Que quemaran mi casa y masacraran a mi familia por orden de uno de ellos sólo profundiza mi creencia.

—Pero recientemente, ¿habéis experimentado la pasión?

—Sí. —Anna bajó los ojos, sonriendo ampliamente.

—¿Qué queréis saber?

—¿Cómo puede esta emoción hacer huir completamente a la razón? No existía nada más que él y yo. Aunque bastante desconcertante, fue una posesión de lo más maravillosa.

—Sí, suena a pasión. —Mairi le dedicó a Anna una sonrisa cómplice, reforzando su confianza.

—¿Cómo debo proceder? ¿Cómo puedo saber que las decisiones que tome con respecto a este hombre no se verán

empañadas por estas emociones desbordantes?

—Tiempo. Se necesita tiempo para ver con claridad. —Mairi acarició la mano de Anna.

—¿Cuánto tiempo habéis tardado con lord MacGregor?

Una fina sonrisa sin gracia apareció en los labios de Mairi y Anna se arrepintió de inmediato de haber preguntado aquello.

—Lo siento, no pretendía entrometerme.

—No, no, está bien. Mi matrimonio con Kenneth MacGregor fue arreglado. Como sabéis, soy originaria del clan Stewart. Nuestro matrimonio creó una alianza entre nuestros pueblos donde antes sólo existía neutralidad. Conocí a Kenneth de lejos, con tiempo para desarrollar nada más que un amistoso conocimiento antes de casarnos. —Mairi hizo un gesto con la mano. Debió de leer la expresión del rostro de Anna. Un matrimonio forzado era su peor pesadilla, un hecho que había expresado irreflexivamente hacía tan sólo unos instantes. Mairi le estrechó la mano y sonrió.

—Al principio fue difícil, pero hemos hecho una buena pareja. Hemos forjado el amor donde no lo había. La pasión ha desempeñado un papel importante. El matrimonio ha sido duro, pero no podría haber pedido un marido mejor. Creo que él me considera una buena esposa.

Se sentaron en silencio mientras Anna meditaba sus palabras.

—La pasión es un buen punto de partida, pero debe haber confianza, respeto mutuo y cariño para que el amor eche raíces. A menudo es más un acto de voluntad que un sentimiento que revolotea en el estómago. —Mairi se inclinó en el banco.

Anna asintió, sin estar segura de entender.

—Los hombres suelen ser criaturas obstinadas y orgullosas, que creen que el mundo debe plegarse a sus órdenes. Tenemos que dejar de lado esta parte si queremos amarlos. De lo contrario, probablemente acabaríamos matándolos. —Mairi soltó una risita. Anna se rio también.

—Entonces, ¿conozco a este valiente zagal vuestro? —Mairi apartó un mechón de cabello del rostro de Anna. La miró con picardía.

—¡*Tía Mairi*, sois tan mala como vuestra hija!

—¿Me consideráis lo bastante buena para vuestro hijo? —Se

rieron hasta las lágrimas. Un pensamiento sombrío acabó pronto con la alegría de Anna. Desvió la mirada.

—Si no supiera más que el hecho de que habéis arriesgado vuestra vida contra seis hombres para salvar a dos muchachas inocentes, sabría lo suficiente para decir que sí. Haberos conocido estas últimas semanas no ha hecho más que aumentar mi afecto por vos. Como hija de un barón y nieta de un lord, sois de sangre noble y un buen partido para Duncan. —Mairi estrechó a Anna entre sus brazos.

—¿Incluso sin tierras ni dote?

—Mirad a vuestro alrededor. ¿Los MacGregor necesitan más riqueza? Como madre, preferiría ver a mi hijo feliz que unido en un matrimonio sin amor solo por más tierras o monedas. —Mairi movió la mano en un semicírculo.

—Gracias. —Anna besó su mejilla.

—Tenéis ventaja, por supuesto. Si alguna vez mi hijo se comporta de una manera que no sea caballerosa, decídmelo. Su padre y yo nos encargaremos de él.

—Creo que puedo con vuestro hijo, Mairi. —Anna sonrió ante la imagen.

CAPÍTULO 13

—Esposo, Duncan y Anna proponen un viaje al mercado de Graham en busca de provisiones. He avisado a los que quieran ofrecer mercancías en venta o trueque. —Anna captó el guiño de Mairi mientras llenaba de cerveza la copa de Kenneth.

—¿A quién pensáis llevar? —El lord arrancó un trozo de pan y se volvió hacia Duncan.

—Pensé en Liam y Rory en una carreta, Donnan y Ross para la otra. Malcolm e Ian más Anna y yo deberíamos ser suficientes.

—Muy bien. ¿Cuándo os marcháis?

—Tal vez en cinco días. ¿Os parece bien?

—Sí. A ver si tienen algo del vino que trajisteis el último viaje. —El lord asintió mientras cogía otro trozo de carne de

venado de la bandeja.

Mientras continuaba la discusión sobre el viaje, Anna se dio cuenta de que era más consciente de Duncan que nunca. La disposición actual de los asientos siempre ponía a Anna más lejos de él. Su mirada lo buscaba con frecuencia y a menudo lo sorprendía mirándola. Sentía el recuerdo de sus labios sobre los suyos y ansiaba volver a sentirlos. Vio la sonrisa serena de *lady* MacGregor y el ceño medio fruncido del lord, y se sonrojó al pensar que entendían las miradas compartidas entre ella y Duncan. Nessa parloteaba, ajena a las acciones de los que la rodeaban.

—¿Alguien me ha oído? —preguntó Nessa, impaciente, con la mano en la cadera mientras miraba fijamente a Anna y Duncan. Los dos intercambiaron miradas rápidas y Mairi sonrió con indulgencia. El lord negó con la cabeza y pidió más cerveza.

—Quiero saber si Anna puede traer terciopelo para hacer vestidos nuevos.

—Por supuesto, Nessa. Estaré encantada de comprar la tela que necesitéis. —Con una última mirada a Duncan, desvió su atención mientras Nessa discutía varios estilos de vestidos.

Después de la comida, se levantaron de la mesa. En lugar de reunirse con su padre en el hogar, Duncan charlaba con las mujeres. Mairi sonreía ante su comportamiento, mientras que Nessa lo miraba como si le hubiera crecido una cabeza más. Aunque no sabía por qué permanecía cerca de ellas, Anna se alegró de pasar más tiempo en su presencia.

—Anna, ¿os gustaría dar un paseo? —Tan pronto como Mairi se excusó para retirarse por la noche, Duncan habló.

Nessa giró la cabeza, esperando oír la respuesta de Anna.

—Sí, me gustaría.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Nessa, iluminando sus facciones con alegría. Anna se ruborizó ante su reacción. Aceptó el brazo que Duncan le ofrecía y salieron por la puerta. Mientras caminaban hacia los jardines de la torre del homenaje, Duncan se llevó la mano de Anna a los labios y le besó los dedos con su aliento cálido. La luz de la luna se filtraba entre las nubes, bañando su camino de luz plateada.

Al detenerse bajo un gran roble, Duncan se apoyó en el

tronco y abrazó a Anna. La joven apoyó las manos en su pecho y apoyó la mejilla en su hombro. Respiró hondo y saboreó su tacto y su aroma. Ya no olía a caballo ni a cuero. El embriagador aroma masculino que sólo a él pertenecía llenó sus sentidos. Permanecieron varios minutos en silencio, absorbiendo la presencia del otro.

—Esta noche estáis menos confundida.

—Sí. Esta tarde he discutido con mi tía favorita. —Se alegró de que notara la diferencia.

Retrocediendo un poco, Duncan frunció el ceño, esperando el resto.

—Vuestra madre ha pedido ser mi consejera. —Anna vio la pregunta en su rostro. Con una sonrisa, apoyó la cabeza en su hombro.

—Debe de haber sido difícil. —Su cuerpo se estremeció con una leve carcajada.

—¿Qué otra opción tengo? No he experimentado nada como esto antes y me niego a permanecer en la oscuridad. —Se encogió de hombros.

—Me alegro de que tengáis a alguien con quien hablar. No puedo imaginar lo que ha sido para vos no tener una mujer mayor en quien confiar todos estos años.

La voz de Duncan retumbó en su pecho y la vibración la incitó a acercarse.

—Vuestra madre ha sido maravillosa. Necesitaba asegurarme de que me aprobaba. Quiero entender lo que me pasa y poner de mi parte…

—¿Hacer vuestra parte? —Duncan esperó a que terminara su pensamiento. No lo hizo. Reafirmó su abrazo, incitándola a explicarse.

—Hacer mi parte si decidís quedaros conmigo. —No respondió de inmediato. Sus pulmones se llenaron profundamente antes de exhalar con fuerza.

Duncan no podía creer lo que oía. ¿Buscaba información de su propia madre para entender mejor cómo convertirse en su qué? ¿Su amiga, su amante, su amante? No, no podía deshonrarla usándola de esa manera. Sabía que ya habían progresado mucho

más allá del compañerismo, más allá de la amistad. Su intención era el matrimonio. Colocando las manos a ambos lados de su cara, la miró. La confesión de Anna mereció una respuesta por su parte.

—He sentido esta atracción desde el primer día que os vi. Pensé que era simplemente deseo, como cuando un hombre ve a una muchacha que le agrada. He aprendido que lo que siento por vos va más allá del simple deseo. Nunca antes había querido cortejar a nadie. También es nuevo para mí.

—Me preguntaba si… —Su sonrisa se ensanchó.

—¿Qué ocurre, mi Anna? —Encontrando su mirada, él reflejó su sonrisa.

—¿Podríamos besarnos de nuevo? Prometo tener más cuidado esta vez.

Antes de que pudiera responder, Anna le rodeó el cuello con ambas manos y atrajo su boca hacia la suya. Aunque sabía mejor lo que le esperaba esta vez, se sintió cautivada tan rápida y profundamente como antes. Lo besó, hambrienta, saboreando su sabor. ¿Cómo era posible desear a alguien con tanta intensidad?

Anna se amoldó a su cuerpo, necesitando acercarse más. El calor se extendió por ella, estimulando cada nervio. Sus manos se adentraron bajo la túnica hasta la espalda de Duncan, ansiando el contacto con su piel. Se deleitó recorriendo con las manos los músculos esculpidos que se estremecían bajo su contacto. Saber que le afectaba tanto le daba fuerzas. Las manos del noble hacían lo mismo con ella, acelerando su ritmo cardíaco y su respiración. Con cada caricia, encendía pequeños fuegos en su piel. No era suficiente. Necesitaba sus manos por todas partes, deseaba el contacto piel con piel.

—¡Demonios, mujer! Vais a acabar conmigo. —Duncan rompió el contacto, murmurando un juramento en voz baja.

—Sí, será una muerte dulce, sin duda —respondió Anna, imitando su resoplido. Lo miró fijamente. Ambos sin aliento, se tambaleaban al borde del control.

—No hay duda —volvió a estrecharla entre sus brazos, y ella sintió que sus labios sonreían cuando le besó la frente y le susurró.

Sumida en el atontamiento, se apoyó en él mientras la acompañaba de vuelta al torreón. Su beso de despedida fue tan

suave como la caída de los copos de nieve. Lo que le faltaba de ardor lo compensaba con ternura. Anna subió tambaleándose, aferrándose a la barandilla de cuerda de la pared. Nessa la emboscó en cuanto abrió la puerta.

—¡Lo sabía! ¡Duncan y vos! —Nessa bailaba de emoción.

Anna se dio cuenta de que no podría negarlo. Sabía que tenía que parecer diferente. Sus mejillas se calentaron al recordar su pasión, y sus labios se sintieron hinchados por los besos. Se limitó a sonreír a Nessa, recordando sus burlas de hacía unas semanas. ¿Sólo semanas? Parecía mucho más tiempo. Anna se sentó con calma y se preparó para acostarse. Nessa la siguió.

—Tenéis que contármelo.

—¿A qué os referís? —esbozó perezosamente, con la voz más inocente que pudo reunir. Anna ignoró su súplica, negándose a mirarla.

Con un chillido de indignación, Nessa se lanzó sobre Anna, cogiéndola desprevenida y haciéndolas caer a ambas sobre la cama. Lo absurdo de su comportamiento provocó en Anna carcajadas descontroladas. Incapaz de resistirse, Nessa siguió su ejemplo, y se encontraron entrelazadas en un ataque de histeria incontenida. Cuando el júbilo cesó, Anna se puso en pie y volvió a vestirse para ir a la cama.

—Contadme. —El quejido en la voz de Nessa amenazó con arrancar de nuevo las carcajadas.

—¿Contaros qué, Nessa?

—¿Estáis cortejando? ¿Lo amáis? ¿Significa esto que os quedaréis para siempre? ¿Pensáis casaros? ¿Cuándo me convertiré en tía? —Impaciente, Nessa resopló y soltó una retahíla de preguntas.

Anna se dejó caer en la cama, aturdida por la franqueza de las preguntas de Nessa. Aún buscaba orientarse, no aclararle las cosas a su entrometida hermana adoptiva. ¿Amor? No estaba segura de lo que era el amor. Al menos no entre un hombre y una mujer. Mairi decía que el amor necesitaba pasión, confianza, respeto y cariño para formarse. Ellos tenían todos esos elementos, así que tal vez el amor se desarrollaría. Era demasiado nuevo para ella, demasiado pronto en su relación para decir que era amor. En

cuanto al resto, no podía pensar con tanta antelación.

Volviéndose por fin hacia el rostro ansioso de Nessa, Anna respondió con cuidado.

—Sí, estamos cortejándonos. Me lo ha pedido hoy, así que no os has perdido nada. Es demasiado pronto para hablar de amor, pero vuestro hermano me importa. Hay algo poderoso entre nosotros. En cuanto al resto, sólo el tiempo lo dirá.

—¡Seremos hermanas de verdad! Ha sido mi mayor deseo. —Juntando sus manos a ambos lados de la cara de Anna, Nessa le dedicó una sonrisa eufórica. Incapaz de contener su alegría, Nessa se metió bajo la ropa de cama con Anna, ensalzando las virtudes del amor hasta que ambas se durmieron.

* * *

Los días siguientes pasaron volando. Cada mañana entrenaba con Duncan en combate armado y desarmado. Él comprendía la lógica de cada técnica y elogiaba sus habilidades. A menudo, sus combates desembocaban en besos y abrazos acalorados. A ella le gustaban tanto o más que los combates.

La predicción de Duncan de que se había ganado al clan MacGregor resultó acertada. Enderezar huesos, suturar cortes, curar quemaduras, calmar fiebres y tratar otros males mantenían a Anna ocupada durante varias horas la mayoría de las tardes.

El lord permitió a regañadientes que Nessa ayudara a Anna en la mayoría de los casos, después de que Anna sugiriera que la futura esposa de un lord, experta en curar enfermos y heridos, sería muy apreciada. Nessa, que no se amilanaba ante la visión de la sangre, mostraba signos de un verdadero don, y su naturaleza amable y gentil tranquilizaba a la gente.

La gratitud de las personas a las que Anna asistía le alegraba el corazón. Había rechazado un cerdo, sacos de grano y algunas verduras que no reconocía como pago por sus servicios. Duncan explicó a todos que el lord la mantenía y que, a su vez, sus servicios formaban parte de los cuidados que él les prestaba. Nunca antes había recibido una compensación por hacer lo que ella consideraba caridad cristiana, y se sentía incómoda haciéndolo

ahora.

A pesar de las palabras del lord, Anna se dio cuenta de que sus cosas favoritas seguían apareciendo de forma anónima. La mermelada que tanto le gustaba en el desayuno parecía estar siempre en la mesa. Se servían regularmente hogazas del pan oscuro y dulce con nueces y bayas que tanto apreciaba. Apareció una provisión interminable de jabón de lavanda para su baño. Dos túnicas más gruesas y un nuevo par de calzones de piel de ciervo llegaron a sus manos. Anna nunca supo quién era el responsable de estas cosas, pero su corazón se llenaba cada vez que las veía.

El lord puso límites al tipo de casos que atendía Nessa. Una vez más, Anna se sorprendió por la falta de protesta de la muchacha. También la hizo sentirse culpable por no haber sido una hija tan obediente como Nessa. Ver a padre e hija juntos hizo que Anna comprendiera la profundidad del amor que su propio padre había poseído para permitir que su única hija persiguiera los intereses poco convencionales que ella tenía.

Isla también asistió. Ella y Nessa llevaban un registro de los tratamientos, anotando los detalles de cada caso. Anna aprovechaba la ocasión para enseñar latín, inglés y matemáticas a las niñas. Tenían varios remedios catalogados en otro libro.

Aunque Nessa era reacia a la acupuntura, Isla permitía que Anna la tratara, ya que sufría dolores fuertes la semana anterior a sus cursos mensuales. Esto, junto con un té de hierbas, alivió considerablemente su sufrimiento.

Dos días después de la primera sesión de Isla, Anna recibió peticiones de varias mujeres del pueblo para el mismo té. Algunas incluso aceptaron la acupuntura. Aunque había previsto curar heridas y enfermedades más graves, experimentó la satisfacción de saber que había reconfortado a otras mujeres.

Anna apreciaba el tiempo que pasaba en los establos trabajando con los caballos. Disfrutaba adiestrando a los revoltosos corceles jóvenes para que se adaptaran al bocado y a la silla de montar, y preparando a los caballos ya entrenados para las exigencias del combate. Trabajar allí era la manera perfecta de terminar el día, aunque siempre llegaba a la cena con olor a caballo.

Duncan había añadido un tartán MacGregor a sus posesiones, junto con un *sgian dubh* con el escudo de MacGregor. La cabeza de león con corona era un símbolo poderoso, al igual que el lema «*'S Rioghal Mo Dhream*» o «Real es mi raza». Conmovida por el gesto, Anna sonrió entre lágrimas.

Aquella noche, Duncan la acompañó a sentarse a su lado en la mesa. Estaban tan cerca que a menudo se rozaban las manos, los brazos y las piernas. Era una deliciosa tortura sentarse cerca de él sin dejarse llevar. Esta disposición les permitía disfrutar de la comida y de la compañía de la familia, sin perder de vista al otro. ¿Familia? En algún momento se dio cuenta de que los MacGregor se habían convertido en una familia.

CAPÍTULO 14

Anna se reunió con Duncan en los establos para partir hacia la aldea de Graham al amanecer. Dos grandes carros cargados de cajas de productos, barriles de hidromiel y *whisky*, tarros de miel, fardos de tejidos, sacos de grano y otras mercancías estaban empaquetados y listos. Además, cuatro caballos que habían adiestrado estaban atados a la parte trasera del carro, destinados a la venta. Les acompañaban dos hombres a caballo y dos en cada carreta. Uno de ellos conducía y el otro empuñaba una gran ballesta.

—Tardaremos un día en llegar a las tierras de los MacFarlane, y luego otro al territorio de los Graham. La aldea principal está a medio día a caballo de su frontera —explicó Duncan.

—Os vendrá bien. —Señaló con la cabeza el tartán que llevaba sobre los hombros.

—Sí, cada vez me gusta más —contestó Anna con su mejor tono. Su sonrisa iluminó todo su rostro, y el corazón de ella se conmovió al saber que le había hecho feliz. Envuelta en el mismo tartán tejido que él llevaba siempre, creaba una conexión tangible entre ellos, haciéndola sentir como si perteneciera al grupo. Pensó

en cómo sería pertenecerle a Duncan y él a ella. Sólo pensar en sus besos y caricias le producía un cosquilleo cálido en lo más profundo de su ser. Pensó en cómo sería compartir su cama, tener hijos suyos. Tales pensamientos le habían producido una sensación de temor y miedo, pero la idea de estar unida a Duncan de tal manera le producía una sensación de anhelo.

—Duncan, ¿por qué necesitamos ocho espadas para proteger dos carretas? ¿No estamos viajando por territorios aliados? —El hermoso y exuberante verde de las Tierras Altas se le había metido definitivamente en la sangre, aunque su sangre aún no se había espesado lo suficiente como para abrazarlas por completo. Acarició la suave lana sobre sus hombros, agradecida por su calidez.

—Sí, así es. Aunque nos ceñimos a tierras amigas, los bandidos a veces acechan a los viajeros desprotegidos.

Anna se encogió de hombros. Su número les brindaba la oportunidad de conocer mejor a algunos de sus hombres. Sin embargo, reducía las oportunidades de estar a solas con él. Probablemente era lo mejor, ya que le resultaba difícil ignorarlo cuando cabalgaba a pocos metros, mientras que ella debía concentrarse en mantenerse alerta.

El primer día de viaje resultó tranquilo. Los hombres acamparon cerca de un arroyo mientras Duncan y Anna cazaban para la cena. Tras cazar un par de liebres y tres urogallos, regresaron al campamento y aprovecharon el tiempo que pasaron a solas antes de reunirse con los hombres. Un gemido débil y afligido interrumpió su beso. Apartándose de los brazos de Duncan, Anna volvió a escucharlo.

—¿Habéis oído eso?

—Sí, pero ha sido tan débil que no estoy seguro de dónde ha venido.

Esperaron a que el grito se repitiera. El quejido volvió a escucharse. Siguieron el sonido hasta un saliente de roca y una pequeña cueva. En la cueva yacía una camada de cachorros de lobo. Todos estaban muertos, salvo uno. El cachorro abrió la boca y volvió a gemir. Anna escudriñó la zona en busca de señales de un lobo adulto. No había ninguno.

—¿Qué le ha pasado a la madre?

—Deben de haberla matado. No dejaría morir a sus cachorros si estuviera viva. —Duncan se encogió de hombros.

Arrullando tranquilamente al cachorro que quedaba, Anna lo cogió en brazos. Se acurrucó en su túnica y gimió. Su corazón se retorció, pues conocía el dolor y la impotencia de perder a la familia. Cogió la piel de agua de Duncan y vertió unas gotas en la boca del cachorro, que lamió con avidez. Lo envolvió en su túnica.

—¿Vais a quedároslo, entonces? —Duncan arqueó una ceja.

—Veamos si sobrevive, pero sí, creo que sí. —Miró a la bola de pelos acurrucada en sus brazos y sonrió.

—Admiro vuestra caridad, pero ¿cómo podemos mantener a un lobo cerca de nuestros caballos y ganado? —Duncan frunció el ceño.

—Si crece en los establos con los otros perros, ¿por qué se convertiría en un problema? Lo adiestraré y podrá cazar conmigo.

La miró con escepticismo. Anna inclinó la cabeza en señal de desafío.

—Ya he adiestrado perros para rastrear y cazar. ¿Por qué iba a ser diferente?

—¿Creéis que podéis entrenar sus instintos de lobo?

—Si su naturaleza vence al entrenamiento y causa daño, lo mataré yo misma. ¿De acuerdo? —No estaba segura, pero le gustaba el desafío.

—He visto el efecto que tenéis sobre mí, los caballos y los demás. Estoy deseando ver si podéis encantar al lobo con la misma facilidad. —Duncan torció los labios.

Mientras volvían al fuego, surgió la curiosidad entre los hombres por el nuevo miembro del grupo.

—*Lady* Anna, ¿qué habéis encontrado? —preguntó Liam.

—Encontramos la guarida de un lobo. La camada había sido abandonada. Este es el único superviviente. Pensé que un poco de mantequilla de leche de cabra sería un buen comienzo.

—Rory, el hermano menor de Liam, saltó y lo buscó en el carro.

—Sí, es una buena idea. También podríamos ver si acepta un poco de carne, aunque puede que sea demasiado joven.

Vaciando un poco de mantequilla en un cuenco, Anna lo puso junto con el cachorro en el suelo y se sentó a su lado. El cachorro olisqueó el cuenco una vez y luego lamió la mantequilla con avidez. Lamió el cuenco hasta dejarlo limpio y, tras tropezar con Anna, se acurrucó en su regazo.

—Es listo para ser tan pequeño. Ya sabe quién es su ama. —Liam sonrió y le guiñó un ojo. —¿Habéis pensado en un nombre para él?

—Trean, ya que era el más fuerte de su camada.

—Sí, fuerte. Es un buen nombre. —Liam asintió con la cabeza—. Veamos si es lo suficientemente fuerte como para aguantar los próximos dos días.

Anna acarició las orejas y la espalda del cachorro mientras dormitaba. El cachorro se revolvió en su regazo y le ofreció su abultada barriga para que lo acariciara. Miró a Duncan y sonrió mientras atendía la petición silenciosa de Trean. El cachorro emitió un gemido de placer al contacto. Duncan puso los ojos en blanco.

—Parece que el encanto ha comenzado. —Anna sonrió ampliamente.

Duncan sonrió y sacudió la cabeza.

Malcolm e Iain, dos de los guerreros que cabalgaban con ellos, se vistieron y se dispusieron a preparar la caza en un espetón. Cuando estuvo lista, despertó a Trean y le ofreció un poco del ave. Comió una pequeña cantidad y luego le lamió la grasa de los dedos.

Los hombres se relevaban en turnos de dos horas. Duncan se encargó del primer turno. Anna se quedó despierta mirando las estrellas, Trean acurrucado a su lado, esperando a que Duncan regresara. Aunque su saco de dormir estaba a unos metros del de ella, sentía su presencia como el calor de un horno. Se maravilló de los cambios que él le había inspirado. Nunca antes había soñado con algo así. La aprobación en sus ojos cuando la vio envuelta en el tartán que le había regalado la calentó más de lo que jamás lo haría la manta. Dormir a poca distancia de Duncan, bajo las estrellas, le hacía desear cerrar el espacio, tumbarse en sus brazos. Sólo la presencia de sus hombres se lo impedía. La mirada

de él al resplandor del fuego le dijo que deseaba lo mismo y más.

Levantaron el campamento antes del amanecer. Trean cabalgaba con Anna, encaramado a la parte delantera de su montura, contento de cabalgar. Se mostraba más activo cuando se detenían, y el aumento de su apetito le daba esperanzas de que sobreviviría.

Al final del segundo día, se detuvieron en el límite de las tierras de Graham para acampar. Sentarse con los hombres le dio la oportunidad de preguntar sobre sus familias y sus orígenes. Liam contó historias de Duncan cuando era niño, y los problemas que causó, junto con Malcolm, Iain, Donnan y otros. Hubo más de una historia sobre Duncan y un muchacho llamado Colin MacKay, que había vivido con los MacGregor durante algunos años. Parecía que Colin hacía todo lo posible por meter a Duncan en problemas, mientras que Duncan intentaba mantener a raya a Colin.

—Recuerdo cuando Callum… —Liam eructó y se inclinó hacia delante, llamando la atención. El humor cambió de inmediato. Se aclaró la garganta, lanzó una mirada incómoda a Duncan y pasó rápidamente a otras historias. Aunque desconcertada por la reacción al nombre de Callum, Anna disfrutó oyéndoles reír con tanta facilidad una vez pasado el incómodo momento.

Anna observó cómo trataban a Duncan con respeto, incluso en las historias que contaban. Era obvio que lo reconocían como su capitán y futuro lord. La historia y la lealtad que compartían le provocaron cierta envidia. Anna echaba de menos la profunda conexión de la familia. Aunque se reía con ellos de las hazañas más extravagantes, la risa no evitaba el agudo recuerdo de la pérdida. Aunque la aceptaban, su propia historia yacía enterrada en ruinas a muchos días de camino.

—Anna, habéis oído algunos de nuestros momentos más embarazosos de la infancia. Es justo que cuentes algunas anécdotas de vuestra infancia. —Duncan chocó su hombro contra el de Anna.

Sonriente, Anna pensó en las innumerables travesuras que había hecho durante su infancia. Contó cuántas niñeras había tenido y las terribles jugarretas que les hacía para escaparse y

poder ver a los hombres entrenar. Señaló varias cicatrices en sus brazos, cabeza y una en particular en su cuello, describiendo las circunstancias detrás de ellas. La mayoría se las había hecho entrenando en combate, tanto con Edrick como con el maestro Zhang. O se las había hecho por su testarudo comportamiento, que solía estar relacionado con un caballo, las armas y la insensatez juvenil.

Anna notó que el ambiente alrededor del fuego había cambiado. En lugar de disfrutar de las travesuras de una joven imprudente, los hombres la miraban ahora con expresión sombría. Cohibida, permaneció en silencio.

—Perdonadnos, *milady*, no estamos acostumbrados a que se trate así a una muchacha. Es más que inquietante oír que os han herido así y ver las cicatrices. —Iain se recuperó primero.

Asintiendo con la cabeza, *lady* Anna forzó una sonrisa tranquilizadora. La poca camaradería que había sentido antes se evaporó. El silencio y la incomodidad se entrelazaron, creando una tensión que exigía una solución. La amargura de la soledad se formó en su boca y ni el vino ni la cerveza pudieron lavarla. Llevándose a Trean consigo, Anna se levantó para hacer la primera guardia. La luna nueva ofrecía muy poca luz. Tras dejar a un lado las emociones encontradas de la noche, se puso en el papel de centinela. Con los sentidos alertas, disfrutó escuchando y evaluando rápidamente cada ruido, cada movimiento en el bosque que la rodeaba. El aroma de la tierra húmeda y el brezo corría con la ligera brisa. Con el cielo despejado, las estrellas brillaban tanto que parecían estar casi al alcance de la mano.

Rory se acercó a por su reloj, sorprendiéndola lo rápido que pasaron las dos horas. Como aún no tenía sueño, prefirió caminar tranquilamente por el perímetro del campamento, con Trean pisándole los talones.

Al detenerse bajo un árbol de ramas anchas, Anna deslizó la espalda por el tronco para sentarse en el suelo. Se abrazó a las rodillas y apoyó la cabeza en un brazo. A solas con sus pensamientos, con Trean acurrucado a sus pies, reflexionó sobre los acontecimientos de la noche. Le habían hecho creer que pertenecía a los MacGregor, pero no era así. Los pensamientos y

sentimientos de ayer, de preguntarse cómo sería pertenecer a Duncan, parecían muy lejanos. Unos trozos de tartán no cambiarían la realidad. El tiempo que pasó con él le pareció efímero. Esta noche sirvió como doloroso recordatorio. A través de sus cariñosas palabras y encuentros amorosos, Duncan había despertado en ella a una mujer que nunca sospechó que existiera. Su reconocimiento y cuidado de esta parte sirvió para que se preocupara aún más por él. Este cuidado era demasiado potente para ser otra cosa que amor. Lo era, ¿verdad? El tiempo que pasaban juntos cada día había hecho que creciera.

Lamentablemente, Anna se dio cuenta de que sus cariñosas palabras no podían borrar sus persistentes dudas. Había sido objeto de burlas y desprecio durante demasiado tiempo. Una parte de ella creía que sólo era cuestión de tiempo que Duncan la viera como lo que era: una machona de sangre noble. Ese día, él le daría la espalda y le rompería el corazón. ¿Merecía la pena experimentar la pasión y la ternura que él le ofrecía? Cuando llegara el final, al menos tendría recuerdos de este tiempo para atesorar. Tendría que ser suficiente.

Cuando llegara el momento, aceptaría la oferta del lord de acompañarla a otra parte. Podría estar familiarizada con el dolor, pero sabía que no podría soportar quedarse y ver cómo Duncan se casaba con otra. Tal vez podría desempeñar el papel de curandera en uno de los clanes vecinos, lo que le permitiría visitar a Nessa y Mairi de vez en cuando. Apartó esos pensamientos, temiendo que pronto reclamaran su atención. Decidida a no caer en la desesperación, cruzó las piernas y se dispuso a meditar. Oyó el paso de Duncan antes de que llegara.

—Vuestra guardia terminó hace media hora. —Se sentó a su lado y rascó las orejas de Trean. Su voz era tranquila, pero llena de preocupación.

—No tengo sueño.

Hubo silencio. Un pequeño animal nocturno crujió cerca entre las hojas.

—¿Queréis hablar de esta noche?

¿Lo quería? ¿Qué había que decir?

—Vi la mirada lejana en vuestros ojos cuando hablamos de

nuestra juventud. Luego vi la desesperación. A veces olvido cuánto habéis perdido.

—No hay nada que hacer al respecto. —Más silencio. Exhalando su autocompasión, finalmente respondió.

—No, no podemos cambiar el pasado, pero podemos hacer algo con el futuro. Creéis que no tenéis lugar en este mundo, pero yo os haría un sitio, si me lo permitís. —Duncan le acarició la mejilla con la palma de la mano.

Anna cerró los ojos y se apoyó en su mano. Sus palabras aliviaron su dolor como un bálsamo.

—Sé que no estáis preparada, pero cuando lo estéis, aquí estaré. Sabed que no podré dormir hasta que volváis al fuego.

Mientras Duncan se alejaba, sus pensamientos volvieron a enredarse. Las viejas dudas aparecieron, pero se negó a dejar que se apoderaran de ella. Su presencia, por breve que fuera, resultó ser su perdición. Se sentía más segura, en paz a su lado. No sabía lo que les depararía el futuro, pero ahora mismo anhelaba estar cerca de Duncan. Tras recoger a Trean, se dirigió al fuego.

Anna percibió el alivio en su rostro al verla acercarse. Devolviéndole la sonrisa, cogió el borde de su jergón y lo arrastró junto al suyo. La sorpresa en su rostro se convirtió en otra cosa. Anna se tumbó a su lado, cubriéndose con el tartán. Desplazó la espalda hacia Duncan hasta quedar pegada a este. El lobezno se acurrucó contra su estómago con un suspiro.

—Eso fue atrevido —le susurró Duncan en el cuello.

—¿Debo acompañaros, Duncan MacGregor? —susurró a su vez.

—Sí. No hay nada en esta vida que desee más. —Se puso un poco rígido. Le besó suavemente la mejilla, le rodeó la cintura con un brazo y la estrechó más. Anna respondió con un suspiro satisfecho y se rindió al sueño.

A la mañana siguiente se despertó antes del amanecer. Duncan estaba tumbado boca arriba con un brazo alrededor de ella. Acurrucada a su lado, con la mejilla apoyada en su pecho y un brazo cruzado, y Trean a sus pies. No quería moverse y alterar la cálida serenidad, pero pensó en despertarse antes de que los hombres se dieran cuenta de su presencia. Sonriendo, se dio cuenta

de que no le importaba que los vieran.

Observó a Duncan mientras dormía. El aspecto melancólico que solía tener había desaparecido y parecía mucho más joven, casi un niño. Anna se inclinó hacia él y le besó suavemente la barbilla. Su respiración se entrecortó y él le apretó los hombros al despertarse.

—¿Es esto lo que teníais en mente cuando dijisteis que me harías un sitio? —murmuró, con la voz ronca por el sueño y la pasión. Le miró con ojos burlones. Él la recompensó con una mirada llena de deseo.

—Sí, aunque lo que tenía en mente era menos ropa y una cama más blanda.

La imagen hizo que Anna se aferrara involuntariamente a su pecho, haciendo que se acercara más. Su respiración se aceleró. Sólo pensar en los hombres que estaban al otro lado del fuego le impidió exigir el beso que anhelaba. Tuvo que conformarse con saber que Duncan se retorcía de anhelo tanto como ella.

CAPÍTULO 15

Anna se levantó junto a Duncan. Después de añadir más leña al fuego, hirvió agua para un rápido desayuno de té de manzanilla y tortillas de avena, repartiendo el sencillo desayuno mientras los hombres terminaban sus tareas matutinas.

—Muchas gracias, *milady* —agradeció Iain.

Malcolm frunció el ceño tras el primer bocado.

—¿Qué ocurre, Malcolm? ¿No es de vuestro gusto? —preguntó Anna juguetonamente. Había comido suficiente de su versión sosa como para esperar una reacción a su variante.

—No, *lady* Anna, es sólo que nunca antes había comido *bannocks* así. Suelen ser menos… sabrosos. —La miró como si la hubieran pillado robando dulces de la cocina.

—He añadido manzana y un poco de la miel que llevamos al mercado. No creí que se echaran de menos. —Sonrió y pateó los corazones de manzana que había en el suelo.

De las bocas llenas de *bannock* brotaron sinceros asentimientos, junto con silenciosas sugerencias de que preparara el desayuno todos los días. Al escuchar los comentarios de los hombres, se le ocurrió abordar algo que tenía en mente.

—Caballeros, aunque agradezco el respeto, os ruego que no os dirijáis a mí como *lady* Anna, sino simplemente Anna. Aquí no soy una noble con título. Hacerlo atrae una atención que preferiría no tener.

Por la cara de asombro que pusieron, cualquiera diría que las tortas de avena que comieron se habían agriado de repente. Todos miraron a Duncan en busca de confirmación.

—Como ella lo desee. Entiendo vuestro punto de vista. —Se encogió de hombros.

Inquietos, los hombres volvieron a su comida, terminando rápidamente.

Al mediodía, llegaron a la aldea de Graham. La fortaleza Graham era un tercio más grande que la fortaleza MacGregor. El mercado estaba en el centro del pueblo, a más de un kilómetro de los muros del gran castillo. Las callejuelas estaban abarrotadas de tiendas de todos los colores y muchos puestos permanentes con gente vendiendo sus mercancías.

En pocas horas, Duncan había puesto precio a los caballos, conseguido más lana de la prevista y vendido o intercambiado todo lo demás. Los barriles de vino solicitados por su padre sustituyeron a los de *whisky* e hidromiel. Nuevas telas y especias, junto con cereales y otros productos no cultivados por los MacGregor, se añadieron a los carros.

El pueblo era mucho más grande que el de los MacGregor, pero entonces las Tierras Bajas estaban más pobladas. Esto hizo que Anna se preguntara si realmente se estaba considerando una alianza con los Graham que involucrara a Nessa. Reconoció que crear un vínculo era una buena idea, aunque sólo fuera para reforzar la frontera entre las Tierras Bajas y las Tierras Altas, y asegurar el comercio futuro. También tenía sentido desde un punto de vista estratégico.

Anna decidió reservarse su opinión hasta conocer mejor a los Graham. La idea de que Nessa se casara con un clan en el que la

trataban peor de lo que debería le provocaba ira. Se rio de sus fuertes sentimientos de protección. Después de poco más de un mes, realmente eran hermanas.

Después de ver a Duncan hacer trueques e intercambiar bienes, estaba lista para explorar. Entregando a Trean y Orión a Rory para que los llevara al establo, le presentó a Duncan su intención. Metió la mano en su zurrón.

—Toma, coged estas monedas. Encuentra a mi madre y a mi hermana algo que creáis que les gustaría. Me desollarán vivo si no volvemos con regalos para ellas. —El brillo de sus ojos insinuaba que sólo bromeaba parcialmente—. Y si ves algo que os guste, cómpralo.

Anna frunció el ceño ante su oferta de dinero y abrió la boca para discutir. Él le puso un dedo en los labios.

—Considéralo un pago por hacer guardia. Yo pagaré a los demás, así que cualquier cosa que os guste, consideradla un pago, ¿sí? —Con una leve inclinación de cabeza, indicó a Iain que la acompañara.

—Iain, sabéis que no necesito que me atiendan como a un niño. —La irritación surgió de inmediato.

—Sí, muchacha, pero las órdenes del lord son que nunca viajemos solos por tierras ajenas. Es lo mismo para cualquiera de nosotros. El hecho de que el lord os llame hija duplica la orden. Además, está el pequeño valor que Duncan os da. —Le hizo un guiño burlón.

Saber que ninguno podía aventurarse solo la tranquilizó. Ya que estaban atrapados juntos, Anna pidió ayuda a Iain para conseguir regalos.

—Iain, ¿una dama os espera en casa?

—Sí, hay una bonita muchacha con la que he pasado un par de meses —respondió con cautela.

—¿Y esta bella muchacha tiene nombre?

—Su nombre es Colina.

—Duncan me ha encargado encontrar regalos para Nessa y *lady* MacGregor. Tal vez podríamos encontrar algo para Colina mientras estamos por aquí. A menos que no deseéis que piense en vuestro afecto más de lo debido. —Anna sonrió dulcemente.

Sabía que era pésima coqueteando, pero le divertía ver cómo Iain reaccionaba. Pronto sabría si Colina era importante para él o no. Recordó a Nessa e Isla hablando de ellas y sabía que Colina estaba comprometida. Al menos podría investigar las intenciones de Iain. Entusiasmaría a las muchachas si contribuía a sus cotilleos. La sonrisa que se dibujó en su rostro sugería que sentía algo más que una atracción pasajera por la mujer.

—Es una buena sugerencia, *lady*… eh, Anna, pero no sé qué buscar.

—¿Qué es lo que más os gusta de ella, Iain? —Consideró por un momento lo que le gustaba a Nessa.

—Me gusta cómo se siente su suave cuerpo en mis manos. —Desvió ligeramente la mirada antes de contestar, con una sonrisa sin sentido en el rostro. Sus manos subieron a la altura del pecho, como si ella estuviera allí para abrazarla. Inmediatamente se detuvo, con una mirada de vergüenza horrorizada en su rostro—. Mis disculpas, *lady*. Duncan me cortaría la cabeza si supiera que os he hablado así.

—No os preocupéis, Iain, quedará entre nosotros. Piensa en qué más aprecias de ella, además de sus… encantos físicos. —Anna se rio alegremente. No podía dejar de sonreír. Tranquilizado, Iain consideró su pregunta por un momento.

—Su olor. Me encanta cómo huele.

—Ahora estamos llegando a alguna parte. Busquemos jabones aromáticos y aceites de baño. Sin duda ella los usaría si supiera que os vería después.

—Sí, es justo lo que necesitamos. ¿Crees que Nessa y *lady* MacGregor apreciarían tales regalos?

—Dudo que muchas damas piensen mal de tal consideración. El truco será intentar que coincidan con las fragancias que ya usan.

Iain asintió y se dirigieron a la jabonería. Encontraron una selección de jabones, aceites y esponjas marinas, hicieron sus compras y pasearon antes de volver al carro. Anna compró varias hierbas secas que no había visto crecer en la zona y algunas en macetas para añadir a su colección. Estaba ansiosa por ver si conseguía que prosperaran en el clima de las Tierras Altas.

Vendedores de todos los tipos se alineaban a lo largo del

camino. Anna compró a las señoras MacGregor collares de cuentas de colores, pulseras y pendientes, junto con otros dos tomos encuadernados con páginas en blanco para que Nessa anotara sus estudios sobre curación. La suerte quiso que encontrara algunos libros a la venta. Con la vista puesta en enseñar a Nessa, compró un ejemplar demacrado de *Beowulf*, junto con versiones bien hechas de *Vita Columbi*, e *Historia Regum Britanniae*.

Todos estaban escritos en inglés, útiles para sus estudios de su lengua materna. Nessa disfrutaría con las historias, sobre todo con el romance de muchas de ellas. Al menos, podría compartir las historias con los demás durante los aburridos meses de invierno en casa.

Pasaron por delante de un puesto de artículos de lino exquisitamente bordados. Anna le rogó a Iain que esperara delante mientras ella buscaba algo muy concreto.

—¿En qué puedo ayudaros, *milady*? —Una mujer de mediana edad vestida de negro se acercó.

—Busco algo que despierte el apetito de un hombre.

La mujer lanzó una mirada a Iain. Anna ignoró las implicaciones de su suposición y observó cómo la mujer sacaba un camisón muy suave y transparente de uno de los cofres del fondo. Este era una cosa espumosa con encaje y flores delicadamente bordadas, el encaje y los adornos colocados estratégicamente para proporcionar una cobertura mínima. Las estrechas cintas de raso parecían inadecuadas para sujetarlo, y parecían diseñadas para quitárselo a toda prisa. La mujer le guiñó un ojo a Anna.

Anna se quedó mirando la prenda. «Escandalosa. Desvergonzada. Descarada. Perfecta». El calor subió a sus mejillas al imaginarse vestida así. Compró el regalo para Mairi en agradecimiento por su conversación sobre la pasión. Riéndose entre dientes, se imaginó a Mairi explicándole a su marido cómo había llegado a poseer semejante prenda. La mujer lo empaquetó discretamente. Anna escribió «Lady MacGregor» en una esquina para que no hubiera ningún error si la cogían accidentalmente.

En un taller de marroquinería compró dos cinturones de cuero finamente trabajados, con sus correspondientes zurrones. Llevaban

diseños entrelazados bellamente labrados que había visto con frecuencia en tapices y otros objetos artísticos desde su llegada. Esperaba que Duncan y su padre los apreciaran. Cada zurrón tenía una ornamentada cantonera de plata en la parte superior, con el centro en blanco para tallar el escudo del clan.

—¿Cuánto tardaréis en tallar dos, señor?

—Tardaré una noche, *milady* —El marroquinero se acarició la barba incipiente y chasqueó la lengua entre los dientes que le faltaban antes de responder.

—Los necesito listos mañana a primera hora. —Anna depositó el doble del precio de su compra sobre el mostrador.

—Necesitaré vuestro puñal para el diseño. —El hombre sonrió, mostrando los dientes que le quedaban. Asintió y señaló el cinturón que llevaba en la cintura.

—Iain, debéis prometer que es nuestro secreto, y tendréis que ser vosotros los que vengáis a buscarlos. —Por la enorme sonrisa en la cara de Iain, supo que había hecho una buena elección.

—Sí. Haréis muy felices a los hombres MacGregor. Me alegra hacer de conspirador, sobre todo desde que me ayudasteis con las compras para mi Colina. —Una mirada de picardía llenó su rostro.

—¿Así que ahora es vuestra Colina? —Anna le cogió del brazo y se echó a reír. Con una sonrisa pícara, imitó su acento.

—Sí. —La miró tímidamente.

Un alboroto estalló no muy lejos de ellos. Ladridos y gruñidos se elevaron por encima del ruido de la multitud, y un relincho de terror atravesó el tumulto. Gritos de advertencia resonaron cuando un carro vacío tirado por un caballo pasó a toda velocidad, abriéndose paso entre la desprevenida multitud. Iain y Anna se precipitaron hacia el lugar donde se habían originado los gritos y encontraron a cuatro hombres y un niño de no más de diez veranos tendidos en el suelo, heridos.

—Coged mi zurrón y buscad un carro para llevar a los heridos. —Anna malgastó pocas palabras. Recogiendo sus provisiones, Iain asintió y corrió hacia su carreta—. Despejad esta zona y mantened a la gente alejada. Soy curandera y he enviado a por mis provisiones y un carro. —Los guardias de Graham se

quedaron parados, sin saber qué hacer, así que Anna tomó el mando.

Dos de los hombres heridos eran miembros de la guardia de Graham, mientras que los demás eran comerciantes o víctimas desafortunadas del camino. El guardia más corpulento yacía inconsciente, sangrando por una horrible herida en la cabeza que le atravesaba la frente. El otro parecía tener costillas rotas y se agarraba el costado con dolor. Del resto, un hombre tenía una pierna rota y el otro un largo corte en la espalda. El joven también yacía inconsciente, aunque, aparte de un simple corte en el brazo, Anna no observó ninguna otra herida. Atendió primero la herida de la cabeza, arrancándose parte de la túnica para contener la hemorragia. A juzgar por la cantidad de sangre que había perdido hasta entonces, temía por su vida. Levantó la vista aliviada al ver que Liam e Iain se acercaban con un caballo y un carro.

—Cuidado. Ese hombre tiene una pierna rota, y no queremos que la hemorragia comience de nuevo en este soldado.

Mientras cargaban al muchacho, un grito se elevó entre la multitud.

—¡Shaw, Shaw! ¿Qué ha pasado? ¿Adónde os lleváis a mi hijo? —Una mujer no mucho mayor que Anna salió de entre la multitud, con el terror grabado en el rostro. Anna se volvió hacia uno de los guardias en busca de una respuesta. Este apoyó una mano en el hombro de la mujer.

—Vuestro hijo ha sido herido por una carreta desbocada. Llevamos a todos los heridos al torreón para que esta mujer los atienda.

—Por favor, salvad a mi hijo. Es todo lo que tengo. —Se aferró al brazo de Anna con miedo, con los ojos muy abiertos.

Anna la ayudó a sentarse en el banco junto a Liam y luego subió a la parte trasera del carro mientras se dirigían hacia la puerta principal. En el vestíbulo, Anna pidió agua hirviendo, *whisky* y sábanas para vendar a los heridos que estaban en las mesas.

—Si tenéis una curandera, llamadla —ordenó al guardia más cercano—. Necesitaré ayuda.

Inmediatamente, el guardia asintió y se apresuró a salir por la

puerta. Anna volvió a evaluar las heridas. El hombre con las costillas heridas respiraba con dificultad, pero no perdía sangre. La pierna rota parecía una rotura simple y fácil de curar. Por otro lado, el hombre con el corte largo en la espalda yacía de lado, consciente pero desanimado. Su herida había dejado de sangrar en su mayor parte. La lesión en la cabeza y el joven seguían siendo sus mayores preocupaciones. Anna volvió a mirar al muchacho. Su corazón latía con fuerza, al igual que su respiración.

—Señora, parece que vuestro hijo sólo ha quedado inconsciente. No tiene ninguna otra lesión grave que pueda reconocer. Ponedle este paño sobre la herida. Lo suturaré cuando termine con los otros hombres.

Con un gesto de asentimiento, la mujer se inclinó sobre su hijo y le cantó en voz baja.

Anna cogió la aguja y el hilo de su zurrón y utilizó el *whisky* que le habían traído para limpiar la herida de la cabeza. Después de que el hombre quedara inconsciente, cosió el corte. Iain permaneció a su lado. Siguiendo sus indicaciones, distribuyó *whisky* a los demás heridos.

En cuanto a las costillas heridas, contó tres rotas, pero no desplazadas. Las vendó con cuidado mientras el hombre palidecía, con sudor en la frente. Aunque se estremecía con cada contacto, permaneció en silencio.

—Debéis permanecer inactivo las próximas tres semanas, respirando profundamente varias veces al día para evitar que se acumule líquido en los pulmones.

El hombre afirmó con una mueca y un susurro de agradecimiento. Con la ayuda de varios tragos de *whisky*, Iain y dos guardias, Anna acomodó la pierna rota. Asegurándola con dos tablas, la ató con tiras de tela.

El hombre con el profundo corte en la espalda también se benefició de grandes cantidades de *whisky*. Anna le ofreció un trozo de cuero para que lo mordiera mientras su aguja perforaba la piel a ambos lados del corte. Mientras cerraba la herida, llegó la curandera Graham. Anna le contó lo que sabía y lo que había hecho. Mientras lo hacía, llegaron los familiares de algunos de los hombres y se los llevaron a casa.

La curandera de Graham revisó el trabajo de Anna y preparó emplastos para prevenir la infección. Al terminar, Anna se dirigió a Shaw. Miró las mejillas manchadas de lágrimas de la madre, que se inclinaba sobre su hijo para rezar. Su corazón se estremeció de compasión por aquella joven madre y su hijo.

Acostumbrada a tratar a hombres adultos después de la batalla, a Anna le resultaba más difícil digerir la visión de un niño sobre la mesa. Sin embargo, dejó a un lado esos sentimientos, limpió la aguja y el hilo para cerrar el corte del brazo. Cuando terminó, realizó un examen más minucioso, buscando hematomas o endurecimiento del cuerpo en las zonas blandas. Descubrió un pequeño nudo en la nuca, pero nada más grave.

—Shaw tiene un pequeño bulto en la cabeza. Su ritmo cardíaco y su respiración siguen siendo fuertes. Parece estar sano. No veo ninguna razón para que no se recupere pronto.

—Gracias, *milady*, ¿cómo os lo podré agradecer lo suficiente? —Ante esta noticia, la mujer no pudo contener las lágrimas.

—Agradecédmelo cuando Shaw esté despierto y sano de nuevo. Podéis quedaros hasta que despierte —contestó Anna. Incómoda con los elogios de la mujer, sobre todo porque su hijo aún no se había despertado. Miró a un guardia, el cual asintió con la cabeza. Entonces, Anna se acercó a una cuenca y se limpió la sangre de las manos y los brazos. Una sirvienta trajo varias tazas y una jarra de cerveza. Anna llenó una taza y bebió profundamente, dejándose caer en el banco más cercano al guardia herido en la cabeza. Una bandeja con una hogaza de pan y un trozo de queso llegó para que comieran mientras esperaban. Miró a Iain. Él la saludó con una inclinación de cabeza y una sonrisa.

—¿Mamá? —Shaw se levantó primero.

—Aquí estoy, Shaw, aquí estoy —respondió su madre con lágrimas de alivio.

Anna se levantó para ver cómo estaba el joven. Segura de que sólo tenía un chichón en la cabeza y un corte, le hizo beber una taza de té de corteza de sauce. La mueca que hizo al tomar la amarga bebida la tranquilizó, así que lo dejó al cuidado de su madre.

—¿Quién es este hombre para vuestro clan? —Con sólo el

guardia inconsciente a la izquierda, se sentó y esperó. Por primera vez se fijó en los otros cuatro guardias que estaban a su alrededor.

—Es uno de nuestros comandantes, *milady*. Nuestro capitán os agradecerá personalmente vuestro oportuno tratamiento y cuidados.

—¿Cuál es vuestro nombre y el suyo?

—Él es Ronald, y yo soy Neil, *milady*. —Hizo una leve reverencia, con una cálida sonrisa.

—Os lo diré, Neil, como se lo dije a la madre de Shaw. Podéis agradecérmelo cuando vuestro comandante esté despierto y fuera de peligro.

—Ahora está en manos de Dios si vive o muere. Sus posibilidades serían nulas si no hubierais llegado para haceros cargo y detener la hemorragia. Nuestra curandera no habría llegado a tiempo. Si vive, será gracias a vuestros esfuerzos. —Su rostro se puso serio.

Anna le devolvió la sonrisa, consciente de que no debía discutir con un soldado. El cansancio se apoderó de ella.

—¿Están cerca los aposentos del comandante, o quizá haya una cama cerca a la que podamos trasladarlo? —Sabía que pasarían varias horas, quizá días, antes de que despertara, si es que lo hacía.

—Sus aposentos están en la torre de guardia, pero hay pequeñas habitaciones de invitados justo al lado de este pasillo.

—No hay nada más que pueda hacer por él en este momento. Me gustaría encontrar a mis compañeros de clan. —En una litera, los guardias trasladaron a su comandante a una habitación pequeña pero acogedora, con chimenea, cama individual y mesa. Una vez instalado, Anna se dirigió a Neil.

—Me ordenaron que llevara a vuestro grupo a la sala del lord cuando terminarais de atender al comandante. El lord ha pedido que cenéis con él esta noche.

Haciéndole señas para que la acompañara, lo siguió al patio y hacia los establos donde Duncan y los hombres esperaban con sus carros y caballos.

—Ahí están. Liam nos ha contado lo que ha pasado. ¿Estáis todos bien? —preguntó Duncan. Su voz resonaba posesiva y su

rostro estaba parcialmente fruncido.

—Todos lo estarán, excepto el comandante. Sufrió un fuerte golpe en la cabeza y un cruel corte. Creo que vivirá, pero no sé cuándo despertará. —Anna enarcó una ceja, pero cogió la mano que le ofrecía.

Neil los condujo a través de las puertas dobles de roble hasta el gran salón. Una veintena de hombres comían sentados en taburetes y bancos alrededor de mesas de caballete.

—Moza, ¿por qué os vestís como un hombre? Venid aquí y os enseñaré lo que significa ser una mujer. —Mientras el grupo de Neil pasaba junto a los hombres sentados, una voz grave bramó.

A su burla siguió un golpe seco en el trasero de Anna, lo bastante fuerte como para empujarla hacia delante. La ira encendió la sangre de Anna, acelerada por las risas de sus compañeros. Le lanzó una mirada de advertencia a Duncan para que se mantuviera al margen, empujándole el pecho para darle énfasis.

Dio un rápido paso lateral hacia el hombre que la había golpeado, llevándose la rodilla al pecho. Aprovechando el impulso del paso hacia ese imbécil, Anna soltó una patada lateral, clavándole el tacón en el centro del pecho. La patada le dejó sin aliento con un gruñido exagerado y le hizo caer de espaldas al suelo, con la cabeza rebotando contra las losas.

Sin darle tiempo a recuperarse, Anna le sujetó de la mano izquierda, la torció y le bloqueó la muñeca y el codo. Con un pie en el cuello y la mandíbula, le estiró aún más el brazo.

—Te disculpareis, mestizo, o perderéis el uso de estos dedos —amenazó Anna.

El hombre forcejeó contra su agarre, pero ella tenía el cerrojo bien apretado y su lucha sólo le causaba más dolor.

—¡No me disculparé ante una mujerzuela que juega a ser un hombre! —gritó entre dientes apretados.

—Como os plazca. —Un chasquido audible sonó cuando Anna le sacó el dedo más pequeño de la cavidad a la altura del segundo nudillo, haciendo que sobresaliera en un ángulo extraño. Entonces, un fuerte aullido y una maldición anatómicamente imposible salieron de su boca.

—¡Arrepentíos! —gritó—.

— ¡No! ¡Nunca!

Anna respondió desplazando su tercer dedo, provocando un chasquido más fuerte. Esta vez, sus compañeros gimieron en simpatía con él, pero ninguno se atrevió a acudir en su ayuda. Anna miró a Duncan, quien estaba apoyado en una mesa vacía, con los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa de satisfacción en el rostro. Sólo los músculos tensos de su mandíbula desmentían su expresión tranquila. Advirtió a los hombres de MacGregor con una mirada y un leve gesto de la mano.

—¿Cuál es vuestro nombre, Graham? —Antes de que pudiera exigir otra disculpa, Duncan tomó la palabra.

El hombre en el suelo continuó lanzando maldiciones, cada una más creativa y colorida que la anterior, mientras luchaba inútilmente contra su agarre.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Duncan con calma al hombre sentado más cerca de él.

—Angus.

—Angus, os presento a Anna, del clan MacGregor. Ha sido adoptada por nuestro lord, mi padre, como hija, y es mi futura esposa si me acepta.

Anna lanzó a Duncan una mirada de asombro. La expresión de su rostro no mostraba ninguna emoción, excepto la furia silenciosa que apenas contenía.

—La he visto derrotar a seis escoceses en batalla sin ayuda y a otros dos guerreros de mi propio clan. Esta tarde le ha salvado la vida a vuestro comandante. Tal vez queráis reconsiderar vuestra posición sobre esa disculpa.

Los hombres sentados a la mesa la miraron con incredulidad. Anna frunció el ceño. No iba a dejar que esto terminara sin una disculpa. De lo contrario, algún otro hombre de este clan se molestaría por su aspecto e intentaría lo mismo o algo peor. No, ella daría ejemplo aquí y ahora. Como no le importaba volver a preguntar, Anna le sacudió el segundo dedo y el chasquido que produjo fue el más fuerte hasta entonces.

Las puertas del vestíbulo interior se abrieron de golpe y un hombre corpulento, vestido con las galas de un lord, entró de repente.

—¿Qué demonios está pasando?

CAPÍTULO 16

—Angus, ¿qué problemas les estáis causando a mis invitados? —preguntó, con el rostro de un indignado tono rojo. El hombre miró de Anna al hombre que había atrapado.

—Ningún problema, milord. Esta dama me ofreció una lección de combate sin armas. —La actitud de Angus cambió. Mirándola, apretó los dientes—. Pido disculpas por mis acciones y mis dudas sobre vuestra habilidad.

Anna no se dejó engañar por la aparente sinceridad de sus disculpas. Le soltó el cuello y utilizó la muñeca para ponerle en pie.

—Sin ofender, por supuesto, Angus. Permitidme que os *ayude* con la mano —dijo con una sonrisa y un sarcasmo lo bastante afilado como para cortar. Tomando cada dedo por separado, Anna los recolocó en su sitio mientras el sudor corría por la frente de Angus—. Aseguraos de envolverlos bien. En quince días se recuperarán. —Se inclinó para que sólo Angus pudiera oírla—. Si volvéis a tocarme, os destriparé como al cerdo que sois.

Angus se estremeció, con los ojos muy abiertos, cuando la punta de una pequeña daga le pinchó por debajo del cinturón. Volviéndose hacia su anfitrión, Anna escondió la daga y se inclinó ante el lord de los Graham.

—Venid, los criados han preparado comida y bebida. —Lord Graham respondió con una mirada de evaluación y una sonrisa irónica.

El lord los condujo al salón interior, más pequeño pero lujoso, diseñado para recibir a invitados importantes. Indicándoles que se sentaran, el lord indicó a dos mujeres que sirvieran al grupo, y cada MacGregor recibió rápidamente una *quaich* de cerveza.

—¿Cómo es posible que uno de mis hombres más fuertes,

aunque bastante tonto, haya sido derrotado por una mujer? —Con un brillo en los ojos, lord Graham se volvió hacia Anna.

—Ha sido una oportunidad para hacer una demostración de tácticas sin armas, eso es todo, milord —respondió ella, intentando que Duncan no notara su irritación en la voz. Le miró, y el brillo de ira en sus ojos le indicó que él aún estaba furioso por el encuentro. Optó por una respuesta diplomática. Podía arreglárselas sola y no necesitaba que él corriera a rescatarla a cada momento.

—Me he enterado del accidente que ha habido hoy en el mercado y de cómo vuestro grupo ha ayudado a mis hombres, sobre todo a vosotros —añadió mientras dirigía una mirada hacia Anna. Graham la miró con extrañeza y sonrió, pero no le dio más explicaciones. Centró su atención en Duncan—. Ronald ha sido uno de mis hombres más fiables. Estaría en apuros sin él. Neil cree que vuestros oportunos esfuerzos le dieron una oportunidad de sobrevivir. Por eso os doy las gracias, *milady*.

—Iain y yo estábamos cerca cuando ocurrió y nos alegramos de ofrecer ayuda. Todos los involucrados se están recuperando. Vuestro comandante no ha despertado. No sé si lo hará, pero vuestra curandera vela por él.

—Aunque vuestro uso de nuestra lengua y tartán dice que sois un MacGregor, vuestro acento, coraza, y la forma en que os conducís me dicen que sois inglesa. Hay una historia muy interesante aquí. Me gustaría oírla. —El lord volvió a cambiar de tema mientras los criados servían las mesas con carnes, verduras y pan.

—Es una historia interesante. Os contaré la mayor parte. Hay detalles que ocultamos para proteger a Anna. —Anna asintió a Duncan, incitándolo a responder.

Sonriendo, el lord le indicó que continuara. Omitiendo los detalles del nombre y el destino de su familia, contó la misma historia que habían relatado al clan MacGregor. El lord pareció satisfecho con el relato, y su conversación derivó hacia la política de los clanes, las alianzas y los enemigos comunes, entre los que, por supuesto, se encontraban los ingleses.

Anna no se ofendió, pues había visto de primera mano los horrores de los que eran capaces los ingleses. Después de vivir en

las Tierras Altas sólo unos meses, no tenía ningún deseo de volver a Inglaterra. Era escocesa. Desde que su padre y su hermano habían seguido a su madre en la muerte, consideraba que su herencia inglesa había llegado a su fin. Otra revelación para meditar.

Tras la comida, se retiraron a unas sillas junto a la gran chimenea de piedra, donde prosiguieron las conversaciones. El lord le pidió a Anna que hiciera preguntas sobre la inestable paz en la frontera. Le preguntó qué pensaba sobre la probabilidad de una guerra y dónde podría comenzar. Al ofrecerle su visión sobre los nobles ingleses más ávidos de poder de la zona, pareció complacerle la información y estuvo de acuerdo con sus valoraciones. Ella sintió que él comprobaba dónde estaban sus lealtades. Desde luego, no estaba con Edward Longshanks ni con su corrupto grupo de nobles.

—Parece que mi comandante ha recobrado el conocimiento. *Lady* Anna, ¿estaríais dispuesta a atenderle antes de retiraros o esperaríais hasta mañana? —Al caer la tarde, un mensajero entró y habló en voz baja con el lord. Este se puso en pie.

—Con gusto lo vería ahora.

—Aunque os he visto luchar antes, me asombran vuestras habilidades y estoy orgulloso de que os hayáis unido a nuestro clan. —Ante el asentimiento de Duncan, Iain se levantó para acompañarla. Siguiendo al guardia que los escoltaba, Iain se inclinó hacia Anna y le susurró.

—Gracias, Iain. —Cohibida por sus elogios, Anna le sonrió.

—Deberíais saber que todos los hombres de nuestro grupo darían su vida por vosotros.

—¿Así que todos lo que tenía que hacer era derrotar al hombre más grande y odioso del clan para ganarme ve respeto? De haberlo sabido, habría llamado a Duff mi primer día en Ciardun. —Le miró de reojo y él le respondió con una sonora carcajada. Inquieta por la profundidad de su promesa, Anna le restó importancia al momento.

Al llegar a su destino, el guardia le dijo a Iain que esperara delante de la puerta. Iain se encrespó ante la orden, pero Anna aceptó con la cabeza.

—Comandante, la mujer que os atendió está aquí.

—Pasad, *milady*, y dejad que os dé las gracias. —Su voz, aunque fuerte, sonaba inconmensurablemente cansada. Luchó por sentarse en la cama.

—Los hombres me dicen que os tengo que agradeceros por mi vida. —Entró en la habitación y sus ojos se entrecerraron al ver su aspecto.

—Es cierto que curé vuestra herida, comandante. Sin embargo, los hombres insistieron en que su supervivencia se debe a la dureza de vuestra cabeza más que a mis esfuerzos.

—Recordando las afirmaciones de Neil, se limitó a asentir. Anna le dedicó una sonrisa, ignorando las miradas de sorpresa de los guardias ante sus palabras.

—Ahora que os veo y conozco un poco vuestro carácter, me resulta más fácil creer que podéis vencer a Angus. Cuánto me hubiera gustado ver a ese grandullón bajar un par de peldaños. Estoy en deuda con vos por haberme salvado la vida y por haber humillado a uno de mis mejores hombres. —La cara del comandante se descompuso en algo que probablemente pretendía ser una sonrisa, aunque acabó siendo una mueca.

—Encantada de servirle, comandante. No hay duda de que tenéis una conmoción cerebral, y necesitaréis estar alejados de vuestros deberes una noche o más. Tened cuidado con la visión borrosa, náuseas, sensibilidad a la luz y dolores de cabeza. No debéis volver a vuestro puesto hasta que desaparezcan. Retomar el trabajo demasiado pronto hará que estos efectos se prolonguen más de lo debido. Vuestra curandera puede daros té de amapola si el dolor es demasiado intenso. De lo contrario, el té de corteza aliviará el dolor lo suficiente como para que sea tolerable—. Anna hizo una breve reverencia.

—Sí, he visto mi parte de lesiones en la cabeza y lo entiendo. Gracias de nuevo por vuestros cuidados.

—Vuestros hombres y lord hablan muy bien de vos. Es un placer servir al clan Graham. —Anna asintió, empezó a salir de la habitación, y luego se volvió con una sonrisa—. Mantuve los puntos lo más finos posible para que vuestra cicatriz no asuste demasiado a las doncellas.

El comandante ahogó una risa dolorida, aunque los otros dos hombres de la sala soltaron una sonora carcajada.

—Duncan nos ha hablado a algunos de vosotros de vuestros entrenamientos juntos —añadió Iain mientras volvían a la sala—. Espero que consideréis uniros al resto de nosotros en el futuro. Aunque algunos se negarían a entrenar con una mujer, muchos de nosotros agradeceríamos la oportunidad de poner a prueba nuestras habilidades contra vosotros. Tal vez aprender un poco también. Nunca he visto a nadie hacerle a un hombre lo que le hicisteis hoy al Graham, y eso que era el doble de grande que vosotros.

—Me encantaría demostrároslo, Iain. Estoy aburrida de vencer a Duncan todo el tiempo.

Iain sacudió la cabeza y sonrió, al igual que Anna.

—Quizá cuando acampemos mañana por la noche podamos trabajar un poco. En cuanto a entrenar con el resto de los hombres, es decisión del lord. A mí me gustaría, pero no quiero crear más conflictos con mi presencia de los que ya tengo. Si no puedo entrenar con el grupo principal, tal vez el lord permita un grupo más pequeño. Se lo pediré a Duncan.

Informaron al lord del estado de su comandante y luego les mostraron las habitaciones de invitados para pasar la noche. La habitación de Anna ya tenía el fuego encendido, y una doncella la acompañó a la cámara de baño, cerca de la cocina. Después de haber dormido en el suelo las dos últimas noches, un baño y una cama sonaban acogedores.

Después del baño, Anna se vistió y volvió a su habitación. Vio a Duncan apoyado en la pared frente a su puerta. Le dirigió una mirada inquisitiva, tratando de calibrar su estado de ánimo.

—¿Puedo hablar con vos?

—Por supuesto. Os pediría que entrarais, pero no sería apropiado.

Duncan asintió, señalando las escaleras. Atravesaron el vestíbulo y salieron. Anna se preguntaba qué tendría él en mente. La idea de besarle afloró en su mente, como siempre le ocurría últimamente, y su cuerpo sintió un cosquilleo de anticipación. Al detenerse junto al pozo, en el centro del patio, él se volvió hacia

ella. Por su mirada severa, los besos no eran lo que tenía en mente. Anna adoptó una postura defensiva, esperando la reprimenda que sabía que iba a recibir.

—Anna, me gustaría hablar con vos sobre lo de esta tarde.

Por su parte, Anna levantó las cejas e inclinó ligeramente la cabeza hacia Duncan en señal de invitación.

—Os enfrentasteis a un hombre que os doblaba en tamaño, rodeado de sus amigos. —La frustración asomaba en su voz.

—¿Y qué queréis que haga, Duncan? ¿Soportar sus abusos e insultos? —Cruzó ambos brazos sobre el pecho.

—No, deberíais haberme dejado encargarme de él. Sois adoptados por nuestro clan. Estamos cortejando. Ambas cosas significan que estáis bajo mi protección. —Duncan se frotó la cara dos veces antes de contestar.

—Hoy me habéis observado atentamente. Habéis visto que no necesitaba ayuda. Un hombre como Angus necesitaba una lección sobre cómo tratar a las mujeres. ¿Cuál creéis que sería la lección más efectiva, mi señor, una paliza por vuestra parte, o una por parte de la misma mujer a la que ofendió? —Anna entrecerró la mirada. La ira se apoderó de ella. ¿Duncan le estaba diciendo que no se defendiera?

—¡Ahh! —Duncan se apartó un poco. Su cuerpo se tensó, sus manos se abrieron y cerraron con fuerza. Volvió a restregarse la cara y respiró hondo antes de encararla—. Sí, la lección más eficaz era que se sintiera humillado por la misma mujer a la que trató con rudeza. No esperéis que me agrade.

Ante su confesión, Anna se ablandó inmediatamente. La ira se desvaneció y se dirigió directamente a su pecho y lo rodeó con sus brazos. Duncan le devolvió el abrazo con fiereza. Inclinó la cabeza hacia atrás y le miró a la cara. Al ver que seguía con el ceño fruncido, le besó en la barbilla. Volvió a levantar la vista, pero su expresión no había cambiado. Le dio ligeros besos en las mejillas, la nariz y el cuello, hasta que se relajó. Sintiendo su aceptación, se apartó un poco para mirarle a los ojos.

—Os cuesta aceptar que no soy una mujer débil que siempre necesita vuestra protección, aunque entrenemos juntos a diario y sepáis de lo que soy capaz.

—Sí —refunfuñó.

—Estuvisteis ahí para protegerme si no tenía éxito en la lección. —Puntuó su afirmación con un beso en su mejilla—. Estuvisteis allí para protegerme si alguno de los otros se unía a la contienda. —Otro beso le rozó la mandíbula—. Me protegisteis. Pero, al igual que vos, yo no retrocedo ante un desafío. No os lo pediría, y guardaría vuestra vida como si fuera la mía. Sólo os pido lo mismo.

—¿Qué voy a hacer con vos, Anna Braxton? —Sacudió la cabeza. Una comisura de sus labios se curvó hacia arriba en forma de pregunta.

—Besarme, espero, señor caballero. —Sus ojos brillaron con invitación.

* * *

A la mañana siguiente, Anna se levantó y bajó las escaleras hasta el vestíbulo para comer, encontrándose por el camino con Liam, Donnan y Rory. El resto del grupo les siguió poco después. Les esperaban cuencos de gachas de avena con fruta fresca, nata y miel. Guardó un poco de nata para Trean, que se acostó en el establo con Orión.

—El lord desea despedirnos esta mañana —anunció Duncan.

Se quedaron en el vestíbulo mientras preparaban los carros. Duncan tomó la mano de Anna y se inclinó hacia ella para que nadie más pudiera oírlo.

—Mi padre quería que esperara y evaluara la reacción del lord Graham antes de proceder. Ha escrito una misiva a vuestra abuela, explicándole brevemente dónde os encontráis.

Todo el aire abandonó el cuerpo de Anna y su estómago se apretó como si le hubieran dado un puñetazo. El miedo le nubló la vista y miró a Duncan con aprensión.

—Lo dejó en mis manos, pero dijo que no continuara sin vuestro consentimiento. El mensaje está en clave, así que, si lo lee otra persona, no lo entenderá. Creemos que vuestra familia debe saber que estáis viva y bien. ¿Estáis de acuerdo?

Anna no encontraba la voz, así que asintió con los ojos muy

abiertos. La rodeó con el brazo y le dedicó una tierna sonrisa.

—Parece que dondequiera que vayáis, inspiráis fuertes sentimientos. A los Graham les divierte la forma en que tratasteis a Angus. El lord se siente en deuda con vosotros por cuidar de su comandante y de su pueblo. No tengo ninguna duda de que podemos confiar en él para entregar nuestro mensaje con la más estricta confidencialidad como agradecimiento por vuestros servicios.

—Confío en vuestro juicio, Duncan. Nada me gustaría más que aliviar las penas de la familia que me queda. —Anna luchó por contener su angustia, con los ojos húmedos.

Duncan le dio un beso en la frente y volvió a apretarle los hombros.

El Graham apareció con un joven de cabello oscuro a su lado. Lo presentó como su hijo Blaine, de veintiún años. Sus alegres ojos hacían juego con el color de su corto cabello castaño oscuro, y su sonrisa era rápida y contagiosa. El lord derivó la conversación hacia un posible matrimonio entre su hijo y Nessa. Con su sentido de la protección a flor de piel, Anna evaluó al joven. Parecía inteligente y respetuoso tanto con Duncan como con su padre. Sus ojos se cruzaron con los de ella más de una vez, sin duda por haber oído las noticias de su encuentro con Angus. Él sonrió cuando sus miradas coincidieron, aunque Anna se limitó a asentir en señal de reconocimiento. Ella sabía que Nessa la acosaría con preguntas, así que quería ver las cosas que Duncan no pensaría en notar.

«Nessa, es ancho de hombros, tiene una mandíbula fuerte y es tan alto como Duncan. Es joven, pero se mueve con seguridad y fuerza. Veo bondad en sus ojos, y cuando habla, es reflexivo y da respuestas sensatas. Parece un buen hombre. Quizá lo bastante bueno para ti».

—Vos debéis ser la muchacha de la que tanto he oído hablar desde anoche. —Blaine la atrajo a la conversación. Se inclinó cortésmente.

—Sí. Ella es Anna del clan MacGregor, la guerrera de mi hermana, su campeona. —Duncan asintió.

Las cejas de Blaine se alzaron al oír el título, y su sonrisa se ensanchó. Duncan explicó rápidamente su relación con el clan y

con Nessa.

—Espero tener la oportunidad de ganarme vuestro respeto en el futuro, *milady* —respondió Blaine en su honor.

—También yo, sir Blaine. —Sonrió, escuchando tanto la sinceridad como la jovialidad en su tono.

Blaine se despidió, cogiendo a Duncan del brazo y saludándola con una sonrisa. Duncan aprovechó la oportunidad para preguntarle al lord por un jinete para la misiva. Al explicarle los detalles, el rostro del lord se endureció, pero luego se suavizó y comprendió. Este le indicó a Anna que se acercara.

—Lo menos que puedo ofreceros es ver entregado este importante mensaje. Me siento honrado de tener la oportunidad de devolver algo de lo que habéis hecho por nosotros. Llevéis o no el tartán MacGregor, siempre seréis bienvenidos aquí.

—Gracias por vuestra generosidad, lord. Significa mucho para mí. —Anna inclinó la cabeza. Se dirigió hacia donde la esperaban Iain y Malcolm, mientras un juguetón Trean la aguardaba impaciente en la carreta. Iain se colocó en silencio el *sgian dubh* en el cinturón. Anna enarcó una ceja en señal de pregunta. Él asintió brevemente.

Tras unos minutos más de conversación, se despidieron de los Graham. Anna soportó con una sonrisa el entusiasta saludo del cachorro de lobo, que apenas pudo evitar que su redondo cuerpo se desparramara por sus brazos mientras le lamía la cara. Lo colocó delante de ella en la silla de montar y él se acomodó en su lugar habitual, observando el paisaje circundante.

—¿Blaine se casará con Nessa? —Abandonaron la aldea en silencio, con el suave canto de Liam a los caballos como único sonido. Anna abordó el tema que más le preocupaba.

—¿Qué pensáis de él? —replicó Duncan.

Anna le dio su opinión basándose en su ligera observación.

—Sí, así lo veo yo también. Es algo que mi padre considera. Fortalecer las alianzas existentes o formar una nueva. Hay beneficios estratégicos. Habéis visto el tamaño de su clan. Hay beneficios mutuos que el comercio regular proporcionaría. Tienen un gran número de guerreros y serían un poderoso aliado. Si el

lord os pidiera consejo, ¿qué le aconsejaríais?

—No ofrecería consejos más allá de conocer mejor a Blaine y a su clan. Tal vez una invitación para hospedarlo un mes o más estaría bien. Necesitaría pruebas firmes de que Nessa sería feliz y estaría bien cuidada antes de aceptar cualquier matrimonio para ella.

—Exactamente lo que habría esperado de la guerrera de Nessa —replicó Duncan. Varios de los hombres asintieron.

—Entre otras cosas, Duncan MacGregor, seguro que lo soy. Cualquier hombre que no la tratara como se merece agradecería la muerte antes de que yo acabara con él. —Sonrió al oír el título. Anna se sorprendió a sí misma con la pasión de sus palabras.

—Compadezco al hombre que invitara a tal cosa —añadió Iain, con una sonrisa en el rostro.

Los hombres rieron ante la declaración de Iain, y una pacífica camaradería se apoderó del grupo. Anna miró la pequeña y peluda figura de Trean que tenía delante. No había pasado mucho tiempo con él en los últimos dos días, aunque Liam le aseguró que los mozos de cuadra se habían turnado para alimentar y jugar con el joven lobo, ganándose su afecto. El cachorro parecía feliz de estar de nuevo con ella, acariciándola y lamiéndole las manos continuamente.

Anna suspiró, observando a los demás mientras intercambiaban historias y risas, con el ánimo alegre por la llegada a casa. Inclinó un ojo hacia el cielo despejado. ¿Era mucho pedir un viaje tranquilo?

CAPÍTULO 17

Hacia el final del día, el grupo de MacGregor se detuvo a acampar junto a un arroyo. Anna y Duncan hicieron una trampa para peces con las ramas de un árbol, con la ayuda de Donnan, y pescaron suficientes truchas para la cena. Mientras preparaban los alimentos, Anna hizo una demostración a los hombres de algunos bloqueos y lanzamientos conjuntos, explicando cada uno de ellos.

Cada vez que ejecutaba un lanzamiento o los ponía de rodillas con una llave, los ojos de los hombres se redondeaban con incredulidad.

Consciente de que al día siguiente estarían doloridos, Anna hizo un alto a tiempo para comer. Lanzó una mirada sonriente a Duncan y se dio cuenta de que había vuelto a fruncir el ceño. Arrugó la frente, confundida, pero lo dejó pasar. Como la noche anterior, él le contaría lo que estaba pensando si lo deseaba.

—Perdonadme, Anna, si no soy educado, pero la curiosidad me ha invadido. ¿De dónde habéis sacado vuestros conocimientos de lucha? Tenéis una colección de habilidades que ninguno de nosotros ha visto antes. —Mientras todos comían, Malcolm habló.

Anna miró a Duncan, sentado a su lado, con una leve sorpresa en el rostro. Sabía que él tenía las mismas preguntas, al igual que todos los MacGregor que la habían visto luchar, aunque él no le había pedido información. Pensando en cómo responder, echó un vistazo a los rostros alrededor del fuego, ya que todos esperaban su respuesta. Respirando hondo, habló del maestro Zhang y de cómo había llegado a estar al servicio de su padre. Describió sus enseñanzas con todo detalle, desde las artes curativas hasta el combate armado y desarmado. Describió las armas y los juegos de estrategia que había enseñado, incluidos el ajedrez y el Yi. Había habido largas discusiones sobre batallas históricas en esta tierra y en la suya propia, analizando la sabiduría y la locura de cada una utilizando mapas y dibujos para explicar los detalles, mostrando cómo cada decisión afectaba a los resultados.

Anna habló de las continuas preguntas diseñadas para hacerla considerar todos los ángulos de cualquier situación, sin emoción, viendo más allá de las artimañas, buscando posibilidades y soluciones donde ninguna parecía aparente. Relató las disciplinas mentales, a través de la meditación, el difícil acondicionamiento físico y el encarcelamiento, explicando los beneficios de estas disciplinas con un celo que habría enorgullecido a Zhang.

Comprimió casi dos décadas de experiencias y formación, cesando cuando por fin se le secó la boca y echó mano a un odre. Hubo un largo silencio antes de que alguien hablara.

—¿Vuestro padre permitió que encarcelaran a su única hija durante días? —preguntó Malcolm con incredulidad.

—Sí, y me sirvió de mucho cuando llegué aquí. —Hizo un gesto a Duncan para que respondiera. Dudando, contó a los hombres su comportamiento durante los cinco días de cautiverio con ellos. A todos les sorprendió el trato que había recibido. Todos sabían que estaba retenida, pero desconocían las condiciones. Iain se levantó de un tirón y se alejó del fuego. La mueca en el rostro de Duncan le dijo que aún tenía fuertes sentimientos por su encarcelamiento. Pensándolo bien, la ira que había albergado se había desvanecido en un recuerdo lejano.

Anna pensó en su responsabilidad de transmitir los conocimientos que se le habían confiado. El maestro Zhang siempre hablaba de sí mismo como un eslabón más de una larga cadena que se extendía a lo largo de los siglos. Dijo que un día le tocaría a ella ser ese eslabón. Ante ella estaba la oportunidad de transmitir estas habilidades y proteger a su nuevo clan. Decidió pedir permiso al lord para entrenar a quien quisiera. Contribuiría a la fortaleza del clan MacGregor lo mejor que pudiera. Tal vez incluso podría convencerlo de que le permitiera enseñarle a Nessa algunas habilidades. El mero hecho de saber que podía manejar una daga aliviaría parte de la preocupación de Anna una vez que Nessa se casara y se mudara a su nuevo hogar.

Para cambiar de tema y distender los ánimos, Anna se levantó. Cogió una daga y talló un tosco círculo a la altura de la cabeza en un gran árbol cercano, con un círculo más pequeño en el centro. Desenrolló el dardo de cuerda que llevaba en la cintura y comenzó una demostración. Anna explicó su uso, dando repetidamente en el blanco. A continuación, lo guardó y les mostró el cuchillo arrojadizo que llevaba oculto en el brazalete, junto con los pinchos arrojadizos de acero.

—¿Qué tal un combate amistoso de lanzamiento de cuchillos? El ganador elige la guardia. —Cuando Duncan vio los pinchos, sonrió y sacudió la cabeza. Anna supo que reconocía otra arma que había tenido en su poder mientras estuvo cautiva. Rápidamente las lanzó contra la diana del árbol. Anna pidió permiso a Duncan. Sus mejillas sonrientes respondieron

afirmativamente.

Los hombres acogieron el desafío con entusiasmo. Cada uno se alineó para su turno y apostó por el resultado. Como no habían visto antes un cuchillo como el suyo, todos querían tener la oportunidad de usarlo.

—Estos pinchos, ¿los habéis usado para abrir la cerradura de vuestra celda? —Duncan se deslizó detrás de ella y le susurró al oído.

—Aprendéis rápido, señor. —Le besó en la mejilla.

—¿Qué otras armas teníais escondidas? —Se rio entre dientes.

—Nunca os lo diré, por si se os ocurre la tonta idea de volver a encarcelarme. —Anna le dedicó una sonrisa socarrona.

—Nunca se me ocurrió encarcelaros. —Su sonrisa se desvaneció.

Anna siempre se lo había preguntado, pero no sabía qué decir, así que volvió al concurso.

Liam fue declarado ganador. Había anochecido y se asignaron las guardias. Iain se acercó a Duncan y Anna, con una expresión de dolor en el rostro, y les indicó que lo siguieran fuera del alcance de los demás.

—Quiero disculparme con vosotros y con Anna por mi falta de respeto de antes.

—No temáis, amigo mío. Mi reacción fue muy parecida a la vuestra. He discutido durante días con el lord, intentando comprender su sabiduría. Aunque en aquel momento no estaba de acuerdo con él, me he dado cuenta de que yo habría hecho algo parecido, aunque con mejores comodidades. —Duncan le ofreció la mano e Iain la tomó con vacilación. Duncan miró a Anna en busca de su respuesta.

—Eso es pasado, Iain, y no sirve de nada insistir en ello. Las cosas han cambiado considerablemente. Aunque os agradezco la preocupación, no reflexionemos más sobre ello. —Anna le dio una palmadita en el brazo y le sonrió.

Apaciguado, Iain hizo la primera guardia.

—¿Discutisteis con vuestro padre durante días por cómo me trataba? —Anna enfrentó a Duncan.

—Sí, aunque discutir sería una palabra demasiado educada. Nunca había estado tan enojado con mi padre en toda mi vida. Me enfurecí con él. Mirando atrás, me sorprende que no me hiciera daño. —La miró fijamente.

—¿Por qué lo haríais, por un extraño? —Anna se sorprendió por la emoción en su voz.

—Os he amado desde el momento en que os vi, aunque entonces no lo sabía. Sospecho que la única razón por la que mi padre me dio margen fue porque se dio cuenta de lo que sentía por vos mucho antes que yo. Anna, os amo y no puedo imaginar pasar un solo día sin que estéis conmigo. Quiero que seáis mi esposa y la madre de mis hijos. He ocultado la fuerza de mis sentimientos, esperando ganarme vuestra confianza y vuestro corazón. Estoy dispuesto a daros todo el tiempo que necesitéis, pero sabed que estoy dispuesto a hacer cualquier cosa para que me pertenezcáis. —Con su rostro junto al de ella, gruñó. La sujetó con tanta fuerza que la sorpresa le robó el aliento.

La fuerza de su declaración la dejó atónita. Anna había percibido que él sentía algo muy fuerte, pero no comprendía la profundidad de sus sentimientos ni cuándo habían comenzado. Recordó sus palabras al bárbaro, Angus, acerca de que ella sería su futura esposa si lo aceptaba. Sus palabras fluyeron sobre ella como el calor del sol al disipar sus dudas. Cuando las palabras «esposa y madre» se asentaron en su mente, descubrió que no evocaban miedo y aversión como en el pasado. Viniendo de este hombre, le inspiraban una sensación de paz y rectitud. Mientras se deleitaba en su amor, Duncan se relajó y Anna se dio cuenta de que ya había pasado el momento de responder.

—No os alejéis de mí, Duncan MacGregor, nunca. Nunca he mirado a otro hombre como os miro a vos. —Sujetándole por la cintura, Anna tiró de él hacia sí con toda la fuerza que pudo reunir. Tomando aliento, continuó—. Sabéis que todo esto es nuevo para mí. No conozco bien mi propio corazón, pero sé que os amo con una ferocidad que me asusta.

Los ojos de Duncan brillaron. Anna aflojó el agarre.

—La idea de casarme y tener hijos siempre fue el peor futuro que podía imaginar, porque sabía que sería con un hombre al que

no querría, que no me querría de verdad. Deseo ser vuestra esposa, y madre de nuestros hijos. Sin embargo, debéis entender lo que pedís, porque no soy como vuestra madre o vuestra hermana. Soy una guerrera, y seguiré siéndolo después de convertirme en vuestra esposa y dar a luz a nuestros hijos.

Duncan se estremeció ante sus palabras, y Anna se preguntó por qué.

Duncan pensó que había presionado demasiado, asustándola y haciéndola retroceder. Interiormente maldijo su estupidez. Necesitaba alejarse, darle espacio, pero Anna lo sorprendió sujetándolo y atrayéndolo bruscamente hacia ella. Su amenaza de no apartarse nunca le arrancó una sonrisa de la que estaba seguro que nunca se iría. Entonces, escuchó las palabras más dulces que jamás habían llegado a sus oídos. Ella le quería tanto que le daba miedo. Su confesión le produjo tal euforia que se estremeció.

Sin embargo, sus siguientes palabras apagaron su alegría como si la arrojara a un lago en pleno invierno.

«Siempre seré una guerrera».

De inmediato, Duncan oyó resonar en su cabeza las palabras de su padre.

«Creo que no hay mucho que la muchacha no pueda hacer. Podría ser vuestra mayor alegría y vuestra mayor frustración. No se someterá a ningún hombre fácilmente. Puede que os sea más fácil luchar contra dragones».

La parte tranquila de él le recordó que esto seguía siendo una cacería. Aunque mucho se había logrado entre ellos esta noche, aún quedaba mucho por desentrañar, por desenredar. La sabiduría le aconsejaba saborear su amor, seguir alimentando la confianza que habían desarrollado y dejar las batallas futuras para los días venideros. Que el hecho de que ella reflejara el mismo amor y pasión fuera suficiente, por ahora.

—No podéis saber lo feliz que me hacen vuestras palabras, mi amor.

—¿Todas? —Anna se echó hacia atrás. El familiar retumbar en su pecho volvió, mientras él se reía de su pregunta, encendiendo la llama en su interior.

—No tenemos que decidir todo nuestro futuro esta noche. Me

basta con saber que me amáis como yo os amo, y que reconocéis que somos el uno para el otro. El resto lo negociaremos sobre la marcha, ¿vale?

Anna sonrió, dándose cuenta de la táctica evasiva mientras él la pronunciaba. Tenía razón, habría tiempo de sobra para resolver su relación. Ahora sabía que ella no se convertiría en una sumisa dama de la torre si se casaban. Un pensamiento repentino acudió a su mente. Tenía que asegurarse de que no hubiera malentendidos.

—Duncan, fui educada en la iglesia. Conozco las diferencias entre las tradiciones escocesas e inglesas. No voy a estar de acuerdo solo con que pidáis mi mano. Si nos unimos, será un matrimonio permanente, ¿de acuerdo?

—Sería un insulto ofreceros eso, corazón mío. Cuando nos casemos, será en la iglesia, delante de Dios y de nuestro clan de por vida. Seré fiel y me comprometeré sólo con vos. Tenéis mi palabra. Además, no tengo intención de daros la oportunidad de dejarme. —La calidez de su sonrisa disipó sus temores.

—Igualo vuestra promesa de fidelidad con la mía. Deberíais saber que mutilaría a cualquier mujer que intentara interponerse entre nosotros. —Anna se aferró a su camisa y sonrió. Se puso de puntillas para besarle—. No soy una mujer dócil, Duncan MacGregor.

—Esa es una de las razones por las que os amo.

Este beso comenzó como otros que compartieron, pero rápidamente se convirtió en algo más. Era como si antes hubiera reprimido tanto sus palabras como sus expresiones de amor. Su beso la reclamó, la poseyó y la marcó como suya. Anna lo apartó del campamento, fuera de la vista de los hombres. Sus manos se introdujeron bajo su túnica y forcejeó para quitársela. Asaltó su boca con la suya, tomando lo que quería, lo que necesitaba. La cogió por las muñecas y rompió el beso.

—No podemos. Si seguimos, no podré parar. Quiero proteger vuestra virtud hasta nuestra noche de bodas. —Su voz se ensombreció.

—No quise hacerlo… lo siento —murmuró Anna, sorprendida por su comportamiento licencioso.

—No os disculpéis. Uno de los mejores regalos que una

mujer puede hacer a un hombre es corresponderle pasión a pasión. Es demasiado pronto para liberarla, pero no quiero que tengáis el malentendido de que deseo algo menos que el fuego que demostráis cuando estamos a solas.

—No sabéis lo que pedís. Después de casarnos, tengo toda la intención de quemarte noche tras noche con el mismo fuego del que habláis. —Una vez más, sus palabras calmaron sus temores, ayudándola a recuperar la confianza.

—¿Tengo permiso para anunciar nuestro compromiso? —le susurró al oído haciéndola girar y la abrazó por detrás.

Anna se inclinó hacia él, sintiendo su excitación punzándole el trasero.

—Si lo hacéis, Duncan MacGregor, no hay vuelta atrás.

—No sabéis cuánto he deseado escucharos decir esas palabras. —La besó en la mejilla y la llevó de vuelta al campamento—. Debo advertiros, los hombres volverán a referirse a vos como *lady* Anna, ahora que vamos a casarnos.

Con la cabeza en las nubes, Anna prefirió ignorar esta información. A medida que se acercaban al campamento, los hombres los miraban, intentando no quedarse mirando. Duncan apretó su mano y un escalofrío recorrió su brazo, su pecho y su corazón. Esperó. Uno a uno, captó la mirada de cada hombre. Cuando tuvo toda su atención, dio un paso al frente.

—Declaro mis esponsales con Anna de los clanes Elliot y MacGregor.

Los hombres se agolparon a su alrededor, dándole palmadas en la espalda a Duncan y expresando sus felicitaciones. Tras una ronda de bromas para Duncan y buenos deseos para Anna, los hombres se retiraron a sus puestos.

Anna se tumbó en los brazos de Duncan y trató de descansar. Demasiado emocionada para dormir, jugó con Trean hasta que se cansó y se acurrucó contra ella. Permaneció en silencio, escuchando la respiración uniforme de Duncan. Por fin se durmió, pero se despertó cuando él se levantó para su turno de guardia. Cuando le siguió, él intentó convencerla de que se quedara, pero ella no se dejó disuadir.

Duncan se sentó en el suelo contra un árbol, la espalda de

Anna contra su pecho, las manos de él acariciándole el cuero cabelludo, el cuello y los hombros. Escuchaban los sonidos de la madrugada en el bosque. Aunque no se dirigían la palabra, algo místico pasaba entre ellos en aquel silencio.

—Si estuvierais prometido a una mujer gentil, no tendríais su compañía durante la guardia, ni contaríais con un segundo par de oídos y ojos entrenados en los que confiar. —El tiempo pasó volando, y mientras regresaban al campamento, ella no pudo resistir el impulso de bromear.

—Ah, tampoco estaría luchando contra mi cuerpo para comportarme cuando debería estar observando y escuchando. —La rodeó por la cintura, atrayéndola.

—Oh, sí que lo haríais, aunque en lugar de tenerme cerca, vuestros pensamientos serían sobre mí en nuestra cama.

Antes de que Duncan la soltara, se ganó una sonrisa y un apretón. Con los dedos entrelazados, entraron en el campamento, donde Iain avivaba el fuego de la cocina.

Con peras compradas en el pueblo de Graham y miel de sus propias provisiones, Anna preparó una tanda de tortitas de avena para el desayuno. Los hombres las distribuyeron rápidamente y, al amanecer, se pusieron en marcha. Trean aún tenía sueño, así que lo subió a la carreta.

Las nubes amenazaban lluvia y el aire era frío. Anna temblaba, agradecida por la lana que habían comprado. Estaba deseando ver todo su inventario cuando llegaran a casa. A casa. Ya casi estaban en casa.

CAPÍTULO 18

A media mañana, una ligera lluvia caía sobre la fiesta de los MacGregor, el cielo del gris opaco del metal deslustrado. Los hombres parecían ajenos a las molestias de la humedad, pero Anna se alegró de volver a sentir la pequeña y cálida figura de Trean arropada contra ella por debajo de su tartán. Los cubrió con su paño engrasado y encontró algo de alivio de la lluvia mientras

serpenteaban por la linde del bosque. Su camino seguía cerca del río, con los árboles espesos a un lado y el río al otro.

Un cosquilleo subió por la nuca de Anna, alertándola de la presencia de otras personas. Al notar la tensa línea del cuerpo de Duncan, supo que él sentía lo mismo. Empujando a Trean dentro de una alforja, Anna aflojó las ataduras de su arco atado a la silla de Orión.

Una saeta de ballesta alcanzó a Duncan en el muslo. Gruñó y se quedó mirando sin comprender la flecha emplumada.

—¡En los árboles al noroeste! —gritó Anna. Con rapidez tensó su arco y alcanzó al primer hombre que vio.

Un segundo impacto alcanzó a Duncan, esta vez en el hombro, haciéndole girar en la silla por la fuerza. Colocando a Orión entre Duncan y los atacantes, Anna envió otra flecha a un enemigo.

Con un grito, Liam y Ross detuvieron los carros. Donnan y Rory dispararon sus ballestas, alcanzando a otro de sus enemigos desconocidos. El hombre cayó al suelo desde un árbol, retorciéndose de dolor. Iain y Malcolm bajaron a Duncan del caballo y lo pusieron en pie junto al carro. El acero crujió contra el cuero mientras desenvainaban las espadas para proteger a su capitán. Al girar a Orión para atacar de nuevo a los hombres ocultos, Anna encontró otro blanco, y este también cayó bajo su arco.

—No ataquéis a la mujer, vale el doble ilesa. —Un grito sonó desde los árboles.

El estremecimiento casi la doblega al darse cuenta de que ella era la razón del ataque, la razón por la que Duncan cayó herido. Cabalgó entre los carros y sus atacantes, buscando un objetivo. Más de una docena de hombres salieron de su escondite. Corrieron hacia los carros, con espadas y hachas desenvainadas. Derribó al primero con una flecha. Rory y Donnan dispararon otra descarga con sus ballestas, matando a dos más.

Anna volvió a tensar el arco, quitó las alforjas de la grupa de Orión y las deslizó bajo el asiento del carro más cercano. Rápidamente desenvainó sus espadas e hizo avanzar a su caballo, cargando contra los atacantes que se acercaban. Dos hombres más

encontraron la muerte cuando ella los abatió con un tajo de sus espadas.

—¡Maldita sea, mujer, vuelve aquí! —gritó Duncan desde el otro lado del campo.

Ignorando su orden, Anna escudriñó la zona en busca de arqueros. Al no encontrar ninguno, hizo girar a Orión y corrió hacia el grupo que estaba atacando las carretas. Con un sobresalto, reconoció a Alain liderando la carga. Era *su* voz gritando órdenes. Aunque el número de atacantes se había reducido, diez contra ocho, Duncan no estaba en condiciones de luchar. A duras penas se mantenía en pie, espada en mano, mientras esquivaba a un atacante.

Descendiendo de la espalda de Orión, Anna flanqueó al enemigo. Igualó las probabilidades al derribar a uno de los dos hombres que atacaban a Liam. El grueso del grupo se agolpó junto a Iain y Malcolm, que seguían protegiendo a Duncan.

Envainando una espada, lanzó su cuchillo, atravesando la espalda del hombre más cercano a Iain, dejándole dos a los que enfrentarse. Luego lanzó sus púas de acero contra los dos hombres siguientes, hiriéndolos, lo que dio a Ross la oportunidad de acabar con uno, y a Malcolm con el otro. Además, Iain mató a uno más. Anna volvió a desenvainar su espada y se colocó al lado de Duncan.

—¡Alain! —gritó Anna.

Él la encaró. Había olvidado lo grande que era, pero las cosas habían cambiado. Ya no era una prisionera desarmada bajo su vigilancia, estaba preparada para el enfrentamiento. Detrás de ella, un gruñido agudo y un aullido le dijeron que Trean se había escapado de su bolsa. Lo apartó de su mente y pensó en el hombre que tenía delante.

Alain empuñaba un hacha *lochaber*, cuyo garfio le guiñaba un ojo desde el extremo de la pesada hoja. Anna envainó sus espadas y desenrolló rápidamente su dardo de cuerda. Con su arma más larga, no podía dejar que se acercara demasiado. Cuando comenzó su danza, el desprecio burlón de Alain se transformó en confusión. Se dispuso a cargar, pero vaciló al oír el zumbido de la tela roja que cortaba el aire cuando ella le acercó la espada.

Anna envolvió el cabo alrededor de sus hombros y brazos, acortando su alcance, y él reanudó su carga. Con un fuerte tirón, ella impulsó el dardo hacia delante, clavándoselo profundamente en el muslo. Tirando con fuerza de la cuerda, soltó la hoja y le hizo tambalearse. Hizo girar el dardo de un lado a otro. Los dos últimos hombres supervivientes de su compañía huyeron, dejándole atrás. Alain gruñó.

—¿Por qué, Alain? ¿Por qué habéis atacado?

—¡Porque MacGregor eligió a una puta inglesa antes que la lealtad de un miembro del clan! —Escupió al suelo.

—¡Gran tonto, ella era una invitada a nuestra mesa, bajo la protección de mi padre! —Duncan gruñó. Iain y Malcolm avanzaron. Una ráfaga de aullidos irrumpió en el cuadro.

—¡No! ¡Es mío! —gritó Anna. Los hombres se detuvieron, con las manos flexionadas sobre sus armas. Ella centró su atención en el zoquete que tenía delante. —Eso no lo explica todo, Alain. Teníais una veintena de hombres contigo. Esto es más grande que vuestra mezquina venganza contra MacGregor. Os oí gritar que valgo más viva que muerta. ¿Para quién?

—Pronto lo sabréis. Aunque no viva para verte en vuestro nuevo hogar y con vuestro nuevo marido, no dudo que otros serán enviados a terminar la tarea. —Cojeaba hacia ella, la sangre manaba libremente de la herida de su pierna. Siguió la bandera roja mientras zumbaba en el aire.

Anna pateó la espada hacia su corazón, un golpe mortal. Al no ser lo bastante rápido para desviarlo con su pesada hacha, Alain se movió para esquivar su arma. La espada no dio en el blanco, abriéndole un corte en el brazo. Girando y enrollando la cuerda a su alrededor, le mantuvo a raya, lanzando la hoja de forma imprevisible. Al cabo de unos instantes, dejó de avanzar. Sangrando por multitud de heridas, parecía no tener ya fuerzas para cargar. Sujetando su hacha con ambas manos, Alain se esforzó por esquivar su arma. Anna lanzó su dardo hacia él, justo en el centro. Como era de esperar, él lo desvió con el mango de su hacha. Haciendo girar rápidamente el mango, atrapó la cuerda entre la cabeza y el mango de su gran hacha. Otras dos vueltas aseguraron su arma al hacha. Anna se dejó arrastrar hacia él.

Aprovechando el impulso que Alain le daba, giró sobre sí misma y desenvainó las espadas. Él dejó caer su hacha, ahora enredada, y desenvainó un puñal de hoja larga. Antes de que pudiera alcanzarla, ella completó su giro y le clavó ambas espadas en el pecho.

Anna se detuvo sólo un momento antes de correr al lado de Duncan. Aunque seguía consciente, había perdido mucha sangre, *demasiada*. Al evaluar rápidamente a los demás, descubrió que Liam tenía un corte profundo en el muslo, y Rory un corte en el pecho. Ross sangraba por una serie de pequeñas heridas en la cabeza y la pierna. Iain y Malcolm, a pesar de los cortes, estaban prácticamente ilesos.

Entonces, Anna vio a Donnan, con un perno clavado en el pecho y los ojos inmóviles. Cerró los ojos brevemente y se volvió hacia Duncan. El perno de la pierna no le había atravesado todos los orificios, pero sí el del hombro. Le arrancó la punta y lo empujó mientras Malcolm le aplicaba presión en la parte delantera y trasera del hombro con vendas recuperadas del carro. Con Iain sujetando firmemente la pierna de Duncan, Malcolm retiró el perno. Anna presionó la herida para detener la hemorragia, ganándose un gruñido de dolor de Duncan. Un cuerpo cálido y peludo se apretó contra ella y Anna levantó la vista, sorprendida. Trean se había tumbado en el suelo a su lado, con el hocico sobre las patas y la mirada fija.

—¡Atrás, Trean! —le advirtió. Como si la hubiera entendido, movió el cuerpo una vez y luego se quedó quieto, aunque sus ojos seguían todos sus movimientos.

Con manos temblorosas, Anna hizo un emplasto de milenrama y corteza de rosa para detener la hemorragia, mezclada con clavo y llantén para prevenir la infección. Dejó que sus habilidades curativas se apoderaran de ella, apartando sus emociones. Se dijo a sí misma que estaba tratando a un guerrero caído, no a su futuro marido. No al hombre que amaba. Limpió ambas heridas con el *whisky* que Iain había preparado y aplicó el compuesto a las heridas, uniéndolas firmemente. Se acercó a Liam y a Rory y los cosió. Liam se estremecía cada vez que la redondeada aguja entraba y salía de su carne desgarrada, y tiraba

con fuerza de la botella de *whisky*. Rory yacía inconsciente, una bendición, mientras la herida de su pecho llegaba hasta el hueso. Las heridas de Ross resultaron poco profundas y más fáciles de tratar.

Iain, Malcolm y Anna discutieron sus opciones. Estuvieron de acuerdo en que no debían mover a los hombres durante al menos un día. No se atrevían a arriesgarse a reducir aún más su número enviando a alguien en busca de ayuda. El hogar seguía estando aproximadamente a un día de camino.

Iain y Malcolm permitieron que Anna tratara un par de heridas más pequeñas que ella no había detectado inicialmente y que sólo necesitaban unos pocos puntos de sutura. El hecho de que no tuviera ninguna herida sólo la enfureció aún más, creándole un sentimiento de culpa más profundo. Encendió un fuego para cocinar mientras Iain y Malcolm buscaban entre los caídos. Recogieron lo que podía ser útil y apilaron los cadáveres a un trecho a sotavento para quemarlos.

Cuando terminaron, había un montón de armas apiladas en el carro. En el botín se incluían dieciocho caballos ensillados que estaban a unos metros del lugar de la emboscada.

—Se los encontré a Alain. Pensé que podríais saber de dónde venían. —Iain se acercó. Dejó caer en su regazo una bolsa de monedas de plata, junto con una nota que permitía el paso seguro al portador. El sello de la nota era inconfundible. *El conde de Northumberland*. Las tripas de Anna se estrujaron al ver confirmadas sus sospechas. El hombre había hecho varios intentos en el pasado en nombre de su hijo por su mano. Ahora ofrecía un pago por su captura. Con esta información, Anna sabía en sus huesos que él era quien había ordenado el ataque a su casa, quien había ordenado matar a su familia. Guardó los objetos para pensar en ellos más adelante, concentrándose únicamente en la salud de Duncan y sus hombres.

Duncan sufría un dolor evidente. Trean se había acercado a él, con su pequeño cuerpo apretado contra el costado del hombre, la mano de Duncan apretada en el abrigo de felpa. Anna comprobó los vendajes. La hemorragia se había detenido en ambas heridas, aunque sabía que el movimiento podría abrirlas de nuevo. La

verdadera amenaza sería la infección y la fiebre. Los hombres necesitaban tiempo para curarse, pero sentarse aquí los dejaba expuestos.

Mientras los hombres terminaban sus tareas, Iain permaneció al lado de Anna mientras ella revolvía una olla de estofado y preparaba una gran tanda de té medicinal para los heridos. Ningún té podía aliviar su dolor. Inquieta, revisó a Rory, quien aún yacía inconsciente en la parte trasera de la carreta, y puso a Duncan lo más cómodo posible. Malcolm hizo la primera guardia mientras Anna permanecía al lado de Duncan, acariciando distraídamente el suave pelaje de Trean. Colocó sus espadas en el suelo, al alcance de la mano, por si se producía otro ataque. Contemplando el resplandor del fuego en la ladera donde ardían sus enemigos, sus pensamientos volvieron varios días hacia el sur.

—¿Quién era, Anna?

—El conde de Northumberland. Su hijo me persiguió durante años. Me persiguió hasta el punto de que su padre se ofreció a comprarme, como si fuera ganado en el mercado. —Inspiró profundamente, sacando fuerzas del amor y la preocupación que oía en la voz de Duncan. Con un estremecimiento involuntario, le entregó a Duncan la bolsa de monedas y la carta de salvoconducto —. Oí a Alain gritar que yo valía el doble ilesa. Este hombre me está buscando por toda Escocia, hiriendo a gente que me importa. ¿Qué voy a hacer? —La desesperación ahogó su voz.

—He conocido a Alain toda mi vida. Era demasiado orgulloso y equivocado, pero no era estúpido. No le habría dicho al conde dónde estáis. Si lo hubiera hecho, el conde habría enviado agentes suyos para hacer el trabajo. Entonces Alain habría perdido una bolsa, y posiblemente su vida. El conde ahora sabe que vivís en Escocia, pero no con la gente de vuestra abuela. Cualquier hombre tan decidido ya se habría asegurado de eso. —Duncan respiró entrecortadamente.

Anna reflexionó sobre su lógica, con los dedos acariciando la barriga de Trean mientras dormía, con las patas en el aire. Sonrió al ver al cachorro tan relajado.

—La pregunta que necesito que me respondáis es: ¿os seguirá persiguiendo si sabe que estáis desposada? —Duncan le tocó la

mano.

La idea la estremeció. ¿Lo haría? Realmente no lo sabía.

—Los hombres como el conde toman lo que quieren, sin importar la ley. Yo ya no tendría mi virtud, pero si su hijo aún me deseara, dudo que importara. ¿Quién podría enfrentarse a él si lo hiciera? Gobierna el norte de Inglaterra para la corona. No está fuera de su alcance pedir la anulación a la Iglesia en mi nombre.

—¿Quién es este hijo suyo que tomaría a la esposa de otro hombre como propia? —Duncan frunció el ceño.

—Henry es un hombre repugnante y despreciable al que podría derrotar fácilmente en una pelea justa. Le han enseñado a tomar lo que quiere sin importarle las consecuencias. Aunque carece de la astucia de su padre, es una criatura vil. Él es una de las razones por las que evito cualquier interés de los hombres. Lucharía hasta la muerte antes que someterme a él. —El labio de Anna se curvó al pensar en aquel hombre.

—Anna, seréis mi esposa y os *mantendré* a salvo. No puedo perderos a vos también. —Levantándose bruscamente sobre un codo, Duncan la miró fijamente.

Mientras parpadeaba para evitar las lágrimas, Anna asintió con la cabeza, aunque algo confusa por sus palabras.

«¿Perderme a mí también?»

—Por favor, prometedme que no volveréis a hacer algo tan tonto. Cargasteis con todos ellos por vuestra cuenta. —Duncan negó con la cabeza, adelantándose a su pregunta.

—Sólo cargué cuando oí a Alain gritar que no me hicieran daño. De lo contrario, no lo habría hecho. —Anna oyó la súplica en su voz, y no pudo enfadarse con él por cuestionar sus habilidades.

A juzgar por el ceño fruncido, sus palabras no tuvieron el efecto tranquilizador que ella esperaba, pero Duncan no insistió. Se acurrucó junto a él, rodeándole el hombro bueno con un brazo y pasándole los dedos por el cabello. Duncan se calmó y se acomodó bajo sus caricias, hasta que se sumió en un sueño intranquilo. Continuó acariciándolo, observándolo mientras dormía, hasta que Malcolm le dio un ligero toque en el hombro, avisándola de su cambio de guardia. La culpa y el miedo por

Duncan la invadieron mientras escuchaba señales de otro ataque. Al igual que él, no podía soportar la idea de perderlo a él también.

¿Y si el conde había enviado hombres para seguir a Alain?

CAPÍTULO 19

Después de despertar a Iain para su guardia, Anna volvió a su cama. Antes de que se diera cuenta, la luz asomaba por el horizonte, señal de un nuevo día. Aturdida, se levantó para ver cómo estaban los heridos. Sólo Liam estaba despierto, con un aspecto mucho mejor. Sus mejillas habían recuperado el color y su herida parecía sana.

—Habríamos acabado sin vosotros, muchacha. Ayer matasteis a más hombres de los que os correspondían y luego nos curasteis a todos.

—Liam, no lo entendéis. Si no hubiera sido por mí, hoy estaríais en casa. Esos hombres fueron enviados para capturarme. Es culpa mía que nos atacaran, que estéis todos heridos y que Donnan yazca muerto. —Sacudió la cabeza.

—Venid ahora, muchacha. Alain estaba loco. Buscaría su venganza de una forma u otra. Todos vimos lo que habéis hecho. Ahora eres parte de nosotros. Cualquiera que ataque a un MacGregor nos ataca a todos. Gracias a vuestra habilidad con el arco y la espada, vivimos. Por vuestra mano con la aguja y el hilo, pronto volveré a bailar. Y por vuestra valentía y generoso corazón, Duncan tendrá una hermosa novia que será una de las mejores defensoras del clan. La sangre de Donnan está en la cabeza de Alain, no en la vuestra.

—Gracias, Liam. —Abrumada por su declaración, Anna le besó la mejilla.

Liam le guiñó un ojo y se acercó cojeando a ver cómo estaba Rory, quien todavía no había recuperado el conocimiento. Acercándose cautelosamente a la parte trasera del carro junto a Rory, Liam le habló en voz baja, aunque nadie sabía si el hombre le había oído o no. Poco dispuesta a interrumpir un momento

íntimo entre hermanos, Anna se ocupó de preparar el desayuno. Tiró los restos de la tetera de la noche anterior y luego preparó más té mientras se cocinaban las tortas de avena. Haciendo una seña a Iain, se dirigió a la parte delantera del carro, donde no les oyeran.

—Me preocupa que estemos demasiado expuestos aquí. Dos de los hombres de Alain escaparon. No puedo evitar sentirme vulnerable aquí, con el bosque para ocultarlos y el río a nuestras espaldas.

—Sí, Malcolm y yo pensamos lo mismo. Pensamos que uno de nosotros debería adelantarse para encontrar un lugar más apartado para acampar. —La sonrisa fácil de Iain se volvió sombría. Dirigió la cabeza hacia los hombres heridos—. ¿Hasta dónde creéis que pueden llegar sin arriesgarse a sufrir más daños?

—Si se tumban en los carros, no creo que una hora de viaje lento les haga daño.

—¿Habéis reconocido a los hombres que iban con Alain? —Iain asintió y se volvió para irse. Recordando una pregunta que había olvidado hacer ayer, Anna le cogió del brazo.

—No, ninguno de nosotros, pero la madre de Alain era una Hamilton, un clan al sur de Edimburgo. Sospechamos que son ellos. Hemos colocado un puñal con la insignia del clan en el carro para preguntar cuando volvamos a casa. —Iain agitó la cabeza.

Anna se quedó mirando a lo lejos mientras pensaba en sus palabras. Iain ensilló uno de los caballos y galopó por el sendero.

Una hora más tarde, Iain regresó, habiendo encontrado un lugar mejor para acampar a tres estadios de distancia. Había explorado la zona a fondo y no informó de ninguna señal de actividad. Anna se permitió un suspiro de alivio. Para entonces, Rory había recobrado el conocimiento. Todavía tembloroso, se sentó con dolor y comió las últimas tortas de avena, dejando que Trean le lamiera las migas de los dedos.

Iain y Malcolm reorganizaron los carros, transfiriendo algunos de los bultos más ligeros a los caballos capturados, creando espacio suficiente para que Rory y Duncan se tumbaran en el carro, con un montón de heno entre ellos para Trean. Envolvieron el cuerpo de Donnan en su tartán y lo tendieron sobre

uno de los caballos, atándolo firmemente.

En el nuevo campamento, Anna inspeccionó a los heridos y les puso nuevos vendajes, agradecida de que el viaje no hubiera provocado nuevas hemorragias. Se instalaron para pasar el día, inquietos y alerta. Por la tarde, se acercaron cuatro jinetes. Iain, Malcolm y Anna los recibieron con cautela en el perímetro de su emplazamiento.

—Vimos el humo anoche y nuestro lord nos envió a investigar. —Su líder se identificó como Dougal MacFarlane.

Iain describió los acontecimientos del día anterior. Un murmullo airado se levantó entre los MacFarlane al oír que un grupo de aliados había sido atacado en sus tierras. No habían encontrado ninguna señal de los que escaparon y no reconocieron el escudo del clan cuando Iain se lo mostró. Anna sospechaba que los hombres habían regresado a las Tierras Bajas. Si eran Hamilton, ¿adónde más irían?

—Veo que tenéis un pequeño guardián. —Dougal caminó hasta donde Duncan yacía en el carro y lo saludó como a un viejo amigo. El gruñido juvenil de Trean le hizo sonreír. Manteniendo los dedos bien lejos de los afilados dientes de leche, se apoyó en el carro—. Enviaré a un hombre para que informe de la situación a nuestro lord. Cuando estéis listos, os escoltaremos a casa.

Acordaron reanudar el viaje al amanecer. Anna se quedó con Duncan toda la noche mientras los demás se repartían la guardia. Al amanecer, cargaron a los heridos en los carros, ataron a los caballos capturados y continuaron el viaje. Ya fuera por su nueva escolta o por la falta de enemigos, el viaje transcurrió sin incidentes. Al anochecer, llegaron a Ciardun.

Fueron recibidos por los guardias de la puerta, y rápidamente se corrió la voz de su llegada. El lord acompañó a la litera de Duncan al interior, y Mairi y Nessa le siguieron preocupadas. Rory fue colocado en la pequeña habitación que Anna utilizaba para curar. Una pequeña caja de madera llena de heno fue colocada en la habitación de Nessa para Trean. Después de velar por su comodidad, Anna dejó al adormilado cachorro en su nueva cama y corrió a la habitación de Duncan, en el tercer nivel de la torre norte, donde encontró al lord hablando con su hijo en privado, con

Mairi y Nessa merodeando junto a la puerta cerrada.

Anna, que esperaba impaciente, les relató brevemente la historia del viaje, omitiendo muchos detalles en beneficio de Nessa. Con los ojos muy abiertos, *lady* MacGregor puso a sus sirvientes en movimiento mientras abría la puerta y corría al lado de su hijo.

Mairi acercó dos sillas a la cama de Duncan y ocupó una. Se dedicó a Duncan mientras Anna y Nessa preparaban emplastos y vendajes frescos. Para mantener la mente ocupada y alejada de la realidad de su paciente, Anna aprovechó la ocasión para enseñarle lo que había hecho hasta entonces y por qué. El lord la miró brevemente y salió de la habitación.

Duncan parecía estar mejor, pero Anna sabía que la infección de esas heridas mataba tan a menudo como la propia herida. Incapaz de contener su profundo sentimiento de culpa al verlo herido, Anna evitó el contacto visual, apartando rápidamente la mirada cuando él intentaba atrapar la suya. Sabía que él intentaba consolarla, pero su necesidad de hacerla sentir mejor no contribuía a mitigar su sentimiento de culpa. Con Mairi y Nessa presentes, no hubo oportunidad de que hablaran en privado.

Un suave golpe sonó y Mairi se levantó para responder a la llamada. Malcolm se asomó.

—*Lady* Anna, el lord os ruega que le acompañéis abajo.

Al llegar a la sala del lord, MacGregor se levantó de su silla frente al fuego.

—Por favor, sentaos. ¿Puedo ofreceros vino? —Hizo un gesto hacia el asiento contiguo. La voz y la expresión de MacGregor no le dieron ninguna pista sobre su estado de ánimo.

Anna asintió, aceptando la copa sin decir palabra. Bebió un largo trago y dejó que el oscuro líquido le calentara las entrañas mientras la bebida recorría su sangre.

—Habéis vivido una gran aventura. Me gustaría oír vuestra versión.

Aunque su voz sonaba suave, la orden sonaba clara. Respirando hondo, Anna dejó la copa a un lado y comenzó a contar desde el día en que partieron hasta su regreso. Cuando llegó a la parte del ataque, le entregó la bolsa de monedas junto con la

nota del conde de Northumberland.

Ambos miraron fijamente al fuego durante largo rato. El miedo a la ira del lord por su responsabilidad y la posibilidad de que le pidiera que se marchara le roían las entrañas. Su predicción de que su presencia traería enemigos a su clan resonaba en sus oídos.

—Tengo entendido que vais a convertiros en mi hija por matrimonio. —Kenneth seguía mirando al fuego, con voz tranquila.

—Duncan me pidió que me casara con él hace dos días. —De todas las cosas que esperaba oír del lord, esta no estaba entre ellas, y tardó un momento en recuperarse. Anna contuvo la respiración, esperando su reacción, preguntándose si los recientes acontecimientos hacían inaceptables sus esponsales.

—Duncan me habló hace unas semanas de sus intenciones. Me alegro de que hayáis llegado a un acuerdo. —El lord debió percibir su incomodidad, porque sonrió.

La noticia la sorprendió, pero, pensándolo bien, no debería haberle sorprendido. Sabía que Duncan estaba muy unido a su padre y que buscaría su consejo y aprobación.

—¿No hay otro compromiso que queráis que él haga, entonces?

—No. No hay hijas en edad de casarse entre nuestros aliados en este momento, ni entre aquellos con quienes podríamos forjar un nuevo vínculo. Además, dudo que hubiera alguna diferencia si las hubiera. —Su sonrisa se hizo más profunda, pero las líneas de preocupación seguían marcando su frente. Anna quiso devolverle la sonrisa, pero el sentimiento de culpa se le clavó como una daga en el pecho.

—Está bastante decidido a teneros. Mi hijo siempre ha sido tranquilo, reflexionaba sobre la situación antes de actuar. Nunca lo había visto tan decidido y apasionado por alguien o algo. —El padre de Duncan se encogió de hombros.

—Lamento no aportar ningún beneficio a vuestro clan, aunque prometo servir fielmente. —Consciente de lo importantes que eran las alianzas para la seguridad y el bienestar de los clanes, a Anna se le retorció el estómago de culpabilidad, al darse cuenta

de que no aportaba nada a este matrimonio.

—Os equivocáis. Ya habéis salvado la vida de mi hijo y de mi hija, así como la de varios de mis hombres. —El lord entrecerró los ojos y frunció el ceño.

—Entiendo que penséis que este calvario es culpa vuestra, pero al igual que con Shamus, vosotros no instigasteis el ataque. Alain habría encontrado otra forma de meterse en problemas. Si hubiera permitido que Duncan lo matara cuando él quería, esto nunca habría sucedido. Así que ya veis, Anna, yo también me siento culpable de que mi hijo yazca arriba gravemente herido, y de que un buen hombre al que conozco desde que nació, haya muerto —añadió, levantando la mano para detener su argumento.

Anna se retorció incómoda en su silla. No estaba dispuesta a renunciar a su sentido de la responsabilidad y al remordimiento que lo acompañaba. Kenneth suspiró.

—Duncan tiene razón, no habéis visto vuestro propio valor. Nos ganasteis el favor de los Graham, lo que no es fácil de hacer. Una alianza sería una bendición para nuestro clan. Ya habéis visto lo grandes y prósperos que son. Tienen casi el doble de hombres, y su ubicación es ventajosa. Fuisteis testigos de los beneficios del comercio, de tener amigos que viven donde las Tierras Altas se encuentran con las Tierras Bajas.

Anna asintió con la cabeza.

—La información obtenida por tener un aliado al sur, además de tener un intercesor entre nuestro hogar y los ingleses, es bastante valiosa. Además, el lord Graham busca pareja para su hijo. Vuestras acciones ayudaron a hacer de Nessa una novia que él considera. Decidme qué pensáis de Blaine Graham.

Aliviada al ver que MacGregor seguía apoyándola firmemente, gran parte de la tensión que arrastraba se desvaneció. Conforme con el cambio en su conversación, relató sus observaciones sobre Blaine, proponiendo que lo recibieran antes de que las negociaciones se volvieran serias.

—Gracias por enviar la misiva a mi familia —añadió Anna.

—Ah, la otra alianza. Creéis que no aportáis nada a nuestro clan, pero en una noche, predigo que habéis preparado el terreno no para uno, sino para dos tratados. Aunque Elliot está demasiado

al sur para un contacto regular, cualquier pacto refuerza nuestra posición. Los aliados de Graham y Elliot pueden convertirse en aliados de MacGregor. Una Escocia unida nos beneficia a todos. Es sólo cuestión de tiempo antes de que la guerra llegue con los ingleses de nuevo. Longshanks es demasiado codicioso. Cuando lo haga, Elliot y otros clanes fronterizos serán la punta de la lanza. —Una sonrisa se dibujó en su rostro.

—¿Creéis que Elliot querrá llegar a un acuerdo a través de mi matrimonio con Duncan? —Anna no había considerado la posibilidad.

—Puedo aseguraros que, como padre, vuestro abuelo se alegrará mucho de saber que su nieta está bien. Aprovechará la oportunidad de vuestro matrimonio para forjar una relación con nosotros. Sois todos lo que le queda de su querida hija. Sólo puedo pensar en lo que sería perder a Nessa, y tener sólo a su hija para cuidar. Ella sería una joya invaluable para nosotros, como Nessa lo es ahora. Me sorprendería si no viéramos a un representante de Elliot en quince días.

La idea de escuchar a su abuelo levantó el ánimo de Anna. Reflexionó sobre otras posibilidades hasta que la voz del lord irrumpió en sus cavilaciones.

—Me han dicho que habéis empezado a entrenar a Iain y Malcolm.

—Sí, lord. Con vuestro permiso, Iain sugiere que un pequeño grupo podría estar dispuesto a permitirme instruirles. —Anna le miró tentativamente, sin oír ningún reproche en su voz.

—¿Con mi permiso? Primero Duncan, ahora Iain y Malcolm. En poco tiempo, descubriré que todos los hombres bajo mi mando habrán encontrado la forma de entrenarse con vosotros. Dentro de dos días, os haréis cargo de la sesión matutina con mi guardia. Con Duncan fuera, Tavish estará a cargo. Os presentaréis ante él en el campo de entrenamiento. Dividid el tiempo entre el trabajo con la espada y el combate sin armas. —Llenando sus copas, la miró con dureza.

Anna no podía creer lo que oía. ¿Iba a ser la responsable de entrenar a la guardia del lord? Esto iba mucho más allá de lo que había esperado. Se le hizo un nudo en la garganta, con lágrimas de

gratitud quemándole los ojos.

—¿Qué os sorprende tanto? Sólo un tonto no acepta los regalos que le hacen. Que los lleve una mujer no importa. ¿O es que dudáis en aceptar esta misión? ¿No he oído vuestra promesa de lealtad hace un momento? —Kenneth arqueó las cejas.

Sin palabras, Anna asintió con la cabeza.

—¿No os preocupa que estos hombres puedan ser llamados a luchar contra los ingleses en el futuro? —Kenneth emitió un gruñido de satisfacción.

—No, lord. Mi familia es escocesa, mi futuro marido y mi familia son escoceses. En lo que a mí respecta, la parte inglesa de mí murió junto con mi padre y mi hermano. Además de acostumbrarme al frío, no podría pedir un hogar mejor. Con gusto ofreceré mis conocimientos y mi espada para entrenar y defender al clan MacGregor. —Encontró la voz.

—Debéis de estar cansada y hambrienta. Id, me encargaré de que os lleven una bandeja a la habitación de Nessa. —Kenneth le sonrió complacido.

—Me quedaré al lado de Duncan para ver si hay signos de fiebre, o en caso de que necesite algo, lord. —Le miró a los ojos.

—Sí. Haré que lleven la bandeja a la habitación de Duncan. Descansad un poco. —Kenneth la miró un momento antes de responder.

—Gracias, lord.

—Hemos recorrido un largo camino, vos y yo —comentó mientras ella se levantaba para retirarse.

—Sí. —Su mirada se encontró con la del señor.

Anna encontró a Nessa acurrucada en una de las sillas cerca de la cama de Duncan. Mairi se levantó de la otra para saludarla, agarrando ambas manos de Anna y dándoles un suave apretón antes de soltarla.

—Bienvenida a casa, mi futura hija. Os he preparado un baño. Nos hemos ocupado de Duncan, y ahora os toca a vos. Venid. Nessa puede vigilar unos momentos mientras os laváis la suciedad de la batalla y de vuestros viajes. Necesitáis ropa limpia.

Al mirar hacia abajo, Anna se dio cuenta de que sus ropas estaban manchadas de sangre y otras cosas que estaba demasiado

cansada para contemplar. Sin fuerzas para discutir, siguió a Mairi a la habitación de Nessa, donde Isla preparaba su baño. Trean se levantó de la cama y se deslizó a su lado. Anna se inclinó y le rascó las orejas.

—No lo había visto cuando entré en la habitación. Qué cachorro más tranquilo. —Isla le miró sorprendida.

—Es un lobo y está unido a mí. Es muy joven y probablemente os haya observado atentamente. —Anna le dedicó a Isla una sonrisa de disculpa—. No es una mascota.

La joven miró al cachorro con duda mientras Anna se quitaba la ropa manchada y se metía en la bañera. El agua caliente le relajó los músculos de inmediato y suspiró profundamente.

—Duncan me ha explicado más sobre lo que pasó. —Mairi se sentó a su lado.

—Estaría ileso de no ser por mí. —La responsabilidad por la situación de Duncan la invadió y luchó contra las lágrimas. Aunque recordaba las palabras del lord, seguía sintiendo una terrible responsabilidad.

—¿Te ha hablado Duncan sobre Callum? —Mairi no discutió y dejó que pasara el silencio mientras Isla lavaba el cabello de Anna.

Anna la miró, recordando el nombre de aquella noche en el campamento. Negó con la cabeza.

—Duncan tenía un hermano gemelo. Incluso a mí me resultaba difícil distinguirlos. Eran inseparables, tan unidos que a menudo me preguntaba si compartían la misma alma. Aunque eran buenos muchachos, eran muy activos, siempre haciendo travesuras. Un día, cuando tenían sólo doce años, estaban jugando con espadas de madera, como hacían todos los días. Su juego los llevó cerca del arroyo. Era el comienzo de la primavera y las aguas estaban crecidas por la nieve derretida. Callum perdió el equilibrio, cayó al agua y se ahogó. —La voz de Mairi temblaba y sus lágrimas caían. En ese momento, Anna la cogió de la mano y sintió que su corazón se estremecía ante las palabras de la mujer —. Después de aquel día, el muchacho alegre que conocí, que se deleitaba con el mundo que le rodeaba, se volvió serio e introvertido. Dejó de hacer las travesuras propias de su edad y

asumió más responsabilidades en la fortaleza, sobre todo en los establos. Cuidar de los caballos parecía reconfortarlo. —Mairi sonrió débilmente, respiró hondo para recuperar la compostura y continuó.

—Su padre y yo nos sentíamos alentados cuando se lanzaba a realizar tareas útiles. Mientras llorábamos la pérdida de un hijo, llorábamos la pérdida de la inocencia del otro. Se volvió tranquilo, reflexivo, siempre considerando sus palabras y acciones. Desde entonces ha sido muy responsable y protector, aunque distante. No he visto a nadie despertar su afecto o sus emociones hasta que llegasteis vos.

A pesar de lo trágico de la historia, el corazón de Anna se encogió ante las palabras de Mairi.

—Lleváis aquí el tiempo suficiente para saber hasta qué punto habéis provocado un cambio en mi hijo. Está decidido a casarse contigo. Parte de estar casado significa soportar las cargas del otro. Si no fuera por nuestras acciones, Alain no habría notificado al conde de vuestra presencia aquí, ni os habría atacado. Así que el argumento de quién tiene la culpa es válido para ambos. —Mairi sonrió irónicamente—. Creedme, llevaréis vuestra parte de la carga como esposa del lord MacGregor. Dirigir el castillo puede llegar a enloquecer.

Anna sintió un alivio en el pecho. Junto con las palabras del lord, la verdad del argumento de Mairi hizo mucho para disminuir su culpa. Tal vez no fuera culpa suya. El comentario de Mairi sobre asumir el papel de dama le recordó a Anna su discusión con Duncan sobre el mismo tema.

—Tía Mairi, no temáis, porque no os quedaréis sin trabajo pronto. ¿Quién cuidará de nuestros hijos? ¿O se asegurará de que Ciardun funcione sin problemas mientras yo cabalgo con Duncan, atendiendo las necesidades de nuestro clan y defendiendo nuestras fronteras?

—Dios mío, ¿no habláis en serio? —preguntó Mairi, con cara de asombro.

—Hablo muy en serio. Le he explicado a vuestro hijo que el simple hecho de que nos casemos no significa que vaya a dejar de hacer lo que he hecho todos los días de mi vida. Haré concesiones

con gusto, sobre todo mientras críe, pero casarme no cambiará lo que soy.

—Ya veo que vos y yo tendremos mucho de qué hablar durante nuestras charlas vespertinas. Puede que me rinda a esas convulsiones de las que hablabais, si esto es lo que me depara el futuro. —Mairi se rió.

CAPÍTULO 20

Una vez terminado el baño, Anna dio de comer a Trean de la bandeja traída de la cocina y luego regresó junto a la cama de Duncan, con el cachorro de lobo pisándole los talones. Nessa jadeó y abrió mucho los ojos cuando Anna y Trean entraron en la habitación. Se levantó de la silla y se arrodilló en el suelo, acariciando la alfombra. Trean la miró, pero no dio muestras de aceptar su invitación.

—Trean es un lobo, Nessa. Puede que llegue a confiar en vosotros, pero no es probable que quiera abrazaros.

—¡A mí me parece adorable! —Nessa ladeó la cabeza, con los labios fruncidos en un mohín de decepción.

—No creo que sea adorable cuando pierda su gordura de cachorro. —Anna soltó una risita.

—Vamos, Nessa. Es hora de que nos vayamos. —Mairi cogió a Nessa de la mano y la ayudó a ponerse en pie. Liberándose en la puerta, Nessa corrió hacia Anna, estrechándola en un fuerte abrazo.

—Gracias por salvar la vida de mi hermano. No podría pedir una hermana mejor.

—Mañana, si os traéis el desayuno, os lo contaré todo sobre el apuesto Blaine Graham —bromeó Anna, devolviéndole el abrazo.

Nessa se apartó, con una enorme sonrisa en la cara. Besó la mejilla de Anna y siguió a su madre fuera de la habitación.

Duncan durmió profundamente. Resistiendo el impulso de meterse en la cama con él, Anna se sirvió una taza de té de

manzanilla y encendió el fuego mientras Trean creaba una cueva bajo la cama de Duncan. Satisfecha de que su prometido estuviera cómodo, Anna se acomodó en la silla acolchada junto a su amado, mirando las brasas hasta que el sueño la encontró.

A la mañana siguiente, se despertó con las primeras luces del día. Acarició el cabello de Duncan, sintiendo su frente fría. Duncan se agitó al oírla y tiró de ella hacia la cama con el brazo ileso. Le besó suavemente la cara, el cuello y los labios, con cuidado de no presionar las heridas.

—Os amo, Anna Braxton —susurró él.

—Como yo os amo a vos, Duncan MacGregor. —Anna se dio cuenta de que al pronunciar esas palabras su corazón se hacía eco de la verdad.

—¿Puedo hacer algo por vosotros? —Inspeccionó la piel alrededor de los vendajes. Satisfecha de no encontrar ninguna hinchazón, se acomodó en su abrazo, vibrante y consciente de cada punto en que sus cuerpos se tocaban.

—Tocadme. Adoro que me toquéis.

Sonriente, Anna le acarició la cara y el cuello con ligeros toques. Pasó la mano por la abertura de la camisa, rozándole los hombros. Trazó las líneas de las clavículas y rozó con los dedos los músculos del pecho. Duncan cerró los ojos con un suspiro de satisfacción. Anna continuó su camino, deteniéndose en sus pezones, que se endurecieron bajo su contacto. Curiosa, rodeó primero uno y luego el otro con los dedos. La respiración de él se entrecortó y su rostro se tensó.

—¿Os gusta? —preguntó Anna en voz baja.

—Mucho —murmuró él.

Entusiasmada por su capacidad para provocarle tales sensaciones, prosiguió su lenta exploración por las costillas hasta el vientre. Al contacto con ella, sus músculos se agitaron bajo su mano y sus caderas se movieron ligeramente, con la respiración agitada.

Sintiéndose valiente y encantada de haberlo complacido, Anna deslizó lentamente la mano hacia abajo y palpó la firme punta de su virilidad. Curiosa, sus dedos siguieron avanzando. Duncan abrió los ojos y su cuerpo se puso rígido. Ella aspiró un

suspiro asustada cuando la mano de él cubrió la suya.

—Anna, por favor. —Inhaló bruscamente.

—¿Os he hecho daño?

—No, todo lo contrario. No sabéis lo bien que me siento. —Le dedicó una sonrisa de confianza.

Animada por sus palabras y su descubrimiento, cambió de posición sobre él y extendió la mano libre sobre su pecho. El agarre de Duncan se tensó. Anna levantó su túnica, dejando su cuerpo a la vista. Su vientre se contrajo mientras lo observaba, sus dedos seguían su lenta mirada. Un leve murmullo de aprobación de Duncan, mientras su miembro se erguía, la animó a seguir. Su tacto se volvió más atrevido y rodeó con los dedos el rígido miembro, apretando primero con suavidad y luego con más fuerza. La humedad se acumuló en la punta y ella la recorrió ligeramente con el pulgar, extendiendo la brillante humedad. Sus caderas se agitaron.

—Anna. —La voz de Duncan se quebró.

—¿He hecho algo mal? —Se detuvo.

—No. —Una suave risita retumbó en su pecho.

—¿Qué sucederá si no me detengo? —Anna pensó en la sonrisa irónica de él y volvió a apretarle el miembro.

—Me derramaré en vuestra mano. —Su rostro se ensombreció.

—¿Queréis que pare?

—No. —Una risa ahogada brotó de sus labios.

Tentativamente, le acarició el miembro, que palpitaba bajo sus dedos. Se inclinó más y recorrió la punta con su lengua. El miembro se sacudió convulsivamente. Tras metérsela en la boca, continuó acariciándola, aumentando la presión y el ritmo.

Duncan se agarró a la ropa de cama, un gemido salió de su garganta, su respiración entrecortada. De repente, su cuerpo se endureció y se estremeció, y el nombre de ella se convirtió en un susurro entrecortado que salía de su garganta. La sujetó por los hombros y trató de apartarla, pero ella se resistió con facilidad y sintió su calor derramarse. Lo besó y acarició suavemente mientras él se ablandaba en su mano. La respiración de Duncan se tranquilizó y se acercó a ella. Fascinada y eufórica por haberlo

complacido tanto, le dio un último beso en la punta del miembro que se retraía y le permitió que la volviera a colocar bajo su brazo.

—¿Lo habéis disfrutado tanto como yo? —Mirándole por debajo de las pestañas, le pasó distraídamente un dedo por el pecho. Un cosquilleo muy parecido al de sus besos le recorrió el vientre.

—¿Os ha gustado?

—Mucho —ronroneó Anna—. ¿Y vos? —Sabía que sí, pero quería oírselo decir.

—Mi ángel, me habéis llevado al cielo y de vuelta. ¿Cómo no iba a disfrutar de un viaje así?

—Bien, porque me gusta vuestro sabor y quiero repetirlo. —Le mordisqueó la oreja y luego susurró.

—La próxima vez será mi turno de hacer lo mismo por vos, mi amor. —Le pasó los dedos por el cabello.

—Duncan, de verdad. No tengo miembro. —Anna se apoyó en un codo y le miró con recelo.

—No, no la tenéis, gracias a los santos, pero tenéis algo mejor, y estoy deseando demostrároslo. —La abrazó con fuerza y soltó una sonrisa.

Anna se acurrucó en su hombro, haciendo perezosos círculos con las yemas de los dedos en el áspero cabello que cubría su pecho. Su cuerpo zumbaba por la necesidad de estar cerca de él.

—Me pregunto qué he hecho para mereceros —murmuró—.

—Recuerda que aún no hemos hablado de mi papel como esposa. Temo que estéis recibiendo más de lo que esperabais, mi querido Duncan. —Se inclinó hacia él y lo besó, tirándole del labio inferior con los dientes.

—Oh, lo he olvidado, mi hermosa guerrera, la que es capaz de enviar a un hombre directo al cielo o al infierno, dependiendo de su humor.

A Anna le gustó mucho aquello, y estaba a punto de replicar juguetonamente cuando un golpecito en la puerta puso fin a su intimidad. Saltando de la cama, se arregló la ropa de cama antes de abrir la puerta para recibir a Nessa.

—Buenos días, hermano, buenos días, hermana. ¿Cuándo es la boda? —La muchacha los recibió con una bandeja con los

alimentos favoritos de Anna para el desayuno y un tazón caliente de gachas para Duncan. Su rostro juvenil brillaba de felicidad. Duncan y Anna rieron ante su pregunta.

—Buenos días, Nessa —respondió Anna—. Aún no hemos hablado del día de la boda, pero seréis los primeros en saberlo cuando lo decidamos. ¿Qué tenemos aquí? Veo que os habéis tomado muy en serio mis palabras de despedida.

—Sí, así es. Estaba deseando oír lo que teníais que contarme. —Nessa sonrió mientras dejaba la bandeja en una mesa auxiliar y se dejaba caer en una de las sillas.

Anna ayudó a Duncan a sentarse, sujetándole el hombro herido con una almohada. Cogió las gachas, mojó la cuchara y le acercó el bocado a los labios.

—Soy capaz de alimentarme por mí mismo, mujer. Dejad aquí el cuenco y la cuchara. Mi hermana exige una audiencia con vos. —Su voz era ronca, pero sus ojos brillaban con humor.

Tras dejarle el cuenco en el regazo, Anna le observó mientras tomaba la primera cucharada antes de hablar. Empezó contándole a Nessa una versión ligeramente suavizada de su conversación con Iain en el mercado, sin los atributos físicos de Colina. Encantada de oír hablar de Iain y Colina, Nessa no tardó en impacientarse por oír hablar de Blaine Graham. Bromeando perversamente con la muchacha, Anna alargó su historia hasta que Nessa gimió y rebotó en su silla por la agitación.

Duncan y Anna contaron su encuentro con el joven. Como sospechaba, Duncan pasó por alto los detalles que Anna sabía que Nessa querría saber. Anna se los proporcionó con gusto, soportando una letanía de preguntas que iban mucho más allá de su capacidad de respuesta. Al final, Nessa pareció satisfecha.

—No os hagáis demasiadas ilusiones, hermanita. No es algo seguro —advirtió Duncan.

—Lo sé, pero me da algo con lo que soñar. —Nessa le hizo un gesto con la mano.

Anna sonrió al ver a aquella hermosa joven en ciernes. Casi lista para convertirse en esposa, los restos de infancia de Nessa demostraban su necesidad de fantasear con el amor. Al terminar de comer, Anna y Nessa retiraron los vendajes de Duncan y

examinaron sus heridas. Con una serie de preguntas, Anna le indicó los pasos a seguir para garantizar una curación adecuada, manteniendo a raya la infección.

Duncan empezó a tener sueño, así que Anna sugirió que lo dejaran un rato. Nessa llevó la bandeja a la cocina. Anna se inclinó y lo besó ligeramente en los labios.

—Si deseáis continuar nuestra conversación anterior, milord, estaré encantada de complaceros.

—Estoy deseando continuar nuestra conversación, querida, cuando podamos tener un poco de intimidad. Creedme, hay mucho que discutir. —Sonriendo, le acarició la mejilla.

Un temblor recorrió el vientre de Anna al oír sus palabras. Con reticencia, le apartó el cabello de la cara y se marchó, cerrando la puerta tras de sí. Varias cajas esperaban sobre su cama, uno de los cuales no reconoció. La curiosidad se apoderó de ella, lo abrió y descubrió una pila de libros atados con cordel. Encima había un ejemplar de los Diálogos de Platón y, debajo, sendos volúmenes de los tratados de lógica y física de Aristóteles.

Además, había un libro de poesía y otro de prosa, así como uno de matemáticas y otro de astronomía. Todos estaban maltrechos, pero tenían buen aspecto. Al final de la pila había un libro nuevo que no había visto antes: *Inventarium sive chirurgia magna*. Para su sorpresa, se trataba de un completo manual de cirugía y tratamientos médicos. Escrito en latín, muchos de los temas tratados eran nuevos para ella. Anna sabía que a Nessa le entusiasmaría tanto como a ella explorarlo. Otra pila contenía tres volúmenes nuevos, encuadernados en cuero y llenos de páginas en blanco. Cerca había un tubo de madera lleno de pergaminos en blanco, varias plumas, un frasco de tinta y una herramienta para recortar. Anna supo instintivamente que Duncan había comprado aquellos objetos para ella y los vio como una clara invitación a escribir las cosas que había aprendido. Cogió los regalos que había conseguido para Nessa y *lady* MacGregor y se los entregó. Anna colocó el regalo especial de Mairi bajo su almohada con una nota de agradecimiento. Dejó la caja con el cinturón y el zurrón del lord encima de la cama.

A continuación, se dirigió a los establos, ansiosa por ver el

nuevo ganado que habían capturado. En el prado, se encontró con Ross.

—Vuestros puntos tienen buen aspecto. Os los quitaremos dentro de unos días. Parece que quedarán pocas cicatrices.

—Vuestro trabajo es muy bueno, *milady*, pero un hombre necesita algunas cicatrices. Son la prueba de su valor en la batalla. La próxima vez que tengáis ocasión de coserme, no lo hagáis con tanto cuidado. —Ross sonrió.

—Lo tendré en cuenta. ¿Cómo están los caballos que trajimos? —Anna se rió, recordando su charla sobre heridas y cicatrices en la hoguera.

—Me dijeron que os esperara para inspeccionarlos.

Examinaron minuciosamente cada caballo. Todos gozaban de buena salud, aunque dos necesitaban herraduras nuevas. Casi la mitad eran yeguas y serían buenas reproductoras. Los castrados eran aceptables, aunque dos eran bajos y fornidos, más adecuados para trabajar en el campo o tirar de carros.

Desde allí, Anna se dirigió a la hilandería y tejeduría, donde le habían entregado la lana nueva. Tras tomarle las medidas, le aseguraron que dos pares de lanas estarían listos en pocos días. Nessa y *lady* MacGregor también debían medirse para un conjunto. Tras darles las gracias, Anna regresó al torreón. Recogió sus nuevos pergaminos y plumas y comprobó que Duncan seguía dormido. Su color parecía haber mejorado, aunque el viaje le había pasado factura. Se acomodó en su escritorio y organizó las lecciones para las sesiones de entrenamiento del día siguiente. Como nunca había dado clases, quería estar bien preparada. Su sexo sería un obstáculo para muchos, a pesar de la orden del lord. Prometió demostrar que su decisión había sido acertada. La tarde se hizo noche antes de que Duncan despertara.

—Estáis aquí —observó, con la voz entrecortada por el sueño.

—Sí. He estado en los establos y he revisado los nuevos caballos con Ross. Todos parecen estar bien, y él los tiene bien cuidados. He pensado en organizar las lecciones que debo dar mañana. Gracias por los generosos regalos. —Anna le acarició el cuello, depositando un suave y exuberante beso en sus labios.

—¿Quién iba a decir que el camino al corazón de una dama pasaba por su mente? —Duncan rio entre dientes.

—El corazón de esta dama al menos. —Anna le golpeó el pecho juguetonamente con las yemas de los dedos. Su humor cambió de juguetón a lúgubre en un instante.

—¿Qué os pasa? —Su voz era como una caricia de seda.

—Estaba pensando en la biblioteca de mi padre. Estaba en una amplia habitación circular en lo alto de una torre de nuestra casa. Era uno de mis lugares favoritos: un lugar mágico, con grandes mapas y cartas que adornaban las paredes y mostraban todos los lugares del mundo por los que habían viajado los hombres. Cuando era pequeña, leía sobre esos lugares y luego los encontraba en el mapa. Muchas noches soñaba con viajar a ellos y vivir todo tipo de aventuras por el camino. Es tan doloroso pensar que todos se han perdido. —Contuvo la melancolía y sonrió afligida ante Duncan.

—El dolor tiene una extraña forma de aparecer cuando menos lo esperamos. Dedicaremos una sala a una nueva biblioteca. Mientras tanto, podemos dedicarnos a coleccionar libros y mapas cuando viajemos. Podéis hablarme de estos lugares y enseñármelos. Esta noche, podéis leerme uno de estos cuentos de aventuras. —Le tomó de la mano.

Anna volvió a besarle, suave como la pluma de ganso, pero se detuvo, pasándole ligeramente la lengua por el labio inferior. Cuando se levantó, le devolvió la sonrisa y le entregó una caja con un brillo en los ojos.

—¿Qué es esto? —Duncan agitó la caja junto a su oreja, en busca de pistas.

—Creo que es un regalo de una de vuestras amadas —respondió ella con picardía.

—Sólo tengo un amor. —Duncan frunció el ceño.

Desenvolvió el áspero material y la encuadernación. Cuando vio el cinturón labrado y el zurrón, sus ojos se abrieron de sorpresa. Tocó el escudo de MacGregor grabado en la plata decorativa y levantó la mirada hacia la de ella.

—Anna, ¿cómo conseguisteis que os hicieran esto?

—¿Os gusta? —El vértigo aligeró su corazón al haber

encontrado un regalo que obviamente le gustaba.

—¿Cómo no va a gustarme? ¿Cómo habéis conseguido tallarlo tan rápido? No estuvimos allí el tiempo suficiente para que lo hicieran. —Sus ojos se abrieron con asombro.

—Pagué extra y dejé mi *sgian dubh* para tallar el escudo. Iain me lo trajo la mañana que nos fuimos.

Anna lo abrazó brevemente y luego se acomodó en la silla junto a la cama para hablar de sus planes para entrenar a los hombres. Duncan no intervino mucho y parecía indiferente a todo el tema. Ella atribuyó su falta de interés al hecho de que estaba dolorido y cansado. Al ver cómo sus ojos se endurecían y se entrecerraban, le dio un beso rápido y se dispuso a ordenar la habitación, dejándole que se durmiera. Sin embargo, Anna no podía descartar la sensación de que algo brillante se había desvanecido en su día.

CAPÍTULO 21

La mañana llegó demasiado deprisa. Anna luchó contra su inestable confianza durante el largo camino hasta el campo de entrenamiento. Llevaba a Trean, cuyas piernas eran demasiado cortas para seguir su paso decidido. Tavish se encontró con ella en el camino y se presentó.

—¿Cuántos se oponen a que esté aquí?

—Parece que se dividen entre los hombres que están ansiosos por probar lo que sabéis y los que están deseando veros correr de vuelta al torreón. —Su dura expresión no revelaba nada.

—¿Y en qué grupo os encontráis?

—Os he visto luchar antes, pero no juzgaré hasta ver cómo lo hacéis con hombres que sé que son buenos luchadores.

Tras asentir con la cabeza, Anna le permitió que la condujera hasta donde estaban reunidos los demás, colocando a Trean en el suelo a sus pies. Iain y Malcolm se acercaron y saludaron cortésmente. Trean los miró con cautela, pero movió un poco la cola en señal de reconocimiento antes de alejarse hacia la sombra

de un árbol cercano. Tavish llamó la atención de los hombres.

—El lord ha asignado un nuevo instructor para las sesiones matinales hasta nuevo aviso. Prestadle toda vuestra atención y respeto.

Una mirada severa de Tavish detuvo las carcajadas y las duras miradas. Ignorando la respuesta despectiva, Anna pidió ver una demostración de sus técnicas de combate cuerpo a cuerpo. Dos voluntarios se acercaron y, a la orden de Tavish, se golpearon de forma desordenada, acabando por caer al suelo, revolcándose como cerdos en el barro. Trean abandonó la extremidad que le preocupaba para situarse junto a Anna, atento a la conmoción. Este no pareció impresionado, soltó un resoplido, miró a Anna con la nariz y volvió a su trozo de madera para seguir masticando.

Después de observar a los combatientes y las reacciones de los demás de pie, Anna se dio cuenta de que su entrenamiento sin armas era muy deficiente. De los veinticinco hombres que formaban la guardia especial del lord, pidió a Duff -el hombre más grande que había visto en su vida- que se uniera a ella.

—¿En qué pensáis cuando atacáis a alguien? —Miró al gigante.

—Le golpeo mientras le atropello. —Golpeó con el puño en la mano abierta, con los ojos entrecerrados y los labios curvados en un gruñido. Como era de esperar, su acercamiento fue tan sutil como el de un toro enfurecido.

—Duff, ¿podríais darme un puñetazo?

Las facciones del hombre se contrajeron como si hubiera probado algo asqueroso. Anna contuvo la risa.

—No me haréis daño. —Le dio un puñetazo fingido. Ella ladeó la cabeza, con las manos en las caderas—. Os he elegido porque pensé que erais los escoceses más grandes y malos de aquí. ¿Estoy equivocada?

La suave burla de Anna provocó las risas de los hombres y la cara de Duff enrojeció. Con renovada determinación, lanzó un fuerte puñetazo con la mano derecha. Aunque lo bastante potente como para acabar con Anna si conectaba, su puño se acercaba tan lentamente que parecía que ella tenía que esperarlo. Todo en su movimiento delataba su intención. Desde la forma en que

retrocedió para ganar fuerza hasta la extensión excesiva de su golpe, que lo dejó en desequilibrio, el suyo era un ataque de todo o nada. En el lado opuesto a su puñetazo, desvió el golpe y le sujetó la muñeca con una mano. Sin detenerse, le rodeó la nuca con la otra mano. Giró en un pequeño círculo, tirando de su muñeca y de su cabeza hacia abajo y hacia ella, lanzando a Duff en una voltereta que le hizo caer de espaldas con un ruido sordo. El hombre se levantó de un salto, con los ojos grandes como cascos de caballo. Los murmullos de los hombres aumentaron notablemente.

—Otra vez, Duff, por favor. —Sonrió en señal de invitación.

Duff lanzó el mismo puñetazo de derecha, lento, pero duro. Esta vez, ella dio un paso hacia él, desviando el puñetazo hacia fuera. Su movimiento los colocó uno al lado del otro, aunque mirando en direcciones opuestas. La cadera derecha de Anna tocó la izquierda de él, como si estuvieran bailando. Sujetándole por el brazo derecho, le agarró por la parte delantera de la túnica, tirando de él hacia ella y desequilibrándolo.

Con un movimiento fuerte y fluido, le dio una patada con la pierna derecha en la parte posterior de la pierna izquierda, de la pantorrilla a la pantorrilla, barriéndola de debajo de él. De nuevo, cayó con un ruido sordo. Esta vez, Anna se aferró a su mano derecha. Sujetándola por la muñeca, la giró hacia fuera, bloqueándola dolorosamente junto con el codo en el proceso, dejándole incapaz de moverse sin causarse dolor a sí mismo. Al mirar a su alrededor, Anna vio las sonrisas de Iain y Malcolm. La habían visto utilizar la misma llave de muñeca con el bárbaro de Graham, Angus.

Después de ayudar a Duff a ponerse en pie, le explicó cómo desequilibrar a un oponente, cómo utilizar los ángulos y cómo aprovechar la fuerza del atacante para utilizarla contra él. Pidió cuatro voluntarios, que se colocaron todos a su alrededor. Les ordenó que atacaran, turnándose para atraparla como quisieran, desde todas las direcciones. Anna respondía a cada ataque con un barrido o un lanzamiento, a veces lanzándolos contra su siguiente atacante.

Tras un par de rondas, Anna les pidió que atacaran más

rápido y con más fuerza, y cayeron al suelo en proporción directa a la velocidad y la fuerza empleadas. Ejecutaba un lanzamiento tras otro sin pensar, simplemente recibiendo lo que le daban, y el ejercicio le producía euforia. ¡Cómo había echado de menos este entrenamiento! Poner a prueba sus habilidades contra otros más poderosos que ella seguía siendo una parte esencial de su vida.

Su sencilla demostración captó la atención de todos. Notó que cada hombre la miraba de forma diferente, con la excepción de Iain y Malcolm, cuyas sonrisas de suficiencia hablaban de estar en lo cierto entre una multitud de escépticos. Dos hombres entregaron a regañadientes varias monedas a Malcolm. Anna negó con la cabeza.

«Hombres».

Iniciar a los hombres en ejercicios sencillos les sirvió de introducción a los conceptos que enseñaba. Anna pidió un breve descanso para beber agua y se dio cuenta de que el lord había llegado y estaba hablando con Tavish. Cuando él le hizo un gesto para que se acercara, su nerviosismo regresó.

—Milord. —Anna hizo una breve reverencia.

—Fue una buena estrategia elegir a Duff —comentó, con una sonrisa en el rostro.

—Me parece que los más grandes suelen ser los más fáciles de manejar debido al exceso de confianza. Sobre todo, cuando se enfrentan a alguien mucho más pequeño.

«Ah, entonces él lo había visto todo».

Anna volvió al grupo y cambiaron de espada. Utilizando los mismos principios de ángulos y desequilibrios, los aplicó al combate armado. Anna dirigió a los hombres a través de una serie de ejercicios, cada uno eligiendo un ángulo de ataque, en lugar de limitarse a avanzar en línea recta. Más rápido de lo que creía posible, el mediodía llegó.

—Gracias por tolerar a una instructora, caballeros.

Sus palabras provocaron las risas del grupo de hombres heridos en su orgullo. Se separaron por la mañana y se dirigieron al salón principal para comer, Anna en medio de ellos, y Trean pisándole los talones. Sintió su aceptación, un cambio sutil que le recordaba a cuando estaba con sus antiguos compañeros de clan.

No estaba segura de cuánto del respeto demostrado debía atribuirse a su relación con Duncan, el lord, o a la sesión que habían completado, pero de todos modos la reconfortó.

Los hombres la invitaron a sentarse con ellos, lo que dio lugar a discusiones sobre tácticas en el campo de batalla. Trean se acomodó a sus pies, mirándola expectante en busca de sobras. Ella sonrió y le rascó detrás de las orejas mientras él comía un trozo de venado del estofado.

Una vez terminada la comida, los hombres volvieron al entrenamiento mientras ella metía a Trean en su caja para que durmiera la siesta. A continuación, se reunió con Nessa para tratar los casos de curación que Nessa había atendido durante su ausencia. Anna deseaba acompañar a los hombres de vuelta al campo, pero la gente necesitaba sus cuidados. Rory se había recuperado lo suficiente, así que Liam lo acompañó con cuidado hasta su casa, dejando la habitación libre una vez más. Anna se sorprendió gratamente al ver las heridas que Nessa había tratado en su ausencia. Como sospechaba, la muchacha poseía un verdadero don para curar.

—Estos puntos están limpios y parejos. Su herida se ve muy bien. Excelente trabajo. —Anna la animó después de examinar a un niño que había caído contra una guadaña hacía unos días.

La confianza de Nessa pareció acrecentarse ante los elogios de Anna, y su entusiasmo aumentó cuando ésta le habló del nuevo libro de medicina que había comprado Duncan. Acordaron leerlo juntas todas las tardes.

Al cabo de quince días, Duncan estaba lo bastante curado para caminar, aunque se movía con cautela. Anna quería que se mantuviera alejado de sus obligaciones en los campos de entrenamiento un poco más, aunque sabía que él estaba ansioso por reanudar su rutina. Después de su primera semana de vuelta, sus heridas se habían curado lo suficiente como para que ya no existiera ningún pretexto para justificar que ella se quedara en su habitación por la noche.

* * *

Duncan estaba a la sombra de un gran roble que dominaba el campo de entrenamiento, con las piernas abiertas y las manos apoyadas en el pomo de la *claymore* envainada que tenía delante. Eligió una postura que pretendía demostrar fuerza, pero en realidad era la única que podía mantener durante un tiempo sin caerse. Su pierna se había curado mucho, pero el dolor persistía y sus músculos estaban rígidos y débiles. No podía seguir sin hacer nada. No cuando el clan le necesitaba. No cuando pensaba que podría volverse loco si se quedaba dentro un día más. Y no cuando los hombres rodeaban a Anna cada mañana.

Poco importaba que hubiera elegido a esos hombres por su habilidad y lealtad. Duncan no podía soportar la idea de que su mujer estuviera aquí sin él presente. La poderosa emoción de la palabra *«mía»* resonó en todo su cuerpo, como cada vez que pensaba en ella. Sabía que no debía expresar su posesividad por miedo a enfadarla. Pero que le condenaran si le permitía trabajar con otros sin que él supervisara su seguridad y se asegurara de que nadie se comportara de forma indecorosa a su alrededor.

Sus sospechas resultaron ser ciertas. Los hombres la seguían como cachorros enamorados, pendientes de cada una de sus palabras. Ella, por supuesto, ignoraba por completo el efecto que producía en ellos.

«¿Malditos ingleses golpeando su sentido del valor porque eligió no llevar faldas?»

Eran tan tontos como ciegos. En las Tierras Altas, un hombre o una mujer demostraban su mérito por sus actos, no por su apariencia. Sus hombres reconocían su valor y la tenían en alta estima, pero a una parte de él no le gustaba nada. Quería ser el único que la considerara un tesoro.

Se revolvió, apretando los dientes, apretando la espada en sus manos con tanta fuerza que perdió la sensibilidad en ellas. Las ganas de aporrear a todos los hombres del recinto eran cada vez mayores mientras la observaba colocar las manos y los cuerpos en la posición adecuada, pasando de una pareja a otra, corrigiendo su forma. Anna lo miraba de vez en cuando, regalándole una sonrisa lo bastante cálida como para derretir las nieves invernales. Duncan trató de devolverle la sonrisa, pero se le congeló la cara de

disgusto.

Apenas pudo controlar su temperamento cuando la oyó anunciar un nuevo juego que había ideado. Todos los hombres aprovecharían la oportunidad para atacarse a voluntad.

—Las reglas son las siguientes. Debéis estar al aire libre, sin mujeres ni niños cerca. Sólo puedes usar las técnicas que os he enseñado. Como no quiero pasarme las tardes reparando daños causados por un orgullo inflado, debéis ceder antes de sufrir lesiones.

—¿Sí, Duff? —Duff levantó la mano. Anna le prestó atención.

—¿Os estáis incluyendo en el juego, *milady*? —Más de un hombre rio ante su pregunta.

—Así es. —Anna sonrió ampliamente. Las risas se hicieron más fuertes.

Duncan temblaba de rabia y fue todo lo que pudo hacer para no irrumpir en el grupo y arrebatársela. Tenía que irse antes de hacer algo de lo que se arrepintiera. Los celos que recorrían su cuerpo no harían más que alejarla. Tenía que apagarlos antes de acercarse a ella. Volvió al torreón y cogió una cesta que había pedido para hacer una vianda, ya que habían pasado poco tiempo juntos los últimos días. El mero hecho de tenerla cerca le llenaba el alma de una manera que le hacía darse cuenta de lo estéril que había sido por dentro. La alegría, la pasión y el amor que ella despertaba seguían abrumándolo. Duncan sabía que observaba la otra mitad de su alma. Ahora que la había encontrado, no podía arriesgarse a perderla, por miedo a perder también el resto de sí mismo. Reunió a sus caballos ensillados, y la mente de Duncan se tranquilizó al pensar en la tarde. Echaba de menos su tiempo juntos, la única vez que fueron más allá de los besos aún ardía en su mente. Le había dicho que ahora le tocaba a él, y hoy pretendía saldar la deuda. Su ceño se frunció lentamente mientras pensaba en la seducción que había planeado.

* * *

La sesión de la mañana transcurrió bien, y Anna se alegró de

ver que Duncan se unía a ellos observando en lugar de participar. La rigidez de su cuerpo y la expresión dura de su rostro le indicaron que luchaba contra el dolor. Confiando en que esperara, se sintió decepcionada al verle alejarse poco antes de que interrumpieran la práctica. Sin embargo, su decepción se convirtió en alegría cuando regresó trayendo sus caballos ensillados.

—Ya que no nos hemos visto mucho últimamente, pensé que disfrutaríais de una excursión. —Duncan le entregó las riendas de Orión.

—Eso suena maravilloso. ¿Dónde tenéis pensado ir?

—Hay un lugar en el lago al que me gusta ir para estar solo. Os lo enseñaré.

Montaron y cabalgaron a paso tranquilo, dejando que Trean galopara a su lado. Los días en que se contentaba con cabalgar en la silla de ella estaban llegando a su fin.

—¿Qué os ha parecido el entrenamiento de esta mañana? —preguntó Anna—. Los hombres han avanzado mucho en poco tiempo.

—Ha sido difícil veros poner las manos sobre los hombres y que ellos las pusieran sobre vos. —Vaciló, desviando la mirada.

—Duncan, ¿estáis celoso? —Lo miró con incredulidad. Una sensación extraña pero cálida la recorrió. Nunca nadie había estado celoso de ella.

—Sí, lo admito. Debería ser el único que os tocara.

Anna oyó la posesividad en su voz, que la tentó a enfadarse, pero sabía que sus celos revelaban la profundidad de sus sentimientos por ella. Aunque era una forma incómoda de decirle lo mucho que le importaba, decidió verlo como una declaración de amor.

—No sé qué decir. Sabéis que sólo me interesáis vos. Vuestros hombres me tratan con respeto. Si alguno se pasara de la raya, Malcolm o Iain intervendrían de inmediato. Además, me conocéis lo suficiente. Puedo arreglármelas sola. —Mantuvo la voz uniforme.

La mirada dura de esta mañana regresó, y ella se dio cuenta de que su ceño fruncido tenía poco que ver con el dolor físico.

—Sí, pero no veis cómo os miran los hombres, el efecto que

les causáis.

Anna se quedó muda. Nunca nadie le había sugerido que fuera atractiva para un hombre, y mucho menos para un grupo numeroso.

—Lo peor fue cuando os incluisteis a vosotros mismos en este juego que creasteis. Ahora tengo que quedarme atrás y ver cómo cualquiera de ellos tiene vuestro permiso para atacar.

—Pero Duncan, estarán atacando, no robando besos. Necesito este ejercicio tanto como ellos para mantener mis habilidades en forma. Sabéis que no me harán daño.

—Quiero pasar una tarde agradable con vosotros, no discutir. No puedo cambiar lo que siento, pero estoy de acuerdo en no dejar que me afecte, si prometéis tener cuidado. —Cerró los ojos y respiró hondo.

—Prometo tener cuidado con los hombres. —Tampoco quería discutir, pero sentía que su preocupación era injustificada y sus expectativas injustas. Después de considerar su petición, no le pareció mal aceptar. Un acuerdo tan general no parecía limitante. Sin embargo, su promesa pareció apaciguarlo.

Al llegar al lago, Anna le siguió a través de un grupo de árboles hasta que llegaron a un profundo y estrecho brazo de agua. Protegida por un gran afloramiento rocoso a un lado y densos bosques al otro, la ensenada era un lugar perfecto para bañarse sin impedimentos.

Duncan la cogió de la mano y la condujo a una zona llana y cubierta de hierba bajo las grandes rocas. Colocó un tartán en el suelo y juntos desempaquetaron la comida. Se rieron cuando Trean metió la nariz en la cesta, con los ojos muy abiertos y suplicantes, mientras compartían una comida de gruesas lonchas de jamón, pan oscuro y granulado y vino. Al terminar, Duncan volvió a empaquetar la cesta y le arrojó un hueso de jamón. El cachorro se acomodó contra una gran roca y mordisqueó el hueso con satisfacción.

Duncan se acercó a la orilla y se quitó la ropa. Anna se sentó y observó, embelesada, cómo se quedaba desnudo, se subía a una roca y se zambullía en el lago.

Ver su cuerpo desnudo encendió el calor en lo más profundo

de su ser. Su prometido era un hombre de constitución fuerte, tan bien formado como cualquiera de las imágenes de dioses griegos de los libros de la biblioteca de su padre. Mientras él salía a la superficie, ella admiró la rudeza de su rostro y el brillo del sol sobre su cabello mojado.

—Venid conmigo.

Anna tuvo un momento de modesta vacilación, pero él le dedicó una sonrisa encantadora y disipó su incertidumbre.

«Deseo a este hombre tanto como él me desea a mí».

Anna se desnudó rápidamente hasta quedar en ropa interior y corpiños. Sonriendo ante su cara de sorpresa, se los quitó y se metió hasta las rodillas en el lago. Él la miró fijamente, con la boca abierta, agotando su frágil confianza. La duda se apoderó de ella y cruzó un brazo sobre el pecho y el otro dejabo de su cintura.

—¿Qué os pasa? —preguntó, con voz débil.

Duncan nadó hacia Anna y ella dio un paso atrás. Le tendió una mano en señal de invitación.

—Dulce Madre María, sois maravillosa. Venid a nadar conmigo, mi hermosa guerrera, y lavaros el sudor del entrenamiento de esta mañana.

«Su hermosa guerrera».

El cariñoso y familiar apelativo renovó su confianza. Anna le cogió de la mano y se unió a él en las profundidades. La estrechó entre sus brazos antes de que pudiera recuperar el aliento por el frío y le frotó la espalda mientras tiraba de ella con fuerza. El deslizamiento de sus cuerpos le robó el aliento más que el frío del agua. La calidez del sol, combinada con el calor de su piel sobre la de ella, desterró cualquier idea de frío.

Le besó suavemente la boca. Mientras sus labios acariciaban los de ella, soltó la tira de cuero que sujetaba su trenza y pasó los dedos por su cabello hasta que los mechones cayeron sobre sus hombros. Anna abrió la boca, y su deseo de besarle hizo desaparecer toda sensación de timidez. Su lengua buscó la suya y succionó suavemente. La sensación de sus pezones rozando el cabello de su pecho, unida a la magia de su lengua, la dejó en blanco. Se hundió en el agua, pero él la abrazó con más fuerza, con su excitación chocando contra su vientre. Inexplicablemente

débil, Anna no ofreció ninguna resistencia mientras Duncan nadaba lentamente hacia la orilla. Le pasó un brazo por debajo de las rodillas y la sacó del agua.

—Duncan, vuestras heridas. —Anna le palmeó el brazo en señal de protesta.

—Calla, amor. Con gusto soportaré el dolor para teneros en mis brazos.

Anna frunció el ceño, pero él alivió su preocupación besando los surcos de su frente. Duncan la recostó suavemente sobre el tartán y se recostó a su lado. Apoyado en un codo, la miró de arriba abajo, su mirada abrasadora le decía a Anna lo hermosa y deseable que la encontraba. Su mirada la volvió descarada, disipando todos los pensamientos de pudor. Lo único que deseaba era ver anhelo en sus ojos cuando la miraba. Nada más, excepto sentir sus manos y su cuerpo sobre los suyos.

Anna colocó una pierna sobre la suya, ofreciéndose a él mientras le rodeaba el cuello para besarlo. Duncan no vaciló, reclamando su boca posesivamente, exigiéndole, retándola a igualar pasión por pasión. Gimiendo, Anna empujó su pierna, arrastrándose encima, la parte más íntima de ella presionada contra su excitación. Se frotó a lo largo de su cuerpo, deseando tenerlo dentro de ella.

—No, amor mío. Guardaremos lo mejor para nuestra noche de bodas. Tengo otros planes para nuestro placer esta tarde. —Duncan gruñó y detuvo su movimiento. La tumbó boca arriba.

Anna hizo un mohín con el labio inferior, fingiendo el escozor del rechazo. Él soltó una risita y chupó su ofrecimiento involuntario.

Las manos de Anna le rozaron la espalda y se posaron en sus nalgas, apretando el músculo tenso.

—Recuerda que os dije que ahora era mi turno. —Duncan sonrió contra sus labios. Le acarició los pechos, recorriendo ligeramente la piel con las yemas de los dedos. Sus pezones se erizaron cuando él tiró ligeramente de ellos. Un suave gemido escapó de sus labios.

Cuando su boca caliente y húmeda se posó en sus pechos, ella se arqueó hacia arriba, profundizando el nuevo beso, la nueva

sensación. Gimió más fuerte cuando la lengua de él rozó el sensible nódulo y un escalofrío de placer recorrió su cuerpo.

Su boca chupaba y lamía un pecho mientras su mano tiraba y retorcía suavemente el pezón del otro.

—Duncan, por favor, no puedo respirar —jadeó. Duncan mordisqueó y tiró de su suave carne, pasó al otro pecho con la boca y la mano acarició su gemelo.

Los latidos de su sangre resonaban en su cabeza. Una deliciosa y tortuosa sensación crecía en su vientre, concentrándose en su parte más oculta. Palpitaba en cada nervio, aumentando de intensidad.

Las succiones, los lametones y los tirones se fundían todos en una sola sensación. Atrapó un pezón con los dientes mientras su lengua lo recorría rápidamente.

—Más fuerte, más fuerte —suplicó Anna, con la voz apenas por encima de un susurro.

Temblaba, pues las sensaciones eran insoportables. De repente, su cuerpo se tensó y oleadas de placer sacudieron todo su ser. Sus manos se hundieron en su cabello mientras gritaba su nombre. Una sensación de flotación la invadió y su respiración se agitó. Duncan le besó el cuello, le mordisqueó la oreja mientras su mano le acariciaba el vientre en pequeños círculos.

Nuevas sensaciones llamaron su atención. Los dedos de Duncan le rozaban el vientre, se detenían ligeramente en los huesos de la cadera y seguían hasta la parte superior de los muslos. Sus piernas se abrieron involuntariamente ante su contacto. Duncan besó y lamió los puntos sensibles a lo largo de su cuello, y sus dedos no se detuvieron en ningún momento mientras seguía explorando lentamente sus muslos.

Anna levantó las caderas. Quería que la tocara *allí*. Lo *necesitaba*. Finalmente, rozó sus suaves rizos. Anna aspiró con fuerza y abrió los ojos para ver a Duncan observando su expresión.

—Te amo, mi dulce Anna —susurró su promesa en sus labios mientras la besaba de nuevo—. Me encanta cómo vuestro cuerpo responde a mis caricias.

Anna gemía y jadeaba cuando sus dedos rozaban ligeramente sus pliegues. Empujó las caderas hacia arriba, buscando un mayor

contacto con su mano.

Cuando Duncan separó su tierna carne con un dedo, ella se estremeció, retorciendo la manta bajo ella con ambas manos. Él subió y bajó lentamente el dedo por su humedad, acariciando ligeramente el centro de su placer. Con cada movimiento, el cuerpo de Anna se estremecía en respuesta. Acompasaba el ritmo de su mano con las caderas, perdida en el placer de sus hábiles dedos en sus partes más femeninas. Duncan aumentó la velocidad y la presión. Una vez más, una cálida tensión se apoderó de su interior, intensificándose cada vez más.

—Duncan, oh Duncan… Yo no…

Oleadas de placer se apoderaron de ella y se aferró a sus dedos, su cuerpo se estremeció, cegándola a todos los demás. Duncan la besó suavemente en la boca y la lengua de ella se arremolinó perezosamente con la suya. Movió el cuerpo y le chupó los pechos, llevándose primero un pezón y luego el otro a la boca, tirando suavemente con los labios y lamiendo cada sensible nódulo de carne. Luego trazó suavemente las líneas de sus hombros que eran como la seda azul.

—No sabía que algo así fuera posible. Ahora entiendo por qué las mujeres persiguen a los hombres si esto es lo que pueden esperar —suspiró Anna.

—Sí, es por eso que los hombres persiguen a las mujeres, también.

—¿Es así para todos? —se preguntó, apoyándose en un codo.

—No. Es tan poderoso para nosotros por el amor que compartimos. Por eso el amor se considera tan precioso y raro. Os prometo que siempre será así para nosotros. Lo que hemos compartido hoy es sólo una parte del placer que nos queda por explorar.

Su respuesta hizo que el ya familiar calor floreciera de nuevo en su estómago.

—Si esto es sólo una parte, me temo que nunca os dejaré salir de nuestra cama —respondió sólo bromeando a medias.

—Sí, será un problema —contestó él riendo, abrazándola una vez más.

—¡Ay! —Duncan se puso a cuatro patas, haciéndola rodar

con su brusco movimiento—. Vuestra bestia encantada ha metido su fría nariz donde no debía.

Anna se rio mientras Trean movía la cola y ladeaba la cabeza.

—Es una pequeña amenaza —murmuró Duncan, con voz sombría. Se tumbó a su lado, con una pierna sobre la de ella.

—A mí no me parecéis tan amenazador —contestó Anna, balanceando suavemente las caderas contra su excitación. Duncan hundió la cara en su cuello con un gruñido fingido que terminó en un aullido cuando Trean se le echó encima, metiendo el hocico entre los dos. Duncan se apartó rodando, con las manos volando para protegerse mientras el cachorro saltaba con entusiasmo.

—¡Diablillo! —gritó Duncan mientras rodaba para sentarse, con las manos protectoras sobre el regazo—. No necesita que la protejas de mí. —Le dirigió a Anna una mirada agraviada. Ella se rio rápidamente—. Encima de mi hombría. ¿No tiene compasión?

—Bueno, es la parte más prominente de vos en este momento, mi amor, y la más impresionante—. Anna ladeó la cabeza, pensativa.

—¡Ay! Ten un poco más de cuidado, muchacho, u os desterraré a la caseta. —Duncan se inclinó y miró directamente a la cara del cachorro.

Trean se detuvo bruscamente. Con una mirada vacilante a Duncan, retrocedió dos pasos sobre su desarreglado tartán. Anna se echó a reír cuando el cachorro lanzó un abundante chorro en medio de la tela y el olor a lana húmeda y caliente flotó en el aire.

CAPÍTULO 22

Cuando regresaron al torreón, Anna había vuelto a trenzarse el cabello y había recuperado casi toda la cordura. Su mirada seguía clavada en la de Duncan, volviendo a compartir la pasión que él había creado con ella. No tenía comparación con lo que él le hacía sentir, y la vergüenza se apoderó de sus pensamientos mientras esperaba ansiosa su próximo encuentro.

En dirección a los establos, Anna reanudó su trabajo con

Trean. Había empezado a jugar al tira y afloja con él, enseñándole a morder cuando se lo ordenaba. A su corta edad, Trean era más tonto que serio y su atención se distraía con facilidad. Aprendió rápidamente a *sentarse*, *quedarse quieto* y *venir*, aunque parecía desinteresado en repetir la orden una vez perfeccionada. También jugaban a rastrear. Anna untaba carne cruda en pequeños trozos de cuero y los escondía. Cada vez, él los olía y los rastreaba, jugando a encontrarlos. A medida que aumentaban sus habilidades, también lo hacían las distancias entre los cebos. Con el tiempo, enterraba los señuelos, agudizando sus habilidades y creando un juego más desafiante.

Orgullosa del cachorro de lobo y del progreso que habían hecho, sonrió y lo observó trabajar. Un terrible pensamiento cruzó su mente al recordar su promesa a Duncan. Después de pasar sólo unas semanas con Trean, no estaba segura de poder matarlo si no tenía éxito en su entrenamiento.

El cachorro huérfano había calado hondo en su corazón. Apartando ese terrible pensamiento de su mente, la determinación de Anna por triunfar se multiplicó.

Después de terminar sus juegos, él la seguía, siempre a su sombra, deseoso de complacerla. Sabía que la consideraba su zurrón y que dormía a los pies de su cama por las noches, reacio a separarse de ella por mucho tiempo.

Anna dirigió su atención al establo. La mayoría de los caballos se habían acostumbrado a Trean como los demás perros de la fortaleza y no le temían como lobo. Visitó a Orión, disfrutando de su compañía. Ahora atendía a las yeguas MacGregor cuando entraban en celo. La próxima primavera sería fructífera. Tendría muchos potros nuevos que traer al mundo y que entrenar. Disfrutando de su tiempo en los establos, sólo regresó al torreón para lavarse para la cena una vez que la luz del día se desvaneció.

Anna se sonrojaba cada vez que sus ojos se cruzaban con los de Duncan. Con su sonrisa cómplice, le dijo que él también pensaba en su cita de la tarde. Pensó en cuántos encuentros de ese tipo tendrían en el futuro. Sus palabras de más por compartir y explorar la obsesionaban y emocionaban.

Anna tenía una idea más clara de lo que le esperaba, aunque casi deseaba ignorarlo. Lo que había pasado entre ellos la hacía desearlo más de lo que podía imaginar. Cada pensamiento parecía llevarla a yacer desnuda en sus brazos. Ahora comprendía por qué a las jóvenes doncellas no se les permitía estar a solas con sus pretendientes. También entendía por qué todos los conocimientos sobre lo que ocurría entre las parejas casadas se mantenían en secreto hasta el día de la boda.

* * *

A la mañana siguiente, los hombres se reunieron en el patio de entrenamiento. Anna les preguntó por su primer día de juego. Mientras se contaban historias, un olor nauseabundo rodeó al grupo. De uno en uno, se fueron alejando de Duff, hasta dejarlo solo.

—Duff, ¿por qué oléis a grasa rancia? —Anna olfateó el aire cerca del gigante.

—Es un remedio casero, *milady*. —Con cara de vergüenza, arrastró los pies antes de contestar.

—¿Un remedio casero para qué? Sólo la peste negra sería tan horrible como para hacer que uno usara una sustancia tan pútrida.

—Mi madre lo hace para los músculos doloridos y los esguinces.

Esto provocó las risas del grupo. Intentando mantener la compostura, Anna miró a su alrededor y se dio cuenta de lo que no había visto antes. Todos estaban de pie, rígidos, y muchos se frotaban inconscientemente las muñecas y los codos. Comprendió que estaba ante un grupo de tercos escoceses. Por supuesto, no se rindieron como se les había ordenado. Se resistían a cualquier bloqueo o lanzamiento, causándose más daño del necesario. Al resistirse, socavaban el ejercicio. Sacudiendo la cabeza, Anna se tragó la reprimenda que deseaba lanzar. La situación requería otra estrategia.

—¿A cuántos os vendría bien un bálsamo para los músculos y las articulaciones doloridas? Yo hago uno muy eficaz y un poco más suave para la nariz.

—Bien, entonces. Pongo fin al juego. Si no podéis seguir las instrucciones y rendiros como se os ordena, no tengo elección. Al lord no le gustará saber que su guardia de élite está incapacitada por mi culpa. Además, nadie aprende cuando se ofrece resistencia. —Nadie estaba dispuesto a admitir tal necesidad.

—Si os damos nuestra palabra de ceder cuando sintamos la cerradura, ¿podemos continuar? —En medio de los gruñidos, Iain tomó la palabra.

—Le miró fijamente. —¿Vuestra palabra entonces?

—Sí, *milady*.

—Sí. —Mirando al resto del grupo con los ojos entrecerrados, no cedió hasta que asintieron colectivamente.

—Iremos otro día y veremos. Espero que todos los que os sintáis doloridos en las articulaciones me visiten después para recibir un bálsamo adecuado como parte del acuerdo. Sin excepciones. Y Duff, debéis tirar ese repugnante ungüento. Sin faltar al respeto a vuestra madre —añadió con una sonrisa.

—No es necesario, *milady*. —Le devolvió la sonrisa con los dientes separados.

—¿Abuelo? —Mientras trabajaban, Anna se fijó en el lord a cierta distancia, que se encontraba bajo el gran roble con otro hombre al que no pudo ver lo suficiente como para reconocerlo. Aunque no tan alto como el lord, era más ancho. Antes de que el grupo terminara por la mañana, Duncan se unió a su padre y al desconocido. Tras hacer un alto para el descanso del mediodía, recordó a los hombres que habían dado su palabra. Caminando hacia Duncan, Anna se detuvo, atónita.

Una gran sonrisa se dibujó en su rostro escarpado mientras le abría los brazos. Ella corrió inmediatamente a abrazarlo.

—Casa blanca. Mi Casa blanca favorita —dijo, con la voz cargada de emoción.

—Pero abuelo, soy vuestra única nieta. —Anna se enjugó las lágrimas de felicidad.

—Sí. Y eso es lo que os convierte en mi favorita. —Sus ojos bailaban mientras reía a carcajadas y la abrazaba de nuevo.

Los hombres MacGregor se fueron, dándoles privacidad.

—Estáis aquí. ¿Por qué habéis venido? —Anna no podía

creerlo.

—Para ver con mis propios ojos que estáis bien. Os creíamos muerta. Y ahora he oído que voy a negociar vuestro matrimonio. Sabía por qué rechazabais a todos esos ingleses. Hay demasiado escocés en vuestra sangre como para conformarse con menos. También vine a deciros que podéis elegir. Si amáis a este hombre y queréis ser su esposa, tendréis mi bendición. Pero no os caséis porque creáis que debéis hacerlo. Decidlo, y os llevaremos de vuelta. Con vuestra familia.

Anna abrió la boca para hablar, pero la cerró repentinamente cuando su abuelo levantó la mano.

—Puede que el conde ejerza el poder en su lado de la frontera, pero encontrará más de lo que esperaba si intenta cruzar a Escocia para encontraros. El grupo de hombres que envió tras vosotros cuando huisteis nunca volvió a ver suelo inglés. La mayoría de los clanes fronterizos conocen vuestro destino y han jurado protegeros si regresáis.

Las lágrimas de Anna volvieron, consciente de que tantos estaban dispuestos a protegerla.

—Vuestro padre era un inglés respetado por todos. Era algo raro entre nuestra gente. Como el conde asesinó a Braxton y a mi nieto, y luego obligó a mi única nieta a huir a ciegas hacia lo desconocido, no se ganó más que más enemigos.

Estar de nuevo en brazos de su abuelo le recordó el amor que había conocido todos los días de su vida. Lágrimas de alegría brotaron mientras lo abrazaba con fuerza.

—Deberíais haber acudido a mí, dulce hada, os habría protegido —susurró—.

—No sabía quién nos había atacado. Después de perder a padre y a Edrick, no podía traeros a esos enemigos. —Oír el nombre de su infancia reconfortó su corazón.

—Ya no puedo llamaros como mi dulce hada. Ya sois una mujer adulta. —La sostuvo frente a él y chasqueó la lengua ante su respuesta.

—Siempre seré vuestra dulce hada, abuelo. Amo a Duncan y deseo casarme. La primera semana aquí fue difícil, pero desde entonces sólo me han tratado con amabilidad. —Una sonrisa se

dibujó en el rostro de Anna.

Asintiendo, su abuelo le tendió un brazo. Anna lo besó en su envejecida mejilla, cogió el brazo que le ofrecía y regresó a la torre del homenaje. Cuando atravesaron el salón principal, el grupo de hombres Elliot que se sentaba a la mesa se levantó y la rodeó en señal de saludo. Anna se alegró de ver a sus compañeros de clan. De los veinte hombres que había traído su abuelo, un tío y cuatro primos formaban parte del grupo. Con un movimiento de cabeza, Moray Elliot indicó a su hijo, hermano de su madre, que lo acompañara a la sala del lord, llevando consigo a Anna. Escoltada por su tío Gavin, Anna entró en la sala más pequeña. Vio las sillas de la chimenea colocadas en círculo, con Duncan, Kenneth y su abuelo ya sentados. Kenneth se frotaba la mandíbula con cautela, despertando su preocupación. Tomó el asiento vacío entre Duncan y su abuelo.

—Lord, ¿tenéis alguna muela que os moleste? Puedo echarle un vistazo. Tal vez un *posset* de hierbas elimine cualquier infección.

—No, mis dientes están bien, quizá un poco flojos. Sin embargo, me duele la mandíbula. —Kenneth sonrió, lo que al parecer le dolía, mientras se apretaba la mandíbula.

Anna le lanzó una mirada de desconcierto.

—Vuestra abuela golpea más fuerte de lo que uno creería. Cuando le dije que os había tenido prisioneros durante una noche, se ofendió.

—Lo siento —murmuró Anna, repentinamente avergonzada.

—No hay nada que lamentar. Duncan habría hecho lo mismo si hubiera creído que podía salirse con la suya. —Kenneth le dirigió una mirada tranquilizadora. La curva de sus labios y el guiño que le hizo le dijeron que no le guardaba rencor.

Anna respiró aliviada. A partir del momento en que ella y Edrick presenciaron el ataque a su hogar, Anna relató lo sucedido hasta que se encontró con los MacGregor. Al parecer, los dos lores ya habían tratado este tema tan delicado. No deseaba volver a hablar de ello por miedo a nuevas hostilidades. Continuó con el ataque de Alain y relató el resto. Duncan siguió con parte del relato. Tanto su abuelo como su tío preguntaban de vez en cuando,

sobre todo acerca de la emboscada. Cada vez que contaban sus hazañas, su abuelo y su tío sonreían con orgullo.

Una ira incontrolable se apoderó de Anna al enterarse de que los hombres del conde habían reconstruido su casa y ahora la ocupaban. Se levantó de la silla y se dirigió a la ventana. Sin forma de desahogar su rabia, ésta se fue apoderando poco a poco de sus entrañas. Mientras intentaba controlar su respiración, Anna se dijo a sí misma que no era algo inesperado, pero que oírlo confirmado por su familia al otro lado de la frontera lo hacía más real.

Cuando se calmó lo suficiente como para volver a sentarse, empezaron las discusiones sobre su matrimonio y pronto se llegó a un acuerdo. Para sorpresa de Anna, su abuelo le ofreció una dote. Incluso MacGregor pareció sorprenderse por la moneda. Se acordó la promesa de ayuda, en caso de que fuera necesaria. Cinco días de dura cabalgata separaban a los clanes, por lo que la ayuda inmediata no llegaría para ninguno de los dos. Concedieron permiso para anunciar el compromiso inmediatamente. Anna y Duncan se casarían en tres semanas. Mientras completaban el acuerdo, un escalofrío la recorrió. No sabría decir si de anticipación o de miedo. Tomándola de la mano, Duncan obviamente lo sintió, y le dedicó una mirada tranquilizadora.

A continuación, el tío Gavin se marchó junto con Duncan para acomodar a los Elliot, y Anna subió a lavarse y cambiarse para la cena. Aunque disfrutaba enormemente de la compañía de su familia, permaneció callada durante la cena. Mientras se acomodaban alrededor del hogar después de la cena, Duncan le pidió a Elliot que le contara cosas de su infancia. Le contaron de sus aventuras, las cuales hacía tiempo que había olvidado, y de algunas que hubiera preferido *no recordar*. Avergonzada por lo salvaje de su juventud, se movió inquieta, deseando encontrar un lugar donde esconderse. Después de una hora de tales historias, se había hecho tarde y su tolerancia a las historias embarazosas se había sobrepasado. Disculpándose, Anna besó a su abuelo y a su tío y se dirigió a su habitación, sintiendo la mirada de Duncan sobre ella.

CAPÍTULO 23

—Permitidme que os acompañe. —Duncan le ofreció el brazo.

Con una sonrisa fatigada, Anna aceptó su ayuda y subió las escaleras de la torre.

—¿Deseáis hablar de lo que os perturbó durante las negociaciones matrimoniales?

—Me sorprende que os hayáis dado cuenta. —Anna percibió en su voz el tono suave y razonable que empleaba cuando sabía que ella estaba disgustada.

—Como vuestro esposo, es mi trabajo saber cuándo estáis disgustada y calmaros cuando puedo. —La llevó a una alcoba en el rellano del segundo piso.

—En parte es el viejo miedo. Seréis mi dueño como lo sois de vuestro caballo. Aunque confío en vos, me asusta la idea de ser la posesión de alguien, a merced de sus caprichos o su estado de ánimo. —Anna esbozó una pequeña sonrisa ante el hecho de que su buen escocés poseyera un lado amable.

—Sí. Si yo fuera vuestro esclavo, sentiría lo mismo. Sabéis que os valoro más que a mi propia vida, ¿verdad? Y un poco más que a mi caballo. —Suavizando las arrugas de su frente, la acarició en silencio junto con su cabello. El humor se filtró en su voz.

Entonces, la joven sonrió y asintió con la cabeza.

—Sí, más que a vuestro corcel.

«¿Pero más que su propia vida?»

Deseaba creerle con la misma fuerza con la que necesitaba respirar. Sin embargo, no estaba segura. Una parte de ella seguía creyendo que él la dejaría de lado en algún momento, o que no comprendería ni alentaría su espíritu guerrero. No podía soportar la idea de perderle o verse obligada a desempeñar un papel que odiaba.

—Sé que veis nuestro matrimonio como si yo me adueñara de vosotros. En parte, es cierto. Sin embargo, yo os veo como un regalo de lo alto, uno que no merezco. Debo amaros y cuidaros,

dando mi vida, si es necesario, para protegeros. Algunas cosas que hacéis van en contra de esos deseos. Como cargar contra los hombres que nos atacaron. Casi causáis mi muerte cuando lo hicisteis. No quiero volver a experimentar la sensación de total impotencia al verme herido, incapaz de protegeros.

Como Duncan ya lo había mencionado antes, ella sabía que era importante para él. Sus ojos se mostraron serios.

—Mi madre dijo que os había hablado de mi hermano.

Anna asintió.

—Tuve la misma sensación cuando lo vi desaparecer bajo la corriente del río. No podía soportar perderos como le perdí a él. —Una inconfundible desesperación teñía su voz—. Si pierdo la paciencia o los estribos con vosotros, será porque me hacéis difícil cumplir mis votos para con vos y vuestra familia. La dote que os ofrece vuestra abuela es un símbolo de pago por mi protección y cuidado. Vuestra abuela y yo tuvimos una larga charla esta mañana mientras instruíais a los hombres. Deseaba conocer al hombre que eligió su única nieta. También quería que supiera lo valiosa que sois para él. Le dejé claro que entendía lo excepcional que sois.

Anna asimiló sus palabras, sopesándolas con sus temores. Oírle hablar de Callum y de su sentimiento de pérdida la ayudó a comprender mejor su necesidad de protegerla.

—Entiendo y creo lo que decís. También reconozco la insensatez de cargar yo sola contra un grupo de hombres. Pero debéis comprender que siento lo mismo por vosotros. Lo hice para protegeros de más daño.

—¿Cuál es el resto, entonces?

Anna posó las manos en su cintura y apoyó la frente en su cuello. No podía contarle todo el miedo que la atormentaba, así que le contó una parte.

—Admiráis mis habilidades, pero una parte de vos quiere que me quede en casa, cuidando de vuestra manada y educando a nuestros hijos. Temo perder demasiado de mí misma en el matrimonio, y acabar resentida con vosotros por ello. O bien, aferrarme a mi independencia y que me guardéis rencor por preocuparte por mi bienestar. Ninguno de esos futuros es deseable.

No sé cómo encontrar el término medio. No hay parejas como nosotros para comparar o consultar. —Levantó la mirada, desesperada por ver su reacción.

—Cuando compraste a Orión, ¿cómo era? —De nuevo, pasaron largos momentos antes de que respondiera.

—Era un potro salvaje y poderoso, no dispuesto a someterse a ninguna orden. —Frunció el ceño, reconociendo inmediatamente la dirección de su pregunta.

—¿Y tomasteis su espíritu bravo y lo quebrasteis durante vuestro entrenamiento?

—Ya sabéis que no. Trabajamos juntos. Con guía y paciencia llegó a confiar en mí.

—Así que se trata de confianza. Decís que confiáis en mí. ¿Confiáis en mí lo suficiente como para creer que no os exigiré tanto o romperé vuestro espíritu? —Anna negó con la cabeza ante la sonrisa de Duncan, pues sabía que la había puesto en el lugar que él quería.

—En verdad, no lo sé. Quiero decir que confío mucho en vosotros, pero no puedo decir con toda honestidad que lo haga sin vacilar. —La percepción de su pregunta la atravesó.

—Ah, ¿entonces deseáis esperar? No quiero que os sintáis presionados a casaros, a pesar de nuestras familias y acuerdos firmados.

—No. Quiero ser vuestra esposa. No quiero esperar. No es sólo el placer que compartimos, sino la alegría y la satisfacción que siento cuando estoy a vuestro lado. Quiero acostarme con vos, despertarme con vos, compartirlo todo con vos. —De inmediato, Anna rechazó la idea.

—Entonces necesito seguir inspirando vuestra confianza mientras desarrolláis más fe en mí, ¿sí?

—Sin embargo, me gustaría que habláramos de cosas concretas. Vuestra reacción a mis enseñanzas a los hombres me ha puesto muy nerviosa. No me agradó vuestra mirada. Me gustaría saber qué creéis que debo hacer y qué no. —Anna asintió.

—Anna, me di cuenta pronto, como Orión, que exigir vuestra sumisión u obediencia haría más mal que bien. Estoy tratando de caminar por un camino diferente con vos. Sin embargo, sólo soy

un hombre. Ver a otro tocándoos, ver cómo os mira… hay límites a mi tolerancia. Sé que necesitas mantener vuestras habilidades afinadas, pero necesito que me aseguréis que no tengo nada de qué preocuparme. Juro que haré todo lo posible para no matar a nadie que os toque. —Respiró hondo. Su voz se aligeró, pero ella sabía que sólo bromeaba en parte.

—Lo comprendo, y he acordado mantener una respetuosa distancia. Nunca haré nada que os deshonre. Es fácil imaginar que discutiremos a menudo. Me gustaría ser más estratégica que simplemente ir dando tumbos de un conflicto a otro.

—¿Un plan de batalla, entonces? —Se rio entre dientes.

—¿Os burláis de mí? —Palmeándole el pecho, lo miró con dureza.

—Tranquila, mi hermosa guerrera. No hago más que admirar vuestra aplicación de las estrategias de combate a nuestra unión. Muy bien, ¿qué proponéis? —Levantó las manos en un gesto pacífico.

Satisfecha con su respuesta, Anna se acomodó contra él una vez más. Inspiró profundamente, lo olió, saboreó su calor. Esta, esta era la razón por la que no quería esperar.

—¿Y si hacemos una lista de actividades con las que ambos podamos vivir?

—Me parece bien. ¿Y qué pasa con las cosas de vuestra lista que no aparecen en la mía?

—Te convenceré cuando lleguemos a nuestro dormitorio. —Bajó su mano a la parte delantera de su falda, encontrándose con su dureza. Le dio un suave apretón y le contestó con voz burlona. Oírle gemir de placer mientras le recorría la punta de la virilidad con el dedo le hizo desear que no tuvieran que esperar tres semanas.

—Aplaudo vuestras tácticas superiores. Si pretendéis llevar tales batallas a nuestra cama, me temo que me veré obligado a rendirme cada vez.

Anna se apoyó en su pecho y suspiró profundamente. Escuchó su respiración, sus brazos firmes alrededor de sus hombros.

—Gracias por comprenderme y hablar conmigo de esto. Sé

que parte de mi miedo no tiene nada que ver con vosotros. Estoy convencida de que seréis el mejor de los maridos, y pronto me preguntaré por qué me detuve en esta tontería. Había algo en oír las negociaciones, anunciar el compromiso y fijar una fecha que lo hacía más real.

Duncan masajeó los músculos de su cuello y hombros y Anna se derritió bajo su tacto.

—Habéis pasado por muchas dificultades en poco tiempo. Era de esperar. Sólo quiero asegurarme de que no tengáis dudas antes de haceros mía para siempre. —Envolviéndola con un brazo, la acompañó a la habitación de Nessa, donde compartieron un dulce beso y se despidieron.

* * *

Al cabo de unos días, se corrió la voz de su entrenamiento. Hombres que no formaban parte de la guardia del lord expresaron su deseo de aprender y participar. La confianza de Anna creció, consciente de que contribuía a las habilidades de combate del clan. La habían atacado dos veces, y cada encuentro sólo a medias. Le hizo preguntarse si Duncan amenazaba a los hombres después de todos.

Anna recibió la noticia de que los tejedores habían terminado sus lanas y fue a buscarlas. Al probárselas, se deleitó con la lujosa suavidad de estas. Aparte de la seda, nunca había sentido nada tan fino. La abrigaría cuando llegaran los meses más fríos. Charló con las señoras, que parecían realmente contentas de verla. Sin dejar de trabajar, la charla pronto giró en torno a la futura boda. Tras responder a sus preguntas, Anna les dio las gracias y salió por la puerta. Inmediatamente se fijó en cuatro guardias que estaban al otro lado del camino y que no estaban presentes antes de que ella llegara. Iain estaba entre ellos, y Anna se preguntó brevemente por qué estaban allí. Por el rabillo del ojo, detectó movimiento. Dejó caer su caja y se giró para mirar a quien se acercaba.

Un brazo la cogió por detrás alrededor del cuello, y ella reaccionó instintivamente aferrándose al brazo del hombre para evitar que la estrangulara. A continuación, apoyó la rodilla

derecha en el suelo y giró el cuerpo hacia la izquierda. El hombre voló por encima de su hombro derecho, cayendo de espaldas con un ruido sordo y satisfactorio. Con el brazo aún sujetado por ella, lo apartó de su cuerpo y le cubrió el pecho con la pierna derecha. Con la pierna izquierda a la altura de la cabeza, lo atrapó boca arriba. Todavía en el suelo, le estiró el brazo por la muñeca y levantó las caderas. Su movimiento le bloqueó el brazo a la altura del codo, provocando una ligera dislocación.

—¡Me rindo! —gritó mientras golpeaba el suelo con la mano libre.

Inmediatamente, Anna se soltó, se levantó de un salto y le ayudó a ponerse en pie. Miró a su alrededor, fijándose en Iain y los demás que se habían reunido para observar. Todos sonrieron de oreja a oreja, aparentemente conscientes de la emboscada.

—Aún no hemos trabajado los estrangulamientos por la espalda, Bran. ¿Qué os llevó a atacar así? —Se dirigió a su atacante.

—Sabía que me derrotaríais de todos modos, así que pensé en ser sigiloso. —Agachó la cabeza.

Su respuesta provocó las risas de los presentes. Mientras Anna se sacudía el polvo, vio a Duncan de pie a varios metros de distancia, con los brazos cruzados y una expresión entre rabia y asco. No había visto antes esa expresión en particular, y su sonrisa se desvaneció. Siguiendo su mirada, uno a uno los hombres dieron un paso atrás. Sin saber qué más hacer, Anna felicitó a Bran por su buen ataque y recogió su caja del suelo. Miró a Duncan y esperó una respuesta. Al ver que no decía nada, se tragó su orgullo y caminó hacia él.

—Estáis enfadado conmigo. ¿Puedo preguntar por qué? —Mantuvo la calma, sin reaccionar a su evidente ira.

—Os revolcáis en el suelo con uno de mis hombres delante de toda la aldea como una vulgar ramera, ¿y os preguntáis por qué estoy enfadado? —Su voz resonó en los edificios circundantes.

Al oír sus palabras, Anna escuchó la respiración agitada de la gente cercana. Manteniendo el más mínimo control sobre su ira, Anna se tragó una maldición, giró sobre sus talones y se dirigió hacia los establos. Una vez en el establo, arrojó las provisiones

contra la pared y ensilló a Orión de inmediato.

«¿Cómo se atreve a llamarme prostituta? Si lo hubiera visto todo, sabría que no he hecho nada malo. Respondí al ataque con rapidez y le puse fin. Si cree que puede tratarme así, humillándome delante de todos, es un tonto, y yo aún más por haber aceptado casarme con él».

«Debería cancelar la boda y aceptar la invitación del abuelo para volver a casa. No toleraré semejante trato». Tiró de la cincha de la silla y soltó el estribo.

Trean salió del establo de Orión y le puso el hocico en la mano. Acarició su cabeza y condujo a Orión a través de la puerta del establo. A lomos de su caballo, se dirigió al lago, con Trean pisándoles los talones.

Alejándose de la aldea, Duncan soltó un rugido de frustración. Supo en cuanto soltó las palabras que se había equivocado gravemente. ¿Qué demonio se había apoderado de él? Siempre el que tenía el control, se encontraba frecuentemente fuera de control cuando se trataba de Anna. Sabía que ella no había hecho nada malo. Cuando Bran la sorprendía, tomaba las riendas de la situación. No hizo más contacto del necesario, ni se quedó en el suelo, levantándose inmediatamente después de que él cediera.

La rabia celosa que lo poseía no le importó nada, golpeándolo rápida y completamente inesperada. ¿Qué locura le había embrujado para tratar así a la mujer que amaba? La había llamado vulgar puta delante de los hombres y del pueblo cuando la noche anterior le había pedido que confiara en él. La ira en sus ojos era algo que no había visto desde su captura. Sabía que no debía acercarse a ella ahora, sólo empeoraría las cosas. Necesitaba tiempo para calmarse y él también.

Si no controlaba sus celos, sabía que corría el riesgo de perderla, si no lo había hecho ya. Su abuelo le había ofrecido llevarla al sur, a las tierras de Elliot, en la frontera. El miedo a que se marchara le atenazó las entrañas y se dejó caer sobre sus rodillas, con la cabeza entre las manos. La atracción del clan y la familia representaba una amenaza muy real. Si Anna decidía marcharse, sólo podría culparse a sí mismo. Sabía que no podía

permitirlo y que no tendría más remedio que seguirla hasta convencerla de que volviera con él. ¿Pero a qué volvería? ¿A un marido tan celoso que nunca se ganaría su confianza? ¿Qué mujer elegiría voluntariamente un destino así?

CAPÍTULO 24

Para Anna, el lago se había convertido en un lugar de solaz, un lugar donde pensar. Mirar fijamente las aguas azul-verdosas normalmente le producía una sensación de paz, pero hoy era diferente. No podía quitarse de la cabeza la reacción y las palabras de Duncan. ¿Qué había hecho para ganarse su desconfianza, su ira? Él sabía que ella no lo deshonraría. Había sido testigo de cómo dos guerreros perfeccionaban sus habilidades, de la forma en que el hierro es afilado con hierro, nada más.

«¿Cómo puedo entregarme a un hombre que piensa tan poco de mí? ¿Un hombre que me diría algo tan soez en público, delante de los hombres a los que entreno?»

Intentó verlo desde su perspectiva, imaginar una situación en la que lo descubriera en el suelo con otra mujer, pero no pudo conjurar una comparación justa. Su mente no podía imaginárselo así. Seguramente podrían llegar a algún tipo de compromiso.

«¡Mierda! ¡No quiero un compromiso!»

El dolor y la rabia burbujeaban ante su reacción, ante su falta de confianza. Tal vez se alejaría de ella antes de lo que sospechaba, disgustado por su falta de delicadas habilidades femeninas.

El gruñido grave de Trean interrumpió sus cavilaciones. Siguió su mirada atenta para ver a una docena de hombres emerger de entre los árboles. Una mirada a Orión le dijo que no tenía ninguna posibilidad de llegar hasta él antes de que la rodearan. Un hombre le apuntó a la cabeza con una ballesta. Una maldición gruñó bajo su aliento cuando reconoció a dos hombres del grupo de Alain. A los otros no los había visto nunca.

«¡Mierda!»

—Mirad lo que tenemos aquí, muchachos. Y completamente sola. MacGregor nunca ha sabido cómo proteger lo suyo. Venid con calma, muchacha, y podemos hacer esto sin derramamiento de sangre.

Cogiendo las espadas que no estaban en sus fundas, Anna bajó lentamente los brazos fingiendo resignación. Al hacerlo, el hombre de la ballesta se acercó cautelosamente, con un trozo de cuerda en las manos. Anna sacó rápidamente la daga de la bota con una mano y el *sgian dubh* de la manga con la otra. Le atravesó la garganta antes de que pudiera reaccionar, empujando su cuerpo moribundo hacia atrás para prepararse para el siguiente ataque.

—¡La gata tiene garras! —Los hombres retrocedieron en un alboroto.

Trean retiró los labios, enseñó los dientes y se lanzó contra el enemigo más cercano. El hombre blandió su espada y el cachorro de lobo cayó estrepitosamente con un aullido. Anna dio un paso hacia él, pero otro hombre levantó la ballesta, amenazándola. Anna se arrojó al suelo rodando hacia delante y apareció frente a él. Le arrebató la ballesta de un golpe y le clavó las dos dagas en el cuello. Dos muertos y diez heridos, lo sabía. Sin embargo, morirían más antes de que ella se fuera en silencio. Dos de los que estaban frente a ella desenvainaron sus espadas, con rostros asesinos mientras miraban a sus camaradas caídos. Un movimiento borroso a su lado atrajo su atención. Antes de que pudiera reaccionar, un golpe en la cabeza acabó con su resistencia.

* * *

Duncan vio el establo vacío de Orión y supo el destino de Anna. Esperó en los establos a que ella regresara, dispuesto a disculparse, a pedirle perdón y a acceder a todo lo que le pidiera. Lo único que sabía era que el mundo no estaba bien, que él no estaba completo una vez que ella se alejaba de su lado. Tras dos horas de espera, la poca paciencia que poseía se esfumó. Mientras ensillaba su caballo, Orión entró solo en los establos. Cada nervio del cuerpo de Duncan se encendió como si hubiera sido raspado por un hierro candente. Corrió hacia los campos de entrenamiento,

llamando a la guardia para que cabalgara con él.

Llegaron rápidamente al lago y encontraron señales de lucha y dos hombres muertos. Duncan se quedó paralizado, incapaz de respirar o pensar. Las palabras de rabia que pronunció resonaban en sus oídos, condenándolo con cada respiración. Ahora se la habían llevado, sin duda herida, ya que nunca iría voluntariamente. No podía soportar el dolor que amenazaba con consumirle. Los gritos de auxilio de Callum resonaron en sus oídos mientras volvía a ver la cabeza de su hermano desaparecer bajo las turbulentas aguas por última vez.

—Capitán, ¿qué queréis que hagamos? —La voz de Tavish se abrió paso.

—¡Enviad a un hombre de vuelta e informad al lord, el resto conmigo ahora! —Duncan se restregó la cara con los bordes de la mano y consideró las posibilidades por un momento antes de responder.

Con casi dos horas de ventaja, espoleó a Lasair como si un zurrón de *cu sith* le mordiera la cola. Los hombres que llevaban a Anna cabalgaban con fuerza, haciendo que su rastro fuera fácil de seguir. Duncan no necesitó ningún rastro para conocer su destino.

Una vez que los hombres de Duncan se dieron cuenta de lo que había pasado, de quién la retenía, no necesitaron más incentivos. Cabalgaron como uno solo, deteniéndose sólo lo suficiente para descansar y dar de beber a sus caballos. Duncan se sintió humillado por la lealtad que Anna se había ganado, y avergonzado al saber que sus hombres comprendían la razón por la que había estado sola cuando la capturaron. Las miradas duras y furiosas que recibía decían que conocían sus acciones, y también sabían que ella asumiría el brutal coste.

Cuando vieron el torreón de MacNairn, ya habían bajado las puertas detrás del grupo de jinetes que perseguían, cerrando el acceso al castillo. Duncan sintió los negros escalofríos de la ira que amenazaban con apoderarse de él mientras observaba el torreón cerrado. Para su sorpresa, Trean cojeaba por el sendero justo delante. Duncan detuvo su caballo junto a la bestia herida. Se veía sangre en un hombro y tambaleaba con una de sus patas delanteras.

—Venid, muchacho, dejadme curarte la herida. —Alcanzó al cachorro, pero Trean gruñó en respuesta, alejándose de él. El corte en su hombro parecía ser superficial, y Duncan lo dejó ir. El lobo de Anna también lo había juzgado. Trean se paseaba justo dentro de la línea de árboles, su lacio y lastimero quejido acumulando otra medida de culpa en el corazón de Duncan.

—Tavish, enviad dos hombres de vuelta al lord e informad de lo sucedido. El resto permaneced aquí y vigilad. Iain y yo iremos a ver al lord Stewart. Hasta mi último aliento, arrasaremos todo hasta que no quede piedra sobre piedra. —Se volvió hacia sus hombres.

Clavando los talones en el costado de su caballo, Duncan condujo a Lasair hasta el límite, llegando a la estancia de su abuela horas después, tanto él como su corcel empapados en sudor y agotados.

Su abuelo le concedió una audiencia de inmediato, y sus ojos se encendieron cuando Duncan relató la captura de Anna por los MacNairn. Aeneas Stewart se levantó de su silla en el gran salón.

—Reunid a los hombres. Cargad las armas de asedio en sus carros. ¡Es hora de acabar con MacNairn! —Su rugido puso a todos en movimiento, dándole a Duncan una esperanza que apenas se atrevía a buscar. No era más que un muchacho la última vez que había visto a su abuela tan enfadada.

Tardaron un día entero en reunir el equipo y los suministros necesarios para el asedio. Antes de que terminaran, su padre y los hombres de MacGregor llegaron a la torre Stewart. Cabalgando todo lo que permitían las carretas, la fuerza reunida tardó otro día y medio en llegar a la fortaleza de los MacNairn.

* * *

Anna flotaba en la nada. Oía voces débiles en el borde de su mente y experimentaba una sensación extraña. Algo en las voces sonaba urgente, insistente, reclamando su atención. Lo único que quería era resistirse a ellas y volver a sumergirse en el estado de felicidad del que disfrutaba. Al cabo de un rato, la extraña sensación volvió de nuevo y, con ella, la orden de las voces que no

la dejaban en paz.

Tal vez si les respondía, le permitirían volver a sumergirse en la aterciopelada negrura. Decidida a despertarse el tiempo suficiente para responder, Anna luchó por alcanzar la superficie de la conciencia, donde la esperaba su cuerpo. Se encontró más hundida de lo que pensaba, asustada por lo lejos que había llegado. De algún modo, sabía que no estaba lejos del lugar sin retorno.

La extraña sensación se repitió, esta vez seguida de un chisporroteo.

—Ah, por fin despierta.

La voz estaba más cerca, y la extraña sensación de la que ahora se daba cuenta era la de alguien salpicándola con agua. Inmediatamente, una sensación de ardor le recorrió desde la cabeza hasta los dedos de los pies. Anna luchó por abrir los ojos, por orientarse, por comprender lo que había sucedido, pero su cuerpo se negaba a obedecerla.

—Hola, mi mascota. Bienvenida a vuestro nuevo hogar.

Entrecerrando los ojos, Anna intentó ver al orador en la penumbra, trató de entender sus palabras mientras el dolor amenazaba con devolverla a la inconsciencia. Siseó ante la intensidad del dolor, una punzada palpitante de cientos de agujas. ¿Se estaba quemando? Buscó indicios de llamas, pero no los vio. Seguramente la habían capturado y llevado al castillo del conde de Northumberland, pero el hombre que tenía delante no era ni el conde ni su hijo. Su largo cabello pelirrojo tenía vetas grises. Su rostro sugería que tendría unos años más que su padre. Y lo que es más importante, reconoció que hablaba gaélico, no inglés.

—¿Nuevo hogar? —Sus palabras débiles y arrastradas sonaban extrañas a sus oídos.

—Sí, mi mascota. Por fin estáis en casa. Pronto nos casaremos. —Su voz contenía impaciencia. Sus ojos, locura.

Algo en su declaración resultó ser más de lo que su mente podía procesar, y Anna volvió a sumergirse en la sedosa oscuridad.

* * *

—¡Idiota! ¡Quería que la trajeran ilesa, no herida! Ya han pasado dos días. A este paso, pasara una noche antes de que este lo suficientemente bien como para hacer sus votos.

—Ella ya había matado a dos hombres, mi señor. No quiero que nadie la mate por venganza. Nunca antes había dejado a una muchacha desmayada de un golpe. No sabía con qué fuerza golpearla. —Acobardado por la ira de su lord, el hombre levantó las manos en un esfuerzo por apaciguar a su jefe.

Era bastante cierto. Esta gata infernal mató a dos de los hombres que había enviado a buscarla, y había matado a otros antes. Las historias sobre ella no eran exageradas. Sus planes, sin embargo, requerían que Anna estuviera despierta y con el juicio suficiente para responder al sacerdote, sin tiempo para esperar a que se recuperara. Incluso ahora los hombres la buscaban, de eso estaba seguro.

Una vez pronunciados los votos y consumado el matrimonio, no le importaba quién lo supiera. Sólo necesitaba mantenerla alejada de MacGregor hasta entonces.

* * *

El dolor en la cabeza de Anna exigía atención. La oscuridad dio paso a una luz apagada que penetró en sus ojos. Al recordar la lucha en el lago, le vinieron a la memoria los detalles de su secuestro. Con un esfuerzo hercúleo, se incorporó. Palpó suavemente el costado de su cabeza, buscando el origen del dolor, y se encontró con un corte de cinco centímetros en la sien, la piel áspera, arrugada y mal cosida.

No se había aplicado ningún ungüento. Por el olor y el aspecto del agujero en el que la habían encerrado, la infección parecía inminente. Lentamente, miró a su alrededor, parpadeando para que sus ojos funcionaran correctamente, la fatiga y el dolor minaban sus fuerzas. La celda en la que estaba sentada era una de tantas. Separadas por gruesos barrotes de hierro, eran poco más que jaulas. Su movimiento debió de alertar a un guardia, ya que se oyó actividad al otro lado de la puerta.

Un hombre maloliente y desaliñado que llevaba una espada

corta y un juego de llaves deslizó una barra de pan bajo una ranura de los barrotes. Colocó una jarra alta de agua entre los barrotes y le gruñó. Anna no se movió ni reaccionó, pero lo vio salir por la puerta. Sacando fuerzas de flaqueza, cogió el pan.

El duro pan tenía manchas de moho gris y verde. Sin saber el día, Anna no recordaba la última vez que se había llevado algo a la boca. Incluso la mirada del pan mohoso despertó una bestia hambrienta que amenazaba con salir de su vientre. Quitó el moho, rompió la hogaza y la inspeccionó en busca de gusanos o gorgojos. Al no encontrar ninguno, se obligó a comer. Olfateó el agua antes de probarla, bebió un largo trago para engullir el rancio pan.

Al cabo de una hora, la puerta exterior volvió a abrirse. El hombre de más edad que había visto antes entró a grandes zancadas. Esta vez le acompañaban dos guardias armados.

—¿Segura que ya estáis despierta, querida? —Su sonrisa mostraba una boca llena de dientes marrones y torcidos que hacían juego con su piel cetrina y picada.

—¿Quién sois y por qué me habéis encarcelado? —Anna le miró fijamente durante un momento, intentando formar palabras. Su voz no era más que un graznido seco.

—Vais a casaros conmigo, querida. —Una mueca de maldad se dibujó en su rostro.

—¿Casarnos? Estoy prometida a Duncan MacGregor. El compromiso ha sido anunciado. ¿Quién sois? —Lo miró incrédula, con la respiración entrecortada.

—Sí, bueno, estáis aquí, ahora. Nuestro matrimonio os dará la oportunidad de reemplazar lo que me quitasteis. —Su sonrisa se transformó en algo más siniestro.

—No tengo ni idea de lo que habláis. Jamás me casaré con vosotros.

—Os casaréis conmigo y tendréis a mi heredero. —Su sonrisa se endureció hasta convertirse en una mueca. El esfuerzo que había hecho por mantener la calma se desvaneció y su tono se convirtió en un gruñido—. Llevadla.

Los dos guardias le colocaron grilletes en los tobillos y las muñecas y la sacaron de la mazmorra a medio andar, a medio arrastrar. La cabeza le palpitaba y el mareo la abrumaba,

haciéndola tambalear sobre sus fríos pies descalzos.

Subieron una larga escalera, atravesaron una pesada puerta y llegaron al exterior, a pleno sol. La luz la cegó y aumentó el punzante dolor de su cabeza. Cuando sus ojos se adaptaron lentamente a la luz, Anna vio que se dirigían a una capilla. Se dio cuenta de su intención, pero sabía que no podía obligarla legalmente a casarse. Tendrían que matarla. En su estado actual, sería un camino corto hacia la muerte.

—Considerad vuestras palabras cuidadosamente, mi mascota. Vuestras elecciones decidirán cómo seréis tratada de aquí en adelante. En cualquier caso, tendréis un heredero, eso es seguro. Es preferible un heredero legítimo, pero un bastardo bastará. —El hombre la miró. Sus labios volvieron a la mueca de desprecio y sus ojos brillantes proclamaron su locura.

Anna permaneció callada. Cuando entraron en la estructura de piedra, un sacerdote estaba de pie ante el altar. Su expresión pasó del nerviosismo al horror cuando vio su aspecto y sus grilletes.

—Padre, es la hora. —Su captor inclinó la cabeza hacia el sacerdote.

El sacerdote miró rápidamente al hombre, tragándose las palabras que le venían a la mente, y comenzó la ceremonia.

Anna estaba atrapada en su peor pesadilla, obligada a casarse con un hombre malvado que sólo quería que diera a luz a su hijo. Cerrando los oídos a las palabras del sacerdote, se aferró a su amor por Duncan. Decidió ignorar su amarga despedida, repitiendo en su mente sólo acontecimientos agradables, controlando su instinto de pánico.

—¿Juráis solemnemente, Baen MacNairn…?

¡MacNairn! ¿El lord MacNairn la había capturado? Lo que había dicho antes ahora tenía sentido. De alguna manera había descubierto que ella había matado a su hijo, Adair, cuando le robó a Nessa. Su mirada se fijó en su rostro. Él le dedicó una sonrisa entre dientes.

—¿Y vosotros? —El sacerdote se apartó de MacNairn y ahora le habló a ella.

—No, no quiero. Preferiría morir antes que casarme con una

bestia como ésta. —Con la mirada firme, Anna respondió.

Los ojos del sacerdote se desorbitaron de terror y retrocedió.

—Gracias, padre. Vuestros servicios ya no son necesarios. —MacNairn se volvió hacia el sacerdote. Sujetándola del brazo, la arrastró con violencia de vuelta a su celda. La arrojó al suelo y cerró la puerta de un portazo—. Os pudriréis aquí unos días más. Pronto me suplicaréis para casaros. —La escupió, se dio la vuelta y se marchó.

CAPÍTULO 25

Al final del tercer día, Duncan se aseguró de que todos estuvieran en sus puestos y listos para el ataque. Arrasar la aldea le había llevado menos de un día, ya que MacNairn había dejado pocos soldados para proteger a su pueblo. La mayoría de sus guerreros se reunieron tras sus muros de piedra, protegiendo su inútil pellejo. Los aldeanos apenas opusieron resistencia cuando vieron el tamaño de la fuerza combinada montada contra ellos, y varios expresaron su alivio al descubrir que un ejército había venido a sacar a su lord de su fortaleza, dando la bienvenida al fin de su gobierno de negligencia y crueldad.

Duncan necesitó toda la disciplina que poseía para permanecer en posición fuera de los muros, consciente de que Anna estaba prisionera allí. Temía perder la razón por la preocupación, la ansiedad royéndole un ardiente agujero en el vientre. MacNairn había retenido a su Anna, su corazón, durante cuatro días. Podía haberle pasado cualquier cosa, si es que aún vivía.

Los lores y capitanes se reunieron. Después de muchas discusiones, Kenneth MacGregor tomó el control y formularon un plan.

—Esperaremos hasta medianoche para comenzar el asalto. Con cuatro trabucos colocados alrededor de las murallas, el ataque vendrá desde tres lados. Dos se centrarán en la puerta principal y la muralla, donde se reúne la fuerza principal de los MacNairn.

Pensarán que intentamos debilitar sus defensas y forzar la entrada por allí. Los otros dos se centrarán en la torre y los edificios desde el este y el oeste.

—Duncan guiará a veinte hombres por el muro sur con cuerdas y garfios. El humo y el fuego deberían crear suficiente confusión para enmascarar vuestra aproximación. Encuentren a Anna y váyanse por donde vinieron. Evitaremos la parte trasera del torreón.

Duncan sintió la mirada de los tres lores.

—Cinco de su grupo serán mis hombres —añadió Elliot, su voz no dejaba lugar a la negativa.

Duncan asintió.

El plan era bastante simple. Quemar MacNairn hasta los cimientos y liberar a Anna mientras lo hacía. Duncan eligió a una veintena de hombres para acompañarle, entre ellos quince de los MacGregor que Anna había entrenado. Los cinco hombres de Elliot incluían a su tío y a sus primos. Ahora, sólo quedaba la tortuosa espera hasta la medianoche.

* * *

Cuando Anna se despertó, se encontró con unas correas de cuero atadas a los postes de la cama que le ataban las muñecas. Vestida sólo con su camisón corto y sus corpiños, sabía que su posición indefensa revelaba las intenciones de MacNairn. Escalofríos de repulsión le recorrían la espina dorsal al pensar en las manos del hombre sobre ella mientras la desnudaba mientras yacía inconsciente. Sin dolor entre las piernas ni rastro de sangre en la cama, sabía que no había ocurrido nada carnal… todavía. Una rápida exploración de la pequeña habitación no mostró rastro de sus pertenencias ni de ninguna otra prenda de vestir.

Una fuerte conmoción resonó más allá del muro de cortinas, provocando gritos y clamores desde el interior de la torre del homenaje.

«¿Elliot? ¿MacGregor? Un miedo atroz la invadió. MacNairn no me dejará salir viva… ni sin ser ultrajada». Su mirada se dirigió a la puerta, casi esperando que él cargara contra la habitación,

decidido a descargar su ira contra ella antes de matarla. Dudaba que viviera lo suficiente para ser rescatada. Fuera cual fuera su plan de ataque, sabía que, si no encontraba alguna forma de escapar de su situación actual, los clanes llegarían demasiado tarde.

Aunque la noche era fresca, el sudor corría por su rostro y su cuerpo temblaba. Temía que la infección se hubiera extendido por la herida mal curada, limitando aún más el tiempo de que disponía para escapar antes de quedar incapacitada por la debilidad.

La luna nueva ofrecía escasa luz, pero proporcionaba una cubierta de sombras para ocultarla si lograba escapar de esta cámara. Volvió a moverse en la cama y descubrió que podía doblarse lo suficiente como para alcanzar las ataduras con los dientes. En un frenesí de esperanza, se esforzó por desatar la primera, y luego utilizó la mano libre para desatar rápidamente la otra, frotando sangre y calor en sus muñecas cortadas y magulladas. Tras desatar el cuero, introdujo las manos en las ataduras aflojadas y se recostó en la cama, esperando a que apareciera el demonio o alguno de sus lacayos.

No tardaron en oírse voces en el pasillo. El MacNairn apostó un guardia en la puerta y luego introdujo la llave en la cerradura. Cuando entró en la habitación, Anna cerró los ojos como rendijas, fingiendo dormir. Se cernió sobre ella y sintió su presencia, la olió, se ahogó en ella. Cada músculo de su cuerpo le pedía a gritos que atacara y necesitó toda la disciplina que poseía para permanecer relajada.

MacNairn se subió a la cama con ella, a horcajadas sobre sus caderas, agachado sobre ella a cuatro patas. Anna sintió su aliento caliente y vil en la cara cuando se inclinó hacia delante y le lamió la mejilla. Sin previo aviso, ella empujó sus caderas hacia arriba con un violento movimiento, arrojándolo contra la pared de piedra, de bruces. La sangre salpicó caliente su piel. Él gimió, aturdido por el impacto. Rápidamente, Anna soltó sus muñecas de los lazos. Le rodeó la cabeza con las piernas y le aprisionó el cuello y uno de los brazos. Apretó más las piernas y la presión sobre el cuello interrumpió el flujo de sangre al cerebro. Incapaz de proferir más que una protesta gutural, se sacudió y cayó de la

cama, casi deshaciéndose de su agarre con la caída. Anna se golpeó con fuerza contra el borde de la cama y un dolor agudo y punzante le atravesó el costado. Ignoró el dolor y se retorció, apretando con más fuerza mientras el rostro del MacNairn se teñía de un rojo púrpura oscuro. Su cuerpo cayó hacia delante mientras se desmayaba, y ella lo soltó para incorporarse rápidamente sobre su espalda. Sujetándole la barbilla con una mano y el cabello con la otra, le retorció la cabeza con toda la fuerza que pudo reunir. El crujido resultante envió a MacNairn a reunirse con su hijo en el más allá.

Anna esperó a que el guardia reaccionara a los ruidos de los golpes, pero se dio cuenta de que probablemente creía que su lord simplemente se divertía con vigor. Desechando la idea con un gruñido de disgusto, volvió a revisar la habitación en busca de ropa, pero no encontró ninguna. Sin otra opción, cogió la del lord. Vestida con una túnica que apestaba a él, Anna se obligó a apartar la repulsión de su mente mientras se ceñía su tartán a los hombros, se abrochaba su ancho cinturón de cuero a la cintura, mucho más pequeña, y, lo que era más importante, le arrebataba su *sgian dubh*. Observándola de cerca, reconoció la pequeña espada que Duncan le había regalado con el escudo de los MacGregor. Sin duda, MacNairn había considerado su puñal una especie de trofeo. Metió los pies en sus botas, pero eran demasiado grandes, más un estorbo que una ayuda, y las apartó de un puntapié.

Tranquilizándose para la siguiente parte, se aseguró de que el cuerpo de MacNairn yacía oculto junto a la cama. Levantó la barra de la puerta y la abrió apenas un resquicio. Con la daga desenvainada, se agachó detrás del portal.

—¿Lord? —preguntó tímidamente el guardia mientras echaba un vistazo a la habitación. Con una mano en el puñal, entró en la habitación y dio un paso repentino hacia la cama antes de detenerse. Al salir de detrás de la puerta, Anna le dio una patada en la parte posterior de la pierna, haciendo que una rodilla cayera al suelo. Un rápido golpe de su daga en la garganta le hizo caer, desangrándose en los juncos podridos. Cerró la puerta y la bloqueó, arrodillándose para desabrochar el cinturón del guardia y recoger sus armas. Además de su *sgian dubh*, llevaba un puñal

casi tan largo como sus espadas cortas y una espada de calidad dudosa.

Sin aliento por el esfuerzo y débil por la fiebre y la falta de comida y agua, luchó contra una oleada de mareos mientras se secaba el sudor de la frente. Una vez eliminado el peligro inmediato, intentó respirar hondo para calmarse, pero el dolor en las costillas la cortaba como una cuchilla. Resopló a pesar de la agonía y esperó a que esta pasara, para luego equiparse con todas las armas, sintiéndose más segura ahora que estaba armada. Miró por la ventana mientras el ruido del exterior aumentaba. Desde la distancia que la separaba del suelo, parecía encontrarse en el segundo piso de una torre de tres niveles con una estructura de madera y vigas sobre ella. Buscó en el zurrón del guardia y sacó una gran botella de *whisky*.

Tras abrir los postigos de la ventana para que entrara más aire, Anna apiló la pequeña mesa de madera y dos sillas sobre la cama. Con el *whisky* empapó un viejo tapiz que colgaba de una pared. La parte superior de la tela apolillada alcanzaba la altura suficiente para que las llamas prendieran fuego al suelo. Vació el resto del contenido de la petaca sobre el colchón relleno de brezo, encendió el tapiz y luego el colchón con la vela antes de salir de la habitación. Con la espada y la daga en la mano, avanzó por el pasillo hacia la escalera, sintiendo a cada paso como si un cuchillo se clavara profundamente en su costado. Cerrando su mente al dolor, Anna se detuvo en una alcoba para escuchar pisadas y voces. Nada dentro de la fortaleza hacía ruido. Todos los ruidos procedían del exterior. Las escaleras terminaban en un gran vestíbulo lleno de mesas, bancos y un gran hogar. Lo encontró vacío.

Las puertas dobles estaban entreabiertas, dejando entrar los sonidos de la batalla en las murallas. Echó un vistazo al patio y vio que no había actividad, aunque la parte superior de las murallas estaba llena de guerreros MacNairn armados con arcos, la mayoría concentrados en la puerta principal. Examinó la muralla y vio una pequeña puerta de poste desprotegida desde abajo. Sólo había dos hombres encima.

Necesitando una distracción adicional y una salida, Anna se

dirigió en silencio hacia los establos, pegándose a las sombras por el camino. Tenía que moverse deprisa, pues el fuego de la torre no tardaría en alertar a los hombres. Sus músculos protestaban, haciéndose eco del dolor que sentía en el costado y en la cabeza. El mareo amenazaba con apoderarse de ella, pero lo contuvo. Se deslizó por una puerta lateral y entró en los establos.

Los caballos imitaron su nerviosismo, sintiendo la tensión en el aire de la batalla que se libraba fuera. Acechando a lo largo de los establos, vio a un joven de no más de doce años de guardia, con la atención puesta en la ventana. Como no quería herirle de gravedad, se acercó sigilosamente por detrás. Le asestó un golpe en el cuello con el borde plano de la mano, dejándole inconsciente. Sujetándole por los hombros, lo sacó por la puerta y lo arrastró hasta el patio. Cogió una brida de un gancho y se la colocó a un caballo grande y oscuro. Lo condujo a la parte trasera de los establos y fue abriendo cada uno de ellos, permitiendo que los caballos salieran por las grandes puertas dobles.

La veintena de caballos parecían confusos por estar libres y entraron lentamente en el patio. Anna arrojó un farol a un gran montón de heno que había en la parte trasera de los establos y sacó a su caballo al exterior. Se aferró a la brida con fuerza y lo condujo hacia la puerta más pequeña, sin vigilancia, mientras el resto de los caballos se arremolinaban detrás de ella. Entonces, forzó la cerradura oxidada y clavó la daga más pequeña del guardia en la bisagra superior, doblando ligeramente la hoja y dejando la puerta abierta. Los fuegos de los establos y la torre aumentaron, y los gritos de los hombres le advirtieron de que habían sido descubiertos. Obligándose a subir al lomo de su caballo, se incorporó con dificultad, jadeando por el dolor que sentía en el costado. Los incendios agitaron aún más a los caballos, que salieron en estampida relinchando fuertemente, asustados. Al descubrir la puerta abierta, salieron del patio tan rápido como les permitía la pequeña abertura.

Apoyándose en el cuello de su caballo, Anna se mantuvo en medio de la manada, oculta por la masa de caballos asustados. Una vez fuera de las puertas, cabalgó directamente hacia el linde del bosque, a unos cientos de metros de distancia. Al llegar al abrigo

de los árboles, se detuvo y miró hacia la torre en busca de señales de persecución. Sólo un campo vacío se interponía entre ella y la muralla. El torreón en llamas iluminaba el cielo. Había escapado.

A pesar de que la escasa luz de la luna le permitía distinguir formaciones de hombres en la linde del bosque, se dirigió hacia el grupo más cercano. Más de una docena de hombres armados con *claymores*, espadas, ballestas y hachas la rodearon de inmediato. Cerca de ellos descansaban varios carros. Al parecer, ella les había interrumpido mientras cargaban un pequeño trabuco. En los carros, junto a los aparatos de madera, había grandes jarras de cerámica. Por el olor, contenían fuego griego.

—Soy Anna del clan MacGregor, prometida de Duncan MacGregor. —Anna se deslizó hasta el suelo y levantó las manos, recostándose en el hombro de su caballo.

—Si sois quien decís ser, ¿por qué vestís como un MacNairn? —Un hombre calvo y rechoncho, que parecía tan ancho como alto, la miró de cerca. Su voz retumbaba tan ronca como su aspecto.

—No tenía otra elección de ropa y cogí lo que había a mi alcance. Si me lleváis ante algún MacGregor o Elliot, podréis confirmar mi identidad. Supongo que mi captura es la razón por la que las fuerzas están reunidas aquí. Una vez que se sepa que estoy a salvo lejos de los MacNairn, se podrán salvar muchas vidas.

—Sí, los Stewart luchan hoy junto a los MacGregor y los Elliot, pero nada salvará a Baen MacNairn de su destino. Hace tiempo que debería haber muerto. Si decís la verdad, el capitán MacGregor se sentirá aliviado de que su futura esposa esté libre. —El hombre calvo escupió al suelo.

—El lord MacNairn ya no existe. Le rompí el cuello a esa bestia asquerosa con mis propias manos. —Un guerrero tomó su caballo. Anna agradeció con la cabeza.

Su afirmación provocó un murmullo de especulaciones en el grupo de hombres que los rodeaba. El líder le dirigió una mirada acusadora, dando a entender que no la creía.

—De todos modos, me llevaré vuestras armas, muchacha.

Anna entregó las armas que había tomado de los MacNairn, pero dudó en entregar su *sgian dubh*. Debido a los efectos de las heridas y a la falta de comida y agua durante el cautiverio, Anna

llegó al límite y se tambaleó. Levantó la barbilla y fijó la mirada en el hombre.

—Esto fue un regalo de Duncan MacGregor para mí. No lo entregaré por las buenas.

Al ver el escudo de MacGregor en la empuñadura, el hombre esbozó una sonrisa y asintió. Le dio la espalda y se dirigió hacia el grupo principal de criados. Anna lo siguió, junto con otros cinco hombres, uno de los cuales conducía el caballo que había robado. Pasaron detrás de varios grupos más de guerreros Stewart antes de llegar finalmente a un grupo de MacGregor.

—¡*Lady* Anna!

En ese momento, la joven se volvió al oír su nombre y vio que Liam echaba a correr hacia ella. Abrumada al ver por fin una cara amiga, tropezó los últimos pasos y lo abrazó.

—Tranquila, muchacha. Los lores y el capitán se alegrarán de veros a salvo. Os lo dije, si atacáis a un MacGregor, nos atacáis a todos.

Agotada, se tambaleó detrás de Liam mientras se dirigían hacia los lores. En la oscuridad, Anna no podía ver las rocas y sus pies descalzos sufrían por ello. Ya no le importaba, y un poco más de dolor no suponía ninguna diferencia. Oyó su nombre cuando otros la reconocieron, algunos dándole las gracias por su huida. Anna estaba a punto de decirle a Liam que tenía que parar a descansar cuando vio a su prometido sentado en su caballo bayo.

—Duncan. —Aunque apenas fue un susurro, él giró en su dirección. Antes de que diera el siguiente paso, la abrazó.

—Gracias a los santos, Anna. Pensé que os había perdido.

El calor de su aliento la reconfortó mientras hundía la cara en su cabello. Sin embargo, el peso de la última noche se apoderó de ella y se estremeció incontrolablemente, aferrándose a él como si su vida dependiera del contacto. Le echó el cabello hacia atrás y sus dedos rozaron la herida. Anna se estremeció.

—Estáis herida. —Su expresión de alivio se transformó en airada preocupación. La acercó para examinarle el corte mal cosido de la cabeza y soltó una maldición cuando ella se estremeció al tocarle las costillas.

Las lágrimas corrieron por las mejillas de Anna, ahogando su

intento de esbozar una sonrisa valiente. Recordó cómo la había llamado el día que se marchó. Si lo pensó entonces, ¿qué debía pensar ahora después de pasar días -y noches- bajo el deshonroso cuidado de MacNairn?

Después de cogerla de la mano, la alejó de la línea del frente. Anna sólo consiguió dar unos pasos tambaleantes antes de que él la estrechara entre sus brazos. La llevó a una gran tienda situada muchos metros por detrás de la retaguardia de la formación, la colocó sobre un jergón y pidió comida y bebida. Alguien trajo un odre de agua, pan y queso.

MacGregor entró, seguido por su abuelo y un hombre mayor de aspecto fuerte que ella no había visto antes.

—Anna, gracias a Dios que estáis a salvo. —Morey Elliot se dirigió primero a ella, poniéndose en cuclillas en el suelo a su lado. Al ver su herida a la luz de la linterna, le preguntó—. ¿Cómo estáis?

—Tengo fiebre, miedo, temo que la herida esté infectada. —Aún temblorosa, luchó contra las lágrimas.

—Anna, él es Aeneas Stewart, el padre de Mairi, mi suegro. —Kenneth le presentó al anciano.

—Veo que sois una muchacha tan fuerte y valiente como me dice mi nieto. —El Stewart sonrió cálidamente y asintió.

Esperaron pacientemente a que Anna se recompusiera antes de presionar para obtener información. Tras beber unos tragos de agua y comer unos bocados de pan, respiró tan hondo como se lo permitieron sus costillas heridas y contó lo que recordaba. Gran parte de sus recuerdos eran confusos, sobre todo el momento en que sucedieron las cosas. No tenía ni idea de cuántos días había estado bajo las garras de MacNairn. Mientras describía lo que pretendía la bestia, Duncan se levantó bruscamente, con las manos cerradas en puños, mientras se paseaba por el pequeño espacio de la tienda.

Anna sabía que no debía intentar calmarlo, así que continuó su relato. Cuando llegó al punto en el que MacNairn intentó apresarla, Duncan se puso rígido y cerró los ojos. Murmullos y gestos de incredulidad llenaron la tienda cuando ella describió cómo había matado al vil hombre. Rápidamente terminó su relato.

—Es mi dulce hada, sin duda. Más fuerza y coraje que una torre llena de esos bastardos. —Elliot la abrazó suavemente.

El cuerpo de Anna se estremeció. Miró a Duncan, con la esperanza de aprovechar su fuerza. Se puso a su lado y la acunó con cuidado, murmurándole palabras tiernas al oído. No sabía por qué la consolaba, simplemente lo hacía. Sabía que aquello no duraría. No podía. Quería saborear cada momento antes de que él supiera que ya no era virgen. Por lo que él sabía, se la habían llevado mientras estaba inconsciente, aunque ella sabía que no era así. Aspirando su aroma, la sensación de sus brazos a su alrededor, Anna dejó que se grabaran en su mente para cuando la dejara marchar. Tendría que ser suficiente. Sabía con una certeza tan fuerte como las montañas que tenía ante ella que nunca amaría a otro hombre como amaba a éste. Aunque ahora le ofrecía amabilidad, Anna sabía que él ya no podía quererla. Su abuelo le besó la frente y siguió a MacGregor fuera de la tienda, con el lord Stewart pisándoles los talones. Cerrando los ojos, se concentró en el hombre cuyos brazos la rodeaban. Utilizó su calor para alejar el miedo y la conmoción. Al cabo de un rato, se dio cuenta de que él no se había movido en absoluto. ¿Había asimilado por fin la realidad de los hechos? ¿Seguiría consolándola mientras se alejaba emocionalmente o se la entregaría a su familia para que se ocupara de ella?

La respuesta no tardó en llegar. La tumbó en el jergón, cogió una manta y la cubrió. Cuando se sentó a su lado, Anna observó la tensión de su cuerpo. Más revelador era el frío que sentía ahora que ya no la abrazaba.

En ese instante, Fiona atravesó la entrada de la tienda.

—¿Qué maldito idiota ha cosido a nuestra señora? Un ciego podría haberlo hecho mejor. Tranquila, muchacha. Fiona os curará. —La curandera limpió la herida en la cabeza de Anna, luego aplicó un vendaje de hierbas.

—Comprobad sus costillas del lado derecho. Me temo que están rotas. —La voz de Duncan era baja, distante, provocando un escalofrío más profundo dentro de ella.

Fiona palpó las costillas heridas y las vendó con fuerza,

permitiendo a Anna respirar más libremente. Sacó una tisana de una pequeña tetera y vertió el líquido caliente en la garganta de Anna mientras Duncan la ayudaba a sentarse. Demasiado agotada y febril para luchar, Anna dejó que la trataran como quisieran. Sus ojos, pesados y ardientes, nunca se apartaban de Duncan, buscando señales de su amor que ella ansiaba tan desesperadamente. Sus acciones rígidas y su rígido lenguaje corporal decían todo lo que necesitaba saber. Demasiado cansada para llorar su pérdida, Anna cerró los ojos y dejó que el sueño se la llevara.

CAPÍTULO 26

Duncan había visto a Anna acercarse, apenas capaz de mantenerse en pie, sostenida por Liam, y nunca se había movido tan rápido en su vida. Aunque ella lo abrazó, él sabía que algo no iba bien. Temblaba, su piel ardía. Duncan se apartó para mirarla y le apartó el cabello del rostro, rozándole una herida en un lado de la cabeza. Aunque no era grande, se veía mal curada y muy irritada.

Al darse cuenta de que estaba herida, rápidamente comprobó el resto de su cuerpo. Anna retrocedió cuando le tocó las costillas. Otra herida. Una revisión superficial en la oscuridad no sería suficiente. La cogió de la mano y la acompañó hasta la tienda principal. Ella dio dos pasos inseguros antes de que él viera que sus pies estaban descalzos. Suficiente. La tomó en sus brazos y la llevó el resto del camino.

Al entrar en la tienda, Duncan la tumbó sobre un jergón de mantas y pieles. Pidió comida, bebida y a Fiona, usando la luz de la linterna para examinar más a Anna. Aparte de la cabeza, las costillas y una gran variedad de odiosos moratones, no tenía ninguna otra herida grave. Sus ojos contaban otra historia. Comió poco, bebiendo como si el bastardo no le hubiera dado ni una gota en todo el tiempo que la había tenido prisionera.

Los lores llegaron y esperaron a que saciara su sed y

recuperara la compostura. La debilidad de su voz inquietó a Duncan, pero la muerte de sus ojos fue su perdición. Sus expresivos ojos verdes siempre decían exactamente lo que sentía. Chasqueaban cuando se enfadaban, ardían de entusiasmo cuando discutían y se oscurecían de pasión cuando amaban. Ahora sus ojos miraban sin vida desde su rostro pálido y demacrado. Duncan se paralizó, sintiendo como si alguien le hubiera arrancado el corazón con una cuchilla oxidada.

Mientras Anna le contaba su historia, la rabia se apoderó de él y le devoró el cuerpo como si estuviera atado en una hoguera encendida. La rabia se ensañó a partes iguales con MacNairn por haber cometido tales brutalidades y con él mismo por haber provocado las circunstancias.

Durante años se hablaría del asesinato de MacNairn y de su audaz huida. Cuando terminó su relato, ya no podía hablar correctamente, su voz le fallaba. Los lores se despidieron, pero Duncan no quiso seguirlos. Anna lo miró, con la necesidad en los ojos, y él le ofreció sus brazos. Cuando Anna hizo un movimiento hacia él, Duncan la estrechó, meciéndola suavemente de un lado a otro, murmurando palabras tranquilizadoras que a sus oídos sonaban vacías. Ella estaba más allá del consuelo, pero él le dio lo que ella le permitió. Anna no sabía cuánto recordaría de aquella noche. Por piedad, esperaba que no mucho.

De repente, Fiona entró en la tienda y examinó minuciosamente a Anna, chasqueando la lengua y murmurando contra el trato que había recibido. Duncan tumbó a Anna en el jergón y la curandera curó primero su cabeza, mezclando una pasta de hierbas para eliminar la infección, y luego le vendó las costillas. Le prepararon una tisana y la obligaron a beber.

—¿Qué tan mal está? —Un temblor de miedo vaciló en la voz de Duncan.

—Parece que se ha roto dos costillas, pero lo que me preocupa es su cabeza. El torpe que la atendió no le hizo ningún favor. Lo hizo mal y está infectada, provocándole fiebre. Debemos seguir dándole esta infusión de matricaria y milenrama y mantenerla fresca. Debería estar en una cama adecuada donde podamos atenderla, no en un maldito campo de batalla. —Fiona

ladeó la cabeza.

La orden y la preocupación en la voz de Fiona le dijeron todos lo que necesitaba oír. Una vez que Anna se durmió, Duncan la dejó al cuidado de Fiona y buscó a su padre. Encontró a los lores reunidos con los otros capitanes. Habían alterado los planes de batalla ahora que Anna estaba a salvo y MacNairn muerto.

—¿Qué dice la curandera? —preguntó Elliot.

—Necesita estar en una cama adecuada para que podamos atenderla adecuadamente.

—Elegid algunos hombres y llevadla a casa. No estáis en condiciones de luchar pensando en su estado —dijo Kenneth.

Duncan asintió. Llamó a cinco hombres y trasladaron el jergón a un carro. Trean salió de las sombras fuera de su tienda y Duncan lo colocó con cuidado en la parte trasera del carro, donde se acurrucó a la espalda de su ama. Los hombres montaron y emprendieron el camino de vuelta a Ciardun.

El día y medio de viaje transcurrió sin incidentes, aunque la fiebre nunca aflojó sus garras. Fiona permaneció junto a Anna, refrescándola con paños húmedos cuando ardía y envolviéndola en mantas cuando tenía frío. Trean le lamía repetidamente la cara, pero Anna no recuperaba el conocimiento. En cuanto llegaron al castillo, Duncan la llevó a su habitación. Trean lo siguió escaleras arriba y se tumbó en un rincón junto a la chimenea. Mairi y Nessa la despojaron de las asquerosas ropas que llevaba y Duncan las cogió y las quemó, maldiciendo a MacNairn mientras lo hacía. Cuando regresó, las damas habían limpiado a Anna todo lo que pudieron, librándola del asqueroso hedor de MacNairn, y la habían vestido con ropa de dormir.

—Debéis estar cansados y hambrientos del viaje. Id, comed y bañaos. Nosotras la cuidaremos —le animó Mairi.

—No puedo. Es mi culpa que esté tan cerca de la muerte. No me iré de su lado hasta que se recupere. —Los ojos de Duncan no se apartaban de Anna.

—¿Por qué es vuestra culpa? —Duncan sintió la mano de su madre en el brazo.

El noble respiró hondo y confesó sus acciones el día que Anna fue secuestrada. Mairi no ocultó su conmoción. Ninguno de

los dos habló durante unos instantes. Finalmente, Mairi le apretó el hombro.

—Sabéis muy bien lo fuerte que es Anna. Lo superará.

—MacNairn la mantuvo hambrienta y prisionera todo el tiempo en su calabozo, a pesar de su herida. Estaba conmocionada, apenas podía mantenerse en pie cuando nos encontró. Sé que es fuerte, pero un cuerpo no puede soportar tanto. Temo por su vida. No me separaré de ella hasta que la fiebre la abandone. —Encontró la mirada de su madre.

—Encontraréis la forma de compensarla, y dejaréis de lado estos celos mezquinos. Haré que envíen comida. —Un suave beso rozó su mejilla.

—Iré a dormir, pero volveré mañana. Mantenedla fresca. Haz que beba una pequeña cantidad de este brebaje cada dos o tres horas. Necesitáis comer y descansar. Será una larga batalla antes de que vuelva en sí. —Cuando llegó la bandeja, también llegó Fiona con una tetera nueva para el fuego.

La puerta se cerró suavemente, dejando a Duncan solo con sus pensamientos mientras velaba a la mujer que amaba. Ambos durmieron con dificultad. Duncan se agitaba con cada gemido y movimiento de ella. Anna murmuraba en sueños, hablando con desconocidos en diferentes idiomas, incluido uno que Duncan no había oído antes. Supuso que era la lengua de su mentor.

A medida que divagaba, se le iban ocurriendo cosas. Duncan escuchó atentamente sus susurros y lo que oyó le rompió el corazón. Suplicaba ser aceptada y hablaba de su anhelo de encontrar un lugar en un mundo que no la consideraba ni inglesa ni escocesa. Sus palabras perdían coherencia, pero su angustia permanecía.

Duncan le tocó la mejilla caliente y seca, recorriendo con los dedos el rostro que amaba. Ella se volvió hacia su caricia, con lágrimas goteando sobre su mano.

—Duncan, lo siento… por favor, no me abandones. —Su voz se quebró y sollozó en silencio.

Duncan quiso responder, pero se dio cuenta de que su amada hablaba desde lo más profundo de su tormento. Su estado febril derribó sus muros protectores y su angustia se derramó. Impotente,

la escuchó suplicar por su amor, oírla admitir sus sentimientos de indignidad, todos por sus palabras de celos.

Era demasiado. La vergüenza de lo que le había hecho le desgarró sin piedad. La había herido gravemente, en mente, cuerpo y alma. Siempre había tenido razón: no la merecía. Por egoísmo, Duncan también sabía que no podría vivir sin ella. Prometió que no permitiría que nada volviera a sucederle si las Parcas le permitían vivir. Pasaría el resto de sus días ganándose su confianza, su amor.

Al final del tercer día, la fiebre desapareció y su piel se enfrió. Sin embargo, seguía profundamente dormida.

—Su respiración es más superficial de lo que debería ser —opinó Duncan.

—Probablemente se deba al dolor. Las costillas rotas no permiten una respiración profunda —explicó Fiona.

Las costillas rotas no explicaban su palidez ni el debilitamiento de su corazón.

—¿Qué es eso? —Se volvió hacia la olla en el fuego. Por fin, algo de la tetera de Fiona olía agradablemente.

—Es una infusión de menta y cardo. Ayudará a estimular su cuerpo para que despierte cuando esté lista. Estaba muy débil cuando llegó a nosotros. No es de extrañar que necesite más descanso para sanar. —Sus palabras proporcionaron un pequeño consuelo. Lo único que podía hacerse era observar y esperar. La herida de Trean se había curado y parecía estar sanando bien. Duncan apenas detectaba signos de su anterior cojera. Los dos mantuvieron una vigilia silenciosa sobre Anna. Lenta agonía mientras el sol salía, atravesaba el cielo y volvía a ponerse. Trajeron comida, pero Duncan podría haber estado comiendo arena por lo que sabía. La mañana del quinto día trajo un cambio.

—Agua.

Era apenas un susurro, pero lo sacó de su letargo. Trean gimió y puso las patas sobre la cama. Levantándose de su silla, Duncan miró a Anna a los ojos, aliviado por fin de ver vida tras ellos. Llenó un vaso de agua y se lo acercó suavemente a los labios. Ella bebió unos sorbos y volvió a dormirse. Era suficiente. La esperanza creció en su pecho.

La noticia de sus progresos se extendió por todo el castillo. Mairi y Nessa se turnaban para estar con ella. Su abuelo se sentaba a su lado cada día durante una hora más o menos, creando un silencio incómodo entre él y Duncan. Se había corrido la voz de por qué estaba sola en el lago. Aunque nunca dijo nada, Duncan sabía que Elliot estaba furioso. Una parte de él deseaba que Elliot le diera una paliza, aunque sólo fuera para mitigar su culpa. El día que enfermó de fiebre, Moray Elliot hizo su visita vespertina diaria.

—Cuando me casé por primera vez con la abuela de Anna, que en paz descanse, yo era un joven testarudo y necio, y lord, por lo que creía que siempre sabía más. Morna tenía una forma de ver dentro de la gente que era astuta e inexplicable. Me dijo que un primo, que era como un hermano para mí, tramaba mi muerte, con la esperanza de usurpar el trono. Al principio, me sorprendió oír algo así. Cuando le pedí pruebas, me dijo que no tenía nada, que sólo lo intuía. Me enfurecí y la acusé de crear discordia. Le dije cosas terribles con rabia—. Sirvió vino en dos copas y le dio una a Duncan.

Duncan se removió en su asiento, incapaz de ocultar su sorpresa.

—Ella ignoró las palabras de odio e intentó razonar conmigo, pero yo no quise. Le dije que se equivocaba y que no volviera a hablar de ello. —El dolor de recordar estaba grabado en su rostro.

—¿Qué sucedió?

—Mi hermano oyó a nuestro primo haciendo planes para tenderme una emboscada con hombres a los que pagó para que lo hicieran. De esta manera, mi sangre estaría en sus manos. Él no sería sospechoso. Acudimos al consejo de ancianos, que incluía a mi tío, con la historia. Sugirieron que dejáramos que el plan se llevara a cabo, insistiendo en el último minuto en que mi primo me acompañara. Nuestros hombres los rodearon en el lugar de la emboscada, deteniendo el ataque. Mi tío se enfrentó a su hijo. Él lo negó, pero no hizo falta mucha persuasión para soltar las lenguas de sus matones a sueldo. Fue ahorcado por su traición. Fue una mancha oscura en nuestro clan durante muchos años.

—Morna y yo vivimos como extraños durante tres meses,

desde que me lo contó hasta que descubrí la verdad. Sabía que había dañado gravemente a la única persona que me quería por encima de todos los demás, a la única a la que realmente podía confiar mi vida. —Elliot bebió un trago largo, como para quitarse la amargura del recuerdo.

—¿Cómo conseguisteis que os perdonara?

—Hice exactamente lo que vosotros haréis cuando Anna despierte. Suplicarle perdón. Convencerla de que no volverá a suceder. Dile que es lo más importante de vuestra vida y que no podéis vivir sin ella. Si no lo hacéis, os daré una paliza de muerte y me la llevaré a casa cuando esté bien para viajar. No seréis bienvenidos en la tierra de Elliot, y pasará un frío día en el infierno antes de que os acerquéis lo suficiente como para hacerle daño de nuevo. Puedo protegerla de la maldad de hombres como el conde. Estará a salvo entre los suyos. —Elliot mantuvo una dura expresión frente a Duncan.

—¿Y si ella no recapacita? No merezco su perdón. —La fuerza de la emoción tras sus palabras sobresaltó a Duncan, pero no más de lo que merecía.

—No, yo tampoco lo merecía, pero os perdonará si se convence de que la amáis y juráis no volver a cometer semejante estupidez. Las mujeres tienen más capacidad de perdón que los hombres, especialmente, con sus seres más queridos. Nos burlamos de los sentimientos más suaves de las mujeres hasta que es lo que más necesitamos. Tragad vuestro orgullo, hijo. Conquistadla de nuevo.

—¿Orgullo? —Duncan extendió sus manos—. No siento orgullo. La observo todos los días y vivo sabiendo que fui yo quien le hizo daño. —Duncan enterró la cabeza entre las manos, avergonzado por las lágrimas que amenazaban con caer.

— Sí, tenéis razón. Lo haréis bien. Pronto habrá una boda. —Elliot le puso la mano en el hombro.

* * *

A primera hora de la noche, Anna abrió los ojos. Miró alrededor de la habitación, tratando de entender por qué se sentía

como si se hubiera peleado con Duff y hubiera perdido. No sentía ninguna parte del cuerpo sin magullar. Le dolía sobre todo la cabeza. ¡MacNairn! Era prisionera de aquella bestia inmunda. No, no podía ser. Estaba en una habitación que le resultaba familiar, la habitación de Duncan. Parpadeó varias veces, tratando de reconectar todos sus recuerdos. Los hilos de la memoria volvieron a unirse. El secuestro, las intenciones de MacNairn, su huida. Después de eso, los detalles se volvieron un poco confusos. Al volver la cabeza, vio a Lady MacGregor en una silla junto a la cama, trabajando en un bordado.

—¡Gracias a los santos que estáis despierta! ¿Qué os pongo? —Mairi se dio cuenta de que estaba despierta.

—Necesito usar el retrete —susurró Anna, tragando con dificultad en un esfuerzo por hablar. Débil como un cordero recién nacido, se apoyó pesadamente en la mujer mayor mientras entraban en el retrete. El mero hecho de volver a la cama la agotó.

—Iré a buscar a Duncan y Fiona. —Mairi se apresuró a cruzar la puerta.

—Esperad —gritó Anna débilmente, pero Mairi ya se había ido.

Duncan entró unos instantes después, con una expresión demacrada pero esperanzada.

—Duncan, ¿qué os ha pasado? —Anna se quedó perpleja ante su aspecto, parecía estar tan mal como ella se sentía.

—Estoy bien, amor mío. Vosotros sois quien habéis tenido preocupados a todos. —Le devolvió la sonrisa.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —La había llamado «amor». La esperanza surgió en su pecho, pero se advirtió a sí misma que no le diera demasiada importancia.

—¿Qué es lo último que recordáis?

—Recuerdo haber escapado de ese hombre malvado, pero todo lo posterior es confuso.

Duncan describió los sucesos ocurridos después de que ella tropezara en el campamento, incluyendo sus tres días de fiebre, junto con los dos anteriores. Ella absorbió su historia, recordando más de su tiempo con MacNairn. Fue entonces cuando sintió un frío familiar en su mano.

—¡Trean!

—Sí, rara vez se ha ido de vuestro lado desde que regresamos.

—Lo creí muerto. Lo vi abatido por uno de los hombres de MacNairn en el lago.

—Tiene un pequeño rasguño en el hombro, casi cicatrizado. Lo encontramos siguiendo el rastro de los hombres que os llevaron. Es un muchacho valiente. Aparte de ser un poco asustadizo con la gente, parece tan dócil como un lobo puede ser. Y ciertamente devoto a vosotros.

Anna acarició el hocico del lobo mientras éste le lamía la otra mano.

—Aún no me habéis explicado qué os ha pasado. —Observó el aspecto demacrado de Duncan y las ojeras amoratadas.

—No se ha separado de vosotros en los últimos cinco días —respondió Fiona al entrar en la habitación—. Tuvimos que amenazarle para que comiera lo poco que comía, y no ha descansado ni una noche entera por preocuparse y velar por vosotros.

Anna no sabía cómo responder a esta noticia, pero la esperanza que sentía antes se multiplicó por diez.

—Le diré a Cook que prepare un caldo y que remoje algo de pan en él. Isla se encargará de enviar un baño después. ¿Necesitáis algo más? —preguntó Fiona.

Anna negó con la cabeza. Lo único que necesitaba, sólo Duncan podía dárselo.

Fiona salió corriendo de la habitación. Duncan se sentó en la silla junto a la cama. Cogió su mano y, llevándosela a los labios, besó cada dedo.

—Anna, os ruego que me perdonéis. No puedo perderos. Sois mi vida. Mis palabras de aquel día… supe que estaban equivocadas en cuanto salieron de mi boca.

Anna vio lágrimas en sus ojos. Aunque lamentaba su dolor, su corazón se estremeció al saber que él aún la amaba.

—Duncan, no fue culpa vuestra. Fui yo quien se marchó.

—No penséis en absolverme de esto. Os avergoncé delante de los hombres y de los demás. Os alejé con mis celos y mi ira sin

sentido. Por mis acciones, casi morís. Se supone que soy yo quien debe honraros y protegeros. —Apretó la mandíbula y su expresión se endureció. La amargura llenaba su voz.

—Duncan, yo no soy Callum. No fue vuestra culpa entonces, y no lo es ahora. Pronto estaré bien, y un hombre malvado está muerto. Debería haber podido cabalgar hasta el lago en paz para aclarar mis ideas mientras vos aclarabais las vuestras. No es culpa vuestra que un enemigo se aprovechara de mi soledad.

—¿Significa esto que me perdonáis? —Se inclinó sobre la cama y la besó en la frente.

—Sí, os perdono. Os amo. Vais a ser mi esposo, ¿verdad? —La mirada torturada de sus ojos era más de lo que ella podía soportar. Habría dicho o hecho cualquier cosa para quitársela.

—Sí, seré vuestro marido si aún queréis tenerme. —La abrazó, enterrando su cara en su cabello.

—Duncan, mi amor por vos no cambia simplemente por unas pocas palabras duras dichas con ira. —Anna asintió.

—Anna, los últimos nueve días han curado mis celos. Si las palabras son importantes, tenéis mi juramento de que nunca volveré a comportarme así con vosotras, ni os hablaré jamás con ira en público. No soy tan tonto como para creer que nunca nos pelearemos. Sin embargo, guardaré esas palabras para cuando estemos solos. El miedo, la culpa y la humillación que he vivido han conspirado para azotar mi alma.

—No lo entiendo. ¿Humillación? —Su confesión y su promesa la tranquilizaron, pero la confundieron un poco.

—Los hombres sabían exactamente lo que había pasado. Aunque no dijeron ni una palabra, la ira que me dirigieron durante días fue inconfundible. Temería por mi vida si nos abandonarais. Esos mismos hombres se ofrecieron sin dudarlo para rescataros. —Duncan esbozó una tétrica mueca.

Anna consideró sus palabras. Aunque profundamente conmovida por su lealtad, Anna no deseaba que fuera a expensas de Duncan. Sin saber qué responder, buscó sus labios. El beso nació de la desesperación y el hambre por lo que casi habían perdido. Finalmente, le dio suaves besos por toda la cara y el cuello, hasta que Anna no pudo evitar sonreír. Al abrir los ojos, la

mirada de su amado le decía que no volverían a separarse, nunca más.

EPÍLOGO

Antes de que amaneciese, en el día de su boda, los mozos de servicio le subieron un baño con aceites perfumados perfumando el agua. Isla la frotó sin piedad y le aplicó una mezcla especial en el cabello, creando una masa de ondas negras y brillantes. Envuelta en una cálida bata, Anna se sentó mientras Nessa y Mairi le arreglaban el cabello.

Entretejieron flores y finas tiras de tela dorada en los rizos de su cabeza, dejando que los mechones le rodearan la cara y los hombros. Cuando por fin terminaron con su cabello, le colocaron cuidadosamente una fina camisa de seda sobre la cabeza. Anna acarició la tela con asombro.

—Mairi, ¿de dónde habéis sacado esto? Es muy bonito, pero es como no llevar nada.

—Nunca os agradecí debidamente vuestro regalo especial. Kenneth estaba demasiado avergonzado para agradecéroslo, aunque lo ha disfrutado tanto como yo. Era justo devolveros el favor. —La futura suegra de Anna le dedicó una sonrisa cómplice y se inclinó para susurrarle.

Las mejillas de Anna se encendieron y su nerviosismo aumentó en espiral hasta que le costó respirar. Mairi le sirvió una copa de vino.

—Recuerdo el día de mi boda. Yo también estaba muy nerviosa. El único consejo que puedo ofreceros es que penséis en el amor que compartís con Duncan. Recuerda los planes que habéis hecho juntos. Desterrarán vuestros miedos. —Mairi le guiñó un ojo a Anna—. Respirar hondo y beber un trago largo también ayuda.

Anna consideró las palabras de Mairi mientras bebía. Tal vez sería aconsejable un poco más de vino para tranquilizarse. Pero no demasiado. No quería perder la razón cuando llegara el momento

de pronunciar sus votos. Tuvo tiempo de beber otra copa antes de que las damas terminaran de arreglarla y peinarla. Con una sonrisa radiante, Nessa la cogió de la mano y la llevó ante el espejo colocado en la pared. Allí, una mujer que Anna nunca había visto antes, la miraba fijamente.

Pequeñas flores blancas, entrelazadas con cintas doradas, contrastaban con sus oscuros cabellos. Su tez cremosa tenía un toque rosado, probablemente debido al vino. Sus ojos verdes brillaban, abiertos de par en par por la expectación, y los labios rosados de su boca formaban un elegante arco. El vestido de terciopelo verde con ribetes dorados realzaba sus rasgos y atraía las miradas hacia su modesto escote. Más alta que la joven que estaba a su lado, la belleza de cabello oscuro del espejo tenía un aire de nobleza y gracia. Anna siguió mirando a la desconocida, hipnotizada por su reflejo.

—Soy… hermosa —dijo con incredulidad.

—Siempre lo habéis sido, querida. Sólo le hemos dado un poco de lustre —respondió Mairi.

—¿Creéis que a Duncan le gustará? Nunca me ha visto así. —La incertidumbre apareció en la voz de Anna.

—Predigo que mi hijo no podrá apartar los ojos de vosotros.

—Es más, me atrevo a asegurar que todos los hombres que os vean experimentarán lo mismo —añadió Nessa, con una sonrisa pícara en su rostro.

A Anna no le importaba el resto. Sólo deseaba complacer a Duncan.

Un golpe en la puerta indicó que era hora de partir hacia la iglesia. Anna bajó las escaleras flotando, sin apenas tocar la piedra con los pies. Al llegar al último escalón, su abuelo la esperaba con una sonrisa trémula en el rostro.

—Perdonad a un viejo tonto. Veros bajar las escaleras me recuerda el día en que entregué a mi Rossalyn en matrimonio a vuestro padre.

—Creo que mamá y padre estarían contentos hoy, ¿no os parece? —Anna aceptó su brazo con una sonrisa en la cara, sujetándolo firmemente.

—Sí, lo estarían. Muy felices. Es un buen hombre con el que

os casáis. Puedo ir con mi creador sabiendo que seréis amada y bien cuidada. Sin embargo, antes de partir, me gustaría tener algunos bisnietos.

—Hablaré con mi marido. Veremos qué podemos hacer. —Anna se rio de su petición.

Al salir del vestíbulo, Anna se quedó boquiabierta, sorprendida por la multitud de gente reunida en el patio. Estaban a ambos lados del camino adornado con flores que conducía a la iglesia, con las puertas abiertas de par en par. Desde su posición, la pequeña capilla parecía estar abarrotada de gente. Mirando a través de las puertas, sus ojos sólo buscaron a uno. Lo encontró en la puerta con el sacerdote. Cuando se encontró con su mirada, toda preocupación desapareció y apenas notó que su abuelo colocaba su mano en la de Duncan.

Mientras se inclinaban ante el sacerdote, Anna trató de concentrarse en las palabras pronunciadas, repitiendo sus votos con voz clara y segura. Al entrar en la iglesia, se inclinaron ante el altar siguiendo las indicaciones del sacerdote. Cuando se levantaron, ella miró al hombre que sostenía su corazón. Le colocó en el dedo un sencillo anillo de oro con un nudo grabado en el metal. Duncan la abrazó y bajó la cabeza. Sin vacilar, Anna lo abrazó, ofreciéndole sus labios para que los poseyera. El beso fue tierno, pero demasiado corto para su gusto. Se recordó a sí misma que éste no sería más que uno de los miles de besos que compartirían de ahora en adelante. Su ahora flamante esposo le apretó la mano contra el pecho y la giró hacia la multitud que los aclamaba.

—¿Estáis lista para la fiesta, querida?

—¿Esta noche? —suspiró ella, desviando la mirada a un lado para ver si alguien más lo oía. El calor se encendió en sus mejillas.

—Ah, eso también. Pero me refería a la fiesta, los juegos y las exhibiciones. —Echó la cabeza hacia atrás con una carcajada. Inclinó la cabeza hacia ella—. ¿Competiréis?

—Sí, milord. Que comiencen los juegos. —Complacida de que tuviera en cuenta sus deseos, Anna le dirigió una mirada sensual.

FIN

Nota de DD al lector

La inspiración para Anna nació de dos cosas: mis 35 años de amor por las artes marciales y mi fascinación por las Cruzadas. En realidad, es un retrato de dos mujeres con las que solía entrenar. A excepción de su tiro con arco, el resto de habilidades las posee una combinación de estas dos damas. Intenté que el armamento y las habilidades se ajustaran a la época. En las artes marciales chinas, era habitual aprender el arte de curar al mismo tiempo que se aprendía a luchar, o antes, de ahí los conocimientos de Anna sobre acupuntura y otras hierbas curativas. La historia nos cuenta que la acupuntura se remonta a miles de años atrás.

El truco consistía en encontrar la forma de introducir las artes marciales y el armamento chinos, junto con las artes curativas, en la Inglaterra medieval, y la novena de las Cruzadas proporcionó el vehículo. Durante este periodo, la Ruta de la Seda, que era un medio para que muchas culturas y pueblos se mezclaran, estaba dominada por los mongoles, ya que ellos y los mamelucos musulmanes luchaban por la superioridad en la región. Cuando Edward (Longshanks), hijo de Henry III, vino a la cruzada después de llegar demasiado tarde para ayudar a Louis IX de Francia en la captura de Túnez, se dirigió hacia la Tierra Santa. Edward negoció una alianza con los mongoles para luchar contra los mamelucos en la región.

Aunque tuvo cierto éxito en lugares como Trípoli (actual Líbano y Siria) y Acre (norte de Israel), Edward se retiró debido a necesidades apremiantes en su país. La novena cruzada no fue una pérdida en sí misma, sino que la campaña perdió fuelle porque sus protagonistas fueron requeridos en otros lugares.

La historia de Escape a las Tierras Altas nos presenta a sir Everard Braxton, un caballero inglés que desempeñó un papel decisivo en la campaña de Trípoli y que, a su vez, fue recompensado con una pequeña baronía en las tierras fronterizas.

Era común que los segundos hijos que no heredaban y otros caballeros se fueran de cruzada para tener la oportunidad de ganar tierras y riquezas en Tierra Santa, o comprar tierras para sí mismos con el botín de vuelta a casa. Algunos dirían que tal título y posesión no eran una gran recompensa, ya que las fronteras eran un lugar peligroso y tumultuoso, especialmente en esta época. Longshanks quería hombres leales y fuertes en la frontera.

Habiendo obtenido la victoria en Trípoli, no era descabellado que Braxton hubiera liberado prisioneros mamelucos. Zhang era guardaespaldas de un rico mercader que surcaba la Ruta de la Seda y que tuvo un mal final. Uniéndose a Braxton a cambio de su libertad, Zhang proporcionó los medios de transferencia cultural a las fronteras del norte de la Inglaterra medieval. Su tiempo de cautiverio habría cambiado su perspectiva del entrenamiento, de forma parecida a como los prisioneros de guerra estadounidenses en Vietnam cambiaron la forma en que se realiza el entrenamiento militar hoy en día. Anna y su hermano Edrick se beneficiaron de su experiencia.

Lord Braxton utilizó la diplomacia en lugar de la guerra para mantener la paz en su parte de la frontera casándose con la hija del lord escocés local. Aunque esto le convirtió en un pacificador de su territorio, creó una situación insalvable para su hija, que era despreciada por su sangre escocesa al sur de la frontera y por su herencia inglesa al norte. Esto supuso un conflicto suficiente para que Anna se convirtiera en alguien distinto a una noble inglesa mimada.

Esperamos que hayas disfrutado de la historia de Anna y de la rica historia que hay detrás.

Sobre las autoras

Cathy y DD MacRae empezaron como compañeras de crítica y trabajaron juntas para crear el libro que acabas de leer. Con la reacción enormemente favorable a Escape a las Tierras Altas, se asociaron de nuevo para crear la serie Fuertes Heoínas, que

presenta heroínas atrevidas con intrigantes antecedentes que aportan un giro inesperado a los cuentos románticos de las Tierras Altas.

Cathy MacRae vive en el lado soleado de las montañas Arbuckle, donde ella y su marido leen, escriben y cuidan el jardín, con la ayuda de los perros, por supuesto.

DD MacRae disfruta dando vida a la historia y considera que la investigación es una de las mejores cosas a la hora de escribir una historia. Con más de 35 años de entrenamiento en artes marciales, DD también aporta una acción impresionante a los relatos.

Agradecimientos

Nos gustaría dar las gracias a nuestros compañeros de crítica y a todos aquellos que han contribuido a este libro: Vonda Sinclair, Dawn Marie Hamilton y Cate Park. ¡Sois las mejores!

Gracias y mucho aprecio a nuestra maravillosa editora, Simone Seguin, y a Dar Albert por las exclusivas portadas de esta serie.



LA NOVIA VIKINGA DEL HIGHLANDER

Fuertes Heroínas Libro 2

Por Cathy & DD MacRae

Dedicado a Freki. Fiel compañero, feroz protector, y todo un encanto.

Contenido

CAPÍTULO 1

1445 D.C.
Caithness, Escocia

La mirada de Robert MacGerry se clavó en la de su hijo, su voz entrecortada y retorcida por el dolor, sus nudosas manos aferrando con fuerza el brazo de Calder.

—Prometedme que mantendréis fuerte al clan.

Calder se tragó su pesar, su pecho ardiendo de conmoción y consternación mientras apoyaba suavemente la cabeza de su padre en su regazo. Aplicando presión con un trozo de tela de lana sobre la herida irregular del vientre, Calder observó los ojos de su padre mientras la chispa de vida se desvanecía.

—Sí, padre, haré todo lo que pueda.

Calder se atragantó con su angustia, su padre -su héroe, su protector- yaciendo en sus brazos, roto para siempre, herido de muerte en una incursión que salió mal en tierras de Sinclair. Calder frotó la áspera y retorcida cruz de madera que colgaba de su cuello y rezó fervientemente para poder cambiar de lugar con su padre. Se estremeció cuando un viento cortante los envolvió con niebla cargada de hielo y el olor acre de una ciénaga cercana.

—¿Os encargasteis del bastardo que hizo esto? —La voz de Robert carraspeaba.

—Sí, padre. Lo hice. —Calder miró el cuerpo sin vida del hombre que había asestado el golpe mortal a su padre, arrugado

contra una gran roca.

—Cuidad de vuestro hermano y hermana. —Robert sujetó la camisa de Calder, sus ojos escudriñaron el rostro de su hijo.

—Sí, podéis confiar en que me ocuparé de todo lo que haga falta. Cuando lleguéis al cielo, decidle a mi hermano mayor que le echo de menos. —La dura realidad clavó más sus garras en la petición de su padre. Calder miró a su tío Finn, que estaba a su lado. Finn posó una pesada mano sobre su hombro, dándole su apoyo. Calder tragó saliva antes de contestar.

El dolor abrasó la garganta y los ojos de Calder cuando su padre exhaló su último suspiro. El tiempo se detuvo, esperando desesperadamente la exhalación que nunca llegó. Lágrimas silenciosas cayeron sobre la camisa rota de su padre, mezclándose con el último pulso de sangre rojo oscuro. Pasaron varios minutos antes de que alguien hablara.

—¿Qué ordenáis, mi lord?

Calder se sobresaltó por la sorpresa. Miró sin comprender a su tío antes de entender lo que Finn le pedía. Con su hermano mayor, y ahora su padre, muertos, él era el nuevo lord de los MacGerry.

—Preparaos para partir. —Calder aclaró su garganta.

Envolvieron suavemente el cuerpo de Robert en su capa, asegurándolo a su caballo para su regreso a Fairetur. Las pocas ovejas robadas esta noche tenían un precio demasiado alto. Fuera lo que fuese lo que había iniciado esta disputa con los Sinclair, le había costado caro al clan MacGerry.

—¿Qué vais a hacer, muchacho? —Finn tiró de su caballo, interrumpiendo los pensamientos de Calder.

—Lo que hemos discutido estos últimos meses. Buscaré una tregua con los Sinclair. No tenemos suficiente comida para sobrevivir al invierno. Esta maldita disputa ha durado demasiado. Ya nadie sabe el por qué. La lucha ha costado la vida de demasiados hombres buenos, dejando viudas a demasiadas mujeres en plena juventud. No quiero ver más vidas desperdiciadas en una disputa de sangre iniciada por muertos que llevan mucho tiempo en sus tumbas.

Finn asintió. Llamó a un muchacho y lo envió delante del

grupo para que preparara al clan para la sombría noticia de la muerte de Robert.

Las puertas de Fairetur se abrieron lentamente a su llegada. Dos jinetes condujeron las ovejas robadas al interior para que se unieran al pequeño rebaño que ya poseían. Calder entregó su caballo a un mozo que esperaba. Vio a su hermana, Torri, de pie al frente de la multitud, apretando sus faldas en cada puño, a una palabra, a una mirada de la desesperación aplastante. Daría cualquier cosa por amortiguar el golpe en su blando corazón. Ella debió leer la verdad en su expresión. Las lágrimas brotaban y fluían silenciosamente por sus mejillas mientras corría hacia él, arrojándose a sus brazos.

—Oh, ahora. Todo irá bien. —Su voz intentó calmarla, pero Torri se puso rígida y se apartó.

—¿Cómo que todo irá bien, hermano? —Sus ojos brillaban a través de las lágrimas.

Calder no tenía una respuesta preparada, así que la abrazó de nuevo y la acompañó lentamente hacia el gran salón, sosteniéndola erguida mientras se hundía contra él. La noticia de la muerte de su lord llenó la torre del homenaje con el espeso sabor del luto y una profunda melancolía se apoderó de sus habitantes, normalmente de buen corazón. Las voces animadas se convirtieron en susurros, y el ruido normal de los pies sobre el suelo de piedra se convirtió en un arrastre sordo. Calder guio a Torri a los reconfortantes brazos de su abuela y ambos se acurrucaron juntos en un dolor compartido. Se dirigió a la chimenea del gran salón y se acomodó en las gastadas sillas de roble con su tío y su hermano menor, Robbie.

—¿Cómo sucedió? —Robbie se sentó en el borde de su asiento, con el rostro sombrío. Apenas podía mirar a Calder a los ojos.

—Los Sinclair nos estaban esperando. —La voz llena de dolor de Finn apenas superaba un susurro—. Fue como si supieran que veníamos. Vuestro padre y Calder nos cubrieron mientras nos retirábamos con el rebaño que capturamos. Los Sinclair no lucharon demasiado por un puñado de ovejas, pero un bastardo asestó un golpe mortal. Vuestro padre recibió una estocada en las tripas. —Su voz se quebró—. Murió en los brazos de vuestro

hermano.

—¿Qué ha dicho padre, Calder? —Las palabras de Robbie, cargadas de angustia, renovaron el tormento de Calder, que hizo una pausa antes de contestar.

—Me pidió que jurara mantener fuerte al clan.

—¿Ninguna demanda de venganza? ¿Ninguna palabra de odio hacia los tres veces malditos Sinclair? —Cuando no hubo más explicaciones, Robbie insistió. Su voz se alzó desafiante.

—No. No hizo votos de venganza. No creo que sus últimos pensamientos fueran sobre matar, sino más bien sobre su familia y clan. —Calder esperó a que su hermano se calmara.

Robbie aspiró profundamente. Calder sintió que parte de la oscuridad que se cernía sobre ellos se disipaba un poco. Tal vez habría una oportunidad para algo más que sangre y muerte en su futuro.

—¿Qué haréis? —preguntó Robbie.

—Nos ocuparemos del entierro de padre mañana. Cuando sea nombrado lord, ofreceré una tregua a los Sinclair. Entonces nos prepararemos para un duro invierno. Demasiadas granjas en el pueblo están listas. No quiero la muerte de viudas y niños en mis manos. Aquellos cuyas casas no podamos reparar a tiempo se mudarán al torreón cuando llegue la nieve.

—Lo siento por vuestro padre, Calder. Iré a vuestra habitación si necesitáis consuelo esta noche. —Una sirvienta les trajo una jarra de cerveza a cada uno. Dejando las bebidas, la muchacha rodeó a Calder por detrás y le susurró al oído. El calor de su aliento le tentó.

—Gracias, Lorna, pero deseo estar solo esta noche. Tengo demasiadas cosas en la cabeza y no quiero que penséis que soy un amante negligente. —Calder le dedicó una pequeña sonrisa.

—Tenemos demasiada experiencia juntos como para que piense eso. Si sólo queréis un celo feroz para aliviar vuestro dolor, puedo vivir sin vuestro tierno contacto esta noche.

—Gracias. Esta noche no. —El tentador ronroneo de su voz evocó imágenes del placer que habían compartido, pero el corazón de él no respondió a su promesa de alivio temporal. Calder le dio un casto beso en la mejilla.

Lorna le abrazó una vez, apretando su suave pecho contra su nuca antes de retirarse a la cocina. Calder observó el exagerado balanceo de sus caderas mientras se marchaba. El aroma de las rosas permanecía en el aire.

—Sabéis que la muchacha se cree ahora la mujer del lord, ¿verdad? —Finn asintió en dirección a la mujer.

—Tengo cosas más importantes de las que preocuparme que los planes de mi amante, tío. —Calder miró a su tío.

Finn sacudió la cabeza, pero no dijo nada más.

Después de recibir las condolencias de los miembros del clan y de la familia, Finn y Robbie dejaron a Calder con sus pensamientos. Calder sabía que el sueño no lo encontraría mientras daba vueltas una y otra vez en su mente a la situación en que lo había colocado el destino. Tras más de veinte años como segundo hijo, se encontraba como lord de los MacGerry, con una disputa que acabar y un invierno difícil por delante. Las tripas se le apretaron ante las numerosas tareas que tenía ante sí. Pasaron largas horas antes de que su mente se calmara y llegara el sueño.

Una espesa niebla cubría los páramos a la mañana siguiente, lo que parecía apropiado dado el estado de ánimo de los que rodeaban la tumba de Robert MacGerry. Cuando los últimos miembros del clan pasaron para presentar sus respetos al antiguo lord y saludar al nuevo, Calder encabezó la procesión hasta el gran salón para aceptar su nuevo título. El título de su padre. El título que debería haber correspondido a su hermano mayor. Al cabo de un breve ritual, pidió a todos que se sentaran y rompieran el ayuno. Se puso de pie y levantó su jarra de sidra en un brindis.

—Por Robert MacGerry. Un buen lord, un buen padre y un buen hombre.

—¡MacGerry! —Todos levantaron sus jarras en señal de saludo.

—Las últimas palabras que mi padre pronunció fueron sobre vosotros, su clan. Me hizo jurar que os mantendría fuertes. Y eso es lo que pretendo hacer. A partir de ahora, no habrá más incursiones ni ataques a las tierras de Sinclair. Enviaré mañana un mensaje a los Sinclair ofreciendo una tregua. —Calder se puso en pie, con su mirada decidida barriendo la sala.

Un jadeo colectivo de sorpresa se extendió en murmullos contrariados, provocando algunas miradas de indignación. Calder no se inmutó.

—¡Escuchadme! Nadie ha perdido más que Robbie, Torri y yo. Perdimos a nuestro padre y a nuestro hermano Ewan en este combate, y a la abuela antes que ellos. Nadie recuerda por qué atacamos y luchamos contra los Sinclair. Es sólo que siempre lo hemos hecho, una causa insuficiente para mantener la sangre fluyendo. El clan MacGerry no sobrevivirá mucho tiempo si todos nuestros hombres son asesinados. No es venganza o justicia, sino locura. Haré una tregua para que podamos sobrevivir el invierno. En primavera trabajaremos para hacer más fuertes a los MacGerry.

El tío Finn, Peadar el Rojo y Ramsey se pusieron de pie junto a Calder. Auld Liam se levantó de mala gana. Un silbido de disensión recorrió la sala, pero Calder no pudo distinguir su origen. El consejo de ancianos, junto con Robbie, no dejaban lugar a dudas sobre su apoyo a la decisión de su nuevo lord. Sólo podía rezar para que Sinclair la apoyara también.

* * *

Las puertas exteriores crujieron y el ruido sordo de las botas al caminar sobre las piedras se hizo más fuerte. Calder levantó la cabeza y encontró al hombre que había enviado tres días antes, ofreciendo la paz a Sinclair, cruzando la sala. Su rápido regreso podía ser muy bueno o muy malo, pues era sabido que Sinclair se apresuraba a decir sí o no. El hecho de que Niell pareciera sano era una señal alentadora. Claramente satisfecho consigo mismo, Niell se acercó al tablero.

—La respuesta del Conde de Caithness, lord. —Se inclinó y le entregó la carta.

Rompiendo el sello de lacre rojo oscuro, Calder escudriñó el contenido. Incrédulo, leyó la misiva dos veces más antes de permitir que una sonrisa se dibujara en su rostro.

—Son buenas noticias, muchachos. El Sinclair nos invita a venir y disfrutar de su hospitalidad mientras negociamos un acuerdo. —Le entregó el pergamino a Finn, que estaba sentado a

su lado.

—Es una trampa. Nunca confiéis en un Sinclair. Son muy traicioneros. —Auld Liam frunció el ceño.

—Sí, es posible. Sin embargo, no lo sabremos si no vamos. —Calder asintió con la cabeza.

—Tratar con el diablo en su propia guarida es una locura. —El ceño de Liam se frunció y se echó hacia atrás en la silla, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Calder pasó la nota por la mesa mientras se entretenían con la cena.

—Auld Liam tiene razón. Podría ser una trampa, muchacho. —Finn se frotó la barbilla canosa.

—Por eso Robbie se quedará aquí mientras vos y yo partimos, tío, con media docena de hombres armados. —Calder asintió.

—No me gusta, pero si de verdad queremos la paz no hay más remedio que arriesgarse. —Peadar tomó la palabra.

—Si Sinclair tiende una trampa, Robbie cabalgará hasta el hombre del rey en Wick e informará de lo sucedido. Con esta nota como prueba, Sinclair no es tan tonto como para arriesgar su reputación y demostrar que es un hombre que no cumple su palabra. —Calder miró a cada uno de los hombres, buscando su consentimiento. Las cabezas asintieron lentamente.

—Está decidido entonces. Finn y yo cabalgaremos hasta Ruadhcreag al día siguiente. Llevaremos al joven Cole con nosotros. Cuando veamos lo que ofrece el Sinclair, volverá con las noticias.

A la mañana siguiente, Calder y Finn, junto con varios hombres de MacGerry, partieron hacia la tierra de Sinclair. Al atravesar los bosques del sur, Calder vislumbró el Loch Beaggorm, recordando a la muchacha que había visto mientras cazaba hacía dos años, cuando se había aventurado cerca del lago, donde sus tierras limitaban con las del clan Sinclair.

Sus labios se torcieron al recordar con cariño a la joven sentada en una roca calentándose al sol, vistiendo poco más que su piel. Tan afectado por su belleza que no podía respirar, no podía moverse, sólo podía observarla desde el refugio del bosque. Su

cuerpo largo y ágil yacía grácilmente sobre la roca, con el cabello rubio recogido en una espesa trenza que le llegaba hasta la curva de las caderas. Su piel, del color de la crema, parecía impecable. Parecía inocente y provocativa a la vez, con unos senos pequeños en lo alto del pecho. Una mata de rizos rubios anidaba entre sus piernas, fácilmente visibles a través de su corta y fina camisa. Al no poder ver el color de sus ojos, Calder adivinó que eran del azul más intenso. La joven se bajó de la roca y se metió en el agua, nadando sin esfuerzo durante un rato antes de volver a salir. Después de secarse al sol, se colocó sus *trews* y una túnica sobre su corta camisa. Montada en un castrado ruano azul atado a un árbol cercano, se adentró en las tierras de Sinclair. Calder había permanecido allí varios minutos, hechizado por la escena que había presenciado. Conmovido más allá de lo razonable, su mundo se había transformado de un modo invisible y desconocido.

De vuelta a casa, había preguntado a su alrededor, tratando de averiguar quién podría ser ella, a quién pertenecía. Para su frustración, se enteró de que la sirena del lago era la hija del lord Sinclair. Estaba completamente fuera de lugar que buscara a la hija de su enemigo, y mucho menos a la hija de un conde cuyo rango la situaba muy por encima de él. Su decepción, sin embargo, no le impidió pensar en la joven con frecuencia. Ella invadió su sueño muchas noches. Incluso ahora, dos años después, nunca se alejaba de sus pensamientos.

La posibilidad de volver a verla le aceleró el pulso y el nerviosismo revoloteó en su vientre. Siempre a gusto con las muchachas, Calder no entendía qué tenía esta de especial que hacía que su corazón se acelerara como el de un potro asustadizo. Cualquiera que fuese la razón, su imagen rodaba por su mente, espesándole la sangre y endureciéndole el cuerpo.

Reprendiéndose a sí mismo por su tontería juvenil, se obligó a concentrarse en la tarea que tenía entre manos, no en un sueño de juventud fuera de su alcance. Ciertamente, ya era la mujer de otro hombre. Sin embargo, fue incapaz de desterrar por completo la esperanza de verla en tierra de Sinclair. Empujó lo suficiente como para forzar el pequeño anhelo en la esquina posterior de su mente. Aun así, ella continuaba provocándole, negándose a ser ignorada.

Calder llegó a comprender por qué Adam deshonró sus votos a Dios por amor a una mujer.

Los guardias de Sinclair recibieron cautelosamente a los MacGerry en la puerta, aunque se esperaba su llegada. Los campesinos que salían del castillo de camino a casa miraban a los MacGerry con temor y recelo.

De cerca, la fortaleza de los Sinclair se alzaba imponente, empequeñeciendo el tamaño de la casa de los MacGerry. Los bloques de piedra roja contrastaban con el verde del paisaje circundante, de ahí su nombre, Ruadhcreag. Los altos y gruesos muros de cortina protegían cuatro torres de piedra plagadas de aspilleras diseñadas para alojar a arqueros con arcos largos o ballestas. Estas fortificaciones, junto con múltiples puertas de hierro, hacían que esta fortaleza fuera casi impenetrable. A cualquier fuerza hostil le iría mejor esperando a que el conde se rindiera, agotando sus provisiones con el tiempo, que lanzándose sin remedio contra estas murallas.

Dejando sus caballos con los mozos de cuadra, Calder y sus hombres siguieron a los guardias que los escoltaban hasta el gran salón mientras miradas desconfiadas se desviaban hacia ellos. El lord Sinclair estaba sentado a la mesa con tres jóvenes. Al darse cuenta de su llegada, se levantó.

—Bienvenido. Soy Henry Sinclair. Estos son mis hijos, Bjorn, Christer y Patrik. Venid. Uníos a nosotros como invitados a nuestra mesa.

La corpulencia de Sinclair y su cabello castaño contrastaban con la estatura de sus rubios hijos, aunque el mayor parecía tener más el color de su padre.

Intercambiando una mirada, Calder y Finn se unieron al lord mientras sus hombres tomaban asiento en una mesa más baja. Calder notó de inmediato la abundancia de comida y la comodidad de la sala.

Elaborados tapices cubrían las paredes de piedra. Las ventanas eran de cristal. La sala brillaba, bien iluminada por innumerables velas colocadas en soportes contra las paredes y en candelabros colgados sobre las mesas. Un gran hogar ardía en un extremo, aportando luz y calor a la estancia. La mesa y las sillas

sobre las que se sentaban eran de una madera oscura ornamentada. Delante de cada silla descansaban *quaichs* de plata, a la espera de vino o cerveza.

Un sirviente vertía la cerveza en las escudillas, mientras otros dos traían bandejas con aves de caza, pan recién horneado y sopa. La mesa estaba adornada con tazones de miel y mantequilla. A Calder le rugía el estómago al oler los pasteles de carne calientes. No recordaba haber visto tanta comida a la vez. Todo en la sala y en la comida hablaba de riqueza y prosperidad.

Mientras una de las sirvientas servía la cerveza de Calder, se inclinó lo suficiente como para permitirle ver su faja. Después de llenarle la copa, le llamó la atención y le dedicó una sonrisa prometiéndole una cama caliente si le interesaba.

La voz del Sinclair retumbó desde la mesa alta, interrumpiendo el sutil rechazo de Calder a los servicios de la mujer.

—Permitidme que os exprese mis condolencias por la pérdida de vuestro padre. No le conocía, pero todos decían que era un buen hombre. Esta disputa ha sido costosa para ambos clanes. Doy la bienvenida a la oferta de poner fin a las hostilidades entre nuestros pueblos. Nadie aquí puede recordar por qué estamos enfrentados.

—A nosotros nos pasa lo mismo. —Calder repelió la ola de dolor que le amenazaba.

—Entonces brindemos por los nuevos comienzos. —Sinclair levantó su *quaich* para brindar.

Alrededor de las mesas, los demás siguieron el ejemplo de su lord. Hasta el momento, su bienvenida era más de lo que Calder podría haber esperado. Un cosquilleo en la espalda le advirtió de que algo estaba pasando.

* * *

Katja acudió de mala gana a la llamada de su padre al gran salón. Prefería comer en su habitación, pues las constantes críticas y desprecios de su padre no le hacían buena compañía. Lo único que lamentaba era no haber pasado el tiempo con sus hermanos. Recordaba los días anteriores a la muerte de su ama, cuando las

comidas eran agradables, incluso placenteras. No recordaba los días en que su madre estaba viva.

Todos en el torreón sabían que habían llegado invitados, se rumoreaba que eran los odiados MacGerry. Su padre probablemente aprovecharía la oportunidad para volver a ponerla como cebo para algún tipo de alianza, con su mano en matrimonio como parte del trato. Hizo una mueca. El lord MacGerry era tan viejo como su padre, al igual que todos los hombres que su padre le había presentado como posibles maridos.

—No me casaré con un hombre que triplica mi edad. ¿Por qué sigue trayendo esas viejas reliquias, Freki? ¿Es que no conoce a nadie que tenga menos de cuarenta años?

Su compañera no respondió.

Katja corrió hacia el gran salón con Freki a su lado. Si dejaba esperar demasiado a su señor, éste aumentaría su humillación exhibiéndola como una trucha recién pescada delante de sus invitados. Por mucho que le disgustara apaciguarlo, hacer alarde de su desdén era mucho peor.

Cuando llegaron a la puerta de la sala, levantó una mano y susurró una orden a su acompañante para que esperara fuera de la puerta mientras ella observaba a las personas sentadas en el gran salón. Pálidas auras de color rodeaban a cada uno de los hombres, dando a la sala un aspecto festivo si no fuera por la inquietante historia que cada color le contaba. El rojo de la ira y la lujuria, el marrón de la deshonestidad, el gris y el azufre de los pensamientos oscuros y el dolor. Gracias a la práctica, ignoró las pálidas miradas verdes de compasión que sabía que iban dirigidas a ella.

Esquivando las auras rojas, Katja entró en silencio en la habitación, sin llamar la atención. Años de evitar a su padre le dieron la habilidad de moverse por el castillo como un espectro, encontrando un enorme valor en ser invisible cuando la necesidad lo requería. Hasta que no estuvo cerca de las mesas inferiores, nadie reparó en ella. Los ojos del lord Sinclair brillaron.

—Ah, *aquí* está mi hija. Katja, os presento al nuevo lord MacGerry.

* * *

Calder miró a la joven que había entrado en la sala tan silenciosa como un fantasma. Aunque los hombres Sinclair no se levantaron en señal de respeto ante su presentación, Calder, Finn y el resto de los hombres MacGerry se levantaron inmediatamente de sus asientos. La joven hizo una pequeña reverencia y bajó la mirada al suelo, aparentemente incómoda por la atención que recibía.

Calder se quedó paralizado, como si le hubiera golpeado el martillo de una herrería. No podía hacer otra cosa que mirar fijamente a la muchacha que tenía delante y que había atormentado sus pensamientos y sueños durante tanto tiempo. Para su asombro, parecía aún más hermosa de lo que recordaba.

Grises. Sus ojos eran grises, no el azul oscuro que había imaginado. Si le hubieran dicho que era un ángel venido a la tierra, no lo habría discutido ni por un momento.

Finn tiró de su manga e inclinó la cabeza hacia la chica. Calder recobró el ingenio suficiente para hablar.

—Es un placer conoceros, *lady* Katja.

* * *

La visión de un hombre joven en lugar del viejo lord que esperaba sobresaltó a Katja. Alto, musculoso, de cabello castaño oscuro y piel clara, sus ojos azul oscuro eran del color de los zafiros o quizá del océano en un día tranquilo. Frente alta, mandíbula fuerte y labios carnosos conformaban un rostro muy apuesto. Labios que se curvaban en una sonrisa amable hacia ella.

Sus ansiosos ojos azules la miraban fijamente, como atrapados en un sueño placentero. A Katja se le retorció el estómago de una forma que no había experimentado antes. El calor se abrió paso desde su cabeza hasta sus hombros, hormigueando a lo largo de sus pechos y descendiendo más abajo. No reconocía ni comprendía aquella extraña sensación. Su respiración se aceleró y los latidos de su corazón se triplicaron. ¿Cómo era posible que la mirada de un hombre le provocara semejante reacción? Apartó la mirada en un esfuerzo por controlar su cuerpo y sus emociones. Inhaló profundamente y volvió a alzar

los ojos para encontrarse con las mismas sensaciones golpeándola de nuevo. Necesitaba una distracción.

«Usad la visión. Esta no miente».

Mirando más allá de su capacidad normal para ver, miró primero a su padre. El aura gris oscuro que lo rodeaba reflejaba su codicia, su naturaleza cada vez más corrupta con el tiempo. Una franja de color marrón oscuro superpuesta al gris era nueva hoy. Sabía que era señal de engaño y se preguntó qué estaría tramando. Al examinar el resto de la mesa, el azul claro que rodeaba a sus hermanos Bjorn, Christer y Patrik reflejaba confusión. Fuera lo que fuese lo que su padre había tramado con los MacGerry, ellos no sabían nada.

El amarillo rodeaba a la compañera mayor de MacGerry, aparentemente feliz por las circunstancias de este encuentro. Finalmente, al mirar al hombre que le habían presentado como Calder MacGerry, parecía inundado de color. Luchaba con emociones fuertes, el rojo de la lujuria mezclado con el amarillo de la felicidad. El azul oscuro cabalgaba por encima de todos, el miedo a decir la verdad. La sospecha se apoderó de ella al pensar en lo que MacGerry podría estar ocultando. Su padre volvió a dirigirse a ella, interrumpiendo sus pensamientos.

—Hija, preparad los aposentos para nuestros invitados. Aseguraos de que todas sus necesidades estén cubiertas. Experimentarán la plenitud de nuestra hospitalidad mientras estén aquí. —Sinclair envió a Calder una sonrisa socarrona.

—Muchas gracias por vuestra hospitalidad, lord, pero después de esta buena comida no necesitaremos más que una cama esta noche. —Los ojos de Calder se abrieron de par en par, claramente sorprendido por las palabras del padre de la joven.

La mortificación invadió a Katja ante la descarada sugerencia de su señor, haciéndola volver al propósito para el que había sido convocada. Ya era bastante malo que mantuviera a su alrededor mujeres sirvientes que alardeaban abiertamente de sus favores hacia todo lo masculino. Hacerla responsable de traer a esas mujeres a sus invitados era más de lo que su temperamento podía soportar.

Agradecida de que su invitado la rescatara de una mayor

humillación, salió rápidamente de la habitación, desafiando a su señor a reprender su brusquedad. Cuando Katja cruzó la puerta, Freki se levantó siguiéndola de cerca. Hizo los arreglos necesarios con el mayordomo y se dirigió a su alcoba. Dio un portazo y cerró el pestillo en cuanto ella y Freki entraron en la habitación. Su padre estaba claramente tramando algún engaño. No importaban sus generosas palabras, su aura marrón decía todo lo que ella necesitaba saber, garantizando que intentaría engañar a los MacGerry de alguna manera a pesar de su aparentemente cálida hospitalidad. Aunque los MacGerry y los Sinclair eran enemigos acérrimos desde hacía más tiempo del que ella recordaba, no podía evitar sentir lástima por ellos. Incluso los MacGerry merecían algo mejor que la traición de su padre.

Después del encuentro de esta noche, juró evitar a su padre más que nunca. Inquieta por su reacción ante el nuevo lord MacGerry, lo mejor era mantenerse alejada hasta que concluyesen sus asuntos. No estaba segura de poder soportar ver la artimaña que había planeado su padre, y no quería que sus visitantes pensaran que ella había participado en la traición.

CAPÍTULO 2

Después de consumir una comida mejor de lo que Calder podía recordar -quizá desde siempre-, siguió una agradable conversación mientras se retiraban a las sillas ante el hogar. El dulce olor a serbal quemado llenaba la sala en lugar del picante aroma a turba al que Calder estaba acostumbrado. Con vino especiado hablaron de las noticias de la zona, nombrando aliados y enemigos, prolongando su reunión informal hasta altas horas de la noche.

—Seguid a las doncellas a vuestros aposentos. —Por fin, el lord Sinclair se levantó de su silla, indicando que la velada había llegado a su fin. Hizo un gesto a un par de sirvientas que estaban en la sala. Inclinó la cabeza y una media sonrisa se dibujó en sus labios, con las manos extendidas ante él en un gesto apaciguador,

aunque la mirada era desconcertantemente depredadora en lugar de tranquilizadora.

—Debido a nuestra historia juntos, he colocado dos guardias en la sala para vuestra protección, aunque os sugiero que permanezcáis confinados en vuestros aposentos. Comenzaremos las negociaciones mañana, después de romper el ayuno. Os deseo que durmáis bien. —El hombre salió de la sala, dejando que los MacGerry siguieran a las dos doncellas a sus respectivas habitaciones. Ambas mujeres hicieron ofertas tácitas de compañía tocando y rozando brevemente a los hombres MacGerry. Con un sutil gesto de la mano, Calder advirtió a los demás que no disfrutarían de compañía femenina esta noche. Después de que las criadas se retiraran, varios hombres se reunieron en la habitación de Calder.

—Hasta ahora todo parece como esperábamos. Sinclair es un buen anfitrión y parece sincero en su deseo de tregua. —Finn se encogió de hombros.

—No detecto engaño en sus palabras o acciones, aunque es preocupante y algo me dice que no todos es lo que parece. Sin embargo, aún no hemos oído sus condiciones. Buscad vuestras camas. Necesitamos estar alerta mañana. —Calder se reclinó en una silla frente a la pequeña chimenea, meditando sobre los acontecimientos de la noche.

—¿Hay algo que necesitéis decirme sobre la muchacha? —Finn le dirigió una mirada extraña una vez que la habitación se despejó.

—La vi hace mucho tiempo y he estado hechizado por ella desde entonces. Una vez que descubrí que era la hija de Sinclair, traté de olvidarla. No había vuelto a verla hasta esta noche. —Calder se reclinó más en su asiento, considerando cuánto revelar a su astuto tío.

—¿Será la muchacha una distracción? Sinclair ha notado vuestra reacción ante ella. —Finn ladeó la cabeza.

—No. No permitiré que afecte a la razón por la que estamos aquí.

La declaración de Calder tenía más convicción de la que él mismo sentía.

—Que durmáis bien, lord. —Finn se tocó la frente con un nudillo mientras se levantaba.

Calder correspondió a la inclinación de cabeza de su tío, pensando ya en otras cosas cuando la puerta se cerró. Sentado ante el pequeño fuego de su habitación, Calder bebió un trago de vino y miró hacia la cama. Si se acostaba temprano, tendría cinco horas de sueño. Sin embargo, el sueño le era esquivo. Los pensamientos sobre la bella Katja Sinclair anulaban cualquier posibilidad de pasar una noche tranquila.

A la mañana siguiente, se reunieron para comer gachas de avena calientes, miel, nata y fruta. El olor a pan horneado llenó el salón, haciendo que incluso un estómago lleno gruñera ante la perspectiva de otra comida bien cocinada. El conde se levantó de su asiento, llamando la atención de Calder.

—Hablemos de nuestro futuro. —Abrió la puerta de su solar a través de la pared detrás de la mesa alta. La habitación contenía más de los ricos muebles que habían visto por todo el castillo. En una esquina había un escritorio ornamentado y a un lado una mesa con sillas acolchadas.

—Mis fuentes dicen que tendréis un invierno difícil. —Cuando todos se acomodaron, Sinclair empezó.

Calder lanzó una mirada a Finn y se arrellanó en su silla, receloso de la dirección de la conversación. A pesar de su esperanza de paz, había algo en aquel hombre que inquietaba a Calder. Hacía tiempo que había aprendido a confiar en sus instintos. En el pasado, eso lo había mantenido con vida más de una vez.

—Tranquilos, muchachos. No quiero faltaros al respeto. ¿No es verdad? —El Sinclair inclinó la cabeza. Levantó las manos en señal de rendición.

Calder miró a su anfitrión.

La túnica negra de Sinclair con bordados de plata estaba hecha de la lana más fina. El coste de sus prendas alimentaría al clan MacGerry durante un mes. Con un gesto seco de la cabeza, Calder admitió la desafortunada circunstancia. Por su parte, Sinclair pareció satisfecho con la respuesta, y juntó las manos sobre el escritorio. Sus ojos brillaron mientras dirigía su atención

únicamente a Calder.

—Creo que tengo una solución para nuestro problema mutuo. Mis fuentes también me dicen que sois soltero, lord MacGerry.

Una vez más, Calder asintió con la cabeza, su inquietud iba en aumento.

—Noté vuestro… *interés* por mi hija la pasada noche.

Calder miró a Sinclair a los ojos, entrecerrando la mirada. Un escalofrío le recorrió la nuca como si el frío aliento sobrenatural de un *Sìth* le hubiera tocado.

—Me ha costado mucho trabajo casarla. Cuando establezcamos un tratado entre nuestros clanes, deberéis aceptar casaros con mi hija. El matrimonio fortalecerá nuestro acuerdo y pondrá fin a las incursiones.

—No lo entiendo. Es una mujer hermosa. ¿Por qué no se ha casado ya? Está en edad de casarse, ¿no? —Los ojos de Calder se abrieron de par en par, asombrado por la pregunta. No podía haber oído bien.

—Sí, lo está, pero rechaza cualquier matrimonio que le propongo. Estoy cansado de intentar complacerla. Su reacción de anoche fue lo más cercano a la aceptación que he visto. Viene con una gran dote. Le dará a vuestro clan la moneda que necesitáis y una considerable extensión de tierras. Las 336 hectáreas están en su frontera noroeste y las pequeñas granjas con ellos. La gente que las cuida se trasladará a otro lugar.

Calder se quedó sin habla. Conocía la zona, ya que habían hecho incursiones allí más de una vez. Tanta tierra y oro, ¿todos por casarse con la hija de un hombre? Incapaz de entender lo que Sinclair ponía sobre la mesa, permaneció en silencio. Miró a su tío. Finn se retorció el cuello hasta que este crujió, moviéndose inquieto en la silla. Algo no encajaba. Era una oferta demasiado generosa.

—Sí, conocemos esa porción de tierra. Es muy fértil, muy buena. ¿Por qué querríais desprenderos de ella? —Finn recuperó primero la voz.

—Cuando su abuela murió, dejó provisiones específicas para su única nieta. El oro y las tierras sólo pueden liberarse cuando se case. —La sonrisa depredadora de Sinclair destelló brevemente. El

desdén y la frustración impregnaban las palabras del conde.

—¿Qué opina ella del matrimonio?

—No se lo he dicho. No permitiré que vuelva a huir o a decir que no. Un acuerdo de paz es demasiado importante para nuestros dos clanes. —El rostro de Sinclair se endureció.

—No tendré una novia no deseada en mi cama. Es un camino seguro a la miseria. —Calder sacudió la cabeza, atónito.

—Ambos conocemos las probabilidades de que vuestro clan sobreviva al invierno sano y salvo. Os ofrezco paz, una gran cantidad de oro para alimentar a vuestra gente este invierno, y tierras para evitar que paséis hambre en el futuro. Incluiré suficientes ovejas, ganado y grano para mantener a vuestro clan durante los próximos meses y para que crezcan nuevos rebaños. A cambio, tendremos paz, pero debéis casaros y acostaros con mi hija, y partir al final de este día. No deseo volver a verla. Esos son mis términos. No son negociables. —La expresión de Sinclair se ensombreció.

Demasiado asombrado para formular una respuesta coherente, Calder se quedó mirando, paralizado.

—Es una oferta generosa, lord. ¿Podríamos mi sobrino y yo dar un paseo mientras lo discutimos? —Finn habló primero.

—Tomaos todo el tiempo que necesitéis. He dado aviso al sacerdote esta mañana. Nos espera en la iglesia. Mi oferta expira cuando el sol se ponga. —Sinclair hizo un gesto con la mano en respuesta.

Finn sujetó a Calder por el brazo y lo arrastró de la silla, asintiendo cortésmente a Sinclair antes de salir de la habitación.

Una vez en el patio, Calder fulminó a Finn con la mirada mientras se paseaba. A su alrededor, grandes y bien mantenidas dependencias rendían tributo a la prosperidad de Sinclair. El tintineo de un martillo y un yunque atrajo su mirada hacia un herrero que daba forma de herradura a un trozo de metal.

—¿Cómo puede un hombre hacerle algo así a su propia hija? No tendrá vestido de novia, ni tiempo para prepararse, ni celebración con amigos o familiares. ¿Qué clase de hombre es este Sinclair? Algo anda mal. Algo debe de pasarle a la muchacha. —Calder se enfureció.

—O algo está muy mal con su padre. Ella es la mujer con la que has estado soñando, ¿no?

—Sí.

—¿Sabes que no tendremos una oferta tan generosa sin que aceptes el matrimonio?

—Sí.

—Entonces, ¿dónde está el problema?

—El problema es que tendré una esposa que no desea casarse. Es un camino seguro a una cama fría. Como hija de un conde, está demasiado por encima de mis posibilidades. No soy un hombre que se casa con una mujer de sangre noble. Hay una razón por la que Sinclair quiere deshacerse de su hija. Necesito saber por qué. —Calder giró para mirar a su tío.

—Disculpad caballeros, ¿puedo preguntaros sobre vuestro argumento?

Atrapado en su discusión, Calder no se había dado cuenta de que Christer Sinclair se acercaba. Miró al hombre con desconfianza. Una mirada de reojo al semblante de su tío demostró que Finn también desconfiaba.

—Entiendo por vuestra animada conversación que mi padre os ha ofrecido a mi hermana.

—Sí, junto con todo el oro y las tierras de su dote. No se lo dirá hasta que sea el momento de casarse, ni le dará opción a elegir. No quiero llevarme a casa una novia que no está dispuesta, por muy hermosa que sea. —Calder estudió a Christer un momento más antes de contestar.

—Comprendo. ¿Os ha dicho mi padre por qué desea proceder así? —Christer hizo una mueca mientras se frotaba la barbilla.

—Dijo que ella ha rechazado todos los intentos de matrimonio que le ha hecho. —Calder asintió.

—¿Apuesto a que no os dijo que todos esos encuentros eran con hombres de su edad o mayores? —resopló Christer.

Finn escupió al suelo, su disgusto era evidente.

—Como pensaba. Nuestro señor nunca ha tratado a mi hermana con el respeto que se merece. He hecho lo que he podido para protegerla, pero por razones propias, está resentido con ella. Katja sirve fielmente en el mantenimiento de nuestro hogar. Es

una buena muchacha, aunque un poco terca y carente de los refinamientos que se esperan de la hija de un conde. Sería una buena esposa. —Christer frunció el ceño.

Calder dirigió una mirada escéptica al joven.

—Nuestra madre murió cuando éramos pequeños. Katja fue criada por nuestra abuela. Madre murió cuando Katja sólo tenía apenas doce años. Creció rodeada de hermanos y no de mujeres que le enseñaran a ser una dama. Habéis visto la clase de mujeres que mi padre tiene en el castillo. —Christer hizo una pausa, mirando a Calder, obligándole a responder.

Calder asintió, recordando las poco sutiles ofertas de las sirvientas desde su llegada.

—Los MacGerry tienen fama de ser un clan muy unido. Esa calidez es lo que Katja necesita después de tantos años de desprecio. Si la apreciáis todos, le concederíais una bendición tomándola por esposa. Aunque ella no lo vea ahora, lo hará si sois pacientes. De lo contrario, mi padre seguirá buscando los compromisos que más le beneficien, en lugar de velar por la felicidad de ella. Como su hermano, quiero lo mejor para mi hermana y el clan, pero tengo poca influencia sobre el conde —continuó Christer, y luego miró a Calder con dureza.

—Vuestro padre la quiere casada, acostada y fuera de las puertas al final del día. De lo contrario, se cancela la transacción. —El desprecio en la voz de Calder era palpable.

—¡Madre de Dios! —Christer sacudió la cabeza. Se hizo el silencio mientras asimilaba la gravedad de la situación. Miró a lo lejos antes de volver a mirar a Calder.

—No tenéis muchas opciones si lo que oímos de vuestro clan es cierto. Hablaré con ella, le haré comprender la situación. Le hablaré de vuestra reticencia a aceptar los planes del conde. Sabe que debe casarse y que no tiene futuro aquí. Vos sois de lejos la mejor opción que se le ha presentado. Estará de acuerdo con eso. No os mentiré, Katja se enfadará. Pero si la tratáis bien, entrará en razón, tenéis mi palabra. ¿Lo haréis?

Calder apoyó un hombro contra el áspero muro de piedra roja que formaba la torre del homenaje de los Sinclair y se frotó furiosamente la frente, tratando de ahuyentar el dolor que surgía

detrás de sus ojos.

—Muchacho, debéis hacerlo. Cuando salgamos hoy por esas puertas habréis conseguido la fortuna que tanto necesitamos, la paz que nos ha hecho falta durante tres generaciones y la mujer en la que lleváis años pensando. —La voz de Finn se alzó con urgencia.

—Estoy de acuerdo, pero os tomo la palabra. Explicadle las circunstancias. No quiero preocuparme de que mi mujer me destripe mientras duermo. —Las cejas de Christer se alzaron. Calder se dio cuenta de su reacción y le hizo un gesto para que se fuera.

Christer y Finn sonrieron ante su respuesta. Christer sujetó el brazo de Calder para tranquilizarlo y se dirigió a la torre del homenaje.

—Bueno, muchacho, no hagamos esperar a vuestro nuevo padre por matrimonio. —La boca de Finn se ensanchó en una sonrisa.

—Haced que Cole viaje a casa con la noticia. Enviad a dos de los hombres con él. Decidles que preparen una bienvenida para nuestra nueva dama. —Calder sacudió la cabeza.

—Si, mi lord. —Finn le guiñó un ojo, sus ojos llenos de picardía mientras le daba una palmada en la espalda a su sobrino, dejando a su paso una carcajada.

Una sensación de terror invadió las entrañas de Calder al considerar la red en la que ahora se encontraba atrapado. Le vinieron a la mente todas las razones posibles por las que aquel hombre querría deshacerse de su hija de una forma tan vergonzosa, cada una más desagradable que la otra. Con la mandíbula apretada en señal de determinación, siguió la estela de Finn.

Cuando llegaron al gran salón, les esperaba la comida del mediodía. Uniéndose a Sinclair y a sus hijos en la mesa alta, Calder se encontró con la mirada de Sinclair.

—Acepto vuestras condiciones.

—Sabia decisión, lord. Hoy seremos parientes. Me he tomado la libertad de redactar el contrato. —El rostro del hombre se transformó en una sonrisa dentada mientras apretaba el hombro de

Calder.

Ante las palabras de su señor, Bjorn y Patrik los miraron a los dos, con sorpresa en sus rostros. Christer frunció el ceño, pero guardó silencio.

Al estudiar el acuerdo, Calder observó que las condiciones eran tan generosas como se había dicho. Algo en el hecho de ver por escrito todo lo que ganarían los MacGerry le confundió, aumentando sus sospechas. La cantidad de oro, tierras, ovejas, grano… todos eran demasiados. ¿Todos para librar al hombre de un viejo enemigo y de su única hija? Algo iba muy mal. Sin embargo, no tenía tiempo para averiguarlo.

Calder se recordó a sí mismo que había tomado la mejor decisión posible para su clan. Le estaba haciendo un favor a Katja alejándola de un hombre que apenas merecía el título de padre. Ella podría provenir de sangre noble, pero al menos él sabía cómo cuidar adecuadamente a una muchacha. ¿Que se casaría con la mujer de sus sueños hoy mismo? Era muy posible que sus sueños se convirtieran en algo mucho más oscuro.

Contra su propio buen juicio, aceptó este cruel acuerdo. Por haber sido obligado a casarse con el lord del enemigo de su padre, sólo podía esperar que la joven le perdonara. Si no, ambos eran lo suficientemente jóvenes como para esperar un largo y miserable matrimonio.

* * *

—He oído que los MacGerry han estado encerrados en el solar del conde desde la comida de la mañana.

Katja miró a la mujer mayor que tenía a su lado. Siempre podía contar con la cocinera Sinclair como fuente de cotilleos. Las mujeres inclinadas sobre la mesa cortando verduras volvieron su atención para escuchar más.

—¿Qué hacen aquí esos malditos ladrones? —preguntó Mab, una criada de la cocina.

—Por lo que dice mi hombre, han venido a buscar una tregua. —Respondió Dora, esposa de uno de los guardias del lord.

—Eh… El día que esos forajidos de baja cuna acaten un

acuerdo de paz, os inclinaréis ante mí como reina. —Cook apoyó un puño en su amplia cadera, agitando una cuchilla a modo de cetro con la otra mano.

Las mujeres rieron ante la predicción de Cook.

Katja observó a las mujeres mientras volvían a sus quehaceres. Con la cosecha de otoño terminada, había mucho para mantenerlas ocupadas. Había sido una estación próspera, que aliviaría las duras tormentas invernales que se acercaban.

Esta mañana cocinaron, conservaron y almacenaron lo último de la cosecha para el próximo cambio de estación. Las verduras en escabeche y las frutas en conserva se alineaban en los estantes del almacén. Los cereales y las legumbres estaban secándose y hoy se colocarían en contenedores seguros para mantener alejadas a las alimañas. El aroma de las verduras recién cortadas llenaba el aire y el ruido de las cuchillas marcaba un ritmo inestable.

Los cotilleos incesantes mantenían a todos cerca y atentos. Al final de la larga mesa central, algunas mujeres salaban la carne y el pescado recién descuartizados para secarlos y ahumarlos. Katja se movía entre ellas, llevando una cuenta detallada de las cantidades y sus lugares de almacenamiento. Su trabajo consistía en velar por el suministro de alimentos, asegurándose de que duraran los duros meses. También creaba listas, priorizando las tareas que debían realizarse una vez que el frío obligara a todos a permanecer dentro.

Katja se fijó en las sirvientas que llevaban a la cocina los restos de la comida del mediodía. No se había parado a comer, sino que se había entretenido con la comida mientras la preparaban. Christer la saludó desde la puerta.

—Venid, hermana. Padre desea hablar con vosotros en su solar.

A Katja se le erizó el vello de la nuca ante tan ominosa petición, pero se quitó el pañuelo del cabello y le siguió al pasadizo, desenrollándose las mangas mientras avanzaba. Freki se levantó de su sitio junto a la puerta y se acercó unos metros por detrás.

—¿Por qué en su solar, Christer? ¿Qué ocurre? La inquietud la invadió.

—No puedo deciros, pero prometedme que esta vez os

guardaréis vuestra lengua. —Su expresión severa se transformó en una de preocupación.

—Así que lo sabéis, pero os negáis a decirlo. Es malo que me pidáis que me contenga. —Levantó la barbilla, desafiándole a negarlo.

—Katja, sabéis que no apruebo los métodos de padre ni sus planes. Creedme cuando os digo que esta situación os beneficiará. No puedo deciros más. —Soltando un pesado suspiro, Christer la llevó del brazo por el pasillo hasta una alcoba privada. La miró a los ojos implorándole que confiara en él. Entonces, su hermana lo miró fijamente, buscando el significado de sus palabras, y luego asintió brevemente con la cabeza, ignorando la preocupación que se apoderaba de sus miembros.

—No perderé los estribos, no perderé los estribos —murmuró y, mientras se acercaba hasta el solar del conde, se armó de valor. Apoyó una mano en su compañera para fortalecerse y respiró hondo.

Katja llamó a la puerta. La áspera y ronca llamada de su padre llegó a través del grueso portal.

—Entrad.

Tras abrir la puerta, pronunció en voz baja una orden para que Freki se quedara atrás y se deslizó dentro de la habitación.

—Os he dicho que no uséis ese lenguaje soez en mi casa. —El rostro de Henry se ensombreció.

Katja hizo una mueca. No se había dado cuenta de que la había oído hablar. Desde la muerte de su madre, Henry había prohibido la lengua *norn*, aunque su madre se la había hablado a todos sus hijos, enseñándoles su herencia nórdica. A Katja le enfurecía saber que su padre despreciaba el hermoso legado de su madre, declarando que manchaba su sangre escocesa. Katja sabía por qué pensaba así, pero se negaba a darle motivos para que recapacitara.

—Por eso sólo lo uso con mis animales. —Desviando la mirada, Katja esperó a oír sus planes para ella.

—Ya es hora de que os caséis. —La voz áspera y la expresión de Enrique no transmitían afecto paternal—. Lleváis demasiado tiempo evitando vuestro deber de casaros para

conseguir una alianza que beneficie a vuestro clan.

Apretó los dientes, consciente de que había cumplido con su deber sin una palabra amable durante años. Se abstuvo de responder, recordando su promesa a Christer.

—No volveréis a desafiarme. Os casaréis con lord MacGerry. —Su padre se puso de pie.

Era lo que ella había pensado. Utilizó la oferta de su mano como incentivo para una nueva alianza. Se mordió el labio inferior. Al menos el MacGerry no era un anciano, sino un hombre valiente y apuesto no muchos años mayor que ella. El matrimonio para forjar la paz entre los clanes era algo que Katja podía aceptar, aunque le dolía tener que someterse a las exigencias de su padre. Sabía que eso no era todo. Mirándole fijamente, esperó el resto.

—Os casaréis y os acostaréis esta tarde, y partiréis con los MacGerry antes del anochecer.

Sus palabras la golpearon como un puñetazo en el estómago. Luchó por un momento para hablar. Las repercusiones de sus exigencias superaron su normal obediencia estoica.

—Pero no tengo vestido de novia. No se ha anunciado el compromiso. ¿No habrá banquete ni celebración? —Vaciló, disgustada por su declaración, que desafiaba la tradición y el derecho canónico.

En cuanto pronunció aquellas palabras, la respuesta apareció en la sonrisa burlona de su padre. La quería casada y fuera de su vista lo antes posible, y la posibilidad de frustrarla en el trato le complacía. Katja sabía que su abuelo había dejado instrucciones escritas para su dote, tanto en monedas como en tierras. Había soportado las quejas de su señor durante años, quejándose de que la dote era demasiado buena para ella. Si su señor pudiera manipular las disposiciones del testamento del viejo lord y reclamar para sí las monedas y las tierras, lo haría. Sin embargo, su abuelo había sido respetado por todos, y los ancianos del clan se encargarían de que se cumplieran sus deseos.

No se celebraría su boda con amigos y familiares. Nada de días de planificación y anticipación. Su padre aprovecharía esta situación para infligirle el mayor daño y humillación posibles. Este, su castigo final por no haber sido un hijo, o al menos por no

haber sido una hija que pudiera utilizar para engañar a los demás. No era la primera vez que Katja se alegraba de haber guardado para sí su capacidad de ver auras.

—¿Así que vais a casarme apresuradamente, avergonzada, como si fuera una mujer adúltera? —Katja se inclinó hacia delante, con las manos entrelazadas y el estómago revuelto como si hubiera comido algo asqueroso. Su promesa a Christer voló de su mente.

—Siempre habéis sido una decepción. Estoy harto de que cada día me recordéis vuestras carencias y deseo librarme de vos. Generaciones de mujeres Sinclair han heredado esa visión. —La mueca de desprecio de su señor se acentuó. El desprecio engrosó su tono—. Pero vosotras, con la sangre nórdica de vuestra madre, me habéis fallado. —Se levantó del escritorio y se sentó en el borde delantero. Su expresión se transformó en una de regodeo.

—Ya que habéis dicho que no a todos los que os he ofrecido con tanta diligencia como marido adecuado para vosotras, no tendréis la oportunidad de decir que no otra vez. Ranald está fuera de esta puerta para escoltaros a vuestra habitación. Tenéis una hora para prepararos. Si no venís a la iglesia, os casaréis por poderes. De cualquier manera, seréis la carga de otro hombre a partir de hoy.

CAPÍTULO 3

—Sois un hombre horrible. No sé por qué mi madre se casó con vos. —El insulto implícito de su padre de que actuaría cobardemente y no iría a la iglesia hizo que su temperamento se saliera de control.

Le lanzó una mirada desafiante. La ira le retumbó en las entrañas y no reaccionó con la rapidez suficiente para escapar de la ira de su señor. Al momento siguiente yacía en el suelo, con la luz encendida y un dolor ardiente en la cara.

—¡Quitadla de mi vista! —Henry se dirigió a la puerta y llamó a Ranald.

El cuerpo de Freki saltó por los aires cuando Sinclair abrió la puerta. Un gruñido atronó su pecho cuando aterrizó al lado de Katja. Su mano tanteó el dobladillo de la falda, buscando la daga que llevaba atada a la pantorrilla, sólo para recordar que se había dejado la espada en la cocina, inmovilizando a una desventurada ave a la mesa. Recuperando el aliento, hizo callar a Freki con una palabra.

—Venid, *lady* Katja, debéis prepararos. —Las fuertes manos del capitán del conde agarraron suavemente sus brazos y la levantaron.

Freki acurrucó la cabeza contra los brazos donde Ranald la sujetaba. Ella rascó al perro detrás de las orejas para hacerle saber que todos estaban bien.

—Es un honor acompañarla a vuestra boda, *milady*. —Ranald se quitó el sombrero.

Su expresión de simpatía la tentó a esforzarse por sonreír, aunque su rostro le dolía. Era como un tío querido para ella, uno de los pocos del clan Sinclair a los que echaría de menos. Siempre había sido amable, cuidando de ella en la medida de lo posible cuando su padre nunca lo hacía. Sí, lo echaría de menos.

Una vez en su habitación, se acercó al espejo de cristal de la pared y observó su aspecto. Llevaba el cabello suelto de la trenza y la toga manchada y despeinada por el calor de la cocina. Su ojo y su mejilla merecían preocupación. La sangre ya le salía a la superficie de la piel por encima de la ceja al igual que el párpado y la mejilla, que mostraban signos de hinchazón.

Al ver su reflejo, el peso del odio del conde cayó pesadamente sobre ella, por lo que se derrumbó sobre la cama y lloró. Lágrimas por la pérdida de aquellos pocos que realmente se preocupaban por ella, y dolor por el amor que nunca había recibido de su padre. Freki se arrastró hasta la cólcedra con ella, acariciándola con la nariz hasta que se abrazó a él.

Unos golpes suaves pero insistentes la sacaron de su tristeza. Se levantó de la cama y caminó hacia la puerta. Morag entró, ofreciéndole sus brazos. Katja no dudó en rodear a su antigua curandera.

—Callad, niña. He oído las noticias. Sabía que necesitaríais

ayuda para prepararos para vuestra boda.

—Creo que vuestro vestido azul os hace ver mejor. —La anciana limpió suavemente las lágrimas de las mejillas de Katja, evitando con cuidado la tierna zona que convertirse en lo que sin duda se convertiría en un vivo moratón bajo su ojo izquierdo.

Katja asintió y se dio la vuelta para que la mujer mayor pudiera desabrocharse la toga que llevaba. Con un lavatorio de agua y jabón perfumado con campanillas, Katja se lavó el sudor de la mañana. Una vez limpia, se puso la camisa que le había entregado Morag, seguida de una robusta toga de lana teñida del color de un cielo azul intenso.

—No tenemos tiempo para lujos, pero con vuestro cabello, estaréis preciosa incluso con algo sencillo. —Cuando quedaba poco tiempo para que las esperaran en la iglesia, Morag soltó el cabello de Katja de su gruesa trenza. Le hizo dos trenzas finas a cada lado de la cara y luego las unió por detrás, formando una trenza larga y fina por el medio. Dejó suelto el resto del espeso cabello rubio de Katja, el cual le llegaba casi hasta las caderas.

—Tomad, mi dulce corderita. Esto aliviará vuestros miedos y sufrimientos. —Cuando Morag terminó, le ofreció a Katja una copa de vino caliente.

Katja tomó la copa y bebió profundamente. El calor del vino penetró en su estómago y se extendió por todo su cuerpo. Se lo bebió de dos largos tragos, agradeciendo el efecto calmante. La anciana resopló y se secó sus ojos. Katja posó suavemente la palma de la mano en la mejilla marchita de la mujer.

—No os preocupéis por los sentimientos de una anciana. Recuerdo el día en que nacisteis como si fuera ayer. Ahora miraos, una hermosa mujer crecida. Vuestro nuevo marido es un hombre muy afortunado, mi preciosa corderita. —Morag palmeó la mano de Katja.

Katja apretó los dientes. ¿Marido? ¿Cómo podía entregarse voluntariamente a un hombre que seguía el vergonzoso plan de su padre? Recordó las auras coloreadas que la rodeaban cuando lo conoció. Acostumbrada al ambiente lujurioso del castillo de su padre, comprendió la neblina roja que rodeaba a Calder. ¿Amarillo? ¿Podría estar contento de estar aquí? Sacudió la

cabeza, desechando la idea al recordar el último color. Azul oscuro, temía decir la verdad. ¿Delante de su padre? ¿O normalmente era un hombre que se guardaba sus pensamientos, o mentía?

—Ya está. No podemos hacerles esperar. —Morag acomodó un rizo detrás de la oreja de Katja, interrumpiendo sus reflexiones.

—¿Pero cómo puedo soportar a un marido que permite semejante insulto a mi honor? —Katja exigió, con sus labios delgados por la ira—. ¿Qué debe pensar de mí y de las razones de la prisa de mi padre, si es que le ha contado alguna razón?

—No sabemos por qué ha accedido. Se dice que su clan sufre terriblemente por la disputa. Sabemos que su padre murió recientemente a causa de ella. Tal vez no tuvo elección en el asunto. Conocéis al conde. Es un hombre duro y frío cuando se trata de vosotros. ¿Lo sería menos con un enemigo? —La expresión de Morag se suavizó.

Katja mordió su labio. ¿Qué había dicho Christer antes? Esta situación sería ventajosa para ella. Había soñado durante años con escapar de las duras garras de su señor. Dejar el único hogar que conocía valdría la pena por no tener que vivir con el miedo del conde por más tiempo. Pero, ¿cómo podría ser mejor ser arrojada a la posesión de un hombre que permitiría que semejante vergüenza cayera sobre su nueva esposa? ¿No sería su marido mejor que su padre?

* * *

Calder se acercó a lo alto del muro exterior. En dos horas estaría casado. *¡Dos horas!* El hecho de que su matrimonio fuera un regalo más allá de lo que podría haber esperado, calmó la indecisión que le quedaba. Como lord, era su deber casarse para beneficiar a su clan, más que por su propio deseo o corazón. Así era entre gente como él y Katja. Que lograra ambas cosas este día iba más allá de lo que podía comprender.

No podía evitar creer que su padre se alegraría de cómo las Parcas le sonreían a él y a su clan. Aunque armado con este

conocimiento, seguía luchando contra una sensación de temor. Intentó reemplazar sus recelos con pensamientos de la hermosa Katja tumbada desnuda bajo él, gimiendo su nombre. Esas imágenes hicieron que se endureciera, acelerando su pulso. Entró en su habitación para prepararse para la boda. Una boda apresurada destinada a avergonzar a su nueva esposa.

Mientras terminaba de lavarse, unos golpes en la puerta le sacaron de sus pensamientos.

—Venid.

Su tío entró en la habitación, con una sonrisa que iluminaba su rostro.

—¿Cómo estáis, chicos?

—Estoy bien, tío. —Calder no levantó la vista de su tartán, su túnica y jubón recién cepillados.

—¿Alguna duda?

—Ninguna. Es lo mejor para el clan.

—Sí, y además con un bonito premio. —Finn rio entre dientes.

—¿Teníais algo en mente además de provocarme, viejo? —Calder le lanzó una mirada irritada.

—No. Ya que mi hermano está en su descanso eterno, pensé en ponerme en su lugar con vosotros. —La expresión de Finn cambió a una de afecto.

—Sí, será un honor que ocupéis su lugar. —Calder sonrió al hombre que siempre había sido un segundo padre para él.

Era un triste recordatorio de que su padre no vería casarse a los tres hijos que le quedaban, ni tendría en brazos a ninguno de sus nietos.

—¿No estáis nervioso? Pareces tan tranquilo como si fueras a bajar las escaleras para cenar. —Finn lo miró.

—Un poco, pero más bien conmocionado. Una parte de mí piensa que es lo mejor que podría pasar. Otra parte de mí advierte que es un error, y que estoy sentando una mala base para el matrimonio. Como segundo hijo, siempre esperé encontrar el amor como lo hicieron mis padres, en vez de casarme por una alianza.

—Sí. Pero como dice su hermano, es una muchacha inteligente. Pronto verá la verdad de nuestra situación cuando

llegue a su nuevo hogar. Entenderá el por qué. Por la forma en que cuida el castillo de su padre, tal vez pueda aliviar sus cargas de muchas maneras. Hemos estado sin una verdadera señora desde que vuestra madre murió.

—Está el otro aspecto. Como hija de un conde, debería estar fuera de mi alcance. ¿Cómo puedo hacerla feliz si esto es lo que ha conocido toda su vida? Es cierto que lograremos mucho con lo que este acuerdo trae, pero Fairetur nunca será tan grande. —Calder hizo una mueca de dolor ante las palabras de su tío.

Calder pasó las manos por su cabello con el ceño fruncido. Por todos los beneficios que él y su clan habían obtenido, parecía que su novia sólo se enfrentaba a pérdidas.

—¿Qué hace de Fairetur un hogar? —preguntó Finn con las manos en la cintura—. ¿Son las paredes, o el número de torres, o los tapices de la sala?

—No, es la gente. No las piedras ni las escaleras. —Mirando por la ventana, Calder consideró la pregunta.

—Sí. Por lo que hemos visto, *lady* Katja no ha sido bien tratada por su padre. Si sólo pensamos en lo que vimos anoche cuando entró en la sala, está claro que no recibe el respeto que merece. El ejemplo de su señor parece ser seguido por todos. Si la tratáis con amabilidad y honor, ¿creéis que le importará cuántas torres le ofrezcáis? —Finn asintió.

Calder oyó la verdad en las palabras de su tío y exhaló un suspiro. Sin embargo, la culpa le roía las entrañas.

«¿Cómo podía ser amable u honorable este camino?»

—Sí, no puedo reemplazar las galas de las que está rodeada, pero puedo ofrecerle más cariño y respeto del que ha conocido aquí. ¿Pero qué hay de nuestra gente? ¿Aceptarán a la hija del Conde de Caithness como su nueva señora?

Finn frotó sus bigotes y no tuvo respuesta para él… o muy posiblemente temía cuál sería la respuesta.

* * *

De pie ante la puerta de la iglesia, Calder juraba que una manada de caballos salvajes retumbaba en su pecho. Nunca había

sentido su corazón trabajar tan duro mientras su cuerpo permanecía inactivo. Siempre había sido un hombre paciente, pero hoy la espera le molestaba como arena en los *trews*. El miedo le sujetó por la garganta, susurrándole que había llegado demasiado alto con este matrimonio. Los dedos de plomo de la duda le impedían respirar. Volvió a preguntarse cuánto tiempo pasaría antes de que su esposa perdonara sus acciones de ese día, si es que alguna vez lo haría.

En ese momento, vio a Katja acercarse y sus temores se desvanecieron. Al menos había venido por voluntad propia, por muy obligada que estuviera. Del brazo de uno de los guardias de su padre, era una visión en azul, con su pálido cabello brillando a la luz del sol. Si no la conociera, creería que es un hada. Su cabello colgaba suelto a su alrededor, fluyendo como una pálida cascada dorada. Con gracia, se dirigió hacia él. El azul intenso de su vestido acentuaba el bronceado dorado de su cuello y dejaba entrever sus pechos en la parte superior de la faja. Levantó los ojos de la tentadora visión y se encontró con un rostro marcado por el desafío y la valentía. Su novia tenía espíritu, de eso no cabía duda. Sentimientos de alegría, de un sueño hecho realidad, le recorrieron junto con visiones de lo que harían pronto, muy pronto.

Cuando ella se acercó, vio una mancha en un costado de su rostro. ¿Había sido golpeada recientemente? Los agradables sentimientos anteriores se convirtieron en rabia. ¿Quién se atrevería a golpear a la hija del conde?

Inmediatamente la respuesta voló hacia él. Su padre. Aquel hombre debía de ser un verdadero demonio para añadir una herida más a la lista de todos los días. Calder luchó por refrenar su impulso de abandonar a su novia por un momento mientras le daba a Sinclair una lección sobre cómo tratar a una mujer. En lugar de eso, se obligó a centrarse únicamente en ella cuando llegó a su lado.

—¿Os encontráis bien, *milady*?

—Bastante bien, mi lord. —Sus ojos permanecían fijos en el sacerdote, su rostro una máscara de inflexible compostura.

Calder alejó los pensamientos de cualquier otra cosa, reduciendo el mundo a su novia y al sacerdote cuando entraron en

la pequeña iglesia. El orgullo se apoderó de su pecho cuando percibió la fuerza y el valor de la novia mientras recitaba sus votos con voz clara y enérgica. Su Katja no era una flor marchita.

«Su Katja».

Deseoso de recompensar su valor, de hacerle saber que estaba muy satisfecho con ella, la miró de frente cuando le llegó el turno de hablar. Repitió los votos, cada palabra llena de todo el significado y sinceridad que pudo reunir.

Fue entonces cuando el sacerdote anunció que estaban casados, y Calder depositó en aquel beso todas las promesas de cariño y protección que ella encontraría en él. No quería que se malinterpretara que ahora le pertenecía. Cuidaría de Katja con honor y afecto, y esperaba con impaciencia el día en que ella pudiera dejar atrás su pasado.

* * *

El nuevo marido de Katja la rodeó con un brazo y le cogió suavemente la barbilla con los dedos de la otra mano, inclinando su rostro hacia él. Bajó lentamente la cabeza y posó su boca en la de ella. Su corazón se estremeció y su respiración se agitó en su pecho. ¿Quién iba a decir que los labios de un hombre podían ser tan suaves, tan ardientes? Aunque breve, el ardor de su beso perduró. Resistió la tentación de llevarse un dedo a la boca para comprobar si estaba tan caliente al tacto como parecía. Se debatía entre reprocharle que estuviera de acuerdo con aquel insulto de boda y sujetarlo para reanudar el beso.

Cuando se acercó a la iglesia, vio a Calder en la puerta con el sacerdote. Llevaba la misma sonrisa amable que había visto la noche anterior en la sala. Inmediatamente buscó los finos colores que lo rodeaban, utilizando la *vista* como siempre hacía cuando necesitaba cerciorarse de los pensamientos de una persona. El aura amarilla de felicidad que le rodeaba le decía que no le habían obligado a unirse a ella. O, si le hubiesen obligado, se alegraba de ello.

«¿Qué clase de hombre acepta comenzar su matrimonio así? ¿Cómo puede soportar casarse conmigo en la vergüenza?»

Katja apretó los dientes con conocimiento. Oro y tierras, eso es. Permitió que su humillación encendiera su ira mientras caminaba a su lado. El hecho de que esperaran que se acostara con aquel desconocido inmediatamente después de la ceremonia echaba más leña al fuego que crecía en su interior. Su aura amarilla pronto se mezcló con el rojo brillante de la lujuria.

«Típico de un hombre que pasa por alto todo lo que ocurre a su alrededor, pensando sólo en su miembro».

Ignorando esa imagen, se fijó en su aspecto. Estaba guapo con su túnica blanca, su jubón de lana y su tartán. Aunque no sabía qué clase de matrimonio tendrían, al menos su marido era agradable a la vista.

Su encantadora sonrisa se desvaneció en algo duro y peligroso, sus ojos se entrecerraron cuando su mirada se fijó en un lado del rostro de ella. El aura amarilla y roja que lo rodeaba se oscureció hasta que el rojo turbio de la ira se arremolinó a su alrededor. Se sintió satisfecha al saber que le enfurecía que su nueva esposa luciera un rostro magullado el día de su boda. Al menos demostró ser capaz de comprender una parte de su humillación.

Una vez que ella llegó a su lado, Ranald besó su mano y la colocó sobre la de MacGerry. Una transferencia de propiedad. Su vida era ahora suya. El pecho de Katja se encogió. Juntos, ella y Calder entraron en la iglesia, seguidos por los que presenciarían su bendición por el sacerdote.

Al comenzar la ceremonia, Katja intentó no pensar en lo diferente que habría sido este día si su madre siguiera viva. Cómo lo habrían planeado juntas durante semanas. Habría habido un ritual en el que las mujeres más cercanas a ella se habrían reunido para confeccionar vestidos nuevos y habrían compartido anécdotas de su vida de casadas. La música, el baile, la fiesta y la bebida se habrían prolongado hasta altas horas de la madrugada. Su lecho sería bendecido por el sacerdote, y amigos y familiares les acompañarían a su habitación, deseándoles felicidad, larga vida y muchos hijos. Sería su día perfecto, su mejor día. En lugar de eso, se casó precipitadamente, como si fuera culpable de fornicación o, peor aún, como si ya estuviera embarazada. Miró rápidamente al

hombre que estaba a su lado. Seguro que él no sospechaba eso de ella.

No, no quería pensar en cosas tan sensibleras. La sangre de los vikingos corría por sus venas. No se escondería detrás de los sueños de lo que no sería. Se concentraría en lo que tenía delante, enfrentándose a ello como era su costumbre. Pronto sabría que no era hija de ningún hombre. Volvió a mirar al hombre que estaba a su lado y se preguntó qué clase de marido sería. Sólo sabía que poseía una sonrisa amable y no veía en él ninguno de los inquietantes colores grises o marrones de su tramposo progenitor. También sabía que algo inexplicable fluía entre ellos. Inclinó la cabeza hacia un lado, casi esperando ver cómo saltaban chispas entre ellos.

Cuando llegó el momento de pronunciar sus votos, se serenó y habló con voz clara y fuerte. Nadie podría decir que era una cobarde. Cuando llegó el turno de MacGerry, la miró de frente para pronunciar las palabras de compromiso, como si quisiera que ella supiera que se tomaba en serio sus votos, para decirle que esto significaba algo más que unir a un clan con otro y un intercambio de riquezas. Su estómago se estremeció ante su sencillo gesto, a pesar del dolor y la ira que aún se agolpaban en su corazón. El oscuro timbre de su voz la envolvió como una cálida manta en una fría mañana de invierno.

Al oír la declaración del sacerdote, sus hermanos la abrazaron y estrecharon la mano de su nuevo marido. Christer la estrechó en su abrazo con un susurro sólo para sus oídos: *«MacGerry no tuvo nada que ver con esto. De hecho, se opuso ante tal oportunidad. Sin embargo, no se opone a casaros. Parece un buen hombre. Haríais bien en confiar en él, hermana. Os deseo que seáis felices».*

La joven sonrió por primera vez aquel día, y besó a Christer en la mejilla en respuesta. ¿Confiar? Ella no daría a ningún hombre su confianza. Vio a Morag en el fondo de la multitud, secándose los ojos con un jirón de lino. Su padre pasó a su lado, con una sonrisa de victoria en el rostro.

Ahora unida a Calder MacGerry por Dios, y sabiendo que su padre no le daría ningún recurso si su matrimonio fracasaba, Katja

no podía evitar sentirse como una oveja llevada al matadero.

CAPÍTULO 4

Una pasión que Calder no vio venir, le encendió. Ciertamente había probado su ración de delicias femeninas a lo largo de los años, pero ningún beso había despertado su ardor o avivado sus emociones como lo había hecho éste. Ahora, ante un sacerdote y rodeado de un clan al que sólo conocía como hostil, luchaba por recobrar la cordura, aturdido por el breve contacto de sus labios. Su corazón latía con fuerza y sus pulmones aspiraban aire como el fuelle de un herrero.

Con un brazo alrededor de la cintura de Katja, miró a los pocos testigos de su unión. La primera palmada en la espalda lo sacó de la felicidad en la que había caído con ella en sus brazos y su boca en la suya. El conde se escabulló por la puerta, recordando a Calder las desagradables circunstancias en las que se encontraba.

Los hermanos de Katja estaban presentes, junto con un pequeño número de personas del clan. Ranald, un puñado de soldados Sinclair y los hombres MacGerry completaban el resto de los asistentes. Era una reunión vergonzosamente pequeña para la boda entre la hija del conde y un lord vecino. Sobre todo, porque su unión marcaba el final de una larga y sangrienta enemistad.

Tras conceder a los pocos que acudieron a ver la boda de su señora la oportunidad de ofrecer sus bendiciones, Calder consideró el siguiente paso en el plan de su padre, arduamente ideado. Necesitaba ganarse rápidamente su confianza, suavizarla, asegurándole que tenía sus mejores intereses en mente, dejar atrás su noche de bodas.

¡Cojones de cerdo! Nunca antes había tenido en su cama a una mujer reacia. Y además virgen. No tenía habilidades para cortejar. Pero debía cortejarla, y rápido. Se encontró estrechando la mano de un hermano tras otro, y luego del Capitán de la Guardia, junto con varios otros sirvientes presentes. Al parecer, todos sabían lo mal que la consideraba su padre. Nadie dijo ni una

palabra sobre su herida ni puso cara de sorpresa, como si ver a la hija del conde con los indicios de un ojo amoratado fuera algo habitual.

«¡Santo Dios! ¿A qué he accedido?»

Con sus mensajes silenciosos, su familia le hizo saber que su trato con esta joven tenía que ser mucho mejor que lo que ella conocía aquí. Cogió su mano posesivamente, como si le ofreciera una prueba de sus buenas intenciones. El calor de su carne sobre la suya le produjo una sensación de calma que no tuvo tiempo de contemplar.

Cuando finalmente atravesó el puñado de hermanos y tíos sustitutos hasta llegar a la puerta, Calder no deseaba otra cosa que quedarse a solas con ella. Sentía una ardiente necesidad de explicarse, de distanciarse tanto como ella le permitiera de los planes de su padre. Le preocupaba que ella no aceptara ni su explicación ni la de su hermano.

Calder pronto se daría cuenta.

El viejo criado de su esposa abrió la puerta de la iglesia y Calder se balanceó sobre sus talones, enfrentado a una montaña de pelo que le gruñía amenazadoramente, con unos dientes brillantes que darían envidia a un *Cù Sìth*. Inmovilizado por unos instantes, Calder oyó a su novia murmurar algo en un idioma áspero y luego ofrecer las manos que mantenían juntas para que la bestia las examinara. Tras unos cuantos olisqueos y un húmedo movimiento de la lengua, el monstruo emitió un quejido de aceptación a regañadientes antes de ocupar su lugar al otro lado de Katja.

—Freki no os hará daño por ahora, a menos que hagáis un movimiento agresivo hacia mí. —La voz seria de Katja tenía un tono frío.

—¿Freki? ¿Qué es? —Calder se sorprendió por el tamaño de la criatura.

—Freki es un perro lobo, un regalo de mi tío. Según la leyenda nórdica, es uno de los lobos de Odín. —Katja miró y rascó las orejas de la bestia de color rojizo con una expresión de adoración en el rostro, como si fuera su propio hijo.

¿Uno de los lobos de Odín? *Freki* era un nombre bastante apropiado, entonces. El monstruo era ciertamente lo

suficientemente grande como para ser la mascota de un dios de la guerra.

—Nunca he visto un perro de su tamaño. —Calder aún no confiaba en que la bestia le hubiera quitado de la lista de comidas potenciales.

—Eh, bueno, mi tío dice que su linaje se encuentra en Irlanda. «Cazador de lobos», a veces llamado *deerhound*.

Calder miró a la bestia con recelo. Más bien, debería llamarse «el cazador del diablo».

La voz de la muchacha se hizo más cálida al hablar de su perro y él buscó la forma de que siguiera hablando, aunque sólo fuera para oír el dulce sonido de su voz. Aunque clara como campanillas en el viento, poseía una cualidad seductora que despertaba su lujuria.

—¿Cuáles fueron las palabras que le dijiste? Nunca las había oído.

—*Norn*. El idioma de mi madre. Soy escocesa por parte de padre y nórdica por parte de madre. —Las mejillas de Katja se oscurecieron.

Calder recordó a Christer diciendo que su madre ya no estaba entre los vivos. Pero la prueba del linaje de Katja resonaba en su cabello rubio pálido, su postura esbelta y orgullosa, y la forma intrépida en que lo miraba. Por sus venas corría sangre vikinga.

—¿Cuántos años tenéis, mi señora? —Calder se estremeció, encontrando extraño tener esta conversación *después* de su boda. Hace dos años, en el lago, no le importaba la edad de ella. Ahora se preguntaba si sus pensamientos lujuriosos de aquel día iban dirigidos a una muchacha demasiado joven para sus fantasías carnales.

—Dieciocho, mi señor. ¿Y vosotros?

—Veinticuatro, mi señora. —Aliviado de no ser tan lascivo como temía, respondió a su pregunta.

Continuaron hacia el interior del torreón y subieron las escaleras. Cuando se acercaron a la habitación de Katja, Freki gruñó enseñando los dientes. El conde salió al pasadizo desde el hueco de una puerta oscurecida.

—No veo heridas ni cortes en vosotros, yerno.

—Ninguna herida, lord. ¿Por qué lo preguntáis? —Calder inclinó la cabeza, frunciendo el ceño.

—Parecéis un hombre valiente y honorable. Me gustaría que suministrarais la sangre que exige nuestro acuerdo.

La insinuación de que debía proporcionar la sangre para probar la pureza de Katja fue como el golpe que el conde había asestado antes a su hija. Calder aspiró con dificultad, luchando contra el impulso de golpear al hombre que tenía delante, con el cuerpo endurecido y los ojos entrecerrados.

—Como vos decís, lord, soy un hombre honorable que se atiene siempre a su palabra. Eso significa que cumpliré nuestro acuerdo y me aseguraré de que mi esposa no sufra ningún daño.

Calder fulminó con la mirada al bastardo al que ahora tenía por suegro. Por su parte, los labios de Sinclair se curvaron hacia arriba, aunque no era una sonrisa. Asintió y se apartó, permitiéndoles continuar.

Cuando llegaron a su puerta, Katja ordenó a Freki que se sentara fuera de la alcoba. Calder entró en la habitación, paseándose de un lado a otro frente a la chimenea ardiente, con las fosas nasales encendidas y los puños apretados. En una última pasada, se dio cuenta de dónde estaba, de lo que hacía allí. Detuvo su marcha, cerró los ojos, respiró hondo y obligó a su cuerpo a relajarse.

Al abrir de nuevo los ojos, su nueva esposa estaba ante él. Lo miraba como a un animal rabioso, evaluando lo peligroso que podía ser cuando se enfadaba. Al darse cuenta de que su temperamento lo colocaba en la misma categoría de hombre que su padre, una punzada de remordimiento le atravesó el pecho, disipando la rabia que le quedaba y recordándole la tarea que tenían ante sí.

—Perdonadme, señora, pero vuestro padre pondría a prueba el temple de un santo. —Una comisura de sus labios se crispó ante sus palabras y sus ojos brillaron—. Ahora que estamos solos, ¿podemos sentarnos y hablar?

Katja asintió una vez y se dirigió con cautela hacia la pequeña mesa y las sillas del rincón, como si no creyera que la tormenta hubiera terminado de verdad. Cogió la jarra de vino que

descansaba sobre la mesa y le sirvió una copa a él y otra a ella. Calder se levantó y le tendió la silla, lo que le valió una arruga en el ceño y una mirada de confusión… ¿o de desconfianza?

La joven dejó que la sentara y se apoyó en el borde de la silla, con la espalda rígida, dispuesta a huir. Miró hacia la puerta como para evaluar la distancia, y pareció permanecer sentada sólo por fuerza de voluntad. Calder volvió a respirar hondo mientras se sentaba, sintiéndose como si estuviera a punto de arrodillarse ante un confesor tras una larga temporada de libertinaje.

Después de beber un largo trago para tranquilizarse, trató de encontrar una explicación, una disculpa, algo que despejara el camino entre ellos.

—*Lady* Katja, debo pediros perdón. Nunca fue mi intención causaros angustia. Cuando mi padre murió hace unos días, el señorío recayó en mí. Deseaba poner fin a las disputas entre nuestros pueblos y me acerqué a vuestro padre hace un par de noches pidiéndole que habláramos de paz. Hoy, me ofreció una solución, pero al precio de vuestra mano en matrimonio. Sus condiciones eran que se hiciera y consumara antes del atardecer. No dejó otra opción.

—La riqueza y las tierras que traigo conmigo, ¿están relacionadas con esta decisión? —Le miró fijamente.

Calder miró la desgastada superficie de la mesa, haciendo una mueca de dolor ante su acusación. La culpa subió a la superficie amenazando con desbordarse. ¿Qué podía decir, qué podía hacer? Al menos, ella se merecía su sinceridad. Apoyó los codos en la mesa, se frotó la cara y se pasó las manos por el cabello una y otra vez.

—Sí, el dinero, las tierras, las ovejas y el grano que incluía el conde es lo que me persuadió a aceptar los términos que os avergonzaban.

—¿Ovejas y grano? —Su voz subió una octava por la incredulidad.

—Vuestro padre sabe que nuestro clan es pobre. Tendremos dificultades para alimentar a todos este invierno. Por eso necesitaba buscar la paz. No podemos seguir como hasta ahora. Su oferta incluye suficiente grano, ovejas y alimentos para pasar el

invierno y ayudar a restablecer nuestros rebaños esta primavera. —Asintió a regañadientes.

—No teníais elección y mi señor lo sabía. Os hizo una oferta que no podíais rechazar. Y a su vez, lo arregló para que yo tampoco pudiera negarme. —Su expresión pasó de la incredulidad a algo más duro. Cruzó los brazos sobre el pecho.

La cabeza de Calder se inclinó, bajando las cejas en una pregunta silenciosa.

—Amenazó con desposarme por poderes si me negaba a reunirme con vosotros hoy en la iglesia. —Katja levantó la barbilla.

—Sí, pero lo que no puedo entender es por qué sería tan cruel con su propia hija. —La culpa de Calder dio otro salto hacia delante. Tragó saliva antes de pedir la respuesta que necesitaba.

—Siempre he sido una decepción para él. Ha intentado librarse de mí casándome desde hace más de dos años. —Katja sintió dolor y bajó los ojos antes de responder.

—No tiene sentido. Vuestro hermano dice que sois una buena mujer y que seréis una buena esposa. Miro a mi alrededor y veo lo bien que llevas su casa. —Calder la miró fijamente, sabiendo que no lo estaba oyendo todo—. Sé que este matrimonio no es de vuestra elección. No puedo ofreceros aquello a lo que estáis acostumbrada. Lo siento.

—Vosotros y vuestros hombres ya me habéis dado más de lo que estoy acostumbrada al mostrarme respeto cuando entro en una habitación. —Los largos dedos de Katja acariciaron el borde de su copa.

Por primera vez, Calder vio su sonrisa. No era grande, más bien como una estrella fugaz, un destello brillante que luego desaparece. Aunque breve, su belleza trajo un poco de esperanza, inspirándole a reconocer lo que ella ofrecía contra su voluntad. A reconocer su valentía.

—A veces debemos hacer sacrificios difíciles por el bien de nuestro clan. —Para su sorpresa, sus mejillas se sonrojaron y su cuerpo se tensó. Sus ojos se entrecerraron mientras se inclinaba hacia él.

—*Yo* estoy sacrificando mi virtud, mi *familia*, mi elección de

marido y el único hogar que he conocido. Decidme, lord, ¿qué estáis sacrificando *vos* exactamente?

Calder esbozó una débil sonrisa y asintió con la cabeza, luego desvió la mirada hacia la ventana. Katja se había ganado el derecho a enfadarse. Frotó su barbilla. No se había explicado bien. Ella no entendía su situación con la misma claridad.

—Enterré mi *sacrificio* más reciente hace una noche. Antes de mi padre, fueron mi hermano mayor Ewan, mi abuela, varios primos y muchos parientes a lo largo de los años. No pretendo menospreciar el coste de este tratado para vosotros, pero creedme cuando os digo que no sois los únicos que arriesgáis mucho. —Le ofreció una sonrisa afligida que esperaba reflejara algo de la pérdida que describía.

—Le ruego me disculpe, mi lord. No sabía que tantos de vuestra familia habían muerto en esta contienda. —Agachó la cabeza y sus mejillas se ensombrecieron. La disculpa apareció en sus ojos.

—No os preocupéis. Con gusto os quitaría la carga si pudiera, o seguiría otro camino si viera alguno. —Calder trató de asegurárselo con otra cálida sonrisa.

Katja soltó un suspiro. Por su parte, Calder bebió un sorbo de su taza.

—Y nada más *mi lord*, de vuestra parte. Sólo hace unos días que soy lord y el hecho de que me llamen por el título de mi padre, que debería haber sido el de mi hermano, me deja un sabor amargo. Puede que aún seamos extraños, pero estamos casados. Mi nombre es Calder. Me complacería que lo usarais.

Katja volvió a asentir, su única respuesta.

A continuación, se sentaron en silencio, bebiendo de sus copas. El vino servía de distracción mientras cada uno reflexionaba sobre lo que había pasado entre ellos en tan poco tiempo. Calder sabía que lo necesitaba tanto como ella para prepararse para el siguiente paso. Tras un largo silencio, observó la posición del sol en el cielo a través de la ventana. Cuanto antes consumaran su unión, antes podrían empezar su vida juntos.

Calder quería alejarse de aquel lugar. Más que eso, quería llevársela lejos de este lugar. Bebió un último sorbo de vino y se

levantó de la silla. La mirada de Katja se clavó en la suya, penetrando en su alma. Su piel se erizó y le ofreció la mano. Ella dudó antes de levantarse para cogerla. Lentamente, él la acercó y la rodeó con los brazos, anticipando el acto que los uniría para siempre.

Calder saboreó la suavidad de su abrazo. Aunque una parte de él seguía sin creer que la hermosa muchacha de sus recuerdos fuera ahora su novia, luchó contra el creciente deseo que amenazaba con liberarse de sus órdenes. Demasiadas heridas habían sido infligidas este día. No las agravaría actuando como un bruto. El cuerpo de la joven se estremeció contra él mientras le permitía abrazarla.

—Os doy mi palabra de que nunca os levantaré la mano ni os haré daño de manera intencionada. Os cuidaré, os trataré como a una dama y os protegeré. —Habló bajo, pero claro. Entonces, pasó lentamente los dedos por la seda dorada de su cabello hasta frotarle suavemente la nuca—. No podría haber elegido a una muchacha más hermosa como novia. Estoy encantado de teneros como esposa, con o sin vuestra dote.

Katja se echó hacia atrás y lo miró. Su expresión de enfado se convirtió en incertidumbre, pero él no detectó miedo. Mientras ella vacilaba, Calder bajó la cabeza, cubriendo sus labios con los suyos en un beso lento y suave. Nunca antes se había acostado con una virgen, aunque sabía lo suficiente como para ir despacio. Katja necesitaba ser cortejada, pero sus conocimientos de seducción eran escasos. Sus experiencias en la cama de una mujer siempre habían sido de mutuo acuerdo, un revolcón bondadoso. Esperaba que sus escasas habilidades fueran suficientes para complacer a su novia virgen.

Al probarla, se inundó del sabor del vino y de la mujer. Olía a flores y a algo más, algo que él no podía identificar. Exudaba un elemento de dulzura que envolvía sus sentidos, atrayéndolo hacia ella.

El deseo de levantarle las faldas y tomarla aumentaba con cada respiración. Luchó contra el impulso, necesitaba seguir acariciándola. Katja se ablandó bajo su beso, invitándole a dar el siguiente paso. Él atrajo suavemente el labio inferior hacia su boca

y el suave maullido que se escapó de ella casi lo deshace. Aprovechando que ella tenía los labios separados, Calder deslizó la lengua en su calor, explorándola lentamente. Ella se puso rígida antes de dejarse besar, siguiéndole tentativamente en su baile. Continuó seduciendo a la mujer en la que había pensado y soñado durante tanto tiempo. Dibujó pequeños y tranquilizadores patrones en su espalda con una mano y tiró de ella para acercarla. La joven levantó los brazos, le rodeó el cuello y enredó lentamente los dedos en su cabello. Calder no pudo reprimir una sonrisa ante su tímida aceptación. Besó la línea de su mandíbula, la larga y suave columna de su cuello. La respiración de Katja se entrecortó, su cuerpo se ablandó y se apretó aún más contra el lord.

Al cabo de unos instantes, Calder se apartó, estudiando a su nueva esposa. Sus ojos se oscurecieron y su pecho se agitó con cada respiración acelerada. La giró, apartó su cabello por encima de un hombro y le rodeó la cintura con un brazo. La joven se inclinó ligeramente hacia delante, permitiendo que sus besos llegaran mejor a la suave y dulce piel de su cuello.

Calder avanzó con pequeños movimientos circulares con la mano que la aprisionaba contra sí. Cuando tocó la parte inferior de su pecho, ella se detuvo, aspirando un suspiro de sorpresa. Dándole tiempo para que se acostumbrara a su mano, Calder la subió aún más, cubriendo la plenitud de su pecho. Le frotó el pezón en círculos con el pulgar y a Katja se le escapó otro jadeo cuando la carne se endureció bajo su mano. Cuando cambió al otro pecho, el pequeño gemido de ella le calentó la sangre y su erección se volvió dolorosa al empujar contra su tartán.

Tomando su respuesta como un permiso, el lord desató los cordones de la parte trasera del vestido con la mano libre. Katja apretó la suavidad de su trasero perfecto contra su excitación, casi poniendo fin anticipadamente a su seducción. Calder trató de concentrarse en otras cosas en un esfuerzo por mantener el control de la bestia lujuriosa que amenazaba con apoderarse de él.

Distrayéndose con una ligera pasada de lengua por la sensible carne de su cuello, consiguió desabrocharle el vestido, aunque la tarea pareció durar una eternidad. El deseo hizo que sus dedos tantearan como si fuera un muchacho inexperto. Cuando por fin

terminó, retrocedió y dejó que el vestido cayera hasta las caderas de la muchacha, quien se puso rígida al inhalar bruscamente.

Calder volvió a acariciarle los pechos, que cabían fácilmente en las palmas de sus manos. Esta vez sólo quedaba entre ellos la fina tela de la camisa. Le acarició el cuello, aspirando su dulce aroma. Los gemidos de Katja lo tensaron de deseo, como un juglar afinando las cuerdas de un laúd. Templó su respuesta.

«Un paso cada vez».

Las inocentes reacciones de ella rompieron rápidamente las ataduras de su control. Le desató las cintas de la camisa y la deslizó por sus caderas. El vestido y la camisa cayeron al suelo en un elegante montón. Calder se detuvo, sorprendido. Sujeta a su muslo había una daga muy usada.

* * *

—¿Habéis venido armada a vuestra boda, señora esposa? —Calder enarcó una ceja y señaló su pierna con la cabeza.

Consciente de su mirada y de lo vulnerable que era, Katja lo enfrentó y cruzó los brazos sobre los pechos. Calder la estrechó entre sus brazos. Ella se inclinó hacia atrás para establecer contacto visual, ladeando un poco la cabeza.

—Sí. Nunca voy desarmada.

Su respuesta le inspiró la primera sonrisa de verdad que había visto en él, y el calor floreció en su interior al verla.

Antes de que su sentido de la modestia pudiera protestar, el lord la estrechó entre sus brazos y la llevó hasta la cama, apartando las mantas para depositarla sobre las sábanas. El juego de los músculos duros contra su piel aumentó el calor en su interior. Insegura de cómo entregarse al marido que apenas conocía, dejó a un lado el pánico y lo miró fijamente, apoyándose en la única verdad en la que podía confiar.

El rojo brillante de la lujuria brillaba en él como ella esperaba, pero Katja se sorprendió al ver una cantidad igual de amarillo. No mentía cuando decía que se alegraba de tenerla. Su corazón latió un poco más deprisa. Tal vez podía confiar en él… en esto.

Calder se desabrochó el ancho cinturón de cuero, dejando su tartán y su zurrón en el suelo junto a su vestido. Rápidamente se quitó las botas, luego se acercó a ella y lentamente le desenrolló las medias, desabrochando la vaina, depositándola junto con la daga en el creciente montón de prendas. La opresión de su pecho se convirtió en un calor lánguido que encendió todos sus nervios mientras él besaba, lamía y mordisqueaba primero una pierna y luego la otra. Un intenso latido comenzó en su interior. Inquieta por las reacciones de su cuerpo, se escondió bajo la sábana y la manta. Contempló sus musculosas piernas y la parte delantera de su túnica, hinchada por la excitación. Un leve jadeo se le escapó mientras lo observaba con cautelosa fascinación.

Calder ralentizó sus movimientos, subiéndose tranquilamente a la cama. Soltó su agarre de la sábana, reprendiéndose a sí misma por actuar con cobardía. Era una Sinclair. Haría lo que habían hecho generaciones de mujeres Sinclair. Por desgracia, sin su madre ni su abuela para aconsejarla, no estaba muy segura de lo que eso implicaba exactamente.

—No sé qué hacer. —El tono de la muchacha era quebradizo, pues trataba de ocultar el miedo y la expectación en su voz.

Calder le dedicó otra sonrisa -ella empezaba a esperarlas con impaciencia- antes de meterse con ella bajo el manto.

—Es vuestra primera vez. Vuestro trabajo es relajaros y disfrutar todo lo que podáis. Sabes que la primera unión es dolorosa. —Su voz era tan suave y dulce como el mejor hidromiel. Los colores a su alrededor no cambiaron. El amarillo no se confundía con el marrón del engaño.

«Confía en él».

Katja asintió. Sabía que habría dolor y sangre, su sangre.

—Nos tomaremos nuestro tiempo. Primero quiero ofreceros un poco de placer. Quizá pueda aliviar un poco el escozor de hoy. —Se quitó la ropa con un rápido movimiento y se acomodó junto a ella.

Sus cálidas manos acariciaron sus brazos, haciendo que los finos cabellos se erizaran. Su boca volvió a encontrar la de ella, deslizándose, saboreando, acariciando. Su lengua recorrió sus labios y Katja se abrió para él. A medida que su beso se hacía más

profundo, las manos de él acariciaban sus caderas, sus costillas y, una vez más, sus pechos. El cuerpo de ella se movió hacia arriba, como si tirara de una cuerda. Ella gimió en su boca. Los labios del lord se curvaron en una sonrisa.

Tras romper el beso, su boca se cerró primero sobre un pezón y luego sobre el otro. Sus calientes labios y su lengua tiraron y se contorsionaron, creando chispas que se encendieron en el bajo vientre de Katja, que fue acariciado suavemente, trazando círculos perezosos que descendían hasta la parte superior de sus muslos.

Le chupó los pechos hasta dejarla sin aliento, con el cuerpo fuera de control. Sus manos recorrieron las curvas de la espalda y los costados de él, deslizándose rápidamente con una urgencia que crecía en su interior. Quería más, más de su tacto, más de su sabor, más de su olor.

Cuando sus dedos se deslizaron hábilmente por los rizos entre sus piernas, la respiración de Katja se aceleró. Nunca antes nadie se había atrevido a tocarla de esa manera. Su caricia flotó sobre la piel de sus muslos. Sus caderas se movieron sin que ella lo pensara. Calder rozó la sensible piel una y otra vez, subiendo hasta tocar su centro.

—¡Mi señor! —Un medio grito de protesta salió de sus labios.

Calder levantó la cabeza por encima de sus pechos. Sus profundos ojos azules brillaban. La almohadilla callosa de su dedo, resbaladiza por la humedad de la mujer, rozó ligera y rítmicamente el nódulo de carne, encendiendo todo su cuerpo.

—Sí, eso es. Relajaos y disfrutad del placer que puedo proporcionaros.

Sus susurros de aliento la excitaron casi tanto como sus caricias.

El lord aumentó la velocidad para igualar el movimiento de sus caderas mientras ella se apretaba más contra su mano. Su cuerpo luchaba por seguir los enloquecedores movimientos de él. Katja se aferró a su cabello, enredando los dedos en las largas hebras. Sus piernas se flexionaron, arqueando las caderas en una última embestida mientras aspiraba aire en los pulmones. Gritó cuando una sensación vertiginosa se apoderó de ella y una oleada

tras otra de placer la invadió. Tras unos instantes sin aliento, volvió a recostarse en la cama y sus pulmones volvieron a tomar aire. Su marido se cernía sobre ella, rozando la abertura de su cuerpo con el miembro erecto. Instintivamente, la mujer abrió más las piernas para facilitarle el acceso. La penetró un poco y su conciencia volvió al presente.

—Iré muy despacio para facilitaros el camino. —Sus ojos contenían una mezcla de deseo y preocupación apenas contenida, su voz era un gruñido grave.

Más allá del habla, Katja asintió con la cabeza y se aferró a sus caderas. Él había buscado el placer de ella antes que el suyo, ganándose aún más su confianza. El aroma de su excitación se mezclaba con el almizcle del lord, y ella se deleitaba en el tacto de su piel desnuda. Con cada cuidadosa caricia, su canal ardía al estirarse para acogerlo, hasta que por fin él se sumergió profundamente en ella. Con la mandíbula apretada, Katja se obligó a no gritar.

Calder se detuvo, completamente inmerso en ella, y los músculos de sus brazos temblaron bajo sus dedos. Su rostro se contorsionó y el sudor invadió su frente. Algo más cruzó su expresión, pero Katja estaba demasiado inmersa en el momento como para preguntarle.

—¿Estáis preparada, muchacha? —Su pregunta fue un ronco susurro. Calder no se movió, aunque el sudor cubrió su frente. Parecía que esperaba una respuesta de ella.

—Sí. —La palabra fue una súplica ahogada para que continuara, para que hiciera algo con el dolor de su cuerpo a medida que el dolor retrocedía. Katja se movió debajo de él, buscando alivio a la creciente tensión.

—Ah Katja, os sentís tan bien, tan apretada. Ahora sois mía, sólo mía.

La muchacha casi no reconocía su voz, grave y carrasposa por el placer. Levantó las caderas para recibir cada caricia, ignorando la sensación de ardor que la abrasaba de nuevo. Una sensación de expectación creció lentamente y un maullido retumbó en su garganta. Calder gimió y se estremeció sobre ella, y luego se calmó.

Mientras yacían entrelazados, ella dibujaba patrones sin sentido en la espalda de él, con los pensamientos dispersos mientras buscaba algo más allá de su alcance. Calder le dio un ligero beso en la mejilla y rodó hacia un lado. Katja apretó las piernas contra el persistente escozor y una peculiar sensación de pérdida.

—¿Tenéis algo que decirme, esposa?

CAPÍTULO 5

Los ojos de Katja se abrieron de golpe al oír el cambio en su voz: los tonos tranquilizadores de su amante sustituidos por la dureza de la sospecha. Estaba tumbado a su lado, aún bajo las sábanas, apoyando la cabeza en un codo, con un leve rastro de celos verde oscuro entrelazando el aura amarilla de la lujuria.

—¿Qué queréis decir? —El miedo a haber hecho algo mal duplicó su ritmo cardíaco. La incertidumbre se apoderó de su voz. No sabía nada de hacer el amor y se preguntaba si él expresaría ahora su descontento con ella. Después de ser una decepción para su padre durante toda su vida, debería haber sabido que su marido también encontraría defectos en ella.

—No eráis virgen.

Sus palabras le dolieron como una bofetada. Se incorporó como un rayo, aferrando la manta contra sí.

—¡Claro que era virgen! ¿Por qué hacéis una acusación tan terrible? —jadeó—.

El rostro del lord se suavizó. Sin una palabra de respuesta, se bajó de la cama y ella contempló su cuerpo delgado y desnudo. Se inclinó, recogió su camisa del suelo y se la ofreció. Sin saber a qué se refería, ella aceptó la prenda y se la colocó por encima de la cabeza antes de cogerle la mano para unirse a él junto a la cama.

Calder apartó la cólcedra, indicando la cama donde ella se había tumbado debajo de él.

«Sábanas blancas como la nieve».

Katja tapó su boca con una mano, pero no antes de que se le

escapara un grito de horror. La mancha húmeda de su semilla era evidente, pero no había sangre. El pánico amenazó con robarle el juicio. ¿Cómo era posible que no hubiera sangre?

—Así es, mi señora. Como he dicho, ¿tenéis algo que queráis decirme? —Sus ojos se volvieron fríos.

—Os aseguro que no he estado con ningún hombre antes. Eres el primer hombre al que beso y mucho menos… —Katja encontró su voz. No terminó, sino que se limitó a señalar con un dedo tembloroso el punto del centro de la cama.

Calder se vistió mientras Katja se estremecía de horror. Era evidente que no le creía. ¿Qué le exigiría a su señor como satisfacción? ¿Qué le exigiría a ella?

—Sin sangre, no estoy seguro de cómo reaccionará vuestro padre. No quiero que os avergoncéis más. —Sus palabras eran tan informales como los movimientos que hacía para ceñir su tartán a las caderas.

—¿Qué has hecho con mi daga? —Un rayo de miedo la sacudió al considerar la respuesta del conde a su falta de virginidad. Sólo tardó un momento en decidirse. Llevó la mano a su pierna desnuda.

Su marido la miró tan inexpresivo como si le hubiera pedido la Piedra de Scone.

—Es mi sangre la que quiere, es mi sangre la que tendrá. —Inclinó la cabeza.

Calder recogió su puñal del revoltijo de faldas que había en el suelo. Entonces, después de colocar una pierna sobre la cólcedra, Katja contuvo un grito al hacerse un pequeño corte en la piel de la pantorrilla. La sangre brotó a la superficie y Katja la secó en la sábana húmeda. Luego se limpió la pierna y la cuchilla con agua del lavatorio de la mesa. Envolvió el corte con una tira de lino, envainó el arma y se la volvió a atar a la pierna.

—Vuestro honor está intacto. No mentiremos sobre que es mi sangre. —Le dirigió una mirada tensa, con los temblores de la conmoción aún resonando.

Un golpe en la puerta interrumpió cualquier discusión. La puerta se abrió de golpe y apareció una cabeza llena de cabellos grises. Katja reconoció a su antigua curandera.

—Venid, Morag.

La anciana se deslizó por la puerta, seguida por el perro de Katja. Morag inclinó la cabeza ante Calder y se encontró con la mirada de Katja antes de echar un vistazo a las sábanas manchadas. Una sonrisa se dibujó en su rostro mientras se dedicaba a la tarea de preparar los zurrones para el viaje.

—Morag. ¿Cómo es posible que llegara a mi lecho nupcial sin virginidad? —El miedo y la vergüenza chocaron en el pecho de Katja mientras luchaba por encontrar las palabras para formular una pregunta.

El calor inundó la parte superior de su cuerpo y agachó la cabeza para evitar unas palabras que no estaba segura de querer oír.

Con un silbido de aliento, su vieja curandera se encontró con la mirada de su protegida. La mirada interrogante que dirigió a las sábanas y de nuevo a ella fue inconfundible. Katja se levantó la camisa para que Morag pudiera verle la pierna vendada.

—Juro por mi vida que esta oveja llegó pura como el día en que nació. —La vieja bruja la miró con compasión antes de dirigir una mirada desafiante a MacGerry—. Es el montar a horcajadas lo que os quitó vuestra preciosa cabeza de doncella. Os advertí que podría haceros daño, pero sois demasiado terca para escuchar a la vieja Morag. —Se volvió hacia Katja—. No penséis que os han engañado, lord. Esta nunca se ha acercado a ningún hombre. Su padre amenazó de muerte a cualquier Sinclair que la tocara. Como herramienta de negociación, no toleraría la interferencia de ningún hombre. Cada pretendiente potencial ante el que la hizo trotar sólo se reunía con ella en el gran salón. Yo misma me aseguré de ello. —Señaló a Calder con un dedo huesudo y entrecerró los ojos—. Además, la mayoría de ellos eran tan viejos que no podían mantenerse en pie con la ayuda de un fuerte viento… si me entendéis. —Bufó. Se interpuso entre los dos, con los puños apoyados en las amplias caderas y los ojos endurecidos desafiando a MacGerry a discutir con ella.

Otra oleada de calor invadió a Katja y apartó la mirada de Morag y sus atrevidas palabras. Antes de que su mirada se posara en el suelo, vio que los labios de su marido se torcían en una

sonrisa.

* * *

Calder reconoció que había sido aventajado. En realidad, no le importaba si ella había tenido un amante en el pasado o si había, en efecto, otra explicación. Ahora era su esposa, y todo lo que hubiera ocurrido antes de aquel día permanecería en el pasado. Desde luego, él no había sido un santo, así que podía disculpar la indiscreción de Katja si es que había ocurrido. Su relación amorosa superó todas sus expectativas, y desde luego estuvo muy lejos del frío lecho que había temido. Mientras ella le fuera fiel, no preveía quejas.

—Os creo, señora. Sus reacciones incluso a las caricias más suaves eran las de una inocente, no las de una mujer que hubiera probado la pasión antes. Si era virgen o no al principio del día, no lo es ahora. Es mi esposa, y estoy muy satisfecho con ella. —Levantó las manos en señal de rendición.

—Mi preciosa oveja es una dama bien nacida y será una buena esposa para vosotros. Sólo os pido que la tratéis con la amabilidad que rara vez conoció aquí. —Morag movió una vez su cabeza gris, aparentemente apaciguada de que él no rechazara a su ama.

Calder luchó por no sonreír ante la corpulenta defensora de Katja, haciendo una breve reverencia con lo que esperaba que pareciese una expresión adecuadamente solemne.

—Llevaré esto al conde. Trae sólo lo que puedas llevar en vuestro caballo, Katja. El resto será traído en carreta con las provisiones y las ovejas dentro de unos días. Partiremos dentro de una hora. —Recogiendo la sábana manchada en una mano, se dirigió a la puerta.

El lord ofreció a su esposa una sonrisa de seguridad y luego salió de la habitación. Una vez más, Calder se preguntó en qué demonios se había metido.

* * *

Katja terminó de preparar sus escasas posesiones mientras Morag se marchaba a realizar otras tareas. Dieciocho años de vida metidos en un cofre mediano. El hecho le pareció liberador, aunque con un punto de amargura. Agraviada por no tener más que mostrar por tanto tiempo en este lugar. Sin embargo, no estar atada a posesiones -a diferencia del deseo de su señor de amasar riquezas- le dio la libertad de entrar en su nueva vida sin vacilar.

«Una nueva vida».

Reflexionó sobre las palabras. Hasta el momento, su marido había demostrado ser apuesto, bien hablado y amable. El lugar secreto de su corazón palpitaba. El acto en sí había sido doloroso, abrupto.

El calor floreció en su vientre al recordar sus manos sobre ella. Acariciándola, lamiéndola, tocándola. Dándole la bienvenida a una nueva estación con él. El calor subió por sus mejillas y se concentró en la tarea que tenía entre manos.

Un familiar cuadrado de lino yacía sobre la pila de ropa pulcramente doblada. Con bordes desgastados y campanillas desteñidas delicadamente bordadas en el centro, este trozo de lino y amor nunca dejaba de recordarle el tacto de los brazos de su madre sobre ella. La suave textura de la tela finamente tejida daba paso al hilo de seda en relieve de las flores.

Si cerraba los ojos y se concentraba, Katja podía imaginar el aroma de su madre en la tela. Después de diez años, su parte racional sabía que no quedaba ningún aroma. En cambio, la niña que llevaba dentro, que echaba desesperadamente de menos a su madre, que echaba de menos los brazos que una vez la abrazaron y los tiernos besos que le daban, seguía oliendo a campanillas.

Freki estaba tumbado cerca de la pequeña chimenea, con su enorme cabeza apoyada en sus grandes patas y unos ojos expresivos que seguían todos sus movimientos. Katja sonrió a la bestia.

—Hoy nos vamos para siempre, muchacho. Ahora tenemos un nuevo hogar, con nuevos lugares por descubrir. ¿Os habéis enterado? Voy a ser la nueva *lady* MacGerry. Creo que los MacGerry no estarán contentos de oír que la hija de Sinclair es su nueva señora. No les agradará en absoluto.

Freki gimió y movió ligeramente su cuerpo.

—Sí, y lo peor es que el hombre con el que me casé cree que llegué a nuestro lecho matrimonial sin ser casta. —Las palabras apuñalaron su corazón, dejando una dentellada tras de sí.

Cambiando su vestido por *trews*, túnica, botas altas y un jubón de cuero, Katja abrió la puerta para encontrar a Ranald y otro guardia esperando.

—¿Estáis lista, *lady* MacGerry?

La incertidumbre se desató en su interior al oír su nuevo título. Se preguntó cuánto tiempo pasaría hasta que comenzaran los cotilleos en su nuevo hogar sobre las circunstancias de su vergonzosa boda.

* * *

Ranald entró en la habitación y cogió las árguenas de Katja. Al ver la espada envainada en un rincón, la cogió también.

—Ahora sois *lady* MacGerry, pero puede que haya quien no vea con buenos ojos que la hija del conde esté por encima de ellos. Mantened vuestras armas a mano, *milady*. Recordad nuestras lecciones y mantened a Freki cerca.

Katja asintió. Sabía que el matrimonio y un acuerdo de paz no borrarían de la noche a la mañana casi cien años de luchas. Tal vez la riqueza y las tierras que ella traía podrían facilitar el camino, aunque sólo fuera un poco. Si la pérdida de la familia de Calder resultaba ser típica de todos los MacGerry, se iría a la cama cada noche con un puñal en la mano.

—Es un regalo de bodas de Terric. Dice que este nuevo diseño funcionará a la perfección, sustituyendo a la daga de vuestra nuca. —Ranald le entregó un pequeño paquete mientras salían del torreón.

Katja desenvolvió la áspera tela de cáñamo y encontró una pequeña daga en su interior. Al igual que otras que le había regalado el viejo herrero, la había diseñado para sus manos. Su diseño plano la hacía fácil de lanzar con precisión. El escudo de los Sinclair estaba tallado en el mango de hueso, y el lema de su clan, *«Encomendad vuestro trabajo a Dios»*, grabado en el otro

lado. Sacudió la cabeza ante la ironía de las palabras.

Todos los trabajos en torno a Ruadhcreag se encomendaban exclusivamente a su lord. El Todopoderoso no recibía nada. Sus incansables esfuerzos por dirigir la casa de su padre seguirían siendo siempre ingratos. Pronto ocuparía cualquier puesto que le esperara en tierras de los MacGerry. Otra incógnita más sobre la situación en la que se encontraba. ¿Cuál sería el alcance de sus deberes, de su autoridad? Esperaría a que su nuevo lord y marido se lo dijeran. Sacó el puñal que llevaba en la funda oculta en la nuca y lo sustituyó por el último regalo del herrero. El viejo puñal se unió a los otros que llevaba sobre las botas.

Patrik y Christer se reunieron con ella a las puertas del gran salón y le abrieron los brazos.

—Sed feliz, hermana. Os lo merecéis. —Patrik le dio un beso en la mejilla ilesa y la apretó suavemente.

—Sí, os lo merecéis. Ya es hora de que forméis vuestra propia familia. Espero convertirme en tío el próximo verano. Nos dará una excusa para venir de visita y saber que todos estáis bien. Si algo sucede, avisadme y acudiremos. Prometedme que nos escribiréis para contarnos cómo os va. —Christer la cogió por los hombros, asegurándose de que lo miraba.

—Os lo prometo. Yo también os deseo que seáis felices, aunque no sé cómo podréis serlo si os quedáis aquí. —Katja se sonrojó ante la idea de convertirse en madre, pero se emocionó ante la idea de tener a alguien que la cuidara y amara a cambio. Sonrió y asintió.

—Tendré un trabajo constante manteniendo a este idiota alejado de los problemas y de las chicas de la cocina. —Christer sujetó a Patrik por el cuello y le frotó la cabeza con los nudillos.

Sin duda era su intención. Sin embargo, le esperaba la despedida más difícil. Morag se reunió con ella delante de los establos retorciéndose las manos, con la angustia invadiendo sus facciones.

—*Milady*, ¿estáis segura de que no deseáis que os acompañe?

—No. Vuestro lugar está con Edeena y Ranald. Os necesitan, y los niños necesitan a su abuela. —El conflicto y las lágrimas de su vieja curandera tiraron del corazón de Katja.

—He cuidado de vosotros todos los días que habéis respirado. ¿Qué haré sin ti, mi corderito? —Morag la abrazó con fuerza mientras le hablaba con voz espesa.

—Estaré bien. Tenéis mucho en lo que ocuparos. —Katja forzó la confianza en su voz por lo que se vio obligada a contener las lágrimas que amenazaban con invadirla, sabiendo que una vez que cediera, no habría forma de detener el flujo.

Katja apartó la mirada para recuperar la compostura y tragó saliva. Notó que Calder comprobaba la montura de su caballo mientras se aseguraba las árguenas. Le dirigió una mirada tan compasiva que su corazón se detuvo. Rara vez había visto una expresión semejante en la gente de Ruadhcreag, y sólo ocasionalmente en sus hermanos. Nunca de un enemigo. Ya no sólo de un enemigo… sino de su marido enemigo.

Calder se acercó a su caballo y le quitó sus cosas a Ranald, compartiendo unas breves palabras que ella no pudo oír. Su nuevo marido aseguró sus pertenencias y luego le ofreció la mano a Katja. Con un último beso en la frágil mejilla de Morag, se acercó a él y aceptó su ofrecimiento, permitiéndole que la ayudara a subir a la silla de montar. Formando fila con el resto de los hombres MacGerry, se permitió una última mirada por encima del hombro. Aunque ansiaba librarse del miedo y el desprecio diarios que sufría por parte de su señor, Ruadhcreag era el único hogar que conocía. La pérdida y la nostalgia chocaban con el miedo a lo desconocido. Las lágrimas corrían por sus mejillas, pero las ahogó antes de que alguien se diera cuenta de su debilidad. Si iba a ser su amante, no podía permitir que esos hombres la consideraran cobarde. Había sido su enemiga durante demasiado tiempo.

Durante unos pocos segundos, un hombre MacGerry la miraba. Con cada mirada hirviente, Katja se refugiaba más en su interior, cubriéndose la cabeza con la capucha de su capa. Sospechaba que su lord y tal vez su dote eran lo único que les impedía dar rienda suelta a su ira. A pesar de ser la esposa de su lord, nunca dejaría de ser la hija de su adversario de toda la vida. Intentó ignorar el odio que desprendían. La hostilidad espesaba el aire a su alrededor, sofocándola hasta que se obligó a respirar despacio, protegiéndose de los que la rodeaban.

* * *

En cuanto le entregó la sábana ensangrentada al conde, Calder sintió deseos de alejarse de aquel repugnante hombre. Echando un último vistazo a la sábana, Calder volvió a preguntarse si su novia decía la verdad sobre su castidad. Cada palabra que pronunciaba, cada reacción que tenía al hacer el amor de él apoyaba su afirmación.

Incluso la explicación de su antigua curandera tenía sentido. Ya había oído antes esa advertencia en particular. ¿Cuántas veces había regañado su abuela a Torri por lo mismo? Por suerte, poseía el suficiente ingenio como para no darle más importancia. Como él decía, ya era cosa del pasado. No había que darle más vueltas. Seguirían adelante.

¿Pero hacia dónde?

El moratón que le había salido en la cara le recordaba su papel de cómplice. ¿Qué creerían los MacGerry de su nueva señora?

Había pasado menos de una hora desde que la tuvo en sus brazos, pero ver su esbelta figura vestida de hombre despertó su deseo. Suspiró. Necesitaría tiempo para que el dolor de su cuerpo y el de su corazón disminuyeran antes de que volvieran a unirse.

La llorosa despedida de la anciana le hizo sentir compasión. Sabía lo que significaba la pérdida. Katja no llevaría a nadie a su nuevo hogar. Nadie excepto su pequeña bestia, que permanecía obediente junto a su caballo. Los dos animales se olisqueaban y se daban codazos como viejos amigos. Fue entonces cuando Calder se dio cuenta de que, fuera donde fuera, los ojos del monstruo de color óxido no se apartaban de ella. Su mirada se hacía más intensa, su cuerpo más tenso cuanto más se alejaba de él. Incluso con su castrado mordisqueándole juguetonamente las orejas y el pelaje, la mirada de Freki nunca se apartó.

—Viajaremos hasta el anochecer, luego acamparemos y llegaremos a casa al mediodía del día siguiente. —Calder hizo un gesto para que se marcharan.

Con un gesto suyo, los hombres se agruparon alrededor de su montura, un jinete a cada lado. Dejaron espacio suficiente a su

perro para que corriera a su lado, mientras sus caballos sacudían la cabeza y golpeaban los cascos en señal de desconfianza hacia la gran bestia.

Llegaron a la cima de una colina y Calder vio a Katja secándose unas lágrimas mientras se giraba para echar una última mirada atrás. Su valor seguía impresionándole. Sospechaba que la mayoría de las mujeres que abandonaban su hogar para instalarse en un clan enemigo llorarían y se lamentarían sin cesar. Con un escalofrío, elevó una silenciosa plegaria de agradecimiento por la paciencia de Katja.

Calder observó a su novia y su ojo entrenado se dio cuenta de que estaba casi erizada de espadas. Contó los dos puñales que llevaba en el cinturón, los tres que llevaba en las botas y uno que había deslizado bajo la trenza de la nuca. Habría permanecido oculta si no la hubiera visto colocarla allí.

Por la forma en que la tela se amontonaba en su brazo izquierdo, sospechó que había una séptima en una vaina sujeta a su antebrazo. Si añadimos la espada atada al lomo de su caballo y el arco curvo en su funda de cuero, estaba mejor armada que él y sus hombres. Eso sin contar el gran montón de pieles y colmillos que llevaba a su lado. Si tenía las habilidades que había sugerido el capitán del Sinclair, con las armas que llevaba, no debía preocuparse por su seguridad en Fairetur.

CAPÍTULO 6

Los jinetes se detuvieron en Loch Beaggorm, en el límite de las tierras de MacGerry, para acampar antes del anochecer. Algunos cuidaban de los caballos mientras otros recogían leña para el fuego. Katja se afanaba en desensillar a su caballo.

—Es un caballo precioso. ¿Cómo se llama?

Los pequeños vellos de la nuca de Katja se erizaron al oír la voz de Calder detrás de ella.

—Sköndi, que significa «veloz» en *norn*. —Jugueteó con la cincha, demorándose en sus quehaceres, reacia a mostrar que su

unión -y las últimas horas en la silla de montar- la habían dejado dolorida. Insegura de poder caminar sin tambalearse como una borracha, se tomó su tiempo para permitir que la sensibilidad se aliviara. No quería avergonzarse dando a los hombres una razón para reírse de su incomodidad. Tampoco deseaba revelar sus defectos a su nuevo marido.

—Tengo hombres que cuidarán de vuestra montura, Katja. —Calder puso su mano sobre la de ella cuando ésta se acercó para quitar la silla de montar del lomo de Skündi.

—Gracias, lord, pero prefiero cuidar de mi propio caballo.

—Aceptasteis llamarme Calder. —Soltó un suspiro.

—A menos que recibamos visitas importantes, siempre seré Calder para vos.

—Sí, pero hacerlo delante de vuestros hombres sería de mala educación.

—A menos que recibamos visitas importantes, siempre seré Calder para vosotros. Como vuestro marido, me ocuparé de vuestras necesidades.

Katja asintió, aunque le suplicó con la mirada que cediera en este caso. Con una sonrisa, le apretó la mano y se dirigió hacia sus hombres. Se quedó sin aliento cuando el calor de su tacto y la calidez de su sonrisa le trajeron recuerdos de cuando hacían el amor, antes de que él consumara su unión. Su corazón se aceleró al preguntarse si él volvería a acercarse a ella esta noche. No estaba segura de poder soportar otro encuentro tan pronto. Las horas en la silla de montar no habían sido buenas para su tierna carne. A continuación, ató su caballo al de los demás y se acercó con cautela al grupo, consciente de las miradas resentidas que la acechaban. Su animosidad se hacía cada vez mayor, amenazando con ahogarla de nuevo. Extendió una manta de lana en el suelo fuera del círculo, cerca de un árbol caído. Había dejado a propósito su tartán de Sinclair y su alfiler en Ruadhcreag con Morag, segura de que tal recordatorio de su herencia no le haría ganarse los favores de su nuevo clan.

Freki permaneció a su lado mientras buscaba algo que hacer. Los hombres trabajaban en silencio, cada uno con una tarea prescrita, pero ella no tenía ningún trabajo asignado. Recogió

algunas ramas caídas y las colocó junto a las que ya yacían junto a la hoguera recién cavada.

Finn, el hombre al que conocía como el tío de Calder, le tendió trozos de pan y queso con una sonrisa y un brillo juguetón en los ojos. Aparte de Calder, era el único MacGerry del que no percibía sentimientos hostiles. Su aura azul y firme reflejaba su naturaleza relajada.

—Aquí tiene, *milady*. No es una gran comida, pero hará que no os suene la barriga.

Ella lo aceptó con un tímido gesto de agradecimiento. Finn regresó al fuego con su peculiar paso de piernas arqueadas. Katja se acomodó en un árbol caído, sin perder de vista a los que tenía delante. Freki le dio un codazo en la mano con mirada expectante. Detestaba estar sin su protección, aunque fuera unos minutos, pero él también necesitaba comer.

—Freki, *henta*. —Pasó el brazo por encima de su cuerpo y señaló en dirección al bosque. Con las orejas alerta, exploró la zona y olfateó el suelo antes de adentrarse en la oscuridad.

Todos los ojos le observaron alejarse.

—¿Qué le habéis mandado hacer, *milady*? —Finn expresó lo que todos claramente se preguntaban.

—Lo envié a cazar su cena. Volverá dentro de un rato. —Katja no levantó la vista por miedo a lo que vería ahora que su protector ya no estaba sentado a su lado. Sacó un puñal de su cinturón y lo utilizó para cortar el queso duro y reforzar su confianza. El tiempo que faltaba para el regreso de Freki parecía una eternidad.

Se dejó caer sobre la manta y se envolvió con la capa. Freki se acomodó a su lado con un resoplido de satisfacción. Ella se arrellanó contra su cuerpo cálido y su pelaje enjuto, sin más deseo que rendirse al sueño después de un día que le había cambiado la vida.

Lady Katja Sinclair ya no existía. Aunque nunca había sido feliz, al menos conocía su papel, conocía a los que la rodeaban y sabía lo que le depararía cada día. Ahora ocupaba su piel un extraño con el que apenas podía entenderse. En pocas horas, había experimentado la pasión en su máxima expresión y la humillación

en su máxima expresión. Y lo que es más importante, poseía un nuevo título, un nuevo marido y un nuevo clan.

Bastante ocupada con el remolino de pensamientos que se agolpaban en su mente, trató de no escuchar las conversaciones en torno al fuego. Oír en voz alta el desprecio que había observado e intuido durante todo el día no le atraía.

* * *

—¿Queréis invitar a vuestra nueva esposa a un poco del agua de la vida? —Finn le dio el odre de whisky a Calder mientras se sentaban junto al fuego.

—No. Dejadla dormir si puede. Ha lidiado con más de lo que una muchacha debería en un día.

—Sí, y sin una palabra de queja ni lágrimas. Nunca supe que un Sinclair fuera valiente sin la ventaja del número. Este parece tener una medida completa y algo más. Tal vez sus mujeres son más feroces que sus hombres.

Las risas retumbaban por lo bajo.

—Es muy bonita, aunque lleva más espadas que un calderero. ¿Creéis que sabe manejar un puñal? —Finn ladeó la cabeza.

Calder vio la picardía en los ojos de Finn ahora que había bebido más de un par de tragos del odre que se pasaban. Le gustaba apuntar a su sobrino favorito o a alguna otra pobre alma. A Calder no le importaban las burlas, pero no tenía intención de dejar que su novia sufriera más faltas de respeto, fueran o no de buen carácter.

—El hombre de Sinclair dice que sí. Dice que la entrenó junto con sus hermanos desde pequeños. Por lo que cuenta, también es buena con el arco, y ella misma entrenó al caballo y al perro.

—Hablando de su bruto peludo, parece que se ha puesto de vuestro lado de la manta, mi lord.

Siguieron más risas hasta que Calder les hizo un gesto para que se callasen. Tenía que admitir que verla tumbada y acurrucada junto a su enorme guardián le provocaba un poco de celos. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que ella deseara tumbarse a su lado

en busca de protección y calor?

—Lord, ¿qué hay de su cara? Era todo lo que podíamos hacer para contener nuestras lenguas cada vez que la mirábamos. Los muchachos y yo con gusto cabalgaremos de vuelta y le daremos una lección a ese bastardo. Sólo tenéis que ordenarlo.

Un lado de la boca de Calder se inclinó hacia arriba ante la oferta. A pesar de ser la hija del conde, una Sinclair, sus hombres estaban dispuestos a defenderla después de haber estado cerca de ella sólo un día. Era una buena señal. Por supuesto, Quinn siempre fue un poco terco.

—No será necesario. Recordad, acordamos la paz. Lo peor ya ha pasado. Nos esforzaremos por mostrarle cómo los verdaderos escoceses tratan a una muchacha, especialmente a una noble. Prefiero mirar al mañana, cuando presentemos a todos a la nueva *lady* MacGerry, y la razón por la que no moriremos de hambre este invierno.

Sus palabras hicieron reflexionar a todos. Los hombres asintieron con más de una mirada de agradecimiento dirigida hacia la forma ahora dormida de Katja. Aunque se alegraba de que estos hombres lo vieran como él, Calder dudaba que el resto del clan recibiera a su nueva esposa con la misma facilidad.

* * *

Katja se despertó cuando los primeros rayos de un nuevo amanecer rosaban el cielo. Estiró las piernas. El dolor que sentía entre ellas y en los muslos y las pantorrillas le recordaba las actividades del día anterior. Aunque no tan mal como el día anterior, sabía que otro medio día en la silla de montar no ayudaría. Sobresaltada, se dio cuenta de que sus compañeros ya estaban en pie, algunos preparando los caballos y otros levantando el campamento.

Una torta de avena y un odre de agua estaban sobre la manta a su lado. Mirándola como si nunca hubiera visto un *bannock* de avena, Katja trató de recordar a algún hombre que le hubiera traído la comida. Una extraña sensación se apoderó de su pecho cuando cogió la torta de avena aún caliente.

¿Cómo había podido dormir con los ruidos de su actividad? Había oído rumores de que los MacGerry se movían como sombras, sin hacer ruido ni dejar rastro en sus incursiones. Parecía que era más que un rumor. Con gestos de las manos y asentimientos, se movían juntos, utilizando sólo la comunicación silenciosa.

La hierba sin marcas y cargada de rocío junto a su manta declaraba que Calder había dormido en otro lugar. Aunque había elegido un lugar alejado de los hombres, se preguntaba si él descansaría con ella. Un destello de memoria se agitó en su vientre, recordándole el placer que él le había proporcionado antes de tomar el suyo. Tal vez ella podría ignorar el incómodo estiramiento y el ardor si él atendía primero a sus necesidades.

La idea la excitó y la avergonzó a la vez. ¿Cómo podía desear que la tocara después de pasar tan poco tiempo entre sus brazos? Privada de afecto desde que murió su abuela, tal vez él despertara un hambre de piel que ella no sabía que existía.

Los pensamientos de Katja se volvieron amargos. Con el acuerdo de paz firmemente en la mano, junto con su dote, ya no necesitaba preocuparse por una esposa mancillada. ¿Insistiría en que siguieran siendo extraños como sus padres, relacionándose sólo cuando fuera necesario? Un hombre tan guapo como él probablemente tenía una chica MacGerry cerca para saciar su lujuria. Ella ya no sería necesaria hasta que él quisiera un heredero. Sacudió la cabeza para despejarla de ideas tan oscuras y de la desesperación que amenazaba con abrumarla. No serviría de nada preocuparse por lo que pudiera pasar. Afrontaría cada día como viniera.

Katja se levantó, temblando de frío, notando que su aliento empañaba el aire. Se acercó rígida al estanque y se ocupó de sus necesidades matutinas, palpándose la piel sensible alrededor del ojo y la mejilla, preguntándose qué mal aspecto tenía.

—¿Qué aspecto tengo esta mañana, Freki? —Se giró, dándole una buena vista del lado izquierdo de su cara.

El animal ladeó la cabeza y gimoteó.

—Mal, ¿eh? Me lo temía.

Con un suspiro, decidió que no había nada que hacer. Se

presentaría al clan MacGerry con la marca del disgusto de su señor. Se colocó una camisa limpia y un vestido verde claro de lana gruesa antes de volver al campamento para doblar la manta y preparar el caballo. Cuando se acercó al grupo, volvieron las miradas duras, aunque cada hombre se tocó la frente con respeto. Inclinó la cabeza en respuesta, sin saber qué más hacer. Arrugó el ceño al preguntarse qué significarían esas dos acciones contradictorias. Un rojo turbio se mezclaba con un aura verde claro alrededor de los hombres. ¿Ira y aversión unidas a lástima por lo que tendría que afrontar como forastera? Katja levantó la barbilla y se dirigió a su caballo.

De nuevo, Calder estaba de pie, esperando para ayudarla a montar.

—¿Cómo habéis dormido, Katja?

El calor de su mano y el retumbar de su profunda voz la invitaron a rodearle el cuello con los brazos y darle uno de esos besos con los que había soñado la noche anterior. Un beso que, sin duda, él compartía libremente con otras muchachas, aunque aparentemente no veía razón alguna para regalárselos a su nueva esposa. La idea le revolvió el estómago, amenazando la torta de avena que había comido antes, y dejó pasar la idea de besarlo.

—Bien, mi lord… Calder, ¿y vos? —Su mirada se enredó con la de Calder, haciéndola sentir como una cierva atrapada por la mirada de un lobo hambriento. Su arrebato de ira se desvaneció mientras un cálido cosquilleo se extendía por su cuerpo, centrándose en el lugar más dolorido.

La atenta mirada del lord le recordaba a la de los hombres de su padre cuando observaban a las sirvientas. Su hambre desnuda hizo que un escalofrío recorriera su cuerpo. Su corazón latía con una cadencia lenta y espesa.

—Sí, bastante bien. —Le dirigió una mirada penetrante—. ¿Hoy no hay *trews*?

La pregunta la cogió por sorpresa. Inclinó la cabeza para estudiar sus facciones, asombrada por la cualidad juguetona evidente en su media sonrisa. El brillo de sus ojos.

—¿Estáis jugando conmigo?

—Sí, lo hago. A pesar de lo mucho que me gusta veros con

trews, hoy estáis muy bonita. No os enfadéis. El clan sabe que traigo a casa una novia Sinclair con una dote que les llenará la barriga a todos en este invierno. Esperarán su turno para besaros la mano en agradecimiento. —Sus labios se entreabrieron, mostrando una blanca dentadura.

—¿Incluso cuando descubran que soy la hija del conde? Katja arqueó una ceja.

—Deberíais saber que esta disputa no ha dejado indemne a ningún MacGerry. Todos han perdido a seres queridos. Pero todos saben que una hija no tiene nada que ver con las decisiones de su padre. Algunos pueden odiaros y mantenerse alejados de vosotros, pero el clan sabrá el sacrificio que hicisteis por ellos. Será un periodo de adaptación, pero sois su nueva señora. —El brillo alegre de los ojos de Calder se desvaneció un poco.

Katja dejó que sus palabras resonaran. Era como ella pensaba. Su clan perdió más de lo que jamás hubiera imaginado. Ciertamente, más que el suyo propio en términos de vidas. Sin embargo, el hombre debía estar loco si pensaba que harían cola para darle las gracias. Un vientre lleno y tierras fértiles eran un pobre intercambio por la vida de un padre o un hermano. Un pobre intercambio, de hecho. Aun así, no podía evitar estar agradecida por su respeto y cuidado. Dada su ausencia a su lado la noche anterior, se había preguntado cuáles eran sus intenciones.

—Si no os importa demasiado, preferiría no asumir el cargo de señora de inmediato. Creo que es mejor trabajar un poco entre las mujeres mientras aprendo sus costumbres y me gano su respeto. —Se preguntó si se enfadaría con ella por elegir un camino distinto al que él deseaba.

Calder le inclinó la barbilla con los dedos y le rozó el labio inferior con el pulgar. La áspera y suave yema rozó la sensible piel, haciendo que sus rodillas flaquearan y su respiración se entrecortara. Quería ronronear por la sensación y envolverse en él, aunque una parte de ella seguía desconfiando de sus intenciones.

—Sí, es una buena estrategia. Infiltrarse en el enemigo antes de tomar el control. Parece que tengo que estudiar vuestras tácticas. —Le guiñó un ojo, la subió a la silla y le dio un suave apretón en el trasero.

Katja se quedó boquiabierta. La forma provocativa en que le rozó los labios y la tocó, junto con la burla que hizo de su súplica, la dejaron sin aliento. A pesar del dolor, su cuerpo deseaba que la tocara de nuevo. Nunca se lo había pensado dos veces antes, pero una mirada y una caricia de éste la dejaron hambrienta.

«Ahora me pertenece».

El pensamiento resonó en su corazón con gran fuerza. Atrapada en el grupo de jinetes, se vio arrastrada por los hombres y los caballos con la misma seguridad con la que Calder arrastró sus emociones con sus caricias y sus juegos. Cuando la inmediata punzada de anhelo se calmó, se dio cuenta de que tendría que guardarse el corazón. No era difícil imaginarse a sí misma persiguiendo a aquel hombre como un niño persigue golosinas. Sin embargo, el peligro de otorgarle tal poder sobre ella se cernía como una auténtica amenaza. Se estremeció ante la desagradable idea de que un hombre pudiera controlar su corazón. No quería acabar como su madre, amando a un hombre que la trataba como a cualquier otra posesión. Una posesión despreciada, además.

Katja volvió su atención a la tierra, disfrutando de los colores otoñales mientras viajaban hacia el este. El fresco olor del cambio de estación flotaba en el aire. Sólo quedaban unas semanas antes de que la nieve anunciara la llegada del invierno. Pensó en todas las cosas que quedaban por hacer para preparar a Ruadhcreag para los duros días que se avecinaban. Sabiendo que los MacGerry no estaban tan preparados, se preguntó qué quedaba por hacer en Fairetur.

—Oh, mi esposa me recibirá con los brazos abiertos. —Un hombre pelirrojo que le habían presentado como Quinn se golpeó el pecho.

—Sólo porque necesita vuestra ayuda con las seis crías que le habéis dado —replicó Finn. Los hombres rugieron de agradecimiento.

Con cada tramo recorrido, los demás caballos y jinetes se mostraban más tranquilos pero ansiosos por llegar a casa. No se había dado cuenta de lo difíciles que habían sido para ellos los dos últimos días. Estar alojados tras las murallas de su enemigo, ampliamente superados en número, debía de ser angustioso.

Tras tragar una dosis de culpa, Katja se dio cuenta de que sus pensamientos se habían detenido egoístamente en sus propios problemas. El papel de señora exigía anteponer las necesidades de su nuevo clan a su propio malestar e incertidumbre. Dos cualidades que poseía en abundancia, y con razón.

* * *

Hacia el mediodía, se divisaba un torreón fortificado. Katja sintió una combinación de curiosidad y temor al ver la gran estructura rectangular con torres en dos esquinas en lo alto de la colina que dominaba el valle y el río cercano. Su altura y ubicación daban a los MacGerry la ventaja de ver kilómetros de colinas y valles desde todas las direcciones. Los muros que rodeaban la fortaleza no eran tan altos como los de Ruadhcreag, pero parecían gruesos y eficaces. Un único rastrillo y una robusta puerta de madera recubierta de hierro se interponían entre los habitantes del torreón y sus enemigos.

A medida que se acercaban, Katja observó que había muchas granjas vacías en diversos estados de deterioro. Incluso las ocupadas parecían estar en mal estado. Por cada campo cultivado que pasaban, al menos dos estaban en barbecho. Las pocas personas que trabajaban fuera saludaron con entusiasmo a su grupo y se apresuraron hacia el torreón. Había el doble de mujeres y niños que de hombres trabajando fuera. ¿Los hombres cazaban o trabajaban en otra parte?

El sonido de las gaitas se elevó desde el torreón, interpretando una emocionante canción de victoria. Cuando entraron por la puerta, una multitud los recibió en el patio. Vio a un anciano en lo alto de la escalinata, con una gaita en la mano, que llenaba el aire con la cadenciosa música del triunfo.

La multitud rodeó a Calder, metiéndolo en el torreón como un héroe conquistador, separándolo de ella y llevándoselo en una marea de emoción. Desconcertada ante la visión de tan alegre regreso a casa, pasaron unos minutos antes de que Katja se diera cuenta de que seguía montada y sola. Miró hacia abajo y vio a un muchacho de no más de doce años que la miraba con curiosidad y

un ojo nervioso puesto en su perro.

—¿Necesitáis ayuda, *milady*? —Habló despacio, como si le preocupara que fuera simple, mirándola a ella y de nuevo hacia su compañera.

—Se llama Freki. No os hará daño.

—Gracias por cuidar de mi caballo. —Se bajó de la silla, sonrió y puso las riendas en manos del muchacho. Frotó la nariz de Sköndi con cariño. Este la acarició con el hocico, y un ligero bufido le calentó el costado del cuello.

—Sí, *milady*. Lo trataré como si fuera su madre. —El muchacho sonrió ampliamente, mostrando sus torcidos dientes.

—Dadme la mano. ¿Cuál es vuestro nombre? —Katja le tendió la mano.

El muchacho puso tímidamente la mano en la suya. Freki se adelantó para olisquear los dedos del muchacho, y un rápido lametón con su lengua rosada borró la expresión preocupada del muchacho.

—Soy Jamie, *milady*. ¿Sois la nueva esposa del lord, *milady*?

—Sí Jamie, soy la nueva esposa del lord. Es un placer conoceros. —Le dio una palmadita en el hombro. Jamie apartó la mirada de Freki, con los ojos muy abiertos por la emoción.

—¡Es el perro más grande que he visto!

—¡Jamie! ¡Dejad de molestar a la señora y ocupaos de su caballo!

—Lo siento, *milady*, pero Jamie habla más de lo que trabaja. —Un anciano cojo hizo señas desde la entrada de los establos, se quitó el sombrero y se inclinó rígidamente. La preocupación iluminó sus ojos y volvió a inclinarse.

—No se moleste, señor. Sólo está siendo amable. ¿Y vuestro nombre? —Katja intentó tranquilizarlo con una pequeña sonrisa.

—Titus, *milady*. Como el de la Biblia. —Hizo una tercera reverencia.

—Es un placer conoceros. —Mirando a su alrededor, se dio cuenta de que quedaba poca gente en el patio y que las puertas de la sala se habían cerrado tras su marido y los regocijados MacGerry. Cogió sus árguenas y se dirigió a la puerta, con Freki a su lado. Pasó una mano por su áspero pelaje en señal de confianza

y abrió la puerta. Entró en la sala, el olor a comida y los sonidos de la celebración se elevaban a su alrededor. Una multitud rodeaba a Calder. Era más alto que los demás y ella reconoció al instante su cabello oscuro. Sintiéndose abandonada, se quedó atrás, insegura de su entorno y de lo que debía hacer. Al cabo de unos instantes, se reprendió a sí misma por su timidez. Era la hija de Elke Reginulfsdotter, descendiente de guerreros, entrenada para ser doncella escudera. Sin ella no habría celebración. Alisándose el vestido, se acercó a la multitud.

Con la cabeza alta, se acercó a Freki, que caminaba a su lado. Unas cuantas personas las vieron y la dejaron entrar en la multitud, dándole distancia suficiente para escoltarla. Katja se detuvo a unos metros de los hombres que estrechaban la mano de su marido y le daban palmadas en la espalda, esperando a que él la reconociera. Una mujer pechugona de cabello rojo oscuro se lanzó a los brazos de Calder.

—Calder, os he echado de menos. Mi cama ha estado fría sin vosotros. —Apretada contra él, con sus amplios pechos amenazando con salirse del bajo cuello de su vestido, le plantó un beso en la mejilla.

Katja se quedó estupefacta y las bolsas se le escaparon de los dedos. Sonaron unas carcajadas y la asquerosa muchacha lanzó una mirada cómplice a Katja mientras se frotaba contra el hombro de Calder.

—Cuando hayáis bebido hasta hartaros, me ocuparé de que os bañéis y de daros una buena bienvenida esta noche. —La mujer se volvió y reclamó los labios de Calder. Las miradas se clavaron en Katja, y esta vez no hubo risas tras las descaradas palabras de la mujer.

El segundo beso sacó a Katja de su sorpresa, encendiéndola de ira. Aunque Calder no parecía participar activamente, no hizo nada para apartar a la mujerzuela. Ya era bastante malo que la dejaran fuera como si fuera una carga innecesaria. Soportar ser deshonrada por la amante de su marido delante del clan era más que demasiado.

¿Cómo podía pensar que Calder era diferente a cualquier otro hombre que conociera? Los hombres podían encubrir sus

intenciones tras alguna que otra palabra bonita o alguna que otra acción amable, pero ella poseía la capacidad de ver que todos ellos se dejaban llevar por sus necesidades más bajas. En menos de dos días su marido demostró no ser diferente. Giró sobre sus talones y se dirigió de nuevo hacia la puerta. Una pequeña mano la interceptó, enroscándose alrededor de su brazo. Una muchacha unos años más joven que ella, de cabello castaño oscuro, la miraba con ojos de un azul intenso.

—Por favor, no dejéis que el estúpido de mi hermano os moleste. A Lorna le gusta montar una escena, fingiendo ser más de lo que es. Soy Torri, vuestra nueva hermana.

Katja vio al instante el parecido con Calder. Cepilló sus faldas en un esfuerzo por librarlas del polvo del viaje, tomándose un momento para calmar su ira. Una anciana de cabello blanco se acercó con una sonrisa de bienvenida. Unos ojos penetrantes la evaluaron de arriba abajo con un movimiento lento. Otro par de ojos azules MacGerry.

—Vos sois la nueva y bella esposa de mi tonto nieto. Soy Beitris. Debéis estar cansada y hambrienta de vuestros viajes. Venid. Pediré un baño mientras coméis.

Katja respiró hondo. No podía volver a montarse en Skündi y cabalgar de vuelta a Ruadhcreag. Sin otra opción, Katja les dio un brazo a cada una mientras subían las escaleras. Al detenerse en una puerta del cuarto piso, entraron en una gran habitación desprovista de decoración. Una pequeña mesa y sillas, una cama grande y dos cofres completaban el escaso mobiliario. Una pequeña puerta en un extremo de la habitación y una chimenea con una espada de arcilla bien gastada colgada sobre ella eran los únicos elementos destacables. Claramente, era la habitación de un hombre. Vio sus cosas sobre la cama.

—¿De quién es esta habitación? —preguntó Katja, sabiendo la respuesta más probable.

—Es la habitación del lord, ahora, *lady*… —Beitris esperó a que dijera el nombre, con el ceño fruncido.

—Por favor, perdonadme, señora. Mi nombre es Katja, y él es Freki. —Una oleada de vergüenza la invadió por hablar tan bruscamente.

—Por favor, ¿no hay otra habitación? No puedo quedarme aquí. El lord es un extraño para mí, y basándome en lo que he visto abajo, no me siento cómoda durmiendo aquí. —Hizo una reverencia a la anciana, que asintió con la cabeza.

—Como deseéis. —Beitris inclinó ligeramente la cabeza, con una extraña sonrisa en los labios.

Katja cogió sus árguenas y se retiraron a una modesta habitación. Con una cama de la mitad de tamaño que la del lord y dos sillas más pequeñas frente a la chimenea, se adaptaría a sus necesidades. Sólo las suyas.

* * *

Calder supo desde el momento en que Lorna le sorprendió que su intención era crear problemas. La inesperada bienvenida y los abrumadores elogios del clan le robaron la cordura el tiempo suficiente para olvidarse temporalmente de su novia. Lo alababan como a un héroe, pero en realidad Katja merecía su gratitud. La vio entrar en la sala.

El destello de ira iluminó a su nueva esposa como un faro en la costa cuando Lorna le besó. Era una cosa más que enmendar, una cosa más que reparar si querían tener un matrimonio de verdad y no sólo de nombre.

—Lorna, insultaste a mi esposa, vuestra señora. —Cogiendo a la alborotadora muchacha por los hombros, la apartó bruscamente de él. Dejó que sus palabras desahogaran la frustración reprimida de los dos últimos días. Todas las personas callaron ante su castigo, todos los ojos se centraron en él.

—No os sorprendáis si os pone en la picota u os azota por un acto tan presuntuoso. Sea cual sea su juicio, sabed que lo apoyaré. Dejaréis de tratarme con familiaridad y sólo usaréis mi título, si es que me habláis.

Calder nunca había reprendido a alguien tan a fondo, tan públicamente, pero su insulto lo exigía. Con el lío que ya había montado, no necesitaba la ayuda de nadie para empeorar las cosas. Necesitaba dar a conocer sus expectativas sobre cómo su gente trataría a su esposa. Se enfrentaría a cualquier falta de respeto con

rapidez y dureza.

Los ojos de Lorna llameaban furiosamente y luego se entrecerraban, con las facciones contraídas por el desafío. Mirando alrededor de la sala, estaba claro que todos esperaban su respuesta. Hizo una reverencia superficial y dio media vuelta, dirigiéndose a la cocina.

La celebración continuó, aunque notablemente contenida. Calder pasó una mano por su cabello, sintiendo el peso de los últimos dos días. Por suerte, Torri y su abuela habían interceptado a Katja y la habían acompañado arriba. Se ocuparían de sus necesidades y de que se instalara. Él sabía que ella no tendría ningún deseo de hablar con él en ese momento. Necesitaría tiempo para calmar su ira. Aunque sentía curiosidad por sus habilidades con la espada, no quería probarlas en sus propias carnes.

—Tomad, muchacho, algo para quitaros la suciedad del camino. —Alguien le puso una taza alta en la mano.

Calder percibió un brillo familiar en los ojos de su tío: el brillo del «os lo dije». Aceptó la cerveza y se dirigió a su lugar en el tablero alto, con Finn y Robbie a su lado.

—Adelante, decidlo. —Calder exhaló un suspiro. Bebió hondo para protegerse de la burlona regañina que pedía ser soltada.

—¿Que os diga qué? ¿Que os lo advertí? ¿Qué vuestra amante es una zorra astuta? ¿Que os estáis quedando sin formas de ofender a vuestra novia después de sólo dos días? No, eso sería demasiado cruel. Sería como patear a un cachorro indefenso. —Finn soltó una carcajada dentro de la jarra que ahora tenía en los labios, y el eco hizo que su risa fuera más irritante.

Calder sacudió la cabeza cuando Robbie se le unió.

—Es muy bonita, lo reconozco. Tal vez eligió al hermano equivocado. —Robbie le dio una palmada en la espalda, riendo junto con Finn.

—Dadme una incursión y sé cómo planearla sin que me pillen. Dadme una espada y un enemigo, y encontraré la forma de ganar. Dadme una hembra furiosa y estaré tan perdido como un barco en la niebla. —Calder bebió otro largo trago antes de soltar un suspiro de exasperación.

—No dudéis de que Beitris y Torri están allí arriba calmando sus alborotadas plumas y contando historias de vuestra grandeza. —Finn soltó una carcajada antes de volver a llenar las tazas de ambos.

—No lo dudéis. Si veis una cabecita rubia cabalgando hacia el oeste, sabréis que mi bella esposa eligió al canalla de su padre antes que a su tres veces maldito marido. —Calder gruñó, con el rostro entre las manos.

CAPÍTULO 7

—Entonces, ahora que sois un hombre rico, ¿cuáles son vuestros planes? —Robbie le dio una palmada en el hombro a Calder.

—Sinclair dice que las 336 hectáreas tienen 30 pequeñas granjas en buenas condiciones y listos para el invierno. —Contento por la interrupción de sus sombríos pensamientos, Calder se permitió una sonrisa torcida.

—Sí, es cierto. Hemos asaltado la zona con suficiente frecuencia como para saber que están bien cuidados. Sin embargo, la tierra no se trabaja sola. Necesitamos el doble de manos de las que tenemos para atenderla adecuadamente. —Finn frotó una de sus orejas.

—Pensé en contactar a MacCairn sobre un acuerdo de arrendamiento. Su explotación está principalmente en un pantano, y siguen criando muchachos. Necesitamos más hombres, mientras que a ellos les faltan mujeres y tierras decentes. Nuestras jóvenes viudas necesitan maridos que las cuiden a ellas y a sus hijos. Quizá se pueda llegar a un acuerdo que nos beneficie a todos.

—Me gusta lo que pensáis, lord. Es un buen plan. ¿Quién es el MacCairn ahora? —Finn asintió.

—Broc MacCairn es lord. Su padre murió hace unos meses cuando él y sus hombres se toparon con asaltantes en las afueras de Hacraig. No he hablado con él últimamente, pero lo conozco como un hombre justo y honesto.

—Los asaltantes se están volviendo demasiado audaces. Uno pensaría que el hombre del rey ya estaría involucrado. —Finn agachó la cabeza, acariciándose la barba gris que le cubría la mandíbula.

—Han sido muy hábiles. Nadie sabe dónde están, pero con tantas partidas de exploradores que han ido a cazarlos, están bien escondidos. Sospecho que en las profundas cañadas al suroeste de Hacraig, cerca del lago.

—¿Qué haréis con Lorna? —No había duda de la burla en la pregunta de Finn. Calder se estremeció ante el cambio de tema de su tío.

—Insistiré en que sea una de las primeras esposas de un MacCairn. Sabe cocinar y limpiar y le gusta jugar en la cama. Será una esposa decente si un hombre puede mantener su interés. Cuanto antes salga del torreón, mejor.

—No olvidéis a los MacFies. —Robbie intervino.

—Sí. Diez familias y cinco hombres solteros han acordado unirse a nosotros y deberían llegar en los próximos días. Los cinco aceptaron vivir en el torreón como hombres de armas hasta que tomen esposas. Doblaremos nuestro número y posesiones en quince días, con suficiente dinero y provisiones para empezar de nuevo en primavera. Aunque resuelve nuestro problema inmediato, no es lo mismo que nuestra propia parentela.

—No dejéis que vuestra mente cuestione estas decisiones, muchacho. Has hecho lo que tenías que hacer para nuestra supervivencia. Aquellos que no pueden ver la sabiduría de esto, entrarán en razón o no. Podréis descansar por la noche sabiendo que habéis hecho todos lo que habéis podido. —Finn se recostó en su silla.

—Papá estaría orgulloso de lo que habéis conseguido en tan poco tiempo, hermano. —La respuesta de Robbie sonó sincera.

Calder sonrió y rodeó los hombros de Robbie con un brazo. A pesar de sus constantes burlas, Robbie parecía pensar que su hermano mayor no podía equivocarse. Torri y él eran todos los que le quedaban. Excepto su mujer, *su esposa*.

Había pospuesto ir a verla las últimas dos horas. Era hora de buscarla y explicarse. No es que pudiera pensar en una explicación

razonable para dejarla fuera, sólo para ser insultado por su amante cuando se unió a ellos. Sólo podía esperar que ella le diera la oportunidad de disculparse antes de desenvainar una espada. Prefería morir con la conciencia tranquila.

* * *

Un baño y una comida sonaban como la manera perfecta de calmar su tormenta interior. Cuando Katja entró en la habitación, Torri se sintió como en casa y se tumbó panza abajo en la cama. Beitris habló con una mujer que se apresuró a marcharse y regresó rápidamente con una bandeja de pan, queso y sidra.

—¿Qué os ha pasado en el ojo? —La pregunta de Torri tenía todos los matices de la juventud.

Katja torció los labios, entre sonriente y malhumorada, al recordar el encuentro con el ogro al que llamaba padre. Si el destino le sonreía, sería la última vez que viera a aquel desgraciado.

—Le dije algo a mi señor que le disgustó.

—¿Y os golpeó por ello? *Mi* padre siempre decía que un hombre no debe pegar a una mujer. Debe haber sido algo horrible lo que dijisteis. —Los ojos de Torri se agrandaron.

—Vuestro padre tenía razón. Mi padre no es un buen hombre. —Esta vez la boca de Katja esbozó una sonrisa y rápidamente cambió de tema—. ¿Cuántos años tenéis, Torri?

La muchacha se levantó de su posición boca abajo y se acercó a las sillas donde estaban sentadas Katja y Beitris.

—Trece. ¿Y vosotras? —Desató el cordón de cuero que sujetaba la trenza de Katja y peinó con los dedos la espesa cabellera rubia.

—Yo tengo dieciocho desde el mes pasado. —Katja cogió un trozo de pan e inclinó la cabeza hacia atrás, disfrutando del suave contacto. Con tres hermanos mayores, siempre había deseado tener una hermana. Mientras masticaba, Katja observó el rostro arrugado de Beitris. Tenía las manos cruzadas sobre el regazo, los dedos nudosos e hinchados. La cinta de color azufre que la rodeaba hablaba de su dolor. Aunque su cuerpo parecía

demacrado, sus ojos reflejaban inteligencia y bondad.

Beitris sorprendió a Katja mirándose las manos y las escondió entre los pliegues de su falda.

—¿Os duelen mucho? —La voz de Katja se suavizó.

—Sobre todo al final del día y antes de una tormenta. —Beitris se removió en la silla.

—Lo siento. —A Katja se le encogió el corazón de compasión por aquella mujer mayor que le recordaba tanto a su abuela.

—El dolor me recuerda que aún estoy en el lado correcto del césped. —Beitris hizo un gesto de despedida y le guiñó un ojo mientras su rostro se iluminaba—. Ahora contadme cómo habéis llegado a ser mi nieta más reciente.

Katja respiró hondo y contó todos los detalles, omitiendo la consumación para proteger los inocentes oídos de Torri. Cuando mencionó los intentos anteriores de su señor de casarla, la muchacha frunció el ceño.

—Cuando sea mayor de edad, mi hermano no me obligará a casarme con un hombre tan viejo como para ser mi abuelo. —Torri cruzó los brazos sobre el pecho y levantó la barbilla.

—Estoy segura de que vuestros hermanos complacerán todos vuestros deseos, Torri. —Katja y Beitris compartieron una mirada risueña.

«Como lo harían los míos, si el conde no fuera tan espantoso».

Las criadas interrumpieron, llevando una tina de madera y cubos de agua. La respiración de Katja se entrecortó. Sabía que bañarse en los castillos no era un asunto solitario. En Ruadhcreag, todos la dejaban en paz, incluso cuando se lavaba. Nadie la trataba con hostilidad, excepto su señor, pero su desagrado hacia ella significaba que la mayoría evitaba el contacto con ella como si no existiera. Tener gente en la habitación mientras se bañaba le producía una sensación de incomodidad. Cuando quedó claro que Torri y Beitris tenían intención de ayudarla, aplacó su incomodidad y se desnudó rápidamente.

Los ojos de ambas mujeres se abrieron de par en par cuando se quitó el puñal del antebrazo izquierdo, el que llevaba atado a la

pantorrilla, el del cinturón y, por último, el de la nuca.

«Si cuatro espadas les impresionan, menos mal que no llevo botas y *trews*, que duplican el número».

Katja esbozó una sonrisa, se encogió de hombros y se metió en el agua caliente de la bañera.

—Reclinaos y os ayudaré. Tenéis un cabello precioso, *milady*. Es como hebras del sol más brillante. —Las manos de Torri recogieron su cabello y lo mojaron.

—Pensé que éramos hermanas. —Katja reprendió suavemente.

—Sí.

—Si es así, deberíais llamarme Katja.

El placer de los dedos de Torri masajeando su cuero cabelludo y el relajante aroma del jabón perfumado aliviaron la tensión que se acumulaba en sus hombros. No se había dado cuenta de lo tensos que estaban sus músculos por la tensión de los dos últimos días. Con un suspiro, se relajó y abandonó las preocupaciones que la atormentaban. Finalmente, el agua se enfrió y salió de la bañera.

—¿Vuestro perro siempre se queda con vosotros? —Torri miró de reojo a Freki.

—Sí, siempre. —Katja asintió.

—No estoy segura de que mi hermano le permita dormir en el pasillo. El resto de los perros se quedan abajo. —Torri envolvió el jabón en su paño de lino y lo dejó a un lado.

—Freki tiene buenos modales. Duerme donde yo duermo.

Si Calder insistía, también dormiría debajo de las escaleras. Por lo que había pasado en el pasillo, dudaba que le importara dónde durmiera. Reprimió el destello de ira que amenazaba con deshacer lo bueno que su baño había logrado. Su piel se erizó. Incluso con el fuego ardiendo en el hogar, la habitación seguía estando fría. El mal estado de las contraventanas permitía la entrada del fresco aire otoñal. Torri le tendió un paño para secarse y luego una cálida toga de lana. Beitris la estudió, con una sonrisa reconfortante en el rostro. Las mejillas de Katja se encendieron ante el escrutinio.

—Todo el mundo habla de que vuestra dote nos salvará. Que

tendremos mucho oro, ovejas y grano. ¿Es cierto? —Torri la miró expectante.

—¡Torri! No es una pregunta educada. —Beitris enarcó una ceja, enviando a su nieta una mirada de desaprobación.

—No tiene importancia. Mi dote incluye muchas hectáreas de tierra fértil con granjas, así como una buena cantidad de oro. No sé nada de grano ni de ovejas. Vuestro hermano y mi señor conocen esa parte del acuerdo, no yo. —Katja controló cuidadosamente el ceño fruncido.

El recuerdo de no ser más que una esposa no deseada con una pequeña fortuna le irritó. Envió una silenciosa plegaria de agradecimiento a su difunta abuela por mantener sus tierras fuera del alcance de su señor. Sin su generosidad y previsión, ¿quién sabía dónde estaría hoy?

—Venid, Torri, dejemos que Katja descanse. —Beitris hizo un gesto a su nieta para que la siguiera—. La campana para la cena sonará justo antes del anochecer. Os esperaremos al pie de la escalera.

Katja asintió, ofreciendo la mejor sonrisa que pudo reunir ante la idea de acercarse a las personas que habían presenciado la anterior falta de respeto de Lorna.

—No os preocupéis, muchachas. Todos saldrán bien. Hacía tiempo que necesitábamos una dama por aquí. Yo soy demasiado vieja para la tarea, y Torri es demasiado joven y terca. Recordad, los hombres son criaturas tontas y a menudo hacen cosas estúpidas. Está en su naturaleza. No seáis demasiado dura con el muchacho cuando venga a suplicaros perdón. —Beitris le dio una palmadita en la mano. Su risita se escapó por encima del hombro mientras ella y Torri salían de la habitación.

Por su parte, Katja dejó caer la barra al otro lado de la puerta y se acomodó para descansar en la cama bajo unas mantas finas y gastadas. Freki se acurrucó a su lado.

¿Pedir perdón? Ningún hombre le había pedido perdón. No, eso no era cierto. Calder le pidió perdón por su participación en su vergonzosa boda. El doloroso recuerdo le produjo un escalofrío.

Además, se había disculpado por no poder proporcionarle el consuelo al que ella estaba acostumbrada. Resopló ante esa idea,

aguzando los oídos de Freki. Aunque no era una gran estructura, Fairetur podía ser un buen hogar. Por lo que había visto hasta ahora, sólo necesitaba algunas reparaciones y el toque de una mujer.

¿Le perdonaría si se lo pidiera, como sugirió Beitris? Un suspiro después, se dio cuenta de que sí. No estaba en su naturaleza guardar rencor. Sin embargo, el perdón no era sinónimo de confianza. La situación le proporcionaba una excusa perfecta para mantener las distancias con el hombre que derretía sus defensas con una sonrisa o el más leve roce. No podía permitirse ser tan vulnerable. No quería acabar como su madre, apegada emocionalmente a un marido que sólo la buscaba cuando deseaba su propio placer, sin que pareciera importarle si vivía o moría. Era demasiado peligroso. Aunque, si alejaba a su marido, probablemente él buscaría consuelo en aquella zorra de abultados pechos.

—No me importa, Freki. Puede acostarse con la moza hasta que cierren sus ojos. —Su voz se quebró, doblando su declaración en una respiración aguda.

Freki le pasó la lengua por la mejilla.

Un dolor opresivo se centró en su pecho al imaginar a Calder acostado con la ramera pelirroja. Se enjugó una lágrima perdida. Envolviéndose con los brazos, se negó a reconocer sus sentimientos al respecto. Se ocuparía de mantener y cuidar las relaciones con su nueva hermana y su abuela. Ella y Freki tenían nuevas tierras que cazar y explorar sin ningún tormento que le dijera lo que podía o no podía hacer, ni que le dijera que era indigna. Sería una vida mejor que la que tenía antes, aunque su marido la mantuviera a distancia y algunos la vieran como el enemigo.

* * *

Calder se quedó mirando el final de la escalera y exhaló profundamente. Subía los tramos a diario para ir y volver de sus aposentos. Entonces, ¿por qué esta vez la subida le parecía más desalentadora que una caminata por Ben Morven? Por la nieve.

«Porque es probable que una chica bien armada quiera arrancarme alguna de mis partes más tiernas».

Respirando tranquilamente, se agarró a la barandilla de cuerda sujeta a la pared. Aunque estaba desgastada por décadas de uso, los nudos del grueso cáñamo le proporcionaban un agarre firme y familiar. Sólo los santos sabían que todo lo demás había cambiado considerablemente en su vida en los últimos quince días. Pensó en las palabras de Finn y por el momento tomó prestada la confianza de su tío.

Calder llamó silenciosamente a la puerta de su habitación. No hubo respuesta. Acercó una oreja al pesado roble, pero no oyó nada dentro. Respirando hondo, abrió la puerta, sólo para encontrar su habitación vacía excepto por su espada y su arco que yacían sobre su cama.

Curioso, cogió la espada.

La empuñadura tenía una serie de púas metálicas entrelazadas formadas para proteger la mano. Balanceó la hoja de un lado a otro, comprobando el equilibrio. El diseño ligero le sorprendió. La ranura central a lo largo de la hoja de doble filo se hundía más en el acero que ninguna otra que hubiera visto, lo que le quitaba gran parte del peso. Aunque un poco más estrecha y corta que su propia espada, era un arma formidable. Calder se maravilló de la artesanía hecha especialmente para una persona más pequeña, para Katja. Volvió a colocar el arma en su vaina y reanudó la búsqueda de su esposa. Con su espada y su arco en su poder, cuando la alcanzara, ella sólo tendría sus puñales.

De algún modo, ese conocimiento no le reconfortó mucho.

Al acercarse de nuevo a la escalera, oyó las voces de su hermana y su abuela. Las alcanzó en el segundo piso.

—¿Dónde habéis llevado a mi mujer? Vi sus cosas en nuestra habitación, pero no parece que haya estado allí.

—*Lady* MacGerry pidió su propia habitación. La pusimos en una de las habitaciones de invitados del tercer piso. —La respuesta de Beitris contenía un deje de alegría.

Torri se tapó la boca con una mano y soltó una risita mientras la pareja de alborotadores bajaba apresuradamente las escaleras.

Calder se restregó la cara con una mano. ¿Su propia

habitación? Sí, su novia seguía enfadada con él. Volvió al tercer piso y probó la primera puerta. Estaba vacía. La segunda resultó igual. Se detuvo ante la última puerta, la habitación contigua a la de Torri, e intentó de nuevo encontrar una explicación. ¡Cojones de cerdo! Ni siquiera él se creía las pobres excusas que le venían a la cabeza. No, había sido sincero con ella desde el principio. Seguiría como había empezado. Por difícil que fuera, juró decirle siempre la verdad.

—Katja. —Golpeó la puerta tentativamente con los nudillos.

Le respondió un gruñido sordo. Bueno, al menos la había encontrado. Pensando sólo en evitar una daga bien colocada, se había olvidado de su pequeño *Cù Sìth*.

Calder cuadró los hombros. Él era el MacGerry, y ella, su esposa. Prometió que no tendría a nadie más que a ella. Se encargaría de darle la bienvenida esta noche, asegurando su posición dentro del clan. Luego seguirían adelante juntos. Así de simple.

—Katja. —Llamó de nuevo, esta vez más fuerte.

En esta ocasión, hubo silencio.

—Katja. —Respirando hondo para contener su frustración, lo intentó una vez más.

—Sí. —La voz sonaba suave, distante.

—Abrid la puerta para que podamos hablar. —Mordió las palabras que cayeron más duras de lo que pretendía.

—Estaba durmiendo. ¿No podéis esperar hasta después de cenar?

Calder se pasó una mano por el cabello. Probablemente no había dormido bien anoche en el suelo después de un día tan enojoso. Sin duda necesitaba descansar. Y eso le dio a él un respiro por un par de horas más.

—Sí, descansad. Hablaremos esta noche. —Esperó una respuesta, pero sólo oyó silencio.

Bajó las escaleras hasta el estudio y escribió una misiva a MacCairn, pidiéndole su respuesta a un acuerdo de arrendamiento. Una vez terminada, encontró tiempo suficiente antes de la cena para comprobar cómo progresaban las reparaciones de la granja.

* * *

Katja se despertó con el sonido de una campana. Se incorporó, confusa por un momento, y echó un vistazo a la extraña habitación, con Freki a su lado. Los recuerdos pasaron por su mente. Estaba en su nuevo hogar. Pronto servirían la cena. Había decidido antes no evitar bajar esta noche. Era importante demostrar a su nuevo clan que un par de insultos no la desanimarían. Había soportado cosas mucho peores en Ruadhcreag. La fuerza de su herencia vikinga endureció su espina dorsal. Beitris y Torri la esperaban al pie de la escalera, y Katja encontró un poco más de valor en su compañía.

—Agachaos. —Katja se detuvo en la entrada de la sala y se volvió hacia Freki. Bajó la palma de la mano hacia el suelo. Entonces, Freki se puso boca abajo, con ojos suplicantes.

—No os preocupéis, querida. Os traeré algunas sobras. —Acarició su enorme cabeza y continuó hacia la multitud que se acomodaba en los bancos frente a las mesas de caballete.

Aunque estaba acostumbrada a ver mucha gente en su antiguo hogar, le sorprendió ver tan pocos hombres aquí. Los hombres mayores y los jóvenes superaban con creces a los que estaban en edad de luchar. La asombrosa imagen que tenía ante ella explicaba mejor que ninguna palabra su necesidad de poner fin a la disputa.

Cuando ella, Torri y Beitris entraron en la sala, las voces se apagaron. Un hombre bajó de un salto del estrado situada en la cabecera de la sala y se dirigió con paso seguro hacia ellos, con una sonrisa dibujada en el rostro. Katja reconoció inmediatamente a una versión más joven de Calder. Aunque no era tan alto como su marido, era un poco más musculoso. Se detuvo ante ellos e hizo una elegante reverencia.

—Soy Robbie, hermano de Calder y Torri, y ahora vuestro cuñado.

—Es un placer conoceros, Robbie. Soy Katja . . . Sinclair. —La sonrisa contagiosa de Robbie atrajo una breve sonrisa de ella.

El calor se apoderó de sus mejillas y se encontró disfrutando de su atención. ¿Qué tenían los hermanos MacGerry? Podían

arrancarle la corteza a un árbol.

Le cogió la mano y le dio un ligero beso en los nudillos. Su sonrisa desapareció y bajó la mirada. No recordaba que un hombre hubiera hecho algo así. Cuando volvió a mirarlo, sus ojos brillaban con un destello travieso que le recordó a su tío Finn.

Robbie le ofreció el brazo. Ella lo cogió con vacilación y le permitió que la acompañara hasta la mesa alta, donde estaba sentado el lord, inmerso en una discusión con el hombre mayor que había tocado la gaita durante su llegada.

Cuando Katja llegó a la mesa alta, Calder se levantó y tomó su mano desde la de Robbie. Consciente de que su sonrisa era tan enredosa como cualquier tela de araña, fijó su mirada en la pared que había detrás de él antes de hacer una profunda reverencia.

—Mi lord.

Calder apretó con fuerza su mano. Vaciló, en silencio, quizá esperando a que ella estableciera contacto visual. Katja se negó, manteniendo la mirada en un punto de la habitación, justo a la izquierda de su hombro. Con un breve suspiro, los giró hacia los presentes.

—Ella es mi esposa, Katja Sinclair, ahora *lady* MacGerry. Abandonó voluntariamente su hogar y su familia para casarse con el enemigo de su padre en aras de la paz. Ella es vuestra nueva señora y os pido que la tratéis con el mismo respeto con el que tratasteis a la última *lady* MacGerry, mi madre. Nadie elige el clan en el que nace, y todos saben que las hijas nada tienen que ver con las acciones de los hombres. —Miró alrededor de la sala y levantó su copa.

—¡*Lady* MacGerry! —Algunas voces murmuraron obedientemente.

La tibia respuesta no sorprendió a Katja. En todo caso, el número de hombres que levantaron sus tazas o tocaron sus bonetes fue inesperado. Sin embargo, predijo la animosidad que se arremolinaba en torno a muchos de los reunidos en las mesas. El odio en la sala la rodeaba como un ser vivo. Fijó su atención en la comida, ignorando los duros colores que se agitaban a su alrededor. Las reacciones contradictorias del clan no parecieron pasar desapercibidas para Calder. Una vez sentados, se inclinó

hacia ella.

—Se adaptarán. A algunos les llevará tiempo. Cuando vean que sois una buena muchacha y que pensáis en su bienestar, se adaptarán.

Katja asintió bruscamente, manteniendo la mirada al frente. Calder le partió un trozo de pan oscuro y granulado y le llenó la taza. La escudilla de potaje que tenía ante ella parecía sencillo pero abundante. Con cada bocado, parecía rozarle deliberadamente el brazo o el hombro, o tocarle el muslo con el suyo. El aroma masculino y el calor que irradiaba su cuerpo le hicieron desear algo más que comida. Su consideración y proximidad la tentaron a deleitarse con la cercanía que él le ofrecía. No podía. Permanecería fuerte y mantendría su corazón a salvo.

—Ahora que habéis conseguido a vuestra novia, ¿a qué deberes os dedicaréis, hermano? —Robbie le guiñó un ojo desde su asiento a la derecha de Calder.

Katja se sintió aliviada cuando la atención de Calder se volvió hacia su hermano. La distracción le dio tiempo para refrenar sus revueltas emociones. Invocó el recuerdo del insulto anterior, saboreándolo, utilizándolo para alimentar su ira y endurecer su determinación.

—Tenemos que preparar otras pequeñas granjas para los MacFies que llegarán en los próximos días. ¿Y qué tiene planeado hacer mi hermanito al día siguiente? Seguro que ya os habéis hartado de hacer la paja mientras estábamos fuera. —El tono burlón de Calder llegó a sus oídos.

—Cook se ha quedado sin carne. He pensado en ir de caza. ¿Podéis disponer de alguien que me acompañe?

—No. Necesitamos todas las manos que tengamos para completar el trabajo antes de que llegue la nieve. Si la despensa no estuviera vacía, os pondría a trabajar, con todo y vuestras escasas habilidades.

Distraída por el hombre que estaba a su lado, Katja se dio cuenta por primera vez de que no había carne en la mesa, ni siquiera en la mesa donde estaba sentada. De hecho, la comida servida en las mesas baja y alta era la misma. El personal de cocina de su antigua casa siempre había preparado carnes selectas

y manjares para su señor y los invitados que éste había recibido. Los que estaban por debajo de la sal comían bien, pero sus mesas carecían de los extravagantes bocados y manjares que se preparaban para el conde.

—Iré con vosotros, Robbie. A Freki y a mí nos gustaría conocer vuestras tierras y ayudaros con la caza. —Katja se encontró ansiosa por hacer algo en beneficio de su nuevo clan.

La cabeza de Calder se giró, con desaprobación en su rostro.

—Es una gran idea. Habéis pasado tiempo con Katja cuando volvíais de casa del conde, Calder. La abuela y Torri estuvieron con ella toda la tarde. Pasar la mañana cazando sería una forma agradable de conocer a mi nueva hermana. —Robbie lo ignoró.

Katja miró fijamente a su nuevo cuñado, preguntándose si le dolería la sonrisa que este mostraba. La joven temió que se hiciera daño al ver su rostro tan ensanchado por esta. Por la expresión de su marido, era muy posible que fuera él quien terminara dañándolo.

CAPÍTULO 8

Calder había sentido la presencia de Katja en cuanto entró en la sala. Se había percatado de la vigilia de Robbie, pero pensó que buscaba a la sirvienta con la que se había acostado los últimos quince días. Cuando Robbie cruzó la habitación a propósito, Calder supo que no tramaba nada bueno.

Sorprendido, observó las comisuras de los labios de Katja. Rara vez había sonreído desde que se conocieron, y maldita fuera si su hermano menor no le había arrancado una esta noche. Su sonrojo cuando el joven MacGerry se hizo el cortesano hizo que Calder cerrara los puños y se planteara quitarle la sonrisa de la cara a su hermano.

Para empeorar las cosas, su traviesa abuela le dirigió una sonrisa cómplice ante su mal disimulada reacción. Él frunció el ceño en respuesta. ¿Por qué Beitris no podía ser menos ingeniosa y un poco más adusta, como una respetable *cailleach*? Sonrió para sí

mientras Katja se sentaba lo más lejos posible en el banco, evitando el contacto físico y visual con él. Si creía que él le permitiría la misma fría distancia que presenció en el palacio del conde, pronto descubriría lo contrario. El clan MacGerry podía ser pequeño y pobre, pero nunca carecía de afecto y risas. Se estremeció al recordar las palabras de Christer sobre ella viviendo en el desprecio y el aislamiento.

La tocó a propósito mientras estaban sentados juntos, midiendo cada vez su reacción. Estaba claro que esas atenciones la inquietaban, la hacían sonrojarse y estremecerse. Aunque ella no sabía qué pensar de sus caricias casuales, el lord recordó que había disfrutado de su relación amorosa hasta que él se precipitó y luego arruinó el momento con sospechas. Si había podido arrancarle tanta pasión en su primera vez juntos, tenían mucho que esperar cuando el invierno acortara los días y alargara las noches.

Absorto en la dirección carnal que le llevaban sus pensamientos, pasó por alto la diablura que instigó Robbie cuando mencionó la caza. Había contado lo que el hombre de Sinclair le había dicho sobre la habilidad de Katja para cazar tanto a Robbie como a Finn. Ahora su hermano utilizó el conocimiento para incitarlo de buena gana saltando sobre su oferta de ir de caza. Si decía que no, lo tacharía de tirano sin razón. Si decía que sí, le daba a Robbie la oportunidad de hacer más travesuras.

—La verdad es que necesitamos la carne si la despensa está vacía. Como tenemos paz con los Sinclair, no debería haber peligro si no viajáis muy lejos. Confieso que estoy ansioso por ver si mi nueva novia sabe cazar tan bien como se rumorea. —Esperó la reacción que sabía que se produciría. Y ella mordió el anzuelo.

—Me reuniré con vosotros en los establos antes del amanecer. Os sugiero que traigáis un caballo extra para llevar todos los animales que vayamos a cazar. —Enderezándose en su silla e inclinando la barbilla hacia arriba, se volvió hacia Robbie.

Los que la escuchaban se rieron de su jactancia. Calder le dio un suave apretón en el muslo por debajo de la mesa, haciéndola saltar. Por fin lo miró, y a Calder no le gustó el dolor que se escondía en sus ojos. El sentimiento de culpa volvió a asaltarle, pues sabía que él había sido el autor de la última herida. Se había

comprometido a no causarle dolor, a protegerla y cuidarla. Finn tenía razón. En dos breves días, había causado suficiente daño para toda una vida.

—Permitidme que os enseñe el torreón. —Cuando Katja se levantó de la mesa, Calder la siguió, ofreciéndole el brazo.

La joven vaciló y luego posó una mano en su brazo. La mueca y el suave tacto le indicaban que preferiría estar en cualquier sitio menos con él.

—Pensaba enseñaros primero el solar del lord. —Caminaron hasta la habitación situada justo detrás de la mesa alta. Abrió la puerta y esperó a que ella entrara en la oscura habitación. En el hogar quedaban las brasas de un fuego anterior, y ese penetrante aroma humeante llenaba el aire.

Calder cogió una vela y la acercó a los carbones encendidos. A continuación, encendió un candil sobre el desgastado escritorio de madera, cuya luz disipó la oscuridad en los rincones. Cuando se volvió, su bella esposa estaba de pie, con los pies separados a la altura de los hombros, los brazos cruzados frente al pecho y una expresión de hierro. Sólo necesitaba una espada flamígera para parecer una valquiria de leyenda.

«Santo Dios, ¡es magnífica!»

—Fue irreflexivo por mi parte dejaros hoy en vuestro caballo. No tenía una buena excusa. Me dejé llevar por el jolgorio y olvidé la razón por la que celebramos. Es a vosotros a quienes deberían haber animado, no a mí.

Las facciones de Katja se le suavizaron. Un suspiro después, su máscara de hierro volvió a su sitio.

—Vos sois el que volvisteis con una novia y una gran dote. Vos sois el héroe que salvó a los MacGerry de morir de hambre. Vos sois el que puso fin a la enemistad. Soy la esposa que no queríais. Ahora que me habéis tenido, podéis volver con vuestra puta mientras yo cuido de vuestra casa. Mi única petición es que no volváis a avergonzarme con ella delante del clan.

Cada palabra que le lanzaba contenía un grado de desolación que nunca antes había oído. Sintió que su estoica fachada era tan frágil como una capa de hielo en un lago. Un paso en falso lo hundiría en las profundidades heladas de su dolor. El dolor que tan

valientemente luchaba por ocultar se desprendía de ella como una fría lluvia invernal. Claramente subestimaba la gravedad de la herida causada por años de rencor de su padre y su propio comportamiento irreflexivo.

—Sois una novia no buscada. Os dije el día que nos casamos que estaba muy contento de teneros, con o sin vuestra dote. Admito que cometí un error al suponer que no erais virgen cuando os encontré sin virginidad. Vos misma os sorprendisteis al descubrirlo. —Calder se apoyó en el escritorio para estabilizarse y bajó hasta quedar a la altura de sus ojos. Inclinó la cabeza, esperando una respuesta.

Katja levantó la barbilla, pero permaneció en silencio.

—Es cierto que Lorna era mi amante, pero os prometí mi fidelidad. No tendré a nadie más en mi cama a partir de ahora. La reprendí frente al clan por su insulto, y sólo espero vuestra palabra sobre su castigo. Sugiero la picota, pero puedo conseguir un látigo o una vara si queréis que la azoten.

—No quiero que la castiguen. Quiero que se vaya del torreón. —Las fosas nasales de Katja se encendieron y sus brazos cayeron a los lados, empuñándose mientras descendían.

Calder juró que mantendría la calma incluso si ella le gritaba. Reflejando su expresión feroz, habló con voz lenta y calmada, ocultando la ira que amenazaba con aflorar. La ira contra Lorna por forzar esta discusión, y un poco contra Katja por no estar de acuerdo.

—Nadie os faltará al respeto de esa manera sin ser castigado. Haré que la echen a la primera oportunidad. Vosotros elegís el método, pero ella *será* disciplinada.

—No os tomaréis a bien que os diga cómo disciplinar a los hombres, ¿verdad? —Katja respiró hondo, aflojó los puños y se paseó dos veces por la habitación antes de detenerse.

—Sí. —Calder arqueó una ceja.

—¿Ahora soy la señora del torreón?

—Así es.

—El personal es mi responsabilidad a menos que me encontréis deficiente en el trabajo. Lorna está a mi cargo mientras permanezca. Si me rescatáis ahora, ¿cómo actuarán cuando

volváis? Seguiré según lo planeado y trabajaré entre ellos para ganarme su respeto. Si Lorna o cualquier otro me falta al respeto, trataré con ellos como crea conveniente, como haríais con vuestros hombres, ¿de acuerdo?

Calder cerró los ojos y reprimió su creciente ira. Ella tenía razón. Su interferencia corría el riesgo de socavar su autoridad, algo que él no podía hacer.

—Estaré de acuerdo, por ahora. No dudéis de que preguntaré sobre lo que ocurra. Si se acostumbra a insultaros, intervendré. Juré protegeros. Mantengo mi palabra.

Katja se relajó ligeramente, bajando el peso a los talones, pero con el semblante de una reina guerrera. Sus ojos grises brillaron.

—Puedo encargarme de esa bestia bovina. Sin embargo, si vuelve a insultarme, puede que no la reconozcáis la próxima vez que la veáis.

Calder ahogó la risa. ¿Estaba su esposa simplemente enfadada por el insulto de Lorna, o también detectaba un poco de celos?

—Actuad como mejor os parezca, sin mutilarla ni matarla. ¿Queréis continuar la visita? —Ofreció su brazo y una sonrisa, creyendo que la brecha entre ellos ya no se cernía como un abismo.

La muchacha exhaló y puso la mano sobre el brazo que él le ofrecía, como si aún no confiara en él. Calder frunció el ceño ante su reticencia. Fue entonces cuando se dio cuenta. No era sólo *él*. Katja no confiaba en los *hombres*.

Aparte de dos de sus hermanos y Ranald, cada vez que la había visto con hombres se mostraba incómoda. Desde su vergüenza cuando él y sus hombres se pararon cuando ella entró en el salón de su padre, hasta la forma en que Robbie la tomó desprevenida con sus galantes atenciones antes de la cena, las pocas veces que la había visto, siempre había parecido sentirse incómoda con los hombres. Dado cómo la maltrataba su padre, no era ningún misterio. Ahora Calder, como marido, pagaría por los pecados del bastardo de su padre. Con todo lo que su clan ganaba con su unión, ofrecerle paciencia mientras se ganaba su confianza

parecía un pequeño precio a pagar. Su recorrido terminó el cuarto suelo. Freki le siguió, con su nariz abriéndose paso entre ellos. Al empujar la puerta con un dintel ornamentalmente tallado, Calder levantó el candil para que ella pudiera ver el interior. Una gran sala semicircular con grandes sillas acolchadas y una mesa en el centro. En ella se encontraban los mejores muebles de todo Fairetur. Hablaban de una época más próspera antes de la contienda. Calder notó que Katja observaba lentamente los detalles y que sus labios se curvaban ligeramente hacia arriba.

—Está muy bien. ¿Qué es esta habitación?

—Es el solar de la señora. Es vuestra habitación, esposa.

Katja se volvió hacia el lord, con un destello de incredulidad en los ojos. Se acercó al asiento acolchado de la ventana.

—Las ventanas miran al sur y dan tanta luz y calor como ofrece el día. Mi hermana y mi abuela la usan de vez en cuando, pero casi siempre está vacía.

Mientras recorría lentamente la habitación, su mano tocaba todos los objetos. Las sillas, las mesas, los cofres, el telar… Nada escapó a su delicada mirada.

—Nunca había tenido una habitación como ésta. Es preciosa. Gracias.

En el rostro de Calder se dibujó una cálida aceptación de su gratitud. No le sorprendió saber que no tenía un lugar cómodo después de ver el exiguo espacio en el que vivía antes. La acompañó a la alcoba que ocupaba en el tercer piso. De pie junto a la puerta, la mujer desvió la mirada, con evidente malestar.

—Nunca me he acostado con una muchacha que no estuviera dispuesta y no empezaré a hacerlo con mi esposa. Vuestro legítimo lugar está en mi cama, en mis brazos, Katja. Entiendo que necesitéis tiempo para adaptaros, aunque no me agrade. Si me dejáis esperando mucho tiempo, me veré forzado a hacer una incursión a medianoche para robarme una bonita chica Sinclair. —Calder ocultó un suspiro.

Intentó utilizar un tono ligero y burlón, pero el hambre que sentía por ella le traicionó. Antes de que pudiera apartarse, se abalanzó sobre ella y la besó. Katja retrocedió, rígida contra sus labios, claramente agitada por los acontecimientos del día. Sin

embargo, Calder la siguió con la boca, sin atarla a él de ninguna otra forma. Al profundizar el beso, el deseo del lord encendió el hambre de su esposa, y sus manos se enroscaron alrededor de su cuello, estrechándolo contra sí. Calder le rodeó los hombros con un brazo mientras con el otro le acariciaba las nalgas, presionándola contra la erección que suplicaba ser saciada.

Para su sorpresa, Katja correspondió a sus hambrientos besos con fervor. Sin dejar de abrazarla, empujó la puerta y tiró de ella hacia el interior, cerrándola de una patada. Su boca abandonó la de ella para mordisquear y besar la tierna carne de su cuello. Cada suave mordisco le arrancaba un gemido o un suspiro. Cada sonido apasionado que Katja emitía avivaba aún más su lujuria. Le besó suavemente la mejilla y el ojo maltratados. Apartó el brazo de sus hombros y le acarició los pechos, estimulando los deliciosos pezones ocultos bajo la toga de lana. El olor a lavanda y el aroma intensamente suyo, tentaron su nariz.

Las manos de Katja tiraron con impaciencia de la correa y el cinturón de él. Un sonido de frustración se elevó mientras ella forcejeaba con su ropa. Calder sonrió y levantó los brazos, permitiéndole quitarse la túnica y tirarla a un lado. Se sintió satisfecho al saber que había despertado en ella una pasión tan voraz como la suya. Las yemas de sus dedos tocaron su pecho desnudo y él casi oyó el chisporroteo del calor de sus manos sobre su piel. Ambos se sobresaltaron cuando la fría nariz de Freki acarició su mano y luego la de él, asegurándose de que todos estuvieran bien. La mano de Katja abandonó el pecho de Calder el tiempo suficiente para asegurar a la bestia que el abrazo de su marido era bienvenido.

Apaciguada por Freki, Katja volvió a centrar su atención en su marido, imitando las acciones de Calder, mordiéndole y besándole el cuello, con la respiración rápida y entrecortada. Gimiendo ante su ardiente respuesta, él apartó la mano de su trasero y arrancó los cordones de su vestido. Soltando la prenda, la apartó a un lado, mientras sus febriles caricias se hacían cada vez más frenéticas. Levantó el dobladillo de su camisa y puso la mano sobre la piel satinada de su pierna.

—Oh, Calder.

—Sí, amor.

Su mano se deslizó por el muslo, acariciándolo y provocándolo, y luego se movió para desabrocharle la funda de la pantorrilla. Sus rodillas se doblaron una vez, amenazando con ceder. En ese momento, la cogió en brazos y la llevó a una silla frente a la chimenea. Las brasas de cerezo proyectaban un resplandor seductor, que realzaba el rubor rosado que teñía su piel de marfil. Al sentarla, le quito la camisa, dejándola gloriosamente desnuda ante sí.

Una certeza incomprensible se apoderó de él: nunca desearía a otra mujer como lo hacía con ella. Sonrió ante el grito de sorpresa de ella cuando sus dedos encontraron su objetivo. Suavemente, reanudó sus caricias, deleitándose cuando ella se relajó, dándole su confianza.

—Calder, ¿qué estáis haciendo? —susurró ella.

—Estoy demostrando mi valía como vuestro esposo, mi noble vikinga. —Le acarició el cuello, bajando, haciéndole cosquillas en el vientre con su corta barba.

—No debéis…

Un gemido interrumpió el resto de su respuesta cuando Calder acarició el bulto anidado entre sus pliegues. El aroma de su excitación llenó sus sentidos, estimulándolo. La respiración de Katja se entrecortó y un leve grito salió de sus labios. Calder se echó hacia atrás para admirar su obra. Su hermosa Katja yacía tendida sobre la silla como un felino exhausto. La tomó en sus brazos y la colocó sobre la alfombra frente a la chimenea. Se tumbó a su lado, acariciándola lentamente desde los pechos hasta la parte superior de los muslos. Sus ojos se abrieron y su mano se posó sobre su corazón, enredándose con el cabello de su pecho.

—Mmm. Sin duda la Iglesia llamaría a eso pecado.

—Sin duda, si nos molestáramos en preguntar. Sin embargo, lo que ocurre entre marido y mujer en su alcoba no es asunto de la iglesia. —Sonrió al oír su voz soñolienta.

El lord se inclinó hacia ella y la besó suavemente. Katja abrió inmediatamente la boca, tomando el control de forma perezosa. Con un movimiento sinuoso, frotó su pecho y sus caderas contra los de él, profundizando su beso.

—Montadme, Katja.

Una sonrisa apareció en sus labios mientras consideraba su petición. Colocó las manos en el pecho de su esposo y, con un leve toque, lo tumbó de espaldas sobre las pieles. Katja se elevó sobre él y se sentó a horcajadas sobre sus caderas, hundiéndose poco a poco hasta envolverlo por completo.

Colocando ambas manos sobre su pecho, se movió contra él, con su cabello cayendo en cascada sobre su torso. Lo que empezó como un ritmo pausado se convirtió en un ritmo endiablado. Calder se obligó a contenerse, mordiéndose el labio contra la tormenta que amenazaba con desatarse. Con los ojos muy abiertos, ella se convulsionó a su alrededor.

Calder explotó, la liberación más poderosa que jamás había conocido. Agotado, se desplomó contra la alfombra, Katja sobre su pecho, con el cuerpo tembloroso. La rodeó con sus brazos, con la intención de no soltarla nunca.

«¡Por Dios, casi me mata!»

Su feroz vikinga, su apasionada amante, su herida esposa, las tres unidas en una forma que le encendía con una sola mirada. Elevó una silenciosa plegaria de agradecimiento por la complicada mujer que tenía entre sus brazos. Mientras escuchaba su respiración agitada y el palpitar de sus corazones, se preguntó cuánto tiempo podría abrazarla antes de que ella lamentara sus actos y se retirara.

La acarició desde el hombro hasta la curva de la cadera, esperando que sus persistentes atenciones demostraran que su interés por ella iba mucho más allá de saciar su lujuria. Su respiración se normalizó y permaneció quieta. Se preguntó si su estado de serenidad se debía a que él seguía hundido en ella, a sus suaves caricias o al firme agarre que le daba con el otro brazo. Tal vez a los tres. No podía soportar abandonar su cuerpo, perder su calor o dejar de tocar el terciopelo de su piel.

—No quiero dejaros marchar. —Calder rozó sus cabellos con su cara.

—Debo levantarme temprano para la cacería. —Su voz era suave y dulce, y no hizo ademán de levantarse.

—Sí, y tengo que arreglar las pequeñas granjas. —Calder

tampoco tenía ganas de levantarse.

Finalmente, Calder hizo rodar a Katja a su lado, luego se levantó y la tomó en brazos. La llevó a la cama, retiró las mantas y la tumbó sobre las sábanas. Recogió su camisa y ella se la colocó rápidamente, cubriendo su desnudez. La envolvió con las mantas y le dio un suave beso en los labios.

—Dormid bien, *milady*.

Katja asintió con la cabeza, y en su rostro se reflejaron una serie de emociones que él no pudo leer.

Calder apagó el fuego, se vistió y entonces se marchó, profundamente saciado, pero insatisfecho.

CAPÍTULO 9

A la mañana siguiente, Katja se despertó más tarde de lo previsto. Los primeros rastros del amanecer se colaban por las rendijas de las desgastadas contraventanas de madera, las mismas que dejaban entrar el aire frío y cortante que ocupaba su habitación. Armada de valor, se apartó de la comodidad de la cama y de la gran bestia que la mantenía caliente. Se colocó los *trews*, la túnica, las botas y el jubón de cuero, se lavó la cara, recogió sus armas y bajó las escaleras con Freki pisándole los talones.

Al salir, vio a Robbie con sus caballos ya ensillados, junto con un tercero, como le habían pedido. De su montura colgaban un odre y una pequeña bolsa. Los primeros rayos de la mañana se colaban por detrás de los árboles y ella parpadeó, casi sin ver la manzana que Robbie le arrojó. Mordió la fruta y el dulce zumo se deslizó por su barbilla.

—Gracias. Perdonad mi tardanza. —Saludó a Robbie con la manzana a medio comer.

—No os preocupéis, querida hermana. Calder me advirtió que podríais dormir un poco más esta mañana. —El tono burlón de su voz hacía juego con el brillo de sus ojos.

Un escalofrío le subió por el cuello. Volteó en un arrebato de

vergüenza, montó en Skündi, haciendo señas a Freki para que la acompañara, y esperó las instrucciones de Robbie.

—Pensé que podríamos buscar un ciervo o dos. Los urogallos también abundan en esta época del año. Si tenemos tiempo suficiente, podríamos pasar por el río y ver si podemos sacar algunos salmones del agua. —Robbie se subió a su propio caballo.

—¿Sacarlos del agua?

—Seducidlos, atraedlos, hechizadlos. Si eso no funciona, usaremos esta presa. —Robbie guiñó un ojo y señaló un artilugio de estacas largas y redes tejidas atadas a la parte trasera de su caballo.

—Eres un bribón, Robbie MacGerry. —Las burlas de un hombre que no era su hermano la pusieron nerviosa. Suspiró.

«Será mejor que me acostumbre. Parece ser su pasatiempo favorito».

Robbie le recordaba a su hermano Patrik. Aunque Robbie era mayor que ella, era aún más desenvuelto y juguetón que su hermano pequeño. Era otro recordatorio de la poca alegría que existía tras los muros de Ruadhcreag.

* * *

—Katja, ¿estáis escuchando? —Varias horas después, la voz de Robbie la sacó de sus profundos pensamientos.

—Lo siento. Mi atención estaba en encontrar más presas que cazar. —Volvió bruscamente al presente, notando una expresión de preocupación en el rostro de Robbie.

Una ceja levantada y una sonrisa socarrona le dijeron que él no creía ni una palabra.

—Creo que lo hicimos lo suficientemente bien para un día con sólo nosotros dos y esa pequeña bestia.

Mirando por encima del hombro a su caballo de carga, estuvo de acuerdo en que lo habían hecho muy bien. Con un ciervo a lomos de cada caballo, cuatro manadas de liebres, varios urogallos, una veintena de salmones y truchas, agradeció en silencio que estuvieran a la altura de lo que había presumido en la cena de la noche anterior. A Katja le parecía admirable que

hubieran conseguido tanto, dado lo distraída que había estado.

Durante todo el día, su mente le dio vueltas a las palabras y acciones de la noche anterior. Se había reprendido más veces de las que podía contar por haber caído tan fácilmente en los brazos de Calder. Su piel se calentó y sus pechos volvieron a hormiguear al pensar en las libertades que le había permitido.

«¿Se lo permití? Casi se lo supliqué».

La noche anterior, al despertarse dos veces mientras dormía para alcanzar su lugar vacío en la cama, Katja supo que no era mejor que la puta desvergonzada que él mantenía a su alrededor para satisfacer sus necesidades. Un simple beso suyo la excitó como nunca antes. Después de vencer su escasa resistencia, podría haberle hecho cosas indescriptibles y ella lo habría agradecido. El calor recorrió su vientre. Le hizo cosas indescriptibles, y las había disfrutado demasiado. Y lo que era peor, su cuerpo traicionero ansiaba más.

—Es un buen hombre y será un buen marido y padre para vuestros hijos.

La voz retumbante de Robbie la sacudió de su autoflagelación. No se había dado cuenta de que se había acercado.

—Lo sé. Lo había entendido la primera vez que se unieron. Sin embargo, él seguía siendo un hombre, y ella sabía mejor que muchos que los hombres se dejaban dominar por sus instintos más groseros. Se odiaba a sí misma porque parecía que llevaba la maldición de su madre de enamorarse con demasiada facilidad de un hombre que no podía importarle tan profundamente.

—Debe ser un gran cambio casarse y asentarse en el corazón del territorio enemigo.

—Sí. —Katja reconoció el tono juguetón de Robbie. Le lanzó una rápida mirada, y luego dio un rodillazo a Skündi para que acelerara el paso.

Cuando llegaron a la cima de la siguiente colina, el pueblo se hizo visible.

—Yo digo que pasemos por la granja donde trabaja Calder para mostrar nuestra recompensa. Lo pondremos en su lugar después de los comentarios de anoche sobre vuestras habilidades. —Robbie claramente no podía perder la oportunidad de provocar a

su hermano mayor.

—No. No tenemos suficiente sol para esas tonterías. Los ciervos necesitan ser desollados y preparados mientras dure el día.

Los hombros de Robbie se alzaron en un exagerado suspiro, aunque la alegría de su rostro delataba su fingida decepción.

Entraron en la cocina por la puerta trasera, poniendo a los sorprendidos trabajadores en un alboroto con su recompensa. Katja fue rápidamente a su habitación y se puso una de las resistentes faldas de lana que llevaba cuando trabajaba. De vuelta a la cocina, cogió un cuchillo y se dispuso a destripar y deshuesar el pescado. El personal de cocina la observó atónito. Ante la mirada interrogante y silenciosa de Katja, los trabajadores se afanaron en sus tareas.

Con movimientos rápidos que denotaban años de experiencia, Katja limpió y echó el pescado en un cubo de salmuera. Mientras otros se ocupaban de los urogallos y los ciervos, ella se dedicó a despellejar y preparar las liebres, cuidando las pieles, pues sabía que proporcionarían calor y suavidad a las crías cuando cambiara el tiempo.

Katja miró a la mujer que le habían presentado como cocinera. Una mujer bajita y corpulenta de edad indeterminada, que mantenía ocupadas al resto de las mujeres de forma amable pero firme.

—¿Tenéis una cabaña?

—Sí. Justo detrás del pozo, *milady*.

—Por favor, encended el fuego. Este pescado debería estar listo para colgar una vez que las brasas estén calientes.

—Sí, *milady*. ¿Creéis que al lord le gustaría una morcilla? —La cocinera inclinó la cabeza, con una expresión de satisfacción en su rostro.

—Sí, lo creo. Hay que salar y ahumar todos los ciervos menos uno. Asad el ciervo esta noche, y lo que no se coma podéis usarlo para estofado en los próximos días.

—Es un buen plan, *milady*. Y es bueno volver a tener una señora. La madre del lord era una buena señora, pero no sabía cocinar como vosotros. —Una sonrisa adornó el rostro Cook.

Capas gemelas de amarillo y lavanda se entrelazaban

alrededor de la anciana, reflejando la feliz verdad de sus palabras, y Katja reconoció a su primera verdadera aliada, aparte de la familia inmediata con la que se había casado. Sus ojos se llenaron de lágrimas y una sensación de ardor le subió por la garganta. El simple agradecimiento no debería conmoverla tanto, pero lo hizo. Asintió, agachó la cabeza y siguió preparando la partida que tenía delante.

Horas más tarde, Katja inspeccionó la preparación de la cena con satisfacción. Había ignorado intencionadamente a la pelirroja Lorna durante toda la tarde, dejando que Cook dirigiera sus tareas. En verdad, mientras la relación de Calder con la mujer permaneciera en el pasado, no le molestaba, aunque sí se preguntaba por qué su marido parecía encontrarla deseable después de haber tenido a la fulana en su cama.

Sus esfuerzos por evitar a la antigua amante de Calder no resultaron fructíferos. Lorna llevaba un gran plato de venado asado al gran salón y chocó con Katja, derramando parte de la grasa caliente sobre su brazo. Katja siseó de dolor.

—Perdón, *milady*. La bandeja es muy pesada. —Lorna agachó la cabeza.

Aunque sus palabras tenían un aire de inocencia, las auras rojas y verdes de ira y resentimiento decían lo contrario. Katja asintió y se dirigió al otro lado de la cocina, donde había un cubo de agua fresca. Después de limpiarse la toga y el brazo lo mejor que pudo, se aplicó un ungüento para quemaduras en el lugar y esperó el regreso de la mujer.

A continuación, Lorna entró en la cocina y pasó por delante de Katja. Cogiendo un extremo de la trenza de la mujer, Katja la envolvió en su mano dos veces y dio un tirón a Lorna hasta que quedaron frente a frente.

—No me importa que os hayáis acostado con mi marido hasta cansaros antes de que llegara aquí. Sin embargo, no tendréis nada que ver con él a partir de ahora. Y si volvéis a tocarme, os golpearé yo misma hasta que vuestra propia madre no os conozca. —Soltando la trenza, Katja empujó a la mujer.

La expresión sorprendida de Lorna se transformó en rabia, y sus manos se aferraron a sus costados.

—Calder se cansará de vosotros muy pronto si el moratón de vuestro rostro sirve de señal. No sois más que piel y huesos. Volverá a buscarme cuando tenga un heredero y ya no necesite ensuciarse con una *siursach* de Sinclair.

Katja cerró el puño y la golpeó como Ranald le había enseñado, impactando la mandíbula de Lorna y haciendo que la odiosa bruja cayera al suelo sin gracia. Cook dio un paso y empujó el cuerpo inerte con un pie calzado.

—No os preocupéis, *milady*. La pondré a fregar retretes, alimentar cerdos y limpiar chimeneas hasta que aprenda a respetar.

—Si oigo otra palabra contra nuestra señora, podéis esperar el mismo trato, excepto que usaré una vara en lugar de mi puño. —Cook miró las caras de asombro de las otras mujeres, con las manos firmemente plantadas en sus anchas caderas.

—Volved al trabajo. La comida no se servirá sola. —Asintió con la cabeza y dio órdenes a los súbditos.

Katja sacudió el dolor de su mano, con una oleada de confianza que eclipsó el recuerdo de la ira de su señor si se atrevía a defenderse.

«¡Madre de Dios, eso duele! Pero se sentía tan bien».

Sin tiempo para cambiarse de ropa antes de la comida, se vistió con el vestido manchado por el trabajo de la tarde y el ataque de Lorna. Tal vez llegar a la cena con la evidencia del trabajo del día demostraría a los MacGerry que su nueva ama no era de las que exigían mimos ni evitaban el trabajo duro.

Los hombres se levantaron cuando ella entró en el salón. Katja se detuvo bruscamente, su recién adquirida confianza en sí misma se esfumó ante todos. Calder la cogió de la mano y la acomodó en el asiento a su lado.

—Robbie nos ha contado lo que ha pasado hoy en la cacería. Parece que Ranald no exageraba vuestras habilidades.

Katja dejó que sus labios se levantaran ligeramente al oír su elogio. Miró a Robbie, quien le guiñó un ojo con una sonrisa en la cara.

—Es tan precisa con su arco como nadie que haya visto. La única ventaja a mi favor era la distancia. Yo maté una cierva, pero fue Katja quien abatió al poderoso ciervo que teníais delante, con

un poco de ayuda de su cazador cuadrúpedo. Lo derribó con una flecha en el cuello, y la bestia hizo el resto. Juro que nunca he visto un ciervo caer tan duro. Freki también cazó la mayoría de las liebres.

Todos los presentes se quedaron mirándola. Los cumplidos y el escrutinio hicieron que se le cerrara la garganta, mientras algo parecido al miedo le recorría la columna vertebral. No podía respirar y sintió un dolor punzante en el pecho. Un deseo irrefrenable de huir de la sala se apoderó de ella.

—Bebe esto. —Calder le puso una copa de vino en la mano.

Katja bebió un largo trago y se concentró en contener la respiración, con la mirada baja, evitando las miradas de los que la rodeaban. Un momento después, lo que la había atenazado se desvaneció. Levantó la vista y vio la mirada evaluadora de Calder, con el ceño fruncido. Por alguna razón, se le metió en la cabeza que un ceño fruncido no era propio de un rostro tan apuesto, y, tontamente, deseó saber cómo hacerle sonreír.

—¿Estáis enferma? —La preocupación aumentó el tono de su voz.

—No, lo que sea que haya sido, ha pasado. —Katja volvió a respirar hondo, despejando el resto de su pánico. Siguió mirándolo por debajo de las pestañas. Aunque se tranquilizó un poco, los restos de un ceño fruncido mancharon sus facciones mientras él le ponía comida en el plato e indicaba a un sirviente que le rellenara la taza. Otro trago y una respiración tranquilizadora parecieron apaciguarlo.

—Sé que aún os estáis adaptando, pero Finn y yo tenemos que reunirnos con un pequeño clan al norte de vuestras tierras antes de que llegue el invierno. Ofreceremos acuerdos de arrendamiento al clan MacCairn. Gracias a vosotros, tenemos la tierra y los suministros para ello. Ahora necesitamos a la gente.

—¿He oído que otro grupo se unirá a nosotros? —Asintió con la cabeza.

—Sí. Los MacFies. Son un clan pobre que recientemente perdió a su lord por fiebre. El hombre no tenía heredero conocido. Su clan es pequeño y hay dudas sobre dónde recaerá el liderazgo. Algunos decidieron seguir adelante, y unos pocos tienen lazos aquí

a través del matrimonio. Como habéis visto, no tenemos suficientes hombres para cuidar los campos y mantener el ritmo de trabajo en el castillo.

Sin querer insultar la condición de su hogar, no respondió.

—Un carro con provisiones de vuestro padre llegará en los próximos días. El resto de vuestras posesiones estarán en el carro —continuó Calder.

Katja pensó en su ropa y en el puñado de libros que poseía. A excepción de dos joyas que su madre trajo al matrimonio, no poseía nada más. Incluso ésas pertenecían ahora a su marido.

—Robbie y Beitris cuidarán de vosotros. Avísales si necesitáis algo. Sólo estaremos fuera unos días.

—Esperaba pasar más tiempo demostrando mi valía como vuestro marido. Con la llegada del invierno, pronto tendré tiempo de sobra para mostraros todas las formas en que podemos darnos placer mutuamente. —Se acercó hasta que su pierna tocó la de Katja y le susurró al oído.

Las imágenes del juego amoroso de la noche anterior se agolparon en su mente, amenazando con robarle la cordura. La respiración de Katja se entrecortó y el calor se acumuló en su vientre. Antes de ceder al deseo de abrazarlo y exigirle que la llevara arriba y le mostrara lo que quería decir, saltó de su asiento.

—Me ocuparé de que Cook tenga comida y bebida preparadas para vuestro viaje, esposo.

Sin darle oportunidad de responder, se dirigió a la cocina como si quisiera huir del aura roja de lujuria que sabía que la envolvería, si tan solo se detuviera un momento para *ver*.

* * *

Calder pasó la mañana siguiente en la silla de montar, reflexionando sobre lo que le había ocurrido a Katja la noche anterior. Su precipitada retirada con el pretexto de preparar las provisiones para su partida fue bastante fácil de adivinar. Como atrapada por un fantasma invisible, había huido hacia la cocina. Había visto una expresión de miedo similar en los rostros de muchachos inexpertos la víspera de su primera batalla. Aunque más tarde ella le dio la bienvenida a su cama, los pensamientos de

su angustia anterior persistieron.

—¿Por qué tenéis el ceño fruncido esta mañana, mi lord? No es nuestro encuentro con los MacCairn. —Finn habló lo suficientemente bajo como para que los otros dos hombres no oyeran su pregunta.

Calder respondió con un gruñido.

—Un hombre con una cara como esa está loco por una muchacha. —Impasible, Finn insistió.

—¿Qué más, tío? —Calder le lanzó una mirada de frustración.

—Oh, noté que vuestra novia parecía un poco nerviosa anoche. ¿Sabéis por qué?

—No. Es parte del problema. Se puso pálida como un espectro y dejó de respirar por un momento. Me pregunté si había visto a una *Bean Sith*.

—Parecía bastante bien hasta que la atención de la gente se volvió hacia ella.

—¿Creéis que ese es el problema? —Calder se sobresaltó ante la observación.

—Lo creo. Normalmente está tranquila hasta que unos cuantos pares de ojos se fijan en ella. Creo que no está acostumbrada a llamar la atención.

Calder dejó que la información se asentara. Encajaba con el resto de lo que sabía, su desconfianza hacia los hombres, su incomodidad ante el contacto casual. Ahora podía añadir la angustia debida a la atención de una multitud. ¿Angustia? Diablos, lo que había presenciado era nada menos que terror. Casi había olido el miedo que desprendía. Dirigía una explotación más del doble de grande que Fairetur. ¿No habría estado rodeada de más gente de la que su sala podía presumir? Recordó cómo había pasado desapercibida en la sala de su padre cuando llegaron, y su reacción ante la muestra de respeto de los MacGerry. Era evidente que no estaba acostumbrada a tanta atención. Frotó la áspera cruz en su correa de cuero alrededor de su cuello y se preguntó cómo demonios podría ayudarla en esto. Como nueva señora del clan, sería objeto de constante observación y cotilleo.

No era la primera vez desde que se convirtió en lord que

deseaba poder pedir consejo a su padre. Los misterios que presentaba su esposa lo hacían doblemente cierto. Aparte de ocuparse de su cuidado y protección, no sabía nada sobre cómo mantener a una esposa. Bueno, aparte del tiempo que pasaban en la alcoba. Por lo que él sabía, ella podría estar embarazada de él.

«¡Santo Dios!»

Aún no se había acostumbrado a la idea de ser marido. La idea de convertirse en padre lo asustaba.

—Tranquilo, Armunn. —Relajó la postura, pues sin darse cuenta había tensado las riendas, haciendo que su caballo bailara ante su brusco manejo. La bestia se calmó y Calder se volvió hacia su tío.

—¿Cómo tratasteis a la tía Noreen cuando hizo algo que os molestó?

—Mi Noreen era una muchacha sensata. Cada vez que no le gustaba algo que yo hacía o decía, me lo hacía saber rápidamente. No dejaba que las cosas siguieran de esa manera. Sin embargo, fue criada en un hogar cariñoso por gente buena y temerosa de Dios. No se puede explicar lo que vuestra esposa ha soportado todos estos años. —Finn frunció el ceño y se tiró de una oreja.

—Si el moratón que adorna su cara sirve de pista, tuvo un torturador más que un padre. —Calder maldijo en voz baja.

El silencio era tan denso como las manchas de niebla que cubrían el terreno bajo.

—¿Recordáis la yegua que Auld Angus encontró vagando por sus tierras? —Finn se movió en su silla.

—Sí.

—Ella había sufrido algo terrible por el abuso y el hambre. ¿Recordáis cómo la recuperamos?

—Padre me pidió que la alimentara a mano todos los días mientras yo le ofrecía palabras suaves y caricias. Después de un tiempo, puso a otros a su cuidado, pero se aseguró de que yo pasara unos minutos con ella cada día.

—Pronto se acomodó detrás del arado como si hubiera nacido para ello. Creo que vuestra novia necesita los mismos cuidados que la vieja Belle.

—¿Creéis que, simplemente atendiendo a sus necesidades,

ofreciendo palabras amables y caricias suaves será suficiente? Creo que una mujer es un poco más complicada que un caballo de arar, tío. —De alguna manera el dicho sonaba más fácil que el hecho.

—Sí, a menos que tengáis un plan mejor. —Finn rio entre dientes, llamando la atención de los otros dos hombres.

Sin querer hacer el ridículo delante de los demás, Calder espoleó a su caballo, ignorando la carcajada de Finn.

* * *

Katja se reunió con Beitris y Torri en el gran salón para la comida de la mañana. Las sirvientas trajeron escudillas de gachas de avena y una jarra de sidra. Los olores de la avena humeante y el otoño se mezclaban en la sala. Comieron con impaciencia. Katja frunció el ceño ante el sabor amargo de sus gachas y deseó que la miel enmascarara lo que parecía ser quizás un poco de avena enmohecida. Añadió mentalmente una limpieza a fondo de la despensa a su lista de cosas que hacer pronto.

—¿Qué planes tenéis para hoy, Katja? —Beitris aclaró su garganta.

—Debo reunirme con Robbie en el solar del lord esta mañana. Me enseñará los resultados de la cosecha de este año y cómo se administra Fairetur. —Katja levantó la vista, distraída de su comida.

Katja se llevó una mano al estómago, el cual emitió un gorgoteo nauseabundo. Algo no iba bien. Esperó a que lo poco que había tragado se asentara antes de seguir comiendo. Por desgracia, sus gachas matutinas no tenían intención de quedarse tranquilas.

—¿Qué os pasa? —Torri puso una mano en el brazo de Katja, con el ceño fruncido.

Katja se levantó de la mesa, tapándose la boca con una mano, y salió corriendo hacia la puerta. Apenas pudo salir, dobló una esquina donde estaba parcialmente oculta, se agachó y vomitó, vaciando el contenido de su estómago. Una intensa sensación de ardor se extendió mientras su cuerpo se purgaba de lo que había consumido. Freki le empujó el hombro y gimió.

Tras otro ataque de arcadas y unas cuantas toses, el malestar cesó, dejando tras de sí un ardiente cosquilleo que bailaba a lo largo de su piel.

—Estoy bien, muchacho. —Sus palabras pretendían reconfortarlos a ambos, aunque no estaba segura de que fuera verdad. No era una enfermedad común la que producía las sensaciones persistentes. Por suerte, los calambres retrocedieron antes de que la voz de Torri se acercara.

—Katja. ¿Estáis bien? —La voz de la muchacha llevaba una nota de angustia.

—Creo que lo estaré. ¿Os sentís mal también? —Katja se secó el sudor de la cara. Rezó para que quienquiera que hubiera envenenado su comida no los hubiera atacado a las tres.

Torri la miró un momento, sacudiendo la cabeza antes de comprender.

—¡Alguien ha envenenado vuestra comida! —Se tapó la boca con una mano, con los ojos muy abiertos por la consternación.

—Beitris. —Katja dejó escapar un grito suave, apenas capaz de encontrar su voz al pensar que la abuela de Torri también era una víctima.

La mirada de consternación de Torri se convirtió en una de pánico. Katja y ella corrieron a la sala y encontraron a la anciana inspeccionando la escudilla de Katja, con una expresión intensa en su arrugado rostro. Beitris les hizo señas para que se acercaran.

—Alguien ha puesto acónito en vuestras gachas, *milady*. —Su voz era lo bastante baja como para que sólo la oyeran los tres. Inmediatamente, sus ojos se volvieron hacia la cocina, donde un destello de cabello oscuro desapareció por la puerta.

—¿Habéis vaciado el gaznate? —Beitris sujetó el brazo de Katja.

Katja asintió, segura de que no quedaba veneno, pero debía tener cuidado al proceder. El cansancio se apoderó de ella y la instó a buscar la cama.

—Sí, no queda nada. Sin embargo, no me siento bien. Necesito descansar un poco.

Beitris se acercó a la frente de Katja, frunciendo el ceño al tocar su piel. La mano de la anciana se sintió notablemente fría.

—Prepararé un purgante y haré que Cook se reúna con nosotras en vuestra habitación. Necesita saber qué ha pasado y quién ha estado en su cocina esta mañana. Hasta que descubramos quién ha cometido esta fechoría, probaremos toda vuestra comida antes de servirla.

—Por favor, contadle a Robbie lo que ha pasado. Me disculparé más tarde por faltar a nuestra cita. —Katja asintió.

—Dejadme veros arriba. —Torri rodeó a Katja con un brazo y la acompañó escaleras arriba hasta su puerta. Aunque sólo estaba fatigada, Katja permitió que la chica la mimara, recordando la manera cariñosa de Morag.

—Id a hablar con Robbie. Querrá saber lo que ha pasado esta mañana. —Apoyándose en la puerta, Katja dio unas palmaditas tranquilizadoras en el hombro de la muchacha.

—¿Estaréis bien si me voy? —Torri entrecerró la mirada.

—Sí. Os prometo descansar y esperar a que regreséis.

Con un gesto de la cabeza, Torri bajó las escaleras con paso decidido.

Katja entró en su pequeña habitación y colocó un trozo de turba sobre las brasas. Después de avivar el fuego, se quitó la toga y se deslizó bajo la colcha, colocando un puñal bajo la almohada. Freki se unió a ella en la vieja y mohosa cólcedra.

Alguien había aprovechado la ausencia de su marido para envenenarla. La idea debería haberla asustado para que se mantuviera alerta. Sin embargo, su cuerpo tenía otras ideas. Cerró los párpados de plomo y se rindió al sueño.

Cuando despertó, Beitris estaba sentada en una silla junto a la cama, con la cabeza blanca inclinada sobre un cuadrado de tela parcialmente bordado, los ojos cerrados y la mandíbula floja. Katja sonrió, recordando a su propia *madre*. Había velado a Katja cada vez que caía enferma, y a menudo se quedaba dormida mientras lo hacía. La rápida aceptación de Beitris como miembro de la familia le derritió el corazón. En dos días ya había encontrado más calor aquí que en los últimos años en su propia casa.

Un olor nauseabundo flotaba en el aire y Katja arrugó la nariz. Vio una taza en la pequeña mesa junto a la anciana. Su contenido era probablemente la causa del extraño olor de la

habitación.

Beitris se incorporó y la observó con unos ojos azules que parecían no perderse nada.

—¿Estáis despierta, entonces?

—¿Cuánto tiempo he dormido?

—¿Queréis decir, cuánto tiempo hemos dormido? —Beitris chasqueó la lengua, se levantó y abrió un postigo de madera—. A juzgar por el sol, quizá un par de horas, ni una más. ¿Cómo os ha ido?

—Mucho mejor. Todavía un poco débil y cansada, pero mejor. Parece que el acónito no ha tenido tiempo de hacer su mal. —La aprensión recorrió la espina dorsal de Katja.

—Sí. Habéis purgado el veneno antes de que pudiera hacer estragos y causar un daño real. Vuestro cuerpo debió reconocerlo enseguida. Tenéis suerte. —Cogió la taza y el ceño de Beitris se arrugó aún más—. Me sentiré mejor cuando hayáis bebido esto. Limpiará cualquier resto de veneno.

Katja aceptó la taza con reticencia. Al remover el contenido, el olor que llenaba la habitación se renovó. Arrugó la nariz, se llevó la taza a los labios e inclinó el vaso de cerámica, enviando el asqueroso brebaje a su garganta con una mueca.

—Sí, es un brebaje asqueroso, pero la mayoría de los buenos lo son. Este os hará correr al retrete en las próximas horas. Es un pequeño precio a pagar. —Beitris carcajeó.

—Muchas gracias. —La respuesta de Katja se quedó a medias, provocando otra risita de su autoproclamada curandera.

Un suave golpe sonó cuando Torri abrió la puerta y entró en la habitación. La preocupación arrugó su ceño mientras corría al lado de Katja.

—¿Estáis mejor? —Unos ojos preocupados examinaron el rostro de Katja.

Katja sonrió, asintió y se levantó de la cama, dejando que Torri la ayudara a vestirse. Unos minutos después, otro golpe hizo que la chica abriera la puerta. Robbie estaba en el umbral, con el rostro duro y los brazos cruzados sobre el pecho. Su mirada evaluadora, más intensa que la de su abuela, no dejaba escapar nada.

—Si no queríais repasar los libros esta mañana, todo lo que teníais que hacer era decirlo. No hace falta que os toméis tantas molestias para evitarme.

Una sonrisa recelosa se dibujó en su rostro, aunque Katja reconoció que se escondía detrás del regaño, suavizando la seriedad del asunto.

—Torri interrumpió mi mañana, hilando algún cuento fantasioso. Me gustaría oírlo de vosotros dos, por favor. —Robbie entró en la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

A continuación, Katja relató rápidamente los acontecimientos de la mañana.

—¿Estáis segura de que era aconita? —Los ojos de Robbie se entrecerraron hacia Beitris.

—Sí. No hay duda del sabor.

—¡Santo Dios! Tenemos un asesino acechando muy cerca. —La expresión de Robbie se endureció. De un tirón, abrió la puerta, salió al pasillo y dio una orden clara a un hombre que estaba fuera, luego volvió a la cabecera de la cama.

—*Lady* MacGerry, como el inmediato *sucesor* del lord en el clan, sois mi responsabilidad en ausencia mi hermano. Por favor, descansad y recuperaos de esta terrible experiencia y confiad en mí para reunirme con Cook. Encontraré al demonio responsable de intentar privar a mi querido hermano de lo mejor que le ha pasado en la vida. Podemos reanudar nuestra discusión sobre el lamentable estado de nuestras propiedades cuando os sintáis mejor. Por lo tanto, he designado a un guardia en vuestra puerta. Nadie entra sin permiso y, si os apetece uniros a nosotros más tarde, él os vigilará por si las cobardes alimañas vuelven a intentarlo.

Katja asintió a Robbie y volvió a experimentar la extraña y dulce sensación de tener un defensor. Desvió la mirada sobre el desconcertante conflicto de la alegría amarilla que asociaba con la personalidad vivaz de Robbie y las vetas púrpuras, cierto signo de culpabilidad. ¿Cómo podía ser ambas cosas? ¿Se alegraba de que el atentado contra su vida hubiera fracasado? ¿O avergonzado por no haber tenido éxito?

CAPÍTULO 10

Tal como había predicho Beitris, Katja pasó el resto de la tarde y las primeras horas de la noche corriendo al retrete, ya que la bebida de la anciana le había limpiado los intestinos. Para cuando el maldito remedio hizo su efecto, estaba demasiado cansada para bajar a cenar, y no deseaba que nada pasara por sus labios por miedo a que no perdurara. En lugar de eso, bebió sorbos de vino aguado hasta que el sueño la reclamó.

A la mañana siguiente, Robbie saludó a Katja con una inclinación de cabeza, mientras abría los libros de cuentas en el desgastado escritorio situado en el solar del lord.

—Al menos habéis recuperado el color.

El pálido color lavanda de la verdad teñía los bordes de su aura amarilla normal, tranquilizándola.

—Cook dice que no tiene idea de quién ha envenenado vuestras gachas. Con tantos que han entrado y salido de la cocina, casi cualquiera podría haberlo hecho. Cualquiera menos Lorna. Cook me asegura que la mujer no puso un pie en la cocina, ya que había estado limpiando retretes todo el día. La vieja dragona se ha tomado este ataque a nuestra nueva ama como algo personal y me asegura que no se os servirá nada que no pase primero por sus labios.

Katja pensó en protestar, pero la expresión severa de Robbie detuvo cualquier objeción. Se limitó a asentir con la cabeza, dando las gracias, y luego dirigió su atención a los libros de cuentas que tenían delante. Le costó un poco entender los números garabateados en las páginas. Quienquiera que hubiera hecho las anotaciones más recientes tenía una gran mano con la pluma.

—Como veis, nuestras reservas no alcanzarán hasta las primeras cosechas. —Robbie miró a Katja con una ceja levantada.

—Sí. Mi marido no tuvo más remedio que aceptar las condiciones del conde. —Entendió su mensaje implícito.

—Calder me contó los detalles de vuestro contrato matrimonial. Conozco a mi hermano. Nunca habría accedido a los precipitados acontecimientos si muchas vidas no estuvieran en

peligro.

—Lo sé. Mi señor utilizó la grave situación del clan MacGerry para obligar a Calder a ayudarle en una humillación final contra mí. —Katja bajó la mirada. Su voz apenas pasó de un susurro.

—¿Por qué haríais algo así? Calder no lo dijo. Sólo dijo que deseaba alejaros de Ruadhcreag lo antes posible. —Robbie inclinó la cabeza, con mirada intensa.

Katja evitó una respuesta directa con un movimiento de cabeza, esperando que ni Calder ni Robbie insistieran en las razones por las que su señor mostraba odio hacia ella.

—Una cosa es cierta. Necesitáis desesperadamente el oro que os proporciona mi dote. Si el viaje de Calder tiene éxito, la siembra de primavera debería mejorar mucho.

—Sí. La pregunta es, ¿cuántos de nosotros sobreviviremos para ver el final del invierno?

Katja se encontró con la mirada de Robbie y se dio cuenta de que vivir bien alimentado bajo el pulgar de un tirano parecía un destino mejor para algunos que morir de hambre rodeado de amor.

* * *

Fiel a su palabra, el conde envió dos carromatos llenos de provisiones, junto con un buen número de ovejas. Barriles de víveres y sacos de grano empequeñecían el pequeño cofre de pertenencias de Katja. Christer guiaba a los hombres que acompañaban al resto de su dote… una grata sorpresa.

—¿Cómo estáis, hermana? —Su hermano la liberó de un fuerte abrazo e inclinó la cabeza para tomarle la medida, con la mirada fija momentáneamente en su ojo magullado.

—Sólo han pasado cuatro días. ¿Qué tan diferente podría ser? —Mantuvo la voz firme, no quería revelar mucho de sus experiencias recientes.

—Oh, sois una nueva novia y la señora del clan con el que nos hemos peleado durante casi cien años. ¿Qué podría estar mal? —Christer sonrió. Su humor le provocó una sonrisa reticente. Por su parte, Katja hizo a un lado los pensamientos de su humillación

durante la boda y los insultos públicos de Lorna, junto con el recuerdo de sus gachas envenenadas. Su matrimonio con Calder ayudó a forjar una frágil paz entre sus clanes. No sería responsable de ver la alianza rota.

—Estoy bien, en verdad. Algunos MacGerry han sido bastante acogedores. Mi marido dice que el resto vendrá con el tiempo. —Se mantuvo firme, negándose a flaquear ante la penetrante mirada de su hermano.

—Vuestros ojos tienen un precioso tono verde y púrpura, aunque quizá no sea vuestro mejor aspecto. Ojalá hubierais seguido mi consejo con padre —suspiró—. Sospecho que estáis a salvo aquí, pero ¿me avisaréis si las cosas empeoran? —Su tono parecía más una orden que una pregunta.

—La paz después de tres generaciones de derramamiento de sangre vale cualquier palabra mordaz o mirada dura que pueda encontrar. —Katja inclinó la barbilla.

—Sigue sin gustarme. Vuestro lord y marido no está aquí para rendir cuentas. —Christer negó con la cabeza.

—Como os dije, mi marido está fuera reunido con otro clan para conseguir más manos que trabajen los campos. El invierno muestra signos de su pronta llegada, con sólo unos pocos días antes de que la nieve detenga cualquier trabajo en el exterior.

—Sí, el acuerdo de arrendamiento. Vuestro cuñado lo mencionó. —Christer asintió hacia Robbie que ayudó a descargar los últimos suministros.

—¿Estáis seguros de que no pasaréis la noche y partiréis al día siguiente? Vos y vuestros hombres sois bienvenidos. —Robbie se acercó a ellos, con el brazo extendido hacia Christer.

—Gracias por la oferta, pero el conde fue muy claro al decir que no quería poner a prueba nuestro nuevo acuerdo entrando en el torreón o comiendo de los productos proporcionados. Prometo aprovechar la hospitalidad de MacGerry cuando se derrita la nieve.

La visión de los hombres de Sinclair y MacGerry trabajando juntos con cautela reafirmó la determinación de Katja de hacer que su matrimonio funcionara.

La descarga se completó rápidamente y los hombres de Sinclair se prepararon para partir. Su despedida de Christer no

tuvo nada que ver con la anterior. Ahora sabía cuál era su lugar y, aunque no todos la aceptaban, Katja gozaba de la estima del lord y su familia. Sería suficiente.

Ver las carretas vacías alejarse por el camino hacia Ruadhcreag y sus pocas posesiones llevadas al torreón puso fin a sus circunstancias.

—Venid, hermana, llevemos las provisiones al torreón y luego podréis anotar vuestras primeras entradas en los libros. —La llamada de Robbie la sacó de sus pensamientos.

Katja añadió cada preciado artículo a la aún escasa lista de provisiones en los libros de Fairetur. Robbie entregó las ovejas y el ganado a un par de ancianos y un puñado de muchachos que, junto con cuatro perros, presentaron las nuevas incorporaciones al resto de su escaso rebaño.

La cena fue festiva, ocasionada por la llegada de comida y ovejas tan necesarias. Katja se alegró de ver que los remolinos de auras rojas, aunque seguían presentes, eran menos esta noche. Un número sorprendente de gestos de respeto y sonrisas se dirigieron hacia ella. Aunque estaba lejos de la predicción de Calder de que habría una cola para besarle la mano, el hecho de que hubiera menos miradas furiosas era una buena señal.

Calder les había dicho que se quedarían uno o dos días más con los MacCairn. Resignada a dormir sólo con Freki las dos noches siguientes, ella y el perro subieron las escaleras hasta el tercer piso. La verdad es que echaba de menos a Calder. Consideró la idea de mudarse a su habitación. Ahora era su marido y había decidido ser una buena esposa. Con una sonrisa, recordó su afirmación de que ella debía estar en su cama. Con un estremecimiento de felicidad en el pecho, Katja abrió la puerta de su habitación. Freki gruñó por lo bajo, con los pelos de punta en señal de advertencia. Avanzó hacia la cama, con una amenaza retumbante resonando en su pecho. Golpeó la base de la cólcedra con el hocico y algo se movió bajo las mantas. Rápidamente, Katja cogió su espada de un rincón de la habitación, la desenvainó y utilizó la punta para apartar la ropa de cama, capa por capa. Tiró las últimas sábanas al suelo y descubrió dos víboras enroscadas sobre la cama, con las cabezas levantadas en una pose mortal.

Siseaban de desagrado, con sus gruesos cuerpos marrones entrelazados y un dibujo dentado negro en la cresta de la espalda. Con un movimiento de muñeca, Katja decapitó a la primera antes de que Freki pudiera embestir.

—*¡Halda!* —Freki se congeló ante su orden, aunque gruñó amenazadoramente a la víbora restante. Con otro chasquido de muñeca, cortó la segunda serpiente por la mitad, estremeciéndose de asco mientras se retorcía sobre la cama. Utilizó la espada para arrojar los cuerpos al otro lado de la habitación, frente a la chimenea, donde continuaron su agonía.

Un temblor la recorrió al pensar en lo que aquello significaba. Primero, veneno en su comida, luego serpientes venenosas en su cama. Independientemente de lo que pensara Calder, al menos uno de los miembros del clan consideraba que la hija de los Sinclair no era una buena elección como esposa para su lord. Este villano aparentemente vio su muerte como un pago por los pecados de su padre contra los MacGerry. Incluso con las serpientes muertas, Katja fue incapaz de subir a la cama donde las dos se habían enroscado. En lugar de eso, se sentó en la silla junto al fuego, envuelta en las mantas. Observó a las víboras con mórbida curiosidad mientras sus cuerpos se retorcían sin vida. La aversión se estremeció ante la visión, aunque no pudo apartar la mirada. Había que informar a Robbie. Sabía que doblaría la guardia y vigilaría su cámara. Una cosa era que su padre la detestara, pero otra era que alguien la deseara tanto como para hacer intentos tan descarados.

¿Y ahora qué? Si el malhechor era tan osado como para atentar contra su vida en la sala o en su habitación, ¿dónde podría estar a salvo? Ansiaba el regreso de Calder, ¿pero detendría su presencia a quienquiera que estuviese detrás de estos ataques? Freki yacía en el suelo frente al hogar, con las orejas aguzadas y los ojos fijos en la puerta, como si comprendiera que ella seguía en peligro.

Katja se despertó sobresaltada al oír que llamaban a la puerta de su habitación. Las líneas del sol de la mañana iluminaban el suelo. Freki gruñó suavemente.

—Tranquilo, muchacho. —Puso una mano sobre la cabeza de

su guardián, reconfortándolos a ambos.

—Katja, ¿estáis despierta?

—Buenos días, Torri. Confío en que hayáis dormido bien. —La voz de Torri atravesó el panel de madera. Entonces, Katja se levantó, cubrió las serpientes y abrió la puerta.

La muchacha sonrió y asintió, luego frunció el ceño al ver el estado de la cama y las mantas que cubrían la silla junto a la chimenea.

—¿Qué ha pasado?

—Será mejor que traigáis a Robbie. Preferiría contarlo una sola vez, si no os importa.

—Sí, ahora regreso. Robbie está desayunando en la sala. —La mirada de Torri volvió a barrer la habitación.

Katja esperó hasta que la oscura cabeza de Torri desapareció por los escalones, luego cerró la puerta, acomodando la barra en su lugar. De repente, unos pasos en el pasillo y la voz familiar de Robbie la impulsaron a abrirla nuevamente. Su mirada recorrió la habitación y luego se fijó en ella.

—Buenos días, Katja. Mi pequeña hermana dice que tenéis otra historia para mí. Viendo vuestra habitación, debe ser muy divertida. —Sus palabras desenfadadas chocaron con su mirada endurecida.

Katja apartó la alfombra de la chimenea para mostrar las serpientes entrelazadas.

Los ojos de Robbie se abrieron de par en par y luego se entrecerraron de nuevo, siseando entre sus dientes una maldición murmurada que describía un acto que ella no creía físicamente posible. Las uñas de Torri se clavaron en el brazo de Katja.

—Por el estado de vuestra cama, las habéis encontrado bajo las mantas. —En cuclillas, Robbie examinó la última amenaza y Katja asintió.

—Sabéis que debo designar un guardia en vuestra habitación, ¿verdad? Mi hermano me despellejará vivo si os ocurre algo mientras está fuera. Y me atrevería a decir que vuestros hermanos pronto estarían en nuestra puerta buscando venganza. —La mandíbula de Robbie se tensó al contemplar los cadáveres. Volvió la mirada hacia su señora.

Katja ignoró la mención a sus hermanos y no a su señor. Era verdad que su señor no derramaría ni una lágrima por su muerte. Por mucho que odiara la idea de una guardia, sabía que era inútil discutir. Tras la sugerencia de Robbie de que pasara tiempo con los que ella conocía, se pasó el día en la cocina preparando sidra y vinagre con los restos de la cosecha de manzanas de otoño. Freki yacía en el suelo, junto a la puerta trasera, royendo un hueso de un ciervo que había sido cazado anteriormente.

A pesar del fresco día de finales de otoño, el calor de los calderos en ebullición hacía que la cocina resultara agobiantemente calurosa. El joven Dugan había sido asignado por Robbie para vigilarla ese día, pero en su lugar, observó a una de las muchachas de la cocina. Ambas parecían estar cerca de la edad de casarse, tal vez unos diecisiete veranos, y coqueteaban con sus ojos y sonrisas durante toda la mañana. A Katja le parecía dulce, pero Cook regañó a Shea por no seguir el ritmo de su trabajo.

—Necesito un poco de aire fresco, Dugan. Me quedaré junto a la puerta y gritaré si os necesito. —Katja llenó una jarra con agua de cebada y se dirigió a la puerta.

El espigado muchacho apartó su mirada encaprichada de la encantadora joven cocinera el tiempo suficiente para reconocer las palabras de Katja con un movimiento de cabeza. Ella salió ocultando la sonrisa.

La brisa levantó el pañuelo que llevaba, secándole el sudor del cuello y la cara. Freki la siguió, con los dientes chasqueando contra el hueso que llevaba. Se dejó caer, atrapando el hueso con las patas, y siguió lamiendo el extremo. Caminó un poco, con las manos en las caderas, estirando la parte baja de la espalda, la cual estaba tensa y dolorida de estar agachada todos los días.

—¡*Milady*, *milady*!

Un hombre que Katja no reconoció dobló la esquina y se dirigió hacia ella con decisión. Freki se puso en pie y gruñó. El hombre aflojó el paso, con los ojos fijos en el perro.

—Abajo.

Freki se detuvo obedientemente y se sentó, con los músculos tensos, a la espera de su siguiente orden.

—¿Os conozco? —Katja miró al hombre., quien se detuvo a

varios metros de distancia, con las manos extendidas en señal de sumisión, y sus ojos se clavaron entre ella y su compañero. El aura marrón y azul oscuro que lo rodeaba le indicó que tenía miedo de hablarle del encargo que le habían hecho.

—No, *milady*. Soy del clan MacCairn. Estaba con el grupo que volvía con vuestro marido cuando su montura lo arrojó. —El hombre se movía, inquieto.

—¿Está muy malherido? —Katja se llevó la mano a la garganta mientras luchaba contra el miedo repentino.

—Tiene una fea herida en la cabeza. Tememos que muera, *milady*. El lord pidió por vos. Me enviaron a buscaros rápido.

—¡Dulce Madre María! Dejadme ir corriendo a decírselo a su hermano. —Dio un paso hacia la puerta de la cocina.

El hombre intentó detenerla, pero un gruñido bajo de Freki la detuvo.

—*Milady*, no tenemos tiempo. El lord puede morir antes de que lleguemos si no nos damos prisa.

El pánico se apoderó de Katja ante la urgencia en la voz del hombre y la idea de que Calder muriera y ella llegara demasiado tarde. Se persignó con una rápida plegaria murmurada, luego recogió sus faldas y corrió hacia los establos justo cuando Titus sacaba a Sköndi, ensillada y lista para partir, con su arco y su carcaj de flechas colgados de la cruz del caballo.

—MacCairn me ha hablado del lord. Jamie y yo rezaremos por un milagro.

Katja asintió distraídamente al mozo de cuadra, demasiado asustada para distraerse hablando. Con manos y piernas temblorosas, montó en Sköndi mientras MacCairn subía a un robusto poni. Freki les pisaba los talones incansablemente mientras seguían un sendero hacia el norte y el oeste durante unas cuantas leguas antes de desviarse del camino. Tras superar una cresta, se dirigieron a un pequeño valle al otro lado. MacCairn se detuvo en el prado cercano a una quema, unos dos kilómetros más allá.

—No entiendo, ¿dónde está mi marido? —Katja miró a su alrededor, perpleja.

Dos hombres salieron de un pequeño bosque, uno con una

ballesta en las manos y el otro con un gruñido de odio en la cara.

—Concluyendo sus negocios con los MacCairn, seguramente.

—¿Auld Liam? —Una fría incredulidad la atenazó por dentro al reconocer al anciano MacGerry.

—Sí, engendro del mal. No moriríais ni por veneno ni por víboras, así que tuve que encontrar una manera de sacaros de debajo de las narices de Robbie. —Liam le dio un codazo a su pequeño caballo para que se acercara.

El estómago se le revolvió, quemándole la garganta, consternada al darse cuenta de que era él quien deseaba su muerte. Una mezcla de odio, rojo oscuro y gris, se arremolinó como la niebla alrededor de Liam. Su intensidad casi la dejó sin aliento.

—¿Por qué me odiáis tanto? ¿Me hacéis responsable de los pecados de mi padre? —Con un esfuerzo, encontró la voz.

Mirando a su alrededor, se dio cuenta de lo remoto de su ubicación y de lo sola que se encontraba. Pasarían días antes de que alguien encontrara sus restos. Freki gemía ansiosamente y Katja se estremeció, consciente de que las intrigas de Liam significaban también la muerte de su querido perro.

—¿Os odio? Sois una Sinclair, ya es bastante malo. El hecho de que seáis la hija del lord Sinclair os convierte en el objeto del mismísimo diablo. —Los ojos de Liam brillaron.

—Matadla a ella y a esa bestia maldita, y luego enterrad los cuerpos. —El quejido de Freki se convirtió en un gruñido grave. Auld Liam miró a la bestia, tiró de las riendas de su pequeño caballo y lo hizo retroceder un paso. Este ladró al hombre de la ballesta.

—¿Qué tal un poco de diversión antes? —La mirada del otro hombre se arrastró con admiración sobre Katja.

—No me importa. Ensuciaos con la muchacha si queréis. Aseguraos de que nadie la encuentre cuando hayáis terminado.

Auld Liam señaló con su caballo hacia la cresta y trotó hacia el torreón de los MacGerry.

—Vamos, querida. Deja que Rab se salga con la suya fácilmente y os prometo un final rápido. —Cogió las riendas de su caballo. Los dos hombres miraron a Katja con desprecio.

Con una rapidez nacida del pánico y la determinación de

frustrar sus planes, Katja desenvainó la daga que llevaba oculta en la manga y acuchilló al hombre en el antebrazo. Este se llevó el brazo al pecho, y el repentino movimiento hizo que su pequeño caballo bailara agitado.

—¡Maldito! Sangrareis por eso.

—¡Freki, atacad! —Señaló a Auld Liam, que se había vuelto hacia la conmoción. A Katja le hirvió la sangre.

Con el ágil movimiento de un depredador a la caza, Freki cargó tras Liam, alcanzando su máxima velocidad en dos zancadas. El tercer hombre giró sobre sí mismo, disparando su ballesta contra el perro lobo. Falló por un amplio margen, ya que la saeta se enterró en el duro suelo a varios metros de distancia. Inclinándose hacia abajo, Liam dio una patada a su poni, impulsándolo a correr. Cubriendo el terreno a grandes zancadas, Freki los alcanzó fácilmente con un enorme salto, derribando al demonio de su poni. Liam cayó al suelo con fuerza, levantando un brazo para mantener al perro a raya. Gritó cuando las mandíbulas de Freki aprisionaron su brazo.

—¡Soltadlo!

Respondiendo a la orden de Katja, Freki soltó a Liam y se colocó encima de él, gruñendo una advertencia. Volviendo a centrar su atención en el hombre que estaba a su lado y que se quedó boquiabierto cuando Liam cayó, Katja sacó la daga de la vaina que llevaba en la nuca y se la lanzó a Rab, alcanzándolo en la garganta. El hombre se desplomó sobre su caballo, con las manos apretando inútilmente la herida abierta en su cuello. El otro hombre desmontó su caballo y se esforzó por recargar su ballesta. Katja sacó su arco y una flecha de su carcaj. De pie en los estribos, tensó el arco, apuntando con la punta al canalla.

—¡Alto! Arrojad vuestra arma al suelo.

El hombre ignoró su orden. Colocó la punta de la ballesta en el suelo, se colocó en el estribo del arma, tiró de la cuerda hacia atrás y buscó una saeta. Sin más aviso, dejó volar su flecha mientras el hombre levantaba la ballesta.

El disparo le atravesó el pecho, haciéndole caer al suelo con un ruido sordo. Katja desmontó, preparó otra flecha y se dirigió hacia donde yacía el hombre, con la mano aferrando el extremo

emplumado de su asta de fresno. Su respiración entrecortada y la lentitud de sus movimientos presagiaban su fin. Recogió la ballesta y la arrojó hacia la hoguera. Cuando se dio la vuelta, el cuerpo de este se sacudió una vez y exhaló un último suspiro entrecortado.

Con ambos esbirros muertos, Katja dirigió su atención a Auld Liam. Freki lo vigilaba, aunque parecía innecesario, ya que Liam aún no se había levantado de su caída.

—*Kvala*. —Le hizo un gesto a Freki para que se alejara.

Freki pasó por encima de Liam y se colocó a su lado mientras ella caminaba hacia donde yacía su atormentador, con los ojos fijos en las pesadas nubes grises que llenaban el cielo. El sonido de los cascos alcanzó su oído, y volvió a empuñar una flecha, preparada para quienquiera que cargara sobre la cresta. Robbie, seguido de Dugan y dos hombres cuyos rostros reconoció, cruzaron la colina y se dirigieron hacia donde ella estaba. Katja bajó el arco y se arrodilló junto al anciano. Robbie desmontó y se unió a ella.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Auld Liam me atrajo con el cuento de que Calder se había caído del caballo y yacía moribundo. Esperó con otros dos para asesinarme y enterrarme donde no pudieran encontrarme. —A Katja le irritó su tono.

—¿Por qué, anciano? —Robbie tomó la mano de Liam con ambos puños y lo sacudió.

—Porque ella es… La prole de Sinclair. Yo no… enterrar a mis parientes… los últimos tres años… para ver a esta bruja Sinclair como señora de mi clan. —Liam parpadeó dos veces. Sus palabras se arrastraban mientras hablaba, y su voz se apagaba.

—Haré que os cuelguen por esto. —Los dedos de Robbie se enroscaron en la camisa de Liam, levantando su torso del suelo y acercando al villano.

—Siento decepcionaros, muchacho, pero su *Cù Sìth* hizo el trabajo por vosotros. —Liam tosió una vez, emitiendo un sonido espasmódico.

Robbie hizo rodar a Liam hacia un lado, dejando al descubierto la parte posterior de su cabeza. Su cabello gris estaba aplastado contra el cráneo, lleno de sangre y vísceras. El borde

afilado de una roca semienterrada brillaba enrojecido. La sangre empapaba la tierra que tenía debajo y sus ojos brillaban por la inminencia de la muerte. Los labios de Liam se movieron, pero Katja no oyó ningún sonido. Repitió la frase, esta vez lo suficientemente alto como para que ella pudiera oírla.

—*Arte et marte*.

—Qué extraño, esas deberían ser sus últimas palabras. —Robbie ayudó a Liam a volver a la tierra y cerró los ojos con un lento movimiento de la mano.

—¿Qué significan?

—Significan «Por habilidad y valor». Es el lema de los MacGerry. Cómo encontró valor en este acto odioso, puede explicárselo a su creador.

—Dugan, vosotros y los muchachos ocupaos de su cuerpo. Envolvedlo en su tartán y atadlo a su poni. Lo enterraremos en la tierra de MacGerry. —Se levantó, limpiando sus palmas lentamente sobre su tartán.

—¿Y los otros dos? —preguntó Dugan.

—No los conozco. Dejad a los malhechores para los cuervos carroñeros. Sus pecados de hoy no les hacen merecedores de un entierro cristiano. —Robbie les dedicó una mirada.

Los jóvenes asintieron y se pusieron manos a la obra. Katja miró los cuerpos inmóviles por el abrazo de la muerte.

«Tres hombres muertos, todos por mi mano».

Katja se inclinó y tuvo arcadas cuando la espeluznante realidad de lo que había ocurrido caló en ella. Las manos de Robbie la sostuvieron mientras su estómago se deshacía de su contenido, pero no de su sentimiento de culpa.

—Oh, no es culpa vuestra. Sois una muchacha valiente. Tomaos un respiro y contadme toda la historia.

Dugan le acercó un odre de cerveza. Katja asintió dándole las gracias, luego enjuagó el sabor de la bilis antes de beber un largo trago. Freki le acarició la mano y se tumbó a su lado con un resoplido. Con voz temblorosa, Katja relató los sucesos de la última hora, mientras su mano acariciaba la piel de Freki para reconfortarla.

—¿Cómo nos habéis encontrado? —Por fin llegó al final de

su relato.

—Titus envió a Jamie tras de mí, y luego nos dio vuestra ubicación. No fue difícil seguir vuestro rastro, sobre todo cuando os salisteis del camino. —Robbie posó una suave mano en su hombro—. Venid. No os perderé de vista hasta que Calder regrese. Cenaremos en el solar del lord mientras pienso en el desagradable asunto de descubrir a los cómplices de Liam.

—¿Dónde estaría yo sin vosotros, mi valiente muchacho? —Dolorida y cansada, Katja sacó un trozo de carne seca de sus árguenas y se lo dio a su guardián.

Freki casi inhala el bocado. Acarició a su ama y le dio un cariñoso lametón en la mano. Todavía temblorosa por las secuelas de la batalla, montó en Skündi y se unió a los MacGerry para el viaje de vuelta a casa, con Freki trotando despreocupadamente a su lado.

Dugan evitaba el contacto visual, y una niebla púrpura se arremolinaba a su alrededor, indicando culpa o vergüenza. Katja supuso que se culpaba por haberla dejado caer en manos de Auld Liam. No le culpaba. Los hombres tan decididos como Liam siempre encontraban la manera de conseguir lo que querían. Aunque se había sentido segura en Fairetur los primeros días, ya no lo estaba. Incluso con Robbie y Freki protegiéndola, temía que fuera imposible superar más de sesenta años de odio. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que alguien intentara asesinarla de nuevo? ¿Cuántas veces hasta que alguien lo consiguiera?

CAPÍTULO 11

La cena transcurrió en un tenso silencio. Aunque Beitris y Torri sabían que había ocurrido algo terrible, que había causado la muerte de Auld Liam, ninguno de los dos interrogó a Katja durante la comida. El estofado de venado sólo tenía un día, pero para Katja había perdido su sabor y hurgaba en la comida.

Los acontecimientos de la tarde se repetían en su mente. El olor y la visión de la sangre permanecían grabados en su memoria.

Más de una vez, Katja buscó sangre en sus manos y en su vestido. Sorprendió a Robbie observándola y se sobresaltó al ver que el verde claro de la lástima que sentía por él se había desvanecido, dando paso a un azul apagado de confusión. Tras un momento, descartó el cambio, incapaz de detenerse en el enigma. Probablemente meditaba sobre los acontecimientos de los últimos días y se debatía sobre la mejor manera de desenmascarar a los cómplices de Liam.

—Por favor, informad a Cook que me gustaría tomar un baño antes de dormir. —Katja se volvió hacia la sirvienta que estaba recogiendo los restos de la comida.

La muchacha hizo una reverencia, rodeada de auras azul claro de miedo y confusión. Katja no podía culparla. Las habladurías corrían deprisa en un torreón pequeño. No se sabía qué historias circulaban sobre la muerte de Liam. Ella no sabía lo que Robbie les había dicho a Dugan y a los otros dos, sólo que les había ordenado que difundieran alguna versión de los acontecimientos del día en un esfuerzo por hacer salir a los demás implicados. De repente, la muchacha de la cocina apareció junto al hombro de Katja.

—Vuestro baño le espera, *milady*.

—Gracias. —Katja se levantó, al igual que todos los comensales. La continua cortesía la confundió.

—Os acompañaré a vuestra habitación. —Robbie la miró con seriedad.

—Torri y yo nos ocuparemos de vuestro baño. Nadie se atreverá a hacer travesuras con nosotras a bordo. —Beitris se levantó lentamente, con una mirada aguda que contradecía su aparente debilidad.

Katja sintió un nudo en la garganta ante el apoyo demostrado por su nueva familia, y agachó la cabeza por miedo a delatar la fuerza con que la conmovían sus actos de bondad.

* * *

El ruido de botas en las escaleras en mitad de la noche despertó a Katja de un ligero sueño. Por la tranquila reacción de

Freki, reconoció los sonidos y no los consideró una amenaza. Una vez lo bastante despierta como para reconocer la risa ahogada de Finn, se dio cuenta de que su marido por fin había llegado. Se colocó un sencillo vestido sobre la cabeza, decidiendo renunciar al calzado. Levantó la barra de la puerta y echó un vistazo al sombrío pasillo. Se dio cuenta de que Robbie ya no montaba guardia en la puerta y que probablemente había seguido a los hombres hasta la cámara de Calder. Como no quería despertar a Beitris y Torri en la habitación contigua, caminó sin hacer ruido por el pasillo y subió las escaleras.

Las voces masculinas se hacían más fuertes y la expectativa de ver a su marido después de más de una noche crecía, aligerando su corazón. Se reprendió a sí misma por sus débiles emociones femeninas. ¿Estaba tan ida que la mera idea de ver a su marido hacía volar su corazón? Al detenerse en el rellano, admitió que sí. Sus labios se torcieron con pesar y Katja sacudió la cabeza antes de continuar por el pasillo. La puerta de la habitación de Calder estaba entreabierta y la luz se derramaba por el pasillo.

—¿Creéis que es prudente poner a vuestra amante a cargo de una granja en las tierras de vuestra esposa? —La inconfundible voz de Finn formuló la pregunta.

Katja apartó la mano del pestillo como si la hubiera mordido y se alejó de la puerta, con los oídos atentos a la respuesta de Calder.

—Mi esposa dijo que quería que Lorna se fuera del torreón. Estoy cumpliendo sus deseos.

«¡Pérfido bastardo!»

La idea de que Calder tuviera a su puta al alcance de la mano le robó el aliento. La palma de la mano le oprimió el repentino dolor en el pecho, y se escabulló aún más en el oscuro pasadizo.

—¿No pensáis consultar a Katja?

Katja resopló. Al menos *Robbie* cuestionó el odioso plan de su marido.

—¿Vosotros también? —La réplica de Calder retumbó en voz baja—. Ya he tenido bastante de este anciano empujándome y presionándome, diciéndome lo que debo y no debo hacer. No empecéis vos también.

—Tenemos que hablar de Katja. —La insistencia llenaba las palabras de Robbie.

—Puedo ocuparme de mi propia esposa. —Las afiladas palabras de Calder no admitían discusión.

—No lo entendéis. —La voz de Robbie se elevó con frustración.

—No, esta noche no. Estoy cansado y ya es muy tarde. Os veré en la sala dentro de unas horas.

Los pies se arrastraron por el suelo de madera y Katja bajó las escaleras con silenciosa presteza. Cerró la puerta de su habitación antes de que Finn y Robbie llegaran a su nivel. Apoyada en el portal, abrazándose contra el dolor de la traición, las lágrimas fluyeron libremente mientras la autocompasión se apoderaba de ella. Un dolor sin parangón atravesó su corazón. El dulce rostro de su madre le vino a la mente, y con él la comprensión, cuando Katja comprendió la profundidad del sufrimiento de una mujer cuando entrega su corazón. Había creído que su marido era fiel a su palabra. Enfrentarse a la realidad de su traición la hirió más allá de las palabras.

«Es un hombre como cualquier otro. Unas pocas palabras bonitas y caricias suaves no lo hacen diferente».

Katja enjuagó sus ojos mientras la ira emergía de la autocompasión. Su espina dorsal se puso rígida, el deseo de abandonar este desdichado lugar floreció ferozmente. Qué tontería pensar que la estima de Beitris y Torri sería suficiente. Ni siquiera el miedo de saber que algunos en el clan deseaban su muerte se comparaba con el dolor de descubrir que su marido mantenía a su odiosa puta. Recordó sus palabras de sólo unos días antes.

«Os prometí mi fidelidad. No tendré a nadie más en mi cama de ahora en adelante».

La confianza que había dejado crecer se derrumbó en ruinas. Ahora que él había obtenido de su unión la paz, las monedas y las tierras que necesitaba, todos lo que quedaba era que ella diera a luz a su heredero. El calor se apoderó de su pecho. Ya había sacrificado bastante. No se convertiría en su madre. Y si se quedaba en Fairetur un día más, la ira podría llevarla a hacer algo terrible a su engañoso marido o a su descarada ramera. Aunque

justificado a sus propios ojos, dudaba que alguien más lo viera así.

«No pertenezco a este lugar».

La verdad de esta revelación resonó en su interior y caló en sus huesos. No podía quedarse, ni regresar al hogar de su señor. Katja se estremeció ante la idea de volver a vivir bajo el pulgar de aquel degenerado. Él le había dejado claro que no quería volver a poner sus ojos en ella, un sentimiento que ella correspondía de todo corazón.

Katja reflexionó sobre su situación. En los últimos meses había sentido el impulso de escapar de los abusos de su padre. Más de una vez, a lo largo de los años, había pensado en huir a casa de su madre. Sin embargo, el viaje era largo y peligroso. ¿Merecía la pena arriesgarse?

«No seré posesión de un hombre infiel».

El amanecer se apresuraba, faltaban poco más de una hora o dos. Pronto se levantarían las puertas para los que reparaban las labranzas y cuidaban los rebaños. Los MacFies llegarían pronto, así que el torreón estaría ocupado este día de finales de otoño. Podría marcharse antes de que alguien notara su ausencia. Katja preparó el zurrón y salió de su habitación con Freki como sombra. Se detuvo ante la puerta de Beitris y Torri. Ignorando el tirón de su corazón, apretó los puños y la mandíbula, giró sobre sus talones y bajó silenciosamente las escaleras hasta la cocina. Ocupada con la comida de la mañana, Cook se limitó a asentir cuando Katja cogió una ronda de pan, queso y carne seca de una bandeja que había sobre la larga mesa de servir. El aura amarilla de felicidad que se arremolinaba en torno a Cook inspiró una sonrisa agridulce en el corazón de Katja. Sin mediar palabra, ella y Freki cruzaron la puerta y entraron en la torre del homenaje.

Jamie bostezó y se quitó el sueño de los ojos, con la paja aún pegada a la ropa, mientras Katja entraba en los establos.

—Os habéis levantado temprano, *milady*.

—Sí. Pensaba cabalgar hasta el lago esta mañana. —Fue fácil sonreír al muchacho al recordar que era uno de los pocos que la habían acogido de verdad. Agitó una mano en un movimiento de espanto—. Volved a vuestra cama. Puedo ir a buscar mi propio caballo.

—No, *milady*. Titus me cortaría la cabeza si no lo hiciera por vos. Además, ya estoy levantado. —Jamie negó con la cabeza.

El muchacho se apresuró a preparar a Skündi mientras Katja aseguraba sus armas y árguenas. Jamie acarició valientemente la enorme cabeza de Freki, ganándose un húmedo movimiento de la lengua del perro por su atrevimiento. La bestia mimada apoyó la cabeza en la mano del muchacho hasta que el joven le rascó su lugar favorito detrás de las orejas. Freki lanzó un suspiro de satisfacción y empujó al muchacho con su carnoso hombro.

—Creo que le agrado, *milady*. —El entusiasmo de Jamie hizo sonreír a Katja.

—Sí, así es.

—El primer día temí que me comiera.

Katja sonrió con indulgencia, con los ojos ardiendo de emoción. Respiró hondo y reprimió los fuertes sentimientos. Sujetando las riendas con tanta firmeza como determinación, montó en el caballo que la esperaba.

Jamie bostezó al despedirse. Con Freki pisándole los talones, Katja acompañó a Skündi hasta la puerta principal. Se encontró con algunos muchachos y dos ancianos que se dirigían a las granjas, y caminó a su lado asintiendo y sonriendo cuando alguien la miraba a los ojos. Una vez cruzada la puerta, giró hacia el oeste y espoleó a Skündi al galope para perpetuar su historia de dirigirse hacia Loch Beaggorm. El dolor de la partida oprimía su corazón y se llevó la palma de la mano al pecho para aliviar el escozor.

«No me quedaré donde no me quieren. No viviré la vida de mi madre».

Las palabras reforzaron su determinación, pero las lágrimas llenaron sus ojos y dejó que Skündi encontrara su propio camino.

Una vez superada la colina y fuera de la vista del torreón y la aldea, giró hacia el sur por un pequeño arroyo y retrocedió hacia el este, hacia el camino de Hacraig. El agua borró las huellas de las pezuñas de Skündi tan rápido como las hizo. Después de haber pasado Fairetur, ella lo dirigió hacia el norte hasta que encontraron el camino del este. Según sus cálculos, había casi dos días de camino hasta Thurso y la costa. Lo había visto en el mapa y había oído a su padre y a sus hermanos hablar lo suficiente de los barcos

que llegaban y partían con mercancías del puerto como para conocer su ubicación.

Lo único que le preocupaba era lo difícil que podía resultar llegar a Lerwick, en las islas Shetland. La tía Runa y el tío Lund la recibirían con los brazos abiertos, estaba segura. Su tío estaría encantado de ver qué había sido de aquel incómodo fardo de pieles que le había regalado hacía unos años.

Katja se estremeció y se ciñó la capa. Después de una mañana nublada, el día amaneció despejado, con un suave pero frío viento del norte que la apresuró en su camino y formó una capa helada alrededor de su corazón.

* * *

Calder se levantó, renovado y esperanzado. Las negociaciones con los MacCairn se habían completado, y ahora tenía a los muchachos necesarios para cuidar las tierras de Katja. Al pensar en su esposa, sonrió, deseando verla esta mañana. Tras un rápido aseo, se vistió y bajó las escaleras para romper el ayuno. Entró en la sala y no tardó en darse cuenta de las miradas tensas que le dirigía su abuela. Torri parecía afligido, su hermano abiertamente enfadado, y la mirada de su tío clavada en la escudilla de gachas que tenía delante. Katja no aparecía por ninguna parte. Cuando tomó asiento, una sirvienta puso un tazón de gachas y una jarra de sidra sobre la mesa.

—¿Por qué esas caras amargas esta mañana? ¿Dónde está mi encantadora novia? No es propio de ella dormir hasta tarde. —Calder mezcló un poco de miel con la avena cocida y las manzanas secas.

—Con mucho gusto responderé a vuestras preguntas, en privado. —Robbie se reclinó en su silla, con los brazos cruzados y el ceño fruncido, idéntico al de la noche anterior.

—¿Sucede algo? —Calder dejó la cuchara y miró a su hermano.

Robbie se levantó y se dirigió al solar, abriendo la puerta expectante. Calder sostuvo la escudilla en una mano y la sidra en la otra, y le siguió, con un escalofrío de inquietud recorriéndole la

espalda. Beitris y Torri entraron en la habitación delante de él.

—Esperad a un viejo. Tengo la sensación de que no quiero perderme esto. —Finn se levantó, haciendo crujir las articulaciones al enderezar la espalda, y dio un paso cojeando hacia el solar.

Una vez que todos encontraron asiento, Robbie comenzó la historia con las gachas envenenadas. Torri y Beitris añadieron detalles a medida que avanzaba la historia. Calder escuchó, atónito, sus gachas olvidadas mientras escuchaba la historia de traición e intento de asesinato de su esposa. Su mandíbula se tensó hasta que le crujieron los dientes.

—¡Santo Dios! ¿Encontrasteis con quién trabajaba Liam en el torreón?

—No. Lo único que sé es que no fue Lorna. Ella fue contada cada día, y no sirvió en la cocina ni arriba de las escaleras en esos días. —Robbie negó con la cabeza.

—Puede que ella no lo hiciera, pero apuesto a que tuvo algo que ver con este mal. —Calder echaba humo, preguntándose por qué no había seguido antes el consejo de su tío con respecto a su antigua amante.

—Realmente creo que Lorna es inocente —protestó Robbie —. La presioné mucho, amenazándola con la soga si no decía la verdad. Estaba realmente asustada y no parecía saber de qué iba Auld Liam. En todo caso, Liam la mantuvo en la oscuridad para proporcionarle un incauto en caso de que lo necesitara.

—¿Dónde está Katja ahora?

—He preguntado y se marchó al amanecer para cabalgar hasta el lago, según el joven Jamie. —Robbie frunció el ceño, como si no se creyera la historia.

—¿Por qué abandonaría Katja la seguridad del torreón? Traedme a Jamie. El propio muchacho lo contará. —El desconcierto sacudió el cerebro de Calder. Golpeó la mesa con la mano abierta, saltó de la silla y se dirigió hacia la puerta.

—Interrogué al muchacho dos veces para asegurarme. Tully estaba de guardia en la puerta y confirmó la historia de Jamie. Vuestra mujer giró hacia el oeste en cuanto llegó al camino. —Robbie negó con la cabeza.

—No tiene sentido que se fuera sola de la fortaleza. Huir para evitar futuras dificultades tampoco tiene sentido. Y no es propio de ella hacerse la cobarde. —Calder se restregó la cara, esforzándose por comprender por qué se había marchado.

—¿Cobarde? No. No viste a los dos hombres que Liam puso sobre ella. Uno tenía un feo corte en el brazo, probablemente por intentar sujetarla, y ambos tenían sus flechas clavadas profundamente en el pecho. Puso su bestia sobre Liam y acababa de acercarse a él cuando cabalgamos sobre la cresta. La muchacha tiene hierro en la columna —resopló Robbie.

—Sí, lo creo. Sin embargo, lo que no creo es que se haya ido a pasar el día al lago.

—Parece que, entre mi mal trato hacia ella y la diablura de Liam, mi hermosa novia ha decidido abandonar el clan MacGerry. —Su corazón se estremeció.

CAPÍTULO 12

El fuerte paso de Sköndi le permitía cubrir terreno durante horas sin cansarse. Katja estaba agradecida por tener un caballo tan bueno, aunque sabía que su señor sólo le proporcionaba una montura de calidad porque cualquier otra cosa quedaría mal con el conde.

Freki trotaba a su lado. Tras dos breves paradas para beber agua en el arroyo que caía cerca del camino y para permitir que Sköndi pastara la hierba moribunda, llegaron a Hacraig antes de que la luz del día renunciara a su dominio.

Katja se envolvió en la capucha de su capa y, al amparo de la penumbra, atravesó el pueblo sin ser vista, deteniéndose en una pequeña posada en el extremo norte. Un hombre corpulento apareció en la puerta y su delantal sucio lo identificó como el mesonero.

—Buenas noches, señor. El Cerdo y el Arado no es elegante, pero si necesita una habitación y comida caliente, ha venido al lugar adecuado. —Observó su aspecto con el ceño fruncido.

—Buenas noches, señor. Sí, deseo alojamiento y comida para los tres.

El mesonero la miró de nuevo, pareciendo sorprenderse de que fuera una mujer. Su atención se desvió hacia Freki. Katja vaciló. No había pensado en la posibilidad de que los establecimientos públicos no permitieran la entrada a su acompañante.

—No permito perros en mi posada, y no quiero problemas con un marido o un padre enfadado. La sala común pronto se llenará de muchachos que beben mucho y se deleitan provocando diabluras. Una mujer sola vestida de hombre es un problema si alguna vez lo he visto. Cuatro peniques os darán un pequeño cuarto de servicio en el primer suelo para pasar la noche. Veré que os lleven la cena a vuestra habitación. Eso os mantendrá fuera de la vista y de los problemas hasta mañana. Vuestro caballo recibirá un buen masaje y su ración de avena. Sin faltar al respeto, es lo mejor que puedo ofreceros.

—No quiero problemas. Una habitación en la parte de atrás parece una buena elección. Incluid una segunda comida y dejad entrar a mi perro, y os doblaré el precio a una moneda de plata. No os preocupéis. Los modales de mi chiquillo son dignos de la corte del buen rey Jamie. —Katja asintió.

—No os ofendáis, *milady*, pero antes veré el color de vuestra moneda. —El mesonero se acarició la barba mientras consideraba su oferta. Los colores de la desconfianza se arremolinaban a su alrededor.

Katja sacó una de las varias monedas de plata con la efigie del rey David en relieve y se lo entregó al hombre. Su abuela le había dado en secreto una moneda de plata cada San Miguel desde que murió su madre y le había ordenado que las escondiera en el dobladillo de su capa. Katja envió una bendición silenciosa a la mujer cuya previsión había hecho posible este viaje a su familia.

El hombre examinó la moneda, le dio una vuelta y luego dos, y asintió. Hizo señas a un mozo de cuadra que esperaba a cierta distancia.

—Ori se ocupará de vuestro caballo. Os llevaré a vuestra habitación y haré que mi esposa os traiga dos tazones de estofado.

No es mucho, pero sí caliente y saciante. Os pido que os quedéis en vuestra habitación hasta el amanecer. Ori tendrá vuestro caballo ensillado y listo para cabalgar al día siguiente. —El mensaje tácito de que sólo era bienvenida por una noche -y a regañadientes- estaba claro.

La habitación que le ofreció era pequeña pero limpia. El único mobiliario era una mesa raída y un taburete de tres patas. Un jergón de paja ocupaba la mayor parte del espacio. Katja colocó sus armas y sus árguenas en un rincón del jergón y colgó su capa de una clavija de madera. Aunque no había chimenea, la habitación era cálida. La pared enladrillada y los ruidos amortiguados le indicaron que la cocina estaba al otro lado y era la responsable del calor.

Unos minutos más tarde, unos golpes en la puerta anunciaron a una mujer mayor, de aspecto robusto, que llevaba una bandeja con dos escudillas humeantes, una jarra y una taza.

—Buenas noches, *milady*. Aquí tenéis vuestra cena. Espero que mi marido no haya sido demasiado duro con vos. Es fácil de irritar cuando hay extraños cerca. No os preocupéis por vuestro perro. Es bienvenido siempre que cuide sus modales, aunque Dios sabe que esa bestia se comporta mejor que los bribones que servimos a estas horas de la noche. —Su jovial voz hacía juego con sus amables modales.

—Es para vuestro muchacho, ¿verdad? —La amable mujer se acercó a Freki con una escudilla de estofado.

—Sí, señora. —Katja respondió a la pregunta de la mujer.

La esposa del mesonero asintió y se puso en cuclillas ante el enorme perro. La nariz de Freki se estremeció al olfatear el aire, y sus ojos se mostraron esperanzados. Puso la escudilla en el suelo delante de él y le acarició la enorme cabeza.

—No es más que un chiquillo crecido. —Se rio y volvió a acariciarle el pelaje dos veces más. Freki ignoró sus caricias y devoró rápidamente el estofado.

—Golpead la pared si necesitáis algo. Tendré agua para que os lavéis por la mañana y *bannocks* frescos para romper el ayuno. —La mujer se levantó y sus huesos crujieron con fuerza.

—Gracias por vuestra hospitalidad.

La anciana sonrió, agitó una mano y cerró la puerta suavemente tras de sí. En ese momento, la voz de la mesonera resonó a través de las delgadas paredes de la estructura.

—¡Aquí! Cuidado con esa bandeja de cerveza, señorita. Si derramáis una sola gota, os será descontado de la paga.

Katja se estremeció, su tono exigente le recordaba a su señor. Sonrió al darse cuenta de que la probabilidad de volver a oír su voz era remota. Sin embargo, su sonrisa se desvaneció cuando una tristeza que había ignorado todos los días se apoderó de ella. ¿Había hecho lo correcto al marcharse? ¿Debería haber confrontado a Calder, *pedirle* una explicación?

«¡Mi marido metió a su puta en un una pequeña granja de mis tierras!»

Las emociones le revolvían el estómago mientras buscaba una postura cómoda en el jergón de paja. Freki suspiró profundamente. Katja trató de calmar su mente, pensando en cómo conseguiría un pasaje en barco a Lerwick al día siguiente como una mujer sola con un gran caballo y un perro bastante grande. Recordando su poco cordial bienvenida en la posada, Katja supuso que su recibimiento no sería mejor en los muelles de Thurso. Rezó para que la plata que llevaba marcase la diferencia allí como lo había hecho esta víspera.

Un ligero golpe en la puerta la despertó unas horas más tarde. La cola de Freki le dijo a Katja que la mujer del mesonero había vuelto.

—Buenos días, *milady*. Aquí tenéis el agua y la comida que os prometí.

Una sirvienta puso una cacerola con agua sobre la tambaleante mesa. Unas gotas de vapor surgieron y se desvanecieron de su superficie. Otra chica colocó junto a la cacerola una bandejita con *bannocks* y una taza de leche de cabra. Katja temió que la mesa cayera al suelo, pero las patas enjutas y desparejadas encontraron el equilibrio.

—Y algo para vuestro muchacho. —La mujer mayor lanzó un trozo de carne seca a Freki. Este lo cogió en el aire con un sonoro chasquido de sus mandíbulas. Le siguieron tres trozos más y, con cada chasquido, la mujer reía de placer.

Katja tomó un *bannock* y la leche, con una sonrisa en la cara mientras Freki entretenía a la anciana.

—Creo que lo echaríais a perder si nos quedáramos otro día. —Sonrió.

—Oh, me retiro. Tenéis que ir a un sitio, y yo tengo un marido y unos invitados para los que terminar de cocinar. Ori ya debería tener vuestro caballo alimentado y ensillado. —La mujer limpió sus manos en el delantal y abrió la puerta.

—¿Cuán lejos está Thurso? —Katja recogió rápidamente sus pertenencias.

—Tal vez dos horas en ese buen caballo vuestro. Buena suerte, *milady*. —La mujer asintió hacia el camino.

—Gracias por vuestra hospitalidad, señora.

Como predijo la matrona, el mozo de cuadra tenía a Skündi montado y listo para partir. Katja colocó el resto de los *bannocks* envueltos en lino en sus árguenas y montó. Se volvió para saludar a la mujer, pero la puerta de la posada se había cerrado tras ella. El mozo de cuadra inclinó su capucho hacia ella y se dirigió hacia el granero.

El pequeño pueblo de Hacraig empezó a despertar de su letargo. El oxidado sonido de un gallo marcaba el comienzo de un nuevo día. Katja agradeció que el viaje a Thurso fuera corto. Si seguía el camino que bordeaba el río, llegaría a su destino, ya que el río Thurso desembocaba en el mar.

Tras una hora de viaje, se toparon con una cabaña de pastores junto al río. Por el polvo que se veía a lo lejos y el estiércol fresco en el camino, los pastores y el ganado acababan de pasar por allí. Probablemente se dirigían al mercado, a una o dos horas de distancia.

Katja desmontó y llevó a Skündi a beber al arroyo, desinteresada por alcanzar al ganado y a los hombres que lo conducían. El río se había ensanchado y sus orillas eran menos empinadas, lo que facilitaba el acceso. Freki saltó a través del arroyo, chasqueando el agua. Katja se puso en cuclillas para llenar su odre y bebió un largo trago. Una rama se quebró detrás de ella.

—Mirad lo que tenemos aquí, muchachos. Un buen trozo de carne de caballo y una mujer.

Dos hombres se acercaron. La barriga del más cercano se extendía por encima de su cinturón, tan repulsiva como el resto de su aspecto desaliñado. El segundo hombre era más delgado, un poco más alto, pero parecía igual de sucio. Empuñaba una daga más larga que su antebrazo. Un aura de color rojo brillante los rodeaba a ambos, reflejando sus pensamientos lujuriosos. Ninguno de los dos se comportaba como un guerrero, y Katja esperaba que fueran simples ladrones. Aunque el del cuchillo largo parecía bastante letal.

En ese momento, Katja miró rápidamente a Freki. Tenía las orejas pegadas al cráneo, y el ruido del agua ahogaba el rumor de sus labios. Katja estaba segura de que los hombres aún no podían verle, ya que se encontraba bajo la orilla y todavía en el agua. Con un sutil gesto de su mano extendida, ordenó a Freki que se quedara.

—No deseo problemas. —Katja los miró fijamente.

—Entonces no nos deis ninguno cuando os pongamos de espaldas y sobreviviréis a este día con nada más que unos cuantos moratones y un coño dolorido. —El hombre delgado que empuñaba la daga sonrió y se acercó, con los dientes torcidos, amarillos y entreabiertos.

Katja apretó los dientes de rabia. ¿Acaso todos los hombres la consideraban mercancía para vender, intercambiar o utilizar para su placer? Consideró sus opciones, concentrándose en el hombre del cuchillo largo. Con la espada en su funda, atada al caballo, sólo tendría sus dagas para defenderse. Con un movimiento fluido, se levantó y desenvainó la espada. Plantando un pie hacia delante, lanzó el cuchillo hacia el hombre delgado, apuntando a la parte interior de su muslo. Sin nada más que ropa casera defendiendo su cuerpo, su inesperado movimiento dio en el blanco.

—¡Puta flaca! —gritó el hombre, tambaleándose al apretar el cuchillo. Sacó la hoja de su muslo y sus *trews* enrojecieron. Katja había apuntado a la gran arteria de su pierna, y parecía que al menos la había cortado.

Al instante desenvainó las dagas que llevaba atadas a los antebrazos y lanzó la primera hacia el corpulento hombre, apuntando a la carne blanda de su vientre. Sin vacilar, lanzó la

segunda daga contra el hombre delgado, intentando acertar de nuevo donde había impactado la primera.

Su lanzamiento contra el hombre más pesado falló y rebotó en su hombro. Este cargó contra ella con un rugido. Su segunda daga se clavó en la pierna del primero.

—¡Freki! ¡Atacad!

Liberado de la orden de quedarse, Freki saltó por la orilla y se lanzó contra el hombre cerrando la brecha entre ellos. La velocidad y la corpulencia del sabueso tiraron al gordo al suelo. Freki atacó su garganta, pero el villano bloqueó su ataque con un brazo protector. Hundiendo sus colmillos en la carne del brazo del hombre, Freki lo sacudió, desgarrando músculos y tendones mientras el hombre gritaba de miedo y dolor.

Katja volvió su atención hacia el ladrón armado que se había quitado la segunda daga de la pierna. Sus *trews*, ahora oscurecidos por la sangre de su vida, contaban la historia. La joven se puso en cuclillas y desenvainó ambos cuchillos de bota, lanzando primero uno y luego el otro hacia las tripas del hombre. Él bloqueó el segundo lanzamiento con su puñal, pero el primero se enterró profundamente unos centímetros por debajo de su cinturón.

Los gritos de su compañero en el suelo se detuvieron en seco. Katja desenvainó las dos dagas que llevaba al cinto y se dirigió hacia el hombre delgado, con su ira desatada. Este se arrancó la espada que tenía clavada en el medio y la añadió al montón que tenía a sus pies.

—Me has matado, pequeña zorra. —Su respiración se hizo entrecortada y se tambaleó. La incredulidad inundó sus palabras —. Nos has matado a los dos.

—Os dije que no quería problemas. Os lo habéis buscado.

—¿Quién sois?

—La última persona que veréis en esta tierra. —Hizo un movimiento de vaivén hacia la derecha, con la esperanza de crear una abertura, todos muy conscientes de que él no estaba lo suficientemente lejos como para ser presa fácil, a sabiendas de que sus largos brazos le daban la ventaja del alcance. Demasiado listo para caer en su estratagema o demasiado fatigado por la pérdida de sangre para reaccionar, permaneció allí, balanceándose sobre sus

pies. En el segundo movimiento de la Sinclair, el hombre blandió el puñal con violencia, de derecha a izquierda, sin acertarle por muy poco. Como sospechaba, no era un guerrero.

Katja siguió la trayectoria de la hoja, se acercó al pecho del hombre y le clavó el primer cuchillo en la parte carnosa del brazo que tenía extendido hacia ella, haciéndole retroceder. Le clavó el segundo puñal en la muesca de la base de la garganta, por encima del esternón. Sus últimas palabras se perdieron en un gorgoteo de sangre mientras caía de rodillas. Perdiendo la batalla con la muerte, cayó desplomado a los pies de Katja. La joven esperó a que le vinieran las náuseas, como la última vez que había matado. Hoy no sintió nada. Ni rabia. Ni miedo. Ni culpa. Su corazón era un vacío. Miró fijamente los ojos sin vida del bruto y recogió sus espadas, añadiendo la suya a su colección. En un rápido registro encontró unas pocas monedas de cobre y cinco peniques de plata entre los dos muertos.

La idea de dejar los cuerpos junto a la hoguera no le sentó bien, así que tomó primero a un hombre y luego al otro por las botas y arrastró los cadáveres hacia la maleza, consiguiendo evitar mirarles a la cara. No quería volver a pensar en ellos cuando acabara el día. Volvió a la hoguera, con Freki a su lado, y limpió la sangre. Después de limpiar bien sus armas, las devolvió a sus fundas.

La daga de los cojones podía impresionar desde lejos, pero si la examinaba de cerca se daba cuenta de que era de baja calidad. Ambos hombres habían llevado un cuchillo grande para comer y otros menesteres. Los guardó en sus árguenas para venderlos más tarde. El acero era valioso, incluso el de mala calidad. Los caballos de los ladrones pastaban plácidamente cerca, y ninguno protestó cuando ella recogió sus riendas y las ató. Su venta, junto con las espadas y las monedas que había recogido, se sumaría a la suya propia y le daría suficiente para vivir durante un tiempo.

El gruñido grave de Freki detuvo su respiración. Acalorado por su anterior pelea con el salvaje, salió corriendo del lado de Katja hacia la sombra moteada de los árboles. Aturdida, y sabiendo que no atacaría a alguien que conocía, le dejó marchar. En ese instante, gritos de ira la sacaron de su aturdimiento y corrió

tras Freki, cogiendo su espada de la silla de Sköndi a su paso. Unos gruñidos enfurecidos se elevaron por encima de los gritos. Algo desorientada en las sombras tras la brillante luz junto al río, Katja se detuvo en seco, observando las formas retorcidas del sabueso y el hombre en el suelo, a pocos metros de distancia.

El hombre asestó un golpe de refilón en el hombro de Freki. Este tropezó hacia un lado, pero volvió a la lucha sin gemir. Katja lo sujetó por el cuello y lo arrastró hacia atrás, esquivando una hoja que surcó el aire a la altura de su mano. La golpeó con la espada y ésta cayó a un lado.

—¡Freki! *Halda*.

El hombre que estaba a sus pies la miraba fijamente a través de una maraña de cabello oscuro, con el lado izquierdo de la cara hecho un amasijo de viejas cicatrices salpicadas de sangre de heridas recientes en el brazo. Se deslizó hacia atrás hasta quedar medio sentado contra un árbol, y sus movimientos le recordaron a los de un lobo acorralado. Un lobo herido y furioso.

—¿Los dos hombres que me atacaron eran vuestros compañeros? —preguntó Katja, sus dedos retorciéndose en el cuello de Freki.

—Malditos patanes. Vencidos por una mujer. —Escupió.

Katja levantó una ceja y una espada, tentándole a reconsiderar su propia situación.

— Ellos no eran amigos míos —gruñó—.

—Entonces marchaos y aprended de su error.

Con una última mirada a Katja y a su perro, el hombre apoyó el brazo herido en el costado y desapareció en el bosque. Esperaba que fuera la última vez que lo viera. Katja se acercó al río y bebió profundamente del agua burbujeante, aturdida y un poco sin aliento por lo que había hecho. Freki se puso de pie en el río y lamió con sed, mientras la corriente se separaba alrededor de sus piernas. Sköndi mordisqueaba la hierba al borde del río, resoplando de vez en cuando como si quisiera limpiar sus fosas nasales del hedor de la sangre fresca. Deseó poder borrar sus acciones con la misma facilidad. Contempló los cadáveres de los hombres que habían pensado llevársela, que habían dado su vida para extraer lo que deseaban de la suya, para deshacerse de ella

cuando hubiesen terminado.

«No tenía que haber llegado a esto».

Sin embargo, desde el momento en que el primer hombre la había mirado fijamente, con la lujuria abierta en su rostro, la muerte era el único final posible. Someterse a sus exigencias no sería una opción, y se había preparado para su propia muerte, aunque temblaba al pensar en lo que les ocurriría a Freki y Skündi. Respiró hondo, limpió sus manos en la capa y cogió las riendas de Skündi, que aún se encontraba nervioso por la batalla y el olor, levantó la cabeza y retrocedió.

—*Halda*, Skündi. —Pasó una mano por el liso cuello del caballo de forma tranquilizadora.

Freki subió por la orilla y se interpuso entre Katja y Skündi. El caballo bajó la cabeza, acariciando con el hocico al perro. Aparentemente tranquilizado por la presencia de su viejo amigo, el animal se calmó y Katja lo condujo al pequeño bosquecillo de árboles donde se apiñaban los caballos de los muertos. Una yegua chilló y saludó con a Skündi, con las orejas pegadas al cráneo. Este sacudió la cabeza e inclinó el cuello, dándole un empujón con el pecho.

—¡*Vær stille*! No necesito que alertéis al mundo de nuestra presencia. Ya me habéis metido en demasiados problemas.

Los caballos se calmaron y ella los ató. Guardó los puñales de los muertos en un zurrón que colgaba de la silla de uno de los lanudos caballos y colocó las monedas en distintos lugares de su cuerpo y de los arreos de Skündi para evitar perder todo lo ganado en un robo.

El sol caía con fuerza sobre ella y lamentó tanto la pérdida de tiempo en el camino como el motivo del retraso. Consciente de que era cuestión de tiempo que alguien más se acercara por el camino, montó en su caballo y condujo a los demás hasta el borde del sendero de tierra, con la esperanza de llegar a Thurso antes de encontrarse con otros viajeros.

Los llevó a toda prisa por el camino, con los ojos escrutando el terreno bajo la capucha, alerta ante cualquier peligro. Freki caminaba a su lado, con la lengua fuera de las mandíbulas, sin mostrar signos de herida. El terreno se aplanaba y descendía

gradualmente hacia el mar. Los viajeros pasaban con curiosidad por los animales que ella conducía. Katja se dirigió a la ciudad sin saludar a nadie. Siguió el sonido de un martillo sobre el acero, pero se detuvo al darse cuenta de que había confundido los ruidos de una herrería con los de la construcción de un barco. Como no se atrevía a pedir ayuda a un hombre, preguntó a una mujer que salía de una taberna cómo llegar allí. Ignorando la mirada evaluadora de la mujer sobre su ropa, Katja dio la vuelta a los caballos y volvió sobre sus pasos, llegando rápidamente a su destino. El herrero levantó la vista de su trabajo.

—Tengo caballos pequeños para vender.

Una bruma de azufre brilló alrededor del hombre mientras se enderezaba, con una mano apoyada en la parte baja de la espalda. Rápidamente se convirtió en el gris de la avaricia, pero sus ojos estaban puestos en los caballos, no en ella. Estaba ansioso por negociar.

—¿A quién pertenecen estos caballos? Son unos jamelgos sin valor.

—Admito que su linaje es muy inferior al de mi caballo, pero no aceptaré menos de lo justo por ellos. En cuanto a su propiedad, son míos.

—He visto a la yegua baya antes. Es un verdadero espanto, y pertenece a Gair Orrock. —Sus ojos se entrecerraron. Con la barbilla levantada, desafió la afirmación de Katja.

—Describidlo.

—Hombre mayor, cabello negro, ojos marrones. El lado izquierdo de su rostro tiene cicatrices de un incendio. —El herrero cruzó sus fornidos brazos sobre el pecho—. Odia todo lo Sinclair.

—Conocí a un hombre así y a otros dos a una hora o menos de la ciudad. Ahora respeta más a las mujeres que viajan solas, pero vivirá para contar la historia de la bestia con colmillos que le arrancó la carne del brazo y le cambió las cicatrices de la cara. —El corazón de Katja vaciló.

La mirada del herrero se dirigió al perro que tenía a su lado. Freki jadeó ligeramente, con los ojos fijos en el hombre que hablaba con su dueña. Al cabo de un momento, el hombre volvió a centrar su atención en Katja.

—¿Y los demás?

—*No* contarán tales historias.

Esta vez, la mirada del herrero se dirigió a la bolsa repleta de armas.

—Quiero vender los caballos y las armas. Tengo las mías y necesito la moneda.

—Os daré una moneda justa, pero no por la yegua. Gair no ofrecerá plata por su bestia cuando venga a por ella. —El hombre frunció el ceño.

Katja vaciló al saber cómo era el hombre al que Freki había hecho huir para salvar su vida. Era cierto que probablemente se había granjeado el enemigo más oscuro que jamás encontraría, pero planeaba alejarse de Thurso en el próximo barco con destino a Lerwick. Con suerte, el tal Gair Orrock pasaría varios días curando sus heridas antes de regresar a la ciudad.

Tras una breve negociación, ella y el herrero llegaron a un acuerdo y cabalgó hacia el centro de la ciudad. Ahora que se había distanciado un poco de los canallas que la habían abordado, se dio cuenta de que tenía mucha hambre. Compró un trozo de queso y pan para ella y una bolsa de carne seca para Freki, y continuó hasta el puerto para preguntar por la reserva del pasaje a Stromness, la primera etapa de su viaje a Lerwick.

La oscuridad cubría la pequeña ciudad cuando Katja abandonó el puerto. Los oídos le zumbaban por las maldiciones y las insinuaciones lascivas que había recibido de los hombres del astillero. La mitad de ellos no la consideraban más que un problema y una maldición por tocar siquiera sus barcos, los otros le ofrecían una plaza a bordo a un precio descriptivo que le hacía cuajar la comida en el estómago y le quemaba los oídos incluso ahora. Para empeorar las cosas, los pocos cuya atención se agudizó ante la mención del dinero se negaron a permitir que Freki subiera a bordo.

—No sé qué hacer, Freki. No os dejaré atrás, y sois demasiado grande para llevaros de contrabando. —Alborotó las orejas del perro.

El perro gimió y golpeó el suelo con la cola. Katja se sentó sobre sus talones junto a él, sintiéndose reconfortada por su

robusto cuerpo y su profunda amistad. Desde que su tío Lund se lo había entregado como un trozo de piel huesuda, el perro apenas se había separado de ella, y no de buena gana. Sacó otro trozo de carne de su bolsa y Freki aceptó la ofrenda, masticando las duras fibras secas un momento antes de tragar. Katja se recostó contra la áspera pared del edificio en el que se había refugiado y cerró los ojos, mientras su mente daba vueltas a los problemas que tenía ante sí.

Un rugido de advertencia en el pecho de Freki despertó a Katja al instante. Sus dedos apretaron con fuerza el collar del perro, pero el gruñido no disminuyó. Miró a su alrededor en la penumbra con movimientos bruscos de la cabeza, deslizando la mano libre hacia la daga enfundada en su bota.

Freki se lanzó hacia delante con un rugido, soltándose del alcance de Katja. Skündi se apartó un paso, asustado. Katja se puso en cuclillas, con la daga en un puño y los dedos abiertos. Un grito ahogado llegó a sus oídos.

—¡Socorro!

—¡Freki! ¡*Halda*!

CAPÍTULO 13

El perro se echó hacia atrás, con la cabeza gacha, los pelos de punta, los ojos fijos en el pequeño cuerpo que había en el suelo ante él. El muchacho apartó el brazo de su cabeza, su manga hecha jirones no se diferenciaba del abrigo que llevaba, por lo que Katja no podía saber si el daño se lo había hecho Freki o no.

—Levantaos.

—¡Me comerá! —El muchacho le lanzó una mirada aterrorizada.

—Sólo si yo lo ordeno. —Levantó una ceja—. ¿Me obedeceréis?

Con una lenta inclinación de cabeza que fue aumentando gradualmente de vigor, el muchacho se puso cautelosamente en pie. Katja observó que su otra manga estaba tan hecha jirones

como la primera, y que las mitades de su raído abrigo estaban unidas por una cuerda atada a la delgada cintura del muchacho.

—¿Cómo os llamáis, muchacho? —Se esforzó por mantener una voz severa, luchando contra la parte de ella que deseaba abrazarlo, alimentarlo y exigirle que se bañara más de una vez al año.

El joven frotó su nariz con un sucio dedo, con una mirada cautelosa.

—Mi nombre es Donnan. —Sus palabras se retorcieron como si detestara separarse de su nombre.

Katja lo inspeccionó, desde la parte superior de su cabello enmarañado de marta hasta sus pies descalzos, tan oscuros por la suciedad que al principio pensó que estaba calzado. Sus ojos negros brillaban con un toque de desafío.

—Vaciad vuestros bolsillos.

—¡No podéis obligarme! ¡Son mis cosas, no vuestras! —Se echó hacia atrás.

Sin apartar la mirada, hizo un gesto a Freki. Este dio un paso adelante, amenazador, y sus labios se curvaron para mostrar unos colmillos blancos.

—Freki debe su nombre a uno de los lobos de Odín. Es descendiente de los lobos de las tierras del norte, lo bastante feroz para acabar con una bestia merodeadora sin pensárselo dos veces. —Inclinó la cabeza—. ¿Os convencerá de que os rindáis?

Donnan miró boquiabierto al enorme cazador de lobos. Por un momento Katja no supo si estaba paralizado por el miedo o midiendo sus posibilidades de escapar. Con un movimiento repentino, el muchacho se despojó rápidamente del abrigo de sus delgados hombros y se lo entregó, con un temblor en el brazo.

Katja aceptó la prenda con cautela y echó un vistazo al interior de los dos grandes bolsillos exteriores. Un mendrugo de pan mohoso y un poco de carne seca eran el único contenido de uno, y en el otro había un par de piedras negras. Con el ceño fruncido por la decepción, sacó una moneda de plata de un bolsillo interior, y sus dedos se toparon con otras tres monedas, cada una envuelta en un trozo de tela para que no tintinearan entre sí.

—Ahora son mías. —Donnan la miró con una sonrisa pícara.

—Las habéis cogido. —No tenía que preguntar. Pero quería oír su respuesta.

—Trabajo cuando puedo. Pero cuando no puedo, hago lo que debo. —Se encogió de hombros.

—¿Dónde trabajáis?

—Hago mandados para los hombres mientras descargan los barcos. Un poco de cerveza, un bocado de cena. Me quedo con lo que no gasto. —Indicó los muelles con un movimiento de la barbilla.

—¿Y cuando no tenéis que hacer mandados?

—Los borrachos son presa fácil. —El desafío iluminó su rostro. Y derritió el corazón de Katja. El aura gris esperada, que indicaba codicia, no apareció. El verde oscuro del resentimiento, que ella comprendía perfectamente, se entrelazaba con una tenue línea púrpura, que demostraba que se avergonzaba de la vida que llevaba.

«Puede ser útil y tal vez yo pueda ayudarle».

La joven frotó su barbilla con las yemas de los dedos, pensativa, y le devolvió el abrigo. Él metió los brazos en las andrajosas mangas y se lo ciñó a la cintura.

—Os pagaré para que me ayudéis.

—¿Me entregaréis por ladrón? —Donnan se detuvo, su aura se fundió en el azul pálido de la confusión. Sus ojos se desviaron hacia Freki, que se había relajado y estaba al lado de Katja, jadeando ligeramente.

—Os ofrezco la oportunidad de cambiar vuestra vida a mejor. ¿Consideráis mi oferta?

—¿Qué debo hacer? —Su cautelosa mirada buscó la de ella, y Katja, con calma, le dio tiempo para reflexionar.

—Necesito pasaje en el próximo barco con destino a Lerwick. Para mí, Freki y el caballo. —La satisfacción la invadió y luchó contra el impulso de sonreír.

—No permitirán a una mujer a bordo. Dan mala suerte en un barco. —Donnan silbó bajo. Sus ojos se abrieron de par en par—. ¡Es verdad! No miento.

—¡He estado a bordo de muchos barcos! La mayoría van de aquí a Stromness y de allí a Lerwick. Es difícil encontrar un barco

con espacio para un caballo. Tampoco les gustan mucho los perros. Especialmente los grandes y feroces. —Se animó ante el asentimiento de Katja.

—¿Podríais nombrar un barco que pueda llevarnos a todos? ¿Incluyéndoos a vosotros?

—¿Yo? —preguntó Donnan, claramente sorprendido—. ¿Por qué yo?

—No parece que tengáis mucho que esperar aquí. Mi tío tiene un negocio de construcción de barcos en Bremirehoull, en las Shetland. Siempre puede necesitar muchachos diligentes y honestos. —Consiguió no inmutarse, con la esperanza de que Donnan pudiera enmendarse lo suficiente como para ser honesto, y su tío viera el beneficio de contratar al desaliñado muchacho.

—Sería un nuevo comienzo para vosotros. Tal vez dentro de unos años tengáis suficiente destreza para contratar a alguien a bordo como ayudante, si lo deseáis, o tomar la decisión de seguir aprendiendo a construir barcos.

—¡Sí! Sólo necesito un trabajo estable. No tendré que robar carteras cuando tenga algo de dinero. —Los ojos de Donnan se abrieron de par en par y una sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios. Levantó la voz y las palabras le salieron más rápidas—. Podría trabajar todos los días, ¡soy fuerte! Y no como mucho. Y puedo dormir en cualquier sitio.

Katja miró a su espalda y vio una caja de madera volcada sobre la que había una manta tendida a un lado, como si se tratara de una habitación con cortinas.

—¿Es vuestra casa? —preguntó en voz baja.

—Es la mía —respondió él, con una gran dosis de amargura y desesperación en sus palabras. Donnan se crispó las manos.

Katja deseaba abrazarlo, decirle que sus preocupaciones habían terminado, pero tales acciones y palabras le eran ajenas y no era fácil actuar en consecuencia. Se conformó con asentir enérgicamente.

—Busquemos un barco.

* * *

Calder detuvo su caballo y desmontó junto al lago. Su corazón se derrumbó. A pesar de las sombrías predicciones de su hermano y su tío y de sus propias palabras de culpabilidad, esperaba encontrar a Katja aquí. Se asomó a cada sombra, a cada remolino que rozaba la orilla, a cada roca lo bastante grande como para albergar a su mujer. No vio el cabello rubio plateado ni los ojos grises. Su mirada se volvió hacia el suelo. La tierra esponjosa mostraba las cicatrices de las huellas de caballos y ciervos, y no se le ocurría nada que hiciera destacar las huellas del caballo de Katja. El lord paseó por la orilla del lago, pero al final se vio obligado a admitir que no estaba más cerca de localizarla que antes.

«¿Dónde podría estar? No es una viajera experimentada. Admitió que nunca había salido de Ruadhcreag. ¿Volvería allí?»

Calder negó con la cabeza.

«¿Fue tal el trato que le di que volvería con el bastardo de su padre?»

El estómago se le revolvió al pensarlo. Había querido darle una vida de bondad, comprensión y amor como nunca había conocido. Apostaría a que nunca se había enfrentado al odio como en los últimos días. Hasta ahora, su plan había fracasado estrepitosamente. Escupió al suelo para librarse del amargo sabor del desaliento. Montó en su caballo y lo condujo a regañadientes hacia la frontera de Sinclair, con la esperanza de encontrar a su bella muchacha antes de llegar a Ruadhcreag.

Cuando llegó a la fortaleza de los Sinclair, largas sombras cubrían su camino. Entró en la fortaleza pisando los talones de unos pocos trabajadores que volvían del campo con sus herramientas de madera en la mano. En unos instantes se vio rodeado por tres guerreros Sinclair, erizados de sospechas y con las armas bien afiladas.

—¡Deteneos!

Calder giró la cabeza al oír la voz, aliviado al ver que Christer, el hermano de Katja, se dirigía hacia él a grandes zancadas.

—¿Qué ha ocurrido? —El rostro de Christer, normalmente rubicundo por el sol y el viento, palideció hasta quedar blanco.

—Vuestra hermana está bien. —Calder se apresuró a tranquilizarle. Miró a los soldados Sinclair—. ¿Puedo hablaros en privado?

Con una inclinación de cabeza, Christer despidió a los hombres y Calder desmontó, entregando sus riendas a un mozo de cuadra con la advertencia de que alimentara y diera de beber a la bestia, pero que mantuviera el caballo listo para cuando él lo llamara.

Los dos hombres buscaron un rincón del torreón entre dos edificios. Los demás pasaron junto a ellos con poco interés, pues se acercaba la hora de la cena. El aroma de las carnes cocinándose flotaba en la brisa y a Calder le rugía el estómago, pero lo ignoró.

—Katja está… mejor dicho, estaba bien la última vez que mi abuela la vio.

—He estado muy ocupado preparando el clan para el invierno. No he sido un marido atento. —Christer frunció el ceño, entrecerrando los ojos. Calder agitó la mano en señal de paz y agachó la cabeza—. Las cosas han sido difíciles para Katja.

Christer rechinó los dientes.

—Ella tenía expectativas -bueno, yo tenía expectativas- y tenía todo el derecho a una transición más fácil a su nueva vida. Pero he metido la pata, Christer, y lleva desaparecida de Fairetur desde esta mañana temprano. —Calder asintió.

Brevemente le contó a Christer lo que sabía, estremeciéndose al oír de su propia boca los problemas de su esposa. Casi esperaba oír el silbido del hierro un instante antes de que lo cortara, justicia por permitir que le ocurrieran tragedias tan cercanas.

—Es obvio que no está aquí, aunque por mi vida que no podría verla viviendo de nuevo bajo el gobierno de su padre. Aunque tampoco tengo ni idea de dónde podría estar. —Le dolía admitir que sabía tan poco de su esposa—. ¿Podéis ayudarme?

—¿Juráis que el hombre que instigó esto está muerto? —Christer respiró hondo, su agitación evidente.

—Sí. Y tengo a Robbie buscando cómplices en el clan. —Extendió las manos, con las palmas hacia arriba en señal de súplica—. He aprendido una amarga lección. No volveré a descuidarla. Ni su comodidad, ni su seguridad, ni su felicidad.

Christer le dirigió una mirada, y Calder se sintió abrasado hasta los dedos de los pies.

—No todos tienen la culpa. Nuestros clanes han estado en guerra demasiado tiempo, y hay algunos en ambos bandos que no aceptarán la tregua con gracia. Mantengo mi opinión anterior de que seréis un buen marido para ella.

—Debo encontrarla y convencerla de que es verdad.

—Ella no vendría aquí. Ya entendéis por qué. El único lugar al que se me ocurre que podría ir es a casa de nuestro tío, pero es un largo viaje desde aquí.

—No me importa. Iré ahora mismo. ¿Cómo la encuentro? —Calder se animó al oír la sugerencia de Christer.

El hombre le dirigió una mirada fulminante y Calder sintió que su corazón se desplomaba.

—Lund Sjoberg vive en Bremirehoull, en las Shetland. Debes reservar pasaje desde Thurso cruzando el Mar del Norte hasta Stromness y de allí a Lerwick.

—¡Eso son varios días de viaje! Podría pasarle cualquier cosa por el camino. Ella no consideraría tal cosa.

—Creo que ella lo ha considerado antes, aunque nunca ha sido provocada lo suficiente como para intentar el viaje. —Christer asintió.

Sus miradas se cruzaron. Calder buscaba comprensión y misericordia, pero sabía que no recibiría ninguna de las dos. Su falta de comprensión había causado una brecha demasiado grande.

—Entonces la he enviado a la muerte.

* * *

Katja cubrió su frente con la capucha y pisó con firmeza el ancho tablón. El barco se deslizaba bajo sus pies con el oleaje de la marea y Skündi retrocedió, con el blanco de los ojos brillando de miedo.

—*Komdu*, amigo. —Puso suavemente la palma de la mano sobre el hocico del animal—. Tranquilo.

Le dio un momento al caballo para que se calmara y avanzó con confianza, esperando que Skündi la siguiera. Freki merodeaba

al otro lado de Katja, con las orejas inclinadas hacia delante, escudriñando el barco y fijándose en los rudos hombres que los miraban desafiantes con sus ojos oscuros.

—Aquí es donde se queda vuestro caballo. —Donnan corrió por la cubierta. Señaló una pequeña zona bajo el castillo de proa, con una pesada red de cuerda colgada en tres lados para crear un espacio cerrado contra el casco del barco. Para sorpresa de Katja, un poco de heno fresco cubría las ásperas tablas, proporcionando un fino cojín sobre el entablado, así como forraje para el caballo.

—Lo habéis hecho bien. —Ató las cuerdas a una cornamusa de la pared del barco, asegurando a Sköndi en su establo provisional.

—No hay un camarote para vosotros, ya que este barco sólo hace el trayecto de Thurso a Stromness llevando carga y pocos pasajeros, pero podéis quedaros en el camarote del capitán si lo deseáis. —Donnan sonrió y le indicó que se acercara.

—No le dijisteis que soy una mujer y que buscaba intimidad, ¿verdad? —Katja le lanzó una mirada de sorpresa.

—No. No soy tonto. Le dije que pertenecíais a un clan importante que estaba de negocios en el norte. No usará su cabaña para el viaje y aceptará con gusto una moneda si desean quedarse allí. Llegaremos en menos de medio día. —Donnan frunció el ceño. Le infundió un aire despreocupado y de superioridad.

—Gracias, pero Freki y yo nos quedaremos con Sköndi durante el viaje. Nunca ha estado a bordo de un barco en alta mar. —Katja sonrió.

—¡Yo tampoco!

Donnan se sonrojó y Katja recordó que se había dado aires de experimentado marinero de cubierta.

—Entonces nos animaremos mutuamente, ¿sí?

El chirrido de la madera la sobresaltó, poniéndola en guardia. Los hombres habían dejado de mirar y ahora corrían por la cubierta, arrastrando el tablón de carga a bordo y poniéndose manos a la obra. Un hombre moreno se acercó a ella.

—Es un placer teneros a bordo, milord —dijo, con una voz más adecuada para gritar en medio de las tormentas que para mantener una conversación agradable.

Katja inclinó la cabeza hacia delante, añadiendo más sombra a su rostro.

—Gracias. —Murmuró en voz baja para darle un tono ronco. Chocó contra Donnan, este la miró y se aclaró la garganta en señal de comprensión.

—Milord desea que le dejemos con sus pensamientos. —Se inclinó hacia el capitán—. Tiene muchas cosas en la cabeza sobre sus negocios y todos.

—Y yo tengo un barco que atender. Decidle a vuestro amo que haremos todo lo posible para que tenga un viaje tranquilo. —El hombre fornido asintió.

Katja soltó un suspiro mientras el hombre se dirigía al otro extremo del barco, gritando órdenes a su paso. Una única vela cuadrada en el centro de la cubierta se desplegó. Una vez lejos del atracadero, el viento atrapó la pesada lona, empujando el barco hacia el Mar del Norte.

Atracaron unas horas más tarde. Las aves marinas revoloteaban sobre ellos, chillando su hambre a los barcos atracados en Stromness. Los trabajadores se entregaron a la tarea de descargar el barco y prepararlo para su regreso a Thurso. Katja y Donnan tendrían que embarcar en un segundo barco para hacer el largo viaje a Lerwick. Con el día a medias, Donnan se desplomó en el suelo junto a Katja.

Una vez más, su sexo y los animales que se negaba a dejar atrás paralizaban sus planes, y la espera para saber si Donnan había logrado encontrar atraque en un barco con destino a Lerwick parecía demasiado larga. Katja miró al muchacho con exasperación mal disimulada cuando por fin regresó.

—¿Y bien?

—¡Los rufianes pensaron que había robado la moneda! —Donnan la miró, indignado.

Katja inclinó la cabeza.

—Sí, pero ahora soy honesto. —Levantó una mano en señal de protesta. Cogió una piedrecita de la calle y la arrojó al suelo, un desahogo para su resentimiento.

—Encontré un capitán dispuesto a llevarnos a Lerwick, pero me costó la última moneda. —Sus ojos se entornaron y Katja

captó la leve respiración entrecortada de un niño que espera un castigo.

—Lo hicisteis bien, Donnan. Era una tarea difícil y persististeis hasta que lo conseguisteis. El dinero extra no nos mendigará.

La joven le dedicó una sonrisa alentadora, que fue recompensada con una sonrisa brillante y el retorno de su descarada confianza.

—Es un barco más grande y puedo esperar a comer cuando lleguemos al astillero de vuestro tío. Él nos dará de comer, ¿sí?

—Puedo alimentarnos antes de zarpar. No os preocupéis. —Katja sonrió, rebuscó en uno de sus bolsillos y sacó dos monedas de plata—. Tomad. Traednos un festín. No os olvidéis de Freki.

La cara de Donnan se iluminó de alegría, y con cuidado puso un poco en cada bolsillo, apoyando su creencia de no poner todas sus monedas en un solo lugar.

—¡Volveré!

—Asegúrate de traer algo dulce también. —Se puso sobre sus talones, derrapando hasta detenerse ante la llamada de Katja. La miró expectante.

Con un enfático movimiento de cabeza, el muchacho se marchó.

—¿Creéis que yo, una simple mujer, puedo conseguir una medida de avena para Skündi mientras esperamos el regreso del joven Donnan? —Katja alborotó las orejas de Freki.

Skündi resopló y sacudió la cabeza como si comprendiera y aprobara su nueva búsqueda. Katja condujo a los animales por la calle empedrada que dividía la ciudad de forma bastante serpenteante. Había callejuelas estrechas en todas direcciones.

«Espero que no nos perdamos». Sujetó con fuerza las riendas del caballo.

Una rápida pregunta a un mercader que pasaba por allí, con pernos de tela apilados sobre los hombros, le dio la dirección de un establo cercano.

El mozo del establo estaba demasiado ocupado como para fijarse en una mujer sola, e hizo señas a un muchacho cercano para que le trajera un cubo de avena y otro de agua para su cansado

caballo. Skündi devoró rápidamente su comida y Katja le dejó beber hasta saciarse antes de que regresaran a la zona cercana a los muelles donde esperaba Donnan.

* * *

Calder espoleó más deprisa a su caballo, intentando huir de su sentimiento de culpa y de las imágenes de Katja sola en el camino hacia Thurso. Se arriesgaba mucho viajando solo, aunque no tenía hombres MacGerry de sobra, y había optado por viajar sin una guardia armada que lo retrasara. No era probable que una mujer sola -incluso con un monstruo peludo a su lado- hiciera el viaje sin ser molestada.

La oscuridad cayó a su alrededor. Había rechazado el ofrecimiento de Christer de pasar la noche, entendiendo que sólo tendría acceso a los barracones de los hombres, fuera de la vista y del conocimiento del conde. Aparte de la renuencia de Calder a pasar tiempo cerca del padre de Katja, la urgencia por encontrarla era demasiado grande, y Christer pareció aliviado cuando Calder se marchó sin detenerse ni siquiera a tomar un refrigerio, aunque hizo que el mozo de cuadra pusiera un odre de agua y una bolsa de tortas de avena en la silla mientras le llevaba el caballo de Calder.

«¡Maldición, maldición, maldición!»

¿Es posible que sus problemas empeoraran? Dejaría la administración de las propiedades en manos de Robbie y Finn. Su tío entendía el proceso de preparación para el invierno, y su hermano era joven e incansable. Calder dejó de lado los problemas que le traían las nuevas tierras y los nuevos propietarios y se centró en su novia.

Las palabras de Christer le atormentaban.

«Ella nunca ha sido la favorita de nuestro padre. Incluso cuando era una niña dulce y atractiva, no se molestaba en disimular su disgusto. Nuestra madrina protegió a Katja después de la muerte de nuestra madre. Sin embargo, una vez que ella murió y Katja asumió sus responsabilidades, él rara vez desperdiciaba una oportunidad para desacreditarla».

El lord hizo una pausa, mirando el suelo de guijarros como si

contuviera la respuesta a un antiguo acertijo.

«¿Creéis en la visión?»

La pregunta había aquietado el corazón de Calder con el murmullo de la brujería. Se encogió de hombros.

Christer asintió.

«La capacidad de ver cosas que otros no pueden ver: si una persona dice la verdad o si está nerviosa por algo. Katja lo llama aura. Diferentes colores le dicen cosas diferentes. Las mujeres Sinclair a menudo tienen este don. O sería un don si mi padre no utilizara los conocimientos que le proporcionaba para engañar y controlar a los hombres con los que trataba. Quería usar a Katja de esa manera, pero mi madre le juró que la muchacha no heredaría la visión. El conde maldijo a mi madre por su sangre vikinga. Dijo que manchaba la herencia Sinclair».

Calder no había entendido del todo las palabras de Christer. Todavía no lo hacía, aunque tal vez le dijeron por qué el conde odiaba a Katja. El hombre era un tirano, incapaz de amar lo que no le aportaba poder y prestigio. Sus hijos eran fuertes, severos, y había sido capaz de convertirlos en guerreros de cierto renombre. Se había casado con Elke Reginulfsdottir por su vínculo con el negocio de construcción naval de su hermano por matrimonio y los contactos de navegación que beneficiaban a su clan. Y porque su belleza lo convertía en la envidia de muchos hombres, aunque se apresuraba a despreciarla cuando sus expectativas sobre ella no coincidían con sus caprichos. El pecho de Calder se apretó.

«Pobre Katja».

Su hermosa, fuerte e inteligente esposa había tenido pocas oportunidades de tener una infancia normal. Y él había tenido poca experiencia en el cortejo y en las formas de hacer saber a una mujer que era apreciada. En su corta vida, Katja había sido rechazada por su padre y descuidada por su marido. Sus manos apretaron las riendas. Las nubes se espesaban en lo alto, oscureciendo la luna, pero el camino hacia Fairetur resultaba familiar incluso en la oscuridad. Los truenos retumbaban en el bosque y llovía a cántaros. Por el cuello de su capa corrían riachuelos helados que serpenteaban por su espalda.

El invierno estaba a sólo una tormenta de distancia.

CAPÍTULO 14

—¡Tenemos pasaje en «La Gaviota», pero debemos darnos prisa! —Las manos de Donnan volaban mientras le hacía señas a Katja para que se dirigiera a los muelles. Se metió un bacalao en la boca y las migas chisporrotearon ligeramente.

—El capitán se marcha. Se avecina una tormenta invernal y no nos esperará. Quiere estar en Lerwick para reparar el barco antes de que se cierre el paso durante el invierno. —Recogió una bolsa de agua y un saco de dormir de Katja—. ¡Vamos! —Sujetó la mano de Katja, arrastrándola hacia delante.

—No le estoy haciendo daño. Pero hoy no podemos tardar. —Freki gimió y Donnan aflojó su agarre.

—Ya voy, Donnan. —Katja ocultó una sonrisa ante la seguridad del muchacho, que contrastaba con el niño indeciso y a la defensiva del que se había hecho amiga hacía sólo un par de días. Y las ropas nuevas que le había mandado comprar le daban un aire alegre, aunque había hecho falta que ella le dijera que su presencia no le daba buena imagen para que accediera a gastar la preciada moneda.

—Cubríos los ojos con la capucha y dad pasos más largos. Camináis como una dama. Dadme las riendas de Sündi. No caminarías con vuestro propio caballo, ¿verdad? —Donnan se adelantó corriendo, lanzando instrucciones y una mirada de «daos prisa» por encima del hombro.

Katja se ciñó bien la capa, impidiendo que la brisa helada entrara en su interior. El frío le escocía las mejillas y los ojos le lloraban cuando el viento arreciaba. Nadie les dedicó una segunda mirada mientras cruzaban la ancha tabla hacia el barco. Las órdenes roncas, arrebatadas por el viento a través de la cubierta, luchaban por hacerse oír por encima del crujido de las cuerdas y los tirones tensos, así como del gemido de los tablones mojados y cargados. La cubierta se movía bajo los pies de Katja como un ser vivo, y Sündi patinaba nervioso, con el ruido sordo de sus cascos sumándose al estruendo.

Canturreó suavemente a la bestia, colocando una palma sobre

el sudoroso cuello del caballo.

—*Korrnorr*.

Freki se apoyó en las piernas de Skündi y la bestia se calmó.

—Atad el caballo ahí. Si os habéis dejado algo, tendréis que ir a buscarlo más adelante. Partimos ahora. —Un hombre enjuto se acercó a ellos. Señaló una gran argolla oxidada atornillada al costado del único camarote de la cubierta.

La tabla de embarque chirrió cuando un muchacho apenas mayor que Donnan la arrastró a bordo. Skündi levantó la cabeza y se alejó del ruido.

—*Kvala*. —Donnan dio un tirón firme de las riendas, sorprendiendo a Katja y tranquilizando a Skündi con la única palabra en nórdico. El marinero se encogió de hombros ante la mirada interrogativa de Katja, que dejó la información para más tarde, cuando los marineros ya no les oyeran.

—El capitán estará por aquí. Si necesitáis algo, preguntad por mí. Me llamo Knut. La travesía será dura. Mantén vuestro caballo y perro fuera de nuestro camino. —El enjuto marinero ladeó la cabeza. Con una inclinación de cabeza para enfatizar sus palabras, Knut se alejó, sin que su equilibrio se viera afectado por el balanceo del barco.

—¿No hay puesto? —Katja se volvió hacia Donnan, en voz baja.

—Al capitán no le importa si el caballo se cae por la borda. Era el único que se iba a Lerwick que consideraría llevarlo a bordo. Él y el perro. —Donnan dirigió a Freki una mirada mordaz.

—Gracias por vuestra ayuda. Me alegro de que nos perdamos la tormenta. —Katja se dio cuenta de la verdad de sus palabras.

—¿Perderla? Vamos a estar en medio de ella. —Donnan le dedicó una sonrisa de oreja a oreja.

* * *

Katja se quedó mirando la puerta. Una daga colocada en la bisagra superior impedía que el pesado panel se cerrara por completo, permitiendo que el aire cortante y cargado de sal circulara por la habitación. Al principio había cerrado la puerta,

ansiosa por refugiarse de la escalofriante tormenta. Pero pronto descubrió que el camarote era demasiado pequeño y que los olores de marineros desaliñados y de la comida de la semana anterior eran un desagradable intercambio por el aire gélido pero limpio que se respiraba más allá de las paredes.

Skündi y Freki se apiñaron cerca de la puerta, ocupando un espacio precioso y añadiendo sus propios olores a piel mojada a la maloliente mezcla. Combinados con el cabeceo y el vaivén de la maltrecha nave, los empalagosos olores le revolvieron el estómago, y Katja tragó con cautela contra la cena que había ingerido horas antes. Sin embargo, no pudo sacar a ninguno de los dos animales del estrecho camarote, y el capitán y Knut habían estado demasiado ocupados para darse cuenta.

—¿Creéis que nos hundiremos? —El rostro pálido de Donnan brillaba en la oscuridad, reflejando débilmente el resplandor azul de la luna mientras negras nubes se agitaban sobre su superficie.

Katja trató de compadecerse del muchacho, acurrucado en un rincón de la habitación, con los brazos apretados alrededor de la cintura. Le costaba hablar, con la cabeza vacía de pensamientos mientras una fría gota de sudor se deslizaba entre sus pechos.

—No creo que me importe. —Su angustia pudo más que ella.

Freki gimió y hundió más la cabeza en su regazo. Katja le apretó las orejas y trató de calmar su acelerado corazón. Los latidos irregulares la mareaban y cada sacudida del barco amenazaba con desequilibrar su precario control de la realidad.

—Creía que os hacía ilusión correr contra la tormenta. —Alcanzó a ver los ojos asustados de Donnan, redondos por la consternación, y mordió su labio. Se burló de él suavemente, forzando una sonrisa en sus labios.

—Estaba emocionado. —Donnan se retorció, agachando la cabeza mientras se armaba de valor. Una leve sonrisa iluminó su rostro—. No fue tan divertido atraparlo como pensé que sería.

—Sí. No creo tener experiencia en el mar todavía. —Katja rio suavemente.

—Lo haré mejor la próxima vez. —Donnan le dirigió una mirada solemne.

—No os preocupéis. Creo que vi una o dos caras con náuseas

entre los marineros antes de venir aquí. Tal vez el capitán no esperaba una tormenta así.

Los dos se sentaron en silencio mientras los vientos chillaban fuera, el barco gemía mientras se sacudía de un lado a otro en las olas agitadas. Las pezuñas de Skündi repiqueteaban sobre las tablas mientras luchaba por mantener el equilibrio. Katja no podía hacer nada. La mañana los encontraría acercándose a Lerwick, o en el fondo del mar.

* * *

Calder hizo pasar su cansado caballo por las puertas de Fairetur, y el centinela le saludó brevemente. El amanecer coronaba la montaña, tocando las piedras grises con plata y rosa. Desmontó, dejando a Armunn al cuidado somnoliento de un mozo de cuadra, y caminó cansinamente hacia el salón.

Las mesas ya estaban colocadas y algunas cabezas levantaban la vista de sus tazas humeantes. Torri saltó del banco con un grito de angustia y se arrojó a los brazos de Calder.

—¿Dónde está? ¿Dónde está mi hermana?

Calder apretó la nuca de Torri contra su palma y la atrajo hacia su pecho. Dejando caer un beso sobre sus rizos, la dejó suavemente a su lado y se acercó a la mesa. Apareció un hueco para él en el banco entre Beitris y Robbie cuando ambos se apartaron. Frente a ellos, los ojos oscuros de Finn reflejaban su preocupación.

Tras aceptar una jarra de cerveza aguada de una sirvienta, Calder esperó a que se alejara de su vista antes de mirar a la preocupada familia que le rodeaba.

—No estaba en Ruadhcreag. —Envolvió sus fríos dedos alrededor de la taza caliente, anhelando una forma de calentar la desolación de su interior. Un murmullo de voces surgió a su alrededor. Levantó una mano para pedir silencio, preguntándose en qué momento su miembro se había vuelto tan pesado.

—He hablado con uno de sus hermanos. Cree que puede haber viajado a casa de la hermana de su madre.

Suspiros de alivio flotaban alrededor. Los hombros tensos se

relajaron. Las voces bajaron a un registro más tranquilo.

—¿Dónde vive? —El tono brillante de Torri se ensombreció con preocupación.

—En Lerwick.

La confusión y la sorpresa se abalanzaron sobre él como dardos bien dirigidos. Calder sacudió la cabeza. Con miradas expectantes, la familia guardó silencio.

—Debo dar tiempo a Armunn para que se recupere mientras preparo las provisiones para el viaje.

—No habrá travesías a Lerwick en esta época del año, muchacho —declaró Finn—. Vuestra novia tendrá que quedarse en Thurso hasta que la traigáis.

—No me consuela la perspectiva de que permanezca desprotegida en Thurso, tío. —Calder gruñó, odiando la creciente oscuridad en su interior.

—¿Por qué habría viajado tan lejos, Calder? ¿Por qué su padre era un hombre tan malo? —Torri le lanzó una mirada angustiada.

—No era bueno con ella cuando vivía allí, y no quería que volviera. Es difícil explicároslo, muchacha, pero el conde de Sinclair estaba resentido con su hija por muchas razones. Quería su dote y tierras para él, pero su abuela se aseguró de que nunca pudiera quitárselas. Y quería usarla para su avaricia, pero ella no estaba dispuesta a ayudarlo. —Calder palmeó la mano de su hermana.

Y eso era todo lo que Calder estaba dispuesto a revelar sobre el tema de la *visión* de Katja. Que su esposa pudiera ver cosas de él que prefería mantener en privado no era algo que estuviera dispuesto a discutir. Aunque Christer no estaba seguro de que ella hubiera sido bendecida con ese poder, tenía sentido cuando Calder reflexionó sobre la cautela de Katja hacia sí misma y hacia los demás. Puede ser extraño, pero su esposa veía más de los que la rodeaban que los meros movimientos del cuerpo y las expresiones faciales.

Calder se preguntaba de qué colores eran las auras de la ira y el amor. Y cuando encontrara a Katja, ¿a cuál creería ella?

* * *

Los rostros demacrados contemplaban los destellos dorados del amanecer que se abrían paso a través de las oscuras nubes en un estallido de luz. La tormenta había pasado hacía apenas una hora, reduciendo las olas a un oleaje más reconfortante, legando una merecida sensación de tranquilidad a todos los que trabajaban para llevar el barco a buen puerto.

Katja y Donnan, cansados, pero más firmes, se inclinaron sobre la barandilla. La emoción latía en su pecho a medida que se acercaba la costa.

¡Lerwick! Katja respiró hondo, el aire fresco y salado la llenó de expectación. Los mástiles de los barcos se alzaban en silueta oscura contra el cielo azul pálido como árboles despojados de sus ramas. La nieve amontonada suavizaba las duras líneas y destellaba dorada y rosada bajo los primeros rayos del sol. Los hombres se movían por los muelles y los barcos. Las gaviotas abandonaron sus perchas para inspeccionar los nuevos barcos que llegaban al puerto, con sus voces estridentes en el aire claro de la mañana.

—¡Lo hemos conseguido! —gritó Donnan. Sus manos agarraban con fuerza la barandilla, pero su rostro estaba inundado de alegría y su postura sobre las tablas rodantes era firme.

—¿Creéis que llegaréis a marinero, joven Donnan? —Katja lo miró con indulgencia.

—Estoy muy contento de ver tierra. Pero creo que me gustaría ser marinero algún día. —Su mirada se volvió pensativa.

—Podéis ser lo que queráis, muchacho. Trabaja duro, sé honesto y los hombres honrarán tus esfuerzos.

—¿Estáis seguro de que vuestro tío me aceptará como aprendiz? —Donnan asintió enérgicamente.

—Creo que puedo convencerle de que os conceda una oportunidad. —Sonrió.

El barco atracó en el muelle previsto menos de una hora después. Donnan se había resistido a abandonar la barandilla, fascinado por la actividad a su alrededor. Katja sacó a Skündi y

Freki de su exiguo refugio, decidida a ser de las primeras en descargar. Freki se apoyó en sus piernas, y Sköndi se sacudió como un perro enorme, pero no ofreció ninguna objeción al lento rodar de la cubierta.

Katja asintió brevemente a Knut cuando la plancha de carga cayó al muelle. Le habría gustado darle las gracias por la habilidad que les había permitido mantenerse en la superficie de las olas la noche anterior, pero no se atrevió a revelar su identidad de mujer. Les hizo un gesto con la mano para que se marcharan, y Katja condujo a su pequeño grupo por delante de los esforzados marineros, con sus musculosos brazos cargados de mercancías.

El muelle se había convertido en un lugar más concurrido en el tiempo que habían tardado en llegar. Las tablas estaban resbaladizas por el hielo y la nieve medio derretidos, y los empujones de los cuerpos hacían peligroso el trayecto desde el barco. Katja se detuvo por fin en un puesto de aspecto próspero donde un hombre corpulento contaba monedas en una bolsa.

—Buscamos a Lund Sjoberg. —Se acercó al oído de Donnan. El muchacho repitió su afirmación y recibió como respuesta un movimiento de cabeza del hombre. Donnan lanzó una moneda de cobre al aire y el hombre la cogió con destreza, metiéndola en la bolsa con un delicado *tintineo* mientras se unía a sus nuevas compañeras.

Katja buscó a los hombres en la zona indicada, su mirada pasó de una cara a otra, con la esperanza de encontrar rápidamente a su tío.

«¡Allí!»

La cabeza blanca y rubia no era tan notable en un puerto cuya ascendencia presumía de linajes nórdicos casi puros, pero sus anchos hombros y su imponente presencia la llenaron de una sensación de familiaridad y sus rodillas casi se doblaron de alivio.

—¡Tío Lund! —Emocionada, se olvidó de bajar el tono de voz.

El hombre se dio la vuelta y la miró sin detenerse. Luego se detuvo durante un suspiro y la miró. La miró fijamente, su estrecha mirada se ensanchó al reconocer la verdad.

—¿Katja? —Dio un paso hacia ella y, cuando la joven

asintió, extendió los brazos.

Katja empujó las riendas de Skündi hacia las manos de Donnan y huyó hacia el abrazo de su tío, donde la esperaba toda la aceptación y el amor que siempre había deseado. Donnan la sacudió y la zarandeó, ajeno o indiferente a las miradas de los que le rodeaban. Freki se unió a la algarabía, saltando y ladrando, moviendo la cola con locura.

—¡A un lado, peludo hijo de lobo! *Halda*. —Lund apartó al gran perro de un codazo.

Freki se tiró al suelo al oír la orden y agitó la cola con entusiasmo sobre las tablas.

—Al menos le habéis enseñado una orden. —Lund sonrió y volvió a dejar a Katja en el suelo. Inclinó la cabeza, con el ceño fruncido en lugar de la sonrisa de bienvenida—. ¿Qué os trae a este puerto con este tiempo, muchacha?

Katja contuvo la risa ante su repentino cambio de actitud, el alivio de estar casi al final del viaje y entre la familia le daba vértigo.

—He venido a visitaros a vos y a la tía Runa. —Mirando por encima del hombro, señaló a Donnan—. Y he traído un invitado.

—¿Con qué clase de niño os habéis aliado, Katja? —Lund frunció el ceño, observando el aspecto desaliñado del muchacho.

—Él es la única razón por la que estoy aquí y no varada en Thurso, tío. Encontró un lugar a bordo de un barco donde no preguntan por mi sexo ni por mi perro.

—Y eso es otra cosa —retumbó Lund, poniendo las manos en las caderas.

—¿Podríamos hablar de esto en casa, tío? ¿Por favor? —Katja le dio un ligero golpecito en el antebrazo.

—*¡Komdu!* —Su grito atrajo a un muchacho a su lado—. Corred a mi casa e informad a mi mujer de que tenemos invitados.

El chaval asintió y salió corriendo en un santiamén.

—*Milady*, ¿puedo ayudaros a subir a vuestro caballo? —Lund inclinó la cabeza hacia Katja y le tendió el brazo.

—Gracias, tío. Donnan puede montar conmigo. —Katja le sonrió. Captó la mirada escéptica del muchacho y le dedicó una sonrisa tranquilizadora. Aunque no era necesario, dejó que su tío

la impulsara a lomos de Skündi, y Donnan subió detrás de ella. Se inquietó un momento, luego cogió su capa con los puños y Katja empujó a Skündi tras el corcel de su tío.

Pronto abandonaron el bullicio de los muelles y las ajetreadas calles de la ciudad para dirigirse a una casa pequeña y baja situada poco más allá.

Un poderoso ladrido resonó en el aire cuando Lund desmontó.

—*Kvala*. —La orden de Lund detuvo al perro.

Un perro aún más grande que Freki miró con recelo a los recién llegados. No emitió ningún sonido más, pero curvó un labio cuando Freki se adelantó un paso.

—*Kvala*. —Katja instó a Freki a calmarse mientras los dos perros se enfrentaban con los pelajes erizados.

—Ha crecido casi hasta el tamaño de su señor. —Lund levantó a Katja del caballo.

Katja abrió la boca para protestar por su ayuda, que consideraba innecesaria, pero su deseo de ayudarla era sincero y aceptó su abrazo mientras le rodeaba la cintura con un brazo y la acompañaba hasta la casa.

* * *

El atardecer llegó pronto, con un soplo de nieve en su aliento. Calder se acurrucó bajo su tartán e instó a su caballo a aumentar la velocidad.

—Levantad los pies, Armunn —ordenó a su corcel—. No llegaremos a Thurso esta noche, pero preferiría llegar a Hacraig y encontrar una posada con comida caliente y paredes resistentes antes de detenernos.

Armunn le obedeció y comenzó a galopar lentamente. Se detuvieron junto a un pequeño arroyo, con las piedras y las ramas cercanas cubiertas de escarcha en el aire frío y brumoso. El barro chupaba los cascos de Armunn, que se metió en el agua para beber.

—Tranquilo, muchacho. Demasiada agua helada os revolverá el estómago. —Volvió a la silla, dolorido por los músculos de sus

piernas que protestaban por el largo viaje.

Un cálido resplandor de luz a través de las ventanas agrietadas y cerradas dio la bienvenida a Calder al Cerdo y el Arado mucho después de que anocheciera. La puerta se abrió, derramando estridentes carcajadas y un borracho sobre el frío suelo. Otro hombre tropezó tras él, pivotando precariamente para dirigir una confusa protesta a sus compañeros del interior.

—No sé si espero que Katja haya pasado por aquí o no. —Calder detuvo a Armunn.

De todas las cosas a las que podría estar enfrentándose, todas las posibilidades con las que se había torturado durante el largo día, contemplar el deplorable comportamiento de unos hombres borrachos era suficiente para corroerle hasta el tuétano de los huesos.

Un mozo de cuadra le gritó desde la puerta de un robusto edificio en el borde del pequeño patio.

—¿Necesitas un lugar para tu caballo esta noche? —Se limpió la boca con la manga y Calder percibió el olor a carne asada en el aire. El estómago del lord rugió.

—Sí. Un establo, un poco de heno, e información si la tenéis. —Calder se bajó de la silla y condujo a Armunn al establo.

—¿Qué clase de información buscáis? Mi amo… —Las cejas del muchacho se alzaron ante la pequeña moneda que Calder le ofreció.

—No sabrá que hemos hablado —aseguró Calder.

Con una sonrisa, el muchacho se guardó la moneda.

—Sólo deseo saber si una joven ha pasado por aquí. Probablemente esté sola, excepto por su caballo y su perro.

—¡Oh, sí! Hace dos o tres noches. Pasó la noche y luego se marchó. —El muchacho movió la cabeza.

—¿Cómo estaba? ¿Pasó algo? —El pecho de Calder se contrajo, y su corazón latió con fuerza.

—Nada. El mesonero le dio una pequeña habitación y le pidió que se quedara a dormir. Su mujer le llevó la comida. —El muchacho negó con la cabeza.

Calder no pudo reprimir su sonrisa, su alivio era vertiginoso.

—Gracias. Dejaré a Armunn a vuestro cuidado y volveré a

por él por la mañana.

Con un gruñido de entusiasmo, el mozo de cuadra condujo al caballo a su establo y comenzó a quitarle los aperos. Calder vaciló en el umbral de la puerta, con el puño apoyado en el portal mientras consideraba las noticias.

Sin duda era un consuelo saber que Katja había llegado sana y salva hasta allí. Aunque era preocupante saber que viajaba abiertamente como una muchacha, y el perro ciertamente la identificó sin dudarlo. Necesitaba encontrar al mesonero o a su esposa. Tenía más preguntas y necesitaba respuestas. Cruzó el patio con la cabeza agachada para protegerse del cortante viento, agradecido por haber llegado a la posada y no tener que dormir a la intemperie esa noche invernal. Pensó brevemente en la peligrosa travesía de Thurso a Stromness, en el hielo que ya se estaba formando en las ramas y las piedras. En el peso del hielo sobre un barco aparejado en el océano azotado por el temporal. Incapaz de deshacerse de sus inquietantes pensamientos, Calder empuñó el pestillo y entró en la bulliciosa posada.

CAPÍTULO 15

La habitación brillaba con un alegre color dorado gracias a las robustas velas y a la enorme chimenea encastrada en la pared del fondo. La puerta se cerró sobre los talones de Calder, interrumpiendo el viento amargo, y éste aspiró una bocanada de humo, calor y el aroma maduro de los cuerpos mal lavados que casi lo ahogó. Parpadeando contra la luz de una chimenea lo bastante grande como para contener sin dificultad el gran jabalí que se asaba sobre las llamas bajas, Calder se dirigió hacia una silla vacía.

—¿Qué os puedo ofrecer?

Levantó la vista al oír el ronroneo gutural de una voz femenina, más allá de los turgentes pechos que se agitaban a la altura de sus ojos, hacia la muchacha que rondaba a su lado. Ella levantó una ceja y agitó ligeramente el torso, aumentando el rebote

de sus pechos por encima del escote del vestido.

—Una taza y una fuente. —Ignoró su generosa oferta.

Con un movimiento de cabeza, la sirvienta se alejó a toda prisa. Calder se tomó un momento para inspeccionar la sala. Unas cuantas cabezas se habían vuelto en su dirección al entrar, pero nadie parecía prestarle atención ahora. Las voces retumbaban, los bancos repiqueteaban contra el suelo de piedra y las risas chisporroteaban aquí y allá por la sala.

Un brazo pasó junto a él y le puso delante una fuente de carne humeante, un trozo de pan y una cuña de queso. Calder miró la mano arrugada y siguió el brazo hasta la sonrisa de la mujer mayor.

—¿Sois la esposa del mesonero?

—Sí. —La mujer le dirigió una mirada dubitativa.

—Me gustaría preguntaros algo más tarde, si no os importa. —Le dedicó lo que esperaba que fuera una sonrisa encantadora.

—¿Estáis seguro de que no deseáis hablar con la muchacha? —Contestó a su comentario moviendo la barbilla en dirección a la sirvienta de inspiradas dotes.

—No. Creo que a mi esposa no le importaría mi interés por los encantos de otra persona, por muy considerables que sean. —El cuello de Calder se calentó.

—Una perspectiva fresca, sin duda. Y una que habla de un hombre recién casado y satisfecho. —La mujer inclinó la cabeza hacia él e hizo una breve inclinación de cabeza—. Tomaos vuestro tiempo para cenar. Los alborotadores llegarán pronto a casa si quieren llegar antes de que llegue la tormenta.

—¿Tormenta? —Calder se enderezó en su silla.

—Sí. No os preocupéis, muchacho. El Cerdo y el Arado ha resistido muchas tormentas invernales. Imagino que aguantará otra. Aún es pronto en la temporada. —Recogió las tazas vacías del otro extremo de la mesa de Calder, donde tres hombres habían abandonado sus puestos, dejando tras de sí un montón de despojos en platos desparramados, huesos roídos y una taza volcada.

Tras dejar que la esposa del mesonero se ocupara de sus asuntos, Calder esperó impaciente a que la sala común se calmara por la noche. Los juegos y la conversación persistían en los

márgenes, pero pronto surgieron ronquidos procedentes de varios montones de tartanes y otras ropas de cama esparcidas por la habitación. Un hombre, envuelto de forma anónima en una capa, lo miraba desde su banco en un rincón. Los vellos en la nuca de Calder se erizaron. Otro hombre se detuvo a hablar con el desconocido, llamando su atención. Calder los miró por encima del borde de su taza. El desconocido no estaba de acuerdo con lo que su compañero proponía, pues se apartó de la mesa de un empujón, poniéndose en pie con un movimiento brusco, con un brazo apretado contra el cuerpo. Le dirigió una mirada inescrutable, y la respiración de Calder se entrecortó cuando la luz del fuego resaltó la piel arrugada y arruinada de un lado de su rostro. Los ojos oscuros se entrecerraron bajo unas cejas negras erizadas, pero un instante después, los hombres se habían ido, y Calder los seguía con la mirada.

—Con la tormenta que se avecina, no tengo ninguna habitación libre que ofreceros, pero sois bienvenidos aquí como los demás. Pero cuidad vuestros bolsillos. No puedo jurar que conserves vuestras monedas si no sois cuidadoso. —La mujer del mesonero se dejó caer pesadamente en el banco frente a Calder y se encogió de hombros—. No puedo vigilar toda la noche.

—Os agradezco un momento de vuestro tiempo. Y dormiré con un ojo abierto.

La mujer soltó una corta carcajada y bebió un sorbo de su taza.

—Teníais razón antes, sobre lo de estar recién casados. Mi esposa y yo llevamos casados sólo unas semanas. He estado demasiado ocupado con los asuntos del clan como para pasar con ella el tiempo que una muchacha necesita cuando acaba de alejarse de su familia y amigos. —Calder respiró hondo.

—¿Habéis perdido a vuestra mujer? —Le lanzó una mirada perspicaz.

—Sí. Sé hacia dónde se dirige. Me gustaría saber a qué distancia estoy de ella. —El aire salió de sus pulmones y su estómago se estremeció.

—Describidla —pidió la mujer.

—¿Tienen muchas mujeres no acompañadas en el Cerdo y el

Arado?

—No me interesa ayudar a un hombre que no puede cuidar de una buena muchacha. Tal vez vos seáis diferente. —Encogió los hombros.

—Tenéis razón. No me he ocupado de ella. Pero espero convencerla de que puedo cambiar —suspiró Calder.

—¿Podréis hacerlo?

—Reconozco que la he descuidado, aunque preparar al clan para el invierno es importante. —Miró a la mujer en busca de compasión, pero ella se limitó a enarcar una ceja.

—No deseo llevarla a casa contra su voluntad. Necesito velar por su seguridad.

—¿Vuestra esposa tiene un pequeño perro?

—¿Pequeño? No. Mi mujer tiene un perro más grande que el caballo en el que he venido.

—Vuestra esposa llegó hace tres noches. Permaneció aquí sin ser molestada y partió a la mañana siguiente. No tengo ni idea de adónde viajó, salvo que continuó hacia el norte, hacia Thurso. —La mujer sonrió.

—Sí. Tiene parientes en las islas.

—Entonces muchacho, es mejor que regreséis a casa hasta la primavera. Con el viento pateando como un oso descontento, no habrá barcos dispuestos a hacer la travesía hasta que el tiempo mejore. —Se levantó, cansada—. Buena suerte y que Dios os acompañe, muchacho. Si ya está en las islas, está fuera de vuestro alcance.

* * *

Una mujer apareció en la puerta de la casa, retorciéndose las manos en los pliegues de su delantal mientras levantaba el cuello, escudriñando los rostros de los jinetes que se acercaban. El corazón de Katja se estremeció al ver aquel rostro tan familiar, tan parecido al de su madre, que a punto estuvo de echarse a llorar.

—¡Tía Runa! —Con un grito, Katja saltó de la espalda de Sköndi y subió corriendo. Temblando de alivio y agotamiento, se acurrucó en el abrazo de su tía.

—¡Miraos, Katja! Si no lo hubiera sabido, habría jurado que mi querida hermana había vuelto conmigo. —Runa, medio riendo, medio llorando, sostuvo por fin a Katja a poca distancia—. Os parecéis exactamente a ella. —Su mirada recorrió el rostro de Katja y pasó el dorso de sus dedos por las mejillas de su sobrina, llenas de lágrimas.

—Pasad, Elkesdotter. Sois bienvenida aquí.

Con el brazo de Runa sobre los hombros, Katja entró en la casa, dejando a Lund y Donnan al cuidado de los caballos. Freki le pisaba los talones.

Runa le indicó a Katja que se sentara. Ella eligió una silla a la luz del sol y se deleitó con el calor que le caía sobre los hombros y la espalda. Runa colocó rápidamente una jarra de cerveza caliente y tazas sobre la mesa, y sirvió una ración a Katja antes de que ésta tomara asiento.

—¿Qué os trae a Lerwick, Katja?

Katja vaciló, con los dedos alrededor de la taza caliente, y luego bebió un sorbo. Dejó la taza a un lado y miró a su tía. Un aura azul pálido de confusión se mezcló rápidamente con el amarillo resplandeciente que recordaba de la alegre y generosa hermana de su madre. Los colores dieron fuerza a Katja.

—He venido a visitaros, tía.

Runa inclinó la cabeza, con una sonrisa genuina y alentadora.

—Padre…

El resplandor de Runa se encharcó en el rojo turbio de la ira mientras una mueca fruncía las comisuras de sus labios. Sujetó la taza con fuerza y dejó de mirar la mesa antes de volver a mirar a Katja.

—¿Vuestro padre os ha permitido viajar hasta aquí por vuestra cuenta? —Su voz era quebradiza—. Sabe que no es bienvenido aquí.

—No sabe dónde estoy. —Katja negó con la cabeza y desvió la mirada—. Tampoco es probable que le importe, a menos que obstaculice el contrato que hizo con mi nuevo marido.

—Tenéis una historia que contar, *niese*. Debes contármelo todo. —Runa se reclinó en su silla, claramente sorprendida. Miró a Katja y se sirvió otra taza.

* * *

La luz del sol entraba por la ventana, verde y dorada a través de los gruesos cristales. Una criada se deslizó por la habitación, en silencio salvo por el silbido de sus pies resbaladizos sobre el suelo de piedra. Terminada su tarea, salió de la cocina, dejando a su ama y a Katja solas una vez más, excepto Freki, que roía satisfecho un hueso en un rincón.

—¿Creéis que habéis hecho lo correcto, *niese*? —preguntó Runa.

Katja suspiró profundamente. La garganta le dolía por la hora o más de conversación que le había llevado contarle la historia a su tía. Tenía el trasero entumecido de tanto estar sentada en la silla. Y el corazón le dolía de confusión y otras emociones que no estaba preparada para expresar.

—Juró que me honraría… y me abandonó menos de un día después en los brazos de su amante. Juró protegerme, y yo he conseguido sobrevivir sola a tres intentos de asesinato. Juró cuidar de mí, pero descubro que ha instalado a su amante en una cabaña no muy lejos de nuestra casa.

Los ojos, hinchados por las lágrimas, le picaban y se los enjugó con el dorso de la mano. En silencio, Runa le pasó otro trozo de lino finamente tejido y ribeteado con delicado encaje.

—Creo que es inocente del envenenamiento y demás. —El rostro de Katja se endureció. Entonces, suspiró, apretando el trozo de tela con tanta fuerza que ninguna plancha podría alisar su superficie—. Pero no me quedaré preguntándome cada noche si ha estado con ella antes.

—Mi pobre corderita. Vuestro padre siempre ha sido una fuente de problemas para nosotros, y parece que ha vuelto a fracasar, esta vez en la tarea de encontrar un marido cariñoso para una hija tan hermosa. —Runa se levantó de la silla y se colocó detrás de Katja, rodeándole los hombros con los brazos y acercándola a ella.

—Él no me ve como tal. —Katja resopló.

—Es un tonto. Siempre lo ha sido. Aunque era encantador cuando decidió cortejar a vuestra madre. —Runa soltó a Katja y

giró para sentarse a su lado, posando una mano en el brazo de Katja.

—Llegó a Lerwick con un amigo, buscando a alguien que supiera reparar un barco. Habían zarpado imprudentemente a finales de la estación invernal, deseando llevar a cabo algún comercio que otros eran demasiado cautos para intentar con mal tiempo. Negoció con Lund y, en el tiempo que tardó en terminar las reparaciones, decidió que Elke era la mujer para él.

—No lo entiendo. A menudo era cruel con ella, decía que su herencia nórdica manchaba el linaje Sinclair. —Katja miró fijamente a su tía, con el ceño fruncido.

—Creo haberos dicho que vuestro padre era a menudo un necio. Estaba asombrado de lo hermosa que era. Qué dulce y amable. No podía apartar los ojos de su cabello rubio plateado. —Le dedicó a Katja una sonrisa triste—. Os parecéis a ella, Katja. Eres tan encantadora.

—No tan hermosa como para ganarme el corazón de mi padre. O el de mi marido —añadió en un susurro triste. Con la mirada perdida, Katja se sintió confundida por el aura verde claro de lástima mezclada con el rosa del amor que rodeaba a su tía.

—No permitáis que su idiotez cambie la mujer que sois. Tenéis fuerza e intrepidez, la muchacha que no se dejó vencer la última vez que la vi. La joven que incluso ahora lleva nada menos que cuatro espadas bajo la manga y la túnica. —Runa estrechó suavemente el brazo de Katja.

—Quedaos con nosotros todo el tiempo que queráis. Tenéis a vuestro tío y a mí para acompañaros si alguno de esos dos tontos se atreve a aparecer por aquí. —Sonrió suavemente a Katja.

—Gracias, tía Runa. —Katja no estaba segura de qué le provocaba más lágrimas: su padre por sus años de abuso, su marido por romper las promesas que le había hecho, o el amor absoluto y la feroz protección en la voz de su tía mientras su aura rosa se arremolinaba con fuerza—. Os seré útil.

—No os preocupéis por eso, *Elkesdottir*. Sois de la familia y se os trata como tales. —Se levantó y sonrió pícaramente a Katja —. Y la familia siempre es útil.

Se dirigió a la cocina, inspeccionando las ollas que

burbujeaban sobre el fuego de la chimenea. Mientras revolvía el guiso, un rico aroma recorría la habitación. Mojó un cucharón en el delicioso caldo y sirvió una ración a Katja.

—Aquí tenéis. Un poco de sopa caliente para acabar de quitaros el frío y llenar esos rincones vacíos de vuestra barriga. Los hombres no llegarán para la comida del mediodía hasta dentro de una hora o más, y tengo la sensación de que necesitáis alimentaros después de vuestro largo viaje.

—Gracias, pero… —Katja olisqueó el contenido de la escudilla, sus ojos se abrieron de par en par mientras el escaso contenido de su estómago subía de forma alarmante. Tapó su boca con una palma contra el rugido de su vientre y huyó de la habitación.

* * *

—¿Dónde está Katja? —Lund colgó su pesada capa en la percha junto a la puerta y le dio a su mujer un beso en la mejilla.

—Está descansando. Al parecer, la tormenta de anoche agitó más que las olas. —Runa inclinó la cara hacia su beso mientras colocaba una fuente con pan y una trinchera de estofado sobre la mesa.

—Su estómago no aceptó de buen grado mi oferta de almorzar temprano. —Se acomodó en la mesa y Runa tomó asiento a su lado.

—¿Os ha dicho por qué está aquí sin ningún guardia? —preguntó Lund, haciendo un gesto en el aire con la cuchara. A continuación, engulló una generosa cucharada del sustancioso estofado y aspiró una bocanada de aire cuando el caldo caliente golpeó su lengua. Tragó y arrancó un trozo de pan.

—Sí. El tonto con el que se casó mi hermana, desposó a mi dulce sobrina con un bastardo desconsiderado igual que él. Ya ha tenido bastante y no la culpo. —Runa dio un sorbo más señorial a su estofado, ignorando el goteo de la cuchara de su marido sobre la mesa.

Las cejas de Lund se alzaron en armonía hasta fundirse con el mechón de cabello que le caía sobre la frente. Runa se acomodó

distraídamente los mechones errantes detrás de una oreja, pasando las yemas de los dedos por la línea de la mandíbula mientras los ojos de su marido se oscurecían peligrosamente.

—¡Le daré una paliza de muerte a ese bastardo! —declaró—.

—¿A cuál? Su padre la ha descuidado y maltratado desde la muerte de Elke, y la ha unido a un bribón mercenario que conserva abiertamente una amante. —Runa dio un sorbo a su caldo en silencio y luego puso una mano suavemente sobre el puño en blanco de Lund.

—Cuidado con la cuchara, mi amor. No queráis romper otra.

—No están en condiciones de estar en la misma habitación que Katja. Ella se quedará aquí. —Lund le lanzó una mirada de culpabilidad y aflojó el puño.

—¿Lund? —La suave voz de Runa llamó su atención—. También ha habido tres atentados contra su vida desde que se casó. Gachas envenenadas, víboras en su cama, y un ataque directo después de ser atraída fuera del torreón.

—Si alguno de los dos se atreve a poner un pie en Lerwick, lo mataré. —La cólera de Lund hizo que el aire saliera de la habitación. El fuego de la chimenea chisporroteaba. Su voz retumbó grave, pero fría como el hielo.

—Pensé que veríais las cosas a mi manera. —Runa asintió.

* * *

Calder se estremeció al alejarse del Cerdo y el Arado. Ráfagas feroces y heladas azotaban su tartán a su alrededor, lanzándole pequeñas gotas de aguanieve. Armunn agachó la cabeza y patinó hacia los lados, tratando de plantar su ancha retaguardia contra el viento cortante.

—Debemos llegar a Thurso. —Calder repitió la letanía a la que se aferraba como un ahogado a una cuerda deshilachada. Thurso estaba a poca distancia, pero el tiempo hacía que la esperanza de llegar a la ciudad costera con los dedos de las manos y los pies intactos fuera, en el mejor de los casos, dudosa.

—No me gusta la tormenta que se avecina más que a vosotros, muchacho. Pero no podemos dejar sola a Katja, y temo

por su seguridad. —Acarició el cuello de su caballo.

Hilos de memoria provenientes de la historia de Robbie recorrieron su mente. Su Katja había matado a tres hombres, incluido el viejo Liam, que era un guerrero curtido en mil batallas. Calder apenas podía creerlo, pero Robbie había insistido en que ella no había recibido ayuda de él.

El rostro de Christer se había ensombrecido de rabia, pero no había mostrado ninguna sorpresa real cuando Calder le había mencionado los hechos.

«Sabíamos que nuestro padre no la favorecía, y su desprecio era imitado por los que le rodeaban. La respetaban poco, y mis hermanos y yo temíamos que alguien traspasara los pocos límites que había. No podíamos hacer más que advertir en silencio a los visitantes. Así que le enseñamos a defenderse. Hasta la muerte si era necesario».

Ninguna daga pequeña, o *sgian dubh*, tal vez deslizada en una delgada vaina por la parte delantera de su faja. Calder recordó las armas en las que se había fijado cuando salieron de Ruadhcreag hacia Fairetur el día de su boda.

«Dos puñales en su cinturón, tres en sus botas, y uno que deslizó bajo la trenza de su nuca y que habría permanecido oculto si él no la hubiera visto colocarlo allí. Probablemente un séptimo en una vaina sujeta a su antebrazo, además de su espada atada al lomo de su caballo, y el arco curvo en su funda de cuero. Y Freki a su lado».

Su hermosa novia se sentía cómoda con sus armas, y las había usado para matar.

«¿Ella había dudado? ¿Los había cortado sin pensárselo dos veces?»

Calder frunció el ceño. Quería una esposa capaz de defenderse. ¿Pero quería una mujer que fuera una asesina a sangre fría?

No. Ésa no era su Katja. No era una persona que hiciera daño a los demás sin remordimientos. Le había suplicado que no golpeara a Lorna, ¡por el amor de Dios! Aunque había resuelto el problema con la muchacha rápidamente, no había derramado ni una gota de sangre. Bueno, Lorna tuvo un pequeño moretón en la

mandíbula durante unos días, ciertamente menos de lo que merecía.

Armunn se apartó de nuevo del sendero, encontrando un respiro del viento tras un saliente junto a la orilla del río. Calder maldijo en voz baja y a regañadientes hizo subir al animal por la suave pendiente. Miró a su alrededor, ansioso por darse cuenta de que había cabalgado sin prestar atención a quién podría encontrarse en el camino. Aunque la mayoría habría tenido el sentido común de quedarse en casa mientras arreciaba la tormenta, los caminos estaban plagados de bandidos, y aquellos lo bastante desesperados como para estar en el exterior con semejante tiempo serían realmente peligrosos.

CAPÍTULO 16

La tarde llegó pronto, pisándole los talones a un reacio sol. Totalmente mojado, frío y agotado, Calder detuvo a Armunn frente a la herrería, no lejos de los muelles de Thurso. No parecía haber nadie, lo cual no era de extrañar, ya que el tiempo desapacible mantenía a la mayoría de la gente sensata detrás de las puertas. Calder ató a Armunn bajo el saliente del tejado de la herrería y se acercó a la vivienda por el pequeño patio cubierto de barro.

Tras unos golpes en el panel de madera, la puerta se abrió. Una barbilla canosa sobresalía beligerante por encima de un pecho bien musculado.

—¿Qué sucede?

Calder consideró al hombre de la entrada, sus astutos ojos le evaluaron, comprendiendo que un hombre a la intemperie como era Calder, podía estar muy necesitado-y ser una fuente de monedas. Calder sacó un penique de plata de su zurrón.

—Busco un caballo. Su jinete es una muchacha joven, con un perro muy grande a su lado. Sólo quiero saber si ha llegado hasta aquí sana y salva.

Al mencionar a la mujer y al perro, los ojos del hombre se

abrieron un instante antes de volver a fruncir el ceño. El pulso de Calder se aceleró. El hombre la ha visto.

—Le compré un jamelgo a una mujer con un perro como el que describís, dijo que necesitaba la moneda. —La mirada del hombre se dirigió rápidamente al granero y regresó.

«¿Un jamelgo? Le pagó mal por Skündi y está encubriendo su acto deshonroso. ¿Qué le ocurrió a Katja para separarse del caballo?»

—Le habéis robado. Pagar menos de lo que vale el caballo es un robo. —Calder frunció el ceño, llevándose las manos a los costados mientras se inclinaba hacia delante.

—Le pagué una buena suma —protestó el herrero—. Echad un vistazo vosotros mismos.

Calder asintió brevemente con la cabeza, el hombre cerró la puerta tras de sí y cruzó el patio. Entraron en el cálido refugio del establo, con olores a heno y carne de caballo humeante flotando en la estructura de techo bajo.

El herrero se detuvo ante un pequeño corral bajo el alero, donde se arremolinaban tres caballos que mostraban un leve interés por los hombres. Saludó con la mano a un pequeño caballo que se balanceaba en un rincón, pegado a la cola de una bonita yegua alazana.

—Ése es el jamelgo por el que pagué. Buena plata por una bolsa de huesos que no valdrá mucho más en el mercado.

—Este no es su caballo.

—Ella me lo vendió. —El herrero inclinó la cabeza, con los ojos entrecerrados.

—No lo reconozco. —Calder sacudió la cabeza.

El lord se quedó mirando al decrépito jamelgo, con la cruz marcando el áspero pellejo sobre los hombros, prometiendo al jinete un asiento doloroso si no lo acolchaba adecuadamente.

—¿Podéis decirme algo más? —preguntó, con la mirada fija en la bestia que Katja había conseguido de algún modo.

—También me vendió esto.

Calder dio un respingo al oír el tintineo del metal sobre la madera, y dirigió la mirada hacia la pila de armas que había sobre una mesita. Se acercó al alijo, estudiando los puñales y los

cuchillos.

—Yo tampoco los reconozco.

—Hace un par de días apareció una muchacha -seguramente la que buscáis, ya que no se puede confundir a su bestial cazador de lobos- que quería vender dos caballos y estas inmundicias. —El herrero se encogió de hombros—. No tenía motivos para no comprarlos. Agitó la mano sobre las piezas de acero oxidado y sin brillo.

—¿Las armas y los *caballos*? ¿Había otro?

—Aquella. Pero no le di monedas por ella. —El herrero sacudió la barbilla hacia la yegua baya.

—Yo tampoco la conozco. —Calder sacudió la cabeza lentamente, desconcertado.

—Yo sí. —Una voz retumbó detrás de ellos.

* * *

Katja movía la comida en su trinchera sin mucho entusiasmo. Los aromas de la excelente cocina de Runa se habían desvanecido, para alivio de Katja, y su estómago ya no rugía en señal de protesta, pero seguía teniendo poco apetito.

El tío Lund se había marchado con Donnan después de una comida apresurada, besando a ambas damas y advirtiéndoles que no lo esperaran despiertas. El invierno se les echaba encima y él tenía tareas que realizar para asegurarse de que los barcos a su cargo se mantuvieran en buenas condiciones durante los gélidos meses que se avecinaban, azotados por las tormentas.

—¿Todavía os duele el estómago? —Runa se sentó en el banco junto a Katja.

—Está mejor, pero no creo que pueda hacer mucho hoy. —Katja levantó la vista, sobresaltada, y su cuchillo cayó a la mesa cuando sus dedos se separaron por la sorpresa.

—Lo haré mejor por la mañana. —Sonrió a su tía con nostalgia.

Sin embargo, no le fue mejor después de una noche de descanso. El sudor helado le cubría la frente y el malestar aumentaba cada vez que levantaba la cabeza de la almohada. Runa

la tumbó en la cama y le dio un trozo de pan.

—Comed despacio. Si no os lo coméis, podéis beber un sorbo de mi tisana especial.

Katja quiso protestar, pero el relajante aroma hizo que el nudo de su estómago pasara de vertiginosa protesta a interesado rumor. Dio un mordisco tentativo, luego otro, aliviada cuando no mostró signos de provocar otra ronda de náuseas.

—Tomad. Probad esto. —Con una ceja arqueada hacia el perro gigante que estaba junto a Katja y que miraba con desconfianza cómo trataba a su dueña, Runa levantó suavemente la cabeza de Katja lo suficiente para que pudiera beber el brebaje caliente. Con un suspiro, Katja tragó saliva, bajó la cabeza a la almohada y cerró los ojos.

—Os dejo un rato. Cuando os sintáis mejor, terminad esto. Creo que pronto estaréis de pie. —Runa se levantó, dejando el resto del pan y el té en una mesita que puso junto a la cama.

—No me siento exactamente enferma. Estoy bien siempre que permanezca tumbada. —Katja murmuró una leve protesta.

—Estáis con fiebre —convino Runa—. Hablaremos más de esto cuando os recuperéis.

«Qué cosa tan extraña. ¿Por qué no hablar de mi enfermedad ahora? ¿Por qué esperar hasta que esté mejor?»

Sin embargo, Katja se quedó dormida, con los dedos entrelazados en el pelaje de Freki, antes de que pudiera plantear sus preguntas.

* * *

La mañana estaba a medio terminar y Katja se resistía a quedarse en cama. Levantó la cabeza con cautela y se sorprendió de encontrar el estómago y la cabeza despejados y sin problemas. Se alegró y tiró la manta a un lado, vistiéndose rápidamente cuando el aire frío tocó su piel. Encontró a Runa en la cocina, dando instrucciones a la criada sobre la comida del mediodía. Katja envió a Freki fuera para que hiciera un poco de ejercicio y se detuvo en la puerta. Runa sonrió ampliamente cuando Katja entró

en la habitación, su mirada escrutadora.

—¿Cómo estáis, *Elkesdottir*?

—Mucho mejor, tía. Me temo que he tardado un poco en adaptarme a tierra después de la tormenta que nos azotó en el camino. Además, quería preguntar por Donnan, el muchacho que me acompañó hasta aquí. ¿Ha hablado el tío de él? —Katja se llevó un poco de queso a la boca con una sonrisa.

—Le ha dado un puesto, con la esperanza de convertir al muchacho en aprendiz cuando sea un poco mayor. No tiene padrino, así que Lund desea observarlo antes de confirmarlo como aprendiz. Donnan estuvo aquí en la comida de la mañana y preguntó por vosotros. Siento que no le vierais. Es probable que Lund lo mantenga muy ocupado hasta que las tormentas los lleven al interior.

Feliz por el muchacho del que se había hecho amiga, Katja asintió, aceptando la decisión de su tío al respecto. Aunque creía que Donnan era sincero en su gratitud y deseoso de hacer carrera, sabía poco de él o de su capacidad para mantenerse fiel durante los largos años que permanecería al servicio de Lund.

—¿Qué ocurre? —Percibió el leve gesto de su tía.

—Venid al salón, Katja. Contadme más de vos. Os he echado de menos estos últimos años. ¿Cuántos han pasado?

Katja siguió a su tía a la acogedora habitación de la parte delantera de la casa. Aunque su tío tenía una oficina en los muelles y otra en su casa, esta habitación se mantenía fresca y ordenada, un lugar donde los visitantes -de negocios o sociales- podían relajarse. La joven se acomodó en una amplia silla acolchada, se quitó los zapatos y metió los pies bajo la falda del vestido que le había prestado su tía.

—Hace casi cinco años que el tío Lund me regaló a Freki cuando era un cachorrito y vino a Ruadhcreag en su breve visita. —Dudó, recordando la abyecta soledad después de que él se marchara, su rechazo a permitir que Katja le acompañara. ¿Por qué había permitido que el deber la retuviera en casa?

—Y no os he visto desde antes de que muriera mi madre.

—Eso es demasiado tiempo para las dos. —Runa sonrió, suavizando la consternación de Katja—. ¿Cómo están vuestros

hermanos? Estoy segura de que son valientes y guapos.

—Bjorn siempre parece serio, aunque imagino que ser el hijo mayor de mi padre no es fácil. Christer y yo somos más cercanos, aunque Patrik y yo tenemos más edad. Christer siempre ha intentado protegerme de la censura de los demás. Él y el capitán del conde me enseñaron a defenderme. —Katja sonrió al recordar al trío.

—¿Son los responsables del montón de armas que hay en vuestra habitación?

—Sí. —La memoria de Katja la arrastró a los hombres que había matado, inundándola de culpa. Templó la respiración, decidida a no mencionar a la pareja de ladrones, muertos bajo los matorrales junto al camino de Thurso. Su tía sabía del ataque cuando la sacaron del torreón de Fairetur. Pero, ¿qué pensaría de una sobrina que mataba con tanta facilidad? Echó un vistazo. El aura amarilla de felicidad irradiaba de su tía como era de esperar. El azul claro que indicaba su estado de relajación vaciló, creando una fina línea de verde pálido. ¿Su tía se compadecía de ella?

Una inesperada desesperación se apoderó de ella. Quería su amor, no compasión… necesitaba *desesperadamente* su amor.

—¿Qué os pasa, Katja? ¿Qué veis?

—¿Qué queréis decir? —Sorprendida, Katja la miró boquiabierta, con el cuerpo frío y caliente a la vez, amenazada por el miedo.

—Cuando me miráis. ¿Qué veis?

La luz roja y turbia se mezclaba con el rosa y el verde medio de un curandero natural.

—Tenéis una luz. —Katja abrió la boca, la cerró y tragó saliva.

—Decidme. ¿Todo el mundo tiene una luz?

Katja asintió con dificultad.

—Entonces es verdad. Elke quería que lo entendiera, pero en aquel momento me estremecí ante lo que algunos considerarían brujería. Y porque ella lo llamaba vuestra maldición. Sin embargo, ella murió cuando erais muy pequeña, y después no pude preguntar a nadie por miedo a lo que pudiera pasaros.

—El conde quería utilizarla -utilizarme- para beneficiarle

ante aquellos con los que hacía negocios. Esto me habría convertido en su esclava más que una simple hija inútil. Y habría sido responsable de traicionar a muchos. —Los ojos de Katja rebosaban lágrimas—. Madre me ordenó que nunca hablara de ello. Pero me ha enseñado mucho sobre la gente. Sus auras nunca mienten.

—¿Verdad? ¿Qué os dice mi aura? —Runa inclinó la cabeza.

—La vuestra siempre es amarilla porque sois una persona alegre. Pero ahora es rosa, lo que me dice que me quieres. —Katja pensó en su tía y esbozó una leve sonrisa—. Y el verde me recuerda que sois una curandera nata y que quizá queráis ayudarme.

Su sonrisa se desvaneció.

—¿Qué más, Katja?

—Hay una luz roja turbia en vos, pero no sé por qué estáis enfadada conmigo.

—Tenéis razón en lo primero. Os quiero, Katja. Sois la hija que desearía haber podido darle a Lund. Y yo soy una sanadora y haría cualquier cosa para ayudaros. —Apoyó una palma en el brazo de Katja—. Pero miradme bien, Katja. ¿Os parezco enojada con vosotros?

—He hecho un desastre. Tenéis derecho a enojaros conmigo. He mentido y he matado. Tía Runa, he matado hombres. —La voz de Katja se quebró.

—Katja, querida… La ira que veis no va dirigida a vosotros. Es por las veces que deseé haberos protegido, por no haber protegido a mi hermana. Y es por los hombres que presumieron demasiado, que deseaban dañaros o controlaros, no permitiros ser la hermosa persona que sois. No siento ira por vosotros.

—¡Pero la veo! Debe ser contra mí. ¿Cómo puedo ver colores destinados a otros?

—¿Alguna vez os limitáis a mirar a la gente? ¿Las miráis de verdad?

—No. Quiero decir, no le agrado a la gente y no deseo… —Su voz se entrecortó cuando la confusión le robó las palabras.

—Aprendisteis a evitarlos. Los manteníais a distancia para que no os hicieran daño. Lo entiendo, Katja. Sin embargo, la gente

está hecha de muchos pensamientos. La mayoría de las veces puedes pasar por alto lo que dicen y estudiar lo que hacen. Conociendo a vuestro padre como lo conocíais y lo desesperadamente que deseaba vuestra habilidad, os llevó a confiar en vuestra habilidad especial, juzgando a todo el mundo por lo que veíais en la superficie. Y al hacerlo, no lograsteis aprender a ver sus corazones.

* * *

Un hombre salió de la puerta, con la luz desvaneciéndose a sus espaldas y el rostro en sombras. El corazón de Calder triplicó sus latidos al ver el brazo apretado contra el costado del hombre. Un rayo de sol invernal se coló por un resquicio de la pared y le iluminó el rostro arruinado.

—¿Qué sabéis de la mujer que os vendió la yegua baya?

El fornido herrero bajó la mirada y arrastró los pies sobre la tierra compacta del suelo del establo. El miedo y la evasión crepitaban en él.

—No compré la yegua. La reconocí como suya. —Se encogió de hombros—. Sabía que la yegua no era suya para venderla, y podéis reclamarla como queráis. Habría mandado a buscaros cuando el tiempo mejorara.

—¿Conocéis a la mujer? —El hombre de la cicatriz gruñó y dirigió su atención a Calder.

—Así es.

Calder y el desconocido se estudiaron mutuamente. Un caballo resopló, golpeando la paja con la pezuña.

—Hace dos días, dos hombres abandonaron mi campamento, uno de ellos sustituyendo tontamente a mi yegua por la suya, la cual había lacerado antes con una herradura mal ajustada. Cuando los alcancé, los dos estaban muertos, y la muchacha de Sinclair me echó el perro encima.

—Me pillaron desprevenido, o tanto ella como el perro yacerían bajo los arbustos con los tontos a los que mató. —Con un pequeño gesto del brazo, indicó su herida.

—¿La conocéis? ¿Sabéis su nombre? ¿La atacaron? —Calder

retrocedió un paso.

—Es una asesina a sangre fría, pero su instinto es honesto. Su padre es un bastardo malvado al que no le importa el destino de los demás. —El rugido de amarga carcajada del hombre fue aún más fétido por la forma en que retorcía las cicatrices de su rostro.

—¿Está herida? —Aterrorizado por las palabras del hombre, la imaginación de Calder se desbocó.

—Ella trajo los caballos aquí —relató el hombre—. Herrero, ¿os pareció que estaba herida?

—A mí me pareció que estaba bien, con vuestro perdón. —El herrero echó una rápida mirada a Calder.

—¿Estáis seguro? —Calder volvió a centrar sus pensamientos—. ¿Quién sois y por qué importa si es una Sinclair?

—Me llamo Gair Orrock. Mucha gente buena ha sufrido terriblemente a manos de los Sinclair, aunque yo soy uno de los pocos que quedan para llorarlos. Y he jurado borrar a los Sinclair de la faz de la tierra antes de morir. —El hombre se acercó un paso más, hacia la luz cargada de polvo.

—Ese sentimiento no me sorprende. Pero la mujer no se parece en nada a los Sinclair. —Calder no admitió que el conde era el padre de Katja.

—No, no se parece. Sin embargo, es la viva imagen de su madre.

* * *

Katja saboreó el aire fresco y frío en sus mejillas. Con los ojos cerrados, dejó que el calor del sol de la tarde le besara la cara mientras se apoyaba en el muro bajo, la piedra firme contra su espalda. Su mente estaba deliciosamente en blanco, un bálsamo después de las revelaciones de su tía.

Las reservas no tardaron en aparecer. ¿Era cierto? ¿Había dependido tanto de la visión que había perdido la capacidad de ver de verdad? No quería ni pensarlo. Rehuía el dolor y la responsabilidad que ese pensamiento le producía. Pero, a pesar de sus esfuerzos, las palabras de Runa volvieron a ella.

«¿Cuándo fue la última vez que os permitisteis confiar en

alguien? ¿La última vez que aceptasteis a alguien como amigo sin usar vuestra vista? ¿Os habéis brindado amistad a cambio?»

Morag, su antigua nodriza, y Ranald, el capitán de su señor, eran los únicos, aparte de sus hermanos, a los que podía considerar amigos antes de mudarse a Fairetur. Y ellos habían hecho todo lo posible por protegerla, manteniéndose al margen de la ira de su padre.

Sus hermanos. Katja se inquietó. Era fácil confiar en ellos. Los conocía desde que nacieron y habían demostrado su lealtad. Una y otra vez le habían advertido del mal genio de su padre, habían desviado sus golpes. Con los ojos aún cerrados, imaginó a cada uno de sus hermanos.

Bjorn. A diferencia de sus hermanos de cabellos dorados, él era moreno como su padre. ¿Sería por eso que su piel se erizaba tan levemente cuando pensaba en él? Su aura, la tenue plata de la abundancia física, reflejaba sin duda su cuerpo robusto, sus músculos afilados y sus habilidades de lucha sin parangón. Era el heredero, el próximo líder de los Sinclair, y el hilo naranja de autoridad que tejía su aura lo demostraba. ¿La niebla gris que unía los dos colores era una mera mezcla? ¿O era el color indicativo de pensamientos oscuros? ¿O de melancolía?

Katja liberó la tensión que crecía en su pecho, abrió los ojos para mirar a lo lejos, dando rienda suelta a sus pensamientos, y exhaló un suspiro lento cuando la revelación perdió fuerza.

Su querido hermano mayor tenía tantos motivos como cualquiera de ellos para el resentimiento, la consternación, la melancolía… quizá más. ¿Cuánto le había empujado su padre a ser más fuerte, más duro? ¿Quién era el hombre y quién la marioneta del conde?

Un pensamiento revelador. Todos cumplían sus órdenes. Excepto por la verdad de su don, todos se ajustaban a sus exigencias, a su estilo de vida y a las reglas siempre cambiantes que lo mantenían firmemente al mando. Ella había luchado a diario para manejar a Ruadhcreag como él deseaba, temiendo su escrutinio, la perfección su único objetivo. Siempre desequilibrada por las exigencias del conde de más comida, mejor comida en las mesas, sólo para que la orden cambiara a menos comida, y una

mordaz admonición contra el despilfarro, una vez que había corregido el *descuido* anterior. Y otro cambio en un ciclo interminable.

Nunca estaba satisfecho. Katja lo sabía. Cambiar sus exigencias la mantenía bajo su control, le impedía pensar o actuar por sí misma. La mantenía concentrada en su próximo desaire, en lo imperfecta que era, en lo incapaz que era de existir sin su guía. ¿Qué se había atrevido a desafiar su autoridad absoluta?

En contra de las órdenes directas de su padre, había criado y entrenado a Freki, el regalo de su tío, enseñándole órdenes en *norn* tanto para honrar su herencia como para frustrar a su padre. Había soñado con liberarse de su control, de su desprecio, de ese desdén omnipresente que le carcomía el corazón a diario. Y, sin embargo, la única vez que había hecho realidad su sueño había sido abandonar al hombre que le había prometido una vida mejor.

Se incorporó bruscamente, con la ira encendida en sus pensamientos melancólicos.

—¡La deshonestidad se acabó! Ningún hombre volverá a tratarme como a una esclava. Nada me convencerá jamás de volver a una vida en la que cada una de mis palabras está sometida a la tolerancia de un hombre.

—Tampoco consentiré una vida apartada para otra mujer. —El recuerdo del desconsolado dolor de su madre la inundó de dolor físico.

Sobresaltada por haber hablado en voz alta, dejó caer la mano sobre la huesuda cabeza de Freki. Con un gemido, Freki lamió su mano y empujó su palma cuando dejó de acariciarlo. Haciendo caso omiso de su demanda de consuelo, Katja avanzó a grandes zancadas, con las botas marcando débiles huellas en la suave y húmeda suciedad del sendero que conducía a Clickimin Loch. Un viejo castillo, o *borg* en *norn*, tan antiguo como las piedras que formaban la fortaleza amurallada, atrajo su atención. Descansando sobre una encina en medio del lago, se alzaba como una corona desmoronada sobre el agua.

Freki merodeaba a su lado, claramente descontento con su estado de ánimo.

—No volveré a hacerlo, Freki, no soy lo bastante fuerte para

arriesgar mi corazón otra vez. Sois mi mejor amigo, Freki. Mi único amigo. —Tragó saliva al darse cuenta de que su tía tenía razón. No había vergüenza en tener unos pocos amigos íntimos. Pero los pocos conocidos de Katja en Ruadcreag se habían mantenido a distancia, reacios a entablar amistad con la despreciada hija del conde, y desde luego ella no había fomentado una relación más estrecha.

—Sí, Sköndi también es mi amigo. —Freki volvió a darle un empujón en la mano y Katja ahogó una carcajada.

Resopló y limpió sus ojos con la manga. Enredó los dedos en el áspero pelaje de Freki, el gesto familiar la tranquilizó. Con una respiración tranquila, soltó al sabueso.

—Id a estirar las piernas. Yo iré detrás de vosotros.

El perro le lanzó una mirada interrogante y luego se alejó, volando sin esfuerzo sobre el terreno rocoso con cada zancada grácil. Katja lo siguió más despacio, sin fijarse en el camino, mientras las sombras se alargaban y el frío creciente la obligaba a abrigarse. Sin embargo, el ejercicio no tardó en calentarla e hizo caso omiso de las bajas temperaturas, saltando de roca en roca con la misma agilidad que los caballos que pastaban cerca.

Escogió una gran roca y se sentó sobre su áspera superficie, contemplando el lago, las piedras del *borg* brillando bajo el sol poniente. Acomodó el largo de su capa para suavizar el asiento y se contentó con descansar. Respirando hondo y sin pausa, se recuperó fácilmente del esfuerzo. Freki saltó sobre la hierba marrón, con la nariz pegada a la tierra mientras perseguía un olor. Los caballos lo ignoraban, formando pequeños grupos contra el frío, sin prestar atención al perro del tamaño de un lobo.

Katja escuchó un grito y miró por encima del hombro. Una pequeña figura se acercaba, agitando un brazo. Katja resbaló de su roca, y Freki detuvo su caza, trazando un bucle hacia el intruso.

—¡Freki, halda! —gritó Donnan.

Leal sólo a Katja, el perro no se detuvo, sino que aminoró la marcha, con las orejas erguidas hacia delante mientras consideraba al muchacho que tenía delante.

—No os obedecerá sin que yo se lo ordene. —Katja rio, despreocupada y mareada por la sensación—. Ya habéis ordenado

antes a mis bestias. ¿Dónde habéis aprendido las palabras *norn*? —Se detuvo ante el muchacho, con las manos en las caderas mientras observaba su aura amarilla de alegría, el azul entrelazado del equilibrio calentándole el corazón.

—Aprendes muchas palabras, viviendo en los muelles de Thurso. —Donnan le dedicó una sonrisa insolente.

—¿Queréis oír otras? —Sus ojos se entrecerraron con picardía.

—¡Impertinente! Mi tío os taponará los oídos si os oye hablar así. —Katja se rio y le dio un ligero golpecito en la cabeza que el muchacho esquivó con facilidad.

—Como su aprendiz más reciente, sí. Pero no como el muchacho que encontró a su sobrina y la trajo antes de que se cubriera de nieve. —La sonrisa de Donnan se ensanchó. Agitó un brazo hacia el cielo—. ¿No miráis las nubes?

Para sorpresa de Katja, las nubes se cernían grises y pesadas. Un viento amargo le azotó la capa y quemó sus mejillas. Acompañó al muchacho y volvió sobre sus pasos hacia la casa.

—¿Cómo has estado, Donnan? ¿Creéis que os quedaréis con mi tío en Lerwick? ¿Os ha ofrecido un lugar?

—Vuestro tío es un hombre valiente. Voy a ser su ayudante hasta que sea mayor. Seguro que entonces tendrá un sitio para mí como aprendiz. —La luz de la veneración al héroe brillaba en sus ojos.

—Y el olor de la madera cortada, la forma de los barcos… Katja, ¡quiero ser constructor de barcos! —Sus manos dibujaron el aire con emoción.

—¿Ya os habéis enamorado después de sólo un día? —bromeó ella, con el corazón lleno de dolor por el orgullo y la felicidad que sentía por el muchacho.

—No puedo pagaros vuestra ayuda. —Donnan agachó la cabeza. Por su parte, Katja tuvo la amabilidad de no llamar la atención sobre aquel chillido poco varonil.

—Me alegro de que hayáis encontrado vuestro lugar. Mi tío ha hecho bien en poneros de aprendiz. —Le revolvió el cabello en un gesto de hermana mayor que no pudo resistir.

La sonrisa de Donnan le dijo todo lo que necesitaba saber.

«Qué suerte tiene de haber encontrado un oficio que le llama al corazón. Qué suerte tener al tío Lund como maestro. Qué maravilloso es saber que trabajará duro, pero con justicia».

—¿Y vosotros, Katja? ¿Habéis encontrado lo que buscabais? —Donnan inclinó su mirada en dirección a ella.

Katja sabía que sólo deseaba que ella fuera tan feliz como él, pero su corazón dio un extraño vuelco.

—Estoy satisfecha e inquieta a la vez. Mi familia me acepta y me aprecia todos los días. Pero no estoy segura de que sea suficiente.

CAPÍTULO 17

El aire del establo era cada vez más denso, una mezcla asfixiante de polvo, heno viejo, estiércol y rabia.

—¿Cómo conocéis a la hija del conde? —Calder apretó la mandíbula, apenas capaz de controlar la furia que invadía su cuerpo, rachas de calor y frío recorriéndolo, aflojando sus músculos, agudizando sus reflejos, preparándolo para la batalla.

—Una vez navegué con los Sinclair. —Gair pronunció las palabras con los labios rígidos, con clara burla—. Hace veintisiete años, fuimos a reparar el barco a Lerwick. Fue allí donde conoció a la muchacha con la que se casaría. Se llamaba Elke Reginulfsdottir.

—Os equivocáis. ¿Os dolería saber que su esposa ya no vive? —El estómago de Calder se revolvió. El hermano mayor de Katja, Bjorn, tenía veinticinco años. Era evidente que el hombre conocía tanto al conde de Sinclair como a su difunta esposa.

—Era demasiado buena para él. Mejor que muriera a que soportara la pena eterna que él le traería. —La piel palideció blanca alrededor de la carne enrojecida y fruncida de su rostro. Los ojos del hombre brillaron.

—Tuvo hijos y una hija con ella. —Calder vaciló entre la ira cautelosa y la compasión por el hombre que parecía haber sufrido mucho a manos del conde—. Si la muchacha es la imagen de su

madre, Elke Reginulfsdottir era una mujer hermosa.

—Hermosa pero cambiante como una *Selkie*. Cuando descubrió que el conde podía ofrecerle más que yo, lo siguió de inmediato. —Retrocediendo hacia las sombras como un perro salvaje, Gair gruñó.

Calder ignoró la comparación que hizo el hombre de la madre de Katja con las encantadoras fieras acuáticas cuyo amor por el mar anulaba sus sentimientos por sus amantes humanos. Y la infundada amargura de Gair hacia Katja hizo que la ira de Calder volviera a subir en espiral.

—No podéis echarle en cara a su hija los problemas de su madre.

—Es el engendro de su padre. —El hombre escupió y levantó su brazo destrozado hacia los rayos de luz que se desvanecían—. Bien entrenada por el bastardo de su padre.

—Tengo que agradecérselo a su padre. Una vez tuvimos una sociedad, un acuerdo para comerciar. Mi clan, marinos, arriesgó mucho para promover la ambición del conde. Pero cuando fracasamos -aunque domar el mar azotado por el invierno era una tarea imposible incluso para los que estaban bajo el mando del gran Sinclair-, hizo que sus hombres eliminaran a cualquiera que pudiera aportar pruebas contra sus planes. Mataron a todos los que se opusieron a ellos, y también a inocentes. Para completar su tarea, quemaron mi hogar hasta los cimientos, dejando a unos pocos que se vieron forzados a vivir de nuevo o a la piratería para sobrevivir. El clan Orrock no es ahora más que un puñado de forajidos, intentando recordar que una vez fuimos hombres honorables. —Volvió a inclinarse hacia la luz e hizo un gesto con la mano, indicando las cicatrices fruncidas de su cara.

—Él y los de su clase deberían ser borrados de la tierra. No os equivoquéis. Si encuentro por casualidad a la hija del bastardo, y la encontraré, no escapará a su destino. —Dio un paso al frente, amenazador, con el hedor de su ira envolviéndole.

La sangre de Calder se heló en sus venas y su corazón palpitó con un latido débil y errático. ¿Mataría a Katja? ¿La única cosa dulce y pura en la equivocada vida de Calder? Una vez más, su desconsideración había puesto a Katja en manos de un hombre que

no se lo pensaría dos veces antes de matarla.

Calder miró fijamente a Gair Orrock, empuñando las manos para no sacar un arma.

—No volveréis a hablar así de ella. No me importa lo que le hagáis a su padre. Y veréis que sus hijos están hechos de una pasta diferente a la suya. Pero tienen una oportunidad contra vosotros, si los desafiáis. A la muchacha la dejaréis en paz.

—¿No me habéis escuchado? Aparte del hecho de que su linaje la marca para la muerte, ¿no entendéis el peligro que supone esta mujer? Me ha costado dos hombres y el uso de este brazo. ¿Qué es para vosotros una perra tan insensible? —La risa burlona de Gair ladró en el aire frío.

Calder se inclinó hacia el hombre, erizado por el deseo de clavarle su daga en el negro corazón.

—La muchacha —gruñó—, no es una perra insensible. La *muchacha* es mi *esposa*.

* * *

La niebla marina se espesó alrededor de Calder a la mañana siguiente mientras se acurrucaba bajo el alero del tejado de la posada. Los vientos, que podrían haber despejado la *niebla*, se habían calmado, y unas nubes grises y opacas, cargadas de nieve, se cernían sobre los tejados.

¿Había llegado Katja sana y salva a Lerwick? Un barco, que regresaba de su viaje diario a Stromness, estaba atracado en el puerto, apenas visible a través de la espesa niebla. Su capitán había reconocido la descripción que Calder había hecho de Freki, pero juraba que no había permitido a ninguna mujer a bordo de su barco. Y su seguridad de que el perro había estado acompañado por un muchacho y su amo, dejó a Calder confuso y preocupado. Muy preocupado.

Era difícil imaginar a Freki en manos de otro. La bestia estaba consagrada a Katja, y Calder no imaginaba que ni siquiera la muerte pudiera cambiar eso. Rezó para que ella no yaciera sin ser detectada bajo un mojón o un arbusto conveniente, un monumento a su estupidez. Una víctima de robo y cosas peores.

¿Katja estaba vestida de hombre? Una opción mucho mejor, aunque no podía imaginarse cómo alguien podía dejar de notar sus graciosas curvas bajo un conjunto de *trews*. No se le había ocurrido preguntar cómo iba vestida, ya que pensaba que viajaba abiertamente como mujer. Hasta Thurso. Hasta que su género no le supuso ninguna concesión y le cerró muchas puertas, incluidas las de los barcos, donde se sabía que una mujer -especialmente una tan atractiva como Katja, y sin compañía- podía desviar la atención de un marinero de su deber, enfadando así a los dioses del mar y poniendo en peligro el barco. Aunque se creía que una mujer desnuda traía buena suerte…

Calder sacudió la cabeza. No había oído hablar de esa superstición en particular, la del talismán de la mujer desnuda, mientras buscaba noticias de Katja. Era mucho más probable que se hubiera disfrazado, utilizado a un cómplice para comprar el pasaje y abandonado Thurso… ¿hace casi cinco días? Miró al plomizo cielo, reprimiendo una maldición por el cambio de tiempo que le impedía perseguirla.

Aunque si a Gair Orrock se le había ocurrido seguir a Katja, no había tenido mejor suerte. Calder respiró hondo. El hombre era fanático en su odio hacia los Sinclair. Y por eso, Calder no podía culparle. Aunque la enemistad entre Sinclair y MacGerry venía de antiguo, los Sinclair no habían llevado la lucha a las puertas de Fairetur. Se estremeció al pensar en los efectos de tal batalla sobre su clan, su familia, Torri y Beitris. Sin duda, el castillo estaba mejor fortificado que una casa solariega o un grupo fortificado de pequeñas granjas, pero no resistirían mucho tiempo a las fuerzas de los Sinclair.

Calder se apartó del edificio y entró arrastrando los pies. Permanecer de pie bajo el viento helado no tenía otro propósito que castigarse por su falta de comprensión y tacto con su nueva esposa. Llevaba demasiado tiempo viviendo a la sombra de su hermano, sin las preocupaciones del clan, tomándose las cosas con calma con las muchachas que lo querían por su desenvoltura y su humor, dos características de las que carecía notablemente desde que se había convertido en lord. Sus días de vivir como un hijo menor habían pasado. Había llegado el momento de ser un hombre

responsable. Y las perspectivas de apaciguar a su esposa, comprensiblemente angustiada, no eran buenas.

* * *

Un viento huracanado aullaba desde el mar, llevando el gélido frío del invierno hasta los huesos de Katja. Se metió en la casa, pensando mejor en recorrer el camino azotado por el viento hasta el establo para ver cómo estaba Skündi. El tío Lund le había recordado que el establo era resistente y agradablemente cálido con los cuerpos de tantos animales juntos. Pero ella estaba inquieta, acostumbrada a tan poca actividad y a la relativa tranquilidad de la casa unifamiliar. Aunque había prometido a su tía que sería útil, las criadas le dejaban poco que hacer. Y las mañanas se le hacían cada vez más difíciles. Se detuvo en el pasillo y se pasó una mano tentativamente por el estómago, un escalofrío diferente le recorrió las entrañas. Las náuseas al despertarse ya no la dejaban preguntándose si sólo le faltaban unos pocos síntomas para sucumbir a la fiebre. Tampoco temía que sus gachas estuvieran contaminadas.

Por las tardes estaba cada vez más hambrienta y se afanaba en preparar la cena. Y ninguna de las miradas atentas de la tía Runa le quitaba el apetito. Katja se sentía impotente ante el nuevo apetito que la corroía.

Las voces murmuraban desde la cocina, pero ella deseaba unos momentos más de soledad. Incluso las criadas intercambiaban miradas cuando ella entraba en la habitación, algo con lo que estaba demasiado familiarizada, pero que no dejaba de ser inquietante. Consciente de que la habitación delantera estaba vacía, Katja acercó una cómoda silla a la chimenea y se hundió en sus cojines. Su estómago rugió, tan vacío como una tetera agujereada. Pero no estaba preparada para empezar las tareas de la tarde. Acurrucada en el calor de una suave manta, en una silla frente al fuego, tenía una sensación de bienestar, de satisfacción, de somnolencia.

¿Podría estar embarazada de Calder? Una oleada de nostalgia la invadió. Pero no podía imaginar cómo cambiaría eso su vida

con Calder. Una vez que tuviera un heredero, ella ya no le interesaría, y él le había dejado claro a su amante que se contentaba con saciar su lujuria. Ciertamente no había garantía de que este niño fuera un muchacho. Una hija, aunque preciosa para Katja, no sería de ninguna utilidad para Calder. Podía simplemente negarse a hablarle a Calder del niño. En lo que a ella concernía, podía adoptar a su heredero de otra. Y si se aplicaba, era muy probable que la licenciosa Lorna pronto le diera un hijo. El corazón de Katja se retorcía en su interior. Más que los atentados contra su vida, le había dolido saber que había instalado a su amante en una casa de campo, manteniéndola a su alcance. Hizo a un lado el recuerdo del rostro de su madre, desgarrado por el dolor, mientras miraba con nostalgia a su hija. Katja nunca se permitiría sentirse tan atormentada, tan desamparada.

Sin embargo, en su corazón, sabía que llevaba en su vientre al hijo de Calder. Un precioso regalo que él seguramente no rechazaría, no importaba si era un muchacho o una muchacha. El anhelo de una familia tiraba de su corazón. ¿Podría convencer a Calder de que dejara de lado a Lorna? ¿Podría confiar en él si accedía?

* * *

La tormenta invernal se desvaneció con una ráfaga de sol. Tres días de vientos huracanados habían traído el invierno a las islas, frío, implacable y ominoso. Refugiada en la casa de los Sjoberg, la inquietud de Katja se había calmado poco a poco. Y también su barriga.

Libre de náuseas paralizantes por primera mañana en casi una semana, Katja abrió la puerta de par en par en un exceso de buena salud juvenil y salió a la luz del sol. Freki corrió junto a ella por la nieve, surcando grandes ventisqueros y lanzando polvo blanco al aire. Katja se rio de su exuberancia, sintiéndose en paz con el mundo.

—¡Es una bonita mañana! —exclamó mientras Runa la regañaba desde la puerta.

—Disfrutad del cielo despejado, *Elkesdottir*. Nos quedan

muy pocos cielos despejados hasta que acabe este invierno. —Su tía suspiró y entrecerró la mirada—. ¿Os encontráis bien esta mañana?

—Sí. Imagino que hoy superaré la destreza alimentaria de Donnan. —Katja volvió a reír, esta vez al darse cuenta de que se sentía bien.

—El muchacho tendrá que trabajar duro para compensar su alimentación —Runa sonrió y estuvo de acuerdo, con un movimiento de cabeza para el muchacho en crecimiento—, creo que ha ganado centímetros en los pocos días que lleváis aquí.

—Y yo creceré al mismo ritmo que él. —Katja dejó caer un hombro, no muy dispuesta a mirar a su tía de frente. Sus palabras eran suaves por el asombro y la expectación ante la reacción de Runa.

—Ya era hora de que os dierais cuenta de vuestra condición. —Runa se ciñó la túnica mientras se adentraba en el camino con Katja. Colocó un brazo sobre los hombros de la muchacha y la abrazó, apoyando la mejilla en su cabeza.

—Estoy dispuesta a escuchar vuestros pensamientos, Katja. Lo que está pasando, lo que esto significa para vuestra vida. Sólo tenéis que preguntar.

Abrumada por la serena aceptación y el ofrecimiento de ayuda de su tía -su total ausencia de críticas-, Katja asintió con la cabeza, tragando saliva para evitar las lágrimas de agradecimiento.

—No sé qué hacer.

—Debéis mirar a vuestro corazón, muchacha. El niño tiene un padre que probablemente querría saber de su hijo. Hay muchas dificultades entre ustedes. ¿Qué os dice vuestro corazón?

—Está en silencio, tía. Calder me prometió cuidados y protección. Arriesgué mi vida por su promesa. Y la arriesgué de nuevo para venir aquí cuando rompió su promesa. No arriesgaré la vida de mi hijo. —Algo dentro de Katja se retorció violentamente al recordar las semanas pasadas.

—No os pediría que le hicierais daño al niño. Os protegería a ambos ferozmente de él si llegara el caso.

—¿Y si algunas cosas son culpa mía? ¿Y si Calder no es el único que ha traído problemas a nuestro matrimonio? —La

respiración de Katja se entrecortó.

—¿Cómo es eso, Katja?

A continuación, caminaron lentamente por el sendero helado, con la luz del sol brillando suavemente sobre sus cabezas mientras el aire enrarecido rosaba sus mejillas.

—He pensado mucho en lo que dijisteis estos últimos días. No sé cómo hacer amigos o cómo estar realmente cerca de alguien. Deseo un matrimonio completamente diferente al que tuvieron mis padres. Pero no sé cómo hacerlo. Sólo creo en lo que dice mi *vista*. ¿Cómo aprendo a confiar en estas otras cosas? La forma en que alguien mueve la cabeza, las manos, la forma en que camina y habla. ¿Cómo sé si una persona ha cambiado?

—¿Recordáis la ira que visteis en mí? Todavía la siento en el corazón. Pero miradme a la cara. ¿Qué os dicen mis ojos? Runa se detuvo y atrajo a Katja hacia sí.

La joven inclinó la cabeza y contempló la mirada franca y abierta de su tía. Sus ojos se redondearon, sinceros, amables. Una ligera inclinación hacia arriba en los labios: humor, fuerza.

—Me dicen que queréis ayudarme. Que os importa lo que me pase.

—Siempre me importará lo que os ocurra, Katja. Siento mucho que crecierais conociendo sólo la burla y el miedo. Mi hermana y yo tuvimos poco contacto después de que se casara, y la última vez que me visitó, estaba retraída y terriblemente triste y no quiso abrirme su corazón. Pensé que habría otras oportunidades de ayudarla, pero murió poco después.

Los ojos de Katja se llenaron de lágrimas, pero quedó cautivada por la repentina intensidad de la mirada de su tía. Los ojos de Runa ardían y el agarre de sus manos se tensaba.

—No dejéis que eso ocurra, Katja. Hablad siempre conmigo. Protegeré vuestras confidencias con la misma fiereza con la que os protege esa bestia. No importa lo que haya pasado, no importa lo que os hayan dicho, os querré y cuidaré.

Katja miró por encima del hombro de su tía, a través de la nieve, barrida por el viento en fantásticas acumulaciones que brillaban a la luz, donde Freki retozaba. Calentada por las palabras y el amor incondicional de su tía, el corazón de Katja comenzaba a

sanar.

* * *

Todo estaba tranquilo. Demasiado tranquilo. Calder luchó por despertarse, un rayo de luz inesperado le cegó. Se dio cuenta que la tormenta había pasado.

Incorporándose bruscamente, rodeó sus caderas con el tartán, asegurándolo con su gastado cinturón de cuero. Se echó la lana sobre los hombros y salió corriendo por la puerta de la pequeña habitación hacia el claro sol de la mañana.

Los ruidos del ajetreado muelle le zarandeaban sobre los talones. Las gaviotas chillaban en lo alto, compitiendo por una posición en los mástiles y cabos de los barcos, exigiendo que les dieran de comer. Los hombres preparaban los barcos para zarpar a primera hora de la mañana, una carrera náutica para salir del puerto a mar abierto mientras el tiempo acompañara. Los pies golpeaban los muelles, y las anchas escobas barrían la nieve pisoteada y el hielo de las tablas.

—Busco pasaje a Lerwick. —Esquivando a los atareados muchachos, Calder se acercó al barco más cercano.

—Tenemos sitio para un pasajero de pago. Primero haremos escala en Stromness y luego partiremos hacia Lerwick esta noche. —Un hombre le dirigió una breve mirada.

—Tengo un caballo.

—No tenemos provisión para un caballo. Si lo traen a bordo, será su responsabilidad y deberá mantenerse alejado. Si se cae por la borda, nadie os ayudará. —El hombre frunció el ceño.

—¿Cuándo partís? —Calder asintió.

—Zarparemos dentro de una hora. No lleguéis tarde. —El hombre miró al cielo y luego al caos general que le rodeaba.

Despidiendo así a Calder, cruzó la cubierta dando un grito a un estibador que se debatía bajo el peso de una caja de madera. Con una mirada al cielo, Calder volvió sobre sus pasos hasta el antiguo establo donde Armunn esperaba, calentito en su establo.

El caballo arrancaba heno de los restos de un pesebre casi desgastado tras años de preocupación por incontables dientes

equinos. Copos secos de la hierba del verano pasado flotaban a su alrededor mientras sacudía la cabeza, separando los tallos en pequeños trozos.

—Hemos terminado aquí, muchacho. Es hora de la siguiente etapa de nuestro viaje. ¿Qué os parece una tarde en Stromness? —Calder abrió la chirriante media puerta.

Armunn resopló, rociando trozos de heno y humedad en dirección a Calder. El lord sonrió y pasó la brida por encima de la cabeza del caballo. Armunn sacudió su cabeza y cuello, acomodando sus crines con un chasquido del bocado contra sus dientes. Calder levantó la silla y la manta, y tiró de la cincha para ajustarla. Sin oponer más que una resistencia simbólica, Armunn siguió a Calder hacia la luz del sol invernal.

La esperanza surgió en el pecho de Calder, aligerando su paso mientras regresaba al barco.

«Un día, un día más y veré a Katja».

Su corazón estallaba con las cosas que le diría, las palabras que ganarían su corazón y demostrarían que tenía la intención de mantener la promesa que le había hecho.

«Nunca más tendrás que mirar por encima del hombro, Katja. Siempre estaré ahí para protegeros».

Por imposible que fuera, estaba decidido a aliviar sus preocupaciones a toda costa.

«Os cuidaré, os daré hijos y una familia».

Su familia, no los cobardes que su padre había criado y que temían cuidar de su hermana.

Armunn resopló como si hubiera oído las palabras de Calder, quien sacudió las riendas, alejando sus agitados pensamientos.

—Sí, los muchachos no son exactamente *cobardes*, pero me molesta que mi esposa se las arreglara sola. La protegeremos. Nos aseguraremos de que nunca dude de que es amada.

Disminuyeron la velocidad, con cuidado de no dar un paso en falso en el hielo persistente, conscientes del bullicio a su alrededor. Al llegar al barco en el que había conseguido pasaje, condujo a su caballo, que protestaba, por la rampa de carga. Calder lanzó una moneda al primer oficial, que la cogió con la facilidad de la larga práctica y, con un movimiento de la barbilla, indicó una

pequeña zona abierta en la cubierta entre cajas bien apiladas.

Calder pasó las riendas de Armunn por una anilla oxidada de la pared y se preparó para el viaje a Stromness, negándose a considerar nada que no fueran los acogedores brazos de Katja.

CAPÍTULO 18

Katja se quedó mirando el tenue halo que rodeaba la luna mientras abría la puerta para dejar entrar a Donnan en la casa.

—Tal vez podáis dormir un poco por la mañana —opinó compadecida por los pasos arrastrados del muchacho.

—Vuestro tío quiere que me levante antes de que salga el sol. —La miró con incredulidad. Suspiró y se desplomó en el suelo junto a la chimenea. Estaban solos en la pequeña habitación delantera, el resto de la familia tranquila en sus propias actividades nocturnas.

Freki golpeó la alfombra con la cola y recorrió a rastras la corta distancia que lo separaba de Donnan. Dio un empujón al muchacho, con las orejas pegadas al cráneo, y meneó la cola más deprisa cuando Donnan se defendió de él con golpes juguetones y gritos estridentes destinados a provocar en el perro un frenesí de forcejeo.

Katja sonrió con indulgencia a la pareja mientras luchaban en el suelo. Al cabo de un momento, Freki se puso en pie de un salto y corrió por la habitación, volviendo a arrancar gritos de risa al muchacho antes de alejarse de nuevo.

Finalmente, se acomodaron, con las lenguas fuera mientras jadeaban, acurrucados juntos en el suelo.

—Debéis aprender a vigilar el cielo y a escuchar las órdenes de mi tío. Hay una sombra fantasmal sobre la luna esta noche.

—¿Qué significa eso? —Donnan se levantó sobre sus codos.

—Se llama *moonbroch*. Es una señal del mal tiempo que se avecina. Con suerte, nos dará una hora más de sueño por la mañana.

—Es bueno saberlo. Gracias. —Donnan inclinó la cabeza,

pensativo, y se apoyó sobre sus codos.

—Parece que os sentís mejor, Katja. ¿Estáis bien?

—Sobreviviré. ¿Cómo os va en manos de mi trabajador tío? —La diversión hizo cosquillas en una comisura del labio de Katja.

—No es peor que otros para los que he trabajado. Y me enseñará a construir barcos, no se limitará a encargarme algunos mandados y luego echarme a un lado. —El muchacho la miró.

El recuerdo de la vida de Donnan sólo una semana antes hizo que Katja se pusiera sobria.

—Me alegro mucho de que nos hayamos conocido, Donnan.

—Yo también. —Sonrió y se sentó, con una mano apoyada en el pelaje de Freki—. Y quiero que me aviséis si viene por aquí.

—¿Quién?

—El hombre que os hizo llorar. —Donnan frunció el ceño.

Katja parpadeó. No habían hablado del motivo de su viaje a Lerwick, sólo de que se había comprometido a viajar, tanto como para contratar a un ladrón como acompañante.

—Gracias, pero no creo que necesitéis preocuparos por él. Necesitábamos un poco de tiempo separados, eso es todo.

—No hay que cruzar el Mar del Norte en invierno para que pasemos *un tiempo separados* —replicó, imitando a la perfección su acento y levantó una ceja—. No tengo muchos años, pero sé cuándo un hombre ha hecho llorar a una mujer. Ayudaré a vuestro tío a manteneros a salvo.

—¡Oh, Donnan! ¡Sois un muchacho tan valiente! Os daré un grito si necesito que me rescatéis.

—Sé que os abandonó a los de su clan que no os querían e intentaron mataros. —Frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabéis?

—Vuestro tío no me lo dijo exactamente. La gente no siempre se fija en mí cuando hablan. —Se encogió de hombros.

—No tengáis un corazón blando, Katja. No escuchéis sus falsas palabras. —Sus ojos se encendieron.

—Si viene aquí, le escucharé. —Dirigió a Donnan una mirada que le hizo fruncir las cejas, pero interrumpió sus argumentos—. Es poco probable que llegue antes de la primavera, si es que llega. —Miró por la pesada ventana de cristal—. Habrá

pocos cruzando el mar antes de entonces.

—No necesitáis ir con él, Katja. Podéis quedaros aquí. Sé que vuestros tíos lo permitirán. Y parecíais felices antes. No habéis sido felices desde que nos conocimos. No de verdad.

—Tengo mucho en que pensar. —Se levantó de su asiento, se deslizó hasta la ventana y cerró los sólidos postigos contra el frío aire nocturno—. Agradezco vuestra preocupación, pero tengo mucho que pensar.

—¿Fue cruel con vosotros? ¿Os dejó el ojo morado? —Donnan inclinó la cabeza para verle la cara.

—¡Donnan! Ya es suficiente. Es hora de que os vayáis a la cama. El tío Lund os requerirá tan pronto como sea posible por la mañana. —La barbilla levantada de Katja no admitió desacuerdo y Donnan se puso en pie. Freki se levantó y caminó al lado de Katja, metiendo la nariz en su mano.

—No dejaré que vuelva a haceros daño. —Donnan le dirigió una última mirada feroz.

—¡Alejaos! —Señalando la puerta, hizo un gesto al muchacho para que saliera de la habitación. Runa entró, pasando a Donnan en el portal.

—Se está desarrollando muy bien, pero está tan cansado que se desploma —opinó mientras el muchacho desaparecía por el pasillo.

—Está enfadado conmigo. —Katja sacudió la cabeza.

—¿Con vosotros? —Runa cogió una madeja de lana de una cesta y se sentó en su silla. Las agujas de tejer de madera permanecieron en silencio en su regazo.

—De algún modo oyó al tío Lund hablar de Calder y de algunas de las cosas que han ocurrido desde mi matrimonio. —Katja suspiró y giró lentamente sobre sí misma. Una sonrisa tensa se dibujó en la comisura de sus labios—. Calder tendrá que ganarse la aprobación de Donnan si quiero volver a Fairetur.

—¿Deseáis volver? —Runa miró a su sobrina.

—No sé lo que quiero. Aparte de tener este niño. Apenas sé que el niño está ahí, pero me imagino teniéndolo en brazos dentro de unos meses. —Katja se dejó caer en su asiento y rodeó su cintura con los brazos.

—Parecerá que son más que unos pocos. Las mujeres siempre se quejan de que el último mes dura un año. —Runa se echó a reír.

—Contadme más cosas de mi madre. A veces la echo mucho de menos.

—Era dos años más joven que yo, y muy bonita. Su flor preferida era la menta de lobo. Bordaba las diminutas flores amarillas en cuadrados de lino hasta que juré que se quedaría ciega. —Runa se reclinó en su silla y miró al techo.

—Bordaba campanillas para mí. Aún conservo uno de sus pañuelos. A veces creo que todavía puedo oler… —El corazón de Katja se estremeció.

Las lágrimas brotaron cuando la joven se empapó de los recuerdos, por débiles que fueran después de tantos años. Respiró con dificultad y le dedicó una sonrisa a su tía.

—Llevaba su olor y, aunque ha pasado demasiado tiempo para que perdure en la tela, llevo el pañuelo conmigo. Para tenerla cerca.

—Oh, Katja. Yo también la echo de menos. Nos fascinaba a todos, y seré la primera en admitir que era una consentida. ¡Pero era tan alegre! No podíais evitar quererla.

Runa cogió sus agujas de tejer y se acomodó en su silla, el suave sonido de estas seguía los movimientos de sus manos.

—Padre no podía soportar la idea de que Elke se casara y nos dejara para formar su propia familia. Buscó un hombre digno de ella, aunque me atrevería a decir que no había ninguno. —Una sonrisa iluminó su voz—. Hubo más de uno, pero éste fue persistente. Padre se opuso al principio. El hombre no era muy rico y no vivía en la isla. Era un partido de amor por su parte, aunque Elke no le hizo caso, y nadie le habló de su oferta.

—El conde de Caithness le había llamado la atención. Admito que era una figura llamativa: intenso, musculoso, encantador. No fue hasta mucho más tarde que nos dimos cuenta de lo manipulador que era. Y para entonces, ya era demasiado tarde —suspiró—.

—Qué extraño pensar que mamá tuvo un pretendiente antes que papá. Me pregunto qué fue de él.

—Era lord de una pequeña propiedad cerca de Thurso.

Después de que Elke se casara, nunca volvimos a saber de él. Aunque estaba muy enojado al enterarse del compromiso, enfurecido, para ser precisos.

—Antes era un visitante bastante frecuente, aunque normalmente en el despacho de padre. Elke y yo sólo estuvimos en su presencia una o dos veces, pero estaba claro que se fijaba en ella. Aunque su clan era bastante pequeño y apenas conocido, estaba desarrollando un comercio marítimo… y se mostraba muy prometedor. —Las agujas de tejer de Runa se detuvieron.

Katja soltó el aliento lentamente, ansiosa por escuchar las siguientes palabras. Runa permaneció en silencio, pensativa.

—¿Y bien?

—Él fue quien trajo a tu padre aquí cuando su barco necesitó reparaciones. Tenían una empresa en común… —Runa negó con la cabeza. Su voz se entrecortó y se quedó mirando las llamas de la chimenea. Al cabo de un momento, se encogió de hombros—. Creo recordar que disolvieron el negocio después de aquello. No me sorprendería que estuviera tan enfadado. Es la primera vez que pienso en él en mucho tiempo.

—Pobre mamá. Me pregunto cuán diferente habría sido su vida si se hubiera casado con él. Parecía estar enamorado de ella.

—Obsesionado con ella, posiblemente —opinó Runa con un bufido—. Tampoco puedo decir que eso sea saludable entre marido y mujer.

—Podría haber sido amable —insistió Katja, reacia a abandonar la idea—. Si tan sólo mi abuelo hubiera dejado que se conocieran, que él la cortejara.

—Vuestro abuelo no habría escatimado esfuerzos para traer a vuestra madre a casa si hubiera sabido cómo la trataba vuestro padre. Rara vez se le escapaba la verdad, y ojalá me la hubiera confiado antes.

—Me pregunto si el hombre vino alguna vez a Ruadhcreag. ¿Algo que lo distinga, tía Runa? Qué raro pensar que lo haya visto.

—Era normal. Cabello negro, ojos marrones… realmente no lo conozco.

—Su nombre era inusual —añadió, sacando las palabras, procesando el recuerdo. Dejó caer la lana sobre su regazo—. Es lo

único que se me ocurre.

—¿Cómo era? —La emoción de Katja aumentó.

—Lo recuerdo porque sonaba muy parecido a *gjarn*, nuestra palabra para decir «ansioso», y él lo era.

Runa sonrió a Katja.

—Gair. Su nombre era Gair Orrock.

* * *

No era marinero. Ni en sus sueños más salvajes, ni en sus perezosos días de muchacho flotando en Loch Beaggorm, había imaginado tales olas. Calder miró mareado el flamear de la vela hecha jirones que colgaba de manera desamparada del único mástil que había en lo alto. Los tablones de madera estaban resbaladizos por el hielo, y los remolinos de agua de mar formaban charcos en las partes desgastadas de la cubierta.

Armunn estaba de pie junto a Calder, con las piernas abiertas para protegerse del balanceo del barco. Tenía la cabeza entre las rodillas y las orejas caídas por el cansancio.

—Lo siento, muchacho. Haré que os den una bolsa extra de avena cuando estemos en tierra. No espero el viaje de vuelta más que vos. —Calder acarició el hombro del caballo cuyos músculos temblaban bajo la piel satinada.

El primer oficial había advertido a Calder de la posibilidad de una travesía dura hasta Lerwick. Al parecer, era de esperar en invierno, aunque era un poco pronto para que los barcos permanecieran atracados, invernando durante la temporada. Aun así, el *moonbroch* había sido, en efecto, un aviso de tormenta, aunque el capitán no había querido permanecer en Stromness, prefiriendo arriesgarse en mar abierto para llegar a su destino. Habían llegado a Lerwick, pero había estado cerca.

Entraron cojeando en el puerto en medio de la niebla fría y húmeda, emergiendo como un espectro, respaldados por la delgada luz del sol del amanecer. Las gaviotas, sobresaltadas, chillaron de bienvenida al saltar al aire, como sombras grises contra el cielo gris. La actividad en los muelles era escasa para la mente de Calder, aunque los marineros se movían con bastante animación a

la llamada del capitán. Unas pesadas cuerdas golpearon la cubierta cuando el barco atracó en su amarradero. Se balanceaba ebrio sobre el oleaje contra el muelle, pero los marineros saltaban sin inmutarse ni inmutarse por la sacudida. Sujetando las riendas de cuero por debajo del bocado, Calder condujo a Armunn por los tablones hasta el muelle. No le prestaron mucha atención mientras avanzaba con cuidado por la resbaladiza superficie. Detuvo a un muchacho que bostezaba mientras se escabullía a la luz de la mañana. Cuando este se detuvo, lo miró con recelo.

—Busco a Lund Sjoberg.

—Es él. Está muy ocupado esta mañana. —Con un movimiento de la barbilla, el muchacho señaló a un hombre alto y musculoso que no estaba lejos, con el cabello rubio casi blanco bajo el sol naciente.

Calder vaciló, observando al hombre que, blandiendo un hacha en una mano, podía confundirse fácilmente con un guerrero vikingo. Respirando con calma, Calder notó que el hombre parecía ser una versión madura de Christer, quien le agradaba, se recordó a sí mismo con severidad. No había razón para vacilar en aquel momento.

—Si seguís aquí cuando vuelva, os presentaré. —La actitud fanfarrona del muchacho incitó a Calder a actuar.

Con un movimiento de cabeza para que el muchacho siguiera su camino, Calder se acercó al tío de Katja a través de la creciente multitud. El lord se pasó los dedos por el cabello, el arrastre del agua de mar espesando y enmarañando las hebras. Acomodó su tartán con un encogimiento de hombros y renunció a otros intentos de estar presentable. Sin duda no era el primer viajero cansado que Lund Sjoberg había visto en su vida. Sin embargo, odiaba causar una mala impresión al tío de Katja cuando deseaba presentarse como un lord y esposo competente. Especialmente, cuando sabía que se trataba de un próspero constructor naval que difícilmente entregaría a su sobrina a un hombre que parecía un desaliñado *mumblecrust*. Suspiró.

«Seré un mendigo y estaré desaliñado, pero al menos tengo todos los dientes. Simplemente tendré que convencer al tío de Katja de que no soy un mercenario».

Entonces, se detuvo a unos metros del hombre al que el muchacho llamaba Lund Sjoberg. Este le dirigió una mirada, pero terminó su conversación con los otros dos hombres presentes y les hizo seguir su camino antes de hacer una seña a Calder.

—¿Qué puedo hacer por vosotros? —Sus modales no eran tan bruscos como para indicar que Calder estaba perdiendo el tiempo, pero sí lo suficiente como para hacerle saber que no se dedicaba a charlas ociosas.

La multitud que esperaba la atención de Lund Sjoberg crecía. Calder movió los pies, se lo pensó mejor y se acercó un paso. La mirada del hombre le recorrió de pies a cabeza. Frunció el ceño.

—No quiero haceros perder el tiempo, pero mi nombre es Calder MacGerry. Busco a mi esposa, vuestra sobrina, Katja Sinclair.

* * *

La mandíbula de Lund se apretó con fuerza. Su mirada se entrecerró en el hombre esbelto pero robusto que tenía delante. Muchacho. No era más que un muchacho. No era de extrañar que hubiera descuidado a su mujer. Puños andrajosos en mangas lo bastante cortas para ser prácticas, no a la moda, manos enmarcadas acostumbradas a trabajar. El atuendo del muchacho estaba ceñido con un cinturón de cuero atado con un nudo flexible, la correa delgada por los años de uso. Una barba oscura enmarcaba su mandíbula cuadrada, haciendo eco a las manchas de cansancio bajo sus ojos. Sin embargo, se mantenía firme, con la espalda recta y la mirada fija.

—Entrad. Os atenderé enseguida. —En contra de su buen juicio, Lund indicó a Calder una puerta a su espalda.

Con una inclinación de cabeza, Calder ató su caballo a una barandilla cercana, cerca del edificio y fuera de la peor parte del viento, y luego se deslizó dentro de la habitación que servía de oficina a Lund en el muelle.

Lund se quedó mirando la puerta cuando se cerró tras el marido de su sobrina, y luego se volvió bruscamente hacia los hombres que esperaban sus siguientes órdenes. Con un chasquido

de dedos, atrajo a su lado a su ayudante Arn.

—Ocupaos de sus necesidades y terminad de preparar las literas. No estaré disponible el resto de la mañana. —Lund miró a los tres hombres que esperaban pacientemente.

Arn apartó a los hombres, los saludos y las garantías cayeron como zumbidos en los oídos de Lund. Con la atención completamente desviada, Lund siguió a Calder hasta el despacho. Levantó el pestillo y entró, recordando el chisporroteo en su sangre cuando su esposa le recitó las ofensas de Calder. ¿Cómo se atrevía éste -este muchacho- a abandonar a su sobrina para enfrentarse a los hostiles hombres del clan MacGerry? ¿Qué podría ser más importante que ocuparse del tierno corazón de la muchacha? Más le valía tener razones convincentes para sus acciones. Convencerle, Lund, de las razones de su negligencia podría salvar su matrimonio. Y su vida.

* * *

Calder echó un vistazo a las estanterías y cubos que cubrían las paredes, prueba de la finalidad de la pequeña habitación. Una gran mesa ocupaba casi la mitad de la habitación, con la superficie cargada de rollos de pergamino y salpicada de pequeñas piedras para mantener las páginas aplanadas en su sitio. Las plumas, con sus plumillas pulcramente afiladas, yacían en fila a un lado.

En las estanterías había libros como Calder nunca había visto, encuadernados en cuero y madera, la mayoría lisos, pero algunos con elegantes tallas.

«Está fuera de mi alcance, pensó Calder, y no por primera vez. Pero es mi novia, y haré todo lo posible por compensarla».

Acercó un dedo con reverencia a un grueso tomo que reposaba esquinado en un estante… y casi se sobresaltó cuando Lund entró en la habitación.

—¿Sois la razón por la que mi sobrina arriesgó su vida para venir aquí?

Ningún saludo. Ni ofrecimiento de hospitalidad. Las palabras de Lund parecían más una acusación que una pregunta en busca de confirmación.

—Soy su marido, sí. Pero nunca la pondría en peligro

intencionalmente. Me di cuenta de la enormidad de nuestras dificultades demasiado tarde.

—*¿Nuestras dificultades?*

Lund enarcó una ceja, estrechando la mirada hasta que Calder tuvo que luchar contra el impulso de retorcerse. El aire de la pequeña habitación, sólo ligeramente caldeado por un pequeño brasero situado en la esquina más alejada, se hizo denso, cargado de amenazas tácitas. Y desprecio.

Lund interrumpió su mirada y se dirigió a la gran silla que había detrás de su escritorio. Al contrario que su banco de trabajo, la superficie de su mesa personal, mucho más pequeña, estaba desordenada. Con la capa ondeando, Lund se dejó caer en su asiento, ignorando la comodidad de Calder, y se reclinó hacia atrás, apretando con los dedos los brazos de la silla, sin que su corpulencia resultara menos amenazadora por su repentina pérdida de estatura.

—Decidme por qué debería llevaros ante Katja —instó, con sus palabras como un chispazo verbal, como si claramente le gustase una clasificación más física de las acciones pasadas de Calder.

—Katja y yo nos casamos de forma apresurada, por insistencia de su padre. Yo no había pensado en conseguir una esposa, y estoy seguro de que ella tampoco había pensado en un marido. Nos vimos en el altar y regresamos a Fairetur, mi hogar, ese mismo día. Nuestros clanes han sido enemigos durante muchos años, y aunque yo esperaba que mi pueblo la acogiera como una promesa de prosperidad y paz, hubo quienes decidieron odiarla. Para mi vergüenza, le presté poca atención en las semanas posteriores a nuestra boda. Mi clan es pobre, pero la dote de Katja nos dio la oportunidad no sólo de sobrevivir al invierno, sino de prosperar… pero sólo si se le daba el uso adecuado rápidamente. —Calder movió los pies, sintiendo el peso de la mirada de Lund hasta la misma boca del estómago—. Elegí el bienestar del clan sobre el de mi esposa. Dejé que ella dirigiera el clan en mi ausencia. Fui un idiota.

—¿Que sois un idiota es vuestra mejor defensa? —Lund cruzó los brazos sobre el pecho, claramente distanciado. Un

destello de pánico se apoderó de Calder, mezclándose con el calor de la incomodidad que crecía en él. El agotamiento le golpeaba, junto con la certeza de que no era rival para Katja, ni para su tío.

—Quiero… —Calder se estremeció y maldijo en voz baja por las palabras que no salían de sus labios. Aferrándose a los andrajosos restos de su orgullo, endureció la mirada.

—Quiero que sepáis que nada de esto es culpa suya. Es mía. Aunque sólo sea para aclarar las cosas entre nosotros, quiero que escuchéis esto de mí. Y, si considera ser mi esposa, haré todo lo posible por cumplir la promesa que le hice el día que nos casamos.

—Supongo que es un comienzo. Pero será mejor que puláis vuestras palabras, muchacho. Será mucho más difícil convencerla. —Lund asintió.

El muchacho con el que Calder había hablado antes se coló en la habitación, primero con una nariz indiscreta, seguida de unos ojos redondos llenos de indignación. Cuando Lund se limitó a enarcar una ceja para interrogarle, entró, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Es éste? ¿Estáis pensando en llevárselo? —Dirigió su mirada a Calder con un destello de ira.

La anodina mirada de Lund se endureció perceptivamente, y Calder no estaba seguro de si su disgusto se centraba en el impertinente mocoso o si estaba de acuerdo con el muchacho y reconsideraba su decisión.

—No le deseo ningún mal, pero tengo intención de hablar con ella. —Calder frunció el ceño, irritado por el peso que se daba a la opinión del insolente muchacho.

—No merecéis hablar con ella. Podría haber muerto huyendo de ti. No sois dignos de limpiarle el trasero. —El muchacho apuntó con un dedo acusador.

—Por muy ciertas que sean vuestras dos primeras apreciaciones, no creo que tengáis el privilegio de comentar la tercera. —Calder le dirigió una mirada escalofriante.

Con los ojos entrecerrados, el muchacho permaneció inmóvil ante la reprimenda. Lund se aclaró la garganta.

—Venid conmigo y os llevaré con Katja. —Se levantó de la silla y dirigió al muchacho una mirada tranquilizadora—. Aunque

el muchacho aún no es aprendiz, no me gusta la sangre en mi suelo.

CAPÍTULO 19

Pedir otro día tan hermoso como el anterior sería demasiado, sobre todo después de la tormenta que cruzó el océano durante la noche. Katja acarició la nariz de Skündi, comprobó su cubo de agua y el montón de heno de su comedero, y luego silbó a Freki. A continuación, se arrebujó en su capa y se preparó para el frío camino hasta la casa.

—Es un viento *huracanado*. —Un latigazo mordaz le arrancó la capucha de la cabeza. Aferrándose con más fuerza a los bordes de la lana, agachó la cabeza y aceleró el paso, ignorando los mechones de cabello que saltaban a su alrededor. Sobresaltada al oír voces, se detuvo.

Dos hombres, uno característico del tío Lund, con sus anchos hombros y abundante cabello blanco dorado, entregaban sus caballos a un mozo de cuadra. El segundo hombre salió de detrás del tío Lund, con su tartán verde oscuro y azul azotado por el viento. Luces azules, rosas y moradas se arremolinaban a su alrededor. *Incertidumbre. Amor. Culpa.* ¿Qué significaba?

El corazón de Katja se estremeció cuando el hombre la miró como si percibiera su presencia, y sus brillantes ojos azul MacGerry le atravesaron el alma. Dio medio paso hacia ella y la joven abrió la boca para hablar, aunque no se le ocurría qué decir.

«¿Por qué me prometiste tu amor y luego me traicionaste? ¿Debería haber hecho algo más? ¿Por qué no puedo respirar?»

Ella lo deseaba. Quería que la abrazara y le dijera que todo iría bien. Quería arrojarlo por el acantilado donde las olas se estrellaban. Luego correr a su lado y…

Algo tiró con fuerza de su capa e hizo un gesto con la mano para que Freki se detuviera.

—¡Soy yo, Katja! —Donnan volvió a tirar de su capa.

Sobresaltada, Katja apartó la mano de las palmaditas

dirigidas a la peluda cabeza de Freki. Miró la cara de Donnan, con los ojos muy abiertos y el ceño fruncido. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho mientras levantaba la barbilla en dirección a Calder.

—Él está aquí.

—Sí —murmuró Katja, volviendo a centrar su atención en su marido. Calder ladeó la cabeza, como una pregunta silenciosa. Freki se apoyó en su cadera, al otro lado.

—No os conviene, Katja. No escuchéis sus mentiras. —Donnan siseó y volvió a cogerle la capa.

—Hablaré con vosotros más tarde, Donnan —replicó Katja, dándole a su voz la fuerza suficiente para acallar más advertencias del muchacho.

—¿Deseáis hablar con él? No se os obliga si no lo deseáis. —Lund captó la mirada de Calder y se volvió hacia Katja. Le hizo un gesto tranquilizador con la cabeza y se puso a su lado.

—Nunca me ha deseado el mal, tío. ¿Quizás podríamos entrar, para protegernos del tiempo? —Se apartó un mechón de pelo de la cara.

—Tomad la habitación delantera. Vuestra tía traerá bebida y tal vez algo de comer. Aunque no os juro que no estará contaminado.

El sutil humor de Lund la tranquilizó, le devolvió los pies a la tierra y calmó su acelerado corazón. Se dio cuenta de que sujetaba con fuerza el brazo de su tío. Con una mirada de pesar, lo soltó.

—Sí. Imagino que al menos le importará mirarle. Esperemos que eso sea todo.

—No temáis, Katja. Si el joven Calder da un paso en falso, el muchacho os defenderá.

—Me atrevo a decir que escuchará en la puerta. Gracias, tío. Escucharé lo que Calder tiene que decir. —Katja ofreció una pequeña sonrisa.

«Pero no volveré a ofrecerle mi corazón».

* * *

El mundo alrededor de Calder se desvaneció. Katja era más

hermosa de lo que él recordaba, su cabello del color del sol puro de la mañana cuando irrumpe a través de las finas nubes en verano. Estaba radiante, con las mejillas sonrosadas por el viento y los ojos brillantes, aunque él sospechaba que eso también se debía al viento, pues no podía imaginársela derramando lágrimas de alegría en su presencia.

Ansiaba que ella le diera la bienvenida con algo más que simple hospitalidad. Se habría puesto de rodillas si ella le hubiera abierto los brazos, pero habría sobrevivido. Por el momento, se conformaría con una cortés aceptación, con que accediera a hablar con él en privado y con un poco de humor. Aunque no acogió con agrado la abreviada distracción pegada a su lado con tanta seguridad como su perro.

—¿Vendréis? —pronunció la joven.

El sonido o la inflexión de su voz no le permitieron comprender nada. Ella lo condujo al interior de la casa, despojándose de la capa, el perro y el protector de dos patas en la puerta, mientras entraban en una cómoda zona para sentarse. Le indicó una silla y se sentó enfrente.

—No hace falta que cerréis la puerta. Todos desean veros, y hasta que la tía Runa traiga bebidas, nos interrumpirán de todos modos.

Era a la vez una maldición y una bendición. La había buscado durante más de una semana, aterrorizado por las historias que había oído de ella por el camino. Temeroso de que se la llevara el siguiente hombre que la viera, mortificado por no estar allí para protegerla. Pero ahora… ahora estaba con ella de nuevo, y no sabía si quería insultarla o gritarle. Si prefería besarla o abrazarla tan fuerte que nunca volviera a separarse de él.

Sus manos se crisparon, sus brazos temblaron. ¿Qué *veía* Katja?

Había ojos en la puerta, que lo mantenían inmóvil como ninguna otra cosa podía hacerlo. El cabello de la nuca se le erizó, pero se negó a dar indicios de que sabía que había alguien allí. Era probable que se tratara del muchacho -Donnan, lo había llamado Lund- con quien Katja había entablado amistad en Thurso. También era probable que Calder le debiera al muchacho su

agradecimiento por mantener a Katja a salvo en su viaje de Thurso a Lerwick, pero ya pensaría en eso más tarde.

Una mujer alta y esbelta entró en la habitación, dirigiendo la colocación de una bandeja en una mesita a la altura del codo de Katja, mientras dos jóvenes preparaban una jarra, tazas y un plato de pan y queso. Despidió a las muchachas con un gesto de la mano y miró a Calder, con sus ojos grises y su fuerte barbilla, idénticos a los de Katja. Calder no necesitaba presentación para saber que era la tía de Katja.

—Tenéis mucho de lo que responder. No voy a tolerar intimidaciones ni falsas promesas.

—Gracias por proteger a Katja. Ha habido muy pocas personas en su vida en las que pudiera confiar. —Calder inclinó la cabeza respetuosamente y la miró a los ojos—. Es mi ferviente deseo convertirme en una de esas personas. La decisión, por supuesto, es suya.

La mujer asintió secamente y, colocando una mano tranquilizadora sobre el hombro de Katja, vaciló sólo un momento antes de salir de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

Calder miró a su esposa. Su pecho subía y bajaba con respiraciones largas y profundas, como para tranquilizarse. Sus mejillas, aún teñidas de rosa, daban un toque de color a su piel, ahora pálida. Unos dedos plegaron la gruesa lana de su falda.

¿A qué le temía ella?

—Katja, no sabéis cuánto me alegro de encontraros bien. —Calder se inclinó hacia delante, apoyando los antebrazos en las rodillas.

—¿No pensasteis que puedo cuidar de mí misma? —Levantó la mirada, con sus fríos ojos clavados en los de él.

¿Y por qué no? ¿No la había dejado sola con un clan extraño que contaba con un gran número de personas que odiaban el hecho de que fuera una Sinclair? ¿Por qué no se había preocupado por ella? No había una buena respuesta a su pregunta, y la dejó pasar.

—¿Estáis bien? —Consideró un enfoque diferente.

—Bastante bien. —Su piel palideció aún más.

—¿Estáis herida?

—¿Parezco herida? —En esta ocasión agitó la cabeza.

La respuesta obvia era no, pero antes de que él pudiera replicar, ella apartó sus palabras con un gesto impaciente.

—Calder, no sé por qué habéis venido. Vuestro clan os necesita. Queda mucho por hacer para que todo esté preparado para la primavera.

—Pero yo os necesito, Katja.

—Necesitáis mi dote. —Se mordió el labio y bajó la mirada.

—Mantengo mis palabras. Os necesito, Katja.

—¿Por qué?

—¿Acaso desnudar mi alma no es suficiente? ¿Qué queréis de mí?

Los ojos de la joven saltaron a la vida, brillantes de ira o agitación, él no lo sabía. No quería ni lo uno ni lo otro.

—Quiero que se me permita vivir mi vida tranquilamente aquí. Anhelo una vida sencilla, en paz y satisfecha de mí misma y de mi trabajo… —Volvió a morderse el labio y miró hacia la ventana.

—¿Qué os pasa, Katja? ¿Por qué deseáis encerraros aquí?

—¿Qué esperáis de vuestro futuro, Calder?

El lord se esforzó por dejar que ella guiara la conversación.

—Mi vida cambió drásticamente el día que mi padre murió. Nunca estuve destinado a ser lord, pero sucedió. Soy muy trabajador, pero he cargado con demasiadas responsabilidades en el último mes, y hay hombres capaces a los que debería haber permitido que me ayudaran. Me gustaría pasar tiempo conociéndoos. Aprender lo que os hace sonreír, reír. Quiero crear una familia, tener hijos y verlos crecer.

Katja se levantó de un salto y se acercó a la pequeña ventana enrejada. Tocó el pestillo con los dedos y lo soltó para apartar las tablas, dejando entrar en la habitación una fina luz plateada.

—No soy la persona que buscáis. No pertenezco a vuestro clan. Por mucho que os empeñéis, siempre tendré que vigilar mi espalda, inspeccionar mi comida, echar las mantas hacia atrás por la noche antes de meterme en la cama. —Le miró por encima del hombro—. Iros a casa, Calder. No discutiré vuestro derecho a quedaros con vuestra amante. Seréis libres de adoptar a cualquier niño que ella os dé.

—¿Qué obtendríais de un acuerdo así, Katja?

La joven apretó la mandíbula y él se dio cuenta de que las palabras le dolían. Se levantó despacio, con las manos bajas, sin amenazar.

—Libertad. Liberarme de las expectativas de demasiada gente que desea controlarme.

—Ya he enviado a Lorna lejos. Ella accedió a casarse con un hombre que cumpla con el acuerdo de arrendamiento en vuestras tierras dadas por dote. —Se acercó más, estudiando su rostro, el parpadeo sorprendido de sus ojos grises.

—No habrá ningún hijo ilegítimo que adoptar. Así que, decidme, ¿qué sacaría yo de vuestro acuerdo?

Katja le miró fijamente, claramente en guerra consigo misma. Calder esperó pacientemente, dándole espacio para respirar. Entonces, se llevó la mano al vientre.

—Tendréis a este niño.

No quedaba aire en la habitación. Sus pulmones pesaban, sus músculos temblaban como si acabara de correr una gran carrera. Era imposible oír por encima del rugido de sus oídos. Calder miraba estupefacto a su mujer, cuya esbelta figura no mostraba nada que apoyara su afirmación.

—¿Cuándo ocurrió esto?

—¿Estabais allí, o no lo recordáis? Claramente fue más memorable para mí que para vosotros. —Los ojos de Katja resplandecieron, y la curva de sus labios delataba su dolor.

—Por Dios… No me refería a eso. —Calder se pasó una mano por el cabello.

—El niño es vuestro y no llegará hasta principios de verano.

Calder quería estrecharla entre sus brazos, asegurarle que sabía que no le había engañado. Ansiaba estrecharla contra él, sentir al niño moverse dentro de ella, aunque sospechaba que pasaría algún tiempo antes de que eso ocurriera. Necesitó todas sus fuerzas para mantener los brazos a los lados.

—Si el niño es un muchacho, tendrá derecho a formarse como futuro lord de los MacGerry. Me aseguraré de que sepa quién es y tenga una espada en la mano antes de que se marche. Por mucho que me disguste la guerra, no soy tan tonta como para

desear que mi hijo esté en desventaja. Y cuando tenga una edad, llegaremos a vosotros. —Se apartó la falda al pasar junto a él.

El lord cruzó hacia ella en dos rápidos pasos y rodeó con los dedos la parte superior de sus brazos, sorprendido una vez más por la firme musculatura que se ocultaba bajo la tela del vestido. Los brazos de un guerrero. Los brazos de su esposa.

—¡Vosotros y el niño sois míos! No permitiré que os encerréis así.

—¿Pensáis poseerme? —Envió una mirada de desprecio a sus manos y luego suspiró—. Vos y mi padre sois iguales. Cada uno a su manera, buscáis poseerme y usarme para vuestros fines.

Katja no tenía necesidad de luchar contra él. Si algo podía haberle inducido a soltarla, la idea de que le pusiera a la altura de su padre hizo que a Calder se le helara la sangre. Aflojó el agarre y dio un paso atrás.

—Os he seguido durante casi una noche. Estoy exhausto y no puedo pensar con claridad. Tal vez sea mejor un baño y un descanso.

Sin esperar su respuesta, giró sobre sus talones y salió de la habitación.

* * *

Katja se dejó caer en la silla, incapaz de permanecer de pie un instante más. Se agarró la parte delantera del vestido con tanta fuerza que pensó que la tela podría rasgarse, pero no pudo soltarla. Cerró los ojos y un gemido se apagó en su garganta.

Runa se apresuró a entrar en la habitación y se arrodilló junto a Katja, cogiéndole las manos en señal de compasión.

—¿Él echó a Lorna? Pero yo le oí, se jactaba de tenerla cerca. Se negó a dejar que Robbie le desafiara —gimió Katja.

¿O no? Había sido la gota que colmó el vaso. Ella había ido a él, contenta de que estuviera en casa. Dispuesta a darle una oportunidad a su matrimonio. Sólo para arrebatarle la mano de la puerta parcialmente abierta mientras sus palabras le quemaban el alma.

No había esperado a enfrentarse a él, no había querido ver los

hermosos colores de su nuevo marido enturbiados con el marrón de la deshonestidad, el rojo de la lujuria por otra mujer.

—Quería que fuera el hombre que me hiciera olvidarlo todo. El marido en quien pudiera confiar, que me diera compañía, consideración.

—¿Y amor? —preguntó Runa suavemente—. ¿Esperabais que se enamorara locamente de vos y que nunca cruzarais una palabra?

—¿Por qué no? ¿No hay otro hombre como el tío Lund que cuide de su esposa? ¿Son todos los hombres como mi padre?

—Ya he visto bastante de la naturaleza más baja de los hombres que viven bajo el techo de mi padre. El aura gris de los pensamientos oscuros, el verde oscuro de los celos y el resentimiento. El brillo rojo de la lujuria, el púrpura de la culpa y la vergüenza. ¿Esto es todo de lo que son capaces? —Se levantó con furia, ignorando el bufido incrédulo de su tía.

—No abriré mi corazón y mis piernas a un hombre, sólo para que me deje de lado cuando mi uso como yegua de cría haya terminado. —Katja se revolvió, levantó una mano, interrumpiendo las palabras de Runa y poniéndose de mal humor—. ¡Quiero más! ¡Merezco más!

Calder atravesó la puerta y se detuvo ante ella. Le cogió las manos, aunque ella apenas sintió su contacto.

—En presencia de Dios y ante estos testigos prometo ser para vosotros un esposo cariñoso, fiel y leal mientras ambos vivamos. No os pido que seáis otra cosa que lo que sois, porque amo lo que sé de vos y confío en lo que llegaréis a ser. Siempre os respetaré y os honraré. Nadie se interpondrá entre nosotros. Sólo quiero protegeros lo suficiente para que seáis libres y daros momentos que os dejen sin aliento.

Demasiado aturdida para apartarse, Katja no se resistió cuando Calder depositó un suave beso en su frente. Cerró la boca con un chasquido, atónita al verla abierta como un pez en tierra. En ese momento, Lund cogió a su mujer suavemente de la mano y la condujo a la puerta.

—Le dije al muchacho que puliera sus palabras.

* * *

Al principio, le había hablado de sus logros en Fairetur, y de Torri, Beitris y Robbie. Sorprendida al descubrir lo mucho que echaba de menos a la gente que había llegado a conocer en el poco tiempo que llevaba allí, Katja escuchó con avidez. El sonido de su voz, tan serio y afectuoso, la tranquilizó. La envolvió en sus brazos cuando le contó su viaje a Lerwick, enterró el rostro en su cabello cuando ella relató el peligro en que se había puesto. No la reprendió, sino que depositó un persistente beso en sus labios como una plegaria para que no volviera a cometer una locura semejante.

El agua de la bañera se había enfriado y las velas se habían consumido cuando pasaron a la habitación que Runa había preparado para Calder. Katja calentó más agua y se quedó para asistir al baño de su marido. Descubrió que le gustaba sentir la piel de él bajo sus manos y, si no se daba cuenta de que el agua estaba fría -y el aura cada vez más roja que lo rodeaba no mentía-, a él también le gustaban sus manos.

—Tenéis que saber algo sobre mí. —Katja sintió la necesidad de hablarle de su *visión*, pero no quería estropear su nuevo acuerdo.

—Quiero saberlo todo de vosotros, muchacha. Encontrar cosas nuevas que me gusten de vos se está convirtiendo en mi pasatiempo favorito.

—Espero que siga siendo cierto. —Sintiéndose frágil e insegura, le devolvió su amable sonrisa.

Calder se puso de pie en la bañera. El agua resbalaba por su piel, como ríos de diamantes sobre el bronce pulido. Katja parpadeó, con el recuerdo de su unión semanas antes repentinamente caliente bajo su piel. Con un suspiro, le tendió un trozo de lino. Él sonrió y levantó los brazos, invitándola a secarlo.

Katja tragó saliva.

«¿Cómo puede ser esto más difícil que luchar contra dos hombres que quieren matarme o cruzar el Mar del Norte en medio de una tormenta?»

El absurdo la golpeó y se acercó a Calder, respirando su

aroma, usando el lino para pulir su piel hasta dejarla tibia, completamente consciente de lo que sus acciones le hacían a él… y a sí misma.

Calder no se movió. Sus dedos se crisparon y su respiración se hizo más profunda, pero por lo demás permaneció quieto como una estatua. Katja recorrió con las yemas de los dedos los músculos ondulados de su brazo, con el tacto vívido de la última vez que él la había abrazado. La quería.

«Él me ama».

Katja apoyó las palmas de las manos en su piel, se deslizó por sus hombros, bajó por su espalda hasta su estrecha cintura. Su piel desprendía calor. Los finos cabellos brillaban a la luz. El rosa y el rojo estallaron a su alrededor cuando ella apoyó la mejilla en su hombro y se inclinó hacia él. Cerró los ojos, ignoró la vista y prefirió escuchar a su corazón.

«Lo amo».

Deslizó las manos por su vientre y su pecho. Calder se inclinó hacia ella.

—Estuvo bien, ¿verdad, Katja? Muy bueno.

Katja asintió, ahogada por la necesidad de sentir su piel contra la de él. De recordar, de saber lo bien que estaban juntos. Ya no se compararía con su madre… ni con ninguna otra. Su necesidad de Calder era inexplicable, la consumía toda, era única.

—Confiad en mí, Katja. Nunca quise haceros daño. Prometí protegeros y fracasé. Nunca fue culpa vuestra, sólo mía. —Ella abrió los ojos cuando él la miró y le rodeó las mejillas con las manos.

—No confío en vosotros…

—Claro que podéis —insistió—.

—Tenéis que saber *por qué* no confío en vosotros. *Veo* cosas, auras. —Katja apoyó la punta de un dedo en sus labios. Buscó en su rostro el asombro, la consternación y la indignación que seguramente le seguirían cuando se diera cuenta de lo que ella quería decir. Un hombre malvado se deleitaría con su habilidad sobrenatural. Un hombre justo lo consideraría una blasfemia.

Calder no era un hombre malvado.

—Lo sé. Vuestro hermano me lo dijo. —Asintió con la

cabeza.

—¿Qué hermano? —Sus ojos se abrieron de golpe.

—Christer. Aunque en aquel momento estaba bastante enfadado conmigo. —Calder le pasó la yema del pulgar por la mejilla y le besó la punta de la nariz.

—¿No os molesta? ¿Os preocupa? —Katja parpadeó.

—Sí. ¿A qué hombre le gusta descubrir que su mujer puede decir más de él de lo que sugieren sus palabras? Aunque creo que los hombres siempre lo encuentran así, incluso sin la *visión*. —Se encogió de hombros.

—Cariño, no me importa que veáis auras. Es vuestro don y sólo vosotros podéis hacer lo que queráis. —Su sonrisa se ensanchó y apoyó la frente en la de ella.

—No me sirve de nada —susurró la joven, hueca al darse cuenta de que la parte de sí misma en la que había confiado tanto la había traicionado igualmente.

—¿Cómo es eso? Habéis confiado en ella todos estos años para manteneros a salvo.

—A salvo. Y separada, aislada. —Katja suspiró—. He descubierto que las auras me dicen mucho de una persona, pero quizá no todo. Mi tía tenía un aura rojo oscuro, que significa ira, pero no estaba enfadada *conmigo*, sino con cosas que tenían que ver conmigo, pero no *conmigo*. Si no lo hubiera dicho, habría supuesto que no sólo estaba enfadada, sino que había dejado de quererme.

—Miradme, Katja. Decidme lo que veis. Contádmelo todo. —Calder retrocedió medio paso.

—El color plata me dice que sois fuertes físicamente. Y las chispas de púrpura y rojo muestran un poco de culpa, y más que una pizca de lujuria. —Estudió su cuerpo, dirigió su renuente mirada a las luces que vacilaban a su alrededor. El calor inundó sus mejillas—. También está el rosa del amor y el azul suave de la incertidumbre.

—Todo esto es cierto. Me siento culpable por lo que no hice, no por lo que piense haceros en el futuro. No podéis perderos mis pensamientos lujuriosos y apenas necesitáis comprobar mi aura cuando podéis verificarlo asomándoos un poco más al sur, ¿vale?

—Os amo, Katja. Pero no estoy seguro de nuestro futuro. ¿Me aceptaréis? —Sonrió entre dientes.

CAPÍTULO 20

Katja le respondió con el corazón. Se apretó contra él, rodeándole el cuello con los brazos, estirándose sobre las puntas de los pies.

—¿Podéis desatarme?

—No lo sé. De repente mis manos se han vuelto torpes. —Calder respondió con una carcajada. Movió su mano detrás de ella y, arrastrando la trenza por encima del hombro, buscó los cordones por toda la espalda. Con una sonrisa de triunfo, tiró de ellos y Katja movió los hombros mientras él aflojaba el vestido. Dejó caer un beso sobre la piel desnuda y vaciló mientras la pesada tela se deslizaba por sus pechos hasta el suelo.

Sus pechos se veían claramente a través de la muselina de la camisa. Los pezones se veían de color rosa oscuro, con un valle oscuro entre ellos. Calder se tomó su tiempo, los cogió con las manos y pasó las yemas de los pulgares por las puntas sensibles. Katja se inclinó hacia él con un suave gemido. Levantó la cara y él bajó los labios hacia los suyos, hambrientos y ansiosos.

Katja se desató el lazo del cuello y tiró la camisa al suelo. Con un suspiro mezcla de alivio e insistencia, posó su piel sobre la de su amado, y se sintió acogida.

«Mi hogar».

—Mi hermosa Katja.

Calder deslizó un brazo por detrás de sus rodillas y la levantó. Cruzó hasta la cama y la colocó allí, acunándola contra él como si fuera infinitamente frágil. Incalculable. Preciosa.

El lord se tomó su tiempo para despertar sus deseos, aunque ella se retorcía bajo sus manos, incitándole a seguir. Cuando la penetró, ambos estaban bañados en sudor. Él gimió, resistiéndose a soltarse, pero Katja se deshizo bajo él en un grito de placer, con las uñas mordiéndole la piel y las piernas rodeándole la cintura

con tanta fuerza que apenas podía moverse. Sus caderas volvieron a sacudirse y él se deshizo, uniéndose a ella en la brillantez de su unión.

Se acurrucaron juntos, tocándose durante la perezosa tarde, amando cuando la pasión los despertaba de nuevo. Incluso después, cuando buscaron un respiro en el aire fresco de su piel, él mantuvo los dedos de una mano entrelazados con los de ella.

—Siento no haber entendido nada —murmuró Katja a altas horas de la noche—. Debería haber preguntado…

—No deberíais haber preguntado. No debería haberos dado motivos para dudar. —Calder le besó la sien.

—¿Lorna se ha ido de verdad?

—Nunca tuve planes de tenerla cerca. Incluso antes de que nos casáramos, Lorna y yo sólo nos consolábamos ocasionalmente. Pero no podía simplemente echarla. Darle una posición como esposa donde se la necesita la complació.

—A mí también me complace —admitió Katja—. Pero os oí decir que la instalaríais en una cabaña cercana. Inmediatamente supuse que seguiríais visitándola.

—Lo siento mucho, amor. Los hombres de vuestra vida nunca os dieron muchas razones para confiar en ellos, pero espero demostrar lo contrario. —El brazo de Calder la estrechó.

—Así es. —Katja apoyó la mejilla en su pecho.

—No tenía ni idea de que Auld Liam llegaría tan lejos… —El pecho de Calder se estremeció y le apartó el cabello de la mejilla—. Me alegro de que seáis lo bastante fuertes como para protegeros.

—Nunca me había enfrentado a un hombre en peligro mortal. Pero mis hermanos y Ranald -sin duda conocedores del tipo de hombres atraídos por mi da que visitarían Ruadhcreag- fueron implacables a la hora de enseñarme a defenderme. No quiero volver a hacerlo, pero ahora hay menos sinvergüenzas que quieren aprovecharse de las mujeres.

—Sí. Y si las historias de Katja y su «bestia mítica» crecen a buen ritmo, tal vez algunos más se lo piensen dos veces antes de abordar a una muchacha bonita en el camino a Thurso. —Calder soltó una suave carcajada.

—¿Bestia Mítica? Es un dulce muchacho. Y realmente no estaría aquí si no fuera por él.

—Puede tener mi porción de carne asada como recompensa. Y creo que tenemos otro muchacho que ha decidido defenderte.

—¿Donnan? Ha tenido un pasado desafortunado, pero quizá se enfrente a un futuro mejor.

—No cree que yo sea digno de vosotros. Dijo que no soy digno de limpiarte el trasero. Me pregunto dónde habrá aprendido esas palabras. —Calder frunció el ceño.

—¡Ese pequeño travieso! He hablado con él sobre su lenguaje. Será problema del tío Lund cuando me haya ido. —Katja sonrió.

—¿De verdad vendréis a casa conmigo, Katja?

—Sí. Creo que puedo ir a este matrimonio con otros ojos, otras expectativas. No os compararé con otros. Y aprenderé a preguntar si algo no está claro.

—Ahora sé el tesoro que tengo y no os haré daño. El amor hay que cuidarlo, no ponerlo en un estante una vez ganado. Y me aseguraré de que todos en Fairetur sepan quién es su señora. El mal que os he hecho ha sido por ignorancia, no por intención. Gracias por abrir mis ojos.

* * *

Katja y Calder disfrutaban de tazas de sidra caliente cuando Runa entró en la cocina para empezar la comida de la mañana. Una criada somnolienta le hizo señas para que se sentara en una silla y le puso una taza delante.

—¿Ya se han levantado los criados? Habría pensado que hoy erais los últimos en levantaros. —Runa bebió un sorbo de sidra y suspiró—. Aunque ayer os vimos poco e imagino que estaréis hambrientos.

—¡Tía Runa! —Las mejillas de Katja se calentaron de vergüenza.

Calder rio y le dio una palmadita en la mano.

«Es mi marido».

Las palabras eran a la vez tímidas y orgullosas y Katja

agachó la cabeza para ocultar la sonrisa.

Un Donnan recientemente aseado entró en la habitación antes que su amo, ocupando el extremo del banco de Katja, desde donde envió a Calder una mirada asesina.

Lund se dejó caer al lado de su esposa y golpeó la mesa para coger su taza.

—No hagáis caso a vuestra tía, *niese*. Todavía le molesta oír que tiene el marido que otras mujeres anhelan.

—Por el amor de… ¿no podemos olvidarlo? —Runa puso los ojos en blanco e inclinó la cabeza hacia Katja—. Estoy de acuerdo en que es un hombre bastante singular, y a menudo reflexivo, tal vez no más que irritante la mayoría de los días. Sin embargo, vuestras palabras se le han subido a la cabeza y me recuerda mi buena suerte al conseguir una pesca tan espectacular un poco más a menudo de lo que es bueno para su salud.

Calder hundió la risa en su taza y apartó los codos de la mesa cuando la criada le tendió una enorme escudilla de gachas. Donnan se lanzó a por la suya y su cuchara, pero consiguió recordar sus modales un instante antes de que el cucharón de Runa forzara su atención. Se acomodó en su asiento, con las manos cruzadas sobre el regazo, mientras ella servía la mesa.

Finalmente, todos tenían ante sí un humeante tazón de avena cocida con leche, miel y mantequilla, un trozo de pan y una taza de sidra caliente. Lund acercó las manos a la mesa y todos las unieron vacilantes.

—*Deg, Gud, til ære*.

—A Dios sea el honor. —Todos murmuraron tras él.

Donnan miró a los demás y cogió la cuchara, engullendo las gachas a un ritmo alarmante. Una leve mirada de reproche le frenó, pero ya iba por la segunda ración cuando Katja terminó la primera. El muchacho le tiró de la manga y se inclinó hacia ella para que no oyera sus palabras.

—Venid y ayudadme con los caballos.

—¿Pasa algo? —Katja le miró fijamente.

—Sé que Skündi os echa de menos. Y Freki necesita ejercicio. —Donnan agitó la cabeza. Miró a Calder alrededor de Katja y frunció el ceño—. Y yo necesito hablar con vosotros.

—Dejadme hablar con Calder… —Katja asintió.

—¿No podéis actuar sin preguntarle? —El desprecio brotaba de su voz, aunque la mantuvo suave, con cuidado de no arriesgarse a la desaprobación de Lund.

—Sois un muchacho atrevido. —Katja echó la barbilla hacia atrás mientras levantaba la ceja.

—¿Vendréis? —Donnan respiró impaciente.

—Iros. Terminaré mis gachas en paz y luego iré al establo. Aseguraos de que Sköndi tenga heno fresco en su establo cuando llegue. —Katja hizo una pausa y luego asintió.

Donnan asintió espasmódicamente, cogiendo un puñado doble de pan mientras se ponía en pie. Inclinó la cabeza hacia Lund.

—Voy a los establos, señor. Tengo varios que limpiar.

Ante el gesto silencioso de Lund, Donnan salió corriendo por la puerta.

—Donnan quiere reprenderme por haberme enamorado tan rápidamente de lo que él imagina que son vuestros inexistentes encantos. Me persuadió para que me reuniera con él en el granero poniendo en duda mi preocupación por el bienestar de mis animales. —Katja se apoyó en el brazo de Calder, con la barbilla sobre su hombro.

—¿Debería reunirme con él detrás del granero para recomponer mi reputación… y la vuestra también? —Calder sonrió.

—No. Dudo que me haya enfrentado a un hombre más intrépido, con todos los años que le faltan. Pero venceré. No dudéis en ir a ver a Armunn dentro de un rato si se os pasa por la cabeza. —Katja sonrió y le dio un rápido beso en la mejilla mientras se ponía en pie.

—Lo haré. No dejéis que el chico os moleste. —Calder la cogió de la muñeca y la acercó para darle un fuerte beso en los labios antes de soltarla.

—Y ocupaos de vuestra bestia. Se moría de ganas de veros mientras atendíais a vuestro marido. Lo envié al establo de Sköndi en lugar de obligarlo a ir a la perrera como un sabueso cualquiera. —Lund levantó la vista de su taza humeante.

—El perro, claro, no vuestro marido. —Le dirigió una mirada a Calder.

Katja se rio y les saludó con la mano mientras salía de la cocina. Al detenerse en la puerta principal, comprobó las espadas que llevaba en el antebrazo y en la nuca. Calder se había burlado de ella cuando la sorprendió con la daga en el muslo, pero hacía demasiados años que no se separaba de ellas. La verdad era que, en un día normal, no contaría menos de seis o siete espadas, pero aquella no era una mañana normal. Esta mañana se había despertado en los brazos de Calder. Y en la casa de su tío, se sentía más segura que en cualquier otro lugar en el que hubiera estado. Envolviéndose en su capa, la joven abrió la puerta y salió.

El sol, que se colaba entre las plumosas nubes, acarició su piel con un calor luminoso, como si la iluminara desde dentro. De cara al sol, Katja bajó por el sendero hasta el establo, canturreando alegremente. La interminable brisa le acariciaba la trenza, la capa, las faldas, dándoles un juguetón tirón. El patio estaba tranquilo, salvo por el silbido ocasional de un zarapito. Los pájaros se esparcían por el prado cercano, con sus largos picos palpando el suelo en busca de presas profundas.

De un fuerte tirón, Katja abrió la obstinada puerta lateral del establo y parpadeó en la repentina penumbra, sus ojos tardaron un momento en adaptarse a la brillante luz exterior. La puerta se cerró con un chirrido y ella aspiró el aire perfumado de heno, el almizcle del estiércol y el fuerte sabor de la orina.

«¡Buen chico! Ya está trabajando duro».

Volvió a sonreír mientras echaba un vistazo al establo, con el tejado bajo para resistir el calor, los establos llenos de paja fresca y montones de paja sucia en el pasillo central a la espera del carro.

De la cuadra de Skündi salieron ladridos y Katja se rio cuando la cabeza del sabueso asomó por el borde superior de la media puerta abierta. Freki aplanó las orejas contra el cráneo y movió todo el cuerpo en un saludo entusiasta. Antes de que Katja pudiera abrir la puerta, Freki saltó por encima y aterrizó grácilmente en el pasillo. Gimoteó entusiasmado cuando Katja le alborotó el pelaje y sus patas bailaron sobre la tierra apelmazada.

—¿Me habéis echado de menos, muchacho?

Le sorprendió lo concentrada que había estado en Calder el día anterior, pero sabía que Freki había estado en buenas manos a pesar de su falta de atención. Lo abrazó con fuerza.

—Nunca más seréis relegados al establo. Sois libres de dormir en mi habitación. Aunque os prepararemos una cama junto a la chimenea.

—No creo que a Calder le guste que una bestia de vuestro tamaño ocupe espacio en su cama, pero podéis averiguarlo. —Freki ladeó la cabeza, aparentemente horrorizado por su sugerencia. Katja se echó a reír.

—¡No! No podéis ir con él. No es bueno para vosotros. —Donnan se lanzó por el pasillo del establo. Se detuvo a unos metros de distancia, con las manos en las caderas. Inclinándose hacia delante, la fulminó con la mirada.

—Sólo va a romperos el corazón, Katja. No seréis tan tonta como para enamoraros de él otra vez, ¿verdad? —Lanzó una mirada por encima del hombro y bajó la voz—. Podría tener un accidente, ya sabes.

Katja se mantuvo firme ante su airado desafío, aunque tuvo que morderse el labio para contener la sonrisa. Le reconfortaba el corazón tener un defensor así, pero sabía que él no se tomaría a la ligera que ella desestimara sus preocupaciones.

—Entiendo que tengáis reservas, Donnan. Yo también estaría loca si no tuviera mis dudas. Y aunque Calder podría fácilmente perderse en la niebla una mañana al llegar del mar y caer por uno de los acantilados, creo que le daremos una segunda oportunidad antes de recurrir a tales medidas. —Cruzó las manos ante sí y asintió lentamente, prestando a sus palabras la atención que merecían.

—No le haría daño de verdad. Pero podría asustarle bastante. —Donnan frunció el ceño y rascó con un dedo del pie la tierra compacta del pasillo.

—Sé que podríais, y aunque tampoco creo que sea lo correcto, me alegra saber que os preocupáis por mí.

—Sois como mi hermana. Yo no tenía familia y ahora no volveré a tenerla. —Donnan cruzó los brazos sobre el pecho y agachó la cabeza.

—¡Oh, Donnan! Sois el mejor hermano de todos. Pero las familias se separan para formar una nueva, eso no significa que no volvamos a vernos. —El corazón de Katja se retorció en su pecho.

Aunque sabía que la vida de aprendiz no le dejaba tiempo para los días que él tardaría en visitarla en Fairetur.

—Tío Lund y tía Runa son vuestra familia ahora.

—Vuestro tío es mi amo —gruñó Donnan.

—¿Y quién os ha estado engordando? ¿Y os da golosinas para llevar casi todas las mañanas? —Katja apoyó las manos en las caderas.

—¿Lo sabíais? —El recuerdo de las golosinas arrancó una sonrisa a Donnan.

—Tía Runa es la persona con el corazón más blando que conozco. Aunque lo negará y me sacará el pellejo por sugerirlo. También mete golosinas en los bolsillos del tío Lund. —Katja negó con la cabeza mientras contenía la risa.

—¿Os marcháis? —La sonrisa de Donnan se desvaneció.

—Sí.

—¿Vais a tener un hijo? —Su voz bajó a un susurro.

—Sí. Y le diré que tiene un tío llamado Donnan que quiere conocerlo algún día.

—Aunque sea una niña, seguiré siendo su tío, ¿sí? —Una sonrisa se dibujó en una comisura de los labios del muchacho.

—Aunque sea una muchacha. —Esta vez, Katja sonrió.

—Os echaré de menos a vos y a vuestro perro. —Donnan echó los hombros hacia atrás como si quisiera librarse de su momento de debilidad.

—Y Freki y yo también os echaremos de menos. No estaríamos aquí si no fuera por vosotros. Siempre lo recordaré. —Katja le despeinó el cabello.

El joven se encogió de hombros con indiferencia, como si rescatar damiselas en apuros fuera algo cotidiano para él. Pero el color tiñó sus mejillas y Katja supo que sus palabras le complacían.

—*Ek ann þér*, Donnan. Ahora sois parte de mi familia. Eso nunca cambiará.

Donnan agachó la cabeza y parpadeó con fuerza, y Katja se

preguntó si alguien le había dicho antes que lo amaban.

—¿Cuándo os iréis?

—Lo antes posible. No habrá muchas más oportunidades de cruzar el mar antes de que lleguen las tormentas de invierno.

—¿Queréis decir que empeorarán? —Sus ojos se abrieron de golpe.

—Sí. Empeorarán. Y le pediréis a mi tío un abrigo más grueso y guantes, y la tía Runa os tejerá una bufanda. De hecho, no me sorprendería que no lo estuviera haciendo ahora. —Katja soltó una carcajada.

—Son buena gente. No tienen que acogerme.

—Demostrareis lo que valéis, muchacho. No os preocupéis.

* * *

Calder se paseaba por la habitación delantera, la chimenea luchando una batalla perdida contra el amargo frío mientras una tormenta invernal arreciaba en el exterior. Tres pasos de frío, tres pasos de vuelta al calor. Date la vuelta y regresa. Se dirigió a una silla junto al fuego y se desplomó en el asiento.

«¿Cuánto puede durar una tormenta? Ha pasado casi una noche y el cielo no se ha despejado, y mucho menos un respiro suficiente para reservar pasaje a Thurso».

Se hundió más en el cojín de la silla, estirando los dedos de los pies hacia el fuego, buscando otras distracciones a su preocupación.

«Un hijo».

La idea nunca dejaba de asombrarle. Su cuerpo, tenso por su incapacidad de cambiar el tiempo para adaptarlo a sus necesidades, se relajó. Una sonrisa se dibujó en una comisura de sus labios.

«No puedo creer que vaya a ser padre este verano».

Un escalofrío le recorrió la espalda. La responsabilidad se abatió sobre él, amenazando con anegar sus buenas intenciones hasta entonces declaradas. Respiró hondo.

«¿Puedo ser alguien a quien mi hijo respete? ¿Alguien en quien pueda confiar? ¿Será el niño una niña o un niño?»

De repente sus dedos ansiaban crear algo para el niño. Algo que hiciera más real al pequeño que no vería durante siete largos meses.

«¿Una espada de juguete? ¿Una muñeca de madera?»

Unas manos suaves se deslizaron por sus hombros, aliviando los nudos de la preocupación. El sutil aroma de la lavanda captó sus sentidos un segundo antes de que el instinto de ponerse en pie se apoderara de él.

—Sé que estáis preocupados por el tiempo. El tío Lund dice que pasará otro día antes de que el viento se calme, pero que después será un buen día para navegar. Sugiere que vayáis mañana al muelle y descubráis quién zarpará antes y le echéis una moneda. —Katja le besó en la cabeza.

—No creo que esperar mucho haga más que traernos peor tiempo. Y si nos quedamos durante el invierno, no será seguro que viajéis. —Acarició los dedos que la joven había apoyado en su hombro y se inclinó hacia su caricia.

—No me plantearía arriesgaros, ni a vos ni al niño. —Calder cogió su muñeca y la atrajo hacia su regazo, abrazándola.

—Sí. Me gustaría visitar más tiempo a mis tíos, pero pronto el viaje a casa será demasiado peligroso.

—Desearía poder enviar un mensaje para que nos encuentren en Thurso. Me sentiría mejor teniendo guardias cabalgando con nosotros.

—Puedo valerme por mí misma, esposo. Me refería al hielo y la nieve. —Katja rio entre dientes.

—No me gusta pensar que Gair Orrock os guarde rencor. —Calder sacudió la cabeza.

—Dudo que le agrade que lo haya vencido y matado a sus hombres. Y sabemos lo que mi padre le hizo a él y a su clan. ¿Pero cómo sabrá que he regresado? Poca gente se arriesga en el mar en esta época del año. Viajaremos rápido una vez que salgamos de Thurso, me vestiré con *trews* y me envolveré en una capa y viajaremos como dos miembros del clan, no como una mujer sola. ¿Cómo podría reconocerme?

Algo apaciguado, la atención de Calder se desvió hacia el agradable peso de Katja en su regazo. Le rozó la mejilla con las

yemas de los dedos y bajó por la larga línea de su cuello. Deslizando los dedos por el escote del vestido, se deleitó con la suavidad satinada de su piel.

—Deseo llevarme a mi mujer a la cama antes de que su tío me arrastre al frío. ¿Qué os parece la idea?

Katja salió de su regazo y, cogiéndole de la mano, le condujo a través de la puerta.

Freki estiró sus largos miembros y los siguió hasta salir de la habitación.

CAPÍTULO 21

La despedida de Lund y Runa fue difícil, llena de lágrimas y sonrisas y promesas de visita. Katja lamentaba perder el preciado lazo familiar, pues sabía que pasarían meses, sino años, antes de que volviera a verlos. La tristeza se enfrentaba a la emoción de empezar una nueva vida con Calder y su bebé.

Como predijo Lund, el tiempo se despejó de manera espectacular, ofreciéndoles hermosos cielos que combinaron con el agitado pasaje.

—Eres más verde que un sapo astuto. —Katja se burló de Calder mientras el barco se acercaba a Thurso.

—Quiero a vuestros tíos, pero dejemos que nos visiten la próxima vez —gimió—.

Katja apretó el brazo de él con simpatía y expectación, volviendo la cara hacia el sol mientras las gaviotas revoloteaban sobre su cabeza. El aleteo de las velas se fundió con los gritos de los hombres en los muelles cuando su barco se detuvo contra los tablones de madera. Calder y ella se dirigieron rápidamente a la plancha de carga, guiando a los cansados caballos, con Freki pisándoles los talones, y desembarcaron.

Observó el mar de rostros a su alrededor y se dio cuenta de que Calder también lo hacía. Freki caminó entre ellos, evitando el hervidero de cuerpos que entraban y salían en sus innumerables diligencias.

—Pasaremos aquí la noche y nos pondremos en camino al amanecer. —Calder señaló el camino que conducía a la ciudad.

—Prefiero cabalgar hasta Hacraig y quedarme allí en la posada. Es un viaje corto y sería bueno estirar las piernas. —Katja no estuvo de acuerdo.

—Vi a Orrock en la posada de Hacraig. No creo que sea una buena elección.

—Lo viste aquí, también. Thurso es una ciudad muy concurrida. Será más fácil encontrarlo en el pueblo.

Katja sabía que a él no le gustaba. Se pasó una mano por el cabello, frunciendo el ceño. Las arrugas se dibujaron en su rostro y ella se dio cuenta de lo agotadora que había sido para él la travesía desde Lerwick.

—Oh, tenéis razón. Se está haciendo tarde, y no deberíamos estar en el camino después del anochecer. Encontraremos una habitación privada antes de que todos hablen y nos pondremos algo de comida caliente en la barriga. —Colocó su mano en la de él.

—Mi barriga necesita alimento extra, esposo. —Calder abrió la boca para replicar, pero ella le dirigió una mirada penetrante.

Con un gesto de decisión, Calder la condujo a una posada cercana a las afueras de la ciudad.

La mañana siguiente transcurrió en silencio, envuelta en una espesa niebla. Las hojas espesas y húmedas amortiguaban el sonido de los cascos de los caballos. El aire era frío y cortante, y los árboles brillaban de escarcha.

Katja sopló una bocanada de aire, observando cómo se mezclaba, frío y gris, con la espesa niebla. La inhalación le abrasó los pulmones, pero sonrió, con su sangre vikinga exaltada por el frío cortante. El camino serpenteaba a lo largo del río, donde la niebla se cernía unos treinta centímetros sobre el agua. Los árboles abrazaban las orillas, protegiéndolos a ella y a Calder del fuerte viento.

Freki sacó un conejo de entre la maleza y salió corriendo en su persecución. Con la cabeza gacha y los ojos fijos en su objetivo, el conejo no era rival para la velocidad del sabueso. Alcanzó a su presa en media docena de zancadas y se posó cerca de una roca

para comer.

Katja sacudió la cabeza. Si lo hubiera enviado a cazar, él le habría traído el conejo. Pero Calder y ella habían roto el ayuno en la posada, y un sabueso adulto necesitaba mucho sustento.

—El viaje a Hacraig no es largo. ¿Hacemos un día corto y descansamos allí antes de continuar hacia Fairetur? ¿O seguimos adelante y nos arriesgamos a pasar la noche a la intemperie?

—Dudo que debamos detenernos mientras el sol está en lo alto. Pero no creo que debamos dormir sin refugio. —Calder inclinó la cabeza, meditando la pregunta de Katja.

—Estoy de acuerdo. Hace frío, pero no veo nubes de tormenta. Parece que tenemos gracia para viajar al menos un día más.

—Será bueno estar en casa y ante un fuego crepitante. Sé que Beitris y Torri os han echado de menos.

—Las he echado de menos. Es bueno tener una hermana.

—¿Incluso una que parlotea tanto como ella? —Calder sonrió.

—Es encantadora. No me importa. —Katja se rio.

Superaron una pequeña colina, cerca de un recodo del río, donde los árboles se apiñaban y la escarcha se ocultaba del sol sobre las raíces cubiertas de nieve. Katja se giró sobre su montura.

—¿Dónde se ha metido Freki?

—Probablemente persiguiendo a otro conejo. —Calder miró a su alrededor.

De repente, las ramas crujieron y los cascos golpearon el suelo helado, desviando su atención de los pensamientos sobre Freki. Antes de que Katja comprendiera lo que estaba ocurriendo, Calder desenvainó su espada y utilizó la parte plana de la hoja para golpear a Skündi en la grupa.

—¡Corred!

Skündi chilló, echando las orejas hacia atrás mientras saltaba al galope asustado, agitando la nieve y la tierra bajo sus cascos.

Katja tardó unos instantes en recuperarse de la conmoción provocada por las acciones de Calder. Controló a Skündi a poca distancia por el camino y echó un vistazo por encima del hombro. Tres hombres armados convergieron sobre su marido mientras

otros dos la acorralaban. La nieve volaba bajo los cascos de sus fornidos caballos. La ira le abrasó las entrañas y encendió su sangre vikinga. Desenvainó su espada y giró a Skündi para enfrentarse a la amenaza que se acercaba.

—¡Freki! ¡Atacad! —Con la espada en alto, gritó su grito de guerra y su voz resonó en el aire puro.

Dándose cuenta de que las probabilidades de que Calder sobreviviera a un ataque de tres forajidos eran escasas, se armó de valor contra el resultado e instó a Skündi a avanzar para interceptar a su primer perseguidor.

Las tácticas de batalla que Ranald y sus hermanos le habían inculcado pasaron a primer plano. Colocó al jinete más cercano entre ella y el siguiente. Skündi se abalanzó sobre el pequeño caballo y su pecho bien musculado aplastó al caballo, más pequeño y delgado. Su jinete se agarró con ambas manos a las crines de su desgreñado poni, luchando por mantenerse montado.

Con un grito de rabia, Katja hizo caer su espada sobre la cabeza del hombre. Este cayó al suelo y el animal sin jinete se precipitó por el sendero. Con el segundo perseguidor casi sobre ella, Katja hizo frenar a Skündi, hundiéndolo sobre sus ancas.

—*Lofta* —ordenó—.

Su destrero se levantó sobre sus patas traseras, agitando las delanteras con herraduras de acero cuando el siguiente forajido se acercó a ellos. El hombre la miró estupefacto. Serró las riendas de su poni, intentando evitar el poderoso ataque del caballo más grande, pero tanto el jinete como el pequeño caballo cayeron ensangrentados y destrozados bajo los cascos de Skündi.

Con el camino despejado, Katja centró su atención en Calder, que resistía a sus atacantes. Armunn se mantenía firme, mordiendo y pateando cuando un pequeño caballo se acercaba demasiado, pero la valentía de caballo y jinete era abrumadora. Calder sangraba por dos heridas que Katja pudo ver. Los hombres insistieron en su ataque con espadas y gritos. La sangre y el sol brillaban sobre el acero. Su marido moría ante sus ojos.

Katja sacó el cuchillo de la vaina que llevaba en la nuca, se levantó sobre los estribos y lanzó la hoja, golpeando el flanco del caballo más cercano, que se encabritó y chilló de dolor.

La silueta leonada de Freki surgió de entre la maleza en un torrente de fuerza y sonido, gruñendo mientras golpeaba el corvejón de otro caballo. El pequeño caballo chilló y lanzó una veloz patada, descabalgando a su jinete y golpeando a Freki en la cabeza. La fuerza arrojó a Freki contra un árbol, donde se desplomó en una espeluznante quietud.

Katja ignoró la punzada que sintió en el pecho al verlo y embistió con Sköndi hacia el pequeño caballo al que había golpeado con su espada. El jinete, desequilibrado, cayó al suelo, pero rápidamente se puso en pie. Katja golpeó el hombro del hombre con su espada y tiró su largo puñal a la hierba. El forajido cayó de rodillas. Enloquecido por el fuego de la batalla, Sköndi se levantó y cayó, aplastando el cráneo del hombre bajo sus pezuñas mortales.

Calder permaneció inmerso en la batalla con el último forajido. Una mancha carmesí brotaba de un corte en su pecho, su mano izquierda apenas agarraba las riendas de Armunn mientras la sangre manaba de un profundo corte en su antebrazo. Usando las rodillas para guiar a su corcel, Calder hizo girar a Armunn un cuarto de vuelta para colocar a su oponente a su derecha.

No dispuesta a quedarse sentada mirando, Katja espoleó a Sköndi con un grito de desafío.

—¡MacGerry!

Sköndi embistió a la yegua del forajido, haciendo que jinete y caballo cayeran al suelo. El hombre se levantó con cautela, sujetándose las costillas probablemente rotas y manando sangre de una herida reciente en la frente.

Katja parpadeó, sobresaltada, cuando el hombre levantó su rostro lleno de cicatrices, con los ojos llenos de odio. Un aura de dolor de color azufre guerreaba con la espesa nube negra de una larga falta de perdón y el rojo turbio de la ira.

Gair Orrock.

* * *

Calder miró fijamente a Katja a través de unas pestañas parcialmente enmarañadas por la sangre congelada. El pecho le

pesaba por el esfuerzo y el corazón le latía con ansia de batalla. El dolor de sus heridas era un mero cosquilleo, contenido por la rabia que lo invadía.

Gair Orrock.

Sabía que se había equivocado al dejarlo con vida cuando se marchó de Thurso. Le había compadecido por lo que había sufrido a manos del conde, pero en el fondo de su corazón sabía que ese hombre nunca sería una amenaza. ¿Debilidad? ¿O justicia?

El hombre vaciló, tambaleándose sobre sus pies. Gritó y cayó de rodillas. Lentamente se desplomó hacia delante y se apoyó con una mano en el suelo mientras un chorro de sangre brotaba de sus labios. Una tos profunda lo sacudió y gimió lastimosamente, sosteniéndose el brazo sobre el pecho.

Calder y Katja intercambiaron miradas. Katja empujó a Sköndi para que se acercara, pero no desmontó.

—Necesitaréis cuidados para sobrevivir a esa herida. ¿Aceptaréis nuestra ayuda?

—La ayuda de vuestro padre me metió en el infierno en el que he vivido los últimos veintiséis años —replicó Gair.

—Yo no soy mi padre.

—Dejadlo —señaló Calder—. Es mejor de lo que se merece.

—Está herido…

—¡Podría haberos matado a vos y a vuestro hijo!

—Y estuvo a punto de mataros. Pero como una vez amó a mi madre, le ofreceré clemencia.

—Os parecéis a como Elke era, joven, enérgica y amable. —Gair inclinó la cabeza, su mirada se deslizó sobre Katja, hasta posarse en su rostro, y cerró los ojos—. Nunca se fijó en mí. Y cuando vuestro padre decidió casarse con ella, ya era demasiado tarde.

—Mi tía dijo que amabais a mi madre.

—Yo no era… rival… para el rico conde. —La respiración de Gair cambió, superficial y rápida mientras luchaba por respirar.

—Si os hubiera conocido, su riqueza y su título no habrían importado.

La luz de los ojos de Gair se atenuó y luego desapareció, y su cuerpo se aflojó contra el suelo. Calder se balanceó en su silla y la

mirada de Katja se dirigió inmediatamente hacia él.

—¿Podéis montar?

—Sí.

El dolor lo invadió, oscureciendo su visión. Sintió más que vio el cuerpo de Skündi a su lado, las riendas de Armunn resbalando de sus manos mientras Katja las empuñaba con su mano libre. La vio desmontar, pero no pudo protestar. Rápidamente le ató el brazo, tirando de una tira de tela sobre una almohadilla hecha con los restos de la manga de su túnica. Sus dedos presionaron las otras heridas para detener la hemorragia, dejando las vendas atadas a toda prisa.

Katja desapareció de su vista, pero regresó instantes después. O tal vez más tiempo, ya que el mundo de Calder sólo existía en el dolor y el frío que adormecía la mente. Montó detrás de él, rodeándolo con los brazos mientras empujaba el caballo para que avanzara.

Calder se desplomó hacia delante y se perdió en la oscuridad.

CAPÍTULO 22

Katja revisó de nuevo las vendas de Calder, escudriñando la larga longitud de la herida de su antebrazo en busca de signos de infección, las vetas de enrojecimiento y calor que indicarían el comienzo de una batalla perdida por el brazo de Calder… y tal vez por su vida. La curandera de Hacraig se había demorado largas horas en las heridas de Calder, enjuagándolas una y otra vez con una solución de hierbas antes de suturarlas, un procedimiento que Katja aprobaba de todo corazón.

La carne se frunció entre los pesados puntos, pero se alegró de no ver ninguna secreción en el vendaje. Una sonrisa tembló en sus labios mientras le pasaba los dedos suavemente por el cabello, frotando con la yema del pulgar la áspera barba alrededor del corte en el cuero cabelludo.

No le gustará cómo le hemos cortado el cabello, pero le volverá a crecer.

La respiración se le agitó en el pecho al pensar en el tiempo que había pasado desde que él perdió el conocimiento, dos largos días antes. Se acuclilló sobre sus talones, cansada y desanimada.

—Deberíais comer, muchacha. Yo me quedaré con vuestro muchacho.

Katja miró con ojos sombríos a la mujer de la mesonera, lanzando una mirada desinteresada a la bandeja que descansaba sobre la inestable mesa. Su estómago gruñía, pero apenas tenía fuerzas para comer. Recogió la bandeja y cruzó la pequeña habitación hasta la manta junto a la chimenea. Freki levantó la cabeza y su cola batió un suave tatuaje en el suelo de tierra compacta.

Mordisco a mordisco, los dos compartieron la comida. Se aseguró de que Freki tuviera a mano un plato de agua para beber y Katja se acurrucó junto a él, dejando que el calor del fuego aliviara sus dolores.

Debía de haberse quedado dormida. La puerta se abrió y ella miró atónita la silueta oscura que se perfilaba en el portal. Se quedó un momento mirando la figura de Calder en la estrecha cama. Freki gimió por lo bajo, pero no se levantó. El hombre de la puerta desvió la mirada hacia el perro y luego hacia Katja.

—¿Estáis bien, muchacha? —Entró y cerró la puerta.

—¿Tío Finn? —Katja parpadeó rápidamente, aturdida tras la siesta. Hizo un intento fallido de ponerse en pie y Finn le sujetó el codo para ayudarla. Ella le dedicó una sonrisa de gratitud y cruzó al lado de Calder, donde la esposa del mesonero miraba a Finn con gesto de duda.

Katja dejó caer unos suaves dedos sobre la frente de Calder. Sus párpados se agitaron y, por primera vez en casi tres días, vio el brillo de los ojos azules de MacGerry mirándola. Sintió un alivio tan profundo que casi la hizo caer de rodillas, ahuyentando la tristeza y la rabia. Sonrió, ahogó unas lágrimas repentinas y volvió a sonreír cuando las lágrimas se derramaron por su rostro.

—Bienvenido de nuevo —susurró—.

—Creería que estoy en el cielo… si no fuera… por la lanza… sobre vuestro hombro. —Los ojos de Calder siguieron a Finn, que se cernía sobre Katja.

—Vuestro tío no es un trol. —Katja dejó escapar un resoplido de sorpresa.

Le reprendió suavemente, encantada de escuchar las bromas de Calder, por débiles que fueran.

—No os preocupéis, muchacha. Que os llamen trol es mejor que enfrentaros a lo que me temía.

—Tiene un corte en el cuero cabelludo. —Katja asintió con un sombrío movimiento de cabeza. Miró fijamente a Calder, con la respiración entrecortada pero más firme que antes, el brillo de sus ojos resplandeciendo tras los párpados entrecerrados. Se refugió de sus emociones hablando de las heridas de Calder. Apartó los mechones desgreñados de la zona rasurada.

—Es bueno que nuestro muchacho tenga la cabeza dura. Le dará fortaleza cuando vea el estado de su rapada coronilla. ¿Pensáis uniros a la iglesia, muchacho? —Finn rio entre dientes.

—Iros al cuerno, viejo —replicó—. Puedo prescindir… de vuestro humor. —Katja ocultó una sonrisa ante el ceño fruncido de Calder.

—Se está curando bien. —Katja señaló su pecho y se apresuró a interrumpir, no deseando agotar a Calder en caso de que él y su tío comenzaran a bromear—. Se hizo un rasguño aquí y un feo golpe en el brazo. La curandera hizo un buen trabajo cosiéndole. Y ninguna de las heridas supura.

—Un buen trabajo. Os dará carácter tener una cicatriz o dos. —Finn miró de cerca las heridas y asintió con la cabeza. Su mirada se cruzó con la de Katja y observó el brazo herido de Calder.

—¿Cómo de grave? —murmuró el lord.

—¿Podéis beber un poco de cerveza suave? —Katja acarició la mejilla de Calder.

La mujer del mesonero trajo el odre de la mesa y sirvió una jarra. Finn levantó con cuidado los hombros de Calder lo suficiente para que pudiera beber y Katja le acercó la jarra a los labios. Consiguió tragar varias veces antes de gemir y volver a tumbarse en la cama. Katja lo envolvió con la manta y le besó la frente antes de volverse hacia Finn y su pregunta.

Katja le hizo un gesto para que se sentara junto a la

chimenea. La mujer del mesonero recogió la bandeja y salió de la habitación, dejándolos solos.

—La herida es muy profunda, pero ha sangrado y no creo que haya perdido el uso del brazo. Sin embargo, sanará con muchas cicatrices y debe usarlo, no mimarlo, si desea recuperarlo por completo. Llevará tiempo y será doloroso. Ya he visto este tipo de herida una vez.

—¿Y el resto? —Finn asintió.

—El resto no debería molestarle en unos días. Puede que esté sensible, pero la herida del pecho fue un corte limpio. Seguiremos atentos a mareos y cosas así. Recibió un fuerte golpe en la cabeza.

De pronto, Katja perdió la compostura y se apretó las manos, hundiéndolas en su regazo para calmar el temblor. Finn le ofreció una jarra de cerveza y, al cabo de un momento, ella bebió un sorbo, logrando que no le chocara contra los dientes.

La dejó a un lado y le dedicó una pequeña sonrisa.

—Gracias por venir. —Había una gran cantidad de palabras que no podía obligarse a decir. Del profundo miedo cuando cabalgaba detrás de Calder hacia la posada de Hacraig, con el cuerpo de él flojo en sus brazos, apenas capaz de mantenerlo a lomos de Armunn. La hueca sensación de estar perdida, a la deriva mientras la curandera se dedicaba a su trabajo, la absoluta inutilidad abriéndole un agujero en el corazón. Al parecer, Finn había cabalgado mucho desde Fairetur, pues ella no lo esperaba al menos hasta dentro de un día. Y por ello le estaría eternamente agradecida.

—¿Estáis solos? —El efecto sedante del alivio se apoderó de ella y se relajó en su silla.

—No. Tengo tres muchachos conmigo, pero están calentándose la barriga en la posada. Robbie probablemente enviará algunos más en un día o dos. Una escolta adecuada para vos.

—¿Me diréis qué ha pasado? —Se inclinó hacia delante, con los antebrazos apoyados en las rodillas. Miró a Calder y luego a Katja.

Por su parte, la joven asintió con cautela, insegura de su capacidad para contar la historia.

—Zarpamos de Lerwick y llegamos a Thurso después de un largo viaje. Calder no se encontraba bien, un poco mareado, y pasamos la noche en Thurso. Era una mañana luminosa y charlamos… Freki persiguió un conejo o dos. —Katja miró al perro que estaba tumbado sobre la manta, con la cabeza apoyada en las patas y los ojos cerrados—. Sabíamos que un hombre llamado Gair Orrock podía estar esperándome. Mi padre le hizo cosas terribles a él y a su clan y odia a todos los Sinclair. Fui acosada por dos de sus hombres de camino a Thurso hace un mes. —Se retorció las manos y lentamente levantó la mirada hacia Finn —. Los maté a ambos. Gair llegó instantes después, y Freki le atacó. Independientemente de la culpa, Gair también me odiaba.

Katja respiró tranquilamente y esperó a que su corazón recuperara su ritmo normal.

—Gair acechaba nuestro regreso. Quizá tenía un espía en Thurso, vigilando a una mujer con un perro grande. A Calder y a mí nos cogió desprevenidos. Intentó alejarme, pero dos hombres me siguieron. Se dispersaron mientras me perseguían, y pude matarlos de uno en uno. Entonces volví para ayudar a Calder. Freki derribó a un caballo. Le golpeó con una pezuña y pensé que el golpe le había matado. Freki está muy inestable y no puede usar una pata delantera. Espero que se recupere con el tiempo. El último forajido fue Gair. Skündi envió a su yegua al suelo. Ella rodó sobre Gair y creo que las costillas rotas perforaron sus pulmones. Arrastré a Freki encima de Skündi y cabalgué detrás de Calder para mantenerlo sobre su caballo. Cuando salimos del claro, Gair estaba muerto.

* * *

—Eso es digno —gruñó Calder. Miró fijamente a su esposa, pero ella le dedicó una alegre sonrisa.

—Pareceríais aún menos digno si os cayerais del caballo.

—¡No me he caído de un caballo desde que era un niño! —La sorpresa estalló en el rostro de Calder.

Sin embargo, sus miembros temblaban por el esfuerzo de moverse desde su cama en la posada hasta la litera construida para

él. La litera se hundió cuando Freki cojeó hasta el armazón y se acomodó a su lado. Unos ojos marrones y líquidos miraron fijamente a Calder, quien rascó la peluda cabeza.

—¿Preferís quedaros aquí hasta que estéis más fuertes? —Katja le tocó la cara, con preocupación en los ojos, y su humor se suavizó de inmediato.

—No. Estoy listo para volver a casa. ¿Os he dicho hoy que os amo? —Tamizó el gruñido de su voz.

—Me veo obligada a hablaros de vuestra negligencia al respecto. Podría convencerme de pasarlo por alto esta vez, por una pequeña penitencia. —Volvió a sonreír.

—Estoy a vuestras órdenes.

—Requeriré un beso. —Se inclinó sobre él y su trenza le rozó el pecho.

Calder inclinó la barbilla y acercó sus labios a los de su esposa. El lord suspiró cuando ella cerró la brecha que los separaba con una bocanada de aire cálido. La punta de su lengua recorrió sus labios y la boca de él se abrió, dándole la bienvenida.

—Avisadnos cuando estéis listo para partir, lord —dijo Finn. Los otros hombres ocultaron sus carcajadas detrás de sus puños.

—No les hagáis caso. —Katja se enderezó mirando a Calder, y luego se dirigió a Sköndi. Acomodándose en la silla de montar, le envió a Finn una sonrisa encantadora.

—Estoy lista para volver a casa.

EPÍLOGO

La lluvia repiqueteaba en el tejado y goteaba de los aleros en un flujo constante. El cielo era una sombría mezcla de cielos grises y nubes escurridizas, pero la habitación del lord era acogedora, con una sola contraventana abierta para que entrara aire fresco, y un crepitante fuego en la chimenea en este día de finales de verano. Katja respiró hondo los aromas que se mezclaban en el aire. La lluvia se mezclaba con el olor familiar de la tierra húmeda que surgía del suelo, el sabor del humo de la leña al escapar por la

chimenea, y el dulce, dulce aroma del bebé dormido sobre su pecho.

—¿Queréis que deje a la pequeña traviesa en su cuna? —La voz de Calder apenas pasó de un susurro para no despertar a la bebé.

Katja miró los rizos casi blancos que cubrían la cabeza de la niña y sus mejillas redondas y rosadas. Tenía la boca ligeramente abierta y la lengua empujada dos veces hacia delante, como si estuviera amamantando.

—No. No es pesada y me gusta verla dormir.

—A mí también me gusta mirarla. —Calder se dejó caer en el banco acolchado junto a Katja, acurrucándose contra ella. Le dio un beso en la mejilla y otro en la cabeza de la niña. Rodeó los hombros de Katja con un brazo y la acercó—. No puedo creer que pronto vaya a cumplir un mes. —Apoyó la mejilla en la cabeza de Katja.

Los relinchos y el traqueteo de los arreos llegaron desde el patio.

—Cojones de cerdo. ¿Quién viajaría en un día así? —gruñó el lord.

—Deja que Robbie se encargue. Es probable que sea un vendedor ambulante o un juglar. Alguien que necesita refugio para pasar la noche. —Katja apoyó una mano en su brazo como leve protesta cuando él se apartó para levantarse.

—Suelen ser lo bastante sensatos como para quedarse con su anfitrión cuando hace tan mal tiempo. —Se echó hacia atrás junto a Katja y la niña, aunque Katja sabía que él estaba atento a la conmoción en el patio y esperaba que su hermano le rindiera cuentas en breve.

Katja movió ligeramente al niño y se ajustó los bordes de la faja. La mano de Calder subió hasta tocarle un pecho. Sentía un zumbido cálido en lo más profundo de su ser, pesado e insistente tras las restricciones del parto. Katja murmuró su aprobación cuando los dedos de Calder la acariciaron a través de la tela de su vestido, mientras la palma de la mano de Calder sopesaba la pesadez de su pecho.

Llamaron a la puerta. Los ojos de Calder se encontraron con

los suyos en una promesa antes de ceder a la necesidad.

—Entrad.

La puerta se abrió de golpe y Katja jadeó sorprendida al ver a sus tíos en el umbral. Donnan se abrió paso entre ellos, con los ojos puestos en la niña.

—¿Soy tío o tía? —preguntó—.

Todos rieron a carcajadas, despertando a la niña. Katja se levantó, empujando a la bebé, que gemía y se llevaba el pequeño puño a la boca. Runa voló por la habitación, envolvió a Katja y a la pequeña en un abrazo y por fin se apartó lo suficiente para mirar su carita.

—Tiene los ojos de Calder. No importa que la mayoría de los niños tengan los ojos azules. Los suyos son de un tono sorprendente. —Runa le dio otro abrazo a Katja—. Y su cabello será un verdadero oro nórdico. —Su voz se redujo a un susurro—. Se parece a vuestra madre.

—La llamamos Elke. ¿Os ha llegado nuestra carta?

—Hace una noche o así. Lund lo dejó todo en cuanto llegó e hizo los preparativos para que viniéramos.

—No escatimé gastos ni esfuerzos para ver a la mujer que aprecia mis mejores cualidades. —Lund sonrió, mirando por encima del hombro de Runa a Katja y a la niña.

—Es verdaderamente insufrible, Katja. Has creado un monstruo que ni nuestros antepasados vikingos podrían concebir. —Runa suspiró y puso los ojos en blanco.

Lund plantó un beso en los labios de su esposa, con los ojos brillantes de buen humor. Metió la mano entre las mujeres y arrebató a la niña de los brazos de Katja. Acunándola con cuidado en el pliegue del codo, él y Elke se miraron fijamente. Elke agitó un pequeño puño y chasqueó la lengua.

—Eres una belleza, muchacha. No habrá ninguna como tú.

—La malcrías, Lund. —Runa sacudió la cabeza, pero su voz no contenía ninguna censura. Cogió hábilmente a la niña en brazos y la meció suavemente de un lado a otro.

—Qué muchacha tan lista al salir a vuestra madre.

Elke balbuceó.

—Tengo un regalo para ella —dijo Donnan.

Todos miraron al muchacho. Sus mejillas enrojecieron, pero metió la mano en una gran cartera que colgaba de su hombro. Un chirrido se escuchó.

—Dejadlo salir, muchacho —ordenó Lund—. No os llevará todo el día.

Freki aguzó las orejas y se levantó cautelosamente de la cama. Caminó hacia el muchacho cojeando suavemente, con la cabeza inclinada hacia un lado.

—Sólo tiene visión parcial en ese ojo. Pero su cojera ha mejorado mucho. —Katja sonrió—. La semana pasada salió al campo conmigo y cazó un conejo.

Freki olfateó la bolsa mientras Donnan metía las manos en ella y sacaba un cachorro regordete, con el pelaje un poco más oscuro que el de Freki.

—El tío Lund me dijo que podía elegir uno para la niña. Acaba de destetarse y le he puesto Geri, por la otra loba de Odín. Será como Freki, excepto que es una muchacha.

—Hizo un buen trabajo cuidando del cachorro durante el viaje. —Lund hizo un gesto de aprobación.

El muchacho agachó la cabeza, pero su sonrisa delataba su satisfacción por las palabras de Lund.

—Estoy más que satisfecha, Donnan. Qué buen regalo, y uno que crecerá con Elke. Gracias. —Katja sonrió.

—Tiene hambre—. La niña lloriqueó y Katja la cogió de los brazos de Runa.

—Los hombres estarán encantados de retirarse a la sala para tomar un refrigerio. —Runa los empujó hacia la puerta.

—Me gustaría que cuidarais del cachorro mientras estéis aquí. ¿Y tal vez jugar un poco con Freki también? —Katja puso una mano en el hombro de Donnan.

—Sí, puedo hacerlo. El tío Lund me deja cuidar de los perros en casa. —Donnan asintió.

—Gracias de nuevo, Donnan. Eres un muchacho considerado.

Donnan se volvió para seguir a los demás fuera de la habitación, con el cachorro bajo un brazo y la otra mano enterrada en el collar de Freki.

—Ah, y, ¿Donnan?

El muchacho se detuvo en la puerta y miró por encima del hombro.

—Sois un tío.

FIN

PALABRAS GAÉLICAS Y ESCOCESAS DE INTERÉS

Fairetur: torre vigía
Loch Beaggorm: pequeño lago azul
Moonbroch: halo nebuloso alrededor de la luna que anuncia la llegada del mal tiempo
Mumblecrust: mendigo sin dientes
Ruadhcreag: roca roja
Siursach: prostituta

ANTIGUAS PALABRAS NÓRDICAS

Afi: abuelo
Borg: *broch*, estructura de la Edad de Hierro propia de Escocia
Deg, Gud, til ære: A Dios el honor (bendición)
Ek ann þér: Te quiero
Elkesdottir: hija de Elke
Ganga at: atacar
Haar: niebla marina
Halda: aguantar

Henta: traer
Korrnorr: tranquilo
Kvala: tranquilo
Lofta: levantarse
Niese: sobrina
Reginulfsdottir: hija de Reginulf

NOTA DE LAS AUTORAS

La novia vikinga del Highlander transcurre en una época en la que la influencia vikinga aún era fuerte en las islas Orcadas y Shetland, que no formaban parte del sistema de clanes de las Tierras Altas y conservaban muchas de sus costumbres vikingas.

Los condes de Caithness son personas reales, aunque nuestra historia transcurre entre Walter, primer conde de Atholl -que perdió el título al ser ejecutado por alta traición en 1437- y sir George Crichton, que obtuvo el título recreado en 1452. La fuerte influencia de los Sinclair en las regiones septentrionales de Escocia nos dio el impulso para el conflicto de nuestra heroína con un lord escocés empobrecido que, en circunstancias normales, nunca habría sido considerado un partido matrimonial para ella.

SOBRE LAS AUTORAS

Cathy MacRae vive en el lado soleado de las montañas Arbuckle, donde ella y su marido leen, escriben y cuidan el jardín, con la ayuda de los perros, por supuesto. Puedes visitarla en *Facebook*, o leer sus *blogs* y conocer sus libros en www.cathymacraeauthor.com. Escríbele un mensaje, ¡le encanta recibir noticias de sus lectores! Para estar al día de las novedades y otras cosas divertidas, suscríbete a su boletín. Hay un sencillo formulario en su sitio web. (Allí también encontrarás las noticias de DD).

Por su parte, DD MacRae disfruta dando vida a la historia. Investigar es una de las mejores cosas a la hora de escribir una historia. Y con más de 35 años de entrenamiento en artes marciales, DD también aporta una acción impresionante a los relatos.

Puedes ponerte en contacto con DD a través de www.cathymacraeauthor.com. ¡Siempre es emocionante saber de los lectores!

AGRADECIMIENTOS

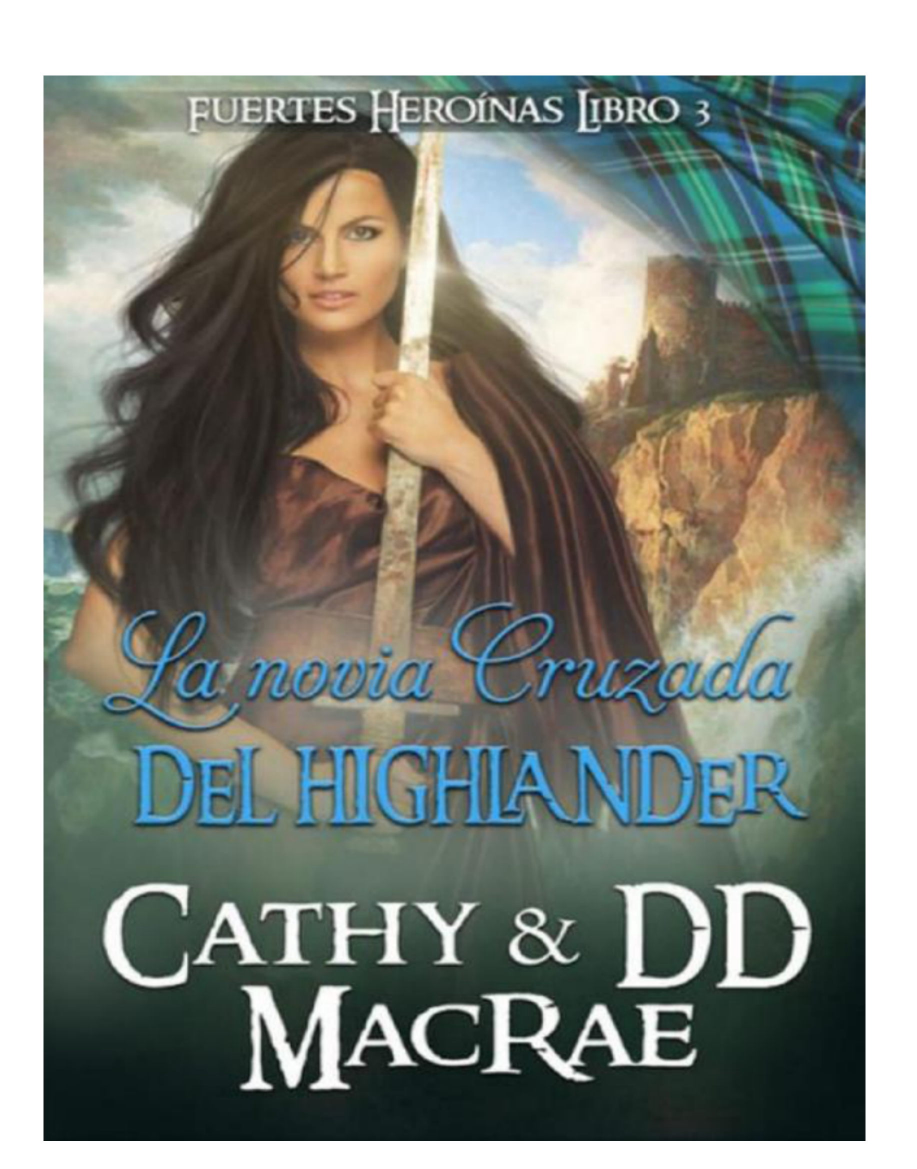
Nos gustaría dar las gracias a nuestras fabulosas compañeras de crítica, Dawn Marie Hamilton y Cate Parke, por su incansable trabajo en *La novia vikinga del Highlander*. Ellas vieron la historia en sus inicios y ayudaron a convertirla en el libro completo que es hoy.

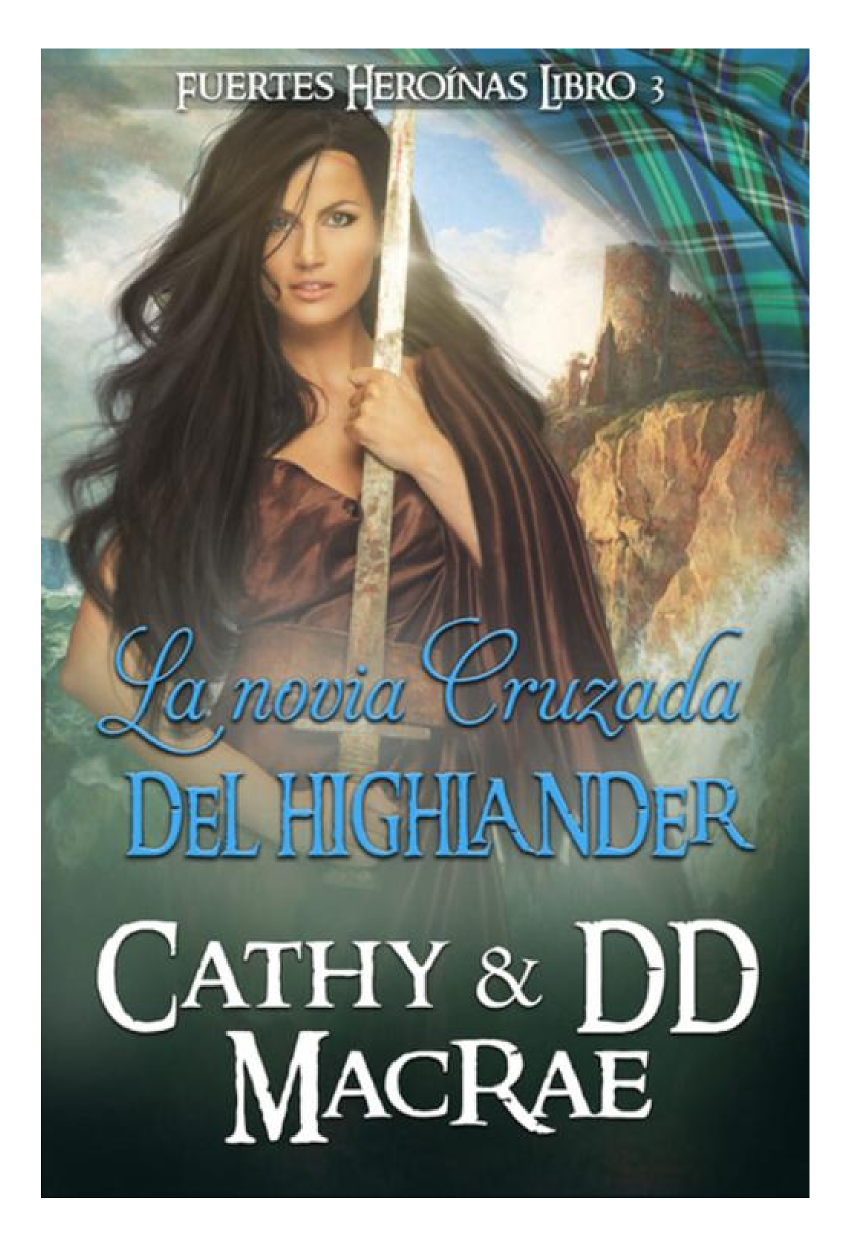
Un agradecimiento especial a nuestra editora, Liette Bougie, a quien le encanta buscar palabras y frases consagradas que hacen que escribir novelas históricas sea tan divertido.

Y un aplauso a nuestros lectores beta, que siempre ven el libro como lo que es, pero sobre todo, como lo que puede llegar a ser. Gracias, Raine, Donna, Cathy, April, Sharon, Valerie, Barb y Ann.

Muchísimas gracias a Dar Albert, responsable de la nueva portada.

Cathy y DD MacRae


FUERTES HEROÍNAS LIBRO 3
La novia Cruzada
DEL HIGHLANDER
CATHY & DD
MACRAE



LA NOVIA CRUZADA DEL HIGHLANDER

Fuertes Heroínas

Libro 3

Por Cathy & DD MacRae

Traducción al español: Santiago Machain

Contenido

CAPÍTULO 36

EPÍLOGO

Nota de las autoras

Palabras armenias y árabes de interés **Albarun**: barón

Ari: valiente

Barev: hola

Destry: hija

Ditel: vigilar

Haryry: padre

Hijab: pañuelo

Im dustry: hija

Morak'uyr: tía

Orhnut 'yunner: bendición

Sher, asad: león

Singha: león valiente

Thawb: túnica suelta y holgada

Asasiyun: discípulo de la orden Hashashin

Hashashin: orden creada a finales del siglo XI como respuesta a un golpe político en el Imperio Selyúcida. Practicaban una guerra asimétrica que anulaba la mayoría de las ventajas de sus enemigos y estaban especializados en operaciones encubiertas.

Jan: palabra en persa, única que expresa amor y ternura hacia la

persona a la que se dirige. Se utiliza como sufijo sólo cuando se refiere a familiares o amigos íntimos.

CAPÍTULO 1

Tierra Santa

Condado de Trípoli

Castillo de Mseilha

Finales del otoño de 1221 d.C.

El penetrante olor a brea quemada y el chirrido del acero contra el acero dominaban la tarde. Agazapada detrás de un merlón, Arbela MacLean apuntó a la torre de asedio que se acercaba al castillo y lanzó otra flecha encendida hacia el blanco de madera. La combustión por el fuego puso en peligro la mal construida almena. Los hombres que la empujaban se apiñaron tras los escudos para evitar las flechas, estancando su avance.

El grupo que manejaba un ariete en las puertas no corrió mejor suerte.

Los gritos atravesaron el sonido de la batalla cuando un caldero de arena caliente se inclinó, vertiendo su hirviente contenido a través de un conducto construido en la barbacana, bañando a los hombres que se encontraban debajo. Aunque los escudos enemigos desviaban gran parte de la arena, Arbela sabía que no hacían falta muchos granos para que se colara en la ropa y abrasara la piel como si le prendieran fuego.

—¡Recordad Jerusalén!

Los hombres de su padre repetían el grito de guerra desde lo alto de la muralla. Desde que Saladino había retomado Jerusalén y masacrado a todos sus habitantes, se había convertido en la llamada a las armas de todos los latinos del Levante.

—¡Arbela! —Su hermano Alejandro llamó su atención desde las puertas. Él y Felipe de Poitiers luchaban contra varios guerreros turcos que habían escalado el muro cortina, con una escalera apoyada en lo alto. Por su parte, Arbela sacó cuatro flechas y las colocó en su mano derecha para dispararlas rápidamente. Sacando el arco, golpeó al enemigo que estaba en lo alto de la escalera por debajo del brazo cuando se acercaba al muro, haciéndole caer hacia atrás e interrumpiendo el ascenso de su seguidor.

A continuación, disparó tres flechas en rápida sucesión, alcanzando al mismo número de guerreros, con movimientos fluidos y mortíferos.

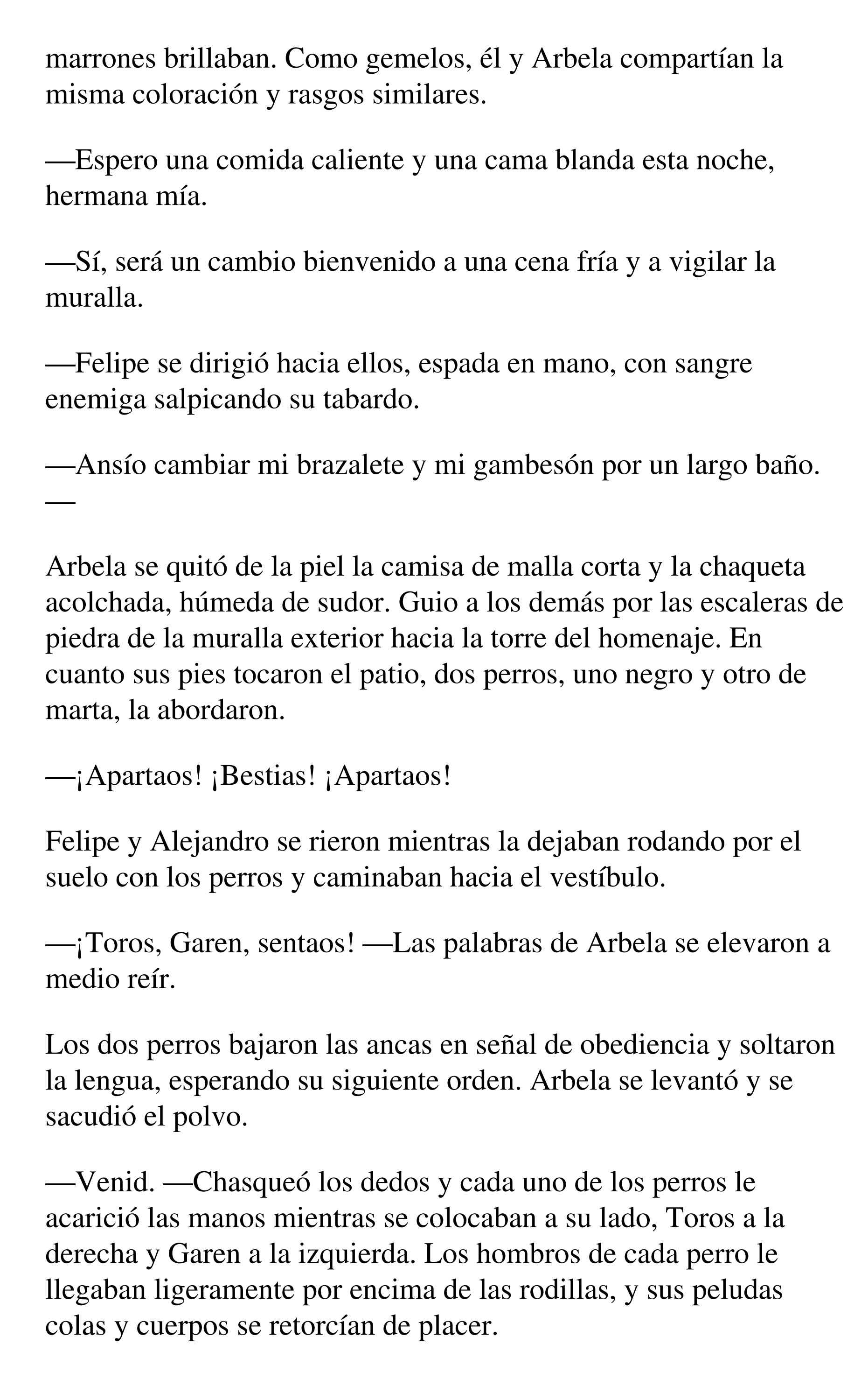
Alejandro y Felipe acabaron con el resto de invasores que habían alcanzado la cima del muro. Alejandro le dedicó un breve saludo de agradecimiento y luego utilizó su martillo de guerra para destrozar los peldaños superiores de la escalera. Él, Felipe y otros dos hombres empujaron la escalera a lo largo del muro hasta que cayó y sus ocupantes se precipitaron al suelo rocoso que había debajo.

Mientras Arbela preparaba otra flecha y buscaba un blanco, los turcos abandonaron su torre, consumiéndola el fuego en su huida. Arbela dirigió su arco hacia las puertas y abatió a los pocos combatientes que quedaban.

Su tenacidad era digna de elogio, pero no así su táctica.

A lo lejos, los restos del ejército invasor se retiraban por las colinas, probablemente en dirección a donde habían venido. Después de cuatro días intentando abrir una brecha en las puertas y murallas, parecía que habían abandonado la lucha. Este era el tercer ataque que sufrían este año, cada vez más desesperado que el anterior. Los turcos parecían confiar más en sí mismos y ser más numerosos a medida que pasaban los meses.

Alejandro se quitó el yelmo y la cofia, y una sonrisa de triunfo se dibujó en su rostro. Su cabello negro y sus profundos ojos


marrones brillaban. Como gemelos, él y Arbela compartían la misma coloración y rasgos similares.

—Espero una comida caliente y una cama blanda esta noche, hermana mía.

—Sí, será un cambio bienvenido a una cena fría y a vigilar la muralla.

—Felipe se dirigió hacia ellos, espada en mano, con sangre enemiga salpicando su tabardo.

—Ansío cambiar mi brazalete y mi gambesón por un largo baño. —

Arbela se quitó de la piel la camisa de malla corta y la chaqueta acolchada, húmeda de sudor. Guio a los demás por las escaleras de piedra de la muralla exterior hacia la torre del homenaje. En cuanto sus pies tocaron el patio, dos perros, uno negro y otro de marta, la abordaron.

—¡Apartaos! ¡Bestias! ¡Apartaos!

Felipe y Alejandro se rieron mientras la dejaban rodando por el suelo con los perros y caminaban hacia el vestíbulo.

—¡Toros, Garen, sentaos! —Las palabras de Arbela se elevaron a medio reír.

Los dos perros bajaron las ancas en señal de obediencia y soltaron la lengua, esperando su siguiente orden. Arbela se levantó y se sacudió el polvo.

—Venid. —Chasqueó los dedos y cada uno de los perros le acarició las manos mientras se colocaban a su lado, Toros a la derecha y Garen a la izquierda. Los hombros de cada perro le llegaban ligeramente por encima de las rodillas, y sus peludas colas y cuerpos se retorcían de placer.

Flanqueada, Arbela se dirigió a la capilla, donde rezaría por los muertos y pediría perdón por quitarles la vida. Rezaba para no volverse tan insensible que matar -incluso en defensa propia- se convirtiera en algo habitual. Tras limpiar mente y alma, se levantó para hacer lo mismo con su cuerpo.

* * *

—Estáis encantadora, mi señora, teniendo en cuenta que habéis pasado los últimos días luchando contra los malditos turcos. He rezado a diario por vuestra seguridad, y el Todopoderoso os ha hecho pasar el asedio sin un solo rasguño. —La mujer mayor se cruzó de brazos, terminó de trenzar el cabello de Arbela y le colocó el *hiyab*.

Arbela, vestida con un vaporoso *thawb* -la prenda de una sola pieza que suelen llevar tanto hombres como mujeres- y unos holgados *salwar*, se sentó pacientemente en un taburete acolchado. Sus ropas, que no eran de lino ni de algodón, eran de seda bordada, lo que la identificaba con la nobleza.

—Gracias, tía Zora. Sois un tesoro. —Arbela dirigió una mirada de gratitud a la hermana mayor de su madre.

Tras la muerte de la madre de Arbela y Alejandro, Zora se había ofrecido a vivir con ellos y a proporcionar orientación femenina a Arbela.

La idea le arrancó una sonrisa. Había pasado la mayor parte de su infancia persiguiendo a su hermano y los dos habían hecho muchas travesuras. La tía Zora tenía la paciencia de una santa, aunque, a su edad, era más abuela que tía.

Una vez terminadas las abluciones de Arbela, las dos mujeres bajaron las escaleras, el ruido del vestíbulo aumentando con cada paso. La cena en el gran salón estaba llena de alegría, ya que los habitantes del castillo se

habían reunido para celebrar su victoria. Donal MacLean, barón de Batroun, había ordenado que se sirviera a todos un par de ovejas cocinadas en un espetón y un barril de su mejor vino, ya que cada uno había desempeñado un papel importante en el rechazo de los turcos. Su padre ocupaba la silla central de la mesa alta, con Alejandro sentado a un lado y Farlan, su capitán, al otro. Felipe, el tercer hijo de Bohemundo IV, príncipe de Antioquía, conde de Trípoli y señor de su padre, estaba sentado junto a su hermano. Se había criado con ellos durante años, creciendo junto a Alejandro, siendo ambos inseparables. Arbela lo consideraba un segundo hermano, aunque no tan cercano como su gemelo. Era un buen hombre y un mejor caballero.

Arbela se sentó junto a Farlan mientras su señor se levantaba y alzaba la copa. La sala se quedó en silencio.

—¡Por la victoria!

—¡Por la victoria! —rugió el pueblo.

—¡Un MacLean! —Gordon, uno de los caballeros de su padre, levantó su copa.

La aclamación fue coreada tres veces por todos los presentes.

Su padre vació su copa, luego se sentó y se volvió hacia su capitán mientras la multitud volvía a sus festejos, con la inquietud grabada en el rostro.

—Los ataques son cada vez más audaces.

—Protegemos el paso de San Guillaume. Su valor es bien conocido tanto por los peregrinos como por los mercaderes. —Farlan, que había acompañado a Donal desde Escocia años atrás y tenía tanta experiencia como cualquiera en tácticas sarracenas, asintió pensativo.

—Oh, está bastante claro por qué atraemos la atención de los

turcos.

La pregunta es, ¿quién está detrás de estos asaltos, y por qué siguen sucediéndose? —Donal hizo un gesto con la mano.

—Probablemente un noble desea labrarse una reputación como poderoso califa. Atacando posesiones en la región, puede encontrar un punto débil y atraer más adeptos con su éxito, por pequeño que sea. La atención papal sigue puesta en Egipto y en librar a la Península Ibérica de los moros. Esto es ampliamente conocido, por lo que no se espera otra cruzada en este suelo el año que viene. —Farlan se encogió de hombros.

—Sí, pero con cada ataque crece la fama del castillo como impenetrable. —Donal se rascó los bigotes, de un rojo oscuro ahora salpicado de gris.

—Os ruego me perdonéis, señor, pero ninguna fortaleza es impenetrable.

—Estoy de acuerdo. Sin embargo, los romanos sabían lo que hacían cuando pusieron los cimientos de esta fortaleza. Acantilados escarpados por todos lados con un pequeño acceso desde el este da la ventaja de detectar a un enemigo con mucha antelación, con una sola opción de entrada. Tal vez sea una pequeña baronía, pero tenemos la fortaleza más segura del Levante.

Sólo el tamaño limita la cantidad de comida que podemos almacenar durante un largo asedio. —El barón sonrió ampliamente.

—¿Quién se cree el próximo Saladino? —Arbela se inclinó alrededor de su hermano.

Los hombres mayores prestaron atención a su pregunta, y el ceño de su padre se frunció.

—Tal vez la mejor pregunta, hija, sea quién de los líderes turcos *no* desea emular a Saladino expulsando a todos los latinos de Tierra Santa.

—Sí, pero los tres ataques han sido emprendidos por el mismo líder.

—Firme en la confianza de su padre en su lógica, Arbela le miró.

—¿Qué os hace decir eso, muchacha? —La expresión adusta de su señor dio paso a una sonrisa de complicidad.

—Cada ataque ha aprendido del anterior. Los hombres a los que nos enfrentamos en los últimos días no cometieron los mismos errores que los otros, ni utilizaron las mismas tácticas. La pregunta importante es, ¿cómo mantendrá este líder su capacidad de atraer seguidores a su causa si sigue siendo derrotado? Creo que este aspirante a caudillo elegirá la fruta más madura para su próximo ataque. Tal vez una explotación más al interior. —

Arbela asintió a su desafío.

—Ahora veis por qué necesito encontrarle un marido. Cuando el príncipe Bohemundo se dé cuenta de su valía, me sustituirá por mi hija. —

Donal palmeó el hombro de Farlan.

—¿Matrimonio otra vez? No deseo casarme, padre. —Arbela dejó caer la cabeza sobre las manos y gimió en voz alta.

—El destino de una mujer es casarse y engendrar hijos, Bela. —

Alejandro se sentó erguido, cruzado de brazos, con una expresión de

suficiencia que delataba que ya habían tenido esta discusión antes.

Arbela entrecerró los ojos y amenazó con tomar represalias. Felipe

permaneció callado, sin tomar partido, aunque sus labios se torcieron en una sonrisa parcial.

—¿Y quién os habría guardado las espaldas hoy, querido hermano? El príncipe y el Clan MacLean estarían de luto esta víspera si yo no hubiera estado lista con un arco para igualar el combate. —Arbela ladeó la cabeza, enarcando una ceja en señal de desafío.

Un caballero al servicio de su padre se acercó al lado de este, con una misiva en la mano, interrumpiendo cualquier otra conversación sobre el matrimonio y el deber de las mujeres. El barón rompió el sello de cera y abrió el pergamino.

—¿El sello de mi señor? —Felipe enarcó las cejas.

Donal asintió con el ceño fruncido.

—¿Qué dice el príncipe, padre? —Alejandro se acercó para ver el mensaje.

—Dice que debemos partir hacia Antioquía mañana. Felipe se va a casar y el príncipe busca mi consejo sobre un asunto de cierta importancia, aunque no lo explica. —Donal levantó la cabeza y llamó a otro de sus hombres—. ¡Amhal!

—¿Sí, *Albarun*? —El castellano de piel oscura hizo una breve reverencia.

— *Sir* Felipe, mi familia y veinte caballeros deben partir hacia Antioquía al amanecer. Ocupaos de los preparativos de inmediato.

—Como deseéis, *Albarun*. —Con un giro, Amhal gritó órdenes en rápido árabe, poniendo en movimiento a todos los sirvientes a su alcance.

Aunque árabe, Amhal era copto y no musulmán. Había demostrado su valía mil veces, facilitando a su padre la

contratación de gente para trabajar la tierra y establecer conexiones locales para el comercio. Ahora rechazaban a la gente que buscaba trabajo debido a la reputación de su padre, ya que pocos nobles latinos trataban igual a sus sirvientes.

El pronunciamiento de Donal acalló la celebración al difundirse la noticia de las nupcias de Felipe, y comenzaron las especulaciones sobre la convocatoria del príncipe.

—¿Padre, me disculpáis? —Arbela se levantó de la mesa.

Su señor se levantó e hizo un gesto para que todos continuaran, luego le indicó a Arbela que lo siguiera. Entonces, acompañó a Arbela a su solar, en el segundo piso, le indicó una silla y les sirvió vino a los dos mientras ella se sentaba con los brazos cruzados, preparándose para el sermón que sin duda le esperaba.

—Arbela, sabéis que sois tan valiosa para mí como mi próximo aliento. Después de que vuestra madre fuera atravesada por una espada turca, juré que nunca permitiría que estuvierais indefensa. Os he animado a entrenar junto a vuestro hermano. Recibís el entrenamiento con mucha naturalidad. Tenéis una mente aguda para la lógica y la táctica. Sin embargo, es hora de que consideréis vuestro futuro, y no como uno de los hombres de armas de vuestro padre. Vuestro hermano y Felipe se han ganado sus espuelas este año y pronto seguirán sus propios caminos. Es hora de que busquéis marido.

—Sí, Felipe y Alejandro se ganaron sus espuelas, y si yo fuera un hijo en vez de una hija, también me las habría ganado. Soy mejor con el arco y la daga que cualquiera de ellos y tengo habilidades que desconocen. —

Arbela retorció el anillo de su pulgar de arquera y calmó su respiración mientras intentaba apartar la emoción y ordenar sus pensamientos.

—Pero no sois un hombre, sois una mujer, por mucho que deseéis

lo contrario. No me recordéis el entrenamiento *Hashashin* que recibisteis de la familia de vuestra madre. Si hubiera sabido que vuestro tío practicaba las artes de la lucha negra, no os habría permitido pasar tanto tiempo con él. —

Donal se removió incómodo en su silla y se pasó los dedos por su espeso cabello castaño plateado.

—¿Qué necesidad tengo de un marido, padre? ¿Qué puedo ofrecer a un hombre? ¿Creéis que un marido me permitirá lanzar flechas? ¿Dirigir la caza? ¿Afilar su espada o remendar su armadura? No sé bordar ni tejer. —

Arbela intentó distraer a su padre de su discurso contra el entrenamiento que le había parecido fascinante. Además, sabía que se le acababa el tiempo antes de que su señor perdiera los estribos y pusiera fin a la conversación.

—Habéis seguido a Amhal desde que erais una niña. Os ha enseñado todo lo que necesitáis saber para dirigir vuestro propio hogar. Amáis a los hijos de Farlan y Elspeth como si fueran vuestros. —Desestimó sus argumentos con un gesto de la mano.

Arbela sacudió la cabeza y abrió la boca para replicar, pero su padre la detuvo con un índice levantado.

—Puede que fuera el pobre hijo menor de un lord escocés cuando tomé la cruz y seguí al rey Ricardo, pero ahora soy barón de una pequeña pero importante hacienda, sirvo a un poderoso señor y he amasado una fortuna doble en el comercio. Tenéis sangre real por parte de vuestra madre, y una dote muy cuantiosa que os asegura ser considerado hijo de todo noble en el Levante.

—Mi dote asegurará que los hombres sólo vean lo que pueden ganar e ignoren a la mujer. —La determinación en los ojos de su padre marcó su derrota. Tendría que considerar otra estrategia. No pudo ocultar la melancolía en su voz.

—Os acercáis a los veinte veranos, hija. Ya es hora de que os caséis.

Os encontraré un marido que no intentará quebrantar vuestro espíritu, sino que me obedeceréis. Pediré consejo al príncipe y os casaré antes de que acabe el año.

Arbela se levantó, hizo una reverencia y dejó en silencio a su padre en su solar. Caminó por el pasillo hasta su habitación, con Toros y Garen a su paso, con el corazón latiéndole dolorosamente. El matrimonio significaría que tendría que renunciar a la vida que amaba y someterse a un hombre al que ella no le importaba en absoluto, sólo el color de la moneda de su padre. Pensó brevemente en huir con su madre, pero sabía que ellos le darían menos opciones que su padre. La miseria amenazaba con envolverla como manto de luto. El viaje a Antioquía, que había esperado con impaciencia sólo una hora antes, se presentaba ahora como un viaje a la horca.

CAPÍTULO 2

Loch Linnhe

Tierras Altas Occidentales de Escocia

Caelen MacKern echó un vistazo por la sala al solemne remanente de su pueblo. Poco más de la mitad de su clan quedaba con vida. Lo peor del brote había pasado, pero el clan MacKern había sido devastado por una fiebre que su curandero llamaba *mezils*. Se habían pasado el día quemando cadáveres mientras el invierno hacía que la tierra rocosa fuera demasiado dura para cavar tumbas adecuadas para todos. Como terrateniente, no podía arriesgarse a que más de los suyos enfermaran a causa de esta plaga por permitir que los cadáveres permanecieran enterrados, así que se despidieron de sus parientes a la vieja usanza vikinga.

Caelen agradeció con la cabeza a la sirvienta, cuya frente sudorosa y rostro enrojecido sugerían que apenas había salido del lecho de

enferma. El olor a potaje que desprendía el cuenco que le tendió fue un cambio agradable respecto al hedor a enfermedad y muerte que persistía en el castillo. Caelen reflexionó sobre los rostros que ya no estaban, muchos de los cuales conocía desde la infancia. Aunque la peste había afectado a todos, golpeó con más fuerza a los mayores y a los más jóvenes. Bebió un largo trago de cerveza para disipar la amargura de la pérdida antes de devorar su humilde comida.

—Rory. Es bueno teneros en casa. ¿Qué noticias traéis de los MacLean? —La puerta del torreón se abrió y se cerró con un chasquido.

Las espuelas tintinearon en las losas. Caelen levantó la vista e hizo un gesto con la cabeza a la sirvienta para que le trajera a su capitán un cuenco y una taza.

—Gracias, muchacha. —Rory le dedicó una sonrisa de agradecimiento por la comida y la bebida.

—El MacLean está muerto. —Se dejó caer en su asiento.

—¿Muerto? ¿Cómo? —Caelen frunció el ceño.

—La misma maldita aflicción que asoló a nuestro pueblo. —Rory dio un bocado y luego señaló la sala casi vacía con la cuchara.

—Maldita sea. No necesitamos que nuestro acuerdo con MacLean se haga a un lado mientras buscan un nuevo lord. ¿Se sabe quién será?

—Hablé con sus mayores. Dos del consejo murieron a causa de la enfermedad y otro se recupera lentamente. Enviaron un mensaje al príncipe de Antioquía preguntando por Donal MacLean. —Rory asintió.

—Un hijo menor que tomó la cruz, ¿sí? —Caelen asimiló esta noticia, tratando de recordar al hombre detrás del nombre.

—Dicen que se unió a Antioquía después de que el rey Ricardo regresara a Inglaterra y que le ha servido desde entonces. No tienen idea si vive, y si vive, si está dispuesto a regresar y liderar su clan. Los ancianos dicen que es el siguiente en la línea y el último de la sangre de su padre. Si no es él, las cosas se pondrán un poco turbias, y tal vez sangrientas. —Rory asintió.

Caelen frunció el ceño al pensar en Donal MacLean. Caelen no era más que un destello en los ojos de su padre cuando Donal partió a la Cruzada. No tenía ningún recuerdo personal de él.

—Después de más de treinta años viviendo entre francos y sarracenos,

¿el hombre sigue siendo escocés?

—Buena pregunta, Caelen. Buena pregunta. No creo que los MacLean sepan la respuesta. Sin embargo, no tienen una buena alternativa a mano.

Los dos primeros hijos del viejo lord no hicieron más que criar una hija cada uno. Ambas muchachas se casaron fuera del clan. Con tantos enfermos o moribundos, creo que los MacLean se contentan con cuidar de los suyos y esperar noticias de Outremer. Si no Donal, muchos primos con igual derecho al título pelearán como perros por las sobras de la mesa. El Clan MacLean distraído por luchas internas nos deja vulnerables.

—¿Qué respuesta dieron sobre ayudarnos contra los MacGillonay? —

Caelen se preparó para la respuesta.

—Dijeron que, si el viejo Keith MacGillonay llama a nuestras puertas con una hueste de hombres, con gusto mantendrán su parte del acuerdo. —

Los labios de Rory se apretaron ante la pregunta.

—¡Maldita sea! ¿Les has dicho que ha crecido más allá de robar unas cuantas reses y ovejas? —Caelen se levantó y se paseó, abriendo y cerrando los puños en una mezcla de ira y desesperación.

—Sí. Lo hice. Dicen que, si MacGillonay declara la guerra abierta al Toro de las Tierras Altas, nos cubrirán las espaldas, pero no se alborotarán

por el ganado robado y una granja quemada.

—Esa granja tenía una familia cuando la incendiaron. —El cuello y la cara de Caelen se calentaron y apretó la mandíbula, ignorando el apodo que le habían puesto por su carácter testarudo.

—Oh, ¿creéis que les he contado esto? No les va a convencer. ¿Qué haremos ahora?

—Trasladaremos a nuestra gente de las afueras del norte al torreón para pasar el invierno y nos aseguraremos de vigilar nuestras fronteras. Que las rondas sean aleatorias para que no sea fácil predecirnos. —Caelen detuvo su paso y miró al techo de vigas de arriba.

—Nuestras guardias tendrán que ser sólo de dos o tres hombres. No tenemos hombres para enviar más y aun así mantener suficientes aquí para repeler un ataque. —Rory se encogió de hombros.

—Tendrá que ser así. Aseguraos de emparejar a los más jóvenes con guerreros experimentados. —Calen apoyó las manos en las caderas.

—Tener a nuestra gente cerca es lo que propaga esta maldita enfermedad, dice la vieja Maggie. —Rory frunció el ceño.

—La enfermedad ha seguido su curso. Ninguno ha vuelto a enfermar en los últimos días. Es mejor arriesgarse aquí que solo

con un grupo de asaltantes MacGillonay. Hay cosechas que atender en invierno, y su ganado puede reunirse con el resto en el torreón. —Caelen se desplomó en su silla, luchando contra la desesperación.

—¿No os parecerá mal que deje a mi hermana pequeña, Brinna, con su tío abuelo en lugar de traerla al castillo? —Rory negó con la cabeza.

—Ella tiene, ¿qué, seis veranos?

—Casi ocho. Después de la muerte de nuestros padres, Coll fue la mejor opción para ella. Le encantan las montañas y las ovejas. Creo que allí está a salvo.

—Es vuestra decisión. —Caelen gruñó, sus pensamientos se alejaban de una pequeña muchacha y se centraban en las grandes preocupaciones del clan.

—He oído que el pequeño Bram se siente mejor, ¿no? —Rory sorbió otra cucharada de gachas.

—Sí. El pequeño travieso volverá a sembrar el terror en el torreón en uno o dos días. No le costó decirle a su nodriza que no quería caldo para cenar y que no se quedaría en casa. —Caelen sonrió al mencionar a su hijo.

Rory bebió profundamente de la aguada cerveza, evitando la mirada de Caelen. Este último inclinó la cabeza.

—Escúpelo. Sé que tenéis algo entre manos.

Rory puso mala cara, advirtiendo a Caelen que dijera lo que dijera su amigo, no le iba a gustar.

—No quiero ofenderos, mi señor.

—¿Me llamáis señor? Rory, vos y yo somos hermanos adoptivos.

Lo que sea que tengáis en mente, decidlo. —Caelen frunció las cejas y negó con la cabeza.

—¿Habéis considerado el matrimonio como una forma de fortalecer nuestro clan y tal vez ganar nuevos aliados? —Rory respiró hondo.

Caelen se cruzó de brazos y se puso rígido en su silla. Debería haberse esperado tal afirmación. Rory sabía lo que pensaba del matrimonio y por qué. Después de la muerte de la madre de Bram, juró que no volvería a casarse. Era peor que una pena de prisión. Al menos en una mazmorra se era sincero sobre lo que cabía esperar.

—¡No! No volveré a someterme a ese maldito purgatorio. —La mano de Caelen golpeó la mesa, sobresaltando a todos en la sala.

—Lord, sabéis que no todas las mujeres son como Ruthie.

—No deseo escuchar el nombre de esa mujer otra vez. —Caelen miró a Rory.

—Sí, mi señor. Pero pensad en vuestra propia madre. Era una mujer dulce con un buen corazón y mucho coraje.

—Mi padre fue un bastardo con suerte, aunque pelearon a menudo. Si hago una nueva alianza a través del matrimonio, no podré opinar sobre el carácter de la mujer, sino que tendré que aceptar lo que me ofrezcan. ¿Por qué un clan regalaría una buena mujer cuando puede librarse de una víbora?

Esas mujeres prometen una cosa en la capilla y luego ofrecen otra totalmente distinta una vez que se han hecho los votos y no se pueden romper.

—Caelen, sois mi señor y mi amigo. Haré lo que me ordenéis. Sin embargo, como vuestro amigo, tengo que deciros que la hija de MacGillonay os nubló el pensamiento y os amargó el trato con las

mujeres.

—En eso os equivocáis, hermano. No estoy resentido con las mujeres, sólo con la maldición del matrimonio. —Caelen cogió la jarra y rellenó las tazas de ambos.

—Vuestro acuerdo con la viuda de Euan no es de lo que hablo y lo sabéis.

Caelen vació su taza y se levantó de la mesa. Tenía deberes que atender, y su conversación no había hecho nada por aliviar su sombrío estado de ánimo.

—Sea como fuere, es la única relación con una mujer que estoy dispuesto a tener.

CAPÍTULO 3

Ciudad de Antioquía, Tierra Santa

Arbela observó las altas murallas que rodeaban la hermosa ciudadela, hogar del príncipe de Antioquía, Bohemundo IV, con sus torres ornamentadas, sus arcos y sus fuentes. Como única mujer del grupo de su padre, disponía de una habitación privada, un baño de espera y una sirvienta para atenderla. Zora se había quedado en el castillo de Mseilha, ya que no deseaba hacer el viaje de cinco días hacia el norte, aunque eso significara acercarse a su país ancestral, Armenia. Tras refrescarse del viaje, Arbela partió para reunirse con su familia.

En comparación con el palacio, su casa parecía miserable. El yeso y el ladrillo sustituían a la piedra desgastada, y los mosaicos añadían color y diseño brillantes. Vio a Felipe en uno de los muchos balcones con vistas a la ciudad. Con la espalda rígida y las manos aferradas a la barandilla tallada, miraba fijamente a lo lejos.

—¡Felipe! ¿Qué ha pasado? —Respiró, alarmada.

—Parece que no sois la única persona que debe casarse donde no desea. —Se volvió ante su pregunta, con el rostro endurecido por la fuerte emoción. Giró y reanudó la contemplación de la vista que ofrecía el mirador de la ciudadela. Arbela le tocó el brazo en señal de simpatía.

—¿Qué queréis decir, Felipe?

—Parece que Armenia desea restablecer relaciones con mi señor tras sitiar Antioquía mientras mi padre estaba fuera reprimiendo una rebelión en Trípoli. —Su mirada se posó en la mano de ella, y sus rasgos se suavizaron.

—¿La batalla en la que vuestro padre perdió el ojo?

—Ya era bastante malo volver gravemente herido, pero saber que el rey de Armenia se había aprovechado de su ausencia y le había atacado cuando estaba de espaldas hizo que la ira de mi padre se encendiera. Ahora que los selyúcidas están a su puerta, Armenia desea resarcirse. —Felipe hizo una mueca.

—¿Y qué ofrece?

—Matrimonio con Zabel, reina de Armenia, hija del rey León. Seré coronado rey por matrimonio.

—¡Felipe! Sois el tercer hijo de vuestro padre. ¿Acaso no es una posición más elevada de lo que cabría esperar?

—¿No me habéis oído, Arbela? Voy a ser rey de los cobardes armenios. La hija del hombre que intentó apuñalar a mi señor por la espalda será mi esposa. —Sus ojos ardían de ira.

—Sabéis tan bien como cualquiera que una hija no tiene nada que decir en las decisiones de su padre. Soy mitad armenia y no soy cobarde.

¿No lo veis? Esta podría ser una oportunidad para crear una mayor

unidad en el norte. —Se erizó.

—No, Bela, no tenéis ni un hueso de cobardía. De hecho, tenéis más valor que nadie que yo conozca. ¿Qué otra mujer soportaría el abuso que Alejandro y yo recibimos de niños y seguiría desafiándonos? Ah, pero aún no os he contado la mejor parte. Además de gobernar a estas personas, debo dar la espalda a las enseñanzas de la Iglesia de Roma y abrazar a la Iglesia Armenia. Está sola fuera de Roma y Constantinopla. ¿Cómo puedo liderar a un pueblo que desprecio y seguir un camino religioso en el que no creo? —

La áspera risa de Felipe hablaba de ironía más que de humor.

—Os conozco, Felipe. Sois el mejor de los hombres. Encontraréis la manera de que esto funcione por la paz y la fuerza que aporta a nuestro pueblo. Los turcos continúan tomando más territorio. Con Antioquía y Armenia unidas, los sarracenos se lo pensarán dos veces antes de invadir.

Sé que este no es el futuro que esperabais, pero es una tarea importante que vuestro padre pone ante vosotros. No lo haría si no os creyera capaces. Sois capaces de grandes cosas, pero debéis dejar atrás este odio y abrazar vuestro nuevo manto. El destino de muchos pronto estará en vuestras manos. —

Arbela abrazó a Felipe, con el corazón roto de dolor por su confesión.

Felipe se inclinó y la besó en los labios. El inesperado movimiento le robó la cordura y el aliento.

—Pero es a vos a quien amo.

Todos los pensamientos se esfumaron ante su confesión y su beso. Sus piernas temblaron y temió desplomarse si las manos de Felipe no hubiesen descansado sobre sus brazos, proporcionándole apoyo.

—El año pasado pedí permiso a vuestro padre para cortejaros, pero me pidió que esperara hasta tener noticias de mi señor. La respuesta del

príncipe fue negativa. Ahora sé por qué. Anticipó una alianza política incluso con su tercer hijo. Esperaba casarme donde quisiera. Ahora sé que lo que soñé nunca sucederá.

El corazón de Arbela retumbaba en su pecho. Los pulgares de Felipe acariciaron ligeramente sus brazos.

—Ahora os casaréis con otro, y yo debo poner mis pies en el camino que dicte el príncipe. —El uso que hizo del título de su señor no tenía nada de afectuoso. Sus manos se alzaron hacia los hombros de Arbela, y se soltó de su abrazo. Su sonrisa resignada encendió un fuego lento de emoción que ella no reconoció.

—Gracias por vuestras amables y sabias palabras de apoyo. Os echaré mucho de menos. Preparaos, Arbela, pues me temo que vuestra vida pronto cambiará tan drásticamente como la mía. —Sus modales se volvieron formales, distantes.

Todavía aturdida por la declaración de Felipe, el pánico se apoderó de su garganta. Seguramente su señor no había acordado su matrimonio sin consultarla antes. Felipe sacudió la cabeza ante su desolada mirada.

—No tengo mucho que contar. Mi señor sólo dice que ha llegado una misiva para vuestro padre. Parece que el barón se enfrenta a una decisión sobre el futuro de vuestra familia.

—Id. Mi señor y el vuestro han solicitado vuestra presencia. Os veré más tarde. —Hizo una mueca de consternación.

Arbela reanudó su camino por los pasillos, en busca de su padre y su hermano. Un hombre al que reconoció como el castellano del príncipe se acercó y se inclinó.

—Mi señora, el príncipe solicita que le acompañéis a sus aposentos privados. Vuestro señor y vuestro hermano ya están presentes y esperan vuestra llegada.

—Por favor, guiadme. —Arbela asintió, ocultando su temerosa expectación con una inclinación de la barbilla.

El castellano volvió a inclinarse y le indicó que la siguiera.

Atravesaron el suntuoso palacio y pasaron junto a varios guardias antes de llegar a unas puertas ornamentadas. Tras abrirlas, la invitó a entrar. Arbela se adentró en una opulenta habitación repleta de obras de arte, hermosos tapices y alfombras que le suplicaban que dejara los zapatos en la puerta y pisara descalza sobre ellas.

—Mi hijo no exagera la belleza de vuestra hija, MacLean.

La atención de Arbela se volvió hacia el hombre alto que llevaba un parche sobre el ojo que le faltaba, aunque el parche no cubría su terrible cicatriz. Se trataba del príncipe de Antioquía, el conde de Trípoli, el hombre al que la gente se refería como el «Cíclope» debido a su desfiguración. Ella le ofreció una profunda reverencia.

—Levantaos. Levantaos y cenad con nosotros. Vuestro señor tiene algunas noticias que desea compartir con vos. —El príncipe inclinó la cabeza.

—Gracias, mi señor. —Arbela se incorporó con elegancia. Tomó asiento en la silla tallada junto a su padre y Alejandro. Aunque sonreía con indulgencia, el gesto de su padre sugería que sus pensamientos estaban a kilómetros de distancia.

—¿Qué sucede, padre? —Se inclinó hacia él. Sus palabras parecieron traerlo de vuelta al presente, con una expresión de profunda contemplación.

—Parece que debo ser el jefe de los MacLean si deseo regresar a Escocia. Mis dos hermanos han fallecido y el título de señor ha

recaído en este viejo. —Se señaló vagamente a sí mismo.

Aunque no sabía qué noticias esperar, esta revelación ciertamente no era algo que hubiera considerado. El condado de Trípoli era su hogar.

—¿Qué sucede con Batroun?

—Si vuestro padre decide aceptar, acordaríamos un senescal para supervisar la explotación y proteger el camino, pero el título sigue siendo de vuestro padre. Hemos hablado de que Alejandro se quede para tomar el control cuando alcance la mayoría de edad. —El príncipe retomó el relato.

—Le he dicho a padre que prefiero acompañarle a Escocia, pero que serviré al príncipe si me lo pide. —Alejandro asintió a su padre y se inclinó ante el príncipe, diciéndole a Arbela que ya habían discutido esto y llegado a un acuerdo.

—Vuestro padre me ha pedido que asuma vuestra tutela. Viviréis aquí, en Antioquía, hasta que se pueda arreglar un matrimonio adecuado. —

Bohemundo sonrió ante esta diplomática respuesta y dirigió su intensa mirada hacia ella.

El corazón de Arbela se desplomó de nuevo ante la mención del matrimonio, y el mismo miedo que se apoderó de ella en el balcón volvió

con fuerza. La idea de separarse de su padre y de su gemelo era insoportable.

—Sois muy generoso, mi lord, pero deseo permanecer con mi señor y mi hermano. —Inclinó la cabeza hacia el príncipe, con la mirada en el suelo. Su mirada se elevó hasta encontrarse con el único ojo del príncipe y lo sostuvo, deseando que cediera a sus deseos.

—Estabais en lo cierto, MacLean. La mayoría de las jóvenes nobles aprovecharían la oportunidad de contar con mi ayuda y elegir entre nuestros mejores nobles jóvenes. Conocéis bien a vuestra hija. —El rostro de Bohemundo se transformó en una sonrisa y le entregó una moneda.

—Entonces, ¿está decidido, mi señor? Volvemos al castillo de Mseilha con cincuenta caballeros para reemplazar a los que viajarán conmigo a Escocia. Instalaré a Giordy como senescal y pediré los deseos de Zora al respecto. —Donal le guiñó un ojo y se guardó la moneda en el cinturón, luego se volvió hacia su señor.

—Eso es aceptable. Si vuestra cuñada desea quedarse, tendrá mi protección. —El príncipe hizo una mueca—. Aunque no tengo por qué decíroslo, me desagrada la idea de no teneros en mi flanco sur cuando los turcos decidan finalmente deshacerse por completo de los latinos.

—Oh, habéis conseguido los mejores años de lucha que puedo ofrecer.

Yo soy más una carga ahora que estoy entrando en la vejez. Como acordamos, reclutaré muchachos para vuestra causa cuando lleguemos a Escocia. Mi barco los llevará de vuelta, junto con los bienes comerciales que podamos reunir. —Donal sonrió.

—¿Barco? ¿Tenéis un barco, padre? —Las cejas de Arbela se alzaron ante esta noticia.

—Sí. Un nuevo diseño de construcción veneciana. Llegaréis a conocerlo bien, ya que pasaremos el resto de este año y parte del nuevo a bordo de él.

Arbela inhaló profundamente, llenando sus pulmones con los ricos aromas del incienso de mirra y jazmín. Un sordo latido le recorrió el cuello y los hombros al liberar todo el miedo y la preocupación que había arrastrado los últimos cinco días. Sin embargo, conocía a su señor y esta noticia sólo le proporcionó un breve respiro. Más

que una herida o la muerte en sí, temía enfrentarse a toda una vida bajo el dominio de un marido. Ella debe encontrar una manera de mantener su libertad.

Si no lo lograba, su padre acabaría saliéndose con la suya.

CAPÍTULO 4

Cuatro meses después

Cerca de Ayr, costa occidental de Escocia

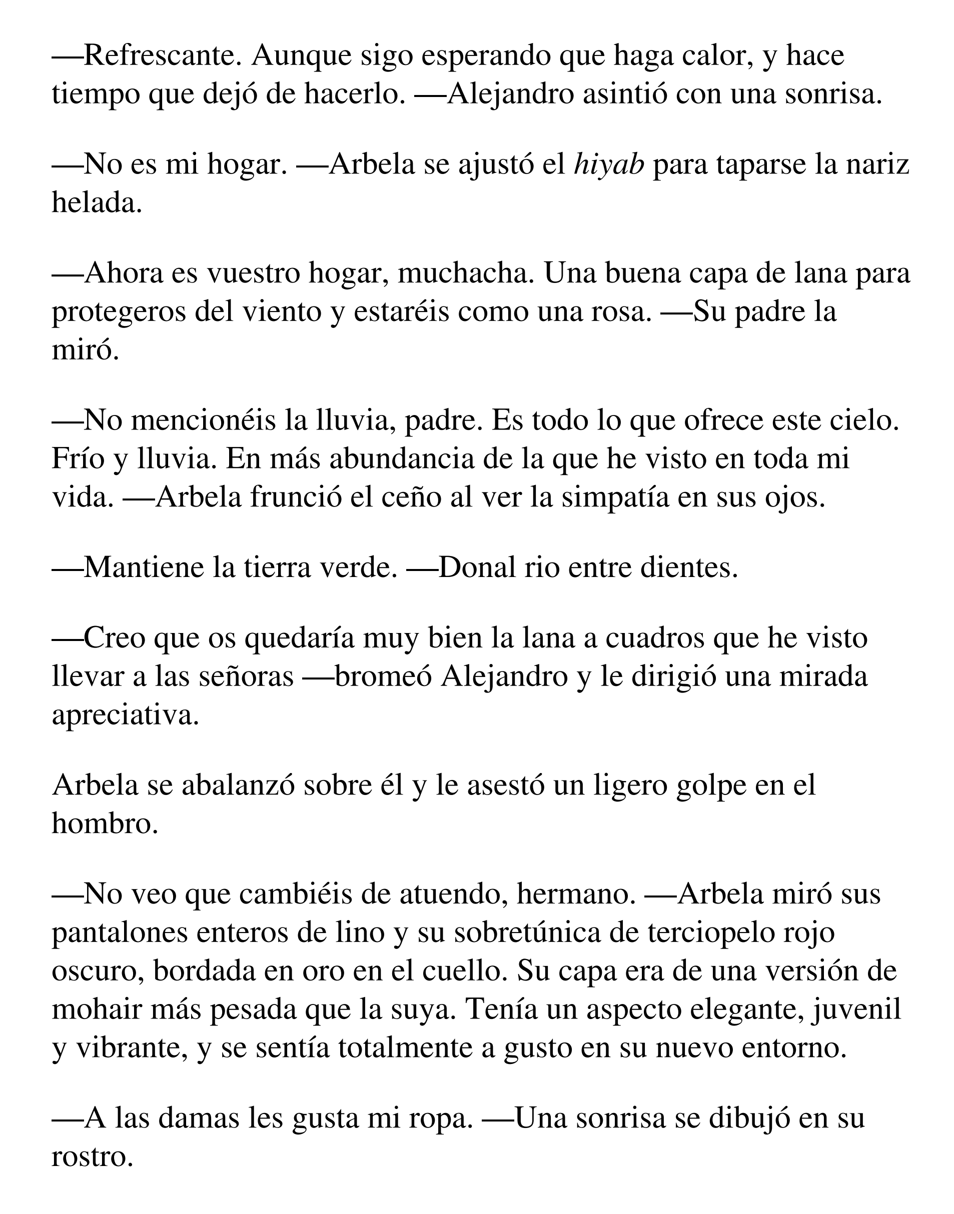
Los vientos invernales no prometían la primavera, aunque ya habían pasado tres meses del nuevo año. La blanca niebla se cernía sobre el mar, debilitando los rayos del sol y robándole su calor. Arbela se acurrucaba dentro de una pesada capa de terciopelo forrada de lujoso y fino mohair, pero el aire húmedo y frío deslizaba sus dedos helados a través del tejido con la misma seguridad que una daga a través de la diáfana seda. Su túnica de brocado sobre pantalones de seda de tejido grueso apenas le proporcionaba protección en este tiempo frío y húmedo.

—¿Alguna vez hace calor en este lugar olvidado de la mano de Dios?

—Apretó los dientes para no parlotear, deseando encontrar una chimenea y un baño caliente en cuanto llegaran a la residencia del rey en Ayr. Miró a su hermano y a su padre con disgusto mientras permanecían de pie, con los pies separados para absorber el oleaje del barco y las capas echadas hacia atrás sobre los hombros, abrazando el frío.

—Pronto desembarcaremos. —Su padre observó la costa.

—¡Es una hermosa mañana escocesa! —La tierra apareció primero como una mancha oscura contra la niebla, luego la brisa separó las brumas, revelando la costa. Inspiró profundamente, sacando pecho.



—Refrescante. Aunque sigo esperando que haga calor, y hace tiempo que dejó de hacerlo. —Alejandro asintió con una sonrisa.

—No es mi hogar. —Arbela se ajustó el *hiyab* para taparse la nariz helada.

—Ahora es vuestro hogar, muchacha. Una buena capa de lana para protegeros del viento y estaréis como una rosa. —Su padre la miró.

—No mencionéis la lluvia, padre. Es todo lo que ofrece este cielo. Frío y lluvia. En más abundancia de la que he visto en toda mi vida. —Arbela frunció el ceño al ver la simpatía en sus ojos.

—Mantiene la tierra verde. —Donal rio entre dientes.

—Creo que os quedaría muy bien la lana a cuadros que he visto llevar a las señoras —bromeó Alejandro y le dirigió una mirada apreciativa.

Arbela se abalanzó sobre él y le asestó un ligero golpe en el hombro.

—No veo que cambiéis de atuendo, hermano. —Arbela miró sus pantalones enteros de lino y su sobretúnica de terciopelo rojo oscuro, bordada en oro en el cuello. Su capa era de una versión de mohair más pesada que la suya. Tenía un aspecto elegante, juvenil y vibrante, y se sentía totalmente a gusto en su nuevo entorno.

—A las damas les gusta mi ropa. —Una sonrisa se dibujó en su rostro.

Arbela suspiró. Era evidente que él y su hija disfrutaban del viaje a su nuevo hogar. Y si no deseaba ser enviada de nuevo al cuidado del príncipe Bohemundo y a la elección de un marido, aprendería a vivir en los fríos y húmedos confines de este desdichado lugar llamado Escocia.

* * *

El fuego ardía, pero su calor se disipaba a pocos pasos del hogar.

Arbela hizo que las sirvientas colocaran su bañera en ese espacio, y el vapor del agua se elevó hasta mezclarse con los zarcillos de humo que escapaban de una chimenea mal trazada. Se cuidó de no pensar en nada, pero sus primeros días en Escocia no fueron agradables. Las otras mujeres vestían de forma diferente, con una piel pálida que contrastaba con su tez oscura, realzada por el *kohl* que utilizaba para el contorno de los ojos. Las mangas ceñidas de sus vestidos de lana forrados de lino les cubrían los brazos hasta las puntas del dorso de las manos, mientras que la capa de mangas enteras de Arbela caía y dejaba al descubierto los intrincados diseños de *henna* que Zora se había aplicado minuciosamente en las manos, un adorno que las mujeres de la corte veían como si tuviera lepra. Rara vez se sentía abrigada, y la comida carecía de las especias que a ella le gustaban.

Arbela reclinó la cabeza sobre una toalla de gruesos pliegues que había colocado en el estrecho borde de la bañera. Su albornoz colgaba de una percha cerca de la chimenea para calentarse, y los hilos de seda del pesado brocado brillaban a la luz del fuego. Aquella era su última noche en el castillo del rey Alejandro de Ayr, y sabía muy bien que la velada sería ruidosa y larga, y que el festín continuaría hasta bien entrada la noche. Con un suspiro, se levantó y empezó a secarse, con la carne de gallina

cosquilleándole en el trasero mientras miraba hacia la chimenea. Toros y Garen entraron pisándole los talones a la criada que le había sido asignada durante su estancia. Garen se adelantó para dar una palmada a Arbela.

—Sois una buena chica… ¡oh! —Arbela saltó cuando la fría nariz de Toros tocó su trasero desnudo—. ¡Muchacho travieso! Ahora tenéis la nariz más fría y no la apreciáis más que cuando el aire era caliente y seco.

La criada se apresuró a cruzar la habitación y ayudó a Arbela a colocarse el vestido. El calor de la tela la envolvió y exhaló un suspiro de felicidad.

—¿Cómo os vestiréis, Arbela? —Zora miró fijamente las prendas dispuestas sobre la cama.

Arbela cruzó el tapiz que había arrancado de la pared dos días antes y extendió en el suelo, odiando las tablas de madera desnudas y frías bajo sus pies. Una cosa más para que los cortesanos cotillearan cuando ella se fuera, si es que no lo hacían ya. Se detuvo junto a la cama, con los dedos de los pies clavados en el pesado borde de flecos de su improvisada alfombra, mientras examinaba detenidamente sus opciones.

—¿Alguien me ha ofrecido su albornoz para que me sienta menos incómoda? —Miró la túnica desconocida que había sobre la cama.

La túnica de terciopelo color óxido oscuro estaba forrada de piel, y su faldón de lino era de un suave color crema desprovisto de adornos. En comparación con el vestido de la corte de Arbela, descansaba sobre la colcha como un gorrión junto a un pavo real.

—¿Mi padre o mi hermano sugirieron esto?

—No. —Zora negó con la cabeza.

Arbela pensó en la única persona cuya opinión tendría en cuenta.

Juana de Inglaterra, de doce años, novia del rey Alejandro de Escocia, había aplaudido encantada cuando le presentaron a Arbela y sus galas el día anterior. Horas vertiginosas más tarde, la reina se había cansado por fin de asediar a Arbela con preguntas sobre el Levante, encantada de escuchar las historias de Arbela. Era poco probable que la reina hubiera invitado a cambiarse de ropa.

—Me vestiré como corresponde a la hija del barón de Batroun.

La sirvienta se puso en marcha de repente, retiró el vestido de la cama y colocó un gran candelabro cerca de la mesa donde Zora la ayudaría a vestirse.

—Me gustaría llevar el rojo. —Arbela acarició la pesada prenda de seda, encontrando defectos en el intrincado tejido azul y crema de los pantalones y la túnica.

—Arbela, es para celebrar vuestra boda. —Zora se llevó la mano a la garganta, sorprendida.

—Dudo que alguno de los presentes asista a mi boda. Y no pretendo dejar esta corte sin causar impresión. Si quieren mirar de reojo mi atuendo, que lo hagan con envidia. Me cansa la desaprobación.

Con una leve inclinación de cabeza, Zora retiró el *salwar* y el *thawb* azules y sacó la prenda solicitada, rozando con la mano los pesados bordados brillantes con diminutos discos de oro y piedras preciosas.

Zora la ayudó a ponerse el *salwar*, y los pesados pantalones de brocado de seda le refrescaron las piernas. Los metros de tela caían con elegancia, enganchados en sus tobillos con puños bordados.

La túnica se detenía a media pantorrilla y dejaba ver la parte inferior del pantalón, cuya seda brillaba a la luz de las velas. La tela estaba repleta de adornos, y el escote, modesto y amplio, centelleaba con hilos de oro y piedras rosas y verdes que rodeaban grandes perlas perfectas, como pétalos de magníficas flores. Cuando Arbela asintió, Zora le colocó en el cuello una gargantilla de zafiros rosas, diamantes y perlas de incalculable valor. Zora buscó en un cofre el velo a juego, pero Arbela le detuvo la mano.

—Esto lo *guardaré* para mi boda. —Miró a Zora y le indicó un *hiyab* de color rosa intenso—. Me servirá. Hace demasiado frío para un velo fino.

Zora envolvió la cabeza y el cuello de Arbela con la seda y se la colocó por debajo de la barbilla en una estrecha franja, para mostrar mejor el increíble collar. Piedras rosas y blancas goteaban de la gargantilla en hileras a ambos lados de un único y espectacular zafiro rosa que tocaba la parte superior de sus pechos. Una ancha banda de tela rígida y bordada con una franja de pequeñas cuentas doradas le caía por la frente. Zora se inclinó hacia ella y se pintó los ojos con *kohl*.

—¿Os gusta? —Levantó una pequeña pieza enmarcada de metal espejado.

—Sí. —La breve respuesta de Arbela le valió una dura mirada de su tía—. Estoy muy contenta, y no creo que avergüence a la casa de Batroun.

* * *

A última hora del día siguiente, frente a la costa de la Isla de Mull…

—¡Velas a la vista!

Arbela levantó una mano sobre los ojos y miró hacia arriba al hombre en lo alto del castillo. Su brazo se extendía hacia el sur y el oeste, donde se acercaban dos embarcaciones de una sola vela. Arbela se dirigió al armero, recogió su proa y subió por la escalera hasta el castillo de popa, donde se encontraban su padre y el capitán del *Falcone di Mare*.

—¿Qué ocurre, padre? —Ataviada con una versión más abrigada de su atuendo de combate habitual de túnica y calzas, Arbela volvió a taparse los ojos para ver mejor los barcos que se acercaban.

— *Birlinns*. Son similares a las galeras piratas que vimos cerca de Gibraltar. Son barcos largos, bajos, con una sola vela cuadrada. Cuento entre doce y dieciséis remos.

—¿Otra vez piratas? —Miró a través del agua.

—Sí, sin duda. Probablemente acechando desde una cala de Mull a algún mercante pesado que se acerque. Una presa fácil para los hombres dispuestos a remar. Aún no han visto un barco como nuestro Halcón Marino. Les enseñaremos la misma lección que aprendieron los piratas moros.

Su padre sonrió como un infante lleno de travesuras. Ambos sabían lo que el capitán Benicio y su barco podían hacer. Estaban bien preparados.

—¡Alejandro! ¡Kade! Manejad las balistas.

Alejandro y Kade desbloquearon los artefactos, permitiéndoles inclinarse y disparar. Dos balistas gigantes montadas sobre soportes en la cubierta de popa del castillo lanzaron proyectiles de metro y medio de largo con cabezas de hierro, piedras o bolas de hierro. El chirrido de los molinetes al girar y hacer retroceder las enormes balistas cortaba todos los demás sonidos de la cubierta. Una tercera ballesta aguardaba en el castillo de proa.

Navegaban preparados.

—¿Mi señora?

Arbela se inclinó sobre la barandilla. Shaw, el escudero de su padre, había atado a una cuerda que colgaba de la barandilla un cubo con flechas de fuego que ella misma había fabricado. Le sonrió y tiró del cubo hacia arriba. Uno de los tripulantes encendió un pequeño brasero para que los arqueros encendieran las flechas cuando llegara el momento.

Diez de los caballeros de su padre se unieron a ella a lo largo de la barandilla de popa, con las proas preparadas una vez que los barcos se acercaron. Arbela echó un vistazo al mástil de popa, con la vela latina triangular tensada y desplegada a estribor. Este nuevo diseño, junto con la enorme vela mayor cuadrada, permitía

al barco veneciano navegar contra el viento, una hazaña que la mayoría de los barcos eran incapaces de lograr.

En ese momento, el viento soplaba del oeste. Como los *Birlinns* se acercaban desde Mull, el viento soplaba directamente a sus espaldas, lo que permitía a los barcos más pequeños y rápidos ganarles terreno a una velocidad de vértigo.

—Calma, muchachos. La única diferencia entre estas ratas de mar y las que hundimos en el Mediterráneo es el color de su piel. No os equivoquéis, han elegido el barco equivocado para acercarse. Las enviaremos a una tumba de agua y dejaremos que expliquen su elección de vocación a su Creador.

Varios rostros sonrieron. Era algo que su padre hacía muy bien, aumentar la confianza de sus hombres y aliviar la tensión antes de la tormenta de la batalla.

Gordon, el caballero más corpulento de su padre, tensó su gran arco y preparó una flecha. Apuntando alto, lanzó la saeta hacia los barcos que se acercaban. Aterrizó a pocos metros de la proa del *birlinn*. Los arqueros sacaron flechas y se prepararon para encenderlas.

—Lanzad la primera andanada, Alejandro.

Alejandro accionó su balista ante la tranquila orden de su padre, enviando la gran piedra redondeada volando por los aires. El chapoteo a pocos metros del barco que iba en cabeza significaba que la batalla estaba cerca. El molinete crujió cuando Alejandro recargó su arma, el sonido retorció la expectación con la misma seguridad con que lo hizo la resistente cuerda.

El viento les favorecía. Aunque los barcos más pequeños viajaban más rápido, sus manos debían seguir remando mientras la tripulación de los MacLean podía disparar a discreción.

—¡Fuego! —La orden de Donal MacLean rugió sobre el

estruendoso aleteo del viento en las velas.

El siguiente disparo de Alejandro aterrizó en la cubierta del barco líder entre gritos de hombres heridos y de aquellos que estaban a la vez

conmocionados y furiosos ante la emboscada marítima que corría hacia ellos. Inmediatamente le siguió el lanzamiento de Kade, con el crujido y el estruendo de la madera astillada resonando en el agua.

La primera andanada de flechas de fuego, dirigida a las velas y las jarcias, tuvo un éxito parcial. La mitad aterrizó inofensivamente en el agua, dejando estelas de vapor que marcaban su destino. Arbela se abstuvo de disparar, pues la distancia era aún demasiado grande para ella. Aunque no podía disparar una saeta tan lejos como los hombres que tenía a su lado, era tan precisa como cualquiera de la compañía de su padre.

Cada flecha llevaba una pequeña envoltura de lino empapada con una combinación de salitre, azufre y carbón justo debajo de la punta. La mezcla resultante era muy inflamable y seguía ardiendo durante más de un minuto después de ser encendida.

—¡Un MacLean!

El grito surgió del Halcón Marino cuando tres flechas alcanzaron la enorme vela cuadrada del barco pirata que iba en cabeza, y otras dos alcanzaron a los hombres que aún remaban. El barco siniestrado hizo agua y cayó detrás del más grande, con la mitad de su tripulación sumida en el caos.

Arbela lanzó su primera flecha contra el segundo barco, alcanzando la vela. La siguiente andanada de Alejandro aseguró que el primer barco nunca llegara a la costa, ya que su casco se había roto en la línea de flotación. Los hombres corrían por la cubierta, intentando arriar la vela antes de que fuera consumida por las llamas. El siguiente lanzamiento de Kade se estrelló contra

el navío más grande. Ambos hombres prepararon sus armas para otra ronda.

El segundo barco, reconociendo el destino de su compañero, frenó su persecución y se concentró en arriar su vela, ahora en llamas, hacia el mar.

Otra lluvia de flechas del Halcón Marino, y muchos de los tripulantes abandonaron el barco para evitar la mortal embestida. El último proyectil de ambas balistas cayó, destrozando la mayor parte de la popa del barco más pequeño, arruinando su timón y haciendo que el navío se tambaleara.

Arbela evaluó la distancia a Mull y se dio cuenta de que probablemente se ahogarían en el agua helada antes de llegar a la orilla.

—¿Morirán todos, padre?

—Sí. No veo cómo alguno llegará a tierra. Es el precio que hay que pagar por una vida de traición y asesinato. No os equivoquéis, muchacha de buen corazón, los piratas nos habrían matado a todos, excepto a las mujeres y los niños, aunque desearían la muerte antes de que llegara. —Su padre le rodeó la cintura con un brazo.

La joven asintió una vez con la cabeza antes de colgarse el arco al hombro y descender por la escalerilla, buscando un lugar tranquilo para rezar por los muertos… y por los que pronto se unirían a ellos.

* * *

El viento soplaba fresco, frío y húmedo en su rostro, mientras se deslizaban por fin a través del estrecho de Mull hacia el estrecho que conducía a Loch Aline y al nuevo hogar de Arbela. Largas sombras oscurecían las orillas a ambos lados, erizando el vello de la nuca de Arbela mientras buscaba atacantes ocultos entre los

árboles.

—Calmaos, muchacha. Estamos en la tierra de MacLean. No deberíamos sufrir daños aquí. Tenemos MacLeans a ambos lados del estrecho. —Su padre sonrió.

—Es tan probable que el frío como la sospecha piquen mi cuello. Pero el estrecho es angosto y hemos encontrado demasiados piratas como para confiarnos. —Arbela refunfuñó.

—Dejad de preocuparos. —El tono condescendiente de Donal sorprendió a Arbela como si la hubiera golpeado.

—No recuerdo que os preocuparais por lo que mi *bonita cabeza* se inquietaba cuando repelimos a los piratas hace sólo unas horas. —La conmoción y la ira colorearon sus quebradizas palabras.

—Oh. No os enfadéis, muchacha. Vuestros días jugando a ser guerrera han terminado. Es hora de que os dediquéis a artes más suaves.

—¿Artes más suaves? ¿Cambiar mi espada por una aguja para poder pinchar el dedo de cualquier atacante, como habría hecho mi madre? —Se burló.

—Sois capaz de defenderos. En cuanto me ocupe de los asuntos del clan, me ocuparé de vuestro marido. No confundáis mi indulgencia con un permiso. —El rostro de Donal se ensombreció. Apartó el rostro, con la mirada fija en la orilla que se acercaba, donde aguardaba un imponente

montón de piedras iluminadas con antorchas sobre el único muro que rodeaba la casa torre. Arbela ahogó su frustración, el camino ante ella se estrechaba por momentos.

CAPÍTULO 5

Caelen golpeó la taza contra la mesa llena de cicatrices, haciendo

que la cerveza se derramara por los lados.

—¡Maldito seáis! —Tiró a un lado la misiva que acababa de leer. Se quebró una vez en el aire y luego revoloteó contra las tablas de la mesa, y una esquina absorbió la cerveza derramada. Rory evitó que el pergamino sufriera más daños, lo secó antes de enrollarlo y volver a atar la tira de cuero que lo mantenía cerrado.

—¿MacGillonay hace demandas? —Rory se aventuró a adivinar.

—Insiste en sus derechos como abuelo de Bram. —Caelen lanzó una mirada de rabia a su capitán.

—Nada bueno puede salir de esto. —Las cejas de Rory se levantaron.

—Si ese bastardo pone sus manos sobre mi hijo, nunca lo volveré a ver.

—¿Puede forzar la situación?

—Podría intentar forzarlo, tal vez solicitarlo al rey. Pero nunca le entregaré a mi hijo.

—¿Cómo proponéis alejar al muchacho de él?

Caelen se puso en pie, dominado por la ira, con las palabras de su suegro en la misiva flotando ante sus ojos como un guante arrojado.

Caminando de un lado a otro, descargó su furia sobre las losas.

—Al bastardo no le importaba nada cuando estábamos bajo la amenaza del *mezils*, pero ahora que estamos luchando por recuperarnos, nos envía sus condolencias. ¿Ofrece alimentos u ovejas? —Se giró para mirar a Rory.

—¡No! Me ofrece quitarme a un muchacho de encima. —Su mano derecha sujetó el pomo de su espada—. ¡Me pudriré en el infierno

antes de permitir que Bram caiga en manos de MacGillonay!

—No os culpo, mi señor. Si sus hijos juzgan al hombre, él cría aduladores, no guerreros. —Rory asintió.

—Algo que debería haber recordado antes de casarme con su hija —

gruñó Caelen, reanudando su marcha.

—Bram es un buen muchacho.

—Sí. —Caelen inhaló profundamente, liberando la ira que se acumulaba en su interior con una lenta exhalación. Su paso se hizo más lento. Una leve sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios. Relajó el agarre de la espada—. Agradezco que la enfermedad no se lo haya llevado.

—¿Cómo está su enfermera?

—Se recuperará. Aunque a su edad, estuvo cerca. Una de las sirvientas lo cuida hasta que Ilene se recupere.

Una carcajada estalló detrás de Caelen y éste se giró para mirar en las sombras detrás de un pilar de madera. Desvió la mirada un poco por debajo de la altura de la cadera y divisó un único ojo marrón en un rostro pálido, y una nariz familiar, el otro ojo estaba oculto tras el poste.

—Ya os veo, muchacho —anunció Caelen con brusquedad—. ¿Dónde está vuestra enfermera?

—No necesito una enfermera, padre. Quiero practicar con vosotros. —

Bram miró por encima de su hombro.

—No sois más que un niño.

—Tiene cinco veranos —recordó Rory en voz baja.

—¡Padre! —Bram gimoteó por encima del comentario de Rory, deslizándose de lado alrededor del poste.

Caelen apretó la mandíbula. Sabía que Rory y Bram tenían razón. El muchacho tenía edad suficiente para aprender lo básico con una espada de madera. Sin embargo, su corazón le pedía que esperara un año más. Desvió la mirada, indeciso.

—¿Puedo tener un caballo, entonces? —Bram salió de detrás del pilar, sin aliento, como si presintiera una respuesta diferente a la que le habían dado durante la última temporada.

—Veré lo del caballo cuando tenga tiempo. —La evasiva de Caelen se ganó una mirada de profunda decepción por parte de su hijo. Su corazón se retorció ante el desaliento de Bram cuando el muchacho levantó los ojos taciturnos hacia los suyos.

—Me portaré especialmente bien, padre. Lo prometo. Comeré mis verduras y no me esconderé de Kirsty. —Lanzó una mirada preocupada por encima del hombro mientras su enfermera cruzaba el pasillo, con su pequeña protegida en el punto de mira—. Aunque se queje más que Ilene.

—Sois un buen muchacho, Bram. Pronto me ocuparé del caballo. —

Caelen miró a su alrededor, esperando a que Kirsty reanudara el cuidado del muchacho—. Ya casi es hora de dormir.

—¿Me contaréis un cuento? —Bram le envió una última mirada suplicante.

—¡Pequeño Bram! Sois un niño travieso, escabulléndoos y preocupándome tanto. —Kirsty se detuvo en seco, con las manos en las caderas. Entonces, inclinó la cabeza hacia Caelen—. Lamento, mi señor, que el muchacho os haya molestado.

—El muchacho no es una molestia. Pero no me gusta que estéis enfadados por él. —Caelen captó la mirada afligida de su hijo y trató de tranquilizarlo.

La culpa inundó el rostro de Bram y sus hombros se hundieron. Sin decir una palabra más, se dio la vuelta bajo la mano de Kirsty y salió de la sala arrastrando los pies.

—No sé cómo cuidar de él —suspiró Caelen.

—Talladle una pequeña espada. Buscadle un caballo. Contadle un cuento. No es difícil. El muchacho sólo anhela una palabra amable de ustedes. —Rory inclinó su cabeza.

—No sé cómo ser un padre —replicó Caelen con amargura, recordando a su propio padre—. Si sigo el ejemplo de mi padre, seguramente distanciaré al muchacho. Pero tampoco quiero mimarlo. —El dilema le atormentaba, dejándole inseguro, empujándole a tomar el camino más fácil y dejar al niño al cuidado de su nodriza.

—Es cierto que vuestro padre no era un brillante ejemplo de paternidad —convino Rory—. Pero vuestra madre era una mujer bondadosa.

—Sólo recuerdo las amargas discusiones entre ellos sobre cómo criarme. —Caelen miró al suelo.

—El muchacho crece rápido. Ahora que ya se ha recuperado del *mezils*

—Rory se encogió de hombros.

—Vos no lo entendéis. Casi muere. No podría enfrentar semejante angustia otra vez —interrumpió Caelen.

—Así que, en lugar de arriesgaros a que lo hieran, ¿lo protegéis a toda costa?

—Todavía es un niño. —El ceño de Caelen se frunció con obstinación.

—Entonces contadle un cuento antes de dormir. —El desafío de Rory aumentó.

* * *

El cabello de Bram, húmedo por el baño, brillaba a la luz del fuego.

Mantenía los brazos en alto, esperando a que Kirsty dejara caer su túnica de dormir sobre su cabeza. Al ver a Caelen, saltó de su sitio junto a la chimenea y cruzó la habitación.

—Tened cuidado, muchacho —advirtió, arrepintiéndose al instante del tono autoritario de su voz cuando el paso de Bram vaciló. Intentó suavizar la voz y sujetó el cuerpo enjuto de su hijo —. Dejad que Kirsty termine de vestiros para que no os resfriéis.

Bram se retiró de mala gana a la chimenea, echando repetidas miradas hacia atrás como para asegurarse de que su padre se quedaba.

—He venido a ver la hora de dormir del muchacho. —Caelen llamó la atención de Kirsty.

Bram saltaba de un lado a otro, entorpeciendo los intentos de Kirsty por vestirlo.

—Tengo unos momentos libres esta víspera. —Regañó al muchacho con una mirada silenciosa.

A pesar de la advertencia implícita de que se trataba de un ofrecimiento único y condicionado a su buen comportamiento, Bram continuó subiendo y bajando, consiguiendo meter los brazos y la cabeza por las aberturas apropiadas de la túnica de la cama. Kirsty se hizo un lazo en el cuello y levantó las manos.

—Es todo vuestro, mi señor. Aunque os deseo suerte para que se duerma. —Se puso en pie—. Si tuviera unos años más, no podría seguirle el ritmo. Ilene estará muy ocupada cuando retome sus deberes.

—Tal vez Ilene debería ser relevada de su carga. —Caelen miró en dirección a Kirsty.

—Tengo suficiente trabajo que hacer, gracias de todos modos.

Perseguir a este muchacho me envejecerá antes de tiempo. —Se acercó a la puerta y le dirigió a Bram una mirada significativa—. Sed bueno. Vuestro padre no tiene tiempo para tonterías. —Le lanzó una mirada preocupada.

Con una breve reverencia, se marchó.

—¡Contadme un cuento! —Bram guardó silencio durante un largo suspiro antes de estallar en una ráfaga de movimientos. Los ojos le bailaban de emoción, agarró a Caelen de la mano y lo arrastró por la habitación.

Saltó sobre su pequeña cama. El lecho se hundió bajo la embestida y Bram chilló al rebotar.

—Tranquilo —ordenó Caelen. Su rugido disolvió el regocijo de Bram.

El muchacho se escurrió bajo las mantas.

—¿Me contaréis un cuento?

—Ya os he contado un cuento antes. —Caelen frunció el ceño.

—Me gusta la historia de San Jorge. ¿Conocéis otra? —Bram asintió.

Caelen reflexionó. En los años de corta vida de Bram, le había contado un cuento antes de dormir quizá una docena de veces.

Siempre era San Jorge y el dragón, el único que conocía.

—No. No conozco otro.

—No me importa. Quiero oír hablar del dragón.

Animado por la entusiasta aceptación de su hijo, Caelen se acomodó en la silla junto a la cama y contó el cuento.

—San Jorge viajó muchos meses hasta llegar a un país lejano. Se encontró con un ermitaño que le contó la triste historia de un dragón que vivía cerca, envenenando el agua si no recibía tributo de la gente.

—¿Qué es un tributo, padre?

—Ya os lo he dicho. Un tributo es el pago de una deuda.

—¿Qué deuda?

—El dragón aceptó el pago y a cambio no envenenó el agua.

Bram frunció el ceño, pero no siguió con su pregunta.

—Cada día el pueblo enviaba una hermosa doncella al dragón. Al final, sólo quedaba la hija del rey, y el rey estaba muy abatido. —Caelen reanudó el relato.

—¿Porque el dragón iba a comérsela? —La pregunta de Bram oscilaba entre saborear el poder de los dragones y el siniestro plan de comerse a la gente.

—Sí. Pero a San Jorge no le gustó y juró matar al dragón. Cabalgó hasta el lago donde vivía el dragón y vio a la princesa esperando bajo un árbol.

—¿Parecía una princesa hada, padre?

—¿Quién os cuenta cuentos de princesas hadas?

Bram se encogió de hombros.

—El dragón salió de su cueva rugiendo más fuerte que un trueno. Su cabeza era más grande que el caballo de San Jorge, y su cola era más larga que la zancada de cinco caballos. —Caelen resolvió dar a su historia un sesgo más varonil.

Los ojos de Bram se abrieron de par en par.

—Sus escamas eran más duras que la piedra, y la lanza de San Jorge se astilló al golpear al dragón. Saltando de su caballo, se abalanzó sobre la bestia y la atravesó con su espada bajo el ala, donde no había escamas, y el dragón cayó muerto a sus pies.

—Era un buen luchador, ¿verdad? ¿Seré yo un buen luchador algún día, padre? —Bram miró fijamente a su padre.

Caelen consideró al muchacho. Sólo era un infante. Caelen sabía que otros niños de su edad ya libraban batallas simuladas con espadas de madera. No obstante, no se atrevía a admitir que el muchacho estaba creciendo. ¿Era porque deseaba que siguiera siendo joven e inocente? ¿O

porque tenía poco tiempo para un muchacho que le pisaba los talones?

Avergonzado al darse cuenta de que no tenía ni idea de cómo tratar al muchacho y su interminable curiosidad, se levantó bruscamente, enfadado por su falta de habilidades en lo que a su hijo se refería.

—Seréis un buen guerrero —respondió bruscamente—. A dormir. —

Se dirigió a la puerta y se detuvo—. Hasta los guerreros más poderosos necesitan dormir.

Sin embargo, cerrar la puerta de la habitación de su hijo no cerraba

la puerta a su dilema.

Caelen se dirigió al salón y acomodó una silla junto al hogar. Con tantos todavía recuperándose de la enfermedad que asolaba la tierra, tenía el lugar para él solo. El fuego del gran hogar estaba apagado por la noche, aunque las brasas ofrecían calor suficiente para mantener el lugar acogedor.

Inquieto, pensó en ver si Cook había dejado algo de comida para tomar un tentempié, pero se dio cuenta de que no era el hambre lo que impulsaba su espíritu inquieto.

¿Qué diablos hacía un hombre con un hijo pequeño? Le habían dicho que engendrara uno, no cómo criarlo una vez que llegara. Si el niño fuera un poco mayor, el problema se resolvería en su mayor parte entregándolo a

Rory y a los otros hombres que entrenaban a los muchachos. A los cinco años, Bram era todavía un niño, no estaba preparado para las rigurosas peleas entre los muchachos mayores. Y con el diabólico MacGillonay pisándoles los talones, surgieron las ganas de encerrar al infante.

Caelen frotó su cara. Aunque sólo fuera eso, debería aprender un nuevo cuento para dormir. Quizá el viejo James conociera algunos. Como uno de los pocos ancianos que habían sobrevivido al maldito *mezils*, sería una buena elección para sonsacarle una historia. Un hombre con tantos nietos como él seguro que conocía algún que otro cuento antes de dormir.

Pasó una mano por su cabeza rapada. Con tanto trabajo por hacer, encontrar tiempo para escuchar a un anciano contar historias parecía una frivolidad.

Sumido en sus pensamientos, Caelen no se percató de la presencia de Alesta hasta que ésta depositó una jarra de cerveza sobre la mesa, junto a su codo.

—Mi señor, parece que esta noche estáis pensativo. ¿Hay algo que pueda hacer para aliviar vuestra mente?

Alesta se desabrochó lentamente el corpiño, dejando al descubierto sus amplios pechos. Los blancos montículos sobresalían por encima del vestido mientras ella los apretaba, atrayendo su interés. Caelen sintió que su virilidad se agitaba. Al menos era algo en lo que podía confiar. Alesta se levantó las faldas, revelando su carne de mujer, y su interés se encendió. El débil resplandor de las brasas no hacía nada por realzar su desvanecida belleza, pero la difunta esposa de Caelen había sido una novia hermosa. El encanto de Alesta era la pasión que poseía, algo mucho más atractivo que el comportamiento gélido de la encantadora Ruthie.

—¿Entendéis que esto no significa nada? —Lo último que necesitaba era una sirvienta usando su cuerpo para elevar su posición en el clan.

—Sí, mi señor. No tengo planes. Parecéis un hombre al que le vendría bien un duro celo y me gusta bastante lo que guardáis bajo la túnica. Tal vez ambos durmamos mejor después.

El marido de Alesta, que llevaba casi tres años bajo tierra, había sido un hombre lujurioso, los dos bien emparejados. Caelen se preguntó por qué Ruthie no se parecía más a Alesta. Cogió la mano de la mujer y dejó que le guiara hacia su pequeña cabaña. Incluso en el crepúsculo persistente, el estado lamentable de la propiedad, con sus edificios caídos y su muro cortina en mal estado, era evidente, y su incapacidad para arreglar las cosas le quemaba las entrañas. Con pocos fondos para pagar las mejoras y menos

hombres para hacer el trabajo, Caelen no sabía cómo podría ocuparse de las restauraciones necesarias. Se había pasado casi todo el tiempo que estuvo despierto buscando formas de arreglar la situación en la que se encontraba, en la que se encontraban todos.

En cambio, por esta noche, se perdería en el cuerpo de Alesta y dejaría que sus problemas esperasen hasta mañana.

CAPÍTULO 6

Arbela abrió los postigos de la única y estrecha ventana de su habitación, dejando escapar el aire viciado y ahumado. Una ráfaga de viento sopló aire fresco en el interior y unos escalofríos saltaron de inmediato sobre sus brazos. Cerró los paneles con un chasquido seco. Al tapar la ventana con un pesado tapiz de terciopelo, la habitación se oscureció, pero el aire húmedo y frío de finales de marzo quedó bloqueado. Tras cruzar la habitación hasta la chimenea, se frotó los brazos para calentarse la piel helada. Sus pies se hundieron en la lujosa comodidad de una alfombra que abarcaba gran parte del ancho de la habitación. La luz de las velas se reflejaba en una miríada de discos de metal pulido colgados por la habitación para aumentar su brillo. Círculos de luz cobriza y sombras tenues bailaban en las paredes, y una cortina de cuentas de cristal enlazadas tintineaba al pasar.

—Llevamos aquí casi un mes y creo que he visto el sol dos veces.

Su tía, envuelta en una capa de mohair forrada de brocado brillante, levantó la vista de su costura. Las pesadas capas de su túnica casi ocultaban su menuda figura, y la punta de su nariz tenía un tono decididamente rosado.

—Es nuestro deber seguir a nuestros hombres, sobrina. Pero no me opondría a que volviéramos a Levante. Aún no he visto nada que recomiende este lugar.

Arbela acercó una silla a la chimenea y se hundió en su cómodo cojín, frotando distraídamente las orejas de Toros cuando abandonó su lugar junto a la chimenea para reclamar atención. Garen bostezó ampliamente y volvió a dormirse.

—No se me permite entrenar con los hombres cuando llueve. —Arbela se acarició la túnica de seda, no le gustaba la petulancia

que se deslizaba por su voz—. ¿Cómo iba a saber que los hombres se opondrían a la ropa que siempre he llevado?

—No es vuestra ropa. Es la forma en que la tela se adhiere a vuestro cuerpo cuando está mojada. Tenéis una figura que los hombres desean. Las

mujeres de aquí son altas y delgadas, y no tienen la plenitud de pecho y cadera que poseéis.

—Si soy tan diferente, ¿por qué debería importarles? —Arbela se esforzaba por mantener el tono malhumorado de su voz, pero le frustraba ver entrenar a su hermano y a los demás caballeros mientras ella perdía horas inútilmente en casa.

—No lo sé. Pero los hombres os observan, algunos con miradas furtivas, otros más abiertamente. Tenéis una edad en la que los hombres no desean superaros en el campo de batalla, sino en la intimidad del dormitorio. —Zora dejó a un lado sus remiendos.

—Eso no me importa. No me irritan las restricciones de mis vestidos, sino el trato injusto de mi padre. Soy tan capaz como cualquier hombre en el campo de entrenamiento. Puedo burlar y superar al mejor MacLean. —

Arbela agitó una mano en el aire.

—Sea como fuere, deberíais dejar a un lado el arco y la espada y dedicar vuestra brillante mente a los asuntos domésticos. —Zora se encogió de hombros con delicadeza.

Arbela se levantó de la silla, indignada al no encontrar palabras de compasión por parte de su tía. Zora le hizo un gesto para que volviera a sentarse.

—Este es mi consejo, si queréis escucharlo. Es sólo cuestión de tiempo que vuestro padre os elija un marido. Espero que os sintáis bien con vuestro nuevo papel antes de que llegue ese momento,

porque es probable que vuestro nuevo marido no os dé tiempo ni oportunidad de desahogaros en su presencia.

Arbela frunció el ceño y se mordió el labio inferior, no contenta con el consejo que sabía que era bienintencionado y cierto.

—No soy como otras mujeres. Me alegran los niños, pero no deseo tener los míos. En Antioquía, los vestidos de la corte me parecen hermosos y favorecedores. Sin embargo, no me importa pasar mis días eligiendo qué vestido y qué joyas llevar. Mi orgullo está en una flecha bien lanzada, y en un movimiento de espada bien ejecutado.

—Y daré fe de vuestra falta de conciencia personal cuando os he visto desarreglada y manchada con mucha más frecuencia que limpia y con el cabello debidamente peinado y engrasado. —Zora sonrió.

—No me estoy adaptando bien a Escocia, ¿verdad? —Arbela se rindió a una sonrisa ante la burla de su tía.

—¿Es vuestra intención? —Levantando las cejas esculpidas, Zora inclinó la cabeza.

* * *

La cena fue un gran acontecimiento a pesar de su informalidad.

Ansiosas por impresionar al nuevo lord, algunas mujeres se vistieron con sus mejores trajes, con velos blancos y frescos sujetos por curvas de tela rígida que mostraban bordados y otras labores de aguja. Otras mujeres vestían sus vestidos tradicionales, de lana y abrigados, completamente distintos de los que Donal había conocido en los últimos treinta años. Pero eran una parte familiar de días pasados, y verlas le alegraba el corazón.

En cambio, los asuntos del clan le calentaban la sangre de un modo distinto, haciendo que la cena de venado estofado y frutos

secos resultara sosa y poco apetitosa. Miró fijamente a los hombres sentados a su izquierda, lores que aceptaban su hospitalidad y se demoraban en rogarle sus favores. Cruzar océanos no había cambiado ese aspecto de su vida.

—¿Habéis visto a vuestra hermana? —Se inclinó hacia Alejandro.

—No. En realidad, no en todo el día. —Alejandro levantó la vista, sorprendido.

—Una buena selección de hombres -algunos solteros- y ella elige esta noche quedarse en sus aposentos. ¡Bah! —Donal se recostó en su silla, observando a la multitud reunida. Vació su taza y se levantó, indicando a los demás que le siguieran. Cuatro hombres abandonaron sus asientos y lo acompañaron a su solar. Al cerrar la puerta se silenció la algarabía en el gran salón. Donal se dirigió a su escritorio y les hizo señas a los demás para que se sentaran.

—¿Alguno de vosotros tiene algo que decir que no pueda ser expresado antes que los demás?

Y así comenzó.

Dos horas más tarde, sólo quedaba lord MacKern, un hombre de hombros anchos y una forma de llevar la cabeza ligeramente baja, con la barbilla un poco hacia delante, como si fuera capaz de atravesar directamente cualquier obstáculo lo bastante insensato como para

interponerse en su camino. Donal había oído que más de un hombre le llamaba Toro esta tarde, y podía imaginar cómo se había ganado el apodo.

Por muy testarudo que fuera el hombre, Donal notaba inteligencia en sus ojos, capaces de reflexionar sobre las peticiones presentadas hasta el momento. Había respondido de forma brusca pero creativa cuando le preguntaron su opinión sobre el dilema de lord MacHugh, ganándose una carcajada y aliviando la tensión de la

sala.

Quedaba mucho por hacer para aliviar las dificultades en la región, las hostilidades habían aumentado en los largos meses transcurridos desde la muerte del hermano mayor de Donal, pero por primera vez desde que habían llegado al castillo de MacLean, Donal podía decir que había logrado avances significativos. Ahora, sólo quedaba Caelen MacKern. Uno a uno, los demás lores se habían marchado, con sus problemas resueltos o al menos reconocidos y archivados para discutirlos más tarde. Se había hecho tarde, pero Donal no quería pedirle a MacKern que volviera otro día. Había algo en aquel hombre que le intrigaba.

Donal le hizo un gesto para que se acercara, y el lord desplazó la silla hacia delante hasta que sus rodillas casi chocaron con el pesado roble de su escritorio. Un ceño torcido marcaba las líneas de un rostro fuerte, con una barba incipiente en la mandíbula y unos penetrantes ojos azules bajo un ceño fruncido. Sus ropas estaban limpias pero desgastadas, y su cinturón de cuero parecía más viejo que el propio hombre. Donal se arriesgó a hacer una conjetura. ¿Veinticinco veranos? ¿Un año o dos más? Poco recordaba del vuestro padre, aparte de un rostro severo y una reputación de feroz lealtad.

—¿En qué puedo ayudaros, lord? —Donal se pasó los dedos por el vientre.

Un ligero golpe en la puerta los interrumpió. Con el permiso de Donal, la puerta se abrió, dejando ver la silueta de Arbela a la luz del salón iluminado por antorchas. Sus perros la flanqueaban.

—Me pidieron que trajera un refrigerio. —Miró a los MacKern.

Donal notó las fosas nasales de su invitada, su respiración acelerada.

Todo desapareció en un instante, como si el interés de los MacKern por Arbela nunca hubiera existido. Donal le indicó que

entrara en la habitación y ella avanzó por el suelo, con la gracia y el equilibrio de un león, sin los pasos torpes de una muchacha mimada. Su larga túnica de seda no ocultaba

sus voluminosos pantalones, algo que Caelen nunca había visto antes. El vestido estaba rajado por delante y por detrás, dejando al descubierto el ropaje que llevaba debajo, y ribeteado con una ancha banda de bordados dorados en la que brillaban diminutos discos de oro. Un largo velo le cubría el cabello, pero unos mechones oscuros se le escapaban y se enroscaban en torno a la frente, acentuando sus ojos delineados con *kohl*.

Donal asintió apreciativamente. *Una visión. Y afortunado el hombre que la desposase.* Su mirada se desvió hacia su invitado, pero el hombre permaneció rígido en su silla, aunque sus ojos siguieron a Arbela cuando cruzó la habitación y depositó su bandeja sobre el escritorio de Donal. Con un gesto de la mano, envió a los dos perros a sentarse junto a la puerta.

Como anfitrión, Donal les sirvió un trago de *whisky* a cada uno y luego se acomodó en su silla, ordenando con la mirada a Arbela que se quedara.

—Hace seis años me casé con la única hija del lord MacGillonay.

Murió poco después de que naciera nuestro hijo, poco más de un año después. Aunque no fue por mi mano, MacGillonay busca venganza por su muerte, saqueando nuestros pequeños rebaños y quemando granjas en las afueras. —Caelen aceptó la bebida con una inclinación de cabeza y un rápido sorbo, volviendo a centrar su atención en el asunto que tenía entre manos.

—¿Ovejas y una granja o dos? —Donal se encogió de hombros.

—Granjas enteras… con las familias dentro. —Los ojos de Caelen se oscurecieron.

Arbela jadeó. Garen gimió y movió las patas delanteras, pero no se

levantó.

—¿Estáis seguro de que era MacGillonay? —Donal se inclinó hacia delante, apoyando los codos en el escritorio y apretando los dedos.

—Como si mi vida dependiera de ello.

—¿Un puñado de campesinos os importa? —Donal observó a MacKern con ojos entrecerrados, midiendo el honor del hombre.

—Son mi clan, mis parientes. Había oído que erais un hombre honorable, a pesar de que habéis pasado los últimos treinta años con los sarracenos. Parece que mi información era errónea. —Caelen se incorporó.

El peso de Arbela se desplazó hacia delante sobre los dedos de los pies. Sus manos se tensaron y Donal se preguntó cuántas espadas habría escondido bajo la túnica.

—Sentaos. —Donal dejó entrever un hilo de acero en su voz, tratando de mantener a raya a Arbela a pesar del insulto de su invitada. Se miraron por encima del escritorio y un músculo se contrajo en la mandíbula de Caelen.

—Algunos os llaman el Toro de las Tierras Altas. —Donal dejó que su hija y el lord se tranquilizaran un momento y miró al hombre pensativo.

—¿Alguna pregunta, lord? —preguntó finalmente. MacKern no respondió. Hubo silencio.

—Tal vez. Me preguntaba si se refería a una naturaleza perseverante…

o a la incapacidad de entrar en razón.

—Estoy seguro de que obtendríais una respuesta diferente según a

quién preguntarais.

—¿Deseáis protección de MacGillonay? —Donal apenas contuvo la sonrisa que le provocó la respuesta del hombre.

—Busco una alianza. El azote que mató a vuestro padre y hermano casi devastó mi clan, dejándome con muy pocos hombres para proteger lo que es mío. Sólo necesitamos que nos dejen en paz para poder ocuparnos de las reparaciones y de cuidar el ganado que queda.

—¿Qué tenéis que ofrecer a cambio? —Donal entrecerró los ojos.

—Mi promesa de que os apoyaremos lo mejor que podamos si lo necesitáis. —El ceño de Caelen volvió a fruncirse.

—A cambio de la posibilidad de contar con el apoyo de los pocos hombres de que disponéis, ¿queréis protección total de MacGillonay? —

Donal torció la cabeza—. ¿Cuán desesperado está vuestro clan?

—No tenemos forma de resistir más de unos días si MacGillonay asedia nuestra fortaleza. —El rostro de Caelen se sonrojó.

La admisión fue costosa, y Donal notó el fino rubor en las mejillas de Caelen.

—¿Por qué defendéis un lugar así?

—Es la herencia de mi hijo. Haré lo que sea por mi hijo.

—Los hombres y su tierra. No importa la importancia o el valor de su huella rocosa, los hombres venden su alma por un poco de tierra quemada

—resopló Arbela.

—¿Y qué sabrá una muchacha del valor de la tierra? —Caelen se

revolvió en su asiento y su mirada se deslizó bruscamente por el cuerpo de Arbela.

—No quiero faltar al respeto, es lo mismo en todo el mundo. Nosotros defendimos una de las franjas de tierra más valiosas de Levante durante muchos años. El valor de nuestra tierra, así como nuestro honor, se medía por el paso seguro de viajeros y mercaderes desde la Ruta de la Seda hasta el mar. —El desprecio por su actitud despectiva la obligó a bajar el tono de voz.

—¿Nosotros? —Caelen sonrió, mostrando los dientes con poco humor y menos tolerancia.

—En efecto. Nosotros. He alzado el arco y la espada en defensa de nuestra tierra. He enviado tantos hombres a su creador como cualquiera de los caballeros de vuestro padre. —La rabia inundó a Arbela y la forzó a adentrarse donde no pudiera controlarla. Levantó la barbilla, haciendo tintinear los flecos dorados de su *hiyab*. Ignorando las delicadas campanadas, respondió a la pregunta del lord MacKern.

—No sois tan grande como para levantar una espada ni doblar un arco.

No me toméis por bobo. —Esta vez la diversión de Caelen se sobrepuso a su desdén, moviendo los labios en el débil eco de una sonrisa. Su mirada se dirigió a Donal en señal de apelación.

—Mi hija no miente. —Lord MacLean se encogió de hombros.

—No tendré ninguna mancha en mi honor. Ni sufriré que me llamen mentirosa. —Arbela desvió la mirada hacia su padre. Entonces, miró a Caelen con altanería—. Había oído que lord MacKern era un hombre honorable, a pesar de haber pasado toda su vida en esta tierra llamada Escocia. Parece que mi información era errónea. Sólo hay una manera de resolver esto.

—¿Qué deseáis, *muchacha*? —Caelen se irguió en su silla, su

diversión desapareció cuando ella le devolvió sus palabras anteriores.

—Ampliar vuestra educación… *hombre*.

De nuevo Caelen apeló a lord MacLean. Donal inclino su cabeza, con una leve mirada de inquietud en su rostro.

—Creo que os ha retado a un duelo.

CAPÍTULO 7

Caelen se deslizó de la cama, con cuidado de no despertar a Bram, quien refunfuñaba somnoliento. Se echó agua fría en la cara, preguntándose cómo, por los dedos torcidos de San Andrés, había conseguido meterse en semejante aprieto. Como huésped en el castillo de MacLean y sin obligaciones apremiantes, debería ceder al impulso de dormir más allá del primer indicio del amanecer. Sin embargo, de alguna manera se encontró preparándose para una competición de tiro con arco. Con una muchacha.

«¡Mierda! Una chica que no sabe cuándo hablar y cuándo callar. No entra en conversaciones sobre ella».

Hizo una pausa en sus cavilaciones, con el agua goteándole en los ojos.

«Y que no sabe vestirse como es debido».

El recuerdo de Arbela le invadió, su figura menuda pero pechugona envuelta en una tela estampada de colores que nunca antes había visto, flecos metálicos -¿eran dorados?- tintineando en su tocado. Y con pantalones.

La gracia con la que se movía seguía dejándole sin aliento. Frunció el ceño.

«¡Idiota! Las mujeres no son más que una carga. Débiles,

obstinadas y traicioneras».

Frotó vigorosamente su cabeza con un cuadrado de lino y dejó caer el paño húmedo descuidadamente sobre el borde del cuenco. Se volvió para recoger sus armas y se detuvo al ver a su hijo luchando por meterse las calzas bajo la túnica.

—Iré con vos, padre. —Una expresión de intensa concentración se dibujó en su pequeño rostro mientras se afanaba en los cordones. Con un gruñido de frustración, se apoyó en la cama y empujó las piernas hacia Caelen—. No puedo hacer esto.

—No hace falta. Volved a la cama, muchacho. Es muy temprano y necesitáis descansar. —Caelen cruzó la habitación.

—¡No! ¡Quiero ir con vos y Rory! —Bram pataleó.

—¿Y dónde creéis que vamos Rory y yo? —Caelen apoyó los puños en las caderas, con el ceño fruncido.

—A un concurso para vencer a una muchacha que no sabe cómo comportarse con los hombres. —Bram respondió, claramente imitando la conversación de Caelen y Rory de la noche anterior.

—Se suponía que estabais durmiendo.

—Lo estaba. Hacíais mucho ruido. —Bram se encogió de hombros e inclinó la cabeza—. ¿Puedo ir, padre? Quiero ver a los arqueros.

—No habrá arqueros. Sólo yo y la muchacha. No habrá competencia y terminará rápido. Enviaré a una muchacha arriba para que desayune bien y esté lista para partir.

—Iré. —La terca mandíbula de Bram era una imitación exacta de la de su señor.

—Mejor dejemos que el muchacho venga con nosotros. No

tenemos todo el día para hacerle cambiar de opinión, y por su aspecto, tardaremos ese tiempo por lo menos. —Rory entró en la habitación.

—¡Gracias, tío Rory! —Bram se levantó de un salto. Sonrió mientras miraba a su tío favorito. No obstante, su rostro decayó al ver el ceño fruncido de Caelen.

—No voy a llevar a un niño al campo y… —Caelen mordió un gruñido ante la intromisión de Rory. Las palabras le fallaron ya que no podía reunir un solo argumento plausible para no permitir que Bram viniera con él. Aparte de que simplemente no sabía qué hacer con el muchacho.

—¿Y dejar que os vea disparar una flecha? —Rory terminó la declaración para él, su voz sosa suavemente burlona.

—No soy un niño, padre. Tengo cinco veranos.

—Es vuestro hijo, y es vuestra decisión. Pero lo habéis traído con vos para aseguraros de que MacGillonay no se lo lleve mientras estáis fuera. Es hora de que el muchacho vea un poco más de trabajo de hombres y un poco menos de mujeres. —Rory se encogió de hombros.

—Entonces ajustaos las calzas, muchacho. No tengo tiempo para atenderos. —Caelen asintió con una breve inclinación de cabeza, sin gustarle la idea de seguirle el ritmo a un niño pequeño, y gustándole aún menos la idea de discutir con él.

Rory se arrodilló y abrochó los lazos de las calzas de Bram. Caelen vaciló, inseguro de si debía encargarse de la ropa de Bram o no. Sin

embargo, Rory terminó antes de que Caelen pudiera objetar y Bram se levantó de un salto, pidiendo a gritos sus botas. Pisó fuerte dentro de las pieles y estaba tirando de la puerta cuando Caelen guardó su puñal en el cinturón. Dejó que Bram se

adelantara, siguiéndole a un ritmo más razonable, pero sin perder de vista el paradero del muchacho. Este atravesó el salón y se detuvo el tiempo suficiente para coger un trozo de pan con un puño y un poco de queso con el otro.

—¡Esta bueno! —murmuró con la boca llena, asintiendo enérgicamente con la cabeza.

Caelen se apresuró a comer y se bebió una jarra de sidra caliente mientras Rory levantaba a Bram en el aire, simulando que lo dejaba caer para volver a cogerlo. El salón, que poco a poco se iba llenando de gente, resonó con los alegres gritos de Bram.

—Venid, Bram. Ensillemos a Addis y cabalguemos hasta el campo de tiro con arco.

Bram apretó el dobladillo de la túnica de Caelen mientras entraban en el establo. Las pruebas de la riqueza del nuevo lord llegaban incluso a este lugar. Nobles cabezas equinas se asomaban por encima de las puertas abiertas, con las finas orejas erguidas al acercarse. Los cuellos arqueados y las esbeltas patas delataban su exótica estirpe, y Caelen se detuvo un momento al acercarse a un semental cuya piel brillaba como el oro más puro.

—Buen muchacho —entonó suavemente, acariciando el cuello delgado, pero bien musculado. El caballo sacudió la cabeza, bailando ligeramente fuera del alcance de Caelen, quien echó un vistazo al interior del establo, observando el estrecho pecho del semental y sus sedosas crines y cola.

—Os vendría bien un buen saco de avena. ¿Qué no daría por llevaros a dar un buen paseo y probar vuestro temple?

—¿Esta es la brida de Addis, padre? —Bram saltó hacia él, con las patas enredadas en las correas de cuero.

—Sí. Y le pediré a él que coja el bocado, no a vos, muchacho. Guarda esos dedos, por favor. —Caelen dejó al semental dorado

para recoger la brida de Bram, el cuero viejo pero flexible por el cuidado diario.

—Addis no me mordería. Me gusta, pero sigo queriendo un caballo pequeño —añadió Bram y se puso a su lado rápidamente, con

una obstinada inclinación de cabeza.

Caelen llegó al establo de Addis, aliviado por tener una distracción de la discusión sobre el caballo. Acomodó a Bram en el borde del comedero de madera y montó rápidamente a su corcel. Colocó a su hijo en la silla, con los estribos batiendo suavemente muy por debajo del alcance de los pies del muchacho, Caelen condujo a Addis al salón.

—Casi sois lo bastante grande para vuestro propio caballo, Bram. —

Rory se rio al salir a su encuentro, con su caballo siguiéndolo.

Al soltar las crines rojas de Addis, Bram lanzó a su padre una mirada esperanzada que Caelen ignoró, volviéndose hacia Rory.

—Dejaré al muchacho con vos mientras estoy en el campo. No debería llevar mucho tiempo y podremos volver a casa poco después.

Atravesaron las puertas dobles a la luz del sol y se subieron a sus monturas. Bram se apoyó en Caelen, encajando sólidamente entre sus brazos a ambos lados. El robusto caballo, orgullo y alegría de Caelen, era el producto de generaciones de caballos del Fiordo descendientes de sementales y yeguas noruegos mezclados cuidadosamente con el caballo pequeño de las Tierras Altas. Era rápido y ágil, incluso en el terreno rocoso de la región montañosa.

Con un ligero movimiento de la mano sobre las riendas, Caelen dirigió a Addis a través de la puerta principal del castillo y hacia

un claro cercano a la vista de la muralla del castillo. Dos gruesos montones de cuadrados de tela blanca recubiertos de paja ondeaban enérgicamente entre estacas de madera. Pequeñas multitudes salpicaban el campo. El desafío nocturno no había pasado desapercibido como él esperaba.

—Voy a marcar la distancia. —Hizo que Addis se detuviera y desmontó, entregando las riendas a Rory.

—¿Puedo ir? —La voz de Bram contenía una leve nota de pánico.

—No. Estaréis bien aquí con Rory para cuidaros. Addis no os dejará caer. —Caelen palmeó la rodilla del muchacho.

Bram asintió vacilante, con los ojos muy abiertos, el niño casi perdido en la gran montura.

Caelen se alejó a grandes zancadas, a través del tumulto de gente, hacia las dianas pintadas. La marca central era más pequeña que la palma de su mano y el viento podría hacer estragos en su precisión. La brisa jugueteaba, cambiando de dirección tan a menudo como de fuerza. Caelen

recorrió con cuidado la distancia entre los blancos y un poste en el suelo que marcaba el lugar desde el que dispararía. Pivotando, miró hacia atrás, reflexionando sobre las variables del viento, el sol y la distancia. Miró al cielo. El sol coronaba las colinas del otro lado de la ensenada de Loch Aline y sus rayos brillaban en el agua como diamantes. Frunció el ceño.

«La niña mimada no se lo está tomando en serio».

—No tengo tiempo para esto. —Volviendo a su caballo, le arrebató las riendas a Rory.

—¿Tenéis la promesa de MacLean?

—No. Pero no me gusta quedarme parado, esperando a una… —

Caelen tragó una maldición en voz baja.

—¡Una princesa hada! —Bram levantó el brazo para señalar por encima del hombro de Caelen.

Caelen siguió la indicación de su hijo y la visión que tenía ante él lo estremeció hasta la suela de sus botas bien gastadas.

El resplandor del sol en el lago palidecía en comparación con el brillo de la carne de caballo bien cuidada bajo la capa de seda de la pequeña jinete, cuyos colores cambiaban y se fundían a medida que la tela se ondeaba con la brisa. Dos perros le pisaban los talones, y Caelen la reconoció al instante. De hecho, no podía haber otra como Arbela en toda Escocia. Inmediatamente sofocó la oleada de interés -y lujuria, si se permitía admitirlo- que suscitaba.

—¡ *Es* una princesa hada, padre! —insistió Bram, aunque Caelen no había corregido su suposición.

—El muchacho puede tener razón, Bull. —La voz de Rory sonaba ronca—. Nunca he visto una tela cambiar de color así antes, ni he visto tanta confianza en una muchacha.

—Es sólo una muchacha —murmuró Caelen. Pero su atención no se apartó de Arbela mientras se acercaba. El nervioso semental que había saludado antes en el establo se sometió a su control, aunque apretó el bocado y bailó sobre pezuñas ansiosas, como si la menor falta de atención de su jinete lo hiciera volar por los aires. Su pelaje relucía con un brillo metálico, pero ni siquiera el profundo aprecio de Caelen por la carne de caballo anulaba su reticente aprecio por la muchacha que montaba la bestia.

Arbela detuvo el caballo con facilidad a un metro de distancia. Los hilos de su capa brillaban en rosa, luego en marrón, después en dorado y de

nuevo en dorado. Caelen sacudió la cabeza. La muchacha lo miró desde arriba con su larga nariz, sus ojos castaño oscuro brillaban

de fría bienvenida.

—Me alegro de que hayáis venido —gruñó Caelen, incapaz de encontrar algo que le gustara de levantarse de la cama para batirse en duelo con una muchacha que acababa de conocer. Irónicamente, aquello le recordaba demasiado a los primeros días de su matrimonio, que no habían hecho más que empeorar.

—Era mi desafío. Gracias por aceptarlo.

Donal MacLean se acercó, con su soberbio caballo de cuello grueso y arqueado y paso firme que contrastaba con la esbelta montura de cabeza alta de su hija.

—Creo que podemos resolver esto rápidamente. —Los modales de MacLean parecían cautelosos.

—Rápido y sin derramamiento de sangre. —Caelen movió la cabeza en señal de acuerdo.

«¿Le preocupa que le haga daño a su hija?»

—Oh, tenéis suerte de no haber elegido las espadas. —Donal asintió como si Caelen debiera considerarse afortunado de no enfrentarse a Arbela por una espada.

—¿Podemos seguir? —Caelen dio un paso hacia la marca. Puso el extremo del bastón de su arco en el suelo. Colocándose entre este y la cuerda, apoyó el extremo inferior contra su empeine. Con un esfuerzo, flexionó el arco lo suficiente como para entallar la cuerda en el extremo superior. Comprobó que la cuerda no se deslizara y se enfrentó a su oponente. Quedó boquiabierto, pero no pronunció palabra alguna.

Arbela bajó suavemente del caballo y entregó las riendas a su padre.

Se quitó la capa de los hombros y apareció ataviada con una jerga

de cuero sobre una túnica de seda y *trews* de cuero debajo. Llevaba el cabello recogido en una gruesa trenza que se dejaba ondular por el viento. Lo miró y sus aladas cejas se alzaron en señal de reprimenda.

—¿Habéis recorrido el campo?

—Sí. Os permitiré el primer movimiento. —Caelen recuperó la voz.

—No es justo, ya que os desafié. —Sacudió la cabeza y la inclinó de forma regia—. Por favor, atacad primero.

—¿Y permitiros ver lo que el viento hace a mi costa? —Se burló de ella, seguro de que nunca se le había pasado por la cabeza semejante idea.

—Sé lo que hace el viento. Se cuela entre vuestras defensas y estropea vuestra puntería. No dejéis que os lo impida. —Le devolvió la burla.

La ira se agitó en su vientre y él la exhaló en un largo suspiro. No debía permitir que las emociones arruinaran su puntería. Tocándose la frente con dos dedos en señal de saludo, aceptó su ofrecimiento. Le dio la espalda y sacó una flecha. Se tomó un momento para tocar las plumas, deslizando las yemas de los dedos a lo largo del astil, buscando signos de debilidad, y colocó la flecha en el arco. Apuntó el arco hacia arriba, tensó la flecha y dirigió la punta hacia el blanco con un movimiento descendente mientras tensaba la cuerda. Apuntó a lo largo del asta y soltó la cuerda, lanzando la flecha por los aires. Aterrizó con un sonoro golpe en el centro del círculo pintado.

Arbela frotó el surco poco profundo en su anillo en el pulgar de arquera mientras el lord MacKern clavaba la flecha. Su postura se enderezó desde su leve postura agazapada habitual, el arco de dos metros casi tan alto como el hombre. Su empuñadura era poderosa, pero lo bastante ligera como para permitir ligeros ajustes de

movimiento, y sus pesados músculos se movieron bajo la túnica cuando tensó la cuerda del arco.

No fue sorpresa para Arbela que la flecha diera justo en el centro de la diana. Caelen MacKern no parecía ser un hombre que se tomara su entrenamiento a la ligera. No era su destreza lo que desafiaba, sino su estrecha visión del mundo y su habilidad para arrancarle la sonrisa condescendiente de los labios.

—¿Sois una princesa hada?

La pregunta desvió la mirada de Arbela de su oponente para buscar al interlocutor. Su mirada se posó en un niño que montaba un caballo colorado, cuyas crines y cola llameantes contrastaban con el pelaje castaño, más claro. El infante la miró con ojos muy abiertos.

—Parecéis una princesa hada. Ilene me cuenta historias sobre ellas.

¿Sois una?

—Tal vez sea una princesa de una tierra lejana. ¿Os parece bien? —

Arbela sonrió.

—Soy Bram, el hijo del lord MacKern. —El muchacho asintió.

—Mi nombre es Arbela. He venido a enseñarle modales a vuestro padre. —Arbela miró por encima del hombro y encontró al lord mirándola fijamente, con una expresión ilegible en el rostro. Desenganchó un pequeño arco de su montura y, con hábiles movimientos, tensó su arco turco. Su forma de «C» tiraba hacia atrás a medida que la cuerda se tensaba, lo que le daba un aspecto muy distinto del arco largo que Caelen había utilizado. El lord enarcó las cejas, pero se guardó sus pensamientos.

Arbela se dirigió a la marca y Caelen le cedió el sitio.

—Muy buena puntería. —Un pequeño movimiento de cabeza negó su elogio. Como ella esperaba, provocó a Caelen.

—¿Podéis hacer algo mejor que dar justo en el centro? Vuestro arco no es más que un juguete, demasiado pequeño para ser preciso y no tenéis fuerza suficiente para cubrir la distancia. —La miró con condescendencia

—. ¿Queréis acercaros un poco más?

—Tentadme a que me acerque más y puede que encontréis un cuchillo en vuestro vientre. No necesito un blanco más fácil. —Se inclinó hacia ella.

Arbela sacó cuatro flechas de su cinturón, empuñó tres con la mano derecha y colocó la cuarta contra el arco. Con dos movimientos rápidos y fluidos, empujó la flecha hacia delante, la colocó en el nudo y la tensó contra la cuerda. Apenas dejó la flecha en su mano, ya tenía la segunda colocada. Envió las tres últimas flechas en rápida sucesión, sin detenerse para determinar su éxito o ajustar su puntería.

Una ola de aplausos recorrió la multitud. Acostumbrada al gaélico moderado de su padre, Arbela no entendía mucho de las palabras de entusiasmo que se oían a toda velocidad. Sin embargo, no necesitaba que se las explicaran. La cara de Caelen era suficiente traducción. Lanzó una rápida mirada al blanco. Sus cuatro flechas rodeaban la flecha en un círculo cerrado, con las puntas erizadas de plumas.

—¿Escucharé vuestras disculpas, lord? —Luchó contra la alegría que amenazaba con forzar una sonrisa en su rostro—. ¿Esto demuestra adecuadamente mis habilidades?

—Sois rápida y precisa con el arco. Pero cuando de verdad cuenta,

¿podríais mirar a los ojos de un hombre y darle muerte? —Caelen tragó saliva y dirigió su mirada a la de ella.

El regocijo se convirtió en un frágil desafío.

—Ponedme a prueba.

CAPÍTULO 8

—Mis más sinceras disculpas por dudar de vuestra habilidad con el arco, *milady*. —Caelen se inclinó rígidamente desde la cintura.

Arbela sintió que el reconocimiento era sincero, aunque las palabras parecieran difíciles de pronunciar. Aunque logró bajar la barbilla en un gesto de aceptación, su mirada era todo *menos* eso.

—Me he pasado la vida protegiendo el castillo de Mseilha y a su gente. No me importa ser mancillada por el simple hecho de ser mujer. Mi altura y mi sexo no tienen nada que ver con las habilidades que entreno duramente para lograrlo.

—Entendido. Pero en nuestro país, una mujer sabe cuál es su lugar.

Cuando se trata de combate cuerpo a cuerpo, debéis estar de acuerdo en que vuestra fuerza no puede competir con la de un hombre. —La miró especulativamente—. Y eso *no* es un desafío.

—No lo aceptaría. Como decís, no puedo competir con vos a ese nivel físico. Tengo otras habilidades…

—Como la administración de un hogar y sirvientes. La muchacha tiene un cerebro veloz y hace un gran y rápido trabajo con las cuentas. —La voz de Donal retumbó en sus palabras.

Arbela miró con escepticismo a su padre mientras se acercaba, incómoda por la alegre interrupción de sus palabras con el lord MacKern.

Sus sospechas aumentaron cuando él continuó, dirigiendo su afabilidad hacia Caelen.

—Podéis entregar a vuestro muchacho a Arbela mientras vos y yo terminamos nuestra conversación de anoche. No hemos llegado a un acuerdo sobre nuestra propuesta de alianza.

«Me relega a los deberes de una mujer, excluyéndome de algo de lo que tuve conocimiento ayer, y usando grandes palabras».

Donal MacLean era un hombre culto, con un vocabulario que avergonzaba a los escribas. Pero el uso que hacía de ellas a menudo significaba que ocultaba un motivo oculto. Sus ojos se entrecerraron,

preguntándose qué estaría tramando. No obstante, la sonrisa de Donal no vaciló en ningún momento.

Sin perder de vista a su jinete, Arbela subió a su montura con suavidad, recogió las riendas y puso una mano reconfortante sobre el hombro de Voski, que se echó hacia atrás.

—Encontraré una muchacha a pie para cuidar a Bram. Gracias de todos modos. —Caelen se interpuso entre el caballo de Arbela y su hijo.

—Voski es enérgico, pero obedecerá mis órdenes. Llevará a vuestro hijo y antes se hará daño a sí mismo que permitir que el muchacho Bram caiga. —Arbela levantó la barbilla—. Podéis entregármelo.

—Preferiría poner a mi hijo bajo las pezuñas de vuestro caballo que sobre su lomo. Esa bestia no está hecha para niños. —Caelen cruzó los brazos sobre el pecho.

—Caminaremos juntos hasta el establo. —La respuesta de Donal silenció la réplica de Arbela.

La joven observó el rostro pálido del niño y se dio cuenta de que Caelen protegía a Bram de sus propios miedos tanto como de los del infante.

—Puede caminar conmigo —afirmó, poniendo fin a la confrontación y bajó de la espalda de Voski.

Con una mirada severa, Caelen se volvió de mala gana hacia su hijo y lo levantó de su robusto caballo. Puso al muchacho en pie y le habló al oído, aunque las palabras flotaron fácilmente para que todos las oyeran.

—Podéis ir con *lady* Arbela y encargaros de vuestra comida. Un bocado de pan os llenará la barriga y pronto volveremos a casa.

—¿Puedo acariciarlos? —Bram ignoró a los adultos en favor de los dos perros de Arbela que estaban sentados al lado de Voski.

Ante el asentimiento de Arbela, los perros corrieron al lado del muchacho, meneando las colas, las lenguas marcándolo como su nuevo amigo entre las carcajadas histéricas de Bram. Sus manos se aferraron a sus gruesos y enjutos pelajes y sonrió feliz.

—Mantenedlo a salvo. —Caelen envió una mirada de advertencia a Arbela.

—Estará a salvo conmigo. No hago daño a los niños, y mis perros tampoco. —Cerró los dedos sobre la pequeña mano de Bram.

—Creedme cuando os digo que hay gente que se llevaría a mi hijo, y todas vuestras palabras frívolas no servirían de nada. Este no es vuestro desierto, ni vuestro pueblo. Tenéis mucho que aprender sobre Escocia. —Su mirada penetrante se clavó en la de la joven.

* * *

Caelen se alejó sin decir palabra, consciente de que negar a la hija del lord el derecho a cuidar de su hijo equivalía a forzar otro

duelo, aunque no podía decidir quién sería la amenaza menor, si Arbela o su padre.

Haciendo gala de sus modales desenvueltos, Addis le pisó los talones, y Caelen se estremeció al pensar en su pequeño hijo montado en el brioso caballo que Arbela llamaba Voski. Dejando a un lado las súplicas de Bram, tenía que enseñar pronto a su hijo a montar. En lugar de abrazar el desafío de los caballos, había indicios de que Bram empezaba a temerlos.

Donal y su hijo, Alejandro, flanqueaban a Caelen por su derecha y a Rory por su izquierda. Disminuir el paso permitió a Donal llegar a su lado, y Caelen se recordó a sí mismo que era un invitado en el castillo de los MacLean, y no al revés.

Ninguno de los hombres habló durante el corto trayecto hasta los establos, y los oídos de Caelen captaron el parloteo excitado de la voz de Bram varios pasos por detrás. Fue suficiente para bajar su enojo con Arbela a un nivel manejable, y le permitió entrar en el solar del lord con la atención puesta en la alianza que pretendía formar.

Alejandro avivó el fuego de la chimenea, añadiendo un poco de calor a la habitación. Donal se sentó detrás de su escritorio e indicó a Caelen que tomara asiento. Alejandro tomó una silla y fijó su atención en Caelen, con una mirada más interesada que hostil, aunque Caelen tampoco podría haberla calificado de amistosa.

—Necesito hombres que me ayuden a patrullar mis fronteras. Sólo entonces podremos apuntalar nuestras defensas, y dejar espaldas libres para trabajar las redes de pesca y los campos. —Caelen no esperó invitación para empezar.

—¿Vuestro castillo descansa a orillas del Loch Linnhe?

—Sí. A unas veinte millas de aquí.

—Vuestro suegro vive en el extremo occidental de Loch Eil —

señaló Donal.

—Ya no lo considero mi pariente. —Caelen apretó la mandíbula.

—Sin embargo, es el abuelo de vuestro hijo. —Donal alzó las cejas.

—Un accidente de sangre. —Los dedos de Caelen se aferraron al brazo de su silla. —¿Qué tiene que ver su parentesco con nuestra alianza?

—No deseo verme envuelto en una disputa sobre la forma de vida de un niño.

—¡No permitiré que ese bastardo se lleve a mi hijo! —Caelen explotó, medio levantándose de su silla—. ¿Haremos una alianza o no?

—Creo que debemos plantearnos reforzar nuestra posición. —Donal se encogió de hombros e hizo un gesto a Caelen para que volviera a su silla.

—¿Qué tenéis en mente? —Caelen miró a Laird MacLean con recelo y bajó a la silla.

—He estudiado vuestra petición y capacidad para cumplir vuestra parte del trato. Oh, no tengo dudas de que cumpliréis cualquier promesa que hagáis. Otros han dicho eso de vos. Pero el hecho es que vuestro clan fue duramente golpeado por el flagelo y tenéis pocos recursos para cumplir todo lo que deseáis a tiempo. Siempre habrá peces que pescar, cultivos que plantar y cosechar. Sin embargo, todo es en vano si no podéis defender lo que es vuestro, y construir defensas no proporciona alimento a los estómagos.

La vergüenza se deslizó por las venas de Caelen como un veneno.

Aunque había hecho lo que había podido, la enfermedad se había extendido por su clan como un reguero de pólvora ante un fuerte

viento, y en el tiempo que tardaron en recoger a sus muertos, la cosecha del verano pasado se había perdido, arruinada en los campos. El invierno pasado había sido duro.

—¿Qué es lo que deseáis de mí?

—Quiero que os caséis con mi hija. —Donal le dirigió una mirada franca.

—¿Vuestra *hija*? —Caelen se sobresaltó en su silla.

Alejandro se deslizó hacia delante en su asiento, tan sorprendido como Caelen por las palabras de su señor.

—¡Desde luego, no creo que debáis casaros con mi hijo! —Sonrió Donal. Su sonrisa no sirvió para calmar la preocupación de Caelen.

—Vuestra hija y yo, no nos llevamos bien. —Era una subestimación, pero era la verdad, y diplomática.

—Mi hija tiene una mente propia, pero es cariñosa, inteligente y ferozmente leal. Conozco sus defectos, y son pocos. Adaptarse a la vida aquí no ha sido fácil para ella. Es más propensa a hacer caso omiso de las convenciones que a preocuparse demasiado por lo que los demás piensen de ella.

—Pero considerad lo que trae su dote. —Se inclinó hacia delante.

Caelen, quien aún no se había hecho a la idea de aceptar como esposa a aquella muchacha exótica y librepensadora, se dejó llevar por su sentido de los negocios. Asintió con la cabeza y aceptó la explicación de Donal.

—No es de extrañar que su dote contenga mucho oro y otras riquezas.

No obstante, también necesitáis hombres que os ayuden a

reconstruir vuestra fortaleza y hombres de armas experimentados que trabajen con vuestros guerreros para proteger vuestras fronteras. Yo puedo proporcionaros esos hombres, incluyendo cuatro caballeros curtidos en batalla y muy hábiles. ¿Quién sabe? Puede que enseñen a vuestros hombres un par de cosas y aprendan de ellos también.

—Ya debéis saber que mi hermana es una guerrera consumada —

intervino Alejandro—. Sabe manejar el arco con rapidez y precisión, como habéis podido comprobar no hace ni una hora. Su habilidad con la espada sólo es superada por sus conocimientos y su sagaz evaluación de las tácticas. No mucho antes de salir de Batroun, fuimos asediados por sarracenos por tercera vez ese año, y ella fue la primera en señalar que los invasores estaban probablemente dirigidos por el mismo hombre.

—Es brillante. Y se apresuró a salvarnos el pellejo a Felipe y a mí cuando los turcos cruzaron la muralla. Y cuando los piratas moros atacaron la costa de la Península Ibérica… —Alejandro dirigió una mirada ansiosa a su padre.

—Es muy útil —admitió—. Pero vuestra hermana tiene otras cualidades más femeninas. —Donal le hizo un gesto de silencio con una sonrisa tolerante.

Caelen levantó las orejas. No porque las cualidades femeninas de Arbela fueran de gran interés, sino porque hasta el momento había visto pocas pruebas de ello.

—Es, como creo haber mencionado, experta en números y cuentas. No tengo reparos en permitirle que lleve las cuentas de mi casa. De hecho, estoy iniciando una empresa naviera desde aquí a Europa y más allá, similar a la que dirigí mientras vivía en el Levante. Arbela sería inestimable para sugeriros qué mercancías desarrollar en el comercio, y para prepararos los libros.

—¿Me incluiríais en vuestra empresa? —Caelen se sintió de

repente abrumado.

Era una oferta demasiado buena para ser cierta. No es que dudara de la voluntad y la capacidad de lord MacLean para cumplir el trato una vez alcanzado, pero Caelen había enumerado sus razones para no volver a casarse con Rory no hacía mucho tiempo, y no habían cambiado.

—Lord, respeto vuestra oferta. Y es muy tentadora. Sin embargo, debéis saber que después de que fracasara mi primer matrimonio - y fracasó mucho antes de que Ruthie muriera- juré que nunca volvería a casarme. —

Desvió la mirada, no queriendo evocar el recuerdo, cuya narración era tan amarga como una grosella sin madurar.

—Ruthie MacGillonay era una muchacha bonita, llena de alegría y sonrisas. Acepté de buena gana el matrimonio concertado para formar una alianza entre nuestros clanes, seguro de que se convertiría en la luz de mi vida. Por razones que no revelaré, no nos pusimos de acuerdo, y ella se amargó rápidamente. Esperaba que el niño le devolviera su alegre carácter, pero lo rechazó y su único placer parecía ser causar tantos conflictos en mi casa como fuera posible.

—Juré que después de su muerte no volvería a casarme. —Volvió a mirar a lord MacLean.

—No voy a mentir y decir que la vida con Arbela será sin conflictos.

Pero ella no los causa voluntariamente, es honesta y cuidadosa en sus relaciones. —Donal le devolvió la mirada.

Caelen abrió la boca, pero Donal levantó una mano. Caelen cedió la palabra.

—Me casé con una muchacha de Armenia. Era la princesa de una

casa noble, y yo, el tercer hijo de un lord escocés, la cortejé y la conquisté. Para entonces yo era Barón de Batroun y digno a los ojos de su padre. Ella dio a luz gemelos no mucho después de nuestro segundo año de matrimonio.

Estaba muy feliz. Yo apenas podía contenerme de orgullo. Cuando

Alejandro y Arbela aún no habían pasado su primer verano, sintió que había llegado el momento de presentarlos a su familia. —La voz de Donal sonó grave, con la cadencia de un cuento de antaño.

El rostro de Donal se ensombreció y un músculo de su mandíbula se tensó.

—Viajaron en caravana, y me pareció lo bastante seguro como para enviar sólo a dos de mis caballeros con ella. Los atacó un grupo de sarracenos y mataron a mi esposa. —El silencio se apoderó de la habitación, el aire estaba cargado de remordimiento —. La nodriza de los niños escapó con ellos y con otros dos y consiguieron volver a casa, llegando al castillo de Mseilha exhaustos y sucios, pero vivos. —Donal se reclinó en la silla, como si hubiera envejecido mucho más de lo que su edad le permitía—. Juré que Arbela nunca estaría desamparada como lo había estado su madre. Hermosa, encantadora, una mujer de la que enorgullecerse, pero no indefensa. Es culpa mía que Arbela sea segura de sí misma, obstinada, culta y hábil con las armas más allá de lo que se considera femenino o correcto. Mas no me gustaría que fuera de otro modo.

—Una sonrisa se dibujó en su rostro y se posó en los pliegues de las comisuras de sus ojos—. ¿Aceptaréis el dinero, los obreros y los caballeros?

¿Aceptaréis a mi hija y el desafío?

Caelen se tomó su tiempo para considerar sus opciones. Podía rechazar la oferta de MacLean y aunque no tendría su alianza, dudaba que MacLean le diera completamente la espalda. Sentía un

honor en el hombre mayor que iba más allá del parentesco. No obstante, su clan necesitaba ayuda, albañiles y hombres de armas. Y sus arcas estaban alarmantemente vacías, aunque su clan nunca se había enfrentado a una época de pobreza como la que veían ante sí.

¿Pero necesitaba el oro y los hombres como para tomar una esposa?

¿Arbela?

—He visto la forma en que miráis a mi hermana. A veces como un hombre mira a una mujer hermosa, y otras como si fuera algo a lo que preferiríais no acercaros. Añadiré mi propio calificativo, MacKern —

declaró Alejandro—. Mi hermana es una princesa de sangre de una de las casas más antiguas de la cristiandad. Si fuera por otro camino, probablemente sería mimada, blanda y no se enfrentaría al matrimonio con un lord escocés empobrecido. En cambio, ella es feroz. Y ha trabajado más

duro que yo o Felipe, nuestro hermano adoptivo, aprendiendo sus habilidades, ya sea con la espada, el arco o los registros. Habla más idiomas que yo, y trabajará mucho después de que os hayáis acostado, si es necesario. La única objeción que aporta es su aversión a la intolerancia. Su amor por los niños es bien conocido entre los del castillo de Mseilha, y los hijos de Farlan y Elspeth -que volvieron con nosotros de Tierra Santa- le tienen mucho cariño. Pero escuchadme bien, lord. Si hacéis daño a mi hermana, os destriparé como a un pescado en tierra.

—Le prometí que no la casaría con un hombre que pensara que intentaría gobernarla. Se someterá fácilmente a vuestra autoridad si se la ofrecéis en lugar de exigírsela. Yo tampoco me sentaré a verla doblegada.

Esa es, de todo lo que os han ofrecido, la parte innegociable del

contrato. —

Donal levantó una ceja, obligando a su hijo a guardar silencio.

Las palabras de Alejandro resonaron en los oídos de Caelen. No dudaba de que el hermano de Arbela la vigilaría regularmente y lo desafiaría si descubría que su hermana no estaba muy contenta.

—¿Y si digo que no?

—No os negaré protección contra MacGillonay. —Donal le dirigió una mirada curiosa.

—No creo que sea lo bastante bueno para mi hermana. —Alejandro golpeó el brazo de su silla.

Caelen se inclinó hacia delante en su asiento, con los antebrazos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas. Era un acuerdo comercial como cualquier otro, con una esposa de por medio. Pero las palabras de aceptación quedaron fuera del alcance de su lengua.

—Tengo una oferta más que haceros, MacKern. —Donal golpeó el escritorio con el índice.

—¿Sí? —Caelen levantó la vista.

—Antes me fijé en vuestro caballo. Es un animal fino y robusto, de líneas limpias y parece bien cuidado. Sois un famoso criador de caballos en esta zona y muchos alaban vuestros establos. —Donal apoyó los antebrazos en el escritorio, con el brillo del desafío de nuevo en los ojos.

—Si podéis convencer a Arbela de que sois su mejor opción como marido, si ella acepta de buen grado este matrimonio, añadiré un semental y una yegua lusitanos a la dote.

CAPÍTULO 9

Arbela se dirigió al establo, con Bram parloteando sin parar a su lado y el caballo y los perros siguiéndola obedientemente. El niño se posó en un banco de madera cercano, junto a Toros y Garen.

— *Ditel* —señaló Arbela al muchacho.

Arbela sabía que la orden de vigilar garantizaba que ninguno de los perros se separaría del infante ni permitiría que nadie se acercara.

Desensilló a Voski y le pasó un paño por el brillante pelaje. Su energía no se había agotado en absoluto tras un corto paseo de ida y vuelta al campo de tiro con arco, y el caballo le mordisqueó la manga con sus gruesos labios tan a menudo como pudo. Arbela se rio y le empujó el hombro.

— *Ch'yen karogh linel himar, Voski-jan.* —Acarició su nariz de seda y miró sus insólitos ojos de cristal.

—¿Qué le habéis dicho? —Bram se agitó en su banco.

—Le dije que no fuera tan bobo. Es un caballo joven y no siempre comprende lo fuerte que es.

—¿Os asusta?

—Sería una tonta si dijera que no. Sin embargo, respeto el hecho de que sea mucho más grande que yo. No es una criatura malvada, sólo tiene un gran espíritu, y estamos aprendiendo el uno del otro.

—¿Os duele cuando os muerde?

—Lo haría si usara los dientes. Pero sólo está bromeando, y sus grandes labios son molestos, no hirientes.

Bram bajó de un salto de su banco entre gemidos ansiosos de los perros. Ignorándolos, arrastró el asiento de madera por el pasillo hasta la media puerta de Voski. Subió al banco y se colgó del

grueso panel de madera.

—¿Cómo se llama?

—Voski. Significa «dorado».

—Pero le llamasteis *Voski-jan*. Os he oído.

—Jan significa simplemente que lo quiero. Algo así como un apodo dulce. —Arbela sonrió, dio un paso hacia Bram y le pellizcó la

nariz—. Podría llamaros *Bram-jan*.

—¿ *Bram-jan*? —El muchacho arrugó la cara—. No me gusta.

—¿No os gusta tener una nueva amiga?

—Me agradas. Aunque mis amigos no creerán que conozco a una princesa de verdad.

Parecía tan triste que Arbela ahogó su sonrisa.

—Me gusta vuestro caballo, aunque está muy flaco. —La cara de Bram se iluminó.

—Mmm. Podéis pensar que está flaco, pero es su naturaleza.

—Mi padre dice que necesita comer más.

—Estoy de acuerdo en que parece delgado al lado del robusto caballo de vuestro padre. No obstante, Voski es hijo del desierto, y sus altas patas lo mantienen alejado de la arena caliente. Su piel fina y sus músculos lisos le ayudan a refrescarse cuando está activo. El caballo de vuestro padre pasaría demasiado calor en el lugar de donde es Voski.

—¿Entonces a Voski no le gustará vivir aquí? —Bram inclinó la cabeza.

—En realidad, está criado para ser muy resistente, incluso en tiempos fríos y en suelos muy rocosos. Creo que le irá bien. —Acarició el cuello dorado del caballo, se apoyó en su hombro y su cabeza no llegó a la cruz.

Dio una última palmadita a Voski e hizo que Bram moviera su banco.

—¿Tenéis un caballo?

—No. Mi padre no cree que sea lo bastante grande. —Bram lanzó un enorme suspiro y le dirigió una mirada ansiosa. —¿Creéis que lo soy?

—¿Teméis que diga sí o no?

—Creo que me dan miedo los caballos. —Bram bajó la mirada, con una expresión de asombro en el rostro. Sus mejillas se sonrojaron por la vergüenza.

—¿Realmente tenéis miedo? ¿O simplemente no estáis acostumbrado a ellos? —Arbela lo pensó detenidamente.

—No lo sé. —Una mirada pensativa apareció en su rostro.

—Tal vez no sepáis mucho de ellos. O puede que simplemente seáis tímidos con ellos, como con una persona que no conocéis.

—Tal vez. —Bram movió la cabeza como si se le ocurriera algo —.

¿Creéis que si los conociera mejor no me molestarían tanto?

—Creo que algún día seréis unos magníficos jinetes. Cuanto antes empecéis, mejor. —Echó un vistazo al pasillo del establo. Unas cabezas peludas se asomaban por encima de las puertas entreabiertas. Decidida, se acercó a una puerta por la que no asomaba ninguna cabeza—. Vamos a charlar con Ari. —Arbela le

dedicó una sonrisa cariñosa.

—¿Quién es Ari? —Bram saltó a su lado.

—Ari es un muchacho tan valiente como vos. —Arbela se detuvo en la puerta vacía.

—No veo a nadie. —Bram miró a su alrededor.

Arbela abrió la mitad inferior de la puerta. Un caballo pequeño y robusto, con su pelaje áspero de invierno que dejaba ver manchas de cabello negro resbaladizo de verano, estaba frente a ellos. Masticaba el heno perezosamente, con una oreja erguida hacia delante y la otra torcida y muy abreviada. Los miraba tranquilamente, con un ojo empañado.

—¿Qué le ha pasado en la oreja y en el ojo? —Bram se quedó mirando al caballo.

—Ari perteneció una vez a un niño de vuestro tamaño. Pero el muchacho creció demasiado y no había otros niños para montarlo, así que Ari fue enviado a vivir a las colinas con las ovejas, donde el pastor podía vigilarlo.

—¿Para que no se sintiera solo?

—Sí. Después de vivir con las ovejas durante un año más o menos, el pastor fue a las colinas en busca de una oveja perdida. Estaba a punto de parir y no la encontraban. El pastor cargó a Ari con una pequeña manada y se puso en marcha. Sin embargo, un lobo había encontrado a la oveja y pensó que sería un buen bocado.

—Pero él no sabía de Ari, ¿verdad? —Los ojos de Bram brillaron con la luz de un guerrero.

—No, el lobo no sabía de Ari. Como cuenta el pastor, Ari corrió hacia el lobo, con las orejas hacia atrás, los dientes al descubierto, chillando como un jabalí enfurecido. Y todo el mundo sabe lo

fieros que son. El lobo atacó a Ari, y aunque le arrancó una oreja y le arañó un lado de la cabeza, Ari cogió a la bestia por el cuello y la sacudió con fuerza. Cuando el lobo cayó al suelo, Ari lo pisoteó con sus pezuñas, y el lobo huyó.

—¡Bien por vos, Ari! —Dirigió una mirada suplicante a Arbela—.

¿Puedo acariciarlo? —Las manos de Bram se agitaron.

—Estoy segura de que le gustaría. —Arbela condujo a Bram al interior del establo y el pequeño caballo le saludó con suaves bufidos.

—Es un caballo simpático. —Bram se rio.

—Los dos os llevaríais bien. ¿Os gustaría sentaros en él?

—Sí. —Con sólo un momento de vacilación, Bram respiró hondo y asintió enfáticamente.

Con la esperanza de reforzar la confianza de Bram, Arbela le dio instrucciones sencillas sobre cómo acercarse al poni, señalando el ojo dañado del poni y la necesidad de evitar sobresaltarlo por ese lado. Bram asimiló sus palabras con entusiasmo, e incluso le ofreció a Ari la mitad de una manzana invernal en señal de amistad.

—Es un caballo valiente y ahora sois su amigo. —Arbela levantó al muchacho en el aire. Abrió las piernas para rodear la cincha del poni y agarró la crin con ambos puños.

—Podéis usar la crin hasta que os sintáis cómodos con vuestro equilibrio. Pero no tiréis tan fuerte. Tomaos vuestro tiempo y sentaos como un guerrero. No sois un saco de avena.

—Os llevaré al prado y podréis guiar a Ari hasta allí. —Con su aliento, Bram ganó confianza, y por fin exigió montar a Ari por su cuenta. Arbela sonrió.

Silenciosos como fantasmas, Toros y Garen se escabulleron por el establo pisándole los talones al poni. Imperturbable, Ari avanzó con paso fácil y lento. Arbela se emocionó al ver la sonrisa triunfante de Bram cuando dirigió a su montura con un simple tirón de la cuerda de la cabezada que Arbela colocó sobre la cabeza del poni. Lo dejó cabalgar hasta que se movió libremente con el animal y luego lo detuvo.

—Estáis desarrollando un buen asiento, *Bram-jan*. —Sus mejillas, sonrojadas por el logro, se ensombrecieron ante su elogio—. Pero no debemos cansar a Ari. Hace tiempo que no lleva un jinete.

La joven vio la reacción en la mandíbula de Bram y la inclinación hacia abajo de su cabeza, tan propia de su señor, pero él aceptó sin hacer comentarios y regresaron al establo, donde ella le enseñó a cuidar del poni.

—Todos los jinetes cuidan de sus caballos. Siempre debéis cuidar de vuestro caballo por vuestra cuenta.

—Lo hice, ¿verdad, Bela? —Bram pasó un trapo por las robustas patas de Ari.

—En efecto, lo hicisteis. Creo que ya estáis listos para vuestro propio poni.

—¡Volveré a hablar con mi padre cuando lleguemos a casa! —Bram sonrió, con el rostro sonriente.

—Terminad, entonces, y nos ocuparemos de nuestra comida matutina antes de que se acabe la comida.

Prescindiendo de los cuidados de Ari, Bram cogió la mano de Arbela mientras partían hacia el salón. Una curiosa emoción encendió una pequeña sonrisa ante su fácil aceptación, y Arbela deseó fervientemente que el padre del muchacho se ocupara pronto de sus clases de equitación.

El aroma del pan recién horneado y la cerveza especiada los recibió en la puerta del salón. El vapor rodaba por encima de los cuencos de gachas, enviando fragancias de canela y anís que se mezclaban con los demás olores de la cocina. Arbela suspiró. Le había llevado tiempo convencer a la cocinera de que estas especias podían usarse libremente y no se guardaban para ocasiones especiales. Puso una generosa capa de mantequilla en sus cuencos de gachas y en los de Bram, y luego añadió una buena porción de frutos secos.

—¿Os gustan? —Bram miró el suyo con escepticismo. Señaló con la cabeza la fruta arrugada.

—Sí. ¿A vos? —Arbela lo miró sorprendida.

—Teníamos algunas, pero no duraron el invierno. —Bram se encogió de hombros.

Estudió al niño mientras comía sus gachas. Delgado, enjuto. ¿Activo?

¿O mal alimentado? Las palabras de Caelen volvieron a ella.

«El azote que mató a vuestro padre y hermano casi devastó mi clan…»

La aflicción que había oído llamar *mezils* había golpeado al final del verano. ¿No habían recogido sus cosechas?

El corazón de Arbela se conmovió por el muchacho. Era huérfano de madre, se enfrentaba a un clan cada vez menos numeroso y con suministros limitados. El padre de su difunta madre no era un hombre de fiar, si creía a Caelen. Y no podía imaginarse ser el centro de tantos conflictos personales.

Resopló levemente, de repente divertida con el pensamiento. Cada vez que había visitado a la familia de su madre, se había enfrentado a la posibilidad de un ataque de los sarracenos -y de ser

vendida como esclava- y su existencia cotidiana había dependido de la capacidad de su familia para

defenderse. La muerte era una realidad con la que había lidiado toda su vida. Aunque siempre había confiado y contado con toda su familia, algo que Bram no podía hacer.

—¿Qué os gustaría hacer mientras esperamos a vuestro padre? —

Estaba decidida a darle unas horas de despreocupación.

—¿Podemos salir a jugar con Toros y Garen? —Tragó saliva rápidamente y miró a los perros con esperanza.

—No están precisamente acostumbrados a jugar. Son *aidi*, buenos cazadores y criados para proteger ovejas.

—¿Como el perro pastor *colley* de mi padre?

—No exactamente. Pueden pastorear ovejas, pero son mejores protegiendo el rebaño contra los animales salvajes.

—¿Como los lobos?

—O quizá leones… u osos. —Sonrió.

—¿Qué es un león? —Frunció el ceño, perplejo.

—Terminad las gachas y os hablaré del enorme gato con una melena de cabello que le rodea el cuello.

—¿Una melena? ¿En un gato? —Bram sonrió.

—Comed. Los cuentos especiales son mejores con el estómago lleno.

—Arbela señaló su cuenco medio vacío.

—Os lo estáis inventando —protestó brevemente, pero sonrió y

engulló un puñado de gachas sobre un trozo de pan, el bocado amenazaba con escapársele por los bordes de la boca.

Arbela hizo un gesto a una camarera para que recogiera la mesa y fingió no darse cuenta cuando Bram le pasó un puñado del grueso pan a Toros, que esperaba ansioso bajo el banco. Los llevó a sentarse junto a la gran chimenea. Sacó un palo a medio quemar de las brasas y lo dejó con cuidado a un lado para que se enfriara. Bram se acomodó junto a ella, mientras Toros y Garen tomaban asiento a su lado.

—¿Habéis visto alguna vez un león, Bram?

—No. No sé lo que es un león. —El niño negó con la cabeza.

Arbela envolvió el extremo no quemado del palo con una servilleta de lino de la mesa y lo cogió. Con pinceladas rápidas, utilizó el extremo quemado para dibujar una leona rudimentaria sobre una de las piedras del hogar.

—Parece un gato grande. No tiene melena. —Bram se acercó sigilosamente.

—Ah, pero el león *no siempre* tuvo melena.

—¿No la tenía? ¿Cómo la consiguió, entonces? —Los ojos de Bram se abrieron de par en par.

—Bueno, el león es un animal grande, más grande que un lobo y tan fiero como un oso. Por eso se le conoce como el rey de todos los animales.

Pero un día, un caballo llegó brincando al territorio del león, sacudiendo la cabeza y diciendo a todos los demás animales lo grandioso que era tener una melena.

—El león pensó que la melena era espectacular y decidió que quería una para él. Anunció a los animales que le proporcionarían

a él -su rey- una melena. Los animales estaban muy descontentos. ¿Cómo iban a darle una melena a león? Lo discutieron entre ellos y, a la mañana siguiente, se acercaron al león con todo tipo de hojas y ramitas, y se la colocaron alrededor de la cabeza, utilizando barro para que se pegara. —Trazó unas líneas gruesas alrededor de la cabeza del león y dibujó unas cuantas hojas para darle un toque más ridículo. Bram soltó una risita.

—¡El león estaba encantado! Tenía una melena… ¡y era mejor que la del caballo! Se paseaba presumiendo de su nueva melena. Y parecía gloriosa, hasta que el barro se secó y esta se cayó. —Arbela agitó los brazos en el aire y frotó su dibujo con el paño, borrando las ramitas y las hojas.

Luego dejó caer las manos sobre el regazo y guardó silencio.

—¿Qué ha pasado? ¿Se enfadó el león? —Bram se acercó.

—Sí. ¡Estaba MUY enfadado! Rugió y rugió y se precipitó en tal estado, que chocó de cabeza contra un árbol de hermosas, sedosas y doradas hojas.

—¿Qué ocurrió entonces? —La mirada de Bram siguió sus manos mientras dibujaba una melena fluida alrededor de la cabeza y el cuello del león.

—Golpeó el árbol con tanta fuerza que se le cayó encima. Todos los animales corrieron a ayudarle, pero él se arrastró desde debajo del árbol y se sacudió para librarse del dolor de cabeza. —Arbela se sentó sobre sus talones para contemplar su obra de arte.

—¿Las hojas doradas se cayeron?

—No. Milagrosamente, se le quedaron pegadas. El león estaba tan orgulloso que sacudía la cabeza una y otra vez, sólo para sentir el barrido de su gloriosa nueva melena. Y como león es, por supuesto, el rey de los animales, todo el mundo sabe que su melena dorada es la marca de la realeza.

—¡Qué buena historia! Cuéntame otra. —Bram rio.

—¡Arbela!

La joven levantó la vista cuando Alejandro la llamó por su nombre. Su mirada encapuchada la hizo detenerse.

—¿Qué sucede, Alejandro?

—Padre desea hablar con vos en su solar. Puedo ver a Bram. Parece que Toros y Garen lo vigilan bien. —Sacudió la cabeza, con una sonrisa en los labios.

—No necesito un guardia. Tengo cinco veranos y soy valiente. Los perros protegen a las ovejas.

—Ciertamente lo hacen. Pero vi a uno hacer que Arbela se cayera de culo el otro día. —Alejandro asintió.

—¡Contádmelo! —cacareó Bram.

Arbela puso los ojos en blanco y se dirigió al solar del lord.

—¡Muchachos!

Arbela apoyó una mano en la puerta cerrada y golpeó suavemente.

Una voz la invitó a entrar, pero no era su padre. Un destello de cautela la recorrió. Abrió el panel, pero no entró en la habitación. La luz de la chimenea y de un gran candelabro iluminaba la habitación, y ella se quedó mirando a la única persona que había dentro.

—Vuestro padre ha salido —dijo Caelen—. Pero creo que deberíamos hablar antes de que vuelva.

—¿Oh? ¿Qué tenemos que discutir? —Arbela arqueó una ceja.

CAPÍTULO 10

Mareado, como si acabara de comprar el semental lusitano -y hubiera gastado mucho más oro del que tenía derecho a gastar-, Rafaelen sorbió un vaso de cerveza caliente mientras esperaba a que Alejandro regresara con Arbela.

La joven llegó al umbral, vestida como al amanecer en el campo de tiro con arco. Su elección de los *trews* de cuero y el chaleco sobre la túnica rosa pálido aún le sorprendía. El cuero flexible se ceñía a sus generosas formas, ajustándose a su esbelta cintura entre el pecho y las caderas. El cabello negro le llegaba hasta las caderas y brillaba como el ala de un cuervo, la trenza era más gruesa que su muñeca. Su piel morena y sus labios carnosos bajo unos ojos oscuros y rasgados contribuían a su aspecto exótico.

—¿De qué podríamos hablar? —Su expresión permaneció fría y distante.

—Estáis encantadora, Arbela. —Caelen se esforzó por encontrar las palabras y el tono adecuados para convencerla de que debían casarse.

La muchacha frunció el ceño y Caelen ocultó su ceño fruncido. ¿No podía aceptar su cumplido? Ruthie los había buscado sin cesar. Centró su atención en el anillo del pulgar de la arquera, que ella frotaba distraídamente. Era algo que nunca había visto. Tal vez podría estudiarlo más de cerca, más tarde.

—Hoy habéis lanzado bien. —Eso debería complacerla. Pero sus ojos se entrecerraron y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Qué queréis decir? —Su voz resonó, suave como la seda.

Caelen apoyó las manos en el cinturón, pero se dio cuenta de que la dominaba, y eso no generaba la actitud agradable que buscaba. En lugar de hacerla retroceder o agachar la cabeza en señal de deferencia, su única respuesta fue inclinar la barbilla para mirarlo fijamente. No deseaba aprobarla, pero una pequeña parte de él lo hizo.

«Es una muchacha fuerte».

—Tal vez deberíamos ir donde no nos molesten. —Hizo un gesto hacia la puerta.

—Esperaré aquí a mi padre. —Su barbilla adoptó un ángulo obstinado.

—No volverá hasta que haya hablado con vos. —Volvió a señalar la puerta.

—¿Oh? ¿Por qué? —Se negó a moverse.

—Lo que quiero deciros es privado. —Su tono rígido le molestó, pero se contuvo.

—Tengo que llevar a Voski a un prado. Quizá podáis acompañarme. —

Arbela le dirigió una mirada interrogante. Entonces, le guio por el pasillo.

Cruzaron el salón y Caelen observó que Bram charlaba animadamente con Alejandro y señalaba una piedra cerca del hogar. Los perros que Arbela había traído antes se fijaron en ella. Con un movimiento de la mano, atrajo a uno de los perros a su lado. El otro permaneció junto a Bram y Alejandro.

—¿Por qué traéis a uno de los perros con vos?

—Me protege. Si no le permitiera venir, no estaría contenta. —Arbela miró al perro, con un pelaje rico en colores que iban del dorado oscuro al rojizo y un poco de negro. Tenía la cabeza un poco más alta que la rodilla de Arbela. Era musculoso y atlético.

—¿El otro no está preocupado? —Miró al perro de pelaje negro sentado junto a Bram.

—Está protegiendo a Bram. —Arbela echó un vistazo por encima

del hombro.

—¿Qué clase de perros son?

— *Aidi*. Se crían para guardar rebaños de ovejas y otros animales. Son feroces, leales y muy inteligentes, y tienen un olfato excelente para rastrear.

—Acarició cariñosamente la cabeza del perro—. He criado a esta pareja desde que fueron destetados.

Arbela tenía un don con los caballos, los perros y, al parecer, los niños.

Sólo esto ya era más de lo que Ruthie había aportado a su matrimonio. En silencio, terminaron el corto paseo hasta el establo.

—Gracias por hacer compañía a mi hijo mientras hablaba con vuestro padre.

—Es un muchacho encantador. Disfruté de nuestro tiempo juntos. —

Arbela cogió una cabezada de seda de un perchero cercano a la puerta.

—Vos también sois un joven encantador, *Voski-jan*. —Abrió la mitad superior de la puerta y el semental dorado asomó la cabeza al salón. Los labios de Arbela se curvaron en una sonrisa y acarició el brillante pelaje.

Caelen se maravilló ante el trato firme y despreocupado que Arbela daba al caballo que se alzaba sobre ella. Su cabeza, llevada en alto sobre un cuello largo y esbelto, reforzó la opinión de Caelen sobre el temperamento del animal, y parpadeó sorprendido cuando la bestia mordió la manga de Arbela y no recibió más que una reprimenda murmurada por su comportamiento. Arbela le

acercó la cabeza al pecho, le pasó la cabezada por las orejas y soltó el pestillo de la puerta.

El semental salió disparado de su cuadra, haciendo ademán de luchar contra el control de una mera brizna de muchacha. Bajó la cabeza hacia el suelo y luego se levantó sobre sus patas traseras antes de dignarse a pararse en cuatro patas como debería hacerlo un caballo. Sus excentricidades hicieron que Arbela simplemente se apartara de su camino, permitiéndole bailar en el extremo de su correa hasta que hubo descargado su exceso de energía.

—Necesita hacer ejercicio todos los días. —Sonaba como una madre indulgente.

—Mis ponis no son muy activos. Son robustos y fiables. —Caelen se mantuvo cuidadosamente fuera del alcance de los cascos danzantes.

—Voski es audaz, valiente y feroz. Sin embargo, es un príncipe con hijos. Lo creáis o no, puede ser bastante gentil. —El rostro de Arbela se suavizó al contemplar al caballo—. Los de su especie fueron criados en las montañas del desierto, y ninguno se compara con su tamaño, fuerza, velocidad o belleza.

Caelen miró al semental mientras Arbela lo conducía a un prado. Se ocupó del caballo, murmurándole en un idioma desconocido, antes de soltarlo. Voski voló por el pequeño campo, con la cola en alto y el pelaje resplandeciente con un brillo que Caelen nunca había visto en un animal.

Semejante al brillo de una pieza de oro de valor incalculable, cada cabello parecía vibrar de luz.

Volviendo a su propósito, Caelen miró a su alrededor en busca de inspiración, fijando su mirada en un parche de pequeñas flores blancas cerca de la base de un árbol. Rápidamente se agachó y arrancó varios tallos,

enroscándolos juntos, con sus caras cremosas agrupadas en un pequeño ramo. Cruzó la puerta del prado y extendió su ofrenda del bosque.

—Para vos, *milady*.

Arbela le dirigió una mirada desconcertada, que no contenía ni una pizca de inquietud femenina.

—¿Qué es esto, Caelen? —Sus ojos oscuros parpadearon.

—Deseo hablar con vos. —Luchó por evitar el gruñido en su voz.

—Entonces os pido que habléis claro.

—Os he felicitado y ofrecido flores. —El tono de Caelen se detuvo justo antes de quejarse—. A otras mujeres les gustan esas cosas.

—Estoy segura de que os habéis dado cuenta de que no soy como las demás. —Levantó la barbilla.

Caelen sintió un tirón en el pecho, pero lo ignoró con irritación. Esto no avanzaba como él pensaba.

—¿Sólo queréis que os hablen claro? ¿Como si fueseis un hombre?

—¿Por qué los hombres piensan que sólo ellos pueden hablar así? No tengo motivos para llevaros con palabras bonitas, y me atrevería a decir que vos no tenéis motivos para jugar a eso conmigo.

—No tengo verdadero derecho a hablaros de tales cosas, pero os ruego que escuchéis mis palabras antes de responder. —Caelen dejó las flores a un lado.

La muchacha asintió y se apoyó en la valla.

—Deseo que os caséis conmigo. —Caelen ordenó sus

pensamientos y habló sin rodeos.

Arbela lo miró boquiabierta, con la cabeza desorientada. Apenas unos meses antes había recibido una declaración de amor de un joven al que quería como a un hermano, y ahora se enfrentaba a una oferta de matrimonio de un hombre al que acababa de conocer y al que había retado a duelo. Nada en su vida la había preparado para tales acontecimientos, pues estaba segura de que aquellas palabras no estaban destinadas a ser respondidas con espadas o flechas de fuego.

Nerviosa, un estado incómodo para ella, buscó a tientas las palabras que necesitaba. No sólo no deseaba un marido, sino que tampoco quería atarse a *ese* hombre.

—¿Es por esto por lo que queríais hablar con mi padre? —Su lengua se soltó.

—No. No habíamos terminado de hablar de la alianza. Fue él quien mencionó el matrimonio. —Caelen la miró de reojo.

El corazón le retumbó en el pecho.

«¿Padre ya planea mi compromiso?»

—Si ha hablado sinceramente de mí, sabéis que no busco de buen grado la autoridad de un marido, ni soy una mujer obediente. —El pánico amenazaba. Tragó saliva, haciendo a un lado el miedo.

—Ni él ni vos habéis dado nunca esa impresión. —Una comisura de la boca de Caelen tembló, pero sus ojos permanecieron impasibles.

—Entonces, ¿qué hay en mí que os dé motivos para pensar que me queréis como esposa?

—Sé que no deseáis casaros. Sin embargo, el destino de una mujer es casarse, formar una alianza entre clanes, dirigir un hogar, tener

hijos.

—¿Esto es para establecer el vínculo entre nuestras familias? ¿No seré más que un recordatorio de que nuestros clanes permanecerán fieles? —

Arbela captó la astucia que se desprendía de las floridas palabras de Caelen.

El resentimiento sustituyó a la consternación y Arbela rechinó los dientes. Garen gimoteó a su lado y Arbela supo que su hostilidad molestaba al perro. Le acarició la cabeza peluda y el perro se calmó.

—Parece que vuestro padre se preocupa más por vos. También vuestro hermano, si hemos de creer sus palabras de advertencia. —Caelen también parecía ansioso y se pasaba la palma de la mano por la nuca.

—¿Qué ha dicho Alejandro? —La curiosidad llamó su atención.

—Advirtió que me destriparía como a un pez si llegaba a maltrataros.

—Lo dice en serio. —La opresión en su pecho se relajó.

—Oh, sí, lo dice en serio. Muchacha, no se me ocurren dos personas menos propensas a casarse que vos y yo. Mi primera esposa no era una mujer agradable, y no volvería a atarme a una vida así. Sin embargo, vos y yo tenemos algo que el otro quiere.

—¿Eh? —A pesar de su convicción de lo contrario, sus palabras le inspiraron el deseo de escuchar más.

—Entre nosotros, tendríamos un matrimonio sólo de palabras. Yo no busco esposa y vos no buscáis marido. Sin embargo, necesito una mujer que cuide de Bram y su nodriza es anciana. Parece que le agradáis. También necesito una mujer que dirija mi casa, que

atienda los deberes en ella. Y

vuestro padre ha prometido una alianza entre nuestros clanes, así como

hombres y herramientas para ayudar a reconstruir la fortaleza y proteger mis fronteras.

—Vaya trato, lord MacKern. ¿En qué me beneficia? —Hizo una pausa, y Arbela consideró sus palabras.

—No os exigiría nada. Seréis libres de vestiros y actuar como queráis.

Os casaríais como quisierais y os aseguraríais el futuro. No os equivoquéis, hay pocos hombres que permitirían tales libertades una vez que los votos fueran pronunciados. Mi tierra no está tan lejos como para que no podáis visitar a vuestro padre cuando queráis, aunque os exigiré que cuidéis y protejáis a Bram.

—¿Me casaría y, sin embargo, sería libre de hacer lo que quisiera? —

Arbela soltó un pequeño suspiro.

—Ante todo, protegeríais a Bram. Sabéis que su madre quiere separarlo de mí. No quiero que el muchacho sea encerrado en el castillo, pero no puede haber ninguna posibilidad de que MacGillonay secuestre al niño.

—Y no le llenaréis la cabeza con nada que no sea cristianismo. —La mirada de Caelen pasó de seria a penetrante.

—¿Cuestionáis mi fe? —La acusación implícita pilló desprevenida a Arbela.

—No puedo preocuparme por la forma en que os vestís, siempre que sea modesta, pero vuestra apariencia no es como la de otros

cristianos de aquí. No permitiré que Bram sea criado como un sarraceno. —Hizo un leve gesto con la cabeza hacia su ropa.

—He caminado por las mismas calles que una vez pisó nuestro Señor.

De niña, fui bendecida por el Obispo de Antioquía, y he tocado Reliquias Sagradas. Mi padre luchó junto al rey Ricardo para recuperar la ciudad de Jerusalén y estuvo presente cuando Saladino y el rey Ricardo establecieron una tregua. El país de mi madre es una de las naciones cristianas más antiguas del mundo, y la primera en adoptar el cristianismo como religión.

¿Cómo os atrevéis a cuestionar mi fe? —La furia brotó de su boca antes de que pudiera detenerla—. No pienso casarme con vos. —Caelen no respondió, y las lágrimas punzaron el fondo de los ojos de Arbela, calientes y orgullosos.

—No pretendía faltaros al respeto, pero sois extranjera para mí. A pesar de que vuestro padre es escocés, habéis sido criados de forma muy

diferente a todo lo que he conocido o imaginado. No os pido nada más que vuestra palabra de que protegeréis a mi hijo, mantendréis mi hogar en buenas condiciones y educaréis a Bram de forma cristiana. —Caelen miró hacia el prado mientras Voski se acercaba trotando.

Con el corazón acelerado, Arbela trató de calmar sus manos temblorosas acariciando el cuello de Voski. Caelen decía la verdad. Si su destino era casarse, ¿cómo podía hacer algo mejor que casarse por el bien de un niño que necesitaba una madre y cuyo padre no quería más que un acuerdo comercial?

—Si acepto… —Su voz se quebró, reacia a dar ese tremendo paso. La tentación de un matrimonio sólo de nombre era poderosa. En lugar de ser propiedad de un hombre, sujeta a sus caprichos y encadenada a los papeles tradicionales que se exigían a las

mujeres, sería libre de seguir su vida como quisiera.

Y Bram. Qué niño tan encantador. ¿No sería una bendición entrar en la vida del infante en un momento en que todavía necesitaba el toque de una mujer, pero también se beneficiaría de sus conocimientos como guerrera?

Al oír hablar a MacKern, probablemente vivía en una choza. Nada más que un montón de piedras, como las muchas casas torre por las que habían pasado a lo largo de la costa una vez que navegaron hacia esa tierra llamada Escocia a la que, al parecer, el sol había abandonado.

Aunque su casa de Batroun estaba bien cuidada, no se parecía en nada a la extensa mansión de los MacLean. Arbela no necesitaba tantos sirvientes ni tanto espacio. De hecho, encontraba la atención bastante sofocante. Una casa más modesta no le supondría ninguna dificultad.

Caelen obviamente deseaba su aprobación -y probablemente su padre también-, lo que la ponía en posición de negociar.

—Si estáis de acuerdo, celebraremos la ceremonia durante el próximo mes. Pasaréis a formar parte de mi familia y yo seré conocido como vuestro esposo. Seremos educados en público y nos veremos poco en privado. Si tenéis alguna duda, no dudéis en contármela. —Caelen interrumpió sus pensamientos.

—Si estoy de acuerdo, también tendré garantías de vos.

La expresión de Caelen se volvió cautelosa, pero asintió brevemente.

—Cumpliréis vuestra promesa de permitirme vivir como quiera.
—

Arbela comenzó su lista.

El lord volvió a asentir y se giró ligeramente, con un perfil severo. Las mejillas de Arbela se encendieron al pensar en su siguiente pregunta, pero la formuló de todos modos.

—¿Esperáis hijos fruto de este… acuerdo?

—No. —Giró sobre sí mismo, con los ojos tapados y el rostro inexpresivo.

Si bien la joven no tenía grandes deseos de ser madre, la rotundidad de su negativa le produjo un dolor en el corazón. Los sueños de tener algún día un hijo propio, aunque fugaces, siempre habían aparecido como una certeza en un futuro lejano. Oír que esos sueños nunca se harían realidad la dejó intranquila. ¿Podría cambiar esto por toda una vida de seguridad de que su vida sería suya? Entonces, miró fijamente al hombre que deseaba casarse con ella, pero vivir una vida separada. Una visión de los problemas que podrían surgir la alertó.

—Juraréis que nunca actuaréis de forma que me avergoncéis ante vuestro pueblo o vuestro hijo. No oiré rumores de otras mujeres que luchen por ocupar mi lugar, ni os juntaréis con mujeres de dudosa reputación en mi presencia.

—¿No podéis acordar una alianza comercial, pero pensáis prohibirme las comodidades que yo elija?

La cautela se tiñó de confusión. Lo que sabía de hombres y mujeres lo había sacado de las historias que se contaban en los aposentos femeninos. Y

aparte del inesperado beso de Felipe, ningún conocimiento real. ¿Cuánto podía negociar?

—He vivido en tiendas y palacios, y sé cómo se extienden los cotilleos. No seré deshonrada por vos o por la forma en que otros murmuran. Ya que me mantendréis célibe, espero que no me deshonréis.

El rostro de Caelen se ensombreció y, por un momento, Arbela se preguntó si había ido demasiado lejos. Pero aún no era su esposa, y empezaría esta alianza con sus expectativas bien establecidas. Giró sobre un tacón, luchando con su decisión.

—No hablaremos de esto con nadie.

—No debería haber ninguna razón para hacerlo. —Arbela asintió.

—De acuerdo. —La miró, con el ceño fruncido y los ojos brillantes.

Le tendió una mano y ella la estrechó con firmeza.

CAPÍTULO 11

—Oh, Arbela. *Barev*, *dustry* [Hola, hija].

Caelen levantó la vista al oír las palabras de Donal, cuya cadencia resultaba extraña a sus oídos. El lord MacLean sonrió cuando su hija entró en el salón para la comida del mediodía. Obviamente, se había tomado su tiempo para refrescarse y ponerse ropa limpia desde que Caelen se había separado de ella hacía más de una hora. Tan exótica como siempre, su pesada túnica de brocado rosa brillaba con las perlas cosidas entre los bordados plateados. Un largo pañuelo del mismo color brillante se anudaba a su cuello, un complemento perfecto para su cabello oscuro como la noche, que se mantenía alejado de su rostro con una curva de plata entretejida, y una gran piedra rosa descansaba sobre su frente.

— *Barev*, *hayry* [Hola, padre]. —Sonrió a su padre.

— *Barev*, lord MacKern. —Donal inclinó la cabeza hacia Caelen. Sus ojos castaños brillaron, pero lo saludó con suficiente cortesía.

A continuación, Donal los condujo a la mesa principal, sentando a Arbela inmediatamente a su izquierda y a Caelen junto a ella. Algunas cejas se alzaron cuando Arbela ocupó su lugar junto a su

padre, y Caelen asumió una posición de poder dentro de la familia.

De pronto, Alejandro entró en el salón, Bram saltaba a su lado y el perro negro le pisaba los talones. Bram levantó la vista y, soltando la mano de Alejandro, cruzó la sala corriendo hacia Caelen.

—¡Padre! Os he encontrado.

—¿Habéis obrado bien con Alejandro? —Su satisfacción era contagiosa, y Caelen se permitió una breve sonrisa.

—¡He obrado muy bien! ¡Alejandro dijo que, si lo hacía, me daría de comer su empanada con frutas del bosque! —Bram sonrió, se subió al regazo de Caelen y se agitó mientras observaba la mesa —. Vamos a comer empanadillas de bayas, ¿no?

Caelen desplazó a Bram con suavidad, pero con firmeza al asiento vacío de su izquierda. El niño se sentó un instante antes de ver a Arbela, se arrodilló en la silla para poder sentarse.

—¡Hola, Bela! —Su susurro fue lo bastante alto como para llegar a cualquier oído de la mesa del lord. Arbela se echó hacia atrás y le dedicó una sonrisa de satisfacción.

—Hola, *Bram-jan*. —Le guiñó un ojo.

—Alejandro dijo que podía comer su empanada. ¿Cook hizo alguna?

—Bram se retorció, inclinándose más sobre la delgada barandilla de madera.

—No molestéis a *lady* Arbela, muchacho. Si Cook hizo empanadas, podéis tomar una. —Caelen miró fijamente la rebelión angustiada en los ojos de su hijo mientras disipaba la esperanza de porciones extra de las codiciadas empanadas de bayas—. Sentaos, niño. —Bram se desplomó en la silla y se enderezó ante la mirada de reproche de Caelen.

A su alrededor, la gente empezó a comer. El apetitoso aroma de las suculentas carnes llenaba el aire, mezclado con el atrevido aroma a levadura del pan fresco. Coloridas verduras flotaban en diversas salsas, y alimentos que Caelen no podía nombrar adornaban las fuentes de la mesa del lord.

—¿Qué es eso, padre? —Bram se sentó más erguido, observando la inusual oferta. Señaló unas pequeñas pelotas que podrían haber sido de carne, aunque parecían haber sido espolvoreadas con arena antes de cocinarlas.

—Venid a sentaros conmigo, *Bram-jan*. Os hablaré de la comida. —

Arbela hizo un gesto con la mano.

Con una rápida mirada hacia Caelen, Bram se deslizó de su asiento y se subió a la silla de Arbela. Tan discretamente como pudo, Caelen prestó oídos a la tutela de Arbela.

—Esto se llama falafel. Se hacen con habas y especias, y luego se fríen hasta que estén crujientes. —Seleccionó una de las pequeñas pelotas de la fuente y la colocó en su plato.

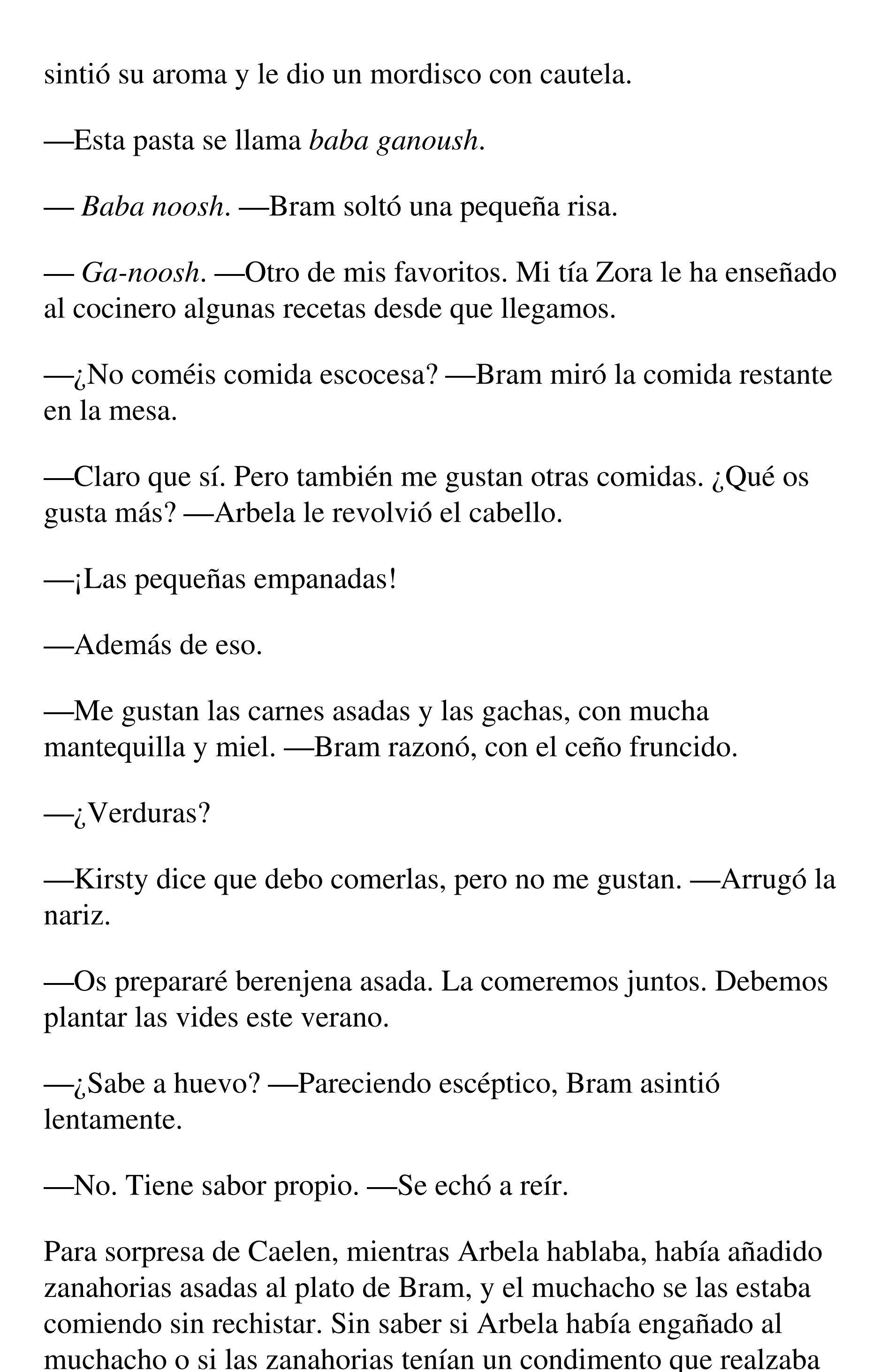
Luego partió una por la mitad y se la comió, animando a Bram a probar la otra mitad. El muchacho le dio un mordisco y lo masticó despacio, con una expresión de curiosidad en el rostro.

—Creo que me gusta. Es diferente.

—Es uno de mis favoritos. Puede que cada vez os guste más. —Arbela se rio, sacó un poco de pasta de un cuenco que había en el centro. Tomó una pequeña porción de lo que parecía ser un pan plano, lo mojó en la pasta y se lo dio a Bram.

—Probad esto y os diré el nombre.

—Creo que a mí también me gusta. El pan está delicioso. —Bram


sintió su aroma y le dio un mordisco con cautela.

—Esta pasta se llama *baba ganoush*.

— *Baba noosh*. —Bram soltó una pequeña risa.

— *Ga-noosh*. —Otro de mis favoritos. Mi tía Zora le ha enseñado al cocinero algunas recetas desde que llegamos.

—¿No coméis comida escocesa? —Bram miró la comida restante en la mesa.

—Claro que sí. Pero también me gustan otras comidas. ¿Qué os gusta más? —Arbela le revolvió el cabello.

—¡Las pequeñas empanadas!

—Además de eso.

—Me gustan las carnes asadas y las gachas, con mucha mantequilla y miel. —Bram razonó, con el ceño fruncido.

—¿Verduras?

—Kirsty dice que debo comerlas, pero no me gustan. —Arrugó la nariz.

—Os prepararé berenjena asada. La comeremos juntos. Debemos plantar las vides este verano.

—¿Sabe a huevo? —Pareciendo escéptico, Bram asintió lentamente.

—No. Tiene sabor propio. —Se echó a reír.

Para sorpresa de Caelen, mientras Arbela hablaba, había añadido zanahorias asadas al plato de Bram, y el muchacho se las estaba comiendo sin rechistar. Sin saber si Arbela había engañado al muchacho o si las zanahorias tenían un condimento que realzaba

su sabor, Caelen añadió unas cuantas a su plato. Se le hizo la boca agua con el aroma que desprendía y probó un bocado.

Maravillosos sabores llenaron su boca, nariz y garganta. Ligeras y vagamente dulces, con sabor a nuez y quizá ligeramente amargas, las inusuales especias le sorprendieron. Echó un vistazo al plato de Bram, el cual estaba vacío.

—¿Con qué condimentáis las zanahorias? —Llamó la atención de Arbela con la punta del cuchillo.

—Cilantro, comino e hinojo, sobre todo. Y miel. ¿Os gusta?

—No tenemos esas especias en Dunfaileas. —Asintió.

—Las traeré. ¿Dunfaileas es vuestro hogar?

«Nuestra casa», pensó, pero decidió no decirlo.

—Sí. Es el nombre de *nuestro* castillo.

—¿Qué significa? —La voz de Arbela, aunque suave, sonaba ansiosa, y Caelen recordó que Alejandro había mencionado que hablaba varios idiomas.

— *Dun* significa «fortaleza». *Faileas* significa «reflejo». El castillo está al borde del Loch Linnhe y se puede ver su reflejo en el agua.

—Suena encantador. —Su cabeza se inclinó ligeramente.

La silla de Donal rozó el suelo de piedra cuando se puso en pie. Caelen y Arbela levantaron la vista y el fugaz momento de acuerdo desapareció.

Lord MacLean levantó la copa y la luz de las velas reflejó el brillo de la plata. Las conversaciones en el salón se detuvieron cuando la gente le prestó atención.

—He disfrutado viviendo de nuevo entre vosotros durante el

último mes y más, mi clan. Como el hijo menor, busqué fortuna en la lucha hace años. Farlan y yo tomamos la cruz y viajamos a Outremer con el rey Ricardo. Después de que el rey Ricardo abandonara Tierra Santa, Bohemundo IV de Antioquía aceptó nuestro servicio, otorgándome el título de barón de Batroun. Viví en el castillo de Mseilha, en el camino entre Trípoli y Beirut, en el paso de San Guillermo, hasta que recibí la noticia del fallecimiento de mi padre y mis hermanos. —Echó un vistazo a la sala—.

Reconozco a muchos de vosotros y me apena darme cuenta de que ya no están presentes los rostros que me conocieron de muchacho. He pasado las últimas semanas familiarizándome de nuevo con los asuntos del clan y permaneceré abierto a sugerencias o a escuchar las dificultades que podáis tener. Es un honor y un privilegio servir al clan MacLean. —Los puños retumbaron sobre las mesas de madera en una cadencia de aprobación y las voces retumbaron en voz baja. Donal hizo una pausa y volvió a hablar cuando el ruido se disipó—. Una alianza que deseo anunciar esta víspera es la que existe entre los clanes MacLean y MacKern, formalizada mediante el matrimonio entre mi hija, Arbela, y Caelen, lord MacKern.

El corazón de Caelen se estremeció al mirar a la mujer que tenía a su lado. A pesar de haber declarado lo contrario y de estar seguro de que nunca volvería a casarse, estaba a punto de desposar a Arbela MacLean. La inquietud se extendió por sus venas, curvándole los dedos de los pies. En

ese instante, vinieron sobre él recuerdos, quejas estridentes, acusaciones sollozantes y la mujer a la que una vez había amado rechazándole a él, sus caricias, su hijo.

Caelen negó con la cabeza. Esta vez se trataba de un acuerdo comercial. No había expectativas más allá de dos personas que ocupaban puestos que los beneficiarían a ambos y que no requerían nada de ninguno de los dos más allá de un discurso distante y cortés cuando surgía la necesidad. Caelen no quería

nada más de Arbela, y ella había dejado claro que no esperaba nada de él, excepto que la dejara en paz.

Eso debería ser bastante fácil.

Una sacudida tan alarmante como el repentino estruendo de un martillo tensó los músculos de Arbela. ¿Cómo había llegado a aceptar aquel matrimonio? Caelen MacKern era un escocés, un bárbaro, un hombre que no la necesitaba más allá de sus habilidades para administrar su casa y a su hijo. Su mirada se centró en Bram y algo en su interior se ablandó. Una familia ya hecha. Era libre de seguir viviendo su vida como quisiera, sin ser condenada por su estilo de vestir preferido o por sus habilidades poco femeninas. Sin más condena que el ceño fruncido y los ojos entrecerrados del hombre que pronto se convertiría en su marido. Su señor y maestro.

El recuerdo de un dulce beso, robado en un balcón de Trípoli, cruzó su mente. Felipe había dicho que la amaba, y aunque no había estado dispuesta a explorar sus palabras, nunca sabría lo que su amor podría haber significado para ella. Si las cosas hubieran sido diferentes, si ella y Felipe se hubieran casado, ¿habría insistido este en que abandonara su vida de guerrera? ¿Convertirse en esposa, en madre?

«¿No lo veis? Esta podría ser una oportunidad para crear una mayor unidad en el norte». Sus palabras a Felipe volvieron para burlarse de ella.

En lugar de seguir a su corazón, Felipe se había convertido en un peón, promoviendo una alianza contra los turcos. Y ella, Arbela, uniría a los clanes MacLean y MacKern.

Arbela confiaba en que Felipe encontraría la manera de que su matrimonio con la princesa armenia sirviera para lograr la paz. Por su parte, ella se enfrentaba a menos pruebas que él, ya que no despreciaba a los MacKern, sino que simplemente encontraba pocos puntos en común con ellos. Eran escoceses. El pueblo de su

padre, ahora *su* pueblo.

Como Felipe, no era el futuro que había imaginado, pero tampoco la sentencia de muerte que había previsto meses atrás, cuando su padre había retomado la idea de su matrimonio.

—Que seamos bendecidos con paz y una próspera alianza. —Arbela se puso en pie y levantó su copa. Inclinó la cabeza hacia Caelen—.

Orhnut'yunner.

—Bendiciones —respondió su padre, y luego bebió un sorbo de su vino.

— *Orhnut'yunner*. —Alejandro dejó caer el contenido de su copa y una sirvienta la rellenó rápidamente. Se levantó y observó a la multitud—. Mi hermana es una mujer de valor incalculable y Caelen MacKern el más afortunado de los hombres. Que su unión sea bendita. —Hizo una breve reverencia a Arbela—. *Orhnut'yun*.

— *Beannachdan* [Bendiciones]. —Donal cambió las palabras al gaélico y levantó su copa hacia Caelen, que se puso lentamente en pie.

—Es un honor unir nuestros clanes por medio de esta alianza.

Beannachdan air ar taighean [Que haya bendiciones para nuestras dos casas]. —Levantó su copa hacia el pueblo—. *¡Slàinte mhath!* [¡Salud!]

— *¡Slàinte mhor!* —La multitud rugió mientras los vasos tintineaban y el brindis se convertía en el punto final sobre el anuncio y el futuro de Arbela.

El calor de la sala le cortó la respiración, y Arbela se hundió lentamente en su asiento, ocultando sus inestables manos en un pliegue de su pañuelo. Se topó con Bram, que la miraba con ojos

grandes e interrogantes. Luchando por sonreír, Arbela acercó la cabeza a la de él.

—Supongo que vuestro padre no habrá mencionado nuestros planes.

—Lanzó una rápida mirada a Caelen, quien conversaba con uno de los caballeros de su padre.

—No. —El labio inferior de Bram presionó ligeramente hacia delante, indicativo de su angustia.

—No os preocupéis, *Bram-jan*. Vuestro padre y yo hemos acordado casarnos y eso significa que viviré en Dunfaileas.

—No me gusta. —Las cejas de Bram se fruncieron, sus rasgos más enfadados que confusos.

—¿Por qué os oponéis? —Sorprendida, Arbela endureció el rostro hasta formar una máscara suave.

En el rostro de Bram se dibujó una expresión malhumorada y se dio la vuelta. Recogió la cuchara de madera y empujó el resto de la comida sobre el plato, enviando pequeños trozos por encima del borde y sobre la mesa.

—¡Bram! Fijaos en lo que hacéis. —La reprimenda de Caelen sonó baja pero inconfundible a través del estruendo. Bram tiró la cuchara a la mesa y se dejó caer en la silla.

—¿Qué os pasa, muchacho? —Caelen echó la silla hacia atrás. Arbela levantó una mano, deteniendo la reprimenda que seguramente vendría.

—Hay alguna razón por la que no quiere que nos casemos, aunque no ha dicho por qué.

Caelen relajó su peso en el asiento.

— *Lady* Arbela ha aceptado convertirse en mi esposa. —Puso una mano en el hombro de Bram—. ¿Tenéis algo que queráis decir?

Bram siguió mirando su regazo. La suave curva de su mejilla brillaba.

Por su parte, el corazón de Arbela se estrujó.

—¿Por qué os angustia tanto esto, Bram? Creía que éramos amigos.

El niño dio una patada a la pata de la mesa. Caelen carraspeó y Bram se encorvó en su asiento.

—¿Os importaría hablar de esto en el solar del lord? —Arbela señaló la sala contigua al gran salón.

Bram negó con la cabeza, en silencio.

—Tendré una respuesta, Bram —insistió Caelen.

Bram volvió a balancear las piernas, y las punteras de sus botas golpearon suavemente la pata de la mesa.

Arbela sacudió ligeramente la cabeza cuando Caelen abrió la boca.

—Cuando vaya a Dunfaileas, traeré a Toros y a Garen, así como a Voski —murmuró en voz baja y tranquilizadora—. Vos y yo pasaremos tiempo juntos y le daremos a vuestra enfermera la oportunidad de descansar. Me han dicho que mis historias son exactamente las adecuadas para un niño que pronto pasará su sexto verano. —Arbela suspiró mientras Bram seguía rechazando su propuesta—. Vuestro padre y yo tenemos un acuerdo. Creo que tú y yo deberíamos tener uno también.

Bram la miró de reojo.

—A cambio de la diversión que tendremos, espero que cuidéis vuestros modales en la mesa, que probéis al menos dos bocados de

cualquier comida nueva que os ofrezca y que habléis cuando tengáis algo trascendental en mente.

—Padre, si Bela se casa con vos, ¿será mi madre? —Bram se giró en la silla, mirando a Caelen.

—Sí. —Caelen miró a Arbela por encima de la cabeza del muchacho

—. Aunque eso no significa que nos hayamos olvidado de vuestra madre.

—No me gusta. —Bram se puso de rodillas sobre el brazo de la silla y se abrazó a Caelen. Enterró la cabeza contra su pecho.

—Pero ella os agrada, ¿verdad?

Bram asintió, frotándose la cara contra la túnica de su padre.

—Entonces, ¿por qué no queréis que venga a Dunfaileas con nosotros?

Bram miró a Arbela por encima del hombro, con gran tristeza en el rostro. Arbela tragó más allá de un nudo en la garganta, con el corazón herido.

—No quiero que sea mi madre porque mi otra madre murió. —Hipó.

CAPÍTULO 12

Bram había visto demasiadas muertes en su corta vida. Arbela sentía compasión por él, pero no podía prometerle que no moriría. La vida era demasiado incierta para promesas que no le correspondía cumplir.

—Pienso quedarme mucho tiempo, *Bram-jan*. Es probable que os canséis de las lecciones y los modales mucho antes de que yo esté preparada para abandonar esta tierra. Sin embargo, sois un niño

valiente y lo suficientemente inteligente como para saber que la gente no está destinada a vivir para siempre. Seamos los mejores amigos mientras tengamos la oportunidad.

—¿Podéis traer a Ari también? —Permaneció junto al pecho de Caelen, parecía muy joven y frágil. Con un suspiro tembloroso, por fin asintió y se relajó.

—¿Quién es Ari? —Caelen frunció el ceño.

—Ari es un valiente poni que le presenté a Bram esta mañana. Bram no se sentía muy seguro con los caballos y Ari le convenció de que no tenía nada que temer. —Arbela sonrió.

—Me gusta Ari, padre. ¿Puede traerlo? Necesito un poni.

—Depende de vuestro padre, Bram. Pero Ari está muy necesitado de un muchacho que lo cuide. —Arbela envió a Bram una mirada de advertencia.

— *Lady* Arbela y yo lo discutiremos. —Los ojos de Caelen se entrecerraron y puso a Bram de pie—. Id con Rory, ahora. Nos vamos a casa tan pronto como termine aquí.

—¿Venís con nosotros ahora? —Bram miró a Arbela.

—No. Iré dentro de unas semanas, cuando haya arreglado las cosas aquí. Tengo cosas que hacer y gente de la que despedirme. Espero que regreséis para la boda con vuestras mejores galas y un pequeño regalo para mí. —Sonrió con cariño. Sus ojos bailaron con alegría.

—¿Tendréis también un regalo para mí? —La idea apartaba claramente todos los pensamientos sobre la muerte, como Arbela había pretendido.

—Tal vez. Ahora, ocupaos de vuestro padre, y yo pensaré en el primer cuento que os contaré cuando llegue a Dunfaileas. —Se rio.

—Padre siempre cuenta la historia de San Jorge y el Dragón.

—Tal vez yo la cuente mejor. —Se inclinó hacia él.

Bram soltó una pequeña sonrisa y se escabulló al lado de Rory.

—¿Habéis elegido una fecha para la boda? —Donal se inclinó junto a Arbela, metiéndose en su conversación.

—No veo razón para esperar demasiado. No deseo los rigores de una boda formal. —El breve escalofrío de pánico desapareció casi antes de que se sintiera, y Arbela levantó la barbilla para evitar que volviera.

—¿Se lo digo al padre Sachairi en cuatro semanas? ¿En la próxima luna llena?

Más que considerar la planificación que conllevaba una boda, Arbela se dio cuenta de que una luna llena facilitaría el viaje hasta su nuevo hogar.

—Será a tiempo para *Beltane*. —Caelen asintió, obviamente complacido con el momento.

—¿ *Beltane*? ¿Qué es esto?

—Marca el comienzo de la temporada de cultivo. —Caelen le dirigió una mirada de leve irritación y su rostro se sonrojó. Luego se levantó—.

Me ocuparé de las cosas en Dunfaileas y volveré con la luna llena. Es un placer tener una esposa tan bonita.

—Enviaré a Alejandro y a Kade con vos para que evalúen vuestras necesidades. Me informarán para que sepa cómo ayudar mejor a mi futuro yerno. —Donal levantó una mano.

Con una inclinación de cabeza, envió a los dos hombres al lado de Caelen. Alejandro tocó el hombro de Caelen con un golpe jocoso.

—Debo ver el nuevo hogar de mi hermana, ¿sí?

—¡Esperad! —El asentimiento de Caelen para despedirse chocó con la sensación de Arbela de estar incompleta. La joven se puso en pie, pasando junto a la mano extendida de su padre.

Caelen se detuvo a regañadientes, con un cuarto de giro que indicaba claramente su deseo de evitar más conversación. Arbela lo ignoró.

—¿Por qué os agrada nuestra boda al comienzo de vuestra temporada de cultivo? ¿Qué significa *Beltane*?

— *Beltane* significa simplemente «retorno del sol», y es uno de nuestros antiguos festivales, muchacha. Mucho antes de que el hombre

llegara a comprender estas cosas, se creía que el sol era rehén durante el invierno y su regreso se celebraba con fuego y banquetes. —Su pausa los situó junto al amigo más antiguo de Donal, compañero durante toda la Cruzada, y padrino de Arbela y Alejandro, Farlan. El caballero se levantó de la mesa.

—¿Queréis que nos casemos durante una fiesta pagana? —Arbela miró incrédula al que iba a ser su marido.

—No hace daño encontrar un buen motivo para celebrar. Nuestra boda es un excelente motivo, y que el clan lo recuerde como la marca de una nueva temporada no puede ser malo. Hemos visto demasiada maldad últimamente.

Parecía mucho que asimilar. El hombre que le exigía que educara a su hijo cristianamente y que había sido mal informado sobre sus propias creencias, ¿veía ventajas en alinear sus nupcias con rituales paganos?

Arbela lanzó a su padre una mirada desolada.

—Nos regocijaremos en la sagrada unión de nuestros clanes, hija. Y si las casas están decoradas con las flores amarillas de mayo, no nos importará. La iglesia ha ignorado esta celebración de nueva vida y estación de esperanza tras un largo invierno. Nosotros también nos regocijaremos con la promesa de nuevas alianzas. —Donal asintió.

—Habrá un sacerdote cristiano, Arbela. No un druida —advirtió Caelen.

—No cuestionaréis mi fe. Pero me *daréis* permiso para cuestionar la *vuestra*. —¿La había *reprendido*? La cabeza de Arbela giró tan rápido para mirarlo que creyó que se le iba a salir del cuello.

—Se trata de mezclar nuestro pasado con nuestro presente y nuestro futuro —respondió Caelen—. Para muchos es una forma de marcar la nueva estación, de alegrarse de que todas las cosas oscuras han pasado y de que el brillo del futuro está ante ellos. No les neguéis la oportunidad de abrazar una nueva estación de la vida.

—Como queráis. No causaré conflictos en mi nuevo hogar. —Arbela redujo su indignación a un nivel manejable y asintió con dificultad.

—Hasta la luna llena, *milady*. —El ceño de Caelen se frunció con desconfianza. Su breve pausa antes de darse la vuelta no podía interpretarse como una muestra de respeto, pero no dijo nada más. Sus pasos se desvanecieron mientras seguía a Rory y Bram fuera de la habitación.

Arbela aceptó las felicitaciones de los que la rodeaban, forzando una frágil sonrisa en su rostro. Entonces, dos muchachas solteras con las que había entablado una amistad pasajera la condujeron hasta una mesa cercana y se desplomaron sobre los bancos, gorjeando con entusiasmo.

—Tenéis que haceros un vestido nuevo. —Caitriona miró la túnica

de Arbela.

—Creo que sus ropas son preciosas —replicó Agnes—. Y le quedan muy bien —añadió mientras deslizaba con nostalgia la mano por sus delgados contornos. Apartó de su cara un mechón de cabello escandalosamente pelirrojo—. No he visto colores ni bordados así en mi vida.

—Pero ahora es una novia *escocesa* —insistió Caitriona—. ¿Por qué no querría complacer a su nuevo marido escocés?

—No tengo por qué complacer a mi nuevo marido —contestó Arbela de forma distraída, no muy interesada en la conversación de las muchachas, pero incapaz de dejar pasar la observación de Caitriona sin rebatirla—. Soy tan dueña de mí misma como él, y no cambiaré mi ropa -ni ninguna otra cosa- simplemente para complacer a un hombre.

Agnes asintió con ánimo. Caitriona retrocedió, aparentemente escandalizada.

—Entiendo que queráis lucir vuestras joyas —respondió la regordeta hija del senescal del castillo—. Pero ¿no podríais hacerlo de un modo menos…? Un ligero movimiento de dedos indicaba o bien una falta de expresión adecuada o bien condescendencia hacia el adorno de Arbela.

Enfadada al ver que la muchacha que se había hecho su amiga no tenía buena opinión de su aspecto, Arbela se inclinó hacia delante y apoyó los antebrazos en la mesa llena de cicatrices.

—Cuando decida que ha llegado el momento de ponerme un vestido sin forma y que provoque picazón, como vos habéis determinado que es apropiado llevar, lo haré. Hasta entonces, las sugerencias amables y útiles serán apreciadas. Las tácticas arpías y provocadoras, no.

Con un resoplido, Caitriona se levantó del banco. Miró fijamente a

Agnes, que se encogió de hombros y se negó a seguirla.

—Apenas importa lo que ella piense de mí, ya que soy la hija del lord y me marcharé en menos de un mes. —Arbela ofreció a Agnes la oportunidad de reconsiderar su decisión de quedarse.

—No estará de más que la hagáis enojar —agregó Agnes—. Su rango es a menudo lo único a lo que se aferra. Pronto volveré a ser de su agrado, no temáis. Demasiados otros rechazan su amistad.

—No debería luchar así.

—Puede ser considerada cuando lo desea, pero me temo que suele haber un anzuelo oculto en la amabilidad ofrecida.

—¿Qué opináis de mi ropa, Agnes?

—No creo que hagáis caso de mis comentarios si difieren de los vuestros. ¿Por qué lo preguntáis? —Agnes se rio.

—¿Simplemente fingís admirar mi atuendo? —insistió Arbela.

—Ojalá otras personas fueran tan directas como vos. No intento aparentar. Tampoco me limito a protegeros de las peores humillaciones de Caitriona. Admito que me fascina vuestra ropa, pero os sienta bien. —

Agnes suspiró.

—¿Cómo me quedan?

—Están hechos de telas de las que nunca he oído hablar o que sólo he imaginado. La familia del lord era rica. —Agnes paseó la mano por el salón, que era espacioso y contaba con vigas y pilares tallados—. Y algunas de las damas han llevado ropa interior y velos de seda. Sin embargo, el brocado es algo que no había visto antes, ni el forro de vuestra capa, a la que llamáis mohair. Por no hablar de la forma desenfadada en que lleváis las joyas y el oro y

la plata cosidos en los bordados.

—Esas cosas son fascinantes, y vos también, una muchacha nacida de dos mundos. —Encogió los hombros.

—Soy lo menos parecida a vosotras posible. Las mujeres de aquí prefieren un llamativo cabello rojo, piel de porcelana y cuerpos esbeltos. Yo soy baja, con amplias curvas. Mi piel es morena y mi cabello negro como el hollín. Difícilmente vuestro ideal escocés de belleza. —Arbela parpadeó.

—Si me encontrara en vuestra tierra natal, me atrevería a decir que sería un objeto de interés. Pero me sentiría como si sobresaliera como un pulgar dolorido. Ser objeto de curiosidad y cotilleo no puede ser una sensación agradable.

—Venid conmigo a Dunfaileas —declaró Arbela y sus mejillas se calentaron para luego mirar fijamente a Agnes—. Perdonadme. Tenéis lazos aquí. No debería haber dicho eso.

—Me halagáis. Pero decís la verdad, mi familia me necesita aquí. —

Agnes rio alegremente y se ruborizó—. Tengo un pretendiente —confesó

—. Es valiente.

—¿Valiente? —Arbela se aferró a la palabra, con la esperanza de desviar la conversación de su petición sin precedentes de compañía—.

¿Cómo es eso?

—¿Conocéis esta palabra? —preguntó Agnes.

—Sí. Hablaba armenio con la gente de mi madre. Persa de la corte con otros de alto rango. Latín con muchos de la corte de

Antioquía. Pero mi padre hablaba escocés cuando estábamos en privado, al igual que Farlan y Kade. También gaélico, de vez en cuando, aunque sólo sé un poco.

—Hay, entonces, una cosa que sé mejor que vos. Nací hablando gaélico y escocés o, como algunos lo llaman, *inglés*. —Agnes sonrió. Se inclinó hacia Arbela y su sonrisa le llegó a los ojos—. Mi hombre, Dubh, es un buen hombre.

—¿Dubh?

—Es su apodo porque tiene el cabello negro como tú, aunque no es nombre de muchacha.

—Habladme de él —propuso Arbela, un poco fuera de sí, pues nunca se había permitido cotillear sobre un hombre, ni le hacía falta. Pero Agnes despertó su curiosidad.

—Es muy fuerte. —Agnes reprimió una carcajada—. Es capaz de levantarme en brazos, aunque yo no le permitiría *tanta* familiaridad. —Una sonrisa se le escapó—. Sí, lo permití una o dos veces —admitió, con la cara casi del mismo color que su cabello. Miró a su alrededor, pero nadie parecía prestarles atención.

—Se entrena como uno de los soldados de vuestro padre, y tiene mucha agilidad. Pero, en cuanto sus ojos se fijan en mí… —Con un suspiro, Agnes se derritió en el banco—. ¿Nunca habéis sabido lo que dicen los ojos de un hombre cuando os encuentra guapas?

—No. He visto lo que los ojos de un hombre me dicen cuando le he vencido, y antes de enviarlo con Dios. —Sorprendida, Arbela negó con la cabeza.

—Sé que las hijas de los lores no siempre se casan por el placer de una unión. Pero vi a lord MacKern mirándoos fijamente, como si le parecierais

intrigantes. —Agnes posó ligeramente una palma sobre la mano izquierda de Arbela.

—Más bien como si no supiera qué hacer conmigo. No tengo motivos para creer que le interese más allá de mi dote y mi capacidad para poner orden en su casa y cuidar de su hijo —resopló Arbela.

—No. Tenéis su atención. Aunque no creo que sepa qué hacer al respecto. —Agnes sacudió lentamente la cabeza.

Arbela consideró las palabras de su amiga. Si él la encontraba atractiva, como un hombre a una mujer, ¿rompería el contrato que habían hecho en privado? Si la quería como esposa más allá de su nombre,

¿esperaría entonces que se convirtiera en una mujer como las demás de su clan? No valía la pena pensarlo.

—Creo que tendremos un matrimonio feliz. Ha prometido que no intentará cambiar mi forma de vestir ni frustrar mis prácticas rutinarias con las armas. No cambiará mi vida y yo no cambiaré demasiado la suya.

—Si os sirve de consuelo, lord MacKern es conocido como un hombre justo. Si ha dicho que no cuestionará vuestra vestimenta, no lo hará.

Algunos lo llaman el Toro de las Tierras Altas. Es cierto que es testarudo, pero también se rumorea que es el favorito de las mujeres de su clan. —Las cejas de Agnes se arrugaron levemente —. Imagino que pronto descubriréis qué es lo que hace sonrojar a las muchachas.

—No creo que el lord MacKern desee otros hijos. Ya tiene un heredero. —El calor corrió por las venas de Arbela, asentándose en sus mejillas y pecho.

—¡Oh! Todos los hombres quieren hijos. Y harán lo que sea para conseguirlos. Los niños no tienen garantizada la vida adulta, y un lord necesita especialmente otros para asegurar su linaje. Vuestras caderas deberían aguantar bien el parto, así que no os preocupéis. Os resultará fácil.

Algo extraño se agolpó en el vientre de Arbela y le costaba encontrar las palabras.

—¡Os he hecho sonrojar! —gritó Agnes—. ¿Acaso vuestra tía no os ha hablado de los caminos entre un hombre y una mujer?

—Sé lo suficiente. Podríais ayudarme con otro asunto —dijo Arbela, con la esperanza de desviar el interés de Agnes. Los ojos de la prometida del lord se abrieron de par en par—. Mi boda será en la próxima luna llena.

—¿ *Beltane*?

—Sí. No sé nada del festival. Agradecería mucho vuestro conocimiento. —Arbela dedicó a su amiga una sonrisa persuasiva —.

Contadme lo que sepáis de *Beltane*.

CAPÍTULO 13

Las diferencias entre los caballos que había criado y aquellos que los MacLean habían traído con él, impresionaron de nuevo a Caelen. ¿De Lusitania? La región le resultaba tan desconocida como los caballos que producía. La montura de Alejandro, un gris oscuro de paso alto, arqueó el cuello contra el bocado y su crin onduló sobre las manos de Alejandro. A pesar de sus excentricidades, el paso del semental parecía suave y fluido, y su jinete se movía con facilidad en la silla.

Si bien el caballo de Alejandro era casi dos manos más alto que el suyo, Caelen no tuvo que inclinar mucho la cabeza para mirar al

joven directamente a los ojos. Algo bueno, porque se sentía obligado a cuestionar la historia que Alejandro contaba. Por la forma en que Bram escuchaba la historia, temía que el muchacho ya tuviera un enorme caso de adoración a los héroes. Caelen no estaba seguro de si Bram estaba más fascinado por la historia de Alejandro o por el papel que Arbela desempeñaba en ella.

—Agradezco que hayáis entretenido al muchacho, pero no esperaréis que creamos que vuestra hermana - *lady* Arbela- fue de gran ayuda cuando atacaron los turcos, ¿verdad? —Le dio un pequeño empujón a Addis para acercarlo al caballo de Alejandro.

—Sí. La habéis visto… —Alejandro y Kade intercambiaron miradas.

—Sí, con un arco. Probablemente fuera de peligro en las almenas. No en la puerta, derribando torres de asedio —interrumpió Caelen.

—Fue una de sus flechas la que alcanzó a un sarraceno bajo el brazo, derribándolo antes de que pudiera llegar a lo alto de la muralla, derribando a sus compañeros a su paso —añadió Alejandro haciendo un movimiento de aleteo con la mano, deleitando a Bram.

—Bela es muy valiente, ¿verdad, Alejandro? —El muchacho sonrió.

—Sí. Muy valiente. La he visto mantenerse firme incluso cuando un sarraceno enemigo corría hacia ella con una jabalina en las manos y la muerte en los ojos. —Alejandro asintió solemnemente.

—¿Y él la obligó a mantener su caballo a galope firme para que ella pudiera derribarlo con una de sus flechas? —Caelen no había querido que

sus palabras sonaran tan burlonas, y se enfrentó a la mirada de Alejandro con una mirada cuidadosamente vacía.

—No. Se agachó sobre el cuello de su caballo, con la lanza preparada.

—Alejandro se inclinó sobre el cuello de su caballo, imitando al jinete en su relato—. Hubiera sido imposible para cualquiera apuntar con precisión una flecha, parecía un blanco muy pobre.

—En el último segundo posible, Arbela se puso delante del caballo y al otro lado, estropeando su puntería. Cuando el jinete detuvo el caballo, Arbela desenvainó uno de los cuchillos que llevaba al cinto y se lo clavó en la base del cuello. Una segunda hoja siguió a la primera, seccionando el gran vaso de su cuello, matándolo en pocos instantes. —Se deslizó al lado de su caballo, colgando peligrosamente bajo, para diversión de Bram.

—¿Dónde estabais, si se puede saber, lord Alejandro? —Caelen expresó sus palabras cortésmente, aunque apenas creía en el relato.

—Estaba luchando contra un sarraceno sin caballo. Arbela y yo íbamos a visitar al pueblo de nuestra madre en Armenia, a varios días de viaje de nuestro hogar en las afueras de Batroun. Viajábamos en caravana, con varios caballeros y hombres de armas de padre como protección. —

Alejandro volvió a sentarse, guiñó un ojo a Bram y retomó su cadencia cantarina para contar historias.

—Pero los turcos habían oído hablar de una hermosa princesa medio armenia que viajaba a Sis, la capital armenia, y deseaban capturarla.

—¿Bela? —Bram respiró asombrado.

—Sí. Conocida como *Sirun Aghjik* [La Niña Hermosa], habría sido una buena incorporación a la casa de cualquier jeque.

—¡No! —Bram levantó el puño.

—La habrían escondido como un tesoro demasiado maravilloso para ser visto por otros, y ella habría pasado el resto de sus días añorando la vida que podría haber vivido en Escocia. —Alejandro asintió.

Caelen luchó contra el impulso de reír.

—¡Ella los habría destripado primero! —exclamó Bram.

—¿Por qué dices semejante cosa? —Caelen miró a su hijo, sobresaltado.

—Bela no tiene miedo de nada —aseguró el muchacho.

Alejandro enarcó una ceja, claramente tan sorprendido como Caelen por la observación de Bram.

—Eh, es verdad.

Caelen le dirigió una mirada ligeramente interrogante. En ese momento, Alejandro respiró hondo.

—¿Os gustaría oír hablar de animales que no tenéis aquí?

Caelen aprobó el intento de Alejandro de distraer a Bram de sus pensamientos sanguinarios.

—¡Sí! ¿Son feroces? —Bram movió la cabeza.

—Algunos lo son. Tenemos leones, y…

—¡Sé de leones! —interrumpió Bram—. Son grandes felinos con una melena como la de Addis alrededor del cuello. Son los reyes de todos los animales.

—¿Dónde habéis oído hablar de los leones, Bram? —Caelen frunció el ceño.

—Bela —afirmó Bram, como si Caelen debiera haberlo sabido. Y

así era—. Incluso me dibujó uno en la piedra de la chimenea.

—Sí. Había olvidado que me mostraste el dibujo antes —afirmó Alejandro.

—Y me contó cómo el león consiguió su melena. No siempre la tuvo, pero un día…

El parloteo de Bram continuó mientras los deleitaba con la historia de Arbela, y Caelen volvió a preguntarse a qué había accedido.

* * *

Alejandro inspeccionó el castillo desde lo alto de la torre occidental, observando los puntos débiles de la muralla exterior, víctima del paso del tiempo. Los campos del norte estaban a medio arar, aunque podía ver las espaldas redondeadas de hombres y mujeres que hacían todo lo posible por sembrar la tierra. Un solitario barco pesquero se balanceaba en la superficie del lago, con líneas que se extendían en el agua desde la embarcación, dándole la apariencia de un gran insecto acuático, con las patas extendidas para equilibrarlo sobre las suaves olas. Tenía una buena idea de lo que se necesitaba para reparar la estructura, y de los hombres necesarios para arar, plantar, pescar y cazar. El azote había sido cruel con la gente de MacKern y, sin ayuda, el clan probablemente se hundiría pronto. Sus pensamientos se centraron en el hogar que pronto habitaría su hermana. El tamaño de

Dunfaileas no le preocupaba, ni imaginaba que preocupara a Arbela. De hecho, estaba más cerca de su hogar en Batroun que el enorme castillo de los MacLean en Morven, donde vivían ahora. Sin embargo, los muros de tres metros de grosor, las estrechas ventanas -cuando las había- y la falta incluso de las comodidades básicas con las que se habían criado hacían patente su antigüedad.

La comida era escasa, aunque él se encargaría de que Arbela enviara suficientes alimentos básicos para reforzar su despensa. Y su hermana ya sabía que debía traer especias para cocinar si quería

sabores familiares en la mesa.

El joven arrugó la nariz, recordando el hedor de la letrina que se cernía sobre el castillo. Eso era algo que podía poner a los hombres a reparar antes de que llegara su hermana. Tal vez insistiera en que se colocaran cañas y hierbas frescas en los suelos de piedra antes de que él y Kade abandonaran Dunfaileas al día siguiente. Además, insistiría en una limpieza a fondo antes de que llegara su nueva señora. Con toda seguridad, la boda se celebraría en el castillo de MacLean ya que Dunfaileas no soportaría una gran reunión en su estado actual.

Alejandro se acercó al borde del paseo de la torre. Era obvio dónde estaba el corazón del lord. De todas las dependencias, tanto dentro como fuera de los muros del castillo, sólo el establo se había mantenido en condiciones satisfactorias. El heno sucio se amontonaba a un lado, listo para ser transportado a una zona cercana a los campos donde se pudriría y enriquecería el suelo. La paja fresca en cada compartimento mantenía los cascos de los caballos limpios y libres de enfermedades. Y, aunque escasa, la avena era de excelente calidad.

Estaba claro que Caelen MacKern cuidaba de sus caballos. Su gente le saludaba calurosamente y sin reservas. Su actitud hacia sus hombres era abierta y bromista, aunque sólo con su hijo parecía reservado. Lo trataba con un cuidado distante, tal vez temeroso de que los demás le reclamaran parcialidad si favorecía a su hijo en detrimento de otro. Tal vez temía crear un vínculo demasiado estrecho con alguien tan joven.

—¿Estáis preparado para presentar vuestro informe al lord MacLean?

—Kade se acomodó junto a Alejandro, con los brazos apoyados en la pared de piedra.

—Hay muchas necesidades aquí. La protección debe ser nuestra prioridad, ya que, sin ella, todo lo demás es en vano. Pero me

estremezco al pensar en mi hermana viviendo aquí. Puede que los MacKern estén ansiosos por complacer, pero ninguno parece hacer milagros.

—Oh, el lugar tiene potencial. Está un poco viejo y descuidado, pero Arbela hará que el lugar funcione eficientemente en poco tiempo. —Kade se encogió de hombros.

—Mientras ella realiza los preparativos de la boda, haré que padre envíe alfombras, incienso y lámparas de aceite. Sedas para forrar las colgaduras de las camas, que también repondremos. Arbela puede sobrevivir bastante bien sumida en la suciedad y el sudor -y tú y yo lo hemos visto-, pero haré que viva aquí al menos con un modesto lujo.

—¿Qué pensáis del lord? El futuro marido de Arbela.

—El lord MacKern es un hombre justo. Dicho esto, añadiré que es testarudo. He hecho lo que he podido para hacer mis sugerencias sin entrar en conflicto con su noción de lo que es bueno o incluso suficientemente bueno. O bien no le importa, o tal vez no entiende que va a casarse con una princesa, aunque sea medio escocesa. Arbela no exigirá un trato especial, pero no tolerará nada que no sea justo, y no estoy seguro de que los dos estén siempre de acuerdo en qué es eso. —Alejandro giró sobre sus talones y apoyó la espalda contra la pared.

—El Toro de las Tierras Altas no sabe de lo que es capaz nuestra Flor del Desierto. Pronto lo descubrirá. —Kade soltó una leve carcajada.

—Ya le advertí una vez de su destino si causaba angustia a mi hermana. No deseo reiterarme y posiblemente causar una brecha entre ellos antes incluso de que se casen.

—No creo que sea tan bobo como para confundir vuestro mensaje.

Nunca habéis sido de los que se andan con rodeos. Como gemelos,

vos y vuestra hermana sois muy parecidos.

Las sombras se alargaron en la ladera y una columna de humo se elevó. Alejandro echó un vistazo a la oscura columna. Algo no encajaba…

—¡Alejandro!

Alejandro giró y se inclinó sobre el muro para ver el patio. Caelen corrió hacia el establo, con Rory y otros dos pisándole los talones. Los mozos de cuadra sacaron los caballos fuera, ensillados y listos para ser montados. Los caballos bailaban, con las cabezas levantadas en señal de

protesta por el tumulto. Sin mediar palabra, Alejandro y Kade bajaron corriendo las escaleras y llegaron al patio mientras Caelen y sus hombres montaban.

—MacGillonay está asaltando una granja no muy lejos de aquí —

gruñó Caelen—. ¿Vendréis con nosotros?

Alejandro y Kade intercambiaron miradas: *el humo*.

—Sí. —Alejandro asintió e inmediatamente tomó su caballo del mozo de cuadra. Tanto él como Kade subieron a sus monturas y las hicieron girar, siguiendo la carga de Caelen desde la torre del homenaje. La pesada puerta se cerró tras ellos, sacudiendo un desagradable pensamiento de la mente de Alejandro.

¿Podría tratarse de una distracción?

Alejandro miró a Kade, que no necesitó palabras para comprender la expresión de preocupación en su rostro. En ese instante, los caballos se detuvieron.

—Volveré y mantendré a los hombres en alerta máxima. —Kade asintió.

—Ayudaré al lord —respondió Alejandro.

Sin más palabras, se separaron, con los cascos levantando polvo y los caballos tirando de sus bocados. Alejandro se acercó a Caelen. El rostro del este último era sombrío y tenía la mandíbula rígida. Su capa de lana ondeaba sobre sus hombros mientras se agachaba sobre la cruz de su caballo.

—Esperad. —Alejandro alzó la voz para llamar la atención de Caelen.

Este le lanzó una mirada furiosa. Al cabo de un momento, se detuvo y su caballo resopló al apretar el bocado.

—Decidme a qué nos dirigimos.

—MacGillonay atacó una granja periférica. —El enfado de Caelen por haberle impedido perseguir a los asaltantes era evidente.

—Vi humo —confirmó Alejandro—. ¿Tendrá un gran ejército? —Con una mirada rápida, contó sus hombres: eran ocho.

—Un joven, medio muerto, trajo el relato. Dijo que no eran más de veinte.

—Las probabilidades están en nuestra contra. —Treinta. En la experiencia de Alejandro, siempre había más de lo que un muchacho asustado veía.

—Me hacéis perder el tiempo. ¿Proponéis que huyamos? —Caelen se burló—. ¿Tenéis más miedo a los *Highlanders* que a los sarracenos?

—Sugiero que dividamos nuestro grupo y nos acerquemos desde dos flancos. Cargar directamente contra el campamento enemigo desperdicia hombres y no deseo encontrarme deseando haber sido más cauteloso. —

Alejandro sonrió.

Por su parte, Caelen delató su furia tirando de las riendas de su caballo.

El corcel rojo giró sobre sí mismo y se encorvó sobre sus ancas. Asintiendo a sus hombres, Caelen envió a tres hombres con Alejandro, llevándose a Rory y a otros dos consigo. Con un saludo, Alejandro y Caelen se separaron y se dirigieron a toda velocidad hacia la fuente del humo, sin que la prisa les dejara espacio para el sigilo. La maleza se hizo densa cuando Alejandro y su grupo abandonaron el sendero ensanchado y se adentraron en el bosque. Alejandro hizo señas a los hombres para que se acercaran y redujo la velocidad de su caballo.

—Alguien debe guiarnos. No conozco el camino. Llevadnos a las afueras de la granja, pero no entréis a ciegas.

Manteniendo el paso lo bastante lento para acomodarse a la espesa maleza, con los cascos amortiguados en la tierra blanda, alfombrada de musgo húmedo y hojas muertas, se acercaron a la granja asaltada. Los gritos y el tintineo del acero les alertaron del conflicto. Al unísono, Alejandro y sus hombres viraron para hacer frente a la amenaza. En unos instantes, entraron en un pequeño claro, las fuerzas de Caelen arrancando de su villanía a un grupo de al menos el doble de hombres. Una fila de jinetes se acercó por la derecha de Alejandro, con las espadas en alto, apuntando a los soldados de Caelen.

Con la mano levantada, Alejandro retuvo a sus hombres hasta que los jinetes les adelantaron, y luego les cerró el paso por detrás, atrapándolos limpiamente y matando a los hombres de la retaguardia de la columna antes de que los que iban en cabeza supieran que había un enemigo detrás de ellos.

La batalla terminó minutos después. Los cadáveres cubrían el suelo del bosque. Los hombres de MacKern lucharon bien, matando a más de veinte soldados. La fuerza de Caelen sufrió un

hombre muerto y otro que necesitaría cuidados en cuanto regresaran a Dunfaileas. En cambio, los

hombres de Alejandro resultaron ilesos más allá de algunos cortes menores y probablemente también algunos moretones.

—No habríamos regresado a Dunfaileas hoy si no hubierais sido más precavidos —admitió Caelen cuando Alejandro se acercó—.

Hicisteis bien en flanquear a los bastardos.

—Os convendría recordar que, si MacGillonay -o cualquier otro-ataca Dunfaileas, hagáis lo que os aconseja mi hermana. Ella es mucho mejor estratega que yo. —Alejandro se limitó a asentir. Por su parte, Caelen se enjugó la frente y lanzó a Alejandro una mirada incrédula.

—No desestiméis sus opiniones. —Alejandro inclinó la cabeza.

—¡Lord! La han envuelto en un tartán y la han atado a uno de los caballos del bastardo. Está demasiado asustada para hablar, y no sé cuán mal herida está. —Rory se acercó con una muchacha de unos ocho años en brazos.

—¡MacGillonay pagará por esto! —Sus ojos resplandecieron.

Caelen y Rory intercambiaron miradas. El lord envió a uno de sus hombres a explorar la propiedad, caminó entre los hombres caídos, golpeó a uno con una bota y el hombre jadeó.

—¿Dónde está vuestro amo?

Alejandro acercó su caballo. El herido miró fijamente a Caelen. Con la punta de la espada, sacó una pequeña bolsa de cuero de una correa que llevaba el hombre en el pecho. Tras volcarla en su mano, vació el contenido con gesto triunfal. De ella cayeron cuatro monedas, opacas por el paso del tiempo.

—Esto no lo conseguisteis en la granja que quemasteis. ¿Quién os pagó?

El moribundo escupió débilmente en dirección a Caelen, quien le dio un codazo y gruñó mientras hacía a un lado su cabeza.

—¡Hablad! —ordenó Caelen—. ¿Fue MacGillonay?

Por un momento, el hombre no se movió ni habló y Alejandro se preguntó si habría fallecido. Con una súbita inspiración, el hombre asintió.

A continuación, Caelen se alejó. De pronto, un grito les alertó cuando el explorador regresó.

—¡He visto a MacGillonay en su caballo gris en la cresta, en dirección norte! He contado ocho, tal vez diez jinetes junto a él.

Caelen montó en su caballo y llamó a Alejandro para que le siguiera con un movimiento de cabeza. El humo se colaba entre los árboles mientras seguían por el sendero hacia la granja. Una cabaña, con el tejado de paja ennegrecido por el intento de incendiarla, estaba en medio de otro claro más grande. A poca distancia yacía el cadáver de una vaca, cuya piel cubierta de pelaje largo formaba una joroba de color rojo apagado sobre el suelo removido. En el suelo había montones de ropa desordenada. Una inspección más minuciosa reveló a un hombre, una mujer y un muchacho quizá uno o dos años más joven que la muchacha que habían rescatado. El estómago de Alejandro se revolvió.

—Mirad el trabajo de MacGillonay —gruñó Caelen

La mandíbula de Alejandro se tensó. La enemistad entre MacKern y MacGillonay era real. Y su hermana estaba a punto de casarse con el lord MacKern. Ese día, su enemistad se convirtió en algo personal.

CAPÍTULO 14

Arbela pateó la pequeña pelota de cuero por el suelo de su dormitorio y Toros saltó tras ella alegremente. Este se abalanzó sobre el juguete y lo cogió, haciendo trabajar los músculos de la mandíbula mientras mordisqueaba la firme pero esponjosa superficie. Perdiendo interés en su juego, Arbela se dirigió a su tía.

—Ya habéis oído lo que ha dicho Agnes. *Beltane* no es más que una ceremonia pagana para dar la bienvenida al verano. Sigo pensando que hay días mejores para celebrar una boda cristiana.

—Os preocupáis demasiado por estas cosas, Arbela. Hay rituales y fiestas en todo el mundo para celebrar y marcar las estaciones del año. —

Zora suspiró y se puso en pie, elegante a pesar de su edad y de las articulaciones hinchadas que el frío y la humedad habían exacerbado. Se acercó a la chimenea y se tumbó en el cojín que había allí. Cerró los ojos y permaneció junto al calor del fuego.

—Estoy de acuerdo en que la gente suele dedicar su plantación y demás a estas ceremonias. Simplemente no estoy de acuerdo en que una boda cristiana deba llevar aparejados rituales paganos. —Arbela siguió con el tema.

—¿Qué es lo que encontráis objetable en el *Beltane*, aparte de sus orígenes?

—Existe la creencia de que pasar por el fuego -o, en la mayoría de los casos, entre dos hogueras- protege contra el mal. —Arbela se quedó pensativa.

—Siempre se ha creído que el fuego tiene poderes purificadores.

Incluso Juan el Bautista habló de nuestro Señor como alguien que bautizaría *con el Espíritu Santo y fuego*.

—Tía Zora, ¿estoy siendo demasiado exagerada con esto? —Arbela abandonó ese argumento, consciente de que los

conocimientos de su tía sobre la Santa Biblia superaban con creces los suyos.

—Hija mía -y sí, así es como pienso de vos-, estas son las cosas por las que los hombres pelean. Qué religión es mejor, qué se puede hacer y qué

no. Las mujeres me parecen mucho más prácticas. ¿Realmente importa tanto qué nombres pronunciamos si nuestros hijos no son alimentados? Si os fijáis, Dios tolera las tonterías de los hombres y recompensa con abundantes cosechas y niños fuertes, ambos bajo el cuidado de las mujeres.

—Zora abrió los ojos, con finas líneas que marcaban los años a ambos lados de sus inclinadas cejas.

Arbela se hundió en la silla junto a su tía. Zora le dio unas palmaditas en el brazo.

—¿Habéis pensado mucho en el simbolismo que hay detrás de los rituales que seguimos en las ceremonias nupciales, querida sobrina?

Arbela negó con la cabeza.

—En Armenia, los asistentes se colocan detrás de los novios, portando velas o antorchas. ¿Sabéis por qué?

—¿Para evitar que alguno de los dos se echara atrás en la ceremonia?

—Una sonrisa se dibujó en el rostro de Arbela.

—No. Es para alejar el mal. Incluso en nuestra era ilustrada, esto se sigue haciendo. El velo que se coloca sobre la pareja tiene la misma virtud simbólica. La creencia es que impedirá que ojos malignos vean a los novios mientras el sacerdote da su bendición. —Zora sonrió.

—Parece que todas las religiones buscan alejar a su pueblo del mal, sin importar el ritual que se realice.

—Eso es verdad, mi niña. No creo que se deban ofrecer sacrificios de sangre, pero llevar un velo o el uso simbólico del fuego no hace daño.

—Y soy consciente de que muchos matrimonios son simples intercambios de intenciones, ni pronunciados ante testigos ni acompañados de una ceremonia.

—La mayoría de las bodas no incluyen a un sacerdote. De hecho, la iglesia tiene poco que ver con los votos matrimoniales a menos que un sacerdote esté presente y bendiga a la pareja. Para una joven de vuestra posición, el matrimonio es más una transacción comercial que un sacramento cristiano. —Zora asintió.

—Sí. MacKern tiene mucho que ganar con este matrimonio. — Arbela frunció el ceño.

—Como vos, Arbela. Tendréis un hogar, vuestra propia familia. Caelen MacKern es un hombre muy querido aquí, y tiene una presencia fuerte e

imponente. Es muy agradable a la vista, con un cuerpo firme y rasgos bien definidos que atraen la atención de una joven. Podríais estar mucho mejor.

—Agradezco que goce de buena reputación entre quienes lo conocen.

Pero me extraña que sea tan distante con su hijo. —Arbela eludió cuidadosamente el comentario de Zora sobre los atributos físicos de Caelen.

—Podría ser que no desee apegarse al niño tan joven como es. Muchos infantes no llegan a adultos. O puede que sólo actúe como lo hacía su padre y no sepa comportarse de otro modo. —Zora se

encogió de hombros con delicadeza.

—Trajo a Bram aquí para asegurarse de que MacGillonay no secuestrara al niño mientras él estaba fuera. Eso sugeriría que se preocupa por él.

—Así es. Ya que pronto estaréis al cuidado del muchacho, ¿qué más da? En un par de años, la formación de Bram estará en manos de otros, ya que creo que el acogimiento es común aquí.

—Le echaré de menos. —La decepción inundó el pecho de Arbela.

—Habrá otros niños.

—No estoy segura… —Arbela la miró, sorprendida.

No había forma de abordar el tema de la intención de ella y Caelen de llevar vidas separadas. Sabía que su tía nunca aprobaría semejante acuerdo y no quería entrar en discusiones.

—¿*Conocéis* el simbolismo del azahar? —Los ojos de Zora centellearon.

—Son hermosas y huelen de maravilla. Aunque me cuesta creer que puedan crecer en Escocia, con su gélido tiempo. —Arbela volvió a negar con la cabeza.

—Son una de las pocas plantas que florecen y producen frutos en sus ramas al mismo tiempo. Por eso, cuando una novia teje su corona nupcial de fragantes azahares, se dice que confiere fecundidad a la unión.

—Me temo que, independientemente de los rituales que se realicen o de los símbolos que se invoquen, las flores de azahar no tendrían ningún efecto en *este* matrimonio.

—No temáis. Mi propia falta de hijos no debería preocuparos. No

hay razón para que no tengáis un hijo antes de que pasen muchos meses.

Recordad que los gemelos son comunes en nuestra familia. —La mirada de Zora se suavizó, se inclinó hacia delante y palmeó la mano de Arbela.

—¡Gemelos!

* * *

—¿Esto es para mí? —Bram se quedó mirando la cajita encuadernada en cuero y luego levantó la mirada incrédula hacia Arbela. Su voz chirrió, y a la joven se le hizo un nudo en la garganta.

—Sí. Es un regalo, aunque espero que lo compartáis.

El solar del lord guardó silencio, anticipando la reacción del muchacho. Zora había considerado oportuno que Arbela saludara a Bram -y a su padre- en privado antes de la boda, y Arbela agradeció que no la rodeara una multitud mientras Bram abría su regalo.

El muchacho tanteó el cierre de plata que mantenía cerradas las dos mitades de la caja. Al soltar el pestillo, la abrió, mostrando una superficie plana de cuadrados de madera incrustados en negro y rojo, dispuestos en un patrón a cuadros.

—Mirad debajo de este lado. —Arbela señaló la hendidura que había en uno de los bordes, ocultando con cuidado la manga de su abrigo, excepto la punta de su dedo índice. Zora había pasado la mayor parte del día anterior dibujando los delicados diseños de *henna* en sus manos, que iban a ser vistos por su novio en la boda, no por los que se habían reunido a su alrededor horas antes de los votos.

Entonces, Bram deslizó el dedo índice por la superficie lisa hasta

la pequeña depresión y tiró de la sección hacia arriba. Una cavidad forrada de terciopelo contenía una bolsa de satén, una mancha de agua marcaba débilmente la tela. Arbela sabía que, si le daba la vuelta al estuche, encontraría una mancha similar en el cuero, un recuerdo de hacía mucho tiempo, cuando ella había derramado una copa de vino aguado sobre la mesa donde había dejado la caja.

Bram levantó la bolsa de su sitio, inclinando la cabeza al oír el tintineo de los objetos en su interior. Tirando del cordón, abrió la bolsa y miró en su interior.

—¿Qué es?

—Es un juego al que jugaba mucho cuando era joven, no más que vos.

Tuvo su origen en Egipto hace más de dos mil años. Se llamaba *Alquerque*.

Sin embargo, hace cien años, un francés cambió un poco el juego y ahora se conoce como *Fierges*.

—Ahí están los marcadores del juego. Doce para cada jugador. Uno usará la obsidiana y el otro el marfil. Estoy deseando enseñaros a jugar. —

Arbela señaló la bolsa de satén.

La mirada inquisitiva de Bram amplió la sonrisa de Arbela. Estaba claro que nunca había jugado al juego de mesa.

—Adelante, mirad las piezas si queréis. Cread vuestro propio juego hasta que tenga ocasión de enseñaros las reglas de *Fierges*.

A continuación, el niño metió una mano dentro y sacó tres marcadores.

El marfil resplandecía con un amarillo pálido, el brillo negro de la

obsidiana realzado por años de uso.

—¡Me gustan! —Bram sonrió, y pasó la mano por el interior de la bolsa, haciendo chocar los marcadores entre sí.

—Es vuestro juego, *Bram-jan*. Pero tened en cuenta que una manipulación descuidada puede astillar los marcadores y estropear su belleza. Y el estuche de cuero y madera también debe cuidarse de vez en cuando. Os lo enseñaré. Me alegro de que tengáis algo que siempre he apreciado.

—Un juego así le enseñará muchas habilidades, como estrategia, competitividad -sin derramamiento de sangre-, confianza y respeto. Y es divertido cuando el tiempo nos obliga a quedarnos dentro. —Inclinó la cabeza hacia Caelen.

—Es un gran regalo, Arbela. Os lo agradezco. —Una mirada de interés cruzó su rostro.

—Gracias, Bela. Lo cuidaré bien. ¿Cuándo podemos jugar? —Bram pasó suavemente los dedos por los marcadores.

—Creo que tardaremos unos días. Tenemos una boda hoy y viajamos mañana. ¿Quizá uno o dos días después de llegar a Dunfaileas?

—Ilene está lista para ayudaros con la ropa. Id con ella. —Ante el asentimiento de Bram, Caelen tocó el hombro del muchacho.

—Venid, muchacho. No debes molestar a vuestro padre o a su novia hoy. Yo me ocuparé de vos. —Una mujer mayor que debía de haber llegado en el carro con otros desde Dunfaileas, tendió la mano a Bram.

Arbela reprimió una respuesta mordaz. Era un día más difícil de lo que había previsto, y tener a Bram pisándole los talones mientras terminaba los

preparativos la distraería mucho. No sería bueno enemistarse con la enfermera de Bram, aunque Arbela pronto se ocuparía de la mayor parte de los cuidados del infante. No obstante, no le gustaba que la mujer supusiera que Bram era una molestia.

—Gracias por vuestra ayuda. Sé que os enorgullecerá a vos y a su padre con sus modales en la ceremonia. Espero que esté con nosotros cuando entremos en la capilla. —Se volvió hacia Ilene, con una breve sonrisa en los labios.

—¿Un niño en vuestra boda? No es apropiado. —Ilene la miró sorprendida.

—Será mi hijo. Es mi deseo que asista. —La voz de Arbela seguía siendo dulcemente modulada, pero nadie podía negar el hilo de acero que no toleraba ninguna interferencia de la enfermera del niño ni de la idea de lo apropiado que tuviera.

—Estará allí, *milady* —dijo la enfermera, con los ojos bajos. Ilene miró a Caelen, pero él rechazó su silenciosa súplica. Cogiendo la mano de Bram, salió de la habitación.

—Debo terminar de prepararme. —Con una elegante inclinación de cabeza hacia Caelen y su padre, Arbela abandonó el salón, con Zora y Agnes a su paso. Detrás de ella, los hombres lanzaron gritos de bienvenida y, aunque faltaba mucho para el mediodía, Arbela sospechaba que la cerveza y el vino corrían libremente. En cuanto abrió la puerta de su dormitorio, Toros y Garen salieron a su encuentro, lloriqueando ansiosos tras su ausencia.

—Agnes, buscad a alguien que lleve a los perros al establo. —Zora indicó a Arbela que entrara y arqueó una ceja ante la mirada sorprendida de la joven—. Esta es ahora vuestra habitación nupcial. Vuestras mascotas no son necesarias aquí y sólo estorbarán.

—Los dejaremos reposar mientras os preparamos para el baño.

Arbela tragó saliva al recordar que esa noche sería la primera de su vida de casada con lord MacKern. De repente, Agnes se apresuró a salir de la habitación, con los perros atados a su lado.

A continuación, Zora se acercó a la bañera junto a la chimenea y dejó caer puñados de pétalos de rosa secos sobre la superficie humeante. Arbela se quitó la ropa y se puso un pesado vestido. Se sentó en un taburete y abrió un pequeño frasco que había en la mesa baja.

—La crema y la miel darán a vuestra piel un brillo encantador. —Zora cogió la jarra de Arbela y sumergió sus finos dedos en la sustancia mezclada. Aplicó con cuidado la espesa mascarilla sobre el rostro de Arbela y luego cogió el barril de costoso aceite de ricino. Arbela cerró los ojos mientras su tía le masajeaba el cuero cabelludo con el aceite.

—No estaban muy contentos de ir al establo, pero se fueron con vuestro hermano de buena gana. —Agnes regresó y cerró la puerta suavemente tras de sí.

Por su parte, Arbela soltó un suspiro de alivio al oír que Alejandro se había ocupado de los perros. Apartar a sus dos compañeros de su lado era casi como alejar a los niños. Sin embargo, había otras cosas en las que necesitaba ocupar su mente ese día.

—Si sois tan amables podéis servir el té que he preparado. —Zora inclinó la cabeza hacia una pequeña mesa, le encargó a Agnes la tarea del té y el agua humeante, como le habían indicado anteriormente.

—El baño está listo, niña. —Zora ayudó a Arbela a levantarse de su asiento.

Acostumbrada a tener sirvientes en la habitación, aunque prefería atender sus propias necesidades, Arbela se quitó el albornoz y se metió en la bañera sin notar la presencia de los demás. Se sumergió en el calor y apoyó los pies cubiertos de *henna* en el

borde más alejado de la bañera, mientras el fuerte aroma a rosas se elevaba con el vapor. Zora trajo un paño caliente y un plato de sal marina mezclada con aceite de oliva y empezó a bañar los brazos de Arbela mientras ella se relajaba todo lo que podía.

—¿Con qué os bañáis? —Agnes observó, fascinada con el ritual del que había formado parte durante la última semana.

—Estos artículos los ha guardado Arbela en su cofre nupcial desde que alcanzó la feminidad, y los hemos ido añadiendo con los años. —Zora describió el aceite de baño.

—Apenas recordaba el cofre. La tía Zora lo ha conservado mucho mejor que yo. —Arbela suspiró.

—Seguramente lo habrías llenado de flechas. —Agnes soltó una risita.

—Me alegro de que me acompañéis. Aunque sea por poco tiempo.

Sois una buena amiga, y espero conocer a otra como vos en Dunfaileas. —

Arbela miró a su amiga con agradecimiento.

—Oh, así será. —Las mejillas de Agnes se sonrosaron y Arbela supo que estaba complacida con el cumplido.

—No tardaré en llegar, niña —dijo Zora—. Creo que las próximas dos semanas son un tiempo para que una pareja establezca lazos sin la presencia de alguien que haya sido como vuestra madre. Una criada es suficiente, y ya que no tenéis ninguna, Agnes se ocupará de vuestra ropa y demás.

—Estaré encantada de ayudar. Un par de semanas separada de Dubh no nos vendrán mal a ninguno de los dos. —Agnes asintió.

Zora recogió un paño limpio y lo mojó en una cuenca con agua de

rosas, luego limpió la máscara de la cara de Arbela. Tras retirar la miel y la crema, Zora colocó un paño húmedo y caliente de nuevo sobre su rostro.

La puerta de la habitación se abrió y, aun sin verla, Arbela supo que Caitriona había entrado en ella. La muchacha había insistido en que asistiría en el día especial de Arbela, la prometida del lord aún podía oír la voz condescendiente de la joven cuando hizo su anuncio, y cómo la voz estridente de Caitriona la ponía nerviosa. Arbela había tenido la gran suerte de que la muchacha se hubiera demorado tanto hoy en esta empresa como en muchas otras. Sin embargo, por fin había llegado, y la paz huyó de la habitación.

—Ya estoy aquí. Me ocuparé de la ropa y las joyas de la novia. —

Caitriona anunció su presencia con una palmada.

—Traed esa cuenca y podréis lavarle el cabello. —Zora no toleró tonterías de la muchacha.

—Pero yo…

Los labios de Arbela se curvaron. Lo que Caitriona hubiera estado a punto de decir se desintegró bajo una de las firmes miradas de Zora. Arbela no había conocido a ninguna persona libre ni a ninguna esclava que pronunciara otra sílaba después de recibir una de las reprimendas silenciosas de Zora. A continuación, se oyeron crujidos al arrastrar la cuenca de madera por el suelo. De pie detrás de Arbela, alguien -Caitriona, con toda seguridad- tiró del cabello de Arbela por encima del borde de la bañera y lo mojó.

—Necesitaré un delantal para mi vestido. Hoy no me planteo ser la doncella de una dama. Prefiero ocuparme de su ropa. —El quejido de Caitriona zumbó en los oídos de Arbela.

—Los dedos mojados nunca deben tocar la seda. Inspeccionaré el cabello de *lady* Arbela cuando hayáis terminado. —Zora chasqueó la lengua.

Inmediatamente, Arbela ocultó su risa bajo la refrescante ropa de cama y se sumergió un poco más en el agua tibia. Unas manos recogieron su cabello y empezaron a masajear las hebras con una generosa cantidad de jabón perfumado con rosas. A la joven no le preocupaba que Caitriona jugara sucio con su cabello, no bajo la atenta mirada de Zora.

Finalmente, llegó el momento de salir del baño. Zora se quejó porque no quería que se estropeara la *henna* de las manos y los pies por lo que Arbela volvió a ponerse una pesada túnica, apartando la vista del elaborado vestido que le habían tendido en la cama.

Caitriona peinó el largo y espeso cabello de Arbela, cepillándolo suavemente mientras se secaba, mientras Zora inspeccionaba los hermosos e intrincados dibujos de *henna* en las manos y la parte superior de los pies de Arbela.

—Os pasasteis todo el día de ayer trabajando en los diseños, o al menos varias horas. Contádmelos otra vez. —Agnes se arrodilló junto a Zora.

—Las flores representan el amor, la felicidad y la plenitud, mientras que las hojas y las enredaderas muestran devoción y dedicación a su nueva vida. —Zora se echó hacia atrás y señaló las manos de Arbela. Volvió las manos de la muchacha con las palmas hacia arriba—. Añadimos los diseños a las palmas de una novia como bendición para ella, y en el dorso como talismán de protección.

—No sabía que hubiera tanto simbolismo en estos diseños. —Arbela se detuvo, giró las manos y las examinó por delante y por detrás—. Pensé que eran bonitos y que realzaban la belleza de quien los llevaba.

—No necesitáis nada para realzar vuestra belleza, *hayat alby*.

El corazón de Arbela se encogió al oír aquel cariñoso saludo: *la*

vida de mi corazón.

—Descubriréis que muchas cosas tienen múltiples significados, según el momento, la forma de hacerlas o simplemente a quién preguntéis.

—Os agradezco vuestra devoción, tía Zora. Con humildad descubro que debo cuidar mi lengua cuando siento la tentación de difamar la religión

o las prácticas de otros. —Un repentino agujero apareció en el lugar donde se encontraban las creencias más preciadas de Arbela sobre el bien y el mal.

—Mientras no se trate de artes oscuras, tal vez sea mejor pasar tiempo en los zapatos de otro antes de declarar que la persona apta es imperfecta.

Terminemos vuestros preparativos. Vuestro novio os esperará pronto. —

Zora sonrió.

CAPÍTULO 15

Caelen echó un vistazo a la habitación, levantó el hombro izquierdo y lo masajeó un poco. Un hombre podía llegar a estar un poco dolorido por todas las palmadas de felicitación que había soportado. Giró el brazo de manera experimental, aflojando los músculos tensos por la aprensión que le producía esta visita al castillo de MacLean. Todos a su alrededor estaban contentos con el matrimonio, pero no eran ellos los que se comprometían a una vida con una joven educada para decir lo que pensaba y elegir sus armas con la misma facilidad y habilidad.

Por su parte, Donal MacLean estaba claramente satisfecho con el acuerdo. Había brindado varias veces esta mañana por las nupcias que se avecinaban y, si su actitud jovial servía de indicio, era

probable que hubiera estado brindando desde hacía algún tiempo.

En cambio, Bram se mostraba bastante alegre, aunque estaba claro que veía a Arbela como algo intermedio entre una princesa de cuento de hadas y una compañera de juegos. Caelen se preguntaba qué pensaría el muchacho cuando Arbela demostrara ser más exigente que su nodriza.

Por otro lado, su capitán y hermano de leche, Rory, veía el matrimonio con un poco más de solemnidad. Inicialmente satisfecho con el acuerdo y todo lo que significaba para el bienestar de su clan, se había vuelto un poco más escéptico cuando Caelen había admitido por fin las limitaciones del acuerdo entre él y Arbela.

—¿No os detenéis a pensar cómo será una vida de celibato? —Las cejas de Rory habían desaparecido bajo su melena desgreñada mientras su silbido de incredulidad cortaba la compostura de Caelen.

—Oh, una vez que ella tenga un bebé, nadie pensará mal si tomo una amante. En silencio, por supuesto.

—Caelen, vuestra *esposa* lo tomará a mal. Puedo afirmarlo con certeza.

—Para entonces, ella estará contenta con su vida y habrá entrado en razón…

—¿«Haber entrado en razón»? ¿Os caísteis del caballo y golpeasteis vuestra cabeza? ¿Habéis perdido el sentido común? Si Arbela no os destripa, lo hará su hermano. Y me enfrentaría a Alejandro antes que a vuestra esposa. Es probable que ella deslice su espada un poco más abajo.

—Rory lo había mirado con incredulidad. Sus palabras eran ciertas. Una promesa era una promesa. A menos que Arbela accediera a disolverlo o enmendarlo, estaba atrapado en una

posición poco envidiable. Alesta se había tomado la noticia de su inminente matrimonio con filosofía y le había deseado buena vida ayer por la mañana, negándose a acostarse con él la noche anterior a su boda.

El matrimonio del lord había sido un acuerdo de negocios, nada más.

La forma en que él y Arbela pasaran su tiempo separados no debía ser asunto de nadie más que de ellos mismos. No tenía ningún deseo de acostarse con aquella mujer de carácter fuerte, cuyos modales y aspecto le resultaban extraños. Ruthie era alta y esbelta, y sus ojos verdes destacaban sobre su piel pálida. Era la imagen que siempre había admirado, e incluso Alesta, cuya belleza era cosa del pasado, se ajustaba más a su ideal que Arbela. E incluso en su noche de bodas, era poco probable que Arbela aceptara compartir la cama.

El repentino ruido de las gaitas le sacó de sus cavilaciones. Al levantar la vista, vio una procesión que venía del fondo del gran salón hacia su posición, cerca de las enormes puertas dobles de la torre del homenaje.

Incluso Bram, que había empezado a inquietarse, se irguió, aferrándose a la túnica de Caelen mientras miraba entre sus piernas.

—¿Bela?

—Sí —suspiró Caelen, asombrado a pesar suyo. Vislumbró una tela escarlata ribeteada en oro que brillaba a la luz de las velas.

En medio de una multitud de admiradores, la baja estatura de Arbela la convertía en un objetivo difícil de alcanzar. No obstante, los ojos de Caelen la siguieron a medida que se acercaba. Al llegar a un punto situado a pocos metros de ella, se detuvo y el grupo que la rodeaba se retiró, permitiéndole ver claramente a su novia por primera vez.

Ataviada con un vestido rojo sangre de dragón, su brillante collar de rubíes y diamantes parecía valer el rescate de un rey. Sus ojos oscuros destellaban, sus líneas inclinadas acentuadas con un delineado oscuro, añadiendo al exótico misterio que era Arbela. Su rostro, enmarcado por un

fino velo de gasa, invitaba a tocarla, y él contuvo su impulso de acariciarle la mejilla.

—¿Continuamos hasta la capilla? ¿O admitimos nuestra locura? —

Levantó una ceja como una leve burla.

Caelen echó un vistazo a los rostros expectantes reunidos a su alrededor. Con una profunda reverencia, ofreció su mano y aceptó la mano asombrosamente decorada que ella le tendió. Carraspeó.

—Estoy tan dispuesto como vos.

Con ojos audaces y desafiantes, Arbela inclinó la cabeza hacia la puerta e iniciaron el camino hacia la capilla.

La multitud les siguió. En la puerta de la pequeña capilla del castillo, Arbela y Caelen intercambiaron sus votos. La voz de Caelen llegó solemne a los oídos de Arbela.

—Os recibo como mía, para que seáis mi esposa y yo vuestro esposo.

—Os recibo como mío, para que seáis mi esposo y yo vuestra esposa

—repitió las palabras.

Cuando entraron en la capilla, Arbela tocó el anillo que Caelen le había colocado en el tercer dedo de la mano derecha. El jaspe rojo y dorado del cabujón era suave bajo su pulgar mientras giraba la

alianza de oro batido en su dedo. Aunque tenía joyas en abundancia -y de mucho más valor que el jaspe semiprecioso-, ésta nunca abandonaría su mano. La idea alejó sus pensamientos de la masa nupcial. Se movió entre las respuestas sin apenas darse cuenta. Se levantó, se sentó y se arrodilló según lo prescrito.

Con esfuerzo, centró su atención en las palabras del sacerdote. Su padre, Zora, Rory y un segundo representante de Dunfaileas se adelantaron y sostuvieron un velo brillante sobre las cabezas de Arbela y Caelen mientras el sacerdote pronunciaba una bendición sobre ellos. Su mano se posó ligeramente sobre la cabeza de Arbela y ella miró a Caelen por el rabillo del ojo.

— *Ego congelo vos in matrimonium in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti*. Amén. —El padre Sachairi concluyó la misa.

Arbela desvió la mirada hacia el sacerdote y los hombros de Alejandro temblaron. Caelen hizo ademán de levantarse, pero Arbela no se movió y lo miró con sorpresa.

—Es un poco tarde para vacilar, *milady* —murmuró.

—El sacerdote… él… —La voz de Arbela se entrecortó, se inclinó hacia delante y captó la mirada del padre Sachairi—. Con todo respeto, padre, debéis repetir la declaración. —La joven se inclinó aún más y él agachó la oreja—. El verbo es *«conjungo»*, no *«congelo»*.

—¿Qué derecho tenéis…? —El sacerdote lanzó a Arbela una mirada sorprendida.

—La muchacha está en lo cierto, padre. No os preocupéis. Es fácil equivocarse con el latín, pero mi hija lo habla bien. —Donal le hizo callar con un pequeño gesto de la mano.

— *Ego conjungo vos in matrimonium in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.* Amén. —Con la cara enrojecida, el padre Sachairi murmuró las palabras.

—Amén. —Arbela inclinó la cabeza.

Arbela esperaba parecer recatada, corregir a un sacerdote en su propia boda no era algo que se hiciera a la ligera. Pero mantuvo la cabeza agachada hasta que pudo controlar la risa que amenazaba con estallar salvajemente ante el error.

«Os establezco en matrimonio…»

Por lo que Arbela sabía acerca del acto que se celebraba entre marido y mujer, el establecerlo era necesario, aunque no hacía falta que un sacerdote lo ordenara. El tradicional «os uno» era preferible en público, aunque parecía que Alejandro, su padre y ella eran los únicos que se habían dado cuenta. Mordió su labio mientras se preguntaba a cuántas otras parejas el buen sacerdote había «establecido».

Con la emoción por fin bajo control, Arbela se levantó y aceptó el beso de Caelen.

—Id en paz a glorificar a Dios con vuestra vida. —El padre Sachairi levantó los brazos.

—Gracias sean dadas a Dios. —Un murmullo se alzó entre la multitud reunida.

El sonido de las gaitas llenó de nuevo el aire y la gente rodeó a la pareja, felicitándoles y acompañándoles al exterior. Los niños correteaban y lanzaban monedas al aire. El ambiente era jubiloso y festivo, y el corazón de Arbela se animó. A su lado marchaba Bram, agarrado a la rígida tela de su vestido, mientras cruzaban el patio hasta las puertas abiertas del torreón.

Flores cortadas brotaban de las telas que cubrían las columnas. Más ramos adornaban los grandes recipientes de las mesas, y su dulce aroma se mezclaba con el de las carnes asadas. Arbela se sentó en la silla que Caelen le ofreció, con el respaldo de madera cubierto con más guirnaldas de flores de dulce aroma. Bram le

dirigió una mirada esperanzada y le invitó a compartir su asiento. El niño subió y se recostó contra ella, su dulce peso llegó directamente al corazón de Arbela.

«Aunque sólo sea por eso, tendré la alegría de criar a su hijo».

Animada, abrazó a Bram contra sí brevemente y luego lo dejó explorar la mesa repleta. Entonces, trajeron una bandeja tras otra, añadiéndose a la ya de por sí sobrecargada superficie. Arbela llenó su plato y el de Bram, y observó el intento de Caelen de probar algunos de sus platos favoritos.

Complacida, dirigió su atención a los acróbatas y acróbatas del centro de la sala.

—¿Habéis probado ese truco en particular? —La voz de Alejandro le llegó inesperadamente al oído.

Arbela levantó la vista y encontró a su hermano de pie junto a su hombro.

—¿Recordáis el tiempo que pasasteis con nuestro tío? —Sonrió e indicó a los ágiles hombres que daban volteretas.

Arbela le hizo callar y miró rápidamente a su padre, que estaba demasiado ocupado agasajando a lord MacHugh como para prestar atención a las palabras de Alejandro.

—Hasta que vuestro padre se enteró, querrás decir. Para responder a vuestra pregunta, perfeccioné la voltereta hacia delante con una cuerda bien tensada. Nuestro volatinero de hoy está algo más seguro en el palo que sostienen sus dos ayudantes —murmuró por lo bajo.

—Siempre fuisteis ágiles.

—¿Lo fui? Sigo siendo ágil, hermano. —Arbela le miró arqueando una ceja.

—¿Quién iba a decir que el castillo de nuestro tío era un refugio seguro para los miembros de la orden *Hashashin*? Como la zona estaba un poco revuelta, se entretuvo permitiéndote entrenar junto a sus reclutas.

Disfrazados, claro. —Alejandro se encogió de hombros.

—Felipe y tú estabais demasiado ocupados convirtiéndoos en caballeros como para preocuparos por cómo pasaba el tiempo vuestra

hermana. Os alegrasteis de tenerme lejos de Batroun. —Arbela sonrió.

—Creíamos que estabais a salvo con la familia de mi madre. —La sonrisa de Alejandro se desvaneció.

—Lo estaba. En medio de una secta entrenada en el uso del veneno, el sigilo y el disfraz, no podría haber estado más segura.

—Los acróbatas me hicieron pensar en vuestras habilidades especiales.

Había olvidado lo disgustado que se puso vuestro padre cuando descubrió que el tío os estaba entrenando para ser un *Asasiyun*. —Alejandro puso los ojos en blanco.

—Me prohibió volver a visitarlo. Pero he mantenido mis habilidades perfeccionadas, no temáis.

El artista del centro de la sala cambió su palo horizontal por uno vertical y se apresuró a subir a lo más alto. Alejandro y Arbela se miraron.

—Fácil. —Arbela se burló.

—No deberías tener mucha necesidad de continuar con estas habilidades, hermana. —Alejandro negó con la cabeza y frunció el

ceño.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Sabéis que MacGillonay atacó mientras yo estaba en Dunfaileas.

—Sí. Vuestro padre se ha preocupado mucho de que os ocuparais de las defensas estas últimas semanas.

—El hombre es despiadado, Arbela. Si intenta violar los muros de Dunfaileas, no tengáis piedad de él, porque no tendrá ninguna con vos. —

Alejandro asintió, con semblante sombrío.

* * *

Caelen se contuvo de beber vino y *whisky*. Caminaba entre su nuevo clan por matrimonio, aceptando los brindis y los elogios, con su novia apoyada en el brazo, con la sangre poco contaminada por el alcohol. No deseaba entrar en su matrimonio como un borracho. La noche que se avecinaba ya le planteaba demasiados interrogantes como para añadir más incomodidades y remordimientos.

Los invitados y la familia esperaban una noche de bodas. ¿Qué esperaba Arbela? Al día siguiente se mostrarían sábanas ensangrentadas.

¿De quién sería la sangre? Hacía semanas que habían fijado el tono de su matrimonio: sólo un acuerdo de negocios. Ninguno de los dos se sentía

atraído por el otro y él no deseaba tener más hijos. Arbela había dejado claro su deseo de que no hubiera relaciones físicas entre ellos, y aparte de obligarla a desempeñar el papel de yegua de cría y de cuerpo conveniente en el que saciar sus lujurias, no había

motivo para visitar su alcoba después de esta noche. Y él no se creía tan salvaje.

Sin embargo, *esta* noche…

El perfume de su esposa llegó a su nariz. Algo que no podía identificar.

Ruthie prefería los aromas florales, pero el de Arbela era más terrenal, cálido, picante y embriagador. *Sensual*.

Caelen se arriesgó a mirar a su novia, quien miraba hacia otro lado, hablando con uno de los caballeros de su padre. Una punzada recorrió su vientre. ¿Celos? Ridículo. El hombre probablemente la conocía de toda la vida. Era natural que hablaran juntos.

La luz de las velas brillaba en su cabello negro azulado. Hacía tiempo que se había quitado el velo, y sus pesados mechones colgaban por debajo de su cintura, invitándole a recogerlos entre sus manos. Su vestido brillaba con cuentas y bordados de oro. Caelen apenas sabía si describir el vestido como rojo o dorado. Bajo las mangas de gasa, sus manos pintadas hacían gestos en el aire mientras hablaba. Con todo ello, Caelen no sabía qué pensar de su nueva esposa.

El ruido de la multitud aumentó y Arbela levantó la vista. Por un instante, Caelen imaginó que una expresión de pánico cruzaba su rostro. Se inclinó hacia ella, con los labios junto a su oreja, ignorando su embriagador aroma.

—¿Cómo llego a vuestra habitación? —susurró.

La mirada que ella le dirigió confirmó sus sospechas. Había algo en este mundo que asustaba a Arbela MacLean: la idea de acostarse con él.

El lord le apretó los dedos.

—Si no deseáis que nos lleven a vuestra habitación ante los invitados a la boda, debemos separarnos. Me quedaré cerca de la letrina y encontraréis el camino a vuestra habitación sola. A menos que creáis que debo preguntarle a vuestro padre cómo encontraros, tenéis que decírmelo ahora.

—Tercer nivel. Última puerta. —Las arrugas de su ceño se desvanecieron mientras se enfrentaba a sus miedos sin quejas ni preguntas.

Caelen dio un paso despreocupado hacia la mesa, dejando caer su mano para coger una jarra. Bebió el contenido y se alejó, poniendo distancia entre ellos, dividiendo la atención de la multitud. Alguien le habló a Arbela y ella sonrió. Haciendo una seña a la mujer para que la acompañara, salió de la sala sin prisa. Mientras se abría paso entre la multitud, Caelen iba marcando su camino con bromas para encontrar la letrina.

Al fin solo, se agachó rápidamente en torno a una columna y se dirigió hacia las escaleras. Las parejas que buscaban intimidad y se ocultaban parcialmente en las sombras no le prestaron atención. En unos instantes se encontró en la puerta de Arbela. Dio unos golpecitos en el marco y Arbela le permitió entrar, cerrando bien la puerta tras de sí. La miró fijamente, enigmática con su traje de novia, una prenda pensada para impresionar y atraer la atención de un hombre. El escote redondeado era recatado, pero ella se había quitado el fantástico collar de rubíes, y su piel brillaba, desnuda, balanceándose suavemente al respirar.

—¿Cómo seguimos a partir de ahora? ¿Soportaremos la compañía del otro y presentaremos sábanas ensangrentadas al día siguiente? No me importa un dedo herido. —Cruzó su mirada con la de su marido.

—¿Es ese vuestro deseo?

Un destello de decepción en su voz sorprendió al joven lord.

—¿Qué pretendéis de mí? ¿Que os deje entrar en mi cama esta noche y no vuelva a pensar en ello? ¿Os molesta nuestro acuerdo tan pronto? —

Arbela arqueó una ceja.

—No me casé para añadir discordia en forma de esposa quejosa —

replicó. Sus palabras lo golpearon, rechazando una emoción con la que estaba demasiado familiarizado—. Conservad vuestra maldita virtud. No la necesito.

—Solo os pido la clase de hombre que sois. Nos conviene que cada uno diga lo que piensa. Esta noche, no importa cómo la pasemos, marcará la pauta para el resto de nuestras vidas. —Sus ojos brillaron.

—¿Los dos solos, toda esta noche? La última vez que hablamos, sólo acordamos la forma en que viviríamos nuestras vidas una vez casados. No he cambiado de opinión. No acordamos específicamente esta noche en la que las expectativas eran enteramente nuestras. —Caelen torció la cabeza.

—Deberían serlo —señaló Arbela—. Lo que otros piensen de nosotros no debería influir en cómo vivimos nuestras vidas, o cómo nos tratamos.

—No esperaba acostarme con vos. Admito que pensé en ello, pero os dejo el asunto a vos.

Un ruido parecido a un trueno retumbó a través de la pesada puerta mientras los puños golpeaban las tablas, exigiendo la entrada.

—Los invitados han notado nuestra ausencia del salón. Pasará algún tiempo antes de que admitan su decepción y vuelvan a beber —gruñó Caelen. Luego miró hacia la puerta, recordando que Arbela había puesto el pestillo—. ¿Qué deseáis, Arbela? ¿Cómo preferís pasar nuestra primera noche juntos?

En ese momento, la joven echó un vistazo a la habitación y su atención se centró en una pequeña caja de cuero que había sobre una mesa cercana.

La risa iluminó sus ojos y curvó sus labios cuando levantó la mirada hacia su marido.

—Alguien puso esto aquí, aunque yo se lo había entregado antes a Bram. ¿Queréis que os enseñe el juego de *Fierges*?

Caelen apoyó suavemente el dorso de la mano en la suave curva de la mejilla de su mujer.

—¿Quizás haya un juego mejor que pueda enseñaros?

CAPÍTULO 16

Una ráfaga de nostalgia recorrió inesperadamente a Arbela, llevándola… ¿a dónde? No podía negar el atractivo del encanto musculoso de Caelen, su aire de total confianza, aunque su desafío a las actividades de la noche de bodas pareció asestar un ligero golpe a su compostura. Jugar a un juego de mesa en la noche de bodas no era algo habitual.

A ella no le importaba dar su cuerpo donde no estaba su corazón.

Aunque, desde hacía sólo unas horas, ya no tenía el privilegio de elegir otro camino para su corazón. Había pronunciado sus votos matrimoniales, y la consumación formaba parte de la ceremonia tanto como cualquier palabra vinculante.

—Mantendré nuestro acuerdo. No interferiré en vuestra vida después de este día, como sé que vos no interferiréis en la mía. —Levantó la barbilla cuando la mano de Caelen se retiró—. Y, sin embargo, empezar nuestro matrimonio con la mentira de la consumación -incluso si es mi sangre la que está en las sábanas- me resulta desagradable.

—¿Estáis de acuerdo con las sábanas? —Caelen enarcó las cejas.

El pánico corrió frío por sus venas y respiró con firmeza.

—Sí, pero tal vez podríamos conocernos un poco antes.

Con un movimiento de cabeza, Caelen indicó las sillas acolchadas junto a la chimenea. Arbela arregló su atuendo nupcial a su alrededor, utilizando la distracción del contacto con el suelo para prepararse para las horas que se avecinaban.

—Habladme de Bram —insistió en un intento de llenar el silencio con un tema de interés para ambos.

—El muchacho tiene cinco años.

—Estará a mi cargo, ¿verdad? Cuéntame más. —Arbela ocultó su decepción ante su respuesta tajante.

—El padre de su madre es un bastardo que desea quitármelo. —Estaba claro que el tema de su antiguo suegro le irritaba. Pero se animó—. Si -o, mejor dicho, cuando- decida que ya ha destruido bastante al clan MacKern

con su quema y resurrección, llegará a Dunfaileas a por Bram. —Su mirada desafiante tocó una fibra sensible en el corazón de la guerrera.

—No le entregaréis al muchacho, cueste lo que cueste. Si significa vuestra vida, no se lo daréis.

—Ya os dije una vez que no hago daño a los niños —explicó Arbela en voz baja, aunque el resonar del acero vibraba en sus palabras—. Mientras Bram esté a mi cuidado, permanecerá a salvo.

—Dentro de la habitación del lord hay un pasadizo secreto. Está oculto tras un tapiz y debéis ser capaces de mover el cofre que hay

ante él. —

Caelen la miró, aparentemente considerando aceptable su seguridad. Se inclinó hacia delante y juntó las manos, con los antebrazos apoyados en las rodillas.

—Podéis hacerlo. Debe haber una señal entre nosotros, una que no desobedeceréis, para llevar a Bram a través del pasadizo. No queda nadie vivo que conozca el secreto, aparte de Rory, y él no hablará de ello. Pero os haré prometer que dejaréis lo que se esté gestando y salvaréis a Bram. —

Inclinó la cabeza y asintió con confianza.

—No diré que apruebo este plan. —Arbela consideró la petición, levantó una palma para pedir silencio cuando el rostro de Caelen se ensombreció y abrió la boca.

—Sin embargo, si no veo otro camino, haré lo que me pedís. Y

antepondré la seguridad de Bram a cualquier otra consideración.

La mandíbula de Caelen se apretó y sus cejas se juntaron en un argumento contenido.

—Mi hermano me contó lo que vio en Dunfaileas y de lo que es capaz MacGillonay. También sé que Alejandro os dijo que tengo una mente rápida, aunque es más probable que se burle de mí en lugar de alabarme por ello. La estrategia es algo que entiendo rápida y claramente. —Tocó ligeramente las manos de Caelen—. Y no le temo a la muerte. —El silencio llenó la habitación.

—¿Cuál será la palabra entre nosotros? La que os diga que huyáis con Bram. —Caelen aclaró la garganta.

—Si imagino la situación correctamente, será cuando no esté seguro del camino a seguir. Si nos atacan descaradamente, seréis libres de ordenar que huya con el niño. De hecho, es lo que se

espera. Lo que nos preocupa es

cuando hay traición de por medio y se necesitan códigos para evitar que otros adivinen lo que realmente queremos decir.

Algo brilló en los ojos de Caelen. Un leve estrechamiento de sus párpados le dijo que acababa de cambiar alguna apreciación sobre ella.

—Continuad. —Inclinó la cabeza.

—En el momento en que tenga que sacar a Bram de una situación potencialmente peligrosa, deberíais pedirme que lo lleve a su habitación y lo entretenga. —Miró el juego de mesa que descansaba sobre la mesa—.

Fierges fue creado a partir de un juego egipcio llamado *Alquerque*.

Decidme que le enseñe a Bram a jugar al *Alquerque*. Llamadlo «maldito juego de mesa» si queréis. Llamará menos la atención sobre la acción si no parecéis aprobarlo.

— *Alquerque*. —Caelen le dedicó una sonrisa irónica. Su lento asentimiento se convirtió en una aceptación total de su idea—. Y si no recuerdo el nombre, simplemente lo llamaré ese «maldito juego».

—Es la belleza del código. Tiene un respaldo posible.

Nuevamente hubo silencio entre ellos, tan frágil como el vínculo que intentaban forjar. Con un fuerte suspiro, Caelen se enderezó en la silla y apartó las manos. Una peculiar sensación de pérdida onduló bajo las yemas de los dedos de Arbela. Entonces, Caelen se reclinó hacia un lado, con el codo apoyado en el brazo de la silla y la barbilla apoyada en la palma de la mano.

—Habladme de esa bestia llamada Ari que queréis dar a mi hijo.

«¿No será también mi hijo?» Pero Arbela dejó la pregunta para otro momento, deseosa de que entablaran una conversación más desenfadada.

—Ari, que significa «valiente» en armenio, fue el poni de un niño durante muchos años. Cuando se le quedó pequeño, en vez de entregarlo a un trabajo agotador como animal de tiro, o simplemente dejarlo suelto para que siguiera su propio camino, se lo dieron a un pastor.

—Permití que Bram se sentara a lomos de Ari sólo después de que me lo pidiera y viera que era sincero. —Arbela tejió su historia sobre el poni de una sola oreja, complacida de ver el interés brillar en los ojos de Caelen.

—Primero debéis pedírmelo. Aún no le he dado un poni. Es demasiado joven. —Frunció el ceño.

—Bram tiene cinco veranos. Debería cuidar de su propio poni. —

Arbela levantó una ceja en señal de protesta.

—Lo criaré como mejor me parezca. Le enseñaré los números y las letras. Yo le enseñaré las cosas de un guerrero. Si lo deseáis, podéis llevaros el poni. El contacto con una bestia tan robusta no le hará daño a Bram.

La mirada entrecerrada del lord le advirtió que no discutiera. Puede que se hubiera casado con ella y que esperara que cambiara su vida por la de Bram, pero era evidente que Caelen no confiaba en ella ni en sus costumbres. Arbela apretó los labios, no prometió ni negó. Caelen pasó una mano por su cabeza rapada. Su mirada se fijó en el tablero de la mesa e hizo un gesto hacia el estuche.

—Enseñadme este juego que llamáis *Fierges*.

Aliviada por el cambio de tema, se sentó junto a la mesa e hizo un gesto a Caelen para que se uniera a ella. Abrió el estuche de cuero,

le mostró rápidamente cómo colocar las piezas y le recitó las sencillas reglas.

Caelen estudió el tablero con atención antes de cada movimiento y apenas dijo nada mientras su esposa le enseñaba. Poco tiempo después, lo venció en menos de veinte movimientos.

—No se me da muy bien perder. —Frunció el ceño y ella esbozó una leve sonrisa de disculpa.

—Vuestro hermano dijo que se os daba muy bien la estrategia. —Su boca mostró una media sonrisa mientras volvía a poner el tablero en su sitio y señaló los marcadores—. Otra vez.

—Debo quitarme este vestido. —Atravesó la puerta decorada con cuentas—. Es rígido e incómodo. —Arbela se levantó.

—No queráis distraeros —dijo Caelen—, o sin duda ganaré este juego.

Arbela ahogó una carcajada mientras soltaba la cremallera de su pesada túnica exterior de brocado rígido, bordados y piedras preciosas. Con un suspiro, dejó caer la tela sobre el borde de la bañera vacía y se despojó rápidamente del albornoz de seda. Cambiarlo por el vestido de terciopelo forrado de satén fue un enorme alivio. Tras peinarse el cabello con los dedos, se hizo una trenza suelta y ató una cinta en el extremo. Por último, se echó la trenza al hombro y atravesó la cortina de cuentas.

—Estoy muy aliviada… de oír vuestra arrogancia al suponer que soy tan fácil de superar, y también de librarme de ese vestido.

Los ojos de Caelen la detuvieron en seco. Su intensa mirada se asemejaba a la de un león antes de abalanzarse sobre un cordero desprevenido. La sangre de la joven se heló en sus venas y luego rugió de

calor, dejándola mareada y confusa. En ese momento, Caelen se

puso en pie.

—¿Queréis otra partida? —Su voz retumbaba ronca y grave.

—Creo… Creo que me gustaría que esta restricción entre nosotros terminara. Ha sido un día largo y agotador, y jugar a *Fierges* hasta bien entrada la noche puede resultar agotador, dejándonos con pocas ganas de intimidad. —Consideró sus palabras cuidadosamente.

—¿Me pedís que os lleve a la cama? —Se acercó lentamente, sus palabras eran más una aclaración que una pregunta. Se detuvo unos centímetros antes de que la determinación de Arbela se quebrara y ella asintiera.

—No cambiará nada de nuestro acuerdo, pero nos proporcionará la honestidad que exigen nuestros votos.

—¿Confiareis en mí? —Con una sonrisa de confianza que Arbela no entendía, Caelen cogió el cinturón que llevaba atado a la cintura.

—De los dos, sólo vos sabéis lo que pretendemos. —Arbela dio medio paso al oír como el lord tiraba suavemente de su cinturón. El nudo del grueso cordón de seda se deshizo casi mágicamente en la mano de su marido. Sin la firme sujeción del cinturón, la túnica se deslizó sobre su piel, recorriéndole sensualmente el pecho al abrirse. Arbela sintió cada urdimbre y cada trama de la pesada tela sobre su piel extrañamente sensible, y se estremeció.

—¿Tenéis frío? —Caelen enarcó las cejas.

—No. No estoy acostumbrada a que un hombre me mire sin mi espada en su garganta. —Sacudió la cabeza.

—Debería haber insistido en que la cama se hiciera sin armas. ¿Os opondríais a la enmienda? —En sus ojos parpadeó una leve diversión, y una comisura de sus labios se crispó.

—¿Sois propensos a las *mutationes sine causa*? —Algo parecido al placer que le producía su respuesta humorística la invadió, aliviando su respiración una vez más.

La mirada sorprendida de Caelen saltó de su pecho parcialmente expuesto a sus ojos. Y Arbela ocultó su sonrisa.

— *Mutaciones sin causa*. Oh, olvidé que habláis latín. Suficiente para desafiar al cura en nuestra boda. Tendréis que perdonar a un pobre *Highlander* su *labitur in lingua*.

—Vuestro dominio del latín parece bueno. No oigo ningún *lapsus*.

Caelen acortó la pequeña distancia que los separaba. La lujosa tela de su túnica de terciopelo se deslizó por un hombro y ella apenas pudo cogerla antes de que la dejara completamente al descubierto. Su piel se calentó.

Caelen se alzaba sobre ella, pero sólo la sujetaba con el cordón de la túnica, que colgaba casi inservible de su cintura, y con los dos dedos que le pasaba por debajo de la barbilla.

—Mi dominio del gaélico, inglés y el latín es bueno —susurró el lord

—. Al igual que mi comprensión del *norn*. —Dejó caer sus labios sobre los de su esposa, dejando apenas una fracción de espacio entre ellos—. Me refiero a este *lapsus*. —Su lengua recorrió las crestas y los valles de sus labios, y el movimiento inesperado hizo que Arbela soltara un jadeo de sorpresa. Al instante, se sumergió en su boca, provocándola, seduciéndola.

Arbela levantó la mano para aferrar la parte delantera de su túnica, retorciéndose en la tela mientras luchaba por mantener el equilibrio.

En respuesta, la rodeó con un brazo, atrayéndola contra él, sosteniéndola. Cada centímetro duro y musculoso de él ardía de

calor contra los muslos, el vientre y los pechos de la joven, aprisionada contra él como si ya no se perteneciera a sí misma. Ya no pertenecía a sí misma, le pertenecía a *él*.

Chispas de calor revolotearon en el vientre de Arbela, acogiendo con agrado la dura cresta de carne presionada en la unión de sus muslos. Había oído suficientes habladurías en los aposentos de las mujeres del castillo de Mseilha y en otros lugares como para conocer los rudimentos de lo que pasaba entre un hombre y una mujer, pero las insinuaciones y las miradas socarronas que le dirigían las cotillas no la tranquilizaban contra la oleada de deseo que le restaba fuerza a los miembros. Le nubló el cerebro, dejándola tan desconcertada como la primera vez que recibió un golpe directo de un oponente en el campo de entrenamiento. Sin embargo, ahora no había dolor como preludio, sólo la sensación de falta de aliento y el asfixiante recuerdo del pensamiento.

«¿Esto es por lo que otras mujeres suspiran? ¿Perder el control en brazos de un hombre?»

No era desagradable, pero iba completamente en contra de su naturaleza. Arbela se esforzó por relajarse, luchó contra el impulso de meterle un pie por detrás del talón y tirarlo al suelo. De pronto, Caelen pasó

el brazo por debajo de sus rodillas, levantándola contra su pecho, y la llevó a través de la habitación, enredándose brevemente en los flecos de cuentas de la puerta de su habitación privada. Arrodillado contra el lecho, Caelen la depositó sobre la cama y dio un paso atrás para quitarse la ropa.

Mientras tanto, Arbela se deslizó por la cama, con la espalda apoyada en los gruesos cojines de la cabecera, sin reparar apenas en los pétalos de rosa esparcidos por la funda que alguien -¿Zora?- había colocado allí. Su olor a pétalos flotaba en el aire. Caelen dejó caer la túnica y los pantalones al suelo.

El lecho se hundió con su peso, balanceando a Arbela en su

superficie como si fuera una pequeña barca en un mar agitado. Caelen avanzó y retiró las mantas, dejando al descubierto las sábanas blancas, de un dorado pálido a la luz del fuego. Arbela movió las nalgas, complacida, dejando que la ropa de cama se moviera bajo ella. La visión de su figura desnuda la sobresaltó y apretó la mandíbula para no expresar sus pensamientos.

La luz del fuego proyectaba una luz de bronce y sombras de ébano a lo largo de sus miembros, resaltando sus músculos, que brillaban cálidos contra su piel. Quiso tocarlo, pero se contuvo, insegura de cómo respondería él. A diferencia de los lánguidos devaneos de los que había oído hablar, Caelen era directo y seguro, y su deseo por ella, evidente, atrevido y hambriento.

Entonces, el lord se colocó a su lado, medio de perfil, frente a ella.

Con un suave movimiento, le quitó la túnica del otro hombro. El aire frío corría sobre ella, desvaneciéndose en un instante bajo su mirada ardiente.

Caelen dejó caer un beso sobre sus hombros, moviéndose lentamente de uno a otro. Su mano se deslizó por el interior del lánguido albornoz hasta acariciarle el pecho, y su pulgar rozó el tenso pezón. Excitada, asustada, Arbela ya no sabía lo que deseaba. El pecho le palpitaba en su mano, y se inclinó hacia delante para estrecharlo con más fuerza, tratando de mitigar el molesto escozor. Caelen apartó el vestido, deslizándolo por sus brazos, y Arbela se liberó del terciopelo que la envolvía. Acariciándole el cuello, la atrajo hacia sí y ella se entregó a sus besos.

Inmediatamente, las piernas de la muchacha cuando él se deslizó entre ellas, y la joven levantó las rodillas, atreviéndose a rozar su centro con la caliente longitud del lord. En ese momento, Caelen gimió y frotó su miembro contra ella, que no tardó en seguirle el ritmo. Arbela sintió un

hormigueo de placer y no se opuso a que él se apartara

ligeramente, colocando la cabeza de su miembro en su abertura. Después de vacilar, empujó. Las rodillas de Arbela se apretaron contra sus costados ante la desagradable sensación. Todo el placer se esfumó cuando él traspasó su virginidad. Caelen empujó hacia adelante y hacia atrás, jadeante, súbitamente extraño para ella, cuyo dolor y tensión se desvanecieron.

Sus votos. Era sólo esta vez. Podía hacer cualquier cosa *una vez*.

Caelen gritó y su cuerpo se tensó sobre ella. Gimió, sacudió las caderas y luego se detuvo. Al cabo de un momento, bajó la cabeza hasta el hombro de su esposa y se tumbó sobre ella, con la respiración más lenta y normal.

—Sé que es incómodo para vos, por ser la primera vez. Debería haber ido más despacio y haberos relajado más.

De repente, Arbela le apartó la cabeza del hombro con firmeza y él rodó hacia un lado, zafándose fácilmente de su cuerpo.

—Ya que habéis terminado, no os preocupéis. Era mi *obligación*.

—¿Vuestra carga? —Caelen rodó sobre un codo, con las cejas juntas en señal de alarma y pasó una mano por sus desnudos cuerpos—. ¿Llamáis a *esto* una *carga*?

—¿Qué pensáis, Caelen? No importa cómo ni por qué, el matrimonio está consumado. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. Entonces se sentó, recogió su túnica desechada y se envolvió con ella—. ¿O uno de *estos*? —

se burló de su movimiento anterior—, ¿no es suficiente? ¿Debería haber establecido un número?

—No. A partir de ahora, podéis llevar vuestras armas a la cama. No será asunto mío. —Caelen se puso en pie y cruzó la habitación, cogiendo su ropa del suelo.

* * *

Caelen tiró un cojín de una silla al suelo y se envolvió en la extensión de lana de su capa. Esta era cálida y rasposa, pero preferiría sus conocidas incomodidades al rechazo de su esposa.

¡Maldición! No sabía cómo cortejar a una esposa. Su primer matrimonio era prueba de ello. ¿Por qué, por todos los santos, pensó que este matrimonio sería diferente?

Porque Arbela era diferente. El problema, entonces, era él. Había sugerido un acuerdo de negocios, sin soñar que ella le permitiría tocarla esa noche. En aquel momento, dada su audacia exótica y los recuerdos de Ruthie que no debía evocar, mantener a Arbela a distancia le pareció una idea brillante. Había conseguido más ayuda de la que esperaba para su clan, y tomarla como esposa, aunque no fuera una esposa, era una buena idea.

Aunque, por poco tiempo esta noche, había disfrutado. Y no era sólo la ropa de cama. La conversación con Arbela era intrigante. El juego de *Fierges* le había interesado, aunque sus ojos se habían desviado más hacia los delicados trazos de sus manos y el brillo casi azul de la luz en su cabello. A las generosas curvas de su cadera y su pecho bajo el extravagante atuendo. Y la ropa de cama había sido muy buena para él. Ni siquiera Alesta, con toda su disposición y conocimientos, había despertado en él las sensaciones que Arbela había provocado. Pasar tiempo con su mujer no había sido la carga que había imaginado.

«Carga».

Aquella fue la palabra de su esposa para referirse a hacer el amor, su palabra para él, la palabra -que Dios le ayudara- para el resto de su vida juntos.

CAPÍTULO 17

Bram se retorcía en el lecho, con los ojos demasiado brillantes

para un infante listo para dormir. Arbela se posó en el borde de la estrecha cama, consciente de las largas horas que le esperaban antes de su propio descanso.

Aunque el viaje a Dunfaileas no había sido arduo, los acontecimientos del día anterior la habían dejado exhausta y con mucho por hacer.

—¿No tenéis sueño, *Bram-jan*? —Apartó un mechón de cabello de la frente del muchacho.

Mientras tanto, la vieja enfermera trabajaba en la habitación, ordenando el pequeño desorden que el muchacho había creado en un esfuerzo por enseñárselo todo a Arbela en cuanto entraron en su habitación.

—El muchacho pronto se dormirá —dijo Ilene, con voz y modales bruscos—. No hace falta que os quedéis. —Cerró de golpe la tapa del baúl de la ropa de Bram—. No os molestéis.

—No es ninguna molestia. —Arbela se preguntó cuántas veces tendría que pronunciar esas palabras antes de que los demás -y Bram- se lo creyeran. Había oído a Ilene quejarse del cuidado del niño demasiadas veces.

—Creo que os prometí un cuento antes de dormir, ¿no? —Sonrió al joven.

Bram sonrió, asintiendo enérgicamente con la cabeza.

—Entonces, debéis prepararos para dormir. Después del cuento, encontraréis vuestro descanso.

—Veamos si os gusta mi cuento de San Jorge y el dragón. —Arbela acercó una silla de madera y se acomodó en su asiento de mimbre, tomando nota mental de añadir un cojín para darle comodidad.

—Ese es un cuento corto. —Bram frunció el ceño.

—No como yo lo cuento. —Respiró hondo, entrelazó los dedos en su regazo y comenzó.

—San Jorge era un caballero muy valiente, nacido en Capadocia, en las montañas al oeste de Armenia. Un día, en sus viajes, llegó a una ciudad con un pequeño lago donde la gente obtenía el agua. Pero un enorme

dragón se había instalado allí, envenenando el agua y toda la región circundante.

—Padre dice que un ermitaño le habló del dragón. —Los ojos de Bram se abrieron de emoción y apretó la ropa de cama contra su pecho.

—Tal vez lo hizo —admitió—. Era más temible que cualquier monstruo que se hubiera visto jamás, y en su lomo había escamas rugosas más duras que el hierro o el acero. Sus dientes y uñas eran como las espadas más afiladas, y su aliento apestaba a carbón y muerte. Todo lo que tocaba se marchitaba y moría, y los alrededores del lago apestaban a podredumbre.

Nadie se atrevía a acercarse. De hecho, la gente del pueblo había empezado a alimentar a la criatura con dos ovejas al día y, a cambio, el dragón se comprometió a no envenenar el agua del estanque. Pero pronto, el dragón insistió en comer un aldeano cada día, además de las ovejas, y el rey se sometió a la exigencia del asqueroso dragón.

—Vuestro dragón es más malo que el de mi padre. —Bram frunció el ceño.

—La gente era elegida por sorteo para alimentar al dragón, y cada día, otro era elegido para encontrar un terrible final. Los días pasaban sin que nadie pudiera hacer nada, hasta que fue elegida la propia hija del rey. El rey ofreció mucha plata y oro para que

alguien cambiara el lugar de su amada niña, pero la gente del pueblo insistió en que su destino no sería diferente al de cualquiera de ellos. —Arbela sonrió.

Bram se sentó con las rodillas recogidas bajo la barbilla, pero esta vez no interrumpió.

—Muy entristecido, el rey vistió a su hija con sus mejores ropas, la besó y la llevó al lago cercano a la guarida del dragón, donde la dejó esperando su destino, sola y asustada. San Jorge se acercó a caballo y, al ver a la bella princesa, le preguntó por qué se había quedado sola tan lejos de la ciudad. Ella le habló del dragón y del terrible precio que exigía a su pueblo.

«No temáis, bella doncella, porque yo os ayudaré en nombre de Jesucristo», dijo San Jorge.

—¡Sí, San Jorge! —Bram pateó sus mantas, pero se acomodó rápidamente ante el suave reproche de Arbela.

—La princesa lloró y le suplicó que huyera, pues estaba convencida de que nadie podría salvarla del malvado dragón y no deseaba que San Jorge fuera devorado también. Mientras hablaban, el dragón se abalanzó desde los

cielos, con columnas de humo que ensuciaban el aire. La princesa cayó al suelo asustada, pero San Jorge mantuvo su caballo firme contra su enemigo, desenvainó su espada y, haciendo la señal de la cruz, cabalgó con fuerza contra el dragón. Lo golpeó con su espada, arrojando a la bestia al suelo donde esta yacía, muerta, a los pies de San Jorge.

—¡Porque no tenía escamas bajo el ala, y San Jorge sabía dónde apuñalarlo! —gritó Bram, con la luz de un guerrero en los ojos.

Arbela asintió con la cabeza.

—San Jorge levantó a la princesa, la subió a su caballo y se la

entregó a su padre, el rey. Tras escuchar el relato de San Jorge, el rey se bautizó, seguido de todo su pueblo. El rey erigió una iglesia de Nuestra Señora y San Jorge, y ante ella surgió una fuente, y todos los que bebían de su agua quedaban curados de sus enfermedades. Además, el rey ofreció a San Jorge todo el dinero que pudiera llevar encima, pero el noble caballero rechazó la recompensa y se lo dio a los pobres. Entonces San Jorge pidió al rey que honrara a los sacerdotes, escuchara sus servicios con diligencia y se apiadara de los pobres y enfermos de su ciudad.

—No sé nada del dinero ni de la fuente —opinó Bram—. Realmente era un buen caballero, ¿no?

—Sí, lo era. ¿Conocéis el resto de la historia?

Bram sacudió la cabeza, con los ojos muy abiertos por el interés.

—Muchos años después, en la historia de Antioquía, cuando los cristianos se dispusieron a conquistar Jerusalén y arrebatársela a los sarracenos, un joven se le apareció a un sacerdote y le aconsejó que llevara algunas de las reliquias de San Jorge. Durante el asedio de Jerusalén, un hombre que llevaba la armadura blanca y la cruz roja de San Jorge, los condujo a todos a la victoria.

—¿San Jorge mató a los malos que capturaron Jerusalén? —Bram inclinó la cabeza.

—Ciertamente ayudó. Era un caballero de renombre cuya fama trajo la victoria a aquellos que honraron sus caminos. ¿Me contarás la historia como lo hace mi padre la próxima vez?

—Tal vez —contestó Bram—. Me lo pensaré.

—Descansad bien, *Bram-jan*. Encontraré otras historias y cosas interesantes que hacer al día siguiente. —Arbela se levantó.

—¿Os quedaréis conmigo? —Cogió su mano.

—Todavía tengo que encontrar mi cama. —Dirigió una mirada a su enfermera—. Cuidad de Ilene y dormíos. —Apretó suavemente sus dedos y se apartó.

El pequeño cuerpo del muchacho se erizó de objeción, pero Arbela le dio un ligero beso en la frente y salió de la habitación. Cerró la puerta suavemente tras de sí, ignorando la mirada de Ilene.

—Os ayudaré a prepararos para la noche. —En el pasillo, Agnes se levantó de un banco apoyado en la pared y se puso al lado de Arbela.

—La habitación del lord está aquí. —Agnes señaló una puerta a unos metros de distancia—. Hay pocas habitaciones privadas en una casa torre.

—El lord MacKern aún está abajo… he estado vigilando. —Agnes soltó una pequeña carcajada mientras empujaba la puerta y se apresuró a entrar—. Me aseguré de que el fuego estuviera encendido y la habitación caliente para vosotros. Y aquí hay una bañera esperando. Le echaré agua caliente ahora si estáis listos para el baño.

Luchando contra la abrumadora sensación de que los acontecimientos se descontrolaban, Arbela recordó el acuerdo entre ella y Caelen. Permitiría que Agnes se ocupara de su rutina nocturna y, una vez que Agnes se retirara a dormir, consultaría a Caelen sobre otros arreglos para dormir.

—Gracias, Agnes. Un baño suena muy bien. Podéis descansar cuando yo esté en la bañera. —Forzó la calma en sus palabras.

—Sé que Dunfaileas no es a lo que estáis acostumbrados. Pero es bastante limpio, y el lord es un encanto. —Los ojos de Agnes bailaban, su comportamiento alegre mientras ayudaba a Arbela a desvestirse.

—El tamaño de la torre está bien. Me recuerda a Mseilha. Sin

embargo, hay muchas cosas que hacer. —Arbela se sumergió en el agua caliente, dejando que esta la tranquilizara.

Agnes le tendió un paño de lino y un trozo de jabón que había traído.

—¿Qué vais a hacer?

Tras enjabonar el paño, Arbela reflexionó sobre sus pensamientos iniciales al entrar en el castillo de Dunfaileas.

—Alejandro y mi padre ya han enviado hombres que han empezado a trabajar en las paredes, y es evidente que los retretes necesitan atención.

Los pondré en un programa de mantenimiento regular. La torre del homenaje parece haber sido fregada recientemente, y me encargaré de que alguien la supervise también. Cuando haya visto la despensa, la cocina y

demás, sabré más sobre lo que debo implementar, mejorar o aprender. —

Una sonrisa irónica se dibujó en la comisura de sus labios—. Habrá mucho que hacer mañana.

—Una recién casada debería disfrutar de unos días con su marido antes de ocuparse de esas cosas. —Agnes chasqueó la lengua.

—Esta nueva novia descansará bien por la noche y se pondrá a aprender su nuevo hogar después de la comida matutina.

—Ojalá hubierais pasado más tiempo con el lord MacKern antes de casaros. Cuando no os conocéis bien, puede pasar tiempo hasta que os sintáis cómodos el uno con el otro y disfrutéis pasando tiempo juntos. —

Agnes escurrió el agua jabonosa del paño de lino fino y luego

palmeó el hombro de Arbela—. No diré nada más. ¡Excepto que no creo que descanséis bien esta noche!

La risa de Arbela siguió a su amiga fuera de la habitación, y luego la joven esposa suspiró. Por mucho que disfrutara de la compañía de Agnes, le estaba resultando difícil ocultar su acuerdo con el lord MacKern. Tras salir del agua, se secó rápidamente y se colocó la túnica de terciopelo que Agnes había dejado sobre la silla junto a la chimenea. Se hundió en la silla y metió los pies debajo de ella, ocultando los dedos de los pies bajo los generosos pliegues de la pesada tela. Se echó una manta sobre los hombros y cerró los ojos.

De pronto, un suave golpe la despertó. El fuego había ardido poco, arrojando poca luz más allá del hogar de piedra. Arbela permaneció inmóvil mientras observaba la habitación. A unos metros, Caelen se despojaba de sus ropas, dándole la espalda. La parte de él que miraba hacia el fuego brillaba como un antiguo ídolo dorado, irresistible pero prohibido. Mojó una mano en el agua y luego se volvió hacia los cubos vacíos del suelo. Un ceño fruncido entrecerró sus ojos, convirtiéndolos en charcos oscuros e insondables en su piel bronceada.

—No sabía dónde debía dejar mis cosas y no estabais aquí para preguntar. Esto me pareció apropiado para la noche, aunque podemos arreglarlo mañana. —Arbela desvió la mirada y se fijó en el rostro de su marido.

Caelen gruñó, pero aparte de llevarse la mano derecha al costado, donde debería haber estado la espada, no dio señales de que ella lo hubiera asustado.

—Dormid ahí. —Hizo un gesto con la cabeza hacia la cama con cortinas—. Dormiré en el establo.

—¿Es así como queréis representar nuestro matrimonio? Estoy cómoda en esta silla y puedo trasladar un catre a la habitación de Bram más tarde. Tal vez eso atraiga menos atención y especulaciones.

Caelen permaneció inmóvil mientras Arbela le instaba en silencio a dar uno o dos pasos hacia las sombras. Incluso un paso ocultaría la mayor parte de la evidencia saliente de que podría volver a unirse a ella fácilmente. ¿Realmente deseaba yacer con ella? Arbela retrocedió, esperando que la escasa luz del fuego no delatara el rubor que calentaba sus mejillas. No deseaba convertirse en una yegua de cría, y la consumación de su matrimonio la noche anterior había sido dolorosa e insatisfactoria. Desde luego, no se parecía en nada al éxtasis del que se hablaba en las habitaciones femeninas de Mseilha. Entonces, ¿por qué el profundo pulso que se agitaba en su vientre la instaba a tocarlo o invitarle a que la tocarla?

—Como queráis. No me importa compartir mi espacio para dormir si tenéis frío. —El lord señaló la manta que ella sujetaba con fuerza con ambas manos—. Es un poco más cálido si lo compartimos.

—Pasaré la noche —respondió Arbela—. Descansad.

Con un encogimiento de hombros, Caelen se dio la vuelta, se inclinó sobre la bañera y mojó su cabeza y hombros con el agua, restregándose rápidamente con un trozo de lino apilado en una mesita colocada a tal efecto. Se secó y avanzó hacia la cama. En cuanto a Arbela, no tuvo obstáculos para verle mientras se subía al mullido lecho, y se preguntó por las distintas texturas de su piel, rugosa y lisa, firme y suave. Sus dedos se agitaron. Súbitamente irritada por la deriva de sus pensamientos, subió la manta por encima de sus hombros y cerró los ojos con firmeza.

* * *

«¡Santo cielo! Había pensado que la mujer dormiría en la habitación de Bram».

Caelen cerró parcialmente las cortinas que rodeaban la cama, captando el calor del hogar. Se tumbó boca arriba, con una manta de tartán ceñida a la cintura. No había tomado ninguna medida

especial para su alojamiento. En su defensa, Alejandro le había dado poco tiempo para pensamientos

ociosos, esforzándose día y noche por reparar el muro. Caelen apreciaba el esfuerzo, no deseaba que MacGillonay ni ningún otro consideraran Dunfaileas fácil de asaltar. El trabajo lo había mantenido demasiado ocupado para considerar el hecho de que estaba añadiendo una esposa a su hogar, una que no compartiría su cama.

Le había fallado. Había pensado menos en ella que en su caballo, que al menos tenía su propio compartimento. Arbela dormía acurrucada en una maldita silla dura mientras él descansaba en un lujo acolchado. Miró las cortinas de la cama. ¿Eran nuevas? Recordaba que hacía varios días había llegado un carro con enseres domésticos, pero había prestado poca atención a su contenido. Poniéndose de rodillas, tocó las cortinas. Dos capas. Una pesada y afelpada, la otra fina como la seda, como las túnicas que le gustaba llevar a Arbela. El hombre dio un respingo y se levantó de repente, cruzó el suelo y sacudió suavemente el hombro de Arbela. Sus ojos parpadearon y Caelen sintió que algo le punzaba la pierna un poco más arriba de la rodilla.

Una daga. Tenía una daga ensangrentada apuntándole al muslo.

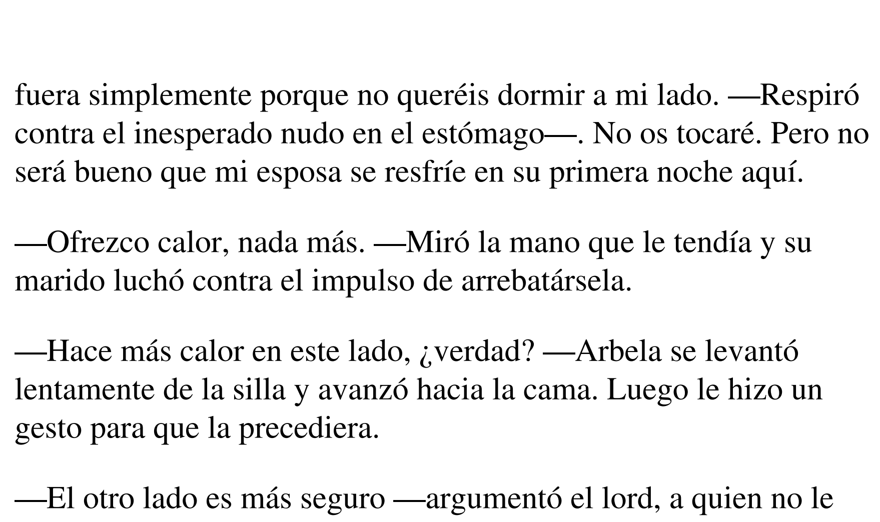
—¿Siempre lleváis armas? —Su voz retumbó en voz baja, y no le importó preguntarse el motivo. Sus ojos oscuros, llenos de expresividad, se encontraron con los suyos, con la gruesa trenza de su cabello rubio sobre el hombro, brillando bajo la escasa luz. En ese momento, la mujer sacó la daga.

—Siempre.

—He venido a llevarte a la cama.

—¿Y qué hay del acuerdo? —Una gruesa ceja se arqueó.

—Al diablo con el acuerdo. Se trata de que no os congeléis aquí



fuera simplemente porque no queréis dormir a mi lado. —Respiró contra el inesperado nudo en el estómago—. No os tocaré. Pero no será bueno que mi esposa se resfríe en su primera noche aquí.

—Ofrezco calor, nada más. —Miró la mano que le tendía y su marido luchó contra el impulso de arrebatársela.

—Hace más calor en este lado, ¿verdad? —Arbela se levantó lentamente de la silla y avanzó hacia la cama. Luego le hizo un gesto para que la precediera.

—El otro lado es más seguro —argumentó el lord, a quien no le gustaba la idea de que ella se interpusiera entre él y la puerta en caso de que

los atacaran.

—Me habéis ofrecido calor, no seguridad.

—No quiero saltar sobre vos si nos atacan.

—Espero que no. Es probable que tenga una espada a mano. Podría ser peligroso.

Caelen frunció el ceño. Captó un brillo en sus ojos y una comisura de sus labios se crispó. ¿La bruja se burlaba de él? Ninguna mujer había presumido tanto.

—Supongo que puedo confiar en los guardias esta noche —gruñó, sin saber muy bien cómo devolverle la broma.

—Oh, nunca debéis confiar en los guardias, pueden ser comprados. En cambio, a vuestra esposa, a *esta* esposa, no se la puede sobornar ni coaccionar. Os aseguro que estaremos a salvo independientemente de quién esté más cerca de la puerta. Pero este lado es más cálido. —Arbela negó con la cabeza.

Caelen asintió bruscamente y se metió en la cama, colocándose en

el lado más alejado, asegurándose de que su espada se apoyara en el poste de la cama junto a su cabeza.

Arbela esperó a que se acomodara y se levantó suavemente sobre el lecho, con la túnica y la manta aún envueltas. Al cabo de unos instantes, desapareció bajo las sábanas, de espaldas a él y de cara a la chimenea.

Desde ese punto de vista, parecía una mujer cualquiera. Cabello largo trenzado, trasero redondeado. Su aroma le cogió desprevenido, le hizo recordar la noche anterior y la lujuria le inundó la entrepierna al instante.

Ahogó un gemido y se dio la vuelta, bastante encadenado por su inesperadamente deseable esposa… y por su maldito acuerdo.

* * *

A la mañana siguiente, Arbela ordenó que llevaran un catre a la habitación de Bram y, al día siguiente, sus pertenencias personales. Caelen sabía que no tenía motivos para discutir, pero algo le oprimía por dentro, aunque sabía que ella sólo estaba a una habitación de distancia. Estaba claro que su criada no lo aprobaba, lanzando miradas especulativas entre Arbela y él. En cuanto a Agnes, se marcharía en cuestión de días, y por eso le estaba agradecido.

Siete días transcurrieron y el lord se encontró con la costumbre de pasar una o dos horas por la noche hablando con Arbela de los acontecimientos del día. Antes de casarse, no podía imaginarse expresando sus actividades y preocupaciones a una mujer, pero ahora no podía imaginarse negándose a ventilar sus pensamientos con ella. Aunque la proximidad con su esposa prohibida -sola en sus aposentos- conllevaba sus propios peligros.

Aun así, correría el riesgo.

Habían pasado dos días desde la última vez que había hablado con

Arbela, y la esperaba en su habitación esta noche. Asomó la cabeza en la habitación de Bram y encontró al muchacho profundamente dormido.

Agnes estaba desplomada en una silla, con sus suaves ronquidos como susurrante contrapunto al crepitar del fuego. Cerró la puerta, con una sonrisa en la cara, y entró en su habitación. Esta estaba vacía. Echó un vistazo a la habitación y su mirada se posó en el cofre que había contra la pared del fondo. Un palmo de oscuridad entre él y la pared indicaba que ya no estaba en su sitio. Se acercó con cautela. El tapiz que colgaba detrás se onduló ligeramente, dejando al descubierto la puerta oculta tras él. Arbela la había atravesado, aparentemente despreocupada de encontrarlo allí.

—Sabéis que es un pasadizo *secreto*, ¿verdad? —Arqueó una ceja.

—Sí. Pero era necesario descubrir adónde conduce el túnel y asegurarse de que nada lo bloqueaba. —Sonrió—. Después de barrerlo bien, parece que vuelve a funcionar.

—Habían caído algunas piedras sobre el pasadizo, pero las he movido y he añadido dos velas y un llamativo estuche envuelto en tela gruesa justo dentro de la puerta. El pasadizo está bastante seco y dudo que la humedad sea un problema. —Arbela apoyó una escoba de sauce contra la pared y se quitó el polvo de las faldas con unos rápidos movimientos de las manos.

Caelen la miró fijamente, intentando seguir su lista de mejoras, aprobándolas, pero preguntándose por qué nunca se le habían ocurrido.

—Tengo un odre de agua en una pequeña mesa que coloqué junto a la puerta de la habitación de Bram —continuó—. Es donde nos lavamos por las mañanas y se repone a diario, pero es práctica por si necesitamos escapar. Supongo que no os habréis fijado en la bandeja de aperitivos de su habitación. Sin duda Bram duerme demasiado profundamente como para

preocuparse por el hambre durante la noche, pero una manzana o dos, queso y un trozo de pan podrían ser útiles si nos viéramos obligados a huir.

La inclinación de su cabeza desafió una respuesta. Caelen abrió la boca una o dos veces, sin saber si elogiarla o reprenderse por no creer que ella pudiera montar semejante estrategia. Curioso acerca de la conveniencia de mantener la comida en los dormitorios, se decidió por una pregunta propia.

—¿Ratones?

La mirada fulminante de su esposa le aseguró que nada se le escapaba, y recordó a un felino rayado que rondaba por las escaleras superiores.

—Gato.

CAPÍTULO 18

Bram correteó por el patio, rodeando el árbol solitario cerca del muro antes de volver corriendo hacia Arbela, que sonrió indulgente ante su energía juvenil.

—¡Soy tan rápido como Toros y Garen! Tan rápido como Voski.

¡Veloz como un dragón! —Se alejó corriendo con un grito salvaje.

—Sois sin duda el joven más rápido que conozco. Pero, ¿podéis decirme cuántas rocas he colocado a mi lado? —Arbela lanzó una piedra pequeña y redondeada al aire y la cogió con una mano, llamando la atención de Bram. Este se giró y miró fijamente la hilera de rocas dispuestas en el suelo. Tras arremeter contra ellas, las dispersó de dos patadas y lanzó a Arbela una mirada feroz.

—Nunca será apropiado destruir el trabajo de otra persona. Ese comportamiento os convierte en brutos, y en iletrados. Si no sabéis la respuesta a mi pregunta, podéis decirlo. Sin embargo, no

toleraré semejante comportamiento infantil. —Le devolvió la mirada.

—No quiero lecciones. ¿Por qué debo aprender cosas que no deseo?

Quiero aprender a matar dragones. —Bram frunció el ceño. Saltó, blandiendo el brazo como si empuñara una espada, y sus gritos de guerra llenaron el aire.

—Mataremos dragones, entonces, *Bram-jan*. Necesitaremos dos palos robustos, un trozo de nervio -que luego mediremos-, varias tiras finas de madera, un trozo estrecho de cuero, un trozo de lino y pegamento para pieles.

—¿Queréis aprender a apuntar con una espada a un dragón? ¿O creéis que sería prudente aprender también a usar un escudo? —Bram le dirigió una mirada dubitativa. Arbela arqueó una ceja, desafiando su respuesta.

—¿De verdad? —Los ojos del muchacho se abrieron de par en par.

—Sólo para practicar, ya que necesitaríais algo mucho más resistente si llegara un dragón de verdad. Pero por algo hay que empezar. ¿Sabéis dónde encontrar estos objetos? —Arbela se encogió de hombros.

—¡Puedo encontrar dos palos grandes! —Frunció el ceño mientras Arbela separaba las manos—. Esa no es una espada muy grande.

—Esta longitud y no más. Haremos espadas más grandes a medida que crezcáis. Esto servirá por ahora. ¿Y los demás objetos?

Bram enumeró los lugares donde buscar el resto de los objetos necesarios mientras se dirigía a la tienda del tonelero. Arbela lo siguió mientras les sonsacaba los objetos a los indulgentes miembros del clan, asintiendo con la cabeza al tonelero, que le

pidió a Bram que barriera lo que ensuciaba a cambio de cortar las finas tablas.

—Cuando hay un trabajo que no podéis hacer por vos mismo, lo apropiado es pagar una moneda o intercambiar mano de obra por el trabajo.

—Arbela alabó su decisión de acceder a la petición del tonelero, complacida de que Bram no se limitara a darle un pisotón y recordarle que era hijo del lord.

El sol se ocultaba en el horizonte y, tras prometerle a Bram que pasarían el día siguiente creando su espada y su escudo, aceptó cenar, bañarse y dormir.

Una vez que el niño se hubo acostado, Arbela salió al exterior, envuelta en una capa, mientras las nubes aceleraban el final del día. Una brisa fresca prometía una lluvia vespertina, pero unos minutos para sí misma valían el riesgo de una llovizna. Se estaba acostumbrando a las lluvias persistentes y al aire fresco, aunque a menudo añoraba la calidez de la luz solar intensa y el calor que calaba los huesos. Entonces, suspiró. Tal cosa pertenecía al pasado, pues no creía que volvería a ver su amado desierto.

—¿Me concedéis un momento? —La voz de Caelen llegó a sus oídos.

—Sí.

Tenían poco contacto durante el día, aunque pasaban juntos las horas necesarias ante el clan en las comidas, tolerándose agradablemente con palabras y pequeños gestos. Era dudoso que hubiera alguien que pensara que su matrimonio era una unión por amor, pero al menos ninguno mostraba hostilidad hacia ella. De hecho, habían escuchado sus indicaciones en lo que respecta a la despensa y la letrina, y se dio cuenta de que una discreta multitud se reunía junto al hogar cada noche mientras le contaba una historia a Bram. Eran pequeños pasos progresivos como señora del

clan hacia la aceptación. Con eso bastaba.

—¿Qué es lo que deseáis, Caelen? —Apoyó un hombro contra la almena, un ojo en la tierra que rodeaba el castillo, el otro en su marido.

—Hoy he recibido un informe del tonelero, el curtidor, el carnicero y el herrero.

Arbela suspiró para sus adentros. Demasiada aceptación. Pero tales intrigas habían sido comunes en Mseilha. ¿Por qué no la esperaba aquí? Le prestó toda su atención sin responder mientras esperaba a oír lo que le habían dicho los artesanos.

—Parece que mi hijo es ahora barrendero para el tonelero a cambio de madera, aguador para el curtidor a cambio de un trozo de cuero, recolector de plumas para el carnicero a cambio de trozos de nervio, y limpiará establos para el herrero a cambio de un puñado de clavos de hierro y una copa de metal poco profunda. —Caelen inclinó la cabeza—. ¿Os importaría decirme por qué mi hijo ha estado trabajando para estos hombres?

—No le importaba aprender sus números. —Arbela ahogó una sonrisa.

—¿Qué tiene que ver aprender sus números con estas tareas? —Caelen se pasó la palma de la mano por la cabeza rapada.

—Cuando le pedí que contara las piedras que le ponía en fila, no sólo se negó, sino que las pateó, esparciéndolas. En lugar de castigarle directamente, le impuse una tarea que no sólo le enseñará a contar, sino que también le enseñará a esperar devolver el servicio a aquellos de los que recibe suministros. —Se permitió una pequeña sonrisa—. Y habrá fabricado su propio pequeño escudo para luchar mejor contra los dragones.

—¿Dragones?

—Le gusta bastante el cuento de San Jorge y el dragón.

—El encargado del establo me dice que Bram limpia el compartimento de Ari cada mañana. —Caelen frunció el ceño.

—Además, le da de comer antes de que rompa su propio ayuno.

Aprenderá a cuidar de los demás antes que de sí mismo. Una buena cualidad en alguien que un día liderará su clan.

La mirada de Caelen adquirió un brillo de aprobación, y algo se encendió en el interior de Arbela.

—Olvido que está creciendo. Pronto le permitiré practicar con los jóvenes usando espadas y cosas así —añadió, como si Arbela no supiera a qué se refería.

Reprimió el impulso de poner los ojos en blanco, temiendo que se le salieran del cráneo.

«Sigue sin creer que mis habilidades valgan la pena. Ha ganado una mujer en la que puede confiar para que cuide de Bram y mantenga el orden en su casa, nada más».

—¿Queríais hablar de algo más? —preguntó, con palabras cortantes.

—¿Os ha ofendido lo que he dicho? —Caelen enarcó las cejas.

—Me encuentro bastante cansada esta víspera. —Arbela evadió la pregunta.

«Cansada de ser ignorada. Cansada de no ser más que un ama de llaves».

—Se está haciendo tarde. Estoy de acuerdo con vuestras acciones con Bram. Gracias. Él mejora bajo vuestro cuidado.

—De nada. Es bueno saber que cuento con vuestro apoyo. —

Sorprendida por el elogio sin precedentes de Caelen, Arbela lo miró fijamente, en silencio durante los instantes que le llevó reunir una respuesta.

Con un gesto seco de la cabeza, Caelen giró sobre sus talones y se apresuró a bajar las escaleras de la almena.

* * *

Sonidos de forcejeos entre gritos y gruñidos irrumpieron por la puerta abierta de la cocina. Arbela levantó la vista, alerta al instante, consciente de que había mandado a Bram a jugar fuera hacía sólo unos minutos.

Inmediatamente, dejó el cucharón junto a la olla y se dirigió a la puerta, pues el tono de las voces le indicaba que se trataba de una riña juvenil, no de una pelea entre adultos, ni de una invasión de MacGillonay.

No fue difícil descubrir el origen de la conmoción. Cuatro o cinco jóvenes que Arbela conocía como amigos de Bram rodeaban a una pareja que se retorcía en el suelo. Al acercarse, vio a Bram tendido sobre el otro muchacho, utilizando su peso para mantener inmovilizado al más grande.

Con las manos en el cabello del muchacho, Bram gritó por encima del ruido de la multitud de jóvenes.

—¡Os lo devolveré! —Golpeó la cabeza del muchacho contra el suelo

—. ¡No volveréis a decir eso!

—¡Deteneos ahora mismo! —Arbela apartó a los otros niños y plantó los pies junto a los combatientes.

Las voces se redujeron inmediatamente a un murmullo y luego se detuvieron. Dos muchachos levantaron a Bram y a su pelirrojo

enemigo, evitando la severa mirada de Arbela. Bram miró al suelo mientras se pasaba una manga por la nariz y la boca. Su labio inferior presentaba un corte del que manaba una pequeña línea de sangre cuya piel ya empezaba a hincharse. Su oponente tenía la mejilla izquierda arañada y la parte trasera de la túnica cubierta de tierra y hierba. Ninguno de los dos parecía gravemente herido. Entonces, Arbela miró de uno a otro.

—Explicaos.

Los muchachos intercambiaron miradas y luego bajaron sus miradas al suelo.

—¿Y bien?

—Perdón. —El pelirrojo suspiró, dio un empujón a Bram y este asintió, pero no lo miró. Tenía la mandíbula apretada, claramente insatisfecho.

—Pelear en el patio es cosa de perros. Si tenéis pensamientos hirientes que pensáis expresar en voz alta, venid a mí y os mantendré lo suficientemente ocupados como para que no tengáis necesidad de expresarlos. —Arbela envió a cada muchacho una mirada tranquilizadora.

—Sí.

—No, mi señora.

—Marchaos antes de que encargue al herrero que os dé trabajo a cada uno. —Unos murmullos recorrieron el pequeño grupo, pero Arbela los ahuyentó.

Poco después, los muchachos se dispersaron como ovejas ante el lobo.

Sin embargo, Bram se quedó, con las yemas de los dedos de Arbela en su hombro.

—¿Queréis contarme qué ha pasado?

Bram se encogió de hombros, no lo bastante como para soltarle la mano, pero su reticencia era evidente.

—¿No hemos hablado de las reglas de conducta del guerrero? No hace falta que me digáis de qué iba la pelea, pero sí que no os toméis la justicia por vuestra mano. —Arbela suavizó la voz.

—Dijo que teníais la piel negra, como un moro. —Bram levantó la mirada—. Pensé que un moro era un trozo de dehesa. Pero la forma en que Aiden lo dijo no era agradable, y también dijo que no eras apta para ser *lady* MacKern.

—Bueno, estoy de acuerdo en que no deberíais hablar mal de alguien.

Y está claro que su afirmación es errónea. ¿Os parezco de piel negra? —

Guardó el comentario, preguntándose qué adulto era el responsable de meter tales ideas en la cabeza del muchacho. ¿Quién de los MacKern la consideraba inferior?

—Sois más morena que yo —respondió Bram con sinceridad—. Pero no sois negra, ¿verdad?

—No. He visto gente de muchos colores, desde albinos rosados y blancos hasta los que tienen la piel tan negra que no se les puede ver en una noche oscura. —Arbela sonrió.

De repente, los ojos de Bram se abrieron de par en par.

—Yo no soy tan morena —bromeó *lady* Arbela—. Y un moro es alguien de posible ascendencia árabe o bereber, que puede vivir en el norte de África, Iberia u otras zonas como Sicilia o Malta. Muchos moros tienen la piel muy oscura. Yo nací en un castillo en la carretera entre Trípoli y Beirut, pero mi madre era armenia y mi

padre escocés. No soy mora.

En ese momento, dos muchachos se acercaron sigilosamente al lado de Bram. Arbela los reconoció del pequeño grupo que se reunía a menudo cuando le contaba historias a Bram por la noche junto a la chimenea.

—Pregúntale. —Uno le dio un empujón a Bram.

—No creen que seas una princesa. —El niño frunció el ceño.

—¿Oh? Entonces os contaré mi historia, porque mi madre era una princesa real de Armenia, pero siendo la menor de cuatro hermanas, fue muy mimada y consentida. Cuando declaró que se había enamorado del barón de Batroun -¡un escocés!- sus padres se horrorizaron. Pero no había príncipes reales en edad de casarse con ella, pues sus hermanas se los habían arrebatado a todos. Así que, viendo lo enamorados que estaban ella y el barón, y lo buen hombre que era, permitieron el matrimonio.

—¿Así que sois una princesa? —Los ojos del más pequeño se abrieron de par en par.

—Lo soy. Aunque no una que corra peligro de heredar el trono de Armenia. —Rio un poco—. Estoy bastante establecida aquí. Mi tía llegará

dentro de siete días, y es una princesa real, criada en un palacio de belleza inimaginable, donde abundan las flores y las fuentes, y todo el mundo come en plata y oro y bebe en copas enjoyadas.

—No fue bendecida con hijos, y cuando su marido murió, mi hermano y yo éramos recién nacidos. Decidió vivir en Mseilha y ayudar a cuidarnos.

Como mis dos tías mayores tienen una veintena de hijos y nietos entre las dos, tampoco se espera que la tía Zora herede la corona.

Los niños la miraron, con adoración en sus rostros. Aunque ésa no había sido su intención, era de esperar que se esforzaran más por comportarse, al menos en su presencia.

—Venid, Bram. Continuaremos nuestras lecciones.

* * *

—Habéis hecho un trabajo excelente, *Bram-jan*. —Arbela golpeó la superficie del pequeño escudo. Observó la estrecha tira de cuero que rodeaba el escudo, sujeta con cordones de nervio—. El cuero ayudará a mantener las tablillas en su sitio, al igual que la tela de lino, que habéis pegado muy bien a las tablas.

—El pequeño cuenco formó un excelente patrón y vos ayudasteis a encajar el borde, ¿verdad? —Dio la vuelta a la pieza e inspeccionó el agarre de cuero de la parte posterior.

—Fue un trabajo duro —admitió Bram, aunque sus ojos brillaban.

—Los clavos de hierro lo mantendrán en su sitio, y vuestro puño encajará a la perfección. —Arbela asintió—. ¡Creo que cualquier dragón se lo pensará dos veces antes de enfrentarse a Bram el Valiente!

El niño apenas podía contener su emoción. Se balanceó arriba y abajo, aceptando el escudo de manos de Arbela con una mezcla de entusiasmo y reverencia por la prueba de su duro trabajo.

—Os habéis vuelto muy buenos para medir y contar. ¿Veis por qué esas cosas no son un mero trabajo para fastidiar vuestro cerebro, sino habilidades que usaréis a diario?

—Sí. Aunque esto fue mucho más fácil de aprender que contar piedras.

—Podéis hacer las dos cosas, pero ésta era quizá una ruta más interesante. Dejadme ver vuestra espada.

Entonces, Bram se echó el escudo al hombro como si hubiera nacido haciéndolo y sacó su espada corta de madera de una funda de cuero que llevaba al cinto. Encantada de que el joven se acordara de entregársela primero, a pesar de que no suponía ningún peligro para ella, la aceptó con solemnidad, comprobando que la «hoja» no tuviera muescas ni otros defectos.

—Ahora tenéis una buena pieza para practicar, *Bram-jan*. Además, estáis aprendiendo a respetarla, aunque sea de madera. La habéis fabricado por vuestros propios medios, y estoy muy orgullosa de vos.

Practicaron el manejo de la espada, tanto a la defensiva como con algunas paradas y estocadas, y luego pasaron al juego de pies, inculcando equilibrio al muchacho. Arbela se alegró de ver que era rápido y ansioso por aprender.

—¿Crees que a mi padre le gustaría verme hacer esto? —Bram realizó un giro hacia delante, con la espada y el escudo recogidos. Se puso en pie de un salto e inmediatamente se concentró en la línea que Arbela había trazado en la tierra, con los brazos extendidos mientras la recorría rápidamente de punta a talón.

—No es algo que haya visto practicar a los guerreros de aquí. Parecen confiar en la fuerza bruta para ganar la partida. Sin embargo, como niño, estas habilidades que estáis aprendiendo os serán más útiles hasta que seáis un hombre adulto. Incluso entonces, seréis más ágiles que vuestros oponentes. Práctica, práctica y más práctica. —Arbela sonrió. Luego dio una voltereta hacia atrás en paralelo a la línea de Bram, cayendo suavemente en cuclillas, con la espada preparada.

—¡Quiero aprender eso! —El asombro se apoderó de su rostro.

Con una cuidadosa guía, Bram practicó el salto y volvió a los brazos de Arbela.

—Me alegro de que no seáis tan mayor, *Bram-jan* —declaró ella

al cabo de un momento—. Mis brazos se cansan de cogeros. Creo que es hora de que me enseñéis lo que recordáis de lanzar una daga.

Inmediatamente atraído por la promesa de más lecciones, Bram la cogió de la mano y la condujo a la pequeña arboleda a las afueras del torreón donde practicaban. Los hombres que trabajaban en la muralla saludaron a su paso, y Bram les devolvió un breve saludo mientras se apresuraba hacia el bosquecillo.

Mientras tanto, Arbela sacó una delgada daga de la funda que llevaba bajo la manga y la empuñó. Por su parte, Bram se llevó los dedos a los costados, aunque los golpeó ligeramente contra sus *trews*, impaciente por tocar el acero liso. Le recitó las normas de manejo de la espada con voz clara y luego se la quitó suavemente de la mano. Se dirigió a la zona de prácticas y se colocó en ángulo con el objetivo. Una vez más, recitó los pasos para lanzar la daga y caminó despacio con esta en la mano.

—Bien hecho —afirmó Arbela, atenta a cualquier paso en falso—.

Podéis practicar.

El primer lanzamiento de Bram salió ligeramente desviado y aterrizó con un ruido sordo en el suelo cubierto de hojas. Se apresuró a recuperarla y luego regresó, con la daga a un lado. Respiró hondo y se preparó para el siguiente intento.

—Imaginad exactamente el camino que seguirá vuestra espada. Es una extensión de vuestro brazo, de vuestra mente.

—¡Lo conseguí! —Su siguiente lanzamiento atravesó la delgada diana de madera dentro del círculo exterior. Entonces, giró sobre sí mismo, temblando de emoción.

—Desde luego que sí. Vuestra puntería y fuerza mejoran cada día.

Lanzadlo de nuevo, y esta vez, contad los pasos. Debéis aprender a

calcular la distancia.

Poco después, Bram gritó sus números en voz alta y se dirigió al árbol sin perder un segundo.

* * *

Caelen detuvo el caballo. Por delante había campos plantados por los hombres que Alejandro había enviado, líneas rectas de nuevo crecimiento verde que agradaban a la vista cuando las plántulas brotaban de la tierra arada. Cuatro barcas se mecían suavemente en el agua del lago, donde sólo una había estado unas semanas antes, en busca de la pesca nocturna. Las comidas habían mejorado, ya que el pescado fresco y el ocasional ciervo adornaban las mesas, y las hierbas y especias que Arbela traía consigo daban a los platos un sabor exótico y sabroso. Al mismo tiempo, dio nueva vida a Bram, que ahora pasaba poco tiempo con Ilene, la anciana enfermera de su madre. Nunca había visto al muchacho tan ansioso por aprender. El

lord sabía que Arbela le enseñaba ejercicios básicos con la espada, aunque no lo había autorizado, y pronto llegaría el momento de entregar el entrenamiento de Bram a Rory con el resto de los jóvenes que se convertirían en guerreros. Entonces, Caelen recordó su última conversación.

El labio partido e hinchado de Bram le había llamado la atención, aunque la despreocupación de este le decía que no había sido herido de gravedad.

«Defendió mi honor», se había dicho Arbela. «Aunque el otro muchacho había empezado la discusión y era el mayor de los dos, Bram tenía las de ganar. No creo que los muchachos vuelvan a reñir pronto, aunque creo recordar que las manos ociosas son las que más daño hacen.

Me he ofrecido a enviar al próximo grupo de bribones al herrero para que realicen tareas extra si sienten la necesidad de revolcarse

en la tierra».

La débil sonrisa de Arbela destelló y desapareció. Sin duda, las cosas habían cambiado desde que llegó a Dunfaileas.

—No es un espectáculo que pensara ver con el cambio de año. —Rory cabalgó a su lado.

—Sí. Es una vista bienvenida. —Caelen asintió.

—Alegra el corazón de un hombre —replicó Rory—. Vuestra esposa trajo nueva vida al clan.

—Su dote es muy apreciada. —La voz de Caelen, plana y grave, no invitaba a más comentarios.

—Vuestra esposa es muy apreciada. Oh, hay quienes la ven como extranjera, pero otros están llegando a apreciar su lado escocés. —Rory ignoró la petición implícita de Caelen de dejar el tema y colocó sus manos sobre el pomo de su silla de montar—. La pregunta es, ¿la *apreciáis*?

En un instante, el ceño de Caelen se frunció, calculado para provocar una disculpa de Rory por hacer una pregunta tan personal, pero el hombre simplemente levantó una ceja, desafiando a Caelen a responder.

—Qué pregunta más tonta. Por supuesto, aprecio a Arbela —resopló.

—Parece que pasáis mucho tiempo evitándola.

—Recordáis el trato entre nosotros, ¿verdad? —Fue el turno de Caelen de levantar la ceja.

—Sé que sois persuasivo. Y la muchacha es atractiva. Le agrada a Bram también a vuestro clan cada día un poco más. —Rory se encogió de hombros y sonrió. Después miró fijamente a Caelen—.

¿Por qué parece que sólo la toleráis?

—Apenas reclama mis atenciones —replicó Caelen.

—¿Se lo habéis preguntado?

—¿ *Preguntado*? ¿Le he preguntado a una mujer, mi esposa, si agradecería mis atenciones? Ya me arrastré bastante con Ruthie. Arbela y yo hemos dejado claros nuestros deseos, y cumpliremos nuestro acuerdo. —

Caelen lanzó a Rory una mirada incrédula y frunció el ceño—. No voy a rogar a una mujer por sus favores.

—No dije rogar. Pero conocer a vuestra esposa un poco mejor no es malo. Puede que los dos decidáis probar un matrimonio de verdad. —Rory negó con la cabeza, y su sonrisa no mejoró el mal humor de Caelen.

Entonces emitió un sonido exasperado—. Vuestro nombre es muy apropiado, cabeza de… toro… lo sois en verdad.

—¿Creéis que debería desear a una esposa extranjera? Ella no fue mi elección. No deseaba volver a casarme, pero las circunstancias me obligaron. La habéis visto, vestida con *trews* como un hombre, ojos pintados, piel oscura. No se parece en nada a otras muchachas escocesas. —

Caelen le dirigió una mirada desafiante.

—¡He visto a vuestra mujer! Y si creéis que se parece a un hombre en sus *trews*, tú y yo tenemos que tener una conversación diferente. Sí, tiene los ojos pintados, aunque yo diría que son misteriosos, no extraños. Y

alabado sea San Andrés, no es como la otra muchacha con la que os habíais casado. —Rory soltó una carcajada.

—¡Basta ya! Tenemos un acuerdo, y nos conviene a ambos. Vos y yo tenemos mejores cosas que hacer que discutir sobre mi vida de casado. —

Caelen hizo un gesto de silencio con la mano. Instó a su caballo a avanzar, ignorando la respuesta malhumorada de Rory.

—¡Esperad! —Rory alzó la voz.

Caelen se giró sobre su montura. Rory señaló hacia el lago, donde una galera, con diez remos a cada lado, rodeaba la orilla y se acercaba a la playa. El lord se irguió sobre los estribos, esforzándose por ver mejor. El barco atracó y una brisa atrapó la bandera que colgaba de lo más alto del mástil central. Al reconocer el brillante dibujo rojo y azul, sus tripas se estremecieron.

«¡MacGillonay!»

CAPÍTULO 19

Agazapado sobre el cuello de su caballo, Caelen golpeó con los talones los costados de su montura, haciéndola descender por el sendero rocoso a una velocidad vertiginosa. Addis, con paso seguro, se precipitó sobre las ramas caídas mientras se desviaba del sendero, tomando una ruta más directa por la ladera. Los cascos del caballo de Rory repiquetearon detrás de él, y luego tiró a su lado mientras corrían codo con codo a través de los árboles. Las puertas de Dunfaileas crujieron, indicando su cierre.

—¡Un MacKern! —gritó Caelen.

Los hombres de la muralla cambiaron de dirección y se apoyaron en las pesadas puertas para detener el avance. La abertura entre las puertas fue suficiente para que Caelen y Rory entraran corriendo en medio de un estruendo de cascos y gritos. Caelen se balanceó desde su silla de montar, las riendas volaron mientras un mozo de cuadra luchaba por capturar a Addis, que seguía dando tumbos por

el patio.

—¡Cerrad las puertas! Colocad guardias en los muros. Que nadie entre sin mi orden.

—Ya está hecho, lord.

—¿Dónde está mi hijo? —Caelen giró para encontrarse con una voz calmada pero firme.

—Está dentro con Ilene. He posicionado a la mayoría de nuestros soldados, incluyendo a nuestros caballeros de MacLean, en el muro frontal, con los arcos preparados. Hay otros vigilando la retaguardia. Aunque MacGillonay viene del lago, a plena luz del día, no confío en que no nos flanquee mientras nuestra atención está en la playa. —Arbela inclinó la cabeza hacia la casa torre.

Caelen abrió la boca, dividido entre el asombrado agradecimiento por su lucidez mental y la rabia de encontrarla fuera en lugar de con Bram.

—Gracias —dijo, distraído por la llamada de un soldado desde la muralla—. Ahora tengo el mando. Necesito que os ocupéis de Bram.

Sin esperar su respuesta, el lord se dirigió a la escalera de roca que conducía a la almena. Tras llegar a lo alto, echó un vistazo a la ordenada fila

de hombres que recorrían el camino hacia Dunfaileas. MacGillonay estaba sentado a horcajadas sobre su inconfundible caballo gris, y sus hombres lo seguían a pie. Las tripas de Caelen se retorcieron, el odio hacia aquel hombre le hacía hervir las venas.

De pronto, MacGillonay se detuvo a varios metros de la puerta y miró hacia arriba, recorriendo las paredes con la mirada antes de fijarse en Caelen. Una sonrisa lobuna se dibujó en su rostro.

—¡Caelen! ¡Querido yerno! ¿Así recibís al padre de vuestra esposa?

—Ya no os reconozco como familia, como bien sabéis. —Caelen se mantuvo firme.

—¡Y sé que habéis tomado una nueva esposa, una sarracena, según dicen los rumores! —gritó MacGillonay.

—Hijo de…

Un silbido de aire entrecortado indicó a Caelen que su mujer le había seguido hasta la almena en lugar de hacer lo que se le había ordenado, y que desaprobaba el comentario de MacGillonay. Tampoco estaba seguro de aprobar la respuesta de Arbela, y tal vez fuera mejor que no entendiera el idioma que hablaba. Dadas las circunstancias, lo dejó pasar.

—Entrad. Proteged a Bram.

El aire que rodeaba a Arbela se agitó ante su áspera orden. Ella dudó sólo un momento antes de responder, con sus ojos reflejando su disgusto.

—Como queráis. —Al llegar al primer escalón de su camino descendente, se detuvo, lanzando una mirada por encima del hombro que ardía con la intensidad de una llama desprevenida—. Si persiste, estaré encantada de instruirle sobre la diferencia entre un sarraceno y un cristiano.

—No le hagáis caso, Arbela. Es un viejo lobo que causa todo el daño que puede con sus palabras. —Al darse cuenta de la profundidad de su pasión por el tema, Caelen se limitó a sacudir un poco la cabeza.

—Un lobo cuya piel puede colgarse de nuestra muralla para advertir a los demás —replicó su esposa, con ojos sombríos cargados de advertencia.

—Cuidad del muchacho. Debo saber que está a salvo. —Caelen ocultó una sonrisa.

Instantes después, las botas de Arbela apenas hicieron ruido al entrar en el torreón.

—A vuestra esposa no le gusta que la comparen con un sarraceno —

señaló Rory, con un susurro desde la comisura de sus labios.

—No. Yo cometí el error una vez y ella se ensañó conmigo. Yo, por mi parte, no cometeré el mismo error por segunda vez. Apuesto a que, si se lo permitieran, haría pagar caro a MacGillonay por gritarlo para que todos pudieran oírlo. —Caelen apartó la mirada de Arbela cuando esta entró en el torreón. Luego acarició su barbilla, pensativo.

—Tal vez deberíais soltarla con ese lobo. No me cabe duda de que ella saldría ganando. La piel de ese anciano sería una interesante adición a nuestro nuevo muro. —Rory levantó una ceja.

Caelen frunció el ceño para calmar a Rory y luego volvió la vista hacia las nubes que se cernían sobre él. Las primeras gotas de lluvia salpicaron la piedra, le siguieron muchas más.

—¿Esta es la hospitalidad de las Tierras Altas? ¿Dejar a los parientes a la intemperie mientras se avecina una tormenta? He venido a ver a vuestra nueva esposa, la mujer que cuida de mi nieto. Deseo darle mi bendición. —

La queja de MacGillonay llegó hasta los hombres de la pared.

—¿Aunque sea sarracena? —Rory rio en voz baja.

El viento se intensificó, envolviendo los cuerpos con telas, haciendo crujir la bandera del barco lejano. De pronto, la lluvia comenzó con fuerza y resonaba sobre las piedras.

—Mierda. —Caelen empezó a bajar las escaleras—. Despejad el interior del torreón de cualquier cosa de interés, que no se quede nadie que no deba servir.

—¿Dejaréis entrar al bastardo? ¿Por hospitalidad? —Rory se estremeció.

—Sí. —Caelen gruñó, demasiado enfadado para seguir hablando.

* * *

Arbela entró furiosa en el torreón, con las botas golpeando el suelo de piedra, y su ira la llevó más allá de los sorprendidos soldados de la puerta.

—Despejad la sala —ordenó, con voz clara y potente—. Que nadie aparezca si no es necesario. Si sabéis empuñar un arma, cogedla y mantenedla a vuestro lado. Envolved a los demás en mantas y colocadlos en las esquinas fuera de la vista. Poned un guardia en la escalera. —Su paso la

llevó a través del salón hasta las escaleras interiores. Advirtió -y no por primera vez- que estas ascendían en espiral hacia la derecha, el muro obstaculizaba el brazo de la espada a la mayoría de los guerreros que lucharían por acceder a los niveles superiores, el lado abierto dejaba espacio libre de combate a los que defenderían el castillo. Su mirada recorrió el salón, observando la escasez de rostros, ya que la mayoría desaparecieron a su orden.

—¡Tengo un arma! —La repentina presencia de Bram detuvo su paso.

El joven empuñó su espada de madera, con el ceño fruncido y el escudo colgado a la espalda. Tenía los pies firmemente plantados en el suelo y el peso ligeramente adelantado, como le había enseñado Arbela. Si hubiera sido mayor y su espada de acero, ella habría considerado su ayuda.

—Sí, así es. Y necesitamos cada mano capaz que poseamos. ¿Sabéis quién ha llegado? —Apoyó las manos en sus hombros y lo condujo por el salón. Lo condujo a la habitación de Caelen y cerró parcialmente la puerta tras ellos, dejándola ligeramente entreabierta, con la esperanza de captar el sonido de abajo.

—El viejo MacGillonay, el bastardo. —El ceño de Bram se frunció aún más.

—¿Dónde habéis oído tal cosa? —Arbela se detuvo.

—Lo dice mi padre. —Bram se encogió de hombros—. Es el padre de mi madre, ¿no?

—Sí, MacGillonay es vuestro abuelo. No sé mucho de vuestra madre, excepto que tuvo la mala suerte de no veros crecer. Sin embargo, MacGillonay no ha obrado muy bien últimamente, y nos quedaremos aquí, fuera del camino, hasta que se marche.

—Mi abuelo es un hombre malo, ¿verdad? —La mirada de Bram pasó de feroz a airado desafío y finalmente a desgarrador desconcierto.

—Es importante que no permitamos que nos cause problemas innecesarios. Y eso significa dejar que vuestro padre se encargue de todo y manteneros a salvo, lejos de posibles problemas.

—Es mi deber como guerrero MacKern proteger al clan. Aunque sea de mi abuelo. —La expresión de Bram se endureció y su mano empuñó la espada.

—Un guerrero debe hacer lo que su lord ordena. Vuestro lord nos ordenó esperar aquí. —Arbela rebatió su afirmación.

—Pero, ¿y si…?

—¿Y si os cuento una historia de los piratas moros que encontramos en nuestro viaje a Escocia?

Inmediatamente, Bram inclinó la cabeza, obviamente sopesando la opción de obtener respuesta a sus preguntas antes que escuchar una nueva historia. Con una lenta inclinación de cabeza, aceptó el relato. Entonces, Arbela lo acomodó en un banco cerca de la chimenea, ocupando ella la silla.

—Nuestro barco estaba a tres meses de Messina, Italia, y las tormentas habían acosado nuestro viaje por el Mediterráneo. Si sólo hubiéramos querido viajar a Escocia, podríamos haber atracado en Marsella y viajado por tierra hasta la costa norte de Francia. No obstante, llevábamos una valiosa carga a bordo que deseábamos traer con nosotros, por lo que nuestro camino nos condujo al estrecho paso marítimo llamado Estrecho de Gibraltar.

—¿Qué es un estrecho? —Bram balanceó el trasero en el banco.

—En este caso, es una pequeña franja de agua entre dos masas de tierra que conduce de una a otra. Y el pasaje es tan estrecho y está tan lleno de calas ocultas que es como adentrarse sigilosamente en un salón lleno de puertas cerradas, con piratas esperando a saltar sobre vos, y sin tener adónde ir.

Los ojos de Bram se abrieron de par en par y levantó las piernas en un movimiento protector.

—Nuestro barco es una maravilla de la construcción naval veneciana, sus velas están diseñadas para darle la capacidad de moverse con y contra el viento mientras transporta grandes cargas. Es uno de los primeros de su clase y, por supuesto, los piratas nunca habían visto un barco así.

«La nave es una belleza», gruñó el primer oficial al capitán. *«Es una reina entre los buques menores».* El capitán asintió. *«Nos traerá mucho oro cuando lleguemos a puerto. Mirad cómo se desliza por el agua como un ser vivo, y el viento le rinde pleitesía».* La voz de Arbela bajó de tono.

—Nuestro barco, el Halcón Marino, es una maravilla de la

ingeniería y un deleite para los ojos. Además de la vela principal en medio del barco -

que tienen todos los engranajes-, tiene una vela más pequeña, una latina, que permite al barco moverse prácticamente en cualquier dirección. —

Arbela miró de reojo a Bram, levantó la mano y la utilizó para visualizar el

movimiento de un barco en el agua—. Con el viento. —Sopló en su mano, alejándola de ella—. En ángulo con el viento. —Sopló sobre su mano, manteniéndola firme—. Y hacia el viento. —Asintió con la cabeza, invitando a Bram a soplar su mano y moverla. El infante hinchó las mejillas y sopló, y Arbela envió su mano saltando hacia delante, hacia el viento, y agitó los dedos hacia él, haciéndole cosquillas al entrar en contacto con su barriga. Bram chilló de alegría y le apartó la mano.

—Soy un huracán. Puedo hacer que vuestro barco cruce el océano.

—Sí. Ni siquiera el Halcón Marino puede navegar contra una tormenta como el huracán Bram. —Arbela suspiró y se recostó en su silla. En cuanto a Bram, soltó una pequeña carcajada, olvidando toda preocupación por MacGillonay.

—Los piratas nos asediaron desde la costa del norte de África al llegar a la parte más estrecha del estrecho, y el capitán Benicio viró hábilmente el Halcón Marino en dirección contraria al viento, alejándolo de nuestros perseguidores. —Se inclinó hacia delante y bajó la voz—. No obstante, los piratas tenían otro barco al acecho, y de repente apareció por nuestra proa, un *dhow* moro con diez remos por banda que cortaba el agua, con la vela enrollada, sin importarle la dirección del viento. Aceleró hacia nosotros mientras el otro barco pirata nos alcanzaba por detrás, su pequeño tamaño y menor calado los hacían rápidos como águilas tras su presa.

—¡Preparad las balistas! —gritó lord MacLean. Alejandro y Kade

saltaron al castillo de popa, donde les esperaban dos enormes balistas. El crujido de los molinetes al prepararse para disparar rasgó el aire. Farlan manejó la única balista del castillo de proa, y Lachlan y yo preparamos las flechas incendiarias. —Arbela se llevó el puño abierto a la boca e imitó un bramido varonil.

—¿Eran más rápidos que el Halcón Marino? ¿Qué es una balista?

¿Cuándo podré hacer flechas llameantes? —Bram disparó rápidamente sus preguntas.

—Sí, eran más rápidos. Sin embargo, no contaban con que estábamos tan bien defendidos. Una balista es una ballesta muy grande que dispara virotes tan grandes como lanzas. Incluso puede disparar grandes piedras.

Los piratas sólo conocían las balistas mercantes, que se tambaleaban sin un viento constante que llenara sus velas. El Halcón Marino es ágil para un barco tan grande.

—¡Y tiene balistas y flechas incendiarias! —gritó Bram.

—Sí. Estábamos preparados y dispuestos a luchar contra los piratas.

—¿No teníais miedo?

—Creo que el miedo puede ser reemplazado, o al menos atenuado por la determinación. Una vez que decidas actuar, el miedo dejará de controlarte. Cambia el miedo por coraje y haz lo que tengas que hacer. —

Arbela consideró su pregunta.

—¿Matasteis a los piratas?

—Ya no acechan los mares, tomando prisioneros y recompensas, matando a cualquiera que se resista. Sin duda, otros los

sustituyeron, pero aquellos piratas que intentaron capturar nuestro barco encontraron su fin aquel día en el fondo del mar. Recé por sus almas, como es debido. —

Arbela asintió.

En ese momento, llamaron a la puerta, sobresaltándolos. Arbela no había oído pasos en el pasillo. Se levantó y sacó una daga de la vaina que llevaba al cinto. Le hizo una seña a Bram para que se acercara a la cama, donde se apresuró a asomarse por un poste con cortinas, y Arbela se colocó junto a la puerta.

—¿Sí?

—Trae a Bram al salón. Su padre desea su presencia. —La voz de Rory retumbó a través de la pequeña abertura.

—¿Se ha retirado MacGillonay?

—No. Pidió hospitalidad, por la lluvia. —El desdén de Rory por tal acción era claro—. Caelen no pudo negárselo. MacGillonay afirma que viene sólo para conocer a la nueva esposa de Caelen y asegurar el bienestar de Bram.

—La esposa que afirma es una sarracena. —Arbela rio suavemente y abrió la puerta, dejando entrar a Rory. Este entró en la habitación, y su mirada encontró a Bram.

—Vengo a llevar a un valiente muchacho a ver a MacGillonay.

¿Vendréis?

—Decidid vuestro curso de acción, y el miedo no podrá deteneros.

Sois el hijo y heredero del lord MacKern. Ahora mi hijo. Estáis a la altura de la tarea que tenéis ante vos. —Bram dirigió una mirada interrogante a Arbela y ella asintió con la cabeza.

—Iré. —Bram asintió una vez, luego otra, vigorosamente. Su

pequeño cuerpo se enderezó y se bajó de la cama—. Los guerreros no traen sus armas a una reunión pacífica, ¿verdad, Bela? —Puso una mano en la empuñadura de su espada de madera y la miró con desgana.

—No, *Bram-jan*.

—Estoy listo —afirmó, sin que ni un temblor empañara su valentía.

Con un suspiro, se quitó lentamente el cinturón y lo colocó junto con su escudo sobre la cama. Enderezando los hombros, se volvió hacia Rory, quien le hizo una respetuosa inclinación de cabeza y le indicó al muchacho que lo precediera por la puerta. Arbela lo siguió, manteniendo a Bram al alcance de la mano. En cuanto a Rory, se inclinó hacia ella al pasar.

—¿Habéis dejado vuestras armas, mi señora? —murmuró.

—¿Creéis que MacGillonay viene en son de paz? —contestó.

—No lo creo —confesó.

—Yo tampoco. —Arbela no perdió un paso.

CAPÍTULO 20

La mirada de Caelen se posó en su esposa cuando ella y Bram entraron en la sala. Su túnica de seda, su chaleco de cuero flexible y sus calzas destacaban entre los sencillos vestidos de lana de las demás mujeres, pero no eran tan exóticos como los brocados y las joyas con que la había visto vestida otros días. Su vestimenta correspondía a la de una guerrera, no a la de una mujer cuyo principal trabajo era mantener a un niño alejado de los problemas.

Mientras tanto, Rory los seguía, manteniéndose a la sombra de la galería del segundo piso, sin llamar la atención. Bram y Arbela se detuvieron junto a Caelen, con la mano de ella sobre el hombro del

muchacho. El corazón de Caelen se encogió ante la mirada ecuánime que Bram dirigió a su abuelo. No había miedo ni nerviosismo en el muchacho.

MacGillonay dio un paso adelante. Bram elevó la inclinación de su mandíbula, pero no hizo ningún movimiento para evitar a su abuela.

—Estáis criando a un muchacho valiente, MacKern. —De algún modo, no había aprobación en la voz del hombre—. ¿Cómo le va con la espada? —MacGillonay rio entre dientes.

—Asiste a sus lecciones. Habéis visto que el muchacho está bien.

Ahora sois libre de marcharos. —Caelen gruñó, apretando los puños a los costados para no romper la sonrisa de suficiencia del rostro del anciano.

—Sigue lloviendo y aún no conozco a vuestra nueva esposa. —Dirigió una mirada maliciosa a Arbela—. Vuestra esposa sarracena. —MacGillonay ladeó la cabeza.

Los ojos de Arbela se entrecerraron ligeramente, y ella también cerró el puño, manteniéndolo firme a su lado. Por lo demás, no dio ninguna señal externa de que MacGillonay hubiera hablado.

—¿No habla escocés? —preguntó el anciano, con desdén en la voz —.

¿Qué lengua bárbara habla?

— *Tha mi gad thuigsinn* [Os entiendo] —respondió Arbela en un gaélico perfecto—. Cuando podáis mantener una lengua civilizada en la boca, responderé.

—¡Mujerzuela habladora! Confío en que no sea la encargada de enseñar modales a mi nieto. Una buena paliza la pondrá en su lugar. —

MacGillonay se giró hacia Caelen. Sus ojos brillaron mientras volvía a contemplar la figura de Arbela—. Si sois lo bastante hombre para hacerlo, estaré encantado de enseñaros cómo.

—Si no estuvierais bajo la hospitalidad de mi marido, os invitaría a intentarlo —respondió Arbela con firmeza, y Caelen se asombró de no ver a MacGillonay en llamas.

El lord envió a Arbela una mirada fría, ni condenatoria ni aprobatoria, y el leve arco de su frente le dijo que no se echaría atrás.

«¡Buena muchacha!»

Conmocionado por su pensamiento, hizo un esfuerzo por calmar la situación, muy consciente de la presencia de su hijo en la habitación, pero ya era demasiado tarde.

—¡Sarracena irrespetuosa! —MacGillonay avanzó un paso, y su mano se dirigió a la vaina vacía que llevaba a su lado. Cuando su capitán apoyó una mano en su hombro, MacGillonay se detuvo, encogiéndose de hombros, con el rostro ensombrecido por la ira.

—Arbela. Llevad a Bram arriba. Enseñadle ese maldito juego de mesa sobre el que habéis insistido. Tengo asuntos con MacGillonay. —La voz de Caelen cortó el aire mientras se interponía entre ella y el abuelo de Bram.

—Creo que MacGillonay y yo tenemos una lección que dar. Tres veces me ha llamado sarracena, además de bárbara e irrespetuosa. Claramente, este bárbaro sin Dios tiene poca idea de cómo expresar sus palabras cuando habla con una mujer. Con gusto le contaré a mi señor sobre la calidad de MacGillonay la próxima vez que lo vea. Le encantará saber de la cría de serpientes que bordea sus tierras. —Arbela lo rodeó con paso firme, colocándose a su lado.

—¡Entregádmela, MacKern! —MacGillonay escupió—.

¡Engendro del diablo!

Bram se deslizó al lado de Arbela, con los hombros ligeramente inclinados hacia delante, y una mirada de odio a MacGillonay en su rostro.

—¡Arbela! ¡Llevad a Bram arriba! —exclamó Caelen.

La tensión fluía densamente, uniéndolos a los tres. Arbela no hizo ningún movimiento para retirarse, sus ojos oscuros se clavaron en MacGillonay. Caelen maldijo en voz baja, reacio a intentar sacarla de la

situación. Encogiéndose de hombros, Arbela dio un paso atrás, con voz ligera.

—Venid, Bram. Esperaremos a vuestro padre en vuestra habitación.

Estoy segura de que podrá discutir lo que significa la hospitalidad con su invitado mientras jugamos a *Alquerque*.

El estómago de Caelen se revolvió cuando ella se refirió al juego por su antiguo nombre.

«Lo entiende. Es una distracción decir dónde estarán ella y el muchacho. Sabe que el pasadizo está en mi habitación».

Acto seguido, el lord MacKern esperó, con las manos en el cinturón, mientras ella y Bram abandonaban el salón. Ante la leve inclinación de cabeza de Caelen, Rory se situó con otros dos hombres en el escalón inferior. No sería fácil seguir a la pareja escaleras arriba.

—¿Permitís que esa mujer me hable de esa manera? —MacGillonay exigió.

—Ante una falta de respeto y una burla descaradas, no insistiré en

que se disculpe. Creo que vos deberíais disculparos.

—¡No me disculparé con ninguna mujer! ¡Y menos con una como ella!

—El rostro de MacGillonay se enrojeció, con manchas blancas en la sien y saliva en la barba. Entonces señaló la escalera vacía—. Traedla de vuelta y castigaré su insolencia si tenéis las agallas de hacerlo.

—Os habéis pasado de la raya, anciano. Y habéis sobrepasado los límites de la hospitalidad. Llueva o no, os llevaréis a vuestros hombres y abandonaréis mi hogar. —El ceño de Caelen se frunció.

—Un montón de piedras derrumbadas. No sé lo que mi Ruthie vio en vos, y maldigo el día en que acepté el matrimonio. Sois un toro de hombre sin gracia y poco inteligente. Mi hija lamentó su error de casarse con vos hasta el día de su muerte. —MacGillonay se burló.

—Cuando supe que os habíais casado con la muchacha de los MacLean, supe que había llegado el momento de recuperar a mi nieto de vos y de las manos impías de la bruja sarracena. Estoy aquí para recoger a Bram. Enviad a vuestro hombre tras él. Le daré un cuarto de hora para recoger sus cosas.

—Fuera de mi casa, MacGillonay. Nunca le pondréis las manos encima a mi hijo. —Caelen movió su peso hacia adelante sobre las

puntas de sus pies, con la ira opacando todo menos al hombre que tenía delante.

—¿Creéis que no? Mis hombres están listos para satisfacer mi petición. —El rostro de MacGillonay se deformó en una sonrisa maliciosa.

—Vuestros hombres fueron desarmados en la puerta. Estáis rodeados de soldados leales a mí, bien armados y preparados para

escoltaros hasta vuestro barco. —La risa de Caelen retumbó.

—Vuestros hombres son leales, pero sólo hace falta una arpía descontenta para crear una grieta en vuestro muro. Mirad a vuestro alrededor. Mis hombres están armados. Y si queréis que vuestros soldados vivan un día más, les ordenareis que entreguen sus armas. —MacGillonay cruzó los brazos sobre el pecho.

Sorprendido, Caelen miró a Rory por encima del hombro. Dos hombres estaban de pie sobre el cuerpo tendido de su capitán, con una línea de sangre goteando sobre la piedra bajo su cabeza. Se oyó una refriega cuando los hombres de MacGillonay desarmaron rápidamente a otros tres hombres en el salón. Otros dos MacKern estaban espalda con espalda, con las espadas en alto, desafiando la orden de rendición.

—Que guarden sus armas. —MacGillonay asintió a los soldados MacKern.

Atónito ante el ataque que no había visto venir, Caelen miró a su alrededor, buscando una solución diferente. Cuando MacGillonay asintió, uno de sus hombres se acercó a un soldado MacKern capturado, con el cuchillo en la garganta. La sangre corría libremente por la parte superior de su cuello debido a la presión descuidada de la hoja.

—Podéis verlos morir o podéis obedecerme. —Los ojos de MacGillonay resplandecieron.

En ese momento, Caelen apretó los dientes y se negó a dar la orden.

Arbela necesitaba tiempo para alejar a Bram del castillo. Una vez que MacGillonay se diera cuenta de que ya no estaban en Dunfaileas, enviaría a sus hombres a darles caza. Así, a caballo, los capturarían rápidamente.

¿Cuánto tardaría MacGillonay en cumplir su amenaza de matar?

¿Podría Caelen quedarse de brazos cruzados y ver morir a sus hombres?

¿Hasta dónde llegaría para salvar a su hijo?

—Os estáis sumergiendo en las profundidades de la idiotez, MacGillonay —declaró Caelen—. Al insultar a mi esposa, habéis provocado la ira del Barón MacLean, que comanda la fuerza más poderosa de esta región. Tiene el poder de borraros de vuestras tierras.

—¿Esa sarracena? —MacGillonay se burló—. No es una verdadera escocesa.

—Aquellos a los que llamáis *sarracenos* han pisado las mismas huellas de Nuestro Señor, hasta la colina del Gólgota. Mi esposa, una princesa de Armenia, fue bautizada por el Obispo de Antioquía ante las Reliquias Sagradas. Sus vidas han transcurrido al servicio de Dios, manteniendo Tierra Santa abierta a pecadores como nosotros. Tened cuidado con vuestras palabras, lord. Ofenden mucho —replicó Caelen.

—Es lo que mejor hago. —El rostro de MacGillonay se torció, como una parodia de remordimiento, y sus ojos se iluminaron de alegría.

* * *

—Deprisa —susurró Arbela con dureza, traicionando su ira. Apoyó la palma de la mano en la espalda de Bram, empujándolo hacia el salón. No debía retroceder ante los insultos de MacGillonay. No tramaba nada bueno, de eso estaba segura. Un hombre así no soltaba improperios de esa naturaleza sin saber que podía salirse con la suya. Algo iba muy mal.

—Me llevaré al muchacho. No hay necesidad de que os preocupéis por él. —Ilene salió de la oscura puerta.

De repente, Arbela atravesó la puerta abierta y pasó junto a la anciana sin detenerse. En cuanto a Agnes, levantó la vista del zurcido que llevaba en el regazo cuando Ilene las siguió al interior, protestando.

—Ha estado insistiendo toda la noche, esta anciana. —Los ojos de Agnes se entrecerraron en señal de desaprobación.

—Bram está conmigo. Agnes, dejad de remendar y venid con nosotros.

—Arbela no miró a Ilene.

Toros y Garen se arremolinaban a sus pies. El primero se separó para colocarse junto a Bram, que empujó una mano contra el collar del perro, claramente necesitado de su consuelo. Arbela cogió el odre y se echó la correa al hombro, añadiendo la pequeña bolsa de comida.

—Llevaos sólo una muda de ropa, Bram. Aquí tenéis vuestro tartán. —

Le dio a Bram un bulto de hule y un trozo de lana.

El labio inferior de Bram tembló y Toros meneó el lomo y la cola, agregando un golpe de lengua en la mejilla de Bram por si acaso. El niño abrazó con fuerza al animal, cuadró los hombros y llenó el zurrón.

A continuación, Arbela recogió su espada y su arco, y añadió tres dagas de su baúl de pertenencias a un juego de fundas que llevaba en el cinturón, con lo que el total de sus espadas ascendía a ocho. Además, metió otros paquetes pequeños en su bolsa, demasiado deprisa para que los demás se dieran cuenta.

—¿Qué ocurre? —Agnes miró de Bram a Arbela.

—Os lo explicaré pronto. Confiad en mí. Vamos. —Arbela le

dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—¡No debéis llevároslo! —Tiró de la manga de Bram—. ¡No ahora!

Hay hombres armados a las puertas. —Ilene corrió a su lado.

—¿Los hombres de quién? —Arbela giró sobre sus talones, mirando fijamente a la mujer. Mientras tanto, Bram se zafó del agarre de Ilene.

—No podéis iros —gimió—. Es mi hijo. El hijo de mi preciosa Ruthie.

—Ilene retorció sus manos.

—Está bajo mi protección. No nos retraséis más. —Arbela sujetó la mano de Bram y se volvió hacia la puerta.

Ilene saltó hacia delante, sorprendentemente ágil para una mujer de su edad. Los perros, alertados por su brusco movimiento, gruñeron por lo bajo.

—¡No! —gritó la anciana—. No sois dignos de cuidar de él. Lo habéis vuelto contra mí, me lo habéis arrebatado. —Extendió los brazos ante la puerta—. ¡Bruja sarracena! —maldijo, haciéndose eco de las palabras de MacGillonay—. Habéis tocado a mi cordero con vuestras negras manos, oscureciendo su preciosa alma. Es hora de que vuelva a mí. Es hora de que volváis a las tierras impías de las que vinisteis.

Garen dio un paso adelante, con un gruñido cada vez más profundo.

—Eso responde a la pregunta de quién está difundiendo rumores desagradables —ironizó Arbela, manteniendo a raya a Garen con un movimiento de la mano—. Pero no tengo tiempo para instruirte.

Apartaos, pronto hablaremos. —Extendió la mano hacia el pestillo.

—¡No! —La enfermera de Bram chilló como si estuviera acosada por los *afreets*, giró y apretó la cara contra el panel de madera—. ¡Socorro!

Con un movimiento rápido e impulsado por un solo paso hacia delante, el puño de Arbela se curvó hacia arriba, por lo que golpeó a Ilene en la

punta de la barbilla y la derribó al suelo. Por su parte, Agnes lanzó un grito ahogado. En cuanto a Bram, se quedó mirando a la mujer a sus pies.

Finalmente, Arbela se arrodilló y comprobó el pulso de la mujer.

—Despertará, aunque le dolerá la mandíbula durante uno o dos días.

—Buscó la mirada de Bram—. No podía permitir que pidiera ayuda, pues temo que nos haya traicionado. Debemos irnos ahora. —Bram asintió solemnemente y rodeó a su enfermera para seguir a Arbela fuera de la habitación. Toros permaneció al lado de Bram, con un gemido y un lametón de aliento para el muchacho. Justo detrás, Agnes les pisaba los talones.

Arbela los guio sin equivocarse hasta el pasadizo secreto, recogiendo una vela mientras cruzaban la habitación de Caelen. Se apresuró a abrir el panel oculto e instó a Bram y Agnes a entrar en el oscuro espacio. El niño pasó corriendo junto a Arbela para recuperar su espada y su escudo de la cama, para luego unirse con Agnes y los perros.

—¿Cómo sabíais que esto estaba aquí? —Bram pasó la mano por encima de las piedras.

—Vuestro padre me lo contó. Debía usarse si sospechaba que

estabais en peligro. Hace unos minutos me dijo que os trajera aquí.

—¿Hacia dónde va? —suspiró Bram, con el alivio evidente de que su padre supiera dónde estaban.

—Sospecho que Ilene ha colaborado en alguna traición y temo que haya ayudado a MacGillonay a entrar en el castillo. Bram debe ser protegido. Debéis llevárselo a mi padre. —Arbela ignoró la pregunta de Bram, y cogió el brazo de Agnes para que le prestara toda su atención.

—¿Yo? No conozco el camino. Haría cualquier cosa por el muchacho, pero sólo vagaría en círculos y probablemente lo traería de vuelta aquí.

Debéis venir con nosotros. —Los ojos de su amiga se desorbitaron de miedo.

—MacGillonay y yo tenemos asuntos pendientes. No puedo simplemente huir. —Arbela frunció el ceño, indecisa. Lanzó una mirada a Bram, preguntándose cuánto debía revelar—. Si hay un combate, me necesitarán.

—No sería de ayuda si nos capturaran antes de llegar al castillo de MacLean. Mi vida es suya, pero no le serviría de nada si nos perdiéramos en el bosque. Si yo le guiase, sería prácticamente como si le capturaran. —

Agnes negó con la cabeza.

Arbela apretó los dientes. ¿Qué pasaría si se marchaba con Agnes y Bram? ¿Qué pasaría si se quedaba? No dudaba del corazón robusto de Agnes, pero era cierto que Agnes protegería a Bram durante los cinco segundos que tardarían los hombres de MacGillonay en reducirla. O algo peor. La joven sarracena se paseaba por los estrechos confines del pasadizo, impaciente por la indecisión y el tiempo que perdía.

—Iré con vosotros. —Las palabras desgarraron algo en su interior, pero las dejó a un lado, concentrándose en que se movieran lo más rápido posible.

—¿Por qué…?

—Os lo explicaré más tarde. No tenemos más tiempo. Debo cerrar las puertas para que nadie nos siga. Permaneced aquí. —Arbela silenció a Agnes con un gesto de la mano.

Sin esperar el gesto de obediencia de su amiga, Arbela atravesó la habitación de Caelen tan silenciosamente como un espectro. Abrió la puerta y echó un vistazo al pasillo. Al verlo despejado, se dirigió a la habitación de Bram. Arrastró a Ilene hasta el otro extremo de la cama de Bram y la ocultó bajo una manta tirada y descuidada. Poco después, volvió a acercarse a la puerta, sacó de su zurrón un pesado paquete de cuero y esparció una hilera de gruesos alambres metálicos de unos dos centímetros de largo, trenzados de dos en dos y colocados de modo que al menos uno de los extremos puntiagudos y espinosos apuntara hacia arriba. Si los hombres de MacGillonay venían a registrar la habitación de Bram, se encontrarían con las púas, que les atravesarían las botas de cuero, infligiéndoles un gran dolor y posiblemente provocándoles más tarde una infección o incluso la muerte. Entonces, sacó de su zurrón un pequeño frasco y un cepillo. Con la punta de su daga, arrancó una astilla del pestillo de madera en la habitación de Bram, dejándolo anclado por su extremo inferior, pero sobresaliendo lo suficiente como para atrapar la mano de un descuidado. Posteriormente, quitó la tapa del frasco, mojó el pincel en el contenido y pintó un poco de la mezcla sobre la púa de madera. La astilla sería una desagradable sorpresa para la próxima persona que intentara abrir la puerta, y la belladona que recubría la astilla pronto provocaría síntomas de boca seca, corazón acelerado y, posiblemente, un terrible caso de urticaria. Había otros venenos a su disposición, pero, aunque creía que Caelen los seguiría a su habitación,

no a la de Bram, se decidió por un veneno que incapacitara, no que matara, en caso de que él los buscara aquí primero.

A continuación, Garen recibió a Arbela en la puerta de Caelen con un suave quejido. Con el perro pisándole los talones, arregló el cofre y el tapiz para que parecieran lo menos alterados posible antes de entrar en el oscuro pasadizo donde esperaban Bram, Agnes y Toros. Se precipitaron por el oscuro pasillo, con los pies y las patas dando un leve roce en el suelo de piedra. Arbela iba delante, con Bram entre ella y Agnes, y el robusto armazón de Toros servía de apoyo al joven. Una fina estela de humo salía de la vela que llevaba, la cual protegía de la corriente de aire con una mano ahuecada. Bajaron por cortos tramos de escaleras intercalados con otros llanos. Las paredes, separadas sólo unos metros, las encerraban, creando un túnel de piedra que parecía no tener fin. El calzado de Agnes vaciló, pero no emitió sonido alguno al reanudar el ritmo vertiginoso que marcaba Arbela.

Después de lo que pareció una eternidad, se detuvieron. Aparte de reconocer el final del salón con un ligero ensanchamiento del pasillo, no había indicios de puerta. Acto seguido, Arbela abrió un pequeño cofre adosado a la pared y repartió capas y otro odre de agua, aunque este estaba vacío. Luego sacó de la caja unas largas correas de cuero y las enganchó al collar de cada perro.

—Siento lo de vuestro calzado —lamentó ante Agnes, consciente de que no les serviría de nada mucho antes de terminar el viaje—. No tengo botas para vos.

—¿Vuestro cofre mágico está vacío? —bromeó Agnes, con la voz tensa—. No importa. Al menos no hay nieve en el suelo. Estaré bien. —

Decir que estaría *bien* era demasiado, pero Arbela lo ignoró.

—Cubríos todo lo que podáis. Recordad que vuestras caras y demás pieles expuestas aparecerán brillantes en las sombras. Si oís a alguien, poneos la capucha sobre la cara y mirad hacia abajo

hasta que pase el peligro.

Con una mirada para asegurarse de que Bram y Agnes estaban suficientemente cubiertos, Arbela les entregó a cada uno una correa de perro, dejándoles las manos libres. En ese momento, apoyó la palma de la mano contra una piedra a la altura de su cabeza. Con un silbido casi silencioso, las piedras se movieron al unísono, revelando la puerta. Al

instante, el aroma de los establos se hizo sentir y quedó claro adónde les había conducido el pasadizo.

—¿Cabalgaremos? —La voz ansiosa de Agnes era un débil susurro.

—No. Aunque sería más rápido, haríamos demasiado ruido, y no sé dónde se encuentra nuestro enemigo. —El corazón de Arbela dio un vuelco al comprender que había dejado atrás a Voski. De pronto, señaló con la cabeza el espacio abierto ante ellos mientras sus ojos se adaptaban a la tenue luz de la luna. El sonido suave del agua contra la orilla saludó sus oídos. Líneas plateadas marcaban las ondas del lago. Los muros de piedra se extendían a ambos lados, el castillo a sus espaldas.

—Los establos están al otro lado de este muro. Ahora estamos más allá de la protección de Dunfaileas.

CAPÍTULO 21

Arbela podría haber predicho la lluvia. ¿Qué otro tiempo que no fuera frío y húmedo ofrecía esta tierra? Si no la hubieran estorbado un niño de cinco años y una joven que se enfrentaba a una larga caminata en calzado blando, no habría permitido que el inconveniente la entorpeciera. Sin embargo, ni Agnes ni Bram estaban adecuadamente preparados para el viaje, y más allá de las capas de lana bien tejidas, tenían poca protección contra el mal que los asolaba poco después de salir de Dunfaileas.

—Podemos detenernos y descansar, pero no podremos hacer una fogata. —Arbela miró el cielo sombrío y la lluvia que por fin se había reducido a una ligera llovizna.

Por su lado, Agnes le dedicó una débil sonrisa, con una línea gris en los labios que marcaba su fatiga. En cuanto a Bram, se dejó caer al suelo.

Toros y Garen lo rodearon, dándole calor y protección.

—Está agotado —murmuró Agnes.

—Utilizad esto con moderación. Espero estar en el castillo de MacLean al anochecer, pero esto es todo lo que tenemos. Llenaré el otro odre y volveré enseguida. —Arbela le dio a Agnes el odre y el zurrón con comida. De repente, desapareció en el bosque.

Los resultados de la lluvia opacaron los sonidos normales del bosque.

Los pájaros, cuyos gorjeos la habrían alertado de la presencia de otros, se acurrucaban en sus nidos, con las plumas esponjadas por la humedad. El suelo empapado absorbía todas las pisadas, y las ramas hacían un leve ruido al pasar. Arbela se arrodilló junto a una corriente de agua que brotaba de la ladera y llenó el odre, mientras observaba los alrededores.

Todo estaba tranquilo.

No le gustaba tomar el camino directo de Dunfaileas a Morven, y los había mantenido alejados del sendero todo lo posible. Pero la subida y bajada de las montañas hacía que atravesar la tierra fuera peligroso y casi imposible. Incluso al ritmo más lento que ella había permitido por el bien de Bram, este no había durado ni la mitad del viaje. Tras asegurar la boquilla del odre, Arbela dio media vuelta, aliviada cuando la llovizna se

convirtió en una fina niebla. Recogió tres palos robustos y, ante la

mirada de Bram y Agnes, los dispuso en forma de triángulo, con los vértices separados por dos palmos. Luego recortó una estrecha tira de cuero de la parte inferior de su largo chaleco y la utilizó para unir las ramas, rellenando el espacio del centro con ramas más pequeñas que después amarró en su lugar.

Rápidamente, Toros se puso a sus órdenes y Arbela le colocó un arnés hecho con tiras de lana cortadas de su capa. Se fijó en el leve brillo de interés en los ojos de Bram.

—Ayudadme a pasar las varas por estas correas. —Hizo un gesto a Agnes.

Agnes mantuvo los lazos firmes mientras Arbela aseguraba el trineo detrás de Toros. La cola del perro se balanceó suavemente.

—Subid a bordo, *Bram-jan* —instó Arbela, con voz suave—. Podéis descansar un poco mientras caminamos.

Bram miró con escepticismo el artilugio, pero maniobró con cuidado para subirse al trineo, vacilando cuando su peso hizo que se hundiera.

—Toros es bastante robusto. Ha tirado de cargas más pesadas que vosotros.

—No está en desacuerdo, sólo os pide que os deis prisa. Está deseando un lugar seco junto a la chimenea. —Toros gimoteó y movió la cola con ánimo. Bram desvió la mirada hacia el perro y Arbela sonrió.

Posteriormente, Bram se acomodó y Arbela le ciñó bien el tartán.

Cogió la correa de Toros y el perro caminó a su lado mientras continuaban el viaje. Al cabo de unos instantes, Bram estaba dormido.

—Supongo que no tendréis uno de esos para mí. —Agnes suspiró

mientras mantenía el ritmo agotador.

Aunque aminoraron la marcha para evitar que el trineo rebotara demasiado sobre el terreno rocoso, lo empinado del sendero los agotó rápidamente, creando espasmos en los músculos de las piernas y dificultando su respiración. Agnes lanzó una mirada poco entusiasta a Toros, que se adelantó con la cola en alto.

—Bastardo descarado.

—Haremos un breve descanso. Estamos en tierra de los MacLean, aunque lo suficientemente lejos como para no ver una patrulla hasta dentro de una hora. —Arbela miró al cielo, observando la posición del sol, un

punto brillante detrás de nubes cada vez más finas. Soltó suavemente el trineo del arnés de Toros, dándole un breve respiro. Bajó los rastros al suelo mientras él saltaba hacia Garen, que ignoró su invitación a jugar.

—Ese perro tiene una energía inagotable. —Agnes se desplomó sobre una roca aplastada con un suspiro. Poco después, cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia atrás, empapándose de los hilos de luz solar que se filtraban entre las nubes. Por otro lado, Arbela no malgastó saliva debatiendo los méritos de sus perros. Ese era un lujo para otro día, uno en el que no estuvieran siendo perseguidos por MacGillonay y sus hombres.

* * *

Los soldados de MacKern entraron en acción. Los dos hombres armados se separaron de un salto. Una rápida puñalada al MacGillonay que sujetaba con su espada a un soldado MacKern, lo envió al suelo, donde patinó, soltada por unos dedos inútiles. No hubo tiempo para buscarla.

Después, Caelen se puso en cuclillas de cara a la sala, con las manos abiertas y la espada preparada, pues había encontrado

inesperadamente un alijo de armas envueltas en una manta en un rincón junto a las escaleras.

«¿Obra de Arbela?»

No tuvo tiempo de averiguar el por qué, ya que una daga pasó cerca de su oreja.

El choque del acero, los gritos de rabia y de herida se elevaron y resonaron en el salón. Era evidente que alguien había ayudado a introducir armas -y posiblemente hombres- para MacGillonay en el torreón. Caelen contó muchas más cabezas de las que había admitido a través de las puertas una hora antes. Buscaría al traidor más tarde. Y esperaba que la anciana a la que se refería MacGillonay no se hubiera encontrado con Bram o Arbela.

Entonces, MacKern se unió a la batalla, ya que la sala era demasiado pequeña para permitir mucha libertad de movimientos. Los hombres gruñían, se empujaban y forcejeaban, resbalando en las cañas y hierbas esparcidas por el suelo… y en charcos de sangre cada vez más grandes.

Asestó un fuerte golpe en la cabeza de un soldado que le desafiaba, haciéndole caer de rodillas. Un golpe adicional en la parte posterior del cráneo hizo que permaneciera tendido. Caelen acechaba por el suelo, apartando a los hombres a codazos mientras perseguía a MacGillonay. El

anciano lo recibió con una mirada desafiante y aceptó una espada del hombre que tenía a su lado. Una sensación de incredulidad invadió a Caelen antes de que pudiera desterrarla al ver el arma. Aflojó los músculos con un encogimiento de hombros, haciendo girar la espada en su mano, apartando de su mente los pensamientos de traición. Un camino se abrió casi mágicamente entre él y MacGillonay.

—No podéis coger mi espada —gruñó Caelen.

—No quiero vuestra reliquia. Sería mejor enviarla al muladar. —

MacGillonay rio y dio un paso adelante con confianza—. Quiero a mi nieto.

—Tenéis un heredero. Dejad en paz al mío —contestó Caelen.

—Los hermanos de Ruthie no inspiran a los hombres a seguirlos —

respondió MacGillonay—. Bram tiene mucho potencial, y muchos años para doblegarse a mi voluntad.

—Nunca lo conseguiréis. No mientras yo respire.

—Una elección con la que puedo vivir. —La sonrisa depredadora de MacGillonay dibujó sus labios más allá de sus dientes arruinados. De repente, se lanzó hacia delante, con una rapidez inesperada en un hombre de su edad. Caelen maniobró y lanzó una antorcha contra los ojos de MacGillonay. La primera embestida de su enemigo no alcanzó a lord MacKern y solo un susurro de acero pasó junto a su oreja y completó su maniobra, atrapando la punta de su espada en el manto ondeante de MacGillonay.

El viejo lord arrebató la tela, arrancándola de la espada de Caelen, y se la envolvió en el brazo para protegerse. Al mismo tiempo, Caelen se enrolló un trozo de su propio tartán en el antebrazo, buscando un momento libre.

Hizo caso omiso del alboroto que había a sus espaldas, concentrándose únicamente en su acérrimo enemigo.

Lord MacKern hizo una finta, acercando a MacGillonay. Saltó hacia delante, con la espada resplandeciendo donde MacGillonay había estado sólo un momento antes. El escozor en el vientre le dijo a Caelen que no había salido ileso cuando su adversario pasó la espada por debajo de su guardia.

«¡Mierda! ¿Quién iba a pensar que el viejo podía moverse tan rápido?»

Seguidamente, Caelen avanzó a toda velocidad, obligando a MacGillonay a retroceder bajo un fuerte aluvión de ataques. El acero chocaba contra el acero, más rápido que MacGillonay, incapaz de resistir el

embate. La espada de Caelen subía y bajaba, y luego se deslizaba a lo largo de la hoja de MacGillonay cuando el anciano dejaba de sujetarla.

Cuando la punta de la espada de MacKern golpeó el suelo de piedra, saltaron chispas. Absorbió el impacto y levantó la espada para contrarrestar la estocada de MacGillonay. El viejo lord avanzó, buscando una forma de ponerse al alcance su yerno. Entonces, los dos combatientes se separaron, jadeando ligeramente.

—Entregadme al muchacho. —MacGillonay cambió su espada a su otra mano y agitó sus dedos vacíos, manteniéndolos en un ángulo peculiar.

«Puede que el viejo lobo sea ágil, pero sus huesos no soportarán la tensión».

Caelen sonrió y secó un rastro de sudor de su frente.

—No.

—Que así sea. —MacGillonay se enderezó.

En un instante, el dolor estalló en el cráneo de Caelen y su mundo se oscureció.

* * *

Caelen luchaba por recobrar la consciencia en medio del frío

extremo.

El dolor le recorría las extremidades y estallaba en un destello de luz blanca en su cabeza. Un gemido brotó de sus labios y unos pesos le oprimieron los hombros.

—No os mováis. —Una voz murmuró en su oído.

De pronto, un tenue hilo de luz apareció ante un ojo, y Caelen se dio cuenta de que el otro párpado no se abría. Levantó lentamente la mano hacia la cara, perplejo por el esfuerzo que requería.

—Bram ha desaparecido, y MacGillonay no se ha tomado bien la noticia. Cuando apenas podíais hablar, y mucho menos responder a sus preguntas, os entregó a sus hombres para que se divirtieran un poco. Siento que nos sorprendieran. No tenía ni idea de que Ilene les había puesto pinchos en la puerta trasera. —Rory suspiró.

—Ilene ha estado demasiado apegada al muchacho. Vino aquí como criada de Ruthie, había sido su nodriza desde que era pequeña. Le había dicho a Ilene que pronto sería hora de que Bram fuera más allá de la cuna.

—De algún modo, a Caelen no le sorprendió oír hablar de la traición de la anciana.

—Claramente una decisión impopular —comentó Rory—. ¿Me pregunto si MacGillonay le prometió que podría quedarse con Bram?

—Sea lo que sea lo que le haya prometido, fue suficiente para que cometiera traición. Su vida se perderá una vez que escapemos —gruñó Caelen.

—Los hombres de MacGillonay aparentemente se escabulleron dentro mientras insultaba a vuestra novia y mantenía nuestra atención. —Rory asintió.

—Desde luego, tenía la mía —murmuró Caelen. Sus dedos se deslizaron con cautela sobre los bultos y las costras, las zonas hinchadas de carne magullada y partida, así como la sangre vieja y seca. Cada centímetro de su cabeza le dolía. Con una palma en el suelo, hizo palanca para sentarse. Su estómago se rebeló al instante y cayó hacia un lado, con arcadas. Otras manos le sujetaron los hombros, voces bajas murmuraban en la oscuridad. Cuando la sensación de estar sobre un caballo tambaleante remitió, Caelen se enderezó todo lo que pudo y observó a su alrededor.

En la habitación casi sin luz aparecían formas oscuras, redondeadas en la parte superior, que indicaban que él y Rory no estaban solos. La paja vieja desprendía olores nauseabundos mientras cambiaba de posición en el frío suelo.

—Debería haber hecho que alguien se ocupara del foso antes. Rara vez se usa, y no puedo decir que me complazca ser el primero en bajar aquí desde hace tiempo —resopló.

—Sí. Y los bobos no usaron la escalera cuando los MacGillonay nos arrojaron aquí. A la mayoría de los muchachos simplemente los empujaron.

El joven Alan se rompió la pierna al caer, y no dudo de que el pequeño Erik también lo hubiera hecho, de no haber aterrizado encima de Fergus —

explicó Rory.

—¿Cuántos…? —Caelen no pudo terminar la pregunta.

—Por lo que sé, seis murieron en el patio o en el salón. Aquí somos diez, incluidos los caballeros de los MacLean, y todos practican algún que otro deporte —contestó Rory.

—¿Creéis que alguien escapó? —preguntó Caelen.

—No puedo decirlo, aunque es muy poco probable. El ataque fue

demasiado inesperado. No puedo dar cuenta de todos y sólo os he dicho lo que he reconstruido a partir de lo que otros han contado.

—¿MacGillonay no tiene a Bram? —Parecía importante preguntarlo, aunque Rory ya lo había dicho y Caelen dudaba que siguiera vivo si el niño hubiera sido capturado y devuelto a su abuelo.

—Oh, parece que vuestra esposa también ha desaparecido. —Una sonrisa suavizó la voz de Rory—. MacGillonay está fuera de sí. Los insultos de ayer fueron suaves comparados con los que ha usado últimamente contra ella.

—¿Cuánto tiempo pasará antes de que se dé cuenta de que no se están escondiendo y busque fuera del castillo?

—No lo sé con certeza, ya que estuve un rato inconsciente, pero cuando vino a buscaros, exigiendo saber dónde habíais escondido al muchacho, aún estaba oscuro. Cuando os devolvieron al pozo, un poco de luz se asomaba por la pared. Han tenido un poco de tiempo para escapar, Caelen.

En ese momento, un grito desde arriba llamó la atención de Caelen.

—No os asustéis —aconsejó Rory—. Hacen eso cada poco tiempo.

Creo que es más para inquietarnos que por un verdadero acontecimiento. Si capturan al muchacho, lo sabremos.

* * *

—Recoged vuestras cosas y escondeos en la maleza. Algo ha alertado a Garen y Toros. —Arbela despertó a Agnes de un ligero sueño.

Con los ojos saltones, Agnes se puso en pie. Luego despertó a

Bram y tanto él como Agnes desaparecieron entre la maleza.

—Toros, guardia. —Arbela soltó las correas de los perros, agitó el brazo en dirección a Bram y envió al animal tras el muchacho. En cuanto a Garen, se mantuvo firme a su lado, con el rumor de su pecho vibrando contra la pierna de Arbela, quien se echó el zurrón a la espalda y desapareció con Garen entre las sombras.

Los ruidos del bosque se desvanecieron, el latido de su corazón era lo más fuerte en sus oídos. De repente, una bandada de pájaros irrumpió entre los árboles a su derecha y se posó a una distancia considerable a su

izquierda, graznando su descontento. Al cabo de unos instantes, se oyó el ruido de cascos arrastrando los pies sobre las hojas húmedas.

Arbela respiró hondo contra los latidos de su corazón y aguzó el oído para filtrar los sonidos. No pudo detectar el característico ritmo de cuatro latidos de los cascos de un solo caballo, ni el pesado arrastre que indicaba la presencia de varios hombres montados. No había bromas relajadas entre ellos, lo que significaba que se habían cansado de la compañía de los demás, o que cazaban algo, o a alguien, a quien no deseaban anunciar su presencia.

Inmediatamente después de ponerse a la altura de Garen, Arbela observó el rastro. Sacó un trozo de cordel de su cinturón y lo ató entre dos arbolillos a pocos centímetros del suelo. Además, cogió el pequeño frasco de su zurrón y hundió con cuidado dos de sus dagas en la mezcla venenosa.

Después volvió a taparlo y guardó el frasco en su bolsa, guardando las espadas en la funda del cinturón, lejos de cualquier contacto accidental.

El tiempo se alargó mientras esperaba. Finalmente, el roce de las hojas llamó su atención cuando un esbelto arbusto se balanceó. De

pronto, los cascos se detuvieron. Un ligero golpe se coló entre los árboles y Arbela imaginó que un jinete había desmontado. Sabía que habían dejado señales, aunque antes había retrocedido todo lo que se había atrevido mientras los demás descansaban, bordeando suavemente el sendero. Sin embargo, los extremos del trineo del que tiraba Toros se habían clavado en los escombros del sendero bajo el peso de Bram, y sus esfuerzos habían servido de poco para confundir a sus seguidores. El gruñido de Garen aumentó y luego se suavizó bajo la mano de Arbela. La perra se agachó y preparó las patas para saltar. En ese momento, Arbela retiró el par de espadas arrojadizas de su cinturón y cargó parte de su peso sobre la pierna derecha. Al oír el crujido de una rama a su izquierda, giró la cabeza. Enseguida, Garen se lanzó hacia delante, ladrando furiosamente. En un instante, otra figura sombría irrumpió entre los árboles a su derecha, abalanzándose sobre ella.

Arbela esquivó a sus dos atacantes y lanzó una daga contra el hombro del más ruidoso, situado a su izquierda. Luego aterrizó en la zona abierta del sendero, rodó una vez y se puso de rodillas, preparada para lanzar la segunda daga. La capa del hombre en la sombra ondeaba a su alrededor, lo que sugería que no era un buen blanco. Metió la daga en la vaina y desenvainó la espada, que blandió en un arco bajo, alcanzando la parte

posterior de la rodilla del hombre. Este cayó con un alarido, con la pierna torcida.

—No toleraré insolencias de gente como vos —maldijo mientras la sangre manaba de la herida en el hombro del otro hombre, pero este avanzó hacia ella con un gesto de desprecio—. Salvaos y entregad al muchacho. Es a él a quien busca.

Arbela no se molestó en preguntar quién era. Nadie más que MacGillonay buscaba a Bram. El hombre se aproximó sigilosamente, con un ojo atento a su espada. Entonces, Garen se abalanzó sobre él, atravesándole las piernas con sus colmillos, para luego retroceder con la misma rapidez con la que había

atacado. Con la atención dividida entre los dos, el hombre herido se apoyó contra un árbol y se llevó una mano a la boca.

—¡Aquí!

Otros tres hombres irrumpieron en escena. Garen bailaba de un lado a otro, ladrando, mordisqueando, intentando alejarlos de Arbela. Un hombre persiguió al perro, blandiendo la espada mientras se movían entre los árboles.

—Entregadnos al muchacho —ordenó el mayor de los maleantes —.

Podemos hacerlo fácil o difícil. —Su sonrisa delataba la mentira de sus palabras.

Inmediatamente, Arbela movió su peso, desbloqueando sus músculos, pero no abandonó su posición defensiva. Tras observar a los tres hombres que quedaban, Arbela no los perdió de vista.

—¡Oh, ya la tengo dura! —alardeó uno—. Parece lo bastante robusta para todos nosotros. Cogedla y nos divertiremos un poco.

—Hijo de… —susurró Arbela en voz baja, sin apartar la mirada de los hombres que arrastraban los pies como si esperaran a que los demás instigaran su plan. Un grito de dolor se confundió con el gruñido salvaje de Garen.

«Uno menos».

Dedicó una rápida mirada al hombre que se arrastraba lejos de la pelea, con una pierna medio amputada.

«Dos menos».

El hombre al que había inmovilizado con su daga, se rasguñaba. Y

luego otra vez. Después se frotó la nuca y los ojos. Mientras observaba el

efecto del veneno, Arbela se permitió una pequeña sonrisa.

«Tres».

Finalmente, quedaban dos. Por un momento parecieron indecisos, al parecer sin prever la resistencia que ella les ofrecía. Una palabra silenciosa pareció cruzarse entre ellos, y ambos se lanzaron hacia delante, con sus gritos de guerra elevándose en el aire. El que estaba a su derecha alcanzó su línea de ataque y cayó de bruces sobre el suelo húmedo y cubierto de hojas.

En un elegante remolino, Arbela puso en juego su espada y su daga, interponiéndose directamente en el camino del hombre más alto y golpeándole en el brazo mientras giraba a su lado. La joven se arrodilló, con la cabeza gacha, invitando al hombre más alto a saltar sobre ella.

Completamente sorprendido por su táctica, intentó detenerse, tropezando con Arbela en vez de saltar sobre ella. En ese instante, *lady* MacKern apretó la mandíbula ante el impacto y clavó su espada en el costado de su enemigo, haciendo que la carne cediera ante el chirrido del acero contra el hueso.

De inmediato, Arbela se puso en pie de un salto y vio al hombre más bajo. Este se había puesto en pie y se tambaleaba hacia un lado, con una mano aferrada a su brazo. Retiró la mano, con cara de perplejidad al darse cuenta de que había muy poca sangre en el corte largo y poco profundo.

Volvió a apretarse la herida, parpadeando furiosamente mientras tambaleaba contra el tronco de un árbol.

—¿No toleráis la belladona? Una lástima. —Arbela centró su atención en el otro hombre.

—¡Perra! —gritó el hombre más alto, llevándose la mano al costado, donde un chorro de sangre y otros líquidos contaban su mortal historia—.

Habrá otros que os persigan. No podréis esconderos mucho más. Estáis demasiado lejos del castillo de MacLean, nunca lo lograréis.

—Ya estamos en tierra de los MacLean.

—Soy el hijo menor de MacGillonay. No podéis esperar escapar de la ira de mi padre.

El corazón de Arbela se encogió doblemente mientras asimilaba esta información. Matar al hijo del lord -incluso a un hijo menor- sin duda provocaría una guerra de clanes. No es que MacGillonay no hubiera cruzado ya esa línea, pero esto era sin duda echar más leña al fuego.

De pronto, unos cascos golpearon el sendero. Arbela se levantó de un salto y desapareció entre los árboles.

CAPÍTULO 22

Los caballos se detuvieron entre el arrastre de las hojas y el crujido indisimulado del cuero. Los gritos llenaron la pequeña cañada y el inconfundible chirrido del acero al deslizarse por las vainas llegó a oídos de Arbela. Dividida entre la expectativa de más perseguidores y el deseo de descubrir una patrulla MacLean, se acercó. Los hombres -contó ocho-observaban a los MacGillonay, empujando a los que podían caminar para formar un grupo, mientras dejaban al que tenía el tendón cortado y al hijo de MacGillonay donde yacían. Uno se arrodilló junto al muchacho con el corte en el costado, mirándole la herida.

—¿Habéis adquirido leones en Escocia? —preguntó.

—¡Kade! —Arbela lo reconoció al instante y salió de entre la maleza.

—¿Qué sucede, Arbela? ¿No deberíais estar en Dunfaileas? —Giró sobre sí mismo, con la espada preparada y una expresión de perplejidad cruzó su rostro. Su ceño se frunció aún más al ver sus

ropas desaliñadas. —

Ahorcaré personalmente al responsable de esto.

—Estos son los hombres de MacGillonay. —Arbela agitó una mano en el aire. Luego señaló al muchacho que estaba en el suelo —. Ese es su hijo menor. MacGillonay invadió el castillo anoche. Escapé con Bram y mi doncella, y estos hombres han estado tras nuestro rastro.

—Habéis hecho bien en haber llegado hasta aquí. Y fueron imprudentes al intentar atraparos. —La voz de Kade contenía una mezcla de orgullo y diversión—. A MacGillonay no le gustará perder a su hijo, aunque no he oído nada bueno de él. Debemos llevaros con vuestro padre.

¿Dónde están el muchacho y Agnes?

—Garen los encontrará. —De pronto, Garen hundió la nariz en la mano de Arbela. Con un gemido de alivio, Arbela se agachó y abrazó al perro contra sí, observando el pelaje de un hombro cubierto de sangre y trozos de hojas y tierra—. Encontrad a Toros. —Se levantó y cogió la barbilla del perro. Garen dudó sólo un momento y se puso en marcha, con la cola en alto y una leve cojera que delataba su herida. Arbela corrió tras ella, con la espada desenvainada y cortó la cuerda antes de que nadie

pudiera ver su obra. Aunque sabía que su padre hacía concesiones debido a su historia, pensó que era mejor no dejar trampas a la vista de todos.

Posteriormente, irrumpieron entre los árboles a varios metros del camino. Toros se erizó, con la cabeza gacha, los pelos de punta y un gruñido en las fauces. Un solo ladrido sonó cuando Garen saltó hacia él y Toros bajó la guardia, moviendo la cola locamente. Entonces, Agnes y Bram salieron sigilosamente de detrás de un árbol caído.

Arbela sujetó a Bram por los hombros y tiró de él con fuerza mientras el alivio la inundaba. El niño se acercó y luego se apartó, con el ceño fruncido.

—Agnes no me dejó ayudaros —protestó—. Me obligó a esconderme entre los arbustos, como una niña.

—Cuidado, muchacho —advirtió Arbela—. Las muchachas no son débiles ni cobardes.

—Oí la lucha. Tenía mi espada, y puedo usarla. —Bram estaba exaltado.

—Bram, algún día seréis un gran guerrero. Tendréis una espada a la altura de vuestras habilidades, y vuestra valentía será conocida en todas partes. Hasta entonces, estáis obligado a seguir a otros que harán todo lo posible para mantenerte a salvo. Nadie duda de vuestro corazón, sólo de los años de entrenamiento que todo guerrero necesita. —Arbela se puso en cuclillas sobre sus talones.

—¿Matasteis a los hombres malos?

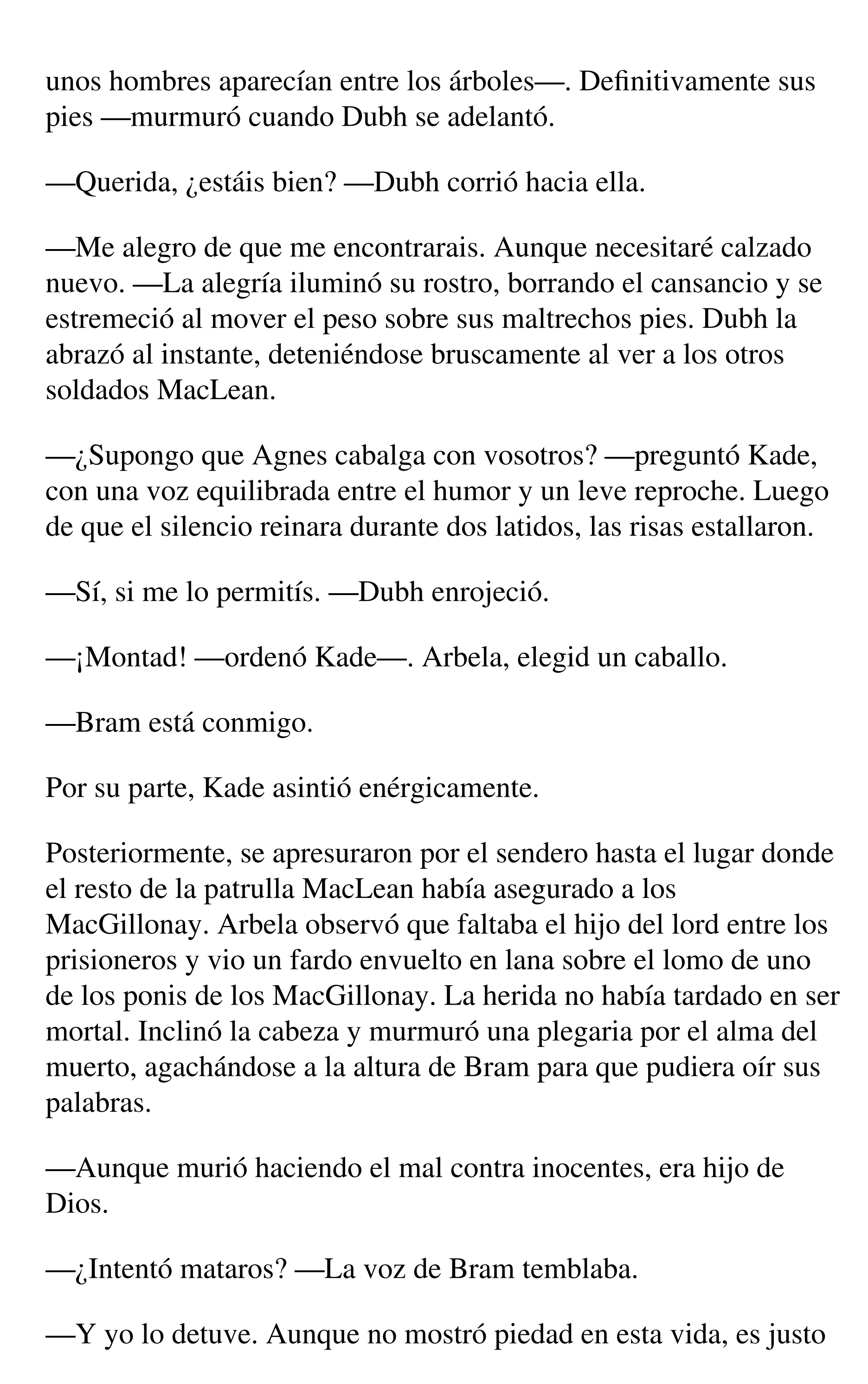
—Sí, Bram, lo hice. La muerte es a menudo el destino de aquellos que hacen el mal en este mundo. Agnes y tú corríais un gran riesgo, y no tuve otra opción.

—¿Podemos ir a casa, ahora? —Bram permaneció en silencio por un momento.

—Acudiremos a mi padre en busca de ayuda. Luego nos iremos a casa.

—Arbela miró el rostro demacrado de Agnes y sonrió—. Los MacLean están aquí. Cabalgaremos el resto del camino.

—Alabados sean los santos. —Un cúmulo de cansancio inundó la voz de Agnes—. Si podéis daros un baño caliente y dormir unas horas, os besaré los pies. —Miró alrededor de Arbela mientras



unos hombres aparecían entre los árboles—. Definitivamente sus pies —murmuró cuando Dubh se adelantó.

—Querida, ¿estáis bien? —Dubh corrió hacia ella.

—Me alegro de que me encontrarais. Aunque necesitaré calzado nuevo. —La alegría iluminó su rostro, borrando el cansancio y se estremeció al mover el peso sobre sus maltrechos pies. Dubh la abrazó al instante, deteniéndose bruscamente al ver a los otros soldados MacLean.

—¿Supongo que Agnes cabalga con vosotros? —preguntó Kade, con una voz equilibrada entre el humor y un leve reproche. Luego de que el silencio reinara durante dos latidos, las risas estallaron.

—Sí, si me lo permitís. —Dubh enrojeció.

—¡Montad! —ordenó Kade—. Arbela, elegid un caballo.

—Bram está conmigo.

Por su parte, Kade asintió enérgicamente.

Posteriormente, se apresuraron por el sendero hasta el lugar donde el resto de la patrulla MacLean había asegurado a los MacGillonay. Arbela observó que faltaba el hijo del lord entre los prisioneros y vio un fardo envuelto en lana sobre el lomo de uno de los ponis de los MacGillonay. La herida no había tardado en ser mortal. Inclinó la cabeza y murmuró una plegaria por el alma del muerto, agachándose a la altura de Bram para que pudiera oír sus palabras.

—Aunque murió haciendo el mal contra inocentes, era hijo de Dios.

—¿Intentó mataros? —La voz de Bram temblaba.

—Y yo lo detuve. Aunque no mostró piedad en esta vida, es justo

rezar por vuestros enemigos. —Arbela asintió. Tomando la mano de Bram entre las suyas, lo condujo hacia los ponis atados—. Dividamos nuestro grupo.

Los cautivos nos retrasarán y debemos darnos prisa. —Inspeccionó los caballos MacGillonay, sorprendida de encontrarlos robustos y en buenas condiciones. Finalmente, eligió un alazán de piernas largas y subió a bordo.

En cuanto a Kade, encargó a cuatro de sus hombres que llevaran a los prisioneros a Morven. El resto se formó en torno a Arbela y Bram, y sus caballos bailaron nerviosos al oler la emoción… y la sangre. Con una señal silenciosa, el pequeño grupo avanzó por el sendero, con los jinetes agachados sobre los cuellos de sus caballos. Dubh y Agnes iban en la retaguardia, pero no se quedaban atrás. Los caballos avanzaban con esfuerzo bajo los talones de sus jinetes mientras su gran velocidad devoraba los kilómetros que quedaban.

Mas tarde, bajaron a toda velocidad por el camino que conducía a Morven, con las torres del castillo de MacLean resaltando sobre el cielo gris. La luz del sol brillaba en el Loch Aline a lo lejos. Entonces, el corazón de Arbela se agitó.

«¡Hogar!»

—Ya hemos llegado, *Bram-jan*. —Empujó suavemente al niño para despertarlo—. Me aseguraré de que os den de comer, y después, podéis ocupar mi antigua habitación.

—¿Puede Toros dormir conmigo?

Arbela miró el rostro del muchacho, preocupado, con lágrimas brillantes en los ojos. Había visto demasiada maldad en las últimas horas, y la pequeña concesión ayudaría a mantener a raya las inseguridades de la noche.

—Sí. A Toros nada le gustaría más que custodiaros después de que

ambos hayáis comido bien. Puede quedarse con vos.

—¡Un MacLean! —gritó Kade mientras empujaban a sus caballos por el último tramo hacia el castillo. Las puertas que habían empezado a cerrarse se abrieron de nuevo. La actividad hervía en la almena y los gritos resonaban en el patio. La gente se detuvo a un lado del camino, mirando a los jinetes mientras pasaban.

Seguidamente, llevaron a sus caballos a detenerse en medio de una nube de polvo y echaron mano de las riendas con impaciencia. Por otro lado, Toros y Garen se dirigieron al abrevadero bajo que había junto al establo, a varios metros de distancia. Toros se metió y lamió el agua mientras se revolcaba para refrescarse. Garen bebió con moderación y luego cojeó hasta la sombra del muro y se dejó caer, con la lengua fuera. Arbela saltó de su montura mientras Alejandro corría por el patio abierto y enviaba a su caballo una mirada de desconcierto.

—¿Dónde está Voski? ¿Y qué hacéis aquí? ¿Estáis herida? —Cogió a Bram de los brazos de Arbela y lo colocó en el suelo—. ¿Qué ha pasado?

—Una pregunta a la vez, hermano. —Arbela apoyó una mano en su montura, con las piernas inestables tras el largo viaje. Estaba a punto de agotarse, pero no tenía tiempo para descansar—. Debo hablaros a vos y a padre juntos. ¿Sabéis dónde está?

—Por aquí. —Alejandro no malgastó más palabras, giró sobre sus talones y la condujo al salón. Arbela envió a Bram al interior al cuidado de

Agnes con instrucciones estrictas de alimentarlo y permitir que Toros permaneciera junto a él. Mientras tanto, Dubh y otro soldado flanquearon a Agnes y Bram, protegiéndolos, permitiendo a Arbela seguir a su hermano.

De repente, Donal levantó la vista cuando Alejandro y Arbela irrumpieron en su solar. Dejó la pluma sobre el escritorio, empujó

la silla hacia atrás y se levantó para ir a su encuentro antes de que llegaran a la mitad de la sala. Sujetó a Arbela por los antebrazos, deteniéndola y manteniéndola firme ante su mirada. La miró de arriba abajo y luego dirigió a Alejandro una mirada severa.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nos han traicionado. MacGillonay apareció en Dunfaileas ayer por la noche, pero en lugar de la paz que prometió, me insultó, y la nodriza de Bram le ayudó de alguna manera a introducir armas y hombres a escondidas dentro de nuestros muros. —Arbela tomó aire.

—¿Cómo escapasteis? ¿Hubo combates? —Donal la miró una vez más.

—Escapamos por un pasadizo oculto antes de que se produjera el combate. Caelen y yo teníamos una señal preestablecida, y cuando MacGillonay se puso beligerante, Caelen dio la orden de que huyéramos.

No nos enviaría solos al bosque de noche sin una amenaza seria. Agnes no podía mantener a salvo a Bram por el camino, así que vine con ellos. —

Lady MacKern se encogió de hombros y se paseó por el suelo, atrapada entre recuerdos renovados y fatiga física. Entonces, apretó los dientes ante la frustración de dejar atrás a Caelen—. Hace un par de horas, los hombres de MacGillonay nos alcanzaron. Me las arreglé para luchar contra ellos, justo cuando Kade y su patrulla llegaron —continuó, después de respirar hondo.

—¿Cuántos hombres? —preguntó Alejandro—. ¿Cómo os las habéis arreglado?

—Eran cinco. Garen derribó a uno -tiene un hombro herido que debe ser atendido-, un lazo que puse frenó a otro, y otro tiene un tendón de la pierna cortado y probablemente necesitará un bastón

si se recupera. Otros dos recibieron pequeñas heridas, pero las hojas estaban envenenadas.

Además, el hijo menor de MacGillonay ha muerto, atravesado por mi espada. —Hizo una pausa, consciente de que su padre se oponía a las artes oscuras.

—¡Buena muchacha! —Alejandro sonrió.

—¿MacGillonay atacó? —Donal lo sofocó con una mirada aguda.

—¿Atacar el castillo? No lo sé. Cuando recuperé a Bram de su habitación, su nodriza me acusó de haberle arrebatado al niño -entre otras cosas- e indicó que había ofrecido ayuda a MacGillonay. Ella lo conocía, ya que había llegado a Dunfaileas como criada de Ruthie desde el castillo de Langa, la fortaleza de MacGillonay.

—MacGillonay se burló de mí y me insultó a propósito. —Sus palabras se calmaron, aunque la ira volvió a resurgir—. Creo que intentaba provocar a Caelen a una pelea, para poder decir que había roto los lazos de la hospitalidad.

—¿MacKern no defendió vuestro honor? —Donal frunció el ceño.

—Creo que estaba más preocupado por evitar que degollara a nuestro invitado. MacGillonay se ofreció a golpearme -algo que dije le molestó, aunque no me gustó cómo me llamó- y yo me ofrecí -políticamente- a que lo intentara. Me conformé con recordarle que la próxima vez que habláramos le hablaría de las serpientes que rodean sus tierras. —Arbela esbozó una sonrisa irónica.

—¿Cómo os llamó? —Donal se mostró curioso.

—Irrespetuosa —Arbela inclinó la cabeza y golpeó con un dedo.

Luego golpeó con otro dedo—, deslenguada —pasó la cuenta a un

tercer dedo—. Y sarracena, tres veces —su gesto se volvió más serio—.

Padre, no sé qué pasó después de que abandoné el salón. Con los hombres de MacGillonay tras nuestro rastro y ninguno de Dunfaileas, me temo lo peor. Debéis cabalgar conmigo y arreglar esto.

—Reuniré a mis hombres y enviaré una partida esta noche para evaluar la situación. —Donal asintió.

—¿Evaluar…? Padre, os he contado lo que pasó.

—No, sólo habéis hablado de lo que sabéis. Lo que sospecháis es otra cosa.

—¡No podemos dejarlos a merced de MacGillonay de la noche a la mañana!

—Y no arriesgaré a mis hombres en la oscuridad cuando no sabemos en qué nos estamos metiendo. —Donal hizo un gesto con la cabeza hacia Alejandro—. Enviadme a Farlan. Decidle a Kade que ordene una partida de exploración.

—Si MacGillonay descubre que hemos llegado a Morvern, la vida de Caelen no valdrá una piastra. —Arbela se enardeció cuando la mirada de su padre volvió a dirigirse a ella.

—¿Cuál es la primera regla de la guerra ofensiva, hija?

—Conocer al enemigo, padre —respondió, incapaz de contener la frustración en su voz.

—No sé si MacGillonay tiene Dunfaileas, aunque, podría decirse que, si no es así, costará poco más que el camino hacia el norte. Sin embargo, sabré cuántos hombres llevar y las armas necesarias una vez que entienda la situación. ¿Tiene cautivos que usará como rehenes? Si ya ha quemado el castillo y se ha vuelto a casa, tomaré

una ruta más corta, llegaré a su playa y lo destruiré allí. —Donal hizo una pausa—. Entiendo vuestra preocupación por vuestro nuevo marido y clan. Iré tan rápido como sea prudente. —

Apoyó una mano en su hombro—. No os preocupéis, no dejaré que esto quede impune.

—¿Y si fuera madre? ¿Seguiríais esperando hasta la mañana? —

Arbela sonaba irritada.

* * *

Arbela acechaba en el pasillo, a la espera de que Alejandro saliera del solar de su padre. Él había regresado con Farlan mientras ella revisaba a Agnes y Bram a la vez que se cambiaba de ropa. Sus pantalones sueltos y su túnica eran una mezcla de tonos grises y negros, como si el tintorero hubiera sido un mero novato, desdibujando las distintas tonalidades. No obstante, la tela había sido encargada especialmente por el tío de Arbela y le había sido entregada como recompensa por las habilidades bien aprendidas.

Esta noche le serviría para sus propósitos. Había pasado poco tiempo con su perra herida, inspeccionando la herida de Garen e instruyendo al dueño de la perrera sobre sus cuidados. Tras asegurarse de que tenía comida, agua y una cama limpia y seca, Arbela se dirigió al establo, donde pidió que le ensillaran un caballo nuevo. De vuelta al salón, se paseó por el lugar fuera de la sala donde su padre, Alejandro y Farlan elaboraban la estrategia para la próxima batalla contra MacGillonay.

De repente, Alejandro salió corriendo de la habitación, girando sobre sí mismo cuando Arbela lo cogió del brazo. Con un gesto de la mano, le

ordenó que lo siguiera y lo condujo a una alcoba, fuera de la vista y del alcance de sus oídos.

—No esperaré. Caelen estará muerto por la mañana.

—Si es que no lo está ya —señaló Alejandro, con cierta malicia.

—No me quedaré aquí sentada, hermano. Volveré a Dunfaileas esta noche.

—¿No hay nada que pueda decir para haceros cambiar de opinión?

¿Os pido precaución? —Alejandro examinó su ropa.

—No. Sólo os pido que no habléis de esto con padre. —Arbela sacudió la cabeza y de quedó mirando la pared detrás de su hombro, con lágrimas en los ojos—. Cuida de Bram. Es un buen muchacho y sé que os admira.

—Ahora estáis diciendo disparates. —Alejandro se burló.

—Hay pocas posibilidades de que esto acabe bien —advirtió Arbela.

—Oh, eso lo sé bien. Sobre todo, si vais sola. —Sus dientes brillaban en la oscuridad—. Por eso, os acompañaré.

—Traeré provisiones y haré que os ensillen un caballo que os esperará en los establos. Coged vuestras armas y vestiros deprisa. —Arbela asintió una vez, inmensamente aliviada de contar con su compañía y apoyo.

—Decidme algo que no sepa —resopló su hermano, enviándole una mirada condescendiente por encima del hombro, ya en camino para prepararse.

Entonces, Arbela giró sobre sus talones y se dirigió a la cocina. La cocinera se mostró sorprendida por su llegada, pero no la interrogó cuando pidió bollos y carne seca. Arbela recogió el zurrón que había traído de Dunfaileas y se dirigió al establo, donde puso a un mozo a ensillar un caballo para Alejandro. Después de masticar un

trozo de pan de avena duro y seco para reponer fuerzas, lo regó con cerveza aguada mientras colgaba odres llenos en cada silla y comprobaba las cinchas.

—¿Estáis segura de esto, Bella? —Alejandro entró en el establo mientras ella terminaba, vestido con una armadura de cuero y una capa negra desgastada. Tampoco llevaba cota de malla.

—No dejaré a ese vil hombre al mando ni un minuto más de lo necesario. Pronuncié votos a mi marido y pienso cumplirlos. —Asintió y montó en su caballo.

Rápidamente golpeó los talones contra los costados del caballo y se alejó, cubriéndose la cabeza con la capucha para que no la reconocieran los

guardias de la puerta. Alejandro avanzó al trote para alcanzarla.

Seguidamente, atravesaron el pueblo a paso ligero, procurando no llamar la atención.

—¿Qué juramento hicisteis, hermana mía? No recuerdo haber destripado al antiguo suegro del hombre como parte del sacramento.

—El hombre amenazó con llevarse a Bram y pidió pelea. No le decepcionaré, ni me sorprenderé si pierde la vida esta víspera. —Arbela lanzó a Alejandro una sonrisa pícara que desapareció rápidamente.

—MacGillonay no sabe el destino que ha desatado sobre sí mismo. —

Alejandro la miró, pensativo.

—MacGillonay debería poner un guardia en su muro occidental. —El rostro de Arbela se tornó sombrío.

CAPÍTULO 23

La oscuridad retardaba su avance a medida que el atardecer se convertía en noche. Ni Alejandro ni Arbela querían arriesgar sus cuellos o los de sus caballos en una maniobra a gran velocidad, y alternaban el galope y el trote, sopesando cuidadosamente las ventajas de dejar descansar a los caballos y la necesidad de llegar a Dunfaileas lo antes posible.

La débil luz de la luna brillaba en el lago, alertándoles del final de su viaje. Inmediatamente, Arbela detuvo su cansado caballo y desmontó.

Alejandro y ella ataron sus monturas a unas ramas bajas, dándoles suficiente libertad para pastar, y luego les ofrecieron agua. Luego cogió su zurrón de la silla y se unió a Alejandro mientras este se acercaba sigilosamente a la cima de la colina.

—Kade y su compañía deben de estar cerca. —Alejandro indicó el bosque cercano, en voz baja.

Arbela asintió, alerta ante cualquier señal de los ocho hombres que su padre había enviado para recabar información sobre MacGillonay y el destino de Dunfaileas. Entre tanto, las nubes surcaban el cielo, contrapunto de la espesa niebla que se acumulaba en la superficie del lago. La noche se volvió silenciosa, amortiguada en su brumoso sudario.

De repente, un débil tintineo de metal resonó como una campanada mal formada. Arbela miró a su hermano.

«¿Un caballo? ¿MacGillonay o MacLean?» No era necesario hablar entre ellos.

Alejandro se encogió de hombros y se arrastró hacia el sonido, su paso un mero suspiro entre la hierba. Dejándole espacio para maniobrar, Arbela esperó unos instantes y luego lo siguió. Alcanzaron la cresta de una loma de poca altura cuando los rayos

de la luna se abrieron paso entre las nubes, haciendo que un grupo de ponis ensillados se distinguiera con nitidez contra las pálidas rocas a unos metros de distancia. El acero tintineó débilmente cuando un caballo hincó una pata en el suelo, golpeando una pequeña roca.

«MacLean».

Alejandro señaló con la cabeza la sombra de tres hombres, camuflados, en dirección al castillo. En cuanto a Arbela, lo comprendió.

Las patrullas de MacGillonay o MacKern estarían de espaldas, vigilando los accesos. Avanzaron junto a los caballos, tranquilizándolos con un ligero toque. Una bestia sacudió la cabeza y un ligero resoplido salpicó de humedad a Arbela. Tanto Alejandro como ella permanecieron inmóviles.

Esperaron, con los oídos alerta por si los descubrían.

—Conozco vuestros trucos, Alejandro MacLean.

—¿Por qué estáis aquí? ¿Ha pasado algo en Morven? —Alejandro y Arbela se agacharon mientras giraban, con las manos sobre las empuñaduras de sus espadas. Mientras tanto, los ojos de Kade brillaban bajo su capucha.

—Padre está reuniendo a sus tropas. ¿Qué habéis aprendido? —Arbela se enderezó.

A continuación, Kade los condujo hacia el interior del bosque, hasta un pequeño mirador lleno de arbustos que se aferraban al borde con raíces profundas y gran tenacidad. La almena de Dunfaileas podía verse fácilmente, aunque se necesitaría un arquero superior para abatir a un guardia a esta distancia. Arbela analizó el viento. Era posible realizar tal hazaña.

—Ahora hay dos barcos en el puerto. —Kade señaló el lago.

En ese instante, Arbela recordó el barco que había visto la noche anterior. Contando el número de remos, había sido el más pequeño de los dos.

—Conté una docena de hombres con MacGillonay cuando exigió hospitalidad. Si dejó una guardia -quizá de dos o tres hombres- en la playa, pueden haber sido al menos quince o dieciséis en total. —*Lady* MacKern inclinó la cabeza en dirección al navío más grande—. Ese barco lleva el doble de ese número fácilmente.

—Antes contamos seis hombres cerca de una pequeña hoguera en la playa, aunque ya se ha consumido. Si vuestra cuenta es correcta, MacGillonay tiene quizá cincuenta hombres dentro del castillo. —Frunció el ceño—. Iba a enviar a Dubh y a otro a vuestro padre con la noticia. ¿Le llevaréis el informe? —Kade asintió.

—No. No estamos aquí para llevar mensajes. —Alejandro negó con la cabeza.

—Estamos aquí para liberar a los MacKern. —Arbela desvió la mirada hacia el castillo del lago.

* * *

Había una delgada línea entre admitir que no sabía dónde estaban Bram y Arbela -y hacer que MacGillonay lo creyera- y mantener al hombre en una trampa lo suficiente como para evitar la ejecución. Una vez que MacGillonay decidió que Caelen no iba a confesar dónde se escondían su mujer y su hijo -o cómo habían escapado-, MacKern supo que su vida no valdría un penique de plata. Ni tampoco la vida de sus hombres.

Los soldados de MacKern habían dado buena cuenta de sí mismos frente a la sorpresa y la superioridad numérica, y a punto estuvieron de rechazar el audaz ataque de MacGillonay. Sin embargo, Caelen no les pediría que continuaran luchando cuando el final estaba claro. Era sólo cuestión de tiempo que la patrulla de MacGillonay regresara con Arbela y Bram. MacGillonay

mantendría vivo a Caelen sólo el tiempo suficiente para obligarlo a observar lo que planeaba para Arbela -el fuego ardía en las venas de Caelen al pensarlo- y para asegurarse de que Caelen supiera que Bram estaba para siempre en las garras de su depravado y malévolo abuelo.

Un lugar en el infierno parecería una mera molestia después de semejante tormento.

—¿Recordáis algún pasadizo oculto de este pozo? —Rory removió la paja podrida.

—Una vez que padre me curtió el pellejo por lo que calificó de traición al clan después de pillarme jugando en el pasadizo de la habitación del lord, perdí todo interés en hallarlos. Me sorprende que MacGillonay aún no haya descubierto el pasadizo del lord. —Caelen sacudió la cabeza, con una nueva mueca de dolor por el movimiento.

—¿Hay alguna forma posible de que Arbela y Bram hayan llegado al castillo de MacLean? ¿Podemos esperar ayuda de allí? —Rory se encogió de hombros, lucía como una silueta negra contra una oscuridad más profunda.

—Sabéis tan bien como yo que está a veinte millas de distancia. Una parte se recorrerá en la oscuridad, y toda a pie. Sola, Arbela podría eludir la captura y con suerte cruzarse con una patrulla de MacLean antes de que los

hombres de MacGillonay la alcanzaran. —Su mandíbula se tensó y fue incapaz de expresar el resto de sus pensamientos: que Bram sólo tenía cinco años, que no podría hacer el viaje sin descansos frecuentes, o a cualquier velocidad. Que los hombres de MacGillonay serían implacables en su persecución.

Que mataría al próximo MacGillonay que cayera en sus manos.

—No sé dónde está vuestro hijo, lord —dijo una voz, con tono

apaciguador. Más voces sonaron por encima, cada vez más cerca —. No volverá hasta que haya recorrido las rutas entre aquí y Morven y haya capturado a la zorra sarracena junto con vuestro nieto.

—¡Idiota! Sólo hay un camino de aquí a Morven, y estamos hablando de un niño contra hombres montados. ¿Cuánto tiempo llevará perseguirlos?

¡Mierda! No debería haberle confiado la misión a Maon. Es probable que lo estropee. —MacGillonay alzó la voz.

—¿Nombró a su hijo Maon? ¿El héroe? Necesitaba algo para reírme.

Confieso que nunca he visto un héroe más cobarde. Aunque sólo lo conocí en la culata de su espada. Fue un gesto cobarde golpearme por la espalda.

—La risa de Rory aumentó.

—¿Le habéis visto? —Caelen flexionó los dedos como si estuviera en la empuñadura de su espada al oír la voz de MacGillonay.

—Sí. Por el rabillo del ojo y un poco tarde para hacer algo al respecto.

Le había visto una o dos veces pisándole los talones a Ruthie hace años, aunque no sé su nombre, y aprendí pronto a guardarme mis preguntas con esa muchacha, con todos mis respetos. Además, recuerdo que ayer por la noche entró en Dunfaileas junto a MacGillonay como si fuera el dueño del lugar, y me extrañó darme la vuelta y verle preparado para golpearme. Sin duda, su padre le ordenó que me derribara con los menores problemas posibles. —Rory frotó su nuca.

—Debéis admitir que hizo un trabajo adecuado.

—Sí. Aunque no dejó de ser un acto cobarde.

De repente, la rejilla de arriba sonó y raspó la piedra.

—Mierda. Está haciendo tanto ruido como para despertar a los muertos. —Rory agachó la cabeza ante el sonido que le destrozaba los nervios.

—Levantaos, MacKern. Es hora de que volvamos a hablar. —Una antorcha parpadeante iluminó la cara de MacGillonay mientras miraba

dentro del pozo.

* * *

—¿Qué probabilidades hay de que MacGillonay haya descubierto el pasadizo oculto? —Kade se detuvo en un rincón sombrío junto al muro del castillo.

—Si no hay guardia en este extremo, ¿podría haber tendido una trampa en el otro? —replicó Arbela.

—Es posible —dijo Alejandro. En cuanto a Kade y Alejandro, intercambiaron miradas.

Mientras tanto, Arbela lanzó una mirada hacia el débil resplandor de las brasas en la playa. No se oía ningún ruido de pies pisando la almena. O

bien los guardias no consideraban una amenaza acercarse desde el lago -una idea un tanto sensata con guardias ya cerca- o bien MacGillonay mantenía deliberadamente alejados a los guardias, con la esperanza de atraer al interior a un enemigo incauto. Bordeando la espesa maleza que crecía a lo largo de los cimientos del castillo, Arbela condujo a Kade y Alejandro hasta la puerta oculta. Luego miró la esbelta rama que había apoyado contra el panel al salir. Seguía en su peculiar ángulo, lo que indicaba que

nadie había abierto la puerta desde dentro desde que ella la había colocado allí.

Entonces, captó la mirada especulativa de Alejandro, cogió la extremidad y se la tendió.

—Nadie la ha abierto. Creo que MacGillonay no ha descubierto el pasadizo.

—Después de vos, hermana —invitó Alejandro, señalando la abertura.

A continuación, con el zurrón al hombro, Arbela entró. Al instante, una nube de polvo y excrementos de roedores en descomposición la invadió, y arrugó la nariz. Vaciló, dejando que sus ojos se adaptaran a la oscuridad casi total y se orientaran.

Posteriormente, Alejandro y Kade la siguieron al interior. Con un poco de yesca de su zurrón, Arbela encendió la vela que se había dejado.

Después, Alejandro cerró la puerta. Mientras seguían el túnel a través del muro cortina, Arbela mantuvo la llama en alto. Un pequeño rellano marcaba el comienzo de la larga subida hasta la habitación del lord.

La esquina superior de un rectángulo oscuro llamó su atención y Arbela se hizo a un lado.

—Otra puerta —susurró *lady* MacKern—. No lo había notado antes.

Sin embargo, si mis cálculos son correctos, esto puede conducir a un almacén más allá de la cocina.

—¿La abrimos y nos arriesgamos a que nos descubran aquí? ¿O

subimos a la entrada que conocéis? —preguntó Alejandro.

—¿Y arriesgarnos a los guardias en la habitación del lord? —

respondió Arbela.

—Dudo que tenga guardias allí. ¿No creeréis que permiten a Caelen reclinarse en su cámara mientras os buscan a vosotros y a Bram? —

Alejandro levantó un hombro.

—Es menos probable que nos encontremos con los MacGillonay en un almacén que en las escaleras. Probemos esta puerta. —Una nube se cernió sobre Arbela al considerar el probable destino de Caelen.

Las antiguas bisagras de cuero crujieron suavemente cuando Alejandro y Kade tiraron de la puerta. La habitación que había más allá era de un tono ligeramente más pálido de oscuridad, y había otra puerta en el otro extremo de la habitación, delineada por una fuente de luz. Poco después, se acercaron a la puerta más alejada y, para su sorpresa, se abrió, revelando un montón de barriles apilados a tres y cuatro alturas. La luz de una antorcha encendida en un candelabro a lo largo del pasadizo dejaba ver los rotundos obstáculos.

—Sin mucho esfuerzo -y haciendo mucho ruido- no podremos despejar el pasadizo. Debemos encontrar otra forma de que los soldados de MacLean entren en el castillo. —Kade agitó la cabeza.

—Cuando termine, podéis dejarlos entrar por la puerta principal. —

Arbela pasó junto a él, escabulléndose por un estrecho espacio entre dos barriles.

Enseguida, el aire se llenó de gritos de juerga entre borrachos. De pronto, Arbela se llevó la mano a la empuñadura de la espada, furiosa por las libertades que se estaban tomando en su casa. Sin

embargo, Alejandro le apoyó una pesada palma en el hombro.

—No olvidarán esta noche, hermana. Lo arreglaremos.

Lady MacKern tragó saliva, respiró hondo y se relajó para centrarse en el trabajo que tenía por delante. En ese instante, oyó un chillido de

indignación. La forma oscura de una mujer, con un plato en las manos y ayudada a cruzar el pasillo por un golpe en el trasero, siguió al sonido. Un hombre corría detrás de ella, con la boca pegada a la oreja, prometiendo cosas que Arbela no quería ni pensar. Seguidamente, la pareja desapareció en el salón.

—Seguidme. —Tras sortear los barriles apilados, se abrió paso por el oscuro pasillo y se detuvo a la entrada de la cocina. Después de inspirar por la nariz y espirar por la boca, se desplazó silenciosamente por el armazón.

Su mirada se fijó en las dos mujeres que había en la cocina, a las que reconoció: la cocinera y su ayudante, Dona. Los gorros de sus cabezas estaban torcidos, sus delantales manchados de grasa de más de una limpieza casual de dedos sucios.

Dona levantó la vista, con el rostro pálido. Abrió la boca, pero Arbela la silenció con un movimiento de cabeza. La mujer se acercó a Cook, que estaba a su lado, y apretó los dedos sobre la mano de la otra. Luego levantó la vista, con el ceño fruncido. Siguiendo la mirada de su amiga, sus ojos se clavaron en los de Arbela.

—Hemos vuelto para recuperar el castillo —murmuró Arbela y esbozó una sonrisa tranquilizadora, y se dirigió silenciosamente al lado de la mujer mientras Alejandro y Kade se unían a ella en la cocina—. ¿Nos ayudáis?

Las dos mujeres asintieron y, al poco rato, Arbela vació la mitad del contenido de un recipiente de acónito en una cuba de *whisky*.

—Los patanes descubrieron la provisión del lord y la han estado bebiendo en cantidades asombrosas —informó Cook, con evidente disgusto por la ingestión de buen *whisky*—. No notarán el sabor amargo del acónito.

—Esto debería calmar a los patanes del salón, a los que aún pueden beber —corrigió y llenó dos jarras con el líquido contaminado.

—Gracias a Dios que estáis aquí, mi señora. Os deseo lo mejor. —

Dona cogió las jarras y las dejó sobre la larga mesa, luego hizo una pausa, enviando a Arbela una mirada preocupada.

—MacGillonay asaltó el castillo, pero nuestros hombres dieron una excelente batalla —afirmó Cook, con un gesto de aprobación en la barbilla

—. Mataron a algunas de esas alimañas antes de ser derrotados.

Encontraréis a los MacKern restantes en el foso. No sé cómo los liberaréis sin que los guardias luchen. —Puso una mano en el antebrazo de Arbela—.

Habéis salvado al muchacho, ¿verdad? ¿Está a salvo?

—Bram está con mi padre. Está a salvo.

—Os agradecemos vuestra ayuda y vuestra información —añadió Alejandro—. Ajustaremos cuentas con MacGillonay antes de que acabe el día.

—Bendito sea, señor. Los enviaréis a su justa recompensa, y esa es la verdad. —Cook retorció sus manos.

—Terminen aquí, luego ocultaos en el almacén —indicó Arbela a las mujeres—. Encontraremos la forma de dejaros salir del castillo en cuanto evaluemos el número y la ubicación de los guardias.

Pretendemos vaciar el castillo de todos menos de los que sepan blandir una espada.

—Puede que no empuñe una espada, *milady*, ¡pero hay pocos que puedan resistir un golpe de mi sartén! —Las mujeres asintieron y Cook levantó una sartén de hierro.

Con una inclinación de cabeza, Arbela, Kade y Alejandro desaparecieron en el salón poco iluminado, y sus ropas se mezclaron con las sombras.

CAPÍTULO 24

El hedor de los cuerpos sucios y del *whisky* derramado, y el rugido de los hombres que iban camino de la embriaguez, asaltaron los sentidos de Arbela cuando se asomaron a un pilar de la entrada del gran salón.

—Cuento diecinueve hombres en esta sala —murmuró Kade.

—Diecisiete. —Arbela entrecerró los ojos contra el resplandor de la luz de las antorchas.

—¿Veis cuatro pies que sobresalen por debajo del banco volcado?
—

Se inclinó, acercándose y sonrió—. Sus ronquidos debieron de molestar a alguien.

—Suponiendo cerca de cincuenta hombres con un puñado de muertos, eso deja menos de dos docenas en paradero desconocido. Quizá una docena en los muros y la mitad vigilando el foso. —Arbela puso los ojos en blanco.

—Entonces, ¿unos pocos vagando por los salones? —Alejandro miró a los otros dos en busca de confirmación.

—Sí. Debería ser fácil deshacerse de ellos. —Arbela asintió.

—¿Qué proponéis? —preguntó Alejandro.

—Tengo algunas sorpresas en mi zurrón. — *Lady* MacKern arqueó una ceja, luchando contra la tensión en las comisuras de los labios.

—Lo sabía. A mi padre no le gusta recordar los dos veranos que pasó con nuestro tío, cuyo castillo -sin que padre lo supiera- albergaba un campo de entrenamiento de la orden *Hashashin*. Apuesto a que Arbela tiene en mente algunas ideas poco convencionales. —Alejandro empujó a Kade con el codo. Luego señaló el zurrón de Arbela con la barbilla—. ¿Qué hay ahí?

—Después de asegurarnos de que la habitación está despejada, podemos dejar esto dentro de la puerta. —Arbela les indicó que se acercaran a una pequeña alcoba y se colgó el zurrón del hombro. Después, abrió el cordón y echó un vistazo al interior para finalmente levantar un zurrón que sonó débilmente—. Esparcí algunas en la entrada de la habitación de Bram, así que tened cuidado. Perforarán una bota y las púas las hacen muy difíciles de quitar del pie.

—Abrojos. —Alejandro torció una ceja.

—Ya que lo recuerdo, también he colocado una astilla en el pestillo de madera en la habitación de Bram. Y la recubrí con un veneno que probablemente provoque urticaria y taquicardia a alguien, aunque se trate de una dosis pequeña, así que tened cuidado si vais a su habitación. —Se encogió de hombros.

—Había oído rumores de por qué vuestro padre os trajo a casa un poco antes un verano, pero ha hecho bien en mantener la razón en secreto.

Entonces, ¿era por esto? —Kade la miró, pensativo.

—Los de la orden *Hashashin* son odiados y temidos, y con razón. Sin embargo, como no es probable que supere a un guerrero

curtido en el combate cuerpo a cuerpo, no vi ninguna razón para no aprender un método más sutil. —Arbela sonrió y sus dientes reflejaron un tenue destello blanco en la oscuridad—. Estirad estas cuerdas finas a través de los pasadizos, ligeramente por encima de la altura de los tobillos. Y cogeremos una de las grandes ollas de Cook y la colocaremos encima de la puerta de los retretes.

—Seguidamente, le dio a cada uno un puñado de objetos.

Brevemente, expuso su plan. Con un gesto de comprensión, los tres se separaron, adentrándose por los salones del asediado castillo sin más ruido que el de la primera lluvia de verano.

* * *

Caelen se puso en pie y se tocó la costra que tenía en el estómago, donde la espada de MacGillonay lo había herido durante el combate. Una ligera pegajosidad le indicaba que aún supuraba y necesitaba vendaje, pero el dolor de la herida quedaba eclipsado por el dolor de cabeza. De pronto, una forma bloqueó la escasa luz que se derramaba en el nocivo pozo, y Caelen se detuvo, anticipándose a la escalera que descendía para su uso.

Acto seguido, se subió a los peldaños, instándose mentalmente a soportar la subida mientras cada músculo gritaba por el maltrato que los hombres de MacGillonay le habían infligido antes. Pero salir del pozo era un paso más hacia la libertad. Si la libertad no era una opción, se llevaría consigo a tantos bastardos como fuera humanamente posible. E incluiría al propio MacGillonay en el recuento. Su lento ascenso permitió que sus ojos se adaptaran a la luz cuando salió del pozo. Su ojo izquierdo seguía hinchado y sólo dejaba entrever un destello a través de los párpados

ligeramente entreabiertos. Las antorchas colocadas en las paredes calentaban la habitación, y algunos guardias, que no tenían mucho más que hacer que mantener a los demás alejados del agujero, sostenían algunas en alto. Una vez dentro de los oscuros confines, no había salida.

Una mesa maltrecha, con la superficie abarrotada de platos vacíos, se apoyaba en la pared, un obstáculo en la pequeña estancia. Los constructores del castillo de Dunfaileas habían malgastado poco espacio en encerrar la fosa. Al parecer, los antepasados de Caelen tenían poca piedad con los malhechores.

—Daos prisa. No tengo tiempo para ocuparme de vuestras heridas. Os las habéis buscado, así que apretad los dientes como hombre y venid a verme. —MacGillonay hizo un gesto de impaciencia.

De hecho, Caelen apretó los dientes, pero de rabia, no contra los dolores de su cuerpo. En ese momento, estaba bastante seguro de que vendería su alma por una espada y unos momentos a solas con MacGillonay.

—¿En qué puedo serviros? —bromeó y se alejó del borde del pozo —.

¿Deseáis poner a vuestros hombres contra mí otra vez? —Chasqueó la lengua—. Oh, pero esta vez estoy despierto y puedo defenderme.

Contadme, MacGillonay, tengo mejores cosas que hacer en el pozo.

«Y yo disfrutaría de un juego similar aquí». El ceño de MacKern se frunció al pensar.

—Me diréis cómo escapó vuestro niño del castillo —demandó MacGillonay.

—¿La muchacha con la que me casé se les ha escapado a vuestros soldados? —suspiró Caelen, con un dejo de burla en sus palabras.

De pronto, el puño de MacGillonay cayó antes de que el ojo parcialmente cegado de Caelen percibiera el movimiento. Se tambaleó por el golpe, pero se mantuvo en pie, mirando al lord con disgusto.

—Siempre aprovechándoos de los demás, ¿eh, MacGillonay? —dijo Caelen, notando el sabor a cobre en la lengua mientras registraba la herida en el interior de la boca donde el golpe le había aplastado los dientes.

—¿Quizá debería daros una buena comida y una cama en la que descansar antes de enviaros al infierno? —preguntó MacGillonay con sorna.

—Me temo que encuentro mucho mejor compañía abajo que entre las alimañas que corretean por aquí arriba. —Caelen encogió los hombros.

—¡Contadme lo que quiero saber! —El rostro de MacGillonay se enrojeció.

—No os lo diría, aunque lo supiera. ¿De qué me sirve intentar proteger lo que es mío si os digo el cómo la primera vez que preguntáis? —Caelen lo miró con disgusto.

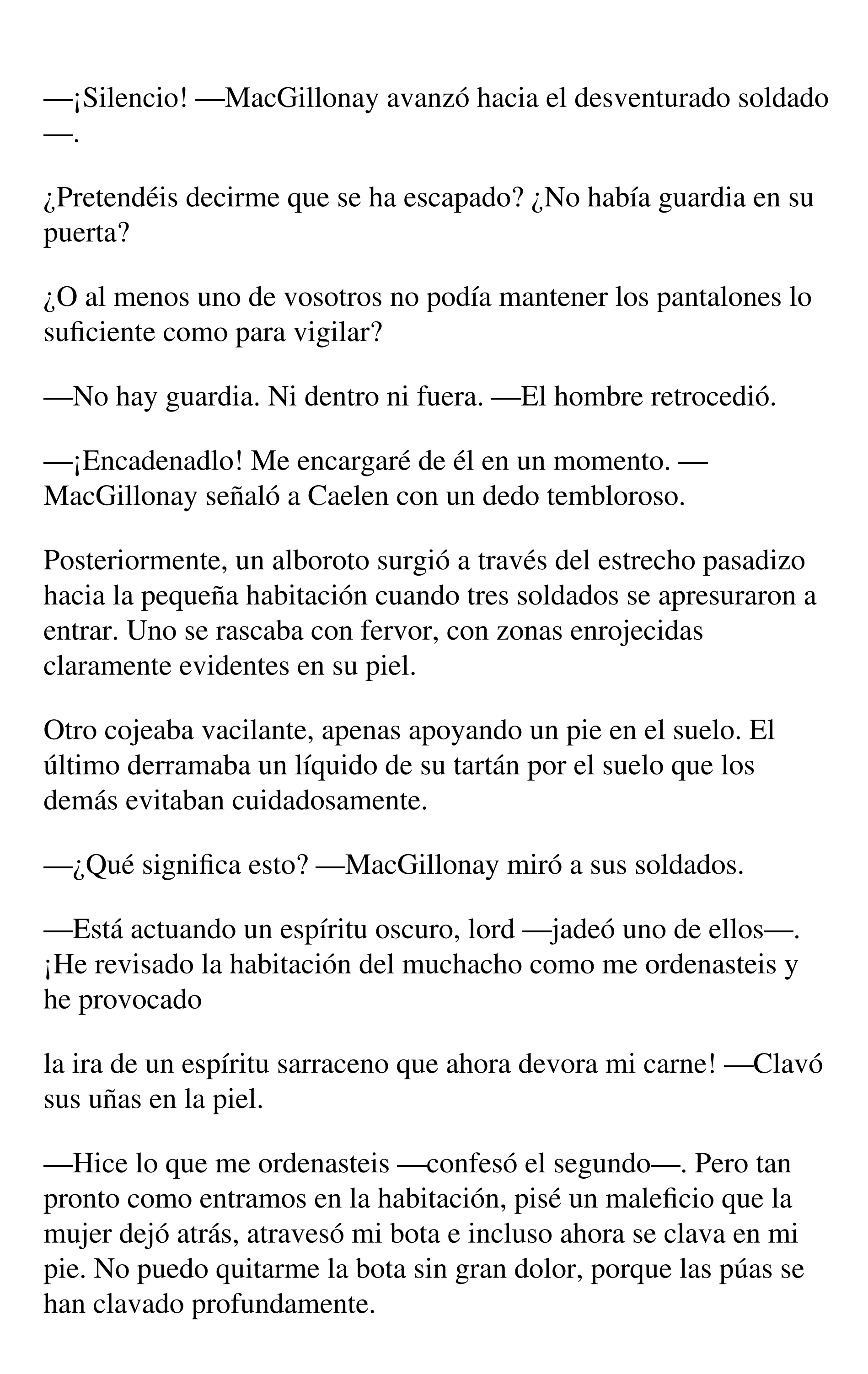
—¡No es la primera! —MacGillonay giró sobre sí mismo, agitando los brazos hacia los soldados reunidos a su alrededor—. ¡Traedme a la muchacha!

De repente, Caelen se puso rígido cuando dos guardias salieron corriendo de la habitación. Pasaron unos instantes antes de que uno regresara, acechando en las sombras.

—¿Y bien? —preguntó MacGillonay—. ¿Dónde está?

—No lo sabemos, mi lord —respondió el hombre— no estaba en la habitación.

—¿Así es como conseguís un poco de cooperación entre hombres, MacGillonay? —Caelen se burló—. ¿Asustando a las mujeres para forzar la situación? Yo diría que eso os saca de la categoría de oponente digno y os mete directamente en la de cobarde.



—¡Silencio! —MacGillonay avanzó hacia el desventurado soldado —.

¿Pretendéis decirme que se ha escapado? ¿No había guardia en su puerta?

¿O al menos uno de vosotros no podía mantener los pantalones lo suficiente como para vigilar?

—No hay guardia. Ni dentro ni fuera. —El hombre retrocedió.

—¡Encadenadlo! Me encargaré de él en un momento. —MacGillonay señaló a Caelen con un dedo tembloroso.

Posteriormente, un alboroto surgió a través del estrecho pasadizo hacia la pequeña habitación cuando tres soldados se apresuraron a entrar. Uno se rascaba con fervor, con zonas enrojecidas claramente evidentes en su piel.

Otro cojeaba vacilante, apenas apoyando un pie en el suelo. El último derramaba un líquido de su tartán por el suelo que los demás evitaban cuidadosamente.

—¿Qué significa esto? —MacGillonay miró a sus soldados.

—Está actuando un espíritu oscuro, lord —jadeó uno de ellos—. ¡He revisado la habitación del muchacho como me ordenasteis y he provocado

la ira de un espíritu sarraceno que ahora devora mi carne! —Clavó sus uñas en la piel.

—Hice lo que me ordenasteis —confesó el segundo—. Pero tan pronto como entramos en la habitación, pisé un maleficio que la mujer dejó atrás, atravesó mi bota e incluso ahora se clava en mi pie. No puedo quitarme la bota sin gran dolor, porque las púas se han clavado profundamente.

—¿Y qué hay de vos? —MacGillonay señaló con el dedo al tercer soldado.

—Corrí en ayuda de este —admitió y luego caminó cautelosamente.

Su tartán brillaba—. Pisé aceite derramado en la puerta y patiné varios metros antes de perder el equilibrio. —Sus ojos brillaron con rabia—. Me quedé aturdido un rato antes de levantarme. —Señaló su ropa—. La lana absorbió el aceite rápidamente.

—Traedme al personal de cocina. Su descuido les costará caro —

gruñó MacGillonay.

«¿Descuido?»

Caelen pensó en la situación de los tres hombres y resopló.

«¿Se le habría ocurrido a Arbela poner una trampa en el suelo de la habitación de Bram? ¿Y qué atormenta al primer soldado? ¿El veneno?

Puedo dar cuenta de mis hombres que lucharon y murieron o están encarcelados conmigo. No puedo dar cuenta de la muchacha con la que me casé».

* * *

El jolgorio de la embriaguez sustituido por la sobriedad de los ojos desorbitados dejó a los hombres del salón con la cabeza dolorida y un conjunto de otras dolencias no necesariamente provocadas por un simple exceso de *whisky*. Arbela, Kade y Alejandro se detuvieron a la entrada del salón, evitando cuidadosamente las manchas de aceite y las pequeñas piezas de metal esparcidas por el suelo.

—Creo que podemos dejar a estos muchachos unos momentos.

Buen trabajo, Arbela. La mayoría de ellos no será capaz de levantar una espada con fuerza o precisión durante algún tiempo. —Alejandro observó el estado de los hombres sentados en las mesas o tirados en el suelo.

—Debemos eliminar a los que custodian la puerta trasera, y a los que estén a lo largo de la almena lo bastante cerca como para notar su ausencia.

—Arbela echó un vistazo a su alrededor, con cuidado de permanecer fuera de su vista. Seguidamente, metió la mano en el zurrón y sacó un tubo delgado además de un pequeño saco—. ¿Habéis visto un tubo de dardos en acción?

Por su parte, Kade y Alejandro negaron con la cabeza, con expresión de curiosidad.

—Lo veréis. —Arbela sonrió.

Manteniéndose en las sombras, Arbela los guio escaleras arriba hasta una de las entradas al paseo que bordeaba la parte superior del muro cortina. Entonces, tres guardias se interpusieron entre ellos y la estrecha puerta. Hizo señas a Kade y Alejandro para que la siguieran, luego se deslizó silenciosamente sobre la almena y se agachó, con su capa manchada confundiéndose con el dibujo de las piedras.

El primer guardia miró hacia otro lado, claramente despreocupado por una posible amenaza desde la escalera, confiando, tal vez, en sus compañeros del salón de abajo.

Arbela se acercó sigilosamente.

«Aquel fue su primer error».

Entonces, el hombre mantuvo la mirada fija en el fuego de la playa.

«Y ese fue el último».

Consciente de que no podría verla durante unos instantes, mientras sus ojos se adaptaban a la oscuridad, Arbela se puso en pie y levantó el tubo.

Colocó el dardo en su interior, respiró hondo y apoyó los labios en el extremo del tubo. Con una rápida expulsión de aire, envió el trozo de alambre, recubierto con un poco de piel de conejo y con punta de veneno, volando a través de la corta distancia que la separaba del guardia.

Inmediatamente, este se agarró el cuello y se volvió hacia la fuente del ataque. Arbela permaneció inmóvil mientras el veneno hacía su efecto y el hombre caía al suelo.

A continuación, Kade y Alejandro saltaron de sus escondites, sin molestarse en examinar al hombre abatido, mientras se deshacían rápidamente de los dos guardias siguientes. Dejaron a uno apoyado contra la pared, dejando visible su perfil por si alguien se molestaba en comprobarlo.

Posteriormente, Arbela sacó una cuerda de su zurrón y la ató a la cintura del guardia muerto, utilizando su peso para mantener la cuerda firme mientras se deslizaba rápidamente hacia el suelo. Kade y Alejandro la siguieron. Rápidamente, *lady* MacKern cortó las resistentes bisagras de cuero de la puerta trasera, imposibilitando su sujeción, y luego dejó caer seis abrojos al suelo.

—Encontrad los seis antes de abrir la puerta —advirtió—. Son para cualquiera que intente reparar la puerta, no para nosotros.

Alejandro y Kade la saludaron irónicamente, se dieron la vuelta y regresaron al salón, donde los esperaba el caos.

MacGillonay estaba de pie, con las manos en la cintura, observando la escena en el salón. Aunque Arbela lo vio de

espaldas, nunca confundiría su fornida figura, con la barba erizada visible incluso desde ese ángulo. No saldría vivo de Dunfaileas, ella se encargaría de ello. No obstante, aún había demasiados soldados en pie para protegerlo. Una docena o más contra tres no era su idea de probabilidades justas.

—Seguidme. Conozco un camino a la cocina. —Hizo un gesto a Alejandro y Kade.

Agachándose, los tres se deslizaron por un pasillo que llevaba al jardín de hierbas. De un tirón abrió una puerta estrecha y echó un vistazo al interior. Los restos de las bandejas colocadas por Cook y su ayudante ensuciaban la superficie de la mesa de preparación y gran parte del suelo. El aire sólo desprendía un ligero aroma a *whisky*.

—Imagino que buscaron a Cook cuando se les acabó el *whisky* —

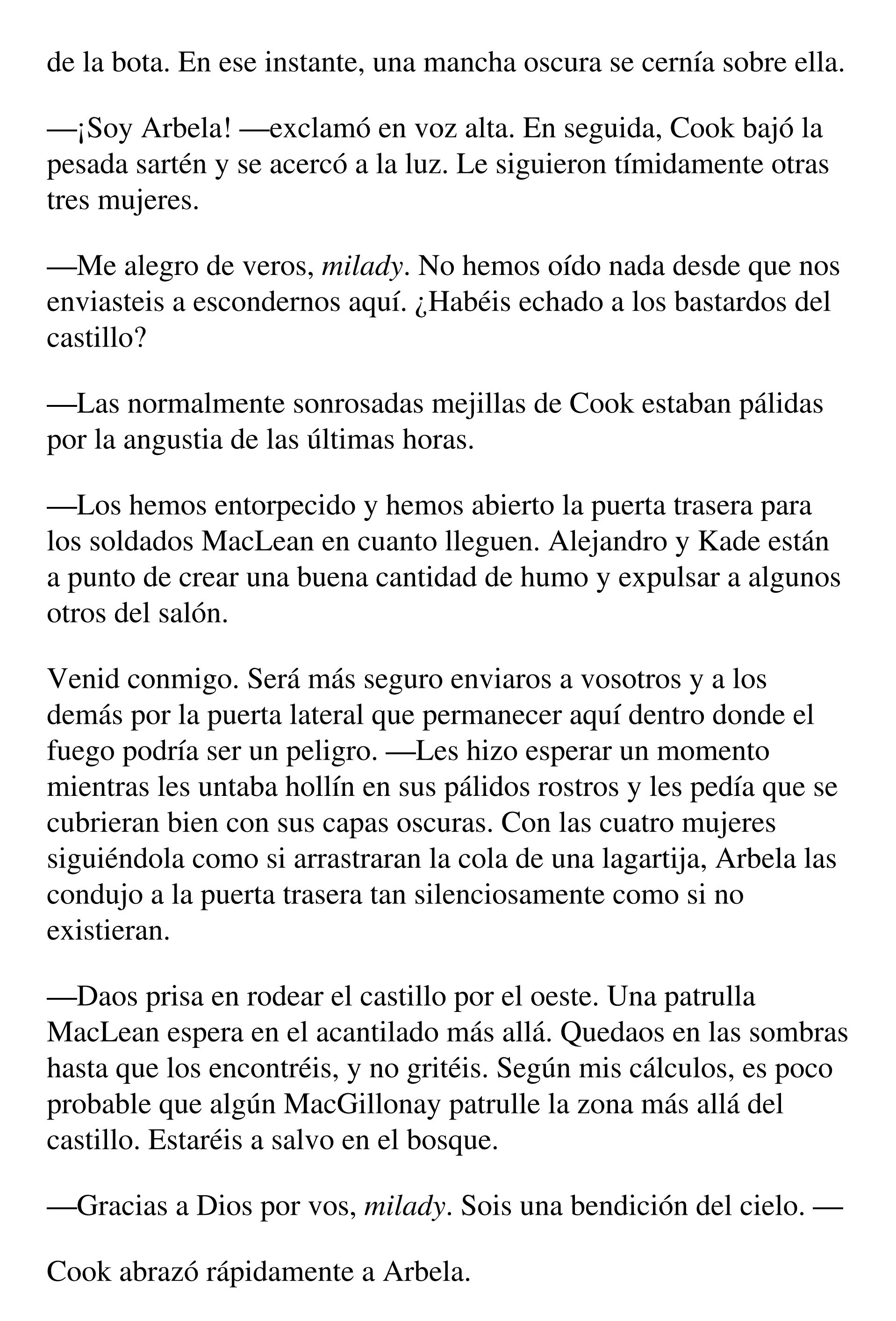
susurró Alejandro—. Me alegro de que se os ocurriera enviarlas lejos a ella y a Dona.

—Los hombres borrachos nunca tienen buenos pensamientos en la cabeza. También me alegro de que escondiéramos a la sirvienta y descubriéramos a la retenida en la habitación bajo el salón. —Arbela asintió. El fuego volvió a arder en sus venas al pensar en el infierno que los MacGillonay habían hecho pasar a la pobre muchacha antes de rescatarla—.

Allí. Expulsaremos a esos bastardos del castillo. —Su mirada se movió más allá de los escombros hacia lo que buscaba.

Mientras Alejandro y Kade cogían brazadas de aulagas secas apiladas junto al horno de pan y amontonaban la leña en una de las ollas más grandes de Cook, Arbela golpeó cautelosamente la puerta del almacén, bien

oculta tras otra hilera de barriles apilados. Al no oír ningún ruido, descorrió con cautela el pestillo de la puerta y la abrió con la punta



de la bota. En ese instante, una mancha oscura se cernía sobre ella.

—¡Soy Arbela! —exclamó en voz alta. En seguida, Cook bajó la pesada sartén y se acercó a la luz. Le siguieron tímidamente otras tres mujeres.

—Me alegro de veros, *milady*. No hemos oído nada desde que nos enviasteis a escondernos aquí. ¿Habéis echado a los bastardos del castillo?

—Las normalmente sonrosadas mejillas de Cook estaban pálidas por la angustia de las últimas horas.

—Los hemos entorpecido y hemos abierto la puerta trasera para los soldados MacLean en cuanto lleguen. Alejandro y Kade están a punto de crear una buena cantidad de humo y expulsar a algunos otros del salón.

Venid conmigo. Será más seguro enviaros a vosotros y a los demás por la puerta lateral que permanecer aquí dentro donde el fuego podría ser un peligro. —Les hizo esperar un momento mientras les untaba hollín en sus pálidos rostros y les pedía que se cubrieran bien con sus capas oscuras. Con las cuatro mujeres siguiéndola como si arrastraran la cola de una lagartija, Arbela las condujo a la puerta trasera tan silenciosamente como si no existieran.

—Daos prisa en rodear el castillo por el oeste. Una patrulla MacLean espera en el acantilado más allá. Quedaos en las sombras hasta que los encontréis, y no gritéis. Según mis cálculos, es poco probable que algún MacGillonay patrulle la zona más allá del castillo. Estaréis a salvo en el bosque.

—Gracias a Dios por vos, *milady*. Sois una bendición del cielo. —

Cook abrazó rápidamente a Arbela.

A su vez, las otras tres mujeres abrazaron a Arbela antes de

desaparecer en la noche. *Lady* MacKern rezó una plegaria por su seguridad y regresó a la cocina, donde Alejandro y Kade la esperaban. Poco después, vació varios cuadrados de lino en el fregadero, les echó agua y escurrió el exceso de humedad. En cuanto a Alejandro y Kade, arrastraron la olla de hierro llena de ramas hasta la entrada del salón. Después de encender un tizón en las brasas del horno, Arbela los siguió e introdujo la punta encendida en el montón de aulagas, las cuales se encendieron al instante.

Mientras colocaba con cuidado el lino húmedo alrededor de las ramas ardientes, las ancló con trozos de madera más grandes. El paño húmedo ardió, reacio a quemarse. Arbela sacó un paño seco del cinturón y apartó el humo con un gesto, observando cómo se extendía por el salón. Pasaron unos minutos hasta que alguien se dio cuenta.

—¡Fuego!

La palabra sonó un instante antes de quedar amortiguada por el ruido de los bancos en el suelo de piedra, mientras los hombres se apresuraban a evitar el nuevo desastre. Pisotearon a un hombre en el suelo, aunque a juzgar por el vendaje que le envolvía la cabeza, probablemente era ajeno a las nuevas heridas. Al parecer, la gran roca que Alejandro había colocado sobre una de las puertas de la letrina había encontrado un blanco. Otros cojeaban pesadamente siguiendo la estela de los más firmes, víctimas evidentes de las trampas que habían tendido en el pasadizo que conducía a los retretes. Arbela exhaló un suspiro de satisfacción.

—¡Esperad! Aquí pasa algo. —MacGillonay levantó el puño.

—¡Sí! Una bruja sarracena ha asediado este castillo. ¡Salvad vuestras almas y huid! —Un soldado pasó, cojeando.

En ese momento, la frustración de MacGillonay se convirtió en furia creciente cuando sus hombres le empujaron y el humo inundó la habitación.

—¡El castillo no está hechizado, bobos! —Paseó su mirada furiosa por la sala, con la palma de la mano en la empuñadura de la espada, mientras buscaba el origen del alboroto.

En cuanto el humo se disipó, Arbela entró en la habitación. El humo flotaba a sus pies y sus dedos ascendían hasta robarle el aliento. Cubrió su nariz con una fina tira de lino húmedo, ocultando la mitad inferior de su rostro. De pronto, MacGillonay se detuvo, con los ojos muy abiertos por la sorpresa y luego entrecerrados por la rabia. Entonces tosió.

—¡Sí! —Avanzó, desenvainando la espada con un chasquido de acero sobre cuero, un poderoso suspiro expandiendo su pecho mientras se preparaba para la batalla. Volvió a toser, chasqueando el puño mientras luchaba por respirar—. Os veré muerta antes de permitir que volváis a escapar.

Arbela flexionó las manos y se balanceó sobre las puntas de los pies.

—Como os invité antes, podéis intentarlo.

CAPÍTULO 25

Alejandro y Kade aparecieron como fantasmas en el borde de la sala, vigilando, protegiendo, impidiendo que los pocos soldados que quedaban corrieran en ayuda de su lord. MacGillonay movió la espada en arco, flexionando los músculos de los hombros y las muñecas.

Por su parte, Arbela estudió sus movimientos, con la postura relajada, centrada ahora por completo en el lord, confiando en que su hermano y Kade mantuvieran a raya a los demás.

MacGillonay la rodeó por la derecha, a paso lento, presionándola, obligándola a moverse. Arbela aceptó el avance, moviéndose fácilmente hacia su izquierda para mantenerlo a distancia. Con su mayor peso y fuerza, si lograba acercarse a ella, las cosas

acabarían muy rápido. Y muy mal.

De repente, con un destello de acero, se abalanzó con la espada hacia delante en un golpe clásico. Arbela esquivó la hoja y retrocedió un paso.

—¿Dónde está vuestra arma, sarracena? No podéis usar la boca para defenderos de una espada. ¿Debo enseñaros a luchar además de vuestros modales? —La burla de MacGillonay resonó.

Arbela juzgó a su objetivo. La forma en que cambiaba fácilmente su peso de un pie a otro. La forma en que su cuerpo se balanceaba ligeramente, anticipando un ataque. Sacó una espada arrojadiza de la funda de su manga y la balanceó ligeramente en la mano. En un abrir y cerrar de ojos, esta desapareció de entre sus dedos, y ella se apartó de la línea de ataque que el lord seguía, deteniéndose a varios metros de distancia. El rostro de MacGillonay palideció y luego enrojeció, con un gruñido en los labios. La hoja de *lady* MacKern falló en alcanzar la unión entre el cuello y pecho.

Además, el mango sobresalía del grueso músculo por encima de la clavícula. Fue un golpe doloroso, pero la hoja no penetró lo suficiente como para causar daños graves.

Con un grito de rabia, MacGillonay arrancó la espada, arrojándola a un lado y haciéndola chocar contra el suelo de piedra. Enseguida, se lanzó hacia delante en una ráfaga de ataques, utilizando su mayor corpulencia y fuerza como ariete. Arbela ya no estaba donde él esperaba, y su embestida

lo llevó más allá de ella, quien contraatacó con otra daga. Apuntando a la parte baja de su espalda, golpeó el borde superior de su ancho cinturón de cuero, lo que le impidió apuntar a los riñones, pero la afilada hoja le cortó profundamente la carne.

—¿La bruja tiene dientes? Podéis lanzar una espada, pero no podéis ganar una pelea contra un hombre. —La miró de frente, con una sonrisa burlona, mientras cambiaba la espada a la mano

izquierda y sacaba una daga de la funda de la bota.

En respuesta, Arbela desenvainó su espada, y el largo suspiro de su recorrido desde la vaina fue un eco de su reticencia a enfrentarse a MacGillonay cuerpo a cuerpo. El humo jugó a su favor, pues MacGillonay volvió a toser, interrumpiendo su concentración en ella durante un breve instante. Le había infligido dos heridas que, aunque no eran mortales, provocaban una pérdida de sangre que pronto fatigaría a su enemigo.

¿Cuánto tardaría en notar los cortes? No le cabía duda de que podría durar más que él, pero tenía que mantenerse fuera de su alcance hasta que su tremenda fuerza mermara. Lo rodeó, con su espada creando lentos dibujos en el aire.

—No veo a ningún hombre ante mí. Sois un arrogante hijo de Satán que no piensa en nada más que en tomar lo que quiere, sin importarle los demás.

MacGillonay contrarrestó sus movimientos, con las hojas gemelas de la espada y la daga brillando a la luz de las antorchas.

—Sois demasiado blanda. No sois más que una mujer, y una mujer no entiende de estas cosas.

Arbela probó sus defensas con un ataque ligero. La espada del lord chocó contra la de ella al desviar el filo. La sarracena se apartó bailando ligeramente, forzándole a dar vueltas, y volvió a atacar. MacGillonay retrocedió y volvió a dar un paso atrás, golpeándose las rodillas contra un banco volcado. Entonces, tambaleó. Su gruñido de rabia surcó el aire, desapareciendo toda pretensión de juego. Enseguida, cargó contra *lady* MacKern, pero de nuevo se anticipó a su movimiento y sus espadas pasaron junto a ella, emitiendo un silbido en el aire vacío.

A continuación, una oleada de gritos interrumpió su concentración, y dirigió una finta hacia MacGillonay para hacerle girar de nuevo. Luego echó un vistazo fugaz por encima del

hombro de MacGillonay y vio que

Alejandro y Kade se enfrentaban a varios soldados. En ese momento, más hombres entraron en el salón, engrosando sus filas. Arbela maldijo por lo bajo. Su plan no debía funcionar así. De pronto, paró otro ataque y se dio cuenta de que MacGillonay había perdido tiempo. Otra rápida mirada a la lucha en el salón captó toda su atención. Se quedó boquiabierta al ver a Caelen, blandiendo su espada como una guadaña, dispersando a los hombres a su alrededor cuando entró en la sala. Otros hombres le siguieron, dispersando rápidamente a la turba de MacGillonay. Instantes después, Caelen se encontraba a varios metros de distancia, tambaleándose sobre piernas inestables, con la mirada fija en Arbela.

—No le hagáis caso a ese patán con el que os habéis casado. Cuando acabe contigo, me devolverá el castillo. —MacGillonay se burló.

—Valientes palabras para un hombre ya condenado. No os venceré con la fuerza bruta, pero es el único camino que conocéis, mientras que yo tengo otras opciones entre las que elegir.

—Debéis haber tenido un tutor diferente al mío. —MacGillonay chasqueó la lengua y desenvainó su daga—. En mi mundo, una buena pelea es una pelea corta, con brutalidad y dejando claro quién es el vencedor. —

Cargó contra Arbela, con la hoja en alto. Al primer paso, la espada descendió, con el único objetivo de partir a Arbela en dos. Ella contraatacó, levantando su espada más corta y ligera, canalizando la energía del ataque de MacGillonay.

Mientras luchaba por recuperarse del feroz golpe, la joven devolvió el ataque con una serie de golpes rápidos como el rayo. Su menor alcance no le permitía asestar golpes mortales, pero cada vez que golpeaba el cuerpo de MacGillonay, su carne se partía en franjas ensangrentadas. Entre jadeos, MacGillonay se detuvo,

apenas capaz de mantener la espada en guardia baja. Entrecerró los ojos y parpadeó, con el rostro enrojecido y el sudor rodando a ambos lados de la cara.

Arbela, cansada de parar la fuerza de sus ataques, encontró su momento cuando vio a MacGillonay tambalearse, con la sangre goteando sin cesar de sus numerosos cortes. Se quitó el fino trozo de lino húmedo de la cara, con una oleada de triunfo en las venas. Aunque MacGillonay se tambaleaba hacia un lado, se enderezó, plantando bien los pies mientras ajustaba la empuñadura de su espada. Con esta a la altura de la oreja, MacGillonay se preparó, con la punta de la espada apuntando a la garganta

de Arbela, que se balanceó sobre las puntas de los pies, balanceándose ligeramente, preparada para su ataque. El lord estalló en una ráfaga de movimientos y Arbela arqueó la espada hacia la derecha. Tras cambiar el ángulo de ataque, MacGillonay pasó por debajo de su guardia y le arrebató la espada de la mano mientras la punta de la hoja recorría el interior de su antebrazo.

De repente, el fuego brotó de la herida en el brazo de Arbela y la sangre se derramó libremente por el corte. Mareada por el repentino y feroz dolor, se tumbó y buscó apoyo a ciegas. La parte plana de la espada de MacGillonay golpeó su cabeza, haciéndola caer estrepitosamente. Unas cañas secas le clavaron sus puntas rotas en la mejilla mientras se desparramaba por el suelo. Instintivamente, se puso en pie y sacudió la cabeza para aclarar su visión borrosa. Ante ella, una mancha oscura se hizo más grande y sacó un dardo arrojadizo de su cinturón para lanzarlo contra la amenazadora figura.

Un gruñido le indicó que había dado en el blanco. Su visión se aclaró lo suficiente como para ver a MacGillonay arrodillarse. Su mirada vidriosa se clavó en la suya. El hombre abrió y cerró la boca, pero no habló.

Con los ojos fijos en MacGillonay, Arbela cortó una tira de seda

de su túnica y se hizo un torniquete apresurado en el brazo por debajo del codo, apretando el nudo con los dientes. Respiraba entrecortadamente y se balanceaba como ebria mientras la sangre seguía goteando con ominosa rapidez por las yemas de sus dedos.

Poco después, una gran figura apareció detrás de MacGillonay y tiró de la barba del hombre hacia arriba. Enseguida, la sangre salpicó el suelo.

Las voces rugieron indistintamente en los oídos de Arbela. Intentó luchar contra las manos que la sujetaban, pero su cuerpo no respondía. Se sintió caer, cada vez más profundo… más oscuro… y en silencio.

* * *

El aire de la fría habitación estaba cargado de la humedad de la lluvia reciente, y el agua se acumulaba en el alféizar de la ventana. Caelen apoyó la palma de la mano que resbalaba sobre la piedra. Con los ojos desorbitados, se quedó mirándose la mano, mientras su mente apenas registraba la sensación. Entonces, unos dedos delgados se posaron en su

brazo e inclinó la cabeza para mirar a la mujer de baja estatura que tenía a su lado.

—Necesitáis descansar —aconsejó Zora en voz baja—. Yo la cuidaré.

—Deberíais cerrar las ventanas —murmuró Caelen, con la boca seca.

No recordaba la última vez que había comido o bebido—. A ella no le gusta el frío.

—El aire fresco ayudará a mantener a raya la fiebre —contestó Zora

—. Una habitación sofocante engendra enfermedades.

—Id. Comed. Jugad con vuestro hijo. Él también la echa de menos. —

Tirando suavemente de su brazo, Zora lo condujo a la puerta.

Caelen dejó caer la mirada al suelo, incapaz de mirar a la mujer que tanto se parecía a Arbela. Su corazón se retorcía, pues sabía que ella tenía razón, pero abandonar el lado de Arbela le parecía una deserción, algo que ella nunca haría. En cuanto levantó una mano hacia el pestillo, la puerta se abrió y Rory agachó la cabeza para entrar en la habitación. Caelen no se perdió el sutil movimiento de cabeza de Zora en respuesta a la pregunta no formulada de Rory.

—Bram quería saber si podía subir. —Rory miró de Zora a Caelen.

—Puede venir a sentarse con ella después de comer —respondió Zora

—. Pero creo que el lord necesita un poco de aire fresco y la lluvia ha terminado. ¿Quizás él podría llevar a Bram afuera?

—¡No me consintáis, mujer! —gruñó Caelen. Empujó a Rory y acechó por el pasillo, con su capitán pisándole los talones.

—Sólo han pasado tres días. Y no os enfadéis con Zora ya que también habéis estado bajo su cuidado —resopló Rory.

—Sé cuánto tiempo ha pasado. —Caelen ignoró la referencia de Rory a heridas que ya no tenían importancia. La melancolía coloreó su voz—. La hoja de MacGillonay le abrió la vena del brazo desde la muñeca hasta el codo. Unos minutos más y habría perdido demasiada sangre para sobrevivir.

Ahora, sólo esperamos que la fiebre acabe con ella.

—Algo que su tía no va a dejar que ocurra —aseguró Rory.

—¿Creéis que es mejor curandera porque mantiene las ventanas abiertas y prepara bebidas de las que nunca he oído hablar? —Caelen se retorció.

—No. Creo que es una buena curandera porque tiene cuidado de usar sólo vendas recién hervidas y se lava las manos, algo que me parece

sensato, aunque no lo he visto hacer antes. —Rory se balanceó sobre sus talones e inclinó la cabeza—. Y un brebaje desagradable suele ayudar, según mi experiencia.

—Oh. —Caelen resopló su rechazo mientras reanudaba su camino hacia el salón. Pero su discusión con Rory le había devuelto parte del equilibrio que había perdido desde que Arbela se había desplomado en el suelo del salón en un charco de sangre que crecía rápidamente. Se dirigió al salón, sobresaltado, cuando varios hombres se pusieron en pie y los bancos chocaron contra el suelo. Como movidos por hilos, otros también se levantaron, mirándolo, expectantes. Caelen agitó la cabeza y todos volvieron a sus asientos de mala gana. Alejandro y su padre permanecieron de pie. Los ojos de Bram lo miraban fijamente, muy asustados.

—No ha habido cambios. —Caelen esbozó una leve sonrisa mientras se acomodaba en su silla y palmeaba la mano de Bram para tranquilizarlo.

—¿Sigue dormida? —La débil voz de Bram tembló.

—Sí. Tardará en curarse. Aunque creo que le gusta escuchar vuestras historias.

—Ella no me habla. —La sonrisa de Bram vaciló con incertidumbre.

—Lo hará, Bram. Lo hará. —Caelen tiró de Bram hacia su regazo.

Sin embargo, estaba empezando a creer que nunca sería cierto.

* * *

—¿De verdad creéis que me oye? —Bram estaba sentado junto a la cama de Arbela, con una mirada sombría.

—Sí, creo que sí. Simplemente está demasiado cansada para despertar.

La curación del cuerpo requiere tiempo y esfuerzo. Necesita saber que estáis aquí esperándola. —Caelen se quedó pensativo mirando la silente figura de su esposa.

Bram suspiró y se inclinó hacia delante, con la mano en el lecho.

—Comí mis verduras, Bela. La tía Zora dice que las berenjenas no estarán listas hasta dentro de un rato, así que ayudo a regarlas. Están creciendo, como yo.

Seguidamente, Caelen se retiró a una silla en la esquina de la habitación, fuera del camino, pero colocado donde podía ver a Arbela. El corazón le dolía por la mujer que había arriesgado la vida para salvar a su

hijo, a su hogar, y a él. Alejandro le había dado los detalles la primera noche que habían velado a su lado.

Arbela luchó como una leona defendiendo a sus crías: audaz, despreocupada, pero utilizando sus puntos fuertes y conociendo sus debilidades. Aunque Caelen no se hubiera separado y degollado a MacGillonay, el hombre habría muerto por las heridas que ella le había infligido. La muerte de los mil cortes, la había llamado Alejandro. Quizá no hubiera mil cortes en el hombre, pero estaban bien colocados y MacGillonay ya tenía un pie en la tumba cuando Caelen lo abatió. En ese instante, recordó las palabras de su esposa la primera vez que se había burlado de su uso de la fuerza contra un hombre. Ella le había dado la razón sinceramente.

«No puedo competir con vos a ese nivel físico. Tengo otras habilidades…»

Los labios de MacKern se torcieron en una media sonrisa. Según el informe de Kade, había dos cautivos de MacGillonay con el cráneo roto a causa de objetos pesados colocados en la parte superior de las puertas, unos cuantos con los huesos rotos por resbalar en el espeso aceite de cocina que ella había esparcido por los suelos de piedra -y que había tardado horas en limpiar- y muchos más con aquellos malditos clavos de alambre de púas en los pies. *Abrojos* los había llamado Alejandro.

Unos pocos MacGillonay mostraban misteriosas enfermedades que más o menos se habían resuelto. Esto había hecho que Zora arqueara una ceja, pero se había negado a decir lo que pensaba al respecto. De pronto, la voz de Bram le sacó de sus cavilaciones.

—Padre dice que podéis oírme, así que me he inventado una nueva historia. Se llama Bela y el dragón. —Cambió su peso sobre el lecho y Caelen notó que el niño se había movido de su silla a la cama y se había sentado cómodamente contra una pila de almohadas al lado de Arbela.

—Había una vez un dragón realmente fabuloso llamado Gillonay.

Vivía en un lago que no tenía nombre porque el agua era tan mala que nadie quería vivir allí. Tenía dos hijos dragones tan malos como él, y quería echarlos de casa, pero no tenían adónde ir, así que decidió robar las tierras de los MacKern para que pudieran vivir allí. —Bram palmeó la mano de Arbela—. El MacKern era un guerrero feroz con un hijo valiente llamado Bram. Era sólo un muchacho, y cuando el malvado dragón Gillonay bajó de

los cielos, el MacKern le dijo a su bella princesa esposa, Bela, que salvara a su hijo. Bram no quería irse, pero ella insistió, y él se fue para ayudar a protegerla. Lucharon con otros dragones y bestias feroces en el camino hacia el castillo de su padre. Bela era muy fuerte y valiente, como Bram.

Cuando Bram estuvo a salvo, volvió para ayudar a los MacKern a luchar contra el dragón más malvado de todos. —Bram hizo una pausa y Caelen se preguntó qué vendría después, con gran interés—. El dragón era viejo, pero grande, largo como cinco caballos y alto como un árbol. Su aliento apestaba como si comiera cosas muertas, y sus grandes dientes tenían trozos de su cena podrida pegados entre ellos. —La voz del muchacho se redujo a un susurro—. Bela es la madre más valiente y no quiere que el dragón vuelva a hacer daño a Bram o a su padre. Luchó contra él e incluso contra los hombres malvados que Gillonay había traído con él. Mató al dragón, pero una de sus largas uñas la cortó y cayó en un profundo sueño, como una princesa hada. Aunque no se movía, podía oír a Bram cuando le contaba historias, y un día abrió los ojos y sonrió. —Bram suspiró, con los hombros redondeados por la tristeza—. Tenéis que despertaros, Bela. Necesito una madre. Y estoy seguro de que mi padre también os echa de menos. Parece bastante abatido, y yo no he obrado mal desde que os hirieron. He pensado en ello y he decidido que estaría bien tener pronto un hermanito o una hermanita, pero no creo que podáis tener uno a menos que padre y vos lo habléis antes. Él es realmente un gran padre y creo que a mi hermana o hermano les gustaría mucho. Bela, me gustaría que despertarais y lo conocierais mejor.

Caelen ahogó un suspiro de sorpresa. *¿Otro niño?* Le había dicho a Arbela que no deseaba otros hijos, aunque era una puerta que había cerrado considerando las pocas posibilidades que tenían de desear una familia juntos… o incluso de desearse el uno al otro. Las lágrimas se derramaron por las mejillas del lord. Había basado su opinión sobre las mujeres en el comportamiento malcriado de su primera esposa, evitando un segundo enredo emocional y jurando que todas las mujeres eran criaturas mezquinas y codiciosas. Estaba demasiado inmerso en su opinión como para pensar en la mujer con la que se había casado. Ella había cumplido bien con su deber, y Bram claramente la adoraba. Era demasiado tarde para pensar que él también lo hacía.

CAPÍTULO 26

Arbela está sentada en la pequeña mesa junto a la ventana, meditando sobre los acontecimientos de quince días antes, aunque siguen siendo algo confusos en su mente.

—¿Os duelen? —Bram le tocó los hilos negros que le recorrían el interior del brazo.

Arbela sonrió. El niño había estado muy atento desde que ella se despertó hacía poco más de siete días. Siempre que Caelen se lo permitía, Bram la entretenía con sus historias e informes sobre la vida en Dunfaileas.

—No. No lo hacen. La tía Zora es muy prolija con la aguja y la herida está casi curada.

—Me alegro de que estéis mejor. Padre estaba empezando a preocuparse. —Bram saltó a una silla.

—Los dos me estorbaban siempre. —Zora dobló la manta y la colocó a los pies de la cama. La mujer había llegado menos de un día después de que retomaran el castillo, según le habían dicho a Arbela, que encontró reconfortante la presencia de su tía, aunque no tan alegre como la de Agnes.

Llegar a un lugar tan caótico y con una sobrina gravemente herida probablemente no le había dejado a Zora mucho tiempo para la alegría.

Pero su tranquilidad y su intolerancia hacia las prácticas médicas que no cumplían sus normas relajaron a Arbela y garantizaron que su herida sanara lo antes posible, aunque eso significara que *lady* MacKern se viera obligada a permanecer en la habitación de Caelen, adonde la habían llevado después de herirla. Además, Zora se había apropiado de la cama libre de la habitación de Bram y no sólo no había otra habitación a la que trasladarla, sino que Arbela no se atrevía a admitir ante su tía que Caelen y ella ocupaban habitaciones separadas.

—Dice que os pueden quitar los puntos mañana. ¿Puedo mirar? —

Bram volvió a llamar la atención de Arbela.

—Podéis ayudar si queréis —comentó Arbela.

Los ojos de Bram se abrieron de par en par.

—No os hará daño. Aunque puede hacer cosquillas. —Arbela sonrió y Bram también, evidentemente aliviado.

—No os fatiguéis, Arbela. Vos y yo tenemos una lección de espada pendiente, muchacho. Necesita descansar. —Caelen entró en la habitación, enviando a Bram una mirada severa.

Descansar era lo último que Arbela tenía en mente. Débil y cansada durante los primeros días tras las heridas, había permanecido en cama, pero el ejercicio ligero y las comidas nutritivas la habían recuperado y estaba impaciente por volver a su rutina normal. Zora y Caelen la regañaban cada vez que salía de la habitación, afirmando que lo que más le convenía era su bienestar. Ya era hora de ignorar sus buenas intenciones. Y había llegado el momento de enfrentarse a Caelen por lo que respecta a su forma de vivir.

—Estoy portándome bien, Bela. Padre lo dice. ¿Puede ir Toros? —

Bram se deslizó de su silla, cogiendo la mano de Caelen con impaciencia.

—Si vuestro padre está de acuerdo, podéis llevaros a Toros. —Arbela asintió.

—Gracias por encargaros de las lecciones de Bram, las disfruta.

También le gusta pasar tiempo con vos. —Caelen la miró, pero desvió la mirada y Arbela se preguntó si el comentario lo

avergonzaba.

—Volveré cuando haya terminado. —Bram saltó al lado de su padre cuando salieron de la habitación, con Toros pisándole los talones.

De pronto, el silencio se instaló en la habitación cuando Caelen cerró la puerta a la charla de Bram. Mientras tanto, Arbela dejó caer su túnica al respaldo de la silla y, negándose a mirar a Zora con desaprobación, se vistió con su túnica y pantalones preferidos. Luego se calzó las botas y abrió su cofre de armas.

—Está claro que el muchacho os adora. Se siente aliviado de que hayáis despertado, pero sigue preocupado. —Zora arregló las sábanas.

—No utilicéis a Bram para ordenar mis acciones. Estoy inquieta y me hará bien pasar tiempo fuera. En cualquier caso, es demasiado joven para preocuparse. —Arbela hizo un movimiento ondulante con los dedos, apartando la idea de Zora. Enseguida, metió una daga en la vaina vacía de su bota. Echando un vistazo a la habitación, su mirada se posó en la interrogante mirada de su tía.

—Estoy de acuerdo en que está creciendo. Sólo quiero que tenga cosas mejores que hacer que preocuparse. Especialmente por mí. Estaré bien.

—Por poco no lo estáis, como decís. Me preocupáis, *im dustry*. —Los labios de Zora se apretaron en una línea estrecha—. Es hora de que os relajéis y paséis tiempo en serenidad, imaginando una cuna.

Arbela respondió a la mirada inclinada de Zora con una propia e ignoró el movimiento de su vientre.

—Bram no es demasiado joven para haber pasado horas junto a vuestra cama, contándoos historias que imagino habrá oído de vosotras estas últimas semanas —suspiró Zora y añadió, volviendo

a su afirmación original—. Os recordaré que su padre también se sentaba a vuestro lado hasta que yo lo echaba cada día, lo cual no era tarea fácil. Estaba destrozado.

Por un instante, la respiración de Arbela se entrecortó al oír las palabras de Zora. No podía imaginarse al testarudo con el que se había casado, devastado por nada que no fuera la pérdida de su hijo. Y mucho menos por ella, la mujer tan poco atractiva con la que le habían sobornado para que se casara. No se hacía ilusiones de que Caelen la valorara por algo más que su capacidad para proteger a Bram. Por supuesto, la necesidad de reemplazarla posiblemente le preocuparía, pero nada más.

Con una exhalación purificadora, descartó la declaración de Zora como mujer deseosa de un sobrino nieto o una sobrina nieta, ahora que sus hijos habían crecido. Seguramente Alejandro sentaría pronto la cabeza y le daría hijos a los que mimar. Tras dar a Zora un rápido abrazo de disculpa, silbó para que Garen la acompañara y se dirigió al establo.

* * *

Bram se sentó a gusto a lomos de Ari mientras rodeaban a Caelen en el corral junto al establo. Empujó al poni a un ritmo más rápido, inclinándose ligeramente hacia adelante en señal de aliento. Su rostro se iluminó de felicidad y éxito cuando Ari levantó las patas sobre los troncos colocados en fila en el suelo, la primera semblanza de aprender a cabalgar sobre obstáculos. El amor por el muchacho temblaba en el corazón de Arbela. Lo saboreó y se centró en la imagen más amplia de Caelen pasando tiempo con su hijo. Un calor pesado y dulce como la miel se deslizó por su pecho, pero la sensación desapareció antes de que pudiera examinarla.

—Bien hecho, Bram —dijo cuando el niño detuvo su poni.

Caelen se quedó mirándola un momento y luego le habló a Bram, que se bajó del lomo de Ari y corrió hacia ella por el prado.

—Padre dice que podemos cabalgar fuera del corral si venís con nosotros. —Bram entrecerró los ojos, suplicante—. ¡Por favor!

—No veo la necesidad… —Arbela levantó la vista cuando Caelen se acercó.

—La necesidad es acostumbrar al muchacho para que guíe a su poni a otros lugares que no sean este corral. Sois una buena jinete y él puede aprender mucho observándoos. —Caelen tiró las riendas de Ari por encima de la barandilla superior de la valla.

—Quise decir que no veía la necesidad de que recibiera instrucción de nosotros dos al mismo tiempo —aclaró Arbela, con un tono ligeramente formal tras ser interrumpida. No podía imaginarse un viaje en compañía más allá de las murallas con su taciturno marido. Desde luego, no uno en el que se esperara que ella instruyera al muchacho en una habilidad en la que sus enfoques eran disímiles.

—No os negaré vuestra instrucción sobre equitación. Quizá yo también pueda aprender algo. O tal vez simplemente desee unos momentos de vuestro tiempo. —Los ojos de Caelen brillaron.

—Estaré encantado de hablar con vos cuando sea necesario, como ya hemos hecho antes. —Arbela lo miró, sorprendida.

—Después de que Bram se acueste, me gustaría hablaros de vuestras ideas de que Voski se reproduzca con algunas yeguas la próxima primavera.

Nunca es demasiado pronto para planear estas cosas. —Luego de avisar a un mozo de cuadra con un movimiento de cabeza, Caelen lo envió a ensillar a Voski. Después cogió a Arbela por el codo y la guio hasta el establo.

—¿Buscáis la aprobación de Voski o la mía? —Una sonrisa pícara se dibujó en sus labios.

—No hace falta que se lo pregunte. No acepta tranquilamente que las yeguas sean atendidas por los otros dos sementales. Parece opinar que las yeguas son suyas —resopló Caelen.

—Es joven. Y no tiene experiencia en estas cosas.

— *Esas cosas* suelen ser instintivas. Y a menudo mejoran con la práctica. —La voz de Caelen se redujo a un murmullo y las mejillas de Arbela se encendieron.

«¿Qué pasó con nuestra conversación? ¿Estamos hablando de caballos o…?»

—Tal vez sea mejor determinarlo más tarde. Veo a un muchacho guiando a Voski y a otro cerca con demasiadas preguntas en su rostro. —

Dirigió la mirada hacia Bram, que estaba entre ellos, con el rostro embelesado.

—No digáis que no os lo advertí —reprendió Caelen, sonrió y el corazón de Arbela palpitó con fuerza—. Los muchachos tienden a interrogar a sus padres sobre los asuntos más desconcertantes.

Seguidamente, Caelen se detuvo para comprobar la cincha de Ari, y Arbela ahogó una sonrisa. Le entregó a Bram las riendas de su poni y éste condujo a Ari hasta un pequeño tocón de árbol cercano. Desde allí, se subió a lomos del caballo y les miró con una sonrisa triunfal. El corazón de Arbela volvió a latir de alegría al ver al niño tan a gusto con el poni.

—Dadnos un momento, Bram —dijo Caelen—. Montaremos en un momento y daremos un paseo. —Dirigió su atención a Arbela —. ¿Estáis bien? ¿Podéis cabalgar sin molestias?

Sorprendida por su pregunta tan solícita, Arbela buscó palabras.

Palabras para mantenerlo a la distancia que ambos habían

estipulado en su matrimonio, pero algo para reconocer su amabilidad.

—Sí. —Era insuficiente y ella lo sabía. Entonces cogió las riendas de Voski—. Gracias —añadió, dejando que Caelen decidiera si se dirigía al mozo de cuadra o a él. Enseguida, subió con facilidad a la silla, con una punzada en el brazo que le recordaba que había estado gravemente herido y poco usado en los últimos quince días. Flexionó los dedos alrededor de las riendas de Voski y miró a Caelen, así como a Bram.

—¿Vendréis?

Toros y Garen ladraron alegremente mientras se unían a ella.

En cuanto a Bram, pateó los costados de Ari con entusiasmo y Caelen saltó sobre el lomo de Addis, colocándolo sobre sus ancas mientras giraban para reunirse con Bram y Arbela. Su corazón se aceleró cuando cruzaron las puertas bajo el sol de la mañana y los cascos de sus caballos esparcieron las hojas húmedas de un chaparrón anterior.

No estaba segura de cómo había sucedido, pero sus sueños podían encontrarse en ese instante. O al menos sus esperanzas. Dudaba que Caelen

llegara a ser un hombre atento y romántico. ¿Pero era eso lo que realmente deseaba? Fuerte y alentador sería mejor.

«Firme y agradable».

Lady MacKern miró a un lado. La mejor manera de describir su compostura era como centrado, y sus compañeros de clan parecían encontrarlo agradable. Antes, el lord se había preocupado por su salud.

¿Preocupado? ¿O deseoso de evitar una mujer cansada en sus manos?

Sacudió la cabeza. Preocuparse demasiado sólo provocaría su deseo de controlarla, de convertirla en su imagen de esposa obediente, segura y aburrida. Una imagen que ella nunca podría satisfacer.

—Quiero correr. —Bram se echó hacia atrás en su silla de montar.

Mientras tanto, Ari cabalgaba junto a los caballos más grandes.

Un trote ocasional mientras sus zancadas más largas superaban al poni no era suficiente para satisfacer la energía ilimitada de Bram. Media hora rebotando no le había quitado la emoción.

Por otro lado, las travesuras de Voski no habían ayudado. Arbela se había visto obligada a cabalgar rápido poco después de que hubieran comenzado su paseo. El corcel había bailado sobre pezuñas ingrávidas, moviendo la cabeza mientras mordía el bocado. Arbela aceptó su deseo de velocidad y el viento en su cara, se disculpó y, al encontrar un tramo de tierra adecuado, le instó a correr. Tanto ella como Voski estaban ahora más relajados y tranquilos, pero la petulancia de Bram por no haber sido incluido fue su culpa.

—¿Por qué queréis correr?

La cabeza de Ari se balanceó ante su rodilla, con sus robustas pezuñas martilleando para mantener el ritmo.

—Para poder luchar contra dragones. —Bram agitó un puño en el aire, imitando una espada blandida—. Ari no es lo suficientemente rápido para saltar fuera del camino, y necesito enseñarle.

—Recordad lo valiente que es Ari. Ha luchado contra un lobo, y me atrevería a decir que puede luchar contra un dragón.

—Pero yo quiero correr —repitió Bram, con una nota de petulancia deslizándose en su voz.

—Podría llevar a Voski al lado opuesto de la cañada y Bram y Ari podrían practicar entre los dos. —Arbela captó la mirada de Caelen por encima de la cabeza de Bram.

—No veo obstáculos en ese camino. Deberían estar a salvo allí. —El lord guardó silencio un momento, y Arbela se dio cuenta de que estaba pensando en la idea. Sus ojos barrieron el suelo y señaló un punto ligeramente a la izquierda de Arbela.

Enseguida, Arbela echó a Voski a un lado y ordenó a los perros que permanecieran al borde de la cañada.

«A salvo. ¿Estar a salvo es siempre la mejor opción?»

Lady MacKern suspiró. El infante necesitaba estirar un poco las alas.

Al menos Caelen permitió a Bram esta libertad fuera de los muros. Podía haber insistido en que el muchacho sólo cabalgara dentro de los prados, protegido por el nuevo muro de cortina y los guardias que vigilaban la almena.

Un sentimiento de felicidad le invadió al recordar que lord MacGillonay había encontrado la muerte quince días antes, haciendo posible esta excursión fuera de la protección de los muros de Dunfaileas.

De repente, el aire parecía más fresco y el sol, que asomaba tras unas nubes difusas, más brillante. El hombre que había intentado secuestrar a Bram ya no gobernaba sus vidas.

—¡Vamos, Bram! Pedidle a Ari que os muestre algo de velocidad. —

Arbela se levantó en sus estribos.

A continuación, Bram gritó y se inclinó sobre el cuello de Ari. El robusto poni levantó los cascos y empezó a galopar. Seguidamente

se dirigió al lado de Voski y se detuvo al trote. Con la cara radiante, Bram se balanceó de lado a lado mientras Ari se asentaba.

—¡Lo he conseguido! ¿Me habéis visto, Bela? Ari era tan rápido como el viento. Tan rápido como dos vientos.

—No estoy segura de lo rápido que son dos vientos, pero sin duda tenéis un poni excepcional. Hacedlo girar y volved con vuestro padre. —

Arbela sonrió.

Repitieron la ruta hasta que la oreja buena de Ari empezó a aplanarse de forma alarmante.

—Creo que ya ha tenido bastante. ¿Le damos un descanso? Se lo ha ganado. —Arbela notó el cambio en la disposición del poni.

—Es un gran poni, ¿verdad? —suspiró Bram.

—El mejor. —Arbela asintió. Tanto ella como Caelen cabalgaron con Bram hasta el borde de una quema cercana y dejaron que sus ponis bebieran

una vez que se hubieron refrescado. Por su parte, Garen y Toros vadearon el agua cristalina.

Desmontaron, ataron a los caballos y Arbela les ofreció panqueques y un sorbo de un odre que había cogido en su paseo por la cocina una hora antes. Bram se metió una torta de avena en la boca y luego trepó por las rocas, buscando las mejores piedras para saltar sobre la plácida superficie del agua. Sus gritos resonaron en la cañada bañada por el sol y Toros saltó alborotado.

Inmediatamente, Arbela dio un paso tras Bram, pero Caelen la detuvo con un toque en el brazo.

—No os he dado las gracias por el extraordinario trabajo que hicisteis cuando MacGillonay tomó Dunfaileas. —Le indicó que tomara asiento, y ella se acomodó en lo alto de una roca baja, cuya superficie se calentaba con el sol. Mientras tanto, Garen estaba tumbado a la sombra, jadeando ligeramente.

—No hace falta. Dunfaileas es mi hogar. Hice lo que consideré necesario para recuperarlo.

—Hicisteis más de lo que la mayoría de los hombres podrían o habrían pensado hacer. Yo no habría pensado en poner trampas para reducir el número de enemigos. —Caelen gruñó y se rascó la cabeza—. Sin embargo, un enfoque audaz no os habría servido de mucho.

—No creo que el enfoque audaz sirviera a nadie más que a MacGillonay. Deshonró completamente su hospitalidad. Algunos… mi padre —admitió—, no aprobaría mis estrategias, pero eran, en este caso, necesarias. —Arbela rio.

—Contadme vuestras tácticas.

Sorprendida al ver que alguien que no era Alejandro se interesaba por los métodos aprendidos bajo su tutela *Hashashin*, vaciló.

—¿Es algo de lo que no queréis hablar?

—No. Es algo que muchos ven como deshonroso. La mayoría favorece la fuerza bruta sobre… otras habilidades.

—Salvar a Bram nunca puede ser deshonroso.

«Yo también os salvé».

Un doloroso nudo se engrosó en su pecho. No era un alarde, ni arrogancia, sino dolor ante la idea de perderlo. ¿Estaba atado tan fuertemente a su amor por Bram? ¿O había algo más?

—Quería hablar de nuestro dormitorio —dijo. El calor floreció instantáneamente en su cuello y mejillas. La mirada sorprendida de Caelen se tornó divertida, y Arbela se tranquilizó al ver el brillo de sus ojos.

—Podéis volver a vuestra cama y yo me quedaré con el catre —afirmó

—. No hay necesidad de que sacrifiquéis vuestro descanso por mí.

Comprendo que no tenemos espacio extra para la tía Zora, y me disculpo por las molestias. Pero estoy curada, y no hay razón por la que no pueda moverme al catre.

—Suponéis que deseo que salgáis de mi cama.

—No fui invitada, ni es parte de nuestro acuerdo.

«¡Madre María, sálvame de caer en semejante trampa!»

—No tiene por qué convertirse en una habitación de tortura por el mero hecho de que ambos la habitemos. Como habéis señalado, el espacio es limitado en Dunfaileas, y no quisiera incomodar a mi esposa. —Se encogió de hombros como si la decisión de Arbela no tuviera importancia

—. No tenéis que decidirlo hoy. Pensadlo. Hacedme saber si podéis tolerar mi presencia en vuestra cama.

Posteriormente, Caelen regresó a los caballos, con un silbido desafinado en los labios, mientras Arbela lo seguía con la mirada, con miles de preguntas rondando por su mente, y todas ellas llevadas a la imagen de su cuerpo desnudo, besado por la luz del fuego, un recuerdo que no había podido desechar.

CAPÍTULO 27

—¡Mira! —Bram se adelantó a Arbela hasta la mesa alta y

arrebató algo amarillo de su lugar. Luego giró sobre sí mismo y le arrojó una flor.

Ella aminoró el paso hasta detenerse, perpleja ante la ofrenda.

—Qué flor tan bonita, *Bram-jan*. ¿Quién la ha dejado ahí?

—Venid, Bela. Tengo hambre. —La colocó en la mano de Arbela y, abandonando el tema con un encogimiento de hombros, se subió a su silla.

Poco después, el niño le indicó con un gesto de impaciencia que se sentara.

Con un gesto de agradecimiento por haberse acordado de esperar a que ella estuviera sentada para comer, ocupó su sitio y se apresuró a bendecir la comida. Bram se zampó su pila de tortitas de avena, goteando miel sobre ellas antes de pasarle la bandeja a Arbela. Por su parte, *lady* MacKern tocó los pétalos amarillos planos con el centro más oscuro y elevado, como un cuenco diminuto colocado sobre un plato dorado, delicado y ondulado. El robusto tallo era largo y carecía de hojas.

—¿Estáis seguro de que no sabéis de dónde viene esta flor?

—Él no lo sabe… pero yo sí —murmuró Caelen cerca de su oído mientras tomaba asiento.

Arbela lo miró sorprendida. Su marido le sonrió y sus ojos bailaron alegremente.

—Sé que habéis dicho que no os gustan otras mujeres y que no os gustan las flores, pero he visto esta y he pensado que os gustaría. Es la última de su especie hasta la próxima primavera.

—Yo… gracias —tartamudeó Arbela, recordando la única ocasión en la que le había regalado flores—. Me gustan las flores. Simplemente deseaba que me hablarais ese día, no que os

entregarais a halagos vacíos.

—No es más que una flor, Arbela. Y pensé en vos. —Señaló la bandeja de tortitas de avena que se había abierto paso hasta la mesa y se centró en su comida matutina.

Acto seguido, Arbela aceptó la comida que le ponía en el plato y mojó su torta de avena en la miel que flotaba en el plato de Bram. Desconcertada por el gesto inusual de su marido, dirigió una mirada a Caelen, que hablaba

y reía con los demás comensales, sin prestarle especial atención, pero su corazón se estremeció.

«Puedo disfrutar de la flor y de la armonía que evoca».

De pronto, reprendió la pequeña llama de resistencia que amenazaba con estropear el momento.

«Una sola flor no indica una lista de condiciones que deban cumplirse».

Puso la flor de pie en su taza vacía e indicó a una de las camareras que añadiera agua y trajera otra taza.

—Alegra la mesa. —Caelen sonrió, terminó lo que quedaba de comida en dos rápidos bocados, se levantó y se acercó—. Igual que mi encantadora esposa. —De repente, se había ido antes de que ella recuperara la lucidez suficiente para formar una sola palabra.

* * *

Caelen se relajó contra una hendidura en la roca y sacó una tira de carne seca de su zurrón. A su alrededor, otros que lo habían acompañado a la caza de carne fresca para la mesa también se reclinaron, aprovechando la oportunidad para comer algo ligero.

—¿Creéis que veremos algún lobo hoy? —Rory agitó medio *bannock*.

—Espero que sí. Las quejas de Coll de que algo se llevó dos de sus ovejas la semana pasada me hacen pensar que hay uno merodeando por las colinas. Pero nuestro grupo hace suficiente ruido para espantar a la bestia.

—Caelen asintió.

—Oh, no ha obstaculizado nuestra caza. —Rory asintió a los caballos de carga que esperaban pacientemente bajo un extenso roble. Cada uno llevaba numerosos conejos y una cierva atados a sus monturas. Suficiente para alimentar al clan durante una semana más o menos.

—Su esposa ha sido una bendición, lord. No me refiero sólo a los medios para reparar la muralla o a la ayuda y los caballeros que vinieron con ella. —Un hombre habló desde su sombra.

—Sí. Es rara con los niños. Mi Ewan dijo que ella enderezó a los muchachos respecto a su herencia hace unas semanas. —Un hombre fornido sentado a unos metros asintió.

—No os mentiré. Fue un alivio saber que es cristiana. Me molestó un poco encontrar a nuestro lord casado con una muchacha que había vivido entre sarracenos toda su vida. —Una carcajada colectiva recorrió la cañada.

—Oh, ella es una mano justa no importa de donde venga. He notado un poco más de respeto en mis muchachos últimamente, y una prisa por hacer sus tareas de la mañana. A pesar de su extravagante vestido, creo que habéis elegido una buena novia. —El primer hombre agitó su odre en el aire.

—Os agradezco vuestra aprobación. Es bueno saber que mi esposa cumple con vuestros estándares. —Caelen se rio.

—Ella casi ha destruido nuestros estándares. Es raro encontrar belleza, valor y sabiduría en una sola mujer —gruñó Rory.

Seguidamente, la conversación giró en torno a los atributos de las mujeres, haciendo un justo guiño a las notables mujeres con las que cada uno se había casado. Caelen escuchaba con media oreja, con la mente puesta en el hecho de que Arbela se había casado con él. El lord sabía que no era un gran partido. Su clan era pobre, aunque la vista desde Dunfaileas era incomparable, en su opinión. Su pueblo era cálido y afectuoso, aunque ella no lo sabía cuando aceptó su oferta.

¿Qué podía ver en él? Su estatura era superior a la media, sus músculos se concentraban sobre todo en los hombros y la espalda, y hacía tiempo que había optado por llevar la cabeza rapada en lugar de lidiar con la masa de cabello con la que había nacido, que tendía a rizarse escandalosamente, algo que nunca admitiría. Nadie lo confundiría con un hombre apuesto. Además, se llevaba bien con sus hombres y era cortés con sus familias, pero nunca había tenido vínculos estrechos. Su padre había considerado una bondad moldear a Caelen hasta convertirlo en el hombre duro e intrépido que consideraba necesario para liderar un clan. Lo había moldeado con desprecio y una decidida falta de aceptación, negando a la madre de Caelen la oportunidad de ofrecerle consuelo… o amor.

Lord MacKern dibujó con el extremo de un palo delgado en la tierra que tenía a sus pies, patrones sin sentido que no eran más que una forma de canalizar la energía inagotable que sentía. Había sido un pecado punible sentarse sin hacer nada ante su padre, y el hábito del movimiento constante había disminuido poco. Sonrió al pensar en cómo veía esta parte de sí mismo en Bram.

—No daría ni un céntimo por nuestras vidas, si Arbela no hubiera vuelto a Dunfaileas como lo hizo —dijo Rory en voz alta.

Los hombres rieron.

—¿Cómo os sentisteis cuando vuestra esposa os rescató, lord? —

preguntó uno de ellos.

—Me avergonzaría de que una jovencita se las arreglara para vencer a un hombre con el que os habéis pasado seis años peleando —comentó otro.

—¿Vais a tomar lecciones de ella, entonces? —añadió un tercero.

—Pensar que vuestra bella esposa os espera en casa, y aquí os sentáis con hombres que no os mostrarán piedad. —Rory lanzó a Caelen una mirada afligida.

—¿Qué insinuáis, Rory? —preguntó Caelen.

—Si fuera mi mujer, imagino que ya tendría un niño en camino, o al menos me aseguraría de que supiéramos cómo se hace. Aunque admito que podría ser un poco formidable para el hombre equivocado. La flor fue un bonito detalle en la comida de esta mañana. Me hace tener esperanzas de que el pequeño Bram tenga un hermano pronto. —Rory se encogió de hombros.

—O hermana. —Caelen prefirió ignorar la intromisión de Rory ya que no estaba seguro de por qué había elegido recoger una flor para Arbela esta mañana mientras revisaba las yeguas y los potros en el prado lejano. El narciso, el último de un montón de lo que rápidamente se estaba convirtiendo en poco más que hierba espesa, le pareció la forma en que Arbela destacaba entre otras mujeres. Mujeres que ya no le interesaban.

Apenas podía atribuir su acción a su inmensa gratitud por su oportuna entrada en el castillo, ya que la ira de MacGillonay había alcanzado su punto álgido y las vidas de todos los MacKern restantes pendían de un hilo.

Tácticamente, su ataque fue brillante. Nunca había pensado en tales prácticas como las que ella había puesto en juego, pero le habían servido bien. Les habían servido bien a todos. Tampoco podía atribuir su repentino interés únicamente al hecho de que ella

había protegido primero a Bram.

Arbela había acordado esto en su primera charla de matrimonio. Había sido uno de los puntos más importantes para Caelen, y él no tenía motivos para reprocharle su trato con el muchacho. Si era totalmente sincero, tal vez cabía esperar que ella no cumpliera lo que le había prometido. Ruthie lo había hecho.

Entonces, Caelen maldijo en voz baja. Ya debería saber que no debía comparar a Arbela con su difunta esposa. Arbela era fuerte, poco exigente, inteligente y amaba a Bram incondicionalmente. Caelen le había prometido espacio para vivir su vida como quisiera, cosechando mucho más de este matrimonio de lo que él daba. Y ahora se sentía atraído por esa mujer.

Maldita sea su suerte. En contra de su buen juicio y con la intención de no volver a dar a una mujer un lugar permanente en su vida, de alguna manera lo había hecho. Su mujer había dado a conocer sus expectativas. Cambiarlas sería un reto. Uno que estaba dispuesto a aceptar.

* * *

Arbela levantó la vista cuando Caelen entró en la habitación de Bram.

El niño gritó de alegría y corrió al lado de su padre, emocionado por su inesperada aparición a esas horas de la noche. Había pasado un día entero desde que le había regalado la flor, y ahora apenas podía explicarse el aleteo de su corazón. El simple regalo no debería afectarla tanto.

—¿No es hora de vuestro cuento? —Caelen le guiñó un ojo a Arbela por encima de la cabeza de Bram. Enseguida, el corazón de su esposa triplicó sus latidos.

«Bobo».

—¿Puedo quedarme hasta más tarde? —Bram se echó hacia atrás, balanceándose en el extremo del brazo de su padre y su voz se convirtió en un quejido suplicante—. No quiero irme a dormir ahora que estáis aquí.

—No he venido a interrumpir vuestra rutina, muchacho. Sé que Arbela cuenta las mejores historias, y deberíais estar agradecidos por su atención.

—Meteos en la cama, Bram. Vuestra madre os espera. —Arbela levantó una ceja y Caelen asintió.

Esta vez, el corazón de Arbela se estrechó y sus ojos se llenaron de lágrimas. Luego forzó una sonrisa alegre.

—Meteos en la cama, *Bram-jan*. Tengo una historia especial de un tigre desagradecido para vos esta noche.

Bram tardó menos de un momento en darse cuenta de que estaba flanqueado y se subió a la cama, saltando como si fuera el tigre. Golpeó las sábanas con gruñidos alborotados y finalmente se dejó arropar bajo los tartanes.

—Había una vez un pueblo acosado por un tigre feroz —empezó Arbela—. Entonces, la gente se reunió para discutir qué debían hacer.

«Tengo demasiado miedo para dejar que mis hijos salgan a jugar», dijo una mujer. *«Todos tenemos miedo»,* dijo otra. *«¡Se ha comido una de mis piernas!»,* gritó un hombre. Finalmente, se decidió cavar un hoyo profundo y atrapar al tigre. La gente cavó varios hoyos a lo largo del camino del pueblo, luego entraron en sus casas y esperaron.

Al día siguiente, un joven decidió visitar a su tío que vivía en el pueblo. Mientras caminaba por la carretera, oyó un gran alboroto. «Me pregunto de qué se tratará», pensó. «Sea lo que sea, no suena muy alegre».

Abandonó el camino en busca del motivo del ruido y se encontró con un tigre en el fondo de un profundo agujero.

«¡Ayudadme!». Gritaba el tigre. *«¡No puedo salir de este pozo!»*

«¿Por qué debería ayudaros?». El joven preguntó.

«Ayudadme, por favor», dijo el tigre. *«Os lo agradecería mucho. No deseo permanecer aquí».*

El joven era una persona amable. Poco después, encontró un palo grande y lo introdujo en el agujero para que el tigre pudiera salir.

«Ya está», dijo. *«Bien, seguiré mi camino».*

«¡No tan rápido!». El tigre gruñó. *«Os voy a comer».*

«Pero dijisteis que me agradeceríais que os dejara salir». En ese momento, el joven se sobresaltó.

«Estoy muy agradecido», respondió el tigre. *«Sin embargo, soy un tigre y la gente ha cavado esta trampa para mí. Ahora os comeré».*

«¡Esperad!». El joven gritó. *«Pidamos la opinión de otra persona si está bien que me comáis».*

El tigre accedió, y pronto se encontraron con un pequeño conejo y le contaron su historia. El conejo arrugó la nariz.

«Antes de poder decir sí o no, tengo que ver exactamente lo que pasó».

Volvieron al agujero donde habían encerrado al tigre. El conejo se asomó por el borde. *«¿Estuvisteis ahí abajo?»,* preguntó y el tigre asintió.

«Enseñadme», dijo el conejo. El tigre, ansioso por comerse al muchacho, saltó al pozo. *«¿Estaba allí el miembro cuando el niño*

se acercó?», preguntó el conejo.

«No», respondió el muchacho mientras volvía a sacarlo.

El conejo se asomó al borde. *«He decidido que no es justo que el tigre se coma al niño. Que estéis enfadados con la gente que cavó la fosa no significa que sea justo que os lo comáis. Deberíais haber agradecido su ayuda».* Y con eso, el conejo se alejó dando saltitos, y el joven corrió hacia el pueblo, dejando al tigre aullando en la fosa.

—¡Conejo gracioso! Engañó al tigre para que volviera al foso. —Bram aplaudió.

—Sí. —Arbela se inclinó sobre él para besarle la frente—. ¿Creéis que estuvo bien que el tigre quisiera comerse al muchacho porque estaba enfadado porque alguien había cavado el hoyo?

—No fue culpa del muchacho que el tigre estuviera atrapado. El tigre debería haber sido más amable. —Bram se acurrucó bajo su manta y Toros arropó su peludo cuerpo contra su costado. Después el infante envolvió sus dedos en la piel del perro y sus párpados se agitaron. Por último, Arbela acarició su cabeza y se levantó, indicando a Caelen que saliera de la habitación con ella.

—Ahora dormirá. —Cerró la puerta—. Se calmará mientras Toros permanezca a su lado. Y la tía Zora está ahí por si necesita más.

—Sois una mujer rara, Arbela. Lo que habéis logrado en Bram es notable.

—Es un niño maravilloso. No puedo atribuirme el mérito de su curiosidad natural y de los modales que ya le han inculcado.

—Ilene… —Caelen frunció el ceño y se llevó una palma a la cabeza.

—Me han dicho que la han echado. Es mejor que la muerte de un

traidor, aunque con lo encaprichada que estaba con Bram, quizá piense lo contrario. —Arbela levantó una mano para detener sus palabras.

—Ella tenía parientes que la tomarían. Dudo que le queden muchos años. Ya no puede hacer más daño.

—Gracias por venir esta noche. Bram siempre está feliz de pasar tiempo con vos. —Inclinó la barbilla—. ¿Teníais alguna otra razón?

A continuación, Caelen cambió de peso y se apoyó en la pared, con el hombro a la altura de la cabeza de su esposa. Su aroma llegó hasta ella, y se dio cuenta de que se había tomado su tiempo para bañarse.

—Quería hablar con vos. Estas últimas semanas hemos tenido pocas ocasiones de pasar tiempo juntos.

—No me parecería mal que fuéramos a vuestra habitación. A menudo hay oídos invisibles en los pasillos.

—Por favor. —Caelen se apartó de la pare, cruzó hacia su puerta y le indicó que atravesara el portal abierto—. Sabéis que es *nuestra* habitación, no sólo la mía.

—Claramente, me expresé mal. —Sin embargo, seguía sintiéndose incómoda en una cama que había arrebatado a su legítimo propietario. No consideraba que el asunto entre ellos estuviera zanjado. Al cabo de unos instantes, se sentaron junto a la chimenea.

—Un asunto bastante serio —dijo Caelen. Mientras tanto, Arbela enarcó una ceja, pidiendo explicaciones—. Parece que hay un lobo en la zona. Se ha llevado unas cuantas ovejas, y el pastor está comprensiblemente disgustado.

—Puedo ofrecer a Toros y Garen durante unos días. Son criados

como protectores de un rebaño. Aunque no van a rastrear a un lobo, tal vez podrían disuadir a uno hasta que se mueva a una presa más fácil.

—Una idea sólida. Lo mencionaré.

—Yo tengo una para vos —contestó Arbela—. Padre os había ofrecido un puesto en su negocio naviero, y lo único que nos queda es descubrir qué podemos ofrecer como mercancía comercial. Ya lo había pensado antes, pero cuando llegué a través de los almacenes de la cocina y encontré los barriles de *whisky*, me di cuenta de lo que tenéis en abundancia y que otros querrán. —Sonrió—. Menos lo que bebieron los MacGillonay, claro.

—¿Creéis que podemos sacar provecho de nuestro *whisky*? Me gustaría, de hecho.

—No veo por qué no. Podemos discutir un nombre para venderlo, y tal vez una marca estampada en las cabezas de los barriles lo distinguiría.

—Sois una mujer con talento —murmuró Caelen y luego se inclinó hacia delante, con la mirada fija—. Veo mucho más en vos que aquel día que pedí vuestra mano. Sé que no nos casamos en las mejores circunstancias. Sin embargo, *estoy feliz* de haberos elegido como mi esposa.

CAPÍTULO 28

El fuego de la habitación ardía débilmente, pero las mejillas de Arbela ardían.

—Apenas sé qué hacer o pensar —admitió, odiando la sensación de encontrarse en una posición que no estaba bajo su control.

—¿Qué he hecho yo para provocar esto? —preguntó Caelen—. ¿Qué os hace dudar de aceptar mi oferta?

—Las cosas han cambiado. —Odiaba la vaguedad de sus propias palabras.

—Somos los mismos que dijimos nuestros votos hace casi dos meses

—argumentó Caelen—. Decidme qué ha cambiado.

—No somos los mismos. Últimamente habéis hecho cosas que no sé explicar.

—Tal vez podríais decírmelo, y yo podría ofreceros una perspectiva.

—Me habéis halagado.

—Imperdonable.

Lady MacKern le lanzó una mirada tranquilizadora y la mueca ascendente en el lado derecho de su boca se suavizó, aunque el brillo de sus ojos permaneció.

—Me habéis dado las gracias por hacer simplemente lo que acordé.

Me regalasteis una flor. Me ayudasteis a dormir a Bram. Y os ofrecisteis a compartir vuestra cama y vuestra habitación en los términos más amables posibles.

—Una vez os pedí que hablarais claro, y yo os ofrecería la misma cortesía. A la luz de los cambios que habéis provocado, por agradables que sean, debo preguntaros si esperáis que cambie mi parte del trato —suspiró.

Caelen se levantó y frotó su barbilla, como perdido en sus pensamientos. Justo cuando ella imaginaba que se vería obligada a golpear el suelo con la punta del pie, impaciente, él la miró de manera interrogante.

—De todas las cosas que me has enumerado, de las que admito que soy culpable, hay una que he descuidado.

—¿Oh? Por favor, decidme cuál es.

—Me acusasteis de halagaros, y admito que lo hice. Sin embargo, os lo merecíais, pues no recuerdo una muchacha que haya hecho tanto y recibido tan poco a cambio. —Caelen se quedó pensativo.

Arbela abrió la boca, pero Caelen levantó un dedo, silenciándola, aunque iba contra su naturaleza dejar pasar la cuestión.

—Ya os dije por qué os di la flor. Alegraba nuestra mesa, casi tanto como vos.

En ese momento, el rostro de Arbela se acaloró al recordar la forma en que él había expresado ese cumplido en particular.

—Bram también es responsabilidad mía, y me gusta oír vuestras historias. Por lo tanto, atender a su hora de dormir no es un punto a mi favor. En cuanto a lo de compartir mi cama, os trajeron aquí inicialmente para que os cuidarais después de vuestra herida, y estuve totalmente de acuerdo. Ahora que vuestra tía está aquí, es lógico que sigamos compartiendo la habitación. No había ninguna expectativa más allá de dormir cuando hice la oferta. Recordáis nuestro acuerdo, ¿verdad? —

continuó Caelen.

«¡Hombre insufrible! Sabe muy bien que recuerdo nuestro acuerdo».

Por su parte, Arbela asintió bruscamente, sin darle la satisfacción de explayarse poéticamente sobre ese punto.

—Hay una cosa, sin embargo, de la que no me acusáis, y me disculpo por haber sido tan negligente que no os disteis cuenta. —Se acercó.

—¿Oh? ¿Qué es eso? —Arbela se devanó los sesos para recordar, reacia a darle ventaja.

De pronto, el lord la puso de pie, apenas le rozó la barbilla con las yemas de los dedos, y colocó su rostro muy cerca del suyo.

—Admito que quiero besaros. —Enseguida, sus labios se movieron suavemente contra los de ella, interrogantes, deseosos. Arbela respiró con dificultad, con toda la capacidad de sus pulmones, y se impulsó sobre los dedos de los pies mientras las sensaciones recorrían su cuerpo. Aunque había intentado olvidar, diciéndose a sí misma que era inútil pensar en la decepción de su noche de bodas, no podía negar el placer de su contacto.

Las manos de Caelen la sujetaron por la cintura y tiraron de ella. Sus labios se deslizaron hambrientos sobre los de su esposa, con un suave gruñido en su garganta. Arbela deslizó las manos entre ambos, apoyándolas en su pecho. Caelen rompió el beso, pero no permitió que ella se apartara.

—¿Adónde nos lleva esto? —A pesar de sus recelos, disfrutó sintiendo sus brazos a su alrededor.

—Creo que es grandioso que un marido ame a su mujer.

—¿Estáis preparados para lo que esto puede suponer? —Arbela se echó hacia atrás, mirándole como si quisiera adivinar sus pensamientos.

—Creo que sé cómo funciona esto. —Sus labios esbozaron una sonrisa irónica.

—Nos comprometimos en matrimonio sólo de nombre. Uno en el que soy libre de actuar y vestirme como me plazca. Un matrimonio en el que tengo vuestra protección, pero no vuestro respeto. Vuestra autoridad, pero no vuestra presencia. —Arbela negó con la cabeza.

—Arbela, admito que cuando os conocí me parecisteis una joven arrogante y muy mimada por su padre. Vuestras ropas eran extravagantes, y ostentabais el rescate de un rey en joyas colgadas del cuello sin apenas pensar en su valor. Erais franca y nadie os hacía caso. —Caelen hizo una mueca.

—Es una maravilla que os casarais conmigo —bromeó Arbela, tratando desesperadamente de disimular su decepción ante la imagen que había pintado.

—Escuchad bien, Arbela. Desde que os conozco, sé que no sois arrogantes, que estáis segura de vos misma. No mentís y admitís cuando no podéis hacer algo. Vuestro padre os adora, pero porque está orgulloso de vos, no porque no pueda manejaros de otra manera. La ropa que lleváis es parte de lo que sois. Confieso que a veces apenas puedo apartar los ojos de vos. Además, sois franca, honesta, amable, y usáis vuestras palabras para inspirar, no para destruir. Nunca haría nada a sabiendas para cambiaros.

Apenas soy digno de vos y, sin embargo, os pido que nos deis la oportunidad de conocernos. —Sonrió suavemente y sacudió la cabeza.

—Sois un hombre honorable, Caelen. De eso no me cabe duda. No os causaré pena ni vergüenza. Sin embargo, no estoy segura de que un cambio de reglas a estas alturas sea lo mejor para mí. —Arbela apoyó una mano en su brazo.

—¿Mis atenciones son una carga para vos? —preguntó Caelen, casi sin dejar entrever la amargura de su voz.

—No tengo con qué comparar vuestras atenciones —añadió—. Pero no venderé mi libertad por lo que es mejor dejar en el pasado. —Arbela

suspiró.

* * *

Arbela dejó caer al suelo un gran zurrón con cordón en un rincón del torreón, más allá de la herrería. El único árbol proyectaba su sombra sobre la hierba. Bram se dejó caer junto al zurrón, mirándolo con interés.

—Sé que vuestro padre os está enseñando a usar la espada —dijo Arbela—. Ha mencionado más de una vez el buen trabajo que hicisteis creando tanto la espada como el *targe*.

—Padre dice que tendré una espada de verdad cuando sea mayor. —

Bram sonrió.

—Sí, vuestra práctica os dará ese privilegio con el tiempo. Sin embargo, creo que es hora de enseñaros a usar el arco.

—No soy lo suficientemente grande. El arco de padre es el doble de grande que yo. ¡Y más grande que vos! —El semblante de Bram decayó.

—Es verdad, *Bram-jan*. Pero mi arco es del tamaño adecuado. —

Arbela sonrió, metió la mano en el zurrón y sacó su arco curvo. Los ojos del niño se agrandaron y se puso en pie de un salto.

—¡Ya lo recuerdo! Vencisteis a mi padre con este arco. ¿Puedo probarlo?

—Precisamente por eso estamos aquí. —Le entregó el ligero arco. Sin cuerda, parecía una letra «C» grande y poco profunda y Bram sujetó el centro, sosteniéndolo hacia atrás mientras apuntaba a enemigos imaginarios.

—Necesita una cuerda.

—Sí. Mirad cómo la enlazo, porque la forma girará sobre sí misma, haciéndola muy fuerte. Agradeceréis esos músculos que

habéis estado desarrollando estas últimas semanas.

Posteriormente, *lady* MacKern hizo una demostración mientras Bram miraba, con su curiosidad desatada. Mostrándole el producto terminado, aflojó el arco y le hizo repetir el proceso hasta que ella estuvo convencida de que entendía y podía realizar la hazaña. Luego sacó de su zurrón un jirón de lino pegado a un pequeño cuadrado de madera y lo apoyó contra el árbol.

Después de darle una breve lección sobre el emplumado, disparó una sola flecha. Ansioso por probar el arco, Bram estudió todos sus movimientos. Su

entusiasmo llegó al máximo cuando ella le colocó un fino brazalete de cuero en el antebrazo izquierdo.

—Soy un arquero de verdad. —Agitó el brazo.

—Sí. Lo hice para que no sufrierais quemaduras en el brazo con la cuerda del arco. Por eso los arqueros de verdad los llevan.

Con el entrenamiento de Arbela, Bram disparó flecha tras flecha al blanco. Y falló todas las veces.

—El arco no es demasiado grande, pero no puedo dispararlo bien. —

Frunció el ceño.

—Sí. Disparar un arco no es como blandir una espada. Hay una delicadeza, una unidad con el arco que sólo se consigue con la práctica.

Debéis concentraros en el proceso hasta que ya no tengáis que pensar en cada paso y se convierta en parte de vos. El arco, una extensión de vuestro brazo, la flecha, un reflejo de vuestro pensamiento cuando la lanzáis al blanco.

Bram la miró fijamente y ella esperó a oír su decisión. Como ella esperaba, su mandíbula se cuadró y sus ojos brillaron al aceptar el desafío.

Se parecía tanto a su padre.

—¿Puedo tener un arco como el vuestro?

—Decidme de qué creéis que está hecho el mío y luego encontraremos los elementos necesarios para fabricar vuestro propio arco.

Enseguida, Bram se apresuró a estudiar el extraño arco. Su tamaño y forma lo hacían perfecto para disparar desde el caballo y se ajustaba a la baja estatura de Arbela, que observó cómo Bram pasaba un dedo por las capas de cuerno de carnero y madera, las cuales hacían que el arco fuera fuerte y flexible.

—La gente de Levante no utiliza el arco largo como se hace aquí.

Cuando dominéis el tiro al blanco desde el suelo, os enseñaré a usarlo a horcajadas sobre vuestro poni.

Si ella pensaba que Bram estaba entusiasmado con la perspectiva de fabricar su propio arco y aprender a utilizarlo, apenas podía contener su alegría ante el nuevo regalo que se le ofrecía.

—¡Sois la mejor madre del mundo! ¿Os importa que a veces os llame mamá?

Las lágrimas se agolparon en la garganta de Arbela, que sólo pudo asentir. Con este contrato matrimonial, sería el único hijo que lo haría.

* * *

Caelen luchó por no enfadarse. No es que hubiera mostrado su decepción -que poco a poco se había ido agriando- por la decisión

de Arbela mientras cada uno buscaba su descanso. En cambio, había intentado mostrar su interés por ella y se había pasado dos días enteros pensando en cosas que le gustarían a Arbela. Y todo para nada. No sabía cómo ganarse el favor de su esposa.

No podía competir con su guardarropa -y no sabría dónde encontrar la ropa que ella prefería- y ella tenía joyas que él nunca había visto. Se tranquilizó un poco al notar que el anillo con el trozo de jaspe que él le había puesto en el dedo en su boda no había desaparecido nunca de su mano. A su esposa le gustaban las palabras. Y tal vez los actos. Desde luego, prefería las palabras directas a los halagos. Pero cuando la alababa, la mujer sospechaba. Entonces gruñó. Era como si la muchacha nunca hubiera oído un cumplido antes.

—¿Cómo cortejas a una muchacha que no desea ser cortejada?

—¿Habláis del acuerdo? —Rory levantó la vista de la espada que estaba afilando y bajó el tono de voz para no llamar la atención sobre su conversación. Los ruidos de la herrería tendían a ahogar las bromas que no se gritaban, pero quién sabía cuándo un oído ocioso haría el esfuerzo de escuchar.

De pronto, Caelen asintió, luego echó un vistazo a la zona bajo el cobertizo donde varios hombres afilaban cuidadosamente sus armas. Se levantó, haciendo un gesto con la cabeza para que Rory lo siguiera. Algunas miradas curiosas los siguieron, pero rápidamente volvieron a sus exigentes tareas.

—¿Habéis decidido, entonces, cambiar el contrato entre vosotros? —

preguntó Rory.

—Confieso que la muchacha ha captado mi atención. —Apenas era una pregunta, y Caelen se encogió ligeramente de hombros.

—Ya era hora de que os dierais cuenta. A duras penas puede

apartar sus ojos de vos, y habéis estado deambulando como un loco estas últimas semanas. —Rory sonrió.

—¿Semanas? No. Tal vez unos días.

—Le habéis estado echando el ojo desde antes de la debacle con MacGillonay.

—¿Creéis que se la puede convencer para que abandone esa idea que tiene? —Caelen ignoró la declaración de Rory.

—No si adoptáis esa postura. Me dijisteis que era un acuerdo mutuo, que a ninguno de los dos os importaba involucraros con el otro. El simple hecho de que hayáis cambiado de opinión no significa que ahora podáis considerarlo una mala idea. —Las cejas de Rory se elevaron.

—No sé cómo cambiar las cosas. Le di flores, la felicité. ¿Qué quiere una muchacha como ella? —Caelen rascó su mandíbula.

—Supongo que respeto. Aunque eso sólo os hará la vida más fácil, no necesariamente os la llevaréis a la cama.

—Mi vida ya es más fácil gracias a ella. La quiero voluntariamente en mi cama.

—Dadle algo que nadie más tenga —aconsejó Rory.

—Habéis visto nuestras arcas. No se prestan a compras extravagantes.

Y no puedo superar la colección de joyas de mi esposa. Tiene piedras como nunca he visto. Algunas parecen haber sido puestas por un pájaro bastante grande y vistoso. —Caelen le lanzó una mirada mordaz.

—No pestañea ante las gemas a menos que adornen la empuñadura de una espada nueva. Y he visto su armamento. Es

incomparable. —Rory sonrió, más se puso serio al instante y Caelen se giró hacia él—. Pasad tiempo con vuestra esposa. Preguntadle por su vida en Tierra Santa, cómo es el mundo allí. Ha visto cosas que ni vos ni yo habríamos soñado y es probable que también haya visto más batallas. Compartid con ella algo más que los problemas del clan. Habladle de vuestra vida de muchacho en las Tierras Altas. Apuesto a que estará interesada en escuchar la historia.

Asimismo, Hacedle entender que ella tiene más valor para vos que su dote y su habilidad para mantener vuestro hogar. Un hombre que sólo busca la unión de su esposa en la alcoba, pero no en el resto de su vida, pronto recibirá la misma porción a medias que da.

—¿Y dónde obtuvisteis tal conocimiento de las mujeres, mi soltero amigo? —Caelen gruñó. Reconocía que su sarcasmo era una mala forma de ocultar su propia ignorancia sobre cómo mantener una esposa, pero la evidente diferencia entre los consejos de Rory y su propia experiencia lo humilló.

—Los hombres de mi familia valoran a sus mujeres como algo más que un recipiente preparado para saciar sus lujurias y dar a luz a sus hijos.

Tienen cuidado con quién se atan y luego se comprometen a forjar una verdadera pareja, como un herrero combina hierro y carbón en su fragua. —

Rory esbozó una sonrisa optimista. Luego arqueó una ceja—. Y yo tendré el mismo cuidado cuando llegue el momento de casar a mi hermanita.

En ese momento, Caelen se dio cuenta de la veracidad de la afirmación de Rory al recordar a la pareja que había considerado un segundo par de padres, ahora fríos en la tumba. De pronto, una extraña sensación le atenazó el centro del pecho al reconocer la pena de no poder consultar la sabiduría de sus mayores. Su clan había perdido más a causa de la epidemia de lo que había

imaginado en un principio.

—¿Cómo voy a forjar un vínculo así cuando sólo tengo la amargura de mi pasado matrimonio?

—Siempre veis un objetivo y seguís adelante, sin preocuparos de las tiernas plantas que pisoteáis por el camino. Los hombres os llaman el Toro de las Tierras Altas por una buena razón, amigo mío. Al cortejar a vuestra esposa, avanzad paso a paso. Dadle algo que valoréis y que nunca hayáis compartido con otra persona. Ofrecedle algo de vos mismo. —Rory negó con la cabeza.

CAPÍTULO 29

Zora desplegó los pies del asiento de la amplia silla, estirando los dedos hacia el hogar. Arbela le envió una mirada interrogante, reacia a retirarse a su habitación, aunque su tía diera muestras de inquietud.

—Os habéis casado con un hombre reflexivo —murmuró Zora—. Me pregunto por qué os quedáis junto al fuego cuando vuestro marido os espera.

—Mi marido no me echará de menos. —Arbela suspiró, saliendo del agradable estado de somnolencia en que había caído después de que Zora y ella acostaran a Bram.

Casi de inmediato, aquella confesión le dolió.

—Ésas no son las palabras de una mujer en las primeras semanas de matrimonio —señaló Zora—. Comprendo que estas cosas pueden llevar tiempo, pero me duele ver que os habéis distanciado tanto.

—No hagáis de esto un problema, por favor —dijo Arbela—. No podéis ver mi corazón.

—No, es cierto. Pero puedo ver la tristeza en vuestros ojos, y creo

que las dos cosas no están separadas. ¿Hay alguna razón por la que no hayáis hablado de lo que os aleja de su cama? —Zora se inclinó más cerca—. No veo signos de abuso físico, y os he cuidado durante casi siete días. Aunque acumuláis moratones como la mayoría de las jóvenes acumulan hilos de bordar, no he visto nada fuera de lo normal. ¿Os ha reñido injustamente?

Las palabras pueden crear heridas más profundas.

—No. —Un fantasma de sonrisa contrarrestó los pensamientos de Arbela—. Creo que entiende que levantarme la mano sería una muy mala idea. Y sus palabras son siempre corteses.

—¿Simple cortesía? Sus acciones hablan de mucho más.

—Me alegra que lo veáis así. —Arbela no deseaba entrar en esta conversación con su tía demasiado observadora.

—Arbela, creo que hay más en esto de lo que queréis admitir. Aunque han pasado muchos años desde que compartí mi vida con un marido, tal vez tenga un consejo que compartir. O al menos, un oído comprensivo.

—Tengo un matrimonio perfectamente agradable, *morak'uyr*. —

Arbela dirigió una mirada a la cama de Bram, asegurándose de que dormía.

—Eso explicaría por qué ninguno de los dos pasáis tiempo en presencia del otro —bromeó Zora en voz baja.

Arbela suspiró, deseando no sentir la tentación de compartir su dilema.

Pero la idea de extender sus votos a un lecho matrimonial le helaba el corazón dolorido, y no conocía a nadie más con quien pudiera hablar. No podía explicar la sensación de hundimiento que sintió al descubrir el cambio de actitud de su marido. Muchas

mujeres disfrutarían de las atenciones de Caelen. ¿Por qué no podía aceptar lo que él le ofrecía?

Porque no sabía hasta qué profundidad estaba enterrado el anzuelo.

—Caelen y yo acordamos el matrimonio por dos razones. Por un lado, él necesitaba mi dote y, por otro, alguien que cuidara y protegiera a Bram.

—Volvió a suspirar—. Por otra parte, yo deseaba un matrimonio en el que no hubiera expectativas de que yo cambiara. Él no me deseaba, ni yo a él, y prometimos vivir amistosamente, aunque separados.

Zora permaneció en silencio mientras Arbela esperaba el desacuerdo que, estaba segura, seguiría a su confesión. Cuando Zora no dijo nada, Arbela añadió algo en su defensa.

—He visto mujeres absorbidas por las expectativas de sus maridos. Ya no son libres de hacer otra cosa que someterse a una lista común de crianza, tareas domésticas y estar disponibles para los caprichos de sus maridos.

—Algunas mujeres ansían tener hijos y su propio hogar, aunque veo que esto no os interesa. —Zora volvió a moverse en su silla, inclinándose un poco más—. ¿Pero qué hay de la relación? Un matrimonio basado en nada más que cumplir un papel superficial a menudo deja frío el corazón.

No obstante, si una esposa y su marido se cuidan mutuamente -y cuidan esta relación con afecto y confianza-, todo lo demás caerá en su lugar natural.

—¿El *lugar natural* no es otra frase para el *trabajo de las mujeres*? Me han acusado de muchas cosas, pero desear el trabajo de la mujer no es una de ellas.

La suave risa de Zora confundió a Arbela. Una impresión la atormentaba… una que le decía que se había perdido algo importante en la lucha por mantener su libertad. La sensación *no* era agradable.

—Hay un momento y un lugar para todo, querida. Dar de uno mismo hace crecer vuestro corazón. Cuidar de otra persona aumenta vuestra capacidad de recibir amor. Si un marido y una mujer se aprecian de verdad, criar a los hijos y cuidar del hogar ofrece muchas oportunidades para demostrar su estima. El mero hecho de que Caelen y vos tengáis algunos de los mismos puntos fuertes no significa que ninguno de los dos pueda ofrecer ayuda allí donde se perciba una debilidad.

—En ninguna parte de mi matrimonio hay lugar para ese tipo de consideración. Simplemente se entiende que cada uno cumplirá con sus obligaciones, negando la necesidad de interferencia del otro. —Arbela meneó la cabeza.

—Mi dulce niña. ¿No os he querido lo suficiente a lo largo de los años? ¿Vuestro padre o vuestro hermano no os han demostrado cuánto respetan las habilidades que tenéis? —La cabeza de Zora se inclinó tristemente hacia un lado.

—Claro que me habéis querido, me habéis cuidado y aconsejado a tiempo. Mi padre siempre me ha querido, con una pequeña aversión hacia algunas de mis habilidades más sospechosas —añadió con un irónico intento de humor y luego miró con sorpresa a Zora—. Y Alejandro es mi hermano y tiende a burlarse de mí, pero siempre me ha apoyado.

—Entonces, ¿por qué suponéis que vuestro marido no puede hacer también estas cosas?

—A mi marido le apodaron el Toro hace años por su terquedad. Ama a Bram a su manera, y ha aplaudido mis habilidades, aunque como se utilizaron en su defensa, es lo justo. Pero se niega rotundamente a darle importancia a una mujer en su vida. Y

después de oír rumores sobre su primera esposa, creo que hay una causa justa. —Arbela rio para disimular su malestar.

—Se preocupa por vos, Arbela —insistió Zora en voz baja—. No me hacía ilusiones de que se casara con vos por amor, y estoy segura de que no pensabais semejante tontería. Puede que sea testarudo, pero no creo que sea duro de corazón. Mi única experiencia en su presencia ha sido desde que llegué aquí hace casi tres semanas. He observado muchos pequeños actos de amabilidad de su parte. A menos que haya algo más que no veo, sospecharía que su marido se está enamorando de vos.

* * *

El agua fría cayó sobre el cuello y la cabeza de Caelen. Se enderezó y sacudió la cabeza, haciendo volar el exceso de humedad. Unos ojos oscuros enmarcados por una masa de cabello le miraban desde el otro lado de la tina. El cuerpo que había debajo de esa cabellera estaba vestido con una túnica de seda de un rojo oscuro resplandeciente, la favorita de su esposa.

Parpadeó a través de las gotas de agua prismática, incrédulo, pero Arbela seguía allí. Reprimió el repentino interés de su cuerpo y se frotó enérgicamente el cuadrado de lino por la cabeza antes de pasárselo por los hombros.

—¿A qué debo este placer? —Una rápida oleada de preocupación aceleró su corazón, pero volvió a la normalidad ante la firme mirada de Arbela.

«No se trata de Bram».

Enseguida, Arbela se acercó a él, balanceando suavemente el cuerpo con paso vacilante. Se detuvo, con la punta de un dedo en el borde del abrevadero, como si probara su equilibrio.

—He tenido una interesante conversación con mi tía. —Levantando su mirada hacia la de él, vio algo receloso acechando

en las oscuras profundidades—. He meditado sus palabras desde entonces y creo que debería hablar de esto con vos.

—Por supuesto. Estoy ansioso por oír lo que vos -o Zora- tenéis que decir. —Caelen se quitó la tela de los hombros e hizo una leve reverencia.

—Estos son mis pensamientos, aunque impulsados por algo que ella dijo. —Las mejillas de Arbela se sonrojaron. Enseguida, le siguió el paso y Caelen consideró otro aspecto inesperado de su esposa. Otras mujeres le precedieron, o quizá se quedaron un paso o dos por detrás. Arbela le seguía el paso, a su lado. Y a lord MacKern le gustaba. Las palabras de Rory le vinieron a la mente y se detuvo. En ese momento, Arbela le lanzó una mirada inquisitiva.

—¿Vamos a un lugar privado? Me parece que esto es algo más que una discusión sobre el estado de la despensa que tenéis en mente.

Arbela asintió y se volvió con él hacia la puerta. Caelen rechazó el ofrecimiento silencioso de un guardia discreto para escoltarlos, con una leve

sonrisa en los labios al pensar que su esposa no era suficiente protección.

La había observado lo suficiente como para saber que nunca llevaba menos de cinco espadas ocultas. Su mirada era rápida, y no se derrumbaría al primer indicio de peligro.

¿Qué no podría lograr con una docena de hombres de las habilidades y la inteligencia de Arbela?

Posteriormente, se dirigieron hacia la playa, pero tomaron la subida inclinada hacia el sur, la misma ruta que Arbela había recorrido casi un mes antes cuando huía de Dunfaileas. Dieron la vuelta al castillo y se acercaron a las murallas por la cresta sur.

—Estuve en este lugar con Alejandro. —Arbela caminó desde el lado de Caelen hasta la escarpada caída que dominaba Dunfaileas. Luego se quedó mirando el castillo un momento antes de ponerse frente a él—. Un buen arquero podría eliminar a los hombres de la muralla.

Sorprendido, Caelen se movió a su lado, juzgando la distancia. Un soldado, su cuerpo de líneas indistintas y sombra, caminaba por la almena.

—Está demasiado lejos.

—No tengo mi arco o pondría a prueba mi afirmación. Como dije, se necesitaría un buen arquero, tal vez uno excelente. Y el mal tiempo destruiría su puntería. Es algo a tener en cuenta. —Arbela se encogió de hombros.

—Aunque aprecio vuestra perspicacia en la defensa del castillo, os he traído aquí porque era uno de mis lugares favoritos cuando era muchacho.

—Mi padre era un hombre duro y no soportaba la ociosidad. Sin embargo, a veces necesitaba un lugar fuera de su vista y de su conocimiento, un lugar que fuera sólo mío. —Arbela le dirigió una mirada interesada que le reconfortó el corazón. Envalentonado, Caelen continuó y levantó la barbilla hacia la pequeña bahía—. La vista desde aquí es buena,

¿verdad?

De pronto, el rostro de *lady* MacKern se iluminó con los rayos del sol mientras miraba hacia la vista. Caelen endureció su cuerpo ante la encantadora visión, su piel dorada, los hilos de su túnica centelleantes mientras el ligero viento amoldaba la tela a su cuerpo. El lord intentó ver la bahía a través de sus ojos, la única torre de Dunfaileas que se alzaba tras la muralla, reflejada en las plácidas aguas del lago. Enmarcadas por las ramas

de los árboles, las barcas que regresaban de faenar no parecían más que los juguetes de un muchacho.

—En otoño, cuando el calor del verano desaparece y las hojas cambian de color, del verde al rojo, naranja y amarillo, es realmente fascinante.

—No sé si lo que más me desafía es el calor del verano, la idea de una vista tan colorida o el hecho de encontrar un corazón de artista en vuestro cuerpo de guerrero. —Arbela agitó la cabeza. La incomodidad de expresar sus pensamientos, aquellos que había escondido en lo más profundo de su corazón, se desvaneció bajo sus suaves palabras.

—Habladme del verano en Levante.

—El calor, suficiente para secar vuestros huesos, ya que se filtra a través de vuestra piel. Si bien Mseilha reside en los puertos de montaña, a pocos kilómetros tierra adentro, es suficiente para atemperar el sol del verano. El viento es cálido y seco, aunque el aire es bastante húmedo en la costa. —Sus ojos se cerraron como para ayudar a recuperar los recuerdos.

—¿Y qué pasa con la lluvia? —No pudo evitar bromear.

—En una semana llueve más que en un año. —Arbela abrió los ojos.

Seguidamente, una sonrisa levantó una comisura de sus labios. En ese instante, el corazón de Caelen palpitó con fuerza y se dio cuenta de que no podía apartar la mirada de aquella curva tan suave y atractiva. Se acercó más, y las yemas de los dedos dibujaron suaves líneas en la mejilla de su esposa. Ella levantó su rostro y Caelen rozó sus labios con los suyos.

«Tan suaves. Tan increíblemente suaves».

De pronto, los labios se separaron y la lengua de él hizo una

pequeña incursión en los suyos. Arbela se quedó sin aliento, pero no retrocedió.

Caelen deslizó una mano alrededor de su cintura y tiró de ella para acercarla. Luchando contra su ardiente respuesta, rompió el beso con un suspiro y tocó su frente con la de Arbela, recurriendo a reservas desconocidas de fuerza para evitar rodearla con sus brazos y estrecharla contra él.

—¿De qué queríais hablar? —preguntó el lord.

—De esto. —Deslizó sus manos por su pecho.

* * *

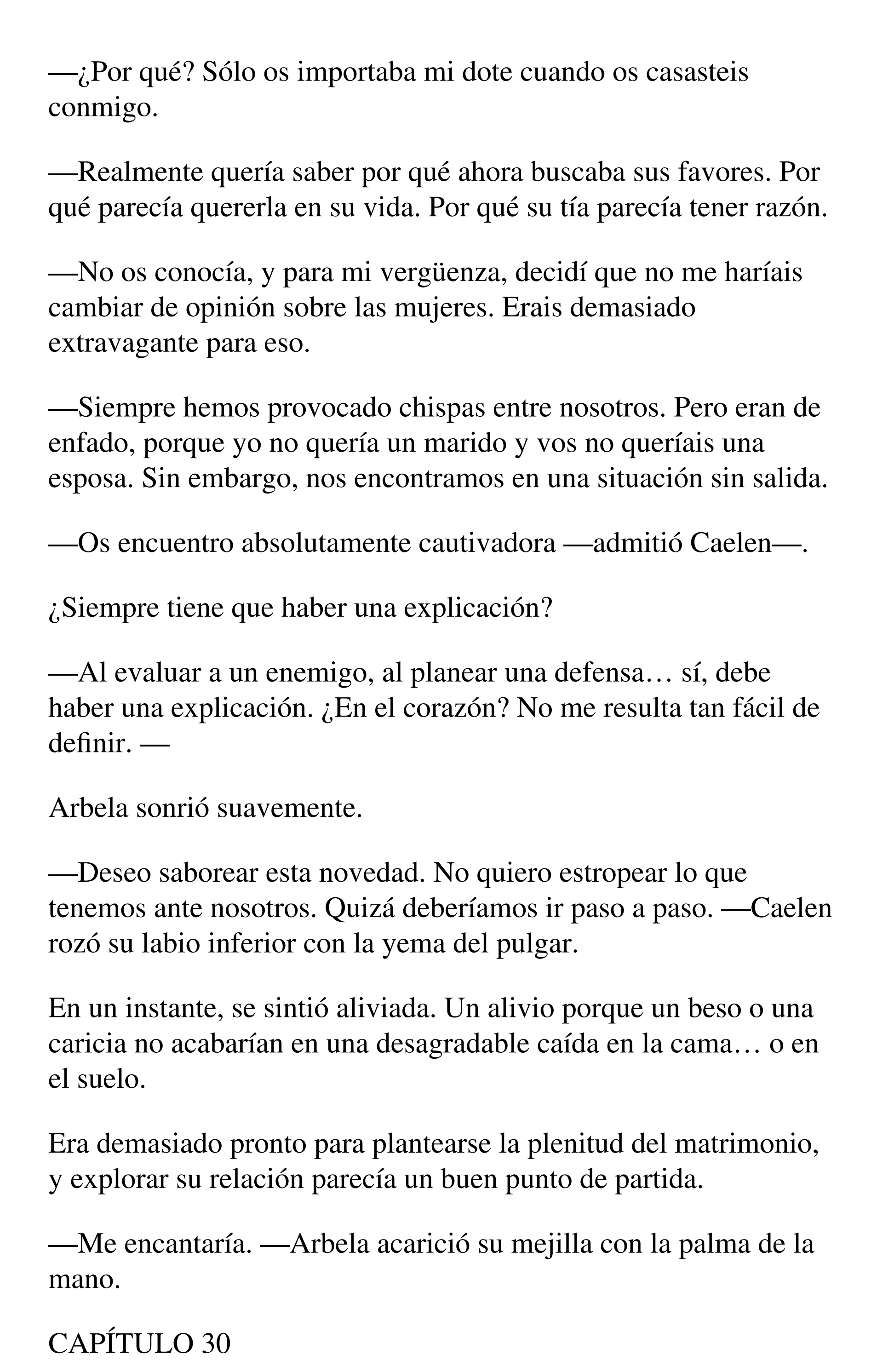
El roce de sus labios con los suyos hizo que su mundo diera un vuelco.

No fue un beso *por obligación*, ni un tanteo vacilante entre dos personas que no se conocían y eran reacias a llevar la relación más lejos. No llegó a ser exigente, pero Arbela sintió que él se contenía, dándole a ella el poder de aceptar o retirarse. Ella decidía adónde llevaba el beso, si besarlo o no. A continuación, colocó las palmas de las manos en las esquinas de su mandíbula y acercó su rostro. Le mordisqueó el labio inferior y al instante sintió su pulso saltar bajo sus manos. Había poder en el beso, en su beso, y el saberlo casi la aniquiló.

El calor se apoderó de ella, acumulándose en su vientre. Se echó hacia atrás, sorprendida por la sensación. Un mes antes no había sentido ningún deseo de que él la tocara, y la consumación de sus votos le había hecho comprender una cosa: no echaría nada en falta si él no volvía a tocarla.

—¿Qué ha cambiado? —Se puso rígida, sorprendida de haber formulado la pregunta en voz alta.

—Me importáis —respondió Caelen, con un susurro en la voz.



—¿Por qué? Sólo os importaba mi dote cuando os casasteis conmigo.

—Realmente quería saber por qué ahora buscaba sus favores. Por qué parecía quererla en su vida. Por qué su tía parecía tener razón.

—No os conocía, y para mi vergüenza, decidí que no me haríais cambiar de opinión sobre las mujeres. Erais demasiado extravagante para eso.

—Siempre hemos provocado chispas entre nosotros. Pero eran de enfado, porque yo no quería un marido y vos no queríais una esposa. Sin embargo, nos encontramos en una situación sin salida.

—Os encuentro absolutamente cautivadora —admitió Caelen—.

¿Siempre tiene que haber una explicación?

—Al evaluar a un enemigo, al planear una defensa… sí, debe haber una explicación. ¿En el corazón? No me resulta tan fácil de definir. —

Arbela sonrió suavemente.

—Deseo saborear esta novedad. No quiero estropear lo que tenemos ante nosotros. Quizá deberíamos ir paso a paso. —Caelen rozó su labio inferior con la yema del pulgar.

En un instante, se sintió aliviada. Un alivio porque un beso o una caricia no acabarían en una desagradable caída en la cama… o en el suelo.

Era demasiado pronto para plantearse la plenitud del matrimonio, y explorar su relación parecía un buen punto de partida.

—Me encantaría. —Arbela acarició su mejilla con la palma de la mano.

CAPÍTULO 30

—¿Por qué no puedo enseñar a Toros a ser un perro de guerra? —La pregunta de Bram superaba su queja sobre el desmalezamiento del jardín.

Arbela se tomó con calma el cambio de tema, como había hecho toda la mañana.

—Podría enseñarle a cazar dragones —insistió mientras arrancaba sin entusiasmo una mala hierba de la tierra con el extremo de un palo.

Lanzando tierra mientras modificaba su utensilio de jardinería para convertirlo en un cazadragones, saltó por la hilera cuidadosamente revuelta, gritando su desafío a un enemigo imaginario.

—¡Atrás, dragón bastardo! —gritó.

—¡Bram! —La exclamación de Arbela hizo que el muchacho se girara, con una pregunta en los ojos—. Ya os lo he dicho antes. Esa *no* es una palabra que debáis usar. ¿Qué creéis que os ayudará a recordar?

—Padre la usa. —El joven bajó la mirada y se quedó mirando al suelo, golpeando su bastón de un lado a otro con mal humor. Finalmente, se encogió de hombros.

—Y hablaré con él de eso —aseguró Arbela—. Sin embargo, no es una palabra que desee volver a oír de vos. ¿Quedó claro?

—Se siente bien en mi lengua —admitió Bram y asintió a regañadientes.

Arbela ahogó una carcajada.

—Entonces se nos ocurrirán otras diez palabras que podáis usar en su lugar. Empezaré yo. —Ladeó la cabeza en señal de consideración—. ¿Qué tal, atrás, cerdo asqueroso?

—¡Atrás, bestia cobarde! —Bram soltó una risita.

—¡Atrás, lagarto cobarde!

—Atrás, maldito… —Bram resopló, sin encontrar una nueva máxima.

Sus ojos se iluminaron cuando le llegó la inspiración—. ¡Cabrón!

—Creo que iremos con uno de los otros, ¿sí? —Arbela puso los ojos en blanco.

—Sí. Intentaré no volver a decir bastardo. —Bram sonrió.

Arbela le dirigió una mirada severa. En cuanto al niño, se llevó la mano a la boca y se tapó media cara.

—¿Por qué no llevamos a Ari y a Voski a dar una vuelta? —Arbela decidió desviar su atención de su indiscreción.

—¡Sí! —Inmediatamente distraído, Bram asintió enérgicamente.

Enseguida, dejó caer el bastón al suelo.

—En cuanto acabemos esta hilera, iremos al establo. No podemos dejar todo el trabajo a los ayudantes de Cook. Os ayudaré hasta el final. —

Arbela inspeccionó el jardín a medio desmalezar.

A continuación, Bram cogió su bastón y arrancó las malas hierbas restantes con gratificante rapidez y, al menos, con cierta atención para no dañar las plantas del jardín.

—¡Daos prisa, Bela! Ari está esperando.

Arbela juntó el puñado de hierbajos en un montón que recogería más tarde y corrió tras el muchacho entusiasmado. Sintió profundamente la ausencia de Garen y Toros, pero habían vuelto a

salir con Rory y el pastor tras recibir informes de la desaparición de otra oveja.

Con dificultad, Bram sujetaba la silla de montar. Sus brazos delgados y musculosos no daban abasto para levantar el trozo de madera y cuero sobre el lomo de su poni. Arbela le echó una mano rápidamente y luego ensilló a Voski. El caballo dorado la saludó con sus gruesos labios y agachó las orejas en señal de desafío cuando ella lo regañó. Después, envió a Bram al corral pequeño para que calentara, y se llevó a Voski al prado más grande para que pudiera estirar las piernas con la cuerda antes de emparejarlo con el poni.

—¿Podemos cabalgar hasta el lago? —Bram se aburrió rápidamente de los confines del corral.

Arbela consideró el riesgo. No se habían visto barcos de forasteros en el lago desde la derrota de MacGillonay, pero seguía siendo la mejor aproximación para un ataque. Habían cabalgado hasta allí varias veces en la última semana, pero siempre con Caelen y a menudo dos o tres soldados más. Hoy, los hombres trabajaban para envasar *whisky* para la parte de Dunfaileas del primer envío de MacLean al extranjero. En privado, Arbela dudaba que el *whisky* llegara tan lejos como el Mediterráneo y que, en su lugar, creara un mercado mucho más cerca de casa. Pero era el primero de muchos envíos de ese tipo, y Caelen había trabajado duro para hacerlo bien,

incluso hasta el sello que el herrero había creado mostrando un castillo y su imagen reflejada, añadiendo impacto al nombre Dunfaileas… *Fortaleza del reflejo*.

—No podemos pedirle a vuestro padre que nos acompañe hoy, *Bram-jan*. Tal vez podríamos cabalgar hasta el arroyo. —Aunque los labios fruncidos del niño decían que prefería correr con Ari entre las olas del Loch Linnhe, aceptó sin protestar.

Con una rápida mirada al cielo y una breve plegaria para que las

nubes se mantuvieran a raya el tiempo suficiente para dar a Bram un poco más de tiempo al aire libre, Arbela abrió el camino a través de las puertas de Dunfaileas. En cuanto a Ari, estaba de buen humor, levantando las patas mientras daba a su joven jinete una lección de equilibrio y tenacidad. Lleno de energía, Bram gritaba de alegría mientras se aferraba con fuerza al lomo del poni.

Mientras sus pensamientos se alejaban del niño y su caballo, Arbela levantó la cara hacia el sol esquivo, disfrutando de su toque furtivo. No tanto como las caricias de Caelen, admitió con una sonrisa secreta. ¿Quién le iba a decir que podía ser tan paciente? Tan interesado en lo que la complacía, en lo que tenía que decir. De pronto, la invadió el calor al recordar el roce de las yemas de sus dedos mientras yacían en la cama la noche anterior, hablando suavemente de los antepasados de Voski, de cómo encajaría en la línea de sangre que Caelen deseaba crear. Había descrito los caballos de su tierra natal, algo que afortunadamente podía hacer sin mucha concentración, pues los dedos perezosos de Caelen habían destruido por completo su pensamiento consciente. Con una carcajada y un breve beso, le había deseado dulces sueños antes de arroparla bajo su brazo y quedarse dormido. Al menos, ella creía que él había dormido. Desde luego, no lo había hecho, ya que las chispas persistentes que él había encendido tardaron lo que parecieron horas en desvanecerse. Su pecho había subido y bajado rítmicamente, con un leve susurro en los labios, pero la sábana tensada bajo su cintura había permanecido, tentándola a explorar, aunque ella no estaba preparada para las posibles consecuencias.

Lo absurdo de su situación no le había llamado la atención hasta que se había despertado sola esta mañana, curiosa por el cauteloso camino al que se encontraba aferrada. De niña, se había preguntado cómo sería que un hombre la admirara por ser ella misma. No por la riqueza de su padre, ni

por su habilidad para dar en el blanco con una flecha a cincuenta pasos. Ni por su espeso cabello o su figura, cosas que sus amigas

le aseguraban que atraían las miradas de los hombres. Sino simplemente porque hacía vibrar el corazón de alguien.

Finalmente se había dado cuenta de que se había casado con un hombre que mostraba verdadero interés por ella, aunque ciertamente esa no había sido su intención original. En los últimos días, el lord le había dedicado su tiempo y su atención, le había hablado como si fuera su igual y había cumplido su promesa de no obligarla a realizar sus deberes matrimoniales más rápido de lo que ella estaba dispuesta a hacerlo. Si él no era lo que ella había esperado originalmente en este matrimonio, ¿por qué era algo malo?

¿Por qué se resistía? ¿Era cobarde? De acuerdo, no le había impresionado su noche de bodas, pero ¿eso significaba que no podía mejorarse? Su corazón triplicó sus latidos cuando pensó en emparejar las acciones de hacer el amor con los escalofríos y las chispas de sus manos y besos exploradores.

Las sombras moteadas le recorrían el rostro y los brazos, atrayendo su atención hacia el sendero bordeado de árboles a medida que se adentraban en el bosque. Bram cabalgaba por delante, rebotando suavemente sobre la regordeta espalda de Ari. Las orejas de Voski se movieron de un lado a otro.

Los pelos en la nuca de Arbela se erizaron. La cálida lasitud desapareció, sustituida por la fría conciencia de que algo iba mal.

Las hojas verdes crujían. El aroma del agua corriendo sobre las piedras, la tierra húmeda y los musgos asaltó su nariz. La luz rebotaba por el suelo, saltando entre las hojas que bailaban con la brisa. Los gritos de alegría de Bram volvieron a ella. Levantó la vista bruscamente y vio el movimiento de la oscura cola de Ari al doblar una curva del sendero.

—¡Bram! —Su voz sonó repentinamente preocupada. De pronto, unas pezuñas resonaron en el sendero. ¿Ari se detuvo bruscamente? ¿O se trataba de otro caballo y su jinete? Golpeó

con los talones el costado de Voski, haciéndole correr por el suelo, con los oídos aguzados, buscando la voz de Bram. Silencio.

En unos instantes, Voski acortó distancias y agachó el hombro al tomar la curva a toda velocidad. Arbela se aferró a su lomo, con las manos enredadas en la melena dorada que azotaba su rostro, con su cuerpo pegado

a la curva del cuello y la crin de Voski, manteniendo los ojos clavados en el sendero.

Ari permanecía inmóvil, con las patas inmovilizadas y la cabeza inclinada hacia el niño que tenía a sus pies. Sus pezuñas delanteras casi acunaban la cabeza de Bram. Con las riendas sueltas, acarició la mejilla del muchacho. Cuando Arbela tiró de las riendas de Voski, bajó al suelo antes de que sus cascos se detuvieran. Controló su velocidad y reprimió su ansiedad para no asustar al poni de Bram. Ari le acarició su oreja buena y volvió a acariciarlo con el hocico. Entonces, Bram giró la cabeza y tosió una vez. Al instante, Ari se apartó con cautela, dejando a Arbela el camino libre hasta el lado del muchacho. Bram aspiró hondo y volvió los ojos muy abiertos hacia Arbela, mientras sus labios se esforzaban por formar palabras.

—¿Os habéis caído? —Arbela se arrodilló a su lado y tocó su mejilla con las yemas de los dedos, luchando por ocultar su miedo al niño mientras examinaba su cuerpo en busca de heridas evidentes. Sintió un gran alivio al ver que tenía las extremidades rectas y los ojos vidriosos. Con dificultad, Bram se sentó y ella le puso la palma de la mano en el pecho.

—Primero vamos a examinaros.

Bram volvió al suelo. Arbela le hizo mover las extremidades una a una, atenta a cualquier atisbo de dolor. Satisfecha de que estaba entero, aunque un poco sin aliento, le ayudó a ponerse en pie.

—Me caí.

—Contádmelo.

—Oí que me llamabais y me asusté, así que tiré las riendas con fuerza.

Con demasiada fuerza —admitió Bram con un leve rubor que tiñó sus mejillas—. Ari se detuvo, pero yo no. Creo que volqué sobre su cabeza.

—Les pasa a los mejores jinetes. Aunque estoy segura de que Ari apreciaría menos tirones en su delicada boca en el futuro. Y siento haberos asustado. En realidad, hay algo que me preocupa.

—¿Qué? Bram miró hacia el bosque.

Enseguida, la mirada de Arbela se posó en Ari. El poni miraba fijamente hacia las sombras, con las orejas erguidas y las líneas de su robusto cuerpo preparadas para el vuelo. Luego dio un pisotón.

—No estoy segura —insistió Arbela, sin querer alarmar más a Bram y apoyó la mano en la empuñadura de la espada. ¿Un lobo? ¿Un extraño en

un caballo desconocido para Ari? La mirada alerta de Voski siguió a la de Ari. Sin embargo, Arbela escuchó la respuesta de un caballo extraño al desafío de Ari, una acción casi imposible de sofocar para un jinete.

—No paréis hasta llegar a Dunfaileas. —De pronto, las hojas crujieron, Arbela cogió a Bram y lo colocó sobre la montura. Le puso las riendas en las manos y el niño la miró, sorprendido. Seguidamente, llevó al poni hacia el sendero, golpeó con la palma de la mano la amplia grupa de Ari y este saltó hacia delante, con Bram aferrado a su lomo. Consciente de que Voski no seguiría al poni sin ella, encaró el bosque, balanceándose ligeramente sobre las puntas de los pies, con el peso ligeramente inclinado hacia delante. Cada nervio de su cuerpo hormigueaba, alerta a cada destello de luz, a cada movimiento de las sombras. El aroma

profundo y terroso de las hojas agitadas y podridas del suelo del bosque se separaba nítidamente del aroma de las agujas de pino. El gorgoteo de la quema contrarrestaba la respiración entrecortada de Voski mientras respiraba el aire. Entre tanto, las ramas crepitaban con un ruido de hojas. De repente, Arbela saltó a la espalda de Voski que bailó un paso, ágil entre sus rodillas. Las pezuñas hicieron crujir los restos del suelo del bosque a poca distancia en un rítmico tatuaje, el sonido se desvaneció cuando el animal se alejó a toda prisa. Hizo girar a Voski para que siguiera a Bram y lo hizo cabalgar de regreso a Dunfaileas. Llegó a las puertas cuando Caelen bajaba a Bram de su poni. Su cabeza se inclinó hacia ella mientras Voski entraba en el torreón con el ceño fruncido. El lord agarró las riendas de Voski mientras Arbela desmontaba rápidamente.

—¿Qué ha pasado? —Su mirada se posó en su hijo, cuya emocionada algarabía inundaba el ambiente. Algunos hombres hicieron una pausa en sus tareas, y su vacilación llenó el aire de expectación. Arbela controló su respiración cargada de inquietud.

—Puede que hayamos encontrado a alguien en el camino —comentó, lo suficientemente alto como para que su voz llegara a los ansiosos oídos—.

Aunque no vimos a nadie.

Con una rápida mirada a su lord, los miembros del clan se alejaron lentamente, con un alivio casi palpable.

—¿Por qué enviasteis de regreso a Bram completamente solo? —

Caelen frunció el ceño, con voz tensa.

—Cabalgamos hacia la quema, pero algo no parecía ir bien. Le pedí a Bram que se detuviera, y cuando nuestros dos caballos insistieron en que había algo en el bosque, lo envié lejos del posible peligro, aunque me quedé un momento para ver si podía determinar qué era. —Arbela le dedicó una sonrisa a Bram para

suavizar la acusación en la pregunta de su padre, y luego se volvió hacia Caelen.

—¡Me caí de Ari! —Bram tiró del brazo de Caelen.

En ese momento, Arbela suspiró. No es que no quisiera que Caelen se enterara de que Bram se había caído del lomo del poni, y estaba claro que no se había hecho daño, simplemente no era el momento que ella habría elegido para abordar el tema.

—¿Qué pasó? —La mirada de Caelen se dirigió a su hijo.

Arbela se estremeció al oírlo, pero Bram estaba demasiado absorto en su historia para darse cuenta.

—Arbela me gritó y le dije a Ari que se detuviera —dijo Bram, pasando por alto el hecho de que había apretado las riendas lo suficiente como para que el poni se detuviera bruscamente—. Volé por encima de su cabeza y me estrellé contra el suelo. —Adornó cada acción con un tono de voz elevado—. ¡No podía respirar!

—La caída le dejó sin aliento —interrumpió Arbela con calma, en un intento de restar importancia a la historia algo embellecida de Bram. Caelen la miró con dureza y luego se arrodilló ante Bram, liberando a Arbela de la preocupación de que se enfadara por los detalles. Al menos no delante de Bram.

—Sujetaos siempre con las rodillas, muchacho. ¿Os habéis hecho daño en la caída?

—No. Arbela me revisó. No necesito ver a la curandera. —Bram balanceaba la parte superior del cuerpo de un lado a otro mientras se mordía el labio inferior, pensativo.

—Entonces llevad a vuestro poni al establo y dadle un buen masaje.

Fue valiente al traerte a casa tan rápido y se merece un puñado

extra de avena. Pero nada más. —Caelen pasó ligeramente las manos por los brazos de su hijo y le miró a los ojos, luego acarició su barbilla. Enseguida, agitó un dedo ante la cara de Bram—. No querréis amargarle el estómago a vuestro poni.

Bram asintió y se dirigió al establo, seguido plácidamente por Ari.

Caelen observó al muchacho durante un momento y luego se volvió hacia Arbela.

—Contadme lo que habéis encontrado.

Algo desconcertada por su tono tranquilo y sorprendida de que no la acusara de inmediato de poner a Bram en peligro, Arbela vaciló, pasando de pensar en Bram a recordar lo que había notado en el bosque, rehuyendo la culpa que revoloteaba en su interior por haber desviado su atención de su entorno al soñar despierta en lugar de proteger a Bram con cada gramo de su ser.

—Tan pronto como Bram estuvo lejos, noté el silencio. No había pájaros, aunque habíamos hecho suficiente ruido para silenciarlos. En cambio, no volvieron a cantar con la ausencia de Bram. Ambos caballos habían alertado de algo en el bosque, aunque no pude determinar qué era.

Voski siguió olfateando el aire y, al cabo de unos instantes, unos cascos golpearon el suelo a poca distancia. Al principio me había preguntado si nos habíamos encontrado con el lobo, pero ahora estoy segura de que era un jinete que no quería ser visto.

—Enviaré a alguien a registrar la zona. Me alegro de que Bram y vos estéis a salvo. —Caelen asimiló las palabras de Arbela sin hacer comentarios. Hubo un momento de silencio entre ellos antes de que asintiera.

La dura mirada de Caelen cambió ante sus ojos, de guerrero endurecido, lord inflexible y padre solícito, a algo más cálido, acogedor, que la envolvía en un cúmulo de cariño, y el revoloteo

comenzó de nuevo en el vientre de Arbela. Inclinándose hacia delante, Caelen bajó la cabeza y la besó.

CAPÍTULO 31

El alivio, el pánico y el deseo se apoderaron de Arbela, abrumándola por completo, anulando las intenciones y creencias a las que se había aferrado por el terror a perderse a sí misma. Si Caelen hubiera sido arrogante, bruto o exigente, habría podido resistirse a él, y lo había hecho durante más de un mes. Un mes en el que no había sido más que distante, educado y poco exigente. Sin embargo, las últimas semanas de cambios inesperados habían acabado con su resistencia, suave e insistentemente, como cuando se pule un objeto preciado para sacarle brillo.

Sus labios rozaron los suyos con una suavidad que la dejó sin aliento.

La calidez, como la luz del sol después de una lluvia fría, brilló bajo su piel y ella se levantó sobre las puntas de los pies para profundizar el beso. La boca de Caelen se inclinó sobre la suya en señal de aceptación y luego se deslizó lentamente por su mejilla.

—Creo que deberíamos seguir hablando de esto donde no haya miradas indiscretas.

Su aliento se agitó contra la piel de ella, levantando la carne del cuello y los hombros. Al darse cuenta de dónde se encontraba, las punzadas se disiparon rápidamente, pero el calor que la acompañaba zumbó insistentemente por sus venas.

—¿Quizá podríais obligar a vuestra tía a jugar a Bram una o dos partidas de *Fierges* mientras la lluvia lo mantiene dentro? —Caelen ladeó la cabeza.

De pronto, un trueno acentuó su pregunta apenas oculta. Luego una gota cayó sobre la nariz de Arbela y otras levantaron polvo en el suelo que los rodeaba.

—Me ocuparé de ello. —Arbela asintió. Sus mejillas se sonrojaron al oír su voz.

—¡No os mojéis! —gritó Bram al pasar, dirigiéndose al salón.

Después, el niño corrió por el patio mientras el trueno volvía a retumbar.

La cabeza de Arbela daba vueltas, dividida entre perseguir a su hijastro y atender a su señor. Con una pequeña sonrisa, Caelen la atrajo hacia sí.

—Cinco minutos, no más. —A continuación, la soltó con otro beso apasionado.

En cuanto Arbela, su respiración se aceleró mientras se apresuraba a entrar en el torreón. La enormidad del paso que anticipaba, se cernía ante ella. Subió las escaleras, sin apenas sentir la piedra bajo sus botas, y encontró a Zora inclinada sobre un bordado en la habitación de Bram.

—Podríais… es decir, Bram… —Arbela miró fijamente a su tía, con la lengua enredada sin remedio. El calor se retorció en su interior y dejó caer la mirada al suelo. Avergonzada.

—¿Os cuido al niño esta tarde? —Zora dejó la costura a un lado, se levantó y cruzó velozmente hacia la habitación—. Será un placer. Es un niño encantador. —Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios—. Tal vez sea hora de otro.

Arbela se mordió el labio, reprimiendo su protesta. Negar la suposición de Zora no sería más que una cómoda mentira.

—Lo entretendré abajo mientras os preparáis. Coged lo que queráis de mis pertenencias. —Zora ladeó la cabeza.

—Dijo cinco minutos —comentó Arbela y cerró la boca con fuerza mientras las mejillas se le encendían de nuevo.

—Tomaos al menos diez, paloma mía. Merecerá la pena. —Zora sonrió. Sin esperar la respuesta de Arbela, salió de la habitación en medio de un crujido de seda y el delicado tintineo de unas pulseras.

Posteriormente, Arbela se sacudió y giró sobre sus talones, cruzando el salón hasta la habitación de Caelen, donde se despojó rápidamente de sus ropas manchadas. Enseguida, cerró el pestillo de la puerta para evitar interrupciones y vertió agua del aguamanil en la cuenca, añadiendo unas gotas de aceite de rosas. Aspirando el aroma, se remojó rápidamente y luego se secó con una toalla mientras miraba las prendas que tenía a su disposición. Eligió la pesada túnica de brocado, se la ciñó a la cintura y desenredó su cabello, peinando los largos mechones con los dedos. Su aseo la convenció del camino que había elegido, y el alivio se apoderó de ella, liberándola del peso de la indecisión y dejándola casi mareada. El picaporte de la puerta resonó, despertando su ánimo. En lugar de albergar la duda que le asaltó al oír el sonido, la aplastó bajo una oleada de emociones que se extendieron dulces como la miel caliente. Soltó el pestillo y abrió la puerta.

De pronto, su sangre se calentó al ver el pecho desnudo y húmedo de

Caelen, prueba de que él también se había tomado su tiempo para quitarse el sudor y la suciedad. Estaba claro que él creía que aquel momento era importante. En ese instante, el corazón de Arbela se llenó de una alegría inexplicable.

—Prefiero miraros desde ese lado de la puerta. —Hizo un gesto con la cabeza hacia el interior de la habitación.

Con un movimiento de su vestido, *lady* MacKern se hizo a un lado y le permitió la entrada. Entonces, Caelen cerró el pestillo con un chasquido. El pulso de Arbela se aceleró. ¿Debería haber sido así su noche de bodas?

¿Emocionada por estar en presencia de su marido, ansiosa por

tener sus brazos a su alrededor, deseosa de su beso? Muy distinto del deseo calculador de realizar los movimientos adecuados para sellar sus votos matrimoniales. De repente, se encontró con la mirada de Caelen, y un millar de mariposas se pusieron en marcha en su estómago.

«No lo estropeéis».

Caelen miró con hambre a Arbela, contento de haber conseguido las palabras tranquilizadoras para entrar en la habitación, porque en aquel momento nada por encima de su cintura funcionaba correctamente. Sus ojos brillaban, y aunque se hubiera bebido un barril de *whisky*, no se sentiría más desorientado… o eufórico.

Incluso después de reconocer que la muchacha había captado su interés, y después de una semana de tanteos, intentando llamar la atención de su esposa, y después de una semana más persuadiéndola para que confiara en él -y, con suerte, lo aceptara-, ésta era la primera vez que miraba a la mujer con la que se había casado. Y la primera vez que ella le devolvía la mirada con tan franco interés e invitación.

—Yo… —Caelen aclaró la garganta, suavizando la aspereza de su voz

—. Acepto todo lo que me ofrecéis, Arbela. Y podéis decir sí o no, como queráis.

Una ceja oscura de ella formuló una pregunta silenciosa. La mueca de Caelen ante sus palabras torpes se transformó en una media sonrisa.

—Deseo que tengáis elección sobre lo que ocurre. Sin dudas ni remordimientos después.

Los labios de Arbela se suavizaron y una mano llegó hasta el cinturón de su túnica.

—No. —Caelen dio un paso hacia ella. Inmediatamente, se reprendió a sí mismo por la expresión de confusión en el rostro de su esposa.

—¿Puedo? —Cogió la gruesa atadura de seda. Le echó un vistazo a la cara, aliviado al ver que la pálida consternación había sido sustituida por un color más intenso en cada mejilla.

—Sí. —Retiró la mano.

Seguidamente, Caelen se acercó lo suficiente para sentir el calor de su cuerpo y el aroma a rosas que desprendía su piel. La tomó por la cintura y la rodeó con las manos por toda la curva de las caderas, hasta llegar al borde del cinturón. Dio un rápido tirón y el nudo se deshizo. Acto seguido, Arbela respiró con dificultad.

—Algo os sigue molestando. Hablad claro para que podamos resolverlo. —Caelen acarició los bordes de su túnica.

—Deseo hacerlo, pero persiste la preocupación de perderme a mí misma al convertirme, no en Arbela, sino en la esposa del lord.

—¿Y si dijera que no deseo perder a Arbela? ¿Que ella y mi esposa podrían ser lo mismo?

—¿No deseáis cambiarme? —El alivio suavizó su frente.

—No. —Caelen negó con la cabeza. No podía imaginar un destino peor.

En ese momento, una sonrisa brilló en los ojos de Arbela, y un impulso de deseo golpeó el pecho de Caelen, empujando hacia fuera y endureciendo su cuerpo. Sujetó los bordes de su túnica, mientras sus nudillos se blanqueaban.

—Si sigo siendo Arbela, no me convertiré en una mujer dócil que parlotea constantemente sobre bebés y cotilleos domésticos.

—¡Por Dios, espero que no! No me arriesgaría a convertiros en una mujer que me recuerda a mi difunta esposa. —El rugido de diversión de Caelen sonó, pero su humor decayó—. Os amo… Arbela. Y todo lo que eso conlleva. ¿Me aceptaréis como esposo?

—Si os acepto como marido, cederé a la tentación de hacerlo. —

Levantó una mano para acariciarle la mejilla. El lord giró la cara hacia su caricia y dejó caer un beso sobre la palma de su mano.

—Podéis tocarme cómo y dónde queráis. —La aspereza de su voz delataba su pasión.

—¿Y me tocaréis? —La voz de Arbela se agitó.

Caelen aflojó su agarre, separando los bordes de su túnica, dejándola a su vista. Inclinándose ante ella, tomó sus pechos y los apretó suavemente.

Arbela jadeó cuando él abrió la boca y besó uno de ellos con un lento movimiento de succión. Sus dedos amasaron la suave carne y su lengua rozó el duro pico. Arbela lo sujetó por los hombros, hundiendo con fuerza los dedos en los músculos y resistiendo el vaivén de sus piernas.

—Resulta que eso me gusta. Bastante, de hecho. Aunque, si no os gusta, yo no… —Caelen soltó lentamente sus pechos y se levantó.

Luego sonrió—. Intentaría no volver a hacerlo. Sería difícil, pero intentaría cumplir vuestros deseos.

—No. A mí también me gusta.

Enseguida, apoyó las palmas de las manos en los hombros de Arbela, echó lentamente la túnica hacia atrás, y Arbela la dejó caer al suelo.

—Esto también me gusta —murmuró—. Vuestra piel es cálida,

como besada por el sol. —Las manos del lord se posaron en sus pechos, bajaron por su esbelta cintura y recorrieron sus caderas—. Podría perderme durante horas en vuestras curvas. —Sus besos recorrieron su piel, expandiendo la carne a su paso. La sangre le corría caliente y deprisa, pero recordó su noche de bodas y resolvió que, de algún modo, cambiaría la opinión que ella tenía de hacer el amor, de una carga que soportaba a un placer que estaba dispuesta a perseguir.

Tras cogerla de la mano, la llevó a la cama, apartó las mantas y se preparó para el arrebato que rezaba para que no se produjera. Ruthie había odiado hacer el amor y, aunque con el tiempo había encontrado su liberación con otras mujeres, nada había sido tan importante como forjar este vínculo con Arbela. Ella lo excitaba y lo humillaba a la vez. Si se marchaba, no volvería a pedírselo.

Por su lado, Arbela se deslizó sobre la cama, su piel oscura contrastaba con las sábanas blanqueadas por el sol. Caelen estaba seguro de que nunca había visto a nadie tan hermosa. Arbela echó por tierra todas las ideas que había tenido sobre una muchacha atractiva y reconstruyó su ideal con sus proporciones exactas y perfectas. Lord MacKern se desabrochó el cinturón, dejando caer el tartán al suelo, y se tumbó junto a ella, apartándole mechones de cabello del rostro. *Lady* Arbela le rodeó el cuello con un brazo y lo atrajo hacia sí, rozando ligeramente sus labios.

—Me gusta esto —susurró.

—¿Y esto? —Llevó la palma de la mano desde la cadera hasta su pecho, deteniéndose para acariciar su volumen. Ante el murmullo de aprobación de su esposa, acarició suavemente sus curvas, amasando los músculos firmes, notando cómo se relajaba entre sus brazos.

Arbela contrarrestó sus caricias con otras nuevas, igualando su audacia y ralentizando un ritmo que le hacía palpitar la sangre en los oídos. Poco después, Caelen dejó caer la palma de la mano

sobre los rizos entre sus muslos, animado por el calor y la humedad que encontró allí. Arbela sacudió una vez las caderas cuando él deslizó un dedo por la piel hinchada a lo que prosiguió su cuidadosa exploración, apretando los dientes contra la respuesta del latido de su cuerpo.

—¿He encontrado algún sitio donde no os gusta que os toquen? —

Pellizcó juguetonamente su vientre para disimular su aprensión ante su respuesta. La risa ahogada de ella le hizo parar en seco.

—¿Os divierte mi forma de hacer el amor?

—No —jadeó Arbela—. Habéis encontrado un punto sensible.

—¿Un punto *sensible*? —Le dedicó una sonrisa diabólica antes de probar la suave piel que tenía justo debajo de las costillas.

—Nunca he tenido cosquillas en mi vida —contestó, aunque la mirada cautelosa de sus ojos le decía lo contrario.

—No le mentiríais a vuestro marido, ¿verdad?

Arbela negó con la cabeza.

—Entonces lo dejaremos para otra ocasión —murmuró, con el miembro cargado de deseo, negándose a hacer tonterías. Se levantó por encima de ella, con una mano a cada lado, tocando ligeramente su centro.

Los párpados de la joven se cerraron y sus labios se entreabrieron.

Luchando contra el impulso de ceder a la necesidad de envolverse por completo, se abrió camino, maravillándose de cómo su cuerpo se adaptaba al suyo. Arbela se estrechó contra su marido y luego gritó, apretándose contra él. Sus brazos temblaban mientras él se mantenía inmóvil, pero ella sujetó sus costados con sus fuertes manos, obligándole a moverse…. y moverse… y moverse… Sus

gritos jadeantes echaron más leña al fuego que ardía en su interior. *Lady* MacKern se arqueó contra él, con los brazos abiertos. Por su parte, Caelen luchó contra su liberación y se perdió, arrastrado por la pasión de ella. La respiración le retumbaba en los oídos.

No existía nada más que el tenso calor que le envolvía en olas

interminables. Agotado, continuó, haciendo que Arbela entrara en otra espiral de placer. La respiración se agitó en su pecho, pero la respuesta de Arbela volvió a endurecerlo y la penetró de nuevo, alcanzando rápidamente su segundo clímax.

Ligero, pero demasiado pesado para que sus brazos lo sostuvieran por más tiempo, se apartó de encima de Arbela y apoyó la cabeza en el pliegue de su hombro, sin perder la oportunidad de acariciarle el pecho. El corazón de la joven se aceleró bajo su oreja, y le pasó los dedos por la cabeza mientras su pecho subía y bajaba con cada respiración entrecortada.

—Creo que también me ha gustado —susurró.

—¿Las dos veces?

—Sí.

Caelen no podría haber detenido su sonrisa orgullosa, aunque lo hubiera intentado, pero la ocultó de su vista mientras rodaba perezosamente hacia su lado y la arropaba contra él.

—Cuando me despierte, podréis ver si hay alguna caricia que no me guste.

Arbela soltó una suave risa mientras Caelen se quedaba dormido.

* * *

La luz del sol iluminaba un borde largo y delgado por el suelo de madera. La mente de Arbela se despertó al oír pasos en el suelo,

aunque sus ojos tardaron en seguirlos. Parpadeó y enfocó el rostro de Caelen, que se cernía sobre ella.

—Mi bella esposa se ha despertado. Haré que traigan una bandeja para que podáis romper el ayuno. —Le besó la punta de la nariz.

—No. Comeré en el pasillo. —Arbela se sentó apoyándose en las almohadas.

—Os habéis perdido la comida de la mañana, cariño, aunque la cocinera os ha reservado una bandeja, siempre que tengáis hambre antes de que sirva la del mediodía. —Caelen sonrió.

—¡Me he quedado dormida! —Arbela desvió la mirada hacia el ángulo de la luz del sol.

Sus pensamientos volaron sobre las cosas que no había hecho esa mañana, su piel calentándose mientras su mente caprichosa recordaba las

cosas que había hecho a la luz nacarada del amanecer.

—¿Por qué arrugáis el ceño, Arbela? —preguntó Caelen, sentándose en el borde de la cama, con un dedo tirando ligeramente del borde de la sábana que ella estrechaba contra su pecho.

—No es nada que hayáis hecho. —Le acarició la mano, aunque no sabía si para distraerlo o para tranquilizarlo—. Me he perdido de mucho por estar acostada.

—Nadie en el castillo os niega el descanso. —Caelen volvió a sonreír.

Luego se burló, pero Arbela se estremeció.

—¿Todos saben lo que hemos estado haciendo?

—Sí. Y con una tarde y noche tan largas y lluviosas, sospecharía

que muchos de los demás también lo estaban haciendo. —Rozó su mejilla con los labios—. Aunque seguramente ninguno tan a fondo ni tan bien.

—Venid. Si insistís en levantaros, podemos bajar juntos. Estoy seguro de que la paciencia de vuestra tía con nuestro hijo esta apunto de acabarse.

Él ha proclamado su necesidad de practicar sus habilidades de tiro con arco con vos hoy. —Se puso en pie y tendió una mano.

La cabeza de Arbela dio vueltas. *Nuestro hijo*. Sintió un cosquilleo en el cuerpo al oír sus palabras y su tacto despreocupado y cariñoso. Se levantó de la cama y se puso de pie ante el cristal reflectante que Caelen había ordenado colgar en la pared siete días antes. Llevaba el cabello largo despeinado sobre los hombros y se ruborizó. La misma forma demasiado redondeada, las piernas cortas y los ojos de bordes oscuros que conocía y reconocía se reflejaban en la superficie brillante. Seguía siendo Arbela. Sin embargo, su interior, la parte que ningún cristal reflectante podía revelar, era diferente. Más viva. Amada y apreciada de un modo que nunca antes había experimentado. Ciertamente, más sensible, admitió mientras Caelen la rodeaba con sus brazos. Entonces, el lord apoyó la barbilla en su hombro, mirándola fijamente en la superficie espejada.

—Me gusta veros así. Aunque, si queréis comer algo antes de enfrentaros a las travesuras de Bram, os sugiero que os vistáis. De lo contrario, no me hago responsable de lo que pueda ocurrir.

—Tal vez deseo alimentar un hambre diferente. —Su piel se erizó, y el calor se extendió por sus miembros. Enseguida, volteó para quedar dentro de su abrazo. Finalmente, respondió a la ferocidad de su beso con uno suyo.

CAPÍTULO 32

Bram se acurrucó satisfecho entre Caelen y Arbela en el banco

cerca de la chimenea, con los párpados agitándose hacia abajo sólo para abrirse repentinamente cuando se le hundió la cabeza. Arbela sonrió a Caelen por encima de la cabeza del infante. El lord respondió con un movimiento ascendente de una ceja, haciendo que las venas de Arbela se llenaran de chispas que se agolparon en su vientre. Luego agachó la cabeza para ocultar el rubor de sus mejillas.

El ruido de la noche en el salón, cuando la gente terminaba su jornada y se preparaba para acostarse, la envolvió en un capullo de comodidad.

—Creo que es hora de que os vayáis a la cama, *Bram-jan*. —Apartó un mechón de cabello castaño oscuro de la frente del joven, que se incorporó con dificultad, con el ceño fruncido.

—No me han contado ningún cuento. —Frotó sus ojos con los puños.

—Uno corto, entonces —afirmó Arbela e inmediatamente, unas cuantas cabezas giraron en su dirección, pues sus cuentos eran muy apreciados y, a falta de un bardo que amenizara la velada, pocos decidían perderse las historias de Arbela.

—Esta noche os describiré los animales de la tierra en la que nací.

Tenéis muchas criaturas hermosas en vuestra tierra de Caledonia, pero yo he visto muchos animales fantásticos en mis viajes.

—El león, cuya historia os conté una vez, es una bestia hermosa, con una melena adornando su cuello. Se le conoce como *sher* en persa o *asad* en árabe, y a veces *singha* -que significa «león valiente»- se añade a un nombre para mostrar que la persona tiene mucho valor.

—Bram MacKern *singha*. —Arbela tocó cariñosamente a Bram por debajo de la barbilla.

En ese momento, el muchacho rio suavemente, luchando contra el sueño para escuchar el cuento de Arbela.

—Hay un animal grande, parecido a un gato, llamado guepardo, que puede correr más rápido que el viento. Su pelaje moteado le permite camuflarse entre las rocas y la hierba mientras caza su cena. La hiena

aparece después de que el león o el guepardo terminen su comida, buscando las sobras. Su cuerpo de perro es deforme, con patas más largas por delante que por detrás, y su pelaje es rayado y áspero. Sin embargo, su mordedura es una de las más fuertes de todos los animales, lo que les permite romper huesos grandes y buscar el tuétano.

—Los óryx son más grandes que el ganado y tienen cuernos que sobresalen casi rectos de la cabeza. Sus cuernos son más afilados que la hoja más fina, y se sabe que el óryx mata leones con ellos. Son hermosos y sabrosos, pero muy peligrosos.

—Para vos, hijo mío, está el caracal. Dos veces más grande que el atigrado que vaga por los salones superiores de Dunfaileas, es una criatura salvaje que algunos han logrado domesticar. Su presa preferida son las aves, y el caracal puede saltar desde su escondite y arrebatarlas del aire. Son gráciles e inteligentes y constituyen admirables compañeros de caza. —El cuerpo de Bram se desplomó contra el costado de Arbela y ella lo acercó, acariciando la suave piel de su mejilla.

—¿Puedo tener un caracal? —Los ojos de Bram se cerraron.

—Algún día, cuando seáis mayores, si es vuestro deseo, viajaremos a Levante y podréis elegir uno.

Bram asintió, satisfecho, con el cuerpo por fin flácido al perder la batalla contra el sueño.

Por su parte, Caelen recogió con cuidado al muchacho en brazos y

lo llevó a su habitación. Mientras tanto, Arbela se aseguraba de que el fuego del hogar estuviera apagado.

—¿Debo quedarme con él hasta que la tía Zora se retire? —susurró Arbela y Caelen entrelazó sus dedos con los suyos.

—No. Estamos al otro lado del salón por si nos necesita. Un muchacho de su edad no debería necesitar una enfermera por mucho tiempo.

Conseguiremos una habitación privada para vuestra tía si desea quedarse aquí. —Dejó caer un beso sobre sus labios.

—Tal vez podamos preparar dos habitaciones contiguas para que cada uno tenga intimidad, pero que Bram se sienta reconfortado con su presencia. —Arbela abrazó el brazo de Caelen.

—Adoráis al muchacho —comentó Caelen con una sonrisa. Luego le dio un beso en la frente—. Os ama, lo sabéis. Y desea que le regalemos pronto una hermanita o un hermanito.

El remolino de calor regresó, y Arbela, que aún no conocía las bromas amorosas de su marido -ni la respuesta de su cuerpo ante él-, se alegró de la penumbra que ocultaba su rubor.

—No lo sabía.

—Oh, al muchacho se le romperá el corazón al oírlo. —El tono de Caelen se acentuó—. Se sentó a vuestro lado mientras os curabais de vuestras heridas, contándoos historias que sin duda escuchó de vosotros en semanas anteriores, y el día antes de que os despertarais, os explicó que deberíais conocerme mejor. Por lo que dedujo, vos y yo necesitamos estar de acuerdo para hablar de un nuevo miembro de nuestra familia.

Fue entonces cuando la puerta de la habitación de Bram se cerró suavemente y Zora se puso al lado del niño. Enseguida, acercó la manta a su barbilla.

—Vuestro marido dice la verdad —dijo por encima del hombro—.

Nuestro Bram desea un hermano o una hermana. Tal vez vosotros dos deberíais hacer lo que él recomendó y discutir el asunto. —Con ademanes, Zora despidió a Arbela y Caelen de la habitación.

Con una sonrisa atrevida dirigida a Caelen, Arbela tiró de su brazo y salieron en silencio para no despertar al muchacho. En cuanto la puerta se cerró tras ellos, lord MacKern la estrechó entre sus brazos y cruzó su boca con la de ella, hambriento. A pocos metros de su habitación, el salón iluminado por antorchas esparcidas por la pared, Arbela se enterneció y se apretó contra su marido. Las manos de Caelen subieron por sus costados hasta acariciarle los pechos y ella gimió.

—Una estruendosa manada de caballos no os interrumpiría —anunció una voz grave—. Y si tuviera un asunto menos urgente que discutir, os metería en vuestra habitación y cerraría la puerta.

Arbela jadeó. Caelen la empujó a su lado, deslizando una mano hacia la daga que llevaba al cinto. Su mirada se fijó en Rory, con el cabello alborotado y la ropa manchada, que anunciaban su apresurado viaje.

—Acabo de llegar y me he reunido con Gordon en la puerta. Parece que era reacio a interrumpir a su lord a estas horas de la noche, pero no esperará.

El agua helada no podría haber apagado el ardor de Arbela más afectivamente. Gordon, uno de los caballeros de su padre, entrenado y templado en las Cruzadas, no tenía ideas fantasiosas.

—¿De qué se trata? —Se enderezó, con la fría razón sustituyendo al calor interior. En cuanto a Caelen, le dirigió una estrecha mirada que ella devolvió.

—No estoy para mimos —reiteró.

—Contadnos. —El ceño fruncido del lord desapareció casi tan rápido como se levantó y se volvió hacia Rory.

—Hay una luz en el acantilado detrás del castillo. Gordon creyó verla ayer por la noche, pero no encontró nada cuando buscó, salvo un poco de madera carbonizada como de una hoguera. Aunque estaba fuera del camino principal, pensó que se trataba de un viajero, hasta que se repitió esta noche.

—¿Una sola hoguera? —Caelen se dio la vuelta y caminó con Rory por el pasadizo.

Mientras tanto, Arbela se pegó a los talones de su marido, ya que los anchos hombros de los dos hombres no le dejaban espacio entre ellos.

—Sí, lo mejor que puede decir, y yo también miré antes de venir a buscaros. —Rory lanzó una mirada por encima del hombro—. No interrumpiría sin una buena causa.

Arbela nunca había recibido ni siquiera veladas bromas soeces, y su piel se erizó con incomodidad. Sin duda, lo que pasaba entre ella y Caelen era privado. Por otro lado, la procreación de niños era lo mejor para el clan y, por lo tanto, sus esfuerzos -o la falta de ellos- probablemente se tomaran en cuenta.

Y, al parecer, se especulaba sobre ellos, tal vez incluso se apostaba, lo que le provocaba un calor embarazoso que quemaba su piel. Entonces, hizo una mueca. Lo que le había dado a Caelen no lo compartiría con nadie más.

De algún modo, debía aprender a contrarrestar los comentarios subidos de tono con gracia -y posiblemente con humor- para separar la curiosidad del santuario que Caelen y ella intentaban crear a puerta cerrada. Sin embargo, había insistido en que la consideraran uno de los hombres y, al parecer, ése era el precio. Hizo caso omiso de la indignidad y se centró en la posibilidad de una amenaza para todo lo que apreciaba.

Posteriormente, llegó a la almena con Caelen y Rory y cerró los ojos un momento para disipar los efectos de la luz de las antorchas. Al cabo de un momento, se asomó a la negrura y vio un resplandor que parpadeaba en la oscuridad, pero permanecía en su sitio: una hoguera.

En voz baja, Caelen envió a cuatro hombres a la noche. Sus sombras se desvanecieron en la oscuridad mientras las antorchas de la muralla quedaban protegidas durante los instantes que tardaron los hombres en fundirse en la penumbra del bosque. Pasó el tiempo mientras los que estaban en la almena esperaban alguna señal de los exploradores.

Arbela forzó sus sentidos, incapaz de confiar en que sus ojos le dijeran lo que necesitaba saber. ¿Era un simple viajero? ¿Más de uno? ¿La hoguera era una treta para atraer su atención mientras se producía el caos en otra parte? ¿Una señal de importancia desconocida? Olfateó el aire, detectando sólo el más leve rastro de humo. El viento soplaba del norte, lejos del castillo, y probablemente también arrastraba el sonido. Al ver que Caelen y Rory no le prestaban atención, se acercó a la almena, cruzándose con soldados. Cada uno asintió brevemente con la cabeza, pero no apartaron la mirada de su deber. Cuando llegó a la parte de la muralla que daba al lago, se detuvo y contempló el muelle que se extendía sobre el agua, con sus brazos de madera protegiendo las pequeñas embarcaciones del clan.

La luna menguante proyectaba poca luz, pero unas frías puntitas blancas se mecían en la tinta superficie del agua. Las sombras negras y la iluminación fría dominaban el paisaje nocturno. No había nada más. Ni siquiera el resplandor del fuego de las cocinas a través de las ventanas de las cabañas era lo bastante brillante para iluminar la escena. Reinaba la paz.

Era imposible determinar si era real o ilusoria.

Tras varios largos minutos, Arbela asintió al soldado que tenía a su

derecha y se dirigió de nuevo hacia Caelen y Rory, que parecían tallados en ónice por todo el movimiento que mostraban. La anticipación crepitaba en el aire. De pronto, la luz del fuego en el acantilado se apagó.

Casi una hora después, los cuatro exploradores se reunieron en el salón para contar su historia. Una única hoguera, preparada como para cocinar, había esperado sola en una pequeña cañada sobre el castillo. Gordon había inspeccionado el terreno lo mejor que pudo, mientras que los otros hombres habían permanecido vigilantes. Aparte de las huellas raspadas que conducían al camino principal, no habían descubierto nada.

—No me gusta que los viajeros tengan vistas al castillo —admitió Caelen mirando a Arbela, que recordó su nota anterior de que un arquero -

un excelente arquero- podría disparar a Dunfaileas desde ese punto de observación.

—Crearemos un camino en dirección opuesta, y una cañada si es necesario, para propiciar un campamento diferente. Aunque no me importa que los viajeros crucen nuestras tierras sin permiso, hasta que tengamos suficientes hombres para una patrulla continua de nuestras fronteras, esto tendrá que bastar.

—Mi padre… —empezó Arbela.

—Podemos cuidar de los nuestros. Vuestros esfuerzos son apreciados, pero no deseo recurrir más a los MacLean. —Caelen interrumpió con una inclinación de cabeza a Gordon.

—Los caballeros de mi padre… —La protesta de Arbela se elevó, despertando algunas miradas resentidas de los somnolientos sirvientes que se acurrucaban en jergones de sueño en el suelo del salón. La joven templó la voz—. No son una afrenta a vuestra capacidad para gobernar vuestro clan. Si es necesario, podemos alojar a la ayuda extra hasta que pase este peligro.

—Yo determinaré si se necesita más ayuda —contestó Caelen con severidad—. Por ahora, no creo que esto requiera tal recurso.

—No me gustan estos pequeños problemas. —Arbela frunció el ceño, conteniendo las ganas de gritarle por menospreciar sus sugerencias.

Los hombres la miraron.

—¿Cuáles pequeños problemas? —Caelen arrugó el ceño.

—Un lobo que no hemos visto ni matado, y ahora una hoguera abandonada.

—Oh, los lobos no son inusuales —respondió Rory—. Y con Garen y Toros ayudando al pastor, hemos perdido más ovejas.

—Quienquiera que encendiera la hoguera no quiso responder de su presencia cuando llegamos —añadió Gordon.

—¿Fuisteis tan ruidosos? Habría pensado acercarme con precaución, no anunciar vuestra llegada. —Arbela dirigió a Gordon una mirada severa.

—No creo que los incidentes estén relacionados —intervino Caelen, enviando a Arbela una mirada para advertirle que no siguiera hablando con Gordon. *Lady* MacKern, conteniendo las ganas de salir de la sala, se reclinó en su silla y lo miró con atención.

Con una inclinación de cabeza, Caelen envió a los hombres de vuelta a sus puestos agradeciéndoles su diligencia. Mientras tanto, Arbela permaneció en silencio hasta que salieron de la habitación. La luz del fuego

parpadeaba débilmente y una vela gruesa ardía sobre la mesa. De pronto, la rebeldía brilló en sus ojos oscuros.

—Está claro que no estáis de acuerdo con mi valoración.

—No lo estoy —afirmó, con voz tan frágil como la del lord.

—Los hombres tienen buenos instintos, Arbela. —Caelen se pasó la palma de la mano por la coronilla.

—Yo también. He soportado mi ración de asedios y debería permitírseme expresar mis preocupaciones.

—Sois… — *una mujer*. Caelen ahogó su respuesta instintiva—. Tenéis derecho a vuestras opiniones, pero os pediría que las compartierais conmigo primero.

—A menudo un hombre recuerda mejor cuando el asunto está fresco en su mente —replicó Arbela, con sus manos aferradas a los reposabrazos—. Perder el tiempo nunca es una buena idea.

—Los incidentes a los que os referís se produjeron con días de diferencia y a cierta distancia entre sí. No merece la pena apartar a los hombres de su descanso para seguir investigando.

—Alguien está detrás de ambos hechos. Pero como MacGillonay y su hijo murieron hace unas semanas, tendréis que aclararme quiénes pueden ser vuestros otros enemigos. —Arbela sacudió la cabeza, claramente discrepante.

—MacGillonay y su hijo menor están muertos —añadió, sintiendo a su sangre congelarse—. El hijo mayor aún vive.

—Me ocuparé de las defensas exteriores. Tal vez podáis reconsiderar el asunto de las ovejas desaparecidas. Los lobos no son las únicas criaturas capaces de matar indiscriminadamente. —Arbela se levantó.

—No. El castillo está asegurado. Nos retiraremos y reconsideraremos esto por la mañana. —Caelen se estremeció ante su tono incisivo. A continuación, se levantó, haciendo un gesto a

Arbela para que le acompañase y luego se detuvo ante su mirada mordaz.

—Creo que el tiempo es más suave en el establo que en nuestra habitación esta noche. —Sin mirar atrás, salió de la habitación, con los tacones de sus botas golpeando con rabia el suelo de piedra.

CAPÍTULO 33

Arbela se llevó por delante a un mozo de cuadra somnoliento con un brusco gesto de la mano. Poseedor de una sorprendente inclinación hacia la autoconservación, el muchacho desapareció rápidamente y sin hacer ningún comentario. Voski resopló y estampó una delicada pezuña cuando Arbela irrumpió en su establo y cerró la puerta con fuerza. Se desplomó sobre un montón de hierba fresca y aromática en un rincón del establo, sintiendo con intensidad la ausencia de sus perros, sin cuerpos cálidos y compasivos donde acurrucarse. Voski bajó la cabeza y le dio un empujón en el costado.

La ira se desvaneció lentamente y Arbela frotó la larga y huesuda nariz con áspero afecto.

—Hombres —murmuró con un suspiro de sufrimiento—. No sabe nada de la guerra en los castillos, pero no tiene en cuenta mi experiencia en la materia. Oí las palabras que no pronunció, y debería considerarse afortunado de que no le llamara la atención por ello. De hecho, me pregunto por qué no lo hice.

Voski resopló suavemente, moviendo los rizos sueltos sobre su mejilla.

—Dices la verdad, dorado. No deseo ser viuda. Y en este momento tampoco deseo ser esposa. —Acarició el hocico rechoncho del caballo y se sumió en sus pensamientos.

«¿Por qué soy la única que ve una posible relación entre ovejas

desaparecidas y una hoguera solitaria? ¿Es porque no hay ninguna piel de lobo clavada en un perchero, y soy la única que cree seriamente que el alcance de un arquero a ese tramo concreto de la almena es potencialmente mortal?»

Arbela frunció el ceño.

«Aprovecharé la primera oportunidad para demostrarles a estos escoceses de cabeza hueca que tengo razón. Y haré una apuesta considerable para que valga la pena. La incredulidad en sus caras no será suficiente».

Un tanto apaciguada por la seguridad de estar demostrando su punto de vista -y obteniendo además un beneficio secundario-, dejó caer la mano

sobre su regazo. Por su parte, Voski se apartó un paso para mordisquear un poco de heno y su cola se agitó suavemente contra una mosca. Arbela se acurrucó en su improvisada cama, creando una capa amortiguadora de calor a su alrededor. Pero el sueño la eludía.

¿Y si el hijo mayor de MacGillonay deseaba venganza? No había estado presente cuando su señor capturó a Dunfaileas. ¿Indica esto falta de interés? ¿O lo habían mantenido alejado otras consideraciones? ¿Podría él, o cualquier otro, estar robando y sacrificando ovejas MacKern deliberadamente? ¿Por qué, si no era para comer? Una banda de bandidos podría explicarlo, aunque con los MacLean al sur y los MacGillonay al norte, ¿quién se atrevería a invadir las tierras de los MacKern?

Lady MacKern estaba segura de que había algo más profundo en juego. Aunque sólo con los dos incidentes aparentemente inconexos -al menos en lo que respecta a Caelen y sus hombres- no podía probar nada.

Tal vez había llegado el momento de visitar al pastor.

* * *

Por la mañana, el sol apenas brillaba en un cielo sombrío. La lluvia caía lenta y espesa a través de los árboles, atrapando las gotas anteriores que permanecían en las hojas antes de golpear dulcemente la capa prestada de Arbela. Como no deseaba exponer su plan al testarudo lord, no se molestó en volver a su habitación en busca de ropa de viaje, sino que se apropió de un pesado tartán de lana que había en una hilera de prendas desgastadas cercana a la puerta del establo.

Voski bailaba a lo largo del sendero, ajeno a la incomodidad, con los cascos brincando sobre el suelo sembrado de hojas sin apenas hacer ruido.

Los pájaros estaban en silencio, sin duda acurrucados, con las plumas esponjadas por la lluvia. Ninguna pequeña criatura del bosque se escabullía por su camino, probablemente porque el tiempo también disuadía de la actividad normal. Momentos después, tanto Arbela como Voski estaban solos.

El sendero serpenteaba entre árboles y helechos, bordeando rocas que sobresalían de la ladera de la montaña. Arbela dejó que Voski eligiera su camino y su velocidad, aunque el sendero obstaculizado por las rocas no parecía entorpecerle en absoluto. El tejado de paja de la cabaña del pastor

apareció por fin sobre la colina, brillando bajo la lluvia. Sin embargo, no salía humo del tejado inclinado ni se oían ladridos desafiantes. Sólo un débil balido llegó a oídos de Arbela.

«¿Está el pastor en las colinas con el rebaño, unos pocos abandonados por razones desconocidas? Pero, ¿por qué iba a dejarlos desprotegidos?»

Unas cuantas espaldas lanudas se reunieron en masa, acurrucadas junto a la cabaña, con las cabezas juntas contra la lluvia. Enseguida, detuvo a Voski y observó la zona al abrigo de los

árboles. La lluvia golpeaba el suelo, pero Garen y Toros deberían haberla oído. Soltó un silbido bajo. A lo lejos, un solo ladrido respondió.

Al desmontar, Arbela desenvainó la espada y dejó las riendas enroscadas en la silla para que no tocaran el suelo. Deslizándose silenciosamente entre los helechos, se acercó a la cabaña. Delante de su puerta había una mancha de barro, aunque no sabía si era producto de las lluvias recientes o de muchos pies.

Una sólida bola de pelo surgió de entre la maleza, arrastrando un trozo de cuerda vieja y parcialmente podrida. La bestia golpeó a Arbela en medio del pecho, y el exaltado gemido se acentuó con los frenéticos lametones de una lengua húmeda. Los ojos de Arbela se llenaron de lágrimas mientras abrazaba a Garen.

El pelaje del perro estaba erizado de trozos de hojas y ramas, y un largo arañazo recorría una pata marrón claro, marcado con sangre fresca y seca. Arbela se agachó y dejó al perro en el suelo. La cola de Garen barrió el terreno, esparciendo hojas y barro.

—Más despacio, Garen. ¿Dónde está Toros?

Garen se levantó de un salto y se alejó corriendo, deteniéndose para mirar por encima de su hombro, gimoteando sin aliento. Tras sujetar las riendas de Voski por debajo del bocado, Arbela siguió a Garen hacia el bosque.

* * *

Caelen estaba seguro de que pronto le estallaría la cabeza. Y, de un modo perverso, lo esperaba con impaciencia, ya que tal acción sólo podía aliviarle el dolor que le latía por dentro, mejorando sus sensaciones de esta lúgubre mañana.

—No tenéis buen aspecto. ¿Vuestra esposa os ha tenido despiertos hasta tarde? —Rory tomó asiento junto a Caelen en la larga mesa.

Le dio un empujón con el codo y le alzó las cejas con una mirada cómica.

Caelen retrocedió con un gruñido.

—A menos que os retara a un concurso de beber ayer por la noche, creería que estáis de acuerdo. —La ceja de Rory se arqueó, sin sonreír, mientras observaba el aspecto de Caelen.

—Ella desafió mis decisiones —gruñó Caelen.

—Las suyas diferían de las vuestras —corrigió Rory, haciendo una pausa para llevarse una cucharada de comida a la boca.

—Las suyas no tienen sentido —respondió Caelen, frunciendo el ceño por la petulancia de su voz.

—Sonáis como Bram —murmuró Rory entre dientes, tragó saliva y agitó la cuchara en el aire—. Si vuestra mujer no está de acuerdo con vos, no significa que esté equivocada.

—Cuando quiera vuestra opinión, os la pediré. —Caelen sabía que Rory tenía razón, pero no le gustaba.

—¿Dónde está *lady* Arbela? —Si sois demasiado testarudos para uniros a mí, tal vez ella pueda cabalgar conmigo para comprobar el sitio en el acantilado a la luz del día. —Rory encogió los hombros y se zampó otro bocado de gachas.

—No lo sé. —Caelen se levantó, con cuidado de que sus talones no tocaran el suelo y se le aflojara el cerebro.

—¿Se enfadó tanto que os mandó a dormir a los establos? —Rory le lanzó una mirada de sorpresa.

—No. Ella durmió en los establos. —Caelen apretó los dientes.

—Entonces no es probable que esté de mejor humor que vos. —Un sonido ahogado surgió de detrás del puño cerrado de Rory

mientras se tapaba la boca apresuradamente. Luego se limpió la boca con la manga y apartó el plato—. Venid conmigo. El aire fresco os sentará bien.

Seguidamente, Caelen siguió a regañadientes a su capitán y mejor amigo desde el salón, entrecerrando los ojos bajo la lúgubre luz del sol que se filtraba entre nubes bajas y oscuras. Encorvó los hombros contra la lluvia constante y cruzó el patio tan rápido como se lo permitieron su cabeza palpitante y el barro resbaladizo. Rory entró en el establo sacudiendo la cabeza, arrojando agua en todas direcciones. Caelen hizo una mueca de

dolor y consideró su noche de furioso exceso de indulgencia un error colosal.

—¡Eh, muchachos! —gritó Rory, aparentemente ajeno al malestar de Caelen o decidiendo recordarle su metedura de pata de una manera que no olvidaría pronto.

Por las puertas de los compartimentos asomaron cabezas despeinadas, caras largas y delgadas con las crines despeinadas y la barbilla erizada, ya fueran caballos o mozos.

—Necesitamos nuestros caballos. Y traed una manta limpia para mi montura. Una sucia roza la piel. —Rory se acercó al establo más cercano.

Un muchacho salió a cumplir su orden, y Rory y Caelen se adentraron en el establo hasta los compartimentos de los caballos. Y más allá del de Voski, que estaba vacío.

—¿Habéis sacado el caballo de *lady* Arbela? —Caelen sujetó el brazo de un mozo de cuadra que se afanaba en retirar el estiércol del heno.

—No. No lo sacaría con este tiempo. Mi señora lo sacó ella misma al amanecer. —El mozo levantó la vista, con sorpresa en su rostro.

Con una maldición murmurada, Caelen cogió su montura y la colocó sobre el lomo de Addis. En un santiamén sacó al protestón caballo de su compartimento y lo condujo hasta la puerta abierta del establo, desde donde la lluvia caía a chorros desde los aleros.

—¿Qué ha hecho esa mujer?

—Vuestra *señora esposa* sin duda tiene preguntas que no pudimos responderle anoche. —Rory se acercó, con una mirada de preocupación cruzó su rostro—. A lomos de esa feroz bestia suya y probablemente armada hasta los dientes, imagino que corre poco peligro. Por no hablar del tiempo, con el que ni el más oscuro de los canallas se aventuraría.

—Una pierna rota —murmuró Caelen—. Sólo haría falta una para convertirla en un blanco fácil.

—¿Os referís a la pata del caballo o a la de vuestra esposa? —Rory miró a su señor.

Caelen llevó a Addis más allá del alero bajo y se subió al lomo del semental, haciendo una mueca de dolor al entrar en contacto con la silla de montar.

—El caballo.

* * *

Arbela no se detuvo en la cabaña del pastor, ya que Garen no mostraba ningún interés en ella, sólo en conseguir que Arbela la siguiera. Arrastrando a la perra hasta los acantilados que sobresalían de la cabaña, probablemente un refugio adecuado salvo para las peores tormentas invernales, subieron por el sendero, que ahora era poco más que una línea de hierba cortada y tierra, herencia de los dientes afilados y las pezuñas hendidas de las ovejas.

La respiración de Arbela se volvía dificultosa cuanto más subían, y

la fría lluvia perdía su efecto inmediato a medida que Arbela sudaba con sus esfuerzos. La actividad entorpecía poco a Garen, aunque Voski sacudía la cabeza cuando sus pezuñas resbalaban en los guijarros aflojados.

Finalmente, llegaron a una pequeña granja que el pastor probablemente utilizaba como refugio cuando no le convenía volver a su cabaña. El edificio circular de piedra apenas parecía lo bastante grande para albergar un solo jergón, aunque cualquier refugio sería bienvenido cuando se desencadenaran tormentas inesperadas. De repente, Garen desapareció en el interior y Arbela lo siguió con cautela, cargando el reconfortante peso de su espada. Allí se detuvo para que sus ojos se adaptaran a la penumbra sin ventanas. Un quejido a su derecha atrajo su atención. Garen yacía acurrucada alrededor del cuerpo de Toros, con la cabeza sobre su cuello.

Entonces, el corazón de Arbela se estremeció. Enseguida, Toros golpeó débilmente la tierra con la cola y Garen levantó la cabeza con un suave graznido. Arbela se agachó bajo el bajo dintel y entró sigilosamente. El olor a suciedad sin nombre la asaltó y reprimió una arcada. Un gemido de garganta humana le dijo que no estaba sola. Su corazón se tranquilizó al notar que Garen no se estremecía, y se asomó a la oscuridad. Un hombre toscamente vestido, barbudo y delgado, yacía sobre un lecho de harapos.

—¿Sois el pastor?

En ese momento, los dedos del hombre se cerraron parcialmente, como si buscara la empuñadura de un arma, y luego se relajaron, pues el esfuerzo parecía demasiado grande. Garen se levantó y se puso a su lado, acariciándole la barba. El hombre gimió, levantó una mano en un gesto débil, y Garen volvió al lado de Toros.

Dividida entre ayudar al extraño y a Toros, Arbela se arrodilló junto a sus perros, acariciando la cabeza de este último. Haciendo una rápida

evaluación, descubrió que estaba atado a un gran palo clavado en la tierra, tan apretado que apenas podía moverse. Y aunque lo aflojaran, su pata delantera rota no lo llevaría muy lejos. Toros no se movió, salvo para lamerle la mano en señal de gratitud. Parecía contentarse con mirarla, como si su presencia fuera todo lo que necesitaba, y, humillada, Arbela se volvió hacia el desconocido. Con la mano en su frente, hizo todo lo posible por mantenerse fuera de su alcance. De pronto, los ojos del sujeto se abrieron.

—Soy el pastor —balbuceó—. No hay ningún lobo.

—Callad. No creí que lo hubiera. Os llevaremos al castillo y podréis contarle al lord lo que sabéis.

—Herido… demasiado —suspiró—. Ese perro recibió golpes… que eran para mí. Su compañera… protegió a la muchacha…

—Son una buena pareja. —Arbela se preguntó si todos los pastores se referían a sus ovejas como muchachas—. Os traeré agua y vendaré vuestras heridas. Estaréis mejor esperando mi regreso aquí que cabalgando expuestos a la lluvia.

—Debeis encontrarla… —La voz del pastor se quebró, gruñó y le hizo un gesto con la mano, pero Arbela no tenía tiempo de preocuparse por las ovejas. Cogió el odre de la silla de Voski. Después, el pastor sorbió el agua con avidez y se recostó con un suspiro ante las nuevas palabras tranquilizadoras de Arbela. Con todo el cuidado que pudo, Arbela examinó al hombre en busca de heridas, haciendo una mueca al ver un largo desgarro en el abdomen. Los demás cortes y magulladuras eran comparativamente de poca importancia.

—Esto os ayudará con el frío. —Se apoyó sobre los talones para quitarse el tartán húmedo de los hombros y envolvió con cuidado la parte seca y caliente sobre el hombre.

—Volveré lo antes posible con una litera. El curandero se ocupará de vuestras heridas. Y yo me aseguraré de que alguien encuentre a

la muchacha. —Tomó las frenéticas manos del pastor entre las suyas, elogiando en silencio su fervor por seguir a una oveja perdida, pero poniendo su singular preocupación por debajo de su necesidad de cuidados inmediatos—. También os dejaré a los dos perros. Ninguno de los dos está en condiciones de seguir el ritmo de mi caballo, y pueden seros útiles mientras estoy fuera. —Volvió a revisar a ambos perros en busca de heridas leves, pero no encontró mucho más de lo que ya había observado.

Enseguida, acarició la cabeza de Toros—. Me apena dejaros, pero debéis esperar un poco más. —Frotó las orejas de Garen—. Y vos, muchacha, habéis hecho un excelente trabajo hoy. Os pido que permanezcáis de guardia una hora más y traeré hombres para que os releven. —Garen gimoteó, pero no se movió cuando Arbela se levantó para salir de la pequeña cabaña. *Lady* MacKern oteó el lindero del bosque en busca de señales de peligro y, al no ver ninguna, se acercó sigilosamente al lado de Voski. De un salto, le cubrió la espalda, agachándose mientras golpeaba su costado con los talones. Al instante, el semental dio un salto y se elevó sobre las piedras como si hubiera nacido para las montañas.

El viento le azotó la cara con las hebras doradas de su crin, y Arbela se secó las lágrimas. Alguien tenía a Dunfaileas como objetivo, y la próxima vez que hablara con Caelen, él *escucharía* sus razones.

CAPÍTULO 34

Arbela vio a Caelen cuando se acercaba a las puertas abiertas del castillo. Tenía un aspecto horrible. Encorvado sobre la parte delantera de la silla, con las riendas colgando de las yemas de los dedos, su ceño fruncido bastaba para disuadir a cualquiera, salvo a los más decididos. El nervioso mozo de cuadra que caminaba en círculo delante de él, no le dirigió la mirada. Lo que hubiera dicho no había gustado a su lord. Inmediatamente, Arbela se puso a la defensiva contra el oscuro estado de ánimo de Caelen.

Era fría, ansiosa y no estaba dispuesta a que cuestionaran sus acciones.

Lord MacKern levantó la cabeza y la miró. Su ceño se frunció, su frente se alisó. Entonces, cayó al suelo y entrecerró los ojos en una breve mueca de dolor cuando sus pies tocaron el suelo.

—Necesito una litera y a la curandera —ordenó Arbela, adelantándose a las palabras de enfado que pudiera albergar. Su expresión de alarma la sobresaltó.

—Para mí no. El pastor está malherido y no podía traerlo aquí en Voski.

Con un crujiente movimiento de cabeza, el lord dio órdenes a un soldado cercano que subió los escalones del establo en dos apresurados pasos. Caelen se acercó a Arbela y le puso la palma de la mano en el hombro.

—¿Estáis segura de que no os han hecho daño?

—No. Tengo frío y estoy mojada, pero ha dejado de llover y estoy ansiosa por volver a la granja. Toros ha sido herido y dejarlos atrás tanto a él como al pastor no fue fácil.

—Contadme lo que habéis descubierto. —Su voz mostraba interés.

Arbela respondió con una ceja levantada.

—He descubierto que no escuchar a mi mujer es malo para mi salud.

Debería haber respetado vuestra opinión. —Caelen hizo una mueca.

—Gracias —respondió Arbela en voz baja—. Aunque vuestras palabras son amables, debéis daros cuenta de que en la primera oportunidad

que tuvisteis de escuchar lo que decía, me rechazasteis sin más razón que el hecho de ser mujer.

—No he dicho eso. —Los ojos de Caelen se entrecerraron.

—No insultéis mi inteligencia. Es bastante fácil oír lo que no se dice, así como lo que realmente sale de vuestros labios —señaló Arbela sombríamente.

—¿Me lo diréis ahora? Lamento mi estupidez y me doy cuenta de que no siempre estaremos de acuerdo. Esa no es razón para que nos vayamos a la cama enfadados. Os eché mucho de menos anoche.

—El *whisky* es un pobre consuelo, ¿verdad? —Arbela no pudo contener la sonrisa que se le dibujó en la comisura de los labios.

Un soldado regresó y los interrumpió mientras ordenaba a un mozo de cuadra que atara una robusta litera a los arreos de un corpulento caballo.

—Os contaré lo que he encontrado mientras cabalgamos —añadió Arbela, ansiosa por volver a la granja.

Caelen asintió y le echó la capa sobre los hombros antes de montar a caballo. La sólida calidez de la tela, calentada por el cuerpo de Caelen, casi le robó el aliento a Arbela, que puso una mano temblorosa sobre el cuello de Voski.

De pronto, Arbela y Caelen intercambiaron miradas. Ella le agradeció la comodidad de la capa. Luego, con una silenciosa petición del lord, se quedó para cuidar de su propia salud ofreciendo el calor de un fuego y una jarra de sidra caliente. Por su parte, su esposa le agradeció la idea y le dio las gracias por no insistir en que se retirara dócilmente a una silla junto a la chimenea.

Sin intercambiar palabras, Arbela y Caelen subieron a sus

monturas.

Otros tres soldados subieron a caballo, protegiendo a Arbela mientras el grupo abandonaba el patio y emprendía el camino hacia la granja del pastor.

Consciente de la preocupación de los hombres, la joven permitió su excesiva protección.

Cuando llegaron a su destino, el sol ya se había adueñado del cielo.

Garen salió corriendo de la pequeña cabaña, meneando la cola antes de desaparecer de nuevo en el interior. Dejando a los demás para preparar la litera, Arbela se agachó bajo el dintel, con los ojos escrutando los objetos oscuros en la penumbra. Para su alivio, Toros levantó la cabeza y agitó la cola. Le dio unas palmaditas tranquilizadoras en la cabeza y se volvió hacia

el pastor. Su pecho subía y bajaba, pero tan superficialmente que Arbela tardó unos instantes en darse cuenta del movimiento. Una gran sombra bloqueó el estrecho rectángulo de luz de la puerta cuando Caelen entró en el refugio. Después de acariciar a Toros, se arrodilló junto a Arbela.

—Está vivo. Pero sus heridas son terribles. —Señaló con la cabeza al pastor.

—Sacaré a Toros para que no estorbe, luego cargaremos a Coll en la litera. —Caelen dudó un momento, con la mirada fija en el pastor.

Con una sola palabra murmurada que Arbela no captó, tocó el hombro del hombre, y luego se volvió hacia Toros.

Seguidamente, acunó la cabeza de Toros en sus palmas mientras Caelen levantaba al perro herido. Toros gimoteaba, con los ojos ansiosos.

Arbela cortó una tira de lana gruesa de su capa y la envolvió con cuidado alrededor de la pata rota, estabilizando la extremidad lo mejor que pudo y aliviando gran parte del dolor. Momentos después, Toros lamió su mano.

—Ponedlo ante mí. —Montó en su caballo.

Caelen la miró con cautela.

—Cuando es necesario, Voski es tranquilo y gentil. Nos llevará de vuelta a Dunfaileas sin un paso en falso.

A continuación, Caelen colocó suavemente a Toros sobre su regazo y Arbela lo rodeó con los bordes de su capa, creando una especie de cabestrillo. Mientras tanto, Garen observaba atentamente desde el suelo.

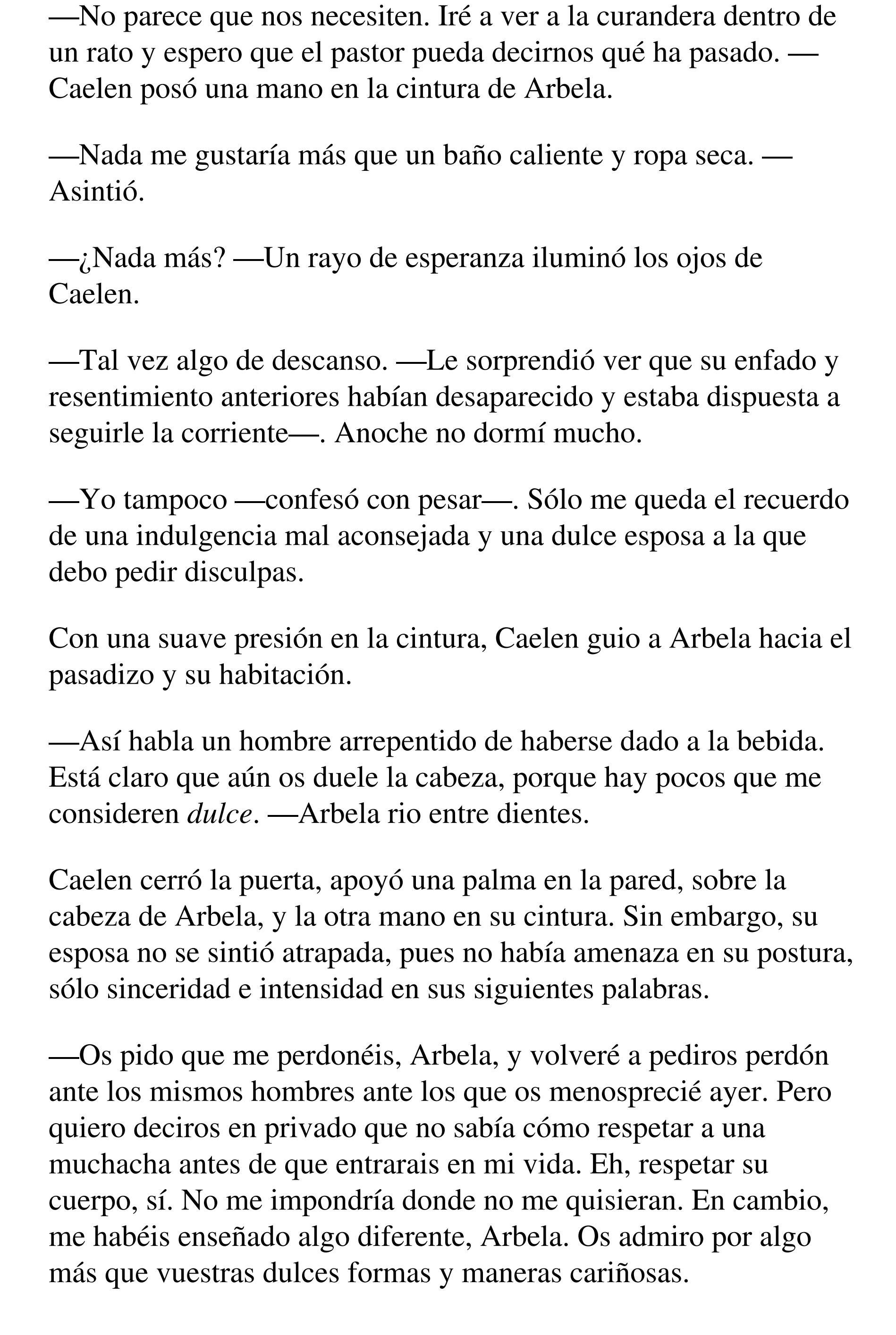
—Todo irá bien —afirmó Arbela, tanto para tranquilizar a los perros como a sí misma.

—Rory, llevad a los hombres y registrad la zona. Informad de todo lo que encontréis. —Caelen y otros dos montaron.

El viaje de vuelta al castillo fue largo, pero sin incidentes, equilibrado entre la velocidad y la comodidad del pastor. La curandera, que les esperaba ansiosa en la puerta, se hizo cargo de los cuidados del pastor, dejando una cesta con vendas, cataplasmas y tablillas de entablillado para Toros.

En cuanto llegaron, la comida de la mañana ya había pasado, y Bram se paseaba por el patio, no menos inquieto que Zora por su regreso. Ante el grito de consternación de Bram al ver las heridas de Toros, Caelen se vio obligado a llevar al perro a la habitación de su hijo para que lo cuidara.

Zora se puso a limpiar y colocar el miembro roto con la ayuda de Bram.



—No parece que nos necesiten. Iré a ver a la curandera dentro de un rato y espero que el pastor pueda decirnos qué ha pasado. —Caelen posó una mano en la cintura de Arbela.

—Nada me gustaría más que un baño caliente y ropa seca. —Asintió.

—¿Nada más? —Un rayo de esperanza iluminó los ojos de Caelen.

—Tal vez algo de descanso. —Le sorprendió ver que su enfado y resentimiento anteriores habían desaparecido y estaba dispuesta a seguirle la corriente—. Anoche no dormí mucho.

—Yo tampoco —confesó con pesar—. Sólo me queda el recuerdo de una indulgencia mal aconsejada y una dulce esposa a la que debo pedir disculpas.

Con una suave presión en la cintura, Caelen guio a Arbela hacia el pasadizo y su habitación.

—Así habla un hombre arrepentido de haberse dado a la bebida. Está claro que aún os duele la cabeza, porque hay pocos que me consideren *dulce*. —Arbela rio entre dientes.

Caelen cerró la puerta, apoyó una palma en la pared, sobre la cabeza de Arbela, y la otra mano en su cintura. Sin embargo, su esposa no se sintió atrapada, pues no había amenaza en su postura, sólo sinceridad e intensidad en sus siguientes palabras.

—Os pido que me perdonéis, Arbela, y volveré a pediros perdón ante los mismos hombres ante los que os menosprecié ayer. Pero quiero deciros en privado que no sabía cómo respetar a una muchacha antes de que entrarais en mi vida. Eh, respetar su cuerpo, sí. No me impondría donde no me quisieran. En cambio, me habéis enseñado algo diferente, Arbela. Os admiro por algo más que vuestras dulces formas y maneras cariñosas.

Siento mucho no haberos escuchado ayer.

La miró a la cara y un calor familiar se apoderó de ella, aunque la carne de sus brazos reflejaba la ropa fría y húmeda que llevaba, no la anticipación de su beso.

—No disfruté de mi noche lejos de vos —admitió—. Y no permitiré que vuelva a ocurrir, salvo por enfermedad o ausencia legítima. Sé que discreparemos de vez en cuando, aunque eso puede ser saludable si se hace con respeto.

—¿Me reprenderéis si os ignoro? —Caelen enarcó una ceja.

—Os destriparé como a un pez si volvéis a hacerlo. —Arbela le dirigió una mirada inflexible.

Posteriormente, Caelen la cogió mientras caía en sus brazos, riendo o sollozando, no sabía cuál de las dos cosas. La abrazó con fuerza, agradecido de que hubiera accedido a escucharle y no hubiera desenvainado su espada contra él. Aunque parecía que aún podría hacerlo si él no cambiaba de actitud, al menos un poco.

—Creo que estáis más caliente que tomar un baño. —Arbela levantó la cara de su pecho, con ojos alegres. Le pasó las yemas de los dedos por la mejilla.

—He oído que si os quitáis la ropa mojada entraréis en calor más rápido. —El interés de Caelen aumentó.

Arbela le desabrochó el cuello y deslizó las manos lentamente por el pecho hasta la hebilla del cinturón. Se lo desabrochó en un santiamén y el cuero cayó, dejando libre la cola de la camisa. Sus manos se abrieron paso por debajo de la tela, recorriéndole el abdomen y el pecho.

—¿Funciona? —preguntó.

Caelen sacudió la cabeza para despejarla de la niebla creada por el

ardiente deseo. Una vez más, su cerebro se quedaba atrás y su cuerpo registraba poco más que la magia de su tacto.

—Dejad que os lo enseñe. —Le desabrochó el largo chaleco de cuero, cuya superficie estaba manchada irregularmente por la lluvia. Tras quitárselo de los hombros, se dirigió a los numerosos botones diminutos que adornaban la parte delantera de la túnica de seda que le llegaba hasta las rodillas. De repente, los hombros de Arbela temblaron.

—Sólo son necesarios unos pocos. —Sacó la cabeza por la abertura creada al desabrochar sólo media docena de botones. El resto de la ropa cayó con poca dificultad y las manos de Caelen se deslizaron libremente sobre su piel helada, notando el calor creciente.

Enseguida, el lord cogió un par de mantas de la cama y las tiró al suelo, delante de la chimenea. Acercó a Arbela a ellas y la envolvió con una tercera, separándose de ella sólo lo suficiente para avivar el fuego, que cobró vida con un crepitar luego de que Caelen le arrojase más leña.

Satisfecho con el calor que desprendía el hogar, se volvió hacia su esposa.

* * *

En algún momento de la tarde, se retiraron a la cama, dejando que el fuego se apagara. Enredados en sus brazos, no prestaron atención al frío de la habitación.

Arbela se volvió perezosamente hacia su esposo, pasando una pierna por encima de su muslo.

—¿Qué pensará vuestro clan si su lord pasa la mayor parte del día en cama con su nueva esposa, otra vez? —Recorrió con la punta de un dedo las líneas de los labios de su señor, recordando el juego de éstos contra su piel.

—Son conscientes de que su lord ha perdido la cabeza por su bella nueva esposa. Y probablemente estén encantados de que parezcáis dedicados a traer más hijos al clan.

Con un rápido movimiento, atrapó su dedo entre los dientes. Arbela chilló sorprendida, mas no se apartó.

Mirándolo fijamente, arqueó el cuerpo contra el suyo, deseándolo una vez más. Su miembro se engrosó bajo su mano, y una sonrisa de complicidad se dibujó en sus labios. Caelen rodó sobre su espalda y tiró de ella lo suficiente como para dirigir su atención hacia sus pechos, llevándoselos a la boca con un suave movimiento de succión.

Tras largos momentos de tan placentero tormento, Arbela se apartó, deslizándose por sus flancos, atrapando su sólido calor entre ellos.

—Ya lo he mencionado antes, pero vale la pena repetirlo. Me siento feliz de haberme casado con vos.

—Nunca antes habías dicho «me siento feliz» —señaló, imitando su voz. Apoyada sobre él, Arbela sonrió mientras se movía lo suficiente como para introducirlo un centímetro, pero no más.

—Muy, muy feliz —corrigió él. En cuanto a Arbela, se apretó contra él mientras un temblor sacudía su cuerpo. Caelen contrarrestó su movimiento con un empujón, ganando otro centímetro. En ese momento, la joven se tranquilizó con una respiración entrecortada.

—Yo también estoy *muy feliz*.

* * *

—¿Luchasteis contra los sarracenos? ¿Se lanzaron contra vuestro castillo? —Bram empujó su cuchara de madera en el aire como si la

superficie curva se hubiera convertido mágicamente en una espada bien blandida.

—No parece que dos días encerrado en el castillo le hayan sentado bien —comentó Arbela con una risa indulgente. Lo observaba con lánguida diversión desde su nido en el regazo de Caelen, con el hombro apoyado en el suyo, agradeciendo ociosamente que la silla del lord fuera un mueble tan impresionante para sentarlos a los dos.

—El encierro me ha dejado agotado —respondió Caelen y le dio un beso en la cabeza.

Arbela volvió a reír y se acurrucó más cerca de su esposo, notando el ambiente relajado de la gente que permanecía en el salón. Muchos se habían esforzado por dirigirle la palabra a Caelen durante la comida, a menudo apoyando una mano en su hombro en señal de aprobación tácita antes de seguir adelante.

—Habladme de Batroun —pidió Bram mientras se acomodaba en su silla, con el plato limpio de las verduras con las que había jugado antes.

Enseguida, Arbela echó un vistazo por debajo de la mesa, donde Garen estaba agazapada a los pies del niño. Si bien Toros era incapaz de subir las escaleras de la torre, había conseguido una manta gruesa ante la chimenea en la habitación de Bram, con abundantes golosinas de Cook y las atenciones instantáneas de una joven criada cuando la incapacidad del perro para salir al exterior suponía un problema.

—En Batroun, todos los muchachos comían al menos cinco bocados de verdura antes de las prácticas de armas cada día. El maestro de armas decía que nunca había visto jóvenes tan fuertes, tan ágiles gracias a su excelente alimentación.

Bram la miró con una mezcla de desdén e incertidumbre, y dirigió una mirada a su plato vacío. Sin embargo, Arbela ahogó una

carcajada.

—No mucho antes de dejar Batroun para zarpar hacia Escocia, un artero sarraceno atacó el castillo no una, sino tres veces.

—¿Cómo sabíais que era el mismo? —preguntó Bram—. ¿Pudisteis verle bien? ¿Tenía cicatrices y era feo?

—No vi al líder de la fuerza que atacó Batroun, porque nunca lo capturamos, ni hablamos de términos con él. —Hizo una mueca con una ceja—. Sabía que era el mismo hombre porque nunca dirigió sus fuerzas contra nosotros de la misma manera dos veces.

—¿Por qué? ¿Qué queréis decir?

—Escuchad a vuestra madre, muchacho. La estrategia es lo que la caracteriza. —Caelen despeinó los rizos de Bram. Entonces, el niño dirigió su ansiosa atención hacia Arbela.

—Mseilha es conocido como un castillo muy seguro. Ha custodiado el paso hacia el mar durante muchos años, y los viajeros se han refugiado a menudo entre sus muros.

—El castillo ha sido atacado, porque también se sabe que el barón es un hombre rico, y no sólo su riqueza, sino su poder pasaría a cualquiera que se convirtiera en su gobernante. Este hombre —señaló Arbela levantando un dedo para enfatizar—, utilizó la estrategia en lugar de la fuerza bruta -

que no habría funcionado en ningún caso- para averiguar la debilidad del castillo.

—¿Qué punto débil?

—No hay ninguna, al menos ninguna descubierta hasta ahora. En lugar de malgastar a sus soldados en un ataque total, el sarraceno estableció astutamente una serie de ataques. Tan pronto como uno se consideraba un fracaso, se retiraba durante un día, tal vez dos,

antes de crear otro ataque o distracción. —Arbela sonrió.

En ese momento, Caelen se puso rígido debajo de su esposa, y ella se puso alerta al instante.

«Una distracción».

Arbela miró a Caelen, observó su mirada interior, su respiración acelerada.

«¿Podría el hijo mayor de MacGillonay estar intentando una distracción? ¿Llevando a los perros, que les servían de protección a ella y a Bram, y a los hombres de los que no podían prescindir a los bosques en busca de un lobo que no existía? ¿Y provocar un incendio en el acantilado por la noche, alejando de nuevo a los hombres del castillo para buscar la causa del fuego?»

Seguidamente, *lady* MacKern abrió la boca para preguntar a Caelen si pensaba lo mismo. No obstante, de pronto, Rory cruzó el salón corriendo, con el ceño fruncido por la preocupación.

—Otro fuego ha sido encendido en los acantilados.

CAPÍTULO 35

Arbela se levantó de la silla y recorrió la mitad del salón antes de que el roce de las patas del banco en el suelo cesara, maldiciendo su decisión de ponerse un albornoz para cenar en un esfuerzo por complacer a su marido.

Había descubierto que las líneas fluidas de la tela se hacían eco de las sinuosas líneas de placer que había experimentado en los brazos de Caelen, y le gustaba la forma en que el lujoso tejido acariciaba su piel, una sensación de la que carecían los *trews* de cuero y el chaleco bien ajustado que solía llevar. Pero, de repente, el brocado bordado en oro y la seda diáfana no eran más que un impedimento para sus movimientos, y delataban su falta de espada y arco.

A una zancada o más por delante de los hombres, con Garen a su lado, sujetó sus faldas con ambas manos y subió a toda velocidad las escaleras hasta la almena, esquivando a un guardia y acercándose al muro de piedra de la parte trasera del castillo. En el borde del acantilado brillaba una hoguera, cuyas llamas rojas bailaban claramente visibles en el enérgico aire nocturno. Una repentina ráfaga de viento trajo el aroma de la lluvia que se avecinaba, y la tensión que la recorría se alivió.

—Pronto lloverá y se apagará —afirmó Caelen desde detrás de ella, como si leyera su mente. Apoyó una mano tranquilizadora en su cintura, y su calor se filtró a través de las capas de ropa, pero Arbela no pudo escapar al hilo de frío alerta que tiraba de sus sentidos.

—Tiene que haber algo más. —Dejó a un lado la frustración, buscando un lugar de calma donde poder encajar las piezas del rompecabezas—.

¿Estáis seguro de que no es simplemente el fuego de un viajero?

—Sí. Aunque no lo he vigilado. —Su tono de voz disminuyó—. No tenemos hombres de sobra.

—¿El pastor se ha despertado?

—No. Tiene fiebre por la herida del abdomen. No sé cuándo podré interrogarlo, si es que puedo.

—¿Qué dice Rory?

—Había visto los dos cadáveres de oveja que el pastor había descubierto y determinó que lo mejor era dejar a Toros y Garen como habían pedido para protegerse de más pérdidas. Él era de la opinión de que hay un lobo solitario en el trabajo. —Caelen encogió los hombros.

—Aconsejaría no enviar hombres a comprobar el fuego. —Arbela

asintió bruscamente con la cabeza, pues aún le faltaba algún dato importante. Las acciones no encajaban… todavía.

—No estoy de acuerdo. Debemos descubrir quién está detrás de esto, y el único momento es al anochecer, cuando se encienden las hogueras—.

Rory se unió a ellos.

—Un solo fuego no hace más que agravar las cosas —contradijo Arbela, fastidiada por la idea de una distracción—. No es razón suficiente para dividir nuestras fuerzas.

—Sigo diciendo que hagamos el intento. Tal vez sólo dos hombres en lugar de una fuerza mayor. —Rory dirigió sus palabras a Caelen—. ¿No podemos prescindir de dos hombres?

—¿Dos? —Arbela pronunció la palabra con incredulidad. Se enfrentó a Caelen y Rory, ignorando la multitud que empezaba a formarse a su alrededor. Luego desestimó la petición del capitán —. Demasiado fáciles de emboscar.

—Nuestros hombres conocen bien la zona. Nacieron aquí y han cazado en los bosques toda su vida. Conocen cada árbol y cada roca. —Rory le envió una mirada despectiva.

—¿Y cuánto hace que empezaron los incendios? Quienquiera que sea lleva al menos quince días merodeando por nuestros bosques. Apostaría a que ya está bastante familiarizado con el terreno. —Arbela levantó una ceja, con un malestar creciente en su interior.

—No nos dejaremos engañar esta noche. Mañana trazaremos un plan de acción para resolver esto de una vez por todas. Aunque sólo sea un fuego, está claro que nos divide. —Caelen levantó una mano entre los dos.

—Admito que me enfurece saber que alguien se burla así de nosotros.

—Rory suspiró.

—Y desde una posición que sólo un arquero superior podría reclamar como significativa —añadió Arbela—. Aunque lo sabemos, y Dunfaileas nunca ha estado a salvo de esta amenaza, nos fastidia a todos.

Los ojos de Caelen brillaron a la luz de las antorchas. Su asentimiento calmó aún más la tensión de Arbela. De pronto llegó a sus oídos un estruendo similar a un repentino soplo de viento. Un guardia gritó desde la oscuridad.

—¡Lord! Mirad.

Caelen se abrió paso entre la multitud y Arbela y Rory lo siguieron.

Doblaron la esquina del muro y se detuvieron sobresaltados. Un incendio arrasaba la playa y un brazo del muelle.

—Decidme —ordenó Caelen, con los ojos clavados en la escena.

—No fue nada —balbuceó el guardia—. Luego, de repente, hubo un silbido… y llamas.

—Aceite ardiendo —explicó Arbela, con el fragor de la batalla empezando a correr por sus venas. Luego tocó el brazo de Caelen —. Se prendería rápido y ardería ferozmente. Si el aceite empapa las tablas, el fuego no podrá apagarse. El aceite arderá hasta que se acabe la madera.

—Pero podemos salvar el resto del muelle —replicó Caelen—. Y los barcos amarrados allí.

—Estoy de acuerdo. —Rory lanzó una mirada fría a Arbela y asintió.

—¡A la playa! —gritó el lord—. Salvad lo que podáis. Tened

cuidado.

—Se volvió hacia los hombres de armas.

No obstante, Arbela negó con la cabeza, consciente de que sus esfuerzos no surtirían efecto, pero decidió seguir el ejemplo de Caelen.

—Me cambiaré el vestido.

Sin embargo, nadie la oyó mientras reunían brazos y cubos, gritándose unos a otros mientras se desparramaban por las puertas abiertas de Dunfaileas.

Con un suspiro de disgusto, Arbela huyó de la almena y se apresuró a atravesar el salón, con Garen pisándole los talones, apartando las estridentes preguntas de los criados que buscaban noticias. Un rápido vistazo le dijo que Zora había sacado a Bram de la habitación, una medida meditada, ya que el muchacho sin duda querría ayudar, y ella no tenía tiempo que perder para mantenerlo fuera de peligro. Enseguida, subió las escaleras a toda velocidad, sin prestar atención al ruido, desahogando un poco de frustración con sus acciones. Abrió de un tirón la pesada puerta de la habitación y tiró sin éxito de las docenas de pequeños botones enjoyados de su vestido.

Después, dio un tirón impaciente a la tela y media docena de botones

estallaron de sus ataduras de seda con un estallido de luz refractada.

Además, se colocó la pesada túnica de brocado por encima de la cabeza y se deshizo rápidamente del resto de la ropa, saliendo de la habitación sólo unos minutos después, vestida como de costumbre, con los *trews* y la túnica, y la espada sujeta a la cintura. Se abrochó una vaina del brazo, con su delgada daga apretada entre los dientes. En cuanto a Garen, cruzó el salón con un quejido

ante la puerta de Bram. Seguidamente, Arbela metió la daga en la vaina y le dio a Garen la orden de seguirla con un gesto impaciente.

—No molestéis al muchacho. No puede venir con nosotros, y no tengo tiempo para discutir con él. —Subió las escaleras de dos en dos, con prisa y dando zancadas largas. Se abrió paso a través del salón y cruzó el patio, maldiciendo en voz baja a la gente que se agolpaba en el camino, con las voces agitadas y las cabezas inclinadas para ver los muelles, donde las llamas se elevaban cada vez más en el cielo nocturno.

Garen se detuvo, olfateando las faldas de una vieja arpía que se acercaba su andrajosa capa, con el rostro completamente invisible en la negrura de su capucha. Consciente del interés de Garen por la mujer, Arbela agarró el collar del perro.

—Dejadlo. —Tiró de la perra mientras esquivaba a la arpía. Garen gimoteó, gruñendo por lo bajo en señal de protesta. Mientras abandonaba los terrenos del castillo, Arbela aceleró el paso, con Garen de nuevo a su lado. Corrió por el ancho camino hacia la playa, buscando con la mirada a Caelen. Con un suspiro de alivio, divisó su cabeza rapada, que se perfilaba oscura contra el rojo dorado del fuego, y corrió a su lado.

* * *

—¿Qué diablura es ésta? —gruñó Caelen y se secó la frente con el antebrazo, mirando fijamente al infierno que desafiaba sus mejores esfuerzos por sofocar las llamas—. El agua sólo propaga más el fuego.

—Preguntadle a vuestra mujer. Parece que ella lo sabe. —Rory dejó caer un cubo a sus pies en un gesto de rendición.

Recordando las palabras anteriores de Arbela, Caelen miró a su alrededor, pero no vio a su esposa, aunque era difícil identificar las formas

oscuras que se paseaban por la orilla, tan impotentes contra las llamas con sus cubos como si no hubieran hecho más que escupir en ellas.

—Ella no está de acuerdo con nuestras acciones, y creo que se quedó atrás. Aunque me interesará oír lo que tiene que decir cuando volvamos. —

Rory apretó el hombro de Caelen.

—Estoy aquí. —La voz de Arbela vino de detrás de ellos, ligeramente sin aliento como si hubiera huido del castillo.

Inmediatamente, el agarre de Rory se tensó y Caelen dio un respingo ante la combinación del dolor inesperado en los dedos de su capitán y el sonido de la voz de Arbela. El lord miró a Rory mientras se encogía de hombros y se sobresaltó al ver que el rostro del hombre parecía haber perdido todo el color.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó Rory, con voz áspera y acusadora, y Caelen no veía ninguna razón para el tono de confrontación del hombre.

—No le habléis así a mi mujer —dijo, con un tono de reproche. Los ojos de Arbela se abrieron de par en par, claramente sorprendida por el tono de Rory.

—¡Ella no debería estar aquí! Debería haberse quedado con Bram. —

Rory se giró, la tensión en su rostro era perceptible incluso en el resplandor del fuego. Se tambaleó un paso hacia Arbela, agitando el puño en el aire—.

¡Maldita mujer!

Arbela esquivó al furioso hombre con un paso a un lado. Por su parte, Garen gruñó una advertencia y avanzó hacia Rory con las

piernas entumecidas.

—Deteneos, Garen —ordenó Arbela, y el perro se detuvo, con los ojos fijos en Rory.

—¿Qué estáis pensando, hombre? —Caelen gruñó, sujetando el brazo de Rory.

—¡Se suponía que debía proteger a Bram! —gritó, con la cara a escasos centímetros de la de Caelen. Se encogió de hombros, con los ojos encendidos.

—¿Protegerlo? —La sangre de Caelen se heló a pesar de las olas de calor que rodaban desde el fuego cercano—. ¿Protegerlo de quién?

—De la vieja bruja… —Arbela alzó la voz—, la anciana con la que tropecé en el patio. Garen le gruñó. —Envió a Caelen una mirada

horrorizada—. Bram no estaba en el salón cuando me fui. No revisé su habitación.

—¿Quién era la arpía? ¿Tenía a Bram? —Caelen la cogió del brazo, sin prestar atención a la advertencia de Garen por atreverse a tocar a Arbela con rabia.

—¿Creéis que me habría ido si hubiera pensado que ella lo tenía? —

Arbela se zafó de su agarre, con los ojos encendidos de furia ante su pregunta—. ¡Garen, venid! —Se dio la vuelta y echó a correr hacia la carretera.

—Venid conmigo. Tenéis más conocimientos de los que deberíais. Me ayudaréis a recuperar a mi hijo, aunque os cueste la vida. —Caelen se giró hacia Rory.

Con una sombría inclinación de cabeza, Rory acompañó a Caelen sin protestar. Enseguida, alcanzaron a Arbela en el patio, y Garen le dijo que buscara a Bram. La perra buscó inmediatamente el rastro y Arbela se volvió hacia Caelen y su capitán.

—No interfieran. —Mantuvo a raya a ambos hombres con un movimiento de la mano. Luego miró con furia a Rory—. A menos que podáis describirme qué es lo que sabéis de la seguridad de Bram.

—Deberíais haberos quedado con él —afirmó Rory, repitiendo obstinadamente su afirmación anterior.

Arbela lo silenció con la mirada.

—Fuisteis mi hermano de leche de niño y ahora eres mi capitán.

Siempre he confiado en vos. Pero os mataré yo mismo si Bram sufre algún daño. —Caelen sujetó el hombro de Rory, girándolo para que lo mirara.

—No se suponía que pasara así. Si Bram hubiera estado protegido, Keith Dubh habría sido asesinado o capturado, y Brinna liberada. —Rory inhaló profundamente, sacudiendo la cabeza como si intentara desalojar un recuerdo o un conocimiento que no deseaba.

—¿Keith Dubh? —pronunció Caelen—. ¿Has negociado con el hijo de MacGillonay? ¡Maldito seáis, Rory!

Un ladrido interrumpió la conversación. Arbela echó un vistazo al patio en busca de Garen y vio su cola emplumada a varios metros de distancia, con la nariz pegada al suelo mientras se abría paso entre la multitud.

—Ha encontrado el rastro. —Arbela agarró el brazo de Caelen—.

Vamos. Nos llevará hasta Bram.

Los dos hombres la miraron, y *lady* MacKern se preguntó brevemente si era prudente permitir que Rory los acompañara. Aunque su preocupación inmediata era encontrar al niño. Ya se ocuparía más tarde de la traidora secuaz de Rory.

Posteriormente, Garen cruzó las puertas a toda velocidad. Arbela siguió sus pasos, sin perder de vista a la perra, temerosa de perderla en la oscuridad cuando Garen abandonó la luz de las antorchas y el ancho camino y se internó en el bosque. La pálida parte inferior de su peluda cola destellaba como un débil faro en la penumbra. Arbela corrió tras ella, rezando para que Bram no resultara herido. No sabía si podría soportar ver al muchacho reducido por el miedo.

De repente, unas fuertes pisadas en la maleza le indicaron a Arbela que Caelen y Rory aún la seguían, e inmediatamente descartó el sonido por carecer de importancia. Garen aminoró la marcha, el pelaje de su nuca se erizó hacia delante, su mirada fija en un punto más adelante.

Al llegar hasta la perra, Arbela le puso una mano en la cabeza de seda en señal silenciosa de que esperara mientras miraba a través de los árboles.

El bajo rugido de Garen protestó por la interrupción, pero permaneció al lado de su dueña. Cuatro formas oscuras, tres de ellas un poco más altas que la cuarta, se reunieron en una pequeña cañada. El olor de los caballos llegó hasta Arbela, aunque no podía verlos.

Tras ella, un leve movimiento de hojas alertó a Arbela de la presencia de Caelen. Su aliento le calentó el oído mientras hablaba en voz baja.

—Dejé a Rory unos metros atrás con la cabeza dolorida, aunque no le molestará hasta que despierte. ¿Qué es esto?

Arbela levantó cuatro dedos y luego giró la mano hacia los lados,

con el índice y el pulgar extendidos, mientras estrechaba lentamente el espacio abierto entre ellos. Su voz suspiró suavemente.

—Bram.

CAPÍTULO 36

El corazón de Caelen retumbó en su pecho.

—Tienen caballos —informó Arbela—. No debemos permitir que monten.

Garen volvió a gruñir y se apoyó en la mano de Arbela. Las voces de la cañada se alzaron furiosas. *Lady* MacKern puso la mano sobre su espada.

En cuanto a Garen, saltó de entre la maleza y un fino grito surcó el aire. La perra corrió por la hierba, y su cuerpo marrón oscuro se desdibujó en la oscuridad. La pequeña figura se giró, liberándose de la figura con túnica que tenía a su lado.

—¡Garen! —gritó Bram.

Sin pensárselo dos veces, Garen saltó directamente a la garganta del hombre vestido de anciana. El hombre dejó caer su túnica, revelando su verdadera forma, y levantó frenéticamente el brazo para protegerse del ataque del perro. Un segundo hombre se tambaleó hacia atrás, tropezando en su prisa por evitar a Garen. Un tercer hombre, más bajo, se agarró al cinturón, con el brillo del acero. Sujetó a Bram por detrás con un movimiento arrastrando los pies y tiró del muchacho con fuerza contra él.

Entonces, Caelen se levantó, preparado para la batalla. Mientras tanto, Arbela le apoyó los dedos en el antebrazo.

La mirada del hombre bajo recorrió frenéticamente la cañada.

—¡Retirad a vuestro perro!

Garen acuchilló al hombre que se había disfrazado de arpía, con el rugido aterrador de su furia. El grito de Bram desvió la atención de Caelen del ataque de la perra. La espada del hombre de estatura baja parpadeó bajo la garganta de Bram y los ojos del muchacho brillaron de miedo. Caelen luchó contra la restricción de Arbela como si se estuviera atado con un lazo.

Toda su atención se centraba en alejar a Bram del trío, pero se obligó a acceder a la estrategia de su esposa. Nunca nada había sido tan difícil.

—¡Garen… deteneos! —Arbela entró en el pequeño claro.

La perra cesó su ataque, pero retrocedió unos metros, aun gruñendo y mostrando su voluntad de matar al hombre que osara tocar a Bram. En ese

momento, Caelen luchaba contra las mismas emociones, y las tensas arrugas del cuerpo de Arbela le hablaban de su furia apenas contenida.

En el claro, dos hombres estaban espalda contra espalda, con las espadas visibles en sus manos. El tercero, más bajo y quizá su líder, sujetaba a Bram con una llave estranguladora. Una vívida cicatriz, visible incluso a la luz dispersa de la luna, le retorcía el lado izquierdo de la cara.

—Es el hijo mayor de MacGillonay, Keith Dubh —murmuró con una inclinación de cabeza hacia el hombre lleno de cicatrices. Incapaz de permanecer quieto, Caelen se acercó al lado de Arbela, entrando en un pequeño espacio de pálida luz de luna—. Más que su cara lleva la evidencia de su vergüenza.

Arbela hizo un leve gesto de comprensión.

—Dejad ir al muchacho. —Caelen alzó la voz.

—¡Matasteis a mi familia! —gritó el hombre más bajo—. Mi padre, mi hermano… mi hermana.

—Eso es incorrecto —contestó Arbela—. Yo maté a vuestro padre… y a vuestro hermano. Dejad ir al muchacho.

Estaba claro que el joven estaba a punto de asestar un golpe mortal, y Bram era su objetivo.

—No tenéis motivos para hacer daño al muchacho —continuó con la misma voz firme—. Es a mí a quien buscáis. Esto puede quedar entre vos y yo.

—No seáis tonta. Tres a dos es una buena probabilidad. Bajará la guardia y todo habrá terminado. No necesitáis servirle de cebo. —Caelen sujetó dolorosamente la muñeca de Arbela.

—Caelen ha sido una espina en nuestro costado desde que nos quitó a Ruthie. Es un bastardo traicionero. ¿Cómo sé que no tenéis a otros escondidos en las sombras? —La mirada del hombre enjuto iba de un lado a otro.

—No los tenéis. Tendréis que confiar en mí. —Arbela ignoró la presión de la mano de su señor.

—¡El muchacho es mío! —chilló el hombre—. Justo pago por las vidas que me habéis quitado.

—¿Qué proponéis? ¿Criarlo como un MacGillonay? —Arbela alzó la voz.

Era demasiado. Caelen se adelantó con un gruñido. Fue el turno de Arbela de hacerle retroceder.

—¡Quiero que paguéis! —gritó el hombrecillo—. ¡Pagad con sangre lo que le habéis hecho a mi clan!

—¿Y llevaros a un chiquillo es lo mejor que podéis hacer? —rugió

Caelen, cegado por la cólera ante la visión de su hijo en las desfiguradas manos de MacGillonay. Su mano agarró la empuñadura de su espada, sacando a medias la hoja de su funda.

—¡Parad! —tartamudeó el hombre e hizo un gesto con la daga—. El muchacho es hijo de Ruthie, aunque por sus venas corre sangre MacKern.

Os cambio al niño por la muchacha.

Sin dudarlo, Arbela arrojó su espada al suelo. Se deshizo de Caelen antes de que éste pudiera hacer algo más que mirarla estupefacto. Su paso la llevó a través de la cañada, arrojando dagas a su paso. Brillaban en la hierba, marcando su camino con un destello de luz de luna.

—¡Arbela, no! —gritó Caelen. Su paso hacia delante se detuvo ante un grito de Bram cuando el hombre lo giró, con la espada de nuevo en la garganta. Garen ladró salvajemente, pero permaneció en su sitio.

—¡Bram, ahora! —gritó Arbela, y su voz se oyó por encima del tumulto de la cañada. El muchacho levantó el pie calzado y lo golpeó con fuerza en el interior del pie de su captor. El hombre aulló y se dobló por la cintura, levantando la rodilla mientras se agarraba la parte inferior de la pierna. Enseguida, se cernió sobre Bram, con el hombro del muchacho metido bajo su brazo, aprisionándolo contra su pecho poco profundo.

Con las manos atadas a la espalda, Bram parecía incapaz de hacer más daño, pero sin vacilar, se inclinó ligeramente hacia delante y luego echó la cabeza hacia atrás con todas sus fuerzas. Los huesos crujieron, y Bram se liberó. Su captor gruñó, emitiendo un sonido ahogado mientras la sangre caía en cascada de su nariz rota.

Con las piernas flexionadas, Bram cayó al suelo, aterrizando sobre sus nalgas. Rodó hacia atrás, acercando las rodillas al pecho. Solo tuvo un momento para apuntar, y lanzó la fuerza de sus piernas

hacia delante. Sus botas alcanzaron a su captor justo entre las piernas, y la fuerza le hizo tambalearse a una docena o más de metros de distancia.

A continuación, el hombre más alto se lanzó con un rugido contra Bram. El muchacho se puso de rodillas y rodó hacia un lado para evitar ser

capturado de nuevo. Al toparse con un gran tronco caído, se escabulló en un pequeño hueco en la tierra bajo él, fuera de su alcance al menos por el momento. El tercer hombre, dejando de preocuparse por su herida, corrió hacia Arbela.

Por su parte, Caelen avanzó de un salto, con la intención de interponerse entre su indefensa esposa y los dos hombres armados. Sacando su espada de la vaina, el lord bajó la cabeza, añadiendo impulso a su velocidad. Pasó junto a su esposa y, rodeándole la cintura con un brazo, la levantó. Arbela no perdió tiempo en arremeter contra él, sino que cayó inerte en sus brazos, tumbándose sobre sus pies mientras Caelen la colocaba a sus espaldas con un rápido movimiento giratorio. Más tarde le haría pagar por sus actos. Por el momento, no le importaba.

Seguidamente, Caelen levantó la espada y la clavó en el hombro del hombre más cercano en ángulo, hendiéndolo por la cintura. Al girar, vio al hombre de las cicatrices ponerse en pie, con la daga en la mano. Con la cara cubierta de sangre, se lanzó torpemente hacia Arbela, que había perdido poco tiempo en recuperar la velocidad y la dirección. En un instante, bloqueó la muñeca del hombre bajito con el antebrazo y empujó hacia arriba, desviando el golpe. Por muy bajo que fuera el hombre, la fuerza de su brazo superaba a la de ella, y bajó lentamente la mano con la hoja, para luego soltarse de un tirón. Arbela se giró y esquivó el siguiente ataque, con las manos abiertas para mantener el equilibrio.

—¡Padre!

La voz de Bram llegó a oídos de Caelen, que se volvió cuando su

hijo salió de su escondite. El niño cruzó a toda velocidad la corta distancia, desequilibrado con las manos atadas a la espalda. Tropezó y cayó, y Garen se le echó encima al instante, usando su cuerpo para protegerlo.

El tercer hombre se había encontrado antes con los dientes de Garen y se echó hacia un lado, desplazando su ataque hacia Caelen. En ese momento, una figura oscura cruzó la cañada a toda velocidad, erizando el vello de la nuca del lord.

«¿Cuántos más había?»

La atención de Caelen estaba dividida. Habiéndose despojado de sus armas, sabía que Arbela no estaba en condiciones de protegerse. Para su asombro, en la mano derecha de Arbela brillaba una delgada espada que ella blandía de un lado a otro ante los ojos de su agresor. Había visto al menos cuatro espadas caer de sus manos. Que llevara una quinta no debería haberle sorprendido.

Arbela se lanzó como un rayo hacia Keith Dubh. Con un golpe despiadado, le abrió el brazo. Los ojos de Keith se abrieron de golpe y su daga se escurrió de sus inútiles dedos mientras caía al suelo, gritando como si el mismísimo diablo se hubiera apoderado de él. En cuanto a Caelen, levantó la espada instintivamente para hacer frente al ataque del tercer hombre. Sin embargo, la figura oscura que había visto un momento antes se interpuso entre ellos, llevándose la peor parte del golpe con su propia espada.

«Rory».

Con un rugido, el capitán MacKern acabó con el hombre que había atacado a su señor. Al girarse, Rory recibió un espadazo en la parte superior del pecho, y la fuerza lo lanzó hacia atrás. Luego de tambalearse, se apoyó contra un árbol, dejó caer la espada al suelo y se rindió.

Enseguida, la mirada de Caelen recorrió la cañada, silenciosa ahora salvo por los sollozos del herido MacGillonay. Bram se escabulló de la protección de Garen y corrió al lado del lord. Con un tajo de su daga, Caelen soltó las ataduras de Bram y el muchacho se aferró a su padre por una pierna con toda la fuerza de un muchacho asustado. MacKern agarró con fuerza el hombro de Bram y deslizó la otra palma hacia la espalda del muchacho para tranquilizarlo.

Mientras tanto, Arbela se enderezó, observando la escena mientras se limpiaba las palmas de las manos a lo largo de los muslos. Rory cayó al suelo junto al árbol, gimiendo de dolor. Se arrancó la daga corta del hombro y la arrojó al suelo, junto a la espada. Su rostro estaba pálido, con gotas de sudor en la frente. Tras llevarse el puño a la herida, apretó con fuerza y se dobló. Un momento después, se enderezó y dirigió una mirada angustiada a Arbela.

El líder de la pequeña banda se retorcía en el suelo, agarrándose con la mano la profunda herida del brazo. Arbela se acercó y le quitó la espada de las manos, limpiándosela en el chaleco para quitarle la sangre. El hombre siguió contorsionándose, con gritos débiles y frenéticos.

—Veneno de escorpión. —Arbela se encogió de hombros, enviando a Rory una mirada despiadada. Una rápida patada en el costado de la cabeza

de Keith Dubh lo silenció bruscamente—. Me lo agradecerá más tarde. —

Envió a Rory una mirada severa—. Podéis sudar la gota gorda.

Los otros dos hombres que habían secuestrado a Bram no requerían más atención que el entierro, aunque Caelen no estaba dispuesto a preocuparse demasiado por eso. Poco después, desvió la mirada hacia Rory.

—Hablad.


* * *

La luna colgaba en el cielo. Rory apretaba los dientes y el sudor le corría por la cara.

—El veneno no lo matará —señaló Arbela, sin molestarse en ocultar la decepción de su voz. Después de todo, Rory había ayudado a Keith Dubh a secuestrar a Bram. El veneno era demasiado bueno para él.

—Pero puede que lo desee en las próximas horas —añadió con un tono ligeramente más alegre.

Caelen sentó a Bram en una roca cercana, de pie detrás de él, con los brazos a cada lado para que Bram se sintiera reconfortado. Arbela se paseaba por la hierba, ya que le costaba quedarse quieta.

—Después de que mis padres murieran a causa de la peste, sólo quedó mi hermana pequeña, Brinna. —Rory aspiró con dificultad y giró la cabeza sobre el cuello, incapaz de escapar al dolor del veneno que le atravesaba el pecho.

—No pude llevarla al castillo, la muerte era demasiado fuerte allí. Se la envié al pastor que tenía poco contacto con los de Dunfaileas. Era nuestro tío abuelo.

Arbela y Caelen intercambiaron miradas. Aunque escucharían el relato completo de Rory, las cosas empezaban a tener sentido. Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Arbela. El pastor no había estado buscando una oveja perdida cuando lo encontró gravemente herido en la granja, sino una muchacha perdida.

—Me preocupé cuando Coll me avisó que había ovejas perdidas hace quince días. Llevé a Toros y a Garen conmigo, esperando que no fuera más que un lobo, y por la protección de Brinna en caso de que resultara lo contrario —jadeó Rory—. Sabía que Keith Dubh no tomaría a la ligera la muerte de su padre y de su hermano. Pero es un rufián con cicatrices, no lo

suficientemente querido por su clan como para tomar el control de los MacGillonay. Podría haber estado enojado, pero dudaba que muchos lo siguieran. Fue un error de cálculo.

—No encontré nada ese primer día. Pero la segunda vez que lo visité, Coll había sido atado a una silla en su granja, y Brinna obligada a atender a Keith Dubh y sus secuaces. —Rory suspiró cuando le sobrevino un espasmo de dolor particularmente fuerte —. ¡Ella sólo tiene doce años! —

gritó. De pronto, el corazón de Arbela se aceleró.

Rory cerró los ojos y por un momento Arbela pensó que se había desmayado. Su respiración entrecortada la tranquilizó.

—Yo no traicionaría a Bram, pero Keith Dubh tenía a Brinna y yo solo no podía hacer otra cosa que fingir que seguía su plan. Yo sabía que desconfiabais de enviar hombres fuera del castillo para inspeccionar las distracciones de Keith Dubh. Y teníais razón. Pero tenía que asegurarme de que no dejaríais a Bram desprotegido. —Rory abrió los ojos y miró furioso a Arbela.

—¡Vinisteis al muelle! ¡Lo abandonasteis! Deberíais haber matado al hombre enviado para secuestrar a Bram, y yo habría… —Su cabeza rodó hacia atrás, sus brazos flácidos a su lado—. ¡Dios, Brinna!

La cañada quedó en silencio, salvo por los leves gemidos de Rory.

—¿No pensabais hablarme? —preguntó Caelen—. Podría haberos ayudado.

—No podía. Me prometió que, si lo hacía, no volvería a ver a Brinna, salvo para enterrarla, después de que terminara con ella. —Rory apretó su hombro y se inclinó hacia adelante.

—Sabéis tan bien como yo que no puede lastimar a nadie, no al menos de esa manera.

—Sus dos hombres eran más que capaces-y Keith Dubh más que dispuesto a mirar. —Los ojos de Rory brillaban de dolor y volvió su mirada hacia Bram—. Siento mucho que mi plan fracasara. No quería veros en peligro. Siempre estaré en deuda con vos, Caelen. Y soportaré cualquier castigo que me haya ganado.

—Dime dónde tiene a Brinna. —El estómago de Arbela se revolvió.

* * *

La silueta de una granja de cazadores abandonada, marcada por los pálidos rayos de sol al alba, se perfilaba en la oscuridad. Arbela resbaló de la espalda de Voski y corrió hacia la única puerta, su camino iluminado por el resplandor de las antorchas que llevaban Gordon y otros seis hombres de armas. Una pesada viga sujeta con cerrojos de hierro nuevos contrastaba con el total deterioro del pequeño edificio, y se necesitaron dos hombres para levantar el tosco madero.

Arbela fue la primera en cruzar la puerta.

Unas débiles brasas brillaban en el hogar, pero la joven acurrucada en la cabaña temblaba de frío. Su cabello dorado se desprendía de la trenza y sus ojos plateados brillaban enormes en su rostro pálido. En ese momento, Arbela detuvo su paso.

—No os haré daño —dijo para tranquilizarla—. Vuestro hermano me dijo dónde encontraros.

Brinna se desplomó en el suelo, con los ojos cerrados y lágrimas en los ojos. Arbela se sentó a su lado, acercó la cabeza de la niña a su pecho y rodeó sus delgados hombros con los brazos.

—Dijeron que volverían y que me llevarían con ellos —susurró—. No quiero ir.

—Por supuesto que no —respondió Arbela—. Y no debéis

temerles, porque están muertos.

—Está bien, porque mi hermano los habría tratado con dureza. ¿Mi tío está bien? —Brinna retrocedió y se encontró con la mirada de Arbela. Tras un momento, asintió como si estuviera satisfecha.

—¿Por qué no vamos a verle juntos? —Incluso en la penumbra, Arbela vio que los labios de la muchacha temblaban. Con dedos gentiles, Arbela apartó un mechón de cabello del rostro de Brinna.

* * *

Las gaviotas revoloteaban en lo alto. El cielo, de un azul penetrante, se reflejaba con luz refractada en la ondulante superficie del Loch Linnhe. El muelle se balanceaba ligeramente, con sus maderos carbonizados emergiendo del agua como rodillas marcadas por la batalla. A solas con sus recuerdos de la noche anterior, Arbela se dejó bañar por el sol. Tenía el

cuerpo dolorido por la batalla y le dolía el corazón por el susto de haber estado a punto de perder a Bram… y por la traición.

De pronto, unas botas crujieron sobre los guijarros y Caelen se dejó caer detrás de ella, la rodeó con los brazos y atrajo su cuerpo entre sus rodillas levantadas. Luego apoyó la mejilla en su cabello.

—Bram sigue durmiendo, igual que vuestra tía y Brinna. La curandera dice que los golpes y magulladuras sanarán rápido.

—Me pregunto si las heridas más profundas sanarán alguna vez.

¿Serían diferentes las cosas si hubiera comprendido la preocupación del pastor? ¿Podría haber evitado el secuestro de Bram? —Arbela asintió, colocando una mano sobre la de su marido.

—No podéis pensar así, Arbela. Mirar atrás sólo ayuda si aprendéis, no si simplemente os culpáis a vos misma. —Caelen

suspiró y sacudió la cabeza—. Tantos «si» podrían haber cambiado tantas cosas. No puedo discutir el deseo de Rory de proteger a su joven hermana, a la que apenas recordaba, pero me enfada que no se atreviera a confiar en mí.

—Si tan solo la hubiera traído al castillo después de la muerte de sus padres.

—La muerte era fuerte aquí. Él tenía razón. Le habría ido mejor en la granja del pastor, al aire libre, lejos de tanta enfermedad. Más tarde, Rory se resistió a separarlos, a traer más dolor a la muchacha.

—Es más fácil escuchar esto después de que el peligro haya pasado.

Habría sido una pérdida encontrar a mi hermana de doce años de repente en manos de un loco que exigía que traicionara a mi lord. —Arbela consideró las palabras de Caelen.

—El pastor confirma el relato de Rory. Se despertó esta mañana temprano de la fiebre y, aunque débil, dice que Rory nos ha dado una versión más limpia de lo que ocurrió tras la llegada de Keith Dubh.

—Rory se peleó deliberadamente conmigo anoche para que me quedara. Acompañó a Keith Dubh todo lo que pudo, pero al final no se atrevió a llevar a cabo las acciones finales de MacGillonay. Se suponía que yo debía vigilar a Bram. —Arbela negó con la cabeza.

—Él confiaba en vuestras habilidades, querida. Aunque no estaba seguro de qué hombre intentaría secuestrar a Bram, esperaba que fuera Keith Dubh y que vos lo matarais. —Sus palabras mitigaron un poco la culpa que agobiaba a Arbela. Se acurrucó contra él y suspiró.

—No creo que Rory sea una mala persona, aunque mi rabia por

sus acciones perdurará un tiempo. Y supongo que debería sentir remordimientos por haberle clavado una daga envenenada, aunque no es así. —La risa de Caelen calentó el oído de su esposa—. Ciertamente no me arrepiento de haber usado veneno con Keith Dubh. —Esta vez, Caelen estalló en carcajadas.

—¿Qué será de Keith Dubh?

—Será castigado. Debería haber sido una pequeña amenaza para nosotros. Después del intento fallido de su padre de tomar Dunfaileas, y sabiendo que cualquier intento repetido se encontraría con la ira de los MacLean, no deberíamos recibir ni la más mínima noticia de él. —Caelen encogió los hombros—. Con su historia, parecía improbable que pudiera organizar un ataque serio o ganarse el apoyo de su clan, a pesar de sus dos siervos que murieron anoche. Estoy bastante seguro de que no le habrían concedido el título.

—¿Cuál historia? —Arbela se inclinó hacia un lado, girando la cabeza para encontrarse con la mirada de su señor.

—Era el peor de los MacGillonay. Pero se encontró con la horma de su zapato cuando violó a la hija de un poderoso lord, creo que Cameron. En lugar de matar al muchacho, Cameron le dejó cicatrices en la cara para que nunca volviera a atraer a una mujer, le lisió una pierna para que nunca se defendiera en la batalla, reduciendo su atractivo como heredero de MacGillonay, y le dio de comer su virilidad cercenada para que nunca volviera a penetrar a una mujer. —Caelen alzó los hombros—.

Probablemente por eso no estaba con su padre cuando abordaron nuestros muros hace casi un mes. Dudo que MacGillonay soportara su presencia.

—No es de extrañar que fuera delgado y no se pareciera ni a su padre ni a su hermano. Algo así frenaría su crecimiento.

—Olvido que venís de un lugar donde tales cosas existen. Fue un

castigo duro, pero la Cameron estaba hecha una furia fría y probablemente ahorró a otras muchachas un destino similar. Keith Dubh era conocido en todas partes como un canalla. —Caelen suspiró.

—¿De ahí su nombre, Keith Dubh?

—Sí, llamado Keith por su padre, Dubh por su corazón negro.

—Aconsejaría enviarlo a vuestro padre para que lo sentencie y castigue.

—Una idea excelente. Es responsabilidad del barón ocuparse de un asunto así. Ponerlo en mis manos sólo reforzaría la enemistad entre los MacKern y los MacGillonay. Esto olería más a justicia que a venganza. —

Caelen asintió lentamente.

—Padre ha presidido muchos casos en Batroun, y el rey Alejandro le dio derecho a hacerlo aquí. —Guardó silencio un momento—. Predigo que lo sentenciará a ser colgado en el patio de los MacGillonay y lo dejará allí siete días para advertir contra nuevas traiciones.

Enseguida, Caelen la abrazó más fuerte, pero no respondió.

—¿Qué será de Rory?

—Ha sido mi hermano desde que tomábamos el mismo pecho de pequeños. Confié en él con mi vida. Comprendo su dilema, pero llevará tiempo restablecer la confianza entre nosotros. Ya lo he reemplazado como capitán. Él lo entiende. Creo que se esforzará por corregir su error y espero que algún día volvamos a ser compañeros. —Caelen suspiró.

De pronto, un chillido los sobresaltó, haciendo que Arbela y Caelen se pusieran en pie de un salto. Bram corrió por el camino,

con Garen a su lado y Gordon pisándole los talones. El niño se lanzó a los brazos de Arbela y sus ojos se llenaron de lágrimas mientras lo abrazaba.

—Luché contra los hombres malos, Bela. Como me enseñasteis. Y

funcionó. Al principio estaba demasiado asustado, pero me apoyasteis.

—Fuisteis muy valiente, Bram MacKern *singha*. —Arbela lo acarició por debajo de su barbilla—. Fuisteis tan valiente y tan feroz como un león.

—No pude evitar que el muchacho se uniera a vosotros. Me pareció mejor que se desahogara. —Gordon sonrió.

—Siempre será bienvenido —aseguró Arbela.

—Casi siempre —susurró el lord mientras le pellizcaba la oreja juguetonamente y los abrazaba.

Finalmente, la sangre de Arbela se calentó y giró la cabeza para darle un beso decente. En los brazos de Caelen, con su hijo en brazos, era donde debía estar.

EPÍLOGO

Castillo de Dunfaileas

Finales de la primavera de 1223

—Será un guerrero valiente. —Bram se reía alegremente mientras el niño le agarraba el dedo.

Arbela sonrió. Zora le dio una manta de lana para protegerse del frío y se la echó sobre los hombros y alrededor del bebé. Caelen pensó que su esposa nunca había estado más hermosa. Con las mejillas ruborizadas, los ojos brillantes y el infante en brazos, completó la imagen que Caelen tanto había deseado. De vez en

cuando, le sorprendía descubrir que aquella hija del desierto, de mente fuerte y morena, tenía su corazón. Pero no le gustaría que fuera de otro modo.

—¿Ya habéis probado el agarre del muchacho? —Caelen se acercó a Bram y rodeó los hombros de Arbela con un brazo.

—Oh, sí —respondió Bram con toda seriedad—. Debe ser capaz de blandir una espada.

—No es más que un bebé —advirtió Caelen—. Hay tiempo de sobra.

—Pero tengo mucho que enseñarle. Y casi he superado a Ari, aunque no hay problema, lo mantendré alimentado y cepillado hasta que Tomas pueda montarlo. —Bram asintió.

—No es momento de espadas y ponis. Es el momento de las historias.

—Arbela sonrió y alborotó el cabello de su hijo mayor.

Posteriormente, Bram se sentó en la silla junto a ella y apoyó la cabeza en su hombro, abrazando de forma protectora a su nuevo hermano con un pequeño brazo.

—Os gustarán los cuentos de mamá —comentó el niño—. Son las mejores.

—¿Cuál es vuestro favorito, Bram? —Los ojos de Caelen se empañaron.

—Cuéntale el de San Jorge y el dragón. —Bram se lo pensó un momento.

FIN

Nota de las autoras

Esperamos que hayas disfrutado de la historia de Arbela y Caelen. Nos pareció fascinante ofreceros un relato profundamente arraigado en la historia, con diferentes culturas y religiones. Muchos de los lugares y personas que aparecen en *La novia cruzada del Highlander* existieron realmente. Sigue leyendo para saber qué fue de ellos.

Donal MacLean es ficticio (hay más sobre el clan MacLean más adelante), aunque en nuestra historia tomó la cruz y viajó a Ultramar con el rey Ricardo, que era, por supuesto, rey de Inglaterra en 1190, y que encabezó la Tercera Cruzada. Donal se alistó con Bohemundo IV de Antioquía y conde de Trípoli, otro personaje histórico, en 1193, después de que el rey Ricardo regresara a Inglaterra. Donal no tardó en ser nombrado barón de Batroun y, en nuestra historia, acogió a Felipe de Poitiers (Felipe I de Antioquía, hijo de Bohemundo IV, que vivió realmente, aunque su historia personal temprana es escasa) en el fuerte de Mseilha (un castillo en nuestra historia), en la carretera entre Trípoli y Beirut, en el paso de San Guillermo. Tal lugar existía -aunque los informes difieren en cuanto a sus orígenes- y vigilaba el paso, dando paso seguro a peregrinos y mercaderes a través de la zona.

Bohemundo IV, príncipe de Antioquía, era conocido como el

«Cíclope», y por las razones expuestas en nuestra historia. Cuando Donal y su familia son llamados a la ciudadela de Antioquía en 1221 y reciben la noticia de que van a regresar a Escocia, Felipe, el hijo de Bohemundo, recibe la noticia de que va a casarse con la reina Isabel de Armenia al año siguiente. Esto también es cierto, en detrimento de Felipe. Le importaban poco los armenios o su religión, que difería en su estilo de cristianismo del de la Santa Iglesia Romana, y, cuando se vio obligado a casarse con Isabel, se volvió arrogante, pisoteando su cultura, y acabó siendo asesinado por el pueblo que gobernaba. Sin embargo, después de profundizar en la historia de Felipe, descubrimos un giro interesante, y decidimos traerte una versión alterada -una que podría haber sucedido- en el séptimo libro de la serie *Fuerte Heroínas: La*

novia del príncipe de las Tierras Altas.

Donal MacLean trajo a Escocia todos los adornos, comidas, especias y costumbres de una corte de Oriente Medio, como hicieron muchos cruzados. Joyas espectaculares y ropas extravagantes que nunca antes se habían visto en Escocia harán que Arbela sospeche y se cuestione su moral y su religión. Sin embargo, Arbela es a la vez intransigente y encantadora, y se gana el corazón y la aceptación a su debido tiempo.

El barco de Donal MacLean, ***Falcone de Mare*** -o Halcón Marino-, es una interesante mezcla de un engranaje medieval, ya en uso desde hace cientos de años con su robusta vela cuadrada, y la *Cocca* italiana -de la que no pudimos encontrar pruebas hasta el siglo XV-, con sus innovadoras velas latinas triangulares. Estas velas latinas se utilizaban en los barcos pesqueros del Mediterráneo desde el siglo II de nuestra era y permitían a los pescadores navegar 45º contra el viento.

El periodo entre la rueda dentada y la coca es donde se sitúa nuestra historia, y no cabe duda de que un constructor naval no se despertó un día con la idea de la coca en la cabeza. Estos barcos evolucionaron con el tiempo y fueron el resultado de las necesidades de los vientos y los mares donde se originaron, así como del uso general del barco. Las Cruzadas fueron una época de grandes oportunidades para las ciudades-estado italianas, que transportaban hombres, caballos y suministros desde Italia a Tierra Santa. Estas circunstancias impulsaron la innovación en la construcción naval.

El Halcón Marino representa un eslabón perdido, ya que sus velas latinas le permitían virar a través del Mediterráneo, independientemente de la dirección del viento. La gran vela cuadrada captaba el viento cuando estaba a 90º de la embarcación o a su espalda, moviéndola a gran velocidad.

El tamaño del barco le permitía transportar carga además de

pasajeros, y los planes de Donal de crear una compañía comercial desde el castillo de MacLean, en Escocia, pronto se harían realidad.

Los sarracenos que atacaban desde la costa norteafricana, por el contrario, comandaban elegantes *dhows*, barcos de vela latina propulsados tanto por remeros como por velas trapezoidales. Los piratas de las Hébridas Exteriores, en cambio, utilizaban *Birlinns* de vela cuadrada provistos de 12

a 16 remos.

El caballo de Arbela es un ***akhal-teke***, una antigua raza de Turkmenistán que aún se utiliza como caballo de salto, en concursos hípicos

y en doma clásica. Su origen se remonta a siglos atrás y se les conocía como el Caballo Celestial. Los pelos de su crin son claros en las puntas, lo que confiere a su pelaje un brillo resplandeciente exclusivo de esta raza.

Como en todos nuestros libros, hay un personaje canino (u ocasionalmente felino). Para los perros de Arbela, elegimos la raza ***aidi***, de tamaño medio y pelaje moderado, originaria de Marruecos. Es conocido como protector del ganado y también tiene buena capacidad olfativa.

El carácter de **Arbela** era fruto de un padre escocés y una madre princesa armenia. Visitar el pueblo de su madre era a menudo una empresa peligrosa, y su padre insistió en que su hija fuera adiestrada en el manejo de las armas para evitar que encontrara la muerte como su madre a manos de los bandidos. Le disgustó descubrir que Arbela había pasado dos veranos en Armenia, en el castillo de un tío suyo, donde se reunían y entrenaban los devotos de la orden *Hashashin*. Siendo una mujer de baja estatura y consciente de sus limitaciones en el combate cuerpo a cuerpo, Arbela quedó fascinada por las habilidades que exhibían, que utilizaban la astucia en lugar de la fuerza y combinaban armas

como venenos, trampas, tubos de dardos, uso de puntos de presión y destrezas acrobáticas. También perfeccionaron sus habilidades en el disfraz, la equitación, el arte de la guerra, la lingüística y las estrategias. La orden ***Hashashin*** surgió alrededor de 1090 y existió hasta 1296, cuando fue totalmente destruida por los mongoles.

Cuando la familia MacLean llegó a Escocia, el rey Alejandro II era rey y se había casado recientemente con Juana de Inglaterra. Él tenía 23 años y ella 11.

Por último, la primera persona que firmó como Maclean fue Gilleain na Tuaighe, nacido hacia 1210 y conocido como el primer jefe MacLean.

Sin embargo, había una fuerte presencia de sus antepasados en las regiones de las Hébridas Interiores y las Tierras Altas Occidentales de Escocia, que se remonta al tatarabuelo de hace treinta y cuatro generaciones de Gilleain na Tuaighe, Tuirmhich teainrich righ Eran, que murió alrededor del año 320

a.C. Según el Proyecto de Historia del Clan MacLean, la tradición afirma que fue rey de Dálcuinn. Nos sentimos cómodos situando a los MacLean en la zona de Loch Aline en 1222 d.C., y dándoles una historia bastante larga allí. Aunque los MacLean se alinearon notablemente con los lores de las

islas y el rey de Noruega, nuestro MacLean, en un intento de ayudar a su comercio marítimo, hizo una alianza con el rey de Escocia, aunque equilibró cuidadosamente su posición entre los dos reinos.

Document Outline